

Isidoro J. Ruiz Moreno

Isidoro J. Ruiz Moreno
Campañas militares argentinas
[Tomo 2]

La política y la guerra

emecé memoria argentina



CAMPAÑAS MILITARES ARGENTINAS
La política y la guerra

II. De la Dictadura a la Constitución



emecé
memoria argentina

Ruiz Moreno, Isidoro J.
Campañas militares argentinas. La política y la guerra.— 1ª ed.—
Buenos Aires : Emecé Editores, 2006.
752 p. ; 25x16 cm.

ISBN 950-04-2794-X

1. Historia Política Argentina I. Título
CDD 320.982

© 2006, Isidoro Ruiz Moreno

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
© 2006, Emecé Editores S.A.
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta
1ª edición: octubre de 2006
Impreso en Gráfinor S. A.,
Lamadrid 1576, Villa Ballester,
en el mes de setiembre de 2006.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares
del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos
la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN-13: 978-950-04-2794-4
ISBN-10: 950-04-2794-X

INTRODUCCIÓN

La política y la guerra

Si ambas manifestaciones del obrar de los pueblos están estrechamente unidas, su identificación resalta con mayor énfasis cuando se trata de enfrentamientos civiles, es decir, entre miembros de una misma Nación. Una guerra contra otro país borra muchas veces las diferencias locales, para convertirse en una causa común; distinto es el caso en luchas internas: entonces la ideología motiva y explica los acontecimientos.

El presente tomo es esencialmente político, aunque incluye algunas cuestiones suscitadas con potencias extranjeras, pues abarca casi por completo la "época de Rosas", pero no termina con la batalla de Caseros —como ocurre con frecuencia—, porque la finalidad de esa campaña militar fue la Constitución, y no meramente la caída de quien la impedía.

Este volumen, que comienza con el estudio del problema originado por las incursiones de los indios, y concluye al lograrse la organización constitucional, comprende en sustancia, pues, la historia del enfrentamiento mantenido a lo largo de veinte años para lograr —u oponerse— a establecer un Estado de Derecho, una cabal República Federal. Y al respecto, ya en 1840, en pleno conflicto, el doctor Florencio Varela remarcaba lo expuesto inicialmente: "La guerra actual es mucho más una guerra de política y de revolución, que una campaña militar y de estrategia".

Cada uno de sus capítulos, por cierto, ofrece tema para un libro por separado.

Ha sido necesario, en consecuencia, extremar el análisis de los hechos para ofrecer los de mayor relevancia en el proceso histórico, sin desdeñar tampoco el matiz humano en el relato de los acontecimientos. Queda dicho con esto que si bien se ha procurado no omitir lo esencial, abarcando todo el territorio de nuestra Patria, también se incluyen episodios personales, que prestan colorido a la narración, y aclaran las conductas de los protagonistas, más allá de la frialdad puramente documental.

El método con que he encarado la obra ha sido expuesto en el tomo I: sujetar el relato a lo que surge de los testimonios de los propios actores, bien sea utilizando sus escritos del momento, o recurriendo a los recuerdos que ellos mismos escribieron. No hay, por eso, distorsiones producto de opiniones inte-

resadas en defender determinadas actitudes, formuladas posteriormente, aunque, claro está, he aprovechado los trabajos de quienes me precedieron en esta labor de reconstruir el pasado. Al final se indica el basamento bibliográfico utilizado, y sólo en muy contadas ocasiones —no llegan seguramente a media docena de citas— aludo a ciertos juicios ajenos. Asimismo, tampoco faltan unos pocos documentos inéditos.

Por otra parte, mi interpretación en algunos casos difiere de la tradicionalmente aceptada, a causa de nuevos elementos de juicio aparecidos, o tras un análisis que me llevó a distintas conclusiones, sin que haya interrumpido la exposición lineal de los sucesos para detenerme a precisar tales controversias.

El trabajo ha consistido en elaborar una recreación del pasado argentino tomando como hilo conductor los enfrentamientos armados, de manera orgánica y no aislando un hecho de sus antecedentes y consecuencias. Igualmente, resaltando actos a veces no valorados pero que merecen rescatarse del olvido, ocurridos tanto en medio de trascendentales acciones, como en la periferia de ellas. Por eso se incluyen circunstancias poco divulgadas dentro de la narración de operaciones conocidas en sus grandes lineamientos.

El contenido del presente estudio es materia sumamente controvertida, y al entrar en él me ha guiado el propósito de realizar una historia sin tergiversaciones, donde las figuras del pasado son mostradas conforme a sus propias manifestaciones, como fundamento de mi exposición de los tiempos evocados. No oculto los procedimientos ni las opiniones de los actores en el drama de la guerra civil, de uno y otro bando por igual, expuestos documentadamente, para no deformar conductas al describir lo sucedido. El deber de quien las reconstruye no es defenderlos o condenarlos: sólo mostrar cómo se condujeron—en los sucesos—en que les tocó intervenir.

Debo agradecer, finalmente, el apoyo prestado para la redacción de este tomo II por el general Mauricio Fernández Funes, condecorado por su desempeño en la campaña de Malvinas, y para su edición por el doctor Carlos Pedro Blaquier, presidente de Ledesma S.A.A.I. Asimismo, al ingeniero Enrique Eskenazy, presidente de la Fundación del Banco de San Juan. Deseo también destacar que la mayor parte de los planos que lo ilustran provienen del "Atlas histórico militar argentino", del que fue autor el coronel Martín Suárez, editado por el Colegio Militar de la Nación en 1970.

I. J. R. M.

CAPÍTULO I

Campaña contra los indios

PROYECTO Y ORGANIZACIÓN DE LA CAMPAÑA • QUIROGA • RUIZ HUTDOBRIO
Y LAS ACTIVIDADES DE LA DIVISIÓN DEL CENTRO • ALDAO Y LAS
OPERACIONES DE LA DIVISIÓN DERECHA • ROSAS Y EL AVANCE DE LAS
COLUMNAS DE LA IZQUIERDA • RESULTADOS Y RECOMPENSAS

1

Concluida la guerra civil a fines del año 1831, un proyecto de envergadura que varios meses antes fuera esbozado aunque sin concretarse a causa de dicho conflicto, se comenzó a considerar seriamente. Se trataba nada menos que de invertir el ataque que los indios llevaban a las Provincias —que sufrían las incursiones de tribus indígenas imposibles de contrarrestar debido a su carencia de medios—, para eliminar o al menos escalear a los salvajes, impulsándolos a mantenerse alejados de la frontera que separaba a ambas comunidades. Era esta una lucha secular, dura e intermitente, que provocaba tanto dolor como perjuicios a la naciente civilización argentina. Su historia, escrita con sangre y lágrimas, se extendió desde los primeros tiempos de la colonización española —aun ya concluido el período de la Conquista— hasta fines del siglo XIX. La descripción de esa incesante y horrorosa contienda que afectó a las regiones sureñas desde el Atlántico hasta la Cordillera, no puede ser tratada con el detalle que requeriría en una obra de esta índole, por lo que habrán de mostrarse algunas de sus incidencias a lo largo de ella a medida que sea oportuno, para tener presentes los sufrimientos de toda índole de los sacrificados pobladores argentinos, ocurridos casi diariamente, y no hay exageración en el uso del término. Este drama era producido no sólo por la muerte, en combate o en asaltos a estancias, poblaciones o carruajes de pasajeros o de carga, sino además a causa del cautiverio a que eran sometidos los prisioneros de los salvajes, tratados como esclavos en las tolderías o sujetos a servir de mercancía para lucrar con sus rescates o con el comercio que de ellos hacían las tribus entre sí. Se mencionarán reiterados episodios a lo largo de esta historia.

Entre 1829 y 1831 habían tenido lugar una serie de tremendas invasiones indígenas en el sur de Cuyo, aprovechando sus caciques la lucha desatada entre los argentinos, destacándose trágicamente el caudillo Pincheira en sus depredaciones a ambos lados de la cordillera de los Andes. Los gobernantes provinciales esbozaron la necesidad de contener tal azote, para lo cual incluso se interesó a la vecina República de Chile, ya que de aquí partían las más peligrosas incursiones. En esta época aquel bandido, que conducía a la rapiña a indios y delincuentes, sufrió una derrota importante a manos de tropas chilenas.

Tampoco Córdoba escapó a la depredación de los salvajes, y vaya como ejemplo lo ocurrido a la villa de Río Cuarto, según informe elevado el 21 de agosto de 1831 por el Comandante General de Frontera, Pedro Bengolea:

Hoy como a las siete de la mañana fue sitiada esta plaza por la División del cacique Yanquetruz. Estos avanzaron hasta una cuadra de las trincheras, rompiendo puertas y ventanas de varias casas que saquearon. En el momento ordené a los comandantes de cantones que no me tirasen un tiro, con el fin de lograr algunas ventajas; y habiendo salido el comandante Fonsfría y yo a tratar con ellos, no han querido asentir a propuesta alguna de cuantas les hicimos; y que ellos pasaban al norte a robar cuantas haciendas encontrasen, porque el general Rosas les dio cuantas hubiesen en las Provincias dominadas por sus enemigos, y que aunque ya gobierna la redención en ésta, no pueden ir sin llevarlas, no matando ni cautivando a nadie; y me piden que vaya con ellos para que presencie esto, y me miré en la necesidad de dárselas, pues en tal estado me veo.

El sitio permanece aún y me han hecho varias amenazas por varias cosas que me piden y no se las mando por no tener. Estos vienen divididos en dos bandos: el uno a favor de los federales y el otro a favor de los unitarios; aquellos piden las haciendas de los unitarios salientes y los otros las de los federales, de modo que en esta perversa traza van a arrasar con todas las haciendas. El número de indios de los dos bandos es como de 1.200.

Así es que V.E. debe hacer volar si es posible una División en nuestro socorro, capaz de batirlos y quitarles las haciendas, pues de lo contrario esto se despoblará, porque no va a quedar un solo animal. Un cristiano lenguaraz muy reservadamente me ha dicho que el intento de ellos es concluir con todos nosotros, saquear la villa, cautivarla luego que volvieran con las haciendas que iban a robar al norte; así que esta población está muy expuesta, y mucho me temo que a la vuelta intenten hacerlo, pues como se hallan entre ellos Videla, Cuadra y otros oficiales, no dudo de plan tan negro.

Por último Bengolea y el cacique Faustino en representación de Yanquetruz convinieron en canjear prisioneros indios por cautivos blancos, y que aquel cacique entregara a los militares refugiados con él. De este modo el coronel Luis de Videla y el teniente coronel Juan Antonio de la Cuadra pasaron a poder del Gobierno de Córdoba, siendo luego conducidos a Buenos Aires, donde fueron ejecutados por orden de Rosas.

La terrible vivencia en el sur argentino se reiteró una vez más cuando a fines de 1831 una alianza de tribus y bandidos invadió el sur mendocino aprovechando que sus tropas se hallaban combatiendo en Tucumán contra el general La Madrid. Impelidos por la codicia y el odio a los huincás (cristianos), un malón implacable arrasó las estancias a su paso y exterminó a las guarniciones de los fuertes de San Rafael y San Carlos, pretendiendo llegar hasta la misma capital de la Provincia. Para atajarlo salieron a su encuentro dos escuadrones mandados por los comandantes Florencio Videla, mendocino, y José Santos Ramírez, puntano, con algunos milicianos más del valle de Uco, el más próximo a la frontera. El choque fue librado con furor por ambas partes, y significó

una completa derrota para las tropas de Mendoza, quedando entre los numerosos cadáveres el de Videla, y siendo gravemente herido en la cara el teniente coronel Ramírez, quien pudo salvar haciéndose el muerto. La consternación y el pavor dominaron a la ciudad capital, y la reserva miliciana marchó para intentar contener el avance de los indios a órdenes del general José Albino Gutiérrez (vencedor de Carrera en Punta del Médano, diez años atrás); y aun cuando en el combate sostenido contra las superiores fuerzas indígenas el 16 de octubre de 1831, el veterano militar fue de las primeras víctimas al encabezar una carga, siendo atravesado a lanzazos, su arrojo y determinación provocaron el repliegue de los salvajes, devolviendo la tranquilidad a la Provincia.

Otro caso ilustrativo ocurrió a lo pocos meses en la villa de Renca, Provincia de San Luis, que era un punto de importancia comercial entre Córdoba y Mendoza, y por tanto, asiento de una próspera población. La descripción fue hecha por su cura párroco Hilarión Etura, dominico, el 15 de julio de 1832:

El 27 de marzo a las diez de la noche tuve que salir a esconderme en las sierras por carta que tuve del comandante don Gerónimo Ortiz, en que me dice se hallaban a una legua de distancia los bárbaros, y que seguramente al salir la luna me cercarían. El 28 y 29 dieron en Renca, y todo el pueblerío que rodeaba el santuario, por una misericordia del Señor no fue presa de los bárbaros, pues habiéndose escapado a menos de dos leguas un muchacho, llegó gritado y llorando que salieran, que los indios estaban a dos leguas distantes. Así se verificó, llevando sólo los hijos los que tenían, y lo demás quedó a discreción de los bárbaros. Entraron, saquearon el templo completamente, despedazaron el altar y no dejaron una sola cosa útil en él; y esto mismo practicaron en todas las casas de los vecinos y moradores de ese destino. El día 1° de abril volví a Renca y ya no hallé más en él que una aldea solitaria que lloraba la pérdida de sus hijos, el robo de sus fortunas.

Si en esos meses no pudo atenderse al proyecto de escarmentar a las tribus con la dedicación necesaria, por causa de la situación política, al comenzar el año 1832 tocó al fin al Gobierno de Mendoza impulsarlo en forma concreta, elevando a la Legislatura provincial, el 17 de enero, lo que se convertiría en el remedio definitivo de la cuestión, aunque no en la época en que se lo gestó:

No está en el poder de una sola Provincia la empresa de acabar de una vez con esa gavilla de malvados, que engreída y robustecida con la impunidad, se ha hecho temer de una Republica entera: ésta es obra que la combinación de todos los pueblos debe afrontar; y todos ellos se hallan en el mismo estado que el nuestro, porque todos han sufrido la furiosa tempestad que los ha desolado.

El 11 de abril de 1832 el Ejecutivo mendocino, autorizado por su Sala de Representantes, dirigió una circular a las autoridades de las demás Provincias afectadas por los malones para realizar "una expedición combinada contra un enemigo común". Conviene transcribir algunos párrafos, por cuanto reflejan la angustia que los motivó:

La insolencia de los salvajes del Sur ha llegado al extremo, no solamente de paralizar todo el tráfico comercial con el gran mercado de la República, sino también de atreverse a las mismas poblaciones que en otro tiempo respetaban. La funesta tempestad que acaba de conjurar el patriotismo de los pueblos [se alude a la derrota de la Liga del Interior] los ha dejado en un estado tan ruinoso que aisladamente es imposible que se defiendan de las fuertes incursiones con que son afligidos, y de un modo sucesivo desaparecerán por la mano de los bárbaros los mismos que tan heroicamente han sabido sostener los atributos de la libertad. La Provincia de San Luis en estos momentos es despedazada por tres numerosas hordas de salvajes, y los cortos auxilios que le pueden proporcionar la de Mendoza llegarán después de la catástrofe, cuyos tristes pormenores aun se ignoran.

El gobernante cuyano apeló a la más poderosa Provincia de Buenos Aires, proponiendo incluso al mandatario porteño que tomara a su cargo la iniciativa “en esta obra reparadora de la humanidad y de los derechos primordiales de la naturaleza”. Pero no obstante la importancia del asunto, el requerido se limitó a aludir en su mensaje a la Legislatura —mes de mayo— “a la necesidad de que le sean facilitados los medios para acabar de poblar la frontera y expedicionar contra los indios enemigos”, sin presentar proyecto concreto alguno. El general Rosas consideraba que su Provincia debía reponerse de su estado calamitoso a causa de una sequía que se prolongaba desde el año 29, antes de ocuparse de la operación propuesta. Su respuesta corrió a cargo del entonces Ministro doctor Maza, el 13 de mayo de 1832:

Apenas se haya reparado esta Provincia de los enormes males ocasionados por la espantosa calamidad que ha sufrido, se contraerá preferentemente a la combinación de un plan cuya adopción pueda traer por resultado el escarmiento de la multitud de indios enemigos que talan nuestros campos y roban nuestras fronteras.

Al mes siguiente fueron despachadas algunas armas (255 sables y 58 carabinas).

Tan sólo el 30 de noviembre el Gobernador Rosas recordará a la Sala de Representantes ese “asunto de la mayor importancia”, al pedirle que se ocupara de obtener los fondos precisos para encararlo.

Mientras, la solución urgía, y sin hallar el eco buscado en Buenos Aires, ante la apremiante situación la región cuyana apeló a otra posible fuente de recursos: el 18 de mayo el Gobernador de San Luis recurrió al general Juan Facundo Quiroga “como la última tabla de salvación en que pueden salvarse de un total naufragio”. Al describirle el estado de cosas que se vivía, por el momento solicitaba las armas para revertirlo:

Los bárbaros del Sur, aprovechando la nulidad en que los han dejado las desgracias pasadas, acaban de desolar la mitad de su territorio, arrebatando impunemente una multitud de familias a quienes ultrajan y martirizan con el más brutal tratamiento. Algunas de estas víctimas, arrojándose en los brazos de la Providencia, se han arrostrado a la fuga, y los que han podido salvarse refieren uniformemente que los salvajes se pre-

paran para repetir inmediatamente sus invasiones. En tal apuro, Excmo. Señor, la Provincia de San Luis por el conducto de su Gobierno implora el patriotismo de V.E. para que la socorra con los elementos de guerra que tenga a bien su generosidad y le dicte los justos sentimientos que inspiren las aflicciones de nuestra Provincia.

Al mes siguiente (18 de julio) se reiteró al general Quiroga el ofrecimiento de que en su carácter de Director de la Guerra, todas las fuerzas de la Provincia quedarían bajo su mando.

Al tiempo que el pueblo cuyano efectuaba sacrificios de toda índole para remontar al Ejército expedicionario, los indios tomaron la iniciativa: en diciembre de ese año 1832 se participaba al general Quiroga y al Gobernador Pedro Nolasco Ortiz “que por noticias recibidas el día 14 se sabe que los bárbaros han invadido desde la posta de Lobatón a la esquina del Médano, y que el correo que iba a Buenos Aires en la fuga perdió las valijas con la correspondencia”. El Gobierno de San Luis daba cuenta de que alistaba 100 hombres de caballería y otros tantos infantes, perfectamente armados, “aunque en muy mal estado de disciplina”, aprovechando para describir una vez más “las calamidades que afligen a la una y mil veces desgraciada Provincia”, cuyos recursos se habían consumido “hasta el extremo de tocar casi en la desesperación de los vecinos”. No era mejor el estado de Mendoza, sometido a un rigor extremo en procura de los fondos indispensables que exigía Quiroga para equipar y mantener a sus tropas, de lo que da elocuente muestra esta draconiana resolución (31 de enero de 1833) a uno de los habitantes de su capital:

Sin perjuicio de lo que le toque en el reparto del empréstito forzoso para allegar fondos con qué combatir a los salvajes, debe Ud. poner en Cajías, en el término de 24 horas, la suma de \$ 500, haciéndole saber que esta resolución es irrevocable. Se le ordena, además, que tome esa suma del haber de sus hijos menores si no tiene otro recurso, pero que no se acepte ninguna excusa.

De este modo corrían los meses sin emprenderse la operación colectiva. Por eso, el mandatario mendocino Pedro Nolasco Ortiz se trasladó personalmente a San Juan para concretar la ofensiva militar que había proyectado, y conferenció con su colega Valentín Ruiz, quien pasó un mensaje a la Legislatura “con el objeto de que esta Provincia hermana auxilie a las de Córdoba y San Luis para una expedición entre ellas contra los salvajes del Sud”. Resultado de ello fue que el 18 de diciembre de 1832, los Gobiernos de Mendoza y San Juan suscribieron un convenio “con la precisa calidad” de encomendar “los negocios de dicha expedición” a quien se había revelado como la primera espada del Partido Federal en los tiempos recientes: el general Quiroga —“Hijo predilecto de la Victoria”, como se lo denomina en varios documentos alusivos—, y al efecto

ponen a su disposición las milicias y fuerzas veteranas de ambas Provincias, los recursos y elementos necesarios para la guerra, y las facultades más amplias para invitar a las demás Provincias a la cooperación de tan importante empresa, especialmente las de San Luis y Córdoba, como que

son las más interesadas en la reparación y venganza de los males con que han sido afligidas; y con el inesperado caso que dichas Provincias se nieguen a prestar su cooperación, no tendrá efecto el proyecto.

El mismo día volvieron a dirigir en forma conjunta otra circular a los mandatarios de las otras Provincias llamando su atención:

El corazón menos sensible se agitará con el doloroso pero cierto presagio de los males con que nos amenaza un enemigo feroz, cuyo atrevimiento se aumentará día a día en proporción que repita sus incursiones con los más prósperos sucesos. La multitud de familias que padecen el rigor de la indigencia, y el crecido numero de infelices que gimen en la esclavitud de los bárbaros, acusará con justicia a los depositarios del Poder, que están obligados a redimirlos a costa de todo genero de sacrificios. Grandes son los costos que exige empresa semejante, mas en ellos se interesan el crédito de la Republica, la tranquilidad de los pueblos, y los derechos sagrados de la humanidad.

A la espera de la cooperación requerida, no se demoró más en preparar los elementos para la ofensiva. Lentamente, ésta comenzó a organizarse: Córdoba dispuso alistar al regimiento *Dragones Confederados* que comandaba el coronel Francisco Reynafé, y el 6 de enero de 1833 contestó de conformidad Estanislao López. El resto de las Provincias, por alejadas que estuvieron, también mandaron a Cuyo los aportes que pudieron. El 20 de febrero el batallón y el regimiento que componían la *División Auxiliares de los Andes*, fuerte en 300 hombres de tropa y 25 jefes y oficiales, se dispusieron a partir desde San Juan para unirse a los efectivos de Mendoza, según lo hacía saber el Gobernador Ruiz al nuevo mandatario de Buenos Aires:

En este día debe marchar el contingente de fuerza que ha habido la Provincia de San Juan para incorporarse al grueso de la expedición que ha de obrar contra los bárbaros del Sud a las ordenes del invicto General, brigadier don Juan Facundo Quiroga.

En aquella Provincia el sostenimiento financiero (\$10.000) corrió por cuenta de los opositores, de los *"individuos y fortunas de los que hicieron y aún hacen causa común con los decembristas"* (sic). El material y telas se compraron en Chile, y sastres locales confeccionaron los uniformes.

La mayor parte de las Provincias argentinas cooperaron con dinero en metálico y la remesa de ganado caballar y vacuno, aun las más alejadas como La Rioja (que despachó además 100 fusiles con correa y municiones), Catamarca, Tucumán y Salta. Las excepciones fueron Santiago del Estero y Corrientes. Santa Fe se excusó de intervenir por estar abocada a su vez en una campaña contra los indios del Chaco, pero envió 300 caballos y la promesa de colaborar cuando la hubiese concluido.

De pronto, estalló un problema insospechado, que conmovió a todo cuanto se elaboraba: el general Juan Facundo Quiroga, el "Hijo de la Victoria", renunció a su cometido.

El hecho desencadenante fue una grave denuncia que llegó a conocimien-

to de éste, y que él mismo se encargó de hacer saber, copiando una carta escrita el 9 de enero de 1833 en Río Cuarto:

Hace dos días que llegó una cautiva de Tierra Adentro, huida, dice, y dice que los indios que han ido de aquí tienen la noticia de que se expediciona de todas las Provincias, para lo cual se están reconcentrando. Por consiguiente ayer se han ido muchos indios de los que estaban con Faustino, a los que el Gobernador les dijo que se iba a realizar la indicada expedición. En fin, señor, el indio Faustino y demás me lo dijeron, y también el comandante don Pedro Bengolea, y yo he visto el pasaporte que llevaron.

El general Quiroga no dejó de participar este hecho al Gobernador de Mendoza, interpretando que el Gobernador de Córdoba *"se halla en amistosas relaciones con los salvajes enemigos de su Provincia, y que éstos están instruidos de la expedición que se medita contra ellos"*. Luego aseguraba a Pedro Nolasco Ortiz que había puesto en conocimiento del mandatario cordobés, José Vicente Reynafé, la revelación en su poder, *"en cuya empresa se creía justamente interesado a dicho Excmo. Señor"*, exigiéndole una aclaración categórica, pero no recibiendo otra respuesta que una nota confidencial *"cuyo contenido se compone de ambigüedades, incertidumbres y aún contradicciones"*, en vez de una respuesta oficial, *"traspasando en esto hasta los preceptos de civilidad con que se supone instruido el señor Gobernador de un pueblo culto"*. Todo ello llevaba al designado Director de la Guerra a comunicar su decisión:

Si el señor Gobernador a quien me dirijo atiende las justas condiciones con que me hice cargo de la empresa que tuvo la dignación de encomendarme asociado con el Excmo. de San Juan, conocerá que mis compromisos han cesado.

Para que no quedasen dudas, el general Quiroga manifestaba que *"no pueden esperarse los sucesos que debían corresponder a tan laudables empeños, que ciertamente se hallan cansados con la reticencia del señor Gobernador de Córdoba"*, y en su consecuencia quedaba *"libre de la obligación con que tuve a bien ligarme en obsequio de la honra y bien de los pueblos"*. Se sumaba otro eslabón, que no sería el último ni el más grave, a la cadena de resentimientos entre Quiroga y Reynafé, aunque el episodio no pasó de una de las acostumbradas reacciones repentistas del *Tigre de Atilas*, que no duraban mucho. Quiroga continuó al frente de *"los negocios de la expedición"*, frase ambigua que tanto podía significar la conducción militar de la operación conjunta, como ocuparse a retaguardia de su equipamiento. Y esto último fue lo que eligió el general Quiroga para su participación.

En miras a un mejor éxito de la operación, resultaba indispensable la cooperación de la Provincia de Buenos Aires. Como se indicó, el proyecto mendocino había sido puesto en conocimiento del Gobierno de ella desde un comienzo, a principios del año anterior.

Recién al comenzar su gestión el nuevo mandatario, general Juan Ramón Balcarce, en Buenos Aires se encaró el problema con la firmeza que requería, aceptando su participación.

Ante un pedido de informes de la Sala de Representantes sobre los gastos que insumiría la campaña (1° de enero de 1833), el Gobernador Balcarce contestó encareciendo la importancia del “grave negocio” y la necesidad de encarar su realización con el sacrificio posible para evitar “la pérdida total de las ventajas adquiridas y la obstrucción de los canales de prosperidad en que la República debe apoyar su existencia”. En la misma fecha encomendó al general Rosas para que junto con el Ministro de Hacienda informara sobre los recursos con que se contaba para la campaña, asentando “*que es el autor de la empresa y de todas sus combinaciones, y con quien para su ejecución se han entendido los Gobiernos de las Provincias de la República interesados en el plan*”. Resulta extraña esta declaración, ante los antecedentes expuestos: que la idea surgió de Mendoza, que Rosas no adhirió a ella cuando fue requerido, y que su dirección estuvo confiada al general Quiroga. Fue tardíamente cuando Buenos Aires se decidió a participar en la operación, siendo que el resto de las Provincias ya preparaban sus elementos, y que se debió a decisión del Gobernador Balcarce, y no a su antecesor en el cargo.

De cualquier modo, el 28 de enero Balcarce designó a Rosas para ponerse a la cabeza de las tropas porteñas que intervendrían en la operación. Este nombramiento —aparte de consistir en una muestra de aprecio y confianza— se debió a que Rosas había participado en varias comisiones para tratar asuntos de la frontera, y era el encargado de atender al “*negocio pacífico*” con los indígenas, el cual consistía en administrar los fondos públicos para mantenerlos en paz mediante obsequios de toda índole, procurando evitar sus invasiones. Muchos indios trabajaban en las estancias que poseía Rosas, y éste utilizó a los caciques de su amistad para que sus tribus intervinieran en su favor contra el general Lavalle en 1829. Rosas aceptó el cometido, no obstante que al rechazar su reelección al mando provincial (5 de diciembre de 1832), expuso a la Legislatura que “*ha perdido su salud robusta y privilegiada que gozaba*”. Ello era notoriamente incierto, y con esta designación mantenía en sus manos la fuerza militar que lo ponía por encima del poder político. Ya se expondrán las consecuencias de su actitud.

Aunque las rentas provinciales eran insuficientes, y se tentaron varios medios para acrecentarlas al objeto deseado —lo que insumió varios meses—, el 28 de febrero de 1833 el Gobierno de Buenos Aires comunicó al de Mendoza que comprara por su cuenta 2.000 caballos y 1.000 reses para el Ejército expedicionario a órdenes de Quiroga. Además, el Gobierno porteño corrió con el sostenimiento de la División *Auxiliares de los Andes* durante un tiempo prolongado, a partir de marzo, con \$ 2.000 mensuales.

Y pese a todos los inconvenientes ligeramente descriptos, consistentes en falta de dinero y de cabalgaduras aptas, incluso de tropas, y hasta de los reuelos entre Quiroga y Reynafé, en el mes de marzo de 1833 se dio comienzo a la campaña. Fue la empresa militar de mayor envergadura concebida y ejecutada por la Confederación Argentina hasta la definitiva conquista del *Desierto* llevada a cabo casi medio siglo después. Esto lleva a una aclaración importante: que no se tradujo en el avance de la civilización sobre los territorios despoblados del Sur, pues no se trató de correr la línea de guarniciones, sino de escarmentar a las tribus hostiles, de infligirles temor hacia los cristianos. Se limitó a una expedición punitiva que quitara ánimo a los salvajes para prose-

guir con sus depredaciones. Fue, en síntesis, una *campaña* contra los indios, no una *conquista* de la *Tierra Adentro* —como la denominaban los propios indios—, distinción que excede a lo semántico, pues luego de su realización, desgraciadamente al cabo de muy pocos meses, los indígenas prosiguieron efectuando sus horribles incursiones en todas las Provincias fronterizas con ellos. No se cumplieron las expectativas de la expedición por parte de la Provincia de San Juan expuestas el 20 de abril:

Así se coronarán sobre los salvajes de una victoria definitiva que sirva a esos bárbaros de un escarmiento eterno, y queden de hecho reparados los males que han causado tantas veces a las Provincias Argentinas.

Pero la operación estaba en marcha. Su “Director” el general Juan Facundo Quiroga quedó en Cuyo sin intervenir personalmente en ella y sin elaborar un plan conjunto ni expedir instrucciones precisas a las diversas unidades comprometidas, aunque manteniendo la ficción de tal función. En cuanto al Ejército expedicionario, éste se dividió en tres fracciones o columnas, que fueron las denominadas *División Derecha*, a órdenes del general José Félix Aldao (de vuelta en mayo del año anterior desde Bolivia), la *División Centro*, a las del general José Ruiz Huidobro y dependiendo directamente de Quiroga, y la *División Izquierda* que mandaba el general Juan Manuel de Rosas.

Como faltó coordinación entre ellas, pueden seguirse sus trayectorias en forma independiente, que es como actuaron, salvo esporádicas comunicaciones entre sí.

2

Variado era el origen de los componentes de la División del Centro: mendocinos, puntanos y cordobeses. El primero de ellos salió del fuerte de San Carlos para unirse al resto, y juntos se dirigieron hacia el río Quinto, con rumbo a la laguna del Cuero. Integraban la División: el batallón de infantería *Defensores del Honor Nacional* (teniente coronel Lorenzo Barcala), los regimientos 1° de *Auxiliares de los Andes* (coronel Pantaleón Argañaraz) y *Dragones Confederados* (coronel Francisco Reynafé), el escuadrón *Dragones de la Unión* (teniente coronel Prudencio Torres), y otro de escolta del General. Jefe del Estado Mayor era el coronel Andrés Seguí, y el todo ascendía a 1.000 hombres, con 4 caballos por cada uno.

Fueron los primeros en partir: tomaron el rumbo de la *Tierra Adentro* el 23 de febrero de 1833, después de haber agotado los recursos de las Provincias cuyanas para su alistamiento.

El teatro de operaciones era tremendamente inhóspito, pero para peor estaba habitado por belicosas tribus de indios ranqueles, cuyo máximo cacique era el temible Yanquetruz. No obstante el peligro, el general Ruiz Huidobro —cuyo valor personal había demostrado en acciones de guerra previas— se conducía como durante un paseo. Quien fuera contemporáneo de los sucesos que luego historió, Damián Hudson, de distinguida trayectoria pública, ha dejado testimonio de las comodidades que no quiso abandonar:

“El general Ruiz Huidobro llevaba a esa campaña todo el lujo y fausto de un general francés del Imperio. Viajaba en galera con grandes equipajes para el guardarropa, cocina, etc. Su secretario don Jacinto Ferreira nos contaba a su regreso, como una muestra de ese exceso de refinado afeminamiento, que el dicho General mudábase todos los días, y llevaba a la mano pañuelo de batista. Sus comidas eran verdaderos banquetes cotidianos. Lo seguían hasta allí los que componían su corte de placer: el poeta don Carmen José Domínguez, sanjuanino, el músico Arizaga, porteño, y algunos bufones”.

El general Juan Facundo Quiroga no desconoció estos detalles, y en cierta ocasión que Ruiz Huidobro le solicitó una remesa mayor de equinos, expresó sin retaceos su indignación, como lo refiere el mismo Hudson al hacerle entrega del pedido:

“Rompió la cubierta de él y recorrió su contenido. Terminado esto, lanzó un enérgico voto del todo muy soldadesco, y dirigiéndose al que esto narra, dijo: —¿Pero qué caballos van a bastar para un General que viaja, expediciona en galera? ¡Generales de papel, a la moda, a la extranjera! Y volvió a vociferar con fuerza una nueva imprecación de aquellas”.

La División del Centro se internaba en territorio desértico, con carencia de agua potable, debiéndose cavar jagüeles al no hallar pozos naturales. El ganado enflaquecía paulatinamente. Hasta que se recibieron avisos de la proximidad de Yanquetruz con fuertes contingentes de guerreros, y ambos contrincantes se dispusieron al combate. Se debió este choque no previsto a que el cacique había preparado para esa época un *malón* sobre Río Cuarto.

A las tres de la noche del 16 de marzo de 1833 el general Ruiz Huidobro dejó con sus tropas el campamento establecido en Soben, y la División se dirigió hacia un conjunto de lagunas denominada *Las Acollaradas* (unidas o “encadenadas”). Al despuntar el sol en sus proximidades, el cacique y sus tribus se hicieron presentes en número de 800 indios de pelea. La infantería de Barcala formó cuadro ante la violenta carga de sus oponentes, en medio de una gran algazara y remolinear de lanzas, con los regimientos de caballería en sus costados.

La pelea fue tremenda, refiere el propio Ruiz Huidobro con elocuencia:

Cargaron en todas direcciones con la impetuosidad y denuedo propios de los que han sabido infundir el terror en las Provincias fronterizas, de modo que las columnas de los flancos se vieron en la necesidad de echar pié a tierra y formar sus escuadrones; pero ni el fuego vivo de la mosquetería, ni los repetidos tiros a metralla de artillería, podían detenerlos de continuar su intento, cual era la desorganización de los cuadros. Hasta que por último lograron romper el de Auxiliares, que se rehizo en el acto.

Al fin, tras seis horas de batallar, con sucesivas cargas dadas y recibidas, los indios “se entregaron a la fuga, arrojando sus lanzas y dejando el campo sembrado de cadáveres”, según el parte de Ruiz Huidobro, aunque éstos no pasaron de 160 “e infinitos heridos”. Entre los primeros se contaba el cacique Pi-

chun; caído “a diez varas del cuadro de infantería”, y tres hijos de Yanquetruz: fue suficiente para éste. Las bajas de la División alcanzaron a 51 hombres entre muertos y heridos.

La tenaz y victoriosa defensa de la posición no pudo ser complementada con la persecución que débilmente se intentó luego, ante la falta de montados en condiciones, y el temor de una sorpresiva revancha. Se alcanzaron las tolдерías del cacique Carri-pilón y las tropas regresaron. De cualquier modo que sea, la peligrosa invasión había sido contenida, y en San Luis se la pregonó por bando y se dispuso iluminación general de la ciudad. Lo mismo en Córdoba, luego de un *te deum* oficiado en la catedral. El periódico porteño *Gaceta* se sumó al júbilo en su edición del 3 de abril, ponderando los conocimientos del general Juan Manuel de Rosas acerca de las tribus y sus asentamientos:

Con estos datos, con la hábil dirección del Excmo. general Quiroga, y con la bravura de todos los que combaten bajo sus auspicios, es imposible que no se logre el grande objeto que se han propuesto los Gobiernos: el de poner de una vez a cubierto de los salvajes a las poblaciones y a las propiedades.

Por desgracia, tales expectativas no se concretaron. Tras haber tanteado Yanquetruz la capacidad bélica de la División del Centro, y comprobado la inutilidad de destruirla en lucha frontal, el cacique se internó en el Desierto y no se lo pudo alcanzar más. El general José Ruiz Huidobro ensayó vanamente operar en profundidad, mediante jornadas cortas y descansos prolongados, pero la flacura de sus caballos y la sequedad del suelo lo detuvieron; por otra parte, no se estableció la conjunción que esperaba con la División de Buenos Aires. Para colmo de males, al arribar a fines de marzo —dos semanas transcurridas desde Las Acollaradas— a la laguna Trapal, donde debía hallarse el ganado de reemplazo llevado desde Soben (1.300 cabezas de vacunos), las tropas se enteraron que había sido arrebatado por Yanquetruz. Era la táctica instintiva de la Barbarie —en todo el mundo—: no aceptar la lucha salvo hallarse numéricamente superiores (el “partido pampa” lo llamaban los cristianos), y si no se daba esa condición, lanzar golpes de mano mientras hacían el vacío territorial a su frente. El general Juan Facundo Quiroga comunicó al Gobierno de San Juan su situación, sin ocultamientos, el 17 de abril:

La División del Centro al mando del señor general Ruiz, después de batir a las indias que venían a realizar la incursión más espantosa en las Provincias de Córdoba y San Luis, tuvo que perseguir en distintas direcciones, de las que ha resultado quedar en aquella tierra reducida a una absoluta nulidad por la falta de caballos, a causa de no haber tenido gordura suficiente los que se dieron en los contingentes de Córdoba y San Luis. Este acontecimiento inesperado demanda muchos sacrificios para proveer de nuevos elementos a la expresada División, pues ya no es posible apeaar a la empresa, ni detenerse en erogaciones, a fin de que no se malogren los costos que se han hecho, y lo expuesto que sería para la República un mal sin término, si una empresa de esta clase quedase paralizada por falta de elementos.

Pero las reservas para proveerla de nuevos elementos no existían.

Condenada la División a perecer de hambre, y sin elementos de movilidad (su pedido motivó la colérica reacción de Quiroga ante Hudson, ya transcrita), el general Juan Facundo Quiroga dio por concluida la misión de Ruiz Huidobro, y en abril éste estaba de vuelta en Río Cuarto con el fin de "reponer la caballada y aumentar los recursos para emprender nuevamente la campaña, y mientras tanto, cuidar las fronteras de Córdoba y San Luis", según instruyó el Director de la Guerra.

En aquella villa se planteó una enojosa cuestión contra el coronel Francisco Reynafé, acusado de no proveer caballos de reserva, y éste fue separado del mando de su Regimiento. Este incidente parece haber sido una maniobra incubada contra las autoridades de la Provincia de Córdoba, que estallará muy pocos meses después; y que debe relacionarse con la comisión encargada por el general José Ruiz Huidobro a su jefe de Estado Mayor, coronel Andrés Seguí, cuando tiempo atrás —el 2 de abril desde las mismas Acollaradas— lo despachó para ir a Cuyo a conferenciar con Quiroga y ponerlo al tanto de sus movimientos y planes, buscando traer los caballos que precisaba. Entre los informes que Seguí llevaba de Ruiz Huidobro para el "Director de la Guerra", son significativos los que siguen:

Los cordobeses me han vencido haciéndome la guerra de recursos, me han engañado, y si no ando pronto quizás también me hubieran sacrificado. Me han informado de la abundancia de aguas y de la fertilidad de los campos, el mismo que hacía dos meses que había mandado sus emisarios al Salado; me han quitado los ganados y caballadas que dejé a mi retaguardia custodiados por hombres de mi confianza, y al verme resuelto a continuar mis marchas, tengo sobradas razones para creer minado el Batallón de infantería a la insubordinación.

El caso es que uno de sus dependientes, el jefe de la localidad del Sauce (hoy denominada Río de los Sauces), comandante Celestino Romero, decidió el 5 de junio iniciar una sublevación contra el Gobierno de Córdoba, para lo cual se apoderó del depósito de armas allí existente. Con ellas, el teniente coronel Manuel Esteban del Castillo se dirigió a la villa de Río Cuarto y organizó una fuerza que salió a convocar adeptos en los alrededores. Varios militares y vecinos caracterizados se plegaron, en oposición al mandatario José Vicente Reynafé (aprovechando que su prestigioso hermano el coronel Francisco Reynafé había sido alejado para facilitar la maniobra), pero otros pudieron fugar para dar aviso a las autoridades de la Provincia. Cuando cuatro días después de ocurrido el suceso, desde la ciudad de Córdoba se intimó al general Ruiz Huidobro que explicara la conducta de sus subordinados, éste contestó exigiendo la entrega de los "desertores". Su situación quedó desde entonces sumamente comprometida. Dejó hacer, confirmando las denuncias de aquellos de que también el General participaba o encabezaba el movimiento sedicioso. Ante ello, el Gobierno Delegado de Córdoba (su titular se hallaba enfermo en Sinsacate) dispuso:

Como desde este momento debe suponerse suspensa la empresa de la nueva campaña, y el contingente de esta Provincia sólo ocuparse en el

sostenimiento del orden legal de ella, el infrascripto ordena directamente a los señores jefes de Dragones y batallón Defensores del Honor Nacional, que se pongan con sus respectivos cuerpos a las inmediatas órdenes de este Gobierno, y espera que el Excmo. señor General a quien se dirige, impartirá a los referidos señores jefes lo que corresponde por parte de S.E. para su ejecución; en la inteligencia de que el infrascripto comunica también esta medida a los Excmos. Señores Gobernadores de Buenos Aires y San Luis, y señor General Director de la Guerra.

Para triunfar, el movimiento debía expandirse. El teniente coronel Castillo se dirigió desde Río Cuarto a la capital, y el 13 de junio entró en la ciudad de Córdoba al frente de 400 hombres sin oposición, pues las autoridades la habían abandonado. En los alrededores el coronel Francisco Reynafé organizaba la resistencia, y ante su avance, el comandante Del Castillo salió de la ciudad en derrota. Alcanzada la retaguardia de su columna en Yacanto y luego en Piedra Blanca, los que cayeron prisioneros fueron fusilados, entre ellos el novel capitán Francisco Ceballos, quien un par de años atrás tuviera la fortuna de bolear el caballo al general Paz. Castillo pudo fugar a Achiras (San Luis), y Río Cuarto fue retomada por los comandantes José Celman y Justo Pastor Salinas el 24 de junio. El Gobierno procedió con severidad, condenando a varios implicados de categoría —algunos, simples opositores— a muerte, prisión o destierro.

La ineptitud del general Ruiz Huidobro en dirigir la revuelta —u oponerse a ella, en caso que no la prohijase— le costó caro. Y su estrecha vinculación con el general Juan Facundo Quiroga, y la conocida animadversión de éste para con Reynafé, tornó inmediatamente en sospechoso de complicidad, cuando no de instigador, al *Tigre de los Llanos*. Debe recordarse que Quiroga acusó al mandatario cordobés de pasar informes a los indios sobre la iniciación de la campaña, lo que provocó su renuncia, luego retirada. Hasta la lejana prisión de Paz en Santa Fe llegó el rumor, y asentó en sus *Memorias*: "Por ese tiempo estalló en Córdoba la revolución de Castillo y Arredondo contra los Reynafé, que todos creían y creen que era protegida por aquel caudillo".

Con el propósito de contrarrestar las sospechas, Quiroga ordenó a Ruiz Huidobro emprender nuevas operaciones contra los indios. Así se hizo con los elementos con que se disponían, con tanta fortuna que el 27 de junio su vanguardia al mando del teniente coronel Prudencio Torres pudo sorprender en una aguada próxima a Huincá-Renancó a una partida de salvajes que custodiaba un rodeo de ganado, y atacarla antes que tuviera tiempo de prepararse a la defensa. Los indios debieron montar sin margen para ensillar y huyeron, dejando 2 muertos, muchos heridos, y caballos, mulas y vacas, contra 2 heridos de los Dragones de la Unión. Pasando por alto las ocurrencias políticas, el general Ruiz Huidobro, desde Tromen el 10 de julio pidió al Gobierno de Córdoba las reses suficientes para continuar marchando, y despachó al coronel Andrés Seguí a Río Cuarto con este propósito.

Pero Reynafé no se hacía el olvidadizo.

El comandante Celman mandó arrestar al coronel Seguí, porque —explicó en oficio al Gobierno el 25 de julio—

con motivo del sumario que estoy siguiendo de orden suprema acerca del movimiento anárquico contra las legítimas autoridades de la Provincia, resulta complicado en éste dicho señor Coronel.

El general Quiroga fue impuesto desde Córdoba de que las sospechas apuntaban hacia Ruiz Huidobro, aunque cautamente expresaba la comunicación:

El Gobierno nunca ha dudado de los hechos y nobles sentimientos que caracterizan la persona de V.E., y siempre ha mirado como una atroz calumnia el que los enemigos del orden se hayan atrevido a tomar tan respetable nombre para darle ingerencia en los movimientos tumultuarios para derrocar las autoridades legítimamente constituidas.

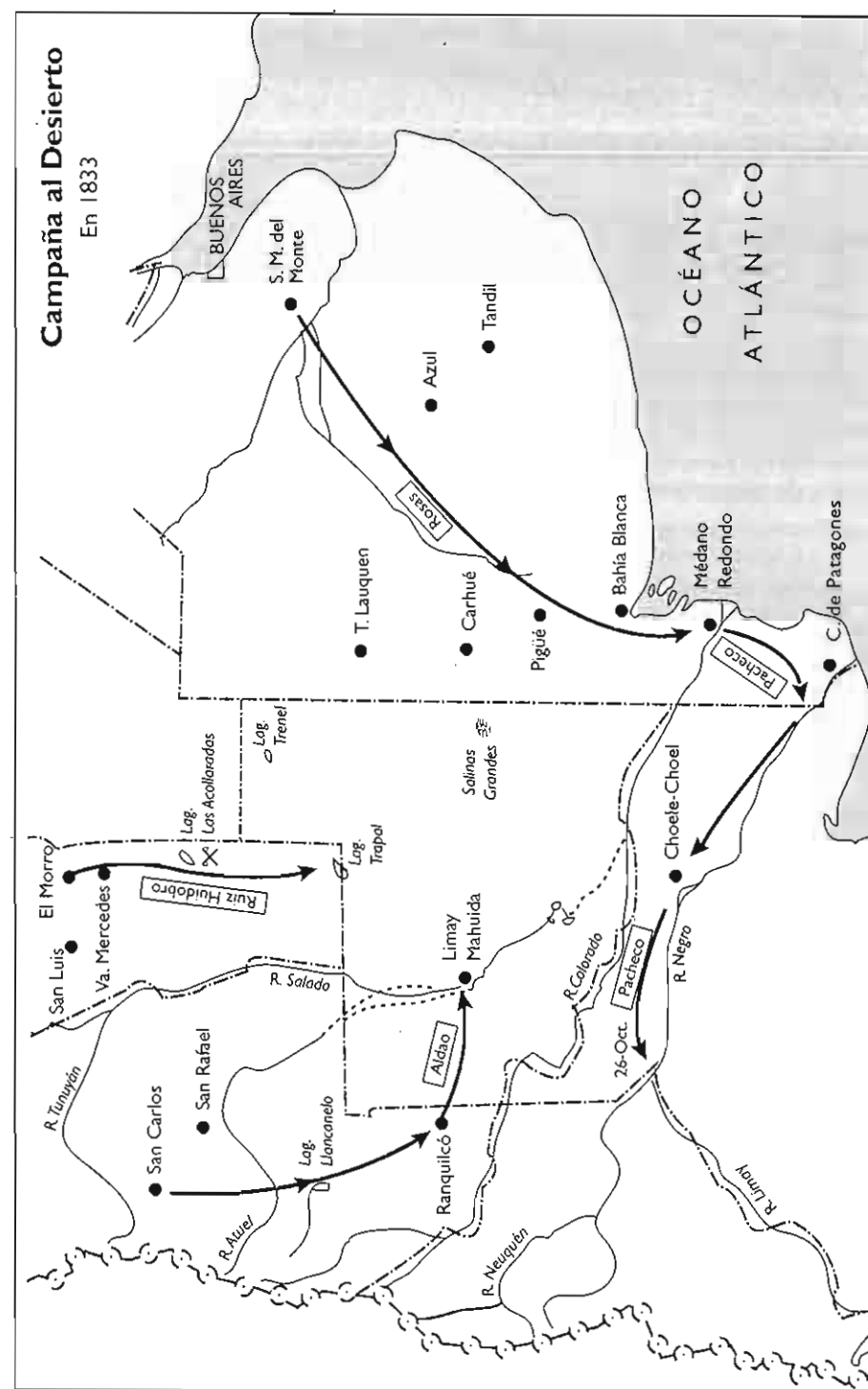
En la negación se encerraba la acusación. Quiroga reaccionó enérgicamente para cubrir su responsabilidad, "profundamente desagradado, sino también cubierto de vergüenza" por ver "eclipsada la fama del Regimiento Auxiliares de los Andes con las imputaciones que se le hacen al jefe". Así lo comunicó al propio Ruiz Huidobro, al manifestarle que por su parte

no está convencido de las presunciones que contra su conducta arroja el sumario que en copia se le incluye, pero al que firma le es sumamente dolorosa la suspensión problemática en que lo mantienen las referidas presunciones.

De distinto tenor fue la carta de Quiroga a Rosas (16 de julio):

Ya no cuenta Ud. con la División del Centro, cuya moral se ha perdido absolutamente por la conducta de un General que, desatendiendo el grande y honorable objeto a que fue destinado, se ha ingerido vergonzosamente en los movimientos de Córdoba contra el Gobernador Reynafé. Cuando apareció su complicidad se lo previne, y fingió acelerar su marcha contra los indios ranqueles como se lo tenía ordenado con encarecimiento y anticipación. La marcha se realizó, a la verdad, y la vanguardia se encontró con un grupo de indios que dice venía a robar Córdoba y San Luis. Los indios fueron cargados por solo la vanguardia y puestos en fuga. A esto se ha reducido toda la acción, y ya lo tiene Ud. otra vez sin caballos y demás recursos, que pide nuevamente. Sólo por decir algo, cuando la desertión es enorme y sólo le quedaron como 300 hombres, según se me dice, pues hasta el coronel don Prudencio Torres y el mayor don Juan Manuel Espinosa se han regresado a Córdoba diciendo que el General marcha como en fuga y pierde y consume la caballada en tirar un rodado, lo que se le había prohibido. Viendo pues que de esta División nada se puede ya esperar, sino un estéril consumo de recursos, he tomado la resolución que Ud. verá en la copia que le incluyo.

Para el Gobierno de Córdoba las dudas no existían. Según participó al de Buenos Aires:



Por la lectura de ambos sumarios se penetrará V.E. de la parte tan principal que han tomado el General de la División del Centro, don José Ruiz Huidobro, y el coronel don Andrés Seguí, auxiliando a los revolucionarios con los útiles de guerra que la Provincia había destinado para la expedición contra los bárbaros.

Como la Provincia de Buenos Aires sostenía pecuniariamente a dicha División, debía saber de su comportamiento. Al mismo tiempo, el mandatario cordobés reclamó a Quiroga la devolución del contingente de la Provincia (232 hombres) que quedaba integrando la División, y el requerido obró de conformidad, *"por no merecer ya el General que la manda, la confianza del Excmo. Gobierno de ella"*. Más aún: resentido, dio por concluida la misión de sus tropas en la campaña, enviando también a San Luis las fuerzas de ésta, al tiempo de despachar a la cordobesa, *"por no ser dado al infrascripto tener a sus órdenes hombres que no saben obedecer"*. El 15 de septiembre el general Ruiz Huidobro se fue a Buenos Aires a justificar su conducta, instruyéndose un sumario abruptamente cerrado por un decreto del Ministro de Guerra general Guido, de sospechosa ambigüedad:

Considerando que se implican en ella (la causa) no solamente sucesos de muy difícil esclarecimiento, sino también otras circunstancias de grave trascendencia a la causa pública, que el Gobierno de Buenos Aires, avalorándolas con un juicio imparcial, cree no puede ni debe complicar más.

El general Juan Facundo Quiroga llegó a Buenos Aires en los primeros días de diciembre de 1833, cesando su participación en las operaciones contra los indios, que no agregaron ningún lauro a su carrera militar.

Dejaba tras de su frustrado intento de deponer a Reynafé, colocado otro hito en el camino que conducía a su trágica cita con Santos Pérez.

3

La División de la Derecha a órdenes de Aldao llevaba como jefe de Estado Mayor al teniente coronel Estanislao Recabarren, y estaba conformada por las siguientes unidades, de 200 plazas cada una: Batallón 2 Auxiliares de los Andes (teniente coronel Nazario Benavides), Batallón de infantería de Mendoza (teniente coronel Jorge Velazco), Regimiento Granaderos a Caballo de Mendoza (teniente coronel Bernardino Vera), Regimiento 2 Auxiliares de los Andes (teniente coronel Martín Yanzón), y 26 indios auxiliares que hacían de baqueanos y exploradores, con su cacique Juan Goico.

El 3 de marzo de 1833 se dirigió desde el fuerte San Carlos al de San Rafael y de ahí a Malal-hué y al río Diamante, llevando como vanguardia al teniente coronel Velazco, quien el 31 de marzo de 1833 cruzó el río Chadi-leuvu por el paso de Limay-mahuida, encontrándose con indios. Éstos disputaron un vigoroso encuentro con el teniente coronel Benavides, que causó a éste muchas bajas, pero sufriendo una aplastante derrota. En la persecución los indígenas perdieron 250 prisioneros y se rescataron 60 cautivos, más muchas ca-

bezas de ganado vacuno, caballar y ovino. El avance de la División Derecha se efectuó por un terreno áspero, sin aguadas ni pastos, y ausencia de tolde-rías de importancia: los datos registran los asentamientos de cinco *rucás* del cacique Naicum con 7 indios de pelea, dieciséis toldos del cacique Carriáné con 17 indios *de lanza*, siete toldos del cacique Malianau con 7 indígenas... Todo esto a través de una "árida zona" (similar a la que en Norte América dio denominación a uno de sus Estados: *Arizona*), con pozos a veces sólo suficientes para que abrevara un solo caballo, lo que forzaba a efectuar el avance por escalones y de noche para no *aplastarlos*. El agua salitrosa causaba gran mortandad entre los vacunos para la alimentación. Escribió el teniente coronel Velazco, cronista de la expedición:

El desconsuelo de la tropa era grande, pues como casi toda la División no traía más que un chifle por hombre, y no vinieron barriles por falta de mulas en qué cargarlos, nos chasqueamos; pero por fin, refrigerados algún tanto con frutas de tuna que hallaron los soldados, tomaron nuevo ánimo y gran resolución para continuar la marcha.

Ello demuestra a las claras la falta de tribus viviendo en masa en la Patagonia, salvo familias en torno a una laguna y muy separadas unas de otras; lo que torna inverosímil la suposición de que los territorios australes estuvieran poblados por numerosos asentamientos, luego "masacrados" por los diferentes Ejércitos que operaron contra ellos. En verdad, el *Desierto* merecía el apodo de tal, pues los grandes campamentos —como el ranquelino de Leuvu-có, o el de pampas en Nievas— eran excepcionales. En cuanto a los miles de lanceros que intervenían en los *malones*, se trataba de auxiliares venidos de Chile, para participar en el botín que luego comerciaban tras la cordillera de los Andes.

Los indios huían ante el avance de la División mendocina, sin ofrecer pelea, conscientes del poderío de las armas de fuego y de hallarse en desventaja numérica. Otra de las causas de encontrarse escasos indígenas de pelea fue la circunstancia de haberlos convocado el cacique Yanquetruz para efectuar su frustrado ataque a Río Cuarto, "dejando las tolde-rías casi desiertas de *chinos* y sólo con las *chusmas* y las cautivas", asentó el teniente coronel Velazco. No obstante, merodeaban 600 de ellos en torno a la columna y sus campamentos para caerle por sorpresa a fin de arrebatarse su caballada. En Ranquil-có pudo atacarse la tolde-ría del cacique Yaipilau, quien escapó, pero fueron tomados 39 individuos de su tribu y varios animales. Así es como el 4 de junio el general Aldao informó al Gobierno de la Provincia que *"cada día desde su llegada al Limay-Mahuida adquiría un nuevo triunfo"*. Hasta que ocurrió un nuevo combate el 14 de mayo, cuando una compañía de infantería de vanguardia descuidó su vigilancia y unos indios en número de 25 o 30, presentándose con vestuarios de tropa, la sorprendió dentro de sus carpas, lanceando a los ocupantes en sus mismas camas, *"no habiendo escapado de todos ellos sino 8 soldados"*. Este asalto fue referido en sus *"Memorias"* por Manuel Baigorria, refugiado entre los indios luego de haber podido salvar de la derrota de Echeverría y Videla: "Aldao permaneció algún tiempo en Limay-Mahuida, hasta que Yanquetruz, rehecho, volvió sobre él y le mató 80 hombres de una vanguardia; entonces se retiró". Sin embargo, en agosto fue alcanzada una parti-

da de enemigos y se obtuvo una ligera victoria, que no obstante su poca importancia debió exagerarse para compensar el ánimo de quienes tantos esfuerzos hicieran para equipar a las tropas. El 2 de agosto el Gobernador daba cuenta a la Legislatura:

Se ha facilitado todos los medios necesarios a la División que marchó contra los bárbaros enemigos, lo que ha producido un fruto capaz de dulcificar la amargura de los sacrificios hechos, pues un triunfo brillante conseguido en la Media Luna de las Leñitas ha puesto en nuestro poder el botín que habían hecho los agresores, las víctimas hermanas que habían cautivado, y 96 salvajes que han mordido la tierra que profanaban, según el parte de nuestro general don José Félix Aldao.

Este último recibió el dictado de "nuevo Marte argentino".

Poco más puede decirse de las operaciones de la División Derecha: vagó penosamente por despobladas comarcas carentes de agua, soportando frío por las nevadas, sin volver a encontrar enemigos. Hasta que por fin, "enteramente destruida" su caballada tras siete meses de campaña (exponía su Comandante) y no logrando recursos indispensables para proseguir sus operaciones, en agosto Aldao requirió nuevos elementos a Mendoza. Se hallaba acampado al norte de la confluencia de los ríos Atuel y Salado.

Mas el Gobierno provincial había agotado las posibilidades para seguir abasteciéndola; y cuando Quiroga ordenó la remisión de más elementos, el mandatario interino, Pedro J. Pelliza, se negó con firmeza (6 de septiembre):

El infrascripto no puede, sin aventurar la verdad que debe caracterizarlo, y sin faltar a los respetos debidos a S.E., facilitar todo lo que indica en su citada nota, pues a su parecer, aún convirtiese al pueblo en un teatro de aflicción, y exprimiéndose hasta el aliento que debe mantenerlo, no bastaría a llenar su compromiso. El Excmo. señor Director de la Guerra ha satisfecho cumplidamente con el que tuvo la dignación de admitir cuando se le encomendó la empresa, que no ha dejado de tener resultados muy ventajosos. El Gobierno de Mendoza a juicio del infrascripto ha llegado también al término que se propuso cuando dijo: que hasta tocar la raya de lo imposible. En su sentir y por su voluntad, la División de la Derecha debe regresar, porque no hay recursos que basten a hacerla avanzar más adelante; porque desbaratado el plan de operaciones con la parálisis de la División del Centro, ha menguado inmensamente la esperanza de los buenos resultados, y últimamente porque en el caso de un contraste no hay arbitrio de repararlo.

Quiroga a disgusto impartió las órdenes en ese sentido, según comunicó el 9 de septiembre:

Al que suscribe no le es dado hacer otra cosa que aquello que dispongan los Gobiernos que lo encargaron de la Dirección de la Guerra, máxime cuando conoce que son justas las causas que apunta S.E., y que afianzan su resolución para mandar regresar la División de la Derecha.

El general Quiroga concluía por hacer saber que "no ha trepido en dar órdenes al señor General de la División de la Derecha para que regrese a esa Provincia con las fuerzas de su mando". El Gobernador de San Juan, Valentín Ruiz, en conocimiento de la decisión, lamentó la medida adoptada por la Provincia de Mendoza que, luego de los triunfos que habían puesto en terror y escarmiento a los indios —afirmaba—, "pronosticaban el verse las Provincias limítrofes libres de un enemigo devastador". En la ciudad de San Juan se hallaba aposentado el "Tigre de Atilas", y no es aventurado suponer que el reproche de su Gobierno por la determinación de Mendoza haya obedecido a la influencia de aquel, irritado por la crítica de Pelliza dirigida a la conducta de la División del Centro que estaba compuesta por los veteranos de Quiroga.

Las Divisiones de la Derecha y del Centro cesaban de operar al mismo tiempo.

Es la oportunidad de historiar lo ocurrido con las tropas encargadas a la dirección del general Juan Manuel de Rosas.

4

En tanto aquellas dos Divisiones operaban sobre la *Tierra Adentro* desde principios del año 33, la mandada por el general Rosas con las fuerzas porteñas se organizaban cerca de la guardia de San Miguel del Monte, desde donde inició su rumbo al sur el 23 de marzo, para arribar a las márgenes del río Colorado el 11 de mayo. El mes anterior el Ministro de Gobierno doctor Manuel V. de Maza había escrito al de la República transandina:

Sería convenientísimo al más favorable y breve éxito, que Chile anticipase al mes de diciembre su cooperación lo más posible que el tiempo diese, internando su fuerza hasta los ríos Neuquen y Negro, pues que por ese tiempo deben obrar por ellos las de esta República.

Esta conjunción no se realizó por inconvenientes internos en Chile, lo que quizá haya impedido un asentamiento militar permanente de funestas consecuencias para la futura discusión de límites.

El comando de la División Izquierda por parte de un personaje de la importancia política y la trascendencia histórica de Juan Manuel de Rosas, ha confundido a numerosos escritores, que hasta hoy lo consideran el artífice de toda la campaña al Desierto en 1833. Ciertamente es que en su época comenzó una propaganda interesada en ese sentido, pero lo expuesto en las páginas atrás es suficiente para desvirtuar semejante atribución y la jefatura de ella, como asimismo los hechos que se expondrán reducirán a su justa medida la participación y los resultados de la empresa en que tomó parte el general Rosas.

Como se sabe, recién con la llegada al Gobierno de Juan Ramón Balcarce se dio el impulso inicial a la intervención de Buenos Aires en la campaña concertada: "Nada omitiré a fin de que tenga los más felices resultados", escribió el nuevo mandatario, y en efecto, puso todos los recursos de la Provincia para equipar a sus tropas. El 5 de febrero la Legislatura autorizó contraer un crédito por un millón y medio de pesos a fin de solventar los gastos que deman-

darán las operaciones, pero fue imposible lograrlo por la situación de penuria que se vivía, y los recursos debieron extraerse de rentas generales. A fines del mismo mes el Gobernador Balcarce escribió al general Quiroga:

Yo he cerrado los ojos a todo y me he resignado a sufrir las incomodidades que sobrevengan, antes que no prestar por nuestra parte una cooperación activa y verdadera con la División que debe operar bajo la dirección de nuestro buen amigo el general Rosas en combinación con las fuerzas que tan acertadamente se han puesto al mando de Ud. contra los indios.

Entre las medidas dispuestas se contó la confección de un plano por parte del jefe del Departamento Topográfico, teniente coronel José I. Arenales, cuya copia fue remitida al general Ruiz Huidobro. Todos los gastos fueron asentados en una cuenta especial titulada "Expedición contra los indios" (14 de febrero de 1833 al 31 de diciembre de 1834) en el *Libro Mayor de Contaduría - Comprobantes de pago*, donde se detallan los diversos rubros.

En cuanto al comandante de la División, general Rosas, se ocupó con la prolijidad que acostumbraba de solicitar a la autoridad todo aquello que consideraba preciso para dotar convenientemente a sus tropas, que calculaba en 1.300 hombres de caballería y 200 infantes. La necesidad de caballos, "buenos y gordos", estaba calculada en 6.000, para reunir y remitir los cuales fueron comisionados Manuel José Guerrico y el coronel Vicente González. Llama la atención advertir que entre los requerimientos de Rosas al Gobierno —armamento, equipos de todo tipo, "*vicios de entretenimiento*" (aguardiente, yerba y cigarros)—, se incluían "*doscientas mujeres públicas que no pasen de 35 años*".

La División de la Izquierda tenía como *Mayor General* (Segundo Comandante) al general Ángel Pacheco, quien fue el jefe de vanguardia. Se componía de dos batallones de infantería y tres regimientos de caballería, con algunas compañías y escuadrones de diversas unidades milicianas, y un piquete de artillería con 5 piezas de bronce servidas por 52 soldados, lo que finalmente hizo ascender sus efectivos a 2.010 hombres, con 3 caballos por soldado y 4 por oficial. Entre ellos, un equipo de geógrafos (Nicolás Descalzi y Feliciano Chiclana), y un acompañamiento naval de 25 efectivos mandados por el capitán de marina Guillermo Bathurst llevando dos embarcaciones para recorrer los grandes ríos. Todo listo, se movió la División en la última semana de marzo, y luego de atravesar la sierra de la Ventana, por el camino de la costa —Bahía Blanca y luego Patagones— en los primeros días de mayo llegó al río Colorado. Se había evitado transitar por la ruta de los indios, 30 de los cuales, pertenecientes a la tribu del cacique Chocorí, habían robado los mejores 400 caballos del fuerte *Argentino* poco antes de que la División se presentara ante Bahía Blanca. Otros indios "amigos" de los caciques Catriel, Cachul, Llanquelén, Reylet y Cayupán se ofrecieron a servir como auxiliares en la División Izquierda, en número de 600.

A despecho de su alta jerarquía, Rosas no era militar —primero estanciero y luego político—, y sus servicios ocasionales como miliciano lo fueron bajo órdenes superiores. De modo que al arribar al río Colorado, sin cruzarlo, estableció un campamento general del cual no se movió en adelante. Fue la

misma conducta que observó cuando tuvo lugar la campaña contra el general Paz en 1831, en que quedó en el campamento sobre el arroyo Pavón. Pero a diferencia de aquella, en la presente oportunidad el general Rosas se preocupó por llenar su cometido con gran actividad, confiando personalmente diversas operaciones a jefes veteranos; en este sentido se cumplió parcialmente con la finalidad de la campaña, aunque los efectos fueron limitados. Una síntesis de ella —cuya acritud no es óbice para disminuir su veracidad— la ofrece el general Iriarte en sus *Memorias*:

"Los indios, conociendo su excesiva debilidad, abandonaron sus tolдерías y huyeron desprovistos a buscar un abrigo que los pusiese a cubierto de tan encarnizada persecución, pues los triunfos de Rosas estuvieron reducidos a una sangrienta carnicería de indios, a inmolar sin piedad y sin riesgo a cuantos infelices indígenas caían en sus manos. Tan cierto es esto, que el grupo mayor que encontró no excedió de 200 indios reunidos. De este modo y decuplando su número en sus pomposos partes, pretendió darse un carácter guerrero y de un aventajado General. ¿Ignoraba que la gloria militar no puede conquistarse sino en el humo de los combates? El único bien que la humanidad reportó de esta campaña fue el número de cautivos cristianos rescatados por poder de los bárbaros, pero este número fue también muy exagerado por Rosas".

Se comprobará la exactitud de lo expuesto en los documentos que siguen.

El general Rosas recibió noticias del choque de Ruiz Huidobro en Las Aco-laradas (16 de marzo) estando en Bahía Blanca, por lo que indujo al cacique Rondeau de la tribu voroga que junto con un escuadrón propio "*cargasen a los ranqueles y Yanquetruz* —informaba al Gobierno—, *que suponía se les hubiese reunido con los indios que pudo escapar después del golpe de muerte con que fue ejemplarmente escarmentado por la División del Centro*". Pero como no recibió noticias de Ruiz Huidobro ni de Aldao, Rosas dispuso despachar al general Pacheco (2 de mayo) con 600 hombres de caballería y 200 de infantería para perseguir a los indios. Él por su parte se instaló a partir de 11 de mayo en el paraje denominado *Médano Redondo*, a 20 leguas de la desembocadura del río Colorado en el océano. No se alejó nunca de allí, ocupado en atender a las novedades políticas que le llegaban desde la ciudad de Buenos Aires, para controlar la marcha del Gobernador Balcarce. De las operaciones militares se ocuparían los soldados profesionales. No obstante, años después Juan Manuel de Rosas encargó a Francia la ejecución de un grabado, con fines propagandísticos, mostrándose rodeado de sus dos principales jefes, y cadáveres de indios en torno a sus caballos, mientras cerca huían en derrota los lanceros indígenas. La ilustración lo representa con mayor edad de la que tenía cuando se desarrolló la campaña, una década atrás de haber sido confeccionada.

Corresponde insertar una circunstancia de suma gravedad ocurrida en esta época, por su significado, que sin embargo no ha sido puesta de relieve pese a la importancia que tiene.

La divisa partidista de los seguidores del general Rosas había sido impuesta a los funcionarios y personajes de categoría mediante el decreto que éste expidiera siendo Gobernador (1832), y una escarapela colorada pretendió suplantarse a los colores celeste y blanco que se lucían desde los primeros años de la

Independencia como símbolo de la soberanía nacional. El Congreso de Tucumán los oficializó al proclamarla en 1816. Aquella otra no se mantuvo luego del descenso del mando por parte de Rosas, según enseña el doctor Valentín Alsina, yerno del doctor Manuel V. de Maza, el estrecho colaborador de Rosas:

"En ese año mismo ya empezó la cinta a caer en desuso. Rosas tenía tolerancia. Podría referir un pasaje que me ocurrió con él, con quien yo, sin cinta, me hallé súbitamente hombro con hombro. Lo prudenció, y se limitó a volver a publicar el decreto. Concluido su Gobierno, la cinta casi desapareció en 1833 y 1834".

Lo que antecede explica el grave hecho reflejado en la siguiente carta del doctor Felipe Arana, escrita el 22 de abril de 1833, donde informaba al general Rosas:

Pascuala [Beláustegui, su mujer] me encarga diga a Ud. que como este año está de Presidenta [de la Sociedad de Beneficencia] ha dado orden a las escuelas que para las fiestas del 25 de Mayo quiten las cintas celestes y usen la punzó, según Ud. lo significó.

El último párrafo indica la autoría de Rosas en la sustitución del emblema argentino. Pero ello no quedó limitado a los niños escolares, ya que al contestar a Arana el 29 de mayo desde el río Colorado, Rosas le anunció:

Sírvase Ud. manifestar a mi señora doña Pascuala cuánta ha sido mi complacencia al saber que había privado el uso de la cinta celeste en los premios del 25 de Mayo. Siguiendo su ejemplo mandé que todo el que tuviera algo celeste en el Ejército lo quemase dicho día.

Esa enormidad no quedó en hecho aislado: no mucho después el general Rosas sustituyó la propia bandera nacional, enseña de gloriosa trayectoria. Será indicado el ultraje en la época que ocurrió.

Mientras Pacheco se dirigía, tras vadear el Colorado, hacia el río Negro, Rosas destacó el 27 de mayo al coronel Pedro Ramos —otro veterano de la Independencia en Chile— para operar con 300 soldados y 100 indios contra el cacique Chocorí, por la margen izquierda del río Colorado. Las instrucciones que le fueron entregadas no deben haber diferido de las distribuidas a los demás jefes y oficiales encargados de las batidas. Le indicó Rosas:

No conviene que al avanzar una toltería traigan muchos prisioneros vivos: con 2 o 4 hay bastantes, y si más agarran, esos allí en caliente no más se matan a la vista de todo el que esté presente, pues que entonces en caliente nada hay extraño, y es lo que corresponde. Pero estos prisioneros no se descuide con ellos: si alguno es de una importancia tal que yo hable con él, mándemelo; pero si no, lo que debe Ud. hacer es luego que ya enteramente no los necesite para tomarles declaraciones, puede hacer al marchar un día, quedar atrás una guardia bien instruido el jefe encargado, que me parece puede para esto ser bueno Valle, quien luego que ya no haya nadie en el camino, los puede ladear al monte y allí fusilar-

los. Si después echasen de menos los indios a los dichos prisioneros y les preguntasen las cabezas qué se han hecho los prisioneros, puede Ud. decirles que habiéndose querido escapar y teniendo orden la guardia de que si los pillaba por escaparse los fusilase, había cumplido dicha orden que había Ud. dado, porque peor sería que por consideraciones de lástima tuviese que darme Ud. la noticia de que los prisioneros se les habían ido y yo enojarme.

El general Ángel Pacheco y el coronel Pedro Ramos fueron los más activos y eficientes colaboradores a los cuales Rosas encomendó recorrer los agresivos parajes que comprendían el teatro de operaciones de la División de la Izquierda.

El primero de ellos llevaba consigo 860 hombres, bajo el competente mando de probados jefes: Hilario Lagos, Antonio Ramírez, José María Flores, Francisco Sosa y Juan José Hernández. Cruzado el Colorado, que estaba bajo, portando en 3 balsas los bagajes, se marchó en forma casi perpendicular hasta tocar el río Negro el 7 de mayo. No fue un tránsito fácil, por la carencia de agua para los bueyes, que hubo de dárseles con baldes al no hallarse lagunas. Pudo derrotar al cacique Payllarén y gran parte de su tribu, con poca pérdida de su parte, pero contra lo esperado, no pudo sorprenderse a los indios reunidos en la isla Choele-choel, refugio del escurridizo cacique Chocorí, donde se estableció un destacamento. Rosas pensó dejar allí una guarnición de 400 hombres de manera permanente, para alejar a los indios a 100 leguas de distancia, pero esta medida tan conveniente no pasó de las intenciones, conforme a las reflexiones que le dirigió el general Tomás Guido el 22 de julio desde Buenos Aires, con conocimientos de la situación de la Provincia:

Los reemplazos necesarios para formar las guarniciones que deban quedar en Patagones, Choele Choel, Bahía Blanca y cualquier otro punto, no se remitirán en las actuales circunstancias, y desde que faltara esa base, no comprendo cómo pueda Ud. continuar sus operaciones dejando asegurada su línea de comunicación, ni cómo pueda quedar guardada la nueva frontera cuando Ud. haya de retirarse; pues tengo entendido que la mayor parte de la tropa de línea va solamente enganchada para la nueva campaña, y que las milicias ocupadas en ella cuentan también con su licencia terminado que sea su servicio.

Estas reflexiones prácticas se impusieron a los proyectos fraguados con buena intención pero sin sustento concreto, que invalidarían las esperanzas lisonjeras que se abrigan, como la que transmitía el general Pacheco al mismo Guido el 10 de aquel mes:

La expedición contra los salvajes, puedo yo asegurárselo, tendrá mejores resultados que los que el mismo General se había prometido. Él podrá ofrecer a su regreso un océano de campos útiles para la labranza y limpio de indios, con los datos resultados de reconocimientos prácticos.

Mientras los agrimensores Chiclana y Descalzi se ocupaban de reconocer el territorio, el último de los cuales transportado por el río Negro a bordo de

una embarcación comandada por el capitán Bathurst —quien había efectuado similar operación por el río Colorado—, Rosas recibía al naturalista Charles Darwin en su campamento de Médano Redondo, llegado hasta esas regiones a bordo del *Beagle* (capitán Fitz Roy).

El 15 de julio Juan Manuel de Rosas escribió al general Quiroga anunciándole que los indios boroganos, unidos a una columna comandada por el teniente coronel Manuel Delgado, atacaron a los ranquetes, quienes ofrecieron presentarle las cabezas de Yanquetruz y su hijo Pichun a cambio de la paz, lo que no fue posible porque éstos huyeron acompañados por 60 lanceros. Tampoco el cacique Chocorí pudo ser tomado, por cuanto al ser cargado en su toltería por el coronel Martiniano Rodríguez, escapó con sus acompañantes “los más en pelos, dejando sus recados, cargueros, 80 caballos útiles, y 2 indios que se entregaron”. Perseguidos tenazmente por los soldados y no pudiendo seguir para Chile, los indios enderezaron hacia la Provincia de Buenos Aires conducidos por los caciques mencionados, con variada suerte, pues si bien se capturó al cacique Llanquimán tras ruda pelea cerca de Salinas Grandes, y fue derrotado Chocorí, este último nuevamente logró zafar de ser ultimado y se perdió en el Desierto, aunque dejando en el campo como trofeo para sus vencedores, su espada y la curiosa armadura que usaba, compuesta por cueros secos anudados a guisa de “cota de mallas”. En cuanto a Yanquetruz y Maulín, tampoco pudieron ser hallados.

Rosas volvió a dirigirse a Quiroga el 20 de julio mostrando su subordinación al nominalmente Director de la Guerra:

No dude Ud. que daré órdenes usando de las facultades que Ud. me tiene conferidas, y sabiendo que el Centro está en Chadileo también se las daré si fuera necesario; pero siempre haciéndolo de modo que no perjudiquen las que Ud. les haya dado, les diese o me diese.

Lo puso al tanto de sus previsiones para operar en el río Negro:

Ocupar el centro de este río para atender los recursos de animales para el consumo de mis tropas. No cortar las comunicaciones con el general Pacheco, que en estos momentos le tengo encomendado el mantenimiento de la amistad actual con los indios boroganos y tehuelches, a fin de que los indios chilenos, que han fijado su residencia más al sur del río Negro, por las costas patagónicas, sean atacados por aquellos: de ese modo tratar de conseguir la entrega de las familias y cautivos cristianos que estuviesen en su poder. Posiblemente una vez repuesto el ganado, a fines de agosto, haré operar un destacamento de 300 hombres Colorado arriba hasta encontrar a las tropas de la División Derecha, asegurado por las noticias que se servirá disponer me envíen. Si para entonces la División Derecha estuviese en el río Colorado, sería necesario que el general Aldao garantara el paso de elementos de por allí, para el caso de que se resolviese la operación sobre el Neuquén por las dos Divisiones, que propongo deben reunirse en aquel punto con ese objeto.

Mas este plan no pudo llevarse a cabo por la deficiente conducción del general Aldao en sus movimientos, que no tendió decididamente a encontrarse

con la División Centro de Ruiz Huidobro, ni siquiera tras su rechazo “a lo Pírrro” de la embestida del cacique Yanquetruz en Las Acollaradas. En los hechos, fueron los jefes enviados por el general Rosas los únicos que llevaron a cabo concienzudamente la batida de las zonas hasta entonces no holladas por otras fuerzas armadas argentinas.

Rosas se quejó ante su amigo el coronel González, el “Carancho del Monte”, en carta del 20 de agosto:

Es una desgracia que aún no hayan llegado las Divisiones del Centro y Derecha. Con sólo la Derecha que llegara, las operaciones empezarían con provecho, pues así como está, la Izquierda de mi mando con tan pocas fuerzas para atender a tantos puntos no puede predicar y andar en la procesión. La vanguardia tiene cerca de 900 hombres y es la única División que puede operar sin riesgo. Pero no puede hacer movimientos a mucha distancia sin contar con que otra fuerte División corra el Neuquén por la parte de arriba. Yo muevo ahora la única fuerza disponible con que cuento aquí, que son 300 hombres, río arriba hasta la Cordillera.

Quería Rosas eliminar al cacique Cayupán, el único que enfrentaba a los tehuelches amigos.

El general Ángel Pacheco fue quien más profundamente se internó en esos campos desérticos y fríos, durante un invierno que mucho hizo sufrir a sus tropas. Las ponderaría en la carta citada a Guido:

La demora de los vestuarios nos ha perjudicado. Nuestros pobres soldados, como no tienen qué mudarse cuando llueve, tienen que acostarse con la ropa mojada sobre un suelo húmedo y helado, así es que he perdido algunos, y sin embargo siempre estamos en movimiento y la disciplina en todo vigor. ¿Y creerá Ud. que están contentos y deseando y solicitando ser nombrados para los destacamentos distantes? Es preciso convenir en que no hay en el mundo soldados como nuestros paisanos. Usted también en otras partes ha sido testigo de su resignación y sufrimiento en las penurias.

Las duras condiciones en que se encontraba la columna forzó a Pacheco a establecer cuarteles de invierno, reponiendo el vigor de sus caballadas. Sin embargo, otros jefes como los comandantes Lagos, Sosa y Hernández prosiguieron sus exploraciones: el 16 de agosto fueron sorprendidos muchos indios y en el combate quedaron muertos los caciques Pichi-loncoy y Millao, y prisionero el cacique Paynén.

Las indiadadas procuraban no enfrentar a las tropas, abandonando sus tolterías, y como resultado, debilitándose con las privaciones. Sólo mantenían en buen estado a sus caballos, para efectuar sus marchas y futuras incursiones. El 3 de septiembre el general Rosas resumió en carta al coronel Vicente González el resultado obtenido hasta entonces:

Para su satisfacción y la de los amigos, le diré que en este Ejército se conserva en todo su vigor la moral y rigores de disciplina, sin haber has-

ta la fecha un solo desertor. Ya tenemos más de 600 prisioneros en chinás y chinitos, muchas cristianas libres del cautiverio, siendo a mi juicio más de 800 los indios muertos desde que se abrió la campaña, pues es indecible lo que ha rendido las matanzas de las descubiertas.

Mejorado el tiempo, en octubre volvió Pacheco a emprender su avance, llegando el 22 a la confluencia de los ríos Limay y Neuquén, en la proximidad de la Cordillera (46 leguas de Choele Choel), el punto más extremo alcanzado por los cristianos. Una semana después estaba de retorno en la gran isla, y a mediados del mes siguiente de vuelta en el campamento de río Colorado.

Por su parte, el coronel Pedro Ramos, con 300 hombres y 100 indios auxiliares, con 3 caballos por hombre y 450 reses y otro tanto de yeguas para la alimentación de ambos grupos, había partido el 25 de agosto, *"por la margen exterior del río Colorado aguas arriba, explorando ambas márgenes y batiendo las tolderías que encontrara a su paso, hasta llegar a los contrafuertes de la Cordillera Andina"*, según rezaban las instrucciones recibidas del Comandante de la División Izquierda. A principios de septiembre Rosas le indicó que quedara a donde estaba (55 leguas, 275 kilómetros del lugar de partida) para el caso de que el cacique Maulin, derrotado por el teniente coronel Miranda en Salinas Grandes, llegara a ese lugar, que utilizaban los salvajes para transitar. Efectivamente, el 9 de aquel mes se libró un choque en la localidad de La Japonesa, con parte de esa tribu en retirada.

Prosiguió Ramos hacia el oeste sin separarse del curso del agua, y cuando llegó a la confluencia de los ríos Barrancas y Grande, tributarios del Colorado, estableció campamento y destacó dos columnas, una de las cuales, al arribar al cerro Payén, fijó en su ladera *"inscripciones con los nombres de los ilustres patriotas que firmaron el acta de la Independencia"* (30 de octubre). El coronel Ramos retornó tras 40 días de campaña al campamento en Médano Redondo, tras vencer las inclemencias opuestas por el tiempo y la naturaleza, habiendo enviado a sus hombres hasta cerca del río Atuel, en Mendoza. En su regreso pudo capturar al cacique Cayupán con 45 indios que escapaban de una fuerza mandada por el mayor Leandro Ibáñez, el cual lo sorprendió el 6 de octubre y lo derrotó junto a sus mismas *rucás* (viviendas).

Rosas ya estaba al tanto del fracaso de las otras dos Divisiones: *"Que lástima que hayan fallado el Centro y la Derecha y el Gobierno de Chile. Es indudable que ya estaría acabada la campaña si así no hubiera sido, o si en nuestra Provincia no hubiera tenido tan poderosos enemigos la expedición"* (la última alusión se refería a la lucha entablada contra el Gobierno de Balcarce, al cual injustamente acusaba de no apoyarlo en su campaña, aspecto que se considerará luego).

Al cabo del año la campaña tocó su fin en todos ámbitos. El general Rosas efectuó un resumen de lo obrado por la División a sus órdenes, en carta del 12 de septiembre dirigida a su futuro consuegro Terrero, *"mi querido amigo y compañero Juan"*, que es conveniente insertar a guisa de inventario final en sus propios conceptos:

Aún no ha llegado la Derecha, y sigo con un puñado de soldados haciendo la fatiga en toda la extensión de tan dilatado como escabroso de-

sierto. En Choele-Choel está la principal fuerza y los mejores jefes con Pacheco. Tiene 900 hombres sin indios entre caballería e infantería. Ramos anda hoy cerca de la Cordillera, a 100 leguas de este punto con 300 soldados de caballería y 100 indios. Por allí los campos son pura piedra y montes. Por supuesto que esto es mucho más arriba del punto que debía ocupar la Derecha, que aún no ha podido llegar ni salir de sus primeras posiciones de San Rafael, a donde retrogradó por la flacura de sus caballos. El Centro ya sabrás que no existe. La orden del general Quiroga es propia de la fortaleza y grandeza de su alma. Los esfuerzos y sacrificios que este hombre singular ha hecho son de gran valor y dignos del mayor reconocimiento.

Miranda anda con 120 soldados y 60 indios, a más de 100 leguas de distancia en rumbo al noroeste, por los campos linderos a los ranqueles. Al mayor Ibáñez lo he despachado hoy con 50 cristianos y 100 pampas con la orden de pasar el río Negro y correr el campo hasta 100 leguas al sud. No hay por ahí mas enemigos que el cacique Cayupán con algunos indios y muchas familias de las que han escapado escondidas. Si dá con los rastros los seguirá aunque sea hasta Chile, porque lo mando bien montado.

Después de esto ya no me quedan aquí mas que 150 infantes, los artilleros, y la gente que cuida las reses y caballos flacos, que siempre tengo invernando. Ningunos caballos se han perdido hasta la fecha. Por el contrario, se han aumentado con los que se han tomado al enemigo. La gente come carne de yegua, y si tuviera yeguas en abundancia no necesitaría vacas. Ya ves que a toda vela arriesgo con la poca fuerza que tengo, pero no hay mas remedio. Digo arriesgo, porque a tan largas distancias no parece prudente mandar tan pequeñas Divisiones, que hablando propiamente no son otra cosa que partidas fuertes, con la imposibilidad de poderse proteger.

Ya estaría acabada la campaña si no hubiesen fallado el Centro y la Derecha, o si yo hubiese traído 1.000 hombres más. En todo entrante despacharé para Chile al cacique don Venancio, que ya ha llegado a Bahía Blanca con los 300 indios que tiene y la hacienda que lleva. Lo acompañará un escuadrón e irá arrollando cuanto encuentre. Con esta operación creo acabará la campaña.

El repliegue constante de los indios, sin combatir ante un enemigo que sabían mejor equipado, esterilizó muchas de estas medidas dispuestas por Rosas, quien ciertamente mostró más responsabilidad que Quiroga, Aldao y Ruiz Huidobro por cumplir su cometido, aunque no haya podido lograr sus objetivos.

En resumidas cuentas, la formidable empresa realizada en 1833 no rindió los efectos buscados, ni siquiera en cuanto a la destrucción de las tribus, y mucho menos en lo referente al adelantamiento de la frontera sobre el Desierto. Los indios supieron que la marea militar se había retirado definitivamente, y obraron como usualmente procedían, muy poco tiempo después, apenas co-

menzado el nuevo año. Las promesas de sometimiento de algunos capitanejos subalternos resultaron inoperantes, y los malones indígenas recrudecieron trágicamente sobre las Provincias del sur. Tras una temporada en Chile para recuperarse, los caciques Yanquetruz y Chocorí volvieron a cometer las depredaciones usuales. Pero es imposible detallar los ataques que con variadas consecuencias se desarrollaron a partir de entonces.

Si las Divisiones de la Derecha y del Centro habían puesto fin a sus operaciones de manera silenciosa, tras su fracaso y el escándalo protagonizado en Córdoba, el general Rosas, en cambio, utilizó sagazmente los efectivos de la Izquierda para cimentar su prestigio en Buenos Aires. Acampó en febrero de 1834 en las márgenes del arroyo Napostá, ya de regreso en su Provincia, y el 25 de mayo proclamó a sus integrantes, encomiando el resultado de los trabajos realizados:

Vuestras lanzas han inferido una derrota casi completa a los indios del Desierto, castigando los crímenes y vengando los agravios de dos siglos. Las bellas regiones que se extienden hasta la Cordillera de los Andes y las costas que se desenvuelven hasta el afamado Magallanes, quedan abiertas para vuestros hijos. Habéis excedido las esperanzas de la Patria.

Lógicamente, sus conceptos eran exagerados: ni la derrota de los indios había sido "casi completa", ni la Patagonia quedaba lista para ser aprovechada por el trabajo de nuevos colonos. Las aguadas y pasturas de Choele-Choel y del río Colorado volvieron a servir de abastecimiento a las tribus; y un sobrino de Rosas, el coronel Lucio V. Mansilla, escribía treinta y cinco años después, en 1870, desmintiendo las confiadas expresiones de aquél en las páginas iniciales de su *"Excursión a los indios ranqueles"*: "Al fin se puede cruzar de Río Cuarto a Achiras sin hacer testamento y confesarse"... Otra afirmación del general Rosas que no se ajustó a la realidad fue la cantidad de bajas causadas a los indios, según informe suyo publicado en el periódico *Gaceta Mercantil* del 24 de diciembre de 1833: de acuerdo a él, los indígenas muertos alcanzaron a 3.200 (en septiembre Rosas los calculaba en poco más de 800), y los prisioneros a 1.200 de ambos sexos; en cuanto a los cautivos rescatados, los hizo ascender a 1.000. Esto último puede corregirse con exactitud teniendo a la vista un folleto editado durante su nuevo Gobierno, que arroja un total de 634 blancos liberados, es decir, casi la mitad de lo expuesto. Así surge de la prolija nómina recogida en la publicación *"Relación de los cristianos salvados del cautiverio por la División Izquierda del Ejército expedicionario contra los bárbaros, al mando del señor brigadier general don Juan Manuel de Rosas"*, que difundió la Imprenta del Estado en 1835.

Pero no quedó así el balance de la expedición: cuando en julio de 1841 la Legislatura de Buenos Aires confirió al Gobernador de Buenos Aires el título de *"Héroe del Desierto"*, agrandó en forma notable los resultados de la campaña, sin medir términos:

Fue libertada nuestra campaña del cruel azote que la afligía desde el tiempo de la Conquista; exterminados más de 20.000 indios belicosos que

bárbaramente la talaban en sus frecuentes y sangrientas incursiones; reducidos más de 3.000 cautivos cristianos; ensanchados nuestros campos nada menos que hasta la intersección de los 41° latitud con los 9° de longitud del meridiano de Buenos Aires, y aumentados de un modo sorprendente el valor de los demás.

Se trata de un documento oficial...

De todos modos, fue esta vuelta a la civilización el logro mayor de la campaña: el rescate de hombres, mujeres y chicos sometidos a una bárbara suerte en las tolderías. En cuanto al reconocimiento de los lugares recorridos —el general Ángel Pacheco envió un croquis al jefe del Departamento Topográfico, coronel Arenales—, también fue valiosa la exploración realizada, que se reflejó en la *Carta general de la Provincia de Buenos Aires, con agregación de los recientes descubrimientos hechos por la campaña de 1833 contra los salvajes del Sud bajo las órdenes del Excmo. señor general don Juan Manuel de Rosas, Restaurador de las Leyes, actual Gobernador y Capitán General de esta Provincia* (1837).

Quien se benefició directa e inmediatamente fue el propio general Rosas. El calificativo de *"Héroe del Desierto"* que se le agregó en adelante sirvió para los sarcásticos comentarios del general Tomás de Iriarte, Diputado en la Legislatura, quien puntualizó que era "harto significativo, si se atiende a que encontró el desierto por donde marchó, desierto también de soldados enemigos". De mayor envergadura fueron las resoluciones de la Sala de Representantes (6 de junio de 1834) que dispuso que la isla Choele-Choel le fuera donada en propiedad, y la entrega de una espada con vaina de oro con la inscripción *"La Provincia de Buenos Aires a los servicios de su ilustre defensor"*, con más una medalla también de oro con círculo de brillantes (que usó rodeando el cuello de su uniforme), donde se grabó: *"La expedición a los desiertos del Sud del año 33 engrandeció la Provincia y aseguró sus propiedades"*. Y una banda de seda escarlata, que cruzaría del hombro derecho al costado izquierdo. La nota comunicando estos presentes, suscripta por el doctor Manuel V. de Maza como presidente de la Cámara, fue contestada por el agraciado el 22 de julio en términos de suma modestia, "anonadado de su ningún mérito para tan singulares demostraciones". Rechazó en consecuencia el dominio de la isla Choele-Choel por tratarse de un lugar donde debería establecerse una guarnición militar, pero admitiendo que llevara su nombre, y "suplicó" (*sic*) que dicha donación "se commute con la de otros terrenos que hoy son de propiedad del Estado, dándole en igual forma una extensión equivalente de 50 o 60 leguas cuadradas en cualesquier otros puntos de la campaña de la Provincia". La sustitución propuesta fue aprobada por la Legislatura el 30 de septiembre: el cambio de la lejana isla (15 leguas) por 60 leguas cuadradas "en los puntos de la campaña de esta Provincia que él elija".

Una consecuencia muchísimo más grave ocurrió ese mismo año.

Luego de la campaña realizada, el general Rosas calculó que le sería más cómodo y fácil entenderse con un solo cacique, que no con varios, y en consecuencia gestionó exitosamente el traslado desde el otro lado de los Andes, del futuro gran cacique Juan Calvú-curá. Éste se presentó ante la tribu de los boroganos o vorogas que comandaba el cacique Rondeau en Masallé, y tras

pasar a cuchillo al jefe y a sus capitanejos, estableció un verdadero imperio en Salinas Grandes, con 2.000 lanceros, que llegó a dominar 13.000 almas. Fue un Estado independiente dentro de la Confederación Argentina; una peligrosa rémora para su expansión y progreso, con toda la secuela de horribles episodios que jalonaron su presencia. El propio Calvucurá aclaró al Gobernador Mitre el 27 de abril de 1861 la causa de su instalación en el país:

También le diré que yo no estoy en estas tierras por mi gusto, ni tampoco soy de aquí, sino que fui llamado por don Juan Manuel, porque estaba en Chile y soy chileno, y ahora hace como 30 años que estoy en estas tierras.

La soberanía de la dinastía que fundó, tardó cuarenta años de lucha constante para ser domeñada.

Al año siguiente de la gran expedición confederada, el estado de inseguridad de la frontera sur volvió a ser el mismo de antes que se llevara a cabo, aunque con ese nuevo elemento de perturbación. ¡Después de tantos sacrificios para poner en acción la cantidad de elementos necesarios, y las penurias y el valor demostrado por las tropas!

Bibliografía

- BARRIONUEVO IMPOSTI, VÍCTOR, *Historia de Río Cuarto*, t. II (Buenos Aires, 1988).
 CÁRCANO, RAMÓN J., *Juan Facundo Quiroga* (Buenos Aires, 1931).
 CELESIA, ERNESTO H., *Rosas, Aportes para su historia*, t. I (Buenos Aires, 1954).
 FERRÁ DE BARTOL, MARGARITA, *El origen de la campaña al Desierto de 1833*, en "Trabajos y Comunicaciones" 10 (La Plata, 1961).
 GARZÓN, IGNACIO, *Crónica de Córdoba*, t. II (Córdoba, 1898).
 HUDSON, DAMIÁN, *Recuerdos históricos sobre la Provincia de Cuyo*, t. II (Buenos Aires, 1898).
 LARRAIN, NICANOR, *El país de Cuyo* (Buenos Aires, 1906).
 PASTOR, REYNALDO A., *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis* (Buenos Aires, 1942).
 PEÑA Y LILLO, SILVESTRE, *Juan Facundo Quiroga en Cuyo* (Mendoza, 1981).
 RAMÍREZ JUÁREZ, EVARISTO, *La estupenda conquista* (Buenos Aires, 1946).
 SALDÍAS, ADOLFO, *Historia de la Confederación Argentina*, t. II (Buenos Aires, 1892).
 SCHOO LASTRA, DIONISIO, *El indio del Desierto* (Buenos Aires, 1928).
 WALTER, JUAN CARLOS, *La conquista del Desierto* (Buenos Aires, 1964).

CAPÍTULO II

Política porteña y participación militar

DIVISIÓN DEL PARTIDO FEDERAL • LA PRÉDICA DE LOS "APOSTÓLICOS"
 • ANTAGONISMO PERIODÍSTICO • LEVANTAMIENTO POPULAR Y ACTITUD DE
 LOS MILITARES • LA RENOVACIÓN DEL GOBIERNO • INTIMIDACIONES
 • LA PRESENCIA DE ROSAS

1

El 17 de diciembre de 1832 se recibió del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires al general Juan Ramón Balcarce, ex Ministro de Guerra de su antecesor, como clara muestra pública de que la línea política marcada por Rosas no sería modificada. Tan fue así, que al margen de las alusiones ponderativas al "modelo digno de ser imitado", mantuvo a sus mismos Ministros: doctores Victorio García de Zúñiga en la cartera de Gobierno y Manuel V. de Maza en la de Justicia, y José Ma. Roxas y Patrón en Hacienda, siendo la única innovación el Ministerio de Guerra, a cargo ahora del general Enrique Martínez, ex Inspector y Comandante General de Armas.

Como si no fuera suficiente, el flamante mandatario designó para dirigir la División que emprendería la campaña contra los indios al general Juan Manuel de Rosas, y aún lo nombró Comandante General de Campaña (cargo que Rosas mantuviera vacante durante su gestión), de gran importancia por su participación en los nombramientos de autoridades subalternas, civiles y militares, y la movilización de efectivos rurales en los casos necesarios. Éste dirigió sendas proclamas a los habitantes de la Provincia y al Ejército, al descender del Gobierno, y a los veteranos soldados les prescribía: "*Persuadíos que a nadie conviene tanto como al militar, el mantenimiento firme de la autoridad y del orden legal, porque sin él sus pérdidas son ciertas e irreparables*". El futuro pondría a prueba la sinceridad de la apelación.

Debe mencionarse que en esta época (2 de enero de 1833) tuvo lugar la usurpación británica de Puerto Soledad en el archipiélago de Malvinas, siendo forzado el comandante de la corbeta de guerra *Sarandí*, teniente coronel José María de Pinedo, a retirarse, luego de arriar el pabellón argentino, por la intimación de la fragata de guerra *Clío*. Comenzó un reclamo diplomático, ante la carencia de medios para actuar en otra forma, con incidentes a lo largo de los años, que aún no ha resuelto la cuestión.

La uniformidad política lograda en la Provincia de Buenos Aires sería afirmada por el Gobernador Balcarce, según su circular a los demás mandatarios de la Confederación: "*Los principios consignados por su ilustre antecesor el señor brigadier general don Juan Manuel de Rosas formarán inalterablemente la política del actual Gobierno de Buenos Aires*". Pero no contaba el titu-

lar del Ejecutivo que, apartado el control de Rosas, un grupo cada vez más decidido comenzó a abogar por una política en diametral oposición a la sustentada por aquél, sosteniendo la necesidad de derogar medidas restrictivas a la libertad, y la urgencia de contar con normas constitucionales que pusieran freno a los abusos del poder. Componían esta facción sólo federales, por supuesto, ya que los "unitarios" estaban excluidos de participar en la vida pública, unos por haber emigrado, y otros por temor a sanciones.

Dirigían el núcleo aludido varios militares de categoría, principalmente el propio Ministro de Guerra, general Martínez —con enorme influencia sobre el ánimo del Gobernador, su primo—, sostenido por los generales Félix de Olazábal y Tomás de Iriarte, decididos "antidecembristas", y Diputados en la Sala de Representantes. Martínez protagonizó un enfrentamiento con Rosas que pudo tener consecuencias, con motivo de sanciones a cierto funcionario subalterno de la campaña, lo que motivó la airada protesta del último, quejoso de que el Ministro obstaculizaba sus preparativos para la campaña contra los indios —el general Guido le aseguró que nadie se mostraba hostil a la expedición—, y por su parte el general Enrique Martínez declaró (21 de marzo de 1833) que no iba a dejarse "arrastrar" por Rosas. El comandante de la División amenazó con su renuncia, pero de ahí no pasó.

El correr de los días evidenciará la escisión que desde el comienzo del nuevo período gubernativo comenzó a gestarse en el Partido Federal. Dos motes divulgarán las posiciones de unos y otros: el grupo de seguidores incondicionales del general Juan Manuel de Rosas se autocalificará de *apostólicos* y por ende, endilgará a sus contrincantes el de *cismáticos*, atribuyéndoles la intención de dividir al Partido. Otra denominación cobró cuerpo para designar a los sostenedores del Gobernador: la de *liberales*, que tendrá una larga trayectoria en la historia política argentina, no sin contradicciones al ser utilizada por agrupaciones ideológicamente antagónicas. La marcha de los sucesos aclarará las posiciones.

Todo este proceso es de indispensable tratamiento, pues encierra el germen de la larga y dura guerra civil que dividió a los argentinos, enrolados en dos bandos que se disputaron enconadamente el predominio de sus ideas. Ya se había dado en 1829 una inicial fragmentación de la ciudadanía en todo el país; ahora tendrá lugar otra, no menos importante que aquella, por el momento limitada a Buenos Aires.

El antagonismo entre los federales porteños se evidenció por primera vez con motivo de las elecciones para integrar la Sala de Representantes, apareciendo diferentes listas de candidatos en los periódicos, con títulos como de "liberales", "federales libres", "republicanos liberales" para designar a la corriente oficialista, que mostraba elocuentemente la separación ocurrida en el hasta entonces monolítico Partido. Fracasó el Ministro Maza en su afán de que el Gobernador Balcarce intentara su fusión, y el 28 de abril triunfaron los denominados "*federales libres e independientes*", ingresando a la Legislatura varios ciudadanos decididos a enfrentar al *Restaurador de las Leyes*, aprovechando su ausencia. Aún no se quería remarcar la divergencia, y por eso el nombre de Rosas figuraba en las dos listas, pero desde luego, éste renunció a su nombramiento como Diputado. Como no se le escapaba la tendencia de los nuevos electos, el general Juan Manuel de Rosas no descuidó en advertir

a Pacheco que el día de las elecciones los "genios anárquicos" habían gritado públicamente "*Constitución y Libertad*".

Con el fin de contrarrestar trabajos en este sentido y quitar una bandera de lucha a sus adversarios, el general Tomás Guido sugirió a Rosas tomar esta causa como propia, y en consecuencia, el Diputado Anchorena presentó en la Sala un proyecto de Constitución, que no pasó de un recurso político contra los "cismáticos", como el doctor García de Zúñiga aclaró al general Rosas:

Por los papeles públicos se impondrá Ud. cuán diestramente ha desconcertado ya don Nicolás Anchorena con una sencilla moción en la Sala el plan que algunos hombres se habían propuesto, de captarse la popularidad invocando la Constitución que reclama nuestra Provincia.

El proyecto nunca tuvo resolución y pasó al olvido antes de que concluyera el año.

En junio debían celebrarse elecciones complementarias para suplantar algunas vacantes producidas en la Legislatura, y otra vez aparecieron dos listas, que acentuaban la división del Partido Federal. Como una de ellas —la adicta al general Rosas— fue impresa en colorado, el color distintivo de su bandera, y la otra en negro como de costumbre, los elementos rosistas dieron en llamar "*lomos negros*" a sus opositores, a más de *cismáticos*.

Las elecciones se desarrollaron en un clima de violencia y fueron suspendidas. El cargo de Jefe de Policía de la capital, desempeñado por el coronel Juan Correa Morales, sindicado como simpatizante de Rosas, fue ofrecido al general Félix de Olazábal, quien no lo aceptó. Como se preveía la alteración del orden, ante el ambiente agitado de la ciudadanía, se previno a los jefes de cuerpos rurales que estuviesen sobreaviso, recibiendo el Gobierno la subordinación de los generales Juan Izquierdo y Gervasio Espinosa.

Dos bandos estaban enfrentados. Y pronto comenzaron a evidenciarse, por la acción de dos militares devenidos en legisladores.

En junio los generales Olazábal y Tomás de Iriarte hicieron moción para que fuesen derogadas las disposiciones restrictivas de la libertad de imprenta dictadas por el anterior mandatario, a fin que quedara vigente la ley del 8 de mayo de 1828 sancionada en tiempos del gobernador Dorrego (lo que se obtuvo el 22 de junio). Yendo más adelante, en el mes de julio Iriarte exigió el examen de todos los decretos promulgados por Rosas en uso de sus facultades extraordinarias. Se aludió por entonces a que el cese de las libertades ciudadanas llevaba a los pueblos a la esclavitud. Los debates en la Legislatura se trasladaron a los periódicos, tomando estado público. Las discusiones se prolongaron hasta agosto, cuando ya un clima de violencia había hecho su aparición.

Para este tiempo sucedió algo insólito: la participación en política de la mujer; es decir, de una mujer en especial, y con la particularidad de orientarla: Encarnación Ezcurra, esposa del general Juan Manuel de Rosas. Su intervención y preponderancia se debieron, claro está, a la condición de vocera autorizada de su marido, con quien mantenía una intensa correspondencia por un sistema de postas que llegaba hasta el campamento del río Colorado, pero lo remarcable del caso es que Encarnación E. de Rosas no se limitó a servir de intermediario, sino que asumió el papel de virtual jefe del grupo *apostóli-*

co con energía y sin límites en la acción. Fue ella quien denunció (20 de junio) ante el coronel Vicente González para que pusiera en conocimiento de los demás amigos:

Una logia encabezada por el Ministro de Guerra don Enrique Martínez y el general Olazábal, de acuerdo con el actual Gobernador, tratan de dar en tierra con el referido mi-esposo y todos los buenos federales, para cuyo efecto han tenido la perversidad de unirse a los unitarios más exaltados, haciendo venir con el mismo objeto muchos de ellos de Montevideo.

De esta campaña surgió la interesada versión de que la expedición contra los indios era obstaculizada por el Gobierno de Balcarce, lo que desde luego era un infundio.

Encarnación Ezcurra no dejaba de mantener a su marido al tanto de la situación, según su manera de juzgarla:

La política está dada al Diablo. Esta ciudad está hecha un laberinto; solo gobierna don Enrique Martínez con facultades extraordinarias. Se llama a los hombres para reconvenirlos por cualquier conversación que hayan tenido en contra de don Enrique. Si nos hablan con el mayor descaro: lo mejor que dicen es que sos un ladrón. Doña Trinidad Balcarce está como una descomulgada, y como es loca, se anda metiendo hasta en casas que nunca ha visitado, sólo a desacreditarme. Lo mejor que dice es que siempre he vivido en la prostitución, como todas mis hermanas. En fin, esto es un laberinto donde no se puede vivir, pues estaba mejor, sin comparación, después del motín [de diciembre de 1828] que ahora.

2

El general Juan Ramón Balcarce era un sincero amigo de Rosas. Ex Ministro de Dorrego, había sido detenido y desterrado cuando ocurrió el pronunciamiento de Lavalle, y al sucederlo aquél, fue nombrado Ministro de Guerra. En tal condición el general Balcarce encabezó la División porteña auxiliadora del Gobernador Estanislao López en su campaña contra el general Paz en 1831, que concluyó con la captura del jefe de la "Liga del Interior" y la ocupación de la ciudad de Córdoba. Se trataba, sin duda, de un acérrimo militante en el Partido Federal.

Al reemplazar a Rosas en el Gobierno procuró continuar su línea de acción, haciendo declaraciones públicas en este sentido, y con medidas concretas, tanto en el elenco que lo rodeó como en el apoyo prestado para que su amigo llevara a cabo con éxito la empresa contra los salvajes del Sur. Pero en el fondo del espíritu de Balcarce, dos fuerzas antagónicas lo asediaban: por un lado, mantener su amistad y fidelidad hacia aquél, lo que aseguraba la estabilidad en el puesto; por otro, convertirse en el auténtico mandatario de la Provincia, creciendo en autoridad y prestigio. Su camarada Iriarte lo expresa en otras palabras:

"Balcarce fluctuaba entre el deseo de ser el verdadero Restaurador, contando para ello con el apoyo de los liberales, y el temor de descender violentamente de la silla del Poder si los liberales no triunfaban de sus adversarios. Así es que todas sus medidas administrativas se resentían de la acción de dos principios opuestos".

Valiente como soldado, era indeciso como político. Y el equilibrio es difícil de mantener. En febrero de 1833 el general José de San Martín ofrecía el siguiente retrato de Balcarce a su amigo Tomás Guido:

El general Balcarce me ha merecido y merece la opinión de hombre de bien y con buenas intenciones; pero sin talentos administrativos, y sobre todo, su carácter poco conciliador y al mismo tiempo, muy fácil de dejarse dirigir.

La prensa periódica y la de ocasión comenzaron a enardecer los ánimos paulatinamente desde la confrontación electoral. Hojas oficialistas y opositoras comenzaron a caer en la procacidad, sin respetar las conductas privadas de los funcionarios y de sus mujeres, incluso, atacándose unos y otros sin respeto por la decencia. Mientras los liberales se encarnizaban contra el general Rosas, los "apostólicos" o "ultras" partidarios de éste, acusaban al Gobierno de reponer empleados unitarios y permitir a otros de ellos regresar de su destierro. Nada contenía al periodismo de combate: "El Apostólico" criticaba a "El Federal Restaurador" de ser "restaurador del absolutismo" (29 de julio): era una lucha abierta, que alimentaba "El Defensor de los Derechos del Pueblo" atacando a Rosas desembozadamente y publicando una serie de artículos bajo el título de "Actos de arbitrariedad ejercidos en la época de la Dictadura". En cuanto a "El Amigo del País" acusaba de propiciar la rebelión y el desorden a "los godos apostólicos", los "gringos restauradores", "y ese círculo infernal que creyó convertir la Patria en un rebaño de brutos arreados por un patrón". No se usaban eufemismos.

Una consecuencia de la hostilidad declarada fueron las renunciaciones al Gabinete de los doctores Maza y García de Zúñiga, fieles amigos del general Rosas (3 y 5 de agosto), reemplazados por el doctor Gregorio Tagle en la cartera de Gobierno, y José Francisco de Ugarteche en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En septiembre, Manuel H. de Aguirre suplantaría a Roxas y Patrón en Hacienda.

Fue agosto el mes en que el clima de agresividad comenzó a crecer, hasta alcanzar su mayor expresión en octubre, con la intervención militar.

Desde su lejano campamento en Médano Redondo, el general Juan Manuel de Rosas manejaba a sus partidarios en forma insospechada mediante consejos e instrucciones. Al general Mariano Benito Rolón lo instaba a "seguir trabajando, pero sin miedo", para "imponerles a los tiranos anarquistas, enemigos del sosiego público". Al general Agustín de Pinedo le indicaba que su esposa Encarnación "está encargada de formar una lista de amigos y enemigos". Proponía una "buena paliza" (una "soba de azotes") al coronel Juan Pedro Luna por sus expresiones; y al general Gervasio Espinosa, único cismático en la frontera sur —"General lomo negro" en calificación de Vicente González— había

que criticarlo duramente, atribuyéndole ser “cobarde, vendido y traidor”. No descartaba el empleo de los indios amigos: los caciques Catriel y Cachul, de Tapalqué y Azul, debían “asustar” a los unitarios que hablasen mal...

Uno de los principales agentes en la campaña era el mencionado coronel Vicente González, el “Carancho del Monte”, amigo de Rosas desde 1817, y quien era el único que se permitía chanzas en su correspondencia, que firmaba como “Su Majestad Caranchísima y Marqués de las Calaveras”. Rosas le envió varias proclamas para distribuir en la campaña, conteniendo indicaciones de similar intención:

Ya está visto que mientras no colguéis dos docenas de logistas, en el país se reproducirán nuevas escenas de horror y de sangre.

Ya es tiempo que vayais afilando las puntas a vuestras lanzas y preparando vuestros caballos, porque esta vez es necesario concluir colgando a todos los logistas revoltosos.

Preparaos para cortar las cabezas de todo logista, pues sólo de este modo podrá el país respirar y alcanzarse la tranquilidad pública.

González debía hacerlas llegar a los “patricios federales”. A este Coronel también azuzaba la mujer de Rosas:

Ojalá, mi amigo, pueda convencerse de la necesidad de exterminarlos, para de este modo tranquilizar al país y propender, sin estorbos, a su prosperidad.

Impaciente, Encarnación Ezcurra —la “Mulata Toribia” según la denominaba “El Defensor de los Derechos del Pueblo”— recababa instrucciones de su marido el 19 de agosto de 1833, considerándose en aptitud de obrar contra el Gobierno sin mayor dilación:

Cada día están mejor dispuestos los paisanos, y si no fuese que temen los desaprobados, ya estarían reunidos para acabar con estos pícaros antes de que tengan mas recursos, porque no cesan de trabajar para hacerse de partido. Qué bueno sería me dijeras algo sobre esto.

Los ataques al elenco oficial iban mezclados con resentimientos personales; reiteraba: “La mujer de Balcarce, el Gobernador, anda de casa en casa hablando tempestades contra mí: lo mejor que dice es que siempre he vivido en la disipación y los vicios” (1 de septiembre). No se contenía la que sería calificada como “Heroína de la Federación”, confiando a su marido en la misma fecha:

Nadie dá la cara del modo que yo, pero nada se me dá de sus maquinaciones, tengo bastante energía para contrarrestarlas. Sólo me faltan tus órdenes en ciertas cosas, las que suple mi razón y la opinión de tus amigos, a quienes oigo y gradúo lo que valen, pues la mayoría de casaca tiene miedo y me hacen sólo el chumbale. Veremos lo que hacen los figurones; los pobres están dispuestos a trabajar de firme.

La bravía esposa de Rosas hizo fijar pasquines en las paredes del Fuerte y casas de los Ministros con versos agraviantes para el mandatario y sus colaboradores: ya llegarían los días en que pasaría a adoptar acciones más contundentes. Por el momento Encarnación Ezcurra ampliaba su labor proselitista y enardecía a sus partidarios; comunicaba a su marido una semana después:

Miñana se fue para el norte muy bien instruido de cómo se ha de manejar; si lo saben estos malvados me van a echar la culpa a mí, que yo lo mando. No me da cuidado. Por todas partes tienen bomberos (espías), uno de los que espían esta casa es el pícaro de Castañón, el edecán; pero el día que yo lo pille lo he de meter adentro y le he de pegar una buena soba.

Incansable, volvía a dar cuenta el 14 de septiembre:

Las masas están cada día más bien dispuestas, y lo estarían mejor si tu círculo no fuera tan cagado, pues hay quien tiene mas miedo que vergüenza. Pero yo les hago frente a todos y lo mismo me peleo con los cismáticos que con los apostólicos débiles, pues los que me gustan son los de hacha y chuza.

El propio Rosas, controlando la situación, escribía dos días antes a su amigo Juan Nepomuceno Terrero estos conceptos:

Dile a mi comadre que no les afloje a los anarquistas, enemigos del sosiego público; que muera antes, porque morir por el orden y por la libertad es muerte dulce. Te he estimado bastante la noticia que me das sobre el estado de la opinión pública, y que todos los hombres sanos están por la causa de la justicia. Dime cómo se conduce el doctor Paso y demás unitarios de su categoría. Al fraile canónigo Vidal es preciso perseguirlo: es un facineroso. Él tiene la principal parte en las desgracias presentes. Continuaré diciéndote que es necesario seguir trabajando sin omitir diligencias ni sacrificios para hacer abrir los ojos a los paisanos que aún los tienen cerrados; en uniformar las opiniones de todos los propietarios buenos.

“Uniformar las opiniones”: nada mejor para ello que identificar con una sola denominación a los adversarios, y entonces Rosas indicó a González, el “Carancho del Monte”: “A los cismáticos debe decirseles decembristas unitarios” (25 de septiembre). De esta manera, a partir de entonces todos los opositores de Rosas pasarían a ser tildados de “unitarios”, aunque no lo fueran, y hasta de “decembristas” quienes como Balcarce e Iriarte se habían opuesto al golpe de Lavalle.

El Ministro Tagle instruyó al Fiscal doctor Pedro José Agrelo que intimara a los editores de periódicos a que cesaran de reproducir ofensas, y el Fiscal los exhortó a terminar con los abusos de una “licencia perniciosa”. Pero los propios generales Martínez y Olazábal soplaron sobre la brasa encendida, alimentando el fuego de la discordia con sus intervenciones en la prensa, consintiendo en las bajezas que se cruzaban los antiguos correligionarios, ahora divididos en sectores irreconciliables. Se llegó al extremo que “El Defensor de los Derechos del Pueblo”, órgano antirrosista, anunciaba en septiembre la aparición de una nueva publicación con el elocuente título de “Los Cueritos al

Sol" conteniendo datos sobre "la vida privada" de Rosas, sus amigos y sus mujeres: Encarnación Ezcurra, Pilar Spano de Guido, Agustina Rosas de Mansilla, Mercedes Puelma de Maza, "y de cualquier otra persona del círculo indecente de los apostólicos". Desde su campamento en Médano Redondo el general Juan Manuel de Rosas se quejaba a su amigo Pacheco: *"Mi sangre hierve, y mis ojos con el corazón para serenarla, buscan el asilo del sosiego"* (15 de septiembre). Hasta que el Ministro Ugarteche citó a su despacho a los directores de varios periódicos, y por encargo del Gobernador Balcarce aperció a quien tuviese *"la misma tendencia hostil contra el bello sexo del país, se le aplicará un castigo tan fuerte y eficaz que serviría a contenerlo en lo sucesivo"*; y cuando Pedro de Ángelis (redactor de la *Gaceta Mercantil*, sostenedora de los "ultras" o "apostólicos") indicó que también se condenara a todos los causantes de ataques, el Ministro lo calificó de "escritor mercenario y extranjero, que despedazaba al país".

Pero era tarde: la solución de la crisis no se lograría con amenazas, sino por la imposición de las armas.

Militares adictos a Rosas comenzaron a movilizarse más o menos oculta-mente, como el caso de dos oficiales del Regimiento 6 de Campaña, que retiraron armas de Ensenada llevándolas a la laguna Vitel, donde se hallaba acampado el coronel Prudencio Ortiz de Rozas, lo mismo que efectuaron los comandantes Ventura Miñana y Manuel Céspedes en Dolores. Por sospechas de reclutar y armar partidas subversivas, el teniente coronel Manuel Alejandro Pueyrredon fue separado de su Comandancia de Quilmes. El comandante Miñana había entrevistado a varios jefes militares del norte, recabando su favorable disposición: Juan Pío Cueto, Facundo Borda, José María Cortina y Agustín Ravelo.

Ante la agitación que comenzaba a percibirse en la campaña, el Ministro de Guerra, general Enrique Martínez, acentuó sus medidas de seguridad, prohibiendo el 4 de octubre portar armas en la ciudad, y salir de la misma a los militares.

Dos días antes, los escándalos periodísticos que cometían tanto los "federales liberales" como los "federales ultras", provocaron la adopción de una disposición que hizo estallar públicamente la divergencia, hasta llevarla a la sedición popular. Fue cuando el Fiscal Agrelo se presentó ante el Juez doctor Matías Oliden acusando a varios periódicos,

no pudiendo permanecer indiferente por más tiempo al honor de las familias y de los individuos tan altamente ofendidos por los papeles públicos; al decoro y respetos del Gobierno, ajados de un modo nunca visto al crédito de un país ilustrado donde ha nacido, en que será difícil creer a las distancias que hayan podido tener lugar unas producciones tan inmundas; y a la quietud y sosiego de las familias todas, alarmadas principalmente por las publicaciones del "Restaurador", del "Defensor de los Derechos del Pueblo", de los números del "Rayo" y "Relámpago", y del "Dime con quién andas".

Luego se añadió *"Gaceta Mercantil", "El Constitucional" y "El Amigo del País"*, estos dos últimos oficialistas.

La primera hoja mencionada era *"El Restaurador de las Leyes"*, que debía ser asimismo la primera en resultar sometida a juicio de imprenta el 11 de ese mes de octubre, y hábilmente se jugó con el apodo: carteles impresos en caracteres colorados muy gruesos convocaron a los "federales netos" a asistir al proceso ante el tribunal. El Fiscal Agrelo denunció ante el Gobernador la maniobra intentada:

"El Restaurador de las Leyes", Sr. Excmo., en el concepto general y principalmente de la multitud y paisanos de las quintas y de la campaña, es el señor don Juan Manuel Rosas, contra quien saben bien todos que el Fiscal nada tiene que hacer; pero que no lo saben esas pobres gentes a quien incautamente se alarma con un equívoco tan malicioso, y que pueden muy bien precipitarse en su error a unos excesos.

Eso es precisamente lo que sucedió. Confundidos por la prédica esgrimida, gran parte del pueblo bajo creyó que el Gobierno de Balcarce procesaría al mismo general Rosas.

3

El general Juan Manuel de Rosas había conducido una sagaz maniobra de doble contenido, luego de dejar el mando gubernativo: por un lado quedó al frente del Ejército de la Provincia, llevándolo al lejano confín de ella, privando a las nuevas autoridades de fuerza armada que pudiera defenderlas de cualquier revuelta que se intentase; y por otro lado, con la distancia preservó su figura de los escándalos que él mismo desató, sin evidenciarse, y salvando su responsabilidad en los desórdenes que secretamente dirigió a través, principalmente, de su mujer. Quedó convertido, de este modo, en la reserva para establecer el orden público.

El 11 de octubre se agolpó frente al Cabildo (Casa de Justicia) una multitud calculada en 300 hombres, todos *apostólicos*, entre los cuales se conocían algunos dirigentes entre civiles y militares: Martín Hidalgo, José Montes de Oca, Francisco Agustín Wright, Ciriaco Cuitiño. Los gritos de *"¡Viva Rosas!"* menudeaban; y tras esta demostración se dirigieron a la zona suburbana de Barracas, cruzando el Riachuelo. Esa noche se apoderaron del armamento que había quedado en Quilmes.

Al día siguiente del tumulto el Gobierno ordenó al general Agustín de Pinedo que al frente del 1er. Regimiento de Milicias de Caballería se dirigiese a dispersar a los grupos en armas; pero éste, calibrando su fuerza y la debilidad de la autoridad legal, se pasó a los insurrectos y asumió el comando de ellos. También el general Mariano Benito Rolón se sumó a los *"restauradores"*, el día 15, estableciéndose en San Isidro, desde donde dio aviso a Pinedo reconociéndolo como a superior. El 23 se incorporaron a este General los siguientes jefes: Manuel Pueyrredon de Quilmes, Manuel Cepeda de Magdalena y Vicente González de Monte, conducidos por el coronel Prudencio O. de Rozas.

El general Tomás de Iriarte, Diputado liberal en la Legislatura, describe el momento que se vivía:

"Balcarce perdió la cabeza, lo mismo que su Ministro Martínez, a la primera noticia del movimiento: pudieron, no habiendo perdido tiempo, disipar la reunión del puente de Gálvez con sólo haber mandado una partida montada de 100 hombres, pero nada hicieron. Entre tanto los sublevados crecían en número, y la situación empezó a hacerse crítica y alarmante: la ciudad careció de carne para el consumo diario porque los sublevados tenían las tropas de ganado que venían de la campaña".

Manteniéndose indeciso el resultado, con el correr de los días el Gobierno preparó la defensa de la ciudad, como Iriarte relata:

"Se establecieron puestos militares en los suburbios de la ciudad; se organizó un escuadrón de Caballería cuyo mando se confió al coronel don Manuel Olazábal: era un cuerpo aguerrido compuesto de jefes y oficiales y de los soldados licenciados del Ejército Nacional. Se creó también una fuerza de milicias de Caballería hasta el número de 400 plazas, cuyo mando se dio a uno de los jefes del cuerpo de Pinedo que se había pronunciado a favor del Gobierno desde la división del Partido Federal: este jefe era el teniente coronel Fernández. Se hicieron varias salidas por el lado de la costa de San Isidro para traer ganado, de que la ciudad carecía, y hubo algunas escaramuzas insignificantes. Por el lado de Barracas se sostenían diariamente fuertes guerrillas".

El Gobierno creía contar aún con jefes adictos en la campaña, como los generales Izquierdo y Espinosa y el coronel Cortina; pero ante la indecisión del mandatario, que traslucía su debilidad, también Izquierdo y Cortina se inclinaron por los sediciosos. El tiempo jugaba a favor de éstos, vista la pasividad del Gobierno, que sólo atinaba a adoptar medidas sin efecto: la orden al general Espinosa de quitar el mando al coronel Vicente González y si fuera preciso, batir al coronel Prudencio Ortiz de Rozas; reemplazar al general Celestino Vidal por el general Olazábal al frente de su Regimiento; impartir instrucciones al general Izquierdo y al coronel Cortina, ignorando su adhesión a los revoltosos; quitar sus comandos a los coroneles Joaquín Ramiro y José Ma. Escalada.

Pero ninguna disposición concreta para marchar decididamente contra el foco insurrecto.

Se sucedían las jornadas sin que el general Balcarce tomara esa actitud drástica para sofocar un movimiento que crecía ante su inoperancia, fracasando las gestiones que algunos Diputados y otros comedidos efectuaban ante los sublevados, para que depusieran las armas. El 17 de octubre el Ministro Martínez requirió al general Juan Manuel de Rosas que adoptara las medidas que le competían como a Comandante General de Campaña para dominar a los revoltosos, pero éste defraudó las esperanzas puestas en su actitud. Diez días después contestaba desde el río Colorado haciendo notar su falta de injerencia en los tumultos, pero al mismo tiempo efectuaba una expresión de agravios contra la conducta del Gobierno, olvidando sus iniciales consejos sobre "el mantenimiento firme de la autoridad y del orden legal". Manifestó Rosas el 27 de octubre:

Declara el infrascripto que a su juicio tienen razón sobrada los ciudadanos, y que los culpables no es la población, que armada en masa exi-

ge el cumplimiento de las leyes y pide lo que con tan peligrosa injusticia se le ha estado negando. ¿Por qué no se separaban del Gobierno personas que no merecían la confianza pública, que no marchaban por la senda de la ley, que daban pábulo al desenfreno de la prensa, a las pasiones licenciosas, a todo género de inmoralidad?

Finalizaba terminantemente:

Respeto la opinión pública universalmente pronunciada; no tomaré las armas en su oposición, ni ordenaré lo que pueda contrariarla; pero se unirá a sus filas en su ayuda toda vez que los amotinados de Diciembre sean armados en su contra.

Las prevenciones del Gobierno, en medio de un clima de ansiedad y confusión, se alargaron en los últimos días del mes de octubre de 1833 sin lograr variar los sucesos, sin respetar una tregua concertada con los rebeldes de Barracas. Otro testimonio contemporáneo, debido al cronista Antonio Zinny (futuro redactor de la *Gaceta Mercantil*), añade datos y corrobora otros:

"La fuerza exterior desde el día 11 iba aumentando cada hora, mientras que la del Gobierno permanecía siempre la misma. Las privaciones de la clase pobre crecían por la falta de carne, que traída del Estado Oriental, se compraba a precio alto. El 20 de octubre se mandó apostar una guardia de Marina en las azoteas inmediatas a la Capitanía del Puerto. Se arregló desde el Fuerte hasta la iglesia del Colegio un juego de señales (telégrafo) para dar aviso del movimiento de la fuerza exterior por medio de un vigía estacionado en la torre. Desde el 26 del mismo mes hasta el 4 de noviembre las calles eran recorridas por partidas que recogían a todos los que se encontrasen, para el servicio de las armas. El 27 hubo rumores de paz: el general Gervasio Espinosa llegó a la plaza, habiendo venido por agua. El 28 continuaron los mismos rumores con la presencia de dicho General y de don Eustoquio Díaz Velez en la plaza, con una misión a ese efecto. El 31 a la oración la ciudad estaba en una gran confusión en consecuencia de una proclama del Gobernador Balcarce, que manifestaba temor de un ataque aquella noche. El 1º de noviembre el Gobernador, a caballo, acompañado de sus edecanes y de una fuerte escolta, recorrió las calles hasta el Retiro. A la una del mismo día, dos cañonazos del Fuerte anunciaron hallarse la ciudad en *asamblea*: las cajas batían a las armas y se apostaban soldados en las torres de las iglesias, azoteas, etc. Un piquete de marinos americanos armados fue hecho desembarcar del buque de los Estados Unidos *Lexington*, y se estacionó en casa del comodoro Woolsey, donde flameaba la bandera de su Nación. Entre tanto, partidas de uno y otro bando tendían sus guerrillas en los arrabales de la ciudad. Por la tarde y durante todo el día, los negocios estaban enteramente suspendidos, las tiendas cerradas; no viéndose por las calles más que gente armada. El 2, los cañones colocados en las bocacalles de la plaza de la Victoria, tenían sus punterías hacia las calles que conducen a ella, tendiéndose guerrillas por todos los puntos que rodean a la ciudad, y oyéndose el continuo fuego de fusil".

No bastó que el 18 el general Balcarce determinara conceder indulto incluso a los cabecillas del levantamiento si se presentaban a las autoridades. Todo fue inútil para calmar a los ánimos. Los rebeldes afirmaron que no habían podido hacer uso de su derecho de petición, y por último exigieron la remoción de los Ministros, lográndose la renuncia de Martínez y Ugarteche (30 de octubre). Mas fracasada la convocatoria a quienes debían defender al Gobierno, y conocida la defección de importantes jefes en la campaña, finalmente el general Juan Ramón Balcarce elevó una nota a la Sala de Representantes al comenzar el mes de noviembre, mediante la cual la convirtió en el árbitro de la situación:

Declara que se somete y libra gustosamente a la resolución que la H. Sala adopte sobre el cese de su destino, si es que lo considera conveniente a los grandes intereses de la Provincia.

Fue su actuación postrera: el 3 de noviembre la Legislatura, teniendo presente “el encargo espontáneo que ha hecho a la Sala el Excmo. señor Gobernador de la Provincia, de deliberar sobre la continuación de su mando”, resolvió sancionar una ley cuyo art. 1º establecía: “Se exonera del cargo de Gobernador y Capitán General de la Provincia al brigadier general don Juan Ramón Balcarce”.

Al día siguiente los Representantes eligieron nuevo mandatario al brigadier Juan José Viamonte. Un sombrío pronóstico fue transmitido por Encarnación Ezcurra de Rosas a su marido: “No es nuestro amigo, ni jamás podrá serlo; así es que a mi ver sólo hemos ganado en quitar una porción de malos para poner otros menos malos”.

La tranquilidad de la Provincia no quedaba asegurada. Una nueva emigración comenzó desde entonces: la de los “federales liberales”. El ex mandatario general Balcarce la encabezó, refugiándose en Concepción del Uruguay (Entre Ríos) junto con su yerno el teniente coronel de Marina John H. Coe. Otros personajes comprometidos buscaron refugio en Montevideo. Fueron trasladados en la corbeta de guerra *Uruguay*, que facilitó el teniente coronel Francisco Lynch, Capitán del Puerto.

La carencia del Ejército de la Provincia, comandado por el general Rosas en el lejano sur, había restado al Gobierno contar con el medio para sofocar el movimiento que lo derribó. La división política alcanzó a sus filas, y los militares porteños se alinearon en las fuerzas antagónicas.

4

El 7 de noviembre de 1833 hicieron su entrada a la capital provincial, en triunfo, los ciudadanos y los militares que habían protagonizado la “revolución de los Restauradores”. Testigo del acontecimiento fue el periodista y futuro historiador Antonio Zinny, quien lo describe coloridamente:

“Desde la mañana del 7, muy temprano, la ciudad estaba toda en movimiento, las tiendas cerradas, etc.; y los ministros y cónsules extranjeros habían mandado flamear sus banderas en sus respectivas casas. Hubo sal-

va y repiques de campanas de todas las iglesias para anunciar la presencia del Gobernador, general Viamonte, en la plaza de la Victoria, acompañado de los generales Guido, Mansilla, Vedia, Galván (Inspector General), etc., etc.; con el objeto de recibir las tropas de la campaña, que eran saludadas por los numerosos espectadores con entusiastas vivas, arojándoles flores las señoras desde las azoteas de la calle de La Plata (Rivadavia). La caballería marchaba a retaguardia de la infantería, y los caballos iban adornados unos con campanillas, rosas y otras flores, otros con cintas coloradas llevando la inscripción *¡Viva la Federación! ¡Vivan los Restauradores!*, etc., y varios de aquellos nobles animales llevaban sobre la frente pedazos de espejo. Los soldados de caballería iban armados de carabina, sable, pistola y lanza con una banderola al extremo de ésta, con sus grandes lazos y boleadoras, y muchos de ellos con flores en las carabinas. Los vestidos eran de todas clases y colores: unos llevaban gorro colorado, otros sombrero de copa alta. La tropa veterana era otra cosa”.

El general Rosas, aún en las márgenes del río Colorado, encomiaba la acción llevada a cabo por las masas populares en carta a su esposa:

Ya has visto lo que vale la amistad de los pobres, y por ello, cuánto importa sostenerla y no perder medios para atraer y cautivar sus voluntades. No cortes, pues, su correspondencia; mándales cualquiera regalos, sin que te duela gastar en esto.

Hábil caudillo, no descuidaba el “hombre fuerte” de Buenos Aires el mantener consigo a todos los estamentos sociales, pues era previsible que los precisaría para asegurarse el acceso al Poder de la manera como evidenciará luego.

Pero no obstante este importante logro político —de eliminar a una facción disidente del Partido al que había querido imprimir una coherencia que pareció inconvencible—, preocupaba al general Rosas el hecho que pudiera existir otro personaje, en este caso el general Agustín de Pinedo, dotado de la capacidad de estar al frente de la multitud que derribó del mando al general Juan Ramón Balcarce. Para mayor inquietud, los amotinados de Barracas no habían ostentado la divisa colorada cuyo uso tanto insistía Rosas en aconsejar, porque los “restauradores” lucieron una enseña de color verde durante su movimiento. Desautorizó, pues, en la medida de lo posible —luego la prohibición fue impuesta oficialmente—, el empleo de ese tinte, “hasta en los trajes de las señoras”. Escribe en sus *Memorias* el general Iriarte:

“Hasta entonces el color patrio, el celeste, era el que había mirado con horror y desprecio; nadie se había atrevido a usar una cinta de este color, que aunque continuó proscripto, no fue en lo sucesivo tan detestado por Rosas como el verde”.

Mostrando Rosas su disgusto con el general Pinedo, le escribió que habían sido “muy graves los errores que Udes. todos han cometido. Ellos me han puesto ya fuera de todo compromiso y me obligan a retirarme del país antes de ser envuelto en sus nuevas desgracias...”

Se buscaba una uniformidad total, tanto en ideas como en exterioridades,

de lo que estos detalles eran apenas un indicio. Para imponer conductas, a poco nacería una agrupación combativa dirigida por Encarnación Ezcurra, llamada popularmente la *Mazorca*, pues sus miembros "debían estar tan unidos como los granos de maíz". Años después (1870) el yerno de Rosas, Máximo Terrero, describió a sus componentes como "*jóvenes exaltados, a la vez que hombres serios y de importancia política y social*". En realidad, estos últimos integraban la "*Sociedad Popular Restauradora*", entidad adicta al futuro Dictador pero que no intervenía en los excesos de la otra. A poco se dará cuenta de la acción de la primera.

Juan Manuel de Rosas no estaba conforme con la elección del general Viamonte para Gobernador: de "*nombramiento ilegal y muy perjudicial a los verdaderos intereses del país*", lo calificó en carta al doctor Tomás Manuel de Anchorena, porque "*ya se deja ver la marcha que adoptará, de conciliación, y que a mi modo de ver es equivocada*". Al menos, para su tranquilidad, el nuevo mandatario designó como Ministros al general Guido (Guerra y Relaciones Exteriores), amigo y asesor del Restaurador, y a Manuel José García (Gobierno y Hacienda), que formara parte del Gabinete del primer Gobierno de Rosas.

Si bien el general Guido predicó la concordia, calificando a los que aconsejaban el uso de la violencia de "*almas mezquinas, fanáticos que no merecen ser escuchados*", no pensaba lo mismo la mujer de Rosas. Le era preciso consumir su obra de limpieza política, y para ello volvió a desatar el terror.

Tomás de Iriarte refiere el clima vivido en esa época. Había renunciado como Diputado en la Legislatura debido a la concurrencia de hombres armados a las galerías, cuya presencia amedrentaba a los que habían atacado al general Rosas poco antes, ahora en evidente minoría, y describe:

"En todo el mes de noviembre la ciudad de Buenos Aires fue teatro de los mayores horrores; a cada momento y sin salir del hogar doméstico se oía la detonación de las armas de fuego; poco después llegaba la noticia de uno o más asesinatos perpetrados en las calles más públicas y a la luz del mediodía. Las familias estaban consternadas y nadie podía disfrutar un momento de tranquilidad. Yo vivía recluso en mi casa".

Tenía razón: en esos días (15 de noviembre) comenzaron los atentados.

El general Olazábal, miembro de la Cámara Legislativa, protestó en términos severos:

Al Representante que suscribe se le he atropellado a mano armada en su propia casa, atacando su inviolabilidad en calidad de tal y sus derechos como ciudadano, sin más razón que haber llenado su deber, defendiendo las libertades públicas y permaneciendo fiel a la autoridad, como militar y ciudadano. Los Representantes perderán su independencia y libertad, y la sociedad, envuelta en caos, relajará sus vínculos encaminándose desde luego a su total disolución, faltando la base de toda asociación política: la independencia individual.

Olazábal renunció el mismo día como Diputado; también se embarcó rumbo al Estado Oriental, junto con su hermano el coronel Manuel, y el ex Ministro general Enrique Martínez, "*con otros varios cogotudos*", comunicaba

Rosas al general Ángel Pacheco. Las agresiones habían sido ordenadas por doña Encarnación, como le contaba a su marido ella misma:

No se hubiera ido Olazábal, don Félix, si no hubiera yo buscado gente de mi confianza que le han baleado las ventanas de su casa, lo mismo que en la del godo Iriarte y el facineroso Ugarteche.

Igualmente Iriarte se quejó al Jefe de Policía, general Mansilla, "en el interés de echarles en rostro tan villana y brutal acción". Los atentados no se detuvieron ni ante la morada del ex Gobernador, aunque éste se hallara ausente: "*Los vecinos de Balcarce le avanzaron la casa, que poco tenía, y le llevaron algunas cosas*", le refería al general Rosas su mujer Encarnación. "Las escenas de hacer fuego sobre las habitaciones estaban de moda" —recuerda el general Tomás de Iriarte—, "los asesinos transitaban a caballo las calles más públicas de Buenos Aires y llevaban un ligero disfraz". El 4 de diciembre de 1833 informaba el Ministro Guido al general Rosas: "*Cerca de 200 jefes y oficiales, de Tenientes Coroneles para abajo, han salido fuera de la Provincia a diversos puntos de la Banda Oriental*".

En un ambiente donde la violencia instigada campeaba con total impunidad, poco podía hacer el Gobernador Viamonte para imponerse al jefe del Partido Federal, que controlaba a las masas y estaba al frente del Ejército en campaña. El general Tomás Guido —Ministro de Guerra— no vacilaba en plantear francamente a Rosas la toma del Poder de manera inmediata:

Si el señor Viamonte hablase un cuarto de hora con Ud. creo que sería muy fácil entenderse bien. Será preciso uno de estos dos casos: o que un pronunciamiento franco y sostenido de parte de Ud. diese a la autoridad una fuerza que no tiene, o que sugiriese Ud. otro medio para una variación tranquila y legal. Entonces nadie sino Ud. debía ponerse al frente del Gobierno. En vano es cansarse: los medios de acción que Ud. posee, ninguno otro lo tiene.

Tal evidencia no obstaba a que por el momento, el Gobernador Viamonte tratara de afianzar su débil posición con halagos al general Rosas en su condición de flamante "*Héroe del Desierto*". A principios del año 1834 dispuso por decreto erigir un obelisco en las márgenes del río Colorado, en la colina denominada "Clemente López" (abuelo materno de Rosas), en cuyas caras, sobre tablas de mármol con letras de bronce, proclamaría:

1) 1833 y 34. A los Gobiernos coaligados de la República Argentina y a las valientes Divisiones de la Derecha y Centro del Ejército Expedicionario contra las tribus enemigas del Sud. 2) Al ilustre general don Juan Facundo Quiroga, Director de la Guerra contra las tribus enemigas del Sud. 3) Años de 1833 y 34. A la División expedicionaria de la Provincia de Buenos Aires en su última campaña contra las tribus enemigas del Sud, al mando del brigadier don Juan M. de Rosas; ciudadano benemérito, honrador de su patria, ensanchó prodigiosamente sus campos, recuperó sus primitivas fronteras, arrancándolas de la barbarie.

A los integrantes de la División porteña se acordó una medalla, computándose doble el tiempo de campaña a los efectos de retribuciones y ascensos, y los oficiales muertos en acción de guerra revistarían permanentemente en sus unidades. Todas las recompensas se hacían extensivas al regimiento *Auxiliares de los Andes*, "como perteneciente al Ejército de la Provincia" (en realidad, Buenos Aires sólo corría con su mantenimiento, pues conservaba su propia estructura). En junio, como se sabe, la Legislatura donó al general Rosas 60 leguas cuadradas de pastoreo de propiedad pública "en los puntos de esta Provincia que él elija".

En materia de reclutamiento, habiéndose vencido un plazo de servicio de las fuerzas de línea, y estando próximo otro para parte de ellas, el Gobierno acordó completar el Ejército de la Provincia indicando a los Jueces de Paz de la capital que mensualmente entregaran 2 hombres o más a la Policía, para que con posterioridad el Inspector y Comandante General de Armas los distribuyeran en los cuerpos de la guarnición. A fin de cumplir este cometido, dichos Jueces estarían asociados con dos vecinos "de probidad y decidida adhesión al sistema federal": nada escapaba al control político.

Poco después volvieron a ponerse en juego los instrumentos de la intimidación y angustia. La oportunidad estuvo dada por la vuelta de Bernardino Rivadavia al país, después de cinco años de ausencia. Era el 28 de abril de 1834.

El temor de que el anterior Partido Unitario resurgiera para tomar el control de la situación, era un fantasma agitado permanentemente para sensibilizar a los enemigos de él y mantener a la población en un estado de perpetua tensión, para no verse involucrada en esa tacha de peligrosas consecuencias. De modo que apenas noticiados Gobierno y *federales netos* de que en su quinta estaba aposentado el antiguo dirigente de la caída facción, se alistaron grupos de la *Mazorca*. Aunque era evidente que nada tramaba el ex "Presidente" —ni tenía cómo hacerlo, de haberlo pensado—, se pusieron en agitación a aquellos elementos para presionar al Gobierno. El general Iriarte rememora el procedimiento utilizado en aquellas jornadas:

"Algunas noches los amigos de Rosas recorrían las calles al son de la música y con estrepitosos gritos de *vivas y mueras*, nombrando personas determinadas: este aparato era imponente, los caídos temían algún asalto, y más de una vez al pasar aquellas bacanales por delante de mi casa tomé mis precauciones para ponerme a salvo".

No quedó en tales manifestaciones la demostración de fuerza de los grupos "de choque", puesto que a la noche siguiente al arribo de Rivadavia, una partida de emponchados a caballo baleó las fachadas de las casas del propio general Juan José Viamonte, de su Ministro Manuel José García; y otra lo hizo frente al domicilio del Diputado canónigo Pedro Pablo Vidal, al tiempo que pasaba un joven funcionario del Ministerio de Gobierno, Esteban Badlam (sobrino de los doctores Mariano y Manuel Moreno), quien fue alcanzado por los tiros y murió dos días después a causa de sus heridas. Encarnación Ezcurra de Rosas notificó a su marido, aludiendo al sacerdote federal nacido en Montevideo:

Tuvieron muy buen efecto los balazos y el alboroto que hice hacer el 29 del pasado, pues a eso se ha debido se vaya a su tierra el facineroso canónigo Vidal.

Frente a lo ocurrido, el Gobernador Viamonte cursó instrucciones a su Ministro García para que el Jefe de Policía, Mansilla, impartiera a Rivadavia la orden de reembarco. Es conocido el hecho de que el general Juan Facundo Quiroga, residente a la sazón en Buenos Aires, se ofreció como garante de su persona, sin lograr modificar la resolución oficial. Con todo, quizá aquella resolución haya salvado la vida de Rivadavia.

Pero fue el colmo para el general Viamonte: luego de su mensaje a la Legislatura, leído a escasos días, dimitió al cargo de Gobernador.

El primer documento, presentado el 7 de mayo de 1834 al abrirse las sesiones, no deja de aludir a los excesos que no estuvo en su capacidad impedir, enfatizando su remedio:

La sanción de una Carta Constitucional ha sido considerada como el medio más pronto para llegar a aquel término, y de acelerar la época deseada de restituir a la Patria y a sus familias, a los ciudadanos que sufren lejos de ella por sucesos políticos.

Y el 5 de junio renunció a su investidura, no sin puntualizar que "los lazos de la subordinación empiezan a aflojarse de manera que no sería extraño ver clasificados como actos de patriotismo las indisculpables demasías". La renuncia fue aceptada luego de duro enfrentamiento entre los Diputados a causa de sus términos. Y fue electo, el 29 de junio, el general Rosas. Pero éste se negó a aceptar la designación en las cuatro oportunidades en que le fue insistida; hasta que Viamonte —aún a cargo del Ejecutivo hasta cubrirse el puesto— instó a la Sala a definir la situación.

Lo que siguió fue buena demostración del clima político que vivía la Provincia: nadie quiso encargarse del Gobierno. Se tenía conciencia de que quien lo hiciera sin estar sometido a los dictados del general Rosas, sería desalojado malamente del mismo, tal cual ocurriera al general Balcarce, su antiguo amigo, o no podría desempeñarlo debidamente, como el general Viamonte. Así es que rehusaron las designaciones de la Sala de Representantes, sucesivamente, el doctor Tomás Manuel de Anchorena (14 de agosto), Nicolás de Anchorena (31 de agosto), Juan Nepomuceno Terrero (22 de septiembre), y el general Ángel Pacheco (25 de septiembre).

Ante la acefalía, estuvo forzado a encargarse interinamente del Poder Ejecutivo el presidente de la Legislatura (no existía el cargo de Vicegobernador), doctor Manuel Vicente de Maza, el íntimo amigo y colaborador de Rosas.

No tardaron en hacerse efectivas algunas represalias: a título de "reformas económicas" fueron dados de baja en el Ejército de la Provincia los brigadieres generales Juan Ramón Balcarce y Enrique Martínez, los coroneles mayores Nicolás de Vedia, Benito Martínez, Félix de Olazábal, Gregorio Espinosa, Tomás de Iriarte y Elías Galván, 5 coroneles y otros tantos tenientes coroneles, 9 mayores y 4 capitanes. La Plana Mayor Inactiva quedó reducida a 11 coroneles, 18 tenientes coroneles, 26 sargentos mayores, 30 capitanes y 57 oficiales de ayudante para abajo.

Acaba de mencionarse que residía en Buenos Aires —llegado a fines del año anterior— el general Juan Facundo Quiroga. No corresponde historiar sus actividades en el Interior, salvo las concernientes a su carrera militar, ya aludidas, como tampoco a algunos episodios de su estadía porteña. Sí, en cambio, a la misión que desempeñó a fines de 1834 y principios del 35, por la gravedad que rodeó su desenlace en el plano político e institucional argentino.

El origen de los sucesos que siguen fue un conflicto estallado en el Norte entre Salta y Tucumán: esto chocaba contra el común sistema imperante en toda la Confederación, y el Gobierno de Buenos Aires quiso mediar en el diferendo. Para eso el doctor Maza requirió los servicios de Quiroga, dada su gran influencia en el Interior; consultado Rosas, prestó su conformidad. Es importante destacar uno de los puntos de las instrucciones de que fue munido (18 de diciembre de 1834):

Últimamente el señor Quiroga aprovechará las oportunidades de hacer entender por todos los pueblos de su tránsito, que el Congreso es de desearse que cuanto más antes pueda celebrarse; pero que al presente es en vano clamar por Congreso y por Constitución bajo el sistema federal, mientras cada Estado no se arregle interiormente.

El general Quiroga, en lo que sería la última actuación de su vida, daba la espalda a su antiguo fervor constituyente, y se aliaba con Rosas para sabotear el Pacto Federal de 1831, sustento de la organización de la República Argentina.

Rosas quiso estar seguro de la conducta de su camarada, por quien sentía verdadero temor. De aquí que lo acompañara desde San José de Flores hasta Carmen de Areco, haciendo alto en la estanzuela de un señor Figueroa, donde se despidieron. Al separarse, Rosas le anunció la remisión de una carta en la cual reiteraría su pensamiento adverso a la reunión de un Congreso Constituyente. Quiroga prosiguió en compañía de su secretario político el doctor José Santos Ortiz, ex Gobernador puntano, desechando la escolta ofrecida por el Gobierno de Buenos Aires.

Es que se temía por su vida. Y efectivamente, el mandatario cordobés José Vicente Reynafé, alentando su hondo rencor desde tiempo atrás, se propuso asesinarlo al pasar por su Provincia, complot que no pudo llevarse a cabo en el trayecto inicial.

Después de salir de Areco, Quiroga recibió la carta prometida (20 de diciembre), mediante la cual Juan Manuel de Rosas volcó su argumentación contraria a que Argentina contara con una Constitución.

Su razonamiento es disímil, mezclando temas de fondo con otros de menor entidad. Partía de la necesidad de contar como base previa la organización de cada Estado en particular, para pasar a criticar las condiciones en que se desarrollaría el Congreso Nacional:

¿Quiénes, ni con qué fondos podrán costear la reunión y permanencia de ese Congreso, ni menos de la Administración General? Si en la ac-

tualidad apenas se encuentran hombres para el Gobierno particular de cada Provincia, ¿de dónde se sacarán los que hayan de dirigir toda la República?

Luego Rosas expuso su desconfianza en la oportunidad para convocar a la asamblea:

¿Y puede nadie concebir que en el estado triste y lamentable que se halla nuestro país pueda allanarse tanta dificultad, ni llegarse al fin de una empresa tan grande, tan ardua, y que en tiempos los más tranquilos y felices, contando con los hombres de más capacidad, prudencia y patriotismo, apenas podría realizarse en dos años de asiduo trabajo? No habiendo hasta ahora entre nosotros, como no hay, unión y tranquilidad, menos mal es que no exista esa Constitución, que debe sufrir los estragos de su disolución. Es necesario que ciertos hombres se convenzan del error en que viven, porque si logran llevarlo a efecto, envolverán a la República en la más espantosa catástrofe, y yo desde ahora pienso que si no queremos menoscabar nuestra reputación ni mancillar nuestras glorias, no debemos prestarnos por ninguna razón a tal delirio.

Como corolario:

Entre nosotros no hay otro arbitrio que el de dar tiempo a que se destruyan en los pueblos los elementos de discordia, promoviendo y fomentando cada Gobierno por sí el espíritu de paz y tranquilidad.

La carta de la "Hacienda de Figueroa" —como se la denomina en nuestra Historia— ha debido forzosamente extractarse, pero el núcleo del pensamiento del general Rosas es el expuesto: primero organizarse cada Provincia, luego convenir con las demás algunos puntos fundamentales, "en tal estado que cuando se forme el Congreso lo encuentre hecho casi todo". En este documento el jefe del Partido Federal porteño cristalizó su tesis: por el momento no convenía la reunión del Congreso Constituyente establecida en el Pacto Nacional de 1831. No se modificó tal criterio: el periódico oficial de Buenos Aires, *Gaceta Mercantil*, lo publicó en 1839 al comenzar la guerra civil, en 1843 al invadirse el Estado Oriental, y en 1851 al levantarse contra Rosas el Gobernador de Entre Ríos, general Urquiza; o sea en cada ocasión en que estuvo a punto de ponerse fin al enfrentamiento armado para dar paso a la organización federal de Argentina.

Está fuera de la presente obra ofrecer los detalles relativos al atentado cometido contra el comisionado de Buenos Aires, por otra parte bien difundidos. Baste decir que al llegar a Santiago del Estero el general Quiroga se enteró que las hostilidades en el Norte habían cesado con el asesinato del Gobernador de Salta, general Pablo de la Torre; y que tras proseguir hasta Tucumán para celebrar conferencias —presumiblemente sobre el tema del Congreso—, a su regreso por Córdoba, en el paraje llamado Barranca Yaco, su galera fue asaltada por una numerosa partida encabezada por el capitán Santos Pérez, y asesinados todos sus ocupantes. Apenas salvaron dos jinetes que la acompañaban a distancia.

El crimen, ocurrido el 16 de febrero de 1835, tuvo grande influencia en los sucesos que lo siguieron. Dejando para más adelante esclarecer la masacre, debe señalarse que fue honda la sensación de espanto en todo el país por el atentado a uno de los pilares del Partido Federal. Una de las consecuencias de este suceso fue la renuncia que el doctor Manuel Vicente de Maza hizo al Gobierno de Buenos Aires.

No había ya ningún otro ciudadano que pudiera desempeñar el cargo más que el general Juan Manuel de Rosas, y la Sala de Representantes lo eligió el 7 de marzo. Se conocían sus ideas respecto al mando político: no era un misterio que deseaba ejercerlo sin límites a su obrar, como él mismo lo expuso en apuntes leídos públicamente ante los Diputados de la Sala a mediados del año anterior, al renunciarlo:

¿Podré esperar esa cooperación de la multitud de empleados declarados mis enemigos personales, que han traicionado además la causa de la Federación, a quienes no podré deponer sin atropellar las leyes? ¿Qué medios puede proporcionarme [el Gobierno] para reprimir la anarquía que promueven los unitarios por la prensa, como sus maniobras secretas, que si bien se sienten, no pueden por la naturaleza de éstas probarse suficientemente? Tales medios no son los ordinarios, porque éstos exigen prueba real y positiva para proceder contra cualquier persona. Tampoco los extraordinarios, porque han sido completamente inutilizados.

Rosas quería algo más: la plena capacidad institucional para obrar a voluntad, sin trabas legales.

Ya no quedaba más solución que otorgársela. La insistencia de la Sala de Representantes venció las habituales renunciaciones previas, y el general Rosas finalmente aceptó el nombramiento recaído en su persona. Ahora con algo más que "facultades extraordinarias": a partir de entonces estaría revestido con la totalidad de los Poderes del Estado, es decir, con la dictadura.

Bibliografía

- ALONSO PIÑEIRO, ARMANDO, *Historia del general Viamonte y su época* (Buenos Aires, 1969).
 BARBA, ENRIQUE M., *Gobiernos de Balcarce, Viamonte y Maza*, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, t. VII, 2ª sección, *Rosas y su época* (Buenos Aires, 1951).
 CELESIA, ERNESTO H., *Rosas, aportes para su historia* (Buenos Aires, 1954).
 IBARGUREN, CARLOS, *Manuelita Rosas* (Buenos Aires, 1933).
 IRIARTE, TOMÁS DE, *Memorias*, t. V (Buenos Aires, 1947).
 PUENTES, GABRIEL A., *El Gobierno de Balcarce* (Buenos Aires, 1946).
Recopilación de las leyes y decretos, t. II (Buenos Aires, 1836).
 RAMOS MEJÍA, JOSÉ MARÍA, *Rosas y su tiempo* (Buenos Aires, 1907).
 ZINNY, ANTONIO, *Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas*, t. I (Buenos Aires, 1880).

CAPÍTULO III

Dictadura y conflictos externos

LA SUMA DEL PODER PÚBLICO: DOCTRINA Y PROCEDIMIENTOS • EXTENSIÓN DEL DOMINIO POLÍTICO AL INTERIOR • GUERRA CONTRA BOLIVIA: EFECTIVOS, OPERACIONES Y RESULTADO • LA CUESTIÓN ORIENTAL • CONFLICTO CON FRANCIA: DISTINTAS POSTURAS • ATAQUE A MARTÍN GARCÍA • INTERVENCIÓN EN SANTA FE

1

Las guerras son precedentes o consecuencias de hechos políticos: un simple medio, no una finalidad en sí mismas. Por eso resulta indispensable conocer las causas que las originaron, como también las situaciones que trajeron aparejadas sus finalizaciones. De aquí que el tratamiento de temas aparentemente fuera de un estricto contenido militar, resulte ineludible, porque si se obvian aquellos, no se comprenderá el sentido de las luchas.

Las muchas campañas de la "época de Rosas" que comenzarán a narrarse, carecerían de explicación en caso de no aludirse a los factores que las motivaron. Debido a esta premisa es necesario considerar los hechos que producirán las reacciones armadas en su contra.

El nombramiento que la Sala de Representantes de Buenos Aires efectuó en la persona del general Rosas, el 7 de marzo de 1835, para desempeñarse como Gobernador y Capitán General de la Provincia por el término de cinco años (extendiéndolo de los tres establecidos), estuvo acompañado de las siguientes resoluciones:

Se deposita toda la suma del Poder Público de la Provincia en la persona del brigadier general don Juan Manuel de Rosas [art. 2]. El ejercicio de este poder extraordinario durará por todo el tiempo que a juicio del Gobernador electo fuese necesario [art. 3].

Dos únicas obligaciones ("restricciones", reza la ley) se imponían:

1ª) Que deberá conservar, defender y proteger la religión Católica Apostólica Romana; 2ª) que deberá sostener y defender la causa nacional de la Federación que han proclamado todos los pueblos de la República.

Sólo 6 votos en contra se registraron entre los Diputados presentes: Francisco Agustín Wright, doctores Diego Alcorta, José María Fonseca e Ireneo Portela, Ignacio Martínez y presbítero Ramón de Olavarrieta.

El agraciado respondió desde San José de Flores el 10 solicitando a la Legislatura un término de doce días para meditar sobre la contestación que da-

ría, antes de cuyo plazo (el 16 de marzo) hizo presente que ese poder conferido —“*extraordinario sin duda para un pueblo idólatra de su libertad*”— era el único medio para ponerlo a cubierto de la crisis,

y sería tan peligroso como inútil en manos de otros que, como el infrascripto, no hubiese dado pruebas de ejercerlo con acierto y se hallase revestido de la fuerza-de-opinión-que-merece a la benevolencia de sus compatriotas.

Con todo, Rosas exponía que en la Sala algunas personas “consideran no sólo innecesaria sino también perjudicial la resolución que se ha tomado, y otro la miran como una medida de circunstancias”, por lo que solicitó se arbitrara un medio para que su nueva autoridad fuera tan amplia y auténtica “que jamás pueda ponerse en duda”. La Legislatura dispuso realizar un *plebiscito* en la ciudad, dividida en barrios, cuyas asambleas presidirían sus Jueces de Paz, el cual tendría lugar los días 26 al 28 de ese mes de marzo.

Las elecciones eran de libre concurrencia (sufragaban los mayores de 20 años, en forma verbal y pública “sobre su conformidad o disconformidad de opinión con la citada ley”, dispuso la Cámara), y fueron pocos los que dejaron de votar —“salvo algunas notabilidades unitarias”, indica en sus *Memorias* el general Iriarte—, arrojándose un resultado abrumador por la confirmación: 9.720 votos a favor de la ley aumentando el período de Gobierno, de 3 a 5 años, y dotándolo de la suma del Poder público. Únicamente 4 votos se opusieron a la resolución de la Legislatura: los del general Gervasio Espinosa, el farmacéutico Juan José Bosch, Jacinto Rodríguez Peña y el coronel José María Aguirre. La Sala de Representantes omitió consultar a la población de la campaña, porque además del retardo, “*actos muy repetidos y testimonios inequívocos han puesto de manifiesto que allí es universal ese mismo sentimiento que anima a todos los porteños por igual*”. No todos votaron en la capital: invitado el general Iriarte por Espinosa para votar en contra, se negó a concurrir,

“haciéndole entender que Rosas celebraría mucho que apareciesen algunos votos en este sentido para ofrecerlos como prueba de que la elección había sido libre y sin coacción; además, porque el acto solo importaría un expreso reconocimiento de la legalidad de aquella execrable ceremonia”.

Cierto temor a represalias que alcanzarían a las familias, lo indica el universitario de 20 años Vicente Fidel López: “En la Universidad se nos avisó que teníamos que ir a votar; preferí no hacerlo, porque lo habría hecho en contra, y no quise comprometer la quietud de mi anciano padre”.

El general Juan Manuel de Rosas prestó juramento como Gobernador el 6 de abril de 1835, retornando por segunda vez al cargo, que no abandonaría hasta diez y siete años después. Había logrado su propósito, doblemente cumplido: la amplitud de autoridad conferida por la Legislatura, y el masivo voto de confianza conferido por el pueblo. Su capacidad de obrar ahora era plena: había desaparecido la división de Poderes que caracteriza el sistema republicano, y todos ellos estaban en sus manos. Era la Dictadura.

La ausencia de elementos disidentes había sido casi completa, y podía hablar con plena franqueza. El 13 de abril el nuevo mandatario dirigió una proclama “A mis amigos y compatriotas”, difundida a través del periódico *Gaceta Mercantil*, cuyos párrafos más significativos —extraídos de un largo texto— no ofrecen duda alguna sobre la conducta que observaría en el ejercicio del poder sin límites que asumió:

Ninguno ignora que una facción numerosa de hombres corrompidos, ha introducido por todas partes el desorden y la inmoralidad, ha desvirtuado las leyes y generalizado los crímenes, ha hecho desaparecer la confianza necesaria en las relaciones sociales; en una palabra, ha disuelto la sociedad y presentado en triunfo la alevosía y perfidia. La experiencia de todos los siglos nos enseña que el remedio de estos males no puede sujetarse a formas, y que su aplicación debe ser pronta y expedita.

Resolvámonos, pues a combatir con denuedo a esos malvados que han puesto en confusión nuestra tierra; persigamos de muerte sobre todo al pérfido y traidor que tenga la osadía de burlarse de nuestra buena fe.

Que de esa raza de monstruos no quede uno entre nosotros, y que su persecución sea tan tenaz y vigorosa que sirva de terror y espanto a los demás que puedan venir en adelante. No os arredre ninguna clase de peligros, ni el temor de errar en los medios que adoptemos para perseguirlos.

Comenzaron de inmediato las depuraciones en la Administración pública: el *Registro Nacional* llena sus páginas con los nombres de los funcionarios dejados cesantes en las distintas reparticiones del Estado: en la Universidad, en el Tribunal de Medicina, en la Cámara de Apelaciones y Fiscalía de la Provincia, en los Ministerios y la Aduana, sin faltar algunos curatos y capellanías de la Iglesia (entre aquellos fue separado el padre Ramón de Olavarrieta, Diputado en 1832 a la Comisión Representativa del Pacto Federal): es decir, en todos los cargos que estuvieran ocupados por quienes no merecían una absoluta confianza de fidelidad plena al Partido gobernante. Interesa particularmente el Ejército: además de las más elevadas jerarquías de que ya se había ocupado Maza a fines del año anterior, en abril de 1835 comenzaron a publicarse las listas de los jefes y oficiales dados de baja “*los unos por unitarios enemigos de la causa nacional de la Federación, y los otros por haberla traicionado*”.

Quedaron primero borrados de la lista militar los más destacados adversarios del *Restaurador de las Leyes*, comenzándose por los coroneles Francisco Sayós, Manuel de Olazábal, José María Vilela, Ángel Salvadores, Paulino Rojas, Bernardo Castañón, Bonifacio Ramos, Ramón Rosendo Fernández, Manuel Rojas, Juan H. Coe y Francisco Lynch. Y los tenientes coroneles Francisco Seguí, Ignacio Inarra, Manuel F. Fernández, Juan S. Warcalde, Juan Esteban Rodríguez, Prudencio Torres, Benito Nazar y Ramón Lista. Tras ellos, una cantidad de oficiales subalternos. Las bajas continuaron con otros nombres, hasta las postreras publicadas el 23 de julio, por las cuales igualmente se eliminaron del Ejército de la Provincia a los tenientes coroneles Julián Sosa y José Ramón Ruiz Moreno, más 4 Mayores, 8 Capitanes, 5 Ayudantes, 6 Tenientes, 3 Alféreces, y hasta el capellán Francisco Hernández y el cirujano Carlos Deglano. La mayoría de los mencionados han figurado en las páginas prece-

dentes con servicios por la Independencia, en la guerra contra Brasil, o contiendas interiores, incluso a favor de la Federación tras la caída y muerte de Dorrego, causa a la que habrían “traicionado” durante las posteriores gestiones de Balcarce y Viamonte.

Quedarían revistando tan sólo los federales *netos*, los “apostólicos”.

Y las modificaciones en el Ejército y Marina no se limitaron a los cuadros del personal que los conformaban, sino que también alcanzaron a uno de sus elementos físicos más esenciales y del mayor simbolismo: fue alterada la bandera argentina —que las tropas de toda jerarquía juraban defender hasta perder la vida—, como se hiciera anteriormente con la escarapela, destruida el 25 de mayo de 1833 en las márgenes del Colorado. No se trata de una anécdota menor que pueda pasarse por alto. El caso se produjo al año siguiente de asumido el Gobierno por el general Rosas, y está documentado por la siguiente nota dirigida el 23 de marzo de 1836 a su incondicional comandante de Monte, el coronel Vicente González, jefe del Regimiento 3 de Campaña:

He entregado al Coronel una hermosa bandera, que debe remitir a Ud. en primera oportunidad, con el correspondiente oficio. Ésta es para los días de celebridad en ese punto. Sus colores son blanco y azul oscuro, con un sol colorado en el centro, y en los extremos el gorro punzó de la Libertad. Ésta es la bandera nacional por la ley vigente. El color celeste ha sido arbitrariamente y sin ninguna fuerza de ley nacional introducido por las maldades de los unitarios. Se le ha agregado un letrero de ¡Viva la Federación! ¡Vivan los federales! ¡Mueran los unitarios!

Ese color celeste —“arbitrariamente y sin fuera de ley introducido por las maldades de los unitarios”— había sido elegido y adoptado por el Congreso Nacional de Tucumán que declaró la soberanía (en la misma semana de julio de 1816), conforme a la escarapela usada desde 1811 y en la cual se basó Belgrano para adaptarla como enseña de guerra. Muchos valientes soldados habían muerto en torno a los colores celeste y blanco peleando por la soberanía y la integridad de la Patria, contra españoles y brasileños. Ahora resultaba convertida en un “símbolo unitario”. Es evidente que los sostenedores de la nueva bandera, en lugar de defender causas nacionales —bajo el azul oscuro con sol colorado, gorros punzó, y leyendas políticas— buscarían imponer intereses partidarios.

El sometimiento del Ejército fue público, al tener que mezclarse a las celebraciones por haber el general Rosas accedido al mando. Entre las demostraciones de júbilo que tuvieron lugar en la plaza de la Victoria y en el Fuerte, se contaron las guardias de honor que se detallan: la primera, mandada por el general Mariano B. Rolón al frente de 200 individuos de la “Sociedad Popular Restauradora”; la segunda (el 20 de abril) se componía de 60 jefes y oficiales de los participantes en la expedición contra los indios, entre los cuales figuraban los coroneles Ramón Rodríguez, Manuel Corvalán y Pedro Ramos, al mando del general Ángel Pacheco, acompañado por 75 miembros de la “Sociedad Popular Restauradora”; la tercera (22 de abril), comandada por el Inspector General de Armas, general Agustín de Pinedo, la formaban exclusivamente los jefes y oficiales del Ejército de la Provincia.

Tocó el turno al resto de la población. Todos los ciudadanos que tuviesen que prestar servicios en funciones del Estado (lo que se extendió al obtener el grado los nuevos doctores en la Universidad) tendrían que jurar “*ser constantemente adicto y fiel a la causa nacional de la Federación, y que no dejarán de sostenerla y defenderla en todos tiempos y circunstancias, por cuantos medios estuviese a sus alcances*”. Se acentuó el uso de la divisa del Partido, no ahora un óvalo con las iniciales “F o M.” como al principio de su empleo, sino —refiere el doctor Valentín Alsina—

“colgantes, *larguitas* (así las llamaban), y en esos mismos días empezaron a aparecer por primera vez los *chalecos colorados*. Durante su Gobierno, la cinta, como el chaleco, se hizo universal, aumentó sus dimensiones, se extendió al sombrero, y se le añadió el retrato y los *mueras*”.

Ni siquiera la población infantil estuvo al margen de las manifestaciones exteriores de conformidad. Las niñas huérfanas a cargo de la Sociedad de Beneficencia debían usar de entrecasa, durante el verano, vestidos “*que no tuviesen nada de celeste ni verde*”, y en invierno una esclavina punzó y en verano una espumilla del mismo color, “*llevando un moño también punzó al lado izquierdo de la cabeza en todo tiempo*”. Este uso se extendió a preceptores (maestros) empleados y niños de las escuelas, públicas y particulares. Con el tiempo, fue peligroso salir a la calle para cualquier particular sin tales distintivos, tanto para ancianos, jóvenes y chicos, hombres y mujeres. Incluso los sacerdotes y las monjas usaron la divisa: un retrato del Obispo de Buenos Aires lo muestra adornado “federalmente”, con los *vivas* y *mueras* de ordenanza.

Un elemento poderoso para sostener la Dictadura fue el Ejército de la Provincia, no puesto al servicio público, sino como instrumento evidente de su adhesión a la política de su titular. Una demostración de la subordinación militar a las manifestaciones partidistas se tuvo cuando murió la esposa del Gobernador, Encarnación Ezcurra de Rosas (19 de octubre de 1838), nombrada “*Heroína de la Federación*” a causa de su intervención para derribar al Gobierno de Balcarce en 1833, pues la Legislatura determinó que el Ejército tomara una parte destacada en las honras fúnebres, a pesar de que aquella no revestía carácter alguno de funcionario del Estado. El presidente de la Sala (Maza) decretó:

1) A la salida del acompañamiento y su llegada al templo, se anuncie por 3 cañonazos en la Fortaleza; desde los dobles, desde las 12 del día de la víspera se tire un cañonazo cada media hora en la Fortaleza, conservándose la bandera a media asta; desde la víspera de las exequias, las tropas de línea y milicia de la guarnición, y demás empleados públicos en todos los ramos, vistan luto oficial por tres días consecutivos. 2) Las bandas de músicas, trompas, clarines y tambores de las tropas de la guarnición, concurrirán a las nueve y media de la noche del 19, víspera del funeral, a la casa mortuoria, y romperán la retreta a la sordina fúnebre hasta el templo de Nuestro Seráfico Padre San Francisco; y desde allí cada banda lo hará hasta sus respectivos cuarteles con las cajas e instrumentos enlutados. 3) El Ejército de la Guarnición formará en orden de batalla desde la casa mortuoria hasta el templo de San Francisco, por las calles del

Restaurador, Universidad y Potosí, a las nueve de la mañana del día 20, prolongándose la Infantería a la izquierda por la calle de la Reconquista, y enseguida la Caballería. 4) Una Compañía de Granaderos con las armas a la funerals proveerá el servicio interior del templo. 5) A la derecha de la casa mortuoria y hasta las cuatro esquinas de la Casa de Representantes se colocarán 6 piezas de artillería. 6) En las banderas y estandartes se pondrán corbatas negras sujetas con un lazo punzó. 7) Las cajas y clarines serán también enlutados, y arrolladas las banderas, llevando igual insignia punzó. 8) Un Batallón se colocará frente al atrio del templo. 9) En la plaza del 25 de Mayo se formará el Batallón, que durante el oficio fúnebre ha de hacer en dicha plaza tres descargas: la primera al principiar la misa de réquiem, la segunda a la elevación, y la tercera al tiempo del responso. 10) Enseguida de cada una de las tres descargas de que habla el artículo anterior, la Fortaleza disparará 21 cañonazos en cada uno de los tres tiempos. 11) Concluido el funeral todas las tropas pasarán en columna de honor por la casa mortuoria, y enseguida se retirarán a sus respectivos cuarteles. 12) Las tropas destinadas a los honores fúnebres serán mandadas por el Inspector y Comandante General de Armas en persona. 13) El Ejército en Campaña se darán por la Inspección General las órdenes necesarias para que en sus respectivos cantones rindan los cuerpos oportunamente los honores correspondientes.

Las tropas de la guarnición de Buenos Aires se componían de los Regimientos Restauradores (coronel Agustín Ravelo), Guardia Argentina (general Mariano Benito Rolón), Coraceros de la Escolta Libertad (coronel Narciso del Valle) y de Marina (teniente coronel Mariano Maza).

2

Logrado el control de la Provincia de Buenos Aires, al general Rosas le interesaba extenderlo hacia el Interior, por cuanto si resurgía el reclamo de convocar a Congreso Constituyente, sus poderes desaparecerían. Máxime que en la presente ocasión asumía el Gobierno sin guerra civil —al revés de 1829—, ya que todas las Provincias de la Confederación estaban regidas por un mismo sistema. Quizá, por ello, alguna considerase llegada la oportunidad de intentar el procedimiento indicado por el Pacto Federal para organizar la Nación. Oponerse a esto sería la segunda tarea del Dictador porteño: ampliar su influencia fuera del territorio de Buenos Aires que le competía.

Dos comunicaciones del Gobernador Rosas, más su proclama de abril, sirven para conocer su doctrina, mantenida en forma inconvencible durante su prolongada dominación.

Escribió al Gobernador Ibarra de Santiago del Estero el 28 de marzo de 1835, apenas concluido el plebiscito consagratorio:

Es preciso no engañarse: los unitarios son los hombres más perversos que alumbró el sol. Ellos han jurado nuestro exterminio y no desistirán de su empeño mientras crean que nos pueden hacer mal. Nosotros, pues, debemos estar muy vigilantes sobre ellos y no dar el menor paso que des-

diga con la firmeza inexorable con que es necesario hagamos frente a su incomparable perversidad. La causa de la Federación es tan nacional y debe ser para nosotros tan sagrada como la de nuestra Independencia política de España y de toda otra dominación extranjera. Si con respecto a ésta no hemos podido usar de la menor indulgencia, tampoco podemos usarla con respecto a aquella. Pero la causa de la Federación tiene enemigos más activos, más intrigantes y mucho más temibles, porque cuentan con mil modos de enmascararse que no tenían los de nuestra Independencia. Es preciso, pues, ser más escrupulosos, más vigilantes y más rígidos con aquellos que con éstos. Es preciso no contentarse con hombres ni con servicios a medias, y consagrar el principio de que está contra nosotros el que no está del todo con nosotros.

Y cuando a fines del mismo año se introdujo desde Montevideo un folleto conteniendo la propuesta tan temida por el Dictador porteño —se titulaba “Federación, Nacionalización, Constitución”—, estalló en carta al Gobernador Calderón de San Luis, el 17 de diciembre de 1835, opinando que “el contenido de tal anónimo debe irritar a todo buen argentino”, a causa de las siguientes razones:

Yo encuentro en dicho papel comprobadas dos ideas muy importantes, que antes de ahora he manifestado con inculcación, y son: la primera, que el grito de Constitución y Nacionalización es el tizón con que los unitarios se han propuesto incendiar la República con la idea de acabar con el régimen federal y sus defensores; y la segunda, que es de absoluta necesidad perseguir con toda firmeza esa turba de malvados en todos los puntos del territorio argentino.

Este par de epístolas fue difundido desde las columnas del órgano oficial del régimen, *Gaceta Mercantil*, para que tomasen estado público. Se conformó de esta manera una doctrina política coherente, armonizando los elementos mostrados, que puede enunciarse de la siguiente manera, de acuerdo a los términos del propio general Juan Manuel de Rosas:

1) Estaban contra el régimen quienes no estuvieran *del todo* con sus sostenedores y prestaran servicios *a medias*; 2) el reclamo de Constitución era el recurso con que los “unitarios” buscaban *incendiar la República y acabar con los federales*; 3) era preciso perseguir de muerte a aquella “raza de monstruos” de manera *tan tenaz y vigorosa que sirva de terror y espanto, sin sujetarse a formas, sin temor de errar en los medios que se adoptaran para perseguirlos*. Desde entonces los que levantarán la bandera del Congreso Constituyente pasaban a ser tildados de “unitarios”, sin excepción, ni consideración a su auténtico pensamiento, e incluso a una notoria militancia en sostén de la doctrina federal.

Los duros enunciados del Dictador no quedarían en frases admonitorias, sino que fueron llevados a práctica.

El Gobernador porteño contaba con una facultad de que carecían sus colegas del Interior, y que le otorgaba una suerte de preeminencia jerárquica: era el Encargado de la Relaciones Exteriores de la Confederación. Este título —unido al Poder Ejecutivo de Buenos Aires desde la época de Dorrego— po-

nía en manos del general Rosas una función nacional no compartida, de evidente importancia institucional. Lo interesante del caso es que Rosas hizo jugar en torno a ella, un mando supraprovincial, mezclando el Federalismo —en cuanto “causa nacional”— con los intereses generales que fueron puestos en sus manos para defenderlos. La Federación asumió, de tal manera, un contenido que excedía la mera doctrina política, para convertirse en un postulado argentino, por la adhesión recibida de todas las Provincias.

Era una contradicción proclamarse defensor del sistema federal y no consagrarlo mediante una Constitución, como lo disponía el Pacto de 1831. Pero así se dieron las cosas. Es indudable que esta doctrina política recién triunfaría cuando la Ley Suprema la consagrara en forma definitiva y obligatoria, sin correr el riesgo de ser sustituida por otra. La Federación alcanzaría su estabilidad cuando la Constitución la adoptara para organizar al país. Hasta entonces, el federalismo, como sistema, estaría a merced de quien se impusiera por la fuerza, en ese estado inorgánico que se vivía.

Y fue lo que sucedió: bajo las exterioridades “federales” (color, leyendas, adhesiones), se implantó un crudo régimen unitario, en que las Provincias fueron supeditadas a los dictados del mandatario porteño. Hubo entonces *federales* y *unitarios*, pero con el sentido contrario al que se le dio, y se sigue repitiendo por tradición, costumbre, o falta de análisis: en los hechos, eran unitarios quienes con Rosas a la cabeza dominaron la Confederación Argentina, y federales los que se levantaron en armas para sustraerse al influjo de Buenos Aires, buscando la reunión del Congreso Constituyente que organizaría el país tal como lo determinara el Pacto de 1831.

Claro está que el proceso de consolidación de la autoridad del Gobernador Rosas, hasta tornarse omnímoda, no se dio en forma repentina, sino que fue de trámite largo, a veces mediante amenazas y reclamaciones del propio Dictador, y otras, por concesiones espontáneas de las mismas Provincias.

A continuación se expondrán algunos aspectos relevantes de la evolución que llevó a un Gobernador de Provincia a convertirse en el Jefe Supremo de la Confederación; es decir, de Dictador que era solamente en el ámbito de Buenos Aires, para tornarse en árbitro indiscutido del país por entero. Desconocer esta evolución gradual hasta su resultado final, es no comprender el momento histórico argentino que se estudia.

En primer término debe saberse que se implantó la teoría del “reconocimiento” (o desconocimiento) de los mandatarios elegidos en el Interior, según fueran considerados *federales netos* o sospechosos de simpatías con el desaparecido Partido Unitario. Varias Provincias vieron rechazados por el Gobernador de Buenos Aires a los designados por las Legislaturas locales para ejercer su mando, como en los casos de Salta (coronel José A. Fernández Cornejo), de San Juan (coronel José Martín Yanzon), y también de Córdoba y Santa Fe, que se examinarán con mayor precisión. No era ajena al “desconocimiento” la amenaza de derrocar al electo mediante la intervención de Gobiernos vecinos, obedientes al Dictador porteño.

Naturalmente, esto borraba de raíz con la doctrina federal que decía defenderse.

El caso de Córdoba tuvo matices extremos, puesto que el rechazo de Buenos Aires a quienes su Sala de Representantes designaba, se repitió en tres oportu-

nidades. Sucedió a raíz del asesinato del general Juan Facundo Quiroga: acusado el Gobernador José Vicente Reynafé de haber fraguado el atentado, en compañía de sus hermanos, se exigió su condena. Sin duda varios indicios llevaban a esa convicción (el último de los cuales fue el rencor ante la frustrada participación del general Ruiz Huidobro en Río Cuarto en el alzamiento encabezado por el comandante Castillo, sospechándose de haber contado con el estímulo del *Tigre de los Llanos*), aunque también se mezcló al Gobernador Estanislao López en la conjura, como que Reynafé era su hechura política: recuérdese la rivalidad surgida por la ambición compartida por López y Quiroga por el dominio de la frontera Córdoba luego de la prisión del general Paz; los reproches de Quiroga a causa del abandono en que se lo dejó para proseguir la campaña contra La Madrid, y hasta el incidente suscitado por el apoderamiento de su caballo *Piojo*. Estaba el general José María Paz en su prisión de la aduana santafecina, cuando —relata en sus *Memorias*— “en Santa Fe fue universal el regocijo por este suceso, y poco faltó para que se celebrase públicamente”. Añade que se sabía que Quiroga y López eran enemigos declarados, y opina:

“No abrigo ningún género de duda que [López] tuvo conocimiento anticipado, y acaso participación en su muerte. Sus relaciones con los Reynafé eran íntimas: Francisco Reynafé había estado un mes antes, había habitado en su misma casa, y empleado muchos días en conferencias misteriosas. Otros muchos datos podrían aglomerarse”.

Desde luego, el crimen se achacó oficialmente a los *unitarios*, y por su parte los exiliados en Montevideo no vacilaron en endilgarle la responsabilidad al mismo Rosas, por cuanto se veía privado de un peligroso rival. Respecto de este último, debe descartarse su participación en el atentado: ya se ha visto que Quiroga llevaba por misión al Norte la de convencer a sus dirigentes que no era oportuno convocar al Congreso Constituyente, y poco lógico sería ultimar a quien se convirtió en su más conspicuo vocero al respecto. Lo cierto es que cuando desde Santiago del Estero el Gobernador Ibarra anunció que los asesinos no eran “unitarios” sino federales, y la defensa de los Reynafé que ensayó López hubo de volverse en contra de este mismo, el mandatario santafecino abandonó a José Vicente Reynafé a su suerte.

Separado del Poder su antiguo titular, fue encarcelado junto a sus hermanos, logrando escapar sólo el coronel Francisco Reynafé, quien pasó por Santa Fe rumbo al Estado Oriental. Y en otra muestra del sometimiento de las Provincias a Buenos Aires (en este caso, Córdoba), los hermanos presos no fueron juzgados donde el asesinato había sido cometido, sino enviados para que el general Rosas, defensor de la “Causa Nacional de la Federación” en cualquier parte del territorio de la República, se encargara de ellos. Fueron juzgados en Buenos Aires por un magistrado especialmente elegido por el Dictador —el doctor Manuel Vicente de Maza—, y en virtud de la *suma del Poder Público* de que este disponía, el propio Gobernador Rosas los sentenció a muerte en compañía del ejecutor material, capitán Santos Pérez, y varios miembros de su partida (1837).

Para suceder a José Vicente Reynafé la Sala de Representantes cordobesa eligió a Pedro Nolasco Rodríguez, Ministro de Hacienda de la Provincia, pe-

ro el Gobernador Rosas le dirigió una nota el 30 de junio de 1835 intimándolo *“que inmediatamente y sin pérdida de momento, dimitiese él y las demás autoridades sus respectivos empleos públicos”*, acusados de cómplices con los Reynafé. Rodríguez renunció el 26 de octubre, y al día siguiente asumió el mando de la Provincia el coronel Sixto Casanova, que a su vez no fue aceptado por Rosas, López y Echagüe (Entre Ríos), tachándolo por haber servido a órdenes de Paz, por lo que debió dejar su puesto. Un período de autoridades provisionales cesó cuando el Gobernador Rosas se dirigió a la Legislatura de Córdoba (7 de noviembre) sin disimulo:

Desearía que esta misma investidura provisoria se confiase al enunciado coronel don Manuel López, porque creo que éste será el único medio de evitar ulteriores desórdenes, que sin duda producirían muy funestas consecuencias.

De tal modo llegó al mando gubernativo quien se mantendría en el mismo durante diez y siete años continuados, hasta el 27 de abril de 1852, sucedida la batalla de Caseros.

El caso de Santa Fe se detallará luego.

Mas con toda la uniformidad lograda en forma creciente, con métodos drásticos para imponerla (la emigración al Estado Oriental había aumentado en consecuencia), no podía soslayarse la situación que imperativamente estableciera el Pacto Nacional de la Federación en 1831: cuando las Provincias de la República *“estuvieran en plena libertad y tranquilidad”* debían reunirse para *“que por medio de un Congreso Federativo se arregle la administración general del país bajo el sistema federal”*. Los dictérios del Gobernador Rosas contra el Congreso y la Constitución no podrían sustentarse por mucho tiempo si la Confederación permanecía en paz, pues era previsible que se hiciera sentir el reclamo de las Provincias, tras un lapso prudencial.

Restaba un recurso para alterar esa situación de *“libertad y tranquilidad”*, presupuesto esencial para convocar al Congreso Constituyente: el estado de guerra.

Y entonces el general Juan Manuel de Rosas la declaró contra Bolivia.

3

Desde 1836 el general Andrés de Santa Cruz regía la flamante Confederación Peruana-Boliviana. Él mismo, siendo Presidente de la República de Bolivia, había acogido favorablemente a los jefes militares y conspicuos civiles derrotados con La Madrid en la Ciudadela de Tucumán (noviembre de 1831). La simpatía de Santa Cruz hacia los enemigos de los federales se tornó en amparo para armarse en sus tentativas de retomar el poder. Las reclamaciones desde entonces menudearon por parte del Gobierno de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores nacionales, pero sin obtener más que una serie de evasivas. La protección prestada por Santa Cruz alcanzó su mayor evidencia cuando a comienzos del año 1836 el general Javier López —antiguo mandatario tucumano— invadió su Provincia natal en compañía de los coro-

neles Segundo Roca y Juan Balmaceda, y otros jefes subalternos, a la cabeza de 175 hombres, llevando como secretario a su sobrino el doctor Ángel López. El Gobernador de ésta, general Alejandro Heredia, logró derrotarlos y capturarlos. El 24 de enero fueron fusilados el general López y su sobrino Ángel, *“porque no se ha encontrado un punto en la tierra en donde poderlos colocar sin que sean funestos y perjudiciales a la desgraciada Provincia de Tucumán”*, según parte del vencedor a su Ministro el doctor Juan Bautista Paz. Este último logró salvar la vida del coronel Roca, por estar de novio con su hija Agustina. (Años después, en julio de 1843, nació a este matrimonio su quinto hijo, que Agustina Paz de Roca anunció en carta a una amiga, *“al que llamaremos Julio por ser el mes glorioso, y Argentino porque confiamos que será como su padre un diligente servidor de la Patria”*). Cruel destino, en cambio, sufrió el coronel Juan Balmaceda: requerido por Ibarra que le guardaba añejo rencor, fue *retobado* (enchalecado con cuero fresco) en la prisión chaqueña del Bracho, y allí, agusanado su cuerpo, se suicidó degollándose con una navaja.

El Gobierno de Buenos Aires siguió de cerca esos episodios, recelando que se creara en Bolivia otra fuerza de mayor envergadura. A lo largo del año 1836 estrechó vínculos con la República de Chile, país interesado en destruir la Confederación Peruano-Boliviana a fin de mantener su hegemonía comercial en el océano Pacífico. En octubre del mismo el Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, doctor Felipe Arana, dirigió un extenso oficio a su colega de Santiago de Chile acusando *“los pérfidos manejos de que se valía esa execrable facción conocida con el nombre de Unitarios para poner en conflagración a toda la República”*, uniendo su denuncia a *“que el general don Andrés de Santa Cruz antes de ahora ha hecho causa común con los pérfidos unitarios, a fin de conseguir los depravados designios que abriga contra las demás Repúblicas hermanas”*. De tal modo se forjó una alianza entre los mandatarios de Buenos Aires y de Chile para obrar contra *“el Cholo”* o *“el Colla”*, como despectivamente comenzó a ser motejado Santa Cruz.

El Gobernador tucumano Alejandro Heredia, quien por haber extendido su acción a Catamarca, Salta y Jujuy (con ocasión de varios movimientos sediciosos ocurridos en ellas), recibiera el título de *Protector del Norte*, impulsaba acciones bélicas, sin escatimar datos y hasta exageraciones sobre el estado militar boliviano. En octubre de 1836 escribió a Rosas:

Para evitar mayores males es preciso precaverse con anticipación, tomando todas las medidas para que no nos sorprendan. La vigilancia se hace mucho más precisa desde que los infames unitarios trabajan con ellos, siendo su principal corifeo el general Alvarado.

En realidad, el peligro que significaba la presencia de los militares emigrados en suelo boliviano no era de consideración, y a lo sumo justificaba el envío de protestas diplomáticas por la tolerancia que merecían, y el pedido de internarlos donde no pudieran obrar. Tan no concedía mayor importancia el Gobernador Rosas a las incitaciones de Heredia para actuar contra Santa Cruz, que le expresaba que el único recurso que el Presidente de Bolivia estaba en condiciones de emplear contra la Confederación Argentina era *“fomen-*

tar la discordia en Salta", para privar a ésta "de los importantes recursos que esa misma Provincia le proporcionaría para recobrar la de Tarija, que aquel Gobierno le tiene usurpada". Este territorio, de antigua jurisdicción salteña, había sido ocupado por los españoles tras las derrotas de las armas argentinas, y luego de Ayacucho el mariscal Sucre lo mantuvo unido a la República de Bolivia al ser elegido su primer Presidente. Precisamente éste era un objetivo de los hermanos Heredia, Gobernadores de Salta y de Tucumán. El primero de ellos, general Felipe Heredia, escribiría a Rosas en enero de 1837: "Creo que no se presentará jamás una mejor oportunidad para recuperar el territorio que ignominiosamente se ha despojado a la República Argentina". Esta incitación era contemporánea a la política concertada a lo largo del año 1836 entre las autoridades de Santiago de Chile y de Buenos Aires, que llevó al Ministro Arana a declarar a su colega transandino el 13 de octubre de 1836 su disposición para "entrar en una firme y bien combinada oposición a las empresas hostiles y pérfidas maniobras del general don Andrés Santa Cruz contra la independencia, libertad y tranquilidad de ambas Repúblicas".

Sin duda estos últimos cargos del Gobierno porteño eran excesivos, y chocaban incluso contra el menosprecio de su titular hacia la capacidad ofensiva de Bolivia, transcrito arriba. Pero la voluntad bélica se evidenció el 13 de febrero de 1837 cuando se cortaron las comunicaciones con Bolivia y Perú. Con el afán de evitar hechos posteriores más graves, el general Santa Cruz se dirigió al Gobernador Rosas (5 de abril) sincerando su conducta:

Ni mis intereses políticos ni mi carácter personal, ni las nuevas obligaciones que he contraído con pueblos tan distantes de la frontera boliviana del Sud, autorizan las sospechas que a V.E. han podido hacer concebir informes parciales y conceptos ajenos, erróneos y maliciosos.

Mas Rosas había concebido una maniobra política para la cual precisaba el conflicto, que puso en práctica cuando finalmente formalizó el estado de guerra contra el general Andrés de Santa Cruz.

El 8 de mayo de 1837 una circular a los Gobiernos de la Confederación Argentina los ponía en conocimiento del estado de beligerancia que había declarado, conteniendo a la par, tanto afirmaciones como solicitudes. El oficio del general Rosas debe conocerse por completo, en vista de la múltiple trascendencia que reviste:

Siendo de suma importancia dar solemnidad al unánime pronunciamiento de todos los pueblos confederados sobre la justa guerra que ha emprendido la República contra el tirano usurpador del Perú, general Santa Cruz, y que del mismo modo desplieguen toda su acción necesaria en defensa de su libertad e independencia amenazadas, poniendo a cubierto su honor y crédito, según lo exija el orden de los sucesos;

Aunque al infrascripto para expedirse en tales circunstancias le es suficiente la completa autorización con que se halla investido por todas las Provincias de la Confederación para dirigir sus negocios exteriores, tanto en tiempo de paz como de guerra, deseando al mismo tiempo se haga ostensible la concentración de autoridad que en el día presenta el actual estado de la Confederación Argentina, y prevenir las viles asechanzas que

contra su poder y dignidad tiende, sin perder ocasión, aquel tirano, considera necesario que V.E. autorice competentemente al Gobierno de Buenos Aires para que pueda expedirse libremente como Encargado de las Relaciones Exteriores de las Provincias de la Confederación Argentina con toda la plenitud de facultades que es tan conveniente para salvarlas de las alevosas maquinaciones de aquel insensato ambicioso y de sus infames asociados, los parricidas unitarios, como también para proveer a todo cuanto con motivo de tan honrosa contienda, pueda convenir a la conservación y seguridad del orden y tranquilidad de que felizmente gozan los pueblos confederados.

El infrascripto espera confiadamente que S.E. se expedirá con la brevedad e interés que exige la gravedad e importancia del presente negocio.

Varias consideraciones se derivan del antecedente documento.

Ante todo hay que tener presente que la delegación provincial para manejar las relaciones exteriores de la Confederación lo era al efecto tradicional de celebrar tratados y recibir y enviar representantes, o sea durante épocas de paz: así lo indicaba la práctica observada hasta entonces, desde 1820. La declaración de guerra corresponde por naturaleza a un Congreso Nacional, tal como había ocurrido en 1825 al estallar la contienda contra el Imperio de Brasil. El encargo de la función diplomática a una Provincia no habilitaba a ésta a iniciar hostilidades con el extranjero, al menos sin la anuencia previa de las demás. En el presente caso, Buenos Aires se manejó por la política del hecho consumado, comunicando a la Confederación la determinación ya asumida. Mas resulta evidente que el propio Gobernador Rosas no se sintió seguro de su obrar, y por ello es que requirió a las Provincias la ratificación de su resolución.

De cualquier modo, distinta cuestión —para él de mayor importancia— estaba en juego, y la deslizó sutilmente en el pedido de aprobación a su conducta. Respondía a otro motivo que estampaba de paso en la circular: "deseando se haga ostensible la concentración de autoridad que en el día presenta el actual estado de la Confederación", dando por sentado esa circunstancia que afianzaba su preeminencia política. Pero había algo más, y de mucha mayor trascendencia, escondido en la solicitud de adhesión a la guerra exterior, que era lo que realmente le interesaba, según lo demostraron los hechos subsiguientes.

Les pedía Rosas a las Provincias que le concedieran "la plenitud de facultades" para proveer a todo cuanto conviniera "al orden y tranquilidad de que felizmente gozan los pueblos confederados". Se trataba, ni más ni menos, que disponer del poder de policía interior en toda la Argentina. Requerido para el tiempo de guerra, su ejercicio lo prolongaría indefinidamente. De este modo, el Gobernador de Buenos Aires, ahora legalmente facultado, extendió su autoridad sobre la Confederación por entero.

El sistema federal entraba en su ocaso, pues las Provincias respondieron de conformidad, quizá sin advertir lo que se ocultaba en el pedido de adhesión a la declaración de guerra contra Santa Cruz.

El general Alejandro Heredia, Gobernador de Tucumán, fue nombrado por Rosas el mismo 8 de mayo de 1837, Comandante en jefe "del Ejército Confederado de operaciones contra el tirano general Santa Cruz". Se confiaba, co-

mo era natural, que en la emergencia bélica en que se hallaba empeñado el honor nacional, todos los argentinos colaborarían, y que consecuencia de la victoria sería la recuperación de la Provincia de Tarija, la antigua jurisdicción salteña ocupada por Bolivia. El Pacto Federal disponía para estos casos:

Las Provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe [luego se adhirieron todas las demás] se obligan a resistir cualquier invasión extranjera que se haga, bien en el territorio de cada una de las tres Provincias contratantes, o de cualquiera de las otras que componen el Estado Argentino.

Las lógicas esperanzas en tal sentido resultaron defraudadas: tras una inicial e insuficiente remesa de armas (200 sables, 400 fusiles, 100 carabinas y 24.500 cartuchos), Buenos Aires, que había tomado la responsabilidad de poner al país en estado de beligerancia, se despreocupó del conflicto. Salvo las Provincias directamente amenazadas por el enemigo (Jujuy, Salta, Tucumán), el resto de la Confederación no se movió en ayuda de aquéllas. Heredia ya había advertido a Rosas que debía ser apoyado, pero el mandatario porteño se excusó por la presencia en el Estado Oriental de muchos emigrados opositores:

Crea Ud. que el horizonte oriental me da más que recelar que el de Bolivia. Por estos litorales hay muchos Santa Cruz, y pocas Cruces Santas, porque estamos rodeados por todas partes de gente non sancta, que como buitres están asechando los momentos de darnos el picotón para sacarnos los ojos y devorarnos después completamente.

Con tales expresiones el Gobernador Rosas se desentendió del reclamo del general Heredia.

El análisis de esta conducta revela que, políticamente considerado, Juan Manuel de Rosas era antes porteño que argentino. Al menos, sus actitudes revelan que le interesaba lo directamente concerniente al puerto de Buenos Aires, casi con exclusividad, mirando con desaprensión los problemas que le resultaban lejanos. La misma actitud observó, en forma concluyente, cuando a poco, el 21 de noviembre de 1838, el Ministro doctor Felipe Arana redactó de su puño y letra la siguiente instrucción al representante argentino en Londres, doctor Manuel Moreno:

Insistirá así que se le presente la ocasión, en el reclamo respecto de la ocupación de las islas Malvinas, y entonces explorará con sagacidad, sin que pueda trascender ser idea de este Gobierno, si habría disposición en el de S.M.B. a hacer lugar a una transacción pecuniaria que sería para cancelar la deuda pendiente del empréstito argentino.

Afortunadamente la Corona Británica no aceptó la operación, siendo que la deuda externa se había contraído con la banca particular *Baring Brothers*, pero la cesión que Rosas pretendía era para entregar esa parte de la Nación al Gobierno del Reino Unido. El silencio guardado con relación a la ocupación chilena en 1843 de un punto del estrecho de Magallanes (fuerte Bulnes, hoy Punta Arenas), y mantenido durante cinco años —cuando una simple

nota diplomática hubiera servido para enervar cualquier pretensión jurídica—, hasta que se inició un reclamo en 1847, sirve para corroborar la convicción de que Rosas era indiferente a cuestiones que no atañían a sus intereses locales. Dentro de esta consideración, no puede dejar de señalarse que se negó a apoyar la revolución de los republicanos de Rio Grande do Sul para independizarse del Imperio de Brasil, lo que hubiese servido a mejorar la posición de Argentina en los asuntos sudamericanos del futuro.

El general Alejandro Heredia había concebido una fulminante invasión del territorio boliviano con 2.000 hombres. Pero no llegó a reunir más que 380, con los que debía proteger un vasto frente. La falta de ayuda de las demás Provincias paralizó su impulso. De su lado, el Gobernador Rosas le sugería limitarse a una acción psicológica: *"Debemos tenerlo en continua alarma por medios engañosos, como son amagos, noticias figuradas, y derramadas entre los habitantes y tropas bolivianas"*.

Insuficiente era la movilización en el Norte: las tropas carecían de instrucción, de equipos y de planes. El general Alejandro Heredia no pudo remontar un Ejército respetable, pese a la ayuda que le prestaron los Gobernadores de Salta, su hermano el general Felipe Heredia, y de Jujuy, general Pablo Alemán. Para peor, muchísimos habitantes de la Puna mantenían mayores vínculos desde tiempo atrás con el antiguo Alto Perú, que con las Provincias *abajeñas*. Por ejemplo el teniente coronel Fernando Campero, sucesor en el título y propiedades del Marqués del Valle de Tojo, dirigía desde Yavi la colaboración con los esfuerzos de Bolivia.

El Presidente Santa Cruz consideró con mayor seriedad al conflicto: un Ejército Boliviano al mando de general Otto Braun (alemán) cruzó la frontera el 28 de junio de 1837 con 3.500 hombres e invadió el suelo argentino por la quebrada de Humahuaca, ocupando las localidades de Cochinoca, Iruya y Santa Victoria. El 11 de septiembre el general Braun se apoderó del pueblo de Humahuaca. Dos días más tarde el general Heredia lo atacó en Santa Bárbara, con resultado indeciso.

Siguió lo previsible: ante la carencia de armamento adecuado, de tropas suficientes, y de la falta de apoyo de otras regiones, la tropa comenzó a desertar. El atroz frío en las alturas, la falta de caballada en buen estado por el escaso forraje, y el abandono del resto de la Confederación Argentina, obraron para producir ese resultado. Afortunadamente la guerra sufrió una paralización de hecho, ya que el general Otto Braun perdió la oportunidad de avanzar hacia Orán y Jujuy, sin preocupaciones a su espalda. Quedaba dominando la Puna.

Tal detención tuvo que ver con que por parte de Chile, las hostilidades se llevaban con mayor decisión que en el campo argentino.

Un Ejército transandino, bajo la dirección del general Manuel Blanco Encalada (porteño de nacimiento), había desembarcado en Perú con 4.000 hombres, y el 24 de septiembre tomó la ciudad de Arequipa, con lo cual la atención de Santa Cruz se dirigió hacia aquel rumbo. Aunque debido a la crítica situación de los chilenos se logró un acuerdo en Paucarpata (17 de noviembre de 1837), mediante el cual Blanco Encalada se retiró del suelo invadido.

El Presidente Santa Cruz quedaba otra vez con las manos libres para avanzar hacia el sur, y los rumores en tal sentido hicieron que las débiles fuerzas

argentinas retrocedieran. Otra vez, como durante la guerra por la Independencia, la quebrada de Humahuaca sería escenario de sucesivos avances y retiradas, por ambos beligerantes.

La gran desertión que sufrían las tropas del general Heredia, más sus privaciones de todo tipo, se unían al hecho de que a causa de la indefinición del límite en esa imprecisa zona fronteriza, muchos "traidores" colaboraban activamente con el Ejército invasor de Braun, suministrándole alimentos, sirviendo de baqueanos, o directamente integrando sus filas. El general Alejandro Heredia recibió unos pocos elementos de Catamarca y hasta algunos soldados de Córdoba. Avanzando hasta Huacalera, el 28 de enero de 1838 escribió al Gobernador Alemán de Jujuy remitiéndole unos presos con destino a Tucumán:

Estas medidas se hacen ya rigurosamente necesarias, desde que vemos que el veneno boliviano ha penetrado hasta los huesos de tantos desleales malvados que infectan todas las fronteras del norte de Jujuy y Salta. En esta persuasión, aunque con sentimiento y dolor, el abajo firmado se ha propuesto purgarles de tan perjudicial ponzoña, convencido también de que más valen pocos pero buenos y fieles habitantes.

Alemán y su hermano Felipe se le reunieron allí en Huacalera en febrero, pero considerando mala su situación, el Comandante en Jefe dispuso emprender la retirada hacia Jujuy, "por no exponer la suerte de la Patria a un combate desproporcionado". Efectivamente, los bolivianos salieron desde Yavi y volvieron a ocupar Humahuaca el 16 de febrero de 1838. Heredia proseguía su retroceso por Tilcara y Tumbaya. El general Otto Braun consolidó en Chorrillos la zona ocupada, con 1.500 soldados y unos 800 auxiliares.

El Ejército invasor podía operar desde Humahuaca en dirección a Orán, y también desde Tarija. Pero se reforzaron los elementos de defensa: el coronel Miguel Puch en el camino de Humahuaca a Orán, y el comandante Ríos en esta última localidad. El coronel Mariano Boedo custodiaba las caballadas de reserva en Yala. El 6 de marzo el enemigo ocupó Mollepuncu, y el general Felipe Heredia (segundo Comandante) quedó en Molinos.

En tal situación, se llamó a las reservas para contener el avance del Ejército Boliviano, en Jujuy y Salta. Mientras, se produjo un nuevo avance boliviano mandado por el coronel Medinaceli, que reforzó Chorrillos en los primeros días de abril, al tiempo que los argentinos retrocedían por el camino a Salta.

Fue un momento crucial.

Alejandro Heredia quiso renunciar a su Comando debido

al no haber encontrado cooperación alguna en el resto de las Provincias; los pocos auxilios pecuniarios con que este Gobierno [el de Buenos Aires] socorre al Ejército, y alguna apatía y dilación de las comunicaciones del Excmo. señor Rosas.

Más para el Presidente Santa Cruz todo había terminado: el 18 de abril, estando en Moraya, dictó un decreto en que declaraba que el objeto de su Gobierno "a que fue provocado por los caudillos de las Provincias de Buenos Ai-



res, Tucumán y Salta, sólo fue rechazar la agresión", y que "la dispersión de las tropas enemigas y la destrucción de todos sus elementos hostiles por consecuencia de la actitud asumida por el Ejército del Sur ha satisfecho este objeto", por lo que decretaba orgullosamente:

Queda terminada la campaña del Sur, y los cuerpos que tan gloriosamente han concurrido a ella, pasarán a colocarse en los cuarteles que les designará el General en Jefe.

El Gobierno de Chile protestó el 8 de mayo ante el de Buenos Aires porque las operaciones contra Santa Cruz no se llevaban en debida forma, exigiendo la invasión de Bolivia. El Ministro doctor Felipe Arana se excusó alegando "falta de medios", al tiempo que el Dictador Rosas expresaba sus dudas por la actitud del general Heredia, a quien achacaba abandono de las operaciones.

No obstante, la firme actitud jujeña contuvo el impulso de los bolivianos por poner fin unilateralmente a las hostilidades, aun cuando éstos comenzaron a mediados de abril de 1838 una lenta retirada rumbo a Tumbaya. El teniente coronel Mariano Zerda fue encargado de hostilizar su retaguardia. Los combates se sucedieron sin intermitencia, librándose acciones de variada intensidad. El general Braun inició su retroceso desde Maimará, pasando el 1º de mayo por Purmamarca, mientras sus hombres talaban los bosques y saqueaban las propiedades de los infelices habitantes. El 17 de mayo Braun atravesó nuevamente Humahuaca, quedando sus efectivos en Iruya y Cochinoca. El general Pablo Alemán permanecía en Tilcara.

Recobrado de su desilusión, el general Alejandro Heredia proyectó una maniobra envolvente, partiendo de Orán para atacar a Tarija, en ruta paralela a la Quebrada.

El 27 de mayo de 1838 marchó desde Orán el general Gregorio Paz a la cabeza de 1.000 efectivos de infantería y caballería, mientras el coronel Manuel Virto recibía órdenes de Heredia de atacar Iruya, punto desde el cual los bolivianos efectuaban correrías sobre Humahuaca. El 11 de junio chocaron los enemigos, llegando en su avance los argentinos hasta el pueblo, que había sido fortificado por los bolivianos. "*La tropa ha peleado heroicamente* —escribió uno de sus comandantes, que criticó el plan de ataque—: *se resolvió atacar de frente a las dobles murallas de Iruya*". El combate creció en intensidad, hasta que la infantería de Virto consumió sus municiones y tuvo que retroceder, guardando perfecto orden, hacia Humahuaca; en cambio la caballería jujeña, al mando del comandante Esteban Iriarte, se dio a la fuga no obstante los esfuerzos de su jefe.

Los enemigos han sufrido un destrozo considerable aún dentro de sus trincheras y no se han atrevido a perseguirnos ni un paso en nuestra retirada, a pesar de que quedamos cortados a la parte de arriba, obligados a retirarnos con este motivo por el centro de aquel Partido y por puntos demasiados desventajosos para nuestra División.

Este fue el corolario en palabras del mayor José López Echazú, valiente jefe de la Quebrada.

Mientras, el general Paz había llegado a tres leguas de Tarija, pero enterado del rechazo a Virto en Iruya, emprendió el retroceso sin asaltarla, al anochecer del 21 de junio.

No mucho antes, el 1º del mismo mes, se había presentado en el cuartel general de Alejandro Heredia un Coronel boliviano —escribía el propio Heredia a Alemán—

proponiéndome la paz de parte del general Santa Cruz, que le encargó me dijese que él no se pararía en indemnizaciones; que no quería un palmo de tierra argentina, y que sería franco y libre el comercio entre ambas Repúblicas.

El general Heredia exigió que la propuesta se hiciera en debida forma, y contestó en igual sentido las cartas que le enviara el general Otto Braun. Enterado el Gobernador Rosas, tuvo una gran contrariedad porque no se había respetado el Encargo de las Relaciones Exteriores puesto en sus manos, tratándose directamente; y enojado con Heredia, hasta sospechó que éste podía ser sobornado por Bolivia y olvidar sus deberes, lanzando la idea de que seaba

disolver el Ejército, disolver la unión de las Provincias fronterizas a Bolivia con las demás, y alzarse ellos con el influjo y poder en medio de la confusión, apoyados en la protección del tirano unitario Santa Cruz.

El prestigio del "Protector del Norte" entre sus habitantes inquietaba al mandatario porteño.

La retirada del general Gregorio Paz, sumada al fracaso del teniente coronel Virto, estimuló a los bolivianos para perseguir al primero de éstos. Lo siguieron con cautela hasta alcanzarlo en Cuyambuyo (o Montenegro) el 24 de junio, librándose combate. Las tropas argentinas oriundas de la Quebrada y de la Puna se hallaban sumamente deprimidas luego del contraste sufrido ante Iruya, y además de su inferioridad numérica, la fragosidad del terreno impedía obrar a la caballería de Paz. Iniciada la acción, la infantería de la Puna se pasó en masa a los bolivianos. Desde las alturas, las tropas de Braun pudieron abatir fácilmente a quienes intentaron oponer resistencia a su avance, aunque una defensa de infantes jujeños hizo durar cinco horas la pelea. La traición forzó al general Gregorio Paz a replegarse hacia Zenta, donde estaba el general Alejandro Heredia.

El frío se hizo sentir negativamente, disminuyendo la moral de las tropas porteñas. Las heladas en los cerros privaban de alimento a hombres y animales. La desertión se agudizaba. Pero las fuerzas bolivianas prefirieron atrincherarse en los lugares que ocupaban, y no realizar la nueva invasión que preocupaba a los argentinos. Empero, dieron golpes de mano sobre Humahuaca, Cochinoca e incluso en Tilcara se produjo un alzamiento de algunos vecinos a favor de Bolivia, que no tuvo sino un éxito pasajero. Los cabecillas fueron capturados y tras consejo de guerra, fusilados. Quedó como jefe de la defensa de la Quebrada el coronel Fermín de la Quintana, mientras el estado de las operaciones se estabilizaba.

Para esta época el Ejército del general Braun estaba distribuido de la siguiente manera: en Cochínoca 600 hombres al mando del coronel Medinaceli, en Iruya 500 a órdenes del coronel Baña, en Yavi los Guías al mando del coronel Pizarro, en Tupiza la artillería, y en Mojos el propio general Braun.

Importantes novedades ocurrieron en el interior de la Confederación Peruano-Boliviana, que explican la paralización de las hostilidades: en julio de 1838 estalló una revolución contra Santa Cruz, encabezada por los generales Orbegoso y Nieto, para separar ambas regiones.

El flujo de la guerra se hizo sentir una vez más sobre Argentina, pero ya sin la energía inicial. Mientras en el norte las tropas de Santa Cruz sufrían desbandes, en el sur Braun emprendió una nueva ofensiva bajando por la Quebrada, hasta ser contenido tras duro encuentro y retirarse a Huacalera. El comandante argentino Ramón Heredia comunicaba al Gobernador jefeño Alemán al día siguiente (13 de octubre) la falta de elementos para resistir:

Nunca me ha sido tan sensible la falta de municiones que en el día de ayer, porque en la primera entrevista [sic] se concluyeron los pocos paquetes que había dicho a V.E. tenía.

En la jornada siguiente los bolivianos dejaron avanzadas en Huacalera y se retiraron hasta Humahuaca, desde donde emprendieron acciones de pillaje en la zona circunvecina, aprovechando la paralización de las hostilidades por la falta de recursos para proseguirlas del lado argentino.

El 21 de agosto de 1838 el general Alejandro Heredia se había quejado fuertemente de la conducta de Rosas:

Reclama imperiosamente el honor nacional y las armas de la República, la remisión de los 2.000 hombres de infantería que por enero de este año el que suscribe exigió a S.E., de lo que aún no se ha tenido contestación hasta la fecha. De otro modo no puede el infrascripto encargarse de la empresa, y puede S.E. mandar el jefe que lleve adelante los planes o proyectos de S.E.

En este mes Heredia dio por concluida prácticamente la guerra contra Bolivia, disponiendo que los contingentes de las Provincias regresaran a ellas para ser convocados cuando fuera necesario; él mismo retornó a la suya.

Y en septiembre un nuevo Ejército Chileno a órdenes del general Manuel Bulnes desembarcaba en Bolivia.

En Tucumán el "Protector del Norte" volvió a ocuparse de sus tareas administrativas, en el desempeño de las cuales había desarrollado una política liberal, de fusión de los grupos políticamente adversos, mereciendo el reproche de Rosas porque en sus comunicaciones omitía mencionar a los *federales* cuando se refería a los "buenos argentinos", y "buenos patriotas". Heredia le contestó desafiante:

No he usado en mis proclamas de las clasificaciones que Ud. me indica porque he dicho en ellas que la República toda en masa se mueve a sostener la dignidad y derechos; por consiguiente, por no presentar una contradicción, no he dividido a los argentinos unitarios de los argentinos federales.

También Rosas había reprochado el empleo del color aborrecido usado por sus enemigos: que hubiera pedido *"fajas celeste y blanca para su uso, que las gorras que también ha pedido para la tropa en esa Provincia nada tengan punzó, ni el letrado exprese algo de Federación, y que los vestuarios sean de color verde botella"*.

El 12 de noviembre el general Heredia fue asesinado en cercanía de Lules por un oficial al cual había afrentado. El Gobernador Rosas no se cuidó en disimular su complacencia por la eliminación de este mandatario que no se mostraba sumiso cual otros a sus directivas: en carta al general Juan Felipe Ibarra le comentó:

Pero ya no había para él consejo que en ese particular sirviera a persuadirlo que dejase la fusión que él llamaba de Partidos, que no se fuese de los unitarios, que no los colocase a su inmediación, y que abandonase para con tales malvados famosos forajidos las cortesías y los miramientos. Todo era en vano, y yo creí siempre que a consecuencia de semejante conducta y marcha absolutamente equivocada, al fin lo habían de asesinar de un modo o de otro los unitarios; pues ya habían conseguido perderlo logrando que en vez de llenar sus más estrictos deberes, se ocupase de hablar de sus mejores amigos, de no escuchar mis consejos, y por último, de no obedecer; y sin respetar nada, ni aún lo más sagrado del honor nacional, regresar, perdiéndolo todo, y lo que es peor, manchando la Historia de los argentinos con un borrón que nunca merecieron. En fin, fue víctima ilustre de su miserable política y de su marcha equivocada.

Es del caso establecer quién era el responsable de faltar a "lo más sagrado del honor nacional" y "manchar la Historia": si el que combatió sin elementos adecuados, o el que declaró la guerra sin atender a sus requerimientos esenciales. Hacia fines del año un comandante argentino escribía desde Valle Grande (Jujuy) al general Pablo Alemán:

Para que se hagan cargo de la avanzada mis oficiales tengo que dar mi sable, porque no tienen. Y suplico a V.E. se digne mandar tres sables, aunque sean viejos.

Por otra parte, se destaca en la carta transcripta un reproche de Rosas hacia el Gobernador Heredia, que es síntoma elocuente del momento argentino: "no obedecía".

En diciembre de 1838 el Ejército Boliviano se retiró de la quebrada de Humahuaca. Quedaban algunos elementos ocupando la Puna, Iruya y Santa Victoria.

Y el 20 de enero de 1839 el Presidente Santa Cruz era derrotado en forma aplastante por el general chileno Bulnes en la batalla de Yungay, tras lo cual se levantaron en su contra, en suelo de Bolivia, los generales José Ballivián y José Miguel de Velasco. Santa Cruz buscó asilo en Ecuador. El 14 de febrero de este último año el general Velasco se dirigió a los Gobiernos de Jujuy y Salta con motivo de la deposición de Santa Cruz, avisando al primero de ellos:

En consecuencia la guerra de hecho está terminada con esas Provincias y restablecida la paz, el comercio y las buenas relaciones que antes nos ligaban.

Pero algo más:

Séame permitido suplicar al señor Gobernador de la Provincia de Jujuy que entre tanto se organice el Gobierno de la República, y se reúna la Representación Nacional, que será muy en breve, quede la Provincia de la Puna en su estado actual,

es decir, ocupada por las tropas de Bolivia. El nuevo Gobernador de Salta, Manuel Solá, conjuntamente con su Ministro el doctor Bernabé López, le contestaron en disconformidad el 22 del mismo mes:

Si por parte de V.E. ha terminado de hecho la guerra, por parte de V.E. parece deben restablecerse al mismo tiempo las cosas al estado que tuvieron antes de ella.

O sea, se reclamaba la inmediata desocupación de aquel territorio. Esta misma firme actitud adoptó el nuevo Gobernador de Jujuy, coronel Mariano Iturbe, en su réplica a Velasco, el 25 de febrero de 1839:

La proposición indicada es incoherente con el resultado general del cambio que acaba de verificar Bolivia. El Gobierno de Jujuy no puede consentir en la ocupación de la Puna sin cargar sobre su responsabilidad los perjuicios que se irrojan a la Provincia en menoscabo de la dignidad y del territorio nacional.

Preocupaba al general Velasco la situación de los bolivianos residentes en la Puna por la represalias que podrían sufrir de manos argentinas; pero asegurada por los mandatarios del Norte su tranquilidad, Velasco se sometió a la exigencia de ellos. El 5 de marzo escribió al Gobernador Solá:

Yo me apresuro a dar órdenes para que esos pueblos vuelvan a someterse al Gobierno de esa Provincia y se restituyan a la asociación política a que pertenecen.

De esta manera, con la digna postura de las autoridades del Norte, luego de haber soportado penurias y comportándose con heroísmo, concluyó la guerra iniciada dos años atrás. Digámoslo: finalizó deslucidamente, y sin mayor peligro debido a la invasión de Chile a la Confederación de Santa Cruz. La única guerra que arrojó pocos lauros a la brillante tradición militar argentina.

Mas hay algo que agregar en materia de responsabilidad nacional, respecto al territorio que tan celosamente reclamaron Jujuy y Salta: es lo que hace a la recuperación de Tarija, que fue deseo manifiestamente compartido por los Gobernadores del Norte y de Buenos Aires en su correspondencia, y que la ausencia del triunfo militar impidió lograr. Hubo otra ocasión en que pudo darse: fue cuando al concluir victoriosamente el general Manuel Oribe su campaña con-

tra la Coalición de las Provincias de aquella región en 1841, y paralelamente estar librándose hostilidades entre Bolivia y Perú, Oribe planteó a Rosas la posibilidad de reintegrar la Provincia usurpada. Este último confirmó su ningún ánimo de velar por la integridad argentina, al contestarle (12 de enero de 1842):

Respecto de Tarija, no es digno de la República Argentina reincorporarle hoy por la fuerza, ni reclamar nuestros derechos, en circunstancias que Bolivia se encuentra afligida y envuelta en la anarquía.

Tal fue la conducta de quien es considerado por algunos como defensor de la soberanía y del honor nacional frente a las apetencias extranjeras. Habrá oportunidad de mostrar otros ejemplos de lo antes dicho: que Rosas procedía como abogado de los intereses de Buenos Aires con exclusión de los demás que no le atañían directamente.

4

El Gobernador Rosas había negado refuerzos a Heredia al comenzar la guerra que inició contra Bolivia, aduciendo que "las cosas de la Banda Oriental tomaban un aspecto muy terrible", y textualmente: "*el horizonte oriental me da más que recelar que el de Bolivia*". Lo que ocurría allí se limitaba a una lucha civil que tenía por principales protagonistas a los generales Oribe y Rivera. Primer Presidente del Estado surgido como transacción para poner fin a la guerra entre la República Argentina y el Imperio de Brasil, Fructuoso Rivera había dejado el Poder tras los cuatro años de mandato constitucional, y en 1835 lo asumió Manuel Oribe. Mas a mediados del año siguiente Rivera se alzó en armas a causa de una serie de acusaciones sobre malversación de fondos en el desempeño de su Comandancia General de Campaña, y el general Juan Lavalle se plegó a sus seides con algunos amigos: este último, al igual que Rivera, fue declarado "traidor a la Patria" (no obstante su nacionalidad argentina) y puesto fuera de la ley, mediante decreto del Presidente Oribe. Por último, Rivera fue derrotado por los generales Juan Antonio Lavalleja e Ignacio Oribe el 19 de septiembre de 1836 en las márgenes del arroyo Carpintería, y junto con Lavalle se asiló en Brasil.

Esta última presencia en las filas revolucionarias arrastró las simpatías de otros numerosos emigrados, aunque éstos no se mezclaron en el levantamiento. Vencido el intento, Rosas obtuvo del Presidente Oribe el extrañamiento de Rivadavia, Agüero y Juan Cruz Varela a la isla brasileña de Santa Catalina, cuya capital se denominaba, precisamente, *Nossa Senhora do Desterro*.

Al año siguiente Fructuoso Rivera encabezó otra rebelión, con variada suerte: triunfador en Yucutujá, luego vencido en Durazno, prosiguió sus correrías. Intervino en defensa del orden legal al ser atacado Paysandú, el general entrerriano Justo J. de Urquiza, con el envío del teniente coronel José Miguel Galán. Luego de tres días de lucha, Rivera debió retirarse. Oribe solicitó adicionalmente el refuerzo de tropas de Buenos Aires: su Gobernador le exigió a cambio "*la persecución de los unitarios que existen allí trabajando a cara descubierta con escándalo por la causa de Rivera*". A lo largo de 1838 fue-

ron detenidos varios de ellos. Las acciones bélicas continuaron hasta que a mediados del año tuvo lugar el encuentro decisivo.

En esta ocasión volvió a acompañar Lavalle al general Rivera, e incluso dirigió a sus tropas en la acción. El choque ocurrió en Palmar el 15 de junio, librándose uno de los combates más sangrientos sucedidos en el Estado Oriental. Mandaba en jefe al Ejército del Gobierno el general Ignacio Oribe (hermano del mandatario), teniendo a su lado a los generales Servando Gómez y Manuel Britos. En las filas revolucionarias se destacaban el general Félix Aguiar y el coronel Ángel Núñez (entrerriano), comandando a los revolucionarios —como se dijo— el general Juan Lavalle. Acompañaba al general Fructuoso Rivera en calidad de secretario el doctor Andrés Lamas, quien refirió a su hijo Pedro los recuerdos de aquella jornada en que tuvo lugar una “inaudita matanza”: “el horror que le causara el salvajismo de ambos combatientes, el modo como se embestían, la saña con que se herían, la ferocidad con que a heridos y prisioneros se ultimaban”.

La batalla de Palmar fue el triunfo definitivo de Rivera, aunque no debido a éste sino a los jefes argentinos que lo acompañaban, luciendo el coronel Ángel Núñez cuando se produjo dispersión en la caballería de aquél, restableciendo la acción. El propio general Lavalle fue quien ofreció garantías para la rendición de las últimas tropas gubernistas que quedaron en el campo bajo el mando del coronel Cipriano Miró.

Las acciones prosiguieron pero sin modificar el resultado final: en octubre de 1838 el general Manuel Oribe elevó al Congreso su dimisión:

Convencido el Presidente de la República de que su permanencia en el mando es el único obstáculo que se presenta para volver a la mínima quietud y tranquilidad de que tanto necesita, viene ante V.H. a resignar la autoridad que, como órgano de la Nación, le habíais confiado.

La Asamblea aceptó su renuncia y le concedió al ex mandatario y a quienes habían sido sus Ministros, licencia para salir del Estado Oriental, lo que hicieron a bordo de la corbeta británica “Sparrow Hawk”.

Apenas llegado Oribe a Buenos Aires, emitió una protesta fechada en Montevideo el 24 de octubre, según la cual

el Presidente constitucional de la República, al descender del puesto a que lo elevó el voto de sus conciudadanos, declara ante los Representantes del pueblo y para conocimiento de todas las Naciones, que en este acto sólo cede a la violencia de una facción armada, cuyos esfuerzos hubieran sido impotentes si no hubiera encontrado su principal apoyo y la más decidida cooperación en la Marina militar francesa.

Luego, el 8 de noviembre, comunicó al Gobernador Rosas su “violento descenso del alto puesto que le confió la Nación”. El general Rosas, en su carácter de Encargado de las Relaciones Exteriores, le respondió a Oribe el 12 de noviembre dándole el tratamiento de “Presidente” y transmitiéndole su adhesión ante los hechos producidos en la vecina orilla del Plata:

Admita V.E. esta sincera manifestación como un homenaje debido al Supremo Magistrado legal de un Estado por cuya dignidad e independencia ha combatido con honor contra los desenfrenados esfuerzos de los rebeldes, contra el escarnio y oprobio con que han ajado su soberanía los agentes de Francia, y contra la ingratitud hostil de los execrables unitarios que los acompañan, decididos a repetir las infames agresiones con que en años anteriores, bajo la Presidencia y auspicios del famoso anarquista Rivera, de ese genio clasificado de maléfico por la Asamblea General del Estado Oriental del Uruguay, invadieron el territorio argentino y fueron derrotados y acuchillados a muerte las veces que lo ejecutaron.

Como consecuencia de la actitud asumida por ambos, el general Manuel Oribe recibió por parte del Gobernador Rosas el título de “Presidente Legal”, que usó desde entonces, aun cuando lo hubiese renunciado espontáneamente, e incluso luego que venciera el plazo constitucional para desempeñarlo. Su presencia en Buenos Aires, amparada por su mandatario, se convirtió en una amenaza para el general Fructuoso Rivera.

Debe considerarse la interferencia francesa denunciada por Oribe como auxiliando a Rivera. Esto se vincula con un conflicto desatado en Buenos Aires, que asumió proporciones mayores.

5

Desde que en 1829 se concertara la alianza franco-federal para hostilizar a Lavalle, a través del acuerdo entre Rosas y Venancourt, las buenas relaciones entre ambas Naciones no habían sufrido mayores alteraciones. Máxime cuando después de la caída del último Borbón en Francia, el Rey Charles X, asumió el trono Louis Philippe I, quien reconoció la independencia argentina (1830). La influencia francesa fue a partir de entonces muy fuerte en la sociedad porteña, evidenciándose notoriamente a través de los jóvenes universitarios que integraron el “Salón Literario” en 1837. Al asumir Rosas la Dictadura fue acreditado como primer Encargado de Negocios el marqués Charles Vins de Peyssac, quien falleció al año siguiente, haciéndose cargo de las gestiones diplomáticas de su país el Cónsul interino Aimé Roger, quien regaló al Gobernador de Buenos Aires la espada del difunto en prueba de amistad.

El deterioro de los vínculos oficiales surgió a raíz de unas reclamaciones francesas que tuvieron lugar en 1837. Fueron tres casos: la prisión del conocido artista César Hipólito Bacle, acusado de haber elogiado a Rivadavia y procurar su traslado a Chile para evitarle molestias en el Estado Oriental; la de Pedro Lavié, un vivandero acusado de robo al Regimiento n° 2, sin ser procesado; y la resolución favorable de una demanda del saladerista Blas Despouy contra el Gobierno por el pago de indemnizaciones ya acordadas. Además, la prestación de servicios militares por parte de tres súbditos franceses en el Ejército de la Provincia.

Los reclamos de Roger no obtuvieron satisfacción. El Ministro doctor Felipe Arana le negó carácter diplomático para efectuarlos, contestándole —le dijo— por cortesía. La pretensión de Francia consistía en un doble orden de

exigencias: por una parte, que los detenidos fueran procesados por los jueces correspondientes, ya que se les negaba el derecho de defensa que les competía y no obtenían sentencia; y en cuanto a los incorporados al Ejército, su licenciamiento, considerándolos exentos de movilización al igual que los británicos. Tan sólo se obtuvo la liberación de Bacle de su prisión, atento al grave deterioro de su salud a causa de ella, para guardar confinamiento en su casa, donde murió a poco, el 4 de enero de 1838.

El problema llegó a un punto crítico cuando el Gobierno le expresó al Cónsul Roger —por intermedio del Oficial Mayor del Ministerio— que no recibiría más sus notas ni atendería sus demandas (8 de enero). Aimé Roger se dirigió a Montevideo y allí se puso de acuerdo con el jefe de la Estación Naval francesa en el Atlántico Sur, contraalmirante Louis Leblanc, para que éste sostuviera sus reclamos mediante la presión militar. Vuelto a Buenos Aires, Roger mantuvo una entrevista sumamente violenta con el Gobernador Rosas el 7 de marzo, sin resultado positivo, dirigiendo tres días después un ultimátum al Dictador reiterando sus reclamos. Antes de la semana el Ministro Arana le entregó sus pasaportes con el anuncio de que su misión había concluido.

El 24 de marzo el almirante Leblanc se dirigió al Gobernador Rosas solicitándole la satisfacción de los siguientes requerimientos, cuya aceptación “no puede herir vuestro interés ni vuestro honor, ni vuestra dignidad nacional”, le expresaba, y pasaba a puntualizarlos:

1) Que se suspenda con respecto a los franceses la aplicación de los principios del Gobierno Argentino para con los extranjeros; que se comprometa a tratar a las personas y propiedades francesas como lo son las de la Nación más favorecida hasta conclusión de un tratado; 2) Que se reconozca al Gobierno de Francia el derecho de reclamar indemnizaciones a favor de los franceses que hayan tenido que sufrir injustamente en sus personas y propiedades en consecuencia de actos del Gobierno Argentino; 3) Que se mande instruir y juzgar inmediatamente el asunto del señor Pedro Lavie.

Cuatro días más tarde, en vista del rechazo formulado por el Ministro Arana, el 28 de marzo de 1838, el jefe naval francés declaró el bloqueo al puerto de Buenos Aires y a todo el litoral argentino del Río de la Plata.

Una medida de este tipo no es una declaración de guerra, según el Derecho Internacional Público, sino una actitud coercitiva. Ya llegaría la hora de la agresión armada. Pero el Gobernador Rosas aprovechó el bloqueo para afianzarse políticamente y lo consideró como la ruptura de hostilidades, reclamando el 12 de abril la colaboración de las Provincias para rechazarlas. Sin embargo, el pedido del Dictador porteño encontró un escollo inesperado: contra su esperanza de que se repitiera la aquiescencia lograda cuando el año anterior declaró la guerra contra el Presidente boliviano Santa Cruz, esta vez nada menos que el Gobernador de Santa Fe, general Estanislao López, de cuya militancia federal no podía dudarse, rechazó el planteo. Ante ello, quedaron en actitud expectante las Provincias de Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero y Catamarca.

López conservaba aún sus propias ideas sobre la organización política argentina, bien que se hubiera acoplado a la estrategia de su compañero de lu-

chas. El 2 de julio de 1835, pese a las amenazantes admoniciones del Dictador hechas públicas, escribió al caído general Enrique Martínez —asilado en el Estado Oriental— la elocuente carta que sigue:

En cuanto a los [deseos] que emite Ud. sobre Constitución, aunque éste es el voto de los pueblos, por el que he trabajado asiduamente, una amarga experiencia me ha hecho conocer que todo cuanto he trabajado a este respecto ha sido estéril. Ojalá que otros lo hagan con mejor suceso sobre este importante negocio, y sobre el cual ya nada ventajoso me prometo.

La reacción de López ante el bloqueo de Buenos Aires resultó inesperada: despachó a su Ministro y concañado Domingo Cullen (firmante del Pacto Federal en 1831) a principios de mayo, para hacer presente al mandatario porteño que el conflicto con Francia se originaba en disposiciones locales (denegación de Justicia por un lado, y por otro el servicio militar de extranjeros), pero que la situación afectaba a los intereses de todas las Provincias de la Confederación. Considerado el entredicho como un problema propio de Buenos Aires, no nacional como lo presentaba Rosas, Cullen debía obtener de Rosas una solución a la cuestión con Francia; y en caso de fracaso, lograr que los efectos del bloqueo no afectaran a los puertos de Rosario y Santa Fe, estando incluso autorizado para tratar con “cualquier otro poder extraño”, lo que podía implicar a los jefes navales franceses.

Según escribió Manuel Leiva desde Santa Fe al Gobernador correntino Genaro Berón de Astrada, “parece que todos los Gobiernos esperan el resultado de la misión del señor Cullen para resolver los términos en que deben contestar a la circular de Buenos Aires”. En Montevideo, una tercera corriente de emigrados llegada por entonces, integrada por los jóvenes de la “Asociación de Mayo” —que se proclamaban ajenos a los Partidos Unitario y Federal, para buscar la fusión de ambas tendencias—, abogaba decididamente para que los exiliados argentinos aprovecharan el poderío militar francés para concluir con la Dictadura porteña.

Domingo Cullen llegó a Buenos Aires el 25 de mayo, encontrando una sorprendente novedad, que denunció cuatro días después en la Legislatura el Diputado Juan Antonio Argerich: se habían “llenado las paredes de las calles del pueblo con letreros facciosos: ¡Viva el 25 de Mayo! ¡Muera el tirano Rosas!” Esta reacción, por anónima y limitada que fuera, no dejaba de significar un serio llamado de atención a un Gobierno que disponía de férreos controles sobre la opinión pública. En la Sala de Representantes se discutió el conflicto con Francia el 29 del mismo mes y jornadas siguientes, cuando el Dictador envió un mensaje informando acerca de la conducta seguida, requiriéndole

si ha de sostener a costa de sacrificio, sin dispensar el de nuestras vidas y haciendas, el sagrado juramento que hicimos ante Dios y los hombres todos del universo, de defender a toda costa la dignidad, soberanía e independencia del país hoy atacadas injustamente por las avanzadas pretensiones de los señores Cónsul y Contraalmirante francés.

A pesar de que la crisis se presentaba como estando en juego el honor y la emancipación nacionales, algunos Diputados censuraron la determinación del Gobernador por no encontrar una solución con Francia, compartiendo la tesis del Gobernador Estanislao López. El Diputado Portela declaró: —*Yo tengo la franqueza de decir que en los amigos del Gobierno hay descontento de que el bloqueo continúe.* El Diputado Wright fue más categórico: —*Puede haber defectos en el modo de pedir, pero la solicitud de los franceses, en sustancia, es justa.* El Diputado Lozano precisó los orígenes de la cuestión: —*Van a soportar (las Provincias) estos nuevos trabajos por una ley que directamente no les corresponde, porque es peculiar de la Provincia de Buenos Aires.* Francisco Agustín Wright presentó un proyecto de ley según el cual todos los extranjeros cuyos Gobiernos hubiesen reconocido la independencia argentina, serían considerados del mismo modo que los británicos según el tratado de 1825 con este Reino. Fue rechazado. En el transcurso del debate un par de Diputados opinó que el general Rosas tenía la facultad de declarar la guerra, en virtud de los poderes de que disponía, y Baldomero García avanzó: —*El señor Rosas tiene la suma del Poder Público como jefe de la Provincia de Buenos Aires, y aquí se presenta como Jefe de la República.* Aún más allá fue el Diputado doctor Tomás Manuel de Anchorena:

—*La causa que actualmente sostenemos es de toda la Confederación, es de todas las Repúblicas Americanas, porque en ellas nos proponemos repeler una nueva colonización que se trata de hacer en los nuevos Estados Americanos.*

Sorprendentemente, los sostenedores a ultranza del Gobernador de Buenos Aires contaban con las simpatías de muchos de sus enemigos “decembristas”, los militares y unitarios asilados en el Estado Oriental desde 1829. El mismo Salvador Ma. del Carril escribió al general Lavalle desde la isla de Santa Catalina: “*El general Rosas, resistiendo al Gobierno Francés con la dignidad y energía que lo ha hecho, se ha colocado en una grande y solemne ocasión.*” No fue el único: el 20 de abril Florencio Varela se dirigió a su amigo Juan María Gutiérrez, aún residente en la capital porteña:

Conociéndome Ud. bien, no debió dudar de mi opinión en la cuestión francesa: yo no tengo partido en cuestiones nacionales; el extranjero armado contra mi país nunca tiene razón para mí. La Patria ante todo.

Incluso el general Lavalle, aludiendo a la campaña periodística sostenida por los jóvenes de la antigua “Asociación de Mayo”, los criticaba el 18 de diciembre en carta al coronel Chilavert:

Estos hombres, conducidos por un interés propio muy mal entendido, quieren transformar las leyes eternas del patriotismo, del honor y del buen sentido; pero confío en que toda la emigración preferirá que la Revista [“Revista del Plata”] la llame estúpida, a que su Patria la maldiga mañana con el dictado de vil traidora.

Estos tajantes conceptos deben ser tenidos en cuenta para explicar el cambio de criterio sobrevenido a poco, en base a nuevas consideraciones de quie-

nes los emitieron. Aunque no solamente la “Joven Argentina” —la generación del 37— buscaba la alianza con Francia, pues también este propósito era alentado desde las filas de los *federales liberales*: los “cismáticos” que habían apoyado al Gobernador Balcarce contra los “apostólicos” o *restauradores*. El general Tomás de Iriarte, figura conspicua de este núcleo, asentó en sus *Memorias*:

“Yo desde el principio de las desavenencias de Rosas con los agentes de Francia, no tuve sino un modo de ver; es decir, que veía por un lado la justicia de las reclamaciones de los franceses que Rosas desatendía, y celebraba que el Tirano se concitase tan poderoso enemigo, y que nosotros los emigrados debíamos unirnos con los agentes franceses sin el menor escrúpulo para hostilizar al tirano verdadero y único enemigo de nuestra Patria. No podía acabar de comprender cómo hombres tan decididamente enemigos de Rosas y tan encomiados por su capacidad y saber, podían abrigar opiniones tan equivocadas con respecto a los deberes de la emigración argentina, y su línea de conducta que debían observar en la cuestión”.

Apoyaban este pensamiento de hostilizar a Rosas aprovechando a los franceses, también el canónigo Gómez, el doctor Zavaleta “y otros” (que no nombra Iriarte).

Prosigamos con las gestiones desarrolladas en Buenos Aires.

Cullen se entrevistó con Rosas, previniéndole que Santa Fe le retiraría la delegación de la representación exterior si no se avenía a una solución; y también conferenció con los diplomáticos inglés, Mandeville, y norteamericano, Dorr, planteándoles el *absurdo estafalario* (sic) de pretender nacionalizar un conflicto provincial. El 4 de junio Cullen mantuvo una entrevista con el jefe de la Estación naval de Estados Unidos, comodoro Nicholson, el cual luego se embarcó para conferenciar con el capitán de corbeta Dagenet, a cargo de la línea bloqueadora. Todo esto se tradujo en la propuesta del comandante francés de levantar el bloqueo si se derogaba la ley porteña de 1821 sobre el servicio militar de extranjeros. Cullen conoció complacido la solución indicada, redactando un “apunte confidencial” con el resultado de la gestión, y comisionó al Cónsul Dorr para que lo pusiera en manos del Ministro Arana.

Rosas se indignó al ver ultrapasada su función de Encargado de las Relaciones Exteriores. Pero antes de llegarse a una decisión, el 19 de junio llegó a Buenos Aires la noticia de que cuatro días atrás había fallecido el Gobernador Estanislao López, y Cullen estaba nombrado Gobernador provisorio de Santa Fe. Éste se entrevistó por última vez con el general Rosas insistiendo en el objeto de su misión, a lo que el mandatario porteño le objetó que nada podía decidir porque no había recibido respuesta a su circular del 12 de abril dirigida al Interior. Con eso el representante santafecino interrumpió sus gestiones y retornó aceleradamente a su Provincia. Dos días después de arribar, el 29 de junio Cullen fue designado por la Legislatura, mandatario en propiedad.

El panorama rioplatense se complicaba en ese tiempo por la victoria de Fructuoso Rivera en la batalla de Palmar (junio), y el pedido de Oribe de que Buenos Aires lo auxiliara, a lo que accedería Rosas, autorizando a Brown a prestarle sus servicios “*contra una fuerza marítima de piratas que se ha le-*

vantado bajo las órdenes del cabecilla Rivera, que unidos a los execrables unitarios son el azote de los habitantes de la Banda Oriental" (26 de septiembre). Esta medida se unió al pase de tropas de Entre Ríos para colaborar con el general Juan Antonio Lavalleja en la defensa de Paysandú contra los rivistas. También de Buenos Aires concurrió a la defensa una escuadrilla a órdenes del teniente coronel de marina Antonio Toll. En cambio, varias naves de guerra francesas tomaban parte a favor de las fuerzas revolucionarias, capturando embarcaciones del Gobierno del general Oribe.

Simultáneamente algunos de los "execrables unitarios" que habían producido el derrocamiento de Dorrego en 1828 buscaban, tras la caída de Oribe, la de Rosas, pero no aliados con los franceses. El general Rivera estaba dispuesto a ayudarlos, ante la cooperación del Dictador porteño con su enemigo, y los convocó a su campamento en Durazno. Al respecto, el coronel Martiniano Chilavert había escrito desde Montevideo a su camarada el coronel Pedro José Díaz, el 22 de enero, para que difundiera su plan a "todos los demás amigos, es decir, los del Ejército de Diciembre":

Convinimos con los amigos: 1º) No pisar el suelo sagrado de la Patria sino bajo el pabellón nacional y con fuerzas que nos pertenezcan; 2º) Si se reciben algunos auxilios, la indemnización será sin el más pequeño menoscabo del honor, dignidad y territorio de la Nación; 3º) No consentir la intervención de ningún Poder extraño en la organización política de nuestra ya bien desgraciada Patria.

El mismo día y con idéntico sentido Chilavert se dirigió al general Lavalle. Era el comienzo de lo que en Derecho Internacional Público se denomina *guerra civil internacional*, ya que los hombres, los territorios y las ideas se mezclan indistintamente en empresas comunes. Esto se evidenciará claramente con el correr de los sucesos. Pero aún debía transcurrir todo el año 1838 para que se concretaran tales hechos.

Por el momento, entre septiembre y octubre, se sucedieron otras gestiones a cargo de diplomáticos británicos, que no llegaron a ningún avenimiento. Mientras, las fuerzas bloqueadoras francesas remataban las presas efectuadas ante el puerto de Buenos Aires en el de Colonia, en poder de Rivera, y colaboraban cada vez más activamente con el tráfico fluvial de éste, aunque sin desembarcar tropas, en vista de que el Gobierno de Oribe abastecía por las costas entrerrianas a Buenos Aires, burlando los efectos del bloqueo francés.

Ante el fracaso de nuevas propuestas de arreglo por parte del ministro diplomático inglés Mandeville y del Presidente Oribe, las negociaciones cedieron a la fuerza.

El 4 de octubre se pusieron de acuerdo en Colonia el jefe de la línea bloqueadora, capitán de corbeta Hipolite Daguene, y el general Fructuoso Rivera, para apoderarse de la isla Martín García, jurisdicción del Gobierno de Buenos Aires, que con sus baterías dominaba el canal del Infierno que daba paso a la navegación por los ríos Uruguay y Paraná. Allí había una pequeña guarnición de 133 hombres bajo el mando del teniente coronel de infantería Gerónimo Costa, con pobre artillería para su defensa. En cambio, la fuerza atacante se componía de las naves de guerra bergantín *Vigilante*, corbetas

Bordelaise y *Expeditive*, una chalupa y 10 lanchones, a los que se agregaron 3 goletas, 1 falucho y 7 lanchones orientales bajo las órdenes del comandante Santiago Soriano: un total de 8 embarcaciones mayores y 17 menores. Llevaban embarcados alrededor de 700 efectivos para apoderarse de la posición.

El "bloqueo pacífico" se trocaba en acción de guerra. Eran los días previos a la renuncia del general Manuel Oribe a la Presidencia de la República Oriental del Uruguay, cuya capital estaba sitiada por las fuerzas de Rivera y sería ocupada a poco.

La fuerza naval se presentó ante la isla en la mañana del 11 de octubre y un parlamentario entregó al comandante Costa la intimación de rendirla a las fuerzas superiores en número. El teniente coronel Gerónimo Costa le respondió brevemente: "*Sólo tengo que decirle que estoy dispuesto a sostener, según es de mi deber, el honor de la Nación a que pertenezco*". Pese a su valor, los elementos de defensa con que contaba eran manifiestamente insuficientes para resistir la embestida desproporcionada que lo amenazaba: 21 infantes de línea, 63 milicianos del batallón *Restaurador*, 15 presos a los que se armó con lanzas, y 21 inmigrantes canarios provistos de garrotes. Su artillería la mandaba el mayor de marina Juan Bautista Thorne, y constaba de un cañón de calibre 24, y dos de a 12, servidos por siete artilleros. 3 tenientes y 2 subtenientes completaban la guarnición. Para entusiasmar a sus subordinados, Costa hizo levantar los retratos de Rosas y Quiroga en el asta de la bandera.

La lucha se inició con fuego de cañón por ambas partes, seguido por las embarcaciones que avanzaron sobre el muelle y las barrancas circundantes. Los asaltantes desembarcaron en número de 542 franceses y 182 orientales, mandados estos últimos por Soriano y el comandante José Susviela. El parte del combate elevado posteriormente por el teniente coronel Costa refiere:

La artillería de los buques no nos dejaba respirar, porque un sinnúmero de balas daban en el terraplén aún no concluido, levantando gran cantidad de tierra y volteando algunos hombres. Las referidas columnas de ataque lo hacían con vigor, pero eran detenidas por nuestros bravos. Después de hora y cuarto de un combate tan desigual como reñido, todas las columnas cargaron sobre el reducto, cuyo foso podía saltarlo un niño de 4 años por no estar acabado. Puesto ya el enemigo bajo nuestros fuegos, y hallándose nuestras piezas de a 12 fuera de las explanadas, que tampoco estaban concluidas, como sucedió durante toda la acción, pues a cada tiro teníamos que levantarlas a hombros, por quedar con las gualderas en tierra y las piezas boca arriba, observé que el forro de una gran caja de munición ardía, la cual con gran trabajo se logró apagar. En tales circunstancias efectuaron el asalto, apoderándose del reducto.

Las bajas de los defensores fueron 1 oficial y 1 suboficial de artillería, que "murió de una cuchillada en los momentos de clavar el cañón que mandaba", 12 soldados muertos y 25 heridos. Después de recomendar la bravura de sus oficiales, Costa destacó "el denuedo y entusiasmo de la tropa". Los atacantes sufrieron como 50 bajas. Un proyectil de tierra logró ser alojado en el costado de la *Expeditive* al empezar el fuego. Complacido por el heroísmo de su antiguo camarada de la guerra contra Brasil, el general Juan Lavalle ponderó la conducta del teniente coronel Gerónimo Costa en carta a Chilavert: "*El ho-*

nor del pabellón ha quedado bien, pues el joven Costa se ha batido "en héroes", como dicen los galos".

El denodado empeño de Costa frente al abrumador poderío que se animó a resistir, impresionó también a sus enemigos. Los oficiales argentinos tuvieron el derecho de conservar sus espadas, y más aún: sin conservarlos prisioneros, fueron conducidos a Buenos Aires los 97 defensores que no precisaban asistencia médica, a donde llegaron el día 15, siendo recibidos con emoción. El jefe de la expedición sobre Martín García, capitán de corbeta Daguenet, dirigió la siguiente nota al Gobernador Rosas relativa a su misión, la cual —exponía— *"me ha presentado la oportunidad de apreciar los talentos militares del bravo coronel Costa, Gobernador de esa isla, y de su animosa lealtad hacia su país"*. Afirmaba que su opinión era compartida por los otros capitanes de las corbetas francesas,

testigos de la increíble actividad del señor coronel Costa, como de las acertadas disposiciones tomadas por este oficial superior para la defensa de la importante posición que estaba encargado de conservar. Lleno de estimación por él, he creído que no podría darle una prueba mejor de los sentimientos que me ha inspirado, que manifestando a V.E. su bizarra conducta durante el ataque dirigido contra él, el 11 del corriente, por fuerzas muy superiores a las de su mando.

Semejante testimonio mereció el mayor Juan Bautista Thorne, expedido por el comandante Santiago Soriano, jefe de la "Escuadra Constitucional" de Rivera:

Ha sido uno de los que con denuedo ha defendido el pabellón argentino en esta ocasión; y para librarlo de la infamia de algunos que quieran dar algún informe contrario, no trepido en darle ésta en obsequio de la verdad, siendo acreedor a ella por la bravura que demostró en el combate.

Al día siguiente de tomada la isla Martín García, los franceses izaron el pabellón del Estado Oriental (13 de octubre), para demostrar que no los movía el afán de conquistas territoriales, como la propaganda oficial de Buenos Aires difundía.

Sin embargo, no por ello cesaron en sus hostilidades, desembarcando con posterioridad en busca de provisiones en la costa porteña, librando en Atalaya un ligero encuentro en el cual los dos bandos se adjudicaron el triunfo. Éste y otros hechos similares, con los daños consiguientes, merecieron a los marinos franceses el calificativo de "piratas" por parte de las autoridades de la Provincia.

La Provincia de Santa Fe se tornó en otro foco de inquietud tras la muerte de su antiguo caudillo Estanislao López y la elevación al Gobierno de Domingo Cullen, su Ministro y pariente político. Puesto que había evidenciado ante el Dictador porteño sus arrestos de independencia con motivo de la cues-

tión con Francia, lo que éste no podía tolerar para no poner en peligro su afán de dominación sobre el país por entero. Cullen conocía el riesgo, e inició gestiones para colocar de su lado al Gobierno de Corrientes, que como territorio ribereño del Paraná, sufría igualmente con la política exclusivista a favor del puerto de Buenos Aires. Debe tenerse presente que de Corrientes había emanado la idea de forjar el Pacto Federal en 1831, uno de cuyos postulados para la futura Constitución Argentina era la libre navegación de los ríos.

Una señal preocupante fue que la designación de Domingo Cullen como Gobernador no estuvo "reconocida" por las Provincias de Buenos Aires ni de Entre Ríos. El resto de la Confederación mostró, en cambio, su conformidad. Ante el peligro que significaba esa circunstancia, Cullen recurrió a dos medidas de signo contrario para sostenerse: quiso restaurar sus buenas relaciones con el Dictador, y buscar un apoyo que lo respaldara. Para lograr lo primero, pese a los precedentes, movió a la Legislatura Santafecina para que el 23 de agosto de 1838 aprobara *"la honrosa y patriótica conducta que ha guardado [Rosas] sosteniendo con una firmeza y dignidad laudables los preciosos derechos de nuestra cara Patria"*. En cuanto a lo segundo, fue despachado Manuel Leiva (Diputado en 1832 en la Comisión Representativa) a Corrientes, con el fin de entrevistarse con su mandatario el coronel Berón de Astrada.

Antes que pudiera Cullen enterarse del resultado de la misión de Leiva, los sucesos se precipitaron. Rosas azuzó la ambición del teniente coronel Juan Pablo López, hermano del desaparecido caudillo, al tiempo que también desde Entre Ríos su Gobernador el general Pascual Echagüe se movilizaba en contra de su antiguo amigo. Lo inimaginable se agitó en su contra: además de su condición de extranjero —había nacido en las islas Canarias, pero desde 1819 actuaba activamente en la política rioplatense—, se esgrimieron sus simpatías por los unitarios, los franceses y Rivera (lo cual era falso). Rosas no se quedó en propaganda, sino que envió a Juan Pablo López 500 soldados para que lo reforzaran en Rosario. A su vez, el Gobernador Echagüe promovía la subversión en Santa Fe. Para evitar el caos, Domingo Cullen renunció al Gobierno (15 de septiembre), que confió provisoriamente a su Ministro José Elías Galisteo, federal probado, quien podría parar las acciones opositoras.

En su avance desde Rosario, el teniente coronel López (conocido por *Mascarilla* a causa de las señales dejadas en su rostro por la viruela) debió enfrentarse con fuerzas del Gobierno, a órdenes de los comandantes Pedro Rodríguez del Fresno, Santiago Oroño y Juan Manuel Echagüe. El choque tuvo lugar en El Tala el 2 de octubre de 1838, triunfando López; Echagüe quedó muerto en el campo mientras lograron escapar a Córdoba, Oroño y Rodríguez del Fresno. López entró a la capital santafecina y tomó preso al Gobernador Galisteo, a quien envió a Buenos Aires. No cabe la sorpresa: ante la "acefalía", la Legislatura designó nuevo mandatario a Juan Pablo López. Éste interceptó una carta de Manuel Leiva en que el enviado de Cullen daba importantes noticias de Corrientes, y la dirigió para conocimiento de Rosas. Digno de destacar en este panorama donde se hacía gala de defender el sistema federal, es que Echagüe de Entre Ríos había reconocido como Gobernador a Galisteo; pero Rosas, sin cuidarse de las soberanías provinciales —en la emergencia, simultáneamente las de Santa Fe y Entre Ríos— explicó a López:

El que mi compañero el señor Echagüe lo reconociese no prueba mi conformidad, porque lo hizo con fecha 18 de septiembre, cuando aún no había recibido mi correspondencia.

Con Juan Pablo López en el poder la Provincia de Santa Fe quedó en un sometimiento absoluto al criterio del Dictador de Buenos Aires. Lo revela elocuentemente el hecho de que cuando López pidió a Rosas un secretario para que lo ayudase en sus funciones, el último le contestó (2 de noviembre de 1838):

Felizmente la distancia es corta, y toda vez que se le ofrezca a Ud. contestar u ocuparse de algún asunto delicado, que no pueda despacharlo Ud. por su naturaleza grave, puede remitírmelo diciéndome su modo de pensar sobre el particular y los términos en que quiera que se lo redacte, que entonces yo lo haré y se lo mandaré en borrador.

En cuanto a Domingo Cullen, había buscado amparo en Santiago del Estero, donde fue solícitamente acogido por el Gobernador Juan Felipe Ibarra, a quien prestara idéntico servicio cuando éste fuera depuesto en 1830 por el general Paz. Quedó Cullen algunos meses bajo su protección. Mas el rencor de Rosas lo persiguió hasta allí: dirigiendo a Cullen dictorios tanto políticos como personales, exigió su entrega con amenazas encubiertas en caso contrario. No era Ibarra el hombre para guardar consideraciones ante ellas, y entregó su huésped a una escolta que lo condujo engrillado a Buenos Aires, como se le exigía. El Dictador porteño anotició a Juan Pablo López el 7 de julio de 1839: "Luego que supe que venía en marcha, lo mandé fusilar donde fuera alcanzado, como se verificó".

Así ocurrió: apenas traspuesto el arroyo del Medio que separa a Santa Fe de Buenos Aires, se hizo cargo del preso una tropa porteña de 25 efectivos comandados por el coronel Pedro Ramos. Éste tenía en su poder un sobre cerrado que el Gobernador le indicó que abriera en cuanto se recibiese del cautivo: era la orden para pasarlo por las armas, lo que cumplió después que el ex mandatario santafecino se confesara y escribiera una despedida a su esposa, bajo un ombú en la posta de Vergara. No hubo proceso ni defensa. Era el 22 de junio de 1839. Cuando se comunicó el hecho a las Provincias argentinas mediante una circular —que recogió *La Gaceta Mercantil* el 26 de agosto de 1839— fue imputado Domingo Cullen de gestar una serie de intrigas entre los dirigentes federales, y además "que arrojó la idea de la suspirada Constitución Nacional mucho antes de la verdadera oportunidad".

Todos los aspectos contemplados en el presente capítulo han de confluír para alimentar la más prolongada y dolorosa guerra civil librada en la Historia Argentina, en que los hijos de la misma Patria se buscaron rabiosamente para eliminarse unos a otros. Se van a mezclar las distintas motivaciones que fueron objeto de tratamiento especial, para desembocar en una terrible hecatombe de casi una década de duración.

En realidad, el drama ya había comenzado unos meses atrás.

Bibliografía

- ANZOÁTEGUI, VÍCTOR TAU, *Formación del Estado Federal Argentino* (Buenos Aires, 1965).
- BARBA, ENRIQUE M., *Formación de la Tiranía*, en ACADEMIA, *Historia de la Nación Argentina*, t. VII, 2ª sección (Buenos Aires, 1951).
- BASILE, CLEMENTE, *Una guerra poco conocida* (Buenos Aires, 1943).
- BUSANICHE, JOSÉ LUIS, *El bloqueo francés de 1838* (Buenos Aires, 1945).
- CARRANZA, ÁNJEL JUSTINIANO, *La revolución del 39 en el sur de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1880).
- CENTENO, FRANCISCO, *Virutas históricas*, t. II (Buenos Aires, 1929).
- CHAPARRO, FÉLIX A., *Don Domingo Cullen* (Rosario, 1939).
- COLLI, NÉSTOR S., *La política francesa en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1963).
- DANA MONTAÑO, SALVADOR M., *Santa Fe y la Organización Nacional* (Santa Fe, 1939).
- DÍAZ, ANTONIO, *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata*, t. III (Montevideo, 1877).
- IRIARTE, *Memorias cit.*
- LAMAS, PEDRO S., *Etapas de una gran política* (Sceaux, 1908).
- VERGARA, MIGUEL ÁNGEL, *Jujuy bajo el signo federal* (Buenos Aires, 1938).
- ZINNY, *Historia de los Gobernadores cit.*, t. II.

CAPÍTULO IV

Reacciones contra la Dictadura

LA DECISIÓN DE CORRIENTES: PAGO LARGO • TRABAJOS PARA DEPONER A ROSAS • ALIANZA CON FRANCIA • CONSPIRACIÓN DE MAZA • LA LEGIÓN LIBERTADORA DE LAVALLE • LA REVOLUCIÓN DEL SUR • BATALLA DE CAGANCHA • EL 2º EJÉRCITO LIBERTADOR CORRENTINO

1

A mediados del año 1838 comenzó un entendimiento entre las Provincias de Santa Fe y Corrientes que, debiendo su origen a la cuestión con Francia, derivó en el reclamo de un Congreso que estableciera el estado de los extranjeros en todo el país. Era el requerimiento de una Constitución Nacional, abominada por el Dictador de Buenos Aires, pero deseada por las otras Provincias argentinas.

Era mandatario correntino el coronel Genaro Berón de Astrada, quien —casi resulta obvio aclararlo— había sido “reconocido” por Rosas como *federal neto* para poder desempeñarse, y la correspondencia mantenida entre ambos lo demuestra. Cuando la flota francesa estableció el bloqueo en el Río de la Plata, el Gobernador Berón de Astrada expuso en mayo su opinión coincidente con la postura santafecina sostenida por Estanislao López, circunscribiendo el conflicto a la jurisdicción porteña, sin darle alcance nacional.

Esta actitud dejó de ser una opinión particular para revestir tintes oficiales, cuando, al requerir Rosas a la Confederación su consulta sobre su aprobación al rechazo de las reclamaciones de Francia, la Legislatura de Corrientes expuso el 1º de septiembre:

La necesidad de una Constitución se resiente en todos los ángulos de la República, y el Cuerpo Permanente cree que de día en día se aumenta más y más la necesidad de dar cumplimiento a la Convención del 4 de enero de 1831. Ella deslindará los derechos y respectivos mutuos deberes de las Provincias, fijará las bases de su engrandecimiento y respetabilidad, y uniéndolas con vínculos de un íntimo interés común, hará que las Naciones extranjeras nos tributen las debidas consideraciones y miramientos. El Cuerpo Permanente, al indicar a V.E. la urgente necesidad en que a su juicio está la República de darse una Constitución, cree que su patriotismo no perderá de vista y tocará los medios oportunos para dar cumplimiento a nuestra Convención Federativa, base del santo sistema que profesamos.

Conocida esta actitud en Santa Fe viajó Manuel Leiva a Corrientes, enviado por el nuevo gobernante santafecino Domingo Cullen, en busca de apoyo

frente a Buenos Aires. Al día siguiente de su llegada (15 de septiembre) mantuvo con el Gobernador Berón de Astrada una larga conferencia. Se trataron varios temas: el más importante fue la confirmación de lo que informó Leiva al Gobernador Cullen: Berón de Astrada encontraba que el remedio a los males que sufría el país era la organización constitucional:

Me esforcé en robustecerle sus reflexiones, pero al mismo tiempo le presenté los inconvenientes que, a pesar de ser el voto general de la República, se presentaban para la consecución de tan noble y patriótico sentimiento: primero, la tenaz y firme oposición del actual Ministerio de Buenos Aires; segundo, la deferencia ciega del Gobierno de Entre Ríos a todo lo que el de Buenos Aires exigiese de él.

Leiva opinó que era indispensable apartar esos obstáculos

o renunciar al pensamiento de organización y de todo lo que no fuese seguir ciegamente la política del Gobierno de Buenos Aires, aprobando cuanto hiciese y quisiera, aunque para ello fuese necesario cometer actos de abyección y envilecimiento.

El coronel Genaro Berón de Astrada se mostró de acuerdo.

Este fundamento para la armonía política de ambas Provincias litorales fue ratificado por el Ministro Pedro Díaz Colodrero, pero a causa de faltar a Corrientes la capacidad necesaria para obrar de otra forma, indicó que se limitaría a recabar de Buenos Aires y Entre Ríos el reconocimiento del Gobierno de Santa Fe.

Ignoraban ambos la reacción de Rosas al recibir la declaración de la Legislatura de Corrientes, que su Gobernador le transmitiera. Escribió sin perder tiempo al mandatario entrerriano, general Pascual de Echagüe (23 de septiembre):

El señor Astrada, sencillo, con la mejor intención, sin penetrar tampoco en la enormidad del veneno de semejante proyecto, no ha tenido reparo en enviarse candorosamente, sin advertir que es la red tendida por sus amigos; y lo que para mí había sido hasta aquí un hecho verosímil y fundado en conjeturas prudentes, ha pasado a ser una evidencia por la revelación de la carta del señor Astrada. ¿A dónde irá a parar la existencia de la Confederación Argentina si en estas circunstancias se reuniese un Congreso? ¿Cuál sería la suerte de nuestros pueblos, agitados por todas las maquinaciones de los unitarios, si en estas circunstancias se llama a Congreso? La convocación del Congreso al presente sería el toque de generala en toda la República para la guerra civil más sangrienta y animosa que hemos tenido, y sin dificultad debemos clasificar por un enemigo encarnizado de ella, al que abrigue y propague hoy un pensamiento tan ruinoso y contrario a los intereses, prosperidad, quietud y bienestar de los pueblos de la Confederación.

Una circunstancia fortuita precipitó las definiciones: la carta de Leiva a Cullen transcrita antes, dando cuenta de sus coincidencias con Berón de As-

trada y Díaz Colodrero, y sus expresiones contrarias a Rosas y Echagüe, fue interceptada por el teniente coronel Juan Pablo López en Santa Fe (cuando ya Cullen había renunciado y abandonado Santa Fe), quien la mandó a Buenos Aires. El Gobernador Rosas se mostró prudente: dio una oportunidad a Berón de Astrada de rectificarse. Lo relata en su *Memoria* el prominente político correntino Pedro Ferré:

“A pocos días llegó el correo, en el cual ya Rosas transcribía oficialmente a Berón la citada carta, sin más objeto que para su inteligencia. En aquellos momentos tanto Berón de Astrada como su Ministro, sin reflexionar, dijeron públicamente que era exacto el contenido de la carta, y que Leiva no decía más que lo que habían contestado. Pero como los de afuera tenemos siempre gusto de criticar y formar juicios en política, creímos que aquel suceso importaba con Rosas un sumario concluido, por el cual debía hacer la guerra a Corrientes. Esta opinión llegó a oídos del Gobernador y su Ministro, cuando ya no tenían más que dos caminos que tomar, que eran: o descender del puesto, o declarar la guerra a Rosas. Se decidió por esto último, y he aquí el origen de la guerra contra el tirano, para la cual había sobrados motivos, y confieso que estuve muy conforme con ella, aunque no tuve parte alguna en ella, pues si la hubiera tenido a honor tendría el publicarlo”.

En tal estado, la Provincia de Corrientes debía apoyarse en un aliado, y aunque sin desesperar hallarlo en la Confederación —donde se sabía que existía mucha disconformidad con los procedimientos del Gobierno de Buenos Aires—, las autoridades de aquella decidieron buscar ante todo la cooperación donde podía ser inmediata: en el Estado Oriental del Uruguay, regido por el enemigo de Oribe. A este efecto fue enviado el coronel Manuel de Olazábal, residente por entonces en Corrientes.

El 31 de diciembre de 1838 se concluyó en Montevideo una alianza ofensiva y defensiva, suscribiéndola por el Gobierno de Corrientes dicho Olazábal, y en representación del General en Jefe del “Ejército Constitucional” (Fructuoso Rivera) su Ministro de Gobierno, Santiago Vázquez. La causa de ella estaba explicada en los primeros párrafos introductorios:

Convencidos por una dolorosa experiencia de que la existencia de don Juan Manuel de Rosas en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires ha comprometido la Confederación Argentina en dos guerras extranjeras, ha desunido las Provincias todas que la componen, ha fomentado los odios civiles y establecido una tiranía degradante y espantosa; cuya política, al paso que mantiene en perpetua inquietud y desconfianza a los Estados limítrofes, impide la organización y tranquilidad de la República Argentina.

Persuadidos de la urgente necesidad de contener las miras ambiciosas y despóticas con que aquel gobernante se ha abrogado una jurisdicción suprema en todas las Provincias de la Confederación, e intenta también ejercerla en los demás Estados soberanos, señaladamente en la República Oriental.

La alianza se establecía contra Rosas y su Gobierno, y —dispuso el art. 2— “en ningún caso se entenderá formada contra la Confederación Argentina ni contra ninguna de sus Provincias”. Respecto a la Provincia de Corrientes, sus motivos eran:

la de haber empleado (Rosas) contra el orden e independencia de la Provincia de su mando, el mismo sistema de ateosía y traición con que derrocó dos Gobiernos legales en la Provincia de Santa Fe; escuchando los votos de la Nación Argentina solemne y repetidamente pronunciados contra semejante sistema de tiranía y de oprobio, y las exigencias de las luces y de la civilización del Continente, que reclaman la definitiva abolición de una política tan contraria a su felicidad, como a las miras y objetos de la Revolución Americana.

En cuanto a la República Oriental del Uruguay, además de las consideraciones generales expuestas al comienzo del documento,

la muy especial para el Excmo. señor General en Jefe, de haber ejercido don Juan Manuel de Rosas repetidos actos de hostilidad contra él, sus fuerzas, y la República que se las confió.

Tras estipular la cantidad de recursos militares de cada parte (4.000 correntinos y 2.000 orientales), Rivera se comprometió a negociar con Francia la cesación de los efectos del bloqueo para Corrientes. Logrado el objeto de la alianza, “*las fuerzas orientales y correntinas se retirarán inmediatamente a sus respectivos territorios*”.

Los elementos de guerra de que podía disponer Berón de Astrada eran manifiestamente pobres: la mayoría eran milicianos sin experiencia bélica, ni siquiera instrucción militar. Unas correrías y alarmas con motivo de la presencia de tropas paraguayas en el Alto Paraná no bastaron para adiestrarlos convenientemente. Apenas si en 1831, cuando ocurrió la tentativa de invasión a Entre Ríos encabezada por Lavalle y López Jordán, algunos efectivos del Regimiento *Granaderos a Caballo* que podían considerarse “veteranos”, a órdenes del coronel José López (*López Chico*), tomaron parte en operaciones defensivas, pero sin entrar en combate. El armamento de Corrientes era igualmente escaso y deficiente: consistía en pocas carabinas y malos sables, fusiles y 3 piezas de campaña. El mayor componente de su Ejército era la caballería, a la cual se dotó de lanzas fabricadas con cañas llamadas *taquá*, de donde provino su nombre de “*tacuaras*”. Conviene precisar que esta denominación luego se extendió impropriamente, ya que tales cañas sólo existían en el noreste, por lo que los Ejércitos argentinos de otras zonas empleaban lanzas hechas de palo, como puede observarse en nuestros museos: a veces éstas provenían incluso de bancos de iglesias o de marcos de las puertas. En cuanto a lanzas de caña, las utilizaron también los indios del Sur, de los *coligües* apropiados para ese empleo.

El Gobernador coronel Berón de Astrada reunió a su Ejército en la localidad de Ábalos, organizándolo de la siguiente manera: la infantería de 450 plazas dividida en dos Batallones, uno de los cuales integrado por negros li-

bertos de la capital, mandada por el coronel Tiburcio Rolón. La artillería (tres cañones de a 4) estaba servida por dos Compañías a órdenes del teniente coronel Juan Navarro. En la caballería el grueso eran los contingentes milicianos, más los Regimientos regulares de *Granaderos a Caballo* y de *Rebajados* (veteranos retirados del servicio), el último de los cuales montaba caballos de un solo pelo blanco. Era su jefe el coronel Manuel de Olazábal, secundado por los coroneles Vicente Ramírez y José López. Toda la tropa usaba gorros planos con la divisa “*Ejército Libertador*”, y uniforme de color celeste. El propio coronel Berón de Astrada se cubría con un quepis con el escudo provincial bordado sobre un paño celeste y blanco, orlado por el lema “*Constitución en Federación*”.

En Entre Ríos su Gobernador el general Echagüe reunía unos 7.000 hombres de las tres armas, bien equipados, y reforzado por contingentes de Buenos Aires y emigrados orientales. La mayoría de sus integrantes había participado en numerosas acciones de guerra, por lo que su instrucción y disciplina era mejor que la de sus adversarios.

Berón de Astrada contaba con el movimiento que su aliado el general Rivera debía efectuar sobre el río Uruguay, amenazando o atacando el flanco derecho entrerriano. Desgraciadamente para su confianza, Fructuoso Rivera no se movió de sus lejanas posiciones: una total pasividad fue su conducta, faltando a la fundada esperanza de aquél. De tal modo, el Ejército de Corrientes marchó solo a librar pelea, por cuanto ninguna otra Provincia argentina sostuvo su causa. La única que podía haberlo hecho, Santa Fe, estaba ya en manos del nuevo Gobernador Juan Pablo López. Al iniciar la campaña, Berón de Astrada y su Ministro Pedro Díaz Colodrero difundieron una proclama fechada el 28 de marzo, justificando su actitud, bajo el lema *¡Viva la Federación Argentina!* Era una larga expresión de agravios: incriminaba a Rosas haber desconocido la autonomía de la Provincia de Córdoba, no cumplir el Pacto Federal para evitar la constitución de la República, su declaración de guerra contra Santa Cruz, y su conducta en la cuestión francesa: “*árbitro de los destinos de los pueblos de la Confederación, quería sólo mandar y disponer como el más severo dictador*”. Concluía reiterando ahora públicamente los conceptos acordados con Leiva y Cullen:

La medida única que puede salvarnos en el estado en que se han puesto las cosas, es el de constituir la República bajo la forma federal, con buenas leyes fundamentales. Estas solo son las aspiraciones del Ejército Libertador; por eso es que la guerra no es a los pueblos ni a los Gobiernos que piensan como nosotros: es sólo a los señores Rosas y Echagüe, autores de nuestras desgracias.

¿Hace falta comentar que pese a esa declaración de fe política, Berón de Astrada resultó estigmatizado como “unitario”? Pues así lo serían, de ahí en adelante, todos cuantos se levantarán en armas contra el Dictador.

Para fines de marzo de 1839, ambos Ejércitos enemigos se aproximaron a la frontera que los separaba. El de Corrientes fuerte en alrededor de 5.000 efectivos, y el de Entre Ríos en algo más de 6.000, de los cuales 360 de infantería, y dos piezas de artillería de a 2. Ninguna noticia se tenía del general Rivera en

el Estado Oriental. El 30 de marzo las fuerzas de Berón de Astrada acamparon sobre el camino que conducía a Entré Ríos, cerca de la margen sur del arroyo Pago Largo. Próximos estaban los montes aledaños al río Mocoretá, límite entre ambas provincias.

El Ejército Federal Entrerriano se encontraba en la costa del arroyo Basualdo, sin haber salido de su territorio, muy cerca de sus enemigos. Para observar sus movimientos, el mandatario correntino hizo avanzar a su vanguardia a órdenes del coronel Vicente Ramírez con 1.500 hombres.

El día 31 por la mañana, el general Pascual de Echagüe abandonó sus posiciones, y marchando por el camino indicado, invadió Corrientes, arrollando a la caballería de Ramírez.

Éste se replegó en confusión sobre el Ejército Correntino. Era ya cerca de mediodía y las fuerzas de Berón de Astrada se disponían a comer, cuando tras el primer parte de su vanguardia se pudo escuchar el tiroteo que anunciaba la proximidad del enemigo. Sin perder momentos el Gobernador Berón tendió su línea: él con la infantería en el centro, la artillería un poco avanzada, y ambas alas de caballería, mandando el coronel Olazábal la derecha y el coronel López Chico la izquierda.

Echagüe avanzaba en tres columnas paralelas, y sin variar este dispositivo entró en batalla. El Gobernador de Entre Ríos conducía la columna de la izquierda, el general Servando Gómez (oriental) el centro, y el general Justo J. de Urquiza la derecha.

El coronel Vicente Ramírez se retiraba en desorden y lo hizo sobre el ala derecha de sus camaradas, ocasionando confusión en sus filas, pero el centro correntino avanzó disparando sus fusiles y cañones. La impericia esterilizó al valor: a la derecha la caballería de Olazábal estaba completamente desorganizada, y el ala izquierda del coronel José López acudió a sostenerla, dejando libre este costado, quedando envuelta en la confusión. Entonces cargaron todas las tropas entrerrianas. El general Urquiza con su caballería envolvió fácilmente a la desguarnecida ala izquierda de Corrientes, mientras Echagüe consumaba la derrota de la caballería de Olazábal y López en la derecha. Por su parte, Servando Gómez cargó con éxito sobre el centro.

Pronto la caballería de Corrientes abandonó el campo de batalla con sus jefes Olazábal, Ramírez y López. No ocurrió lo mismo en el centro: allí murieron el propio coronel Berón de Astrada, y los coroneles Navarro y Rolón. La infantería correntina fue dividida, y la que no se entregó prisionera en los primeros momentos, comenzó a retirarse hacia los montes vecinos al río Mocoretá para buscar la salvación en ellos.

Siguió una tragedia, de larga resonancia en la Historia Argentina, pero que tiene que ser esclarecida tal cual ocurrió, sin caer en los apasionamientos del tiempo en que tuvo lugar.

Ante todo, debe saberse que las luchas civiles son más feroces que las guerras internacionales: el mismo Ejército de la Independencia y del Brasil, que habíase comportado correctamente en ellas, observando los usos de las Naciones civilizadas, al comenzar las discordias intestinas cambió de actitud, y el fusilamiento del Gobernador Dorrego fue la muestra inicial. De allí en adelante, la presente obra reflejará varios actos de crueldad para con los compatriotas vencidos, no siempre para honra de los sentimientos generosos.

El otro factor a tener en cuenta es la pasión política, que tan duramente juega en contra en los personajes de militancia contraria.

Uno de los integrantes de la infantería correntina que se retiraba en derrota, Victorio Gauna, refirió años después lo sucedido, aunque su versión no fue completa. Es horrorosa, pero merece una transcripción íntegra, que luego se ajustará a lo verdaderamente sucedido con los agregados documentales y testimoniales pertinentes. Un grupo de infantes que se rindió primero al norte del arroyo Pago Largo —cuenta Gauna— fue rodeado por la caballería entrerriana y pasado a cuchillo. El resto (unos 400) pudo cruzar el cauce y estaban a punto de internarse en el monte, cuando los federales se aproximaron, y de sus filas se apartó un jefe, el comandante Raña, gritando en guaraní: —*Rín-danse, paisanos, de lo contrario todos perecerán!* Así lo hicieron, cansados, sedientos, y sin oficiales. Sigue el relato de Victorio Gauna:

“Desde el abra donde nos rendimos, los infantes fuimos llevados al campamento de Echagüe, ya de noche. Dormimos atados y con centinelas. Al día siguiente contemplamos los rastros de la degollación de la tarde anterior: los cuerpos de los degollados, sin cabeza muchísimos; muchos de ellos tenían agujeros en la parte inferior de la pierna, cerca del talón, con cuchillo, y en ellos metidos cabestros que sujetaban caballos. A nosotros nos formaron esa mañana para el degüello: principiaron de una punta, contaban hasta 10 y sacaban al que le tocaba ese número y le cortaban la cabeza, acostado o parado según la habilidad del degollador; cuando llegaban a la otra punta, principiaron otra vez en sentido contrario a la cuenta anterior. Muchos jefes y oficiales presenciaban la degollación y se reían cuando algunos cuerpos sin cabeza daban saltos o cuando alguna cabeza movía los ojos. Esa mañana, antes del degüello, vino a donde estábamos los prisioneros un oficial entrerriano de apellido Calvento con una larga tira de cuero blanco que sobaba con empeño, y haciendo gala de su entretenimiento nos miraba, nos mostraba el cuero y nos decía riéndose: —*¡Este es el cuero del salvaje unitario Berón de Astrada!*”

Completemos este cuadro de espanto con los recuerdos del gaucho Juan Bautista Botello, quien siendo mozo de 15 años recorrió el campo de batalla tres días después de librada:

“El campo estaba cubierto de cadáveres, en grupos más o menos grandes: había muchos degollados y también mujeres degolladas. En la costa del arroyo Pago Largo vi muchos muertos. Como a tres cuadras de la casa de don Anacleto Borda, hacia el sur y en dirección de las Tres Cruces, se hallaba el cuerpo del Gobernador Berón de Astrada, y el del coronel Navarro; ambos sobre un cuero de garras, los dos completamente desnudos. El de Berón estaba boca abajo: un cuerpo muy blanco, sin una oreja, y notándose que le habían sacado una lonja como de cuatro dedos de ancho desde la raíz de la nuca hasta la rabadilla”.

Dos son los temas a dilucidar, separadamente, aunque las crónicas los mezclen: uno es la profanación del cadáver del coronel Genaro Berón de Astrada, y el otro la ejecución de los infantes prisioneros.

En lo que hace al primero, el encono político hacia las figuras de relieve hizo que se atribuyera el hecho al general Urquiza. Este mismo, aún durante la época de Rosas, calificó la imputación de *"mentira abominable"*, en un folleto publicado en 1850. Ya se ha visto que el veterano suboficial Gauna, actor en el suceso, adjudica el hecho a "un oficial entrerriano de apellido Calvento". El entonces joven oficial de la artillería correntina (luego General oriental) Ventura Rodríguez escribió en sus *Memorias* que al cadáver del Gobernador "un tal Calvento le sacó una lonja de la piel de las espaldas para hacerle una manea al *Restaurador*". El general Paz alude durante su campaña en Entre Ríos en 1842 a "un comandante de los tiempos de Artigas y Ramírez, de tristísima celebridad", que era el teniente coronel Mariano Calvento. Sea cual fuere el responsable de la salvajada, es indudable que no se trató de Urquiza. Este último, en el folleto de 1850 citado, refirió al interlocutor que divulgó la entrevista, Ángel Elías —emigrado en Montevideo—, que de la piel tampoco se hizo ninguna manea para presentar al general Rosas, y que se conservaba en una casa de Gualeguaychú. Según sus referencias, Urquiza se enteró del episodio al segundo o tercer día de la batalla. En su propia estancia *San José* trabajaba el antiguo soldado que ejecutó la acción, a quien el general Urquiza interrogó en presencia de su visitante, recibiendo las siguientes contestaciones sobre el hecho:

—¿Y quién te lo mandó? —Yo, no más, señor. —¿Y qué te dije yo cuando te llamé para preguntarte qué era lo que llevabas en el pescuezo del caballo? —Que no podía negar que era un asesino, y que si no me mandaba fusilar lo agradeciera a que era muy joven.

Quizá el oficial Calvento lo haya ordenado, y cumplido el joven soldado, o luego éste regalara el macabro trofeo a aquél; es posible que el detalle nunca se determine. Pero sí, en cambio, la inimputabilidad del general Urquiza, quien siendo Presidente de la Nación en 1857 propuso al Congreso otorgar una pensión a las hermanas el coronel Genaro Berón de Astrada, lo que fue concedido.

El otro suceso es distinto, y se refiere al degüello de prisioneros, que ordenó el general Urquiza: éste mismo, al tiempo de negar la afrenta al cadáver de Berón, admitió su responsabilidad en lo último, aunque reduciéndolo a sus reales proporciones.

Cuando en 1850 Urquiza sostuvo la entrevista mencionada arriba, refirió a Ángel Elías lo sucedido:

"También se ha escrito diciendo que yo mandé degollar a todos los infantes prisioneros en Pago Largo. Esto es falso: los infantes que hicimos prisioneros en esa victoria no fueron sacrificados, aunque es verdad que algunos fueron ejecutados por orden que yo dí, mas para ello tuve justas y poderosas razones.

"Después de la derrota, el cuerpo de Infantería de los correntinos se retiraba, como es consiguiente, pero yo lo hacía perseguir con el cuerpo de Caballería que mandaba, pues entonces era el General en Jefe don Pascual Echagüe. Se les hostilizaba activamente en la retirada, así es que viéndose perdidos y sin salvación, quisieron someterse, pero antes pidieron ga-

rantías para deponer las armas. Inmediatamente se las mandé, pero al llegar a donde ellos estaban, el oficial que las llevaba fue muerto por los mismos que querían capitular. Por segunda vez sucedió lo mismo, y hubieron nuevas víctimas.

"Entonces di las órdenes más rigurosas y empezaron a desbandarse y a ganar los montes inmediatos; pero todos fueron hechos prisioneros, y por consiguiente debió castigarse la perfidia. Resultó de las averiguaciones practicadas entre ellos mismos cuáles eran los autores de la maldad, y esos precisamente fue los que yo mandé pasar por las armas.

"Ésta es la verdad, y si mis enemigos y los de Montevideo han dicho lo contrario y han escrito impropiedades contra mí, yo los miro con desprecio, pues algo han de escribir".

En su parte de Pago Largo el general Echagüe ofrece cifras:

El enemigo dejó sobre el campo de batalla 1.960 hombres muertos, contándose entre éstos 84 jefes y oficiales, y el cadáver del Gobernador y Capitán General de la Provincia, General en Jefe del Ejército traidor Genaro Berón de Astrada. Además 450 prisioneros.

Del lado federal se contaron 5 oficiales y 50 de tropa muertos, y 8 oficiales y 96 subordinados heridos: un total de 259 bajas. La desproporción es atribuible a la ferocidad en la persecución, que arrojaba más víctimas que en el combate cuerpo a cuerpo, y desde luego, a los ejecutados como represalia. Echagüe indica que toda la infantería de Corrientes *"está muerta o prisionera"*, pero no han de haber sido tantos los degollados, cuyo número fue evidentemente exagerado con el correr del tiempo: se indica la cifra de 800 víctimas, lo que es imposible, teniendo en cuenta que la infantería de Corrientes no pasaba de 450 hombres; y por el procedimiento para diezmarla que el general Urquiza explicó, el cálculo resulta considerablemente inferior.

De todos modos, se divulgó la versión de la hecatombe, creciendo sus proporciones con el tiempo (icierto escritor hace ascender los ejecutados a 1.500!), y desde entonces el nombre de Justo J. de Urquiza quedó con un nimbo de sangre. Sin embargo, este mismo precisó su número en comunicación a Rosas del año 1847, luego de aludir a los dos parlamentarios que enviara *"a un grupo de la infantería enemiga de 60 hombres a intimarles rendición, garantiéndoles la vida a mi nombre"*, y que estos fueron muertos por dichos correntinos: *"¿No merecía esto un ejemplar castigo? Aquí tiene Ud. por qué mandé ejecutar la mitad de ese grupo de traidores"*. O sea 30 infantes, lo que coincide con la proporción de sus efectivos totales.

Los trofeos de la batalla de Pago Largo fueron detallados por el vencedor, Echagüe, en su parte a Rosas:

500 fusiles de infantería, 1.500 lanzas, 370 tercerolas y casi igual número de sables, fuera de los que diariamente se recogen del campo, 6 carros de municiones de artillería, infantería y caballería, mas de 4.000 caballos, un estandarte, su archivo de campaña. Todo cuanto pertenecía al equipaje y bagaje del Ejército.

Más importante resultó la eliminación de la única Provincia que había osado levantarse en armas contra la política del Dictador porteño. Éste condecoró a los triunfadores con una medalla, de oro y brillantes para el General en Jefe, oro para los Generales de División, de plata para jefes y oficiales, y latón para la tropa, la cual en el anverso luce un escudo argentino sobre la fecha de la batalla y la leyenda "*El Gobierno de la Confederación Argentina al patriotismo y al valor*". El reverso contiene la siguiente: "*Combatió por la libertad y honor americano en el valiente Ejército vencedor en los campos de Pago Largo*". El general Pascual de Echagüe concluía su parte con las siguientes consideraciones:

Todos peleaban como hombres libres, sosteniendo los más caros derechos de su Patria contra los esclavos de los tiranos, los parricidas unitarios, los pérfidos anarquistas y alevosos agentes de Francia que pretendían sujetarla a un yugo ominoso.

La Provincia de Corrientes "pagó largo" su alarde libertario. Aunque quedaron reunidos varios grupos de caballería, continuar la resistencia era imposible. Tras unas tentativas de arreglo, la Legislatura debió someterse a la exigencia de Echagüe de designar un Gobernador interino "que por su adhesión a la Causa Nacional de la Federación merezca la confianza de los Gobiernos de la Confederación", y a la anulación de la alianza con el Presidente Rivera. Por lo demás, en concepto de indemnización por los perjuicios y gastos de campaña de Entre Ríos, Corrientes se comprometió a abonar a esa Provincia \$ 60.000 y entregarle 80.000 cabezas de ganado y 50.000 yeguas. Quedó como mandatario el teniente coronel de milicias José Antonio Romero, antiguo comandante de San Roque en los tiempos de Artigas.

2

A principios del año 1839, en la Confederación Argentina se gestaban varios movimientos adversos al Gobernador Rosas. Si bien la actitud pública de la Provincia de Corrientes fue aislada, en el norte, centro y la propia Buenos Aires el descontento cundía. Y debe sumarse la emigración, particularmente la residente en el Estado Oriental, por la calidad de sus miembros y la actividad que desplegó.

Un síntoma elocuente se dio con motivo de la misión proselitista encomendada por el general Fructuoso Rivera a Juan Pablo Duboué, francés con vinculaciones en el Litoral argentino y Cuyo, para que recorriese las Provincias del Interior explorando su voluntad. Este individuo llegó a Santiago del Estero (17 de febrero), siendo bien atendido por el Gobernador Ibarra, quien aún amparaba a Domingo Cullen, y luego prosiguió sin dificultades su viaje a Catamarca, tratando con el Gobernador José Cubas (22 del mismo mes), tras lo cual hizo lo propio en La Rioja con su mandatario el general Tomás Brizuela. La libertad con que era escuchado y permitido su tránsito, es elocuente para medir el grado de aceptación de su propaganda, contraria a que Rosas se mantuviera a la cabeza de sus colegas. Después Duboué pasó a Mendoza. El

primer resultado de su gestión fue la sublevación en Córdoba contra el mandatario Manuel López, encabezada por el ex Gobernador Pedro Nolasco Rodríguez (a quien Rosas repudiara luego de la caída de Reynafé), que fracasó y costó la vida de su promotor, fusilado el 31 de marzo. Pero Juan Pablo Duboué fue detenido en Mendoza y sometido a interrogatorio, luego comunicado a Rosas. Éste ordenó el 27 de mayo:

Contéstese al Excmo. Gobierno de Mendoza disponga lo conveniente para que en caso de no haber sido remitido a ésta el expresado Juan Pablo Duboué, sea fusilado, y no pudiendo verificar, se lo remita bien asegurado a disposición del Comandante Militar de San Nicolás de los Arroyos.

El agente oriental fue pasado por las armas en Mendoza el 21 de agosto, sin necesidad de cumplirse el trámite que protagonizó Cullen. Precisamente en ese tiempo fue cuando Rosas reclamó del Gobernador Ibarra la entrega del último —aún refugiado en Santiago del Estero—, con la amenaza que el Dictador porteño participaba a su Ministro Adeodato de Gondra: "*que si no es conducido por el compañero Ibarra según es de su estricto deber en el alto puesto que ocupa, los resultados van a ser muy terribles para esa Provincia*". Como se sabe, el mandatario santiagueño se deshizo de su huésped y éste fue transportado a San Nicolás, con el resultado que era previsible.

Se observa que para la época en estudio, ya Rosas actuaba como Jefe de Estado Nacional, sin quedarse circunscripto a su cargo de Gobernador de una Provincia. Los poderes de policía requeridos cuando la declaración de guerra contra Bolivia, y la agresión francesa a Buenos Aires, que fuera nacionalizada por él en su carácter de Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación, más la sumisión de los Gobernadores Echagüe de Entre Ríos, Manuel López de Córdoba, y Juan Pablo López de Santa Fe, tornaban a su poder en una fuerza irresistible.

Sin embargo...

Ya a mediados del año 38 se tentó en Tandil una sublevación, por iniciativa del teniente coronel Juan Zelarrayán, que no prosperó, y que costó la vida a su promotor, salvándola su cómplice el teniente coronel Manuel Céspedes. Quizá de alcances limitados —pues no se conocen sus ramificaciones—, de cualquier modo indica malestar contra las autoridades provinciales.

En la misma Buenos Aires latía el descontento por las medidas represivas impuestas. Y en el Norte, abandonado por Rosas cuando la guerra con Bolivia, era creciente el rencor por los perjuicios sufridos. Por añadidura, la cada vez más nutrida emigración asilada en el Estado Oriental, era un factor peligroso para la estabilidad del Dictador. Comencemos a examinar estas situaciones.

La capital porteña, asiento de la Dictadura, contenía un grupo cada vez más numeroso de hombres proclives a resistir sus disposiciones, asfixiantes de las libertades ciudadanas. El Estado policial que se vivía no les permitía expresarse públicamente, y hasta el ensayo de la entidad "Salón Literario" (1837) debió clausurar sus trabajos, que tendían insensiblemente a analizar la situación del país, derivando la solución de sus males a la sanción de una Constitución. Ya se conoce la reacción que esto provocaba en quien gozaba de la su-

ma del Poder Público. Clausurado el Salón, dio nacimiento a la *Asociación de Mayo* al año siguiente, ésta secreta, que pasó de lo especulativo a considerar medidas de acción. Sus miembros más activos fueron Carlos Tejedor, Jacinto Rodríguez Peña, Enrique de Lafuente, Santiago Albarracín y Rafael Corvalán (hijo del edecán del Gobernador). Las reuniones —con las precauciones consiguientes— aumentaban el número de sus prosélitos, y finalmente coincidieron en la solución del problema político: quitar al general Juan Manuel de Rosas del Gobierno. Claro está que todos los implicados eran *federales*, con mayor o menor fervor —no cabía otra posibilidad—, y como precisaban de un brazo armado, lograron incorporar a la conjura al teniente coronel Ramón Maza, el hijo del presidente de la Legislatura e íntimo amigo de Rosas. El propio comandante estaba por casarse con una parienta cercana de Manuela de Rosas y Ezcurra, hija del gobernante.

Por esos días —más precisamente el 20 de abril de 1839— el general Paz había sido liberado de su largo y penoso cautiverio de ocho años, pasados los primeros en Santa Fe y los últimos en Luján (Buenos Aires). Llegado a la capital de la Provincia, fue rodeado en su domicilio por gran cantidad de amigos, y refiere en sus *"Memorias"*:

"Recuerdo que el coronel don Sixto Quesada, que era uno de los concurrentes, recordó algunos sucesos del Ejército Nacional en la Banda Oriental, y como viese que daba una cuenta de ellos mejor sin duda que lo que podía él hacerlo, prorrumpió en esta exclamación: —*¡Vaya, está visto que es Ud. el mismo que he conocido!* —*¿Y por qué lo dudaba Ud.?*, le dije. A lo que repuso: —*Porque una prisión tan larga podía haber entorpecido sus facultades y debilitado su memoria.*"

Quizá la liberación de Paz haya obedecido a esa creencia en la disminución de su intelecto, no considerándose una persona de cuidado. Otro de los contertulios de Paz era el general Gregorio Aráoz de La Madrid, su antiguo compañero de causa. Pero en este caso se encontraba en Buenos Aires voluntariamente, pues había retornado desesperado por una penosa emigración, aprovechando la conducta del Dictador en la cuestión con los franceses, adhiriendo a su postura y mezclándose en las ceremonias y reuniones en que se ensalzaba su firmeza.

Del tema al que veníase aludiendo, escribió el general Paz:

"La tiranía de Rosas no había echado las raíces que hemos visto después, y el terror no había extinguido todo sentimiento de resistencia. Se preparaba a ella una gran parte de la población en la única forma que le era posible, es decir, conspirando. Los agentes de este plan lo creían más realizable cuanto entraban ya en él algunos militares, y muy principalmente el coronel don Ramón Maza, joven de valor, de crédito, y que ofrecía las más bellas esperanzas. Yo sabía positivamente de lo que se trataba, pues se obraba con tan poca reserva, que he oído en un estrado delante de dos señoras hacer mención de los puntos más reservados, sin la menor precaución. Como la indiscreción que acabo de señalar se cometían cientos; de modo que el secreto de la conjuración estaba en miles de bocas. Es portentoso que Rosas no la descubriese antes, y en mi modo de ver nada prue-

ba más que el sentimiento de oposición era sincero, y noble el motivo que lo producía, que el no haber sido revelado antes".

No sólo en Buenos Aires se preparaban las voluntades para deponer al general Rosas: también en Montevideo había comenzado a funcionar, desde fines del año anterior, una "Comisión Argentina" integrada por conspicuos miembros de la emigración, de todas las tendencias.

En efecto: en diciembre de 1838, coincidente con los preparativos de guerra que tenían al Presidente oriental Fructuoso Rivera como aliado de la Provincia de Corrientes, se promovió la constitución de aquella entidad por medio del doctor Salvador Ma. del Carril. Disipadas las animosidades de otros tiempos entre antiguos "decembristas" y "federales", porque la común desgracia y el mismo enemigo los unió, ambas banderías de la política porteña se mezclaron en dicha Comisión. La presidió el general Martín Rodríguez y fue su secretario el doctor Florencio Varela; la integraban como representantes del grupo afín a Lavalle, los doctores Julián S. de Agüero, Valentín Alsina y Manuel B. Gallardo; y de los *lomos negros* o *federales liberales* los generales Tomás de Iriarte y Félix de Olazábal. También los doctores Pedro José Agrelo y Gabriel Ocampo, y Braulio Costa (antiguo socio de Quiroga). Esta asociación tendió a unificar a todos los exiliados, y los trabajos luego se ampliaron con el concurso de los jóvenes componentes de la extinguida *Asociación de Mayo*, principalmente Juan Bautista Alberdi y Félix Frías.

Para la Comisión Argentina de Montevideo no existía sino un propósito inmediato: llevar la guerra contra Rosas, y que encabezara la empresa el general Juan Lavalle.

No eran los únicos puntos, Buenos Aires y Montevideo, en donde los afares por la caída del Dictador trataban de encausarse. En la propia campaña porteña, en los campos del sur de la Provincia de donde Rosas surgiera, se iniciaba otro movimiento en su contra. Esta vez no se trataba de "*doctores logistas*" o de antiguos conmitones de la guerra contra el Imperio de Brasil, sino de estancieros y funcionarios, algunos de ellos amigos personales de Rosas, y hasta su hermano Gervasio O. de Rozas anduvo mezclado en las conversaciones. En la zona del río Salado, donde Rosas se iniciara como hacendado, sus otrora compañeros de trabajos en rodeos y saladeros se aglutinaban formando un nuevo grupo opositor. Eran los Lastra, Ramos Mejía, Álzaga, Miguens, Miró, Ezeiza, Pizarro, y Martín Campos, Francisco B. Madero, Isaías de Elía, Marcelino Martínez Castro, José Iraola, José Barragán, Pascual Calvento, Narciso Alonso Martínez de Hoz, Anselmo Sáenz Valiente y muchos más, lo que da una idea de la envergadura que asumió el movimiento. Para dirigirlo militarmente, fueron comprometidos dos guerreros de la Independencia: el mayor retirado Pedro Castelli, antiguo oficial de Granaderos a Caballo (hijo del Vocal de la Junta de Mayo) y el coronel Ambrosio Crámer, jefe del Regimiento 8 de Infantería durante la liberación de Chile. Con todo, ante la mayor edad de los dos, asumió con la actividad necesaria la formación de las milicias el comandante Manuel Rico, segundo jefe del Regimiento 5 de Campaña. Se confiaba incluso en la adhesión del acreditado coronel Nicolás Granada, ahora jefe del Regimiento de Coraceros Escolta *Libertad*, porque en 1828 había secundado el pronunciamiento de Lavalle.

Para tener éxito estos trabajos, debían operar armónicamente. Era idea de la Comisión Argentina de Montevideo convencer a Lavalle que se pusiera al frente de los nutridos grupos de veteranos que se hallaban en el Estado Oriental, y con ellos desembarcar en las costas de Buenos Aires para dar dirección militar al conjunto de estancieros y peones que lo aguardaban, con mucho entusiasmo pero sin armamento suficiente ni organización adecuada. Simultáneamente debía producirse en la capital el alzamiento contra el Gobierno.

Las cosas no se dieron así. Y la falta de coordinación fue la constante de la oposición a la Dictadura de ahí en adelante. Ya había sucumbido en su intento solitario la Provincia de Corrientes.

3

El general Lavalle se mostraba reacio a mezclarse en los trabajos conspirativos que tenían lugar en Montevideo, manteniéndose con su familia en su estanzuela *El Vichadero*, al norte del río Negro. No era fácil persuadirlo de abrir operaciones contra Rosas mientras estuviera pendiente su conflicto con Francia, confundido por la prédica del Dictador, según se sabe y lo confirma el general Iriarte:

“El general Lavalle y una gran parte de su círculo miraban con siniestra prevención la cuestión suscitada entre Rosas y los franceses; esto es, creían que la nacionalidad como argentinos sufría lesión desde que los franceses interviniesen en cualquier empresa contra Rosas”.

Conociendo esto, con anticipación el doctor Juan Bautista Alberdi había-se dirigido al nuevo Cónsul de Francia en Montevideo, Raymond Baradère, para que oficialmente disipara las dudas que hacían vacilar a muchos argentinos en llevar la guerra contra el Dictador porteño durante la cuestión que mantenía esa Nación con Buenos Aires. El 20 de febrero de 1839 le pidió respuesta a temas concretos:

- 1) Si Francia tiene algún motivo de resentimiento contra el pueblo argentino;
- 2) Si Francia está dispuesta a respetar, como hasta aquí, el principio de la nacionalidad argentina;
- 3) A qué se reduce hoy toda la pretensión de Francia;
- 4) ¿Francia está adherida a alguno de los Partidos políticos de la República Argentina con exclusión del otro? ¿Reconoce ella estas divisiones y participa en algo de sus pasiones o intereses? Francia, si es posible hablar así ¿es más “unitaria” que “federal” en el Río de la Plata?
- 5) ¿Francia piensa ingerirse en las cuestiones de régimen interior de la República Argentina?
- 6) ¿Francia retirará sus pretensiones para con las Provincias que en la cuestión pendiente se separen de la opinión del Gobernador de Buenos Aires?

El Cónsul Baradère dio satisfacción dos días después, declarando que “los agentes franceses en el Río de la Plata no han recibido jamás de su Gobierno una sola palabra que no esté en perfecta armonía con los principios que acabo de manifestar”. Ellos eran:

1) Francia no tiene absolutamente ningún resentimiento contra los habitantes de la República Argentina: ella desea por el contrario, vivir con ellos en la mejor inteligencia. Las enormidades, las injusticias y las repulsas de satisfacción de la Administración de Buenos Aires sólo han podido impelerla a medidas de rigor, que deplora, pero de que no ha podido abstenerse pues que se trataba de la vida, de la libertad y de la fortuna de sus ciudadanos establecidos en Buenos Aires.

2) Francia no tiene ningún motivo para no respetar el principio de la nacionalidad argentina: ella desea, por el contrario, verle conservarse intacto, porque cree que esto es una garantía de orden y de felicidad para la República.

3) Las exigencias de Francia se reducen por ahora: 1ª) a indemnizaciones para aquellos de sus ciudadanos que han sufrido perjuicios por los hechos de la actual Administración de Buenos Aires. Yo no tengo necesidad de decirle cuán odiosos son estos hechos; ésta es cosa demasiado conocida, y particularmente el suplicio del desgraciado Bacle, muerto por las torturas que se le han hecho sufrir sin ninguna justicia ni razón. 2ª) Y como garantía para que estos hechos no se renueven más, una seguridad de que los ciudadanos franceses serán tratados en lo futuro, en sus personas y en sus propiedades, sobre el territorio argentino, como los ciudadanos de la Nación más favorecida, porque este tratamiento no es sino conforme al Derecho de Gentes, no es sino el que reciben los extranjeros en los países civilizados y particularmente en Francia. Los americanos del Norte no tienen tratado con la República; con todos ellos continúan, y con razón, en ser tratados como antes. Francia pregunta por qué principio de justicia la Administración de Buenos Aires, después de haber rehusado firmar un tratado con ella, puede pretender tratar a nuestros ciudadanos peor que a los de una Nación con la cual no tiene convención. ¿Y si una distinción semejante no es de naturaleza a herir justamente el amor propio nacional y los sentimientos de un pueblo al cual la República Argentina no tiene nada que reprocharle?...

4ª) Francia no hace absolutamente ninguna distinción entre los habitantes de la República Argentina: todos son iguales a sus ojos, ella no reconoce entre ellos ningún Partido, ni “Unitario” ni “Federal”; y si aún existe alguno, ella desea verlos unirse y confundirse todos en uno solo: el Partido Nacional.

5ª) Francia no pretende, en ningún modo, ingerirse en los negocios internos de la República Argentina: ella no ha pensado jamás en cosa semejante.

6ª) Los agentes franceses, en prueba de sus disposiciones amistosas hacia los habitantes de la República Argentina, y del deseo de aligerarles los males cuando fuese posible, consentirán en levantar el bloqueo de las Provincias que creyesen tener el derecho de separarse auténticamente de la Administración de Buenos Aires relativamente a Francia, y de declarar que los ciudadanos serán tratados en sus territorios como los de la Nación la más favorecida, hasta que un arreglo o una convención cualquier

ra haya sido firmada entre ella y la República Argentina. Los agentes franceses no pueden entrar en ninguna convención parcial con las Provincias porque creerían herir con esto la nacionalidad argentina.

7º) Francia, como lo ha declarado ya M. Roger en su ultimátum precitado, rechaza toda idea de conquista a las dependencias de la República Argentina, cuya independencia ha reconocido: ella no quiere ni ambiciona una pulgada de su territorio.

La Comisión Argentina de Montevideo encomendó al doctor Florencio Varela ir a convencer a Lavalle de que era indispensable su presencia para unir a la emigración; y tras "fuertes debates" —escribió Varela en su diario—, desvanecida categóricamente toda sospecha de anexión territorial o lesión a la soberanía de la Confederación, y sin poder desatenderse del halagador llamado de sus amigos, Lavalle se presentó en abril en Montevideo. El General y sus camaradas, como así también los antiguos miembros del Partido Unitario, depusieron sus recelos y se mostraron dispuestos a aceptar la cooperación que los franceses pudieran brindarles para luchar contra el Gobernador Rosas, "el verdadero enemigo de la Patria". El coronel Martiniano Chilavert quedó encargado de ajustar los arreglos concernientes al armamento de los expedicionarios, y Juan Nepomuceno Madero al del material, fondos y otros auxilios. Las diferencias entre los militares que una década atrás se habían enfrentado, quedaron superadas: Lavalle volvió a la amistad con sus antiguos compañeros de gloria y luego contrincantes Manuel Pueyrredon, Tomás de Iriarte, y Félix de Olazábal, y se les agregó Francisco Reynafé. La Comisión comenzó a reunir fondos para equipar a las tropas y para proveer al sustento de sus familias mientras durasen las operaciones. "Grande era el entusiasmo y decisión que se manifestaban en todos los emigrados y aún en los que no lo eran. Cada uno corría a ofrecer su contingente de medios y de acción. Hombres y señoras se disputaban la gloria de contribuir a la empresa": así recuerda el coronel Manuel A. Pueyrredon aquellos días.

Un cambio de cartas entre Lavalle y Rivera estableció la cooperación de las autoridades orientales a la empresa argentina.

Suma relevancia revisten ciertas confidencias que el general Lavalle hizo al general Iriarte, su antagonista cuando tuvo lugar su sublevación contra Dorrego, durante una entrevista mantenida en presencia del coronel Faustino Velasco: le transmitió su convencimiento de que "los pueblos" detestaban al sistema unitario, a lo cual él adhería sinceramente "porque no deseaba nada tanto como mejorar su suerte y porvenir"; y le agregó "que él era federal". Iriarte le observó que, sin dudar de su sinceridad, no convenía que proclamase tales pensamientos porque despertaría la sospecha de que se trataba de un medio engañoso. Iriarte le aconsejó que la conducta de Lavalle sería la mejor garantía de sus propósitos, y que cuando cayera el tirano las Provincias estarían en libertad de elegir el sistema que les resultase más conveniente. Aunque efectivamente el general Lavalle desistió de emitir una proclama explicando su actual pensamiento, lo cierto es que sus ideas fueron conocidas y divulgadas. El 4 de junio de 1839 el doctor Florencio Varela escribió a su amigo Juan María Gutiérrez, todavía en Buenos Aires:

No sólo no se prepara una reacción unitaria, sino que es eso lo que queremos se cuide de evitar; y no por hipocresía, por interés de momento, sino por pleno y franco convencimiento de la realidad de las cosas y de las necesidades del país. Los hombres de 1828, sin excepción, reconocen hoy abiertamente que entonces se equivocaron, y no quieren, no sueñan en restablecer el sistema vencido entonces por la voluntad nacional, sino que aspiran a destruir un poder que ningún sistema, ninguna idea representa, para someterse después a la voluntad de la mayoría.

Y aludiendo concretamente a Lavalle:

El hombre ha aprendido mucho en esta larga carrera de infortunios, y no sólo ha abjurado completamente sus ideas de 1828, sino que abiertamente, en todos los momentos, en todas las ocasiones, cuida de manifestar su desengaño y de proclamar la necesidad de someterse al voto manifestado por la República, sea cual fuere. Su carácter no permite creer que haya en ello la menor disimulación.

Más adelante se tendrá una confirmación pública de esta posición.

Preparados los hombres y los equipos, en ese mes de junio la Comisión Argentina consideró necesario estipular formalmente el arreglo del conflicto con Francia. Fueron designados, pues, los doctores Julián S. de Agüero, Juan José Cernadas, Ireneo Portela, Valentín Alsina y Florencio Varela, y Gregorio Gómez, en nombre del futuro Gobierno de Buenos Aires —ante el cual se comprometían a influir—, quienes el 22 de junio de 1839 sellaron oficialmente la alianza con el Cónsul General y Encargado de Negocios de Francia, Charles Bouchet Martigny, dando por supuesta la caída de la Dictadura, bajo las siguientes estipulaciones:

Art. 1) Hasta la conclusión de una convención de amistad, comercio y navegación entre S.M. el Rey de los Franceses y la Provincia de Buenos Aires, los ciudadanos franceses establecidos en el territorio de la Provincia serán tratados respecto de sus personas y sus propiedades como lo son los de la Nación más favorecida. Art. 2) Se reconoce el principio de las indemnizaciones reclamadas por el Gobierno de S.M. el Rey de los Franceses a favor de aquellos de sus nacionales que hayan sufrido, antes o después de establecido el bloqueo, por medidas inicuas y arbitrarias del último Gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas o sus delegados. Invitará este Gobierno al señor Bouchet Martigny a que se entienda con él para hacer determinar, en un plazo breve, el monto de esas indemnizaciones, por árbitros elegidos por ambas partes en igual número; y que en caso de empate tendrán la facultad de asociarse un tercero en discordia nombrado por ellos mismos, a mayoría de votos. Se reconoce igualmente el principio del crédito del señor Despouy contra el Gobierno de Buenos Aires; los mismos árbitros fijarán su monto por documentos auténticos.

Por su parte, el Encargado de Negocios de Francia haría una declaración ratificando que el bloqueo y los actos hostiles contra Buenos Aires "jamás han sido dirigidos contra los ciudadanos de la República Argentina", y "ningún otro

objeto han tenido que el de compeler al tirano bajo cuyo yugo gemía la República, a poner término a sus crueldades contra los ciudadanos franceses". La isla Martín García sería desocupada y los franceses entregarían al Gobierno de la Provincia que siguiera al de Rosas, la artillería y otros objetos que existían en ella antes de ser tomada.

Al dar a publicidad este documento en 1840, uno de sus redactores, Varela, acotó:

En vano gritará en adelante ese embustero renombrado [Rosas] que los argentinos vendían la independencia de su Patria: el protocolo del 22 de junio sofocará el eco de sus calumnias. Él prueba acabadamente la alianza y lo que de ella pudo Francia reportar.

En ese mismo mes ocurrieron en Montevideo y Buenos Aires sucesos tremendos que tuvieron repercusiones inmediatas en la política rioplatense.

En la capital oriental comenzó a difundirse la novedad de que el Presidente Rivera pretendía nada menos que un arreglo con el Gobernador de Buenos Aires! Temeroso de que fuera invadido el Estado Oriental luego de sofocado el levantamiento de Corrientes, el general Fructuoso Rivera incurría en una de sus habituales defecciones. Como Rosas no podía desconocer los aprestos de sus enemigos situados en la otra banda del Plata, el caudillo oriental especulaba en conseguir su seguridad a cambio de impedir la salida de los expedicionarios rumbo a las costas porteñas.

4

La conjura que en Buenos Aires organizaba el teniente coronel Ramón Maza encontraba mayores adeptos con el correr de los días: los propios federales de criterio independiente comprendían que el sistema dictatorial del general Rosas no podía continuar, provocando represiones internas y conflictos externos. Un testigo calificado como lo fue el general José María Paz nos cuenta pormenores:

"En lo general de la gente pensadora, acomodada e ilustrada había excelentes disposiciones. Sé que cuando se necesitó dinero se abrieron generosamente los bolsillos de muchos y que se reunieron muy regulares cantidades, y que hubieran podido reunirse cuantiosas. [...] Es fuera de duda que había elementos poderosos de oposición a Rosas, que si hubieran podido combinarse bien, hubieran bastado y aún sobrado para derribarlo del poder. Fuera de los que había aglomerados en Buenos Aires, había también en la campaña disposiciones análogas, que se malograron más tarde por una fatalidad incomprensible. En las tropas de línea mismas tenían grandes simpatías los revolucionarios, que se desperdiciaron por la mala elección que hizo de sus confidentes el coronel Maza".

Mediante la presencia del joven Félix Frías, embarcado en el navío francés *Sapho* frente a la rada porteña, los conjurados mantenían informado a Lavalle en Montevideo de sus progresos.

¿Cuáles eran los propósitos de los conspiradores? Cabe suponer que debido a la estrecha ligazón amistosa del comandante Maza con el Dictador, no se pensaba asesinarlo, sino obtener su renuncia y eventualmente desterrarlo. En esos días Ramón Maza contrajo matrimonio con Rosa Fuentes y Arguibel, prima hermana de doña Encarnación Ezcurra y Arguibel.

Uno de los implicados, Carlos Tejedor, le transmitió en 1883 al historiador Adolfo Saldías:

"No se trataba por el momento de Federación ni Unidad, sino de concluir con Rosas. Todo eso tenía que decidirse después del triunfo, sin que Lavalle, en caso de venir a tiempo, fuera un obstáculo, porque como Ud. sabe, desde el año 30 Paz, Gobernador de Córdoba y Jefe Supremo después de la Liga del Norte, había dicho que el Partido a que él pertenecía no hacía cuestión de forma de Gobierno, y Lavalle repitió eso mismo en sus proclamas del 40. Los jóvenes que conspiraban, por otra parte, ningunos vínculos de dependencia tenían con esos Partidos".

El general Paz añade que el teniente coronel Maza requirió su incorporación al movimiento luego de que hubiese triunfado, por las razones que señala:

"Conocía el peligro de que un sacudimiento tan fuerte relajase la disciplina militar, y se ocupaba con tiempo de los medios de precaver desórdenes; también quería evitar desórdenes de otro género, porque se propuso como condición indispensable que en la formación del nuevo Gobierno entrasen personas respetables, aunque hubiesen pertenecido a diversas fracciones políticas".

Todo concluyó el 24 de junio, fecha en que Ramón Maza fue detenido y aprisionado. La represión contra los demás implicados comenzó de inmediato.

¿Qué había sucedido? Dos de los iniciados, el coronel retirado Nicolás Martínez Fontes y su hijo el Capitán del mismo nombre, lo delataron, siendo apoyados en sus declaraciones por los capitanes Nicolás y Paulino Medina Camargo, los cuales fueron ascendidos un grado y recompensados por \$ 60.000 entre todos, según informaba *La Gaceta Mercantil* el 1 de enero de 1840, "por un servicio de importancia rendido a la causa de la libertad y honor del Continente Americano". Días antes, el 11 de diciembre de 1839, el Gobernador Rosas había nombrado al coronel Martínez Fontes, edecán de la Legislatura Provincial, en reemplazo del que falleció.

La movilización policial comenzó sin perder tiempo, deteniendo a una gran cantidad de sospechosos. Cayeron en su poder los principales conspiradores —Carlos Tejedor, Santiago R. Albarracín, Avelino Balcarce, José María Ladines—, "reos parricidas de lesa América", mientras otros complicados en la trama se escondían o buscaban su salvación en la fuga hacia la orilla oriental del Plata. Rememora el general José María Paz:

"Estas prisiones y el motivo que las ocasionaba produjeron en casi todas las clases de la sociedad el estupor y la desconfianza: los unos veían sus esperanzas destruidas, los otros se ocuparon en componer lo mejor que po-

dían sus asuntos para alejar toda sospecha, en combinar las respuestas que darían si se les hacían cargos, o en buscar escondites donde sustraerse de la acción del Gobierno si eran buscados por la Policía o la Mazorca”.

Las calles estaban poco concurridas, salvo por elementos oficialistas que manifestaban su adhesión al Gobernador.

Uno de los principales blancos de las amenazas de éstos fue el propio presidente de la Legislatura, doctor Manuel V. de Maza, padre del jefe de la conjura, no obstante los antiguos e íntimos vínculos que lo unían al Dictador: se lo creía implicado en ella sobre todo porque careciendo la Provincia del cargo de Vice Gobernador, era el presidente de la Sala de Representantes, justamente el llamado a reemplazarlo. ¿Habría estado iniciado el doctor Maza en los proyectos subversivos de su hijo Ramón? No es seguro, y por el contrario, varios indicios permiten sostener lo contrario. No sólo por aquella estrecha relación entre el primero y Rosas —es lógico pensar que el hijo no quería comprometer a su padre—, sino porque el general Paz, uno de los que estaban al tanto de los detalles del movimiento, indica que en el nuevo Gobierno “entrarían personas respetables” sin señalar al doctor Manuel Vicente de Maza como el candidato a desempeñar el Poder Ejecutivo.

De cualquier modo, arreciaron las acusaciones contra éste. Y lo que ocurrió a continuación tuvo una directa incidencia en la iniciación de la guerra civil, porque impulsó a la acción al general Lavalle.

Las manifestaciones hostiles frente a la casa de Maza culminaron con el asalto que se efectuó en ella y en la de su yerno Manuel Guerrico (25 de junio), insultándose a sus moradores y causándose destrozos, aunque sin provocar víctimas. Más aún: una petición de varios Jueces de Paz y ciudadanos fue dirigida por escrito a la Legislatura denunciando “*el plan feroz salvaje del tenebroso asesinato contra la importantísima vida de nuestro ilustre Restaurador de las Leyes*”, señalando que era uno de sus principales promotores “*el traidor inmundos feroz Manuel Vicente Maza, acreedor a la última pena y de una eterna ignominia*”. Los firmantes acusaban a los conspiradores de los mayores crímenes:

Esta trama salvaje se ha dirigido a humillar la República, envolverla en sangre y desastres, y esclavizarla a la execrable tiranía de los asquerosos franceses, con cuyo oro ha sido corrompido el mismo envilecido traidor Manuel Vicente Maza. Este malvado indigno de respirar en la tierra argentina, clásica de la libertad, ha quebrantado todos sus juramentos y traicionado todos sus deberes.

La nota sigue en este tono, concluyendo por solicitar a la Cámara de Representantes “*que se digne expeler ignominiosamente al inmundos traidor Manuel Vicente Maza, para que alejado el infame de ese recinto de honor y libertad, sea castigado y expie de un modo condigno su infamia, su traición, su ferocidad y alevosía*”. En la sesión en que se trató, los Diputados vertieron parecidas expresiones sobre los dos Maza.

El 27 por la tarde el doctor Maza comenzó a redactar su renuncia como Diputado. Lo estaba haciendo cuando entró al edificio de la Legislatura un re-

ducido grupo de mazorqueros con sus rostros cubiertos, y en el mismo despacho de la Presidencia el capitán Gaetan asesinó a puñaladas a Maza. Al amanecer del día siguiente fue fusilado el teniente coronel Ramón Maza en la cárcel donde se encontraba, y ambos cadáveres conducidos al cementerio y enterrados en la fosa común, no habiéndose hecho presentes sus familiares. Revela el general Paz:

“La consternación del pueblo de Buenos Aires fue entonces completa: nadie se podía dar razón de lo mismo que sentía, y costaba trabajo dar crédito a sus propios sentidos: parecía más que una realidad, un penoso sueño, porque es sólo por grados que ha ido desarrollándose ese poder monstruoso que nada respeta, y mostrándonos a todos de lo que es capaz el hombre tremendo que pesa sobre los destinos de nuestro país. [...] La fisonomía del pueblo de Buenos Aires había cambiado enteramente. Sus calles estaban casi desiertas, los semblantes no indicaban sino duelo y malestar, las damas mismas parecían haber depuesto sus gracias. El comercio había caído en completa inactividad, la elegancia de los trajes había desaparecido, y todo se resentía del acerbo pesar que devoraba a la mayor y mejor parte de aquel pueblo que yo había conocido tan risueño, tan activo, tan feliz en otra época: la transformación era cumplida. ¡Y qué lejos estábamos de pensar que aquellos no eran más que los ensayos de la Tiranía, y que llegaría tiempo en que los males llegarían a una altura que no preveíamos!”

No está de más incluir una carta del propio general Juan Manuel de Rosas, para conocer sus exactas e íntimas expresiones frente a los hechos, que dirigiera a su fiel sostenedor el coronel Vicente González, jefe del Regimiento 3 de Campaña acantonado en Monte. Datada el 1° de julio de 1839 desde su “quinta en Palermo de San Benito”, escribió:

Ya habrá Ud. sabido de la maldad inaudita feroz sin ejemplo de los vándalos reos asesinos Ramón y Manuel Maza. Yo todo lo sabía, como también el proyecto de casamiento con la Rosita Fuentes para asegurar mejor el loco infernal golpe, que sólo podía caer en cabezas deslumbradas y embriagadas por disposición de Dios para que así paguen con una muerte trágica sus enormes inmundos procedimientos de ingratitud y de traición.

Al fin llegó el caso de asegurar al Ramón. Luego se hizo trascendental el motivo a los federales, y como ya estaban en sospechas, creció a tal punto su irritación que esa noche fueron a la quinta del padre en tumulto, la asaltaron para sacarlo y degollarlo, y no encontrándolo pasaron a lo de la Salomé [Maza], mujer de Guerrico, la que también hablaba de Encarnación, de mí y de los federales con tanta libertad como el padre, el hermano y la madre, acaso con licencia o gusto del marido, o sea como sea; el hecho es que era una condenada en contra nuestra y de la Santa Causa Americana que sostenemos. Allí en la casa de la Salomé hicieron otro tanto, pidiendo la cabeza del padre, así como gritaron deseando la cabeza del hijo.

Por supuesto que nadie se animó a contener un tumulto semejante, desde que era tan justificado el motivo, y yo callaba por la misma razón.

Corrió, en fin, esa noche, y al siguiente día ¿qué le parece a Ud. que haría el tal doctor Maza? Se le hizo sin duda que aún era chanza, que hasta entonces estaban creyendo los unitarios salvajes que los federales luego son desarmados en buscándolos por la misericordia. Mas como a los federales es Dios nuestro Señor quien los dirige, naturalmente cansado este Ser Supremo de tolerar tanta iniquidad, quiso imponerles silencio por un ejemplar castigo.

El Doctor, pues, en vez de esconderse se fue al día siguiente a la Cámara, y después a la Junta. Varios federales se entraron a las salas de aquella, sacaron el retrato de dicho Maza y lo patearon, rompieron y quemaron públicamente. Era singular la irritación de los federales, desde que vieron a clara luz que el plan era asesinarlo, vendido al oro francés. Como no quedó uno de los que vieron para el plan, de los que eran federales, que no se me presentase a comunicarme todo y entregarme el dinero que le habían dado, todo era ya tan sabido que naturalmente la irritación era tremenda entre los que aman nuestra Santa Causa. En fin, el resultado es que esa noche a las siete y media encontraron muerto al doctor Maza en la Casa de Representantes con dos tremendas puñaladas que le habían dado en el corazón. El Ramón estaba en la cárcel con dos barras de grillos, ya convicto y confeso: lo mandé fusilar al día siguiente porque así era de justicia y porque no podía ser de otro modo en desagravio de la vindicta pública, y a los federales que se sacrifican por el honor y libertad de América.

Así han terminado esos dos asesinos singulares en su ferocidad y rudeza. Mas la irritación de los federales contra los unitarios sigue, y si no se descuidan, la sangre de ellos ha de correr, no ya en conversaciones sino con hechos.

Esta carta fue remitida en copia a los diversos cantones para conocimiento de sus guarniciones, y sus términos fueron reproducidos en la circular que llevó un correo extraordinario que hizo el tránsito al Interior, uno de cuyos párrafos hacía saber:

Es tal la irritación en los federales, que si S.E. nuestro Ilustre Restaurador no estuviera de por medio, habrían amanecido y aún amanecerían 2.000 de aquellos [los "salvajes unitarios logistas"] o todos ellos degollados.

No hay que extrañar, entonces, que un furor homicida se desatara en todas las clases de la sociedad porteña, de la ciudad y campaña. Comenzó una serie continua de celebraciones en iglesias, lugares públicos y recintos cerrados, que han quedado registrados en las crónicas periodísticas de "La Gaceta Mercantil". Los encabezamientos de ellas son iguales; elijo el correspondiente al acto celebrado en la catedral el 1º de septiembre:

Descripción de la gran función patriótico-federal dedicada por el Ejército de la Provincia a su Capitán General, brigadier don Juan Manuel de Rosas, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, salvado prodigiosamente del puñal alevoso de sus enemigos y de los de la Patria, los salvajes impíos unitarios.

El retrato del Gobernador Rosas fue conducido en rico carruaje hasta la iglesia, adornado con leyendas alusivas y en medio de una gran concurrencia, tras lo cual el retrato, recibido por sacerdotes, fue colocado al lado del altar, flanqueado por dos funcionarios que le hicieron custodia. Tras un sermón "patriótico-federal", a la salida el Inspector General del Ejército organizó la marcha de la columna militar para devolver la imagen a la casa del mandatario. En ese momento —destaca la crónica periodística— "*se empeñaron las señoras [cuyos nombres indica] en conducir el retrato de Su Excelencia tirando el carro, que alternativamente habían tirado los Generales y jefes de la comitiva al conducirlo al templo*".

La ferocidad de los discursos que se pronunciaban en todos los lugares presagiaban el cumplimiento de la terrible amenaza enunciada en abril de 1835, cuando el general Rosas asumió la Dictadura. El desborde de las pasiones no tuvo límites, admitiendo que algunos de ellos hayan sido motivados como garantía de seguridad personal y familiar. En muestra del tono generalmente empleado, y dentro de la índole de la presente obra, se señalarán los de cuatro militares, desde la más elevada jerarquía; los demás fueron por el estilo.

El brigadier Miguel Estanislao Soler habló en la "función federal" celebrada en la parroquia de la Concepción, con motivo de la misa y *te deum* por haber salvado la vida de Rosas "*del alevoso puñal del salvaje bando unitario, vendido al inmundo y asqueroso oro de los rastreros franceses*". Y expuso:

—Si los federales tuviésemos que sufrir la fatalidad de perder a nuestro Héroe Porteño el señor general Rosas en la lucha que dignamente sostiene contra los pérfidos unitarios y asqueroso guarda cerdos Luis Felipe el anarquista, brindo porque el feliz sucesor de aquel tome el apelativo de Rosas, y con él nos dirija hasta morir o vencer a nuestros enemigos. ¡Viva la Federación! ¡Viva el porteño Rosas! ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Mueran los anarquistas de Luis Felipe guarda sucios! ¡Muera el mulato Rivera y su sirviente Juan Lavalle!

No se quedó atrás el general Mariano Benito Rolón:

—Si para que la nave del Estado, conducida por el hábil piloto nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, el Excmo. señor general Rosas, llegue al puerto de la prosperidad, es preciso que se derrame nuestra sangre, que se derrame, señores, y se forme con ella un nuevo océano por donde navegue triunfante de sus enemigos. ¡Viva la República Argentina! ¡Viva nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Viva el 5º Regimiento de Colorados de Campaña del año 20! ¡Mueran los salvajes traidores unitarios! ¡Mueran los piratas y viles franceses! ¡Muera el pardejón Rivera, incendiario de Paysandú! ¡Muera el asesino traidor Juan Lavalle!

Los conceptos fueron formando un clima colectivo de aceptación de la violencia, que tendrá ocasión de manifestarse cabalmente en los trágicos acontecimientos del año siguiente. Con los ejemplos dados por los superiores, que venían a significar una consigna, las jerarquías militares que les seguían aumentaron el diapason. Véanse los dichos vertidos por el teniente coronel Martín de Santa Coloma:

—Es llegado el caso de salir con palo y puñal por las calles, y a todo el que se conozca enemigo de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, matarlo a palo y puñaladas; pues yo pido al Todopoderoso que no me dé una muerte natural, sino degollando franceses y unitarios. Es preciso que acrediten los federales con los hechos referidos la adhesión a nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, para que nuestra Patria sea feliz, y nada de medias y cortesías.

Un último caso, del teniente coronel Manuel Mestre:

—Todo el que visita unitarios y pasea con ellos, es gambetero, y tan bestia como los salvajes unitarios. Brindo, señores, por que los verdaderos federales formemos una masa llevando en las manos cuchillos, puñales y lanzas para clavarlas en los corazones de los salvajes perros unitarios, asquerosos franceses y pasteleros que bien conocemos. Si, señores, éstos son mis sentimientos, y son los que aconsejo a mis hijos y a mis amigos; y si alguna ocasión por la imaginación se me presentasen otros, reviente como volcán antes de degradar mi familia, mi política y amigos.

5

En Montevideo ocurrió una novedad de importancia: súbitamente se produjo un cambio en la actitud del Presidente Rivera, quien había iniciado una negociación en el mayor secreto —a través del representante británico Henry Mandeville— para avenirse con el Gobernador Juan Manuel de Rosas, acobardado por su estabilidad y su manifiesta voluntad de volver a colocar en el mando a su rival el general Manuel Oribe. Se presentó en Montevideo en los últimos días de junio —procedente de su campamento en Durazno— y dio orden al Intendente de Policía para que disolviese las fuerzas argentinas organizadas en las faldas del Cerro, quitándoles armamento y monturas, comisionando al teniente coronel Pedro Mendoza para detener a Lavalle y a sus principales jefes...

En tales dramáticas circunstancias llegó a Montevideo la noticia de la muerte de los dos Maza, que afectó profundamente a Lavalle y lo impulsó a abrir la campaña contra Rosas sin más espera. El coronel Manuel Pueyrredon fue encargado de conducir a la tropa alistada a la isla Martín García, embarcada en naves francesas, mientras el General saldría por separado del puerto de Montevideo. En la mañana del 1º de julio se ultimaron los detalles de la partida, que debía efectuarse con el mayor sigilo: el hijo del Intendente de Policía, Andrés Lamas, entretendría al Presidente Rivera para que no la advirtiera. Lo que sigue pertenece a los *Apuntes para la Historia* que redactó el propio coronel Pueyrredon:

“La expedición libertadora salió de Montevideo el 2 de julio de 1839. El general Lavalle se embarcó a las 10:40 de la mañana por el muelle principal; fue acompañado hasta aquel punto por M. Baradère, por don Andrés Lamas, muchos argentinos y un número considerable del pueblo que se reunió en aquel lugar. El coronel Pueyrredon mandó marchar la fuerza

del Cerro a media noche a emboscarse en las barrancas de Punta de Yegua, legua y media del Cerro: cuando amaneció, la fuerza estaba oculta, con orden que nadie se mostrase en las alturas. El Coronel quedó solo en la fortaleza, a esperar la señal acordada, de cuyo secreto era el único poseedor: una bandera blanca con un cuadro azul enarbolada en el Consulado francés era la señal que el general Lavalle estaba salvo”.

El general Lavalle, vistiendo uniforme de campaña y con la faja de General que le había ceñido su propia esposa, llevaba en la galera con que se cubría una divisa celeste y blanca con el lema “*Libertad o Muerte*” bordado en oro. Tuvo un momento de emoción intenso, que él mismo relató a su esposa Dolores Correas unos días después:

He pensado mucho en mi pobrecito Augusto. El día que me embarqué no quería despedirme de él por no enternecerme en presencia de tanta gente, pero él me gritó de atrás: —¡Adios, Tata!, que me penetró el alma.

Lavalle se embarcó en la falúa oficial de la Capitanía del Puerto, que le fue ofrecida por el ayudante de servicio, viendo que iba acompañado por Lamas y una numerosa comitiva, por lo que no imaginó que tan abiertamente se contradijera la voluntad del Presidente.

Prosigue Pueyrredon relatando la reacción de Rivera al enterarse:

“Su furor no tuvo límites: salió corriendo a casa de Ellauri, quiso depone al Ministerio y al Intendente, mandar la goleta *Luisa* a echarnos a pique; al fin sus Ministros consiguieron calmarlo, y se preparó a otras medidas. El Presidente mandó orden al Coronel [Pueyrredon] para que bajase del Cerro a ponerse a las órdenes del Gobierno con toda la fuerza de su mando. El Coronel contestó que aquella fuerza era argentina y no obedecía más órdenes que del general Lavalle. El segundo ayudante que vino a las diez trajo segunda orden para que bajase inmediatamente a embarcarme en la Escuadra oriental, y que de no obedecer sería atacado, o entregase las armas. Esta orden fue contestada del mismo modo, agregando que si lo atacaban se defendería, y en cuanto a las armas, que viniesen a tomarlas!”

Sin otro incidente, a mediodía la tropa se embarcó en la goleta *Catalina* que mandaba el capitán Francisco Balán, y por la noche los buques franceses a donde habían transbordado, los condujeron a la isla Martín García. Tomada tierra el día 3 de julio, pudo avistarse la Escuadra oriental que se acercaba para evitar la operación, ya consumada, por lo que ésta se retiró a Montevideo.

La fuerza expedicionaria consistió inicialmente en no más de 137 hombres de todas clases, según recuerdos del coronel Pueyrredon, los cuales enarbolaron el pabellón nacional en la zona de Martín García donde se instalaron, quedando una pequeña guarnición francesa en otro punto. Pueyrredon quedó como Comandante en Jefe, y su jefe de Estado Mayor lo fue el coronel Ángel Salvadores. Los acompañaba el de igual grado Prudencio Torres, quien en 1831 desertara de las fuerzas de Pringles en Río Cuarto, pero que dos años después sostuvo al Gobierno de Balcarce, por lo cual también tuvo que expatriarse.

Días más tarde arribó el general Lavalle (11 de julio), demorado frente al puerto de Montevideo "para concluir asuntos de grave interés que habían quedado pendientes por la precipitación con que fue indispensable embarcarse", según explica el coronel Juan Elías en su *Historia de la guerra de los libres*. Adoptado el nombre de *Legión Libertadora* y aumentada a alrededor de 160 efectivos —60 jefes y oficiales de todos los grados y armas, y 100 soldados voluntarios—, fue organizada de la siguiente forma: jefe de Estado Mayor General el coronel Martiniano Chilavert, primer edecán del Comandante en Jefe el coronel Elías, miembros del Cuartel General los tenientes coroneles Indalecio Chenaut y Leonardo Mansilla, jefe del escuadrón *Maza* el coronel Pueyrredon con los hombres que condujo desde Montevideo, jefe del escuadrón *Sagrado* —compuesto por los jefes y oficiales sin destino— el coronel Niceto Vega, y la escasa infantería (30 individuos) mandada por el coronel Ángel Salvadores. El coronel José Olavarría quedó para dársele colocación cuando se contara con mayores elementos. A poco se sumaron otros contingentes, si bien en corto número: el coronel José María Vilela con algunos antiguos integrantes de su Regimiento de Colorados, fue puesto a la cabeza del escuadrón que llevó el nombre de *Cullen*; una recluta de 200 entrerrianos de las islas vecinas formó el escuadrón *Libertad* cuya jefatura se encomendó al coronel Jaime Montoro, y con un grupo de ellos se constituyó el piquete de escolta del General, a órdenes del flamante capitán Manuel Hornos. Del Estado Oriental llegó el teniente coronel José Joaquín Baltar con otro piquete. El doctor Antonio Rodríguez (hijo del general don Martín) fue auditor de guerra, el doctor Pedro Serrano cirujano mayor, y el ciudadano Isafas de Elía tuvo a su cargo la comisaría de la Legión. La secretaría quedó en manos de Félix Frías.

Vaya un detalle que hace a una modificación en los hábitos militares. El general Juan Lavalle durante su emigración habíase dejado crecer la barba, y a imitación de esta modalidad, desde entonces muchos de sus jefes y oficiales así lo hicieron, siendo que hasta entonces las *Ordenanzas* militares vigentes imponían el rostro afeitado, tal cual se usara durante las guerras por la Independencia y contra Brasil. En el futuro, la barba entera adquiriría una manifestación visible de militancia contra la Tiranía.

El Presidente Rivera no cesaba de hostilizar la movilización de los argentinos emigrados, impidiendo su traslado a Martín García o incluso internándolos fuera de la capital, prohibiendo las remesas de armas y equipos, y hasta de alimentos, que fueron provistos mediante el subterfugio de adquirirlos la Escuadra francesa. Las naves del Gobierno Oriental recorrían el Plata y el Uruguay para obstaculizar la llegada de nuevos soldados, que como se expone líneas arriba, debieron alistarse de Entre Ríos. Para lograr adhesiones en la propia Buenos Aires, uno de los antiguos *apostólicos* o "restauradores" del año 33, el coronel Manuel Alejandro Pueyrredon, dirigió cartas a varios jefes de Rosas amigos suyos, uno de los cuales, el teniente coronel Bernardo González, la presentó al Dictador y fue publicada en su órgano de prensa. Estaba concebida en los siguientes términos:

Lavalle es otro hombre ahora, lo amarás cuando lo veas. Todos los argentinos vamos; no son unitarios, no, entre nosotros no hay Partidos, somos los de todos los Partidos reunidos. Lavalle es más federal que todos, y le acusa a Rosas de ser unitario.

Pueyrredon corrobora tal cambio de actitud, al referir que el General le había declarado

"que él nunca sería obstáculo para nada, que él iba decidido a ser lo que los pueblos quisieran que fuese; que si al llegar a Buenos Aires los pueblos le dijeran sea Ud. federal, ninguno sería más federal que él, pero si por el contrario le decían sea Ud. unitario, que no tendría embarazo en ponerse a las órdenes de cualquiera de ellos".

La falta de ambición personal de Lavalle era sincera: el antiguo caudillo de 1828 había perdido todo deseo de figurar en política, para consagrarse exclusivamente a la tarea militar y luego a su familia. En la intimidad, a su esposa escribió en ese mes de julio de 1839:

Mi Dolores: voy a una grande empresa con un puñado de hombres, y no desconfío enteramente del éxito. Si derribo al tirano, entonces te juro prepararte días felices, y una vida dulce y apacible. Vos y la Patria ocupan mi memoria siempre.

El plan era desembarcar en las costas de Buenos Aires, y para ello se estudiaron distintos puntos, desde la ensenada de Barragán o la atalaya de Magdalena, cercanas a la capital, pasando por la boca del Salado, Tuyú, el cabo Corrientes o incluso la lejana Bahía Blanca. Fueron descartados los primeros por la vigilancia del Gobierno, el cabo Corrientes por su fuerte oleaje, y Bahía Blanca por lo remoto del lugar y la gran distancia hasta el objetivo de la campaña. Tampoco la ribera norte de la Provincia pareció segura. Los conspiradores de la campaña lo esperaban ansiosos en el sur, señalándole la conveniencia de tomar tierra cerca de la laguna de los Padres, donde era aguardado por los estancieros provistos de caballada para montar a la Legión.

De pronto, hacia mediados del mes de julio, ocurrió un vuelco inesperado y auspicioso para el horizonte político de los liberales. Resulta que las propuestas de arreglo que Rivera había encargado transmitir a Rosas por intermedio del agente británico Mandeville, fueron desestimadas por el segundo, ya que el embarque de Lavalle en forma pública en el puerto de Montevideo, y el traslado de sus efectivos a Martín García, persuadieron al Gobernador de Buenos Aires que habían sido realizados contando con la anuencia —si no con la cooperación— del Presidente uruguayo. La maniobra ideada por Andrés Bello, de no ocultar la salida del General, por decoro de éste y de su empresa, engañó al Dictador porteño. En consecuencia volvieron a crecer los temores de invasión que abrigaba Rivera, y éste derivó sus esperanzas al éxito que pudiera alcanzar Lavalle. El Comandante de la *Legión Libertadora* recibió con recelo este nuevo vuelco de personaje tan poco fiable, aunque naturalmente no desdeñó su concurso.

Un resultado grave produjo el cambio de actitud de Rivera, determinante para las operaciones subsiguientes.

Puesto que Rosas ordenó al Gobernador de Entre Ríos, general Pascual de Echagüe, que llevara a cabo la invasión al Estado Oriental para castigar la conducta de aquél. El cruce del río Uruguay por parte del Ejército Federal Entre-

rriano se produjo el 2 de agosto, sin oposición. Eran entre 6.000 y 7.000 hombres perfectamente equipados, llevando a su frente a los vencedores en Pago Largo, a los cuales se sumaron los generales orientales Lavalleja y Garzón. Una pequeña fuerza miliciana de 600 hombres quedó en observación de Corrientes cerca de Concordia. El mismo día del pasaje, el general Echagüe informaba al Gobernador Rosas:

El Ejército de mi mando se halla hoy en el territorio de la República Oriental, dando principio a sus operaciones militares para destruir el poder del anarquista unitario Rivera, quien no contento con haber derrocado las autoridades legalmente constituidas y anulado sus leyes, posteriormente tuvo la osadía de provocar una guerra con la República Argentina protegiendo a los envilecidos unitarios en sus inicuas empresas de ataque a la Confederación, y aliándose a los pérfidos agentes de Francia para mejor conseguir el objeto de su abominable plan.

Conociendo este suceso, el general Lavalle modificó su plan de operaciones, confiando a su esposa el 5 de agosto:

Estoy desesperado por meterme en Entre Ríos si el Ejército invasor permanece en la Banda Oriental. Pero no lo digas, ya porque no será bueno que Rosas lo sepa tan pronto, ya porque si el Gobierno de Montevideo conoce esta intención, no [nos] dará nada.

En esas jornadas de apuro, el Presidente Rivera, forzado por los acontecimientos a definir su actitud, comenzó a reunir sus efectivos y reorganizó su Gabinete, nombrando Ministro de Gobierno al joven Andrés Lamas, y de Guerra al antiguo general José Rondeau, lo cual fortaleció el espíritu público, conocida la alianza con Lavalle.

Este último adoptó aquella resolución que alteraba sus planes, ante la situación novedosa que se le presentaba, pero que contrariaba la confianza puesta en la acción de la Legión Libertadora. No obstante, se mantuvo firme en el cambio adoptado, que hizo conocer a Lamas mediante carta del 10 de agosto:

No perderé tiempo en demostrar a Ud. que el ataque sobre la Provincia de Buenos Aires era vicioso, considerado política y militarmente. Era un efecto de las fatalidades que Ud. conoce: yo no tenía otro camino. Pero después que el Estado Oriental ha sido invadido, ese ataque no sería una falta sino un crimen. La revolución argentina ha de ser completa para que produzca todo el bien que desean los pueblos. Rosas y Echagüe deben caer: a mí me es indiferente empezar por una o por otra parte, pero no al pueblo oriental invadido. Yo tengo, pues, que obedecer a su interés, que es el interés de todos: el de nuestra hermosa causa. Querido: me voy a Entre Ríos. En Buenos Aires se van a desesperar, pero así lo exige el bien público.

No sólo en Buenos Aires se desesperaron; también en Montevideo.

Conocida la resolución de Lavalle, la mayoría de sus amigos íntimos la censuró: Florencio Varela, Valentín Alsina, Juan N. Madero, Juan Bautista Alberdi. En efecto: dirigirse a Entre Ríos era alejarse del centro de poder enemi-

go, desilusionando a quienes esperaban la pronta caída de Rosas. En Entre Ríos, en cambio, poca cooperación encontraría la Legión, y en cuanto al Estado Oriental era capaz de defenderse por sí solo de Echagüe (como lo demostró a poco). No era "vicioso" el desembarco en el sur donde era aguardado con plena confianza en el triunfo, ni en el norte pese al peligro que significaban fuerzas federales (tal cual quedó comprobado cuando allí se produjo en 1840). Fue el primero de los errores estratégico-operacionales que Juan Lavalle cometerá como General en Jefe durante su campaña contra el Dictador.

Mas era la única acción que se emprendía, y los trabajos para sostenerla se incrementaron, ahora con el cambio de actitud del Presidente Rivera. El Gobierno Oriental contribuyó con dinero, armas y vestuarios; los argentinos todos aportaron donaciones en la esfera de sus posibilidades individuales; algunos orientales también ayudaron.

El caso es que, tras los preparativos para alistar y equipar a las tropas, ahora aumentadas aunque no en la medida suficiente (549 efectivos), la Legión Libertadora se embarcó organizada en dos Divisiones: la primera a órdenes del coronel Olavarría en balandras orientales, y la segunda en naves francesas, lo que se llevó a cabo entre el 1 y 2 de septiembre. Y remontaron el río Uruguay para comenzar la guerra contra Rosas invadiendo el sur entrerriano.

Sabido el hecho en Buenos Aires, hubo alguien que no se desesperó; todo lo contrario: Juan Manuel de Rosas comentó sonriendo al diplomático brasileño Souza Monteiro, mientras frotaba sus manos: —*Entre Ríos ha sido y va a ser ahora, el sepulcro de los unitarios!*

6

Al abrirse la campaña, a los integrantes de la Legión Libertadora se les distribuyó una proclama suscripta por Lavalle originariamente destinada a quienes lo esperaban en el sur, como que estaba emitida desde el "Cuartel General en marcha para Buenos Aires", y sus primeras frases exponían: "*Yo debía pisar estas playas un día. Los atentados inauditos del Bárbaro no me han permitido esperar más tiempo*". De cualquier modo, servía a los propósitos de explicar el objetivo político de la empresa militar, válido para todos los territorios de la Confederación Argentina. La dirigía "a los hombres todos de libertad y honor". El párrafo más significativo recogía sus anteriores conceptos dichos en confianza, pero ahora expuestos de manera pública y solemne:

Inútil es que os advierta que yo vengo a recibir mi fe política del pueblo. No traigo recuerdos; he arrojado mis tradiciones: yo no quiero opiniones que no pertenezcan a la Nación entera. Federal o unitario, seré lo que me imponga el pueblo. No traigo a la República Argentina otros colores que los que ella me encargó defender en Maipo, Pichincha e Ituzaingó. Los traigo del destierro, y con ellos también los grandes principios de la Revolución de Mayo. Sólo traigo un partido: la Nación. Sólo traigo una causa: la Libertad. Sólo traigo una ambición: romper el último eslabón de la esclavitud de mi Patria, y deponer mi espada a las plantas del pueblo argentino. No reconozco más que un solo enemigo: el enemigo del pueblo: el tirano Rosas.

La expedición fondeó primeramente en la desembocadura del arroyo Ñancay, ubicado al sur de Gualeguaychú, y fue destacado el capitán Manuel Hornos para que, como nacido en la zona, procurase caballos para montar el escuadrón del coronel Olavarría. Mientras, la flotilla avanzaba aguas arriba del Uruguay hasta que tomó tierra parte de la tropa (114 hombres) en el puerto de Landa, con el general Lavalle a la cabeza, llevando su espada en la mano y seguido por el abanderado que portaba la insignia nacional: ésta era una rica enseña hecha por las damas argentinas de Montevideo, de damasco de seda, celeste y blanca, con el sol bordado en oro, y también la "corbata" con borla y flecos de oro y plata. Un cuadro contemporáneo registró la escena, con retratos de algunos de sus participantes.

Se contaba con algunos caballos —aún no se habían incorporado el coronel Olavarría y el capitán Hornos—, y una partida montada "en pelo" se ocupó de alejar a una guerrilla del comandante Eduardo Villagra que los observaba a distancia. Reunidos aquellos con más cabalgaduras, se dirigieron hacia la villa de Gualeguaychú llevando a su cabeza a Lavalle, pese a la lluvia que caía, mientras el resto de la Legión lo hacía embarcada. Todos se reunieron allí el día 8. El General en Jefe emitió una nueva proclama, destinada esta vez a los habitantes de Entre Ríos:

Yo vengo a ponerme al lado de los pueblos para pelear contra sus opresores, Rosas y sus esclavos: he aquí nuestro Ejército enemigo, todos los demás argentinos son nuestros aliados y hermanos. Vamos a pelear con sinceridad y por la última vez para que nuestra bella Confederación no sea el patrimonio de un tirano; para que las Provincias argentinas salgan del abatimiento y la miseria; para que todas ellas puedan gobernarse a su voluntad y sin la intervención odiosa de un usurpador extraño como Rosas.

Olvidados de nuestras opiniones de otros tiempos, no queriendo más principios que los que profesa toda la República, dóciles a las voluntades victoriosas de los pueblos, nosotros venimos a someternos a ella con honor, gritar si es necesario a la faz de la Nación: ¡Viva el Gobierno Republicano Representativo Federal! Levantaos, pues, en masa, valientes entrerrianos, con la confianza de que van a ser nuestras la victoria y la libertad.

No mas cadenas ni tiranos, ni miseria, ni soledad ni atraso. Un último esfuerzo y somos hombres de vida, de Constitución, paz y prosperidad.

Contrariando estos deseos, el Gobernador Delegado, general Vicente Zapata, reunía a las milicias provinciales en el centro del territorio.

En Gualeguaychú el general Lavalle recibió varios otros camaradas, como los coroneles Pedro José Díaz y Francisco Reynafé, llegados de Montevideo, y también se presentó, el día 12, un enviado de los estancieros del Sur (Marcelino Martínez Castro) reclamando su urgente traslado hacia Buenos Aires, donde aún era aguardado con los elementos bien dispuestos. En un principio Lavalle estuvo de acuerdo en reembarcarse para ese destino, mas el jefe naval francés a cargo objetó su falta de instrucciones y la carencia de víveres para efectuar trayecto tan largo, lo que abortó el intento. Lavalle hizo comprender a Martínez Castro la imposibilidad de satisfacerlo, y le rogó que el levantamiento aguardase hasta que él cruzara el río Paraná para ir en su ayuda.

Tras ello retornó el enviado a la campaña bonaerense, y los buques franceses partieron para recorrer el río Uruguay con el fin de impedir un eventual retorno del Gobernador Echagüe.

La Legión Libertadora no había recibido las adhesiones que su jefe había confiado en obtener, y por el contrario los comandantes entrerrianos se replegaban hacia el centro de la Provincia, por lo que determinó marchar hacia la de Corrientes "para restablecer su Gobierno legítimo —escribió—, asegurándose así un punto de apoyo y el libre paso del Paraná por aquella Provincia, en caso que no pueda practicarlo por ésta". Asimismo restableció su correspondencia con el general Fructuoso Rivera, con el fin de estar de acuerdo en sus respectivas operaciones. Apenas si ciertos individuos aislados se le incorporaron: el teniente coronel John H. Coe (yerno del ex Gobernador Juan Ramón Balcarce) y el veterano coronel Juan Andrés de Pueyrredon (hermano del antiguo Director Supremo), anunciando que en Concepción del Uruguay existían armas, vestuarios y dinero en cantidad, pero el general Lavalle optó por enfrentarse con las fuerzas que el Gobernador Zapata había reunido en el centro de Entre Ríos.

Marchó, pues, la Legión hacia el norte, y el 22 de septiembre de 1839, chocó con las tropas entrerrianas del general Vicente Zapata, en Yeraú (Departamento Concordia). Este último contaba con alrededor de 1.600 efectivos, para oponerse a los cuales Lavalle disponía menos de su mitad: 462 hombres, de los cuales 30 eran infantes. Según hace saber el coronel Manuel Pueyrredon, los enemigos disponían de una reserva: "400 hombres coronaban las alturas en círculo del campo, para que ninguno de los nuestros pudiera escapar".

Al mismo Pueyrredon se debe un relato pormenorizado del combate:

"El general Lavalle dispuso la Legión en el orden siguiente: 4 escalones, compuesto el primer escalón del escuadrón *Libertad* (su coronel Montoro), a cuya cabeza se puso el coronel Olavarría, que mandaba las columnas de ataque. Segundo escalón, escuadrón *Maza*, mandado por su jefe el coronel Pueyrredon. Tercer escalón, escuadrón de oficiales, mandado por su jefe el coronel Vega. Cuarto escalón, compuesto de los piquetes de Baltar, Hornos, Vilela y Reynafé, mandados por el coronel Vilela. 30 hombres a pie era toda la infantería, compuesta de ciudadanos distinguidos, mandados por el coronel Salvadores. Los jefes no recibieron más orden que obrar según las circunstancias, y no perseguir más que cinco o seis cuerdas: la primera se cumplió, porque cada uno maniobró según el caso lo exigía. El enemigo presentó una extensa línea de batalla, teniendo varios escuadrones en columna de reserva.

"El coronel Olavarría cargó la derecha enemiga y fue envuelto totalmente. El coronel Pueyrredon, viendo esto, precipitó su carga al centro, rompió la línea enemiga y desenvolvió al *Libertad*, que repitió su carga inmediatamente. Al coronel Olavarría se le desbocó el caballo en ésta y fue al medio de los enemigos; le salvó su heroico valor y el auxilio que le prestaron sus valientes ayudantes Terrada y Aquino, que se lanzaron al enemigo para salvar a su Coronel y lo consiguieron, pero Aquino fue lanceado. El coronel Vega secundó estas cargas por la izquierda, y aunque no entró a la línea enemiga, porque toda la izquierda participó de la derrota del centro, impidió que fuésemos flanqueados como lo fueron por la derecha.

"El cuarto escalón tuvo que dar una conversión porque numerosos enemigos cargaban por la retaguardia, y peleó bizarramente. Los 30 infantes, que parecían un punto en aquel vasto campo, rompían cuanto encontraban.

"La batalla fue completamente ganada, sin que hubiese un solo individuo que no cumpliera con su deber".

En su parte el general Lavalle explica el ataque entrerriano a su ala izquierda (coronel Vilela):

Su derecha, no encontrando enemigos al frente y dividida por los fuegos de nuestros infantes, hizo una maniobra rápida y se lanzó por nuestra retaguardia: eran 500 hombres. El mayor Hornos tuvo la arrogante audacia de dar vuelta sobre su izquierda y cargarlos con sus 40 hombres: el enemigo rodeó a estos bravos, que pelearon un momento 1 contra 13. Nuestro cuarto escuadrón cambió en el acto de frente por su izquierda, atacó la derecha enemiga y la puso en fuga.

Zapata perdió un centenar de hombres, mientras que la Legión sólo tuvo que lamentar 1 oficial y 3 soldados muertos, y 3 oficiales y 15 hombres de tropa heridos, según el parte elevado por el general Lavalle al Ministro de Guerra en Montevideo. Tiempo después el jefe de la fuerza anticipó un premio a los participantes en esta victoria, "a nombre del Gobierno legal de la Provincia de Buenos Aires que suceda al del tirano Rosas", consistente en un lazo con los colores nacionales para llevar en el antebrazo izquierdo.

Tras el combate el general Lavalle reunió en consejo de guerra a sus jefes para plantear la disyuntiva que se ofrecía a sus movimientos futuros: marchar contra el Gobernador López de Santa Fe, quien había cruzado el Paraná y ocupado a la ciudad de este nombre, con el fin de combatirlo, o bien dirigirse hacia la cercana Provincia de Corrientes, donde era posible hallar simpatías, latentes pese a su contraste en Pago Largo. Este último paso fue el acordado. A tal efecto se despachó a un oficial correntino ante el antiguo mandatario Pedro Ferré, anunciándole la proximidad de la Legión Libertadora, con el propósito de que impulsara una reacción contra el Gobernador Romero. También, con fecha 25 de septiembre, fue enviado un largo mensaje a la Legislatura de Entre Ríos señalando los abusos del Dictador porteño contra las Provincias y sus habitantes, las violencias cometidas tras la batalla ganada por Echagüe en Pago Largo, que debían ser reparadas por sus mismos autores, y la necesidad de trabajar por la organización nacional. Pero la presencia del general Juan Pablo López tuvo el efecto de que la nota no fuera contestada.

No ocurrió lo mismo en Corrientes.

"El 29 de septiembre —escribe Pedro Ferré— recibí el aviso del general Lavalle del triunfo que había obtenido en el Yerúa contra los enemigos, y ofreciéndose a coadyuvar a la libertad de Corrientes". El ánimo allí estaba pronto, y nada costó al coronel José Domingo Ábalos deponer al mandatario, y concertar la adhesión decidida de los comandantes de los Departamentos de la campaña. La Provincia se levantó espontáneamente contra las autoridades impuestas tras su sangrienta derrota, y como consecuencia de este pronunciamiento, la Legislatura destituyó al coronel de milicias José Antonio Romero

de su puesto de Gobernador de Corrientes, nombrando en su reemplazo al brigadier Pedro Ferré (6 de octubre). La ley sancionada estuvo encabezada por el lema ¡Viva la Federación Argentina! Refiere Ferré en su *Memoria*:

"Puedo lisonjearme que tal vez haya sido este movimiento popular de esa naturaleza, el único que nuestra Historia presenta de más orden, tanto en la capital como en la campaña y pueblos de ella, pues no se faltó el respeto a persona alguna, y a las doce del día quedó la capital como si no hubiera acaecido tan notable suceso".

Expuso el mismo:

"Debo advertir que hasta entonces no había tenido yo la más mínima relación con el general Lavalle, ni antecedente ninguno con él, ni con los de su círculo. No tuve la menor parte ni conocimiento alguno del paso que dió sobre Entre Ríos, ni hubo acuerdo con él ni con otro para el que yo di en Corrientes. Lo hice, sí, porque consideré el momento oportuno para libertar a mi Patria, viendo llamada la atención del enemigo y la ocasión de unirnos los argentinos para contener el torrente de sangre que derramaba Rosas por todas partes donde alcanzaba su ambición. Ésta es la razón por que yo me he opuesto siempre a Rosas, esto es: por su oposición constante a constituir nuestra Nación o que haya un Cuerpo que la represente, para dirigirla él bajo títulos especiosos y disponer a su antojo de los dineros de las Provincias, como lo ha hecho con Santa Fe, Corrientes y otras Provincias, e intenta hacerlo en el Estado Oriental; y por esa política de exterminio que ha adoptado, ha hecho desaparecer miles de vidas y envuelve en llanto a muchas más familias".

En conocimiento de estos hechos comenzó a moverse la Legión de Lavalle. Tras despachar a su jefe de Estado Mayor, coronel Chilavert, a Corrientes, con el escuadrón de Vilela, para preparar recursos antes de penetrar en aquella Provincia, el grueso de la misma emprendió camino hacia Villaguay —centro de Entre Ríos—, amagando atacar a Zapata y López para ocultar el desplazamiento de Chilavert y Vilela. Tras ello, efectuó una conversión y siguió a éste en dirección a Corrientes.

Contemporáneamente, ocurrencias graves tenían lugar en Buenos Aires.

El enrolamiento de paisanos que efectuaban los más importantes estancieros del sur de esa Provincia y las reuniones conspirativas de los dirigentes no podían ser ocultados por mucho tiempo. Por fin el Gobernador Rosas, por medio de su edecán el general Manuel Corvalán, ordenó a los Jueces de Paz de Dolores y Lobería "que remita Ud. presos y engrillados a esta capital cuatro de los más acérrimos de los salvajes unitarios", sin nombrarlos: como no se los conocía con certeza, se usó este subterfugio para que fueran individualizados. Entonces se pusieron en acción los conjurados, y comenzaron sus citaciones.

En la mañana del 29 de octubre de 1839 se reunieron 170 ciudadanos en la plaza de Dolores —el pueblo más importante del otro lado del río Salado—, y el comandante Manuel Rico proclamó el alzamiento contra el Gobernador, “mandón inicuo que nos afrenta con sus caprichos”, concluyendo con *vivas* a la libertad y *mueras* al “tirano Rosas”. Se suscribió un documento destinado al general Lavalle y quedó elegido Rico comandante general de las milicias del Partido. Varias señoras tiñeron telas para improvisar banderas argentinas (porque no se encontraron lienzos de color celeste en el pueblo). Uno de los implicados, el joven José María Guerra, describe el estado militar de los “*Libres del Sur*”:

“Teníamos reunidos en el campamento instalado cerca del cementerio de Dolores, más de 5.000 hombres formados por los principales hacendados de aquella extensa campaña, con sus capataces y peonadas, y numerosas tropillas de sus mejores caballadas. No teníamos ni fusiles, ni sables, ni lanzas: las únicas armas con que contamos eran facones, puñales y boleadoras”.

El mismo Guerra acusa a la Comisión Argentina de Montevideo de no haber remitido a tiempo el armamento que se le requiriera y que tanta falta hacía. A esta ciudad se escribió solicitando la concurrencia de los veteranos generales Juan José Viamonte y Eustoquio Díaz Velez para dirigir las operaciones contra Rosas.

En la estancia *El Durazno* de Juan Ramón Ezeiza se reunieron el mayor Castelli y el coronel Crámer, y este último mandó al joven Pedro Lacasa a que fuese a comprometer a los oficiales del Regimiento mandado por el coronel Nicolás Granada, quien se hallaba acampado sobre el arroyo Tapalqué luego de obtener un triunfo sobre los indios. Indica Lacasa mismo: “El comisionado en cumplimiento de sus instrucciones no dijo al coronel Granada una sola palabra que pudiera haberle hecho comprender el motivo ostensible de su viaje”. Lo positivo es que los jefes del alzamiento consideraron que también dicho militar se plegaría a él, por cuanto una vez producido, su amigo Fernando Otamendi le escribió invitándolo a participar. La confusión no residía sólo en el campo de los revolucionarios, sino también dentro de los grupos federales; tan es así, que el 6 de noviembre un vecino de Tapalqué denunciaba al Gobernador Rosas que los indios *amigos* estaban “alarmados” por las “*sugestiones de los sublevados*”, a cuya cabeza indicaba a Benito Miguens y al propio hermano de aquél, Gervasio O. de Rozas (en verdad, éste estuvo complicado en el movimiento y se lo injurió públicamente en Buenos Aires sin que el mandatario contuviera las expresiones, debiendo asilarse a bordo del buque de guerra francés *Pandour* y pasar una temporada fuera del país).

La rebelión en los campos y poblados sureños repercutió fuertemente en la ciudad de Buenos Aires. Como residente en ella, el testimonio del general Paz es valioso:

“Creo que el movimiento del sud de Buenos Aires es uno de los episodios más brillantes de esta época: él fue tan espontáneo como general, tan desinteresado como simultáneo: casi no tuvieron parte en él los cuer-

pos militares y fue todo obra del paisanaje, incluso los ricos propietarios de aquella campaña. Es seguro que ningún otro suceso ha sorprendido tanto a Rosas, y a fé que tenía razón para ello: el sud era la comarca predilecta, en la que se creía que conservaba más influencia; había sido, en una palabra, la cuna de su poder, y la tenía por su más firme apoyo. Fue para él un desengaño, una sorpresa, un desencanto: puede creerse sin miedo de equivocarse que han sido los días más aciagos de su carrera”.

El 31 de octubre el Gobernador Juan Manuel de Rosas recibió este alarmante parte del Juez de Paz de Chascomús —expedido antes que este mismo pueblo se pronunciara por el movimiento—, transmitiendo las noticias comunicadas por un vecino de Dolores:

Que el comandante Rico encabezaba allí una fuerza armada considerable, en apoyo de la insurrección dirigida por don Benito Miguens y don Pedro Castelli; que estaban como cómplices de la insurrección varios hacendados de nota, cuyos nombres no recordaba el declarante; que el piquete destacado en el Tuyú mandado por el capitán Vigorena debía haber sido tomado ayer; que toda la extensión de campaña hasta Bahía Blanca se halla insurreccionada por los revoltosos, pero no dice si han sido ocupados el Tandil y fuerte Azul; que una fuerza considerable se dirigió para aprehender al coronel Valle, que debía hallarse en su estancia del Tandil; que el coronel don Nicolás Granada con su fuerza debía haber estado en el Monte el 29 a la noche para apoderarse de aquel punto y tomar preso al coronel González y demás jefes.

Dicho Juez informaba de haber dado parte al coronel Vicente González y al teniente coronel Juan Francisco Olmos en la boca del Salado, y aviso a los Capitanes de las milicias de la localidad. Un espía fue despachado en dirección a Dolores.

Estas novedades alarmantes para el Gobierno fueron confirmadas en idéntica fecha por el Juez de Paz del Partido de Monsalvo, arrestado en los primeros momentos por una fuerza armada que respondía al “General de los Libres” (*sic*), que lo era Pedro Castelli, para apoderarse del armamento en su poder.

Describe Paz el clima espiritual en la capital:

“Las noticias que llegaban a Buenos Aires eran por momentos más alarmantes para el Gobierno. El primer movimiento había sido en el pueblo de Dolores, pero corría con una rapidez eléctrica. Chascomús, cuya importancia como pueblo de campaña nadie ignora, no sólo había secundado a Dolores, sino que se había pronunciado con mayor energía. No paraban en eso los temores de Rosas, sino que creía minado todo su Ejército. Se hablaba de las inteligencias de los oficiales de Granada, y de Granada mismo, con los revolucionarios, y se contaba con movimientos análogos que reventarían a las puertas de la misma capital. La desconfianza, que cuando las delaciones de Martínez Fontes y Medina Camargo habían torturado a los unitarios, pasó a ocupar los ánimos de los federales, quienes se miraban sin poderse penetrar mutuamente. Rosas mismo creyó que su hermano don Gervasio era uno de los principales factores de la revolución del sud, y en consecuencia lo anatematizó del modo atroz que

nadie ignora. Sus enemigos en la capital llegaron a creerse por unos momentos en vísperas de su completo triunfo”.

El general Tomás de Iriarte, quien luego tuvo noticias directas de los actos en el movimiento, confirma:

“Es bien notorio que el grito dado en Dolores produjo el efecto de una chispa eléctrica: encontró un eco en toda la campaña, y a los cinco días cerca de 3.000 hombres habían concurrido al llamamiento de la Patria. El pueblo de Chascomús al pasar los libertadores hizo las mayores demostraciones de regocijo, y las mujeres consumieron sus flores y cuanta agua de colonia había en el pueblo, arrojándola sobre sus compatriotas”.

Desde Dolores, el 5 de noviembre, el comandante Pedro Castelli escribió a su antiguo camarada Juan Lavalle dándole cuenta del movimiento armado, pero no para incitarlo a unírseles:

El entusiasmo de que están animados estos patriotas sólo necesita la cooperación pronta y activa de V.S. sobre el norte de la Provincia, para asegurar el triunfo de la libertad.

El general Lavalle se impuso con gran esperanza del alzamiento, “que puede bastar por sí solo a la caída del Tirano” —consideró—, pero estuvo acicateado con el proyecto de obrar con actividad en su ayuda, lo que no estaba por el momento dentro de su posibilidad.

El 9 de noviembre la Sala de Representantes de la Provincia ponía a disposición del Gobernador sus personas y propiedades “para el sostén de las leyes, de la independencia nacional y de la santa causa de la libertad del Continente Americano”. Otra resolución declaró que “el motín de Dolores y Monsalvo es un crimen de alta traición”, acordando recompensas para los funcionarios públicos “que permanezcan fieles a la Patria”.

El Dictador encomendó la represión a su hermano el general Prudencio Ortiz de Rozas, quien se hallaba en Azul, y el cual impartió órdenes para que se le reuniera el coronel Narciso del Valle, convocando luego a otros jefes. Asimismo el Comandante del Departamento del Norte, general Ángel Pacheco, recibió instrucciones para acampar sobre el río Arrecifes con 700 hombres de línea y milicias, a la espera de nueva orden, “como siempre ardientemente decididos y resueltos a sacrificar su existencia por la Causa Nacional de la Federación, y en defensa del honor y la vida de S.E.”.

Mientras, la rebelión cundía. El comandante de vanguardia de los ya titulados “Libres del Sud”, Zacarías Márquez, conjuntamente con Manuel Rico, despacharon el 4 de noviembre un oficio al Juez de Paz y al Comandante de las milicias de Ranchos, para sumarlos a la causa cuyos detalles ofrecían:

La campaña del Sud se ha levantado en masa contra el tirano Rosas; la voz eléctrica de la Libertad resuena desde aquí hasta el Quequén; Dolores y Chascomús han recibido con entusiasmo a los libres del Sud. Don Pedro Castelli, don Manuel Rico, los tres Ramos [Mejía], don Benito Miguens, y la División de Tapalqué, encabezan este movimiento legal: la fuer-

za de Tapalqué con el coronel Granada está en marcha sobre Monte. Me hallo en Chascomús con 900 hombres que forman la vanguardia; y entre ellos 300 hombres que forman el destacamento de la boca [del Salado] con su digno comandante don Francisco Olmos se han reunido con sus hermanos del Sud. Mando una fuerza de 400 hombres que alcanzarán desde las puntas de Vitel hasta Ranchos. El señor Juez de Paz y el comandante de la milicia reunirán inmediatamente toda la vecindad y proclamará la Libertad. Todos somos federales libres, desaparecerá la Federación de Rosas, Federación de sangre, de exterminio y de humillación. Los franceses también están prontos a auxiliarnos con armas desde la boca del Salado.

Las partidas revolucionarias merodeaban por los alrededores de Dolores, Chascomús y Monsalvo reuniendo caballos y armas, “con una desesperación de locos —denunciaba un hacendado federal al Gobernador Rosas—, que no dejaron a uno sin moverlo, para marchar dando la voz de Libres del Sur, que desde aquel día no existía el Gobierno Tirano de Buenos Aires que los tenía oprimidos”. Los partidarios del Gobierno se replegaron hacia Tandil y Azul, arreando a su turno las caballadas de los Alzaga y Díaz Velez para unirse a las fuerzas del general Ortiz de Rozas y del coronel Valle. Fuerzas federales partieron de allí a fin de perseguir a los adherentes de los sublevados por las sierras del Volcán, Lobería, el Tala, Quequén y Tres Arroyos.

En la Provincia de Entre Ríos se supo del alzamiento, y el coronel Manuel Pueyrredon, opinando que “si esa revolución no se atendía, se perdería por falta de hombres capaces para el mando”, obtuvo su separación del Ejército de Lavalle para marchar al sur de Buenos Aires. Su resolución sería tardía. También de Montevideo salieron conduciendo armas, equipos y dinero, los generales Tomás de Iriarte, Juan Apóstol Martínez y Félix de Olazábal, en naves francesas.

El general Prudencio O. de Rozas avanzaba contra los revolucionarios, habiendo cruzado el río Salado en la noche del 6 de noviembre, pese a la tormenta desatada,

en dirección a Chascomús, calculando sus marchas a fin de sorprender una fuerza de sublevados que según las últimas noticias que tenía se hallaban campados en número de 1.500 hombres cerca de la estancia de don Felipe Girado, como media legua al sud del pueblo.

Así lo ponía en conocimiento del edecán del Gobernador —su hermanito—, general Corvalán. Los “Libres del Sur” estaban en realidad al borde de la laguna de Chascomús y a poca distancia del poblado.

El 7 de noviembre chocaron los enemigos. Los revolucionarios se hallaban descuidados —carecían de verdadera organización militar—, y confiaban en la incorporación del Regimiento mandado por el coronel Granada, lo que originó desconcierto cuando vieron aparecer tropas que avanzaban contra ellos. Se prepararon para la pelea, no obstante lo mal armados y dirigidos que estaban, aguardando que desde las tropas gubernistas se les plegaran los oficiales comprometidos a ello. Tendieron su línea teniendo a sus espaldas a la laguna, lo que vale decir que carecían de reserva. Su ala derecha la comanda-

ba el coronel Ambrosio Crámer, secundado por los hacendados Domingo Lastra, Jacinto Machado y Fernando Otamendi. Al centro se hallaba el grueso de los revolucionarios, con sus jefes militares Pedro Castelli y Manuel Rico, Martín Campos, el oficial Juan Francisco Olmos y los estancieros Ramos Mejía, Sáenz Valiente, Álzaga y otros. El ala izquierda estaba mandada por Zacarías Márquez y el teniente Funes. Abanderado de los revolucionarios lo era el joven Leonardo Lastra.

Salieron Márquez y Funes al encuentro de quienes avanzaban contra ellos, pero al comprobar que no se trataba de Granada, sino que iban a ser atacados por los federales, retrocedieron al galope gritando a sus hombres que se replegaran, lo que causó una gran confusión (durante muchos años tanto Granada como Funes fueron acusados de traidores por los "Libres del Sur" a causa de ignorarse la falta de compromiso del primero, y no entendiéndose la actitud del segundo).

Los federales cargaron conforme al siguiente dispositivo: su ala izquierda al mando del coronel Manuel del Carmen García; el centro a las del mayor Florencio Villanueva, y la derecha comandada por el coronel Ventura Miñana, con indios amigos y milicias. El coronel Nicolás Granada quedó al frente de la reserva, y el general Prudencio Rozas se colocó —según su propio parte de la batalla— "en actitud de [actuar] donde las glorias de la Patria designasen su lugar".

Pese a la desproporcionada calidad que separaba a los contendientes, los bríos de los revolucionarios les hicieron tomar la iniciativa. Narra el general Ortiz de Rozas:

Una de nuestras guerrillas de la izquierda rompió el fuego sobre otra de la derecha enemiga, siendo [ésta] cuatro veces superior en número: al romperse el fuego de las guerrillas se puso en movimiento el enemigo, y como fuese obligada a volver caras nuestra guerrilla, mandé protegerla mientras hallaba la oportunidad de cargar. [...] Se tocó a la carga por orden del que firma, y como le pareciese al que firma que se retardaba la derrota de los sublevados, mandó tocar segunda vez a la carga. El enemigo sufrió y dio varias cargas, pero destrozada su izquierda, la mayor parte se precipitó a la laguna buscando en ella la salvación, que de otro modo no la hallaba, y parte huyó al pueblo.

El centro de los revolucionarios atacó a su vez a las tropas gubernistas, restableciendo la acción. Se debe el relato de lo sucedido a uno de los participantes en la batalla de Chascomús, el después teniente general Donato Álvarez, quien revistando como suboficial del regimiento *Libertad* a órdenes del coronel Granada, lo dejó referido en su autobiografía:

"Los revolucionarios, mandados por el impetuoso Castelli, arrastrados por su entusiasmo y ardor patriótico, aunque mal armados y no bien organizados, iniciaron el ataque cargándonos con sus caballerías, con tal empuje que vaciló y cedió conmovida la línea rosista. Sus dos alas fueron arremetidas con tal ímpetu que no tardaron en huir, dispersándose en vergonzosa derrota. Algunos de los fugitivos, en su pavor y considerándolo todo perdido, llevaron a Buenos Aires la noticia de la total derrota de su Ejército".

Entre los dispersos federales que abandonaron el campo se contó el propio general Prudencio O. de Rozas, lo que por cierto éste omitió mencionar en su parte, aunque reconoció que "*algunos soldados de línea y milicia, abrumados con el gran grupo de enemigos, los creyeron victoriosos en aquellos momentos*".

Pero la victoria de los *Libres del Sur* no estaba consolidada. El resultado del choque entre soldados de línea y milicias no podía ser dudoso. Añade Álvarez:

"La División veterana de Granada, en la que me encontraba, resistió, aunque con trabajo, los repetidos asaltos de los revolucionarios; y al fin consiguió dominar y vencer completamente a sus adversarios, parte de los cuales andaban dispersos en persecución de los vencidos soldados de nuestra derecha e izquierda. El triunfo, debido a la firmeza del coronel Granada, y a la disciplina y bravura de la División, había costado dolorosos sacrificios de vidas en ambos campos".

La revolución del Sur había concluido, dejando en el campo gran cantidad de muertos, heridos y prisioneros. Apunta el general Ortiz de Rozas:

Entre los primeros se han encontrado el cadáver del francés Ambrosio Crámer, que hacía de Jefe de Estado Mayor de la fuerza enemiga, de Zacarías Márquez, capitán de milicias que hacía de Coronel, el del capitán de milicias José Mendiola, que hacía de comandante de escuadrón, Domingo Lastra y su hijo, teniente primero de milicias Vicente Velásquez, Antonio Laredo, un francés llamado Juan.

Los trofeos fueron: "*Una bandera que remití a S.E. en carta anterior, 3 carretillas de a caballo, gran cantidad de caballada, muchos fusiles, tercerolas, lanzas y sables*". Pocas bajas contaron los vencedores: 7 muertos y 15 heridos, diferencia con los derrotados que debe imputarse a la matanza durante la persecución y excesos con prisioneros. Vale citar entre los federales al levemente herido teniente Crisóstomo Álvarez, tucumano, sobrino del general La Madrid, a quien luego se volverá a encontrar en la presente historia. Los muertos revolucionarios ascendieron a 250, y 700 prisioneros. En el *journal* llevado por el almirante Leblanc, el jefe de la Escuadra bloqueadora de Buenos Aires, éste anotó: "*Así terminó un movimiento que bien dirigido y conducido por jefes capaces y experimentados, habría podido acabar en pocos días con el poder de Rosas*".

Los que lograron escapar de su derrota se dirigieron desde Chascomús hacia Dolores, y de allí a la costa, sabiendo que iban a ser tenazmente buscados. No tuvo suerte el comandante militar de ellos, como lo hizo saber un nuevo parte del general Prudencio O. de Rozas datado el 16 de noviembre:

Ayer fue encontrado el salvaje unitario cabecilla Pedro Castelli en una isleta de monte a inmediaciones de la estancia del unitario Joaquín Acosta, por una pequeña partida flanqueadora de esta División, y no habiéndose querido rendir, fue necesario darle la muerte que merecía su horrendo crimen de lesa Patria; y habiéndole cortado la cabeza, me la presentaron

y fue reconocida por mí y muchas personas que lo conocían, y hoy por la mañana amaneció puesta encima de un palo en la plaza de Dolores, donde estos desnaturalizados y espúreos americanos desplegaron sus nefandos y traidores planes.

La orden del General que disponía tal medida, manifestaba al Juez de Paz local:

Con la más grande satisfacción acompaño a Ud. la cabeza del traidor forajido, unitario salvaje Pedro Castelli, General en Jefe titulado de los desnaturalizados sin Patria, sin honor y sin leyes sublevados, que ha sido muerto por nuestras partidas descubridoras, para que Ud. la coloque en medio de la plaza a la expectación pública, para que sus colegas vean el condigno castigo que reciben del Cielo los motores de planes feroces. La colocación de la cabeza debe ser en un palo bien alto, debiendo estar bien asegurada para que no caiga, y permanecer así mientras el Superior Gobierno disponga otra cosa, debiendo Ud. transcribir esta nota a S.E. nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes para su satisfacción. Felicito a Ud. por este suceso tan interesante para nuestra sagrada causa federal y para todo el Continente Americano.

Ortiz de Rozas impartió asimismo severas instrucciones a los Jueces de Paz para que procurasen prender a los sublevados dispersos, a fin de que

lleven un ejemplar castigo que sea un saludable remedio para nuestra querida Patria, cansada ya de sufrir unos malvados sin honor ni patria, enemigos de todo orden de cosas, y vendidos al oro inmundo y a la tiranía de los asquerosos franceses.

Entre los capturados lo fue el veterano general Eustoquio Díaz Vélez, quien fue remitido a Buenos Aires, desde donde pudo fugar tiempo después junto con Juan Martín de la Serna, otro prisionero.

Varios de los derrotados —alrededor de 900— lograron eludir la persecución y llegaron al puerto de Tuyú, sobre el océano Atlántico. Allí los recogieron, pocos días después, algunas naves francesas que los condujeron hasta Montevideo: embarcados en éstas habían concurrido transportando armas para incorporarse al movimiento los tres Generales antes aludidos, acompañados de algunos voluntarios, “para correr su suerte y batir la campaña, internados al desierto si es necesario —escribió en su *diario* Iriarte— hasta que el general Lavalle pase el Paraná con su Ejército”. Todo fue en vano. Apenas si quedó merodeando por los campos con algunos adictos un comandante Vicente Valdés, que quedó aislado, luego que su compañero Santiago Sotelo pudiera apoderarse momentáneamente del fuerte de Tandil, hasta que sin esperanzas de reacción disolvió su fuerza y con su segundo Barragán también pudo embarcarse en un navío francés que los recogió.

Los restos de los *Libres del Sur* se dirigieron a incorporarse al Ejército de Lavalle en el Litoral.

El Ejército Federal Entrerriano a órdenes del general Pascual de Echagüe se internaba en el Estado Oriental persiguiendo al mandado por el general Fructuoso Rivera, inferior en número y mal montado: su artillería se reducía a una sola pieza, y los infantes eran pocos. Para dar ocasión de remontarlo convenientemente, el Presidente oriental no ofreció pelea al enemigo, atrayéndolo lejos de sus fuentes de abastecimiento, mientras el general Anacleto Medina cuidaba su retaguardia y libraba algunos combates con éxito. La ciudad de Montevideo se fortificaba a toda prisa, pues Echagüe atravesó el río Negro y Rivera estaba replegado sobre Canelones. Transcurrieron casi cuatro meses sin un encuentro formal, desde que en los primeros días de agosto el Ejército Entrerriano invadiera el Estado Oriental, y mientras tanto Rivera aumentaba paulatinamente sus efectivos. En el Ejército Oriental revistaban varios jefes argentinos: el coronel Ángel Núñez (entrerriano), el teniente coronel José María Pirán (porteño), los coroneles correntinos José López y Vicente Ramírez (ambos apodados *Chico*) y el coronel Félix María Gómez, salvados del desastre en Pago Largo.

En diciembre ambos contendientes se hallaban muy próximos, habiéndose pasado el río Santa Lucía (a 17 leguas de Montevideo) y la batalla fue inminente. Los dos Ejércitos contaban con alrededor de 5.000 hombres cada uno, siendo más fuerte en artillería el oriental, ahora con 10 piezas contra las 4 de que disponían los federales.

El 29 de diciembre de 1839 chocaron Rivera y Echagüe en los campos que baña el arroyo Cagancha, y libraron una dura lucha que comenzó cerca de mediodía y concluyó a eso de las cinco de la tarde.

En el Ejército Oriental mandaban la caballería los generales Medina y Félix Aguiar, y los coroneles Núñez y Venancio Flores, formando las alas, quedando en el centro los cañones del teniente coronel Pirán, y dos batallones de infantería a órdenes del coronel Santiago Lavandera. El Ejército Federal Entrerriano dispuso el ala derecha bajo el mando del general Urquiza, y la izquierda al del general Lavalleja, ambas de caballería, con la artillería del mayor Juan Bautista Thorne y los batallones de infantería del general Eugenio Garzón en el centro.

Comenzó la batalla con una impetuosa carga de Urquiza contra Núñez, a quien hizo ceder posiciones, no sin duro empeño por resistirla, que causó grandes pérdidas a ambos; pero el general Lavalleja se retiró de la escena con su División en busca del Gobernador Echagüe, y esta maniobra inconsulta hizo perder la ventaja obtenida hasta entonces. Avanzó el centro federal sobre el de Rivera, que lo esperaba formando cuadro y resistió la carga a cañonazos, en momentos que el coronel Ángel Núñez, rehecho, concurrió para dispersar a la caballería enemiga que los rodeaba.

La falta de concurrencia de Lavalleja y Servando Gómez decidió la acción, pues Thorne y Garzón resolvieron ponerse en retirada antes de quedar cortados del resto. La victoria prácticamente obtenida por los invasores le fue arrebatada en el último momento al general Echagüe. El general Juan Antonio Lavalleja, causante de la derrota, fue separado del Ejército y no volvió a disponer de mando alguno.

El mandatario entrerriano abandonó el territorio oriental. Estuvo en condiciones de cruzar el río Uruguay para volver a su Provincia a causa de que el Gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López, desde Entre Ríos, pudo destruir la escuadrilla oriental que custodiaba el paso de aquél, al norte de Concordia. En esta oportunidad ocurrió un hecho que hubo de cambiar el curso de la Historia Argentina: el 1° de enero de 1840 atravesó el río Uruguay el general Urquiza, transportado precariamente en una bolsa de cuero llamada comúnmente *pelota*, arrastrada por nadadores; y en un momento dado las aguas volcaron este inestable objeto. Viendo el peligro que corría su jefe —quien, aunque resulte extraño, no sabía nadar—, el alférez Miguel Gerónimo González se arrojó al agua gritando: —*¡Compañeros: a salvar a nuestro General o perecer con él!*—, y le ofreció su caballo, asido al cual Urquiza pudo llegar a la costa. Diez años después la Legislatura Entrerriana acordó al ya teniente González una medalla de oro dedicada “*a la fidelidad y al heroísmo*”, según leyenda en la misma. El general Urquiza, por su parte, lo hizo retratar, luciéndola, por el afamado pintor Blanes y hasta hoy el cuadro se exhibe en el palacio “*San José*”, que fuera residencia del mandatario.

El fracaso del Ejército Entrerriano invasor compensó en los ánimos de los enemigos del Dictador porteño, al sufrido en los campos del sur de Buenos Aires. Desde el Estado Oriental los jefes correntinos mencionados se dirigieron hacia su suelo natal con una columna de partidarios; y otros porteños emigrados (cada vez en mayor número) se dispusieron a encaminarse donde se encontraba el general Lavalle.

Este último estaba, al tiempo de librarse la batalla de Cagancha, en Corrientes. Había tomado contacto epistolar con Pedro Ferré, ya Gobernador de la Provincia, y el 18 de octubre se encontraron ambos en Curuzú-Cuatiá, al sur de la misma. Lavalle se puso a órdenes del mandatario, y éste lo nombró Comandante en Jefe del Ejército (el “2° Ejército Libertador Correntino”), entregándole 700 hombres de tropa disciplinados. “Desde entonces —escribe Ferré en su *Memoria histórica*— dejó el general Lavalle de aparecer como caudillo de una fracción errante”. Por su parte Juan Lavalle, al aceptar el compromiso, le declaró: —*Acabaré con el opresor de los argentinos o moriré en la demanda*. Su promesa no quedaría en palabras.

El Gobernador Ferré, autorizado por la Sala de Representantes provincial, escribió al Presidente Rivera haciéndole saber que se hallaba “*autorizado plenamente y sin reserva para llevar adelante los pactos y tratados que se celebraron con V.E. antes de la desgraciada batalla de Pago Largo*”, y el requerido le contestó (7 de noviembre) con asombrosa impavidez —en atención a la conducta guardada con Berón de Astrada y con Lavalle—:

V.E. debe estar completamente seguro que no perdonaré medio para contribuir a la libertad de la República Argentina, así como lo he hecho hasta este momento.

Mas allá de los corteses términos, ni Ferré ni Lavalle confiaban en él, escribiendo el primero que “*debemos siempre precavernos de su política*”, y el segundo que “*su conducta es muy sospechosa*”. Bien que aún Rivera se hallase atendiendo a la invasión llevada por Echagüe, los antecedentes del proce-

der del caudillo oriental llevaron a menudearle los calificativos de “traición” y “perfidia”.

El general Lavalle estableció campamento en el *rincón* del Ombú, en la costa del río Uruguay, a partir del 10 de noviembre de 1839, destacando al teniente coronel Patricio Maciel para que custodiara la frontera con Entre Ríos en Curuzú-Cuatiá. Sus efectivos seguían siendo escasos, aunque paulatinamente se engrosaron con contingentes llegados de todos los puntos de la Provincia. Tanto la infantería como la artillería eran pobres, pero también le faltaban caballos en cantidad: los propios eran escasos y flacos, incapaces para operar.

Lo dicho obstaba para que abriese la campaña sobre territorio enemigo, que por el momento se mantenía en quietud, aunque contaba con el refuerzo del Gobernador santafecino López a la cabeza de 500 soldados, llevando la compañía del general Manuel Oribe, el “Presidente Legal” del Estado Oriental, salido de Buenos Aires el 30 de septiembre con otra División de orientales en similar número.

La excesiva confianza causó un contraste de relativa importancia a las fuerzas del *Ejército Libertador*.

El 24 de noviembre 300 federales santafecinos al mando del teniente coronel Jacinto Andrade cruzaron el río Mocoretá y atacaron por sorpresa a la fuerza que vigilaba la frontera, lo que si no significó un contraste de magnitud a los efectivos de Corrientes, le provocó dos bajas de importancia: cayeron prisioneros el teniente coronel Maciel —a quien Lavalle calificara diez años antes, en su parte del combate de Navarro, de “*hombre a quien la naturaleza destinó para la guerra*”—, y también el viejo general entrerriano Ricardo López Jordán, el medio hermano del *Supremo* Ramírez, que se le uniera. En cambio pudo escapar el capitán Felipe Salazar. Si López Jordán fue remitido a Buenos Aires (en cuya prisión murió en 1842), diferente destino esperaba a Maciel y al alférez entrerriano Ramón Espíndola: “*han sido fusilados el día de hoy, pagando con su muerte sus horrendos crímenes y su traición*”, escribía “con dulce satisfacción” (*sic*) el general Juan P. López en su parte del día siguiente (30 de noviembre). Antes de ser ejecutado, al teniente coronel Patricio Maciel le fue arrancada la barba, que usaba entera a semejanza de Lavalle.

Este último carecía todavía de capacidad para operar, pues la gran seca existente impedía la remisión de caballada en buen estado. Lavalle calculaba precisar 3 montados por hombre (4.000 equinos en total), sin los cuales consideraba aventurado internarse en Entre Ríos. “*Nosotros tenemos una defensiva formidable y una ofensiva muy peligrosa*”, indicó al Gobernador Ferré el 8 de diciembre, día en que se enteró que el enemigo, conducido por López, se retiraba hacia la ciudad de Paraná. Era preciso por otra parte, aguardar a que concluyera favorablemente la situación del general Rivera en el Estado Oriental para obrar en conjunto. Mientras, se aumentaba su Ejército con las milicias correntinas de las tres armas, y muchos aportes más provenientes del país vecino. El 28 de diciembre el general Lavalle contaba con 40 jefes, 261 oficiales, 60 ciudadanos y 2.932 hombres de tropa; en total, 3.293 efectivos. Dispuso distribuirlos en Divisiones y “Legiones”, integrando cada una de estas últimas dos escuadrones, y formando una División con dos Legiones. La caballería revistaría tres Divisiones, y otra la infantería y artillería. El 12 de enero de 1840 se incorporaron los restos de los *Libres del Sur*, transportados en buques fran-

ceses por el Uruguay, y con ellos se compuso una de las Divisiones, cuya jefatura se confió a su jefe Manuel Rico, ascendido a coronel.

En esos primeros días del año se recibió la noticia de la victoria de Rivera sobre Echagüe en Cagancha. Entre las demostraciones de contento, Lavalle fue ascendido a brigadier de la Provincia de Corrientes.

Si bien la dificultad en proveerse de caballada proseguía, aunque un tanto aminorada, había llegado el momento de emprender la ofensiva hacia el sur.

Bibliografía

- BALDRICH, J. AMADEO, *Teniente general Donato Álvarez* (Buenos Aires, 1910).
BENENCIA, JULIO ARTURO, *Partes de batalla de las guerras civiles*, t. II, Academia Nacional de la Historia (Buenos Aires, 1976).
CARRANZA, ÁNGEL J., *Bosquejo histórico acerca del doctor Carlos Tejedor y la conjuración de 1839* (Buenos Aires, 1879).
— *La revolución del 39 en el sur de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1880).
COLLI, NÉSTOR S., *La política francesa en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1963).
DÍAZ, *Historia política y militar* cit.
FERRÉ, PEDRO, *Memoria* (Buenos Aires, 1921).
GUERRA, JOSÉ MARÍA, *Memoria histórico militar* (Buenos Aires, 1939).
IRIARTE, *Memorias* cit., t. VI.
MANTILLA, MANUEL FLORENCIO, *Crónica histórica de la Provincia de Corrientes*, t. I (Buenos Aires, 1928).
PALMA, FEDERICO, *Manuel Leiva* (Santa Fe, 1946).
PAZ, JOSÉ MARÍA, *Memorias póstumas*, t. II y III (Buenos Aires, 1855).
PUEYREDON, MANUEL A., *Escritos históricos* (Buenos Aires, 1929).
TEIJEIRO MARTÍNEZ, BENIGNO, *Historia de la Provincia de Entre Ríos*, t. II (Buenos Aires, 1910).
ZINNY, *La Gaceta Mercantil*, t. II (Buenos Aires, 1912).

CAPÍTULO V

Argentina dividida

EL EJÉRCITO LIBERTADOR EN ENTRE RÍOS: DON CRISTÓBAL • INCURSIÓN DE VERA A SANTA FE • PRONUNCIAMIENTO DEL NORTE • FUGA DEL GENERAL PAZ • BATALLA DE SAUCE GRANDE E INVASIÓN DE LAVALLE A BUENOS AIRES • EL GENERAL PAZ EN CORRIENTES

1

Pasados tres meses desde que la antigua "Legión Libertadora" llegara a Corrientes, al comenzar el año 1840 el general Juan Lavalle se consideró en condiciones de iniciar las operaciones de guerra sobre la Provincia enemiga de Entre Ríos, como primera etapa en su lucha contra el Dictador porteño, no obstante el mal estado de la caballada y aún sin recibirla en número conveniente. Había incorporado, en cambio, varios refuerzos de compatriotas que le llegaban desde el Estado Oriental, uno de los cuales fue conducido por el coronel Pedro José Díaz, consistente en 60 infantes (civiles voluntarios), un piquete de caballería, y artículos de guerra. Entre otros, los generales José López Chico, quien fue puesto al mando de una División de correntinos, y Vicente Ramírez Chico, el que permaneció en la capital provincial al frente de un cuerpo de reserva.

En la estrategia del general Lavalle se preveía que parte de la Escuadra francesa bloqueadora de Buenos Aires —ahora a órdenes del almirante Dupotet, reemplazante de Leblanc— subiera aguas arriba del Paraná, tras destruir las baterías emplazadas en Rosario, con el propósito de impedir que el Gobernador Rosas dispusiera hacer pasar refuerzos para el general Echagüe. Se confiaba además que el Presidente Rivera cumpliera lo prometido a Ferré el 11 de febrero: "*Dentro de cuatro días me pondré en movimiento hacia el Uruguay llevando un Ejército de Reserva de 3.500 a 4.000 hombres que impondrá a los enemigos*".

Simultáneamente el "2º Ejército Libertador Correntino" rompía su marcha ofensiva teniendo por objetivo la ciudad de Paraná, donde Lavalle y Ferré habían acordado reunirse luego de dominada la Provincia de Entre Ríos, con la finalidad de acordar las operaciones futuras.

Dicho Ejército estaba organizado de la siguiente manera: jefe de Estado Mayor el coronel Martiniano Chilavert. La 1ª División de Infantería (coronel Pedro José Díaz), artillería (teniente coronel Luis Manterola), comisaría y bagajes, todo a órdenes del coronel Ángel Salvadores. La 2ª División de Caballería mandada por el coronel Niceto Vega, compuesta por los escuadrones *Victoria* (comandante Manuel Hornos), *Maza* (comandante Zacarías Álvarez), *Cullen* (comandante José Joaquín Baltar), y *Yerúa* (coronel Jaime Montoro).

Los antiguos "Libres del Sur" formaron una Legión que mandó el coronel Manuel Rico, y estaba integrada por los escuadrones *Libertad* (comandante Juan Francisco Olmos) y *Castelli* (comandante Rufino Ortega). En la Legión del coronel José María Vilela formaban el escuadrón *Rolón* (comandante Diego Brest) y *Berón de Astrada* (comandante José Domingo Ábalos). La Legión del coronel José Antonio Méndez la componían los escuadrones de los comandantes Morillo y Ansoátegui, y finalmente a la Legión del coronel Prudencio Torres los escuadrones de los comandantes Casas, Noguera y Manuel Pacheco. Todos los escuadrones constaban de tres compañías, una de tiradores y las otras dos de lanceros. Enseña el edecán Elías:

"Con la columna del Sur habían venido muchos ciudadanos distinguidos y ricos propietarios de la campaña, y el General en Jefe queriendo darles un testimonio de su estimación y aprecio, formó de ellos y de los que ya se hallaban en el Ejército, el Escuadrón Mayo, destinado a servir de su escolta, cuyo mando confió al distinguido teniente coronel don Indalecio Chenaut".

Todo este 2º Ejército Libertador Correntino llevaba una divisa celeste y blanca (con sol bordado la de jefes y oficiales), y se encontraba regularmente uniformado con blusa celeste y pantalón blanco la infantería, y chiripá de este color la caballería, cubiertos todos por gorra chata blanca con una borla celeste.

Es la oportunidad de revelar una faceta de la modalidad de este General, distinta a su comportamiento anterior, bien que siempre haya estado poseído de un espíritu altivo y a veces hasta arrogante, siendo por lo habitual su trato afable y caballeresco. El general Lavalle había sido educado en la severa escuela militar de San Martín, pero al ponerse al frente de una empresa que tanto tenía de castrense como de política, comenzó a dar muestras de desapego por la estricta disciplina y orden que debía reinar en el Ejército bajo su comando. Incluso su forma de ser para con los camaradas de igual o parecido rango, dio paso en ocasiones a arranques altaneros que le costó la pérdida de la amistad de algunos destacados compañeros de armas. El general Paz describió agudamente a Lavalle al volver a encontrarlo después de diez años y notar su diferente conducta, lo que será expuesto en el momento que ocurrió.

Su propio edecán y admirador, teniente coronel Juan Elías, refiere que su hermano Ángel Elías, amigo decidido de aquel desde el año 28 y que había efectuado varios trabajos por su causa, al presentársele luego que la *Legión Libertadora* desembarcara en Entre Ríos, "descontento con la recepción que le hizo el General y justamente ofendido de tal proceder, se retiró de la escena y regresó al Estado Oriental". Poco después le tocó el turno al coronel José Olavarría, tan valiente en el combate como eficaz en el adiestramiento:

"A las lindes de Concordia —relata el mismo Juan Elías— el bravo y distinguido coronel Olavarría, que había prestado en la campaña importantes servicios, dejó la Legión lleno de pesar y sólo estimulado por su ho-

nor: su permanencia en ella no podía conciliarse con el carácter del General en Jefe; y para prevenir consecuencias futuras hizo este sacrificio tan costoso a su corazón y a su patriotismo".

No fueron las únicas ausencias, pues el propio Lavalle alejó de su lado al general Tomás de Iriarte al comenzar la campaña, distrayéndolo en gestiones inconducentes ante el Presidente Rivera. Un caso distinto se dio a poco: cuando se presentó en el campamento de Ombú el general Félix de Olazábal a la cabeza de algunos oficiales y un séquito, con el propósito de incorporarse al Ejército, cierto grupo formado por los coroneles Vega, Vilela, Díaz y el teniente coronel Elías, se opuso a su admisión atribuyéndole que cuando Lavalle planeaba la organización de la Legión en Montevideo, Olazábal por su cuenta convocaba a partidarios por separado, "trabajando por todos los medios posibles para impedir la reunión de los patriotas", según aducían. Era el afloramiento de añejas diferencias, cuando la consigna debía ser la unidad contra el enemigo común. Pero aquellos jefes interpretaban estar animados de mejor comportamiento, aunque lamentaban —afirmaban por boca de Elías— "proceder de este modo contra un viejo veterano de la Independencia, a quien los extravíos habían arrebatado la confianza". En ese número de ausentes se contó el coronel Manuel A. Pueyrredon, de retorno de su frustrado auxilio a los *Libres del Sur*, hallándose el Ejército Libertador en medio de Entre Ríos, quien mantuvo un duro enfrentamiento con Lavalle, propio del carácter fuerte de ambos, que relata él mismo:

"...explicación que tuve con el General, en la cual quiso hacerme cargos que yo no quise aceptar, porque no reconocí derecho en él para hacérmelos. Esta negativa agrió más la conferencia, de la que resultó nuestra separación".

Hubo otros casos, y poco después se produjo uno de gran repercusión en el Ejército y fuera de él, con el coronel Chilavert, que será aludido poco más adelante para volver a retomar la narración de las operaciones de guerra contra los enemigos de la causa constitucional.

Al mismo tiempo que el Ejército Libertador emprendía la invasión a Entre Ríos, se iniciaba otra por separado sobre Santa Fe, bajo la dirección del coronel Mariano Vera, el antiguo mandatario que luchara con éxito contra el Directorio. Iba en compañía del coronel Francisco Reynafé, único de los hermanos que escapara a la saña de Rosas tras el asesinato de Quiroga.

Esta expedición se consideró factible, inicialmente, por el general Lavalle, cuando el Gobernador de aquella Provincia, Juan Pablo López, estaba fuera de ella operando contra Corrientes. El 19 de diciembre de 1839 el Gobernador Ferré escribió al general Lavalle:

Si Ud. no necesitase al coronel Reynafé y los que le acompañan, aquí podría serme muy útil, mucho más si consiguiese internarlo por el Chaco a hacer algún movimiento en la banda occidental del Paraná cuando nos convenga.

Cuando se acopló el coronel Vera, Lavalle le ofreció los oficiales y soldados santafecinos que revistaban en el Ejército, pero aquél le solicitó además 300 hombres. El General opinaba en carta a Ferré (22 de enero de 1840) que podría reforzarse con 160 correntinos del cuerpo de reserva de la capital, lamentando separarse del contingente santafecino "porque son muy buenos"; aunque prefería que la operación no se llevase a cabo hasta que el río Paraná estuviera asegurado, pues quería combinar aquella invasión cuando su Ejército se aproximase a la ciudad de Paraná y el río estuviera cubierto: "entonces obraremos en armonía, y ahora será una empresa aislada". A poco cambió la situación: el Gobernador Juan Pablo López regresó de Entre Ríos a su Provincia, y entonces, según la *Historia* escrita por el coronel Juan Elías,

"el General en Jefe hizo cuanto estuvo en su mano para evitar la realización de una empresa cuyo desenlace no podía dejar absolutamente de ser funesto, porque en aquellos momentos las fuerzas que antes estaban distraídas de Santa Fe, la guarnecían".

Los argumentos de Lavalle para aguardar una oportunidad mejor chocaron con el empecinamiento de Vera, ansioso por obrar en su tierra. Refiere Ferré en su *Memoria* que Lavalle autorizó a los soldados que quisiesen seguir al coronel Vera que se separasen de los cuerpos en donde revistaban, y los santafecinos y cordobeses alistados así lo hicieron; pero los jefes de ellos protestaron, y ante el reclamo Lavalle dio contraorden. "Entonces Vera vino a verme —prosigue Ferré— e imponiéndose de lo nuevamente ocurrido, me dijo: —Señor: me vuelvo a Santa Lucía sin un hombre, y sólo voy a pasar al Chaco, para hacerle ver a este General que tengo más firmeza y palabra que él". Por último, el Gobernador Ferré prestó su consentimiento y le añadió 200 indios amigos, y le extendió (6 de marzo) un documento encargando al antiguo caudillo federal "alzarse contra el opresor que ha usurpado sus derechos y conducido a ese pueblo benemérito a una vergonzosa servidumbre". En Santa Lucía, antes de atravesar el Paraná, se agregó a Mariano Vera el contingente de Itatí en número de 30 hombres, con la autorización del mandatario correntino. Vera y Reynafé cruzaron por el paso del Rubio y emprendieron su ruta hacia la capital santafecina. El coronel Francisco Reynafé, una vez tomada la ciudad, marcharía a la Provincia de Córdoba para insurreccionarla contra su mandatario.

El general Juan Pablo López, *Mascarilla*, fue anoticiado a medianoche del 24 de marzo por indios que acompañaban a Vera (los cuales desertaron de sus filas) que fuerzas enemigas se dirigían contra él. Convocando a su eficaz subalterno el teniente coronel Andrade, López salió precipitadamente con 500 efectivos contra el coronel Vera, quien estaba cerca de Calchines.

Luego de vadear el profundo arroyo Cayastá, pantanoso y de bordes escarpados, chocaron cerca de la capital dos días después, y el parte elevado a Rosas por el general Juan P. López refiere lo ocurrido, en el lenguaje que se imponía para describir las luchas contra los liberales:

El infrascripto tiene la grata satisfacción de participar a V.E. desde el campo de batalla y en medio todavía del estrépito de las armas, y agita-

do de las más dulces sensaciones, que en la tarde de este día ha sido completamente derrotada y exterminada la División de los miserables satélites de la tiranía e infames aliados del pérfido, ambicioso y asqueroso francés, que bajo las más negras combinaciones y al mando del execrable traidor, desnaturalizado santafecino y salvaje unitario Mariano Vera, había osado profanar (desembarcando al norte de la Provincia) esta tierra consagrada a ser sólo la mansión de los libres. El indicado infame caudillo Mariano Vera, cuyo nombre pasará maldecido de generación en generación, quedó muerto en el campo de batalla cubierto de lanzadas, igualmente que su escribiente José Pino, coronel Francisco Reynafé y otros varios jefes y oficiales.

Entre los prisioneros se encontró al "traidor santafecino y salvaje unitario" capitán Cayetano Basaldúa, "que en el acto fue ejecutado, expiando con su muerte sus crímenes y su infidelidad al suelo que por desgracia le vio nacer". El parte del Gobernador López contiene una nota escalofriante: su lenguaje apasionado estaba refrendado por Calixto de Vera, hermano del coronel Mariano.

No fueron la derrota y muertes de Vera y Reynafé (quien según otra versión, murió ahogado al arrojar al arroyo Cayastá con su caballo), el único episodio negativo para la causa encabezada por el general Lavalle. En el seno de su propio Ejército tuvo lugar un incidente que pudo resultar grave, y que si no modificó la situación, echó reparos a su empresa. La ocasión estuvo dada cuando el propio jefe de Estado Mayor, coronel Martiniano Chilavert, comenzó a propalar versiones de descrédito contra el Comandante en Jefe, que en opinión del edecán Elías llevaban por objeto deponerlo del mando. La ocasión para la ruptura definitiva entre esos dos amigos ocurrió cuando el general Lavalle, llegado al campo de Yerúa donde obtuviera su primer triunfo, despachó al coronel Chilavert al pueblo de Concordia para tomar contacto con el Ejército Oriental del Presidente Rivera, y el comisionado llevó por su cuenta una compañía de tiradores. Reclamado el hecho por su superior, Chilavert le dirigió una dura censura el 15 de marzo:

V.E. no comprende lo que es el Jefe del Estado Mayor de un Ejército, ni menos ha comprendido el modo de manejarme a mí, de donde resulta que el señor General atropella las atribuciones del Estado Mayor, quiere hacerlo todo, y todo lo desordena y no hace nada. El señor General no sabe mandar sino de un modo absoluto, y yo no sé obedecer sino razonablemente. En semejante caso ¿qué hacer?: dejar el puesto, como abandono desde ahora.

Completó su crítica cuando también escribió a Montevideo "cartas venenosas y calculadas para producir un completo desquicio en el Ejército", hizo saber Florencio Varela a Félix Frías. Decía Chilavert en una de ellas dirigida a su amigo el doctor Francisco Pico:

El general Lavalle no puede mandar hombres con honor: es un imbécil malvado con un orgullo infernal. Para Lavalle no hay Patria, no ha-

brá sino males y más espantosos aún que hoy causados por Rosas, porque sus pretensiones son peores que las de aquel odioso tirano.

Lo grave fue que copias de estas cartas cayeron en poder de agentes del Dictador, quien las hizo publicar en su periódico *La Gaceta Mercantil* para desacreditar las operaciones del Ejército Libertador y la capacidad de su comandante. Sin duda éste tenía un carácter orgulloso —Florencio Varela recomendaba a su secretario Félix Frías *“que reprima los primeros movimientos de su genio”*—, que no obstaba a evidenciar en otras oportunidades la nobleza de su espíritu. Parecía reservar su tolerancia para con la tropa, como se expone luego.

Al margen de ese escándalo ruidoso pero pasajero, la campaña militar continuó. El avance del 2º Ejército Libertador Correntino era vigilado permanentemente por partidas entrerrianas, aunque el Ejército Federal no se mostraba. Hasta que recibíéndose noticias de que fuerzas importantes del enemigo merodeaban por el arroyo Grande —sur de Concordia— fueron destacados los escuadrones *Victoria* y *Maza* a órdenes del comandante Zacarías Álvarez, quien envió al General en Jefe un parte dándole cuenta de que los federales eran superiores en número y que al escuadrón *Victoria* le faltaba su compañía de tiradores (la que Chilavert había conducido a Concordia). Lavalle mandó reforzarlo con la División Vega, pero los entrerrianos habían desaparecido. El Ejército prosiguió sus marchas desde Arroyo Grande a Villaguay, en dirección a Nogoyá, sin mayores inconvenientes, pues el Gobernador Echagüe concentraba sus fuerzas cerca de Paraná. No obstante, el 18 de marzo la vanguardia del Ejército de Lavalle, conducida por el coronel Niceto Vega, sorprendió a una fuerza mandada por el general oriental Servando Gómez, a la cual atacó sin vacilar con el escuadrón *Victoria* del mayor Manuel Hornos, y la derrotó completamente, con pérdida de 2 oficiales y 20 coraceros muertos. Hornos recorrió la zona incluida entre Tala y Gualaguaychú, alejando pequeñas partidas federales, para mantener abierta la comunicación con el Estado Oriental.

Hasta entonces nada se había recibido del general Fructuoso Rivera, pese a sus promesas de apoyo, y no obstante los buenos términos de la correspondencia mantenida con las autoridades de Corrientes. Ferré le había manifestado que en Cagancha “las víctimas de Pago Largo han sido perfectamente vengadas”, al enviarle sus felicitaciones por esta victoria; pero una entrevista en la costa del Uruguay propuesta por el caudillo oriental no se realizó. No obstante, ofreció el concurso de su Ejército y costear los gastos de la campaña en Entre Ríos, si él mismo fuera designado para dirigir a las fuerzas aliadas, orientales y correntinas. El Gobernador Ferré debió aceptar la propuesta mediante un decreto del 21 de marzo, enviando el siguiente oficio explicativo al general Lavalle:

El infrascripto habría deseado terminarla [a la empresa] sin ninguna intervención o ayuda extraña, pero la inmensa responsabilidad que grava sobre su elevada posición y los deberes sagrados de su misión honrosa, lo colocan en la necesidad de reunir todos los elementos que, no estando en oposición al honor argentino, aseguren el resultado. De esta naturaleza considera la cooperación de Francia, y de la misma considera

hoy la de las fuerzas orientales, con la recomendación que éstas y su Presidente se han sometido al Gobierno de Corrientes. Por otra parte, la causa de los orientales y la de los argentinos es una misma, porque uno es el enemigo de ambos Estados; por consiguiente, mutuo debe ser el interés, uno el objeto.

El Gobernador Pedro Ferré, pues, reconoció al general Fructuoso Rivera, Comandante en Jefe del “Ejército Aliado Libertador”, lo que desde luego dejó de satisfacer a Lavalle, quien el 13 del mismo mes había escrito a su mujer: *“El héroe de Cagancha está poseído del mismo espíritu pérfido que lo animaba contra mí en Montevideo”*. En los hechos, Rivera no asumió el comando ni cruzó el río Uruguay para intervenir en la lucha en Entre Ríos; tan sólo lo hizo uno de sus jefes, el coronel Ángel Ma. Núñez (natural de esta Provincia) llevando como segundo al teniente coronel Bernardino Báez. Ambos quedaron en Concepción del Uruguay.

Para concretar la alianza, Ferré sugirió a Rivera encontrarse en la ciudad de Paraná, luego de que el general Lavalle la hubiera ocupado, *“para arreglar el modo en que debe hacerse la guerra en el otro lado”*. Precisaba: *“Paraná será el punto de donde arranque el Ejército que debe obrar en la otra banda”*. Mas Ferré no estaba dispuesto a que el Ejército de su Provincia cruzara el río sin su expresa autorización, y en tal sentido cursó una indicación terminante al general Lavalle, sabiendo que esa era la idea de éste: *“Quiera V.E. no dar lugar a un acontecimiento que puede traernos consecuencias muy funestas, y esperarme en la capital de Entre Ríos, como teníamos acordado, para donde parto dentro de dos días”*, escribió a Lavalle el 20 de marzo, antes de embarcarse. Al comandante de las fuerzas navales francesas en el río Paraná, capitán Penaud, previno el día 29 que no embarcara al Ejército sin su consentimiento y orden. El 10 de abril llegó Pedro Ferré frente a la ciudad de *La Bajada* —como se conocía entonces indistintamente a Paraná— en el bergantín *Bordelaise* a la espera de entrevistarse con Lavalle, pero ello no pudo verificarse por las atenciones militares del General, aunque cambió ideas con el doctor Carril, llegado con equipos para el Ejército traídos desde Montevideo. Al respecto el mandatario correntino revela en su *Memoria* lo que era su recóndita prevención:

“En la corbeta del comandante Penaud se hallaba don Salvador del Carril, comisario general del Ejército. Allí un día, acaso porque ya le habían dicho que yo me oponía al pase del Ejército sin destruir al enemigo en Entre Ríos, tuvo la sandez de decirme en mi cara que el general Lavalle no necesitaba de los correntinos para pasar a Buenos Aires y voltear a Rosas”.

El Gobernador Ferré retornó a su Provincia el 5 de mayo.

El control del río era fundamental, ya que el Dictador de Buenos Aires a través de él remitía auxilios al Gobernador Echagüe, como los 900 hombres del Regimiento 2 de Campaña, armas y municiones, que condujo el coronel Antonio Ramírez a Entre Ríos, burlando la escuadrilla francesa, utilizando lanchones que dejó luego abandonados en la costa.

Estando el general Lavalle en Nogoyá tuvo noticias que el Ejército de Echagüe se hallaba a dos leguas de distancia al norte, situado en las proximidades del arroyo Don Cristóbal, en un lugar conveniente para la defensiva por los accidentes del terreno. Empero, se movió decididamente sobre tal emplazamiento, con gran entusiasmo de su tropa. El 9 de abril por la noche ambos Ejércitos estuvieron próximos, y ya en la oscuridad acampó el *Libertador*.

El 10 de abril al amanecer pudieron distinguirse las fuertes posiciones federales, que guarecían su centro tras una cuchilla, y sus costados por otros cañadones, cerrado su emplazamiento por el arroyo Don Cristóbal a la derecha y el bosque de Montiel a la izquierda. Si bien los dos Ejércitos evolucionaron buscando mejores posiciones para la batalla, hacia mediodía no se había empeñado la acción. Llevaban sus enseñas desplegadas, y observaba extrañado el teniente coronel Elías que "flameaba en las filas enemigas una bandera cuyos colores desconocidos son el signo del oprobio": se trataba del pabellón de Entre Ríos, consistente en una franja blanca al medio, y las dos horizontales que la encerraban, de color azul y colorado por mitades. El Ejército Federal estaba mandado por el brigadier Pascual de Echagüe, teniendo al general Eugenio Garzón (oriental) como jefe de Estado Mayor, y comandantes de División a los brigadieres Manuel Oribe y Juan Antonio Lavalleja y el general Servando Gómez (también todos orientales), y al coronel Antonio Ramírez (porteño). El mayor Juan Bautista Thorne continuaba dirigiendo la artillería.

El general Lavalle no estaba decidido a librar la pelea: su Ejército se había disminuido a 2.700 hombres, de los cuales unos 400 eran infantes, y dos pequeñas piezas de artillería de a 4; en cambio el Ejército Federal alcanzaba a más de 4.000 efectivos, siendo 1.200 de infantería, y poseía 6 cañones de calibre 8 y 12. Por otra parte, la infantería del Ejército Libertador apenas disponía de un solo paquete de cartuchos por plaza, lo que el cronista de la campaña atribuye a falta del separado jefe de Estado Mayor, Chilavert.

El ayudante del coronel Niceto Vega, Víctor Dumoncel, escribió en sus *Recuerdos* (1884):

"Toda la mañana pasóse en escaramuzas, pero siendo muy pocas nuestras municiones, dióse la orden de economizar los tiros: el enemigo creó bríos y se llenó de audacia: dobló sus guerrillas, que ya eran numerosas, y vino a 200 pasos a cubrir nuestra línea de fuego, principalmente nuestra derecha, que se componía de las Divisiones López Chico y Méndez, todas fuerzas correntinas. Nuestro centro lo componían 400 infantes al mando del coronel don Ángel Salvadores, dos piecitas de calibre 4, la División Rico y el Cuartel General. La izquierda era la División Vega: cuatro cuerpos o escuadrones fuertes: el de Hornos, los entrerrianos, el *Maza* (comandante Zacarías Álvarez), el de Baltar y el *Yerúa* (comandante Montoro); en todo como 900 hombres. Éstos, bastante disciplinados y bien comandados, infundían respeto al enemigo".

La reserva estaba a órdenes del coronel José María Vilela, con tres escuadrones. Agrega Dumoncel que se formó un consejo de oficiales superiores que resolvió atacar al día siguiente, y por su parte explica el teniente coronel Elías que Lavalle quiso retrogradar hasta otra posición a corta distancia que ofre-

cía ventajas para que pudiese operar la caballería propia. El campo federal parecía inexpugnable tras las quebraduras del terreno. En su parte dirigido al Gobernador Ferré expuso la protección en los costados con que contaba Echagüe, y agregó:

La posición enemiga tenía además la ventaja de ocultar la colocación de sus armas, no habiéndose podido descubrir dónde había colocado su infantería y artillería. Estas dificultades detuvieron al Ejército Libertador, y a las 3 de la tarde su situación no dejaba de ser crítica: no se podía retroceder ni maniobrar de flanco, ni aún permanecer allí por falta de agua.

Pero una circunstancia fortuita aceleró la determinación. Refiere el general Lavalle:

En esta circunstancia dos soldados entrerrianos de los dispersos en Cagancha, que se habían alistado en nuestras filas, se pasaron al enemigo y revelaron a sus jefes estas circunstancias, y que el Ejército no tenía municiones.

Por lo que el grupo numeroso de tiradores federales mencionado arriba por Dumoncel, comenzó a escopetear fuertemente la derecha de Lavalle, cuya línea permanecía desmontada. "La planicie, cubierta de tiradores enemigos, era un enjambre que ya flanqueaba nuestra extrema derecha y su atrevimiento llegaba al cúmulo", en expresión del ayudante Dumoncel. Éste fue enviado desde el ala izquierda para conocer lo que ocurría en la derecha, y cuenta:

"Entre la línea y las guerrillas estaba un grupo de jefes a pié: eran el general López Chico, Méndez y el coronel Prudencio Torres, los comandantes Lucio Casas, Manuel Pacheco y algún otro. Tomé unos mates con ellos; en esto vino una bala de las guerrillas, que cruzaban por encima de nosotros, y cortó una rienda del caballo del general López: el asistente, que estaba asegurando el caballo, le dice entonces a López con acento correntino: —*Ché rubichá: cortaron la rienda* (era de plata), a lo que López contestó con el mismo laconismo: —*Enmiende con un tiento*. En ese mismo tiempo, como las numerosas guerrillas del enemigo estaban en el último punto de atrevimiento, llegando a 150 pasos de nuestra derecha, el coronel Torres, que estaba con su caballo de la rienda y en pelo, saltó en su hermoso tordillo negro y se fue a media rienda derecha al extremo de nuestra línea sin decir nada, sin recibir órdenes del General que estaba allí con nosotros. Cuando le vimos fue cuando él hizo montar a caballo los tres escuadrones de su mando; los comandantes que estaban con nosotros montaron y salieron a escape; el general López montó a caballo e hizo montar las otras Divisiones de su mando; yo salí al galope a colocarme en mi puesto".

La carga de la derecha, efectuada por los correntinos, no dio ocasión a los federales a replegarse en orden, y se produjo en ellos gran confusión. Refiere Lavalle en su parte:

Todos los cuerpos marcharon contra el enemigo y su línea fue atacada en todas partes lanza en mano. Toda su izquierda fue vencida y arrojada fuera del campo de batalla por la División López, sostenida por la Legión Vilela, que marchaba hacia el centro, y por la Legión Rico, destacada en columna a descubrir la posición enemiga por la derecha de la División López.

A la izquierda, el coronel Niceto Vega mandó a su corneta de órdenes tocar *atención* para montar a caballo. Sigue Dumoncel: "En ese tiempo llegó el General en Jefe con su Estado Mayor al galope y le dijo al jefe de la izquierda: —Vega: la batalla se va a dar impensadamente; mande marchar de frente". Avanzaron al trote, y ganando las alturas donde Echagüe había colocado su infantería, consistente en 1.200 hombres sostenidos por 14 piezas de artillería, la izquierda de Lavalle se puso al galope. Relata este General:

La División Vega, que marchaba contra la derecha enemiga sostenida por la Legión Salvadores, encontró a su frente la infantería y artillería enemigas, situada con destreza y sostenida por numerosos escuadrones. El escuadrón Maza, después de haber atacado y lanceado por la espalda un escuadrón enemigo, cargó la infantería enemiga, acuchilló varios artilleros al pie de sus piezas, fue rechazado por el gran número y por la superioridad de esas dos armas, habiendo tenido 42 hombres fuera de combate. Su comandante don Zacarías Álvarez dejó su caballo muerto en medio de las bayonetas enemigas.

Confirma lo dicho Víctor Dumoncel:

"La carga de Vega fue magnífica, pero el escuadrón Maza que fue a estrellarse contra esa masa de infantería y artillería, sufrió pérdidas crueles: el comandante tuvo el caballo muerto; la 1ª Compañía (capitán Timoteo González), perdió su primer Teniente, herido; el Alférez muerto, 4 sargentos, 3 cabos y 18 soldados; conocí al sargento primero Baigorri por las insignias, la metralla le había sacado la cabeza. Rechazada esa carga por el vivísimo fuego de artillería y fusilería, hicieron por cuatro a la izquierda al galope hasta abrigarnos en una cañada que nos resguardaba contra el cañón hasta la cintura".

Se reorganizaron allí los escuadrones, cuando se les echó encima la derecha federal a gran velocidad. El coronel Vega desplegó a sus hombres en línea y los arengó: —*¡Soldados, ahora es caballería! ¡Ea, por ella, ea!* El choque fue formidable. Los entrerrianos fueron doblados y arrojados más allá del cuadro que formó su infantería. Escribió el general Lavalle: "*Toda la caballería de la derecha fue atacada y lanceada por la espalda, después de una valerosa resistencia, dejando el campo cubierto de cadáveres, armas y corazas*". "Pasamos llevando el parque y ambulancias del enemigo por delante —indica el ayudante Dumoncel—, de manera que cuando formamos para continuar la pelea, el enemigo se hallaba entre nosotros y su parque, hospital, caballos, etc."

El centro de Echagüe resistió con mayor fortuna y causó muchas bajas a sus oponentes. El general Lavalle informó:

Tengo el deber de anunciar a V.E. que el virtuoso general López murió al frente de su División por una bala de artillería enemiga, en el momento que rodeado de dobles enemigos y con la más imperturbable serenidad, conducía sus escuadrones a la carga. El Ejército lamentó también la pérdida del bravo mayor Ansoátegui, al frente de sus escuadrones a la carga.

El Ejército Libertador había triunfado en sus alas, habiéndose refugiado la izquierda federal de caballería (unos 1.000 hombres, según Lavalle) tras unos zanjones donde estaba fortificada sólidamente la infantería entrerriana, formando cuadro con sus cañones en los ángulos. En cuanto a las dos pequeñas piezas de Lavalle, se habían desmontado a los primeros disparos, de modo que era imposible batirla a distancia.

La caída de la noche interrumpió la pelea. Echagüe quedaba en su firme posición, tras barrancos que lo ponían a cubierto de nuevos ataques, manteniendo su terreno. Pudo conservar gran parte de su infantería y artillería, aun cuando sus jinetes fueron derrotados y dispersados. No obstante, diría Lavalle en su parte al Gobernador Pedro Ferré que "*el Ejército Libertador ganó ayer una batalla que será memorable en los fastos de la República*". Como compensación por la falta de un triunfo decisivo, el general Lavalle pudo capturar al enemigo 18 carretas cargadas de municiones y equipos, y gran parte de la caballería de reserva. Sus propias pérdidas las calculó el teniente coronel Juan Elías en 16 oficiales, 2 infantes voluntarios y más de un centenar de soldados de caballería muertos, y cerca de 50 heridos; y las de los federales en "más de 300 hombres muertos, y entre ellos muchos oficiales, un crecido número de heridos, y como 2.000 dispersos".

Un hermano del comandante del Ejército Libertador (Rafael Lavalle), reveló años más tarde: "El general Lavalle convenía, algún tiempo después, en que si el enemigo hubiera sido atacado al día siguiente, habría sido batido; pero él daba las razones que tuvo para no hacerlo". Fue opinión unánime, al punto que su edecán y fiel panegirista el teniente coronel Juan Elías, asentó en su crónica: "El general Lavalle, alejándose del campo de batalla, dejó escapar el momento más propicio que su feliz estrella pudo jamás presentarle", e ilustra su juicio con un testimonio elocuente:

"El general Garzón, Jefe de Estado Mayor de Echagüe en la batalla, y más tarde prisionero nuestro, ha asegurado que el Ejército enemigo si es atacado de nuevo al día siguiente, habría sucumbido irremediablemente porque el desaliento había llegado al más alto grado".

Igualmente el capitán Pedro Lacasa, actor en la batalla y futuro biógrafo de Lavalle, escribió:

"Para nosotros éste es el error capital de la campaña de 1840. El general Lavalle pudo rendir la infantería enemiga con el sacrificio de 300 o 400 soldados, cargándola bien en la misma noche de la acción, bien cuando venía en marcha para tomar posiciones: no lo hizo alucinado con la idea de que los cuerpos batidos se rendirían días más o menos".

Mas en la siguiente jornada ambos Generales se alejaron del campo del arroyo Don Cristóbal, y a poco se desató una tormenta que los inmovilizó. Echagüe escribió a Rosas que "*Lavalle fugitivo había ido a ocultar su miedo y su vergüenza en los bosques*". Lo cierto es que a éste lo urgía tomar contacto con la flota francesa que sabía apostada entre Paraná y Diamante, de la cual podía recibir elementos que precisaba. Lavalle adelantó al coronel Salvadores con los heridos, bagajes, infantes y artillería rumbo a esta última localidad, ubicada a la vera de una barranca conocida como Punta Gorda.

En esta época el Gobernador de Corrientes, imbuido del convencimiento de que la intención de Lavalle era encaminarse a Buenos Aires, donde "su patria y su interés estaban", temió una "felonía" (*sic*) cuando supo que no se sacaron todos los frutos posibles de la acción de Don Cristóbal, y revela en su *Memoria*:

"Cuando recibí el parte de la victoria de Don Cristóbal y la sensible muerte del general López, confieso que ya formé juicio de sus resultados, por lo que mandé al Ejército a mi edecán don José Pampín con el objeto de encargar al coronel (entonces) don Domingo Ábalos, que no consintiera la pasada del Ejército sin que yo estuviera presente, o a lo menos vieran mi orden, porque tenía antecedentes para creer que la intención del General era pasar el Paraná sin destruir al enemigo en Entre Ríos".

Es que desde tiempo atrás la idea de llevar la guerra al centro del poder enemigo era objeto de especulaciones entre todos, y el propio Ferré coincidía con la operación, aunque la supeditaba a la seguridad de Corrientes. El doctor Florencio Varela, que tan duramente criticara la invasión de Lavalle a Entre Ríos en septiembre de 1839, instaba desde Montevideo al comenzar abril de 1840 a su amigo Félix Frías (quien servía en el Ejército Libertador como secretario político del General), encarnando el deseo de todos los emigrados:

No hay más medio de desbaratar todo que pasar el Paraná, y levantar la revolución en nuestra Provincia. Ese hecho hará caer en el polvo esta armazón de iniquidad y de soberbia.

En Montevideo el entusiasmo era inmenso, y muchos voluntarios se dirigían a incorporarse al Ejército.

Cesada la tormenta desatada después de librarse la batalla de Don Cristóbal, ambos jefes enemigos emprendieron el mismo rumbo al sur, a no mucha distancia entre ellos: Echagüe lo hizo por el camino de Nogoyá en columna cerrada, para quedar cerca de Paraná, por donde continuaría recibiendo refuerzos pese a la presencia de naves europeas (por allí cruzó luego para incorporarse el afamado regimiento *Auxiliares de los Andes* con su jefe el coronel Pantaleón Argañaraz); mientras Lavalle se encaminó derechamente en dirección a Diamante.

Quedaron los dos Ejércitos no muy lejos uno del otro, en un terreno cruzado por largas hondonadas, cinco leguas al sur de Paraná y siete al noreste de Diamante, llamado *Sauce Grande*. Allí permanecerían tres meses sin efectuar mayores movimientos.

Mientras, ocurrieron sucesos de trascendencia: las Provincias del Norte se pronunciaron contra el Dictador Rosas, y el general José María Paz se fugó de la ciudad de Buenos Aires.

La guerra contra Bolivia (1837-39) que declarara el Gobernador Juan Manuel de Rosas no había causado sino perjuicios a las Provincias de Jujuy, Salta y Tucumán, sin ningún provecho para la Confederación. Latía allí, en consecuencia, un resentimiento sordo hacia el mandatario porteño, que no tardó en aflorar. Cuando el conflicto entró en su fase final a causa de la derrota de Santa Cruz en Yungay por el Ejército Chileno, el 29 de enero de 1839, el Ministro tucumano del Gobernador Piedra Buena, doctor Salustiano de Zavallía, escribió al Gobernador de Salta:

La medida de concertar la paz es legal, sin la intervención del Restaurador. Las atribuciones que tiene para hacer la guerra y la paz no se oponen a que las Provincias del Norte hagan por sí solas esta convención. Este poder del Gobierno de Buenos Aires no es un poder constitucional que esencialmente le corresponda: es una facultad accidentalmente conferida por las Provincias en dispersión.

Se trataba de una postura independiente que contravenía el sistema personalista impuesto desde la ciudad del Plata, y reveladora de síntomas peligrosos para su perpetuación. Sobre todo cuando al mes siguiente, el mismo corresponsal agregaba: "*Nosotros siempre estaremos dispuestos a trabajar por la organización nacional*". Zavallía sintetizaba la situación del Norte: "*Vamos a perecer de pura consunción. Los pueblos y los Gobiernos están en quiebra*".

En ese estado de rebeldía latente, se recibió una carta que el doctor Juan Bautista Alberdi remitió desde Montevideo (28 de febrero) a sus comp provincianos Zavallía, Brígido Silva y Marco M. de Avellaneda, promoviendo la reacción: "*Esta gran República Argentina no tiene fuera ni dentro de ella más que un solo y único grande enemigo, sobre el cual es menester hacer obren todos los elementos de reacción*". Y reclamando que las Provincias retirasen al Gobernador Rosas la representación exterior de la República, para iniciar la caída de la tiranía, les advertía con relación a los aliados:

Impregnado en los hechos, lo he examinado todo y he sacado la más profunda convicción de la sinceridad de las miras de Francia y del Estado Oriental hacia nuestra República Argentina. Argentino hasta los huesos, patriota por religión y por vocación, épiensan Udes. que yo dejaría pasar la más ligera cosa que tendiese a ajar las glorias de la patria que dieron Belgrano y Moreno?

Recogiendo la incitación, el 9 de abril, con toda franqueza Lucas Zavallía exhortaba desde Tucumán al mandatario salteño Solá:

Nosotros debemos tener siempre presente que si Rosas queda en pie se nos ha de poner encima, y nos ha de llevar atados; y soy de opinión que si nos ha de atar, sea mas bien peleando, y para opinar así no tengo más dato que el que en estos pueblos no hay de los federales que busca Rosas, sino de estos pérfidos e impíos unitarios, como él nos llama.

Una reacción de tal envergadura no era sencilla de realizar: era menester unir muchas voluntades y muchos elementos. El tiempo pasó, pero los ánimos en el sentido indicado arriba se fueron fortaleciendo. A comienzo de septiembre del mismo año 1839, el Gobernador de Salta, Manuel Solá, se dirigió al de Tucumán:

Mi opinión, según el estado de estas Provincias y de la República, es por que cuanto antes estos pueblos del Norte, al menos, formen una liga o pacto para sostener su orden interior, conservar sus instituciones y derechos, en el interin se obtenga la verdadera garantía de los pueblos y sus Gobernantes: una organización general bajo cualquier forma que se establezca, que nos dé un Gobierno Nacional, que regle y ponga en seguridad a las Provincias.

La idea se difundió en Catamarca y La Rioja.

El general Rosas conocía la trama que se estaba trenzando. En febrero de 1840 escribió al general Pacheco:

Veo lo que te dice el amigo don Manuel López respecto de la noticia que le han dado del actual Gobernador de Santa, el tal Solá. A mi no me engañará, porque yo lo tengo bien calado. Es un perverso salvaje unitario de los más ingratos y traidores a la causa de la República. Pero ya se acerca el desenlace de mi plan. Me parece que he de acertar en el remedio.

Para abortar la conjura antes de que cobrara cuerpo, ideó apoderarse del Gobierno de Tucumán, donde estaba el núcleo conspirativo, y a la vez desarmar al Norte, reclamando los útiles de guerra ahora innecesarios luego de haberse concluido la contienda con Bolivia. La operación era delicada, y para llevarla a cabo eligió hábilmente a un personaje popular allá: el general Gregorio Aráoz de la Madrid, su antiguo enemigo, precisamente el último caudillo de esas mismas Provincias en lucha contra los federales hasta su derrota en 1831.

El general La Madrid había efectuado un largo peregrinaje luego de ser vencido en la Ciudadela de Tucumán, el cual abarcó Bolivia, Chile y finalmente Uruguay. Abrumado por la falta de medios de subsistencia y cargado de numerosa familia, escribió a Rosas, con quien fuera amigo desde 1820 hasta el punto que éste apadrinó a su hijo Ciriaco, y se lo mandó para que se encargase de su educación. Luego le ofreció sus servicios, aprovechando el conflicto con Francia. Rosas nunca le contestó, pero finalmente le pasó una cantidad mensual de dinero. Por último La Madrid, en septiembre de 1838, se decidió a retornar a Buenos Aires, aún sin contar con la autorización de su gobernante. Allí quedó desde entonces, usando la divisa partidista, "so pena de caer en desagrado de mi compadre" —confiesa en sus *Memorias*—, y considerándose

"precisado a concurrir diariamente a su casa y a cuantas reuniones y fiestas federales que se daban". Su participación en ellas no fue tan pasiva como afirma La Madrid en su escrito, puesto que el periódico oficial *La Gaceta Mercantil* recoge en su ejemplar del 19 de septiembre de 1839 el discurso que el General pronunció en la fiesta celebrada en casa del propio Rosas, del más puro estilo cortesano, con alabanzas a su conducta y condena "a esos pocos traidores a su Patria que vendidos a los fantásticos pero viles e indignos agentes de Francia, pretenden envilecerla". El general La Madrid, quien censura en sus *Memorias* "algunos hechos escandalosos de la Sociedad de la Mazorca", se asombra ingenuamente que "aparecía a los ojos de todos los amigos de la libertad, y hasta los mismos de mi familia, como un desertor de la causa de los principios".

A este valeroso pero poco criterioso soldado encomendó Rosas la misión que reveló en carta privada al general Ángel Pacheco, el 6 de abril:

La Madrid llevó el oficio para el Gobernador de Tucumán pidiéndole que le entregase los artículos de guerra pertenecientes a ésta (Provincia) existentes en aquel parque. Este, pues, era el objeto ostensible de su comisión, y el arranque para el reservado: la parte secreta convenida con el general La Madrid consistía en que el principal objeto de su ida era ver el modo de tomar las riendas del Gobierno de Tucumán, y que para conseguirlo no dispensara medios.

El propio comisionado lo expone en sus *Memorias*:

"En los primeros días del mes de enero de 1840 fui avisado por el señor Gobernador de que debía mandarme muy pronto a Tucumán con el pretexto de traer el armamento de aquella Provincia, y el de Salta y Jujuy, para el sostén de la guerra contra los franceses; pero en realidad con el de asegurarse de la obediencia de dichas Provincias, que estaban próximas a pronunciarse contra él, quitándoles el armamento y depositándolo en mis manos, para que con él me hiciera Gobernador de Tucumán, por grado o por fuerza".

La nota dirigida el 20 de febrero por el edecán del general Juan Manuel de Rosas a los mandatarios de aquellas Provincias, les intimaba

que haciendo falta para las atenciones de la justa guerra en que está empeñada la República en defensa de sus más caros derechos, honor y libertad, los artículos de guerra que haya en esa Provincia pertenecientes a ésta y que quedaron al licenciarse el Ejército de Operaciones de nuestra Confederación contra el tirano unitario Santa Cruz, espera S.E. que ese Gobierno dispondrá sean entregadas al general don Gregorio Aráoz de la Madrid.

Con una pequeña escolta de coraceros que denominó *Defensores de la Libertad*, partió de Buenos Aires el general Gregorio Aráoz de la Madrid a fines de febrero, seguido por su familia. Revela él mismo que en su ruta notó "el general desagrado en las gentes de la campaña que me conocían al verme inves-

tido con las insignias de la Federación", y que al llegar a Arrecifes en el norte de la misma, para evitar "que mis émulo pudieran levantar algún chisme contra mí", resolvió componer una vidalita cuyo estribillo decía: "*Peños unitarios, nada han respetado / a inmundos franceses, ellos se han aliado*", que mandó a Rosas "para que me sirviese de garantía". Si entre las autoridades del trayecto le valió para disipar sospechas acerca de su sinceridad, "en la mayoría de la gente sensata de los pueblos y aún en las gentes de la campaña del tránsito no surtió el mismo efecto, pues observé que se desagradaban al oír la cantar, lo mismo que al verme con los distintivos federales". Es probable que tal comprobación haya comenzado por hacer dudar al general La Madrid de lo acertado de su conducta, que contradecía sus notorios antecedentes.

El Gobierno de Tucumán puso la requisitoria del mandatario porteño en conocimiento de la Legislatura. Ésta tomó conocimiento de la exigencia en su sesión del 31 de marzo, pero resolvió "postergar su despacho": era el momento de la definición, y debía adoptarse una medida delicada midiendo todas sus consecuencias.

El general La Madrid fue recibido con muestras de simpatía en su pueblo natal, que Rosas recoge en su correspondencia, augurando el éxito de su envío: "*Las tropas y las masas, al oír su nombre, prorrumpían en vivas y recuerdos los más significantes*". Pero al conferenciar en privado con el Gobernador Bernabé Piedra Buena, éste le comunicó

"que el pueblo todo se oponía a la entrega de las armas, y estaba resuelto a desconocer la autoridad del Gobierno de Buenos Aires y retirarle los poderes que le habían confiado para mantener las relaciones exteriores, puesto que no sólo traicionaba la confianza que los pueblos habían depositado en él, sino que se había resistido a reconocer su Gobierno, que había sido elegido libremente por el pueblo, como había sucedido también con el de Córdoba poco antes, lo que probaba que el señor Rosas quería arrogarse la facultad de nombrar a su elección los Gobernadores de las Provincias".

La Madrid —cuya versión seguimos— le hizo ver los peligros a que se exponía, pues Rosas y los mandatarios que le eran adictos le declararían la guerra, a lo que Piedra Buena le repuso

"que estaban ya de acuerdo con los Gobiernos de Salta y Catamarca al efecto de pronunciarse contra el de Buenos Aires; que contaba también con que los seguiría el de Jujuy y aún el señor Brizuela de La Rioja, con quienes tenían dado algunos pasos al efecto".

Se sucedieron algunas notas para documentar las respectivas posiciones (2-4 de abril), en medio de gran agitación, enterándose el general La Madrid que estaba designado el coronel Mariano de Acha para ponerse a la cabeza del pueblo tucumano en su resistencia al mandato de Rosas (aquél había viajado desde Perú, donde residía, al saber la disposición del Gobierno de Tucumán, al cual ofreció sus servicios). Además, La Madrid recibió un aviso del Gobernador de La Rioja, general Tomás Brizuela para imponerlo de su resistencia a cumplir la voluntad del Dictador. La Madrid tuvo temor incluso de

que se atentara contra su vida y se encerró en el Cabildo con su escolta y su ayudante el capitán Crisóstomo Álvarez, sobrino suyo (el mismo que combatió contra los "Libres del Sur" en Chascomús, donde fue herido). La situación hubo de resolverse con un enfrentamiento armado. Por último el General se constituyó en arresto en la Casa de Gobierno, mientras Piedra Buena convocaba a las milicias de la ciudad y campaña.

Tras arduas deliberaciones en el seno de la Legislatura, el 7 de abril de 1840 se tomó la resolución definitiva, comunicada en la fecha al Poder Ejecutivo de la Provincia:

1º) *Que la existencia en el primer pueblo de la República, de un Gobierno investido con toda la suma de los Poderes constitucionales es un escándalo a los ojos de América y del mundo, en que ninguno de los demás pueblos de la República puede consentir sin mengua de su honor y de sus intereses, puesto que así se aleja más y más la deseada época en que se escriba y se sancione la Constitución del pueblo argentino;*

2º) *Que el bloqueo que hoy sufre todo el litoral del Río de la Plata no es más que una inmediata consecuencia de los atentados que manchan la historia de la vida pública del tirano de Buenos Aires;*

3º) *Que abusando de las facultades que se le habían conferido para conservar y mantener las relaciones de buena armonía existentes con las potencias extranjeras, se ha servido de ellas para arrogarse el peligroso derecho de hacer la paz y declarar la guerra;*

4º) *Que también por un abuso aún más odioso de estas mismas facultades, se ha creído autorizado para ingerirse en la administración interior de las Provincias de la República, estableciendo sobre ellas su ominosa dictadura;*

5º) *Que desconoce y pretende disputar a los pueblos de la República el derecho sagrado a imprescriptible que les asiste para darse leyes, y nombrar conforme a ellas a los depositarios de su autoridad;*

6º) *Que con esta conducta ha causado y prepara inmensos males a todos los pueblos de la República, y muy especialmente a la Provincia de Tucumán.*

Por tanto los representantes del pueblo tucumano acordaron no reconocer [sic] en el carácter de Gobernador de Buenos Aires al "dictador" don Juan Manuel de Rosas y retirarle la autorización conferida por la Provincia para mantener las relaciones exteriores, y no entregarle las armas que reclamaba su comisionado. Firmaron la determinación el presidente de la Sala de Representantes, doctor Marco M. de Avellaneda, y el secretario, José Toribio del Corro; y el mismo día la promulgaron el Gobernador Piedra Buena y su Ministro José Colombes.

"*¡La libertad o la tumba!*" Con esta frase comprometedoramente pronunciada de Tucumán contra Rosas fue impreso para ser distribuido, bajo el escudo de la Provincia, que desde la batalla que allí salvó la independencia nacional lucía un lema orgulloso que aquella corroboraba: "*Tucumán sepulcro de los tiranos*".

Insólita fue la conducta seguida por el general Gregorio Aráoz de La Madrid, aún detenido en la Casa de Gobierno, y vigilado por fuerzas a órdenes

del coronel Acha, dispuestas a sostener el pronunciamiento de la Cámara. Cuando se conoció el resultado antedicho, relata La Madrid sin subterfugios en sus *Memorias*:

"El pueblo todo expresó su aprobación con muestras visibles de entusiasmo, y todos los ciudadanos y soldados se pusieron en el acto una cinta celeste al pecho, en los ojales de la casaca, anunciando su entusiasmo con *mueras* al Tirano y *vivas* a la Libertad. Yo había encargado a una persona de mi confianza que en el acto de tomar la Sala su resolución, corriera a avisarme fuera cual fuera, antes de que se publicara; así fue que en el acto que supe la resolución de mi pueblo, arranqué el distintivo de Rosas, y pidiendo al Gobernador una pieza de cinta celeste, coloqué un retazo en el ojal de mi casaca y mandé el resto al comandante de mi escolta con el capitán Álvarez, ordenándole que quitase la cinta punzó con el retrato de Rosas y colocasen la celeste en su lugar. Así se hizo".

Quedaba consumado uno de los más espectaculares e instantáneos cambios de Partido en nuestra Historia.

Es menester imponerse de lo que el mismo La Madrid explicó para justificar su extraña actitud:

"Preciso es hacer una observación en obsequio de la verdad, sea cual fuere el juicio que el público forme de mi conducta. Al marchar yo de Buenos Aires comisionado por el señor Rosas a la Provincias en el estado en que éstas se encontraban, y no a traer el armamento que se les pedía sino a depositarlo en mi poder y hacerme Gobernador de mi pueblo por grado o por fuerza (pues éstas eran las miras del señor Rosas), yo no formé jamás la idea de traicionar su confianza, porque habría creído indigno de mí un proceder semejante (sin embargo de haberme arrepentido algunas veces antes de mi salida de Buenos Aires, de haberme venido de Montevideo, a causa de las muchas tropelías que había presenciado, y de verme compelido a alternar con los *mazorqueros* en las reuniones o fiestas federales); en primer lugar porque conociendo el señor Rosas mi carácter y amor a la libertad de mi patria, no pude yo juzgar que me mandara a ella, donde yo gozaba de una estimación general, con otro objeto que el de evitar el escándalo de una revolución, dándoles en mí una garantía la más completa, pues todas ellas conocían mi patriotismo, mi moderación y desinterés, y no debían juzgarme convertido en vil instrumento de su degradación y opresión. Yo procuré por medios razonables hacerles conocer el solemne compromiso que iban a contraer si se pronunciaban, los riesgos a que se exponían, el gran poder que tenían que combatir, y lo prematura que me parecía ésta su determinación. Por consiguiente, todos los pasos que dí antes del pronunciamiento, y conociendo la decisión de los pueblos por su libertad y por que el país se constituyera cuanto antes, según la libre voluntad de todos, no me juzgué en el deber de retirarme para con las armas en la mano combatir a la mayoría que pedía su libertad y la Constitución del país".

La finalidad pudo ser loable, pero la censura al procedimiento seguido es ilevantable. Quien recibe un encargo de ese tipo, en caso de aceptarlo, debe

tratar de cumplirlo. Se hubiese negado a llevarlo a cabo; o al fracasar, debió retornar a dar cuenta. ¿Pero qué ocurrió?

En el momento de cambiar de distintivo, el general La Madrid se ofreció a ponerse a la cabeza del Ejército que debía organizarse para resistir el ataque de los aliados de Rosas! Verdad es, también, que Aráoz de la Madrid volvía a alistarse en las filas donde antes militara, y que desde entonces no hubo sinsabor ni penuria que dejase de arrostrar, sin defeccionar más. La doble debilidad —primero al ponerse al servicio de Rosas, y después, al traicionar su confianza—, desde entonces pasó al olvido, siendo La Madrid el primero en afrontar cuantos trabajos y peligros le demandaría la futura guerra, hasta su fin.

El Gobernador Rosas no quiso creer, en un principio, tamaño vuelco, que el mandatario santiagueño Felipe Ibarra le pronosticara. Al gobernante cordobés Manuel López le escribió el *Restaurador de las Leyes* el 28 de abril:

Me tomo el tiempo necesario para arreglar mejor mi juicio, pues por lo que ha hecho hasta aquí el general Madrid aún no acabo de conocer si es como suena, o si así procede forzado por la necesidad, para poder llenar el objeto principal que acordé con él. Esto es aún reservado.

También al general Ángel Pacheco le dijo:

Espero ver algo más para persuadirme en el todo de que ya no hay que dudar de la traición. Opino así porque pudiera ser que para apoderarse del Gobierno y ponerse en aptitud de proceder, haya tenido que valerse de todo lo que ha hecho, porque el principal objeto convenido con él fue que viese modo de ocupar la silla del Gobierno, y con el parque hacerse allí fuerte.

Cuando Rosas y demás federales no tuvieron dudas sobre el vuelco político de La Madrid, los apóstrofes cayeron sobre él, en todos los tonos.

Enseguida se alistaron en Tucumán las fuerzas: 200 coraceros a órdenes del coronel Acha, incorporando a este cuerpo la escolta de La Madrid, hasta tanto se recibieran las respuestas de las demás Provincias convocadas. Éstas no tardaron en solidarizarse completamente con la actitud asumida por Tucumán, y sus Gobernadores le hicieron llegar las resoluciones de sus respectivas Legislaturas: lo hizo el Gobernador Manuel Solá de Salta el 18 de abril, en la misma jornada el Gobernador de Jujuy Roque Alvarado, el de Catamarca José Cubas el 21 de abril, y el de La Rioja Tomás Brizuela el 3 de mayo. Todos ellos, y las correspondientes Salas de Representantes, criticaron en severos términos la política impresa al pueblo argentino por el gobernante de Buenos Aires, cuyos poderes extendiera más allá de la jurisdicción de su Provincia. Como síntesis de su objetivo, la nueva Coalición del Norte unificó su lema de guerra: "*¡Patria, Libertad, Constitución!*"

Adviértanse los términos de algunos documentos que emitieron mandatarios oportunamente reconocidos por Rosas como "patriotas federales" —bueno es reiterarlo— para poder desempeñarse como tales.

El Gobernador de Catamarca ofició el 8 de mayo al de Tucumán aludiendo a "los hechos públicos con que el tirano de Buenos Aires ha manchado la historia de nuestra gloriosa Revolución", que detallaba:

No se registra un solo paso de su vida pública que no importe una traición: él ha atentado contra las instituciones liberales, ha fomentado la guerra civil, ha destruido la moral, ha aniquilado el comercio, y ha envilecido a los ciudadanos. Diez años de calamidades pregonan con voz elocuente la época destructora de su Gobierno: no contento con derramar sangre a torrentes, de tantas víctimas que ha inmolado a su ambición, ni con la proscripción de tantos argentinos ilustres, él ha llevado la guerra al Estado Oriental, ha provocado al Poder Francés, ha obstruido nuestros puertos, y por fin ha convertido su ignominiosa Dictadura contra los Gobiernos confederados.

Últimamente: "Ha mirado como un crimen el deseo de que la República se constituya bajo cualquier forma". En su falta se encontraba la raíz de los problemas argentinos, y su solución en organizar el país. El Gobernador de La Rioja, general Brizuela, se sumaba al coro adhiriendo a "los justos motivos" expresados por la Legislatura provincial,

como igualmente los de alejar los medios subversivos y antisociales con que el Gobernador de Buenos Aires convertía la Nación Argentina en una espantosa desunión y anarquía, borrando para siempre la memoria de nuestro pabellón nacional, sustituyendo en su lugar lemas, cintas, colores y demás superficialidades con que acaudillando las clases del Estado, las separaba aún de los sentimientos que inspiraba la Naturaleza.

Por fin, el general Roque Alvarado, mandatario jujeño, envió al propio Rosas un largo oficio el 15 de mayo, en el que detalló los perjuicios sufridos durante la guerra contra Bolivia,

los descabros del Ejército de Operaciones en las dolorosas jornadas de Iruya y Montenegro, en donde sepultados o prisioneros quedaron los hijos de Jujuy que formaban el contingente de la Provincia, [...] cuyos resultados funestos a la gloria de las armas y a los intereses de la Nación, dejaron a esta Provincia despoblada, envuelta en la miseria, a merced del enemigo que ocupaba la mayor y más rica parte de su territorio, teatro de sangrientas escenas.

Siguieron los cargos contra las medidas tomadas en perjuicio de las Provincias "para perpetuar en ellas el ominoso sistema de dominación que ha hecho la base fundamental de la política de V.E."

El general La Madrid comprendía que un inmenso poderío iba a ser dirigido contra estas Provincias, y se dedicó a recorrer la campaña en busca de adhesiones. El coronel Mariano de Acha escribió al general Lavalle para imponerle de las novedades, y el plan de operar contra Córdoba "si la pobreza de estos pueblos y la absoluta falta de numerario no nos hubieran presentado obstáculos invencibles". Luchando contra la falta de dinero, que resalta en

los documentos contemporáneos, La Madrid logró formar un Ejército (o más bien, División) compuesta por 300 coraceros, 200 lanceros y 100 infantes, y una batería de artillería (4 piezas de tren volante). Para alistar tales fuerzas se requirió un "esfuerzo casi sobrenatural", comentaba el Gobernador Piedra Buena. Era su Comandante en Jefe el general Aráoz de la Madrid, su Mayor General (segundo) el coronel Mariano de Acha, y jefe de Estado Mayor el coronel Lorenzo Lugones.

Favorables noticias recibidas impulsaron a apoyar un movimiento estallado contra el Gobierno de Córdoba, mas la falta de recursos demoró emprender la marcha, que finalmente debió iniciarse en junio.

La demora hizo que en Cuyo se alistarán fuerzas federales a órdenes del general José Félix Aldao, por lo que La Madrid se dirigió a Catamarca buscando engrosar su tropa. Pero el 3 de julio, hallándose La Madrid en Albigasta para unirse al Gobernador Cubas, el jefe de su retaguardia, coronel Celedonio Gutiérrez, con 200 milicianos de su Regimiento emprendió el retroceso para unirse al Gobernador de Santiago del Estero. Este suceso desmoralizó a Cubas, quien al negarse a proseguir la campaña puso fin a la misma. En su regreso a Tucumán, el general La Madrid alcanzó la columna de Gutiérrez —a la cual se habían unido los *choyanos* de Ibarra—, y el jefe de su escolta Crisóstomo Álvarez pudo lancearlos hasta que la concurrencia del coronel Acha concluyó por dispersarlos (17 de julio de 1840). Álvarez fue ascendido por La Madrid al grado de mayor.

Al partir para su frustrada operación sobre Córdoba, el general La Madrid había cursado comunicaciones al general Lavalle anoticiándolo de lo sucedido en el Norte Argentino. Este último se lo transmitió al Gobernador de Corrientes el 16 de junio, desde su cuartel general en las *puntas* del arroyo Sauce Grande, lo que celebró Ferré, quien invitó a La Madrid a entablar relaciones y unir esfuerzos, comunicándose por la vía del Chaco con las Provincias de dicha región.

3

Al mismo tiempo, otro hecho auspicioso para la causa antirrosista se difundía: el general Paz estaba en el Estado Oriental, habiendo logrado evadirse de Buenos Aires. Era uno de los muchos que escapaban a las violencias que el Gobierno de esta Provincia cometía contra sus adversarios. De uno de ellos apuntó en su *diario* el general Tomás de Iriarte el 17 de diciembre de 1839, estando en Montevideo:

Ha llegado el general Viamonte expatriado; su casa había sido asaltada por los sicarios viles instrumentos de Rosas, su familia insultada, y todos sus muebles despedazados.

Se sabe que a fines de abril de 1839 el Gobernador Rosas dispuso el fin del cautiverio del general José María Paz, quien de su prisión en Luján pasó a residir en Buenos Aires, prevenido a no alejarse más de una legua de la plaza. Hizo una vida, si no sosegada, al menos regular, y como él dejó escrito, "sin

esas pruebas de adhesión, es decir, esas bajezas chocantes con que tanto sus militares como sus otros adeptos procuraban sobrepasarse”, pues Rosas no le exigió —añade— “ni la concurrencia a esas escandalosas fiestas, ni el humillante honor de arrastrar el carro de su retrato en las no menos escandalosas procesiones que vio Buenos Aires repetirse hasta el fastidio”. Pero Paz vivía intranquilo porque su inasistencia no iba a poder prolongarse indefinidamente. Hasta que a principios del mes de noviembre, producida la derrota de los *Libres del Sur*, una nota de la Inspección General del Ejército le comunicó que había sido inscripto en la Plana Mayor Activa en su clase de General, cesando su condición de prisionero.

“Fue ella un golpe que me causó el más grande disgusto. ¿Cómo podía desmentir la mayor parte de mi vida pública, inscribiéndome en el número de mis enemigos políticos y prestando servicios a una causa que había combatido sin cesar, y como General en Jefe? ¿Cómo podía hacerlo sin condenar todos mis actos anteriores?”

Tales eran las torturantes reflexiones que se formulaba a sí mismo Paz. Pero sin hallar medio alguno para sustraerse a la medida —“una resistencia mía era una sentencia de muerte”—, debió cursar un medido agradecimiento al Gobernador Rosas. Su postura era bien diferente a la del general Aráoz de la Madrid, y tanto, que inició los pasos para escaparse de la ciudad. Debió vencer la resistencia de su abnegada mujer, casada y madre en prisión, que recién disfrutaba de una libertad menguada, pero al fin sin verse sometida a un confinamiento pleno de sinsabores. Tras la serie de incidentes que refiere en sus *Memorias*, el general Paz se embarcó una noche de abril de 1840 en una ballenera que luego de sortear varios inconvenientes lo llevó a la vecina Colonia del Sacramento. Lo acompañaba Antonio Somellera, joven oficial de Marina, y escaparon también otros militares y civiles, entre ellos el coronel Blas José Pico, el teniente coronel Eustaquio Frías, el mayor Álvaro Barros. Estas fugas eran peligrosas por la vigilancia que en la costa porteña realizaba la Policía, al punto que un mes después (3 de mayo) fueron sorprendidos en el acto de embarcarse el coronel Francisco Lynch, antiguo Capitán del Puerto, y otros compañeros de aventura, siendo bárbaramente masacrados: con este episodio comienza la célebre novela *Amalia* de José Mármol.

Paz no perdió tiempo en escribir al general Lavalle, al Gobernador Ferré y al Presidente Rivera ofreciendo sus servicios.

En cuanto efectuó una visita al general Rivera en su campamento en San José del Uruguay —de donde éste no se moviera no obstante sus promesas de colaboración con Corrientes y el cual lo quiso retener a su lado—, Paz retornó a Colonia en junio y se reunió con su familia, llegada de Buenos Aires. A poco fondeó un convoy integrado por 20 mercantes, protegido por un bergantín armado, que se dirigía a Diamante para entregar equipos al Ejército Libertador, y Paz fue instado por el doctor Julián S. de Agüero —que viajaba en él— para que se uniera al mismo. El General no vaciló, pese a la resistencia de su mujer Margarita Weild, quien por segunda vez le conjuraba llorando a que dejara las armas. José María Paz confiesa que debió vencer su voluntad, “tanto más fundada cuanto que al aceptar mi proposición de matrimonio me había

exigido la promesa de renunciar a una carrera que había envuelto en desgracias a toda la familia: todo lo desoí para correr nuevos peligros y hacer algunos más ingratos”.

4

¿Cuál era la situación militar en la Provincia de Entre Ríos, teatro de las principales operaciones contra el Dictador?

El Presidente Rivera no había cumplido en reforzar a sus formales aliados Ferré y Lavalle, y tan sólo el coronel Ángel Núñez permanecía en la villa del Arroyo de la China, como era denominada la hoy Concepción del Uruguay. Lavalle estaba indignado por la conducta de aquél, al punto que denunció al Gobernador Pedro Ferré:

Los jefes de don Frutos pregonan que pasan a Entre Ríos a defenderlo de los correntinos, que se han convertido en salteadores y devastadores del país, y tienen la audacia de escribirlo así a las autoridades que yo he colocado de este lado del Uruguay. Esto es horrible.

Diez días más tarde (27 de abril) volvió a referirse al virtual “Director de la Guerra”, acusándolo de no haber remitido las 4 piezas de artillería que le había pedido, y comentaba a Ferré:

Después de la batalla del 10 escribí de nuevo al general Rivera rogándole que viniera con su Ejército a sitiar la Bajada, seguro de que en esto obraba de acuerdo con los deseos de V.E., e impelido por los grandes intereses que yo represento en esta cuestión, y cuya dirección no puedo abandonar a otras manos. Hasta ahora no he tenido contestación, ni espero que nuestros deseos se realicen. La situación militar del general Rivera tampoco le permite dar el auxilio que V.E. le exige: si V.E. tiene otros informes le aseguro que son inexactos.

Lavalle era terminante: “Estamos solos en la cuestión con nuestros aliados y amigos los franceses”. Como ese personaje siguió figurando en el primer rango de los cálculos de alianza contra el mandatario porteño, conviene conocer con precisión la opinión que merecía a sus compañeros de lucha, siquiera en sentido nominal. Lavalle dio rienda suelta a su resentimiento, una vez más, el 2 de mayo, contestando una carta del comandante francés Lalande de Calan, quien le exigía “un sacrificio de amor propio a favor de la causa común”, puntualizando sus agravios:

Recuerde Ud., mi querido comandante, que hemos salido escapados de Montevideo para traer la libertad a nuestra Patria; que en la isla Martín García, lejos de ser apoyados, hemos sido hostilizados por el general Rivera, y nos vimos obligados a pelear en Yerúá 1 contra 4. Recuerde Ud. que ese mismo General ha perseguido a todos los argentinos que han podido venir a combatir al lado de sus compatriotas. Recuerde Ud. que el Ejército Libertador ha venido a Entre Ríos contando con la cooperación

del Ejército Oriental, que cien veces había sido prometida, y que lejos de ella ha encontrado traición y perfidia, y ha sido forzado a luchar solo y dar una batalla peligrosa.

Por eso el General reclamaba al mandatario de Corrientes el envío del general Vicente Ramírez con los cuerpos de reserva de la capital, avanzando por la costa del Paraná hasta situarse en el paso de la Candelaria, estancia de Echagüe, donde recibiría órdenes, en cuya marcha sería respetada escrupulosamente la propiedad privada, excepto la caballada, dando recibos a sus dueños para que los abonara la caja del Ejército.

El Comandante del Ejército Libertador estaba equivocado, o al menos no discriminaba a sus "aliados y amigos" franceses, pues si bien el Encargado de Negocios en Montevideo, Bouchet Martigny, era su partidario, el nuevo jefe bloqueador, contraalmirante Dupotet, estaba inclinado a entenderse con el Dictador Rosas. Lo cierto es que el bloqueo sobre Buenos Aires no se mantenía con las estrictas medidas que requería, y hasta por el río Paraná la vigilancia de sus naves no era del todo efectiva, habiéndose ya mencionado el cruce de refuerzos al Gobernador Echagüe: primero del Regimiento N° 2 de Buenos Aires (coronel Ramírez) y después el cuyano de *Auxiliares de los Andes* (coronel Argañaraz). Florencio Varela le transmitía a Félix Frías su impresión sobre la disposición del Almirante: "No tiene la más mínima simpatía por nuestra causa ni por el General".

Sea como fuere, el 12 de mayo el general Juan Lavalle pidió en forma reservada al comandante de la División Naval Francesa en el Paraná su colaboración para efectuar el cruce del río a la orilla opuesta. Aquel requisito revela que la decisión estaba tomada aunque el Gobernador de Corrientes disintiera con ella. El Intendente del Ejército Libertador, doctor Salvador Ma. del Carril le envió dicha carta al comandante Pénaut, en los siguientes términos:

Confío al honor y a la experiencia militar del señor Comandante la carta reservada de S.E. el señor general Lavalle fecha 12, que acompaño con esta nota. Aquella carta contiene el secreto de la situación del Ejército Libertador en la Provincia de Entre Ríos, y es escrita con el designio de promover un acuerdo formal para la cooperación de las fuerzas francesas al mando del señor Comandante en las operaciones que emprenderá el Ejército Libertador en los casos previstos por S.E. En consecuencia, me ha de permitir la libertad de pedirle una contestación categórica y terminante a la cuestión propuesta por el señor General; porque de su solución dependerá la base de las operaciones que se meditan, y de aquí el que todas las medidas que deben concurrir al plan que se forma, o sean postergadas sin razón o indiscretamente adoptadas. Tal considera S.E. la cooperación de los buques franceses, para transportar su Ejército de la margen izquierda a la derecha del Paraná. Y puede deducirse, por lo que expresa y por lo que deja de decir la carta de S.E., que esta operación, de cuya utilidad ha podido dudarse hasta hoy, se presenta más evidentemente necesaria, y que dentro de poco, acaso será de una instante urgencia.

El 15 de mayo el agente diplomático Bouchet Martigny se dirigió directamente a Lavalle accediendo al requerimiento en su idioma, "para abreviar":

Le commandante Pénaut ne vous refusera pas le passage quand vous le demanderez; des ordres le sont donnés à cet effet; mais il n'y a pas de raison pour que vous communiquiez ce fait à monsieur Ferré. Je vous engage à faire tout votre possible pour vivre en bonne intelligence avec lui: c'est votre intérêt, c'est le notre.

Algo fundamental para la prosecución de la empresa era que pese a los múltiples inconvenientes, el ánimo del general Juan Lavalle no desfallecía. En la intimidad de su correspondencia con su mujer Dolores Correas le confiaba el 3 de mayo:

El temor de aquel amigo, de que mi espíritu se abata por las contradicciones de la perversidad, de la ambición y de las pasiones desordenadas, puede desecharlo con confianza, pues mi espíritu no se abate por nada. Vos lo sabes: todas esas contradicciones me serían gratas si no fuera por los obstáculos que oponen a la causa de la libertad de nuestra Patria.

Un movimiento importante fue la salida de toda la caballería con el general Lavalle a la cabeza, para apoderarse de equinos que se sabía existían al norte de Entre Ríos: "Las caballadas todas del Ejército Libertador estaban demasiado aniquiladas", refiere el cronista de la campaña, Elías. Dejando encargado al coronel Ángel Salvadores la custodia de su campamento, los jinetes realizaron marchas forzadas por la costa del Paraná, y al llegar a la localidad de Hernandarias fue destacado el coronel Niceto Vega con su División hacia Alcaraz, donde pudo reunir unos 3.000 caballos en excelente estado, muchos de ellos de la estancia del propio Gobernador Echagüe, "que valen una victoria", opinó alborozado el General. En esta ocasión se le incorporó a Vega, el 19 de mayo, la División correntina de Ramírez Chico, reforzándolo con 700 efectivos. Tres días después estaban de regreso en el campamento, sin otro suceso que el choque de un fracción comandada por el capitán Juan de Dios Videla contra una partida enemiga a la que puso en fuga.

Aprovechando que la caballería operaba en el norte, el campo defendido por los coroneles Ángel Salvadores y Pedro José Días sufrió repetidos ataques de los federales, que pudieron ser rechazados, hasta que la aproximación de Lavalle hizo desistir a los intentos.

El 25 de mayo de 1840 la fecha patria fue festejada por los dos Ejércitos enemigos. Recordaba el coronel Elías con prosa recargada:

"Apenas el sol remontó en el horizonte fue saludado por una salva de 21 cañonazos y 3 descargas de la infantería que coronaba los parapetos de la fortaleza [sic], mientras que la caballería, formada en batalla, dirigía sus miradas sobre el padre de la luz, precursor de las glorias argentinas. El reducto se hallaba elegantemente abanderado, y la bandera de Mayo flameaba majestuosa en una región no ha mucho esclava del Tirano. Una circunstancia bizarra hizo más solemne esa festividad republicana: el cañón

enemigo tronaba a la vez que el libertador, y los enemigos de las glorias de la Patria no se avergonzaban de rendir su culto al mismo astro que había sido tantas veces eclipsado con sus horrendos crímenes”.

Una novedad favorable para Lavalle fue la separación del coronel Ángel Ma. Núñez de las filas orientales, para incorporarse con su cuerpo de 300 entrerrianos al 2º Ejército Libertador Correntino, con gran indignación de Rivera, quien lo dio de baja el 2 de junio y dejó a cargo de la División Oriental al coronel Bernardino Báez. Núñez —ahora General— recibió orden de Lavalle para situarse en el centro de la Provincia, cuyos Departamentos (Nogoyá, Victoria y Gualaguay) fueron puestos a poco bajo el comando del ex Gobernador general Juan León Solas, antiguo adversario federal en 1828-30.

Un cambio de posiciones de Echagüe, que se estableció tras el arroyo Pelado y con sus flancos protegidos por profundos barrancos, teniendo a su espalda el camino que conducía a la capital provincial, impidió el ataque que tenía resuelto llevarle el general Lavalle. Éste se decidió a sitiario hasta que el desaliento y la falta de alimentos lo forzaran a abandonar sus atrincheramientos. El Ejército Libertador quedaba dominando la campaña, y fueron frecuentes las desertiones desde el campo federal, aunque no de entrerrianos sino de los Regimientos de Buenos Aires y Cuyo que integraban el Ejército Federal. Los choques de avanzadas fueron frecuentes y disputados con “valor y orgullo marcial” —escribe Juan Elías—, librándose el 3 y el 12 de junio encarnizados combates entre ellas. Como hecho remarcable debe indicarse que el coronel Antonio Ramírez, jefe del Regimiento 2 de Buenos Aires, disgustado con el Gobernador Echagüe, decidió separarse del Ejército Entrerriano y se embarcó en un lanchón, pero al intentar el cruce a Santa Fe resultó prisionero de la Escuadrilla francesa. Una pérdida equivalente había sucedido en las filas del Ejército Libertador: el coronel Jaime Montoro, jefe del escuadrón Yerúa, en los primeros días de mayo pidió licencia por enfermedad para trasladarse al pueblo de Diamante, y una vez allí partió para el Estado Oriental sin solicitar el pertinente pasaporte del General en Jefe.

Lavalle se había concertado con Ferré y estuvieron plenamente conformes, y “el general Rivera queda enteramente descartado”, le transmitía a Martigny el 15 de junio. Las incorporaciones de los generales Núñez y Vicente Ramírez abonaban ambos hechos. Se calculaba con fundamento que el Presidente oriental preferiría atender a la seguridad de su República, estacionando los Ejércitos en la Mesopotamia o en su propio territorio, antes que avanzar a Buenos Aires. Difería, pues, por completo, con el planeamiento ofensivo del general Lavalle.

Mas todavía Lavalle no se consideraba en aptitud de atacar el atrincheramiento federal, “por la superioridad de éste en las armas de artillería e infantería, al abrigo de las cuales está defendida su caballería”, y por eso había dirigido el 6 de junio otro pedido al Gobernador Ferré, para que le enviase 300 hombres “a lo menos” para reforzar el Batallón de infantería, con fin de equilibrar las fuerzas. Igual pedido efectuaba a Montevideo, desde donde se le prometieron varios efectivos: desde 60 porteños fugados, hasta un batallón de 480 vascos; también dos obuses, y vestuarios, monturas, municiones, pólvora,

plomo, y cuanto pudo adquirir la Comisión Argentina, como lo hacía saber Varela el 13 de junio. El general Lavalle aseguró a todos sus corresponsales que “al momento que lleguen [los infantes] el Ejército enemigo será destruido”.

Resulta importante conocer el plan del general Juan Lavalle sobre sus futuras operaciones, puesto que fue luego objeto de durísima censura.

Desde fines de abril los beligerantes mantenían sus posiciones estáticas, lo que llevaba a calificar a Lavalle de “estado crónico” a la guerra en Entre Ríos. Su Gobernador Echagüe estaba fuertemente defendido con 1.000 infantes y 10 piezas de artillería en “posiciones inexpugnables” —según aquel mismo General—, con sus dos costados y su retaguardia apoyada en los zanjones del arroyo de las Piedras: “su posición no ofrece sino una entrada de 400 varas de ancho a lo más, dominada desde lejos por un murallón en que tiene su infantería y artillería”. Añadía el general Lavalle que el campamento federal recibía víveres de los habitantes de la costa del río Paraná, al no poder comunicarse con su capital por la presencia de su propia caballería en el interior. El plan del Comandante del Ejército Libertador era que los efectivos del general Núñez custodiaran la margen izquierda del río Gualaguay, que divide a la Provincia, mientras la División de correntinos dirigida por el general Vicente Ramírez sostenía la línea del río Feliciano: de tal forma —explicaba Lavalle desde su cuartel general en las puntas del Sauce Grande, el 15 de junio—,

el Ejército de Echagüe hubiera quedado reducido a un pequeño recinto y sin recursos materiales para emprender nada hasta octubre o noviembre, en cuya fecha yo suponía en tierra al Tirano.

Es decir: mientras el Gobernador de Entre Ríos quedaba sitiado —y por tanto, sin movilidad peligrosa para la Provincia de Corrientes—, el Ejército Libertador avanzaría sobre Buenos Aires. A su amigo el doctor Julián S. de Agüero le añadió al día siguiente:

Este Ejército no puede permanecer en esta situación muchos días. Es preciso que ejecute el plan que llevó Alsina [embarcarse para cruzar el Paraná] o que ataque a Echagüe, o que me retire.

El 16 de junio Lavalle comunicó al Gobernador Ferré que luego de la próxima batalla, “he de remitir a Ud. antes de pasar el Paraná todos los armamentos nuestros y enemigos que el Ejército necesite”. Esto revela que la operación fue convenida entre ambos; claro que supeditada a la anulación del Ejército Federal Entrerriano, obsesión del mandatario correntino. Todo estaba previsto: Martigny confirmó a Lavalle el 12 de junio que las naves necesarias estaban prontas, transcribiéndole la nota del día anterior que le hiciera llegar el almirante Dupotet:

Ud. puede avisar al señor general Lavalle que la División del Paraná ha recibido la orden de llevarlo y escoltarlo sobre la orilla derecha del Paraná, en el punto que designe, y que estos buques cooperarán con su ar-

tillería y sus embarcaciones armadas a limpiar [balaguer] la playa, si se juzga necesario, para efectuar su desembarco.

La seguridad en el triunfo hizo que el 22 de junio se celebrara el protocolo de los emigrados con Francia (transcripto en el capítulo anterior) mediante el cual se zanjaban los reclamos que habían dado origen al bloqueo. Dos días después, el Ejército Libertador era anoticiado mediante un comunicado de su General en Jefe, del levantamiento de las Provincias del Norte contra el Dictador porteño. La certeza en un próximo fin de la Dictadura era tan firme que el ex Director Supremo general Juan Martín de Pueyrredon, exiliado pocos días después de la concesión de la *suma del Poder Público* al Gobernador Rosas, regresó de Europa con su hijo Prilidiano, convencido de la caída de aquél.

Es la oportunidad de mostrar la organización y características del 2º Ejército Libertador Correntino, porque sus rasgos se prolongaron desde esos meses en Entre Ríos hasta el año siguiente en Tucumán.

Para describirlo debe recurrirse al testimonio calificado del general Paz, quien tuvo ocasión de comprobar personalmente los aspectos que señala, y lo hace con ecuanimidad, sin disimular ninguna de sus facetas. Ante todo, afirma que el Ejército "era realmente valiente, decidido y entusiasta". Estas condiciones las mantuvo durante toda su campaña, y explican su cohesión y constancia pese a los contrastes que sufrió. No hubiesen bastado esas cualidades para conservarlo, de todos modos, sin haber gravitado grandemente la figura de su conductor.

Cabe adelantar que todo dependía del Comandante en Jefe, que a su rango militar superior unía los atributos de un verdadero caudillo, como que en efecto ejercía auténtica fascinación entre su tropa. Quizá como ningún otro General haya Juan Lavalle disfrutado de tanto predicamento entre sus soldados. No entran en aquella categoría los Gobernadores, pues disponían de otros recursos para afirmar su predominio; y quizá sea necesario llegar hasta pasada la mitad del siglo XIX, con la presencia de los generales Ángel Vicente Peñaloza o Ricardo López Jordán, para encontrar similar arrastre en los espíritus dispuestos a seguirlos en campañas azarosas. Escribió al respecto el general José María Paz:

"El general Lavalle era generalmente querido de la tropa, y tenía una gran influencia en el soldado: nadie ignora que poseía ciertos dotes especiales que lo hacían amar, a la par del efecto que causaba su varonil presencia: poseía buenos talentos, tenía rasgos de genio y concepciones felices".

En contraposición, un rasgo negativo en el cual coinciden Paz y Ferré es que

"hubiera sido de desear más perseverancia para seguir un plan que había adoptado, y un poco de más paciencia para desarrollar los pormenores de su ejecución, de lo que resultó que no se le vio marchar por un sistema constante, sino seguir rumbos contrarios".

La influencia del general Lavalle era la vez beneficiosa y perjudicial: lo primero, en cuanto a las adhesiones que servían para engrosar y mantener en ap-

titud combativa a su Ejército; pero nociva porque significaba una desorganización impropia en una fuerza armada. La falta de Estado Mayor en el Ejército contribuía para llegar a extremos de caos e indisciplina, sin que los jefes de las unidades pudieran siempre hacer valer su autoridad. Por ejemplo, cuando el Ejército estaba surtido de los enseres que necesitaba para equipar a los soldados, la falta de control sobre ellos derivaba en su dilapidación, lo que se traducía en una falta constante de elementos de todo tipo, incluidos la caballería y el armamento deteriorado, que se desechaba sin componerse. Lo mismo ocurría con los alimentos, que significaban una matanza indiscriminada de vacunos, con perjuicio para sus dueños, no siempre resarcidos. El general Lavalle llegó a decir al general Paz al encontrarse en Diamante: —*Aquí están 3.000 hombres que sólo me obedecen a mí, y que se entienden directamente conmigo.*

Una vez que, tras el combate de Don Cristóbal, el "2º Ejército Libertador Correntino" (ya integrado por hombres de otras Provincias) se estacionó cerca de Diamante, su organización militar se relajó en su largo estacionamiento de tres meses.

La falta de ejercitaciones periódicas, de revistas de equipos, y de listas del personal, corría pareja con la libertad de que disfrutaban los soldados; y para reunir al Ejército explica Paz que se recurría a ciertos subterfugios, como el anuncio de pagarse en metálico, "o que se preparaba una batalla, lo que siempre surtió buen efecto, porque es evidente que aquellos soldados eran valientes y decididos", insiste. Tal estado es corroborado por el propio edecán del Comandante en Jefe, Juan Elías, no obstante su tendencia a co-honestarlo:

"La disciplina militar se aflojó por la tolerancia criminal de algunos jefes que olvidando su deber, su honor, su misión, permitieron que los soldados se separasen de sus filas".

Son insoslayables algunos rasgos personales, descriptos con pluma maestra por José María Paz —agregándolos a los expuestos al comenzar el presente capítulo—, pues explican en gran medida lo ocurrido en las operaciones que mandó como General en Jefe:

"El general Lavalle el año 1826 que lo conocí, profesaba una aversión marcada no sólo a los principios del caudillaje sino a los usos, costumbres y hasta el vestido de los hombres de campo o gauchos, que eran los partidarios de ese sistema: era un soldado en toda forma. Despreciaba en grado superlativo las milicias de nuestro país, y miraba con el más soberano desdén las puebladas: en su opinión la fuerza estaba sólo en las lanzas y los sables de nuestros soldados de línea, sin que todo lo demás valiese un ardite. Cuando las montoneras de López y Rosas lo hubieron aniquilado en Buenos Aires, abjuró sus antiguos principios y se plegó a los contrarios adoptándolos con la misma vehemencia con que los había combatido: se hizo enemigo de la táctica y fiaba todo al suceso de los combates, al entusiasmo y valor personal del soldado. Esta vez quería el general Lavalle vencer a sus contrarios por los mismos medios con que había sido por ellos vencido, sin advertir que ni su educación, ni su genio, ni sus hábitos, po-

dían dejarlo descender a ponerse al nivel de ellos: al través del vestido y de los modales afectados del caudillo, se dejaban traslucir los hábitos militares del soldado de la Independencia”.

En resumen, he aquí la descripción del general Paz:

“Al Ejército Libertador no era aplicable ningún género de organización ni regularidad, ni economía ni contabilidad, ni orden ni disciplina ni cosa semejante: era un montón de hombres armados, distribuidos en otros montones mas pequeños que se llamaban Divisiones, animados de entusiasmo y bravura, y muy afectos al General que los mandaba”.

Pero a pesar de cuanto pudiera criticarse acerca de su régimen interno, como fuerza combatiente el Ejército Libertador seguía siendo una poderosa máquina de guerra, como lo describe el teniente coronel Elías en su *Historia*:

“La infantería se hallaba perfectamente armada, municionada y equipada, pues en la Escuadrilla había encontrado todos estos elementos enviado por la Comisión Argentina residente en Montevideo. La artillería había sido reparada y puesta en completo estado de servicio. Con la infantería llegaron varios militares y ciudadanos que desde el Estado Oriental venían a reunirse al Ejército”.

Asimismo se incorporaron algunos pocos hombres que salvaron de la derrota de Vera en Cayastá, ocultos en una isla hasta que fueron recogidos por una embarcación francesa.

No lejos de la costa del arroyo Seco el general Lavalle dispuso construir un parapeto que contuviera a la infantería, parque y maestranza del Ejército, defendido por dos piezas de artillería del Ejército y dos carronadas suministradas por la Escuadrilla. Si el propósito del General fue —además de defenderse de un presunto asalto del enemigo— contener dentro de esa fortificación a sus tropas, esto último no se logró: una vez más la mala calidad de las reses que consumían, movió a aquellas a hacer correrías para proporcionarse víveres. “Este mal fue cada día más grave, ya porque el soldado se acostumbró a ausentarse de sus cuerpos, como porque las caballadas sufrían notablemente”, asienta Juan Elías. En vano fueron impartidas órdenes y hasta las admoniciones de Lavalle a los cuerpos que se hacían notar más por su conducta licenciosa:

“Nada fue bastante a contener un mal que cada día se hacía más sensible. La disciplina había desaparecido, el Ejército no guardaba ninguna de las reglas establecidas para la conservación del orden y la moral; y las faltas del soldado encontraron siempre tolerancia”.

Tal el cuadro con que se encontró el general Paz a su llegada, y que censuró con justeza y con justicia.

Poca era la actividad militar, salvo los tiroteos de las avanzadas, hasta que a retaguardia del Ejército de Lavalle, cerca del pueblo de Victoria, un escuadrón de la Legión Méndez a órdenes del mayor Santiago Oroño fue derrotado

(6 de mayo) por una partida federal a órdenes del coronel Hilarión Campos —conocido por el apodo de *Chancaca*—, que a su vez fue vencido por la Legión Torres.

Un hecho que causó viva impresión ocurrió tras una de esas escaramuzas de vanguardia, en que murió un oficial del escuadrón *Maza*, muy querido por sus camaradas (2 de julio). El cadáver había quedado en una cañada y varios de sus amigos resolvieron buscarlo para darle digno entierro. Fueron los mayores Joaquín Muzlera y Rufino Yanson, y los capitanes Rafael Cabanillas y Víctor Dumoncel, al último de los cuales se debe la versión que sigue:

“Desde el principio estos oficiales cometieron una grave imprudencia: no llevaron consigo ni un hombre armado, solamente ellos con sus espadas, y creo que uno o dos llevaban pistolas. Al llegar cerca de las avanzadas del enemigo reconocieron que eran fuerzas de los *Auxiliares de los Andes*; Muzlera había servido en ese Regimiento en las campañas con Quiroga y por consiguiente era muy conocido de los oficiales. Luego que estuvimos próximos a la línea de sus guerrillas, Muzlera hizo llamar a un comandante Romero, y Cabanillas hizo también llamar al mayor José Iseas, los cuales vinieron luego con otros dos oficiales. En efecto, eran amigos de esos señores; hablóse mucho de recuerdos de juventud, y lamentando ambos encontrarse en campo diverso. Todo íbase prolongando, cuando sobre la tarde pasó como a cien pasos de nosotros un oficial con dos ayudantes y tres ordenanzas: nos saludó, le retribuimos su saludo de lejos y retiróse. Los oficiales nos dijeron que era el coronel don Pantaleón Argañaraz, que estaba ese día de jefe de vanguardia. Continuamos la conversación, cuando vinieron derecho a nosotros 4 oficiales entrerrianos; uno de ellos habló en particular con los jefes Romero e Iseas, y quedaron al lado nuestro. No quisimos levantarnos para no dar muestra de temor. Notamos también un movimiento extraño en la líneas de las guerrillas. En fin, para abreviar la historia, antes de movernos por orgullo, estamos rodeados y las carabinas de los oficiales entrerrianos apuntadas a la cabeza; éstos venían 3 de carabina y 1 de lanza. Argañaraz se había quedado ahí cerca: vino al galope y como cobarde nos trató indignamente. Esto fue un hecho que si bien de poca importancia por su valor numérico, no dejó de tener influencia moral en la tropa”.

Las conversaciones entre jefes y oficiales enemigos que antes tuvieron relaciones amistosas, no eran infrecuentes aún después de sostener guerrillas, pero tras ese hecho el general Lavalle impartió órdenes severas prohibiendo en lo sucesivo toda comunicación con los federales.

Llegó el mes de julio, y con éste la solución de la campaña de Entre Ríos.

En el puerto de Diamante se encontraban un bergantín de guerra y dos bergantines-cañones a órdenes del comandante Penaud, además de más de 20 embarcaciones mercantes “detenidas con el objeto de transportar el Ejército a la orilla opuesta”, refiere el general Tomás de Iriarte, llegado el 27 de junio

desde Montevideo para incorporarse a Lavalle. Frente a la ciudad de Paraná estaban otras naves. En la isla enfrentada al pueblo de Diamante los franceses habían montado un hospital de campaña y construido un pequeño fuerte artillado para su protección. El espectáculo que contempló Iriarte confirma lo descripto por el general Paz y el coronel Elías:

“Desde que llegué a Punta Gorda ya pude observar que nuestro Ejército carecía de disciplina: sorprendido me quedé cuando Carril me aseguró que diariamente concurrían a la pulpería de Punta Gorda más de 100 soldados del Ejército, que venían sin licencia; la distancia era de siete leguas, y hasta algunos jefes y oficiales se separaban del cuartel general sin conocimiento del General en Jefe. Encontré que este sistema de licencia era inaudito, y no podía darme razón del objeto que se proponía el general Lavalle en tolerarlo”.

Pero también:

“El Ejército Libertador existía porque Lavalle era un ídolo que todos adoraban: sin su inmensa popularidad se habría desbandado. Todos los individuos del Ejército están animados del mejor espíritu; se creen muy superiores a los enemigos, que miran con el más alto desprecio. Contribuye a este buen temple la confianza ilimitada que todas las clases del Ejército tienen en la capacidad militar de nuestro General. Contados serán los individuos que no crean que cuanto él dispone es lo mejor; y si algo se hace que merezca censura, a nadie se le ocurre hacerla recaer sobre el general Lavalle; tal es el poder de su prestigio. No he conocido nunca un General tan querido, y si él sabe sacar partido de tan brillante disposición, nuestro Ejército será invencible”.

Iriarte se apercibió que el desorden y la falta de sistema eran calculados por su Comandante, quien le había confiado en Montevideo: —*Rosas cree que él solo sabe dirigir y atraerse a las masas: se engaña. Yo le enseñaré cómo esto se hace, y la lección le ha de costar bien cara.* La suposición del general Paz antes transcrita queda confirmada. Pero un caudillo no comparte el poder de que disfruta, y el general Iriarte notó que su presencia no era bien recibida. Por lo pronto, no se le dio destino, y quedó agregado sin empleo.

El tiempo invernal, lluvioso y frío, con heladas por la noche, perjudicaba a la caballada, que carecía de pastaje adecuado, y sometía a las tropas a penurias diarias. La necesidad de una definición militar se imponía. Desde Montevideo se incitaba a Lavalle a no dilatarla.

Los combates de vanguardia proseguían entre tanto, con ventajas para la caballería del Ejército Libertador, fortaleciendo su espíritu.

En los semblantes se conoce el contento del soldado por sólo saber que vamos a batirnos —escribía Iriarte en el “diario” que llevaba—. *Con tales hombres y una buena dirección se pueden hacer milagros.*

En realidad, la iniciativa de la batalla no conformaba al general Lavalle, porque pese al sacrificio que la demora causaba a sus fuerzas, consideraba que

más perjudicaba al Ejército Entrerriano, cuya caballería estaba desmoralizada desde la batalla de Don Cristóbal, y el cual no había sido capaz de apoderarse del reducto defendido por infantes y artilleros, mientras Lavalle operaba por el norte en busca de más caballos. La actitud de Echagüe era meramente pasiva, y la desertión de sus fuerzas proseguía. De todos modos, fue imperioso variar de plan, y el 13 de julio las tropas bajo su mando recibieron orden de estar prontas a marchar, haciéndolo esa noche en completo silencio, con la División correntina del general Vicente Ramírez *Chico* a vanguardia, seguida por la División del coronel Vega al frente de la caballería, luego los bagajes y artillería, y la infantería cubriendo la columna. Llovía intensamente, dificultando la marcha. Se atravesó el arroyo Pelado, y a la mañana siguiente se tomaron posiciones a retaguardia del flanco derecho del enemigo, separado de él por el arroyo Sauce Grande, a media legua de distancia. Al advertir este movimiento, el general Pascual de Echagüe efectuó un cambio de frente, permaneciendo en su campamento. Cesada la tormenta a medio día del 14, las tropas se ocuparon en limpiar sus armas para prepararse a la batalla. Pero al caer la noche volvió el Ejército Libertador a emprender camino, bordeando el arroyo Sauce Grande, en busca de una altura para colocar su artillería con ventaja. Dividía a los contendientes una llanura cruzada por el arroyo, de bordes escarpados.

El 15 de julio se instaló una batería consistente en 4 piezas de campaña y 2 obuses —quedaron otros dos cañones de bronce sin actuar por su poco alcance—, y los federales emplazaron sus propios cañones. Comenzó el fuego de artillería, aunque a gran distancia, no sin que algunos tiros dieran en el blanco. El propio general Iriarte dirigía esta operación, formando a retaguardia la caballería e infantería. “Las balas nos cruzaban con rebotes tan bajos que barrían el pasto”, indica el mismo. Sin embargo se aproximó Lavalle, a quien Iriarte previno: —*General, retírese Ud. de aquí. Detrás de aquella zanja (distancia 40 pasos) hay una guerrilla enemiga, y si le dan a Ud. un balazo es como si se lo diesen a todo el Ejército.* Aquel contestó: —*Es verdad, gracias, General,* y apretándole la mano se alejó un tanto. Mas permaneciendo aún expuesto, concurrió el comandante Zacarías Álvarez, jefe del escuadrón Maza y “hombre valiente a toda prueba”, según opinión de Iriarte. A éste se dirigió Álvarez: —*General ¿por qué no le dice Ud. al General en Jefe que salga de aquí? Se expone sin necesidad.* El aludido le replicó: —*Es cierto, pero yo no se lo digo porque estoy corriendo el mismo riesgo que él.* Entonces Álvarez se acercó a Lavalle y en tono vehemente lo increpó: —*¡General, váyase de aquí! ¡Miren qué hombre éste, que quiere que lo boleen como avestruz contra el cerco! ¡Váyase de aquí!* “El general Lavalle, que apreciaba mucho a Álvarez —cuenta Iriarte—, se sonrió y marchó en otra dirección”.

Siguió una función de artillería, tan violenta como inconducente: ambos Ejércitos dispararon sus piezas a gran distancia, sin lograr ofenderse, y sin que el resto de ellos interviniese (sólo resultó herido el comandante Nicolás Jorge, marino griego que servía con Echagüe). El general Iriarte, pese a pertenecer a esa arma, no tuvo el innecesario derroche de balas, hasta casi agotar las propias. En efecto, carecieron de objeto los disparos que no podían ni causar daño al enemigo, ni distraer su atención para ocultar una maniobra. Al ce-

sar el fuego el general Lavalle convocó a junta de sus jefes, manifestándoles la necesidad de atacar a Echagüe, no sólo por las incitaciones de la Comisión Argentina de Montevideo y del Gobernador de Corrientes, sino porque era crítica la situación del Ejército Libertador, tras lo cual solicitó la opinión de los presentes: todos estuvieron de acuerdo. En palabras de Iriarte, que asistió a la reunión:

“No hay duda, era preciso hacerlo: nos consumíamos lentamente en Entre Ríos, cuyos recursos se habían agotado. No había esperanza ya de hacer adquisiciones de caballos; éstos enflaquecían visiblemente; y en un gran radio no se encontraba ni leña para el rancho. Por otro lado, los enemigos acababan de recibir en aquellos días más de 1.000 caballos, porque tenían las simpatías de los habitantes del país, y era posible que recibiesen aún más”.

Aunque el General en Jefe primero opinó por efectuar el ataque de noche, finalmente se optó por hacerlo al día siguiente a causa del desconocimiento del terreno dominado por los federales. Adoptado este temperamento, el general Lavalle explicó su plan, ilustrando los movimientos de sus unidades utilizando los rebenques de los asistentes. De conformidad con lo asegurado por el coronel Ramallo y los comandantes Álvarez y Hornos, podía llegarse al campo enemigo por su costado derecho, mediante una entrada estrecha pero practicable.

Al anochecer llegó una carta del general Paz, quien había arribado al puerto de Diamante en una *ballenera* con bandera argentina que siguió al convoy naval francés. Envío un pedido de movilidad para incorporarse a las tropas, junto con el Intendente del Ejército, doctor Carril, pero Lavalle les contestó por escrito: “*No tengo caballos que mandar, ni uno solo. No puede tampoco venir Paz, porque no hay tiempo y porque esta noche voy a hacer una maniobra para atacar a la madrugada. La artillería enemiga ha sido desalojada hoy: hemos tirado 130 tiros de a 6 y 8*”. El general Paz se dio por enterado de que su antiguo amigo no deseaba su concurrencia, y quedó esa noche a bordo de la Escuadrilla, aguardando, como todos, la noticia del triunfo.

Una densa niebla cubría el campo al amanecer del 16 de julio de 1840, en que debía librarse la batalla de Sauce Grande. Esto demoró su iniciación hasta pasado mediodía, en que las columnas de ataque comenzaron a moverse.

El Ejército Libertador formó con la División Vega a la cabeza de la caballería, seguida por las Legiones de Torres y Rico, y la División correntina de Ramírez Chico, cubriendo su frente con los escuadrones Maza y Victoria. En sus *Memorias* tanto el general Paz como el general Iriarte critican que este grueso cuerpo careciera de un jefe que coordinara los movimientos independientes de sus componentes, lamentándose el primero de no haber sido invitado a concurrir para desempeñar dicha función. La infantería, comandada por el coronel Pedro José Díaz, marchó en columna hasta el frente de la línea enemiga, donde desplegó separada por el arroyo Sauce Grande. La artillería estaba mandada por el teniente coronel Luis Manterola y consistía en dos baterías de 4 piezas cada una, colocadas a la derecha de la infantería. Como re-

serva, las legiones de Vilela y Méndez, y el escuadrón Mayo. Era un total de 2.400 jinetes, 500 infantes, y las 8 piezas de artillería.

El Ejército Federal Entrerriano tenía todo su frente y flanco izquierdo protegidos por el arroyo Sauce Grande, apoyando su costado derecho en profundos zanjones, fangosos a causa de la lluvia caída. En su centro, junto a la infantería (cerca de un millar de hombres, el doble que la adversaria), se hallaban dos baterías de 4 cañones cada una, y otra con igual número en su extremo derecho; el todo a órdenes del general Manuel Oribe, y la artillería a las del mayor Juan Bautista Thorne. La caballería formaba escalones a retaguardia de sus alas, mandando la derecha el general Justo J. de Urquiza y la izquierda el general Servando Gómez. La reserva la componían el Regimiento de *Auxiliares*, el escuadrón Cabral (correntino) y milicias del Departamento Victoria. También el Ejército Entrerriano alcanzaba a alrededor de 3.000 efectivos.

La División del coronel Niceto Vega se corrió por el flanco derecho de los federales, desalojando a sus guerrillas avanzadas, pero sufriendo fuego de la artillería enemiga, hasta que logró atravesar con dificultad los cauces pantanosos que lo separaban de aquel, librándose allí varios choques. Pero la caballería entrerriana del general Urquiza logró resistir el asalto enemigo y tras un combate “obstinado y decisivo”, rechazar su empuje. La caballería de Lavalle fue forzada a retirarse aunque sin fuertes pérdidas, siendo la más importante la del teniente coronel Zacarías Álvarez, sumamente sentida por sus camaradas. Él había sido quien con mayor empeño impulsó el ataque por el costado derecho del Ejército Entrerriano, lo que se evidenció como un error. Murieron también el comandante Patricio Fernández, muy popular en la tropa, y entre los oficiales subalternos los tenientes Eduardo Álvarez (hijo del general Álvarez Thomas) y Faustino Allende (hijo del Coronel del mismo nombre). El mismo coronel Vega fue herido de un lanzazo en el brazo.

Los infantes y los cañones del Ejército Libertador hacían fuego incesantemente sobre el centro de Echagüe, hasta que comenzó a disminuir sensiblemente: habían consumido casi todos sus tiros y las piezas se hallaban deterioradas, sin poder moverse de la posición que ocupaban, al tiempo que sufrían un mortífero hostigamiento del centro federal. Refiere Iriarte:

“El General en Jefe, a cuyo lado yo estaba, se manifestaba impaciente al ver nuestra infantería inmóvil, y en estos momentos de ansiedad me dijo: —*General, Ud. que la entiende, vaya a hacer avanzar la infantería y la artillería*. Salí inmediatamente al galope acompañado de un ordenanza y de un sargento, y al llegar a la infantería que sufría un horroroso fuego de metralla, y que había tenido ya la pérdida de más de 100 muertos, dí la orden de seguir avanzando, pero se me contestó que se habían concluido las municiones y que la artillería estaba en el mismo caso. En ese momento una bala de cañón mató al caballo del sargento, que estaba a mi lado. La infantería había concluido sus municiones no sólo por haber roto el fuego a gran distancia y antes de tiempo, sino también porque se tuvo la imprevisión de dotar a cada soldado con sólo 60 cartuchos. La artillería había concluido sus municiones por el inútil y prolongado cañoneo del día anterior”.

Una carta del teniente coronel Gerónimo Costa al hijo del Dictador Rosas describió la acción poco después:

Puedo asegurarle que pocas batallas habrá tan bonitas como ésta. El día era bueno, y gustaba ver la caballería sin apoyo en ninguna de las otras armas, lancearse en un campo lleno de zanjones, que venían a formar un potrero; y la infantería y artillería en igual caso, medirse con la enemiga.

El general Lavalle entonces ordenó el retroceso de su centro, hasta formar una segunda línea, pero sin que las tropas de Echagüe se decidieran a avanzar fuera de sus posiciones, contentándose con proseguir batiéndola con sus cañones. Según el general Eugenio Garzón, jefe de su Estado Mayor, fueron disparados casi 1.000 tiros a bala y metralla.

La caballería de la derecha del Ejército Libertador retrogradaba en desorden, con gran dispersión entre los correntinos. Lavalle preparó la retirada general, luego del fracaso de su ataque, para proteger la cual dispuso que las Legiones de los coroneles Vilela y Méndez cruzaran el arroyo Sauce Grande para amenazar el ala federal, lo que efectuaron con gran brío los escuadrones *Yerúa* (teniente coronel Manuel Saavedra) y *Cullen* (teniente coronel José Joaquín Baltar). Este movimiento contuvo cualquier intento de persecución por parte de los federales, tras lo cual aquellos volvieron formados.

Lentamente el Ejército Libertador abandonó el campo de Sauce Grande, tras el rechazo a las fuertes posiciones entrerrianas, llevando a los heridos que pudo recuperarse y a los artículos de guerra en varios carruajes. El general Iriarte fue comisionado para advertir lo ocurrido al comandante de la Escuadrilla francesa, con el objeto de pasarlo a la isla Coronda, frente a Diamante, y ponerlo así a salvo del acoso de los vencedores. Igualmente el teniente coronel Indalecio Chenaut, con su escuadrón de escolta, debía reunir los dispersos de la caballería.

6

Caía la oscuridad cuando en Diamante —donde se escuchara el cañoneo durante toda la tarde— comenzaron a presentarse los dispersos de la acción. El general Paz estaba en el embarcadero cuando distinguió bajando por el sendero de la barranca que conduce a la localidad, al primer soldado que llegó: “Venía muy despacio porque su caballo estaba cansado, y manifestaba su semblante una expresión muy marcada de disgusto y pesar, pero no de cobardía ni miedo”. Una mujer le gritó: —*Julián ¿cómo les ha ido en la pelea?* —*Más mal que bien*, fue la parca pero concluyente respuesta del aludido. Luego comenzaron a presentarse otros, y varios jefes, y finalmente el general Iriarte con la comisión confiada por Lavalle para que el comandante Penaud facilitara el pasaje de su Ejército a la gran isla de enfrente utilizando las embarcaciones menores de la escuadra, y protegiera esta operación con una batería en tierra. Al mismo tiempo el mayor Pedro Rodríguez del Fresno (cuñado del finado Gobernador Estanislao López) informó al doctor Salvador Ma. del Carril “que la batalla de ese día, sin ser una derrota, dejaba al enemigo la ventaja”, y que junto con el Ejército debía pasarse a la isla todo el ganado para su alimentación. Confidencialmente le insinuó a Paz que el general Lavalle tenía la mira

de llevar la guerra al otro lado del río Paraná, aunque dejara a Echagüe con su Ejército en condiciones de proseguir la campaña.

Penaud no consintió en ceder los cañones de su Escuadrilla, pues le contestó a Iriarte “exaltado en extremo y creyéndolo todo perdido” —quedó dicho que no era simpático a la empresa de Lavalle— que los federales se presentarían al día siguiente y sería infalible su captura. Consintió sólo en ceder dos viejas carronadas montadas en cureñas de mar que habían sido tomadas a un buque porteño, y eventualmente cubrir el cruce del Ejército Libertador con los fuegos de sus buques. El general Paz, muy disgustado al comprobar que Lavalle no le había confiado misión alguna, anunció su separación de cualquier trabajo para organizar a las fuerzas vencidas, pero el empeño de Iriarte, Carril, y el doctor Julián S. de Agüero finalmente lo convencieron de que se ocupara en montar la batería terrestre. Se creía que el grueso del Ejército llegaría a la mañana siguiente perseguido por los federales.

Esto último no ocurrió: “con placer y sorpresa” —escribió Iriarte— se enteraron en Diamante que el general Echagüe permanecía en la posición en que había combatido, en parte por prudencia, en parte porque sus caballos eran “flacos y ruines” —según Paz—, incapaces de operar en buenas condiciones.

El 17 de julio por la mañana estuvieron en Diamante la artillería y los bagages, pero el cuerpo principal del Ejército Libertador quedó a legua y media del pueblo, “sin que el enemigo se hiciese sentir ni aún con partidas”, expresa Paz. Mientras, se pasaba el ganado a la isla bajo la dirección del mayor Manuel Hornos, “hombre activo, vigoroso y de gran inteligencia en cosas de campo”, y del mayor Rodríguez del Fresno, al tiempo que el general Paz se ocupaba de reconstruir un antiguo reducto de la guerra de Independencia —conservaba algo de su foso y parapeto—, para lo cual debió echar mano a los patrones y marineros de los buques mercantes, porque los jefes del Ejército le hicieron saber que sus soldados se negarían a prestar ese servicio. Vagaban también sin formación muchos miembros de aquel, sin alistarse en sus cuerpos, aduciendo que eran “*ciudadanos*” y no militares de profesión.

Ese mismo día el general Juan Lavalle impuso de lo ocurrido al Gobernador Ferré, estimando sus pérdidas en 130 entre muertos y heridos. Por su parte el general Pascual de Echagüe informó a Rosas que calculaba sus propias bajas en 60 individuos. No resultó, en efecto, una pelea costosa en víctimas fatales, aunque hubo muchos heridos y dispersos.

La situación de los Ejércitos adversarios no varió al día siguiente, por lo cual Paz fue a visitar a Lavalle, “a quien —dice— volví a ver después de más de 11 años que nos habíamos separado en el Desmochado. La recepción que me hizo fue amistosa en apariencia pero no sincera”. Aunque el general Paz estuviese prevenido de tal estado, era cierto que Lavalle abrigaba resentimiento por no haber sido ayudado por aquel durante su difícil situación en la campaña porteña en 1829, hasta ser vencido, mientras Paz triunfaba en Córdoba. Lo mismo pensaban muchos de sus jefes, que evidenciaron a Paz una estudiada frialdad. Este General resolvió separarse del Ejército, en el cual no tendrían colocación y cuya desorganización e indisciplina le chocaban, y concibió el pensamiento de ofrecer sus servicios al Gobernador Ferré de Corrientes, sa-

biendo que allí iba a ser bien recibido. Comentando Lavalle los incidentes de la batalla, les dijo a Paz e Iriarte (quien también había concurrido), con inculcable satisfacción: —*Es preciso que levantemos un monumento de oro al General enemigo que tan generosamente contribuye a que nos salvemos*, aludiendo a su inacción, que evitó el exterminio de su Ejército. Los dos interlocutores, José María Paz y Tomás de Iriarte, asientan en sus escritos la frase textual empleada por Lavalle: “monumento de oro”.

El Ejército Libertador ocupó Diamante el 19 de julio, acelerándose el pasaje de hombres y ganado a la isla entre esta localidad y la santafecina de Coronda, mediante el empleo de las numerosas embarcaciones que se hallaban en su puerto. En el *diario* que llevaba Iriarte, éste asentó:

Es preciso hacer justicia a nuestros impertérritos soldados: no hay uno que crea que el Ejército ha sufrido un descalabro; y tuve ocasión de cerciorarme de esto el mismo día de la batalla, oyendo las conversaciones de los soldados de mi escolta durante mi tránsito a Punta Gorda. El Ejército conserva su moral y buen temple, y esto es admirable después de lo ocurrido y de cuanto está pasando. El General en Jefe es muy feliz por tener tales tropas a sus órdenes; y si él sabe aprovecharse de su entusiasmo y decisión, si sabe dar una hábil dirección a las operaciones de la campaña que pronto debemos abrir en la Provincia de Santa Fe o en la de Buenos Aires, puede obrar prodigios.

Ya Lavalle estaba decidido a irse aguas abajo para invadir Buenos Aires, pero sabía de la resistencia de los correntinos a alejarse de su terruño, y de las órdenes impartidas por Ferré, reiteradas por éste al general Vicente Ramírez. El mismo general Iriarte escribe al respecto:

“El general en jefe Lavalle había de antemano consultado a los jefes correntinos si estaban resueltos a acompañarlo, y todos unánimemente se pronunciaron por la afirmativa, ni tampoco se presentaba otro partido que tomar, porque el único medio que quedaba para no caer en poder de los enemigos era atravesar el Paraná: estábamos cercados y absolutamente sin otra salida que la que teníamos a nuestro frente: el caudaloso río. Y he aquí una ocurrencia bien singular: el revés que sufrimos en Sauce Grande produjo un gran bien: vencedores, no nos habría acompañado ni la mitad de las tropas correntinas, ni el general Lavalle estaba autorizado para obligarlas a que lo acompañasen en la nueva campaña que debía abrirse, ni el comandante Penaud los habría embarcado (según tengo entendido) sin orden expresa del Gobernador Ferré, que no la habría acordado pues que iba a quedar expuesto a una invasión del Ejército de Echagüe y sin medios para resistirla. Vencidos, nos acompañaron todos los correntinos como único medio de salvarse”.

El día 20 por la tarde el Ejército Federal comenzó a aproximarse a Diamante, “pero con una prudencia y lentitud admirables”, refiere Paz, “cuando le convenía precipitar su marcha y atacar bruscamente”. Había tardado cinco días en avanzar 6 leguas. En esos días Lavalle recibió noticias del Norte que le enviaba el general Gregorio Aráoz de la Madrid, conducida por el fa-

moso baqueano Alejandro (Alico) Ferreira, escondidas en el cabo de su rebenque.

Era imprescindible para el Comandante del Ejército Libertador alejar al general Ramírez Chico. A tal efecto le instruyó que era preciso que regresara a Corrientes para levantar su espíritu, mientras él desembarcaría en Victoria —pueblo entrerriano situado al sur de Diamante— para unirse con el general Ángel Núñez y reordenar a su Ejército: no era cierto, pero aquel General podía obstaculizar la adhesión de sus comprovincianos al plan de Lavalle. Pese a sus reparos, Ramírez fue convencido de marchar a Corrientes, y se embarcó con este destino el 23. Habiendo debido hacerlo antes, portaba dos cartas de Lavalle para Ferré. En la primera, del 18 de julio, luego de comentar los resultados de la batalla, el General requería mayores elementos para proseguir la guerra en Entre Ríos, asegurándole que Echagüe no podía moverse por falta de caballada: “*Si nosotros podemos dentro de dos meses volver sobre él con nuestro Ejército reforzado y bien montado, me parece que el triunfo se puede asegurar*”; en la segunda, datada el 21 —contradiciendo la anterior—, le advertía que cruzaría el río porque “*la permanencia del Ejército en Entre Ríos es hoy imposible*” debido a la falta de medios de subsistencia, de caballos, de municiones, de infantería; y reiteraba “*la íntima convicción de que el Ejército de Echagüe se halla en la absoluta imposibilidad de invadir a Corrientes*”. Le anunciaba que “*no he encontrado otro medio de salvar el Ejército y la Revolución, que pasar inmediatamente al otro lado del Paraná*”, reforzando su argumento con otra consideración: “*La revolución de las Provincias del Norte reclama nuestra inmediata cooperación, y sería doloroso y aún criminal dejar sin apoyo un movimiento que protegido nos dará la victoria*”. Lavalle procuró animar al Gobernador Ferré ponderando la presencia del general Paz en Corrientes, y concluía:

Tranquilícese Ud, pues, mi querido amigo, y persuádase que el paso que hoy da el Ejército Libertador es de una trascendencia muy decisiva, y me atrevo a asegurar a Ud. que todo el poder de Rosas no nos destruye una vez montado el Ejército de aquel lado del Paraná.

Lo antecedente era un engaño, porque ya estaba decidido que “el otro lado del Paraná” no era la Provincia de Santa Fe, vecina a Corrientes, sino Buenos Aires. Estas comunicaciones se cruzaron con una del mismo Ferré (19 de julio), mediante la cual instaba al General a ocupar la ciudad de Paraná, para proteger a los pueblos amenazados por el enemigo, que habían confiado en él, y lo conminaba en forma oficial con energía:

Yo lo hago a V.E. responsable ante la Nación y la Provincia de Corrientes, pues los elementos todos de defensa de ésta se hallan a su disposición para evitar los males que sobre ella pueden sobrevenir, si V.E. se desentiende de sus compromisos y de las órdenes expresas que ha recibido de este Gobierno al abrir su campaña.

Aunque no hubiese recibido a tiempo la anterior comunicación, al general Lavalle no podía escapársele la reacción del mandatario correntino; pero

nada bastaría para modificar su propósito, y lo llevó adelante. Con todo, se ensayó una operación sobre la localidad santafecina de Coronda, despachándose en dirección a este punto una columna de caballería a órdenes del teniente coronel Manuel Saavedra, reforzada luego por las Legiones de Vilela y Salvadores —pero sin salir de la isla—, sin otro propósito que ocultar el verdadero rumbo que tomaría el Ejército Libertador, y de paso, agenciarse de algunas reses, pues escaseaba el alimento del Ejército.

El general Iriarte ha testimoniado detalladamente el abandono del territorio entrerriano, con la desocupación de Diamante:

“El 21 ya estaba en la isla la mayor parte de nuestro Ejército, y sólo habían quedado en la orilla izquierda del respetable Paraná las tropas que no habían tenido lugar para dejar aquel suelo ingrato, y que estaban de antemano destinadas a contener al enemigo si se presentaba en los críticos momentos en que podían sorprendernos en operación tan difícil como arriesgada. Estas tropas eran la Legión Salvadores compuestas del batallón de infantería (que había perdido la tercera parte de sus fuerzas en la batalla del Sauce, y reducido ahora a 280 plazas), y de la artillería que servía la batería, y dos escuadrones de la Legión Vilela. Muy temprano por la mañana se dio principio a precipitar las carretas por la barranca, después de haber transportado su carga a bordo de los buques anclados en el puerto. A la una se embarcó el General en Jefe con todo el cuartel general. A esta misma hora el enemigo empezó sus débiles ataques con el inútil empeño de impedir el embarque; ya era tarde, pero sin embargo las tropas que estaban en tierra eran inferiores en número y estaban muy comprometidas: yo las creí perdidas, pero Echagüe quiso que se salvaran. Nuestra batería hizo un fuego certero y los enemigos sufrieron alguna pérdida; la infantería se condujo también con su acostumbrada serenidad, y con sus fuegos ganaba bastante tiempo para que se embarcasen los que sucesivamente descendían a la playa. Nuestra caballería, desplegada en tiradores, secundaba aquellos esfuerzos. El enemigo situó una batería sobre la barranca e hizo bastantes disparos sobre los buques anclados y botes de transporte; pero la retiró muy pronto por el fuego sostenido que hacía sobre ella la Escuadrilla francesa, que hubo de desmontar una de las piezas. Estas escaramuzas duraron algún tiempo, sin que los enemigos intentasen un esfuerzo decisivo; estuvieron muy pusilánimes; y nuestros valientes, perdiendo el terreno palmo a palmo, llegaban al puerto y se embarcaban. A las tres de la tarde todos estaban embarcados”.

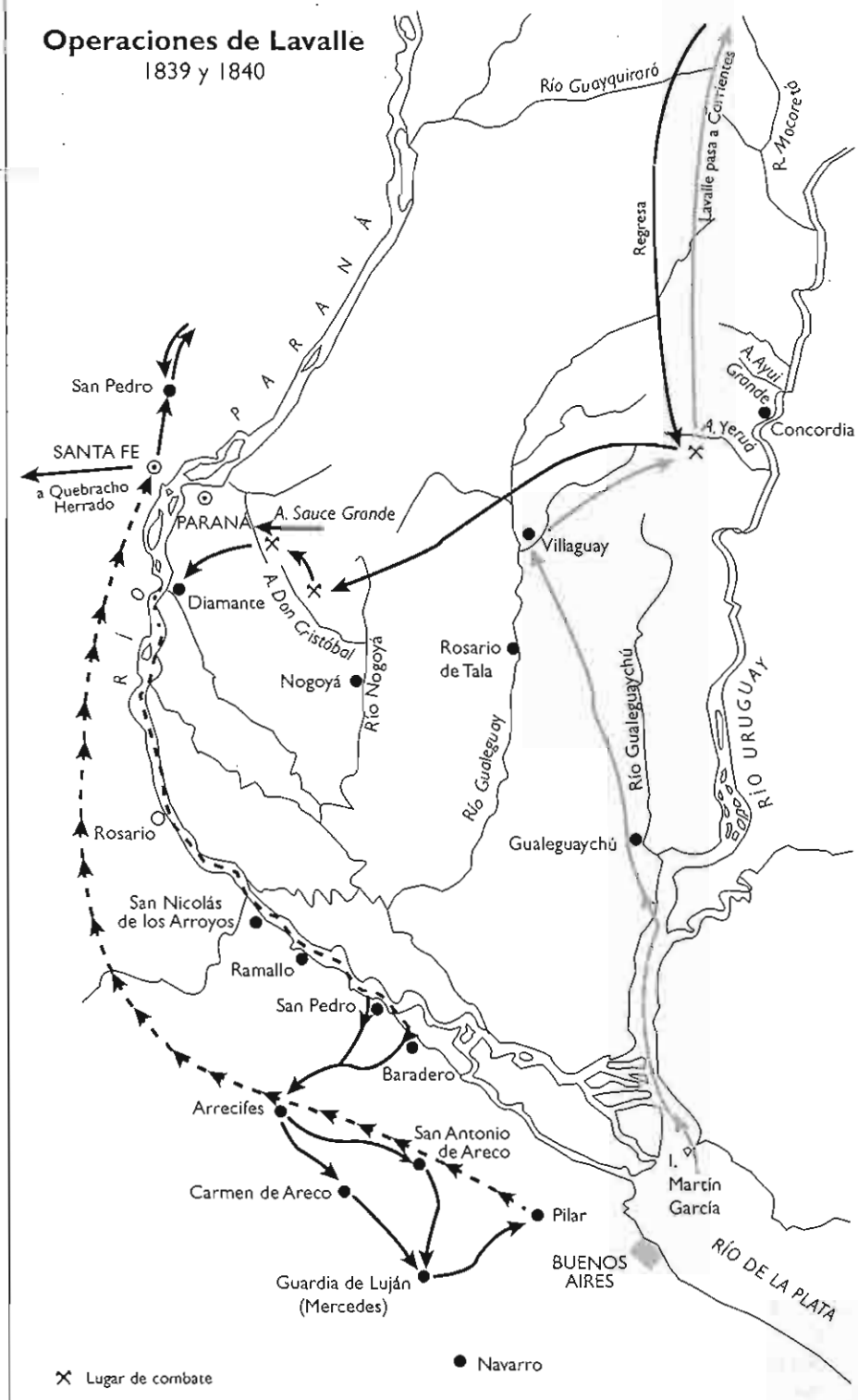
Sólo abandonaron las 2 carronadas cedidas por Penaud, luego de inutilizarlas.

Nada quedaba en suelo entrerriano para hacer frente a los partidarios del Dictador Rosas: el general Ángel Núñez, quien desde la costa del Uruguay quiso incorporarse a Lavalle, fue sorprendido por Urquiza con el doble de sus fuerzas al cruzar el arroyo del Animal (sur de Nogoyá), y completamente derrotado. Núñez pudo salvar y refugiarse luego en Brasil, por estar disgustado el Presidente Rivera con él.

En la isla Coronda el general Lavalle procedió a repartir el nuevo vestuario y armamento recibido de Montevideo, lo que se efectuó con total discre-

Operaciones de Lavalle

1839 y 1840



cionalidad y abandonando las armas a medio usar, en vez de conservarlas para su reparación ulterior a bordo de uno de los buques. El Ejército Libertador estaba compuesto por cerca de 3.000 hombres; y debió ser reorganizado por la ausencia de oficiales: la División Ramírez (dispersa en la batalla y transformada en "Legión") fue confiada a su segundo jefe el teniente coronel Nicolás Ocampos; la Legión Torres (cuyo jefe obtuvo licencia para retirarse al Estado Oriental) al comandante Manuel Jesús Noguera; la Legión Vilela tuvo por jefe al coronel José Domingo Ábalos. Estas dos últimas Legiones formaron una División comandada por el coronel José María Vilela. Todos estos cuerpos recibieron la denominación de sus jefes, salvo el Escuadrón Mayo, a cuya cabeza quedó el coronel Cayetano Artayeta.

Una vez que volvieron a incorporarse los cuerpos destinados a la manobra sobre el pueblo santafecino de Coronda, el 29 de julio de 1840 la Escuadrilla zarpó rumbo a las costas de Buenos Aires. La encabezaba la corbeta *Expeditive* y 6 buques de guerra menores, con más 24 transportes de diversa envergadura, pues se habían juntado dos convoyes, uno con procedencia de Montevideo y el otro de Corrientes. Iba con ellos, en calidad de prisionero, el coronel Antonio Ramírez, capturado como se recordará por una ballenera francesa al intentar llegar a Santa Fe. Con anticipación dos embarcaciones menores se habían despachado conduciendo algunos porteños que desembarcarían para reunir caballos con qué montar al Ejército.

En dirección contraria, aguas arriba del Paraná, el general José María Paz se dirigía a otro destino, desconocido para él, tanto por sus características como por los elementos de que podría disponer. Lo acompañaban a Corrientes varios jefes que habían recibido licencia del general Lavalle para hacerlo: los coroneles Juan José Olleros y Polonio Ramallo, los tenientes coroneles Indalecio Chenaut y Benigno Canedo, y algunos oficiales correntinos, en número de 40, entre los cuales los comandantes Pucheta, Montenegro y Sánchez Negrete. Conducían algún armamento en desuso.

Tras varios días de navegación, retardada por falta de vientos, Paz desembarcó en el pueblo de Esquina, a sólo 5 leguas del arroyo Guayquiraró que limita Corrientes con Entre Ríos. Ninguna fuerza armada ni preparativo militar existían para hacer frente a la posible e inminente invasión del Ejército Federal. El general Paz relata que en tal situación volvió a su memoria lo que en Diamante le advirtiera el coronel José Domingo Ábalos, correntino, aludiendo a un comprovinciano que servía en la vanguardia de Echagüe: —*Señor General, basta el comandante Cabral con 200 o 300 hombres para trastornar el orden existente en Corrientes, porque queda la Provincia enteramente indefensa y abandonada.*

Bibliografía

- ARAOZ DE LA MADRID, GREGORIO, *Memorias* (Buenos Aires, 1895).
BARBA, ENRIQUE M., *La campaña libertadora del general Lavalle* (La Plata, 1844).
BENENCIA, *Partes de las guerras civiles* cit.

ELÍAS, JUAN, *Historia de la guerra sostenida por los libres de la República Argentina contra su tirano Juan Manuel de Rosas*, en "Revista Nacional" (Buenos Aires, 1888 y sigtes.).

FERRÉ, *Memoria* cit.

GARMENDIA, JOSÉ IGNACIO, *Del Brasil, Chile y Paraguay* (Víctor Dumoncel, *Principio de la reacción libertadora contra el despotismo de Rosas*) (Buenos Aires, 1915).

IRIARTE, *Memorias* cit.

JUNTA CONSERVADORA DEL ARCHIVO HISTÓRICO, *Tucumán y la Liga del Norte*, t. I (Tucumán, 1939).

LACASA, PEDRO, *Vida militar y política del general argentino don Juan Lavalle* (Buenos Aires, 1870).

PAZ, *Memorias* cit.

SOLÁ, MIGUEL, *Cartas de la emigración* (Buenos Aires, 1926).

TEIJEIRO MARTÍNEZ, *Historia de la Provincia de Entre Ríos* cit.

ZINNY, *La "Gaceta Mercantil"* cit.

CAPÍTULO VI

Ofensivas liberales y reacción federal

INVASIÓN DE LAVALLE A BUENOS AIRES • LA ADHESIÓN EN EL NORTE DE LA PROVINCIA • INDISCIPLINA DEL EJÉRCITO • LOS COMBATES Y LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO FEDERAL • LA RETIRADA DE LAVALLE Y LA REACCIÓN DEL GOBERNADOR ROSAS • EL TRATADO ARANA-MACKAU • OFENSIVA DESDE TUCUMÁN • LEVANTAMIENTO DE CÓRDOBA • LA COMANDANCIA DEL EJÉRCITO FEDERAL • ATAQUE A SANTA FE • AVANCE FEDERAL Y RETROCESO LIBERAL • TRAVESÍA POR EL DESIERTO Y LA BATALLA DE QUEBRACHO HERRADO

1

El brigadier Juan Manuel de Rosas finalizaba el período gubernativo de cinco años, para el cual había sido elegido en 1835. La Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires decidió volver a nombrarlo para la misma función el día 5 de igual mes en el año 1840, "en los términos que prescribe la ley del 7 de marzo de 1835", o sea con la *suma del Poder público*. El agraciado renunció a la nueva elección diez días después:

No le es dado ni posible prolongar la dilatada penosa carrera de sus sacrificios. Si en la contristada situación de la República y en sus hondos conflictos debió someterse a una inmensa responsabilidad, hoy que es tan clara ya la senda y marca de la defensa de su salvación, hoy que ninguna administración podrá variarla sin que se reduzca a escombros gloriosos la República, hoy que el infrascripto ha llenado fiel y cumplidamente el término de su compromiso, implora el reposo que exigen sus infortunios domésticos.

Los legisladores no se conformaron, conociendo el íntimo deseo del Dictador, e insistieron en su resolución el 19 de marzo:

A V.E. toca terminar la obra que tan denodadamente empezó: sostener y consolidar unas leyes que tan heroicamente restauró; y muy persuadidos de que mientras el salvaje y funesto bando unitario, encaminado contra la Patria y su salvación, permanezca en aptitud hostil, el ardiente patriotismo de V.E. no puede rehusarle los grandes sacrificios que incesantemente hace por la libertad de esa Patria que le vio nacer.

La respuesta del Gobernador Rosas se dilató hasta el 10 de abril. Invocó otra vez "la triste infortunada situación de su vida doméstica" y clamó a los Diputados: "*Permítasele, H. Representantes, insistir en su renuncia y suplicar humildemente, penetrado del íntimo respeto, no se le niegue la justicia de admitirla*". Tan sólo consintió en prolongar su gestión durante un semestre, a

contar del 13 de ese mes. La Junta fue inflexible en rechazar la solicitud del general Rosas: "*Sería autorizar simultáneamente la ruina del país, a que sin duda alguna le conduciría la desaparición de S.E. del eminente puesto a que le ha llamado el voto unánime de la Provincia*"; por el contrario, confirmaron su decisión primera; y decididos a perder todo "por la sagrada causa de la libertad e independencia americana", "*le autorizan para que ponga cuantos medios le conduzcan a este glorioso fin, hasta el exterminio total del salvaje y feroz bando unitario*".

Con este nuevo voto de confianza, completo, que le ratificaba emplear eventualmente "cuantos medios condujeran al exterminio total" de sus adversarios, Juan Manuel de Rosas se conformó. Había obtenido un absoluto respaldo a sus procedimientos, y actuaría en consecuencia.

La Confederación Argentina no mostraba el mismo panorama político que cinco años atrás, cuando el general Rosas iniciara su segundo Gobierno. En 1835 la paz se había logrado con la derrota de los antiguos unitarios tanto como la de los federales liberales o "*lomos negros*", y ningún problema ofrecía el exterior, todavía.

Ahora en 1840 el país se hallaba convulsionado, con una dura guerra interna, durante la cual seis Provincias —casi la mitad de la Confederación— habían retirado a Rosas el encargo de dirigir las relaciones exteriores, lo que socavaba su autoridad: No faltaba mucho para que se unieran contra él las de Córdoba y San Luis. Y se mantenía un conflicto con Francia, dándose la llamativa contradicción de que en 1829 Rosas había recurrido al auxilio armado francés para operar contra Lavalle, quien en las presentes circunstancias contaba con el apoyo de Francia para combatir a Rosas.

Consecuencia forzosa que también debe señalarse, era la pobreza reinante en toda la Argentina, que se hacía sentir en variados órdenes.

Ocurría algo de mayor importancia, porque se trataba del fundamento de la lucha.

Y era que luego del tiempo en que se abrió el drama interno, con la deposición y muerte del Gobernador Dorrego (1828), cuyo ciclo concluyó con el triunfo del Partido Federal tanto a orillas del Plata como en el Norte (1829 y 1831 respectivamente), ahora los antiguos antagonistas combatían mezclados. Ello así, porque a partir del año 1839 en que comenzó la nueva contienda, el origen del levantamiento armado en varias regiones de la Confederación obedecía al hecho de que no estaba en juego el sistema político que iría a regir la Nación: todas las Provincias argentinas estaban de acuerdo en adoptar el ordenamiento que se había acordado. El Pacto concluido el 4 de enero de 1831, que era la ley común, lo determinaba claramente: "*A que por medio de un Congreso General Federativo se arregle la administración general del país bajo el sistema federal*". No obstante tan concluyente mandato, de fuerza legal, el Gobernador porteño se negó a cumplirlo para mantener prerrogativas locales. Por el contrario, al asumir la Dictadura en 1835 expuso sin eufemismos que perseguiría a muerte a quienes abogaran por reunir el Congreso. La represión contra quienes disintieron con su pensamiento asumió contornos tremendos, emigrando los disidentes.

En el año 1839 varios sucesos habían traducido abiertamente la oposición al estado de cosas imperante, pero distantes entre sí y carentes de coordina-

ción, salvo en invocar los mismos principios que proclamaban sus divisas de guerra. La dispersión indicada había permitido al gobernante porteño anularlos separadamente: la Provincia de Corrientes, la conspiración en Buenos Aires, el levantamiento en el Sur, la invasión a Entre Ríos.

Pero a mediados de 1840 avanzaban contra el general Rosas un par de Ejércitos bajo el común lema de "Libertad y Constitución". No para imponer ya un ideal "unitario" —aunque Juan Manuel de Rosas insistiera en motejar así a todos sus opositores—, sino para lograr la organización constitucional de la Nación Argentina bajo el sistema federal.

2

Aguas abajo del río Paraná navegaba la escuadrilla francesa que conducía al Ejército Libertador comandado por Lavalle. El 29 de julio de 1840, a las once de la mañana, un cañonazo había dado la señal de zarpada frente a Diamante, y no obstante los disparos efectuados desde el reducto ocupado ahora por los federales, los buques de guerra y los transportes se dirigieron hacia el sur sin sufrir inconveniente. El Cuartel General del Ejército se hallaba a bordo de la corbeta de guerra *Expeditive* (capitán de fragata Halley), donde también estaba instalado el jefe superior de la División Naval, capitán de navío Penaud.

El 31 de julio el convoy enfrentó los cañones enemigos instalados en la localidad de Rosario, que abrieron fuego a su vista. Contra las prevenciones del capitán Halley, el general Lavalle decidió permanecer en la cubierta, y lo acompañaron en su peligroso puesto el general Iriarte y el coronel Niceto Vega; el resto debió protegerse en la bodega. Recordó Iriarte:

"A las nueve empezamos a forzar el paso: a medida que los buques de guerra que iban a vanguardia llegaban a la altura de la batería del cementerio, que es la primera que se encuentra, esta rompió un fuego muy vivo y certero, que era contestado por los buques franceses a vela. Seguía después la batería que está situada en la barranca de la orilla de Rosario y en frente de esta población, y se repetía la misma escena. Era forzoso pasar a muy corta distancia, un tercio de *punto en blanco*, porque el canal se aproxima mucho a la costa de Rosario, de modo que los enemigos hacían excelentes punterías. Nos metieron 5 balas sin causarnos mayores averías y ninguna desgracia: en el *Silphe* murió un oficial de Marina a consecuencia de dos heridas mortales; éste y un marinero fueron los únicos muertos que tuvimos; y heridos un marinero y un soldado del Ejército. El bergantín *Tactique* (comandante Pouget) recibió 17 balas".

A las cuatro de la tarde fondeó la escuadrilla legua y media después de sobrepasar Rosario, para esperar la incorporación de otras naves que iban retrasadas.

Varios problemas inquietaban al general Lavalle, el primero de los cuales era la falta de víveres suficientes para alimentar a su tropa (2.800 hombres), pues no se recibieron alimentos secos de Montevideo, y apenas pudieron embarcarse 200 reses. Se agudizó el problema porque el comandante Penaud, mal

dispuesto hacia los esfuerzos para combatir a Rosas, comunicó a Lavalle que no tenía otra opción —ante aquella circunstancia— que conducir al Ejército a la isla Martín García, lo cual no solucionaba la crisis sino que la agravaba, por la carencia de ganado en ella. Era esterilizar todos los sacrificios y trabajos, volviendo al punto de partida de donde un año atrás partiera la diminuta *Legión Libertadora*. Tan agudo fue el desagrado de Lavalle ante estos inconvenientes, que indicó a su esposa que vendiera la estancia que poseía en el Estado Oriental, dispuesto a emigrar a Brasil.

No era lo único que debía agitar al General: su retorno al norte le estaba vedado, tanto a Entre Ríos, donde Echagüe mantenía prácticamente intacto a su Ejército vencedor en Sauce Grande, pero tampoco a Corrientes, donde remontó inicialmente a sus tropas, porque enterado su Gobernador Ferré de la falta de cumplimiento a sus estrictas ordenes de no desguarnecerla ante el Ejército Federal Entrerriano, la reacción del mandatario asumió ribetes terribles. Una proclama a su pueblo fulminaba la conducta de Lavalle:

Este mismo, faltando a su juramento y a todo lo más sagrado que respetan los hombres, os ha abandonado, desertando con el Ejército de ésta, a quien ha sorprendido y engañado. Este hombre a quien recibisteis con el abrazo de amigo, y a quien prodigasteis vuestra confianza y elementos, retribuye hoy vuestra lealtad y generosidad con la más negra de las traiciones.

Por fin el general Lavalle pudo convencer al comandante francés de conducirlo al norte de Buenos Aires, donde sus hombres hallarían subsistencia. Tras esperar en vano la incorporación de las naves retrasadas, el 1º de agosto la escuadrilla volvió a hacerse a la vela y pasado el mediodía siguiente ancló frente a San Nicolás.

A lo largo de la costa porteña, fuerzas de caballería miliciana seguían el avance del convoy: eran tropas que mandaba el general Ángel Pacheco, Comandante General del Departamento Norte. El comandante de San Nicolás, coronel Juan Antonio Garretón, informaba al Gobernador el 1º de agosto la presencia de la Escuadra, y Pacheco agregaba al día siguiente desde el mismo punto que calculaba la fuerza embarcada en 1.500 hombres, “lo que se advierte fácilmente porque vienen sobre las cubiertas”.

El plan del General era desembarcar en el *rincón* formado por el arroyo Cabrera y el Paraná, cerca de Zárate, y marchar rápidamente sobre la capital de la Provincia de Buenos Aires. Para efectuar la operación había despachado con anticipación al mayor Pedro Lacasa para conseguir caballada entre algunos estancieros amigos. Revela el propio Lacasa:

“Antes de que la Escuadra se hiciera a la vela de la isla de Coronda, el General destacó una goleta de poco calado, con 150 hombres al mando del teniente coronel don Mariano Camelino, el hacendado don José Iraola, don Gregorio Guerrico, el coronel Pelliza y el comandante Lacasa, que era el que debía indicar al jefe de la expedición el punto de desembarco y el modo de asaltar las estancias de la costa para tomar caballos, según el acuerdo que tenía con los señores Castex y San Martín”.

A la medianoche del 2 de agosto esta fuerza desembarcó cerca del arroyo Cabrera, y al día siguiente Pelliza, Guerrico e Iraola (futuro consuegro del prominente federal Simón Pereyra) habían logrado reunir 2.000 caballos de los Partidos de Baradero y Zárate, mediante la cooperación prestada por los estancieros Castex, Lynch y San Martín.

El lugar de desembarco del Ejército no pudo ser Cabrera, debido al poco calado de su costa, de modo que debió efectuarse más al norte. El paraje elegido fue la isla del Baradero, frente a San Pedro, separada del pueblo por una laguna que forma el río Paraná (no debe confundirse la isla del Baradero con la villa del mismo nombre, situada a poca distancia). En frente de la extremidad norte de la isla fondeó la escuadrilla el 3 de agosto. Esa noche se presentó uno de los hombres adelantados con Camelino, anunciando la reunión de caballada, la cual arribaría al día siguiente. Apunta el general Iriarte: “Él nos refirió las demostraciones de júbilo con que habían sido recibidos por todos los vecinos, y que muchos de éstos se les habían incorporado; que la disposición era excelente en la campaña”. Si bien era motivo de gran preocupación para el general Lavalle la falta de los buques rezagados, pues en ellos se conducía a la infantería mandada por el coronel Pedro J. Díaz —necesaria para efectuar el desembarco—, indica Iriarte en su *diario*:

Grande es el contento y entusiasmo de que están animados todos los individuos del Ejército, al considerar que mañana vamos a pisar el suelo patrio [sic] y a abrir una nueva campaña para derrocar al infame tirano que la oprime. Se espera con impaciencia el día de mañana: los semblantes rebosan de alegría.

El 4 de agosto se recibieron 1.500 caballos, habiéndose retrasado el resto debido a los pantanos de la isla. Sin aguardar más, el general Lavalle dispuso tomar tierra firme al día siguiente. Esa misma noche se adelantó para practicar un reconocimiento el teniente coronel Mariano Camelino —nativo de San Pedro— con una compañía de tiradores, la cual cambió disparos con algunas patrullas federales que vigilaban la costa, que fueron dispersadas fácilmente.

El 5 el Ejército abandonó las naves. Relata el edecán del Comandante en Jefe, teniente coronel Juan Elías:

“Luego que el Ejército ocupó la isla, los cuerpos tomaron caballos, resultando de esta operación quedar una fuerza considerable sin ellos. Esta circunstancia era demasiado grave, y por lo mismo no debía perderse un solo instante, porque todo dependía de la rapidez con que se condujese una empresa tan atrevida como difícil, pues el Tirano podía en poco tiempo acumular fuerzas sobre San Pedro y entonces la empresa abortaba infaliblemente”.

Marineros franceses colaboraron con el cruce, efectuándose por escuadrones y ya en la costa se situaron en el bajo mientras se montaba la artillería. Dejó constancia el general Iriarte en su *diario*:

Algunos destacamentos enemigos ocupaban la parte superior de la barranca, a la distancia de un tiro de fusil de las tropas expedicionarias, y fueron espectadores tranquilos de nuestra difícil operación sin incomodar-

nos. La infantería se había quedado rezagada y sólo contábamos con 15 infantes a las órdenes del teniente Varela: éstos y el comandante Baltar del Cullen fueron nombrados para forzar la barranca, que estaba ya coronada con la caballería enemiga. Algunos cuerpos enemigos en número de 200 hombres descendieron al bajo, y fueron ahuyentados por el movimiento de Baltar y algunos disparos a bala rasa que hizo la Escuadra francesa. Entonces Baltar y Varela subieron la barranca por una senda estrecha y de un fuerte declive, y vencieron tan grande obstáculo sin encontrar la más leve resistencia. Pacheco estaba situado con su División de 800 hombres a media legua de distancia, y a él fueron a reunirse los fugitivos.

Tras lo relatado, también la caballería trepó al galope por los senderos que conducían al tope de la barranca.

Sin estorbos, pues, San Pedro fue ocupado por el Ejército Libertador, contrastando esta operación con el asalto sufrido en 1829, también llevado desde naves que respondían a Lavalle.

El General no perdió tiempo. Dejando encargado al coronel José María Vilela del resto de la fuerza que quedaba en la isla por falta de cabalgaduras, a las once de la noche de ese mismo día partió a la cabeza de una columna de 1.000 jinetes para enfrentarse con su antiguo amigo el general Ángel Pacheco.

Mientras, por la mañana del 6 de agosto llegaron los navíos faltantes y la infantería se instaló en el pueblo, "que los ha recibido con las mayores demostraciones de entusiasmo", escribió Iriarte, quien añade: "*No se puede dar un espíritu más favorable a nuestra causa: tan sólo tres rosistas, únicos en San Pedro, habían emigrado*". No pasaría mucho tiempo sin que la población sampedrino tuviera que demostrar con hechos que su decisión era auténtica, y firme su adhesión a la causa liberal.

Frente a Lavalle se encontraban varios jefes federales: además del general Pacheco, los coroneles Hilario Lagos, Cayetano Laprida y Facundo Borda; en la cercana Santa Fe, su Gobernador el general Juan Pablo López, Mascarilla. Contra el primero de ellos se dirigió aquel —como se dijo—, sabiéndolo tras el cercano arroyo Tala a la cabeza de 1.500 hombres, y allí tuvo lugar el primer encuentro entre las fuerzas adversarias, al anochecer del 6, librándose un confuso choque. Posiblemente porque Pacheco no contaba con suficiente tropa de línea sino con milicias reclutadas apresuradamente, tentó una maniobra singular para desarticular el dispositivo de los libertadores: echó por delante a su caballada de reserva, azuzada por los gritos de sus soldados, calculando cargarlos una vez que estuvieran desorganizados. Pero el general Lavalle había observado a sus oponentes, y movió a toda su ala izquierda hacia la derecha, de modo tal que la caballada de Pacheco encontró el vacío en su avance. La oscuridad de la noche impidió que Lavalle persiguiera al enemigo, completamente desarticulada su formación tras la escaramuza que se libró. Conforme el testimonio de Lacasa, "el comandante don Rufino Ortega, único que tuvo orden de moverse de la línea para perseguir, presentaba al general Lavalle una espuela y la espada del General de Rosas" (el capitán José María Guerra corrobora que "dejó en el campo la espada del general Pacheco, y el quepis, cuyas prendas las ostentaba el comandante don Rufino Ortega"). Lo cierto es que Pacheco abandonó tras su intento 2 piezas de artillería.

No fue, sin embargo, el fracaso de Pacheco un episodio aislado, pues como consecuencia del mismo los invasores pudieron montar al resto de su caballería, dispuestos a avanzar sobre la capital. Además del entusiasmo que difundió entre la tropa, siendo festejada la acción del Tala en el pueblo de San Pedro con repiques, salvas y dianas, su resultado se conoció en los contornos concitando nuevas adhesiones. El otrora adversario de los *decembristas*, coronel Facundo Borda —quien sitió San Nicolás en 1829, en cuyo transcurso fue gravemente herido de lanza uno de sus defensores, el teniente coronel Mariano de Acha—, se incorporó a Lavalle con 50 de sus hombres. Otro de los *pasados* fue el oficial José Corvalán, hijo del primer edecán de Rosas; y las filas de los alistados en San Pedro se engrosaron con Ramón Quiroga, hijo de este General, instalado como estanciero en ese Partido.

Todavía hubo un hecho auspicioso más: la conducta del coronel Hilario Lagos. A éste se había dirigido el propio Lavalle al tomar tierra en la isla del Baradero (5 de agosto) reclamándole en nombre de la Patria "*la cooperación de Ud. por la causa de la libertad de los argentinos*". Si el requerido no imitó la franca conducta de Borda, el General pudo comunicar el 14 del mismo mes al doctor Salvador Ma. del Carril que "*el coronel Lagos se ha retirado a su casa de acuerdo*". No fue esta noticia una exageración para levantar los ánimos, pues el mismo Lagos escribió al general Pacheco en igual fecha, con el propósito de justificarse: "*Ha empeorado el estado de mi brazo enfermo, y se me ha agravado otra dolencia que hacía muchos días empecé a sentir*". Esta carta llevaba una anotación final que prestaba veracidad a la excusa: "*Por no poder firmar el señor coronel don Hilario Lagos lo hace por orden de dicho señor, Jacinto de la Fuente*". En igual sentido Lagos se dirigió al propio Gobernador, anunciándole que trasladaría su familia a Buenos Aires, acompañándola. Rosas concedió lo primero, pero consideró poco acertado que el Coronel abandonara su puesto: "*Esto puede acordarlo con el señor Comandante del Departamento, general don Ángel Pacheco, porque yo a la distancia no podré graduar la falta que Ud. pueda hacerle en estas circunstancias*". Lo positivo es que la defección de Lagos se difundió en uno y otro bando, llegando la versión hasta Montevideo.

"El 9 llegó el General en Jefe a medio día", asentó en su *diario* el general Tomás de Iriarte, en medio de una copiosa lluvia con el resultado que "el pueblo está casi anegado". Ello no impidió que fuera recibido en San Pedro "en medio de las más pronunciadas demostraciones de entusiasmo", indica el teniente coronel Juan Elías. Ese anochecer fue festejado con un lucido baile. Todo parecía marchar prósperamente: "*El general Lavalle ha traído considerable número de caballos: las partidas regresan también con buenas tropillas, y el Ejército todo está montado y con caballos sobrantes*", agrega Iriarte.

Estos favorables indicios movieron a Lavalle a tentar que se sumara a sus filas la ciudad de San Nicolás (segunda en importancia de la Provincia), cuyos habitantes "nos eran tan adictos que habría sido muy fácil ocupar; muchos cívicos se nos pasaron", señala el general Iriarte. Con tal objetivo partió el coronel Juan Antonio Méndez con 500 hombres, "pero con orden de no atacar", puntualiza el mismo cronista, lo que confirma Elías. Empero, llevaba una intimación del General para el comandante de la localidad, concebida en términos drásticos:

Una hora después de haber recibido esta nota se pondrá Ud. en marcha para presentarse en este Cuartel General, bien entendido que de no verificarlo será Ud. pasado por las armas en el acto de ser aprehendido. Adelanto esta comunicación al señor coronel Méndez, a quien remitirá Ud. la contestación un cuarto de hora después de haberla recibido. El silencio de Ud. por cinco minutos mas será considerado como una negativa.

La honrosa respuesta del coronel Garretón aventó las esperanzas de un fácil arreglo:

La preinserta nota no tiene otra contestación que decir que soy jefe militar de este punto, nombrado por el Excmo. Gobierno de la Provincia, de que tengo el honor de depender. Que mi deber exige defenderlo con la dignidad que corresponde, y que mientras tenga cómo hacerlo, no imponen a un jefe de honor, amenazas que no pueden tener efectos.

Ante semejante repulsa, el coronel Méndez se retiró sin atacar, conforme a sus órdenes, y se incorporó al Ejército Libertador.

Mejor resultado se obtuvo en otros lugares, como Baradero, Pergamino y Arrecifes: en todos ellos los jefes destacados fueron bien recibidos y remitieron contingentes que aumentaron la fuerza de Lavalle, en número de 230 cada uno. Entre los ciudadanos que se incorporaron a éste, se incluyó desde Zárate el joven Martín de Gainza, quien llegaría a ser Ministro de Guerra del Presidente Sarmiento.

El General en Jefe escribió en esos días al general La Madrid y al coronel Acha para imponerlos de sus operaciones, e instarlos a que avanzaran sobre Córdoba para evitar que el Dictador porteño recibiera refuerzos del Interior. A su esposa doña Dolores Correas le participaba con optimismo: *"Estoy contento de la disposición de mis compatriotas"*.

Tras emitir una vibrante orden general al Ejército, datada el 9 de agosto en San Pedro, recomendando a la vez manifestar valor y guardar orden, Lavalle inició sus operaciones en Buenos Aires. Para asegurar su retaguardia y extender su acción no emprendió rumbo directo hacia la ciudad por el camino de la costa, como fue su plan original y todos lo deseaban, sino que se encaminó al cercano pueblo de Arrecifes —aún en el norte de la Provincia—, desocupando San Pedro el día 11. Aquí dejó en carácter de Comandante Militar a uno de sus seguidores desde 1828, el teniente coronel Juan Dámaso Camelino (hermano de Mariano). De San Pedro se enviaron a Montevideo los heridos y enfermos del Ejército, como también algunas familias emigradas de Entre Ríos, en el convoy que había conducido desde allá al Ejército, custodiado por dos buques de guerra. Los restantes navíos del capitán Penaud quedaron en el puerto sampedrino, donde el doctor Carril servía de intermediario de Lavalle ante la Comisión Argentina de Montevideo y los agentes franceses, en su condición de Intendente del Ejército.

El Ejército Libertador —ya había adoptado oficialmente este título, eliminando la referencia a Corrientes— se componía a la sazón por los siguientes cuerpos: una División, Vega, con cuatro escuadrones de 500 hombres; y las Legiones, de dos escuadrones cada una: Méndez, con 300 hombres; Ábalos

con 400; Rico con 300; Ocampo con 350; y Noguera con 400. El escuadrón Mayo, suelto, constaba de 80 ciudadanos enrolados. La Legión Salvadores estaba integrada por 300 infantes y 60 artilleros con dos piezas de a 4 y dos obuses. El total de la fuerza ascendía a 2.690 hombres, sin contar a jefes y oficiales, según datos proporcionados por el después coronel Juan Elías. Respecto del escuadrón Mayo, que a veces cumplía funciones de escolta del Comandante en Jefe, ilustra el entonces voluntario Gainza alistado en sus filas:

"Era un cuerpo compuesto de la juventud más distinguida de Buenos Aires, habiendo en él muchos soldados millonarios. Tenía prerrogativas, y una de ellas era tener cada ciudadano un asistente, que formaba a su retaguardia".

Sin molestias en su tránsito, el mismo 11 de agosto arribó el Ejército a Arrecifes. Sumamente complacido Lavalle por el desarrollo de la campaña hasta entonces, supuso que la caída de Rosas era inminente, y en un raptó de entusiasmo confió al general Iriarte: *—¡Vamos a entrar en Buenos Aires sin pelear!* Su interlocutor estaba poseído de idéntico convencimiento: *"Yo vea del mismo modo. Todo presagiaba un pronto y feliz desenlace"*.

Incluso el Gobernador Juan Manuel de Rosas coincidía. Paseándose agitado por su despacho, confesó a su colaborador Nicolás Mariño: *—¡El hombre se nos viene, y lo peor es que no podemos detenerlo!*

3

El mandatario porteño, en efecto, nada había previsto para detener el peligro que lo amenazaba. En 1839 había creído Rosas que la invasión de la entonces Legión Libertadora se produciría desde la isla Martín García, preparándose al efecto. Pero con el rumbo tomado por el general Lavalle hacia Corrientes, su alarma se disipó; y al año siguiente, el contraste sufrido por el "2º Ejército Libertador Correntino" frente a las posiciones defensivas del Gobernador entrerriano en Sauce Grande, le hizo pensar que la amenaza había desaparecido. Las seguridades transmitidas por Echagüe acerca de la completa derrota sufrida por Lavalle, convencieron al Dictador de Buenos Aires que su enemigo no tenía otra alternativa que volver al Estado Oriental.

El general Rosas se había descuidado. Las pocas fuerzas veteranas se hallaban adiestrándose en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires, o de guarnición en el lejano sur de la Provincia. El norte, confiado al mando superior del general Ángel Pacheco, consistía en su mayor parte de milicias mal armadas y sin instrucción suficiente. Recrudescieron entonces en su mente los temores a la ayuda que pudieran prestar los presuntos aliados de su adversario: el Presidente uruguayo Rivera, y un eventual desembarco por parte de la Esquadra bloqueadora francesa.

En lo que respecta a los dos últimos peligros, eran infundados: por parte del general Fructuoso Rivera no existía el menor ánimo de auxiliar a Lavalle, y en cuanto al almirante Dupotet, tenía ordenes expresas de su Gobierno para no efectuar desembarco alguno en apoyo de los enemigos de Rosas. Más

aún: Rivera estaba dispuesto a dar por finalizado su conflicto con Buenos Aires —reiterando el intento de 1839—, conforme a las incitaciones recibidas de su amigo Blas Despouy a principios de ese mes de agosto:

La Providencia, cansada ya de las bribonadas del infame, del pícaro y cobarde Lavalle, decretó al fin su vilipendio, su nulidad y su confusión juntamente con la de todos sus secuaces; y el suceso del Sauce importa todo esto; pues Lavalle tuvo que embarcarse vergonzosamente y viene aguas abajo con la gente que ha podido salvar por misericordia de Dios, en la Escuadra Francesa, y con dirección, según avisa el comandante Pénard, a Martín García. Un suceso tan inesperado y que muda la faz de las cosas, podrá muy bien retardar su venida a esta Capital.

Y tras referirse a la financiación de Francia a la alianza, concluía Despouy:

He escrito ya al Gobierno Francés y no dude V.E. que del modo que yo voy a llevar el asunto resultara honra y provecho para V.E., y el Gobierno Francés va a ser impuesto también por este medio, de los agravios que se han inferido a V.E. y a la causa de Francia por haberse los agentes franceses alistado a una pandilla de hombres insignificantes y perversos.

El posterior desembarco en Buenos Aires no alteró la mala disposición de Rivera para con Lavalle.

Aunque por otra parte, no le eran favorables al Dictador porteño los comentarios de ciertos Gobernadores, por ejemplo el de Santa Fe, general Juan Pablo López, receloso de la actitud de Pacheco, derrotado misteriosamente, y de Lagos, ausente; como también las quejas del general José Félix Aldao, quien había invadido La Rioja para oponerse a La Madrid, pero que acusaba a los mandatarios de San Juan, San Luis y Córdoba de no asistirlo como le habían prometido.

Y las noticias llegadas de la propia Provincia de Buenos Aires no dejaban de ser alarmantes, porque aun cuando el general Pacheco se había atribuido el triunfo del Tala, el avance del enemigo proseguía, por lo cual Juan Manuel de Rosas resolvió abandonar la ciudad e instalarse en medio de su Ejército, situado en el cuartel general de Santos Lugares: lo hizo a la medianoche del 17 de agosto para que su salida no fuese percibida. Como Gobernador Delegado en el recinto urhano quedó su Ministro el doctor Felipe Arana. Desde unos días atrás se había preocupado de convocar a sus partidarios, sobre lo cual infundía ánimo a Pacheco:

Sigo activando por acá mis disposiciones; por todas partes se han reunido los hombres a tomar las armas con ardiente entusiasmo, tanto en la campaña como en esta ciudad. Ha sido preciso, para que los salvajes unitarios pongan su inmundicia en la tierra querida de la libertad, que los auxiliase una Nación poderosa con elementos inmensos, pero que de nada valen para los hijos fieles de la libertad. Nada les será bastante, y ese oro, al fin, como lo demás, lo va convirtiendo contra ellos la justicia del Cielo.

El general Juan Lavalle llegó al ponerse el sol del 11 de agosto a la cercana de Arrecifes, acampando en la estancia del doctor Norberto Dávila, de San Pedro, que se había incorporado al Ejército Libertador. Sucedió en tal ocasión una escena que describe el general Iriarte:

— “En el momento que la columna hizo alto, una tercera parte del Ejército se desbandó en tropel y salió al galope sobre las casas, a cuya inmediación estaba el rodeo: rompieron un vivo fuego sobre los animales vacunos y la escena parecía una acción campal”.

Era el renacimiento de la indisciplina que tan desagradablemente impresionara al general Paz en Diamante, hasta tornarla en una conducta habitual. Refiere Iriarte que Lavalle fue dominado por “el más alto grado de irritación”, prorrumpiendo en imprecaciones y tirando su sombrero al suelo. Continúa Iriarte:

Toda la turba volvió a sus puestos, dejando un gran número de animales muertos y heridos por el carneo a bala. El propietario estaba allí presente en nuestras filas: ique impresión tan poco favorable recibirían él y todos los hacendados que recientemente se habían incorporado al Ejército! Esta fue nuestra primera jornada, y la orden general del 9 quedó burlada. El general Lavalle recogía el fruto de su peregrino sistema de licencia y vandalaje.

El consumo indiscriminado de municiones era otra falta incontenible: los soldados estaban acostumbrados a disparar para su placer, “y en los vivaques el fuego de tercerola era casi incesante”, refiere la misma fuente.

Una reacción de distinto tipo debe haber compensado la indignación de Lavalle, que también inserta el general Iriarte, y que corroboran otras fuentes: “El entusiasmo del pueblo de Arrecifes se manifestó con bailes y júbilo general. Nuestras filas se aumentaban sensiblemente; los estancieros nos entregaban sus mejores caballos y ganados, y algunos se unían al Ejército”. Como se sabe, un escuadrón de milicias se formó allí, y otro en Pergamino; “de modo que los habitantes nos daban pruebas bien patentes de adhesión”, registra Iriarte, quien comenta:

“Era visible que el sistema de terror de Rosas había hecho grandes impresiones en los espíritus: estaban con nosotros aquellos buenos paisanos y todavía se les notaba asustados, pero también era bien visible que nos miraban y aclamaban como a sus libertadores. Se nos pasaron muchos soldados del N° 4, veterano, que mandaba Lagos, los mismos que se habían encontrado en las filas de Pacheco la noche de su derrota”.

Le daba la razón al general Lavalle cuando éste le predijo que entrarían en la ciudad de Buenos Aires sin oposición.

Tres días después de haber llegado a Arrecifes, el Ejército prosiguió su aproximación a Buenos Aires, dividido en dos columnas: una compuesta por 1.200 hombres de caballería de la División Vega y las Legiones Ábalos, Ocampo, Rico y Noguera, a órdenes directas del general Lavalle; y la otra, mandada por el

coronel José María Vilela, integrada por la infantería (290 soldados) y 4 piezas de artillería con 120 sirvientes, de la Legión Salvadores, más la Legión Méndez y parte del Escuadrón *Mayo*. La primera emprendió camino directo hacia San Antonio de Areco, y la segunda mediante un rodeo con rumbo a Carmen de Areco, para encontrarse ambas en la Guardia de Luján (hoy Mercedes). La marcha se efectuó bajo una intensa helada, la primera del año. Al día siguiente la columna de Lavalle quedó en una estancia; y por la noche del 15 volvieron a seguir su camino con mucho frío, al punto que la luna alumbraba los cuerpos cubiertos de escarcha pese a lo rápido del trote largo mantenido. En esta segunda jornada se procuró sorprender al Regimiento N° 1 de Milicias (600 hombres) del coronel Bernardo González, acampado en San Antonio de Areco, pero un aviso recibido por éste lo hizo retirarse precipitadamente.

El objeto de la operación confiada al coronel Vilela era apoderarse de cuanta caballada encontrara, no sólo como reserva del Ejército, sino para evitar que el enemigo las arrebatara. Igual conducta observaba el Dictador Rosas, tanto en cuanto a tropillas y ganado, como en lo que hace a los individuos que debían ser incorporados al Ejército Federal en Santos Lugares.

Al llegar la columna de Lavalle a Areco, este pueblo la recibió —escribe su edecán Elías— con alegría, ofreciéndole sus servicios e incorporándose varios de sus habitantes al Ejército Libertador, lo mismo que ocurrió al día siguiente en la Capilla de Giles. El general Tomás Iriarte reafirma la buena disposición de la región norteña de la Provincia:

“Se nos pasó el capitán Basualdo con algunos soldados pertenecientes a las milicias de Areco, y el mismo día, la mayor parte de su Compañía, que hacía parte de la División del precitado González. El Juez de Paz y varios vecinos de los de más nota del pueblo vinieron a cumplimentar al General. La villa de Areco estaba considerada como la más decidida de toda la campaña, y lo acreditó en esta ocasión. Continuamos nuestra marcha y campamos en el pueblo de Giles, que también nos recibió con las mismas demostraciones de alegría: los estancieros principales de la comarca, en un gran radio, se presentaban a cada momento a ofrecer sus servicios al General”.

El 19 se reunieron las dos columnas en la villa de Mercedes. Salvo por una escaramuza sostenida por un destacamento de 60 hombres bajo el mando del comandante Ciriaco Llacas contra fuerzas federales superiores, no habían librado ningún otro combate. Iriarte describe aquel choque de Llacas:

“A pesar de la diferencia numérica se impuso al enemigo, bien que hubo de retirarse en orden y a un paso corto, por no comprometerse a una acción tan desigual. Hubo unos pocos muertos y heridos de una y otra parte, pero hasta en este suceso tan parcial los enemigos tuvieron ocasión de conocer la superioridad moral de nuestros soldados”.

Otro escuadrón de 200 hombres se remontó en dicha localidad, indica el teniente coronel Elías, confirmando la anotación de Iriarte: “La Guardia de Luján también se manifestó muy adicta a la causa de la libertad. ¿Qué mayores pruebas podíamos encontrar de la adhesión de la campaña?”

Es preciso insistir sobre esa adhesión de los pobladores del norte de Buenos Aires, pues el general Lavalle afirmó luego que no encontró sino el vacío a su paso, lo que distó de ocurrir en esa región.

Pero hay algo más que destacar: la indisciplina criminal de la tropa del Ejército Libertador, que no había cesado, y que manifestará a todo lo largo de sus operaciones. No era solamente la falta de orden en las marchas, sino los delitos que cometían durante ellas.

El general Iriarte lo testifica desde que acamparon en San Andrés de Giles:

“Seguía el vandalaje: los soldados en gran número se separaban de la columna a la vista del General en Jefe y se entregaban al merodeo, despojando a los infelices vecinos de cuanto podía excitar la rapacidad de unos soldados acostumbrados al desorden; se carneaban siempre mas reses de las necesarias, y en este ramo había un visible desperdicio”.

Estos hechos prosiguieron durante toda la campaña, y son corroborados por otras fuentes contemporáneas. Iriarte atribuye al general Lavalle falta de voluntad para impedirlos, mientras su edecán Elías culpa a los jefes del Ejército de no obedecer a su Comandante en sus intentos por reprimirlos; sin embargo, es evidente que la conducta de la tropa fue consentida por el General. Verdad es que en ocasiones Lavalle procuró imponer disciplina, pero eran raptos fugaces que no duraban. También es cierto que Iriarte fue un crítico severo de los procedimientos de Lavalle, pero no le retaceó elogios cuando a su juicio lo merecía, lo que inclina a prestarle crédito a pesar de las disculpas del fiel edecán de aquel, influido por la veneración que mostró en su escrito hacia el caudillo del Ejército Libertador.

Para explicar la permisividad del general Juan Lavalle, que oscilaba entre la tolerancia y los intentos de imponer rigor, veamos el razonamiento expuesto por el general Paz:

“¡Cuánto mejor hubiera sido que sin tocar los extremos, hubiese tratado de conciliar ambos sistemas! Es natural que una disciplina llevada a los extremos acabe por hacer del soldado un autómatas, pero también es fuera de duda que si todo se deja al entusiasmo desatendiendo la disciplina, jamás podrá tenerse Ejército propiamente dicho. La subordinación era poco menos que desconocida, o al menos estaba basada de un modo particular: todo se hacía consistir en las afecciones y en la influencia personal de los jefes, y muy principalmente en la del General. En el Ejército Libertador no se pasaba lista, no se hacía ejercicio periódicamente, no se daban revistas. Los soldados no necesitaban licencia para ausentarse por ocho o por quince días, y lo peor es que estas ausencias no eran inocentes, sino que las hacían para ir a merodear y devastar el país”.

Conviene asentar que el general Lavalle indemnizó a los damnificados en Buenos Aires por los perjuicios inferidos por sus subordinados, pues contaba en la ocasión con fondos suficientes, pero tantas fueron las violencias, que los caudales de que disponía mermaron rápidamente. Otro tipo de daños consistió en la destrucción de los corrales, cuyos postes sirvieron para alimentar fogatas, aunque esto último resultaba indispensable por la carencia de madera

en los parajes recorridos y en una época en que las temperaturas fueron muy bajas. Alude el general Iriarte al respecto:

"Pero en las demás depredaciones se podía creer que el General en Jefe las permitía, no sólo para halagar al soldado, sino también para hacer ostentación de sus larguezas, y no se puede discurrir de otro modo desde que nada habría costado enfrenar la licencia y contener el robo, ahorrándose de este modo el tener después que derramar la plata para subsanar las pérdidas de los saqueados".

Hay que señalar que la tropa no recibía retribución en moneda por sus servicios militares. En opinión de Iriarte la tolerancia del General obedecía tanto a no poder retribuir sus esfuerzos, como a su complacencia con la fidelidad de sus subordinados:

"El general Lavalle no gustaba que los desafueros subiesen tanto de punto; se irritaba cuando llegaban a sus oídos, pero imponía penas a los perpetradores de atentados diarios? No, por cierto: como muchos en el Ejército, yo lo comprendía bien: él deseaba algunas veces que los jefes impusiesen severos castigos, que contuviesen los desórdenes, pero no quería aparecer dictando aquéllos porque de ese modo creía que conservaría el cariño del soldado; en una palabra, que así continuaría con su inmensa popularidad".

El proceder no cambiaba, y por el contrario, se acentuó.

Prosiguiendo sus marchas, el Ejército Libertador llegó el 19 a la Guardia de Luján o Mercedes, donde quedó hasta el 21 de agosto. Escribió de su estancia el teniente coronel Juan Elías:

"La conducta de los soldados del Ejército desde el momento del desembarco había sido irreproachable hasta su llegada a la Guardia de Luján, donde por desgracia, desvirtuada la moral, se cometieron varios excesos por los soldados, cuya misión reclamaba una severa disciplina. Queriendo el General en Jefe poner un dique a un mal demasiado funesto, reunió a todos los jefes del Ejército con el objeto de reconvénirles del modo más severo, y probarles los inconvenientes de su conducta, tolerando con una criminal debilidad los avances contra la moral y la disciplina. Por una fatalidad que nunca será bastante deplorada, el Ejército Libertador en vez de conquistar simpatías, con tal proceder labraba la fosa en que debía sepultarse con ignominia su fama y sus hechos".

Insiste sobre esta cuestión el general Iriarte:

"En la Guardia de Luján e inmediaciones empezaron a cometerse desórdenes de gravedad, violaciones, robos, etc. Desde allí empezamos a sufrir la consecuencia de la falta de disciplina y del mas inaudito vandalaje, porque nuestros soldados se lanzaban a la campaña para registrar las habitaciones, y era raro el día que no hubiese víctimas de tamaña imprudencia, porque las partidas enemigas degollaban sin piedad a todo el que encontraban descarriado; bien que siempre vendieron caras sus vidas, pues

nuestros soldados eran valientes sin igual, y estaban tan fanatizados con la conciencia de su valor que jamás les arredraba el número. ¡Qué excelente disposición para vencer!"

Allí en Mercedes recibió el general Lavalle una carta que causó su sorpresa inmovilidad futura, lo que fue un misterio para todos cuantos estaban pendientes de sus operaciones y del resultado de las mismas, cuando era evidente la necesidad de avanzar con la mayor rapidez posible para que el Gobernador Rosas no pudiera alistar a los efectivos capaces de oponerle resistencia. Recién un siglo después, publicado el archivo del General en Jefe, pueden explicarse los motivos que éste tuvo para proceder con lentitud en las jornadas siguientes: fue una noticia que el doctor Florencio Varela le transmitió desde Montevideo, y de la cual se da cuenta acto seguido con documentos indubitables.

El 11 de agosto Varela despachó una carta al general Lavalle participándole una importante novedad, que fue dirigida por tierra hasta Colonia y de allí a San Pedro:

He recibido la noticia de que el Gobierno Francés ha determinado mandar 2.000 hombres de tropa con el vicealmirante Baudin, que viene a reemplazar a nuestro enemigo declarado Dupotet. El señor Baudin debió salir de Cherburgo en la fragata Gloria del 20 al 25 de junio, de modo que en quince días a lo mucho, estará en el Río de la Plata. Ud. comprende cuánto puede variar la suposición de Ud. desde que llegue una fuerza cuyo único o principal objeto sea apoyar las operaciones del Ejército. Hemos creído, pues, muy importante anticiparle este aviso en globo para que regle por él sus operaciones, y sirva de base a sus cálculos. La noticia no tiene aún oficialmente en tierra, pero no admite duda.

Esta variante era decisiva, toda vez que las instrucciones del Ministerio de Marina de Francia prohibían hasta entonces a sus efectivos en el Río de la Plata efectuar desembarcos para colaborar con los enemigos del Dictador, orden que habían acatado, limitándose a transportarlos por el Uruguay y el Paraná. Recién el 18 la novedad fue recibida en San Pedro, y el doctor Carril se apresuró a ponerla en conocimiento del General.

Y ante ello, el 19 de agosto el general Lavalle comunicó al agente francés en Montevideo, Bouchet Martigny, desde Mercedes:

Pensaba marchar mañana a una operación decisiva, pero una hora antes de la reunión de todo el Ejército recibí correspondencia de Montevideo en que se me anuncia la llegada del almirante Baudin con 2 o 3.000 infantes, cuyo número me persuade que no tiene otro objeto que auxiliar este Ejército.

He aquí, pues, una circunstancia digna de alterar mi plan de operaciones. La noticia se me comunica con tales datos de verdad, que no trepido en sacrificar seis y hasta ocho días para esperar noticias transmitidas por Ud. mismo, lo que no dudo sucederá aún antes de este plazo, si ella fuese cierta.

¡Mi responsabilidad es tan grande, mi estimado señor Martigny, y se ventilan aquí tantos y tan caros intereses! Rosas tiene cuádruple infantería que yo, y doble o triple artillería, y si el suceso no correspondiese a las

esperanzas de todos y a las mías también, mi nombre sería maldecido por no haber esperado la incorporación de esa columna.

En la misma misiva Lavalle solicitaba el desembarco de los franceses, sugiriendo hacerlo en Zárate. Finalizaba reclamando más armas —que Varela le anunciaba estar listas para ser despachadas—, las cuales hacían notable falta pues contaba con 400 hombres sin ellas: *“Los días que tendré que esperar noticias de esa infantería los emplearé en hacer conducir el armamento al Ejército”*.

Al día siguiente era su esposa la destinataria de su modificación en las operaciones, comunicándosela en el mayor secreto:

Mi Dolores: Ayer tarde reuní todo el Ejército en este punto con el objeto de marchar hoy sobre la capital, pero recibí a las dos de la tarde la correspondencia del 11, en que me avisan la llegada del almirante Baudin con 2 o 3.000 infantes. Esto es digno de perder unos días, que aprovecharé en armar cerca de 500 hombres desarmados que tengo. Mi vida: no muestres mis cartas a nadie, a nadie absolutamente.

J de D [Juan de Dolores].

Otra noticia que participó el doctor Salvador Ma. del Carril desde San Pedro en la noche del 20 de agosto no dejaba de resultar de suma preocupación:

Dicen que de los cerrillos de Luján para adelante no hay pastos; que a 10 leguas a las cercanías de Buenos Aires no hay como mantener un caballo; que las caballadas del norte son las únicas servibles hoy en la Provincia de Buenos Aires. Esto me ha dicho un estanciero que ha venido poco hace de por allá.

Muy impaciente por confirmar o deshechar la novedad del refuerzo francés del almirante Baudin —Lavalle volvió a escribir en tal sentido a Martigny al día siguiente—, el Comandante en Jefe determinó salir de la villa de Mercedes en la noche del 21, no obstante su anuncio de paralizar las operaciones, para sorprender en cercanías de Navarro una reunión de fuerzas del Gobierno. Se trataba del Regimiento que mandaba el comandante Pedro Lorea (conocido por *Chirino*) con 600 hombres. Lavalle se puso personalmente en movimiento para privar a Rosas de elementos fuera de su campamento en Santos Lugares, y al llegar a Navarro sus habitantes le informaron que Lorea estaba campado sobre las márgenes de la laguna. El General destacó sobre él al coronel Niceto Vega —sin duda, el jefe más distinguido de su Ejército—, quien cayó sobre el enemigo y lo derrotó completamente, persiguiéndolo luego con tenacidad hasta Lobos, de donde retornó Vega a reunirse con la fuerza de Lavalle en Navarro. Aquí permanecieron tres días, extrañando la inacción del Comandante en Jefe a sus subordinados, los cuales desconocían que éste esperaba mayores precisiones acerca de la llegada al Plata de la escuadra del vicealmirante francés.

Había sido Navarro años atrás el escenario de la tragedia del Gobernador coronel Manuel Dorrego, pero también, desde entonces, el motivo del arrepentimiento que no dejaba de atormentar a Lavalle y que éste hizo público en

varias ocasiones: —*Yo tengo un cáncer que me devora*, confió repetidas veces al general Tomás de Iriarte. La inmolación de Dorrego fue seguida por una serie de consecuencias que el propio Lavalle era el primero en lamentar, pues provocó el encumbramiento del coronel Juan Manuel de Rosas a la primera magistratura de la Provincia, con secuela de violencias. En Navarro todo volvió a recordar vivamente al general Lavalle el tremendo error político y el crimen cometido contra la persona del mandatario: al contorno físico —en la misma estancia de Almeida se alojó de nuevo— se agregaron varios hombres que asistieron el 13 de diciembre de 1828 al fusilamiento.

Describe aquella situación, en forma elocuente, el general Iriarte, asiduo acompañante de Lavalle debido a su jerarquía, aunque no tuviese destino específico en el Ejército, y no está de más detenerse en ese momento:

“El general Lavalle y yo nos alojamos en la misma habitación en que once años antes había decretado la muerte del desgraciado Dorrego. Allí estaba la misma mesa sobre la que escribí la terrible cuanto injusta sentencia; los objetos que rodeaban al general Lavalle debían recordarle aquel acto cruento, su alma debió conmoverse; yo lo conocí alterado y de mal humor, y el pasaje siguiente me hizo comprender todo lo que él sufría. El mayordomo de la estancia estaba a nuestras espaldas de pie y como contemplando con éxtasis al general Lavalle; este se volvió bruscamente y le dijo: —*¿Qué: no ha visto a un hombre nunca? ¿Pues no me está mirando como si fuese una niña bonita? ¡Retírese Ud. de aquí, pronto!*”

Reflexiona Iriarte al respecto:

“El general Lavalle tiene calidades recomendables, al menos no es diestro en fingir pues no está acostumbrado a hacerlo, y mucho menos para retractarse; es una prueba de generosidad decir, como lo ha hecho muchas veces hablándome sobre la ejecución de Dorrego: —*Me hicieron cometer un crimen: yo era muy joven entonces, no tenía reflexión, y creí de veras que hacía un servicio a la causa pública. Mucho me costó firmar la sentencia, me enfermé, porque yo amaba mucho a Dorrego, le tenía inclinación. Pero es cierto también que cargué solo con la responsabilidad. Hasta en eso creí contraer un mérito, y por eso lo publiqué*. Después continuaba: —*Es preciso mirar por la familia de Dorrego cuando entremos en Buenos Aires: he de asegurar su bienestar futuro*. Si en estas palabras hay sinceridad, es forzoso decir que también hay mucha nobleza de alma: no he dudado nunca que Lavalle tiene elevación y un espíritu caballeresco; pero que llevado algunas veces hasta el fanatismo, le ha hecho cometer grandes desaciertos en el transcurso de su vida”.

El 27 de agosto se emprendió el retorno a Mercedes, sin descansar en el trayecto de diez leguas, llegando a destino al anochecer. En aquella incursión Lavalle confió a Iriarte su preocupación: no podía atacar a Rosas en Santos Lugares,

“porque tenía un poder inmenso, una fuerza considerable de caballería, 2.000 infantes y 28 piezas de artillería de campaña y grueso calibre; que

su posición entre las quintas de Santos Lugares era fuerte e inexpugnable, y que sería una temeridad atacarlo con sólo caballería, porque nuestras artillería e infantería eran muy débiles por su número para competir con las de Rosas”.

Por otra parte, se quejaba de la falta de reacción masiva de los habitantes de Buenos Aires ante su proximidad: —*Si tal hubiese sucedido habríamos visto al pueblo alzarse como un solo hombre con sólo nuestra presencia, y ya Rosas no existiría.* Iriarte le replicaba que el poder absoluto de que disponía Rosas y el uso del terror que empleaba le permitía controlar a la población en forma total.

El día 29 todo el Ejército se volvió a poner en camino en dirección a Luján, arribando por la tarde, recibido con repicar de campanas y enarbola-miento de la bandera nacional, que por ostentar el color celeste, había sido prohibida por el Dictador. Allí quedó varios días, al tiempo que se recibían novedades que decidirían el futuro de la campaña.

4

El Gobernador Juan Manuel de Rosas, si no militar, era un buen administrador, y desde el campamento de Santos Lugares se preocupó en organizar las fuerzas que presentaría contra Lavalle. La demora de éste en avanzar sobre la ciudad de Buenos Aires —desembarcado en San Pedro el 5 de agosto, estaba todavía en Luján a fines del mes— le había permitido recobrarse de su primera impresión de impotencia para detenerlo, y con gran actividad comenzó a despachar sus instrucciones.

En ese mismo campamento tenía por entonces elementos considerables, que el general Lavalle calculaba en cifras en que coinciden Iriarte y Elías: 4.000 jinetes, 2.000 infantes y 28 o 30 piezas de artillería. De su lado, el después coronel Pedro Lacasa ofrece un detalle sobre el Ejército Federal que no difiere mucho de los indicados por sus camaradas, y que seguramente pudo precisar con documentos de la época. Lo transcribo de su biografía del Comandante del Ejército Libertador:

Caballería de línea (veterana): 800 plazas de la División del coronel Nicolás Granada, y 150 de la Legión del teniente coronel Isidro Quesada. Caballería miliciana: 1.000 hombres de la División del coronel José María Flores, y 1.200 de la División del general Agustín de Pinedo, más 150 de la escolta del Gobernador. Ello arroja un total de 3.400 soldados de aquella arma.

Infantería de línea: 700 plazas del Batallón *Libertad* a órdenes del mayor Mariano Maza. Milicias de infantería: 800 hombres del Batallón *Restauradores* mandado por el coronel Agustín Rabelo, y 650 soldados distribuidos en los Batallones de los comandantes Garay y Gardeazábal. Total 2.150 infantes.

Artillería: bajo el mando del teniente coronel Zeballos, compuesta de dos baterías de 6 piezas cada una, servidas por 150 hombres.

Hasta aquí Lacasa.

A su vez, en la capital había quedado el general Lucio Mansilla, quien sin embargo de estar convencido que *“el valiente Ejército que hoy sostiene la san-*

ta causa de la libertad e independencia americana a las órdenes inmediatas del jefe invicto, el ilustre Restaurador de las Leyes” derrotaría a *“las fuerzas traidoras”*, previó una defensa *“para precaverse de todo acontecimiento funesto y ponerse a salvo de los reveses de la fortuna, que en la guerra no puede sujetarse a cálculo fijo”*, y a tal efecto ideó un plan con puestos fortificados. Éstos no se extenderían más de dos cuadras de la plaza de la Victoria (hoy plaza de Mayo), convertida en un “recinto” sostenido por tres Divisiones de infantería, comandada la primera por el general Miguel Estanislao Soler y teniendo como segundo al general Celestino Vidal, la segunda por el general Tomás Guido secundado por el general Gervasio Espinosa, y la tercera por el general José Ruiz Huidobro con su segundo el general Gregorio Paz. Como reserva quedaba el general Felipe Heredia. En todas las azoteas de esa zona militarizada se instalarían piquetes de 40 hombres, y a media cuadra a vanguardia de cada sección se levantaría una barricada, tras la cual la calle sería foseada a la distancia de otra media cuadra. Prestaban el servicio de guarnición los cuerpos *Guardia Argentina*, *Rebajados* y *Restauradores*, más el 4º Batallón de *Patricios* y uno de campaña. Mansilla no dejaba de considerar que los enemigos pudieran entrar en la planta urbana, y al efecto previno:

No es menos importante estar fuera del recinto, para disponer que el escuadrón de Policía y las fuerzas de caballería que mandan los decididos federales de la Sociedad Popular, y que se consideran hoy como en número de 500 hombres, hostilicen al enemigo, privándole toda clase de recursos así como empeñándose en facilitarlos a los recintos fortificados.

Según la estimación del coronel José María Flores en carta que a continuación se utiliza, en la ciudad quedaban 3.000 infantes y 200 artilleros, 500 caballos, y tropa “de línea”.

El coronel Flores dirigió al coronel Hilario Lagos desde Santos Lugares, el 26 de agosto, una relación de las fuerzas existentes en diversos destinos de la campaña. El Gobernador le había encargado este cometido a causa de sus muchas ocupaciones; y no hay que descartar que esta misiva haya sido redactada para insuflar ánimo en Lagos, ante su actitud remisa para participar en la resistencia a Lavalle:

Estimado amigo: Con el mayor sentimiento he sabido sus dolencias, y mucho más cuando considero que sus servicios serían de suma importancia en las circunstancias presentes, en las que reina el mayor entusiasmo en toda la campaña.

Comenzaba el coronel Flores por noticiar a su camarada que *“S.E. nuestro Ilustre Restaurador se halla a la cabeza del Ejército”*, tras lo cual detallaba sus efectivos, comenzando por los de Santos Lugares, que ascendían a 5.000 hombres, en lo que amigos y adversario coincidían *grosso modo*. Luego Flores pasaba revista a las fuerzas existentes en la campaña según sus destinos:

A vanguardia frente al “salvaje” Lavalle los Regimientos N° 1 del coronel Bernardo González, fuerte en 600 hombres, y el N° 2 del comandante Navarrete con 1.000. También a vanguardia el general Pacheco con el agregado de

un escuadrón del N° 1, al frente de 800 soldados. En Cañuelas el teniente coronel Lorea del N° 6 con 600, y el coronel Vicente González, jefe superior del Regimiento 6, en Monte con 1.500 efectivos. (Casi todas estas unidades habían ya chocado con el invasor, con resultado desfavorable).

Más al sur, en Chascomús, estaba el general Prudencio O. de Rozas con 1.000 hombres; y en Bahía Blanca la División de línea del coronel Martiniano Rodríguez, con la incorporación de la División del coronel Aguilera "y los indios de los caciques borogas y chilenos Collinao y Juan", conformaban un total de 1.200 entre cristianos e indígenas.

Los indios "amigos" componían una reserva a que podía recurrir el Dictador:

Los indios pampas amigos con el teniente coronel Echeverría, mayor Bustos y la División del N° 3 que está allí en Tapalqué de guarnición comandada por el coronel Villamayor, 2.400. En Cruz de Guerra hay como 300 cristianos, incluso los piquetes de Mulitas, Barrancosa, y 150 indios amigos.

El total general del Ejército Federal de Buenos Aires ascendía, conforme a lo expuesto, a la respetable cantidad de 17.650 efectivos. Concluía su relación el coronel Flores:

Este Ejército está en brillante pie de disciplina, tiene 20 piezas de artillería, 2.000 infantes y 250 artilleros, bien armados, vestidos y municionados. Yo tengo 500 hombres bien equipados y en el mejor estado, con buenos oficiales de línea y algunos paisanos. La mayor parte del Ejército es de línea, tropa selecta, y todos arden en vivo fervoroso entusiasmo por combatir en defensa de la santa causa de nuestra libertad.

Y le añadía a Lagos:

Si en la campaña es admirable el ardoroso entusiasmo, en la ciudad toca los extremos de la exaltación mas acendrada y patriótica federal. Allí ha quedado un Ejército de 3.000 infantes, los más de línea, 500 caballos, y 200 artilleros (estos son además de aquellos).

La carta precedente no dejó de causar el efecto buscado, como veremos.

El Gobernador de Buenos Aires escribía a otros destinatarios, inquietándolo su percepción de que el general López de Santa Fe y el general Pacheco no coordinaban sus movimientos, con perjuicio para la causa de la "Santa Federación". El último había solicitado al mandatario santafecino el batallón de infantería *Defensores de la Independencia*, arma de la cual carecía, pero López resolvió en cambio destinarlo a reforzar la guarnición de San Nicolás de los Arroyos. Rosas hizo llegar su queja por esta medida a su General, por oficio del 24 de agosto —en su correspondencia particular lo tuteaba—, posiblemente para que Pacheco pudiera reproducirlo ante López y obtener el cuerpo que deseaba: "Si V.S. hubiese tenido consigo ese Batallón no estarían los salteños unitarios donde se encuentran". Y al propio Juan Pablo López le expresó dos días después, transmitiéndole confianza ante las prevenciones de éste:

Pacheco está con su Ejército ocupando la vanguardia, y ha rendido con la División benemérita de su mando un servicio de la más alta importancia, porque no ha perdido de vista ni un momento al enemigo, chocándolo cuando debió hacerlo con el fin de entretener sus marchas, como consiguió, y trayéndolo siempre incomodado, tiroteándolo, empujando sus partidas para que no tomasen más extensión.

Estos conceptos optimistas no se correspondían con la realidad, pues el grueso del Ejército de Buenos Aires mantenía su inmovilidad en su campamento de Santos Lugares, habiendo sido contrastes los encuentros sostenidos por su vanguardia. En cambio, por parte de Santa Fe su Gobernador López no perdió oportunidad de operar ofensivamente, acometiendo la pequeña guarnición que Lavallo había dejado a su retaguardia. Con fecha 26 de agosto el teniente coronel Juan D. Camelino, Comandante Militar de San Pedro, hacía saber al general Lavallo:

El que firma avisó a V.E. en comunicación datada ayer a las ocho de la noche, de hallarse sitiado por el Gobernador López con 600 hombres. Hoy se le han incorporado cerca de 200 y sigue el sitio. Ha hecho varias tentativas para entrar a este pueblo, dividiendo su fuerza en cinco Escuadrones, pero ha sido rechazado vigorosamente por la fuerza que tengo acantonada, teniendo 6 muertos y algunos heridos. Lo que pongo en conocimiento de V.E., avisándole al mismo tiempo que he pedido hacienda para el consumo de toda esta población al Comandante de Baradero, la que espero por la isla, pues acá no tengo mas que para tres días. También le aviso que me han asegurado hallarse con López los Auxiliares de los Andes.

A la gravedad de la invasión de tropas santafecinas y su ataque a San Pedro, se sumaba para Lavallo la circunstancia de que el Gobernador Echagüe de Entre Ríos enviaba a Buenos Aires para reforzar los elementos federales, a tropas que ya no formaban parte de su propio Ejército.

No era lo único. El mismo 26 de agosto, el Juez de Paz de San Andrés de Giles, Juan Antonio Gutiérrez (hermano del dirigente de la *Joven Argentina*, Juan María Gutiérrez), participó al coronel Jose M. Vilela, por hallarse aun el general Lavallo en Navarro:

¡Viva la Libertad! ¡Muera el Tirano!

Señor: Acaba de llegarme un chasque de San Antonio de Areco en el cual me comunican la desagradable noticia de haber llegado allí el señor Juez del Paz del fortín de Areco don Bartolomé Saraví, quien ha sido despedido por Lagos, que viene de acuerdo con López mudando todas las autoridades que no obedecen ciegamente al tirano Rosas. También me dicen ha sorprendido durmiendo en la estancia de Lavallén una partida nuestra al mando del capitán Valdez, matando algunos hombres y tomando algunos prisioneros. Solo traía 40 hombres cuando entró el Fortín, pero quizá haya aumentado este número con los ladrones vagabundos. Agregan que por anoche estuvieron por atacar este pueblo, Areco, o Arrecifes, y que se sabe a no dudarlo que los santafecinos con indios están sitiando a San Pedro.

La morosidad en el avance del general Lavalle hacia la capital comenzaba a movilizar a los enemigos en su contra: incluso el coronel Hilario Lagos volvía a participar en las operaciones, bien que al frente de una reducida partida, definiendo su actitud.

Más aún: el 28 de agosto el teniente coronel Camelino dirigió otro anuncio a Lavalle:

Hemos tenido a Máscara con su Ejército de 800 hombres largos, asediándonos por tres días y dirigiéndonos varios ataques, que fueron rechazados con vigor. Había repartido la fuerza en quince azoteas, incluso la de la iglesia, y tenía colocadas en la plaza tres piezas de cañón. Por cualquier parte que dirigía su ataque el enemigo era rechazado; hasta que viendo la imposibilidad de tomar el pueblo, se retiró, pero robando como es de costumbre.

Juan Pablo López se había retirado, añadía Camelino, hacia las puntas (nacimiento) del arroyo Tala, *"después de haber empleado toda la noche en saquear las poblaciones de los arrabales del pueblo; se ha robado además una gran cantidad de hacienda vacuna y caballar"*.

El Gobernador de Santa Fe no regresó a su Provincia. Quedó merodeando en las inmediaciones alistando a sus fuerzas para intentar otro asalto y apoderarse de San Pedro, vital punto de comunicaciones de Lavalle con Montevideo.

5

Al retornar a Luján e imponerse de las novedades antedichas, el general Lavalle comprendió que debía acelerar sus operaciones directamente contra el centro del poder que buscaba destruir. Conociendo la insuficiencia de los medios de que disponía en esas circunstancias para obtener una victoria concluyente, despachó a su hermano José para instar una vez más al agente diplomático francés Martigny a concretar la ayuda anunciada. Le había propuesto el siguiente plan en la carta que le remitió con fecha 19 de agosto, aún en Mercedes:

Establezco dos hipótesis: primero, que el señor almirante Baudin no pueda poner esa infantería a mis órdenes y que quiera hacerla obrar separada. En este caso ninguna parte sería eficaz sino en la capital misma, en donde, apoyado por los franceses establecidos en ella, y por el Ejército Libertador, que estaría muy inmediato, podría apoderarse de la capital o al menos de un barrio, lo que sería suficiente. La segunda hipótesis que voy a establecer es más ventajosa, porque termina la cuestión en pocas horas: tal es la incorporación de esa columna al Ejército. Para practicarla de un modo prudente es indispensable que ella desembarque a diez o quince leguas de la capital, bien al sud o al norte. La distancia que éstos tendrían que andar me parece un grave obstáculo, que se puede evitar subiéndolos los buques grandes hasta la boca de las "nueve vueltas" y bajar después hasta Zárate, donde echarían la gente a tierra".

Sin embargo no se conformó con esa posibilidad, sino que decidió actuar por sí mismo, se concretara o no la ayuda exterior. A tal efecto reunió a todos los jefes y oficiales del Ejército Libertador —"sin distinción de clases", apunta su edecán—, "y cuando todos se hallaron reunidos, el General se presentó y habiéndoles ordenado formasen un círculo de diferentes filas para que todos pudiesen oírlo, sentados sobre la hierba, prestaron el mayor silencio y atención al guerrero en quien fijaban sus destinos y los de la Patria". La versión de Elías es coincidente con la ofrecida por Iriarte. El general Lavalle anunció que su Ejército avanzaría sobre el campamento de Rosas, donde si bien su caballería era "despreciable", en cambio estaba apoyada por una masa numerosa de infantes y artilleros. Como el valor sólo no obtendría ventajas, su plan era provocar la salida del enemigo, retirándose rápidamente; y cuando éste hubiese ocupado nuevamente sus posiciones, volver a desafiárselo, hasta que estos movimientos indujeran a la caballería federal a presentar combate, en cuyo caso sería aniquilada "en un momento". Los jefes y oficiales marcharon luego a instruir a la tropa de los pensamientos de Lavalle, "que merecieron la universal aprobación", concluye el teniente coronel Juan Elías.

Antes de emprender la marcha fue descubierto y aprehendido un espía que Rosas envió al campamento del Ejército Libertador. Ninguno dudaba que sería ejecutado. Pero Lavalle se había hecho el propósito de no dar muerte a nadie fuera del combate, para no justificar el mote de *asesino* con que lo acriminaba constantemente Rosas por el fusilamiento de Dorrego; de modo que luego de haber estado un par de días preso, el General le dijo: —*Está Ud. en libertad, váyase donde quiera, pero si vuelve a caer en mis manos lo he de fusilar. ¡Cuidado, che!* Iriarte es quien refiere esta anécdota, que corrobora el ánimo que embargaba a Lavalle en su campaña libertadora.

El 3 de septiembre el Ejército partió de Luján hacia Buenos Aires, sin que como hasta entonces, fuerzas de Rosas se opusieran a su avance (salvo la inicial tentativa de Pacheco en el arroyo Tala). Pero el aviso de la vanguardia de que un cuerpo como de 600 hombres se hallaba cerca, en la Cañada de la Paja, hizo que todo el Ejército se pusiese en movimiento contra ella. Fue avistada una fuerza superior formada en batalla sobre una pequeña eminencia tras el arroyo y el General destacó sobre ella al coronel Vega con su División y la Legión Ávalos. En realidad la tropa enemiga ascendía a 2.000 milicianos mandados por el coronel Vicente González, entre los cuales se contaba la infantería de Ranchos, Monte y Lobos, y a los que —indica Elías— iba a incorporarse al teniente coronel Chirino Lorea, recientemente descalabrado en Navarro. Ante la impetuosa carga de Vega el conjunto federal se disolvió, no sin que en la persecución fuera lanceado "impunemente por la espalda" —escribe Iriarte—, llevando al cuartel de Rosas "la consternación que les infundían nuestras lanzas". Agrega la misma fuente: "El coronel Vega persiguió a los enemigos cinco leguas sin descansar: perdieron más de 50 hombres, entre ellos 14 indios; nuestra pérdida consistió tan sólo en un soldado de las guerrillas por su temerario arrojo de mezclarse solo entre los enemigos". El capitán José María Guerra, de los antiguos *Libres del Sur*, añade: "El *Carancho del Monte* dejó su galera equipada con víveres y hasta con una *china* que lloraba dentro de la misma". "Y su correspondencia", complementa Martín de Gainza en *Apuntes autobiográficos*.

A la mañana siguiente el Ejército de Lavalle prosiguió su camino, y el 5 de septiembre de 1840 instaló su cuartel general en Merlo, a sólo siete leguas de Buenos Aires.

Gran contento reinaba en el Ejército Libertador ante esta cercanía, que tras un último esfuerzo pondría fin a sus sacrificios y a la situación argentina. El contraste del enemigo sufrido dos días atrás, confirmando el resultado de los anteriores combates, le permitía alentar esperanzas de imponerse al Ejército Federal. Refleja lo dicho los recuerdos del joven Gainza, del Escuadrón Mayo: "Nuestro entusiasmo era muy grande: andábamos de uno a otro fogón abrazándonos; al otro día atacaríamos las fuerzas de Rosas, las venceríamos y entraríamos triunfantes a Buenos Aires". El propio general Lavalle participaba de ese contagioso estado de ánimo luego del choque en la cañada de la Paja. En palabras del general Iriarte:

"Estaba muy placentero y lleno de contento, y a la verdad que con razón, porque la lección que acabábamos de dar a nuestros adversarios era el complemento de las anteriores, y sobremanera eficaz para acabar de convencerlos de nuestra superioridad, a pesar de la inferioridad numérica. Rosas no podía encubrir este revés ni desfigurar el hecho con sus acostumbradas mentiras, porque los fugitivos publicarían lo contrario, no pudiendo ocultar su pavor cuando llegaron al campo de Rosas".

El campamento de éste en Santos Lugares apenas distaba dos leguas de Merlo, donde se instaló Lavalle.

Aquí transcurrió el día 6, y luego el 7, sin movimiento alguno. El Comandante del Ejército Libertador mudó en esas jornadas de estado de ánimo: "Estuvo taciturno, solo; y al parecer entregado a profundas meditaciones, si se ha de juzgar por su talante grave y silencioso", refiere Iriarte, que lo acompañaba constantemente. Acosaban a Lavalle consideraciones adversas de las cuales no lograba desprenderse: el peligro del Gobernador Juan Pablo López a sus espaldas, con el posible refuerzo de Echagüe desde Entre Ríos (el general Manuel Oribe estaba ya en San Nicolás); la superioridad material del Ejército del Gobernador Rosas; la falta de pastos para mantener a su propia caballería porque las lluvias del invierno los habían perjudicado; y hasta la posibilidad que desde Córdoba su mandatario, el otro López (Manuel) pudiera avanzar sobre Buenos Aires, ya que ignoraba en detalle los movimientos emprendidos por el general La Madrid desde Tucumán. Nada sabía Lavalle, por otra parte, del refuerzo de franceses que le habían anunciado. Pero sobre todo, lo extrañaba —e indignaba— que estando tan próximo a la ciudad, no se hubiese producido allí un alzamiento contrario al Dictador, y que en todo caso, ninguno de sus vecinos se le hubiera incorporado. No tenía en cuenta el sistema riguroso de vigilancia y el temor que Rosas impuso a Buenos Aires, cuya plaza estaba sujeta a las disposiciones del general Lucio Mansilla.

Un hecho se evidenciaba, que indica su subordinado y biógrafo Pedro Lacasa: las adhesiones despertadas en el norte de la Provincia "enteramente terminaron cuando llegamos a la altura del río Luján". Coincide Juan Elías: "Desde la villa de Luján todos los lugares que habían sido recorridos presentaban un aspecto sepulcral". Había fracasado, además, el intento de conmover el Sur, escenario el año anterior del levantamiento masivo contra el Gobierno.

Otra circunstancia de mayor entidad había ocurrido: el general Juan Pablo López asaltó nuevamente la retaguardia del Ejército Libertador, como informó el teniente coronel Juan D. Camelino a Lavalle desde San Pedro el 5 de septiembre: "*A las siete de la mañana de este día hemos sido atacados por el Gobernador López con una fuerza de 800 hombres de caballería y 150 infantes*". En esta oportunidad el mandatario santafecino sumó esta última arma a su tropa, fracasado que había sido su primer intento de dominar el pueblo con sola caballería. El desarrollo del combate fue descripto por Camelino detalladamente en el oficio que acompañaba a su carta particular. Según el mismo, 100 infantes santafecinos avanzaron hasta llegar a una de las casas en la misma esquina de la plaza, donde fueron contenidos por los disparos de cuatro azoteas convertidas en cantones, hasta que "el incesante fuego de la mosquetería" los obligó a huir. Entonces *Mascarilla* en persona entró por otro lugar del pueblo con los escuadrones de caballería y otros 50 infantes, siendo también rechazados, sobre todo por un cantón donde el mismo comandante Camelino estaba al frente de "patriotas vecinos de San Nicolás de los Arroyos que voluntariamente se ofrecieron a ayudarnos", y otro bajo el mando del teniente Myers (llamado "Millerés" en el parte) con 9 soldados que lo acompañaron, escapados todos de la guarnición de Rosario. Las bajas de los atacantes ascendieron a 50 entre muertos, heridos y prisioneros, contándose entre los primeros un capitán; y los trofeos de la jornada cerca de 100 fusiles "que en su vergonzosa fuga han arrojado". Los heridos de López fueron despachados por éste en una carreta y una galera a San Nicolás. Por parte de los defensores de San Pedro, quedaron 3 soldados muertos y 5 heridos. Pese al triunfo no dejaba de ser preocupante la posibilidad de un nuevo intento con fuerzas superiores a la diminuta guarnición.

El general Lavalle no acostumbraba consultar a sus jefes, y se fiaba en su solo criterio, con un ingrediente que sus aliados contemporáneos —Ferré, Paz, Iriarte, Varela— unánimemente le achacan: estar sujeto a variaciones repentinas, sin persistir en planes con firmeza. Primero al invadir Entre Ríos en 1839, en vez de dirigirse al sur de Buenos Aires; luego, al año siguiente, en la lentitud de sus operaciones desde Corrientes hasta Diamante, para recién emprender la idea inicial, cual era la invasión de su suelo natal; y por último, no tentar un rápido avance sobre la ciudad de Buenos Aires antes de que el Gobernador Rosas se recobrara de su sorpresa, sin contar todavía con medios para enfrentarlo. Su proyecto de atraer la caballería federal fuera de Santos Lugares había sido abandonado.

Se dio en esa oportunidad el momento crucial de la acción militar de Juan Lavalle, y el punto de inflexión de la resistencia armada contra el Dictador de Buenos Aires. Se trató de uno de esos instantes singulares en la Historia, en que la resolución que se adopta decide el destino de hombres y Gobiernos por muchos años. De ahí en adelante, la situación de la Confederación Argentina, y la acción misma del general Lavalle, tomaron un rumbo completamente diferente al seguido hasta esa precisa hora, en que fuera necesario, quizá, un rapto de audacia y energía para consumir la empresa. Así al menos lo consideraron sus partidarios.

El 7 de septiembre el general Lavalle comunicó su decisión: escribió al comandante de Luján que "*ha resuelto alejarse de estas inmediaciones, donde*

la escasez de pastos hace imposible la permanencia del Ejército". Lo mismo escribió en la misma fecha al comandante de San Antonio de Areco, con un añadido:

Esta circunstancia, y la de haber avanzado López a San Pedro, han decidido al General en Jefe a marchar sobre aquel caudillo y de franquear la comunicación con las Provincias amigas del Interior, un Ejército de las cuales pisa ya el territorio de Córdoba.

Nada influyó en el criterio de Lavalle el hecho de que desde su desembarco en San Pedro, el Ejército Libertador se hubiera engrosado con las milicias de los pueblos del Norte en número de 1.147 efectivos.

Instrucciones a ambos comandantes les prevenían que avisaran "a todos los patriotas comprometidos, a fin de que se retiren para librarse de la ferocidad de Rosas, que sacrificará a cuantos se hayan pronunciado a favor de la causa de la Libertad". Igual advertencia se cursó a San Pedro, hacia donde se enviaron los enfermos y heridos del Ejército, para embarcarlos rumbo al Estado Oriental. Se ignoraba que la mayor parte de los buques franceses ya habían abandonado este puerto, y pronto lo haría el resto.

Así se llevó a cabo: en la noche del 9 —bajo una lluvia intensa y gran frío— el Ejército Libertador se movió de Merlo, "pero luego nos apercibimos que retrocedíamos [escribió Gainza], pues fuimos a amanecer en la villa de Mercedes". Gran amargura reinaba ahora, como contraste, entre los miembros del Ejército Libertador. "No es posible explicar el desasosiego que puso entre todos aquellos valientes esa funesta orden", refiere el capitán José María Guerra, cuando comenzaron a uncirse los bueyes a las carretas que transportarían los bagajes: "Se veía llorar a los hombres por abandonar la ciudad después de estar viendo ya las torres de sus iglesias y el humo de las chimeneas de sus casas". "Todos sufríamos en aquellos momentos la pena de esperanza engañada, y una agitación extraña porque la causa era nueva, hasta entonces desconocida", indica Tomás de Iriarte. En efecto, el Ejército se retiraba de los federales en vez de buscarlos, como había ocurrido desde la invasión de Buenos Aires. "Se veía ya un porvenir colmado de los más desastrosos efectos: no íbamos derrotados, pero sí con todos los síntomas morales", agrega el mismo, quien estaba atormentado por un funesto presagio ante el abandono de Buenos Aires: "Me decía, *es para siempre*".

La oscuridad y la tormenta ocultaron el movimiento retrógrado al Ejército Federal, y permitieron realizarlo sin inconvenientes.

Ningún otro documento puede sustituir para conocer el pensamiento íntimo del general Lavalle, que la carta enviada a su esposa, datada el mismo 9 de septiembre:

Mi Dolores: Esta carta te va a hacer derramar lágrimas. Después de las esperanzas que inspiró la derrota de Pacheco, no he encontrado más allá sino hordas de esclavos, tan envilecidos como cobardes y muy contentos con sus cadenas. De esas hordas he destruido dos antes de llegar delante del grande Ejército de Rosas, fortificado en la chacra de Caseros con 2.000 infantes, 26 cañones y 5.000 hombres de caballería. He estado

cuarenta y ocho horas a 3 leguas de él, y ni aún se ha atrevido a escaramucear.

Entretanto Máscara, ayudado por Lagos, iba haciendo con suceso una reacción en la campaña del norte, y me he visto precisado a volver sobre él con 1.000 caballos y 100 infantes. En esta marcha he sabido que Oribe ha desembarcado en Rosario con 1.000 hombres, y no hay duda que lo encontraré reunido con Máscara. Si consigo batirlos puede ser que la revolución prenda en Santa Fe, pero si se fortifican en San Nicolás yo no puedo sostener un sitio en el estado en que está el país.

Del Interior no tengo mas noticias que las que da la carta de Aldao que habrás visto. Yo creo que La Madrid no se ha movido de Tucumán.

Es preciso que sepas, mi adorada, que la situación de este Ejército es muy crítica. En medio de territorios sublevados o indiferentes, sin base, sin punto de apoyo, la moral empieza a resentirse, y es el enemigo que más tengo que combatir.

Adios, mi Dolores; ten ánimo fuerte y espera todavía algo bueno. No te hago caricias ni me acuerdo de mis hijos porque es preciso que yo no me entenezca. Tu

J de D.

En añadido dos días después exponía Lavalle la confianza de hallar alguna cooperación en Santa Fe, con el propósito de "lanzar contra el Tirano todo el poder de las Provincias este verano". Por si los franceses celebraban la paz con Rosas, le indicaba a su mujer: "No te quedes en Montevideo ni una hora" (porque "quién sabe hasta qué punto llegará la venganza de los traidores"), concluyendo:

El vil, el cobarde y hediondo Rosas manda hacer la guerra a muerte, pero él no quiere separarse del bote que tiene en la costa. Es una fortuna que este sangriento tirano sea tan excesivamente tímido.

Es de imaginar la impresión que alcanzó la retirada de Lavalle de la inmediación de la ciudad de Buenos Aires, con distinto efecto en uno y otro bando, y ya se considerará cómo se manifestó en el campo "federal". Pero para medir la fuerza del impacto en las filas liberales, nada como transcribir la reacción del estrecho colaborador del General, doctor Florencio Varela, uno de sus más consecuentes partidarios a lo largo de una década de acción política. Es un documento ilustrativo del criterio de quienes habían trabajado con sacrificios de toda índole por el triunfo de la empresa libertaria, comparable el grado de su entusiasmo inicial con el contrario efecto de la desilusión causada por la esterilidad de aquellos. La larga y elocuente carta de Varela fue escrita desde Montevideo el 4 de octubre de 1840:

¡Ojalá que esta carta volase, mi querido General, ojalá que no llegue demasiado tarde!

Nuestra causa se halla en una posición eminentemente crítica. Vos habéis contribuido mucho, General, a colocarla en este estado. Vos solo debéis reparar lo que habéis hecho, con la decisión, la celeridad que os dictarán las circunstancias.

Os engañarán los que no os digan abiertamente que vuestra retirada de Buenos Aires hacia Santa Fe no ha sido el golpe de muerte de nuestra revolución: no hay una persona, una sola, comprendiendo a vuestros hermanos y a vuestra excelente mujer, que no haya condenado abiertamente ese funesto movimiento; y vuestras cartas, General, lejos de satisfacer, no hacen más que aumentar el mal.

Lo peor es, General, que la esperanza que habéis concebido de poder justificar esta conducta por el resultado, no se realizará jamás. ¡Qué podéis buscar y encontrar en Santa Fe, que pueda justificar el abandono de la Provincia de Buenos Aires!

A pesar de todo, General, Rosas ha obtenido un triunfo señalado por vuestra retirada: la capital, los pueblos, la campaña, que se habían pronunciado por el Ejército, viéndose abandonados antes de un mes, han arrojado un clamor de maldición y de amarga desesperación contra vos. Los pueblos han quedado desiertos, y Rosas hace quemar las casas de los que han mostrado simpatías por el Ejército Libertador.

No comprendo, General, cómo justificar esto, ni ahora ni nunca. La falta de pastos, cuando Rosas encuentra bastantes, cuando Prudencio y todos los otros Generales los encuentran; la ausencia de simpatías, cuando en un mes decís que habéis reunido 800 hombres y distribuido todas las armas que os habíamos enviado; la aproximación de López, cuando os bastaba interponeros entre él y Rosas; nada de esto, General, nada puede justificar el abandono del teatro que vos mismo considerabais con razón como el foco de la revolución, como el único punto donde era necesario operar.

Si no podáis manteneros frente a Rosas ¿no era preferible, General, marchar al Sur, a esta campaña donde un año antes se habían puesto en pie 3.000 combatientes? ¿Cómo dudar entre el Sur y Santa Fe?

Vuestro defecto capital, General, ha sido siempre no pedir ningún consejo y no escucharlo de nadie; decidir solamente por vos mismo, y por desgracia nunca habéis decidido lo mejor. Sois militar, buen militar, excelente militar bajo muchos respectos, pero no sobre todos; y, General, sobre todas las cosas no sois tan político como militar. Por desgracia la guerra actual es mucho más una guerra de política y de revolución, que una campaña militar y de estrategia. De ahí la necesidad de pedir y de escuchar los consejos. La última evacuación de Buenos Aires no es ciertamente una operación militar: su importancia política es inmensa y lo domina todo.

Escuchad, General, y seguid los consejos: conocéis poco ese país y tenéis una idea exagerada del poder de Rosas y del modo de combatirlo.

En segundo lugar, cuando habéis adoptado un plan, una idea, ejecutadla y no la abandonéis por otra al día siguiente. Todos, pero principalmente los marinos franceses que os han conocido de cerca, os acusan de no tener la menor consistencia en vuestras ideas, de adoptar hoy un plan y olvidarlo mañana. Yo sólo veo que esto es cierto en muchos casos: después de haber esperado muchos meses para atravesar el Paraná, lo habéis hecho abandonando a Corrientes, y apenas un mes después abandonáis de nuevo a Buenos Aires para ir a Santa Fe. Llegáis a Luján, allí decidís una operación que vos mismo llamáis decisiva, y la suspendéis porque sabéis la llegada del almirante Baudin.

En fin, General, el remedio que yo percibo para todas estas faltas es que sin tardanza, con una de esas rapideces que sorprenden y desconciertan, con una de esas resoluciones que poseen los militares, volváis a tomar la posición perdida. Marchad sobre Buenos Aires, estrechad a Rosas, apoyaos en el Sur, sublevadle, y no os alejéis del único teatro en que podréis combatir.

Si bien eran ciertas muchas de las consideraciones vertidas por el doctor Varela (la extensión de las cuales ha hecho menester suprimir las menos importantes), la posteridad no debe extremar su dureza al juzgar la resolución del general Lavalle, porque la precariedad de su situación, sin pasturas, inferior numéricamente al enemigo —que era más poderoso en infantería y artillería—, y amenazado por su retaguardia, pueden justificar un movimiento retrógrado para estabilizar su estado militar. Su posterior retroceso interminable, hasta los confines con Bolivia, corresponde a otras circunstancias. Lavalle calificó la carta de Varela de “insolente y maligna”, en una dirigida a su esposa.

El Ejército Libertador en su retirada llegó a Luján (10 de septiembre), y describe Iriarte:

“La población estaba consternada, todas las puertas cerradas. Ocho días antes habíamos pasado como en triunfo, y ahora nos veían retroceder alejándonos del enemigo. Los merodeadores entraron en el pueblo, forzaron algunas puertas, y hubo desórdenes como de costumbre. ¡Bella conducta de libertadores! Estoy seguro que el general Lavalle podía evitar este vandalaje, tal era el ascendiente moral que tenía sobre la tropa por el prestigio de su nombre: todos con muy pocas excepciones lo adoraban en el Ejército, ni jamás se ha visto un entusiasmo, un culto igual al que le tributaban sus subordinados”.

La consecuencia del abandono de la Provincia era previsible, y también la asienta el general Iriarte:

“Muchos estancieros que se comprometieron desde nuestro desembarco se unieron al Ejército para acompañarlo en su retirada; otros fueron a San Pedro a embarcarse y emigrar para librarse de los furores del salvaje verdugo: todos han perdido después sus bienes. Y he aquí uno de los frutos amargos de nuestra retirada: como si la invasión no hubiera tenido otro objeto que ofrecer más víctimas al Tirano, y aumentar el infortunio de los desgraciados habitantes de la Provincia de Buenos Aires. Sangre, y mucha, se ha derramado después a consecuencia de nuestra presencia en su territorio”.

En la tarde del 11 el Ejército cruzó el río Arrecifes y tuvo noticias que el general Juan Pablo López estaba acampado a inmediaciones del arroyo Tala con algo más de 1.000 hombres, incluso algunos infantes. Se decidió forzar la marcha para sorprenderlo, continuándola durante el oscurecer, pues el Gobernador santafecino no esperaba ataque alguno y no había adoptado ninguna precaución. Empero, llegado Lavalle a medianoche a destino, pudo saber-

se que López había escapado apenas una hora antes, merced a un aviso del peligro que corría. La oportunidad buscada por Lavalle para retornar sobre la ciudad de Buenos Aires sin cuidado a su espalda, fue malograda. *Mascarilla* huyó a San Nicolás, donde se reunió con el general Oribe, quien estaba con una fuerza de 800 hombres entre infantes y jinetes, y de allí prosiguió hacia el norte: *"El Ejército no puede continuar la lucha sobre Buenos Aires sin destruir primero a Máscara"*, explicó Lavalle al comandante Juan Camelino, dispuesto a perseguirlo.

El 13 el Ejército Libertador campó a una legua del arroyo del Medio, divisorio con el territorio de Santa Fe, a donde había seguido su mandatario. Tras descansar, prosiguiendo su marcha, se llegó al día siguiente a la estancia de Vergara, en donde el año anterior fuera fusilado el ex Gobernador de aquella Provincia Domingo Cullen por orden de Rosas, y su cuñado el mayor Pedro Rodríguez del Fresno —quien acompañaba a Lavalle— se ocupó de exhumar sus restos para conducirlos a la capital santafecina y entregarlos a su viuda, a fin de darles un digno entierro.

El 17 de septiembre de 1840, el mandatario santafecino Juan Pablo López, titulándose "General en Jefe del Ejército Aliado", cursó desde el río Carcarañá (oeste de Rosario), un oficio al "Jefe de las fuerzas de Buenos Aires", general Ángel Pacheco, redactado en los términos apasionados que acostumbraba, y que en vista de lo ocurrido un año después, resulta interesante intercalar:

Desde que los enemigos salvajes unitarios osaron pisar en esa Provincia, profanándola con su inmunda planta, arrebatado de mi ardoroso patriotismo e inflado en fuego santo de la libertad, y en los vivos sentimientos de sostener los sacrosantos derechos de la Patria exterminando a los traidores, me lancé al Departamento del Norte, y mis movimientos han aterrado a los enemigos de nuestra Santa Causa Federal. Hasta hoy he fortificado los pueblos para salvarlos de los golpes de esos infames afrancesados, y he procurado contener sus marchas, sin poder empeñar una acción por la superioridad de las fuerzas enemigas; y esa misma circunstancia me obliga a retirarme lentamente, esperando que V.S. acelere sus marchas siquiera con una columna de 2.000 hombres de caballería, única fuerza que necesito para dar un golpe terrible y ejemplar a esos protervos unitarios, y un día grande de gloria a la Confederación. Es necesario, pues, para asegurar un triunfo del que quizá no escapen muchos de esos execrables enemigos de nuestra libertad e independencia, que obremos en combinación.

Este día pienso reunirme con las fuerzas del comandante de Saladillo y con mis indiadas, formando todas ellas una columna poderosa, capaz de hacer sentir a esos viles vendidos ignominiosamente al oro extranjero, de lo que son capaces los libres que sostienen la independencia del país.

Cuando el Ejército Libertador se internó en la Provincia de Santa Fe, el Gobernador Rosas comenzó a organizar su persecución.

Y la represión en Buenos Aires.

Como si la tensión contenida por el temor suscitado ante el avance del Ejército Libertador sobre Buenos Aires, hubiese dado paso a un súbito y fuerte alivio en los ánimos del Partido Federal, se desató tras la retirada del general Lavalle la reacción contra sus enemigos o simples disidentes. La alegría del Gobernador Rosas no reconoció límites, con alabanzas populares hacia su omnipotencia, paralelas a los anuncios de castigos que se infligirían a los *unitarios* disfrazados y a los traidores que se habían regocijado por el desembarco de Lavalle en San Pedro; y el propio Dictador, dando rienda suelta a su júbilo peculiar, descargó rebencazos contra dos deficientes mentales que le servían de bufones —*Don Eusebio de la Santa Federación* y el *Padre Biguá*— acusándolos de haber estado en comunicación con aquel "salvaje", según refirió el testigo presencial doctor Mariano Beascochea en 1852 al doctor Vicente Fidel López: —*Mirá, che: yo temblaba como un azogado al oírlo y ver los latigazos que les daba a los locos corréndolos por toda la sala. Me parecía que estaba por caerme muerto: le veía en el rostro las iras de Júpiter, parecía un loco rabioso.*

Consideraremos primero las represalias políticas, que significaron una especie de modelo para proceder en la etapa bélica que iba a comenzar a partir de entonces, signada por terribles consecuencias para los que cayesen prisioneros.

Apenas tuvo Rosas la seguridad de que el general Lavalle se alejaba de la ciudad de Buenos Aires, el mismo 9 de septiembre impartió sus instrucciones para proceder contra sus antagonistas. Su edecán el general Manuel Corvalán firmó las notas que de puño y letra redactó el Dictador. Ante una consulta referente a quienes regresaban a sus hogares, sometiéndose a la autoridad, disponía la enviada al *Carancho del Monte*, coronel Vicente González:

S.E. considera que estos hombres en la actualidad se están viniendo de buena fe, y sobre todo considera que aún cuando en así considerarlos algo se aventure, es conveniente hacerlo mientras se vea que no se vuelven a ir para el Ejército de los salvajes enemigos, y que se advierta que la gente que ha reunido pobre, por bien o a la fuerza se le están escapando. No así dice S.E. que debe hacerse respecto de los ricos y de los que se titulan decentes, porque de esos ninguno es bueno, en cuya virtud deben ser pasados por las armas o degollados inmediatamente todos los que aparezcan de esa clase de salvajes.

No fue un caso aislado, puesto que también al coronel Hilario Lagos se le contestó en idéntico sentido, al inquirir este jefe la conducta a observar con los pueblos del norte de la Provincia. Duramente escribió Rosas en el borrador que luego el general Corvalán firmó, extrañándose que en las circunstancias por que atravesaba el país quisiera Lagos

expedirse como en épocas las más tranquilas y serenas; que hoy ya no es tiempo de ninguna consideración ni miramientos con los salvajes asquerosos unitarios, desertores inmundos de la Santa Causa de nuestra Confederación.

Que en su virtud ya es necesario que así los trate V.S., persiguiéndolos y castigándolos de muerte a todo los que hayan quedado en ese Departamento, sin ninguna consideración, barriéndolos como con una escoba, y limpiándolo como un potrero, hasta dejarlo absolutamente purgado de semejantes salvajes sin Dios, sin Patria ni bandera.

Que a todo que agarre de copete o que se dicen y titulan decentes, debe V.S. en el acto fusilarlo, perdonando sólo a los pobres paisanos que se considere solo han sido arrastrados por la fuerza.

Que todos sus bienes, tierras y ganados quedan embargados para repartirlos a los federales, fieles hijos de la Libertad.

S.E. espera que V.S., conducido por los sentimientos de honor y ardiente amor a su Patria que lo caracteriza, procederá a ejecutar y cumplir estas órdenes de S.E. con toda puntualidad y la más activa delicadeza.

Como el coronel Lagos había tenido una actitud inicialmente equívoca, el Gobernador le prevenía que sería reemplazado en caso de desobediencia. Al efecto concluía el edecán Manuel Corvalán:

Y que si no está V.S. dispuesto a ello, en tal caso espera S.E. que le hablará V.S. con la claridad más ingenua, y que avisará inmediatamente para que S.E. nombre quien deba sucederle, en cuyo caso se retirará V.S. de ese Departamento.

Si la represión en la campaña, por extrema que fuese, estuvo confiada a jefes militares, en la ciudad desapareció todo control, para que grupos de asesinos cometiesen los excesos que quisieran. La tristemente célebre entidad conocida con el nombre de *Mazorca* se adueñó de las calles y comenzó una serie de violencias que han quedado en la memoria colectiva de los argentinos hasta ahora. No hubo crimen que no sucediera, en una especie de furor homicida, alentado por el Gobierno a través de sus proclamas y mensajes, dejando obrar impunemente a sus adictos contra cualquiera que fuera opositor o sospechoso de serlo. Para describir las escenas que se sucedieron en Buenos Aires prefiero recurrir a la memoria de un extranjero, máxime que se desempeñaba como traductor de inglés en *La Gaceta Mercantil*, el órgano de prensa gubernamental: Antonio Zinny, nacido en Gibraltar, y futuro historiador a quien mucho se debe por su empeño en conservar los recuerdos del pasado. Es un testigo más imparcial que cualquier argentino de esa época, por no militar en los Partidos políticos, y debido a su posición cerca del Gobernador. Dejó registrado lo ocurrido:

“Cuando esa sociedad tuvo la seguridad de que el Ejército Libertador había operado su inesperada cuanto impolítica retirada de la Provincia, puso en juego todo su furor acusando a los pseudo unitarios de todas las desgracias que había experimentado el país, sin exceptuar el asesinato de Quiroga y de su comitiva. Las cárceles se llenaron de presos, y aunque puestos en libertad, sólo fue para ser después decapitados por los seides de la Tiranía. Por un decreto del 16 de septiembre de 1840 expedido por el Gobernador delegado Arana, con expresa autorización del propietario Rosas, se disponía la confiscación de todos los bienes muebles e inmue-

*bles, derechos y acciones de cualquiera clase que fuesen, en la ciudad y campaña, que perteneciesen a los salvajes unitarios, es decir, a los enemigos políticos de Rosas, que abandonando sus intereses, emigraban con razón o sin ella. Sin embargo este decreto tuvo su ejecución en el siguiente mes, octubre («mes de Rosas»), época de horror en que no había una sola persona, sin excluir las de los diplomáticos extranjeros, cuya vida estuviese segura; época que recuerda la acumulación de delitos, fusilamientos en la cárcel, cuarteles y pontones, plaza de Retiro y Santos Lugares; atentados contra la religión, contra la cosa pública; violación del domicilio, arrestos ilegales, violencias injustificadas; denegación de justicia, atentados contra la propiedad, contra la integridad de las personas, contra el honor de éstas; en una palabra, época de corrupción social hasta la *extravagancia del crimen*. El desgraciado vecino a cuya puerta fuera a golpear aquella especie de tribunal de la Inquisición conocido con el nombre de *Sociedad Popular Restauradora*, o aquel a quien, por haberse negado a facilitar una cantidad de dinero prestado, o que habiéndola prestado se hubiera atrevido a pedir su devolución, fuese calificado de *salvaje unitario* por algún miembro de la Mazorca, ya podía encomendar su alma a Dios, porque era candidato seguro del *violín* que se le había de tocar, o lo que es lo mismo, del degüello”.*

Zinny aludió a la inseguridad que afectaba aún a diplomáticos extranjeros. Respaldando sus palabras con un documento de este origen —para no recurrir a testimonios de nacionales afectados—, he aquí la queja elevada el 9 de octubre por el ministro diplomático Henry Mandeville, británico, al Gobernador Rosas (“reservada y confidencial”):

Mi querido General e ilustre amigo: Anoche un grupo de gente, después de haber roto los vidrios de las ventanas en varias casas de la cuadra inmediata a la que vivo, procedieron a la casa enfrente a la mía, y con gritos de muera a los habitantes de ella, rompieron las ventanas e intentaron echar abajo las puertas con cascotes y piedras.

Hace algunos días que yo había dado aviso al señor don Felipe de Arana de la probabilidad que esto sucediera, y había esperado que se habrían tomado medidas para prevenir excesos tan cerca del recinto de mi habitación, y que como residencia de un ministro extranjero, y a más, de una Nación tan amiga de este país como Gran Bretaña lo es de la Confederación Argentina, ella estaría exenta de que un populacho desenfrenado se presentase tan inmediato a ella; pero como mi representación ha sido infructuosa, me dirijo a V.E. para que como Gobernador y también como amigo, se sirva ordenar que se tomen medidas para prevenir la repetición de tales escenas en adelante.

También debo informar a V.E. que se me ha intimado por un conductor digno de atención, que mi vida está en peligro y que no debería salir de noche.

El 31 de ese mismo mes de octubre, el mandatario porteño dispuso que la violencia cesara. Los términos del decreto respectivo son elocuentes para demostrar cómo hasta entonces los había permitido, en demostración de los recursos a que la autoridad podía echar mano, pues rezaban sus considerandos:

Que el ardor santo con que los federales se han lanzado contra sus enemigos al ver conculcados sus más caros derechos por la traición, ingratitude y ferocidad de los salvajes unitarios, indignos del nombre argentino y de la Patria en que nacieron, será para siempre un testimonio noble del amor intenso de los federales a la independencia, y servirá para enseñar a los que obcecados se arrastrasen sobre las huellas del crimen.

Pero que si es laudable una expresión tan ardorosa y vehemente de patriotismo, justo es también que un pueblo valiente, siempre dispuesto a todo lo que es grande y generoso, cuando acaba de afianzar sus derechos por una convención honorífica con la Nación Francesa, cesando con ella las diferencias que sirvieron de apoyo a los salvajes unitarios, vuelva a gozar del sosiego y seguridad en que el Gobierno le había conservado a costa de fatigas inmensas, para que la autoridad pueda contraerse exclusivamente a exterminar para siempre el bando salvaje de inmorales aventureros que infestan la República, y afianzarle su poder y ventura.

A los efectos indicados, el decreto del Dictador establecía que quien atacara a propiedades o personas sería tenido por "perturbador del sosiego público" y castigado discrecionalmente; si causara heridas "aunque sean leves" o robos, sería condenado a la pena de muerte.

Contribuyó al nuevo estado de ánimo del Gobierno de Buenos Aires el paralelo arreglo de la cuestión con Francia, aludido en los considerandos del decreto que antecede como resultado de una convención "honorífica". Cabe referirse a ella, por su implicancia en la guerra civil.

A fines de septiembre del mismo año 1840 se presentó en aguas del Plata otra Escuadra francesa, finalmente, pero en cambio de estar comandada por el vicealmirante Baudin para apoyar los esfuerzos contra el Dictador argentino —tal cual había sido anunciado a Lavalle por el doctor Florencio Varela—, esta vez la fuerza naval estaba bajo las órdenes del vicealmirante Ángel René Armand de Mackau, barón de Mackau, quien llegaba dispuesto a obtener satisfacciones del Gobierno de Buenos Aires. Al frente de 36 embarcaciones y 6.000 hombres, era indudable que estaba en condiciones de dictar la paz o proseguir la lucha.

Dejando de lado los preliminares diplomáticos y la reacción suscitada en Montevideo entre los emigrados porteños y el mismo Gobierno Oriental —los cuales temían quedar entregados al furor del *Restaurador de las Leyes*—, a la postre se convino entre el Barón de Mackau y el doctor Felipe Arana, Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Buenos Aires, el día 29 de octubre, una convención para allanar sus diferencias. Como hecho curioso debe destacarse que no se firmó el documento en la sede de las autoridades porteñas sino a bordo del bergantín de guerra francés *Boulonnaise*, nave declarada "parlamentaria".

El acuerdo puso fin a las hostilidades que las fuerzas navales de Francia habían realizado contra Buenos Aires, desconociendo el carácter de "aliados" tanto al Gobierno del Estado Oriental como al Ejército Libertador y a la Comisión Argentina de Montevideo. Por cierto, la reacción de los exiliados alcanzó alto grado de indignación, que se tradujo en artículos periodísticos, notas jurídicas, y hasta versos satíricos contra el Almirante negociador.

Nada importó:

El bloqueo de los puertos argentinos será levantado y la isla Martín García evacuada por las fuerzas francesas, en los ocho días siguientes a la ratificación de la presente convención por el Gobierno de Buenos Aires. El material de armamento de dicha isla será repuesto tal como estaba al 10 de octubre de 1838. Los buques de guerra argentinos capturados durante el bloqueo, u otros de la misma fuerza y valor, serán puestos en el mismo término, con su material de armamento completo, a la disposición de dicho Gobierno.

El Gobernador Rosas, en su carácter de Encargado de las Relaciones Exteriores "de las Provincias de la Confederación Argentina", ratificó el tratado el 31 de octubre, no sin que suscitara la protesta de sus enemigos, toda vez que en ese tiempo le habían retirado esa delegación siete Provincias, o sea la mitad del país.

Interesa conocer el precio pagado por el arreglo.

Se recordará cuál fue el origen del conflicto en 1838: 1) el reclamo francés por la denegación de Justicia sufrida por algunos súbditos del Reino, puestos en prisión sin someterlos a proceso, o acusados en forma ilegal, con perjuicio de sus personas y bienes; 2) el alistamiento de otros franceses en el Ejército de la Provincia de Buenos Aires, en lugar de destinarlos a la cárcel si eran culpables de las acusaciones en su contra. Pues bien: he aquí la solución al primero de los planteos:

Art. 1) Quedan reconocidos por el Gobierno de Buenos Aires las indemnizaciones debidas a los franceses que han experimentado pérdidas o sufrido perjuicios en la República Argentina; y la suma de estas indemnizaciones, que solamente queda para determinarse, será arreglada en el término de seis meses por medio de seis árbitros, nombrados de común acuerdo tres por cada parte, entre los dos plenipotenciarios.

En caso de disenso el arreglo de las indemnizaciones será deferido al arbitramento de una tercera potencia, que será designada por el Gobierno Francés.

En cuanto al servicio militar cumplido por franceses en el Ejército porteño:

Art. 5) Interin media la conclusión de un tratado de comercio y navegación entre Francia y la Confederación Argentina, los ciudadanos franceses en el territorio argentino, y los ciudadanos argentinos en el de Francia, serán considerados en ambos territorios en sus personas y propiedades como lo son o lo podrán ser los súbditos y ciudadanos de todas y cada una de las demás Naciones, aún las más favorecidas.

O sea que se equiparaban los súbditos franceses en Argentina, a los británicos, quienes por el tratado celebrado en 1825 entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, "están exentos de todo servicio militar obligatorio, de cualquier clase que sea" (art. 9).

El sometimiento del Gobernador Rosas a los reclamos de Francia no podía ser más completo. Quedaban atrás las apelaciones a defender la Patria ante quienes querían desconocer su independencia, humillar su soberanía y colonizar su territorio: después de dos años de esgrimir tales argumentos para

lograr el apoyo de las Provincias de la Confederación, el Dictador de Buenos Aires cedió en todo, reconociendo sin reservas las quejas y solicitudes de los agentes del Rey Louis Philippe, *"el guarda chanchos"*, como se lo motejaba en cuantas ocasiones salía a relucir su nombre en los brindis del Partido Federal.

La convención contenía otra cláusula, que interesaba a Francia que fuera explícitamente incluida, como una concesión a su antiguo aliado, y para desvirtuar cualquier pretensión argentina de anexar la antigua Provincia Oriental, regida a la sazón por su enemigo el general Fructuoso Rivera:

Art. 4) Queda entendido que el Gobierno de Buenos Aires seguirá considerando en estado de perfecta y absoluta independencia a la República Oriental del Uruguay.

También un artículo aludía a la guerra civil argentina, que las partes contratantes deseaban ver concluida, intercediendo Francia para obtener buenas condiciones en favor de los enemigos de Rosas, tanto a los exiliados como a quienes combatían a éste, a los cuales anteriormente el agente francés en Montevideo y los jefes navales les prestaron sus auxilios. Dos aspectos consideraba el artículo 3, atendiendo a cada una de las categorías señaladas:

Si en el término de un mes, que ha de contarse desde la ratificación, los argentinos que han sido proscriptos de su país natal en diversas épocas después del 1° de diciembre de 1828, abandonan, todos o una parte de entre ellos, la actitud hostil en que se hallan actualmente contra el Gobierno de Buenos Aires, el referido Gobierno, admitiendo desde ahora la amistosa interposición de Francia relativamente a las personas de estos individuos, ofrece conceder permiso de volver a entrar en el territorio de su Patria a todos aquellos cuya presencia sobre este territorio no sea incompatible con el orden y seguridad pública, bajo el concepto de que las personas a quienes este permiso se acordase, no serán molestadas ni perseguidas por su conducta anterior.

Dígame desde ahora que esta amnistía no fue considerada seriamente por los emigrados, en vista que las anteriores seguridades en similar sentido fueron dejadas de lado por el mismo Gobernador, y a los espantosos sucesos que contemporáneamente tenían lugar en Buenos Aires. Proseguía el art. 3:

En cuanto a los que se hallan con las armas en la mano dentro del territorio de la Confederación Argentina, tendrá lugar el presente artículo sólo a favor de aquellos que las hayan depuesto en el término de ocho días contados desde la oficial comunicación que a su jefe se hará de la presente convención, por medio de un agente francés y otro argentino especialmente encargados de esta misión.

Con excepciones:

No son comprendidos en el presente artículo los Generales y los jefes comandantes de Cuerpos, excepto aquellos que por sus hechos ulteriores se hagan dignos de la clemencia y consideración del Gobierno de Buenos Aires.

La convención Mackau-Arana, no obstante haber satisfecho todas las exigencias de Francia, fue considerada por el Gobierno de Buenos Aires como un gran triunfo diplomático, quizá porque a costa de ceder en aquello en que se fundó la adhesión del Interior argentino —la invocación al honor y a la soberanía de la Confederación—, tuvo como resultado político el abandono de colaboración francesa al Ejército Libertador de Lavalle. La motivación interna se impuso al cuestionamiento externo, para poder luchar desahogadamente contra aquél. Entre las innumerables muestras de contento y adulación que manifestaron los federales hacia el Gobernador de Buenos Aires, merece destacarse la creación por parte de la Legislatura de esta Provincia del grado de *Gran Mariscal* para el brigadier Juan Manuel de Rosas (12 de noviembre de 1840), que el agraciado rechazó, declarando que el honorífico título de *Ilustre Restaurador de las Leyes* era suficiente recompensa a sus servicios. Las consabidas insistencias de uno y otro lado, cargadas de loas las primeras, y de modestia las otras, no variaron la denegación del general Rosas. Pero la Honorable Junta de Representantes no se conformó, y en diciembre dispuso que a más del renombre de *"Ilustre Restaurador de las Leyes"*, se le confirieran los de *Héroe del Desierto* y *Defensor Heroico de la Independencia Americana*. El aludido volvió a declinar tantas muestras de obsequencia, defiriendo a sus colaboradores el mérito de sus empresas. Dos veces más insistieron los Diputados, ante las sucesivas oposiciones del mandatario, al cual declararon que les sería imposible impedir que sus conciudadanos lo nombrasen con tales títulos. Y además se dio la denominación de "mes de Rosas" al de octubre.

En la lejana Europa, en la misma Francia que había colaborado para deponer al Dictador, residía el antiguo campeón de la emancipación sudamericana, el ilustre general José de San Martín, quien, confundido por la prédica oficial que le llegaba del Plata, cuando redactó su testamento el 23 de enero de 1844 legó a aquél el sable que lo había acompañado en la guerra emancipadora,

como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla.

Ignoraba el prócer que Rosas había cedido esas "injustas pretensiones", y que Francia no llevó el propósito de "humillar" a la Confederación al plantear sus reclamos. De aquí, que, equivocado, le obsequiara con el símbolo por antonomasia de la lucha por la Independencia, el mismo que *"jamás se desenvainará en guerras civiles"*, que *"jamás se ha teñido en sangre americana"*.

Otro punto se ventiló en la Legislatura de Buenos Aires en diciembre de 1840: "el ciudadano brigadier J. M. de Rosas" recordó a los Representantes de la Provincia que había vencido el semestre por el cual se prestó a continuar en el Gobierno:

Colocado al frente del virtuoso Ejército de la Provincia para repeler la salvaje unitaria invasión del cabecilla Lavalle, no era oportuno hacer aquella manifestación a V. H. entre el estrépito de las armas.

Pidió en conmovedores términos el nombramiento de su sucesor:

Reitera el infrascripto sus fervorosas súplicas: concédale V. H. el reposo que exigen sus infortunios domésticos. Permitidle, Honorables Representantes, preparar el descanso de su fatigosa vida y contemplar desde el apacible hogar de su familia la obra gloriosa de vuestra sabiduría inmortal, ardiente heroico patriotismo.

La Legislatura no hizo lugar a la súplica:

Desearían los Representantes, a costa del mayor sacrificio, aliviar a V.E. de tan pesada carga; pero traicionarían sus íntimos sentimientos si excitados por tan penosas y perseverantes fatigas, accediesen a una renuncia cuya admisión, debe convencerse V.E., aleja quizá para siempre el suspirado día de la grande obra de nuestra Constitución.

Este insólito recuerdo era reflejo de los mismos términos usados por Rosas al rechazar el grado de Gran Mariscal ese mismo mes, y nunca más volvió a aludirse a aquella "grande obra". Contrariando la renuncia del general Rosas a su reelección, el 14 de diciembre la Legislatura decidió suspender su consideración;

hasta que pacificada del todo la República, pueda ocuparse de ella sin los riesgos que hoy presenta su separación del mando a la tranquilidad de la Provincia y a la causa sagrada de la Federación.

Porque, en efecto, la mitad de la Confederación se hallaba todavía en armas contra el sistema que tenía a Juan Manuel de Rosas a su cabeza.

7

Tras el alzamiento de la ciudad de Tucumán contra Rosas en abril, el general Gregorio Aráoz de la Madrid consideraba necesario que esa Provincia no perdiera tiempo en iniciar sus operaciones de guerra, cumpliendo —escribió en sus *Memorias*— "el objeto que había tenido en vista la mayoría de mi pueblo al pronunciarse: la libertad de los pueblos y la Constitución del país". Mejor que nadie conocía el estado militar de Buenos Aires, aún no preparada para una invasión de sus contrarios en esos días de 1840. Sin embargo, producido en el mismo mes el desembarco del general Lavalle, los movimientos de ambos no fueron coordinados contra el enemigo común como la situación requería. Se indicó en el capítulo anterior que había fracasado en julio un avance sobre Córdoba, donde La Madrid contaba con algunos "cooperadores", según escribió él mismo.

El Gobierno de Tucumán había promovido desde mayo la constitución de un "Congreso de Agentes" de las Provincias comprometidas en la lucha contra la Dictadura, y lograda la aquiescencia de ellas, fueron nombrados sus representantes. El objeto de los Gobiernos del Norte era "uniformar la marcha de todos en la grande obra de libertar a la República de la odiosa dictadura del general Rosas, y preparar la organización nacional".

En medio de tales preparativos, se tuvo noticia de que el general José Félix Aldao, proveniente de Mendoza, había invadido la Provincia de La Rioja al frente de 1.500 soldados.

Otra vez debió partir La Madrid, en tal oportunidad para apoyar al Gobernador Brizuela, quien contaba con 1.200 milicianos. Este mandatario, conocido por el mote de *Zarco* debido a sus ojos azules, ya no era el audaz lugarteniente de Quiroga, que diez años atrás se mostrara como un activo adversario de Paz y del mismo La Madrid. Ahora, dominado por la abulia, era incapaz de moverse con la celeridad requerida, aún frente al peligro. Su misma vestimenta mostraba un increíble abandono, y vivía miserablemente en una choza desprovista de comodidades, rodeado de perros que no contribuían, ciertamente, a mantenerla prolija. Esta actitud pasiva permitió que Aldao se apoderase de los caballos existentes en los llanos del sur, como asimismo del ganado vacuno, privando a los riojanos de estos dos elementos indispensables para su subsistencia y su acción. Y pese a la evolución descrita, el general Tomás Brizuela continuaba manteniendo su ascendiente sobre las masas, cual si se tratara de un caudillo voluntarioso, y no un hombre vencido por la apatía y el alcohol.

El 10 de agosto el general La Madrid salió en dirección a La Rioja, quedando el coronel Acha encargado de la custodia de Tucumán. Lo más considerable de su fuerza consistía en 150 *Coraceros del Orden* a órdenes del coronel Domingo French, el antiguo "chispero" en los días de Mayo. Antes de llegar a Catamarca se le presentó el célebre baqueano *Alico* (Alejandro Ferreira) con comunicaciones de Lavalle que le hacían saber de su desembarco en San Pedro y de la derrota de Pacheco en el arroyo Tala, sucedida cuatro días atrás. Las noticias fueron transmitidas a Tucumán y La Rioja.

En la capital de esa Provincia el Gobernador Brizuela había reunido efectivos de las tres armas para oponerse al avance del general Aldao, cuya vanguardia (400 hombres) se hallaba a poco más de 30 leguas, en el paraje denominado La Hedionda, mientras él quedaba con 1.500 en Algarrobo Largo. Con pocos víveres y pastos, La Madrid instó a Brizuela a moverse rápidamente, lo que logró al cuarto día de su llegada aumentando su fuerza con 300 soldados "muy mal montados". Al mismo tiempo envió a su ayudante de campo el mayor Lino Almandos para que impusiera al general Lavalle de su propósito de derrotar a Aldao y dirigirse luego a Córdoba. El general Aráoz de la Madrid adelantó al mayor Crisóstomo Álvarez con 80 hombres para atraer a la vanguardia enemiga hacia el grueso de su columna, y sin embargo del cansancio de la caballada que mermó aquella fuerza, el ataque previsto tuvo éxito, perdiendo los federales 40 muertos y 8 prisioneros, salvando la mayor parte al huir hacia San Juan: "*Fue tan completa la dispersión de la caballería que no llegaron al cuartel general enemigo 50 hombres reunidos*", escribió ufano el vencedor. El resultado forzó a Aldao a retirarse en dirección a San Luis, abandonando caballada, ganado y algunas armas. La Madrid interceptó un chasque remitido por el Gobernador de Córdoba a aquél, mediante el cual le imponía no poder concurrir en su ayuda ante el desembarco de Lavalle en Buenos Aires, lo que cortaba sus comunicaciones con el Dictador Rosas: La Madrid tuvo la humorada de enviar a Aldao esta carta, y otra al mandatario cordobés para que conocieran la situación en que se hallaban. (El resultado

fue la protesta de Aldao ante Rosas, acusando a López de falta de colaboración, lo que ya se indicó oportunamente).

La falta de alimentos obstó a proseguir con celeridad las operaciones para tomar la ciudad de San Juan ante la huida de Aldao. A tal punto, que en esos días —fines de agosto— “no alcanzaba la carne para el Ejército sino dando un día sí y otro no, media ración solamente, y hubieron ocasiones que nos pasamos dos días sin comer”. Allí en los Llanos —indica La Madrid— “íbamos a morirnos de hambre”. Por eso presionó a Brizuela a dirigirse hacia San Juan o bien a Córdoba, pero el Gobernador riojano pretextaba que antes debía reunir 500 cabezas para la alimentación. Se perdieron algunos días por la indecisión del general Brizuela; y una noche, de los fogones donde los soldados riojanos estaban en silencio y con semblantes macilentos —refiere el general La Madrid— se elevó un clamor pidiendo de comer: el General, que gustaba de la música popular y era compositor él mismo, para engañar el hambre compuso una vidalita cuyo coro aludía a la finalidad de la lucha por la cual pasaban tantos sacrificios: “Siga la guerra / truene el cañón / pronto tendremos / Constitución”. Los riojanos se exaltaron y comenzó un contrapunto con los tucumanos, “y se pasaron cantando con el mayor entusiasmo hasta las dos de la mañana —añade aquel— en que se retiraron contentos, dando *vivas*, por haberles yo anunciado que al día siguiente emprenderíamos la marcha sobre el enemigo, sin falta alguna”. Ayudó a la ocasión la circunstancia de contarse con unas alforjas grandes con quesos y panes, y par de *chifles* llenos de aguardiente, que en algo mitigaron la carencia de alimentos.

Un par de días después —tardanza debida a la reticencia del general Brizuela— se puso en camino rumbo a Córdoba Gregorio Aráoz de la Madrid, mientras el mandatario riojano lo haría en dirección a Cuyo.

Entre tanto, en Tucumán había tenido lugar la instalación del “Congreso de Representantes de los Gobiernos Argentinos del Norte” (22 de agosto), integrado por Andrés Ocampo (La Rioja), presidente del cuerpo; Juan Antonio de Moldes (Salta), Francisco C. Augier (Catamarca); coronel Mariano Santibáñez (Jujuy); y doctor Salustiano Zavalía (Tucumán), secretario. Este organismo, deseando “llenar sus votos por la Organización Nacional”, acordó el 24 de septiembre de 1840 establecer una alianza ofensiva y defensiva contra la tiranía de don Juan Manuel Rosas. Al efecto se designó al brigadier Tomás Brizuela *Director de la Liga del Norte*. Sus poderes eran amplios, en lo que hace a la guerra, las finanzas, los tratados, y las relaciones entre los miembros de la Liga.

Desde Salta arribó al mando de su propio Gobernador, Manuel Solá, la *División Constitucional*, fuerte en 600 plazas, decidida a marchar sobre Santiago del Estero, el más próximo motivo de inquietud para los liberales de Tucumán. En la ocasión, pese a la prontitud con que debieron organizarse las milicias defensoras, éstas derrotaron a los atacantes en el paraje de Caustiné, con la muerte del jefe enemigo. También desde Choya los santiagueños invadieron Catamarca, siendo igualmente rechazados.

A estos triunfos parciales de los elementos de la Liga del Norte también contribuyó el general La Madrid: el 16 de septiembre elevó un parte al general Brizuela, “General en Jefe del Ejército Libertador” —de acuerdo al nombramiento recibido del Congreso de sus representantes—, y suscribiéndolo La

Madrid como su “Mayor General” (segundo jefe), anoticiándolo de haber combatido con éxito contra Aldao:

A las ocho y media de este día logró Álvarez alcanzar la mejor fuerza del Padre General en Pampa Redonda y la cargó con tal ímpetu hasta la Aguadita, que fue completamente dispersada en todas direcciones, habiéndose dirigido una gran parte de ella hacia San Juan. La pérdida del enemigo es de 9 hombres muertos, inclusive 7 indios pampas; lleva muchos heridos, y ha dejado en el campo muchas lanzas y tercerolas. Como el choque fue con fuerzas mucho más numerosas, no obstante la impetuosidad y bravura de nuestros soldados hemos tenido la desgracia de perder al valeroso Teniente de la escolta de V.E. don Sebastián Valle, 2 soldados de la misma, 2 de la mía, y 1 miliciano, quedando sólo 5 heridos. Los enemigos han recibido una lección terrible, y sólo han podido evitar su completo exterminio a favor de los montes, y el mal estado de nuestras caballadas.

El clima convulsionado del Norte tuvo repercusiones, llegando a contagiar incluso a algunos elementos de la Provincia de Santiago del Estero, al parecer tan férreamente controlada por Ibarra. El hecho es que en la madrugada del 25 de septiembre se sublevaron tropas en su capital, bajo la dirección del comandante Domingo Rodríguez y del capitán Santiago Herrera, aprovechando que el Gobernador se hallaba organizando sus fuerzas en la localidad de Pitambalá, centro de la Provincia. Su hermano el coronel Francisco Ibarra, quien con 500 soldados permanecía en la ciudad de Santiago, quiso contener el motín y resultó muerto. El mando superior del movimiento se entregó por voto popular al comandante Rodríguez, firmándose un acta de destitución del general Juan Felipe Ibarra, y contando con el apoyo de la influyente familia Palacio.

Mas fue un triunfo efímero: oficiales adictos al mandatario legal lograron que numerosos efectivos desertaran, y el propio Rodríguez resolvió escapar, delegando el Gobierno en el juez Pedro Ignacio Unzaga. El 28 de septiembre —apenas tres días después de su caída— volvió el general Ibarra a entrar a la capital, con sed de venganza, que el sacrificio de su hermano acrecentaba. Su Ministro el doctor Adeodato de Gondra informó:

Con las fuerzas de las inmediaciones del pueblo ha cargado hoy día S.E. el señor Gobernador Ibarra por un lado, y el general Gutiérrez por otro lado, sobre los rebeldes amotinados, con tanto denuedo que de 500 que han sido, 4 han escapado. La mortandad ha sido horrorosa, pues todos los que no han muerto están prisioneros, como también los unitarios promotores de este atentado. Sobre éstos pronto caerá el fallo de la ley.

La represión alcanzó contornos horribles, involucrándose a todos cuantos participaron en el acto revolucionario, como el caso del español José María Libarona, quien se había limitado a redactar el acta de deposición. Sus firmantes fueron conducidos a la quinta de Iramain y allí ejecutados de diversa manera, reservándose los peores suplicios para aquellos sindicados de cabecillas; la suerte sufrida por el capitán Santiago Herrera, jefe del alzamiento fue relatada por Agustina Palacio de Libarona en 1858:

“Cuando lo ataron, Ibarra mandó que le apretaran mucho las cuerdas sobre sus mismas heridas. Le aplicaron el suplicio del *retobado* con refinamiento de una inaudita crueldad: pusieron el cuero en redondel, obligaron a Herrera a sentarse en medio, y después de haberle metido la cabeza entre las piernas, cosieron en su rededor el cuero apretando el cuerpo, para lo cual se sentaron encima algunos hombres. Cuando la bola de cuero que contenía a Herrera quedó reducida al menor volumen posible, la ataron a un caballo por medio de una cuerda y la llevaron saltando por las calles. ¿Quién sabe en qué momento exhaló Herrera el último suspiro?”

Los fusilados o ultimados a lanza tuvieron mejor destino que otro caso referido por la misma señora (entonces joven de 19 años):

“A los prisioneros que estaban atados de pié en el campamento les habían dado el espectáculo de uno de sus amigos que yacía en el suelo envuelto, o mejor dicho, estrechamente encerrado en un cuero de buey muy duro que lo obligaba a encorvarse; sus huesos estaban medios rotos, su semblante estaba inyectado y negro de sangre, y se agitaba y rodaba de un lado a otro con gemidos lastimeros. Ibarra, que se presentaba de tiempo en tiempo a gozarse en la vista de esas torturas, creyó que aquel movimiento de su víctima podía ser para ella una especie de alivio, y así fue que mandó hincar en la tierra dos filas de estacas, y ordenó que colocasen al infeliz en el estrecho intervalo que las separaba, a fin de que le fuera imposible moverse”.

Algunos implicados como el juez Unzaga y José María Libarona fueron confinados al fuerte del Bracho, en el linde de la selva chaqueña, amenazado por indios y fieras, donde murió de miseria Libarona —a quien acompañó hasta el fin su fiel esposa Agustina Palacio— y de donde retornó desesperado Unzaga, para ser ejecutado a lanzazos por orden del Gobernador Ibarra. Otros involucrados en el golpe revolucionario ya habían sido ajusticiados, como el mandatario revolucionario Domingo Rodríguez, quien capturado en Salta fue remitido a Santiago del Estero, en cuyo trayecto pereció decapitado. Varios de los participantes fueron dejados en libertad después.

El general La Madrid proseguía desde La Rioja al frente de su División tucumana y de 400 riojanos a órdenes del teniente coronel Honorato Gordillo, en camino a Córdoba, de donde había recibido un mensaje del coronel Alejandro Aparicio imponiéndole que estaba dispuesto a pronunciarse en su apoyo junto con el coronel Sixto Casanova (quien fuera rechazado por Rosas en 1835 para ocupar el Gobierno de esa Provincia).

El mandatario cordobés coronel Manuel López (*Quebracho* en la denominación popular, por su rostro rugoso), nada dispuesto estaba a resistir la amenaza. Poco valían sus fuerzas, con efectivos distribuidos en la peligrosa frontera con los ranqueles en Río Cuarto, otros en la frontera santafecina, y varios más en el norte, proclives éstos a incorporarse a La Madrid con Aparicio. No obstante, el Gobernador López había rechazado la invitación formulada por la Liga del Norte para agregarse a ella, declarando mantener su adhesión a la política seguida por el mandatario porteño.

El general Aráoz de la Madrid avanzó hacia la capital provincial por la antigua reducción jesuítica de Santa Catalina, junto con Casanova, mientras in-

dicó al coronel Aparicio que lo hiciera por San Roque, a fin de amenazarla desde los dos extremos. Pero el Gobernador López abandonó la ciudad el 19 de septiembre rumbo a Cruz Alta —recostándose sobre Santa Fe—, donde se hallaba el Comandante de la frontera sur, coronel Juan Pablo Sosa, delegando el mando en el presidente de la Legislatura, teniente coronel Norberto de Zavalía. Asegura Benjamín Villafañe, secretario de La Madrid, en sus *Reminiscencias históricas*: “Entramos en la Provincia de Córdoba y a medida que avanzábamos, la sierra y Departamentos del Norte se movían y apresuraban a manifestarnos su simpatía”.

Antes de que el general La Madrid llegara a la ciudad de Córdoba, esta capital se alzó en su favor.

El joven doctor José Francisco Álvarez había asumido la dirección del movimiento, secundado por los hermanos Ramón y Avelino Ferreyra y Paulino Paz. Comprometido a unírsele el jefe del cuerpo cívico *Defensores de la Federación*, teniente coronel Agustín Gigena, se le plegó el Batallón 2 de Cazadores que mandaba el mayor José Antonio Cabrera. El 10 de octubre se produjo la toma del Poder, sin resistencia ni derramamiento de sangre. El doctor Álvarez fue designado Gobernador interino mediante una asamblea electoral, la cual asimismo nombró a los integrantes de una nueva Legislatura, adoptándose las resoluciones bajo el lema unificador de “*¡Libertad, Constitución o Muerte!*” Fueron Ministros del Gobernador Álvarez quienes habían rodeado al general Paz en 1829: José María Fraguero, coronel José Julián Martínez, y Miguel Piñero. Se encontraba en Córdoba el porteño Vicente Fidel López, noviano con Carmen Lozano, quien se ocupó de editar un periódico titulado *El Estandarte Nacional* para apoyar el movimiento, y se encargó de la Secretaría del Gobierno. El teniente coronel Gigena modificó el nombre de su unidad por el de *Defensores de la Libertad*.

Al día siguiente, 11 de octubre de 1840, el Ejército al mando de La Madrid ingresó en la capital, embanderada con los colores celeste y blanco, en medio de gran regocijo del pueblo, que salió a las afueras para recibirlo.

“Entramos a la ciudad —describe Benjamín Villafañe— rodeados de un numeroso acompañamiento y entre las ruidosas aclamaciones de toda una población que se sentía dichosa de nuestra presencia. El escudo de la *Santa Federación* colocado al frente de las casas consistoriales y el retrato de Rosas en el salón de la Legislatura, habían sido arrancados y pisoteados el día anterior. Y lo hemos dicho ya: estas emociones de exaltado patriotismo no eran solo propias de la ciudad: sentíaselas en toda la campaña”.

La noticia del pronunciamiento de Córdoba fue recibida con el consiguiente entusiasmo en las Provincias del Norte, y al expandirse, obró con efecto multiplicador en Cuyo. El 4 de noviembre estalló en Mendoza un golpe popular promovido por Juan de Rozas, que depuso al Gobernador federal Justo Correas y designó en su reemplazo al coronel Pedro Molina, quien no obstante militar también en el Partido Federal, se rodeó de liberales y designó por su Ministro al autor del alzamiento. Llamado el general Aldao —quien se hallaba al norte de San Luis—, éste se dirigió rápidamente con su División sobre

aquella Provincia; y a su presencia el movimiento revolucionario se disolvió sin resistencia, reponiéndose a Correas. Éste de inmediato delegó el mando en el propio Aldao.

De mayor envergadura fue el alzamiento en San Luis, aprovechándose la lejanía del temible "Fraile General". Mientras ocurrían dichos sucesos en Mendoza, allí el 11 de noviembre encabezó un movimiento contra el Gobierno el comandante Eufasio Videla, quien depuso a la autoridad sin disparar un tiro y con gran adhesión ciudadana. En esta ocasión intervino un personaje cuyo renombre era objeto de especulaciones: Manuel Baigorria, el antiguo alférez del Ejército del general Paz, quien después de la derrota de la *Liga del Interior* en 1831 —fue ayudante del coronel Luis de Videla, fusilado en San Nicolás por Rosas— había logrado escapar a la persecución de los federales triunfantes, refugiándose entre las tribus indias de la pampa. Allí Baigorria adquirió predicamento y su fama llegó lejos, al punto que con motivo de la revolución de los *Libres del Sur* en la campaña de Buenos Aires en 1839 se confió en su ayuda (lo mismo ocurrió durante la invasión de Lavalle al año siguiente). También el general La Madrid requirió su colaboración al invadir recientemente Córdoba, dirigiéndole una carta en que le decía: "*No dudo que Ud. como liberal de corazón no dejará de trabajar cuanto le sea posible por nuestra causa y la Patria*". El caso es que Manuel Baigorria se unió a los caciques ranqueles Pichun y Painé al frente de 500 indígenas, con quienes acompañó al comandante Eufasio Videla a dominar la ciudad de San Luis. El Comandante General de Armas, coronel Pablo Lucero, había logrado escapar. Al día siguiente una asamblea dispuso que el mando fuera asumido por una junta, que quedó integrada por Esteban Adaro, José Rufino Poblet y José Leandro Cortés. Los indios no dejaron de causar problemas, pues el cacique Pichun exigió la muerte del Gobernador depuesto y sus colaboradores, a lo que se opuso Videla argumentando "que tenían que rendir cuentas", replicándole el cacique: —*Si es así, enhorabuena, pero yo soy de opinión que con una segura escolta sean conducidos donde está La Madrid, y los demás que mueran*. El comandante Eufasio Videla simuló condescender, pero —escribió Baigorria en sus recuerdos— "dio escapada a los gobernantes". Los indios no dejaron de robar algunas casas y estancias vecinas, hasta que recibieron regalos de sus jefes, "y algunos liberales hicieron lo mismo" para impedir el saqueo, anota Baigorria, y a poco aquéllos se volvieron a sus tolderías.

Desde San Luis se comunicó lo sucedido al general La Madrid, estableciéndose contacto con el comandante Celman de Río Cuarto. El movimiento puntano contaba para sostenerse con el apoyo que le prestaría desde Córdoba el coronel Alejandro Aparicio. El "Comandante General" Videla creó un Escuadrón que encabezó Baigorria con el título de Coronel, siendo su segundo Benigno Domínguez, y oficiales Gerónimo Laconcha, Lázaro Videla, Gabriel Baigorria, y los hermanos Juan, Felipe y Francisco Saá.

En Córdoba estaba afianzada la situación en su capital, pero restaba dominar a su campaña en el sur y el este.

La Madrid, a cuya disposición puso el Gobernador Álvarez las fuerzas de la Provincia, destacó en varias direcciones a columnas que extendieran el movimiento antirrosista, encomendando a una de ellas la captura o expulsión del territorio del depuesto mandatario López *Quebracho*. Si se tuvo éxito en Río

Cuarto, donde fue hecho prisionero el comandante de la frontera, coronel Juan Pablo Sosa —en su reemplazo quedó el teniente coronel José Celman—, y también se detuvo al teniente coronel Domingo Meriles, en cambio por el lado del este (Cruz Alta) los efectivos despachados allí sufrieron un contraste que los obligó a replegarse a Fraile Muerto. Por ese entonces el comandante Honorato Gordillo manifestó la necesidad de volver a su Provincia con sus riojanos, debido a exigencia de su Gobernador, a lo que debió consentir La Madrid tras una desertión de más de 50 hombres fomentada por aquél, "ya para evitar un motín a que los había preparado, ya para no verme precisado a castigarlos y concitar con este paso la enemistad del señor Brizuela", escribe en sus *Memorias*.

Estaba iniciado el mes de noviembre de 1840, y se habían recibido noticias del general Juan Lavalle desde Santa Fe. Todo pronosticaba una favorable reacción en contra del sistema de violencias del Gobernador de Buenos Aires. La Madrid y Lavalle proyectaban desde entonces la conjunción de sus Ejércitos, y el primero instaba al Gobernador salteño Manuel Solá a que con su División *Constitucional* acelerara sus marchas para unírseles, anunciando este último su avance sobre Santiago del Estero.

El general La Madrid se encontraba en operaciones sobre Cruz Alta y El Tío, pues había recibido el parte de que el coronel federal Manuel de la Bárcena, despachado desde proximidades del arroyo del Medio, estaba en la primera de estas poblaciones "con un escuadrón de las tropas de Oribe y algunos santafecinos e indios", precisa. Su vanguardia al mando del mayor Crisóstomo Álvarez tuvo un choque favorable con Bárcena y algunas fuerzas de ex Gobernador Manuel López cerca de Fraile Muerto (hoy Bell Ville), mientras uno de los jefes cordobeses que servían a sus órdenes, el coronel José Manuel Salas, recorría la zona del fuerte de El Tío, cerca de la frontera con Santa Fe.

Nadie imaginaba que no mucho después iba a producirse allí uno de los más trágicos desencuentros de la Historia Argentina.

8

Desde 1820 en que fue disuelto el Gobierno Central (Directorio Supremo, Congreso, Constitución), no existían instituciones nacionales, y cada Provincia se regía por las suyas propias. La efímera tentativa de restablecerlo en 1826 tuvo igual resultado al año siguiente, y la situación volvió a ser la señalada.

Entre esas instituciones nacionales desaparecidas se incluye a los Ejércitos Nacionales: en aquel año 1820 el *Auxiliar del Perú* ("del Norte"), en 1823 el *de los Andes*, en 1828 el *Republicano*. Desde entonces cada Provincia contó con sus fuerzas locales, integradas por antiguos veteranos y las milicias que se iban incorporando. A partir de 1831 el "Pacto Nacional de la Federación" estableció que en caso de ingresar tropas auxiliares ajenas al territorio de cierta Provincia, el Gobernador de ésta las dirigiría, para no desvirtuar su soberanía; y manteniéndose la igualdad federal, dicho mando pasaría sucesivamente al gobernante vecino en caso de que fuera las hostilidades se trasladaran a la Provincia de su mando y los aliados acudieran en su ayuda.

En 1840 volvió a invocarse esta determinación del Pacto Federal cuando el Ejército Libertador del general Lavalle evacuó la Provincia de Buenos Aires, y el Dictador Juan Manuel de Rosas estuvo en condiciones de disponer su persecución. Resulta de sumo interés considerar este aspecto, que muestra claramente de qué manera el Gobernador Rosas aprovechó el estado de guerra para extender su poder político fuera del ámbito porteño, en desmedro de los derechos de las demás Provincias.

Al comenzar la contraofensiva federal, el general Ángel Pacheco con sus fuerzas de vanguardia recibió órdenes de perseguir a Lavalle en territorio santafecino, *"a no ser que antes encontrase Ud. a S.E. el señor Gobernador López, quien tomará entonces el mando por su categoría de Capitán General"*. Tal la instrucción transmitida por el edecán Pedro Ramos el 6 de octubre, era en un todo ajustada al Pacto Federal, cuyo artículo 14 conviene transcribir textualmente:

Las fuerzas terrestres o marítimas que se envíen en auxilio de la Provincia invadida, deberán obrar con sujeción al Gobernador de ésta mientras pisen su territorio y naveguen sus ríos en clase de auxiliares.

No era posible darle otra interpretación.

Mas el Dictador reflexionó sobre las condiciones de conductor militar de Juan Pablo López, y dudó de la aptitud de *Mascarilla*. En 1839 éste había abandonado por su cuenta la campaña contra Lavalle en Corrientes, y recientemente su reiterado fracaso en tomar la villa de San Pedro ofrecía motivos de desconfianza al todopoderoso mandatario porteño. De modo que Rosas asumió la categoría de Supremo Comandante del Ejército de toda la Confederación —hubiese correspondido la designación a la desaparecida *Comisión Representativa de los Gobiernos de las Provincias*, según el artículo 16, inciso 3° del Pacto Federal— para dirigir las operaciones en cualquier parte del territorio argentino.

Así es como doce días después de cursada la anterior a Pacheco, el propio Gobernador de Buenos Aires le volvió a escribir para ajustar la situación al nuevo ordenamiento militar (18 de octubre de 1840):

Soy hoy el General en Jefe del Ejército de la República, a cuya cabeza estoy, y mientras no esté en ese Cuerpo de Ejército, perteneciente a aquel, el que le corresponde como segundo por la investidura que tiene y que es el general Echagüe, soy de opinión que el general Oribe desempeñe las funciones de tal.

De este modo creo que todo se concilia, y que nuestro compañero el señor López, como tú, quedarán gustosos de este nombramiento; primero, porque así es justo que le correspondamos todos cuando llega el caso de elegir General en Jefe interino de ese Cuerpo de Ejército, en cuya virtud nada más natural que entre tres amigos, dignos hijos fieles de la Confederación y de América, me incline por ahora al de más graduación.

Nada se ajustaba a lo acordado por el "Pacto Nacional" en cuanto a la Comandancia de un Ejército en otra Provincia que la propia; ninguna previsión había quedado sobre la existencia de un "Ejército de la República" a que alu-

día el Gobernador Rosas. La resolución de éste llanamente pasó por alto lo resuelto por el Pacto Federal de 1831, sin expresarse otro fundamento que el parecer del Dictador porteño.

El Gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López, protestó, prevaleciendo de los términos categóricos del Pacto de la Confederación. Pero de nada le valió ante la contestación de Rosas: *"La indicación de Ud. en orden al Tratado Litoral es enteramente equivocada. Léalo Ud. y verá que es absolutamente al contrario de lo que Ud. se ha figurado"*. Caso cerrado: no hubo fundamento, sino mera sentencia, y tuvo que acatarla. Es imaginable la indignación de López, que se traducirá en una derivación de fundamental importancia para los sucesos historiados.

Este caso tan elocuente para mostrar el crecimiento de las atribuciones de quien se iba convirtiendo en un verdadero "Jefe Supremo" de la Confederación —como sería llamado con el tiempo—, forjando el *unitarismo* que debía combatir, con mayores facultades que nunca, hizo que en los hechos el General en Jefe del Ejército de Buenos Aires (Manuel Oribe) tuviera facultades por encima de los mismos Gobernadores de las Provincias que sus tropas cruzarían a su paso, poniendo a éstos bajo sus órdenes para facilitar sus operaciones de guerra. En la práctica, el sistema federal había dejado de existir por completo.

Muestra del sometimiento del Interior lo da la siguiente conformidad del Gobernador Echagüe de Entre Ríos, formulada a Rosas en febrero de 1841:

Convendría hacer conocer a muchos que su autoridad como Encargado de los Negocios Generales de la República no es limitada a los jefes de Buenos Aires, sino a los que pertenecen al Ejército de la Confederación.

Es de recalcar la falta de energía de los mandatarios de Provincias adictas para oponerse a consolidar un poder contrario al sistema federal que proclamaban sostener; y así se habían adelantado a conferirle facultades de guerra al Dictador porteño otras Provincias cuando declaró las hostilidades contra el mariscal Santa Cruz de Bolivia en 1837: en esa ocasión una ley cordobesa lo facultaba *"para que con una libertad sin límites y sin reconocer restricción alguna, pueda obrar y obre en todo asunto y negocios que tienda directa o indirectamente a la paz, guerra y relaciones exteriores de la Nación"*.

Y San Juan, otorgándole las atribuciones de la Comisión interprovincial creada por el Pacto Federal, autorizaba ampliamente al general Juan Manuel de Rosas para *"levantar Ejércitos para la defensa exterior y para asegurar la tranquilidad interior de la Nación, determinar el contingente de tropas y auxilios con que cada una de las Provincias Confederadas debe concurrir, formar reglas para el gobierno y organización de los Ejércitos, y nombrar los jefes que deben mandarlos"*. Ya en términos más generales lo habían hecho en 1831 La Rioja y Santiago del Estero.

Es de resaltar que esos poderes, esencialmente revocables, habían sido anulados al levantarse contra Rosas algunas Provincias que se los habían conferido, por lo cual su atribución en varios casos había caducado.

Retornando al caso planteado con la entrada de las tropas porteñas a suelo santafecino, debe indicarse que el comandante de ellas fue oficialmente de-

nominado *General en Jefe interino del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina*, paseándolas por todo el territorio nacional. Como elemento digno de consideración hay que remarcar la circunstancia de que el general Manuel Oribe, su titular, era protocolarmente mencionado como "Presidente Legal de la República Oriental del Uruguay", o sea que un Jefe de Estado extranjero era puesto a la cabeza de fuerzas argentinas.

Establecido el punto relativo a la jefatura del Ejército, es oportuno considerar la retirada de Lavalle de Buenos Aires.

9

El 21 de septiembre de 1840 éste escribió desde Barrancas, una legua al norte de Rosario, al comandante de San Pedro, Juan D. Camelino, para que acelerase su reunión:

Aquí he sabido hoy que Ud. viene por tierra con 40 carretas de familias y alguna gente armada. Prevengo a Ud. que fuerze sus marchas a todo andar, porque de lo contrario se expone Ud. a ser atacado por fuerzas muy superiores.

Lavalle no había proseguido su andar "por no alejarme demasiado de Ud." Y le comunicaba algo más:

Ya tendríamos alguna gente de armas si no fueran los inauditos desórdenes de algunos forajidos que vienen entre nosotros; pero ya he resuelto empezar a fusilar para contener estos excesos que acabarán por perdernos.

En cambio, el Gobernador Rosas había cambiado de táctica, en sentido inverso al adoptado por su antagonista. Escribió al respecto Benjamín Villafañe, secretario del general La Madrid:

"De montonero que había sido en 1831, habíase vuelto militar serio en los días a que asistíamos. La organización y movimiento de sus fuerzas eran ahora correctos, prevaleciendo en ello marcada predilección por las armas de infantería y artillería. Rosas había, pues, adelantado alguna cosa en los años transcurridos: había aprendido a ser más certero en el arte de matar".

A idéntica conclusión arribó Andrés Lamas, funcionario del Gobierno Oriental y entusiasta colaborador de Lavalle en Montevideo:

"El dictador Rosas ha verificado un cambio profundo en la guerra de estos países: él ha comprendido la superioridad incontestable de las tropas regladas y de la guerra regular; y aunque incapaz de hacerla por sí mismo, ha tenido el buen sentido de intentarlo por todos los medios que han estado a su alcance".

La principal preocupación del Gobierno porteño fue la de equipar convenientemente a su Ejército, y merced a las lluvias caídas, pudo remontarlo con abundante caballada en óptimo estado. Los depósitos de la Provincia se vaciaron de elementos de guerra destinados a Oribe. El general Pacheco se dirigió a incorporarse con los Batallones de infantería mandados por tenientes coroneles Gerónimo Costa y Marcos Rincón, y 4 piezas de artillería. Luego llegarían los cuerpos de Baldomero Lamela y Vicente González.

El Ejército Libertador había sobrepasado Rosario, pueblo que fue tiroteado por

"un gran número de soldados del Ejército que por un movimiento espontáneo marcharon sobre la villa —escribió Juan Elías—, y desde el amanecer estuvo empeñado un fuego vigoroso entre la guarnición y los soldados del Ejército, a quienes costó no poco hacer regresar a sus filas".

No entraba en los planes del general Lavalle detenerse a sitiar poblaciones, sino alcanzar al Gobernador Juan Pablo López. Cuando se reemprendió camino fueron formadas dos Divisiones para atraer a López al combate: una al mando del General en Jefe en dirección al río Carcarañá, y la otra teniendo a su frente al coronel Vilela por la costa del río Paraná. Sin alcanzarlo, se volvieron a reunir al llegar a Coronda. De la custodia de este punto fue encargado el teniente coronel Santiago Oroño con la fuerza de santafecinos que había organizado.

Una vez más debe anotarse la criminal indisciplina de estas tropas, que señala el teniente coronel Elías, cuando acamparon a la margen del Carcarañá:

"No lejos del campo se hallaba la estancia de don Hipólito Correa, y los soldados del Ejército cometieron en ella, como en una tropa de carretas que se hallaba allí con procedencia de Córdoba, actos vergonzosos de pillaje, que ya habían tenido lugar varias veces desde que se había pisado el territorio santafecino".

Indignado Elías, fue a quejarse ante Lavalle, quien compartiendo su sentimiento, dictó una severa orden general: "*Los soldados se han convertido en una horda de salteadores y forajidos. El General en Jefe se avergüenza de mandar hombres tales*". Endilgaba la responsabilidad a algunos jefes

que con su tolerancia han creído ganarse la estimación del soldado y hacerse de partido, han producido un mal que graba un borrón eterno en un Ejército cuya gloria se halla eclipsada con tan infame proceder.

Autorizaba a los Jefes de Día para castigar con la pena de muerte a los desobedientes. El edecán Elías pondera el efecto benéfico de la orden en los primeros días que siguieron a su conocimiento, pero "con el trastorno de los días se olvidó". La falta de un Jefe de Estado Mayor no favorecía la cadena de mandos para alcanzar resultados favorables al efecto buscado.

Se produjo poco después un suceso grave que afectó directamente a la capacidad operativa del Ejército: el venenoso pasto santafecino llamado *mío-mío* volvió a causar la muerte de varios cientos de caballos, como en 1829. El

general Iriarte describe las consecuencias de alimentarse con esta planta: "Los animales que no la conocen gustan mucho de ella: su efecto es casi instantáneo: sucede inmediatamente la muerte precedida de las más violentas convulsiones".

A medida que el Ejército Libertador se aproximaba a la capital de Santa Fe, se presentaban partidas federales para disputarle el avance, o al menos demorarlo con su hostigamiento, y las Legiones de los coroneles Ábalos, Rico y Vega chocaron con ellas repetidas veces, permitiendo que el Ejército cruzara el río Salado. El día 25 de septiembre se incorporó al Ejército el comandante Camelino trayendo consigo gran número de carretas con familias emigradas del norte de Buenos Aires, lo que motivó un disgusto en el general Lavalle porque afectaba su movilidad. Camelino arguyó que el doctor Salvador del Carril, Intendente del Ejército, se lo había indicado al no poder transportarlas por agua hacia el Estado Oriental. Lavalle, no obstante las advertencias que él mismo había formulado para evitar represalias de los federales, le reprochó su "imprudencia": —*iQuiera el Cielo no llegue un día en que esas carretas y esas familias no sean causa de un desastre!*

A medianoche del 27 se acampó en la estancia de Andino, a legua y media de la ciudad de Santa Fe. Ahí se hallaba a la cabeza de sus defensores el general Eugenio Garzón, veterano del Ejército de los Andes y de la guerra contra Brasil.

Al día siguiente el general Lavalle puso a órdenes del general Iriarte —confiándole por primera vez un mando— la División Vega de caballería y la Legión Salvadores compuesta de infantes y artilleros: —*Con esta fuerza debe Ud. tomar hoy mismo posesión de la ciudad*, le indicó Lavalle.

Abandonadas las adyacencias a la ciudad por los federales de vanguardia, que se retiraron a sus atrincheramientos en Santa Fe tras ser tiroteados y cañoneados por una compañía de infantería y 4 piezas, a las dos de la tarde las tropas encomendadas a Iriarte pasaron a descanso mientras se cursaba una intimación al general Garzón para que no opusiera resistencia y evacuase la ciudad, embarcándose hasta la vecina Paraná. La nota no fue considerada por aquel, a quien acompañaban el coronel Antonio Acuña, el coronel José Ramón Méndez (delegado del Gobernador J. P. López), y el teniente coronel Andrés Gómez (hermano mayor del futuro general oriental Leandro Gómez).

Una hora más tarde se realizó el asalto. Con disparos de artillería y fusilería se forzó a los defensores a replegarse hacia el centro, desalojados de varias esquinas y azoteas. En tales circunstancias fue mortalmente herido el ayudante de Iriarte, teniente coronel Eduardo Luna. Varios civiles se pasaron a las filas de los atacantes. "Fácil habría sido la toma de la ciudad a viva fuerza —escribió el general Iriarte—, pero temí que la noche nos alcanzase y que su oscuridad favoreciese el desorden y el saqueo, que aumentase la confusión y las violencias". Estando la hora avanzada, Iriarte hizo saber este criterio al general Lavalle, quien lo aprobó, por lo que la Legión Salvadores recibió orden de evacuar los barrios capturados. En su biografía de Lavalle, el comandante Pedro Lacasa indica: "Los enemigos parecían dispuestos a sostenerse a todo trance".

Detalla el capitán José María Guerra:

"Estaba la plaza perfectamente artillada, con un ancho y profundo foso en cada una de sus bocacalles, un *caballo de frisa* y detrás de éste una pieza de artillería de a 4, y en la ciudad muchos cantones en las azoteas. Frente al Cabildo estaban los negros veteranos protegiendo aquella trinchera de la esquina de la plaza, mandados por el coronel Acuña, y la pieza de artillería estaba a cargo del capitán Ramos, que murió allí. El general Garzón se paseaba en la plaza".

Amaneció el 28 de septiembre, y mientras la tropa se alimentaba, el general Tomás de Iriarte reunió a sus jefes para impartirles sus instrucciones. Eran éstos los coroneles Ángel Salvadores, Pedro José Díaz y Niceto Vega, y los tenientes coroneles Joaquín Baltar, Manuel Hornos, Manuel Saavedra y Luis Manterola. El plan de ataque era simple, en palabras del General:

"Éste estaba reducido a que la infantería y artillería, dividida en dos columnas, y todos los tiradores de caballería, subdivididos en mitades de Compañías, pie a tierra, entrarían por diferentes calles y se aproximarían, según las localidades lo permitiesen, hasta la distancia de una, dos o tres cuadas de la plaza, guareciéndose del mejor modo que pudiesen contra los fuegos de la fusilería y artillería enemigas; que desalojarían a los enemigos de las azoteas que ocupasen y se considerasen ventajosas como puntos dominantes, para facilitar el ataque principal; y que cuando esto se hubiese ejecutado, yo les comunicaría una señal general para todas las columnas, a fin de que atacasen simultáneamente cada una por su calle respectiva, asaltasen las trincheras, y entrasen casi a un mismo tiempo en la plaza".

Explica:

"Había imaginado este medio porque conocía el ardimiento de nuestros soldados, y porque era el más adecuado para obtener un triunfo pronto y disminuir la pérdida de los valientes, pues habiendo atacado en regla de posición en posición, se empleaba más tiempo y se aumentaba la efusión de sangre. Tenía también calculado el efecto de terror que produciría en los enemigos la entrada simultánea de 1.000 hombres haciendo fuego en todas direcciones".

Únicamente no se asaltaría la Aduana, edificio fuerte situado a tres cuadas de la plaza, defendida por 150 hombres, porque una vez dominada la ciudad se vería obligada a entregarse. El general Lavalle había escrito a Iriarte que capturase Santa Fe ese mismo día "*a todo trance*".

Aprovechando que el grueso del Ejército Libertador se hallaba ocupado en sus preparativos sobre la ciudad, y que el cuartel general estaba situado a gran distancia, contando sólo con 600 hombres de la Legión del coronel Juan Antonio Méndez en observación sobre el Salado —el resto se dirigía por su cuenta a participar del resultado del ataque—, el teniente coronel federal Jacinto Andrade, santafecino, "hombre audaz y emprendedor" a juicio de Iriarte, amagó atacar a Lavalle proveniente del otro lado del río. De aquí la impaciencia de éste por posesionarse de Santa Fe, requiriendo a Iriarte que luego de que lo hiciera le enviase la División Vega.

El asalto se produjo a las nueve de la mañana mediante dos columnas, mandadas por los coroneles Salvadores y Díaz, mientras el general Iriarte permanecía al frente de la ciudad con la caballería, atento a disponer maniobras según las circunstancias indicasen. Pese al denuesto de los defensores, una hora más tarde los atacantes se habían posesionado de las manzanas inmediatas a la plaza, aguardando la señal para efectuar su avance simultáneo. En el campanario de la iglesia de La Merced un piquete federal disparaba sobre los soldados, hasta que el capitán José María Guerra con seis hombres prendió fuego a unos haces de leña y trapos que llevó, obligando a sus ocupantes a desalojarlo. El coraje se había derrochado por ambas partes: "El general Garzón estaba perfectamente atrincherado y sus soldados defendían sus puestos con valor y habilidad", escribió el comandante Pedro Lacasa, quien aludió a que el choque de ese día fue "vivo y sangriento". El general Lavalle, impuesto de la situación por el joven Gainza, comentó: —*Garzón no es hombre de entregarse así nomás*. Llegado un refuerzo de 100 tiradores, desde la iglesia de La Merced a la cual había ocupado, el coronel Díaz tocó a la carga y las demás cornetas repitieron la orden. Era pasado el mediodía.

Refiere Iriarte:

"Todas las columnas se precipitaron por las bocacalles y asaltaron las trincheras. El coronel Díaz desembocó en la plaza por un portón de La Merced, pero no fue el primero: el que se presentó antes que todos fue el intrépido mayor [Juan José] Pérez, acompañado del capitán [Joaquín] Pereyra y teniente [Rufino] Varela, que de antemano tomaron posesión de una azotea que estaba en la plaza e hicieron abandonar con sus fuegos una pieza de artillería de los enemigos".

El antes mencionado capitán Guerra estaba al lado del coronel Díaz y refiere pormenores del ataque: como estaba herido en el brazo izquierdo por una acción anterior, llevaba en la mano derecha una pistola, y colgada la espada de su muñeca. Saltaron ambos el *caballo de frisa* que protegía el foso del lado de adentro, momento en que Guerra fue atacado:

"Un soldado artillero se dirigió a mí con el sable en alto; yo con la pistola hice fuego, lo herí, y no se asustó. Con más furia me lanzó el hacha, yo paré el golpe con la pistola vacía; siendo débil esta defensa, con la fuerza del golpe saltó la pistola de mi mano y vino a caer sobre mi cabeza. Hízome una muy regular herida en la frente; dicho golpe me trastornó un poco, pero muy luego me recobré y empuñando mi espada busqué con la vista a mi heridor, y lo ví a dos pasos de distancia tendido ante mí y muerto de un bayonetazo que le había atravesado el vientre, dado por un soldado que iba a mi retaguardia".

Pese a la mucha sangre que le caía por la cara, permaneció Guerra en la entrada de la plaza.

"En ese mismo instante el comandante Estanislao del Campo salía a la plaza por la otra bocacalle del convento. La misma cosa hacían los comandantes Pacheco y Ansoátegui con sus tiradores, pegando el grito «¡Vi-

va la libertad, abajo la tiranía! ¡Viva el general Lavalle!» Todos dirigimos los fuegos al Cabildo, donde se hallaban los 500 negros veteranos y las fuerzas que se habían replegado en aquel punto. Los balcones y galerías del edificio estaban llenos de soldados y paisanos armados: se defendían heroicamente, ocasionando muchas bajas entre los nuestros. El coronel Díaz hizo tocar reunión en el centro mismo de la plaza, y haciendo desplegar en batalla con frente al Cabildo, ordenó varias descargas: de los balcones se veía caer muertos a la plaza a los negros, como brevas de una higuera que se apalea. Se intimó rendición y se rindieron".

El general Garzón, el coronel Acuña y el Gobernador delegado Méndez pudieron retirarse por la calle que conducía a la Aduana, donde se hicieron fuertes.

Prosiguiendo con la *Memoria histórico-militar* del capitán José María Guerra, éste refiere lo que ocurrió a continuación:

"Toda la plaza en esos instantes era un infierno vivo. Balazos por todas partes echando abajo la puerta de los negocios y de particulares, cometiéndose robos y toda clase de excesos. Las mujeres, hombres y niños, atravesando la plaza corrían de un lado al otro por entre las balas, llorando a gritos, buscando huir y apartarse de todo aquello. Todas estas tropeías, escándalos y robos no eran cometidos por nuestra tropa, sino por los soldados del Ejército acampado en la estancia de Andino con el general Lavalle, legua y media de la ciudad de Santa Fe: luego que estuvo la noticia de la toma de la plaza por nosotros, con la aspiración del botín se desbandaron muchos soldados, y muy particularmente del escuadrón *Yerúa*, que formando pequeños grupos se dirigían a la plaza a saquear y robar. Como para llegar a ella tenían que cruzar toda la ciudad, a cuyo paso encontraban las casas de negocios abiertas y abandonadas, bebían hasta embriagarse y en ese estado cometieron los escándalos que tuvieron lugar en aquel día. Para contener tanto desorden el coronel Díaz acababa de publicar una orden castigando con pena de muerte, en el acto, al soldado que se encontrase abriendo puertas a balazos o robando. Sólo de este modo se contuvo el desorden".

El cuadro descripto se halla corroborado en las *Memorias* del general Tomás de Iriarte, quien aclara "que todo lo que los vecinos perdieron fue de poca consideración, porque muy de antemano escondieron sus efectos más preciosos en las iglesias, y éstas fueron respetadas".

No está de más hacer constar que Iriarte declinó luego seguir mandando a las tropas que le fueron encomendadas para tomar Santa Fe, en vista de una indisciplina que no podía contener: prosiguió la campaña pero como mero acompañante del General en Jefe.

El general Iriarte, adelantándose a la aprobación del general Juan Lavalle, cuya intención conocía, dio instrucciones al coronel Salvadores, jefe de la infantería, para que hiciese reconocer como Comandante General interino de Armas al mayor Pedro Rodríguez del Fresno, santafecino. Para proceder a la difusión de la nueva autoridad fue comisionado el propio capitán Guerra, a quien en casa de la familia Comas le había sido lavada su herida de la cabeza

con aguardiente, y luego vendada, y quien al frente de la banda de música de la infantería y acompañado por un ayudante, recorrió las esquinas de la ciudad cumpliendo su cometido. "Serían las tres de la tarde —recuerda—, la plaza estaba tranquila y nuestro Batallón formado en ella". El general Iriarte se presentó ahí y previno al coronel Pedro J. Díaz que intimase rendición sin condiciones a los enemigos refugiados en la Aduana, tras lo cual retornó a las afueras para evitar que los soldados del Cuartel General volvieran a penetrar en la ciudad.

El coronel Díaz encomendó a Guerra que fuese al único edificio aún en manos de los federales, y le exigiese su entrega. El capitán Guerra llamó al teniente Antonino Taboada (sobrino del general Ibarra, Gobernador de Santiago del Estero), y galoparon hasta la cercana Aduana:

"Era una casa sólidamente construida, edificada en una plazoleta distante unas ocho cuadras [sic: tres] de la plaza al sud. Hacía esquina y miraba a dos calles, y en cada una de ellas, una tercera parte de cada cuadra edificada de altos, con balcones, y en la esquina un gran balcón volado que miraba también a las dos calles. Todos los balcones y azotea del edificio estaban guarnecidos con tropas armadas".

Cuando llegaron Guerra y Taboada a cierta distancia, el primero gritó: —*Señor Gobernador Méndez: el señor general Iriarte, jefe de las fuerzas sitiadoras de esta ciudad, me ordena comuniqué a Ud. que se rinda con todas las fuerzas de que Ud. disponga.* El interpelado se presentó en el balcón, y agitando su brazo derecho, le contestó con energía: —*Señor oficial: sírvase Ud. contestarle al general Iriarte que no me falta pólvora y municiones para defenderme, que no me rindo. ¡Y a ese Perico Rodríguez del Fresno, indicado Gobernador para esta plaza, que tengo cuatro balas para hacerle humear el pecho!* El teniente Antonino Taboada advirtió que desde el balcón de la izquierda se preparaban para hacerles fuego, de modo que se dieron vuelta a sus caballos y partieron al galope. "Dos detonaciones se oyeron, sin más resultado que el magullón de una bala en el anca del caballo del ayudante".

Continúa Guerra refiriendo que el coronel Díaz al oír la contestación se indignó, y ordenó: —*¡Mayor Pérez: en marcha el Batallón a paso de trote hasta la plazoleta de la Aduana!*, y al teniente coronel Manterola que lo siguiera con sus piezas de artillería. Al capitán Guerra ordenó que volviera al edificio, el cual lo hizo junto con su ayudante con la consiguiente aprensión:

"Miramos a la azotea y balcones, y no había un solo soldado. Con el puño de mi espada di unos golpes a la puerta del edificio: ésta se abrió y apareció un jefe vestido con pantalón azul, franja de oro, y un ponchito de vicuña puesto en el cuello, un sombrero de copa alta y embutido en ésta un gorro colorado".

Era el coronel Antonio Acuña, quien ante la reiteración formulada, contestó que el general Garzón estaba levantando un acta para capitular. Díaz no se conformó al enterarse por Guerra: —*Capitán: vuelva y dígales que tienen tres minutos para rendirse a discreción.*

"Nuestro Batallón ya desplegaba en batalla enfrente de la Aduana, y la artillería entraba a la plazoleta por la otra bocacalle. Viendo Acuña todo aquel aparato, contestó: —*Estamos rendidos, conteste Ud., señor oficial.* Como ya estaban preparándose los nuestros para hacer fuego, y no siendo la plazoleta muy espaciosa, me empecé en los estribos y levantando mi espada, grité: —*¡Están rendidos!* Y de este modo volvieron a quedar firmes".

El coronel Díaz garantizó a los federales que conservarían sus vidas, y Garzón y demás jefes quedaron custodiados en casa de la viuda del ex Gobernador Cullen, excepto el coronel José Ramón Méndez, quien se alojó en la suya propia, hasta que al día siguiente fueron encerrados todos en el Cabildo bajo la custodia del Escuadrón Mayo que comandaba el teniente coronel Cayetano Artayeta.

La garantía ofrecida por el coronel Pedro J. Díaz no fue aprobada por varios jefes del Ejército Libertador: exigieron que los cautivos pagaran con sus vidas las matanzas que los lugartenientes de Rosas efectuaban en los compañeros que caían en su poder. El general Iriarte fundamenta el pedido:

"El derecho de represalias es incuestionable, y en realidad era un tributo que se debía a todo el Ejército la ejecución de aquellos prisioneros: nuestros soldados veían diariamente degollar a sus camaradas; y necesitaban ser muy virtuosos e idolatrar al general Lavalle para tolerar con paciencia la impunidad de los prisioneros enemigos: esta contienda era por cierto muy desigual".

El edecán del general Lavalle, el mismo teniente coronel Juan Elías que años atrás comunicara su trágico destino al Gobernador Dorrego, ha referido lo que sucedió:

"Al día siguiente de la toma de Santa Fe, los jefes más influyentes del Ejército se reunieron en el vivac del coronel Vega, y allí acordaron nombrar una comisión encargada de pedir al General en Jefe que el general Garzón, el comandante Méndez y todos los jefes y oficiales tomados prisioneros el día anterior, fuesen conducidos al campo del Ejército y fusilados inmediatamente. Esta solicitud debía de fundarse en el derecho de la represalia: ella autorizaba una medida que si bien estaba en oposición con los sentimientos del Ejército, era imperiosamente reclamada por la justicia, para regularizar una guerra en que la sangre de los libres se había derramado sin respetar los derechos que todas las Naciones civilizadas acuerdan a los prisioneros de guerra. Había llegado, pues, el momento en que era preciso dar un paso cuyo resultado habría tal vez dado otro carácter a una guerra hecha por una parte con lealtad y humanidad, mientras que por la otra la barbarie y el asesinato la hacían sacrílega y feroz. El respetable coronel Vega fue elegido para presidir la comisión peticionaria, compuesta de otros jefes distinguidos. La comisión se presentó al General en Jefe y reclamó ante él la ejecución de los prisioneros, haciendo valer todos los motivos que reclamaban una medida horrible pero de rigurosa justicia. El General en Jefe oyó con inquietud una solicitud que estaba en oposición absoluta con los sentimientos de su corazón".

Cuando Lavalle recibió el pedido, se conmovió: —*¿Por qué no los han muerto ustedes cuando los tomaron en Santa Fe? ¡Aún tengo sobre mi corazón la muerte de Dorrego!* les reprochó. Pero después, cediendo a los argumentos de aquellos, respondió lacónicamente: —*Sí, señores: los prisioneros serán fusilados.*

Cabe aclarar que cuando el general Tomás de Iriarte tuvo conocimiento de la garantía de vidas que había ofrecido el coronel Díaz a los rendidos en la Aduana, le reprochó esta promesa porque le correspondía formularla al comandante del ataque, y no a uno de sus subordinados. Asimismo Iriarte se lo hizo saber al jefe de la defensa, con quien sostuvo un áspero diálogo: —*General Garzón: ayer he hecho a Ud. una intimación bajo mi firma. Usted sabía, pues, que yo mandaba, y por consiguiente extraño que un militar antiguo como Ud. ignore que la garantía que le ofreció Díaz no podía tener efecto legal.* Garzón le replicó airado: —*¡Sí, señor; porque soy un militar antiguo sé sostener mis derechos, y se conoce que la causa de esto es la indisciplina del Ejército de ustedes!* Iriarte cortó la discusión: —*¡No puedo permitir ese lenguaje: este negocio es concluido!*

Era natural, en consecuencia, que los prisioneros temiesen con fundamento por su futuro, y el general Eugenio Garzón pidió luego que fuese a verlo el coronel Elías. Éste manifiesta en sus reminiscencias:

“El general Garzón, el coronel Acuña, el comandante Gómez, eran mis amigos. Había combatido con ellos por la libertad del pueblo oriental, de ese pueblo generoso a quien estos desgraciados debían su origen, pero que ligados a la causa del feroz Oribe, habían abandonado su patria siguiéndolo a Buenos Aires, donde abrazaron la causa del Tirano”.

Al llegar Elías a su presencia, Garzón le inquirió: —*Querido Coronel: ¿cuál es la suerte que nos está reservada? Dígamelo Ud. francamente: Ud. sabe que tengo hijos y es preciso que mis últimos momentos se los consagre.* Los demás prisioneros se unieron al reclamo.

“Yo estaba en el secreto —*sigue Elías*— y por lo mismo tuve que hacer esfuerzos para no traicionarme, pues me sentía conmovido extraordinariamente. Hice cuanto pude para tranquilizarlos y me retiré, pues ya no podía ver por más tiempo a unos hombres para quienes iba bien pronto a llegar la hora fatal”.

A poco aquéllos fueron sacados del Cabildo y conducidos al campamento en la estancia de Andino, fuertemente atados, bajo la custodia de la Legión correntina del coronel José Domingo Ábalos. Según una publicación efectuada por Rodríguez del Fresno en 1861, Lavalle le preguntó al llegar aquellos al campamento: —*¿Están con mucho “cogote”?* —*No les falta,* contestó el interpelado. Precisa Iriarte: “Ellos creyeron morir, y aunque algún tanto se abatieron sus ánimos, es preciso hacerles la justicia de decir que no perdieron su dignidad”.

Pero el general Lavalle no tenía la intención de cumplir con la exigencia de sus jefes. Refiere Tomás Iriarte en sus *Memorias*:

“Se dijo entonces que muy distante de pensar en hacerlo, hizo amarrar a los prisioneros con el objeto de librarlos de la muerte y como un medio para mitigar la exaltación del momento de aquellos jefes. Lo cierto es que el general Lavalle nos dijo a Baltar y a mí que no los fusilaría”.

El coronel Juan Elías escribió al respecto:

“Hacía poco más de una hora que los prisioneros se hallaban en el campo, cuando fui llamado por el General en Jefe. Pasé a su tienda y lo hallé sentado en su humilde cama y al parecer entregado a una profunda meditación. Apenas me vió me hizo sentar en su misma cama y después de algunos instantes de mutuo silencio, me dijo: —*Querido amigo: por una ligereza tal vez vituperable, prometí hacer fusilar a los prisioneros. He reflexionado con juicio sobre este negocio, y por más que conozco la justicia con que se me ha exigido este sacrificio, no puedo resolverme a él. Yo no he nacido para ser un tirano, y no me avergüenzo de decir a Ud. que si cediendo a la razones de la Patria y de la necesidad, yo sacrificase a esos hombres desgraciados, mañana lloraría como una vieja.* Añadió: —*¿Por qué hemos de mancharnos con los mismos crímenes que el Tirano? No, amigo mío: nosotros debemos ser terribles, formidables, sobre el campo de batalla, y allí es donde debemos mostrar a nuestros enemigos nuestra superioridad y ascendiente; pero después del calor del combate debemos ser sensibles, humanos y generosos.* Formuló luego una consideración política: —*El general Garzón y sus compañeros son hijos del pueblo oriental, pertenecen a las familias más distinguidas del suelo que sirve de asilo a nuestras familias y amigos. Si lo sacrificásemos cargarán ellos con el anatema de toda una Nación y serían el blanco de su odio. El mismo Presidente Rivera, enemigo de estos desgraciados, desde el momento que él supiera que habían sido inmolados obedeciendo a las duras leyes de la represalia, nos calumniaría y diría que eran víctimas inocentes de un odio oculto hacia su país.* Concluyó Lavalle: —*Vaya Ud., amigo mío; diga Ud. al general Garzón que ni él ni sus compañeros tienen nada que temer de su suerte, pues se hallan colocados bajo la salvaguardia del Ejército Libertador. Que serán conducidos a Santa Fe mientras se prepara el buque que debe llevarlos a Corrientes, y que cuenten con que yo haré cuanto esté en mis manos para hacerles olvidar que se hallan prisioneros”.*

Así es como los jefes vencidos volvieron a ser devueltos a la ciudad, donde permanecieron bajo la vigilancia de sus captores, aunque tratados con cortesía.

Anoticiado Lavalle que el general Juan Pablo López había marchado por la costa del río Salado hacia el Chaco, salió tras él, pero sin el resultado buscado. Luego de esta operación —que no obtuvo más que la pérdida de muchos caballos y algunos soldados aislados que fueron sorprendidos por sus enemigos y degollados—, el Ejército se estableció en un lugar distinto de su primitivo campamento en la estancia de Andino. Esta modificación fue tomada por el General dadas las nefastas consecuencias que aparejaba su cercanía de Santa Fe, y que describe Elías:

“Diariamente se alejaban de las filas un gran número de individuos con el miserable objeto de ir a pasearse en la ciudad, lo que ocasionaba la

destrucción de los caballos, que tanto importaba conservar. Esta falta era común a muchos oficiales y aún algunos jefes; pernicioso proceder, cuyas consecuencias no preveían”.

Para ponerle coto, el general Lavalle movió al Ejército hasta Calchines (10 de octubre), mientras sus enfermos y la artillería quedaron en Santa Fe, junto con el Batallón del coronel Pedro J. Díaz para el servicio de guarnición. Aprovechando esta circunstancia, López contramarchó rápidamente hacia el sur “y cayó repentinamente sobre el pueblo de Coronda —señala el cronista Elías— donde sorprendió al comandante Oroño. Éste jefe apenas tuvo el tiempo necesario para huir y salvarse en las islas del Paraná, perdiendo la mayor parte de sus soldados y un oficial. De allí se refugió en Santa Fe”.

Grupos santafecinos comenzaron a tirotear en rápidas incursiones los puestos avanzados del Ejército Libertador, mostrando cada vez mayor atrevimiento, al punto que ingresaban a los suburbios de la capital.

Peor contraste para dicho Ejército tuvo lugar a los pocos días: la sorpresa y derrota que sufrió la Legión Méndez —que por enfermedad de su jefe, asistiendo en la ciudad, mandaba el mayor Ciriaco Llacas—, a manos del audaz teniente coronel Andrade (20 de octubre). Éste se hallaba al frente de 600 santafecinos y lo acompañaba su hermano el mayor Manuel Antonio Andrade con 400 tiradores pertenecientes a la vanguardia del Ejército de Buenos Aires, cuyo general Pacheco manifestaba en su parte:

Esta mañana tuvo lugar el primer golpe, matándoles más de 100 hombres, entre ellos varios jefes y oficiales, habiendo quedado en nuestro poder todo su armamento y caballadas, que pasan de 1.200.

El edecán Elías reconoce la pérdida de sólo 50 hombres entre muertos y prisioneros.

El general Lavalle permaneció casi dos meses en los alrededores de la ciudad de Santa Fe, ocupada como se recordará el 29 de septiembre. Estaba a la espera de la ayuda que le pudiera seguir prestando la Escuadra francesa con auxilios de Montevideo, siendo que para esta época el recién llegado almirante Barón de Mackau estaba en negociaciones con el Gobernador Rosas, que culminarían a poco (29 de octubre) con la celebración del tratado que se analizó páginas atrás. Lavalle ignoraba esto; pero no podía desconocer que cerca de él, en la reconquistada villa de Coronda, se aglomeraban tropas enemigas. Y dejó pasar la ocasión de atacarlas, antes de verse a su vez hostigado por ellas. La prolongada y lucida trayectoria de Juan Lavalle como oficial y jefe, daba paso a la indecisión que mostraba como General, repitiendo en Santa Fe la misma actitud pasiva al invadir Entre Ríos desde Corrientes el año anterior, donde transcurrieron tres meses entre el combate indeciso de Don Cristóbal (abril) y la desfavorable batalla de Sauce Grande (julio).

No es una opinión forjada más de siglo y medio después, por un autor ajeno a la carrera militar: esas consideraciones las formularon dos jefes pertenecientes al propio Ejército Libertador. Un hombre tan adicto a Lavalle como lo fue el coronel Juan Elías, expresa lo que en síntesis sigue, considerando lo que después ocurrió:

“El tiempo y los resultados han demostrado que si en esta época hubiese tomado el general Lavalle una resolución atrevida, temeraria tal vez, se habrían ahorrado a la Patria inmensos desastres. Una victoria sobre el Ejército de Oribe habría conmovido el poder tiránico, y el Ejército de los libres habría marchado a recoger el fruto de sus inmensos trabajos. La revolución habría llegado a su término. Pero supongamos que el Ejército hubiese sido vencido: ¿habría por esto su derrota sido más funesta que en Quebracho? No: una derrota en Coronda no habría llevado inmediatamente a las Provincias del Interior el terror y la alarma, habría costado menos pérdidas, porque entonces nuestros soldados habrían combatido con el vigor que el hambre, la sed y las vigias les robaron después. Al fin la causa de la libertad no habría sido más desafortunada: los caballos del Ejército se hallaban entonces en un estado muy diferente al que se encontraron en Quebracho. Concluyamos que en la guerra es preciso e indispensable ser audaz para obtener el laurel de la victoria”.

El general Tomás de Iriarte expresa la misma opinión con distintos términos:

“Es cierto que aunque nuestro Ejército conservaba su ardor marcial y su bella disposición para buscar a los enemigos, la marcha al sur no era entonces ya una operación militar indicada y la más oportuna: lo que entonces convenía era marchar a Córdoba sin perder tiempo. Pero es cierto también que si más tarde no podíamos evitar el encuentro del Ejército enemigo, cosa que todos comprendíamos bien, habría sido preferible volver a invadir la campaña de Buenos Aires: teníamos entonces algunas probabilidades en nuestro favor, nuestras caballadas no estaban tan aniquiladas. Después, casi todas las probabilidades estaban en contra. Y lo que se deduce en último análisis es que el general Lavalle perdió mucho tiempo en el Chaco, y que cuando pensó en salir, cuando efectivamente se puso en marcha para Córdoba, al paso que nuestro poder había sensiblemente disminuido, el de los enemigos estaba en el más alto grado por su número y recursos, y porque nuestra retirada y nuestro *faire rien* en el Chaco les dio tiempo sobrado para que volviesen de la impresión de terror que les inspiró nuestra repentina presencia, acompañada de continuos triunfos. Los mismos que dos meses antes huían de nuestros valientes, los mismos que no considerándose bastante fuertes para medir sus lanzas con las nuestras, se habían refugiado en las posiciones de Santos Lugares, rodeados de infantes y cañones, se atrevieron después a provocarnos en el desierto. Todo había cambiado: ellos salieron de su posición defensiva y tomaron la ofensiva, porque el general Lavalle lo quiso así. ¡Cuánto más noble habría sido, y más digno de la causa que defendíamos, y de los valientes que componían el Ejército, que se hubiese resuelto a pelear, porque nada peor podía sucedernos, aunque sucumbiésemos!”

Algunas otras opiniones escribió Iriarte:

“En la época a que me refiero recién empezaba Rosas a enviar sus Divisiones a Coronda e inmediaciones; todavía no estaban reunidas, porque no las mandó simultáneamente sino una en pos de otra, con largos inter-

valos. A todo evento preferible era arriesgar una batalla en la misma Provincia, con algunas probabilidades a favor, antes que exponerse después a una derrota segura, teniendo que luchar contra fuerzas considerables y a pié: el Ejército estaba fuerte y vigoroso en moral, porque hasta entonces ningún revés había sufrido desde nuestro desembarco; y el último triunfo sobre Santa Fe, en cuyo ataque las tropas se condujeron con su acostumbrado denuedo, y nuestras milicias se estrenaron brillantemente, había dejado recientes impresiones: el soldado tenía la conciencia de su superioridad sobre los enemigos”.

Una postrera observación en coincidencia con el concepto utilizado por Elías: “El general Lavalle ya no era el mismo hombre: no era ya la audacia su guía favorita”.

Confluían varios indicios para pronosticar una catástrofe.

10

En ese tiempo el general Juan Lavalle, sin dejar de aguardar noticias de la colaboración que pudiera prestarle una División naval francesa —del almirante Baudin o de quien fuera—, forjaba su plan de operaciones, bien para transportar su Ejército por el Chaco hasta Corrientes (pues había llegado a su conocimiento una proclama del Gobernador Ferré mediante la cual éste, inducido por el general Paz, se retractaba de sus anteriores diatribas), o para provocar un levantamiento de Córdoba, lo que ignoraba que ya se había producido. Entre esa alternativa, sus dos colaboradores citados en el párrafo precedente ideaban otra acción: el ataque a la localidad de Coronda, donde estaban aumentando los elementos enemigos. Su General no se resolvió a hacerlo, y las derrotas de Oroño y de la Legión Méndez no auguraban nada favorable para el Ejército Libertador, perdida su iniciativa, y sobre todo, pésimamente montado y sin posibilidad de adquirir más caballos.

En tan críticas circunstancias llegó a Santa Fe el 29 de octubre la noticia del pronunciamiento de Córdoba y su ocupación por el general La Madrid. El júbilo hizo renacer las esperanzas, y el general Lavalle organizó, como era uno de sus proyectos, el abandono de aquella ciudad para reunirse con aquel. Los aprestos insumieron varios días, mientras algunas familias santafecinas emigraban a Entre Ríos, donde contaban con parientes o amigos, y otros se embarcaron en una escuadrilla que se armaba para zarpar hacia Montevideo. “El pueblo estaba desolado”, describe Iriarte, pues la población que se había mostrado adicta a Lavalle iba a quedar a merced de los vengativos federales, como en el norte de Buenos Aires.

Mas no todo fue lisonjero como la toma de Córdoba: el 11 de noviembre, mediante un ejemplar del periódico *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires hecho llegar a Santa Fe, se supo del convenio entre el almirante Mackau y el Ministro Arana: Francia se apartaba de su alianza con los enemigos del Dictador Rosas, lo que fue recibido con sorpresa e indignación. La retirada del Ejército de Lavalle en dirección a Córdoba quedaba impuesta como la única medida razonable, visto que estaba descartada cualquier transacción con Rosas.

Sin embargo, en la guerra hay que contar con que el enemigo también tiene sus planes. Y la ofensiva que se reclamaba a Juan Lavalle, pasó a sus oponentes.

El Ejército Libertador —como quedó dicho— estaba acampado a cierta distancia de Santa Fe, en Calchines, sufriendo privaciones en su alimentación, y en la de sus cabalgaduras, elemento esencial para las operaciones. El 10 de noviembre el general Pacheco, vanguardia de las tropas federales porteñas, había descripto a Rosas su estado:

Las Divisiones de vanguardia dominan sin oposición todo el terreno que se interpone entre sus dos posiciones [Santa Fe y Calchines] que ocupan los salvajes unitarios. Ya no tienen ganado para comer, lo que los obligará a abandonar sus posiciones. La situación del salvaje Lavalle es muy crítica y puede ser desesperada si obramos con actividad.

La presencia de los federales en Coronda, efectuando frecuentes incursiones sobre los arrabales de Santa Fe, tenía a esta ciudad en permanente alarma, e incluso había interrumpido las comunicaciones por tierra entre ella y el Ejército, al punto que debían efectuarse por las islas del río Paraná. Cuando ese Ejército se movió a fin de buscar sus bagajes, artillería y guarnición en la ciudad, con el objeto de partir de allí una vez reorganizado, se detuvo para descansar en las isletas de Aguará (margen oriental del caudaloso arroyo Saladillo), y su vanguardia ocupó la isla ubicada más al norte, a alguna distancia del resto.

Inopinadamente los federales atacaron, y se trabó un furioso combate.

Éstos habían sido advertidos por sus espías de que un cuerpo del Ejército Libertador se hallaba aislado de su grueso, y el teniente coronel Jacinto Andrade, perfecto conocedor del terreno, fue encargado de asaltarlo con fuerzas superiores. Una disparada de caballos ocasionada por los exploradores federales se atribuyó a la presencia de los yaguaretés que abundaban en las proximidades del arroyo Saladillo, y que en otras oportunidades provocaron episodios similares. Ello ocurrió por el avance de Andrade, quien al amanecer del día 15 estuvo sobre el campamento de los liberales cuando éstos se disponían a cruzar el Salado por el paso de Aguirre.

Por casualidad, en tales precisos momentos todo el Ejército de Lavalle se ponía en movimiento para reunirse, lo que cambió la lógica de las previsiones de ambos bandos.

La Legión del coronel Manuel Rico (400 hombres), encargada del servicio de vanguardia aquel día, fue sorpresivamente cargada por los soldados federales, entablándose la pelea con las primeras luces. Los tiros y toques de corneta alertaron a las tropas de Lavalle, sorprendidas por el suceso. Refiere el coronel Elías:

“La Legión fue cargada bruscamente por retaguardia por dos escuadrones enemigos, y la más brava Legión del Ejército fue puesta en derrota antes que hubiese acabado de desplegar, ni podido reconocer a sus enemigos. Los escuadrones fugitivos, perseguidos y lanceados por el enemigo, se dirigen en su fuga con dirección a la División Vilela, que apresurando

su marcha apareció en esos momentos. Rehechos sobre este cuerpo los escuadrones perseguidos, el enemigo se retira precipitadamente”.

En su retirada pasaron a corta distancia —“a tiro de pistola”— del mismo Lavalle, acompañado por apenas por 12 hombres de escolta, sin advertirlo. Al mismo tiempo otra ala de los federales chocó con las Legiones de los coroneles Ábalos y Vega, que la pusieron en fuga “después de sostener un combate acalorado”. El general Iriarte describe por su parte:

“Rico se defendió con denuedo aunque con fuerzas muy inferiores en número y dio así tiempo para que algunos cuerpos del Ejército que se aproximaban, cayesen sobre los enemigos. Estos sufrieron un fuerte descalabro, dejando tendidos más de 100 hombres de la División del caudillo Andrade. Nuestra pérdida pasó de 30 hombres, entre ellos los sargentos mayores Hornos y Linera, dos jefes distinguidos por su acreditado valor” [Pedro Hornos era hermano del jefe del Escuadrón Yeruá].

No se persiguió a los federales por no inutilizar caballos, imprescindibles para las largas jornadas que esperaban al Ejército.

En su parte al “Presidente General en Jefe”, Manuel Oribe, el teniente coronel Andrade detalla el combate de Colastiné —como fue denominado— desde relativamente distinto punto de vista:

Esa noche y el 15 avancé a los salvajes al aclarar, habiendo sido en parte desgraciada mi empresa porque casualmente esa noche se ha puesto en marcha todo el Ejército del asesino Lavalle, y se había reunido con esta fuerza que estaba cortada; pero yo no tuve otro remedio que batirla, porque siendo al contrario, era yo y toda mi fuerza perdida, y allí no tuve más remedio que cargarlos con intrepidez, volviendo caras estos cobardes en el primer esfuerzo de mi tropa, y huyendo vergonzosamente fueron acuchillados en distancia de más de ocho o diez cuadas. No puedo decir a S.E. que éstos fueron concluidos, pero sí aseguro a S.E. que los muertos han sido más de 400, pues esto lo hago por un cálculo prudente. Hemos salido de aquella tremenda sólo con la desgracia de tener por nuestra parte 17 heridos, y entre dispersos y muertos 32.

Ese mismo día 16 levó anclas de Santa Fe la escuadrilla liberal rumbo a Montevideo llevando enfermos y licenciados, sosteniendo un cañoneo con navas federales entrerrianas, sin mayor trascendencia; y las tropas que guarnecían a la ciudad la evacuaron.

Comenzaba una verdadera odisea. “Muchos hicieron la marcha a pie: el estado de los caballos era tan deplorable que los jinetes se apeaban para darles respiro a fin de que al menos pudiesen conducir la valija”, describe Iriarte, quien añade:

“De 1.800 hombres, los únicos que podían pelear con ventaja era 300 infantes, la artillería, y el Escuadrón Cullen a las órdenes del comandante Baltar; el resto se componía de piquetes sueltos de todos los cuerpos del Ejército, que sucesivamente se habían ido aglomerando en Santa Fe”.

Agrega Iriarte:

“Los caballos del Ejército no habían tenido tiempo de reponerse, porque los movimientos fueron casi incesantes”. Tampoco la carne era suficiente para alimentarlo durante la travesía a Córdoba, por la poca previsión con que se había consumido en Santa Fe. Con todo, el Comandante en Jefe era optimista, según la misma fuente:

“El General se había nuevamente entonado con el suceso de la revolución en Córdoba, y su cabeza romántica se alimentaba con las más halagüeñas esperanzas. Contaba con que la presencia del Ejército en la Provincia de Córdoba atraería las masas de las Provincias del Interior; y que reunida una fuerza de 10 o 12.000 hombres, abriría con ventaja a campaña sobre Buenos Aires antes de que concluyese el próximo verano”.

Era una característica en la personalidad de Juan Lavalle el recobrase prontamente de los contrastes, y volver a asumir un espíritu optimista a pesar de las circunstancias adversas que se sucedían.

Importante es incluir la carta que Lavalle había dirigido desde Calchines el 12 de noviembre, a La Madrid, para mejor aquilatar lo que después sucedió:

Es urgente que Ud. marche con su Ejército a Romero, para cuyo punto me pondré yo en marcha mañana. Pero como tengo que esperar la reunión de una columna que saldrá pasado mañana de Santa Fe, no podré probablemente pasar el Salado hasta el 16. Es preciso que Ud. traiga ganado para ese y este Ejército, que llegará muy hambriento a Romero. Digo al comandante Salas que debe marchar también a aquel punto, llevando ganado y caballada para este Ejército. Si Ud. retarda su llegada a Romero, haga adelantar ganado con una partida fuerte.

El baqueano Alico, llegado con las comunicaciones de La Madrid, llevaba otros datos verbales, entre ellos que la conjunción de los aliados debía producirse el día 20.

Como se estaba al borde de una zona desértica, con el calor ya pronunciado, y debían atravesarse 45 leguas hasta llegar a destino, todos los recipientes disponibles se llenaron con agua. Tras aquella comunicación al general La Madrid, sólo le advirtió Lavalle mediante un billete fechado el 16 —que llegó a destino con considerable retraso— que al cruzar el río Salado había debido sostener un combate sin consecuencias desfavorables, pero sin añadirle en los días siguientes que el general Oribe seguía muy de cerca al Ejército Libertador.

La columna se movió dificultosamente, con el Ejército Federal próximo, al paso de los bueyes que conducían en carretas a las familias y bagajes, y tirando los cañones. La descripción que hace el capitán José María Guerra es dramática:

“Al pasar el Salado las partidas de descubierta de la vanguardia del Ejército de Oribe empezaron a picar nuestra retaguardia. Perfectamente montadas, comenzaron a hostilizarnos, y así anduvimos siete días. Nues-

tra marcha era sumamente lenta, pues además de andar por un terreno estéril y arenoso, un sol ardiente nos abrasaba, y sin agua nos desesperaba la sed. En cambio el enemigo, perfectamente equipado, pasaba a los flancos y vanguardia de nuestra columna, y además de pegar fuego al campo por donde teníamos que pasar, las pocas aguadas del camino eran inutilizadas, entrando en ellas la caballada, revolviendo el agua y llenándola de inmundicias, caballos muertos, etc. Nosotros íbamos mal montados y llevábamos un tremendo y pesadísimo convoy de 80 carretas, todas cargadas de familias que nos habían seguido desde San Pedro, y a las cuales no era posible abandonar a la barbarie de Rosas; y con el noble fin de protegerlas el convoy aquel marchaba al flanco izquierdo de nuestra columna. Tal nuestro estado respecto a movilidad: las carretas no podían marchar por falta de bueyes y algunas se iban quedando en el camino y entregándose a los enemigos, pues los pocos bueyes que quedaban iban tirando nuestras piezas de artillería”.

Las carretas conducían también a algunas familias santafecinas contrarias al sistema dictatorial, a las cuales el coronel Pedro Díaz permitió unirse al Ejército, mientras que con los hombres disponibles se formó un cuerpo de 310 efectivos mandado por el comandante Juan Manuel Aldao.

Acompañaban asimismo al Ejército Libertador los jefes y oficiales prisioneros, encabezados por el general Eugenio Garzón y el coronel Acuña, menos el coronel Méndez, Gobernador Delegado de López, pues quedó en libertad en Santa Fe. El general Lavalle había manifestado a aquellos: —*Amigos míos: yo quiero probarles que sé respetar el valor desgraciado. El campo del Ejército Libertador será en adelante el asilo donde podrán ustedes vivir en completa libertad.* Contrastaba tal actitud con la ejecución sistemática que sufrían casi todos los prisioneros que caían en manos “federales”.

Las partidas avanzadas de Oribe acosaban a las tropas en retirada, cada vez más osadas y en número creciente. Era indudable la necesidad de desprenderse del convoy de carretas para ganar en movilidad, pero el General no se decidió a desamparar a las desgraciadas familias que conducía, entregándolas a la saña del enemigo.

Con todo, una esperanza abrigaba el Comandante en Jefe: la conjunción con el general La Madrid, pese a que la lentitud de los movimientos del Ejército Libertador había sobrepasado la fecha, 20 de noviembre.

Este mismo día, hallándose aún Lavalle cruzando con sus tropas el río Salado, se presentó al Ejército Libertador uno de sus hombres capturado en la reciente sorpresa ocasionada por Andrade, el cual portaba una nota dirigida por el general Lucio Mansilla a los jefes y oficiales haciéndoles saber oficialmente la conclusión del conflicto con Francia merced al tratado Arana-Mackau, y proponiéndoles desertar de las filas que integraban. “Su nota fue contestada con la indignación y desprecio que merecía, por un tambor del Ejército —indica Juan Elías—, y despachada por el mismo conductor, a pesar de su repugnancia a regresar al Ejército enemigo”. Se convino por los jefes de Lavalle que el general Mansilla sería fusilado si se presentaba ante ellos.

A todo esto, el general La Madrid se encontraba en el fuerte de El Tío, luego que su vanguardia al mando del mayor Crisóstomo Álvarez hubiera dispersado a dos escuadrones federales reunidos por el ex Gobernador Manuel López en Fraile Muerto (hoy Bell Ville). En El Tío recibió el 16 La Madrid el requerimiento de Lavalle de reunirse en Romero el 20 para acordar un plan de campaña, y —sintetiza en sus *Memorias* lo transmitido por aquél— “que su Ejército debería llegar en dicho día sin haber comido un día o dos; que en esa virtud le mandara adelantar algún ganado, que era lo único que necesitaba”. El general La Madrid al día siguiente despachó al coronel José Manuel Salas con 800 cabezas de ganado y 300 hombres, y él mismo lo siguió en la otra jornada al frente de una División de 800 efectivos.

Salas le hizo conocer desde Romero que no existía agua en todo el camino ni para el ganado ni para la tropa, y aconsejó a La Madrid que se dirigiera a la Guardia de la Esquina con su caballada de reserva y ganados. En Romero el coronel Salas sólo encontró pequeños charcos con agua barrosa. El general La Madrid procedió de conformidad, retirándose a Esquina el mismo 20 en que debía reunirse con el general Lavalle, pero previniendo al coronel Manuel Salas que permaneciera en Romero hasta el 22 con el ganado, y adelantase *bomberos* para saber la situación del Ejército Libertador. Él mismo envió al teniente coronel Lino Almandos con cuatro baqueanos en dirección al río Salado, y como el 21 éste retornó sin noticias, lo siguió *Alico* con 2 hombres y buenos caballos con la misma misión, “pero regresó igualmente el 24 en la noche —escribe La Madrid—, desde más allá del Salado, corrido por una partida que juzgó enemiga” (y que según Elías, deben haber sido soldados del Ejército Libertador, adelantados en búsqueda de agua).

Como se sabe, el Ejército Libertador se había demorado. Resulta indispensable detenerse en los detalles asentados para conocer cómo se produjo su desastre.

Careciendo de noticias concretas respecto al estado y paradero de Lavalle, y no habiendo aparecido en la fecha indicada en el lugar convenido, La Madrid supuso que el Ejército Federal de Oribe se le había adelantado, interponiéndose entre ambos. Por eso se movió el 25 por la noche para unirse con su vanguardia en La Herradura, dejando en El Tío a Salas con sus 300 hombres y 2.000 cabezas de ganado por carecer de agua suficiente en Romero. La Madrid efectuó una marcha hacia Cruz Alta, para tomar al enemigo por el flanco.

A La Madrid le llegó un mensaje del general Lavalle, portado por el mayor Tomás Jiménez: “*Compañero: Esté Ud. a lo que le diga mi edecán*”. Era el 26 de noviembre, y según el general La Madrid, este último nada le advirtió sobre la proximidad del enemigo, que crecía en audacia. Conviene precisar este punto, por las consecuencias que se produjeron. Afirma La Madrid sobre los dichos del enviado:

“haberme asegurado que tenía el General más de 5.000 hombres perfectamente montados, armados y equipados; que traía para mi Ejército armamento, vestuarios y varios otros artículos como tabaco, yerba, etc., y

que sólo necesitaba de ganado, sin indicarme ningún peligro por parte del enemigo”.

Esta versión está confirmada palabra por palabra por el secretario de La Madrid, Benjamín Villafañe, quien asistió a la conversación. Al siguiente día el coronel Salas hizo llegar a su superior otra eskuela de Lavalle escrita a lápiz y con letra y renglones desparejos; como si hubiese sido redactada sobre el caballo, concebida en los siguientes términos: “*Los enemigos intentaron embarazar-me el paso del Salado, pero mi vanguardia ha bastado para dispersarlos*”.

Era un elocuente aviso de que los federales se hallaban tras las huellas del Ejército. El propio Gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López, a la cabeza de 1.500 soldados, hubo de trabar combate, tiroteándose con las filas rezagadas; pero tendida la línea de las tropas liberales con la División Vega, la Legión Rico, el batallón de Cazadores y 2 piezas de artillería, el intento no pasó de una escaramuza. La situación del Ejército Libertador fue descripta por uno de sus componentes, el coronel Juan Elías, en los siguientes términos:

“El 25 marchó el Ejército todo el día, siempre observado por el enemigo; en la tarde acampó por poco tiempo, y puesto el sol marchó de nuevo hasta bien entrada la noche, en que fue preciso tomar posición para dar algún descanso a los hombres y animales, demasiados fatigados con una marcha dilatada y en la que el Ejército no había tomado alimento alguno. El 26 en la mañana volvió el Ejército a ponerse en marcha, y poco después de haberse movido volvieron a presentarse a retaguardia algunos grupos enemigos, más numerosos y más osados que los días anteriores, de modo que los Cuerpos destinados a cubrir la retaguardia se vieron obligados a rechazarlos constantemente, pero sin que se alejasen del todo. La marcha fue sin interrupción durante la mayor parte del día, hasta que en la tarde se hizo un corto alto porque el Ejército se hallaba ya demasiado fatigado por el excesivo calor y la falta de agua durante la marcha, al atravesar un desierto que iba a ser ilustrado con los últimos esfuerzos del valor desgraciado. Llegada la noche el Ejército continuó su marcha hasta las dos de la mañana, en que nuevamente hizo alto para que los bueyes conductores de los bagajes pudiesen descansar y refrescar, pues debilitados por el calor y la sed apenas podían arrastrar tan pesada carga. Si el estado de las bestias de tiro era ya lamentable, los caballos, aquejados por las mismas causas, se disminuían en una progresión espantosa, pues en esta última marcha habían sido abandonados por centenares sobre la ruta a causa de su cansancio. El hambre, la sed y la fatiga mortificaban al Ejército y robaban la energía a todos los guerreros; sin embargo, para honor de los bravos que lo componían, es forzoso decir que eran soportados con una constancia heroica, sin que una sola queja o murmuración manchara tan sublime constancia”.

Enterado el general Lavalle que a tres leguas de distancia existía una aguada, resolvió adelantarse con toda la caballería para posesionarse del punto, mientras la infantería, la artillería y los bagajes lo seguirían a órdenes del coronel Ángel Salvadores, escoltados por los escuadrones Cullen y Yeruá bajo el mando del teniente coronel Manuel Saavedra.

En esa oportunidad reiteró su ataque el mandatario santafecino con sus 1.500 efectivos, pero sin empeñarse a fondo, ya que la infantería y los cañones de las tropas liberales rechazaron sus embestidas, hasta incorporarse a su General. Éste se preparó para librar batalla, pero los santafecinos se limitaron a sostener tiroteos, para después alejarse fuera del alcance de la artillería. Era mediodía y se soportaba un “sol abrasador”, con la descorazonante novedad de que los federales se habían apoderado de las aguadas de las inmediaciones con una gran masa de sus fuerzas.

“Esta circunstancia redujo al Ejército a una penosa y terrible privación, tanto más insoportable cuanto que el calor había llegado al más alto grado, en razón del fuego que el enemigo había dado al campo”.

El 27 de noviembre se reanudó el camino en busca de los aliados que debían encontrarse a escasa distancia. Pero lo hicieron no sin que las guerrillas federales reiniciaran su hostigamiento, escopeteando la retaguardia y flancos del Ejército, si bien los infantes de Salvadores se ocupaba de mantenerlos a raya. La noche puso fin al acoso, prosiguiendo el Ejército Libertador su lenta marcha, envuelto en un silencio profundo que daba “un carácter siniestro” —recuerda Elías— a las agotadas filas. Este último, en compañía de los coroneles Niceto Vega y Pedro J. Díaz, se apersonaron a Lavalle para mostrarle la necesidad de desembarazar al Ejército del lastre que le significaba la compañía de las carretas, con su dificultoso andar, salvando sólo las que contenían artículos de guerra. El resto de los bueyes podían turnarse para arrastrar las piezas de artillería. La respuesta del General fue desconsoladora: —*No, amigos míos, no ha llegado la hora aún de hacer penosos sacrificios, y cada carreta que debemos abandonar debe costar sangre al enemigo*. Esta mal entendida compasión, que envolvía para el Ejército “una medida única de salvarlo de su total destrucción”, causó honda desazón a sus subordinados.

El general Manuel Oribe, a la cabeza del Ejército Federal, sufría los mismos inconvenientes, aunque atenuados por su mayor celeridad y el abastecimiento de agua que obtenía de algunos pozos situados en los costados del camino, del cual Lavalle no podía apartarse para no retrasar más su retirada. Escribió el general Oribe que quiso seguirlo de cerca, “*reduciendo el material del Ejército a la mayor movilidad posible*”. También él describió el terreno transitado: “*un desierto sin agua, sin alimentos*”, que sus tropas recorrieron “*bajo un sol abrasador que aumentaba la sed de los hombres y caballos, habiendo sufrido por aquellas causas la muerte de varios soldados de infantería y caballería, y más de 4.000 caballos*”. Es de notar que los pocos charcos que encontraba el Ejército Libertador, quedaban inutilizados tras su paso, y no servían al Federal. Refiere Oribe que hostilizaba a los “salvajes unitarios” día y noche para detener su marcha y forzarlo a la pelea, y que los 1.000 hombres de su vanguardia “*cumplieron debidamente mis prevenciones, guerrilleándolo con buen suceso*” en los tiroteos sostenidos el 26 y 27. Ambas partes se atribuían haberse impuesto a sus adversarios.

La odisea debía llegar a su fin, y esto ocurrió al día siguiente, 28 de noviembre de 1840.

Se arrastraba el Ejército de Lavalle con el enemigo a la vista, el cual mos-

traba mucha tenacidad para hostigarlo. El estado de los integrantes de aquél era lamentable:

“Nada había más digno de piedad que los bravos infantes: sus manos ya no podían soportar el peso del fusil y sus pies hinchados habían perdido la acción, de modo que muchos de esos bravos guerreros sucumbían en medio de la desesperación”.

No mejor era el estado de la caballería:

“Casi la mayor parte desmontada, ofrecía la mitad de su fuerza numérica, porque en la marcha de la noche había perdido millares de caballos de que quedó sembrada la campaña en razón de su cansancio”.

Tal la descripción del primer edecán del General. Las mismas miserias aquejaban a las familias que acompañaban al Ejército Libertador, acerca de las cuales indica el general Iriarte:

“Algunas de nuestras carretas, no pudiendo continuar la marcha porque los bueyes estaban enteramente postrados, se descargaban y repartían sus efectos en las demás. Gran pena causaba ver en momentos de tanta aflicción a las pobres familias que quedaban a pié, agobiadas del hambre, la sed, del peso de sus tiernos hijos, y de los efectos más preciosos que trataban de salvar. Algunos individuos de ambos sexos, no siéndoles posible continuar la marcha, caían en poder de los enemigos”.

Señala Elías:

“A medio día ya el Ejército apenas marchaba, tanto por los frecuentes altos que a cada paso se veía obligado a hacer para dar aliento a los hombres y animales, como para rechazar al enemigo, cuya fuerza crecía por momentos”.

Pasado mediodía, el general Lavalle llamó a aquél y le previno: —*Querido amigo: tome Ud. ese baquiano y una escolta y marche precipitadamente al Quebracho, que no dista de aquí más que una legua. Elija un lugar capaz de colocar con ventaja al Ejército, teniendo entendido que lo que más importa es asegurar la posesión de las aguadas. Regrese sin demora.* Finalmente había llegado el momento del choque decisivo. El lugar elegido, denominado Quebracho Herrado, era un monte que se creía que contenía lagunas. Pero el coronel Elías no pudo llegar a él por serle imposible atravesar las líneas federales. Impuesto el general Lavalle, contestó: —*No importa, nosotros nos abriremos paso.* Aún confiaba en evitar el encuentro con Oribe, alcanzando el cercano refugio.

Pero reconociendo con su anteojo la proximidad de los federales, que comenzaban a desplegar sus efectivos ante la poca distancia que los separaba, decidió que era imposible eludir la batalla. El Ejército Libertador organizó en consecuencia el dispositivo para entrar en pelea.

En el centro Lavalle colocó al batallón de Cazadores de infantería (400 soldados con el coronel Pedro José Díaz), teniendo en sus flancos dos bate-

rias compuestas cada una por 2 cañones y 1 obús (119 artilleros del coronel Luis Manterola), mandando este conjunto el coronel Ángel Salvadores. El costado derecho tenía a su frente al coronel José María Vilela (1.057 efectivos), con los escuadrones *Mayo* (250), *San Pedro, Julio, Álvarez y Buenos Aires*, con sus jefes Santiago Oroño (60), Faustino Allende (50) y Salvador R. Bejarano. El ala izquierda, también de caballería, era comandada por el prestigioso coronel Niceto Vega, quien contaba con su propia División (600 hombres) y las legiones Ábalos (400), Ocampos (230), Rico (230), Noguera (230) y Aldao (220). El Cuartel General disponía de 217 hombres de escolta. Aunque el total del Ejército Libertador era de 4.200 plazas, su fuerza en capacidad combativa apenas excedía los 3.000 efectivos, ya que el resto de la tropa se hallaba a pié, y con sus recados de montar cubriendo su cabeza para protegerla de los fuertes rayos solares. Las cifras precedentes fueron ofrecidas por el coronel Pedro José Díaz, difiriendo poco de lo que el general Lavalle precisó en su parte del día siguiente al Gobierno de Córdoba sobre los dos Ejércitos:

El nuestro tenía 350 infantes, cuatro piezas de calibre 4, y 2.200 hombres de caballería, teniendo 1.000 hombres de esta arma que ya marchaban a pié y se habían reunido alrededor de los carruajes.

El Ejército Federal del general Oribe constaba de casi el doble de efectivos (Lavalle lo calculó en 5.000 hombres de caballería, 1.000 infantes, y artilleros), y su línea se tendió de la siguiente manera, descrita por él mismo en su parte a Rosas: el ala derecha al mando del general Ángel Pacheco, con dos escuadrones de la División Santafecina (teniente coronel Jacinto Andrade), un escuadrón del Regimiento 1 de Caballería (coronel Bernardo González), el Regimiento 2 *Escolta de la Libertad* (coronel Nicolás Granada), dos escuadrones del N° 3, y la División del Sud. El centro estaba comandado por el coronel Gerónimo Costa, y lo integraban los batallones *Independencia, Patrios, y Defensores de la Independencia* (teniente coronel Marcos Rincón), más 6 piezas de artillería (teniente coronel José Pons). La izquierda quedó a órdenes del coronel Hilario Lagos, compuesta por seis escuadrones del Regimiento 3, División Oriental (coronel José Suárez) y Dragones de Buenos Aires (coronel Manuel Delgado). La reserva, de tres escuadrones del N° 3, bajo el mando de su jefe el coronel Vicente González, e indios amigos. Al mes siguiente, otra relación más detallada menciona al batallón de infantería de milicias del N° 3 (mayor Cesáreo Domínguez), Regimiento 2 de milicias (tenientes coroneles Juan B. Navarrete y Julián Ciriaco Sosa), y Regimiento 4 de milicias (coronel Cayetano Laprida).

La batalla fue comenzada por iniciativa del ala izquierda del Ejército Libertador, según refiere el general Iriarte, quien se hallaba acompañando a Lavalle:

“Los escuadrones de la División Vega tocaron la carga y se precipitaron con denuedo e impetuosidad sobre la derecha enemiga, cuyos escuadrones salieron a recibir el encuentro con el mayor orden y unión, como en un día de parada; pero al aproximarse nuestros valientes hicieron aquellos alto, descargaron sus tercerolas y volvieron caras. Esta maniobra les

habría sido funesta, pero confiaban en el mal estado de nuestros caballos y en la velocidad de los suyos. Se vió entonces que nuestros cuerpos al tiempo de cargar no conservaban la unión necesaria para hacerlo con ventaja: esta falta dependía principalmente de la desigualdad de los caballos, de los cuales había muchos que ni al trote podían moverse. La derecha enemiga se perdió de vista desde nuestro Cuartel General: los nuestros los seguían sin poderlos alcanzar”.

Confirma Elías que el avance del coronel Vega no pudo ser sostenido por los federales, pero agrega:

“El estado miserable de los caballos obligó al intrépido Vega a hacer alto después de haber rechazado la derecha enemiga, que bien pronto, rehecha, volvió al combate, pero con tan mal suceso como antes”.

Prosigue Iriarte:

“Nuestra derecha debió desprenderse de la línea y cargar al mismo tiempo que la izquierda; pero sin saber por qué, el coronel Vilela que la mandaba, retardó considerablemente el movimiento. El General en Jefe le mandó repetidas órdenes para que lo efectuase, y al fin cargó con igual suceso que la izquierda, pero sin el efecto que debía haber producido la simultánea carga de las dos alas”.

A pesar de lo dicho, el coronel Juan Elías afirma que la caballería de la derecha se mantenía inactiva, “porque ni el enemigo buscaba combatir contra ella, ni su jefe a pesar de las reiteradas órdenes que recibió, tomaba parte en la batalla”. En los *Recuerdos* escritos en 1885 por el general Martín de Gainza, que con el grado de Teniente formaba en el escuadrón *Mayo* en Quebracho Herrado, se encuentra la confirmación de la pasiva actitud del coronel Vilela:

“Al escuadrón *Mayo* le cupo el honor de distinguirse en medio de tanto veterano. Formado en batalla, se aproximó otro escuadrón [federal] tan cerca que sus fuegos empezaron a causar heridos en nuestras filas. Permanecíamos sin contestarlos: el jefe del cuerpo no daba orden ninguna, y llegó el momento en que el enemigo se puso en aire de carga; entonces un grito uniforme de *¡a la carga!* salió del escuadrón, y lanzándonos sobre el enemigo lanza en ristre, lo hicimos dar vuelta y lo derrotamos completamente. Hicimos alto y tuvimos que retroceder en formación unida, porque otros dos escuadrones enemigos amagaron flanquearnos. Yo me había adelantado persiguiendo a un jefe enemigo, y a pesar de ir muy bien montado no lo pude alcanzar. A mi regreso el escuadrón *Mayo* estaba otra vez formado en batalla. Momentos después fuimos amagados seriamente por los dos escuadrones que antes he dicho; quisieron flanquearnos, los dejamos acercar un poco más, los cargamos a fondo al grito de *¡Viva Buenos Aires!* y los lanceamos un buen trecho”.

Seguramente estas acciones fueron las que hicieron opinar al general Iriarte que el ala derecha había atacado a los federales luego de que lo hiciera Vega por la izquierda.

En el centro del Ejército Libertador se produjo un hecho asombroso, que refieren por igual Iriarte y Elías, presentes en la batalla. Precisa el último de los nombrados:

“La artillería libertadora tuvo ocasión para haber abierto sus fuegos con suceso, mas por una imperdonable negligencia, el jefe de ella, teniente coronel don Luis Manterola, había dejado alejar los carros de municiones sin conservar un solo tiro en las armas: esta fatal circunstancia hizo permanecer en silencio esta arma importante, mientras la del enemigo, servida con actividad y acierto, llevaba a las filas de los libres el terror y la muerte. Varios ayudantes del General en Jefe fueron expedidos para hacer regresar los carros de municiones, pero el cansancio de los bueyes impidió que esto se realizase, y sólo 5 tiros conducidos por los ayudantes pudieron ser disparados”.

El general Iriarte se extraña con razón:

“Nuestra artillería sólo hizo 5 disparos: parece que no tuvo más municiones a mano. Hubo, pues, omisión, ni puede creerse otra cosa porque el jefe era valiente, lo mismo que los oficiales y tropa que tenía a sus órdenes: lo habían acreditado en el cañoneo del Sauce y en la batalla del día siguiente 16 en el mismo punto. La cosa no tiene disculpa, en los arzones habría habido las suficientes para disparar más de 80 tiros. Hubo mucho abandono, falta de buenas disposiciones. Todo iba así”.

Pero el centro federal carecía de jinetes que lo sostuvieran. Dice al respecto Iriarte:

“Es un hecho que la infantería enemiga quedó enteramente sola y aislada, sin más apoyo que la artillería, y que empezó a moverse como para formar cuadros de los tres batallones que la componían. En tales circunstancias dije al General en Jefe que creía la batalla ganada, y él convino conmigo”.

No obstante, se evidenciaban algunas circunstancias negativas, como el hecho de que los cañones del Ejército Libertador se mantenían en silencio, y que muchos soldados, con los caballos cansados, se separaban de sus filas para trasladarse a retaguardia. Otro detalle similar es puesto de relieve por el mismo general Iriarte:

“Ya desde el principio de la acción se había observado que más de 500 hombres armados y pertenecientes a todos los cuerpos, se habían agrupado sobre las carretas que estaban a retaguardia. Faltábale mucho a aquel Ejército para estar bien disciplinado, y su organización participaba en un todo de la que el General había querido darle, según su inaudito sistema de la más absoluta licencia. Pero es cierto que en este día animaba a las tropas un excelente espíritu: hubo falta de dirección. El general Lavalle carecía de la serenidad propia de un verdadero General, y estaba acostumbrado a librar su confianza más al coraje personal de los individuos que mandaba, que a grandes y bien combinadas maniobras”.

En dicho momento el Ejército Federal comenzó a reaccionar con firmeza: la caballería del coronel Niceto Vega estaba aplastada por sus correrías, y dejaba de ser un elemento decisivo para definir la batalla. A cada rato, los jinetes de la izquierda de los liberales debían dejar la pelea para retirarse sobre la infantería, completamente agotadas sus cabalgaduras. Cuando el general Tomás de Iriarte estaba ocupado en organizar los grupos que se replegaban sobre el punto de reunión que eran las carretas, para reenviarlos hacia el frente de pelea, se le presentó el oficial Ramón Quiroga (el hijo del Tigre de los Llanos), "y me dijo que todo estaba perdido, que el Ejército venía en derrota completa".

Así era: en medio de la confusión y el desorden, podía observarse que los escuadrones de vanguardia se replegaban y aparecían los enemigos. El terror se contagió: los coches livianos en que viajan algunas familias santafecinas principales comenzaron a huir, y bien pronto la tropa se entregó a una fuga general, en que iban mezclados jefes y oficiales. El propio Lavalle se vio envuelto entre los dispersos y arrastrado con ellos. Al encontrarse con el general Eugenio Garzón y sus compañeros prisioneros, les dio la libertad por no poder seguir custodiándolos; y para que pudieran reunirse con los federales con seguridad, les proveyó de las divisas del Ejército Libertador y encomendó al capitán Rufino Varela (abogado que servía como voluntario, hermano del doctor Florencio Varela) que los acompañara. Lavalle encargó a Garzón que protegiese en cuanto pudiera la suerte de quienes cayeran prisioneros de Oribe, y se despidió personalmente del grupo de sus antiguos cautivos.

La definición de la batalla se había producido como consecuencia del estado de las caballadas, que contrastaba de un Ejército a otro. Relata Juan Elías:

"La prolongación del combate reducía por instantes el número de los bravos de la izquierda, porque el absoluto cansancio de sus caballos obligaba a retirarse de sus filas a muchos combatientes. El ilustre Vega a la cabeza de poco más de 1.000 hombres sostenía por cerca de dos horas un combate sangriento con cerca de 4.000 enemigos, y éste sólo a su superioridad numérica debe el poder reformar sus filas, constantemente rotas. Cuando al fin, ese puñado de héroes llenos de coraje, tienen el dolor de no poder prolongar la resistencia porque sus caballos ya no pueden marchar contra el enemigo".

Lo expuesto vale para considerar las acciones en el campo mismo de la lucha; pero existe otro ingrediente para atribuir la derrota de Lavalle: su determinación de no abandonar el pesado convoy de carretas que escoltaba. De haberlo hecho a tiempo, sin duda el Ejército podía haber avanzado con la rapidez suficiente como para alcanzar el monte en donde buscaba amparo, o quizá llegar a unirse con la fuerza del coronel Salas que le proveería de agua y alimentos, conduciéndolo hasta encontrarse con el general La Madrid.

En cuanto a la derecha mandada por el coronel José María Vilela, cedió el campo antes de pronunciarse la derrota, y retiró sus unidades.

El general Manuel Oribe describe el avance federal que se produjo:

Hasta ese momento el enemigo había disputado con encarnizamiento el triunfo, y muy particularmente en su izquierda, que fue reforzada por tres escuadrones que tenía como en reserva y en protección de su convoy; sin embargo este esfuerzo fue ineficaz porque el general Pacheco con la

derecha de su mando siempre eligió con tino y bravura todas las ocasiones ventajosas que se le presentaban en esta parte de la línea, hasta que afirmó la victoria; en busca de la cual avanzó todo nuestro Ejército sin vacilar, destrozando al del enemigo en todos los puntos en que ofrecía resistencia y aceptaban choques, hasta conseguir forzarlos a ceder el campo en que fueron sepultados, pues la derrota y el espanto se propagó en todo el Ejército de los traidores y salvajes unitarios.

La infantería y la artillería de los liberales se retiraban lentamente sobre los bagajes, siendo cañoneadas sin cesar por el centro federal en su avance. Los grupos dispersos de la caballería se les habían adelantado, aunque muchos jinetes estaban a pie. "El escuadrón Mayo fue el único cuerpo que salió formado, con su bandera desplegada llevada por el ciudadano don José Iraola", recuerda el después general Gainza, lo que está corroborado por Tomás de Iriarte:

"El escuadrón Mayo, que bien pudiera haberse llamado *sagrado* por estar compuesto por individuos notables de la República Argentina, y muy particularmente de la Provincia de Buenos Aires, de la que servían en él en clase de soldados muchos estancieros acaudalados y jóvenes de las mejores familias, acreditó su patriotismo y bravura, cargando en dos ocasiones consecutivas a los enemigos al frente de nuestra derecha, sin que éstos fuesen osados a recibirlos. Cuando todo el Ejército se retiraba en gran desorden, el escuadrón Mayo lo verificó con lentitud imponente a los enemigos y conservando su formación".

Todo estaba perdido al promediar la tarde del 28 de noviembre.

En tales instantes el valeroso coronel Niceto Vega se aproximó al general Lavalle, y pasándole un brazo por sobre el hombro, le exhortó con lágrimas en los ojos: —*Sálvese usted, querido General, porque su conservación puede ser útil todavía a nuestra Patria. Yo pelearé a retaguardia para contener a nuestros enemigos.* Escenas dramáticas tuvieron lugar entonces: las familias alojadas en las carretas suplicaron a los jefes de hogar que se salvaran, pero muchos de éstos no quisieron dejarlas. Refiere Gainza:

"Cuando pasábamos cerca de las malditas carretas donde quedaban aquellas desgraciadas familias, vino corriendo el coronel Díaz y nos dijo: —*iCiudadanos del Mayo, no dejemos la artillería, salvémosla!* Muchos, muchísimos se fueron con el Coronel y ataron los cañones a la cincha de sus caballos, pero sucedió lo que tenía que suceder: débiles y con la fatiga de todo un día de batalla, a poco andar se cansaron y todos esos patriotas cayeron prisioneros, entre ellos los tres hermanos Darregueira".

Gainza, que hubo de seguirlos, fue detenido por un amigo que le sujetó la rienda advirtiéndole: —*iA dónde vas, tonto! ¿Quieres que te degüellen?*

Antes de retirarse del campo de batalla, el general Lavalle se preocupó por la suerte del jefe de su infantería, coronel Pedro José Díaz, y encomendó a su ayudante el capitán Pedro Lacasa que le previniera que se salvara a todo trance. Lo que sigue fue registrado por el propio Lacasa:

"Se dirigió al Batallón, que en esos momentos se retiraba en cuadro entre una lluvia de balas, y llamando con la espada al Coronel, que venía dentro de él, le participó la orden del General en Jefe después de haberlo separado algunas varas de su tropa. La contestación del bizarro coronel Díaz en ese momento de prueba fue la siguiente: —*Diga Ud. al General que donde mueren mis soldados, muere su Coronel*, volviendo a entrar después al centro del cuadro".

Pronto llegaron cerca los victoriosos elementos del Regimiento 2 de Milicias, mandado por el teniente coronel Juan Bernardo Navarrete, quien intimó rendición a la infantería liberal, y refiere en su *Memoria militar* el capitán José María Guerra:

"Los que nos salvamos de caer prisioneros en aquella circunstancia debido a una pronta estrategia, fuimos el jefe de la Legión, coronel Ángel Salvadores, comandante Baltar, el Capitán que suscribe, el ayudante don Antonino Taboada (hoy Brigadier en su Provincia natal Santiago del Estero) y el ayudante Justiniano Rodríguez. Al intimarnos pié a tierra y rendirse, disparamos nuestras pistolas, y agachándonos sobre el pescuezo de nuestros caballos hundimos las espuelas y nos lanzamos con furia, a pesar de los disparos que nos hicieron, sin tocarnos".

Mientras, el capitán Rufino Varela conducía a los antiguos prisioneros al Ejército Federal. Llegados al cuerpo del coronel Gerónimo Costa los entregó en medio de la jubilosa algarabía de sus camaradas. En tanto Varela permanecía a caballo, el general Garzón explicaba a Oribe lo sucedido; pero éste dio orden de que lo mataran, lo que fue cumplido en el acto.

La caballería del Ejército Libertador escapaba del campo de batalla en completa confusión, perseguidos por apenas medio centenar de tiradores, a los cuales los escuadrones correntinos de los comandantes Ábalos y Ocampo enfrentaron y contuvieron. Para fortuna de los fugitivos, el Ejército Federal detuvo su avance al llegar al lugar donde estaban las carretas con las familias porteñas y santafecinas, y los bagajes, por haberse dispersado muchos de sus jinetes y la falta de municiones, además del cansancio provocado en los montados por la penosa marcha seguida de una larga pelea. Mas nada de esto conocían los derrotados, que proseguían su retirada con el último aliento de sus cabalgaduras. El general Lavalle no atinó a formar a los fugitivos para contener su desbande e imponerse a quienes intentaran perseguirlos, galopando rodeado de un grupo de compañeros de confianza: mucho tiempo lo separaba del audaz comandante de Granaderos que en Riobamba aprovechara con ojo táctico para volver caras en el momento oportuno, y cambiar la suerte del combate. Nada intentó en esta ocasión, y cada uno debió su salvación a sus propios medios, sin poder contar con las disposiciones que debió tomar su Comandante en Jefe.

Años después (1857) el general Pacheco recordó aquellos momentos:

"La caballería del general Lavalle, después de varios choques, había abandonado el campo; su artillería había sido también abandonada después de un fuego muy sostenido. Una columna de infantería a las órdenes

del coronel Díaz se retiraba en masa, en un orden perfecto, pero por terrenos desiertos, enteramente llanos y sin agua por muchas leguas. Su situación era, por consiguiente, desesperada, pues con sólo algunas piezas de artillería que ya se aproximaban, habría sido despedazada; para evitarlo le intimé rendición, lo que efectuó bajo la condición de garantizarle la vida al Coronel, que era el único a quien podía considerar ese peligro, por antecedentes que me eran conocidos. En esta acción yo no mandaba el Ejército sino la caballería de la derecha: ésta se encontraba ya adelantada y a alguna distancia, habiéndome quedado con sólo un piquete al lado de la columna que había depuesto las armas. En tales circunstancias, una gran parte de la caballería [federal] de la izquierda se venía a la carga, a la desbandada, sobre aquella tropa desarmada: los oficiales [prisioneros], viendo el inminente peligro que los amenazaba, me rodeaban para que los protegiera. Conociendo que si esa tropa llegaba a las manos en ese orden, no podía evitar un destrozo, me adelanté solo hacia ella para contenerla, si era posible, o sacrificarme en el cumplimiento de mi deber respecto de prisioneros, previniendo a éstos que si no podía contener a la tropa que avanzaba, tomasen las armas y se defendiesen, apoyados por el piquete que los custodiaba, mientras eran protegidos por algunos escuadrones que mandaba regresar en el acto. Felizmente fui obedecido sin gran dificultad".

La infantería liberal prisionera fue después enviada por el general Oribe para ser encerrada en los calabozos del campamento de Santos Lugares, a donde llegó el 6 de enero de 1841 luego de una sufrida marcha a pie durante la cual muchos de sus integrantes sucumbieron. Pocos días después fueron conducidos los prisioneros a Buenos Aires, donde quedaron en los calabozos del cuartel del batallón *Guardia Argentina* que mandaba el general Rolón. Años después (1854) testimonió su jefe el coronel Pedro J. Díaz.

El ayudante [Mariano] Ortega, uno de estos prisioneros, fue en el mismo día conducido a la cárcel y fusilado el 15 de febrero del mismo año. El teniente coronel [Manuel] Cano murió en la prisión sin ninguna clase de auxilios. El teniente [Francisco] Galain sufrió la misma suerte; y el 2 de abril de 1842 fueron fusilados en el cuartel de Retiro, a mi presencia, los tenientes coroneles [Manuel] Soares y [Saturnino] Navarro, el sargento mayor [Juan José] Pérez Mendoza, y los capitanes [Faustino] López, [Mariano] Llanos y [Domingo] Castañón, todos oficiales capitulados conmigo en el Quebracho; y 8 oficiales subalternos fueron engrillados por el mayor Moranchel y sacados del cuartel en carretas para ser fusilados fuera de él, habiendo tenido después noticias que fueron conducidos al campamento para su ejecución.

Los restantes prisioneros fueron utilizados en duros trabajos en Buenos Aires, constantemente maltratados. El teniente Antonino Taboada obtuvo su libertad merced al hecho de ser sobrino del mandatario santiagueño Ibarra; igual suerte tocó a Ramón Quiroga, en mérito a la memoria de su padre.

Los restos del Ejército Libertadores arribaron a El Tío, donde los recibió el coronel Manuel Salas, quien de inmediato cursó aviso al general La Madrid, el cual se dirigía a Fraile Muerto: le decía en su nota

que estaban llegando muchos hombres dispersos, muertos de hambre y de sed, y que él salía a encontrar al Ejército con el ganado llevándole toda el agua posible en carretas y cargueros, para cuyo efecto estaba haciendo sacar bolsas enteras de terneras.

La desesperación de La Madrid al enterarse de la derrota, estando a alrededor de 30 leguas de distancia de Quebracho Herrado, fue grande. Toda la noche retrogradó, y al mediodía siguiente pudo reunirse con varios de los jefes, oficiales y soldados, "y supe por ellos que la acción se había perdido por la absoluta falta de caballos". El alborozo de los fugitivos al encontrarse con camaradas y provisiones, fue tan grande como los temores pasados. Quedaron en El Tío aguardando más dispersos —identificados por sus ponchos azules—, y apunta el capitán Guerra una nómina de algunos de ellos (compuesta en 1886), que resulta interesante incluir para mostrar la calidad de los salvados:

"El primero en llegar fue don Martín Campos (padre del actual general don Luis Ma. Campos), don Juan Ramón Ezeiza con sus hijos, don Ramón Rico, los tres hermanos Castex (don Feliciano, Mariano y Fermín), los hermanos Viel, don Eduardo Holmberg, don José Mauriño, el coronel Prudencio Torres, comandante Olmos, Julián Boado, Goyo Guerrico, los hermanos Ramos Mejía, don Francisco Madero (hoy Vicepresidente de la República), don Joaquín Rivadavia y otros muchos que ahora no recuerdo. También llegaron el entonces comandante Manuel Hornos, capitán Ortiz, Toribio Varela, comandante Ortega (padre del actual Gobernador de Mendoza), coronel Vega, coronel Vilela, etc, y casi media legión Rico, que a fuerza de lanza y sable había escapado".

Salvó al Ejército de Lavalle de su total destrucción el hecho de que los vencedores no los persiguieran. Pero sus pérdidas fueron importantes, en hombres y en equipos.

La fuga de la caballería liberal hizo caer en manos de los federales un enorme botín de guerra, que el general Oribe detalló en su parte a Rosas, al mismo tiempo que las bajas sufridas por sus oponentes:

El enemigo ha dejado sobre el campo de batalla más de 1.500 cadáveres, entre éstos varios jefes y muchos oficiales; en poder del Ejército Unido 6 jefes prisioneros, 55 oficiales, y más de 500 prisioneros de tropa, 4 piezas de artillería calibre a cuatro, 2 obuses de campaña, 22.500 cartuchos a bala, fusil y tercerola, 400 fusiles, 1.370 lanzas, 2 banderas, una imprenta, 3.000 caballos, sus cajas de guerra, todos los objetos de artillería, parque, vestuarios, provisión y artículos de guerra, y toda su correspondencia oficial y privada, las familias con cuanto contenían un sinnúmero de carretas. No va comprendido el armamento de los muertos y el que el enemigo ha arrojado en su precipitada, desordenada fuga, que se han recogido en los montes.

En cuanto a las bajas propias, Oribe reportó 1 jefe, 5 oficiales y 30 soldados muertos, y heridos 1 jefe, 5 oficiales, y 44 individuos de tropa. Fue, como

la definió el mismo general Oribe, "una completa victoria". El Ejército Libertador perdió toda su infantería y artillería, armamento y bagajes. Y algo más importante: el general Lavalle no pudo desde entonces tomar la ofensiva en la guerra, pues sus movimientos desde entonces carecieron de un concepto estratégico, limitándose a avances parciales en donde no se daría la definición de la contienda.

12

La dispersión de los restos del Ejército Libertador fue casi total. Los grupos más numerosos fueron a unirse con el coronel Salas —como se dijo—, y otros igualmente nutridos encontraron al general La Madrid cuando éste avanzaba para llegar a El Tío; pero varios más siguieron directamente hacia la ciudad de Córdoba, llevando allí la desolación y el temor. Rememorando su conocimiento de la derrota, Gregorio Aráoz de la Madrid defiende su conducta en sus *Memorias*:

"Pueden figurarse mis lectores cuál sería mi desesperación al encontrarme a 30 leguas o más del Quebracho con aquella noticia, después de haber estado hasta el 25 a distancia de 6 u 8 leguas de este punto, y vístome precisado a emprender aquella marcha por la sola falta de franqueza del general Lavalle para avisarme, como debió hacerlo, que el enemigo lo perseguía y que el mal estado de sus caballadas le había privado de llegar a Romero el día prefijado".

Su secretario Villafañe reflexiona respecto a la falta de datos concretos sobre el estado del Ejército Libertador:

"¿Por qué Lavalle, conocedor de sus obligaciones como soldado y jefe de un Ejército cuya suerte se ligaba tan íntimamente al nuestro, guardaba ese obstinado silencio? ¿Y por qué La Madrid se atenía simplemente a los avisos de Salas y Lavalle, y no enviaba, costara lo que costase, agentes que le comunicaran día por día, hora por hora, lo que era de Lavalle? En momentos tan decisivos y solemnes toda actividad de una y otra parte era insuficiente".

Vale detenerse a dilucidar tema de tal envergadura, que naturalmente preocupó a los integrantes de los dos Ejércitos antirrosistas. Los jefes cercanos a Lavalle acusaban por lo bajo a La Madrid de no haberlo aguardado en Romero el día 20, como estaba advertido, pero éste confió al coronel Elías, tiempo después, una nota que confirmaba los motivos de su ausencia:

Resultando infructuosas todas las diligencias practicadas hasta el 24 en la noche para tomar noticias del Ejército Libertador, y dar las del nuestro, y como el general Lavalle no sólo había faltado a la cita, sino que no había dado el menor aviso ni conocimiento de los motivos que ocasionaron su falta de concurrencia, creí de mi deber y como único medio de salvar a dicho General y su Ejército del conflicto en que lo suponía, marchar

el 25 en la noche con toda mi División, dejando al coronel Salas en Esquina a cargo del ganado, y tomar la dirección de Cruz Alta para llamar la atención de los enemigos por Desmochados, reuniendo de paso mi vanguardia que estaba en Fraile Muerto, y los escuadrones de milicias que había pedido de Códoba.

Juan Elías comenta lo anteriormente transcripto:

“Terribles y tremendos cargos se hacen pesar sobre la conducta militar del general Madrid en las circunstancias: yo mismo, víctima de las consecuencias que produjo su falta de asistencia a Romero, tal vez lo consideré como el autor de nuestros desastres. Pero cuando más tarde, templada la exasperación que la desgracia produjo, conocí las causas que lo habían forzado a obrar así, convine, como convinieron todos y en especial el general Lavalle, que el general Madrid no podía merecer un reproche si no es que llevase el sello de la injusticia. Sabido es que la cita fue dada para el 20, y el Ejército Libertador no tocó en Quebracho Herrado sino en la tarde del 28, en que tuvo lugar la batalla. Resulta que el general Lavalle calculó mal el tiempo, y ésta fue sin duda la verdadera fatalidad”.

Las reflexiones de Villafañe antes citadas mantienen su validez, debido a lo que estaba en juego, pero disminuyen la responsabilidad de La Madrid.

Llegados con el infortunado General los restos de su caballería a El Tío (en la mañana del 29 de noviembre), el coronel José Manuel Salas brindó los auxilios que precisaban los derrotados en la batalla. La fuga del campo de la acción había producido una enorme desorganización por la búsqueda de salvación en diversas direcciones, aunque los grupos más numerosos llegaron a este paraje, algunos con jefes y otros sin ellos, habiendo organizado el comandante correntino Simeón Payba, de la legión Ábalos, el conjunto más disciplinado. Pero en gran medida los cuerpos salvados carecían de armamento, pues lo habían arrojado para escapar más ligero. Si no fueron aniquilados se debió al hecho de que la persecución de los federales triunfantes no se produjo.

Pero al día siguiente un aviso del coronel Salas —que estaba en observación del enemigo en la vanguardia— participó que el Ejército Federal volvía a avanzar, hallándose a dos o tres leguas de la villa. La difusión del mismo provocó entre los 1.500 hombres que se encontraban en El Tío “una fuga oprobiosa”, en términos del coronel Elías, sumado el abatimiento con el miedo, ante los comentarios que algunos propalaban, de que *todo estaba perdido, y aún se les quería hacer matar*. Para escapar del lugar no se vaciló en apropiarse de los caballos de los moradores, los cuales, aterrados por esa conducta abusiva, huyeron a los montes.

Indignado, Elías se presentó en el campo aledaño donde el general Lavalle estaba al frente de 500 efectivos, rodeado por sus ayudantes el mayor Carmen García, Matías y Ezequiel Ramos Mejía, y el comisario del Ejército, Isafas de Elía. Aquel hizo presente a su jefe los escándalos que se producían, cuando Lavalle, exasperado, lo interrumpió “de un modo brusco y con voces descompasadas”: *—¡Basta, Coronel! ¡No quiero saber más! ¿Quiere Ud. que yo haga milagros? ¡Estoy ya cansado de oír sus representaciones! ¿Y en estos momentos me viene Ud. a mortificar con la descripción de un suceso irremedia-*

ble? Sorprendido por ese exabrupto, Elías respondió: *—General: si el cumplir con mi deber es un crimen, convengo que lo he cometido. V.E. dice que está cansado con mis representaciones, y yo le evitaré este disgusto luego que la distancia del peligro lo permita sin menoscabo de mi honor, separarme del Ejército.* Lavalle cortó el diálogo: *—Calle Ud., Coronel, no me haga perder la paciencia.* Para evitar un escándalo ante la tropa, Elías se retiró, no sin que estampara luego en su crónica las siguientes consideraciones sobre el temperamento del Comandante en Jefe, que corroboran las de otros que lo trataron:

“El general Lavalle, recomendable por mil títulos, tenía una desgracia: ésta dependía de su organización y temperamento. Dotado de un carácter fuerte y altivo, que se manifestó siempre durante su vida, no pudo jamás oír reflexiones sin que ellas excitaran su disgusto, que estallaba con más o menos fuerza según las circunstancias. Esto le produjo la separación de sus mejores y más fieles amigos, que no pudiendo ver con indiferencia sus arrebatos, tomaban el temperamento de alejarse de él. Por lo demás, el general Lavalle fue el mejor de todos los hombres que he conocido, pues era de una virtud y honradez incorruptible”.

Ya se indicó que varios de sus antiguos camaradas habíanse retirado de su lado debido a la intemperancia de Lavalle (Olavarría, Chilavert, Pueyrredon), e Iriarte —tiempo después él también— recoge en sus *Memorias* episodios como el que cuenta Elías.

En lo que hace a las buenas prendas de aquel ilustre soldado, a poco hubo ocasión de demostrarlas una vez más.

A la mañana del 30 se emprendió la retirada desde El Tío hacia la Villa de Ranchos donde se hallaba La Madrid, a la cual los restos del Ejército Libertador llegaron pasado el mediodía del 2 de diciembre. “Fuimos recibidos con aclamaciones de un ardiente y puro entusiasmo —recuerda Elías—. En este punto se reunieron al General en Jefe los coroneles Vega, Rico y Salvadores, así como muchos jefes, oficiales y tropa”.

Al día siguiente Lavalle recibió una comunicación del capitán de fragata francés Halley —en cuya nave viajara desde Diamante para desembarcar en San Pedro pocos meses atrás—, requiriendo una entrevista. Ésta tuvo lugar en la mañana de la jornada siguiente, 4 de diciembre de 1840. El enviado tenía por misión cumplir una de las cláusulas del tratado suscripto entre el Ministro Arana y el almirante Mackau en octubre, mediante la cual se ofrecía indulto a quienes dejaran de luchar contra la Dictadura.

Revela el coronel Elías:

“La misión del señor Halley estaba reducida a proponer al general Lavalle, a nombre del señor Mackau, que se retirase de la escena política él y las personas más comprometidas del Ejército, bajo la promesa de que serían transportadas a Francia, donde serían reconocidos en sus empleos militares, y que se le entregaría en Montevideo, Río de Janeiro o en el punto que él eligiese, la suma de 45.000 pesos fuertes. El general Lavalle, dotado de un alma superior, patriota eminente y enemigo jurado del Tirano, desdeñó una oferta que de aceptarla, habría refluído sobre su nombre un borrrón eterno”.

Esa página no fue publicada en vida de su autor sino a fines del siglo XIX, pero la actitud la difundió públicamente el secretario del General, Félix Frías, al recibirse en Buenos Aires en 1861 sus restos:

"El noble marino M. Halley se presentó en el campo del general Lavalle para ofrecerle en nombre de su Gobierno, para sus soldados la amnistía de Rosas, y para él, el grado y los honores de general francés. El general Lavalle contestó con la altivez de su carácter *que no había peleado por miras personales sino por patriotismo, y que no abandonaría a los pueblos que se habían sublevado contra Rosas confiando en ser guiados por él en la lucha*. En vano le instó su amigo para que reflexionara antes de rechazar sus ofertas".

Y el mismo Frías, en un folleto editado en 1847, dio a conocer un gesto complementario: cuando el capitán Halley,

"después de haber informado al almirante Mackau del resultado de esa misión, ofreció en Montevideo a la virtuosa esposa del general Lavalle 50.000 francos, prometiéndole que nadie tendría noticia de aquel servicio, esta oferta fue también rechazada".

Lo que quedaba del Ejército Libertador se reunió, por fin, a la División del Norte, el dicho 2 de diciembre. El general La Madrid se adelantó a recibirlo acompañado de su ayudante:

"Cuando se aproximó al general Lavalle ambos echaron pié a tierra y entrelazaron sus brazos; Madrid acompañó esta demostración de amistad con las palabras: — *Ya estamos juntos: ahora hemos de embromar a todo el mundo*".

Así lo describe Iriarte. Según testimonio del secretario de La Madrid (Villafañe) no se formularon reproches y recriminaciones por el desencuentro: seguramente cada uno de ellos reconocería la parte de falta que le tocaba.

No se pensó en otra cosa que en continuar la lucha contra el despotismo que pesaba sobre las Provincias sujetas a Rosas. Apenas estuvieron juntos ambos Generales, convinieron en acrecentar sus fuerzas para proseguir su empresa, escribiendo Lavalle al Gobierno de Córdoba, y La Madrid al Gobernador Manuel Solá de Salta, que ya estaba en esa Provincia al frente de su División *Constitucional*, compuesta por 400 soldados. Hacia aquella capital se emprendió el repliegue.

Malo mori quam fedi: "¡Mejor morir que transar!" De los planes de campaña y de los elementos para ponerlos en ejecución dependería el futuro. Pero de todos modos, la posibilidad de deponer las armas y someterse al enemigo, estaba descartada. El secretario de Lavalle y su íntimo colaborador, Félix Frías, explicó años después la actitud espiritual que los impulsaba a proseguir la lucha, defendiendo a su héroe en la Cámara de Diputados:

"Siendo siempre desgraciado durante la más larga y penosa campaña que se haya hecho en defensa del honor argentino, salvó la dignidad de su

país de la única manera que era posible salvarla: protestando en muchos campos de batalla contra la sangrienta y brutal tiranía. Nada tendría este país que oponer a la vergüenza de haber soportado durante veinte años el yugo de esa tiranía, si no existieran esas glorias del *héroe de las derrotas*".

Pasaría una década antes de que otro Ejército invadiera la Provincia de Buenos Aires para derrocar a su Gobernador Juan Manuel de Rosas.

Bibliografía

- BAIGORRIA, MANUEL, *Memorias*, en JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MENDOZA, Revista t. X (1938).
BARBA, *Reacciones contra Rosas*, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, t. VII, 2ª sección (1951).
— *La campaña libertadora* cit.
BENENCIA, *Partes de las guerras civiles* cit.
ELÍAS, *Historia de la guerra* cit.
H. SALA DE REPRESENTANTES DE LA PROVINCIA, *Rasgos de la vida pública de S.E. el Sr. brigadier general D. Juan Manuel de Rosas* (Buenos Aires, 1842).
IRIARTE, *Memorias* cit.
LACASA, *Vida militar y política* cit.
LA MADRID, *Memorias* cit.
MEDRANO, JUAN MANUEL, "El mando de las armas en la historia del Derecho argentino", en INSTITUTO DE HISTORIA DEL DERECHO, *Revista* n° 15/16 (1965).
PAZ, *Memorias* cit.
QUESADA, ERNESTO, *La Madrid y la Coalición del Norte* (Buenos Aires, 1926).
— *Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado* (1927).
VARELA, FLORENCIO, *Tratados de los Estados del Río de la Plata* (Montevideo, 1847-48).
VILLAFÑE, BENJAMÍN, *Reminiscencias históricas de un patriota* (Tucumán, 1972).
YABEN, JACINTO R., *Bosquejo biográfico del General de División don Martín de Gainza* (Buenos Aires, 1946).
ZINNY, *La Gaceta Mercantil* cit.
— *Historia de los Gobernadores* cit.

CAPÍTULO VII

Éxitos y fracasos en el Interior

LOS EJÉRCITOS ENEMIGOS, DE CÓRDOBA A LA RIOJA • ACTITUDES DE LAVALLE • COMPOSICIÓN Y DIFICULTADES DE LOS CONTENDIENTES • EL CORONEL MAZA EN CATAMARCA • ALDAO VERSUS BRIZUELA • AVANCE DE LA MADRID HACIA CUYO • ACHA Y LOS COMBATES DE ANGACO Y SAN JUAN • LA RESPONSABILIDAD POR SU MUERTE • LA PRESENCIA DE PACHECO Y LA BATALLA DE RODEO DEL MEDIO • CRUCE DE LA CORDILLERA • ORIBE Y LA BATALLA DE FAMAILLÁ • LOS EXCESOS CON PRISIONEROS • LAVALLE EN SALTA Y LA TRAVESÍA DEL CHACO • LA MUERTE DEL GENERAL LAVALLE

1

La conjunción de Lavalle con La Madrid luego del catastrófico desencuentro entre ambos hizo, no obstante la derrota del primero, que volviera la esperanza a animarlos. Aquel General envió una comunicación el día siguiente a la batalla al Gobernador de Córdoba doctor José Francisco Álvarez, que comenzaba:

Sería indigno de esta gran revolución, de V.E. y de mí, suponer que fuera preciso emplear subterfugios para no debilitar la energía y el patriotismo. Por otra parte es muy probable que el engrعيمiento de esa victoria allane al Ejército del verdugo al abismo en que se sepultaría si penetrase en el interior de esta Provincia. Acabo de conocer el estado de la opinión del pueblo cordobés y siento el gozo inexplicable de poderlo asegurar.

No estaba muy descaminado entonces, pues el general Tomás Iriarte confirma esta primera disposición popular y las esperanzas del Comandante en Jefe, nacidas del pronunciamiento del 10 de octubre en la ciudad:

“Los cordobeses tenían tan buena opinión de nuestro Ejército y de su principal caudillo, cuya reputación para ellos era inmensa, que unánime nos aseguraban que nuestro descalabro, lejos de entibiar los ánimos, los pondría aún de un temple más fuerte”.

Fue una impresión pasajera:

“Pero esta ilusión se desvaneció muy pronto a consecuencia del desorden y desmoralización que palpablemente vieron había contaminado nuestras filas, y con el terror que los dispersos de todas clases que entraron en la ciudad esparcieron allí y en su tránsito. La escena cambió, y muy luego con la presencia de los enemigos y nuestra retirada al Interior, se levantaron montoneras contra el Ejército Libertador, y la campaña de Córdoba empezó a sernos hostil”.

El relato se ha adelantado.

En la conferencia que mantuvieron Lavalle y La Madrid el 2 de diciembre, a la que asistieron sus secretarios Félix Frías y Benjamín Villafañe, se cambiaron ideas entre ambos Generales. El primero anunció que en la misma noche se pondría en camino a Sinsacate para establecer su Cuartel General y reorganizar y moralizar a su Ejército, remontando adecuadamente a su caballería. La Madrid opinó que convenía, por el contrario, estando ambos reunidos, atacar inmediatamente a Oribe, cuya tropa no estaba aún preparada para resistir ese avance inesperado. Sin embargo, Lavalle impuso su criterio, teniendo en cuenta el estado de sus efectivos, de bajo espíritu y sin estar encuadrados convenientemente. Explica Villafañe:

“Este General pensaba que dados los hechos producidos, lo mejor por hacer era retirarse al interior del país, tranquilizar los ánimos probablemente desalentados, aumentar en lo posible nuestras fuerzas, hostilizar al enemigo con la guerra de partidas o montoneras hasta debilitarlo poco a poco, y no pensar en batalla alguna decisiva sin contar con suficientes probabilidades para vencer”.

Por tanto, La Madrid se conformó con dirigirse a la ciudad de Córdoba y —si el Ejército Federal avanzaba sobre ella— retirarse con todos los hombres que pudiera a la sierra del oeste por San Roque. De este modo el general Oribe sería hostilizado por todas partes. Un par de escuadrones de La Madrid debía quedar en la Villa de Ranchos en observación del enemigo.

Refiere el general Iriarte:

“Por primera vez que estaba en campaña, oía los toques de ordenanza, no acostumbrados en nuestro Ejército, en donde jamás se pasaba lista, pues el toque de fagina para carrear era el único que diariamente entonaban nuestros clarines. Así es que muchos individuos de nuestro Ejército, y muy particularmente los que por primera vez hacían una campaña, se mofaban de los toques de ordenanza que con frecuencia se oían en el Ejército de Madrid, denominado *del Norte*.”

No creían necesario aquel aparato marcial tan conveniente y necesario en los Ejércitos bien reglados, y la lista para ellos era una verdadera farsa. No era extraño: veían por primera vez un sistema semejante, porque el que seguíamos, el que había introducido nuestro General en Jefe, era propiamente hablando el de los beduinos en los desiertos arenosos de África. No se crea por esto que el Ejército estaba muy bien arreglado, pero al menos conservaba la apariencia de buen orden, que Madrid había aprendido al lado del general Belgrano, severo este General en el servicio y apegado a las prácticas que recomienda la Ordenanza”.

Esa misma noche, pues, salieron los restos del Ejército Libertador hacia el norte, con apenas un caballo por hombre, y en mal estado. “El desaliento se pintaba en los semblantes de guerreros tan impertérritos en todas las lides que habían sostenido”, prosigue Iriarte, quien remarca que el desorden y la indisciplina se habían moderado, habiéndose recomendado mucho a la tropa que respetase la propiedad. Gregorio Aráoz de la Madrid tomó el rumbo de la ca-

pital al día siguiente, donde el Gobernador Álvarez le delegó el mando para que organizara discrecionalmente la defensa, mientras él colaboraba con su influjo para aumentar el contingente de Lavalle entre los pobladores de la campaña. Refiere el coronel Elías:

“El día 7 llegó el general Madrid a la capital con su columna, y su presencia contribuyó poderosamente para despertar el entusiasmo abatido de los habitantes, así como para restablecer el orden, alterado de un modo inexplicable con la presencia de más de 1.500 soldados del Ejército Libertador, que desde el suceso de El Tío vivían entregados a todo género de licencia”.

De Córdoba se retiró entonces don Manuel Solá, por haber sido reemplazado en el Gobierno de Salta por Miguel Otero, quedando su División a cargo del coronel Francisco Zamudio.

El Ejército Federal avanzó. Al tener noticias de ello, el general La Madrid dispuso la evacuación de la ciudad y marchar a San Roque como estaba convenido, llevando toda su caballería, maestranza, carretas con elementos varios, y los 8 cañones de que disponía. Había requisado todas las armas existentes e impuesto una contribución forzosa, bajo severas amenazas a los infractores de sus órdenes. Pero con la noticia de su partida la consternación y el disgusto de los vecinos fueron tales, que La Madrid resolvió quedar en las inmediaciones, situándose en los altos de La Tablada. Allí se dispuso a librar batalla, e invitó al general Lavalle a unírsele con este propósito, *queriendo tener la gloria de combatir mandado por el primer soldado de la Libertad* —le mandó decir— en La Tablada, *una vez sepulcro de los tiranos, que volvería a serlo ahora*. Pero el último se opuso, argumentando, según resume Iriarte, que

“el Ejército estaba desmoralizado, no muy bien armado, y era preciso reorganizarlo para volver a pelear contra enemigos engreídos por su reciente victoria, y superiores en número con gran exceso en todas las armas: su infantería se había reforzado con 1.000 hombres más, recibieron más artillería de Buenos Aires y el aumento de la que perdimos en Quebracho Herrado”.

El general Lavalle, no obstante, se ofreció para ir a pelear como simple comandante, aunque opinó que la localidad de Santa Catalina era mejor para hacer frente a los federales. En Sinsacate, con mejores pastos, su caballada podría reponerse previamente. La Madrid debió ceder —el prestigio de Lavalle entre las masas y la tropa era todavía muy alto, y el mismo tucumano había servido a sus órdenes en 1828, lo que influía para acatar sus directivas, pese a alguna protesta íntima—, y con sus tropas dejó La Tablada y fue a incorporarse a aquél, con quien se encontró en el río Carnero, a nueve leguas de Córdoba: Lavalle se le apareció a la noche acompañado de su ayudante y una pequeña escolta. Allí tuvo lugar un revelador episodio acerca del espíritu que embargaba a Juan Lavalle, marcadamente tras su derrota en Quebracho Herrado, después de la cual se acentuó su desapego por la rigidez militar, tan necesaria en campaña frente al enemigo. Describen la anécdota, separadamente, La Madrid y Villafañe, lo que no deja dudas acerca de su autenticidad.

"Así que amaneció el siguiente día —*escribe La Madrid*— mandé convidar a todos mis jefes para que nos acompañasen a tomar el té con el general Lavalle a las siete de la mañana, y mandé bajar de las carretas unos cuantos asientos de brin, petacas y tercios para que tuvieran en qué sentarse. Después de los cumplimientos consiguientes, empieza el General una conversación con mi secretario Villafañe, sosteniendo aquel que era necesaria la indulgencia, o más propiamente que se debía permitir la licencia a nuestros soldados (en tono de broma), y éste lo contrario, como era natural, probando que sin el orden no haríamos otra cosa que asemejarlos a nuestros enemigos y acabarnos de desmoralizar. Lavalle atacaba a los de frac y mi secretario los sostenía, igualmente que a los doctores, pues sobre los tres puntos movió la conversación el General. Viendo el General el empeño con que mi secretario contrariaba sus opiniones, dícele en voz alta y continuando en su tono de broma: —*iDeje Ud. que roben, que fusilen y que maten, pues todo eso nada importa si salvamos la Patria! Concluyamos con Rosas y fácilmente moralizaremos después a nuestros soldados*".

Benjamín Villafañe es más preciso:

"Yo, muchacho aturdido, puse de repente el dedo en la llaga, sin pensar en el efecto que ella podía producir: hablé de disciplina y no muy bien de la gente voluntariosa que en nuestras filas convenía sujetar. Al oír esto el General se puso bruscamente de pie y su palabra tomó el acento de la tempestad: —*iDisciplina, dice usted! iOrden y piedad para Rosas y los suyos! ¿Y sabe usted quiénes son los suyos?: no son solamente Oribe, Pacheco y Lagos, son todos esos cobardes que se dicen sus enemigos y que sin embargo autorizan con su inmovilidad y silencio las atrocidades del bárbaro que los azota y humilla. ¿Disciplina en nuestros soldados? ¡No! ¿Quieren matar? déjelos que maten. ¿Quieren robar? déjelos que roben. ¿Quieren...? déjelos que...*"

Prosigue y concluye La Madrid:

"Fue tal mi impaciencia al oírle pronunciarse de aquella manera, que necesité de toda mi moderación para no manifestarle de otro modo mi desagrado, que diciendo a mi tropa en voz bien alta: —*¿Qué hacen ustedes aquí? ¡Retirarse a su campo!* Todos me obedecieron y la conversación o disputa de broma con mi secretario cesó luego".

Resulta evidente que aún atormentaba a Lavalle su rencor hacia los habitantes de la ciudad de Buenos Aires que no se levantaron contra el Dictador ante su aproximación. Pero aunque sus conceptos hubieran sido proferidos en tono de chanza frente al joven Villafañe, como La Madrid opina, el hecho era grave porque gran cantidad de soldados se había aproximado y los escuchaba.

Reunidos nuevamente en Sinsacate (el general Lavalle había abandonando el proyecto de ofrecer batalla a Oribe en Santa Catalina) los dos jefes decidieron ampliar sus operaciones.

El coronel Mariano de Acha fue destinado a batir al Gobernador Ibarra en Santiago del Estero, para cuyo objeto se lo puso al frente de una fuerte co-

lumna de caballería de ambos Ejércitos, mientras ocuparían la sierra (San Javier y Pocho) los infantes cordobeses del teniente coronel Gigena y 40 jinetes comandados por Dionisio Risso Patrón (quien fuera mandatario delegado de La Madrid a su partida de la ciudad de Córdoba). De su lado, Lavalle dispuso enviar una División escogida a Cuyo, con la doble finalidad de batir al general José Félix Aldao y establecer contacto con las tropas puntanas del comandante Eufrasio Videla.

La Madrid quedó con sus infantes y artilleros, y el escuadrón de coraceros que servía a órdenes de su sobrino el mayor Crisóstomo Álvarez. Éste tuvo ocasión de trabar combate en las márgenes del río Carnero, a la cabeza de un centenar de hombres, contra una avanzada federal de 200 efectivos, con completo éxito, por lo cual fue ascendido a Teniente Coronel. En esa acción el teniente Ciriaco Díaz Vélez, debido a su arrojo recibió cinco heridas de consideración, y 3 individuos de tropa fueron también gravemente heridos.

Desde Totoral el coronel Sixto Casanova desertó: este frustrado candidato a Gobernador vetado por Rosas (1835), sirvió después a López Quebracho hasta que se sumó a los *libertadores* al invadir La Madrid la Provincia de Córdoba. Ahora volvía con sus antiguos conmitones, y para desventura de aquellos, reveló a los federales el rumbo emprendido por la División destinada a Cuyo.

Esta columna de 800 hombres reunía a los mejores elementos de Lavalle salvados de Quebracho Herrado. Se compuso con las Legiones comandadas por los coroneles Manuel Rico y Prudencio Torres, y por la mitad de la División del coronel Niceto Vega, siendo elegidos los escuadrones *Yerúa* y *Maza* a órdenes del teniente coronel José Joaquín Baltar, restando junto al General en Jefe los otros dos escuadrones *Cullen* y *Victoria*. La nueva División indicada fue puesta bajo el mando del coronel José María Vilela, lo que no dejó de provocar malestar entre los jefes, y particularmente en el más acreditado de ellos, el coronel Vega, por las razones que se dan a continuación. El general Tomás de Iriarte destaca el mal desempeño de Vilela en Quebracho Herrado, batalla en la cual retardó su ataque contra el enemigo, acusándolo de haberse puesto en fuga entre los primeros. Escribió:

"El 24 desfiló Vilela delante del Cuartel General con su brillante columna. Lástima me dio ver tan buena gente confiada a tan mala dirección; pasó bastante desordenada: he sabido que en la marcha continuó y con mayores creces".

Coincide el coronel Juan Elías:

"Vilela era un jefe sin reputación ni prestigio militar, que en la batalla de Quebracho había hecho muy poco por su gloria, muy poco también por la de la causa a que servía. Además carecía de la energía que debe adornar otras cualidades de un jefe, destinado a jugar un rol importante en un teatro donde debía obrar con independencia. Desprovisto de toda clase de talentos, sólo poseía una rara probidad y un patriotismo ardiente, pero todo esto no era bastante para que el general Lavalle hubiese depositado en sus manos inexpertas una obra de grande importancia y para la cual no era llamado".

El capitán José María Guerra integró esa nueva División, y corrobora los anteriores dichos:

“El jefe Vilela, a más de ser fiel, leal y patriota, era también un valiente, pero con el defecto de su poco éxito en el arte de la guerra, y mucho más cuando marchábamos por entre puros enemigos, no teniendo más terreno que el que pisábamos, como era toda la Provincia de Córdoba, por donde íbamos para las de Cuyo”.

El comando de esa fuerza debió haberse confiado al jefe de mayor y merecida reputación entre todos los que lo componían: Niceto Vega. Eran reconocidas sin distinción de jerarquías, sus condiciones de valor, actividad y conocimientos militares, acompañadas por la virtud de la modestia: “sin contradicción —afirma Juan Elías— era el alma del Ejército”. El coronel Vega sintió vivamente la injusticia, habiendo quedado desmembrada su División, reducida a 140 hombres según Iriarte, quien comenta que era “mando poco correspondiente a un Coronel”. En efecto: considerando Vega un agravio “a su importancia y servicios” —escribe Elías— la designación de Vilela y la segregación de su División, de lo cual sólo fue instruido por la Orden General comunicada al Ejército, no vaciló en elevar a Lavalle su renuncia al mando de los escuadrones restantes, haciéndole saber *“que en lo sucesivo no debía considerársele como un jefe del Ejército, sino como un ciudadano que en los días de peligro concurriría a pelear y morir como un soldado”*. El general Lavalle no le contestó. Desde entonces —revela Iriarte— “el virtuoso Vega marchaba acompañado de 15 o 16 jefes y oficiales también disgustados, e igual número de soldados-en-clase de ordenanzas”.

A la División del coronel José María Vilela se le incorporó poco después la fuerza de 500 cazadores cordobeses con su jefe el teniente coronel Agustín Gigena —luego de operar por la sierra de Pocho—, y un escuadrón correntino de la Legión Noguera mandado por el teniente coronel Manuel A. Ocampos, engrosándola hasta el número de 1.500 plazas.

Cabe acotar que la frase del capitán Guerra acerca de que Vilela marchaba entre “puros enemigos” era cierta, ya que a raíz del abandono de la ciudad de Córdoba por los *libertadores*, y la aproximación del Ejército Federal, toda la campaña se insurreccionó a favor de este último.

Otro enviado fue Benjamín Villafañe, encargado de alistar mayores elementos en las Provincias del Norte. Portaba una carta del general Juan Lavalle, quien mostraba en ella que su ánimo no estaba abátido por los recientes infortunios; decía a los mandatarios de Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy el día de Navidad de ese año 40 próximo a finalizar:

La batalla de Quebracho Herrado fue sin duda una ventaja para el Tirano, pero de ningún modo ha podido ser un golpe mortal para la Revolución Argentina, que cuenta todavía con poderosos elementos de guerra, con los que triunfará sin duda, si los Gobiernos todos de las Provincias que se han pronunciado por la causa de la Libertad comprenden los deberes de su elevada posición y obran con la firmeza y energía dignos de sus sagrados compromisos. [...] Si se opone a la constancia y energía del Tirano, la constancia y energía de los Libertadores, la Revolución triun-

fará: Pero si Rosas, a la inmensa ventaja de la unidad de acción, reúne la flojedad de sus adversarios, vencerá sin duda, y la sangrienta y oprobiosa tiranía dominará para siempre la República Argentina.

Cuando Villafañe arribó a Tucumán, el nuevo Gobernador Pedro de Gar-mendia, el antiguo mandatario Bernabé Piedra Buena, y el Ministro doctor Marco M. de Avellaneda, acosaron con preguntas al enviado para conocer al famoso guerrero, y el retrato dejado por aquél merece ser reproducido:

“Era el general Lavalle un hombre de regular estatura, mas bien alto que bajo, algo rubio, blanco aunque tostado por la intemperie, bien plantado, frizando ya entre los 45 o 50 años, de palabra fácil y acentuada. Su traje, igual al que llevaban los jefes y oficiales que le acompañaban; esto es, pantalón de paño azul, bota granadera, camiseta también de paño azul, cuyas faldas hubiérase dicho terminaban en ceñidor o faja de seda punzó con borlas, que cerraba su cintura, y sin quepí ni cosa parecida que denunciara su categoría militar”.

En cuanto al carácter, añadió:

“Me ha parecido muy impresionable e imperioso. No sé si será siempre tan intolerante; no gusta que se le hagan observaciones. Es afectuoso, simpático e insinuante cuando quiere serlo o lo cree oportuno; muy parco en esta clase de manifestaciones con los suyos de cierta graduación o rango, no así con el soldado: he visto con disgusto que sus deferencias respecto de éste van muy allá de lo que miraríamos como razonable”.

El 27 por la tarde llegó al Cuartel General del Ejército Libertador, en Sin-sacate, la noticia de que los federales habían salido de Córdoba en su persecución, por lo que al día siguiente por la noche aquel se movió hacia Totoral —pasando por Barranca Yaco, donde existían las cruces que marcaban el sitio del atentado a Quiroga y acompañantes—, y tras otra jornada de camino se llegó a Macha. Lo acompañaba el escuadrón *Paz* que comandaba el ex Gobernador doctor José Francisco Álvarez, compuesto por la juventud que lo había asistido en la revolución de octubre.

Tras un descanso de dos días, al concluir el año 1840 Lavalle y La Madrid volvieron a emprender su retirada, en procura de territorios favorables a su causa.

El enemigo no estaba lejos.

El Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación, así denominado el que mandaba el general Manuel Oribe, ocupó la ciudad de Córdoba el 16 de diciembre de 1840, y dos días después lo hizo el depuesto mandatario Manuel López. Acompañaba a éste como su jefe de Estado Mayor el coronel Manuel de la Bárcena, quien se le incorporó en Cruz Alta.

Con el último a la cabeza se sucedieron espantosas acciones, similares a las ocurridas en Buenos Aires en octubre, y que de ahí en adelante imprimieron el carácter de salvajismo que marcó el paso de las tropas *federales*. Documentos fehacientes, provenientes del propio Ejército Unido de Vanguardia, así lo acreditarán. El aludido Bárcena ya se había destacado por su crueldad, motivando que en plena "época de Rosas" fuera denunciada su conducta, y corresponde a la Historia Militar recoger los desmanes protagonizados por los integrantes de las fuerzas contrarias, como se hizo con los provocados por el Ejército Libertador de Lavalle. El episodio recién aludido tuvo lugar en San Nicolás, cuando poco antes se encontraban allí fuerzas federales dispuestas a operar contra aquel; y el mismo fue referido a Rosas por el general Urquiza en 1847:

Por supuesto crimen que nunca se probó, fue condenado por el coronel don Manuel de la Bárcena, el vecino de San Nicolás doctor en Medicina don Ángel Donado, como otro individuo que se acusó de cómplice, a hacer las veces de iperro!... Como tal desempeñar sus funciones a gatas: ladrar, recibir puntapiés y latigazos, comer en el suelo la carne cocida o cruda que se le arrojaba con increíble ferocidad... Este negro drama se representó a las inmediaciones del pueblo de San Nicolás, se continuó con el mismo doctor Donado en toda la campaña hasta Santa Fe, en cuya capital causó terrible y dolorosa sensación... El señor Presidente Oribe puso término a tal inaudita barbarie.

Escenas tremendas tuvieron lugar en Córdoba contra los desafectos a los vencedores, y si pueden omitirse muchas de ellas, ya que basta aludir en conjunto a las confiscaciones de bienes, prisiones, atentados a las casas, y dentro de ellas a los simpatizantes de los *libertadores*, fusilamientos, palizas, etc., sí cabe en cambio precisar que se cumplía de este modo con las expresas instrucciones del gobernante porteño, como luego se comprobará. Bajo este amparo, el coronel Bárcena, ebrio, sacó de la cárcel al porteño Francisco Ramos Mejía, prisionero en Quebracho Herrado, y al vecino cordobés Lázaro Bravo, y los degolló con sus propias manos a una cuadra del paseo Sobre Monte, haciendo lo mismo luego con el mayor José Andrés Sanmillán y un señor Peralta. A las cabezas de los cuatro las colocó en un banco de la plaza adyacente. En los episodios de violencia se destacaron también un mayor Martínez y un oficial Costa (no el Coronel de este apellido), el último de los cuales imitó la conducta del coronel Bárcena en San Nicolás, utilizando como caballo a un joven tildado de *unitario*, a quien se tiraba del cabestro, se lo montaba y espoleaba. Entre otras de las víctimas identificadas se contó al comandante Rolán, jefe de escuadrón en la Legión Noguera, asesinado en el hospital donde eran atendidas sus heridas, y a un miembro de la familia Isasi.

El grueso del Ejército Federal estaba acampado en La Tablada, mientras desde Buenos Aires le eran enviados refuerzos de 600 hombres a órdenes del coronel José María Flores. De su lado, el Gobernador López se dirigió a Río Cuarto para volver a dominar el sur, donde reinaba —informaba a Rosas— "*el desquicio espantoso en que los salvajes han puesto esta Provincia, y en particular esta frontera, en que no solamente me han corrompido las fuerzas de línea y de mayor confianza que tenía, sino también las milicias*". Dominaban

la región los jefes liberales José Celman y Lorenzo Cabral, sostenidos por Manuel Baigorria y sus aliados indios. López consiguió revertir la situación merced a las fuerzas que lo acompañaban: el teniente coronel Domingo Meriles con su regimiento de lanceros, y el coronel Manuel de la Bárcena y el teniente coronel Pedro Lorea, desprendidos del Ejército en La Tablada. Ante su aproximación se sublevaron las milicias de Río de los Sauces que habían acompañado a Celman y Cabral, y luego se presentaron al Gobernador López otros desertores, mientras los más comprometidos buscaron su salvación entre las tribus indígenas. Las fuerzas liberales pudieron ser disueltas, y los fusilamientos de entre ellas estuvieron a la orden del día. El comandante Lorenzo Cabral, uno de los refugiados en las tolderías, fue entregado por el cacique Painé a un enviado del Gobernador Rosas, y ejecutado en la Provincia de Buenos Aires, como luego expondrá el mismo Dictador en carta transcrita más adelante.

La lindera San Luis quedaba aislada: Aldao cortaba sus comunicaciones también por el oeste. Aprovechó el general Aldao el hecho de estar en condiciones de obrar contra los liberales que se habían hecho dueños de la situación puntana, y se dirigió para contrarrestar la pérdida de esta Provincia, causada por el comandante Eufrasio Videla en noviembre. El encuentro tuvo lugar en la falda de la sierra Las Quijadas, el 2 de enero de 1841, con auxiliares indígenas en los dos bandos. El relato del combate que evocó Baigorria en 1868 (en tercera persona, ya que fue dictado), si bien confuso y referido a su propia actuación, resulta atractivo como muestra de los *entreveros* que ocurrieron en las luchas civiles, y por esto, aunque parcial y algo confuso, se lo incluye:

"El enemigo estaba encima de nosotros. Entonces, como veían paralelos con Torres, le dijo: —*Comandante, haga recibir ese costado derecho, quedando Ud. de reserva*. A Domínguez le dijo: —*Usted me protege, yo voy a dar la primera carga*. Lo hizo así porque el caso era apurado y en sus compañeros no encontraba la desenvoltura necesaria. Con el capitán Lucero, que mandaba la 2ª Compañía, cargó por izquierda y derecha del enemigo: arrolló dos columnas. A Torres, que había mandado por la derecha, la tropa que era recluta se hizo un nudo que no pudo desatarlo: Domínguez al ver esto, cargó en protección de Torres. Éste, dejando sus soldados enredados como estaban, cargó solo en compañía de Domínguez. Los dos comandantes fueron heridos y varios soldados muertos. Baigorria, que tenía lanza de indio, en una maniobra según su Arma, creyeron los soldados que volvía cara y huyeron. Cuando Baigorria volvió sobre un indio enemigo, a quien pegó una lanzada, vió ya sus soldados en retirada. Su hermano, que había sido herido, y Rodríguez también, con el caballo baleado en la cabeza, los hizo poner en retirada con otros cuantos soldados; él con su primo hermano el sargento Ledesma y Miguel Contreras, voló en protección de Agüero, su otro asistente, que lo daban en tierra dos indios: cuando él llegó, los dos indios dispararon, pero Agüero ya era muerto.

Oblicuó sobre la derecha con sus dos compañeros, pasando por la retaguardia de su hermano, y por delante de una mitad al mando de un oficial que perseguía a su hermano y otros más, entre algunos heridos que iban con él. Pasó a la derecha a gran galope hasta despejar el frente; y como en el campo seco se levantaba una gran polvareda, los enemigos no se

apercibieron de su maniobra. Los dos que llevaban eran a cual más valiente: les propuso que cargasen a aquellos, unánimes le contestaron que sí; y tomándolos por el flanco se arrojaron con rapidez sobre ellos. Baigorria logró dar una lanzada a un indio que hacía de costado derecho, y los pusieron en gran confusión sin darles tiempo a resolverse. También los compañeros que iban en derrota volvieron, aunque en desorden: los persiguieron como dos o tres cuadras hasta llegar a otra columna que venía en protección de la primera, la que también disparó. Al oficial de la primera mitad le habían quebrado de un balazo el caballo en una mano, éste también murió. Hicieron alto.

El enemigo se fue en fuga y Baigorria volvió para la infantería, rehaciendo a los suyos, y dirigiéndose observó que de las demás fuerzas nadie se movía en su protección. Viendo esto, a Lucero que llevaba a su costado, le dijo: —¿Y qué es esto? Lucero le contestó: —Señor ¿y no sabe que el oficial de los mendocinos que se perdió ayer, ha estado anoche en el campo nuestro? Baigorria hizo alto y le dijo a Lucero: —Haga avisar a todos esos que van ahí, y síganme. Él dio vuelta su caballo y se retiró al tranco.

A poca distancia se paró y dijo a sus compañeros: —Vean los heridos y acomódenlos. En este inter se le reunieron la mayor parte de los suyos, entre ellos los tres Saá, y siguió su marcha dejando a su compañero Domínguez herido, a su primo hermano Severo Ledesma muerto, y otros tantos. Luego entró por las sierritas de Las Quijadas con dirección a La Rioja. Soldados de los Cobo le dijeron que el General y el coronel Suárez con la caballería habían tomado al norte, y la infantería puntaba quedaba en cuadro. Más tarde se supo que el General y el Coronel los habían tomado los mismos de ellos y entregados a los enemigos. La infantería se rindió y todo fue perdido”.

La derrota de los liberales puntanos concluyó con el alzamiento antirrosista en Cuyo. Salvaron de la persecución de los federales, Baigorria y los oficiales Saá, José Cruz Gorordo, Domingo Gatica, Antonino Lucero, y otros, que se refugiaron entre los indios, mientras algunos escaparon a Chile atravesando la cordillera. El teniente coronel Eufasio Videla, prisionero, fue conducido a la ciudad de San Luis y allí fusilado, lo mismo que Benigno Domínguez, lo que efectuó el nuevo Gobernador general Pablo Lucero por indicación de Aldao. Respecto de la alianza con los indios, el Gobernador Rosas confiaría al general Aldao tiempo después:

Los caciques ranqueles se estuvieron entendiendo con el salvaje unitario Madrid desde que lo creyeron triunfante, e invadieron por Córdoba. Los que advirtieron su error a consecuencia de nuestros triunfos, se esforzaron en disculparse. Les mandé decir que si fuera cierto no conservarían al salvaje unitario Baigorria y otros salvajes unitarios; que si les cortaban la cabeza y me traían las lenguas, les creería. Me remitieron entonces al salvaje unitario Cabral y apuraron sus disculpas. Me desentendí, y les hice dar en Tapalqué bastante número de hacienda yeguariza y vacunos.

La victoria federal en el faldeo de Las Quijadas no fue el único contraste de los enemigos de la Dictadura, ni —para la estrategia de la guerra que sostenían— el más importante.

La lucida División confiada al coronel José María Vilela marchaba en dirección al oeste en forma descuidada, pese a la proximidad de sus adversarios, según lo ha descripto uno de sus integrantes. Ignoraba su jefe que tras él se movía una columna federal, desprendida por el general Manuel Oribe, y que conducía el general Ángel Pacheco, el más completo de los militares que servían a Rosas, formado en la escuela sanmartiniana. Pacheco no estaba conforme con la conducción del Ejército por el “Presidente” oriental Oribe desde que Rosas así lo dispusiera, y había pedido a éste maniobrar en forma independiente. Rosas no lo consideró acertado, derivando la decisión al Comandante en Jefe:

Tu separación del señor Oribe dejará un vacío que no tendría cómo repararlo. Pero como todo esto puede también tener sus movimientos de excepción, pudiera llegar el caso de que tu separación por pocos días no fuese tan precisa, y la comisión que se te encomendase, de alta importancia.

La oportunidad la dio el aviso de que Vilela se dirigía hacia el oeste, y Pacheco logró que su superior le encomendara la misión de perseguirlo y destruirlo.

El general Pacheco no contaba para ello sino con una reducida columna de 550 efectivos de las tres armas y algunos destacamentos de milicias. Tomó el camino del valle de Punilla rumbo a Maza, y de ahí torció a Soto, moviéndose cerca de la retaguardia de Vilela, a la que dejó seguir sin atacarla, para evitar que los dispersos pusieran sobre aviso a la fuerza principal o se retirasen aceleradamente con sus elementos intactos.

El 7 de enero de 1841 la División del Ejército Libertador acampó en los potreros del paraje llamado San Cala, sumando entre 1.500 y 2.000 hombres, pues aumentó con los que condujo desde La Rioja el coronel Aparicio. Vilela se introdujo en un gran potrero circundado por ramas espinosas y todos sus hombres se dispusieron a descansar considerándose seguros, a tal punto que no tomaron la mínima precaución de instalar guardias avanzados. El parte del general Pacheco describe prolijamente el terreno:

Estaban bien acampadas: su frente cubierto por un cerco espeso que sólo ofrecía una puerta estrecha defendida por un batallón y con una gran guardia al frente en un paso preciso; sus flancos eran inaccesibles por los muchos cercados y cortaduras: allí tenían caballos, caballerizos y gente suelta, y por su espalda el río San Cala, cuyo cauce es en su mayor parte de peñascos, bordeado por una barranca de vara y media de alto coronada de un cerco de ramas de espinillo.

Adoptó el General federal su decisión:

Su fuerza numérica era ya muy superior a la nuestra; seguro sin embargo de que la fuerza militar estaba de nuestra parte, me resolví a atacarla a la mañana siguiente. Con este intento hizo alto la División a media legua del campo enemigo, y elegida una posición fuerte en lugar cubierto, permaneció allí todo el día, que ocupé en examinar bien las avenidas del campo enemigo y la colocación de sus fuerzas.

Suponiendo Pacheco que la barranca sería el sitio más descuidado, fue el lugar que eligió para su ataque, aunque fuese preciso avanzar por más de una legua por encima de los peñascos o por dentro del agua. Conferenció con sus jefes sobre las circunstancias del campamento liberal, y luego se previno a la tropa que descansase.

Contaba el general Pacheco con la asistencia del coronel Mariano Maza y teniente coronel Marcos Rincón, y mayores Luis Argüero, Santiago Dávila, y Villarroel como jefes de la tropa de línea, y del coronel Manuel Quinteros y comandantes Peredo, Carrillo, Domínguez y Bazán al frente de las milicias. De sus tropas indica Pacheco:

Bien persuadido por mí mismo del cansancio que debían experimentar después de tantas noches sin dormir y algunos días sin comer, les hice decir que consideraba su situación, pero que los enemigos estaban cerca, y si podría contar con todos sus esfuerzos por una noche y media más, pues tenían que pelear 1 contra 4. Su contestación fue uniforme, decidida, alegre, entusiasta, que no están cansados, que no tenían hambre, y que marcharían sin descanso hasta alcanzar y exterminar a los salvajes, cualquiera que fuera su número.

A las 11 de la noche el general Pacheco volvió a formar su División y marcharon en silencio "venciendo obstáculos casi insuperables", hasta que antes del amanecer del 8 de enero —a las 4:10 precisa— llegaron al punto designado para emprender el asalto. Poco antes su tropa se había visto forzada a abandonar sus caballos debido a la escabrosidad del terreno. La señal sería dada por *vivas* a la Federación y al Ilustre Restaurador, y *mueras* a los salvajes unitarios. El teniente coronel Rincón debía trepar la barranca, voltear el cerco, y precipitarse con sus efectivos al centro de la posición de Vilela, mientras el coronel Maza sostendría el ataque. Todos se despidieron, y el combate comenzó.

La fuerza del coronel Vilela fue asaltada durmiendo: "sorprendidos y desnudos, y a oscuras, no pudimos defendernos", relata el capitán José María Guerra, quien pudo escapar en compañía del comandante Rufino Ortega a través de los árboles, metidos en el río "en camisa y calzoncillos, con el freno en una mano y una pistola en la otra", ayudados por una fuerte lluvia que cayó a poco. La mayoría de sus camaradas no tuvo esa suerte. Despertados por los federales que los fusilaban de cerca, "todavía en sus camas", la reacción que se intentó no pudo revertir su situación. Relata Pacheco:

Se vinieron sobre nosotros como 400 infantes, dos escuadrones a caballo que estaban de servicio, y el resto de la tropa a medio formar; por todas partes nos hacían fuego sostenido y nos amenazaban cargar. Mas después de 10 minutos de inútiles esfuerzos sin haber podido hacer retroceder a uno solo de nuestros soldados, fueron por todas partes rechazados y emprendieron su retirada.

Los que pudieron lo hicieron por el camino que conducía a Salsacate, pero no lograron escapar por mucho tiempo, siendo tomados prisioneros por el teniente coronel Marcos Rincón, en tan gran cantidad que éste debió detener-

se para custodiarlos. El resto (400 hombres) fugó en completa dispersión hacia La Rioja, perseguido por el coronel Mariano Maza por más de 30 leguas hasta Los Llanos. El parte de este último informó que había alcanzado esa "retaguardia" a las siete del día 10:

Fue acuchillada en diferentes rumbos, quedando el campo sembrado de cadáveres hasta tres leguas de distancia; entre éstos, varios oficiales y tropa prisioneros, y muchas armas. La dispersión ha sido tan completa que el salvaje unitario Vilela corre despavorido con 6 oficiales.

El resultado del combate de San Cala fue calamitoso para la empresa liberal, por la escogida tropa que sucumbió en él: "Este suceso me fue más sensible y tuvo peor influjo que el de Quebracho", expuso el propio Lavalle; y el general Paz, comentando en sus *Memorias* la campaña, escribió: "El desastre de San Cala es de lo más terrible que puede suceder en la milicia: una División escogida fue batida por otra que tenía menos de la mitad de su fuerza". Pacheco pudo recoger casi todo el armamento y caballada dejada por sus enemigos; y si muchos de los escapados de la acción pudieron salvarse, el mismo General atribuyó esta circunstancia a que la persecución fue confiada mayormente a milicia y no a soldados de línea. De todos modos, la cantidad de capturados tras la acción fue grande (510 de todas jerarquías); y también importante el número de muertos. Cayeron en la lucha el coronel Manuel Rico, jefe de los *Libres del Sur*, y su segundo el teniente coronel Juan José Güiraldes, junto con "otros jefes y oficiales que no se han hecho reconocer sino por sus armas", refirió Pacheco al general Oribe. Más bajas se contaron durante la persecución.

Los prisioneros cordobeses, con su jefe el teniente coronel Agustín Gigena a la cabeza, fueron enviados al General en Jefe del Ejército, Manuel Oribe, quien hizo saber al Gobernador Rosas desde la Pampa del Gato, el 20 de enero:

La adjunta relación nominal es de los titulados jefes y oficiales civiles de Córdoba pertenecientes a los salvajes unitarios derrotados en San Cala, los cuales han sido ejecutados al frente del Ejército. La vindicta pública queda desagraviada: ellos han expiado el escándalo que dieron al pueblo cordobés y a los demás de la Confederación Argentina, amotinándose el 10 de octubre último contra el Gobierno legal de la Provincia, y traicionando la causa nacional de la Federación.

Veintiuno fueron los fusilados, desde el grado de Teniente Coronel hasta el de Alférez. Contestando al Gobernador de Córdoba, quien también le daba noticia de este hecho, le escribió el Dictador Rosas:

Preciso es que la República sea depurada de tan inmundos traidores. Ninguna consideración merecen: sería un crimen acordárselas con inmenso perjuicio del país, después de las infinitas lecciones de una generosidad sin cuento, que brutalmente se obstinan en retribuir con la mas vil traidora ingratitud. En sus personas y en sus fortunas deben sentir las terribles consecuencias de su iniquidad, su alevosía, su salvajismo asqueroso y feroz.

Asegurada la situación en la región cuyana, el general Manuel Oribe estuvo en condiciones de emprender su nueva campaña contra las fuerzas unidas de Lavalle y de Aráoz de La Madrid. Contaba en esta oportunidad con la incorporación de su compatriota el general Eugenio Garzón —liberado por Lavalle tras la batalla de Quebracho Herrado—, al cual designó jefe del Estado Mayor. En cambio, el Gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López, tras haber hostilizado la retirada del Ejército Libertador mientras pisaba su Provincia, se retrajo de las operaciones cuando éstas tuvieron por teatro al territorio de Córdoba: sólo continuó representando al contingente santafecino en el Ejército Unido de Vanguardia la tropa comandada por el teniente coronel Jacinto Andrade.

Oribe avanzó tras las huellas de sus enemigos, cuya retaguardia mandaba el general La Madrid con escasos efectivos (700 infantes, dos escuadrones de caballería, y 4 piezas de artillería mal dotadas), ya que el grueso de ellos había sido enviado a órdenes del coronel Mariano de Acha para eliminar el peligro que significaba en Santiago del Estero su Gobernador Ibarra. La totalidad de ambos Ejércitos Libertadores no excedía los 1.400 hombres, según el coronel Elías, puesto que la columna confiada al coronel José María Vilela había disminuido su número considerablemente.

Mas el Ejército Federal, en lugar de acelerar sus marchas y caer sobre aquellos, concluyendo quizá la guerra con una ofensiva decidida, se detuvo en Macha, punto que fuera desalojado poco antes por Lavalle.

De cualquier modo, era menester que los *libertadores* prosiguieran su retroceso.

3

Para salvarse de un enfrentamiento desigual, las columnas de Lavalle y La Madrid acordaron seguir por una *travesía* que los condujera al Norte; terreno estéril y seco, salitroso, carente de agua en las 30 leguas de recorrido, que era menester cruzar bajo un sol abrasador. Ambos Generales se separarían tras el peligroso recorrido, Lavalle en dirección a Catamarca y La Madrid a Tucumán. Si era sensato mantener la unión ante el adversario, lo cierto es que había nacido entre ambos una mutua desconfianza por las diferencias surgidas entre ambos tras abandonar la ciudad de Córdoba.

La travesía por ese desierto en ese verano del año 1841 fue horrible.

Desde Las Piedritas (paraje donde en 1810 fueran detenidos el ex Virrey Liniers y sus compañeros contrarrevolucionarios) alcanzaron la localidad de Loma Blanca, distante 9 leguas y media, ya con mucha sed y un cansancio que crecía. Allí se encontraban la artillería, parque y maestranza de La Madrid, que al mando del coronel Fernando Rojas se habían adelantado, mientras su infantería era conducida más lentamente por el propio General. Tras otras 6 leguas y media se llegó al *Bordo*, donde comenzaba la travesía propiamente dicha, y en cuyo lugar existían dos pozos de agua. Nos cuenta el general Tomás de Iriarte:

“Desde que llegamos al Bordo todos empezamos a prepararnos para pasar la travesía, y cada uno se afanaba en buscar mates grandes, poron-

gos y baldes de cuero; se mataron todas las cabras y chivatos que se encontraron para llevar agua en sus odres. En esta operación se pasó todo el día 5 y parte del 6”.

Explica el mismo que la operación de dar de beber a hombres y animales demoraba, y sufrían “el suplicio de Tántalo, porque en la operación se necesita mucho orden, y entre nosotros hasta la palabra estaba desterrada”.

Desde la mañana del día 6 de enero pequeñas partidas comenzaron a internarse en el desierto, sin concierto unas con otras, sin guía y a la ventura. Prosigue aquél:

“El General en Jefe no se ocupó de dirigir esta marcha: los que tenían buenos caballos tomaban la delantera y no esperaban a sus compañeros mal montados; así los jefes y oficiales de los cuerpos iban solos y soldados a la desbandada: jamás se ha visto una dispersión igual, pero ni la del Quebracho”.

El coronel Juan Elías es más drástico, pese a su lealtad a Lavalle:

“Con pesar me veo en la triste necesidad de decir que en esta oportunidad el general Lavalle mostró un raro desprendimiento por sus fieles soldados, pues ordenó al que escribe, previniere a los jefes de la pequeña fuerza que lo rodeaba que cada uno aisladamente con su cuerpo emprendiese en la tarde el paso de la travesía, para atravesarla durante ella y una parte de la mañana siguiente. Esta orden, sin haber antepuesto todos los medios para proveer a la tropa de botas para llevar agua, era terrible, por cuanto exponía al soldado a sucumbir de sed en un espacio de 30 leguas. Pero más notable en la conducta del General en Jefe fue que, seguido solamente de 2 o 3 ayudantes bien montados y buenos baqueanos, se lanzó a la travesía para pasarla con celeridad, olvidando que un General en sus circunstancias debía al frente de sus soldados, dar ejemplo de sufrimiento y paciencia”.

Contrastó esta conducta con la de Gregorio Aráoz de La Madrid, según el mismo cronista ilustra:

“El general Madrid y sus tropas ocuparon el mismo día los puntos desalojados por sus compañeros de armas, pero este General, desplegando una actividad infatigable, se ocupó de proveer a sus soldados de los recursos necesarios para que pudiesen transportar agua. Personalmente trabajó en la limpieza de los pozos, y cuando se encontró provisto de cuanto le fue posible, se desmontó, tomó un fusil y emprendió la marcha dando *vivas* a la Libertad a la cabeza de sus soldados, electrizados por su ejemplo. Él pasó toda la travesía a pié, mientras que un soldado enfermo ocupaba su caballo”.

Mientras las fuerzas de Lavalle cruzaron la zona desértica en medio del desorden y las penalidades consiguientes, luchando por el agua al llegar a los pocos pozos, entre sí y con los animales sedientos, la División de La Madrid

lo hizo mediante una marcha regular, sin tropelías hacia los escasos vecinos del trayecto, "que desde la primera aparición de los cuerpos dislocados del general Lavalle habían buscado su salud en el abandono de sus hogares", según la misma fuente. No faltó el saqueo en las haciendas de su tránsito. La crítica de La Madrid al proceder de Lavalle acentuó el desapego entre los dos. Comentando esa diferente actitud, el general José María Paz apuntó:

"Siempre el general Madrid fue tenido como jefe poco cuidadoso en materias de disciplina y orden militar, lo que ha motivado que algunos oficiales, queriendo hacerme una descripción apropiada del estado de las cosas, después de relatar algunos pormenores, me decían: —*Figúrese Ud. del orden del Ejército Libertador, cuando el cuerpo que mandaba el general Madrid era el modelo de disciplina*".

La Madrid tubo que arrestar al propio jefe de la escolta de Lavalle, el capitán Gregorio Sandoval, quien se había destacado desde tiempo atrás por sus violencias: era éste un oriental agregado al Ejército durante la campaña en Buenos Aires, prevalido para sus excesos por la tolerancia del General, a causa de su valentía. Lo volveremos a encontrar.

Luego de padecimientos de todo tipo, habiendo muerto de cansancio y sed tanto soldados como animales, sin guardar regularidad en su tránsito, Lavalle y sus 300 seguidores (resto de los escuadrones *Yerudá*, *Victoria* y *Mayo*) llegaron a Anjuli, y La Madrid y sus acompañantes a Albigasta.

Allá se supo la funesta noticia de la derrota del coronel Vilela y la pérdida de su División. Las consecuencias son expuestas por Iriarte:

"Tan desgraciado acontecimiento acabó de poner el sello al descontento que hacía tiempo había empezado a insinuarse; pero ahora lo manifestaban ya sin distras hasta los jefes de más graduación, y fácil es comprender que empezando desde una escala tan alta, había descendido con rapidez a las últimas clases".

Tal estado de ánimo lo ejemplifica con un diálogo entre el coronel Niceto Vega y el general Lavalle, quien le dijo: —*Coronel: he dispuesto que se ponga Ud. a la cabeza de los 200 o 300 hombres que me acompañan, para que los organice Ud.* A lo que el interpelado le repuso: —*General: en este Ejército yo no puedo ya mandar ni un solo soldado.* Lavalle le contestó secamente: —*Bien, pues, entonces disponga Ud. de su persona.*

Trascurridos un par de días, el 16 de enero de 1841 comenzó a darse un hecho crítico para el general Juan Lavalle, que refleja su primer edecán Elías:

"En un mismo día se vio abandonado por todos los jefes que aún lo rodeaban por un resto de afección a su persona, pero que persuadidos de lo inútil que sería prolongar sus sufrimientos, se resolvieron a desligar su fortuna de la suya".

La guerra, para ellos, carecía en adelante de sentido, y buscarían su destino emigrando a Bolivia o Chile, luego de haber combatido con tanta gloria como infortunio. Así describe el coronel Elías:

"El día indicado, sin previo acuerdo ni inteligencia, y por un movimiento espontáneo, el general Lavalle recibió y despachó las solicitudes de sus amigos en las que pedían su separación y pasaporte, y todos vieron así cumplidos sus deseos sin que el General hubiese manifestado la más pequeña sensación. En consecuencia los coroneles don Niceto Vega, don Ángel Salvadores, don José Antonio Pieres, don Juan Antonio Méndez y el autor; los tenientes coroneles don Cayetano Cortina, don Fernando Rojas, don José María Benavente, don Manuel Pacheco, don Manuel Torres de la Rambla, don Antonio Luis de los Santos, don Juan Organ, don Manuel Hornos y don Manuel Saavedra; el coronel don Cayetano Artayeta con todos los individuos del escuadrón *Mayo*, y número considerable de oficiales subalternos, se pusieron en marcha sobre Tucumán, para de allí trasladarse a los puntos que habían elegido para asilo".

Acota Iriarte: "El General no hizo jamás mención de ingratitud tan manifiesta: no se quejó nunca de los que se iban, y a este respecto se condujo con mucha dignidad". Quedaron acompañándolo: el propio general Tomás de Iriarte, su secretario Félix Frías, los ayudantes de campo tenientes coroneles Alejandro Danel y Carmen García, el comisario del Ejército Isaías de Elía, su hermano Rafael Lavalle, y el jefe de la escolta mayor Pedro León Aquino, a más de algunos oficiales subalternos, varios integrantes del escuadrón *Mayo*, y alrededor de 140 individuos de tropa.

Quienes partieron se incorporaron dos días después (18 de enero) al general Gregorio Aráoz de La Madrid en Choya, Provincia de Santiago del Estero. Impuesto de la resolución de abandonar el país que los animaba, el General los conjuró a nombre de los intereses en juego, para que desistieran de su actitud. Viendo su firmeza, acabó La Madrid por hacerles saber: —*Pues bien, amigos míos: he hablado hasta aquí como un amigo; ahora como jefe indico a Udes. que si para hacerlos desistir de su propósito, es necesario hacer uso de la fuerza, la emplearé... Tucumán ofrece inmensos recursos, y allí será un teatro donde Udes. presten nuevos y más grandes servicios a nuestra Patria.* No hubo más alternativa que conformarse con tal resolución.

Quedó de ese modo disuelto el 1er. Ejército Libertador, como se lo dio en llamar entonces. Sus antiguos componentes separados del mismo fueron forzados a ello, no sólo por su desgraciada y larga campaña, sino en el caso de algunos jefes, por el modo desconsiderado que Lavalle empleaba cuando estaba irritado, llevado por su arrogancia. El general Iriarte soportaba frecuentes desaires tan sólo para dar constancia de su posición militante contra Rosas, sin tener destino en el Ejército —él lo atribuía a su pasado *federal*—, al punto de que en cierta oportunidad el general José María Paz, notando en Entre Ríos su condición de mero acompañante pese a sus anteriores servicios y jerarquía castrense, dijo a Iriarte: —*Mi amigo: usted es más patriota que yo*, y ante el asombro del aludido, Paz le explicó: —*Porque yo no habría sufrido tanto.*

Ahora la paciencia de los amigos y seguidores de Lavalle había llegado a su fin, vista la inutilidad de sus sacrificios. Una última manifestación de la irritabilidad y trato desconsiderado de este desgraciado General, la tuvo con uno de ellos en esos días, cuando llegó a conocimiento de algunos de sus acompañantes que un grupo de milicianos cordobeses planeaba capturar a Lavalle y entregarlo a Oribe con el objeto de lograr su benevolencia. Anoticiado, el ge-

neral Lavalle había hecho caso omiso de las advertencias. Cierta vez que se distraía jugando a las cartas con Iriarte, se presentó el mayor Estanislao del Campo: —*Juan: tengo que hablarte. Éste se negó: —No quiero oírte: vendrás tú también con el chisme de los cordobeses.* Del Campo insistió: —*Te aseguro que no son chismes: es un asunto muy serio, y del mayor interés que te impongas de él. Te ruego me escuches.* Lavalle se irritó: —*Ya te he dicho que no quiero saber nada: déjame en paz;* y cuando pasó un rato en silencio, el mayor Estanislao del Campo volvió a plantear el caso, el General suspendió su juego y en tono airado exclamó: —*¡Qué! ¿No basta que yo diga las cosas una sola vez? ¡Basta ya de importunarme!*

El estado espiritual de Juan Lavalle no es suficiente para explicar estos arranques, pues fueron propios de su carácter altanero, pese a su educación y afabilidad natural. Pero sin duda, la sucesión de reveses había agudizado su intemperancia, reservando sus consideraciones para con la tropa. Comentando esta característica su antiguo amigo el general Mariano Necochea, en casa del general Las Heras en Chile y en presencia del general Román A. Deheza y del coronel Pedro Regalado de la Plaza —todos pertenecientes al ex Ejército de los Andes—, la atribuía a influencia de Bolívar: —*¡Pobre Juan! Los malos ejemplos de don Simón le habían trastornado la cabeza.* Otro de los contentulios acotó: —*El terreno estaba bien preparado...* La referencia pertenece al doctor Vicente F. López, testigo presencial.

Lavalle permaneció algunos días en Anjulí con su reducido grupo de leales, hasta que recibió respuesta de los Gobiernos de Tucumán y de Salta a las notas cursadas, mediante las cuales se comprometían a proseguir la lucha contra la opresión de Rosas. Tras varios días de reposo, su pequeña fuerza (200 hombres armados) se dirigió a la capital de Catamarca mientras su escolta guardaba la frontera con Santiago del Estero. Luego de una penosa marcha llegaron a esa ciudad, en donde se recibió una comunicación del Gobernador riojano general Tomás Brizuela encomendándole las tropas de esta Provincia. Otra vez se pusieron en camino los restos del Ejército Libertador —no sin haberse repuesto del exceso inmoderado de comer uvas, principal alimento con que contaron—, y recorrieron un territorio “bien triste por cierto y capaz de infundir desaliento en el ánimo más esforzado”, por una Provincia —opina el general Tomás Iriarte— donde imperaba una “miseria espantosa”:

“Los rayos del sol penetraban con un calor tan intenso que nos veíamos obligados a levantar el campo una hora antes de amanecer; se descansaba a las 9 de la mañana y una hora antes de ponerse el sol continuábamos la jornada hasta dos horas o tres después de haber anochecido. Algunas veces no encontrábamos pasto para los caballos, porque la vegetación está casi enteramente muerta durante la estación de seca. De modo que nuestras muy escasas cabalgaduras se aniquilaban visiblemente día a día, al paso que era forzoso hacer largas jornadas”.

Entraron en la capital de La Rioja el 20 de febrero de 1841, recibidos por el mandatario delegado, teniente coronel Honorato Gordillo, su Ministro Ramón de Brizuela y Doria (señor del mayorazgo de Sañogasta), y varios vecinos y pueblo, “con las más patentes y públicas demostraciones de regocijo”.

Toda la guarnición de la ciudad estaba formada en la plaza e hizo los honores de ordenanza.

“Las campanas no cesaron de repicar, y las personas de todo sexo, edades y condiciones, se agolpaban al tránsito del General para tener la dicha de conocerlo y contemplarlo con una admiración que tocaba los extremos del culto religioso”.

La fama del general Lavalle se mantenía incólume pese a sus derrotas, y su gran reputación militar les hacía concebir las más halagüeñas esperanzas. Ciertamente era que La Rioja mostraba gran animadversión hacia la causa del Dictador de Buenos Aires, sobre todo en los llanos del sur, a cuyo frente se hallaba el coronel Ángel Vicente Peñaloza: como su jefe el general Brizuela, otra vez había combatido a órdenes de Quiroga contra Paz.

También se encontraba en La Rioja lo que quedaba de la División Vilela salvada del desastre de San Cala (algo más de 700 hombres, la mitad de sus primitivos efectivos), desmontada y desarmada luego de perder estos elementos durante su azarosa fuga. El coronel José María Vilela fue desairado por Lavalle y sus compañeros al presentarse a saludarlos, pero no se tomó contra él ninguna sanción.

En cuanto al armamento para proseguir la lucha, era escaso y pobre: la artillería constaba de 9 cañones calibre cuatro, 1 obús y 2 piezas de a dos, fabricadas en Sevilla y Buenos Aires —algunas sirvieron en la guerra contra Brasil—, pero cuyos montajes se hallaban en mal estado por permanecer a la intemperie. Los artilleros no pasaban de 40, y las municiones estaban en igual mal estado de mantenimiento.

La tropa conducida por Lavalle no presentaba mejor estado, según Iriarte:

“Compasión daba ver aquellos valientes, cuyos rostros revelaban el hambre y la miseria, desnudos y andrajosos, y siempre decididos y prontos a obedecer ciegamente las órdenes de su General: no le habían perdido la afición, y nada prueba tanto como esto, que he repetido muchas veces: que jamás General en la República Argentina ha sido tan querido de su tropa como lo fue el general Lavalle: todos estaban fascinados, y ni los continuos reveses, el hambre y la casi absoluta desnudez habían sido motivos bastantes para extinguir el culto de adoración que todos le tributaban. ¡Qué ocasión se ha perdido! Esta disposición por sí sola es suficiente para hacer milagros cuando el jefe tiene una cabeza medianamente organizada”.

Agrega el mismo:

“Desde nuestro ingreso en la Provincia de La Rioja había cesado el desmán de la tropa, y a pesar de que jamás habían sido tan grandes sus necesidades, el soldado respetaba la propiedad de sus habitantes, no sólo porque éstos eran muy celosos de la conservación de lo poco que poseían, sino también porque el General en Jefe había hecho recomendar por medio de los jefes y oficiales la necesidad de no atentar en esta Provincia contra la propiedad de sus vecinos. Tal prevención fue rigurosamente observada

hasta cierto tiempo, y este solo ejemplo basta para comprender cuán fácil habrá sido observar la misma práctica durante toda la campaña: había efectivamente virtud en el Ejército, y sobre todo una ciega deferencia y respetuosa sumisión a todo lo que emanaba del general Lavalle, porque obraba en el ánimo del soldado la íntima persuasión de que cuanto el General ordenaba era lo que más podía convenir”.

Pero el general Tomás Brizuela ninguna medida adoptaba, pese a su condición de *Director de la Guerra* confiada por la Coalición del Norte. Su apatía e *imbecilidad* —término empleados por cuantos contemporáneos lo describen— hacían que pasara los días embriagado, rodeado de perros feroces. Salvo la jornada siguiente al arribo de Lavalle, no habían vuelto a entrevistarse. Su aspecto quedó registrado por Benjamín Villafañe:

“Era un hombre como de 50 años, de estatura regular, grueso, rubio, ojos azules, de vientre abultado. Iba siempre en mangas de camisa, sin corbata, sin chaleco, bien que cubierto por un poncho de bayeta celeste descolorido por el uso y el tiempo. Su pantalón era de barragán color indeciso; medias sin ligas que las sostuviesen, asociadas a zapatos de cuero curtido, blancos y atados con cinta del mismo material. Su cabeza desgredada, de cabello un tanto crespo. Llevaba un sombrero de paja ancho de alas y tan limpio como el resto de su traje. Fijándose en su rostro y cuello, advertíase desde luego que aquel hombre tenía repugnancia invencible por el agua... Había sido, sin embargo, uno de los oficiales más distinguidos de Quiroga, viniéndole de ahí su fortuna, su prestigio de caudillo y empleo de Gobernador vitalicio”.

Pero aunque a desgano, Brizuela debía moverse, y también Lavalle, porque otra vez el enemigo se aproximaba. Apuró su decisión el conocimiento de que se planeaba secuestrarlo, como páginas atrás se expuso.

Empero, el general Lavalle determinó esperar a los federales en las inmediaciones de La Rioja, saliendo de la ciudad y estacionándose en la cercana entrada a la quebrada de Huaco con sus 200 efectivos; a retaguardia colocó a la infantería y a la División Vilela (la cual seguía comandada por este jefe), compuesta por cerca de 500 efectivos en su mayor parte sin cabalgaduras. Se estaba en los primeros días de marzo.

4

Un par de días después de su triunfo en San Cala, el general Ángel Pacheco escribía al general José Félix Aldao, reciente vencedor, igualmente, en Las Quijadas, para decirle que había recibido un escuadrón de caballería y algunos infantes:

Si hubiese que emprender algunas operaciones sobre La Rioja tenemos aquí de sobra, y buena. Lo mismo artillería, por lo que será muy importante se haga uso de estos elementos para concluir la guerra de una vez. Mucho conviene destruir inmediatamente los restos del Ejército de

Lavalle, que huyen dispersos y despavoridos, antes que se reúnan, porque están en combinación con Baigorria, según las correspondencias que se han tomado.

De acuerdo con lo expuesto, Aldao escribió al general Oribe (febrero de 1841) comprometiéndose a tomar la ciudad de La Rioja “antes que ella sea reforzada por los salvajes Madrid y Lavalle, que no dejarán de conocer perfectamente la ventaja de retenerla”. Por tanto, pedía refuerzos de infantería, y para el caso que fuera imposible remitirla, se invadiera a Catamarca para neutralizar la concurrencia de Brizuela con Lavalle y La Madrid. Ignoraba Aldao, como se advierte, la verdadera situación de los tres nombrados.

Entre tanto, el coronel Mariano de Acha obraba contra Ibarra en Santiago del Estero, desprendido a fines de diciembre de 1840 del Ejército de La Madrid desde Sinsacate (Córdoba), con un escuadrón tucumano y la Legión Ábalos, que estaba intacta, más un escuadrón porteño y 200 cordobeses de El Tío a órdenes del coronel José Manuel Salas. Pero el mandatario santiagueño no le hizo frente, maniobrando cerca de su columna sin darle oportunidad de entablar combate. Una consecuencia de esta táctica fue la desmoralización de parte de las fuerzas de la División invasora: el 26 de enero de 1841 el mayor Bartolomé Ramírez, que mandaba un escuadrón de correntinos, encabezó un motín y se separó de su jefe, escribiendo al Gobernador Ibarra al día siguiente:

No puedo menos de elevar ésta a manos de V.E. diciéndole que ayer tarde he hecho una sublevación de la División del coronel Acha, en el paso del arroyo Hondo, acompañado de una fuerza que hoy pisa el territorio de V.E. con el permiso del señor Comandante del Departamento, con fiado de la generosidad de V.E. que será favorecido.

Logrado su indulto, el escuadrón de Ramírez obtuvo permiso para trasladarse al Litoral, y cruzando el río Paraná se incorporó al Ejército Federal de Entre Ríos. Acha finalmente no pudo tomar contacto con Ibarra y debió desistir de la operación que se le encomendara, dirigiéndose a Tucumán.

Mientras, Aldao insistía en recabar del general Manuel Oribe infantería y artillería, aunque contaba ya con la brigada que mandaba el coronel Mariano Maza, destacada de la División Pacheco, y que se componía del batallón *Libertad* y de 100 hombres del *Defensores de la Independencia*, todos de línea: Oribe la conceptuaba “la mejor tropa de esta arma que tiene este Ejército”. El mismo Comandante en Jefe del Ejército Unido quedaba en Córdoba con otras 300 plazas del batallón *Independencia*, mientras que el resto de infantes de que disponía eran reclutas que se estaban adiestrando. Además le envió al general Aldao 1.200 jinetes y 2 piezas de artillería de campaña con su correspondiente dotación y 100 balas cada una, más 4.000 tiros de tercerola. Le informaba:

La falta de mulas me priva de mandarle más cantidad de municiones y más piezas de artillería, pues esta Provincia ha quedado sin mulas; de manera que si no hubiera sido por un arria que llegó de esos destinos, no sé cómo nos habría ido para remitir lo que va.

Contrasta agudamente esta desproporción de elementos de guerra, de todo tipo, de los que podía agenciarse el general Lavalle, constantemente falto de hombres, caballos y equipos, sostenido sólo por el espíritu, lo que conviene recalcar. La División Vilela —describe Iriarte— “se había habilitado con burros, otros muchos caminaban a pie, algunos y no pocos, enancados. ¡Qué cuadro tan triste!”

José Félix Aldao se impuso de la carta de Oribe, y le comunicó su plan de operaciones (24 de febrero):

Marcha en este momento con el Batallón Maza y los 100 infantes del Defensores de la Independencia, dejando en este punto la División Flores, que se halla a pie, y los elementos necesarios para que apresure las marchas la artillería que me remite. Aprovechando la lluvia en que actualmente estamos, me dirigiré por la travesía que hay desde la Hedionda a Catuna de arriba, y desde allí a Patquía, siempre en comunicación con las fuerzas de Cuyo, que deben incorporarse en aquel punto.

Su caballería haría la travesía (más de 30 leguas) favorecida por la lluvia caída, “en amago solamente y con la orden de no comprometer acción alguna”. Las fuerzas federales aguardarían cuatro o cinco días en la localidad de Ampisa, donde se contaba con aguadas suficientes, la llegada del resto del Batallón *Independencia* de que disponía Oribe en Córdoba. Aun cuando no arribasen en el término indicado —aseguraba Aldao al Gobernador Rosas en la misma fecha— “yo siempre con las probabilidades del triunfo, atacaré a los inmundos salvajes unitarios”.

La División federal que comandaba aquel ocupó la ciudad de La Rioja, pero ante la ausencia de todo tipo de recursos para mantenerse en ella, prosiguió tras el rumbo emprendido por los liberales. La fuerza del general Aldao se componía de alrededor de 2.000 soldados de las tres armas, bien equipados, que contrastaba con el reducido séquito de sus enemigos, por otra parte, pésimamente dotados. Aldao detalló sus movimientos en carta a Rosas del 21 de marzo, hallándose en San Antonio de Arauco:

El salvaje Lavalle con el traidor Brizuela cambiaron de dirección y vinieron a situarse en Anjullón, a 33 leguas de La Rioja al norte, interpuesta una serranía de por medio. Con una parte del Ejército vine en su persecución, porque me fue preciso asegurar con los demás cuerpos cualquier invasión que intentasen los salvajes unitarios sobre las Provincias de San Juan y Mendoza.

Los antiguos camaradas del Ejército de los Andes protagonizarían marchas y contramarchas con variado resultado. Lavalle recibió en esos días un refuerzo conducido por el general Juan Pedernera, llegado desde Chile. Desde el Departamento de Arauco donde permanecía, podía Lavalle obrar sobre los llanos del sur, o invadir Cuyo —pese a los escasos medios de que disponía—, de modo que el general Aldao resolvió detenerse en Machigasta. Allí obtuvo una inesperada victoria.

El coronel Mariano de Acha —una vez concluida su fracasada búsqueda del Gobernador Ibarra— marchaba desde Tucumán al frente de alrededor de

300 hombres para incorporarse a Lavalle, cuando se topó con los federales el 20 de marzo, chocando con el Regimiento de caballería de Buenos Aires que al mando del coronel José María Flores formaba parte del Ejército de Aldao, y éste deshizo completamente a la columna que aquel conducía. Acha debió su salvación a su “precipitada fuga”, según carta de Aldao a Rosas al darle cuenta de ese “pequeño triunfo”, como él mismo lo calificó. El coronel Acha escapó unido a los comandantes Ábalos y Sotelo, pero el antiguo jefe de la artillería del Ejército Libertador, teniente coronel Luis Manterola, se contó entre los prisioneros.

Frente a ese contraste, el general Juan Lavalle dejó su campamento y se corrió a través del cordón del Velazco hasta Chilecito, punto céntrico de la Provincia de La Rioja, bordeado por aquel y por la sierra de Famatina. El general José Félix Aldao, entonces, temió que se produjera su marcha hacia San Juan, que no contaba con elementos suficientes para resistir (pues el general Nazario Benavides se encontraba también en La Rioja), y él retrocedió hasta Valle Fértil, en la frontera de la propia Provincia cuyana. Al mismo tiempo, para evitar que desde Tucumán se mandaran más refuerzos a Lavalle, envió Aldao una División de las tres armas al mando del coronel Maza para ocupar la capital de Catamarca, lo que realizó el 31 de marzo, obteniendo el levantamiento a su favor de gran parte de la campaña, con lo que logró su propósito de que quedaran cortadas las comunicaciones de Lavalle con Tucumán, el centro de la acción antirrosista: “Hoy la Provincia de Catamarca no tiene un solo salvaje unitario, imperando por todas partes nuestras armas”, participó Oribe, satisfecho, a Rosas. El mandatario depuesto, Francisco M. Augier, pudo escapar a Tucumán después de una ligera escaramuza.

No tuvieron la misma suerte algunos vecinos y pobladores de la capital catamarqueña. Desde el mismo día del ingreso del coronel Mariano Maza a la ciudad comenzaron las ejecuciones al pie del obelisco existente en la plaza principal, lo que prosiguió en días subsiguientes. Se añadió a estos hechos la circunstancia de haber llegado poco después la noticia de haber escapado casualmente el Dictador Rosas a un atentado (28 de marzo) mediante una caja explosiva, conocida por *la máquina infernal*, lo que provocó nuevas venganzas contra “unitarios” y simples opositores; y en los recuerdos del joven Ramón Gil Navarro se cuenta el destino del teniente coronel Manterola, prisionero en Machigasta días antes. Refiere Navarro que en medio de los infelices que eran arrastrados al suplicio, rodeados por sus desesperadas familias, “marchaba sereno el valiente Manterola, formando contraste con lo pusilánime de los inocentes que lo precedían: —¡Pobres gentes —dijo—, y que mueran así, tan inocentemente!” Tras él tocó el turno al coronel Alejo Córdoba, y luego a otros más. Lo que antecede fue difundido por su propio responsable el 22 de abril, coronel Mariano Maza, quien se destacaría por su ferocidad:

Como ya es preciso no dar cuartel, en este momento hago fusilar a todos los salvajes que tenía prisioneros, entre ellos a Luis Manterola, que servía en la artillería del asesino Lavalle. A Tiburcio Olmos, de San Nicolás, también se le dio el pasaporte. Así, amigo, cuchillo y bala con esta raza; y si hoy hubiese tenido 1.000 prisioneros, los 1.000 habría despachado.

Tropas porteñas concurren a afirmar el dominio federal logrado. Entró a Catamarca otra División al mando del coronel Hilario Lagos, y en Valle Fértil el Batallón a órdenes del coronel Gerónimo Costa se agregó a la fuerza del general Aldao.

En la zona de Los Llanos, en el sur riojano, se libraron algunos encuentros. El teniente coronel federal Lucas Llanos elevó desde Machigasta el siguiente parte a su jefe el teniente coronel Pedro Echegaray, el 31 de marzo:

Son las cinco del día, en que ha sido atacada esta División que consta de 120 y tantos hombres de línea, por 500, mas o menos, de salvajes; y apenas nos hemos defendido rechazándolos, a pesar de andar más a pié que a caballo, habiendo durado el fuego hasta las diez, en que fueron vencidos, tomando la dirección hacia Malanzán. Indudablemente, mi amigo, tomarán hacia San Luis o San Juan los pérfidos, aunque en el Valle Fértil están dos escuadrones y dos compañías de infantería, que se hallan al mando de mi compañero Tello y el señor general don Nazario Benavides. Dése prisa, mi amigo, haga tapar Los Baldes, intertanto Ud. redoble sus marchas hacia el punto de Chepes.

La permanencia del general Lavalle en Chilecito desorientaba y preocupaba a sus enemigos, quienes no comprendían que éste no huyera ante las más poderosas fuerzas que lo amenazaban: el caudillo liberal —quien sólo contaba con 800 hombres de caballería y 200 infantes— volvía a mostrar el emprendimiento y arrojo desplegado en las campañas por la Independencia y contra el Imperio. Efectivamente, mandó para operar en el sur al coronel Ángel Vicente Peñaloza, más conocido por amigos y adversarios por su sobrenombre de *Chacho* —empleado incluso en documentos oficiales de uno y otro bando—, amenazando la retaguardia federal. Contaría con el apoyo del escuadrón *Cullen* comandado por el teniente coronel José Joaquín Baltar, hasta sumar 500 hombres. Asimismo, otra fuerza compuesta por la escolta de Lavalle y la del Gobernador Brizuela se movió en dirección a la quebrada de Huaco (que conducía a la capital riojana), la cual se hallaba custodiada por el general Nazario Benavides y sus sanjuaninos. Aldao, aún en el sureño Valle Fértil, explicó al dictador porteño sus previsiones:

Si insiste el salvaje en permanecer en Chilecito entreteniéndolo el tiempo para finalizar la campaña, sería muy conveniente que la División de Catamarca, obrando en combinación con la que he dejado al reparo de La Rioja en el punto de Huaco, lo obliguen a dar una batalla o a fugarse para Chile, abandonando su Ejército, o acaso a retirarse por esta parte, siempre con la precisión de encontrarse conmigo. En este sentido es que deberé permanecer aquí con esta División mientras dure aquella operación, pues si fuese a concurrir con la de Catamarca y La Rioja, nos veríamos burlados por el salvaje, que marcharía en el acto a tomar la Provincia de San Juan, y no sería posible perseguirlo por la retaguardia en razón de que las caballadas llegarán destruidas, y los caminos de Chilecito, paso a aquella Provincia, son por unas sierra ásperas y escabrosas.

Para alivio del Comandante federal, el general Benavides pudo imponerse al peligro que lo amenazaba, en el paraje de Tuscún, como lo anunció al general Aldao el 22 de abril:

Llegué a este lugar y derroté completamente la fuerza enemiga, compuesta de 200 y mas hombres, quedando en el campo porción de cadáveres, muchas armas de toda clase, y algunos caballos.

El general Juan Lavalle mismo expuso sobre su situación en carta al general Paz, meses después:

No dudo que la historia de esta guerra espantosa hará una mención particular de esa campaña de La Rioja, donde era necesario contener los esfuerzos del enemigo sin armas, sin dinero, sin recurso alguno, para dar tiempo al general Madrid a que reuniese y organizase todo el poder militar de las Provincias del Norte, que estaban hasta entonces dormidas, aterradas con la derrota de Quebracho, y extrañadas por el traidor Otero. Si el enemigo hubiese destacado entonces por Santiago una columna de 1.500 hombres, todo hubiera sido concluido.

Por ese tiempo ocurrió un episodio que se pretendió distorsionar para acriminar a Lavalle: en el pueblo de Anillaco fue detenido un sacerdote procedente de Buenos Aires, debido a su conducta sospechosa: era fray Nicolás Aldazor, guardián del convento de San Francisco, quien había sido enviado por el Dictador Rosas para promover la desertión entre la tropa liberal. Puntualiza el general Iriarte que, registrado, se le halló un crecido número de ejemplares del periódico porteño *La Gaceta*, con el parte de la victoria federal en Quebracho Herrado, un diálogo político impreso, borradores de sus cartas a Rosas y Oribe, *Mensajes* del Gobernador de Buenos Aires a su Legislatura, y otros elementos de convicción. El mismo Rosas documentó en carta al general Aldao, meses después (5 de septiembre), la misión disolvente confiada al padre Aldazor:

Me contraje a decirle que debía ir directamente a presentarse a Ud. con el importante objeto de ver si en algo le era a Ud. útil, cuando se hallaba con el Ejército de su mando en el territorio de La Rioja. Es decir, que me pareció siendo un sacerdote tan buen federal, como respetable de luces, crédito y virtudes, podría servir a Ud. desde algún punto que le señalase, para mover sus relaciones con algunos paisanos de La Rioja al importante objeto de desengañarlos.

El general Lavalle dispuso su fusilamiento por espía, junto con otros jefes acusados de diversas faltas; pero el empeño de un comerciante cordobés que le hizo ver el mal efecto que produciría la muerte de un religioso en un pueblo devoto como el riojano, salvó la vida de fray Nicolás. A este respecto comentó en su crónica de la campaña el general Tomás Iriarte:

“Hizo mal el General en dejarse persuadir: Aldazor debía morir, sus delitos estaban comprobados, y eran mucho más graves que los de los otros

tres, aunque indudablemente también merecían expiarlos en un patíbulo. En fin, el padre Aldazor presencié la ejecución de los otros tres y éste fue todo su castigo. Fue hasta el banquillo creyendo que iba a morir, pero no manifestó debilidad y recibió la noticia del indulto sin visible conmoción”.

De los ejecutados escribió Iriarte:

“El coronel Cuenca estaba complicado en maniobras de infidencia con los enemigos; el comandante Guerrero se había sublevado en Vinchina, uniéndose a los enemigos, y saqueado a muchos emigrados de Córdoba y Buenos Aires que iban a pasar la Cordillera; Villafañe era un salteador que había cometido toda clase de crueldades”.

Debe acotarse que en los primeros días de abril de 1841 el general Iriarte, no soportando más los desaires que recibía de Lavalle, obtuvo su separación del Ejército y se encaminó a Chile, de donde luego viajaría a Montevideo.

José Félix Aldao, a quien Benavides daba el título de “General en Jefe del Ejército Combinado contra los salvajes unitarios del Norte”, vio súbitamente alterados sus planes de encerrar a Lavalle con las tropas que él mandaba en el sur, y las provenientes de Catamarca por el norte, cuando el general Manuel Oribe dispuso que el coronel Mariano Maza dejara esta última ciudad, junto con el coronel Hilario Lagos, para reunirse y obrar contra Tucumán desde el sur. Se quejó ante Rosas (30 de abril):

Todas mis combinaciones, trabajos de una campaña sumamente penosa que creí concluir con gloria, satisfacción de Ud. y de todos los pueblos de la Confederación, han sido destruidas; y no dudo que después de haber quedado en impotencia para hacer ya cosa de provecho, resulte en conclusión, en mengua de una reputación que había adquirido a costa de muchos sacrificios.

Le previno, en consecuencia, que se volvería a Cuyo. Y le expresaba rotundamente: “La retirada de la División de Catamarca, que debía obrar por el extremo opuesto del norte de esta sierra sobre el salvaje Lavalle, le ha valido a éste ganar una batalla”.

También al mismo Oribe escribió Aldao, informándolo de sus proyectos, con el propósito de disuadirlo del repliegue de las tropas indicadas; y en caso de resultar infructuoso su planteo, le anunciaba que él se ocuparía de evitar un golpe de mano sobre San Juan y Mendoza: “He creído conveniente en tales circunstancias ir a situarme en La Iglesia, interpuesto entre las montañas de Los Llanos y la fuerza que tiene el salvaje Lavalle”. Pidió a Oribe que “a la mayor brevedad posible” le enviase una División al mando del general Pacheco, y le recomendaba que si marchaba sobre los liberales, su columna “se componga de alguna infantería, respecto a tener 200 de esta arma el salvaje Lavalle”.

El general Oribe partió recién de la Provincia de Córdoba el 30 de abril, pero en vez de dirigirse sobre la Provincia de Tucumán como había ideado, lo hizo hacia la propia Rioja. Tan lentos fueron sus movimientos, que paralizaron todas las operaciones; al punto que recién en mayo se reunió con Aldao,

que aún permanecía en La Iglesia. Aquí dispusieron que mientras Pacheco quedaría en este sitio, Aldao iría en busca de Lavalle. Con fuerzas considerables, pues, los federales se dividieron en tres columnas —cada una de las cuales superaba en número al conjunto de las que disponían Lavalle y Brizuela, todavía situado en Chilecito—, “aglomerándose en La Rioja —escribiría el propio general Lavalle— tal vez por el torpe furor de perseguir mi persona”.

Era forzoso emprender la retirada, debido a la enorme desproporción de efectivos y elementos de guerra, aunque la caballería liberal había podido remontarse en el feraz valle de Chilecito. Durante ese movimiento se produjeron numerosas desertiones entre los partidarios de los coroneles Peñaloza y Baltar, que operaban en Los Llanos, tal cual describió el general Aldao a Rosas:

Hemos conseguido, por resultado de nuestras combinaciones, que las montoneras, no habiendo podido cruzar para los pueblos de Chilecito, donde aún se conserva el salvaje Lavalle, principiaran a disolverse, presentándose ya al señor Presidente, ya a mí, hasta el grado que hoy han quedado el salvaje Baltar y Peñaloza con sólo 30 hombres.

La más importante defección la protagonizó el escuadrón Cullen con su jefe el mayor Juan de Dios Videla a la cabeza: éste había acompañado al general Lavalle desde la formación de la *Legión Libertadora* en la isla Martín García, dos años atrás. No obstante lo afirmado por “el Fraile” en la anterior comunicación, el coronel Peñaloza obtuvo triunfos en el sur, “manteniendo sublevados los Llanos y hostilizando activamente al enemigo”, hizo saber Lavalle a su hermano Rafael, el 2 de junio, todavía en Chilecito.

Lavalle y Brizuela contaban con el millar de hombres ya referido, y no pudiendo resistir con ellos la numerosa fuerza del enemigo, resolvieron dirigirse a Catamarca para reunirse con el general Aráoz de La Madrid, aprovechando la circunstancia del abandono de esa Provincia por las fuerzas federales. Lo que ocurrió fue relatado por Lavalle en carta a Paz del mes de octubre:

Convoqué al general Brizuela y a todos los jefes principales a una junta de guerra, y tanto este jefe como todos los demás adoptaron con entusiasmo las operaciones que les propuse; pero dos días antes de marchar, el general Brizuela desistió, con síntomas alarmantes, rompiendo así la hermandad y armonía en que habíamos estado hasta entonces.

El Gobernador riojano impuso a Lavalle su determinación, y cuando éste lo urgió con argumentos, Brizuela le hizo creer que lo seguiría con dos horas de diferencia, pues necesitaba arreglar asuntos personales. El general Lavalle partió hacia Los Sauces, cabecera del Departamento Arauco en el norte, pero a las 10 leguas de camino, en Pituil, se le incorporó el ex Gobernador de San Juan, coronel Juan Martín Yanzon, quien le hizo saber que Brizuela se dirigía hacia otra dirección (11 de junio).

El Gobernador Tomás Brizuela procedió en la ocasión con la abulia que lo caracterizaba, y se detuvo a poca distancia en el pueblo de Sañogasta durante seis días. Inopinadamente cayó sobre él el general José Félix Aldao: la columna riojana, sorprendida, sólo atinó a desbandarse, y en medio del esca-

pe el general Brizuela recibió un balazo por la espalda, del cual murió un par de días después. Aldao le comunicó el suceso a Rosas el 20 de junio:

Hoy ha desaparecido, regando con su sangre inmundada el suelo argentino, el salvaje traidor Tomás Brizuela. Su División, que se componía de 600 hombres de caballería e infantería, casi toda está en nuestro poder: los que fugan por la fragosidad de las sierras, espero que caigan en nuestro poder. No aguardo sino que se repliegue la fuerza perseguidora, para ponerme en marcha sobre el salvaje Lavalle, que según tengo noticia se halla en Pituil, al norte de este punto.

Todas esas favorables condiciones para los federales fueron anuladas poco después por el general Manuel Oribe, Comandante en Jefe del "Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación", ya que la falta de pastos y aguas en La Rioja determinaron que éste ordenase la retirada de la Provincia de todas las tropas bajo su mando, para estacionarse nuevamente al norte de Córdoba, abandonando el escenario de sus triunfos. El general Oribe, cauteloso, incluso previno al coronel Hilario Lagos:

Creo conveniente ordenar a Ud. que en caso de verse decididamente atacado por fuerzas superiores, o que crea no puede prudentemente resistir, se retire hasta incorporarse con las fuerzas que están escalonadas en Córdoba (la Provincia), pasando la travesía por donde juzgare más conveniente.

Lagos discrepó disgustado con ese criterio, comentando al pie de la orden: *"No conoce el General en Jefe ni las localidades, ni las circunstancias, la situación del enemigo, ni nada; en una palabra, todo es precipitación para él".*

Lo concreto era que Lavalle había zafado del cerco que se le tendió. Y una vez más Oribe insistió (4 de julio) al coronel Lagos, su vanguardia: *"Si no puede reunirse en Córdoba, se mantenga en la Provincia de Santiago".* El fastidio de su subordinado ante su prudencia —o temor— quedó reflejado en la nota que puso debajo de la precedente instrucción:

Qué disparate escribe este General: parece que estuviera muy asustado o preocupado, dudando de la lealtad de esta División y de su jefe inmediato; pues no hay otra cosa a qué atribuir el modo con que se expresa en ésta y otras de sus notas, sino a miedo y desconfianza de hombres que tal vez tengan más interés y más decisión por la Patria que él mismo. Soy argentino y él no lo es: yo peleo por mi patria, que no es la suya.

5

¿Cuál era a la sazón el estado de la Coalición del Norte?

El general La Madrid se hallaba en Tucumán luego de su épico cruce del desierto salitroso entre Córdoba y Catamarca; desde donde tomó la dirección de Tucumán, sin ser obstaculizado por el mandatario santiagueño Juan Felipe Ibarra. Ahí residía el nervio de la resistencia contra Rosas, alentado por el

joven doctor Marco M. de Avellaneda (25 años de edad), presidente de su Legislatura. Hacia allá convergieron otros destacados jefes militares: el coronel Mariano Acha, derrotado en La Rioja, el coronel José Domingo Ábalos con su Legión y los escuadrones de los comandantes Valentín Acuña, correntino, y Baldomero Sotelo, porteño; también el coronel tucumano José Murga, quien había vigilado la inquietante frontera santiagueña, y por supuesto, su sobrino y asiduo acompañante el teniente coronel Crisóstomo Álvarez. El nuevo Gobernador Pedro Garmendia se apresuró a delegar el mando provincial en La Madrid, quien tomó enérgicas medidas para organizar lo que dio en llamarse el 2º Ejército Libertador. Ninguna excepción se permitió: hubo contribuciones forzosas, en dinero metálico y en efectos de todo tipo, se apropió la autoridad "de cuanto fierro había en las casas y balcones —relata en sus *Memoorias* el General devenido en Gobernador—, arrancando hasta las rejas de la mayor parte de ellos para la construcción de lanzas y herrajes de los cañones que estaban inútiles". La maestría instalada procedió a recomponer la artillería bajo la dirección del coronel Fernando Rojas y del teniente coronel Cayetano Cortina. Se requirieron contingentes de Jujuy y de Salta. Refiere La Madrid:

"Mi primer cuidado para la organización del Ejército y su disciplina fue el de nombrar para mi segundo al distinguido y valiente coronel don Niceto Vega, y encargarlo del mando de él; pero este jefe, por su excesiva moderación y aprecio al general Lavalle, más que por su enfermedad, no quiso admitir este destino por no ofender a su General y amigo, de quien acababa de separarse por el más justo resentimiento. Vega era la flor de su Ejército, así por su porte afable, fino y moderado, como por su valentía, pues era querido de todos. Con este motivo fue nombrado Jefe de Estado Mayor el coronel don Juan Elías, quien desempeñó esta comisión con toda la actividad y pericia de que era capaz".

El mayor Pedro L. Aquino fue destinado a vigilar el peligroso Departamento lindero de Choya, de donde provenían las incursiones que enviaba Ibarra, y sobre Río Hondo se apostaron milicias con igual propósito.

Asegurada Tucumán, se despertó recelo por la conducta ambigua adoptada por el flamante mandatario salteño Miguel Otero.

Este último, recién llegado de Perú, sustituyó a Solá, y ciertas actitudes que no facilitaron la remesa de contingentes, hicieron que se sospechara de la postura de Otero. No mucho después (mes de noviembre) el teniente coronel Evaristo de Uriburu confió a Rosas que Otero *"se comprometió a ponerse de acuerdo con el Gobierno de Buenos Aires y dar el grito de federal en oportunidad"*. En efecto, él mismo declararía años después en carta al general Rufino Guido (1872) que su política respecto al Dictador porteño y demás federales era *"abrir proposiciones amigables y de paz"*, lo que chocaba en primer lugar con la opinión de su Ministro el doctor Bernabé López. Ello fue conocido, y el diputado provincial Mariano Benítez denunció públicamente "que el Gobierno traicionaba y trataba de entregar la Provincia a Rosas y la Mazorca". Un doble juego, pues hasta entonces Otero había secundado las medidas adoptadas por la Liga del Norte contra aquel.

Para aclarar su actitud fue en comisión desde Tucumán Benjamín Villafañe, el secretario de La Madrid, cuya entrevista relata Otero en la misma carta a Guido, repitiendo sus argumentos de entonces:

"Que era indispensable detener las marchas del enemigo; que no habiendo fuerzas para ello era de necesidad abrir las proposiciones de paz, que si éstas se admitían y sancionaban era un triunfo mejor que el de una victoria; y viceversa si eran rechazadas se cargaban de razón y se ganaba la fuerza moral; y sobre todo se armaban para poder continuar la guerra con mayores probabilidades de buen resultado. Sobre este tema me extendía largamente, demostrándole el lamentable error de conducir al combate montones de hombres sin disciplina, sin armas y sin municiones, que no darían otro resultado que el de un sacrificio estéril".

Influía en la actitud del Gobernador Otero el desorden de los conductores de la lucha: La Madrid, Lavalle y Brizuela, "cuya capacidad no podía dar esperanzas fundadas de un buen éxito, aunque hubiesen tenidos las mejores tropas del mundo". Según Miguel Otero, convenció a Villafañe, y también a los sucesivos enviados de Tucumán, Salustiano Zavalía y Agustín J. de la Vega. Versión muy distinta es la que dejó el propio Benjamín Villafañe en sus reminiscencias: "Me retiré de aquel señor con el frío en el alma. Parecióme que con quien acababa de hablar era un extranjero, un simple espectador de los sucesos que tanto nos preocupaban". Ninguna impresión habían causado en el mandatario los vehementes pronunciamientos del Norte contra el Dictador de Buenos Aires, que "no admitía términos medios entre la ciega servidumbre y la muerte para el vencido".

Mejor resultado obtuvo Villafañe en Jujuy, donde su Gobernador el general Roque Alvarado (hermano del general Rudecindo Alvarado) se comprometió a afirmar la causa liberal, compartiendo su recelo respecto de Otero (febrero de 1841).

Agrega Villafañe:

"La presencia de este hombre y sus intrigas nos hicieron mucho mal; merced a su ejemplo y secretas inteligencias con nuestros enemigos, no sólo nos negó todo auxilio, sino que hizo cuanto pudo por enfriar el espíritu público y relajar el vínculo de unión que ligaba a Salta con la causa común".

El general La Madrid no tuvo dudas: el Gobernador de Salta era un traidor, y marchó contra esta Provincia para deponerlo a principios de abril, en compañía de su Ministro el doctor Elías Bedoya. Procediendo sin contemplaciones, fusiló a tres jefes e intimó a la Sala de Representantes que destituyera a Otero, lo que por supuesto logró, reemplazándolo por el doctor Gaspar López. Miguel Otero fugó por Atacama, y La Madrid retornó a Tucumán tras haber acordado con los mandatarios de Salta y Jujuy los contingentes que cada Provincia debía remitir para enfrentar la amenaza del Ejército de Oribe. Fuerzas de éste a órdenes de los coroneles Maza y Lagos, consistentes en 1.300 hombres, más otros tantos santiagueños enviados por el Gobernador Juan Felipe Ibarra, se hacían sentir en el sur.

Cuando la fuerza federal se replegó a poco de la frontera tucumana-santiagueña, el general Gregorio Aráoz de La Madrid se resolvió a operar sobre Catamarca para unirse a Lavalle. Si bien las relaciones entre ambos Generales se habían enfriado desde su retirada de Córdoba, La Madrid había recibido un pedido de médico que Lavalle cursara cuando estuvo en Anjuli (La Rioja), pues estaba enfermo. En efecto, la salud de éste no era buena, y desde Chilecito le había comentado a su esposa:

Mi salud ha decaído mucho desde que empecé a tomar aguas de montaña y principalmente la de Catamarca, que es como plomo; coincidían las frutas con que me alimentaba casi exclusivamente. Me mantengo bueno a favor de una dieta rigurosa.

La Madrid le envió al doctor Ávila con su botiquín y la compañía del Ministro Avellaneda, quienes después de una semana lo dejaron mejorado, y Avellaneda "en extremo prendado de él". Lavalle contestó agradeciendo por carta el servicio, y diciendo a Avellaneda estar "muy pesaroso de haberse disgustado" con su camarada.

Sufriendo una gran deserción —sobre todo en la tropa de Salta y Jujuy—, La Madrid pudo atravesar con grandes esfuerzos la cumbre de Totoral, arrasando sus cañones, bajando el 15 de junio a Paclín, luego de que su vanguardia al mando de los tenientes coroneles Crisóstomo Álvarez y Pedro Aquino hubieran desalojado el frente de enemigos. Tres días después de ocupada la ciudad de Catamarca, tuvo noticias aquel General que se había producido la retirada del Ejército Federal y sus columnas, por órdenes del general Manuel Oribe, rumbo a Córdoba (como fue expuesto páginas atrás). También supo de la muerte de Brizuela en Sañogasta, y que Lavalle marchaba en dirección a Tucumán, donde creía que se daría una gran batalla, pues suponía que los federales se dirigían hacia allí.

Suma contrariedad produjo en La Madrid el movimiento retrógrado de Lavalle, pues su plan era el de encerrar entre ambos al Ejército del general Aldao, quien aún permanecía en La Rioja. En esta Provincia también se hallaba maniobrando con variada fortuna, en Los Llanos, el coronel Chacho Peñaloza, y por primera providencia La Madrid envió a su sobrino Álvarez a que ocupase la capital de la Rioja, lo que éste efectuó sin inconveniente reforzado por el general Acha (grado que le había sido concedido por La Madrid, quien ascendió también a otros jefes).

El general Lavalle fue a entrevistarse con su camarada, dejando al general Pedernera al mando de su fuerza. Inquietantes novedades habían tenido lugar en el Norte: desde Santiago del Estero se había desprendido una columna federal de 300 hombres al mando del comandante José Manuel Saravia, imponiéndose a la fuerza que custodiaba a Salta. Este contraste pudo luego ser revertido por el coronel Dionisio Puch, aunque hubo de estallar en combinación una sublevación en la capital, lo que se atribuyó a la influencia dejada por el ex mandatario Otero. La deserción en el 2º Ejército Libertador aumentaba, y hubo que recurrirse al extremo de desmontar a la caballería salteña y jujeña que restaba, e incorporarla a la infantería, para privarla de recursos con los cuales escapar: de igual modo se procedió con dos escuadrones de milicias tucumanas.

Contra la idea expuesta por el general Lavalle de regresar a Tucumán en compañía de La Madrid, éste lo convenció de que ni Oribe ni Pacheco ni Aldao pensaban operar contra aquella Provincia, opinando que más bien se dirigirían a La Rioja, sabiendo que allí se encontraban sus dos enemigos. Volver a Tucumán sería frustrar esperanzas y sacrificios, sin ningún provecho.

Siguió un diálogo que recoge La Madrid en sus *Memorias*. Según éstas, dijo a Lavalle: —*Acabo de hacer reconocer a Ud. por el General en Jefe de ambos Ejércitos. Usted marchará a batir al Fraile y ocupar las Provincias de Cuyo, cuya posesión sabe Ud. cuánto nos importa; y yo marcharé sobre Ibarra con las milicias de Tucumán y demás Provincias.* Lavalle le replicó: —*No, compañero, no quiero pagar la generosidad de Ud. privándole de las glorias que le esperan a la cabeza de este Ejército, que es verdaderamente suyo, pues lo ha formado Ud. de la nada. Marche Ud. con él a Mendoza batiendo al Fraile, que yo regresaré a Tucumán a encargarme de lo demás. Si me ven a mí a la cabeza del Ejército no nos ayudarán Ferré ni Rivera, por las prevenciones, aunque injustas, que contra mí tienen. Con Ud. no sucedería esto.* Protestó La Madrid: —*Me parece, compañero, mucho más propio que Ud. marche a Cuyo, y yo vuelva a Tucumán, pues es más conocido allá, y yo acá, y no creo que dejarían de ayudarnos los generales Ferré y Rivera. En fin, compañero, mi parecer es éste; dejo a Ud. libertad para meditarlo.* Finalizó Lavalle: —*Bien, compañero, lo pensaré esta noche y mañana hablaremos.*

Al otro día (13 de julio de 1841) el general Lavalle comunicó su decisión: —*Me he decidido, compañero, a no privarlo de las glorias que le esperan en Cuyo. Usted no conoce a Ferré y Rivera como los conozco yo, por eso juzga que nos ayudarían estando yo a la cabeza del Ejército, pero se engaña: ison unos solemnes malvados! Marche no más Ud. con el Ejército, que yo iré a Tucumán a trabajar con su excelente y hábil Delegado el doctor Avellaneda.*

El propio general Lavalle corrobora la conversación reproducida, cuando no mucho después resumió su campaña en carta al general José María Paz:

Las Provincias del Norte no podían ya sostener al Ejército del general Madrid, y le aconsejé en consecuencia que uno de nosotros marchase inmediatamente sobre La Rioja, restableciese la revolución en esa Provincia que germinaba desde la retirada de Oribe y Pacheco, y continuase impávida y rápidamente sobre las Provincias de Cuyo sin hacer caso del Fraile, que ocupaba entonces los Departamentos del poniente y nos separaban de él desiertos intransitables; y el otro de los dos quedase en Tucumán para defender nuestra base con los milicianos del país, de las tentativas de Ibarra ayudado por la columna de Lagos y Maza. El bravo y virtuoso general Madrid adoptó el consejo con entusiasmo y dejó a mi elección el ir a Cuyo con el Ejército, o quedarme en estas Provincias. Creí que hubiera sido una vileza defraudar al general Madrid de la gloria que le esperaba, y le aconsejé que marchase a Cuyo, que yo quedaría en Tucumán. Así se efectuó al instante.

Surge la modesta conducta de Gregorio Aráoz de La Madrid al no abrigar rencores y por el contrario, conceder la Comandancia del Ejército al general Lavalle, y luego adoptar la resolución que éste eligiera. Se confirma la sensación reinante entre sus camaradas, del respeto con que La Madrid actuaba

frente a su antiguo superior e indiscutido caudillo en las Provincias por donde pasaban. Queda algo, empero, por dilucidar, y que es un punto que no pasó inadvertido a los estudiosos del tema, como incluso al mismo general Paz al comentar en sus propias *Memorias* el relato de La Madrid: el hecho de que Lavalle, conocido en Mendoza desde que sirviera en el Ejército de Los Andes, y casado allí, lo que le permitía contar con relaciones locales, fuera a Tucumán; y que Aráoz de La Madrid, tan popular y vinculado en su suelo natal, se marchara a Cuyo. La aparente contradicción, basada únicamente en aquellas circunstancias, obedece a una causa de mayor peso, y que La Madrid puso en boca de Lavalle al recordar su diálogo: fue el general La Madrid quien organizó el Ejército en el cual se encontraban (los acompañantes de Lavalle eran escasos), y por esto no quiso el general Lavalle quitarle su jefatura. El motivo es muy atendible; y claro está que un comando conjunto entre ellos era imposible. La solución fue acertada en ese momento, sin que los acontecimientos posteriores —que obedecieron a otros factores— alteren este juicio.

No parecía errada, por otra parte, la estrategia de esquivar al general Aldao dejándolo de lado, y operar sobre San Juan y Mendoza, a la sazón con pocas fuerzas federales para resistir al 2º Ejército Libertador. La aridez de La Rioja privaba de alimentos a hombres y bestias, y éstas se destruían rápidamente. Era otro el lugar que debía dominarse con posibilidades de extender la acción de la Coalición del Norte, y hacia allá se dirigió el general La Madrid.

El Ejército Libertador se integraba con un escuadrón de artillería con 10 piezas de distinto calibre (coronel Fernando Rojas); los batallones de infantería *Libertad* (teniente coronel Lorenzo Álvarez) y *Constitucional* (teniente coronel Juan Organ); dos cuerpos de caballería (coronel José Domingo Ábalos y teniente coronel J. Cristóstomo Álvarez), un regimiento de milicias salteñas (coronel Manuel Puch), y los escuadrones mandados por los tenientes coroneles Silverio Sardina, Valentín Acuña, doctor José Francisco Álvarez, Baldomero Sotelo, y los mayores Vicente Neyrot, Severo Ortiz, José Ignacio Igarzábal y Agustín Acosta.

6

Efectuando una hábil maniobra de flanco, el 2º Ejército Libertador penetró en la Provincia de San Juan (29 de julio) y se encaminó directamente sobre su capital. Acompañaba a su General el segundo de sus hijos, Ciriaco, que era ahijado de bautismo de Rosas (el resto de la familia había quedado en Jujuy). La Madrid tuvo un disgusto: no quería exponerlo a una penosa guerra como la que se libraba, y precisamente contra quien le había dispensado ayuda para estudiar en Buenos Aires:

“El pobre se enterneció y me dijo con lágrimas en los ojos: —*¡Pero mi tatita! ¿No entró Ud. a servir de menos edad que yo? ¿Por qué quiere privarme del gusto de acompañarle después que me he costado con este solo objeto? ¿Voy acaso a pelear contra mi padrino?*”

Conmovido, La Madrid lo abrazó y quedó incorporado con el grado de Capitán. Ciriaco La Madrid figurará en esta historia con relieve trágico.

El Ejército Libertador constaba de pocos hombres, porque la desertión había sido numerosa en todos los contingentes provincianos, pero lo alcanzó el general Acha con el batallón *Libertad*, coraceros del coronel Crisóstomo Álvarez, y los escuadrones *General Güemes* y *General Paz*, más un cañón de calibre 8 y dos culebrinas de a 4, y 100 cabezas de ganado. De la División saltarina disuelta por el abandono de sus hombres, el coronel Manuel Puch fue devuelto con sus oficiales a su Provincia para levantar otros contingentes, y su hermano el coronel Dionisio Puch a Tucumán para colaborar en la organización de sus fuerzas junto con el general Roque Alvarado, que se encontraba allí.

Luego que se reunieron La Madrid y Acha, éste tomó la delantera con 470 hombres, para que apoderándose de los elementos que precisaba el Ejército (caballada y ganado para la subsistencia), retornara a unírsele trayéndolos. Quedaba La Madrid con 570 subordinados. La columna del general Acha consistía en 200 infantes del batallón *Libertad* (teniente coronel Lorenzo Álvarez, porteño, de la familia propietaria del campo conocido por su apellido, donde en 1852 se libró el combate previo a la batalla de Caseros), y cerca de 300 jinetes de la legión *Brizuela* (teniente coronel Crisóstomo Álvarez), con el escuadrón *General Paz* (doctor José Francisco Álvarez, ex Gobernador de Córdoba), más dos piezas de artillería a cargo de los mayores Gregorio José de Quirno y Domingo Archondo. Los tres jefes superiores honrarían el mismo apellido que portaban sin parentesco entre sí.

La primera acción fue favorable a Acha: la captura de unas cargas de vestuarios y municiones que se remitían al general Aldao, y que pudieron ser interceptadas por el escuadrón *Paz*, lo que permitió vestir más apropiadamente a la tropa —el frío del mes de agosto era intenso— y elegir mejores caballos.

Lo seguía el general Gregorio Aráoz de la Madrid, muy lentamente, a causa del tren de artillería y bagajes que conducía. El hambre, por otra parte, se hacía sentir con suma intensidad, y la precordillera no es el terreno más adecuado para surtir de buenos alimentos. A esta fuerza se incorporó el coronel Peñaloza luego de arrojar de los llanos de La Rioja a las tropas que Oribe había dejado a órdenes del coronel José María Flores, lo que efectuó reforzado por el escuadrón del teniente coronel José Joaquín Baltar, “a quien di el grado de Coronel por la valentía con se había conducido” (escribió luego La Madrid). Quedaron en La Rioja sólo dos jefes federales, Hipólito Tello y Lucas Llanos, pero sin causar temor por lo insuficiente de sus recursos. Peñaloza y Baltar aumentaron los efectivos del General, y el primero de éstos pudo suministrar yuntas de bueyes y toros mansos para arrastrar la artillería, cuando La Madrid estaba a punto de abandonar sus cañones por la imposibilidad de arrastrarlos con rapidez.

Para comprender mejor lo que ocurrió seguidamente, resulta conveniente hacer una ligera reseña de los movimientos de los antagonistas.

Dos eran los Ejércitos “Federales” que maniobraban separadamente: el “*Unido de Vanguardia*” a órdenes del general Manuel Oribe, que se hallaba al norte de Córdoba, en Serrezuela, cercano a La Rioja; y el *Ejército de Cuyo* que dirigía el general José Félix Aldao, operando primero en La Rioja y luego retirándose para proteger San Juan ante el avance liberal. Si bien el primero de los nombrados fue encargado por el Gobernador de Buenos Aires para po-

nerse a la cabeza de todas las fuerzas militares que le respondían, en los hechos —aunque acatando tal disposición y requiriendo de Oribe el envío de apoyo—, Aldao se movía por su cuenta. Internamente ambos Ejércitos abrigan críticas a su conducción: estas diferencias eran conocidas sólo por el Dictador Rosas, pues no trascendían. Ejemplo de lo dicho se tiene en la siguiente denuncia dirigida a Rosas por Pacheco:

Me permito llamar la atención de V.E. sobre el estado miserable de las tropas de Buenos Aires, y esto se extiende hoy a los alimentos y raciones de entretenimiento. Ningún socorro han recibido desde nuestra partida de esa Provincia, sin embargo de que la tropa cordobesa y los orientales los reciben con más o menos regularidad.

Cuando se supo que La Madrid avanzaba osadamente sobre San Juan, burlando la vigilancia de Aldao, el Comandante en Jefe se resolvió a enviar hacia Cuyo al general Pacheco (5 de agosto), llevando como jefe de Estado Mayor al coronel oriental Francisco Lasala. Este refuerzo federal se componía en ese tiempo por 15 jefes, 164 oficiales y 2.844 hombres de tropa, según estado de revista pasado en Cruz del Eje al día siguiente, y su detalle es como sigue: una batería de ocho piezas calibre 8, cuatro batallones de infantería (*Independencia*, *Defensores de la Independencia*, *Patricios* del N° 6, y *Libres de Buenos Aires*) y la caballería de la División del Sur, el escuadrón *Quiroga*, y la División del coronel José María Flores. La columna estaba ahora equipada convenientemente, y al despacharla, el general Oribe dirigió la comunicación a Pacheco que se transcribe:

No necesito ni debo hacer a V.S. más recomendación sino manifestarle la esperanza fundada de que bajo su dirección, aumentará esa tropa los días de gloria de la Patria, y V.S. su nombre militar, que sus distinguidos servicios a la Confederación Argentina han hecho tan recomendables.

El general Ángel Pacheco informó a Rosas con transparente satisfacción:

El General en Jefe me ha autorizado para obrar con absoluta libertad, atendiendo a la distancia que debe separarme, y por la primera vez me encuentro en esta campaña en aptitud de responder a la confianza con que me honró V.E.

Por el momento dejaremos de referirnos al refuerzo porteño que iba a unirse con Aldao, para volver la atención a los movimientos del general Gregorio Aráoz de La Madrid y a su vanguardia mandada por Acha.

A fin de dominar San Juan, y luego Mendoza, como entraba en sus cálculos, el jefe liberal no contaba con tan elevado número de efectivos como los de sus antagonistas, teniendo que enfrentar a los generales Aldao y Benavides, y también a Pacheco. Compensaría esa desproporción con su audacia.

La Madrid, sumamente precisado a reponer sus cabalgaduras, destruidas por lo fragoso del suelo y su sequedad, volvió en encargarse a Peñaloza que fuese con toda su fuerza, más el escuadrón *Julio* del teniente coronel Baldomero Sotelo, a recoger los equinos, mulas y bueyes para el Ejército. El General supo

que su antagonista Aldao también se movía desde Mendoza hacia San Juan, por lo cual —indica en sus *Memorias*— “despaché un *propio* al coronel Acha dándole aviso para que acelerase su marcha y procurase reunírseme con la caballería que hubiera sacado de San Juan, o que me mandara encontrar con ellos”.

Era mandatario delegado en San Juan —del titular Nazario Benavides— el coronel José María Oyuela, porteño, quien atemorizado por la intimación que le cursó Acha el 12 de agosto, desocupó la ciudad y se estacionó en Jáchal, a 5 leguas de la capital, la mayoría de cuyos habitantes la evacuó. Los liberales la ocuparon al día siguiente y comenzaron a proveerse de cuanto precisaban.

Para aligerar sus marchas e incorporarse a su vanguardia antes de que se produjera el ataque de las fuerzas conjuntas de San Juan y Mendoza, La Madrid, teniendo en cuenta el mal estado de sus bueyes y montados, se inclinó por abandonar sus piezas de artillería, pero los jefes de ellas se opusieron, siendo que más bien convenía dejar dos carretas y la fragua de campaña. Se procedió de este modo: las municiones se repartieron en las otras dos carretas, y los fusiles descompuestos y demás armas entre los miembros del escuadrón *Mayo*, que se ofrecieron para cargarlas.

Prosiguió su avance el Ejército Libertador, pero al llegar al río Bermejo se presentaron el teniente coronel José Anacleto Burgoa y el ayudante Eduardo Holmberg con una reducida partida —pertenecientes a la vanguardia de Acha— con la temida noticia: que las fuerzas avanzadas habían sido atacadas por los Ejércitos combinados de Aldao y Benavides, “y que habiéndose trabado una horrenda batalla, habían sido ellos *cortados*, pero que juzgaban que había perecido el coronel Acha y toda su División”.

Pese a la impresión recibida, el general La Madrid no les creyó: —*¡Es imposible, el coronel Acha estaba perfectamente montado! ¡Si Acha hubiese sido derrotado, ya tendríamos aquí la mitad de sus fuerzas!* Aunque se procuró ocultar el aviso, 3 hombres estaban heridos, y el Ejército se alarmó. La Madrid hizo tocar dianas anunciando que por el contrario, el coronel Acha había triunfado, y encareció a sus camaradas “caminar día y noche para concluir con los restos fugitivos del Ejército enemigo”.

Lo cierto es que se había trabado un combate entre los nombrados, que efectivamente, fue “horrendo”.

7

El general Mariano de Acha ocupó sin resistencias la capital de San Juan el 13 de agosto de 1841. Reunió cuanto ganado estuvo a su alcance, montó convenientemente a sus soldados, y emprendió su marcha para reunirse con el general La Madrid con los recursos que éste le había encomendado procurar. Iba a vanguardia la legión *Brizuela* al mando del coronel Crisóstomo Álvarez, cuando inopinadamente se topó en el paraje denominado Punta del Monte con una columna federal que estaba a órdenes del coronel José Manuel Espinosa, y la cargó sin dudar, arrollándola, con la muerte de este jefe. En el combate el comandante liberal recibió un tiro en su talón derecho, que comenzó a derramar mucha sangre: Álvarez apenas pudo contener la hemorra-

gia vendándose fuertemente la herida. En esta acción la columna de Acha quedó dueña del terreno. Pero los vencidos eran apenas las avanzadas del Ejército del general Nazario Benavides, quien junto con Aldao se presentaban para cortar la retirada. Mariano Acha, conociendo que no podría proseguir camino sin ser alcanzado, preparó sus fuerzas para la defensa.

Era el 16 de agosto, y se hallaban en el Departamento Angaco, en un terreno ubicado a siete leguas de la capital sanjuanina. Allí se libraría una de las más enconadas acciones de guerra que tuvieron lugar en el martirizado suelo argentino.

Las fuerza con que contaba Acha apenas pasaba los 500 efectivos, mientras que sus enemigos federales, en conjunto, alcanzaban más de 2.500 hombres, como que el Ejército unido de los cuyanos reunía elementos aportados por las tres Provincias que componían esta región: no faltaba una División de San Luis conducida por el teniente coronel Pablo Lucero.

El jefe liberal aprovechó una ancha acequia en cuyo profundo cauce corría el agua que irrigaba los campos aledaños, para colocar su infantería resguardada por este accidente natural que significaba un obstáculo insalvable para los jinetes adversarios. Una fila de álamos situada a la vera del foso ayudaba a parapetar a aquella. Sin embargo, el batallón *Libertad* del teniente coronel Lorenzo Álvarez no excedía de 250 plazas, contra los 700 infantes con que contaba el Ejército Federal. Las dos piezas de artillería dirigidas por Archondo y Quirno (30 soldados) sostenían el centro de Acha, en cuyos flancos abiertos dispuso a los escuadrones comandados por el coronel Crisóstomo Álvarez —pese a su reciente herida—, y el doctor José Francisco Álvarez (*Brizuela* y *General Paz* respectivamente), que hacían un total de 300 jinetes. La caballería federal ascendía a 1.477 hombres —aunque muchos de ellos eran milicianos—, y la artillería constaba de 4 cañones.

Mas para atemperar la ventaja numérica de los federales, una rivalidad se enseñoreaba sobre sus comandantes, pues Aldao pretendía para sí la jefatura del Ejército Combinado, mientras Benavides la requería en su condición de Gobernador del suelo donde se hallaban, conforme al Pacto de la Confederación de 1831. Esta cuestión los llevó a obrar en forma separada. De todos modos la desproporción desfavorable a Acha era abrumadora, aunque los mandatarios que tenía a su frente obrasen independientemente.

Inició el ataque la vanguardia del general Nazario Benavides, sin aguardar la conjunción con Aldao. Era el Gobernador del territorio invadido por el audaz jefe liberal, y apenas el sol del 16 lució radiante —eran las ocho de la mañana—, 350 soldados sanjuaninos del batallón *Cazadores Federales* avanzaron conducidos por su comandante Francisco D. Díaz, apoyado por otros tantos del regimiento N° 2 de *Auxiliares de los Andes*, contra las posiciones defensivas de Acha. Fueron recibidos por un nutrido fuego que les causó numerosas bajas debido a su avance en descubierto. Dos horas se mantuvo la lucha, sin que cesara el ardor de ambas partes, hasta que cerca de mediodía Benavides comprendió la inutilidad de su esfuerzo y ordenó el cese de su asalto.

El general José Félix Aldao había contemplado sin intervenir el desarrollo del combate. Al finalizar el intento de Benavides decidió que era su turno, y envió a todos sus elementos para destruir a los odiados *salvajes unitarios*, sin darles un descanso que les era indispensable.

Los hombres de Acha no habían tenido respiro, pero tampoco los del "Fraile" estaban en las mejores condiciones, tras una marcha penosa a través de zonas áridas, con deficiente alimentación, malas cabalgaduras, y soportando un fuerte calor. Aunque nada de esto disminuyó la tenacidad de unos y otros en la tremenda lucha que recomenzó.

Si cabe —porque los choques armados siempre son cruentos— puede definirse al combate de Angaco como verdaderamente tremendo, por el empujamiento de los contendientes, que sostuvieron la pelea sin disminuir su coraje a lo largo de las interminables horas que duró, matizado el sangriento choque por actos de valor singular en los dos lados.

Seiscientos jinetes federales avanzaron para envolver el cuadro defensivo de Acha, pero salieron a su encuentro los escuadrones liberales conducidos por el coronel Crisóstomo Álvarez, el sobrino de La Madrid tan valeroso como éste, y tras cruzar lanzas pudieron rechazar a los mendocinos. Otro intento forzó al propio general Acha a encabezar la resistencia, con igual resultado. Las caballerías no se daban respiro, y ensombrecían el campo con la polvareda que levantaban, retumbando sus cascos y los gritos de los jinetes. Uno de los participantes, Pedro Echagüe, del bando antirrosista, recordaba:

"En uno de los lances críticos de la matanza, Acha cayó bajo el peso de su caballo herido, y no hubiera podido desasirse del peso de la bestia abatida sobre él, sin el auxilio de sus ayudantes Atanasio Márquez y Severo Pizarro: este último le cedió el animal que montaba, y del que fue derribado nuevamente Acha por otra bala, que como la primera, respetó su vida. Allí pereció heroicamente Pizarro; allí rindieron su vida 50 jóvenes más pertenecientes a lo selecto de la sociedad argentina, allí dejaron sus huesos muchos hijos de Salta, Jujuy y Tucumán; y allí también los federales, justo es reconocerlo, llevaron a cabo inauditos esfuerzos de valor y de arrogancia".

Aldao ordenó a su infantería apoyar el ataque, pero a través de la gran acequia el avance sufrió una mortandad horrorosa causada por los disparos de los defensores, parapetados tras los álamos y haciendo fuego cuerpo a tierra. Los cadáveres caían hasta el fondo de aquella y servían para facilitar su paso. Un sobrino del General, el mayor Melchor Aldao, impulsado por su intrepidez y desesperación, forzó a su caballo para atravesar la zanja y cayó en medio de los enemigos, donde fue ultimado. Los soldados de Acha estaban extenuados, porque los federales, rodeándolos, los hostigaban por todos lados, aunque la reducida caballería conducida por Álvarez lograba contener sus arremetidas. Era preciso un último esfuerzo. El general Mariano Acha, paseándose entre las filas de su infantería luego de haber perdido su otro montado, arengaba a sus componentes con un fúnebre pronóstico: —*¡Ya lo sabéis: nuestros enemigos no dan cuartel al vencido, el hombre que cae en sus manos es en el acto degollado! ¡Muramos, pues, si fuese menester, pero muramos peleando! ¡Vamos a dar una nueva carga, y que sea la última, caiga quien caiga!*

Este postrer esfuerzo fue conducido otra vez por el arrojado Crisóstomo Álvarez, apoyado por los dos cañones dirigidos por el capitán Quirno (su camarada Archondo había sido muerto), los cuales redujeron el ímpetu de las

caballerías federales. Al retornar Álvarez el centro de la acción, envolvió a los infantes cuyanos, que se vieron al mismo tiempo acometidos a la bayoneta por sus oponentes.

"Aquella legión de demonios que capitaneaba el salvaje Acha", al decir de uno de sus oponentes, finalmente se impuso: a las tres de la tarde, tras cinco horas de incesante pelea, el Ejército cuyano se retiró del campo de la acción. El general José Félix Aldao lo había abandonado antes, al comprobar la inutilidad de su última carga de caballería. La mortandad resultó espantosa: quedaron ilesos apenas 280 de los vencedores. Pero los federales sufrieron una terrible baja: 1.000 caídos, a causa de la defensa natural que la acequia y la fila de árboles brindó a los defensores de Angaco. El general Acha contó 170 entre los suyos, y del comportamiento de él y sus subordinados, Pedro Echagüe efectuó el siguiente cómputo: "Acha había ordenado pelear a sus soldados a razón de 1 por cada 6 contrarios; había ordenado como General y había combatido individualmente contra 3 Generales Gobernadores: Benavides, Aldao y Lucero". El mismo autor y testigo añade: "Tan grande era el número de los prisioneros y tan reducido el de los victoriosos, que los últimos no pudieron entregarse al descanso después de tan ruda jornada, a fin de vigilar a los primeros". Éstos fueron 157 infantes con su comandante Barrera y muchos heridos de las caballerías, y fueron tomados además los bagajes y demás elementos de guerra. Otro testimonio indica:

"El General [Acha] dispuso nos alejáramos de aquel teatro de la muerte, y fuimos a alguna distancia a desensillar y desayunarse cada cual como pudiera. Cada uno de nosotros parecía despertar recién después de espantosa pesadilla... ¡Un silencio funeral reinaba en todas partes!"

La repercusión de la inesperada victoria de Acha causó impresión en todo el país. Era la primera derrota de importancia de las tropas federales, después de una serie continuada de reveses liberales a lo largo de casi dos años, desde Pago Largo hasta San Cala, sin tener en cuenta encuentros de menor significación. El general José María Paz, tan parco en sus elogios, no vaciló en calificarla de "gloriosa", "suceso extraordinario": "hace el más alto honor al valor, al patriotismo y a la abnegación de los que en ella se encontraron". Tan heroico fue ese triunfo resonante que años después (1858), el Gobernador Alsina de Buenos Aires, al proponer para cierto cargo a un candidato de apellido Elordi, aludía como recomendación bastante: "*Es hermano de Luis, que fue de los de Angaco*".

El general Ángel Pacheco, en camino para San Juan, recibió en la tarde del 22 de agosto la noticia que transmitió inmediatamente al General en Jefe del Ejército, brigadier Oribe: "*un funesto suceso de armas que ha destruido al Ejército al mando del señor general Aldao*". Lo hizo en los siguientes términos, sin ocultamientos:

Que el día 16 del corriente arribó el Ejército de Cuyo a la Punta del Monte, habiendo en la noche destinado al general don Nazario Benavides con una División de caballería escogida para que se aproximara hasta las goteras del pueblo de San Juan, con el objeto de descubrir la posi-

ción que ocupaba el salvaje Acha, y con la obligación de no comprometer ningún combate, sino el de guerrillearlo, mientras que se reconcentraban todas las fuerzas, se les daba descanso y se reanudaban las caballerías. Que el general Benavides, sin atender a esta orden, luego que descubrió a los salvajes y sin atender a la posición inexpugnable que tenían, se lanzó sobre ellos y lo destruyeron completamente.

Que con esta noticia el general Aldao con el resto del Ejército, que estaba mal comido y sin dormir, empeñó un nuevo combate en la misma posición que ocupaban los salvajes, y después de un ataque reñido donde mas bien pelearon las infanterías, fue también destruido, de modo que ha venido a recalar dicho General a Catuna con sólo 10 hombres.

Los salvajes han tomado todas las cargas de municiones y de armas que en gran cantidad contaba el Ejército de Cuyo, y lo que es mas, se han hecho de brillantes caballadas. La tropa, por estar enteramente a pie, en su mayor número debe haber caído prisionera.

Pacheco advirtió a su superior que había decidido retroceder a San Luis, "pues si marchase directamente a San Juan me expondría al mismo contraste". Benavides también se alejó: tras descansar esa noche en su casa de la cercana ciudad, y habiendo fracasado en su propósito de reclutar nuevos contingentes —"no se me ha reunido ninguna gente", confesó el 17 en parte al Gobernador de Mendoza—, abandonó su capital. Por su lado Aldao estaba lejos, prácticamente solo, según la comunicación anterior, buscando refugio en suelo riojano. El último, el 24 de agosto, elevó al Dictador Rosas su relato de la acción, achacando la responsabilidad del contraste a su colega sanjuanino:

El Gobernador de esta Provincia, general don Nazario Benavides, se empeñaba fuertemente en adelantarse con una División a atacar a los salvajes que ya ocupaban la misma ciudad. No me pareció conveniente presarme a sus exigencias, porque no entraba en el cálculo militar fraccionar un Ejército pequeño; pero por no hacerle una negación absoluta, tomé el partido de confiarle 3 escuadrones de la mejor tropa y 3 compañías de infantería, para que con ellas hostilizara a los salvajes, descubriendo al mismo tiempo la posición que ocupaban, con la obligación precisa de nunca comprometer un combate mientras no arribase el resto del Ejército a la Punta del Monte, donde teníamos agua, pastos, y por último todos los recursos que podíamos necesitar para el descanso y refresco de la tropa.

El general Benavides, desconociendo su deber y la obligación que le impuse, apenas descubrió a los salvajes, que habían salido en número de 800 de las tres armas, se lanzó sobre ellos y fue puesto en completa dispersión.

En estas circunstancias arribé con el resto del Ejército y fue necesario, antes que entrase el desaliento en los soldados, secundar un nuevo combate. Tuve la desgracia de ser rechazado, y venir a buscar mi reconcentración con el Ejército Unido. Espero en la Divina Providencia que muy pronto estará el mal remediado.

La situación de sus enemigos no estaba en conocimiento del general Mariano de Acha. Pese a su inesperado triunfo, se encontraba en una Provincia que no había mostrado adhesión alguna a la causa liberal, como que la región

de Cuyo no formó parte de la "Coalición del Norte" contra Rosas. La prudencia más elemental le indicaba que luego de dar un indispensable reposo a la reducida vanguardia que le confiara el general La Madrid, exhausta tras la ruda prueba exigida, volviera a emprender su marcha para reunirse con los equipos militares adquiridos, habiendo reforzado además a su columna con los prisioneros de Angaco, según la costumbre de la época. Tanto Acha como La Madrid se necesitaban mutuamente, y en forma inmediata.

Mas Acha no procedió en tal forma, y descuidó la indispensable precaución de hacer conocer al general Aráoz de la Madrid la victoria lograda. Inexplicablemente ningún aviso del encuentro le envió: La Madrid sólo se enteró que había librado combate por los dos oficiales —Burgoa y Holmberg— que debido a las incidencias de la pelea fueron separados de ésta sin poder volver a incorporarse con sus camaradas, y le dieron noticia de la lucha empeñada. Aún más: en vez de retroceder para buscar su reunión con el jefe de quien dependía, el general Acha se movió sobre sus propios pasos para ocupar nuevamente la ciudad de San Juan. Su proceder es verdaderamente incomprensible, porque la lógica indicaba que amenazaban a la columna de Acha fuerzas enemigas superiores en número, puesto que el vencedor de Angaco ignoraba los alcances de su descalabro.

Esta victoria debió haber cambiado por completo la suerte de las operaciones en conjunto. Refugiado en San Luis el Ejército Combinado de Cuyo que mandaba Aldao, y suspendido el avance de la División Pacheco (situada en Ulapes, sur riojano), el general Oribe permanecería en el norte de Córdoba acorde con su prudencia característica, hasta que se considerase en condiciones de volver a tomar la ofensiva. De su parte, el Gobernador Ibarra había demostrado su incapacidad para amenazar seriamente a los liberales. De modo que el Norte quedaba asegurado, y fuera de peligro el Oeste cordillerano, desde Catamarca hasta San Juan. Y el siempre recordado Baigorria podía amenazar desde el sur; de manera tal que no era ilógico imaginar un nuevo avance sobre el Litoral, como en 1840, para obrar en armonía con el Ejército correntino comandado por Paz, siendo que por entonces comenzaba a correr el rumor de que el propio mandatario santafecino, general Juan Pablo López, se mostraba disconforme con los procederes del Gobernador Rosas ante su incumplimiento del Pacto Federal de 1831.

Nada de esto ocurrió, pues la estrategia más razonable fue dejada de lado. No hay duda que la culpa recae, por igual, en los generales Mariano de Acha y Gregorio Aráoz de La Madrid: el primero por su conducta después del combate, procediendo en forma independiente, y el segundo por no haberse apresurado a dirigirse donde sabía que su jefe de vanguardia estaba enfrentado con el Ejército enemigo. Expresó un destacado vecino contemporáneo, quien luego historió los hechos (Damián Hudson), que la Provincia en donde se hallaban era "un país todo en masa hostil al Partido Unitario". Consideraremos a continuación ambas conductas, que esterilizaron las ventajas obtenidas y las importantes consecuencias que debieron haber sido su resultado.

El general Acha retornó a la ciudad de San Juan en la tarde del día siguiente al combate, donde quedaron atendiéndose sus numerosos heridos, siendo el de mayor jerarquía el coronel Crisóstomo Álvarez, quien combatió incesantemente en esa jornada, agravando por consiguiente su lesión. Otro herido de

consideración, con tiros recibidos en ambas piernas, fue el teniente de infantería Luis Elordi, mencionado páginas atrás. Hudson tuvo ocasión de contemplar la llegada de Acha. "Gran figura militar poseía", lo describe:

"No solamente por su continente de rasgos enérgicos, graves y de angulosas formas, si que también por la severidad y digno aspecto que característicamente revestía. Vestía una blusa celeste de paño, una gorra de larga manga sin visera tendida a la espalda, del mismo color, un pantalón ajustado azul, calzando sobre él botas altas de becerro del color natural, espuelas de plata de sencilla forma, y llevando su larga espada al cinto; en su ligera montura pistoleras provistas, y a la grupa una manta de abrigo. Su rostro de tez blanca, tostada por el sol, larga barba de un subido rubio, infundían en la imaginación de aquel que le miraba con atención y estudio, la idea del prestigio".

En esa ocasión Acha no llevaba colgada a la espalda, tal como solía portarla, la lanza que utilizaba en la pelea.

La diminuta División quedó alojada en el cercano paraje de *la Chacarilla*, situado a 15 cuadras de la población, cercado de tapia, con potreros interiores y una casucha con azotea conocida por *el altillo*. La infantería prosiguió a órdenes del teniente coronel Lorenzo Álvarez, mientras la caballería fue puesta a cargo del mayor Plácido Agüero (porteño), por imposibilidad de Crisóstomo Álvarez. El doctor José Francisco Álvarez, comandante del diminuto escuadrón de cordobeses *General Paz*, con su segundo el mayor Severo Ortiz, concurrían a montar guardia. En la ciudad custodiaban los edificios públicos de la plaza principal sendos piquetes a órdenes del capitán Juan Ramón Segundo Balcarce (hijo del General de este nombre) y del teniente Leandro Martínez (que lo era del general Benito Martínez).

El 18 de agosto —es decir, a las dos jornadas del combate de Angaco—, el general Acha permanecía en San Juan. En esta fecha fue agasajado con un almuerzo por la familia Lima, al cual asistieron sus principales jefes, mientras los vecinos caracterizados eran convocados para designar autoridades y cubrir la acefalía gubernativa. Ese mismo día se desató un huracán que con frecuencia se presentaba en San Juan: era el conocido y temible viento *zonda*, que según un testigo de calidad —el señor Hudson aludido antes— desembocabá por el valle que conducía a la ciudad "con toda su impetuosidad y espantosos torbellinos de tierra y arena que oscurecen el sol". Agrega el mismo que esa tormenta de viento "ostentaba ese día sus espesos nubarrones de un polvo cargado de greda calcinada y gruesa arena".

Durante el almuerzo fue presentado a los comensales un muchacho que advirtió haber visto avanzar tropas sobre la ciudad en medio de las oleadas terrosas del furioso huracán. Nadie le creyó: les parecía imposible que volvieran a la lucha tan pronto las fuerzas federales duramente castigadas poco antes. El mismo descreimiento recibió la reiteración del aviso dado poco después por una mujer que volvía de la misma quebrada, y no se tomó la precaución de despachar alguna partida o simple observador para confirmar o desechar la versión.

Pero era auténtica: mezcladas y ocultas por la tierra levantada, volvían a San Juan tropas enemigas, dispuesto su Gobernador Benavides a vengarse de

la derrota sufrida en Angaco. Esos instantes fueron testimoniados por el citado Damián Hudson:

"Media hora faltaría para que el sol se ocultara tras los elevados picos de nuestras montañas andinas y varios tiros de fusil se dejaron oír; después de cañón, a la distancia hacia el sud, y se calculó luego por todos los que los oían que debían ser en la Chacarilla, allí en el acantonamiento de la División Acha. Salimos en el acto a los balcones de la casa del señor Cortínez los ciudadanos que estábamos reunidos, a observar el movimiento que se operaría a consecuencia de las detonaciones que llegaban a nuestros oídos y de la población toda. Muy luego vimos a los jefes y oficiales del Estado Mayor subir a caballo a la puerta de la casa del señor Lima, y partir a gran galope en dirección a la Chacarilla; y al comandante don Lorenzo Álvarez, capitán don Juan Ramón Balcarce, teniente don Leandro Martínez y otros oficiales, pasearse con agitación al frente del Cabildo. A pocos instantes los piquetes de infantería que guarnecían otros puntos llegaron al Principal [cuartel], y entonces a pie aquel valiente jefe marchó a su frente en la misma dirección. Algunos minutos mas y el fuego de fusilería y de cañón aumentaba y parecía que se aproximaba: retirámonos a nuestras casas, desarmados y en el corto número en que estábamos".

Lo ocurrido obedeció tanto a la casualidad como a la energía. Resulta que tras su rechazo sangriento en Angaco o Punta del Monte, se retiraba el general Nazario Benavides con sus tropas sumamente desmoralizadas, cuando se topó con un refuerzo que desde Mendoza conducía el teniente coronel José Santos Ramírez para incorporarse a Aldao. Era un total de 300 hombres, 70 de ellos infantes, 2 piezas de artillería con sus servidores, y el resto de caballería, que se juntaron con Benavides el 17 de agosto (al día siguiente del combate) en la Rinconada del Pocito. El Gobernador de San Juan no vaciló: volvió sobre su vencedor para cobrarse la revancha y retomar el control de la Provincia. En carta a Aldao, el general Pacheco confirma que Benavides atacó "favorecido de un viento zonda".

La inesperada presencia de los federales repitió la sorpresa ocurrida a Vilela en San Cala, producto de una negligente conducta. En el campamento de la Chacarilla las fuerzas liberales dormían la siesta, cuando casi ocultos por las nubes de tierra los federales rompieron una cerca y por esta brecha asaltaron a sus descuidados enemigos, produciendo la consiguiente confusión entre los tiros y el disparar de caballos. A la defensa faltó coordinación hasta que se presentó el general Acha y pudo organizarla precariamente, lo que evitó que todos sus soldados perecieran en un primer momento. La resistencia, con gran parte de sus jinetes desmontados, fue secundada por el mayor Agüero, sosteniéndola por mucho tiempo. Fue muerto allí el ex Gobernador de Córdoba, doctor José Francisco Álvarez, peleando a la cabeza de sus pocos efectivos.

Mientras, en la ciudad se oponía al avance de Benavides y Ramírez el teniente coronel Lorenzo Álvarez, combatiendo en sus calles. También este Álvarez cayó sin vida, al encabezar una carga para apoderarse de un cañón que con su metralla cubría un acceso a la plaza; a su lado murió el capitán Balcarce, pero el cañón pudo ser tomado a la bayoneta. No sin muchas y valiosas bajas, el general Acha y las tropas de la Chacarilla lograron replegarse hacia

el centro de San Juan, con la finalidad de formar un núcleo homogéneo entre los elementos que quedaban, abriéndose paso por las filas contrarias y arrebatándoles un cañón. En los edificios principales de la plaza quedó organizada la defensa, al caer la noche.

Amaneció el día 20 en la misma situación, ya adueñado el Gobernador Benavides de su capital, con excepción del centro. Una idea dominaba por igual a atacantes y sitiados: la llegada del Ejército de La Madrid, que no podía estar distante. Para apresurar la rendición, Benavides hizo cortar las acequias que conducían agua a la plaza. A su turno, Acha aceptó el ofrecimiento de un valeroso joven de apellido Aguilar que se dispuso a atravesar las líneas federales y hacer conocer al general La Madrid el desesperado estado en que se hallaba su vanguardia. Aquel escribió en un papelito: "*Me sostengo. Acha*".

Toda esa jornada se combatió, cubriendo la línea exterior algunas guerrillas de caballería atacante, pero contenidas por el fuego que sin cesar hacían las fuerzas defensoras. Refiere el testigo Hudson: "El cañón enemigo a bala rasa tiraba sobre los piquetes que defendían las cuatro bocacalles de la plaza. Aún se conservan [1898] en las murallas exteriores de la Casa de Policía las señales que dejaban en ella, pasando de través, esos proyectiles". La resistencia se mantuvo. Al día siguiente, 21 de agosto, el teniente coronel José Santos Ramírez resumió lo acontecido con "el salvaje Acha" hasta el momento, al Gobierno de Mendoza:

El 18 le encontramos en la Chacarilla; y a pesar de la tenacidad de los contrarios, la actividad y valentía de los nuestros logró hacerles una terrible matanza, quedando en las calles el intrépido jefe [Lorenzo] Álvarez, muerto de metralla por una de nuestras piezas, con más de 14 infantes. Un coronel y Gobernador que fue de Córdoba [José Francisco] Álvarez, que mandaba la caballería, concluyó su carrera de un hachazo, y muchos oficiales y tropa que se ignoran sus nombres, porque no ha habido tiempo de recogerlos. Ahora vamos a estrechar al enemigo, pues ayer se le intimó rendición y no quiso aceptar: está reducido al recinto de la plaza, favorecido en las torres y azoteas. Su fuerza es de cerca de 200 infantes y 12 de caballería: todo lo demás lo ha perdido. Se les ha tomado más de 200 fusiles, muchos prisioneros y soldados que se les están pasando, con lo que ha aumentado nuestra infantería, que ya se compone de 140. Logramos salvar los prisioneros del 16 y algunos soldados. El enemigo nos tomó el 18 una pieza, sin armón, con 3 tiros, que pude haberla salvado, pero creo la rescataremos. Municiones no tengo; ningún cartucho más que los que están amunicionados.

El general Mariano de Acha disponía de 2 cañones, al igual que sus contrincantes, pues ambos bandos habían destrozado otra pieza más con que cada uno contaba. Lo grave para aquel era la disminución de municiones y de soldados, pues como indica Ramírez, muchos habían perdido la vida en la lucha, y otros se pasaron al enemigo, desconfiando de un feliz resultado de ella.

El 21 Acha reconcentró a sus efectivos en la catedral, ubicando a los tiradores en la torre y techo. Calculaba poder resistir hasta el arribo del 2º Ejército Libertador, pese a que desde el campanario de la iglesia de San Agustín, a una cuadra escasa, también recibía los fuegos contrarios.

La tenaz resistencia prosiguió un día más, pero finalmente el 22 de agosto, tras consumir las municiones y con escasos medios de defensa, amenazado de ver la catedral demolida a cañonazos, el general Mariano de Acha aceptó cesar la lucha, lo que le ofreciera reiteradamente su antagonista, y solicitó su presencia. Benavides se trasladó a donde aquel se encontraba, y caballeresamente lo acompañó tomado del brazo para protegerlo del encono de sus propias tropas. Cayeron en poder de los federales 21 oficiales y 100 infantes.

Mas no se trató de una rendición incondicional, sino de una capitulación, lo que está abundantemente documentado, y que es preciso mostrar por lo que siguió, ante todo con el parte dirigido por el propio vencedor, general Nazario Benavides, al "Excmo. señor General en Jefe del Ejército de Vanguardia, Presidente del Estado Oriental del Uruguay", el mismo 22, en los términos que era menester emplear:

Pongo en su conocimiento que he triunfado sobre los últimos restos de la fuerza del salvaje Mariano Acha, después de un fuego de día y noche que se ha tenido con tesón alternativamente; advirtiéndole que como este malvado se había resuelto a morir antes que entregarse, me ha sido preciso darle garantía de salvarle la vida para conseguir su rendición, la que se ha verificado con toda su plana mayor. El infrascripto se ha visto en el preciso caso de conceder esta gracia a este hombre perverso, por haber tenido parte que ya se divisaban los polvos de Madrid por las inmediaciones de Portezuelo, que sólo dista 5 leguas de la Punta del Monte, y era preciso tomar precauciones vigorosas para esperarlo y alejarle los recursos.

Esta comunicación fue escrita en el "cuartel general en la Chacarilla", pero con una adición:

Al cerrar esta nota soy impuesto de una manera indudable que la fuerza del Pílon Madrid pasa ya la villa del Salvador, por lo que me hallo en el deber de retirarme a la parte de Mendoza, por no poder resistir a causa de estar mi tropa bastante acobardada y sin moral, con tanta y tan continua pelea sangrienta que acaba de tener.

Igualmente el teniente coronel José Santos Ramírez participó del triunfo al mandatario interino de Mendoza, describiéndole los últimos momentos del combate, y finalizando: "*Todo, todo está en nuestro poder, pero perdonados y garantidas las vidas de los rendidos, entre los que se halla un hijo de Madrid*".

El Dictador Rosas no se mostró complacido al enterarse de la generosidad puesta de manifiesto hacia quienes lo combatían. Al dar a publicidad en la prensa porteña los documentos referentes a las acciones libradas en San Juan, omitió significativamente incluir en *La Gaceta* el parte de Benavides a Oribe mediante el cual le hacía saber que la vida del general Mariano Acha se hallaba garantida, e igualmente suprimió al publicar en *El Diario de la Tarde* (22 de octubre), del parte del teniente coronel Ramírez, el párrafo arriba transcrito. Y en carta al general Pacheco le escribió sin disimulo con referencia a los capitulados:

No puedo creer en semejante error, porque no puedo persuadirme que así se expongan hombres que, si se escapan, ningún bien puede resultarles de ello, y que por tantas razones conviene no malograr el beneficio que Dios nos ha deparado en la victoria. Las consideraciones que se les pueda haber ofrecido sólo pueden tener lugar cuando haya cómo cumplirlas sin ningún perjuicio, ni remoto, de nuestra Santa Causa; tanto más cuando ellos proceden peor que los salvajes y que cuando se rindieron ya lo estaban por necesidad obligados.

No hay por qué dudar que similares instrucciones fueron difundidas por el Gobernador Juan Manuel de Rosas a los demás dirigentes de las operaciones militares en Cuyo; al menos recomendaba finalmente a Pacheco: *"Esto mismo puedes indicar a mi nombre al señor general Aldao"*. La conducta de los jefes de las tropas "federales", por otra parte, se adecuaba de tiempo atrás a las mismas.

Preciso es no adelantarse. Puesto que surge una pregunta, que en su momento todos los actores de los episodios reseñados, amigos y enemigos, se formularon: ¿dónde se encontraba el general La Madrid?

Éste ya conocía el encuentro producido entre su vanguardia y el Ejército de Cuyo en la Punta del Monte, aunque no las proporciones ni los resultados del mismo. No bien enterado del suceso, prosiguió su marcha en dirección a la capital de San Juan hasta que llegaron al río Colorado, que estaba crecido. Cruzarlo demandó cuatro horas, transportando a la otra orilla la impedimenta, municiones, fragua de campaña, armas de repuesto e incluso los cañones. Luego la tropa debió alimentarse con 2 burros y una potranca de mula —"hacía dos días que no tenía carne el Ejército", ilustra La Madrid en sus *Memorias*—, y continuó su camino en la noche entre el 18 al 19 de agosto de 1841. A la mañana debió darse descanso al ganado y dejarlo pastorear, en momentos en que un aviso de la guardia avanzada puso en conocimiento al General que acababan de capturar a 4 soldados mendocinos del Ejército de Aldao, quienes dieron cuenta de que este último había sido completamente derrotado en Angaco tres días atrás. Con el entusiasmo consiguiente, el 2º Ejército Libertador siguió su avance.

Empero, por la tarde del mismo 19, otra noticia nefasta llegó para anular la alegría por completo: fue su portador el comandante Igarzábal, de la vanguardia de Acha, el cual confirmó su triunfo inicial pero también el ataque federal sufrido en la ciudad de San Juan, con la muerte de los Álvarez y otros jefes y oficiales; "que juzgaba que el coronel Acha, que se hallaba solo con la infantería y los prisioneros de Angaco en un potrero al tiempo de la sorpresa, habían perecido". Igarzábal, lo mismo que el teniente coronel Sardina, el comandante Segundo Martínez y 60 coraceros pudieron escapar montados *en pelo*. La Madrid hizo adelantar a una fuerza descubridora, y continuó su marcha sin alimentos ni agua, quedando a pie todos en el lugar de Samacoa, porque despachó al coronel José Domingo Ábalos con toda la caballada y bueyes para darles de beber en unos pozos distantes tres leguas. Esa noche se disparó un cañonazo con la pieza de a 8, "para que sirviese de aviso al coronel Acha de nuestra aproximación, caso se oyese".

Para entonces, e incluso hasta el día que le siguió, la conducta del general Aráoz de la Madrid era irreproachable: se movía con precauciones lógicas por

un territorio hostil conduciendo un Ejército disminuido, agotado por las privaciones, y con sus caballos, mulas y bueyes cercanos a la postración final. Una elocuente descripción de las penurias de las tropas libertadoras forma parte de sus *Memorias*:

"El coronel Ábalos no regresó con los caballos y bueyes hasta el día siguiente a las ocho de la mañana, por ser el camino a la aguada muy frágil y montañoso, y porque la aguada era tan corta que no habían podido acabar de dar de beber más, hasta aquella hora, pero vino con 9 bueyes de menos porque se los habían carneado por la noche los soldados, sin él saberlo".

Este hecho revistió una importancia de la mayor trascendencia, porque privó al Ejército de la conducción de sus cañones: fue preciso —escribe el General— emplear sus mejores caballos al efecto. Tan sólo a la *oración* (al anochecer) llegaron a una legua de donde Acha luchara y venciera, en Angaco. Y aquí se tomó una decisión fatal para este último, quien aún (21 de agosto) rechazaba en la ciudad de San Juan las furiosas embestidas conducidas por el Gobernador Benavides, claro está que sin saberlo La Madrid, pues había recibido la versión de su destrucción total:

"En este punto formé en cuadro el pequeño Ejército y le hice ver el riesgo que había en llegar de noche a la aguada de la Punta del Monte, cuando no distaba más que siete leguas de San Juan, y podíamos ser sorprendidos como Acha por una fuerza cualquiera, la cual bastaría para derrotarnos en el desorden en que se tirarían al agua hombres y caballos, pues hacía tres días que no bebían, porque en la aguada a que llevaron los caballos y bueyes no habían hecho más que chupar un poco de barro".

Resolvió en consecuencia La Madrid —con la conformidad de todos— conservar su columna intacta en el lugar a donde habían arribado, sin adelantarse hasta los pozos. Tan sólo se disparó otro cañonazo con la mayor pieza de que disponía, para advertir a Acha su cercanía, en el supuesto que todavía se mantuviera combatiendo.

A la mañana siguiente recién pudieron todos abreviar en Punta del Monte:

"Así que llegamos, hombres, caballos y bueyes, sin poderlos contener se precipitaron al agua, y estuvieron por mucho tiempo sin levantar la cabeza. Después de haber satisfecho la sed, hombres y bestias, pudimos con bastante trabajo sacar al camino los cañones, pues se habían precipitado con ellos a las acequias los bueyes".

Acamparon en una casa abandonada, y la tropa se alimentó con zapallos, gallinas, y a media mañana carnearon 3 vacas y algunas ovejas, mientras pastaban los equinos. El teniente coronel Silverio Sardina fue comisionado para reunir todos los caballos, bueyes, ovejas y ganado que encontrara en las cercanías.

De pronto, la noticia conmovedora. En los términos del propio general La Madrid:

“Serían las 12:30 cuando se presentó un joven decente con un papel del porte de una hoja de cigarro, con esta inscripción: «*Me sostengo, Acha*». Preguntándole cuándo había salido del pueblo, me contestó: —*A la oración cerrada del día anterior; que había tenido que dar un gran rodeo para llegar a este punto; que al pasar el río le habían dicho dos mozos que encontró, paisanos, que el general Acha se había ya rendido, mas que él no lo creía*”.

Inmediatamente se volvió a hacer fuego de cañón y se reemprendió el rumbo a la ciudad. Conviene seguir el relato de La Madrid, por la grave responsabilidad que desde a partir de este momento le cabe:

“Nos pusimos en marcha para el pueblo como a las 2:30 de la tarde, pero habiendo encontrado el camino anegado, por haber echado agua a él los enemigos, no pudimos llegar al punto de Angaco, que dista como legua y media de la Punta, hasta cerca de oraciones. Como ya yo me hubiese adelantado a este punto y se encontrasen allí algunas cabras, las mandé atar a todas y fui dando ración a todos los cuerpos conforme iban llegando. Mientras llegaban todos los cuerpos tuve tiempo de registrar el campo en que había sido la batalla [...] Así que llegaron todos los cuerpos con algunos cañones que se habían enterrado en el fango, y luego que hubieron sido todos aquellos racionados de carne, continuamos la marcha después de cerrada la oración, y fuimos a acampar en una hacienda que está como a un cuarto de legua”.

Lo copiado parece increíble, y arroja una gravísima culpa sobre el general La Madrid: Después de que se habían hecho sacrificios de todo género, este arrojado guerrero, el oficial intrépido desprendido por Belgrano para operar en el distante territorio dominado por los realistas, ahora mostraba una prudencia y hasta desapego verdaderamente criminal hacia sus camaradas en inminente peligro. Estos términos fuertes han sido estampados por contemporáneos con autoridad: todavía durante esa jornada el general Mariano de Acha y sus compañeros de gloria e infortunio se defendían heroicamente, reducidos a la catedral sanjuanina, con sus últimos recursos. Pero a pesar del aviso recibido al mediodía anterior, y en vez de despachar enseguida una columna ligera de auxilio, el 2º Ejército Libertador prosiguió con la lentitud de los bueyes que arrastraban su artillería, empantanándose, y deteniéndose a comer —luego de haberse alimentado en la víspera—, interesado su comandante en recorrer el campo de combate en Angaco e imponerse de sus detalles.

“Esa noche o al día siguiente por la mañana, se tomó un hombre el cual nos informó de haberse rendido el general Acha por falta de municiones a las doce del 23”. Tal es el epitafio redactado por Gregorio Aráoz de La Madrid, quien no pudo levantar las serias imputaciones contenidas en las *Memorias póstumas* del general Paz (editadas en 1855), cuando dio a la prensa las *Observaciones* sobre ellas el mismo año. Más que los graves juicios de Paz, muy difundidos, es preferible asentar la reflexión de quien marchaba junto al propio La Madrid: su fiel secretario Benjamín Villafañe, el cual criticó en sus *Reminiscencias históricas* la morosidad del avance:

“Nuestras jornadas eran lentas a causa del tren de artillería y carretas que llevábamos: dudo mucho, que anduviésemos más de cuatro leguas diarias. Si hay algún cargo serio que hacer a La Madrid es éste. Dadas las dificultades de la situación a que habíamos llegado, ¿por qué no llevar nuestras municiones a hombro, en todo caso, y dejar carretas y cañones que, como se verá después, de nada nos sirvieron? [...] Cuando Benavides y Aldao tuvieron conocimiento de la invasión de nuestra vanguardia a San Juan, corrieron apresuradamente en su alcance, abandonando cuanto pudiera retardar su marcha. ¡Hicieron ellos lo que nosotros debíamos haber hecho! [...] Al día siguiente supo nuestra División todo lo ocurrido, y lejos de arredrarse por la declaración que hacía cada recién llegado, todos habrían deseado tener alas para salvar al instante el espacio que nos separaba de San Juan [...] ¡Malditos cañones y carretas, causa inconciente, estúpida y muda, de tanto mal!”

El Ejército Libertador se presentó en la ciudad de San Juan recién el 24 de agosto, llevando a vanguardia la infantería y artillería a órdenes del coronel Ángel Salvadores, los escuadrones de descubierta de los tenientes coroneles Sardina y Sotelo, y por último el resto, en total 500 hombres. Los coroneles Ángel Vicente Peñaloza y José Joaquín Baltar operaban a cierta distancia. En la jornada previa el Gobernador general Nazario Benavides había abandonado su capital, conduciendo consigo a los prisioneros, encabezados por el general Mariano Acha y entre los cuales se contaban el mayor Plácido Agüero, capitán Ciriaco La Madrid, ayudante Agustín Rolín y varios más. Aunque no todos: por ejemplo el prestigioso coronel Crisóstomo Álvarez fue dejado para su curación, lo mismo que el capitán José A. Urquijo, teniente Luis Elordi y otros.

Recobrándose de su lentitud, el general La Madrid apenas reorganizó a sus fuerzas en San Juan, se dispuso a continuar a la no muy distante Mendoza. Una comisión fue encargada de recoger ganado, dinero para retribuir a las tropas y convocar al vecindario para designar Gobernador provisorio, nombramiento que recayó en el teniente coronel José Anacleto Burgoa, siendo su Ministro el citado Damián Hudson. Reunidos los coroneles Peñaloza y Baltar, el Ejército ascendió a 900 efectivos. Por orden de La Madrid, la esposa del general Benavides, sus 3 hijos y su madre, fueron conducidos a una galera que debió seguir al Ejército, como garantía para la suerte de los prisioneros tomados por el mandatario provincial. Este hecho contrario a las formas habituales de no mezclar a soldados con sus familias, fue la conducta observada por el jefe liberal —olvidaba que el mismo Quiroga guardó consideraciones para con la suya luego de derrotarlo en Tucumán—; y La Madrid ofreció un canje a Benavides de aquellos por Acha y su hijo Ciriaco, advirtiéndole que con ellos se tomarían represalias si estos últimos fueran ejecutados. El general Benavides rechazó la insólita e indigna propuesta.

Entonces La Madrid dispuso recuperar a los cautivos, enterado que Benavides se había adelantado a ellos, dejándolos confiados a una pequeña escolta que conducía gran número de caballos y cañones en carretas. Esta misión fracasó por los reparos que opuso el coronel Baltar a quien se la encomendaba, “por temor”, afirma el General.

Finalmente, el 2 de septiembre de 1841 el Ejército Libertador entró a Mendoza sin oposición —habiéndola desalojado poco antes, precipitadamente, el

general Nazario Benavides—, y fue instalado su campamento en el Plumerillo, a una legua. Allí pudo engrosarse con casi todos los prisioneros del batallón de infantería *Libertad* capturados el mes anterior en San Juan, y varios de diversos cuerpos. Muchos desertores incluso se pasaron a La Madrid. El 26 de agosto aquel jefe explicó a Oribe: *"No he querido empeñar una acción cam- pal por ser menos tropa la mía que la del enemigo, y estar bastante desmora- lizada y cobarde, como anuncié a Ud. en mi anterior"*.

No obstante, otros federales se movilizaban. El general Ángel Pacheco había dispuesto que el coronel José María Flores y el teniente coronel Lucas Llanos se apostaran en Chepes (sur de La Rioja, a distancia paralela de la ciudad de San Juan), habiéndose reocupado la capital riojana; aunque a consecuencia de la derrota de Aldao en Angaco, el primero de aquellos recibió órdenes de dirigirse a colaborar en la defensa de Mendoza. Hacia allí igualmente marchó el general José Félix Aldao con pocos acompañantes. El general Ángel Pacheco se hallaba por entonces en San Luis, a donde había retrogradado a raíz del incontenible avance del 2º Ejército Libertador.

Una misiva del "Fraile" (del día 13 de septiembre) contenía un inquietante párrafo:

Mañana hablaré con el general Benavides sobre los prisioneros y ve- ré modo de convencerlo de la necesidad que hay de remitir a Buenos Aires al menos al salvaje Acha, aunque yo soy de opinión que sería mejor limpiarlo, para evitar el costo de la conducción, valiéndose del pretexto que se había remitido a Buenos Aires, para que así pudiera el salvaje Pi- lón considerar la familia de Benavides, quedando la duda si [Acha] exis- tía o no.

El drama estaba anunciado.

El desenlace fue motivo de encontradas opiniones ya en el siglo XIX, que prosiguieron los historiadores que abordaron el tema. Lo que en términos ju- rídicos sería considerado como "cabeza del proceso", es la nota enviada por el general Ángel Pacheco al Dictador porteño, con fecha 16 de septiembre de 1841, desde su campamento a la orilla del río Desaguadero:

El titulado general salvaje unitario Mariano Acha fue decapitado ayer, y su cabeza puesta a la expectación pública en el camino que conduce a este río, entre la represa de la Cabra y el paso del puente.

Tal parte se publicó en *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires el 21 de octubre, y por esta comunicación se imputó desde entonces por los emigrados y escritores antirrosistas la responsabilidad de Pacheco en la ejecución. El tema merece ser aclarado.

Pacheco, en carta privada del año 1853 dirigida a su hijo José —a causa de una polémica—, le explicó la actitud de los jefes federales respecto al des- tino de Acha: *"Di orden a Benavides para que lo remitiese a Buenos Aires pa- ra ser juzgado por un consejo de guerra: lo encontró Aldao por el camino y él lo hizo fusilar, de cuyas results lo traté tan mal, que tuvo que venir a Bue- nos Aires a quejarse a Rosas"* (en realidad debió tratarse de una recomenda- ción al mandatario sanjuanino y no de una orden, que no estaba en las atri-

buciones de Pacheco impartir). Escribió esto cuando al año siguiente de la ba- talla de Caseros que puso fin a la Tiranía, se analizaron conductas públicas.

Mas adelante, en 1857, se promovió un proceso para esclarecer crímenes cometidos durante las campañas militares, entre ellos la muerte de Acha, "fu- silado en Mendoza después de rendido bajo capitulación", acerca de la cual el Juez interviniente requirió informe al general Ángel Pacheco. Éste respondió:

Respecto del general Acha, cuando llegué al Desaguadero con mi Di- visión, supe que el general Aldao, entonces Gobernador de Mendoza, lo había hecho fusilar, después de haber tomado el mando como General en Jefe de las fuerzas con que se le había incorporado el general Benavides, quien se le había puesto a sus órdenes conforme al Tratado del Litoral. Entonces yo marchaba por la Provincia de San Luis.

Insistió Pacheco al año siguiente ante similar acusación formulada por el periódico *El Nacional*, reiterando que en la muerte de Acha "no he tenido la menor parte":

El general Aldao, Gobernador entonces de la Provincia de Mendoza y General en Jefe del Ejército de Cuyo, lo hizo fusilar, estando yo a la ca- beza de mi División distante de aquel punto. Los jefes y oficiales de los dos bandos, testigos de los sucesos de aquella época, podrán desmentir- me si no fuese exacto.

Repetida la imputación en 1868 por Benito Martínez —hermano del ca- pitán Rafael Martínez del batallón *Libertad*, prisionero en San Juan y ejecuta- do luego en el cuartel general de Rosas en Santos Lugares—, José Pacheco de- fendió a su padre insertando en el diario *La Tribuna*, el 4 de marzo, una carta del propio José Félix Aldao que no había sido publicada hasta esa oportuni- dad porque la polémica parecía haber concluido años atrás. Este documento fue dirigido el 15 de marzo de 1842 al Dictador expresándole Aldao que el ge- neral Benavides conservaba todavía a su lado al prisionero Ciriaco La Madrid, *"que si hubiese caído en mis manos habría corrido la misma suerte que el sal- vaje unitario traidor Acha, a quien mandé decapitar en el Desaguadero y cla- var su cabeza en un palo"*.

No pueden caber dudas, tras esta confesión, sobre la autoría del crimen. Resulta de toda evidencia que el general Pacheco se limitó en su parte a Ro- sas del 16 de septiembre de 1841, a comunicar el hecho, ocurrido el día ante- rior a su incorporación al Gobernador Aldao, cuando ya éste había dispuesto "limpiar" a Mariano Acha pese a la garantía ofrecida por Benavides. Muchos años después, en 1894, el decano de los jefes militares argentinos, teniente ge- neral Donato Álvarez, describió a pedido de un yerno de Pacheco —el doctor Ernesto Quesada— la manera como se llevó a cabo aquel suceso. Álvarez (in- corporado forzosamente al Ejército Federal en su juventud como soldado, siendo sobrino del ex Gobernador correntino Berón de Astrada) era a la sa- zón cabo en la División Granada, y expuso en lo sustancial:

"Llegó el 14 al Desaguadero el general Benavides, incorporándose a Al- dao; ambos acamparon al lado del río. En la misma costa estaban los tres castillos [grandes carromatos] sin tolda, con palos altos, donde se encon-

traban los prisioneros. Pacheco se encontraba a gran distancia, pero se sabía que venía aproximándose a marchas forzadas. Aldao y Benavides levantaron campamento en la madrugada del 15: amaneció ese día con los fogones abandonados y los castillos custodiados por fuerzas de la División Granada. La escolta de Marín donde yo estaba volvió como a las ocho de la mañana, repasó el puente, tomó a Acha (que era un hombre de regular estatura, de nariz aguileña, barba entera, pelo castaño con pocas canas, vestido medio de militar y medio de paisano, buenos ojos, poblada la cabeza de abundante pelo), y lo hizo montar como mujer por tener engrillados los pies, pero él manejaba e iba con una manta de vicuña como poncho.

Como trompa de órdenes me encontraba cerca del teniente Marín cuando éste dijo a Acha que lo llevaban a Buenos Aires. —*Vea usted, a los 19 años voy a volver a ver la cara de Rosas*, contestó Acha. Seguimos marchando y como a las ocho leguas dijo de repente Marín: —*General, vamos a descansar cerca de ese árbol*. —*Yo vengo a sus órdenes*, contestó Acha.

Luego que hubo desmontado, dijo Marín: —*Tengo orden, General, de ejecutarlo*. —*No me extraña*, dijo Acha, *cúmplala usted*. Y sacando del cinto unas onzas de oro, de su dedo un anillo, y de su chaleco el reloj, los repartió a los soldados, pidiéndonos que le tirásemos bien al pecho y le pegáramos bien. El Teniente, sin embargo, lo hizo arrodillar y por la espalda lo fusilamos.

En seguida el mismo teniente Marín dio orden de que le cortaran la cabeza, buscó un palo de álamo de unos 12 a 15 metros de alto, que visiblemente había sido tijera de algún rancho, y clavando en él la cabeza fue puesta en el mismo camino a la orilla, para que el Ejército de Pacheco la encontrara allí clavada cuando pasara, pues se sabía que venía por dicho camino. El Teniente dijo que así serviría de escarmiento para todos, y que nadie se entregaría prisionero sin correr la misma suerte.

Epílogo de este macabro relato es el comentario del “Restaurador de las Leyes” (1º de noviembre) a aquella noticia comunicada por Pacheco:

La decapitación del salvaje unitario Acha, colgando su cabeza a la expectación pública en el camino y lugar donde se puso, es de la mayor importancia. La mandé celebrar con salvas y otras demostraciones de justo regocijo. Después de tanto exceso de generosidad con los salvajes unitarios, el modo bárbaro como se conducen reclama ya el desagravio de la justicia de la Patria.

8

Ignorante el general Aráoz de La Madrid de lo ocurrido con el jefe de vanguardia, el Ejército bajo su comando había ocupado la ciudad de Mendoza y estaba en plena reorganización para continuar hacia el sur en busca del enemigo. Un excelente espíritu dominaba sus ánimos, superado el trance amargo de la pérdida de aquella División en San Juan, mientras que los federales cuyanos mostraban un espíritu abatido. Así lo describe el coronel José María Flores al general Pacheco el 7 de septiembre desde Corocorto:

El general Benavides me anuncia hoy marchaba a este punto porque los salvajes lo cargaban, pero si no llega mañana marcharé yo a incorporarme a dicho señor General, cuya tropa está en el último estado de demoralización, tanto que, para desmentir las imposturas de los salvajes, he tenido que mandar una partida para que vean que viene el Ejército, al cual lo consideran en el otro mundo.

El auxilio de las tropas porteñas era indispensable para levantar la moral de aquellos, y el propio Benavides confirmó a Pacheco tres días después: “Una División ligera del Pílon Lamadrid me ha perseguido hasta Corocorto y de allí se ha vuelto para la ciudad, por haberse incorporado a esta División el coronel Flores”.

El general La Madrid ofrece detalles de estas maniobras en sus *Memorias*, que amplían la anterior información:

“En esa tarde ordené al comandante Baltar que marchara con toda la División del comandante Peñaloza sobre el Retamo, contra Benavides, y que lo persiguiera hasta concluirlo, para cuyo efecto le di también la compañía de Cazadores de Córdoba y el escuadrón *Julio*, todos bien montados, pues Benavides llevaba ya una fuerza muy débil, por cuanto por momentos estaban presentándose partidas de desertores suyos, así sanjuaninos como mendocinos. Al llegar al Retamo el 6 dieron alcance a 80 enemigos, unos 18 o 20 hombres nuestros y los pusieron en fuga, les mataron algunos soldados y tomaron bastantes caballos. Continuaron la persecución y cerca de Corocorto se encontró el teniente coronel Sotelo, que llevaba la vanguardia, con 200 hombres que volvían de sorprender a los nuestros al mando del coronel Lucero. La fuerza de Sotelo no pasaba de 80 hombres; mas sin embargo los acometió en el acto, y poniéndolos en completa derrota los persiguió largo trecho, les mató algunos soldados, tomó varios prisioneros y muchos caballos. Mas estando ya nuestra vanguardia sobre Corocorto hizo Baltar que el coronel Peñaloza retrocediera, por haber tomado un *bombero* [espía] de los enemigos que le dijo que llegaba muy pronto el coronel Flores con un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería a encontrar a Benavides, cuando éste no llevaba ya 200 hombres. De este modo se malogró el golpe”.

La actividad del “Pílon” (por su oreja cortada, en idioma quichua) era grande: el coronel Ángel Salvadores y el teniente coronel Valentín Acuña fueron hasta el fuerte San Carlos para apoderarse de varios cañones allí conservados, al tiempo que el coronel Ábalos era despachado a San Juan para lograr reponer en el mando de esta Provincia al mandatario allí dejado, teniente coronel Burgoa, quien fuera desposeído del mismo por un golpe de audacia llevado a cabo por sus adversarios. En efecto, esta última Provincia mantenía su encono hacia los liberales, como lo describe elocuentemente el Ministro de ella, Hudson:

“El comandante Burgoa estaba colocado sobre un barril de pólvora, cercado de montoneras, reducido al estrecho círculo de la ciudad, hostilizado constantemente y arrebatándosele los recursos para el consumo de

los habitantes y de sus escasos soldados. El pueblo le era enemigo, los habitantes en su mayor parte habían emigrado a la campaña”.

Por fin, el 18 de septiembre un comandante de milicias de caballería de nombre Atencio asaltó el cuartel de la diminuta guarnición sanjuanina y las autoridades escaparon sin mayor resistencia. El nuevo Gobierno fue confiado provisoriamente al Obispo de Cuyo, monseñor José Manuel Eufasio de Quiroga Sarmiento, y esta situación no pudo ser revertida. Burgoa se reunió en Mendoza con La Madrid.

Éste proseguía preparando a sus elementos para consolidar su estado, comenzando por el mando político. Debe destacarse que, a diferencia de San Juan, la población mendocina recibió con simpatía al Ejército Libertador. El 4 de septiembre fueron convocados a la iglesia matriz los vecinos caracterizados para elegir Gobernador, nombramiento que sin sorpresa para nadie recayó en la persona del mismo General. Pero La Madrid no se contentó, y ante su poco disimulada exigencia, otra reunión le confirió por unanimidad *“facultades omnímodas a fin de salvar al país de las circunstancias afligentes que le rodean”*. Era, ni más ni menos, que la “suma del Poder público” que Rosas investía, y La Madrid no se quedó atrás en cuanto a la dureza de su ejercicio. Fue este caudillo militar, de entre todos los que combatían contra el Dictador porteño, el que más implacable actitud observó hacia sus contrarios. En Mendoza clasificó a sus opositores, confiscó sus bienes, incorporó forzosamente al Ejército a los varones, y por fin, estableció un tribunal militar para que *“entienda y decida definitivamente en todos los negocios que por su naturaleza sean incompatibles con las inmensas atenciones que rodean al Ministerio en las presentes circunstancias”*. El tribunal indicado estuvo presidido por el coronel Fernando Rojas y fueron sus vocales los comandantes Simeón Dávila y Vicente Herquíñigo, y secretario el capitán Gregorio J. de Quirno, colaborando con él algunos civiles, como el doctor Eusebio Blanco y Tomás Santa Ana. No faltaron sentencias de muerte, penas de azotes, detención de mujeres.

Hasta entonces, los presagios eran favorables a la causa liberal. La Madrid no conocía la composición de las fuerzas adversarias, pues sólo sabía con certeza la presencia junto a Benavides, de los efectivos del coronel Flores: ignoraba la proximidad del general Pacheco y del Gobernador Aldao, aunque algunas versiones se la transmitieron. Como medida de precaución dispuso que se le unieran todos los jefes destacados a distancia: el coronel Ábalos desde San Juan, la vanguardia del coronel Peñaloza con el escuadrón *Julio* de Baltar, el coronel Salvadores desde San Carlos (quien retornó con 3 cañones), el teniente coronel Acuña con el escuadrón *Lavalle*, y el comandante Policarpo Torres formó un nuevo cuerpo, creándose otro con los restos del que había mandado en San Juan el coronel Crisóstomo Álvarez, engrosado en Mendoza con el aporte de milicianos, denominado *Legión Acha*. Precisó La Madrid en sus *Memorias*: “La fuerza de mi Ejército este día [el de la batalla] no pasaba de 1.200 hombres, incluyendo en este número más de 400 hombres entre milicianos, voluntarios de Mendoza y pasados del enemigo”.

En ese tiempo el componente más sólido del Ejército Federal eran las tropas de Buenos Aires comandadas por el general Ángel Pacheco. Éste ya actuaba con independencia de su superior Oribe, lo que Rosas confirmaría en carta del 15 de septiembre: *“Debes continuar obrando con la entera libertad*

con que estás facultado por el señor General en Jefe; y por lo que a mí toca, te faculto también para lo mismo”.

Por lo demás, en los hechos el jefe porteño asumió el comando de las operaciones de las fuerzas combinadas, aun cuando se unieron las suyas con las cuyanas de sus Gobernadores, sobre todo José Félix Aldao, mandatario de la Provincia en donde se encontraban (no obstante que de acuerdo al Pacto Federal éste debió haberlas dirigido). No sucedió así, seguramente porque los efectivos porteños superaban en número y calidad a los de aquellos dos Generales; y una demostración de lo dicho se tiene en la correspondencia cambiada: el 3 de ese mismo mes de septiembre Pacheco había escrito a Aldao *“que no será conveniente dar una batalla sin todas las probabilidades de un buen suceso”*, en términos que superan una mera opinión, y este último le contestó sumisamente dos días después: *“Convengo en las indicaciones que me hace; ellas serán observadas”*. Este trastocamiento de jerarquías, que desde luego no satisfacía al terrible “Fraile”, motivaba que el mismo quisiera remarcar su categoría empleando un trato impropio hacia los oficiales de Buenos Aires que formaban su contingente; el hecho cierto es que el 10 de septiembre el coronel Flores se quejó al general Pacheco de que pese a sus buenos deseos y patriotismo, le era *“imposible sufrir ninguna clase de vejación, cuando no doy motivo”*, y le solicitaba su separación, entregando su División al teniente coronel Julián Ciriaco Sosa. El propio general Pacheco describió el estado militar de los federales en carta posterior a Oribe, en términos tan francos que merecen reproducirse para saber al detalle lo que ocurría en sus filas:

...el lamentable estado en que encontré a mi entrada este país [Mendoza]: una completa anarquía entre los principales jefes, y las defecciones mas escandalosas no podían dejar de dar tristes resultados. Así es que después de los prósperos sucesos de San Juan, cuando parecía natural que el engrimiento de la victoria hiciera permanecer en las filas a los soldados de Cuyo, era precisamente cuando en grupos las abandonaban, y lo que es peor, iban a aumentar las de los contrarios, a tal punto que el mismo general Benavides dice terminantemente en una de sus cartas que no estaba distante el momento de verse amarrado y entregado a Madrid por sus mismos soldados... En este conflicto, ya había fijado también al general Aldao 4 días de plazo para cambiar esa situación afligente, y si no sucedía dentro de ellos, abandonarlo todo y ganar los campos.

Acusaciones recíprocas y elementos de males sin cuentos fue lo que yo encontré al arribar a San Luis; pero ya estando en el Desaguadero y verificada la incorporación, tuve la fortuna de calmar los ánimos y aún de hacer que marchasen de conformidad en circunstancias tan apremiosas; pero el mal había criado profundas raíces, y las simpatías de los habitantes de la Provincia (con dolor lo digo) no eran a nuestro favor. Lejos de serlo, los hombres no se plegaban a nuestras filas, ni teníamos caballos para el servicio, ni recursos de ningún género en el país, sin que este mal reconociese otro origen que la tortuosa dirección que se había dado a los negocios públicos.

Toda la cooperación, todo el contingente que han podido las Provincias de Cuyo poner en la pelea han sido dos Compañías de infantería de San Juan y Mendoza, bien diminutas.

Abandonado El Retamo el día 19 por la vanguardia liberal, esta localidad fue ocupada sin oposición por los federales. Distaba 12 leguas de la ciudad de Mendoza.

Al tenerse noticias concretas de la aproximación del enemigo y de su composición, el general La Madrid delegó su autoridad en un antiguo militar, Antonio Soloaga, a quien acompañó como Ministro el prócer de Mayo y de la guerra de Independencia coronel Antonio Luis Beruti. Él marchó a situarse en el terreno elegido de antemano para recibir al Ejército Federal.

Ya se sabía que sus contrarios ahora eran poderosos, puesto que contra sus 1.200 elementos, ellos contaban con 3.000 efectivos. Mas la decisión de resistirlos era grande. La posibilidad de una retirada estaba descartada por La Madrid, dado que a sus espaldas todo el territorio estaba dominado por el enemigo: insurreccionada San Juan, sin recursos para atravesar La Rioja, y con el Ejército de Oribe reforzado por la División del coronel Hilario Lagos sobre Tucumán. “No nos quedaba otro medio que el de vencer o morir” —escribió el animoso General—, “yo no trepidé un momento en esperar la batalla”. Su espíritu era compartido por sus subordinados, según expresa:

“Era tal el entusiasmo y decisión del Ejército, que al recibir esa mañana el parte de la aproximación del enemigo, resonó en todo él un grito de alegría y nadie dudó de la victoria, aún después de haber visto la triple fuerza del enemigo”.

Al anoecer del 23 de septiembre estuvo la vanguardia federal a la vista de las tropas liberales, para efectuar un reconocimiento de la zona. Se disparó una granada y un tiro de cañón a bala rasa sobre ella, pero el impetuoso Gregorio Aráoz de la Madrid se dejó dominar por su ánimo y cargó a sus contrarios como solía hacerlo desde sus tiempos de joven oficial, a la cabeza del escuadrón *Julio* y de una compañía de Cazadores. Aquella retrocedió apresuradamente.

El general La Madrid había elegido con antelación al encuentro, un terreno que consideraba apto para compensar la diferencia de 3 a 1 que le era desfavorable. Eran los “potreros de Hidalgo” o *Rodeo del Medio*, que se hallaban al borde de un gran pantano también conocido por *Ciénaga del Medio*, sobre el cual se hallaba un puente que permitía cruzarlo. Era el lugar ideal para rechazar a los federales, o para cortar su avance cuando parte de ellos se encontrara de un lado, y el resto del otro. Mas el General liberal no abrigaba este propósito, considerando que el lugar determinado para la batalla era conveniente para obtener una victoria, “lleno de confianza —dice La Madrid— en el valor y entusiasmo de mi Ejército y en la justicia de nuestra causa”. Declara él mismo sobre el paso del puente por los enemigos: “No quise embarazármelo por no verme precisado a dar después la batalla con tanta desventaja en el punto que él eligiera”. Pesaba otra circunstancia, que pone de relieve su secretario Villafañe que lo acompañaba: la carencia de balas para la artillería, la cual sólo podría efectuar una o dos descargas, que se reservaban para momentos decisivos. Según este último, la enorme ventaja en hombres y equipos de los federales sólo podía ser revertida por alguna circunstancia sorpresiva:

“A no dudar, nuestro General comprendía bien su situación, y en la necesidad de salvar el honor a lo menos, quiso esperarlo todo de uno de esos golpes de fortuna que a despecho de previsiones imposibles, dan vida o muerte en casos análogos”.

Tres factores obraban, sin embargo, para confiar en el triunfo, como destaca el mismo Villafañe. El primero y más importante: “La batalla dada en Angaco había hecho profunda impresión, se nos creía invencibles”. La posterior conducta de las tropas de Benavides y Aldao lo demostraba, sin que disminuyera esta suposición la siguiente acción victoriosa del primero en San Juan. Los soldados iban a pelear porque sabían —como lo profetizara en aquel combate el infortunado Acha— que no habría piedad para los prisioneros. El segundo elemento favorable era el temple no vulgar de sus jefes, y la ascendencia que esto obraba sobre sus subordinados. Finalmente, el terreno elegido por La Madrid.

El general Pacheco era consciente de la favorable situación de sus adversarios, cuando a las diez de la mañana del 24 de septiembre de 1841 los diviso. Refirió en su parte a Oribe:

Los enemigos se habían situado en una posición muy ventajosa y allí nos esperaron. Fuera de que dominaban el terreno por donde era indispensable nuestra marcha hasta ellos, teníamos al frente una ciénaga pantanosa.

Sus jefes compartieron su preocupación, según referencia del teniente coronel Cesáreo Domínguez: los “salvajes”

ocupaban una posición tan fuerte como ventajosa, no sólo porque sus fuegos dominaban la nuestra, sino también porque el terreno en que debíamos operar nosotros era pedregoso y lleno de espinas: tenían que sufrir mucho nuestros caballos y nuestros infantes.

El general Pacheco convocó a una junta de guerra para conocer la opinión de sus principales subordinados, y en la misma carta del comandante Domínguez, éste refirió:

La batalla debía principiar por el jefe menos antiguo: obtuve yo la palabra y opiné que nada importaba la posición ventajosa del enemigo, cuando el valor de nuestros soldados era irresistible y que por consiguiente la acción debía empeñarse.

Todos fueron de la misma opinión, y así dispuesto, marcharon al combate. Así es como el Ejército Federal comenzó a cruzar el puente y desplegar su infantería “a tiro de cañón” de las fuerzas de La Madrid.

La línea del Ejército Libertador estaba dispuesta de la siguiente manera: en el centro la infantería (300 efectivos) mandada por el coronel Ángel Salvadores, y dos baterías de artillería (9 piezas con 80 hombres) por el coronel Fernando Rojas. Tras ellos se encontraba el cuartel general, donde ondeaba la bandera celeste y blanca, que le había sido presentada a La Madrid por las

monjas de Córdoba. Pero era la caballería en lo que más confiaba este General, situada a ambas alas. La derecha la mandaba el antiguo Comandante General de los Llanos de La Rioja, coronel Ángel Vicente Peñaloza, *el Chacho* (500 jinetes), a donde quiso ubicarse el jefe del Estado Mayor, coronel José Joaquín Baltar, "íntimo amigo del coronel Peñaloza y nada hacía éste sin consultarlo", por lo que La Madrid accedió a su deseo. La caballería de la izquierda (270 hombres) estuvo a cargo del coronel Crisóstomo Álvarez. Por último la reserva (150) soldados a órdenes del coronel José Domingo Ábalos.

Excelentes tropas integraban el Ejército Federal, que componían veteranas unidades venidas desde Buenos Aires. Sus jefes estaban acreditados por su decisión y bravura: José María Flores, Nicolás Granada, Pedro Ramos, Gerónimo Costa, Marcos Rincón, Cesáreo Domínguez, Francisco Lasala (oriental enviado por Oribe como jefe del Estado Mayor). Su comandante el general Ángel Pacheco lo dispuso de acuerdo al siguiente orden: a su izquierda la División de caballería comandada por el coronel Nicolás Granada, en el centro los batallones de infantería (sumando 1.800 efectivos) que dirigía el coronel Gerónimo Costa, con 10 piezas de artillería a cargo del comandante Castro, y a la derecha otra ala de caballería bajo el mando del coronel José María Flores. La reserva tenía a su frente al coronel Pedro Ramos. Atraía la atención de muchos de los oriundos de las Provincias del Norte que servían en el Ejército Libertador, el uniforme de las unidades de caballería federal de Buenos Aires, vestidas por completo de colorado: gorros, camiseta y chiripás. Para quienes no las habían enfrentado en el Litoral, era una novedad llamativa.

En tanto el Ejército Federal cruzaba el puente sobre la ciénaga sin embrazo alguno y adoptaba su despliegue en batalla, el general Aráoz de la Madrid recorría su propia línea arengando a las tropas; cuando en momentos de llegar a donde estaba colocada su infantería, notó que sus jefes principales estaban formados en círculo a su retaguardia, un poco alejados de los soldados. Sospechando La Madrid que se tratara de intimarlo a no presentar lucha, ante la desproporción numérica de las fuerzas, empuñó una pistola y se dirigió a ellos. Salíó del grupo el coronel Rojas y le dijo:

—Señor General: los jefes del Ejército que han visto ayer, no sin sorpresa, al señor General colocarse a la cabeza de la columna para arrojar-se a la vanguardia enemiga, tienen el honor de hacerle por mi conducto, la siguiente observación: inmensas son las pruebas que tiene dadas de su valentía y arrojo; su dirección solamente es la que necesita el Ejército para triunfar y salvar la Patria, pues está convencido todo él que nadie podrá reemplazarlo. Es por esto que tengo, a nombre de todos ellos, que suplicar a S.E. se coloque a espaldas de la línea, donde sin exponerse pueda dirigir sus órdenes.

Conmovido el General, les agradeció su interés, y añadió:

—Estad seguro de que os complaceré, como yo lo estoy de que sabréis llenar vuestros deberes y salvar hoy la Patria. ¡Así supieran todos cuán amargo es el verse fuera de su patria y en desgracia, como yo me he visto! ¡Juremos morir, camaradas, antes que pisar el suelo extranjero, y la patria será salvada! ¡Viva la libertad y los valientes jefes que la sostienen!

Tras este diálogo se inició la batalla de Rodeo del Medio, pasado el mediodía del 24. Ante el primer disparo de cañón efectuado por el enemigo, La Madrid ordenó a su banda de música —una docena de instrumentos incorporada al cuartel general— que tocara la canción "*A la lid*" que entonaban los adversarios de Rosas.

La Madrid, confiando en el empuje del intrépido coronel Crisóstomo Álvarez, ordenó a éste que cargase a los 800 hombres que tenía a su frente (los cuales superaban a sus efectivos tres veces), reforzándolo con una compañía de granaderos tucumanos y otra de cazadores cordobeses. Era adversario de Álvarez su antiguo jefe el coronel Nicolás Granada, con la División del Sur y su regimiento Escolta *Libertad*, en cuyas filas aquel se luciera combatiendo contra los "Libres del Sur" en el combate de Chascomús en 1839. Álvarez era una figura singular, dotada del temerario arrojo que adornaba a su tío, y se destacaba por su ascendiente en el Ejército. Un testigo calificado como lo fue su compatriota Benjamín Villafañe, que participó de la campaña, lo describe:

"Crisóstomo Álvarez en presencia del enemigo se transfiguraba. Parecía rodeado de cierta atmósfera que fascinaba a los suyos, les comunicaba su alma a tal punto que el más tímido sentíase invencible a su lado. Colocábase al frente, en uno de sus extremos y cuatro o cinco pasos delante de los que le seguían; daba sus cargas. Al darlas oíasele un alarido que recordaba al de los indios de la pampa, alarido que repetían los suyos y que se prolongaba haciendo salvaje y espantosa armonía con el retumbamiento del suelo bajo el casco de sus caballos".

El coronel Granada salió a su encuentro, y como recordó el teniente coronel Cesáreo Domínguez en carta a su amigo Vicente González, "*las caballerías se dieron mutuamente cargas sucesivas y reñidas*". Hasta que el singular empuje de Álvarez pudo imponerse a sus enemigos, sableándolos en medio del desorden que les produjo, y obligándolos a repasar el puente hasta alejarse del campo de batalla. Había repetido sus proezas de Angaco. La Madrid no pudo contener un grito: —*¡Viva Nuestra Señora de las Mercedes!* En un día como aquel, en 1812, a órdenes de Belgrano se contó en Tucumán entre los vencedores del Ejército Real del Perú, jornada que fue puesta bajo la advocación de aquella. El parte del general Ángel Pacheco a Oribe fue circunspecto al describir este momento:

La superioridad numérica de la caballería enemiga, y la posición escogida que ocupaban, los hacía sostener una resistencia digna de la bravura con que nuestros batallones y excelentes cuerpos de caballería atacaron su línea.

En tales circunstancias —relata La Madrid— toda la infantería federal que estaba ocupando posiciones, retrocedió precipitadamente hacia el puente. Sin perder tiempo, este General envió a uno de sus ayudantes del escuadrón Mayo, Fermín Castex, a comunicar la derrota del costado derecho enemigo al coronel Peñaloza, y ordenarle que la cargara con su caballería. Empero el ayudante se topó con el coronel Baltar, jefe del Estado Mayor, quien le participó que ese aviso no podía transmitirse "porque tenían al frente más de 400 infan-

tes". Indignado, su superior le hizo saber "que no estaba allí para darle noticias del número de sus enemigos sino para acuchillarlos cuando él lo ordenara". El coronel *Chacho* Peñaloza, en cambio, estaba "impaciente por cargar", pero el jefe del Estado Mayor se lo impedía.

Mientras se solucionaba este incidente, La Madrid envió al coronel Ábalos a que con la reserva fuese en protección de Álvarez —muy adelantado—, porque la columna enemiga iba a tomarlo por la espalda. Él mismo se corrió a su derecha para matar a Baltar con su pistola y encabezar la carga en persona; pero al emprender su galope recordó la indicación del coronel Fernando Rojas antes de iniciarse la acción, en el sentido de que quedase ordenando el conjunto en vez de comprometerse personalmente, y refrenó su caballo. Agrega Villafañe: "Viendo esta persistencia inexplicable, Peñaloza y don Agustín Acosta (hacendado de Buenos Aires que había hecho alta figura en el Escuadrón *Mayo*) cargaron al enemigo con sus escuadrones, pero tuvieron que volver caras bajo los fuegos de la infantería, que por dos veces salió a recibirlos en protección de su caballería". No los había acompañado tampoco el teniente coronel Sotelo, "como se lo ordenó el coronel Peñaloza —puntualiza el general La Madrid—, lo que habría bastado para acuchillar el costado izquierdo que mandaba el coronel Flores". En el interin la artillería federal hacía un vivo fuego, aunque sus tiros rebotaban en su frente y pasaban por encima.

Siéndole imposible variar aquel resultado a su derecha, prosigue La Madrid:

"Mandé orden al coronel Salvadores que se avanzara al intermedio de las dos líneas con sus 200 cívicos y las dos baterías que mandaban el coronel Rojas y el teniente coronel don Cayetano Cortina, haciendo fuego sobre la columna que pasaba por su frente".

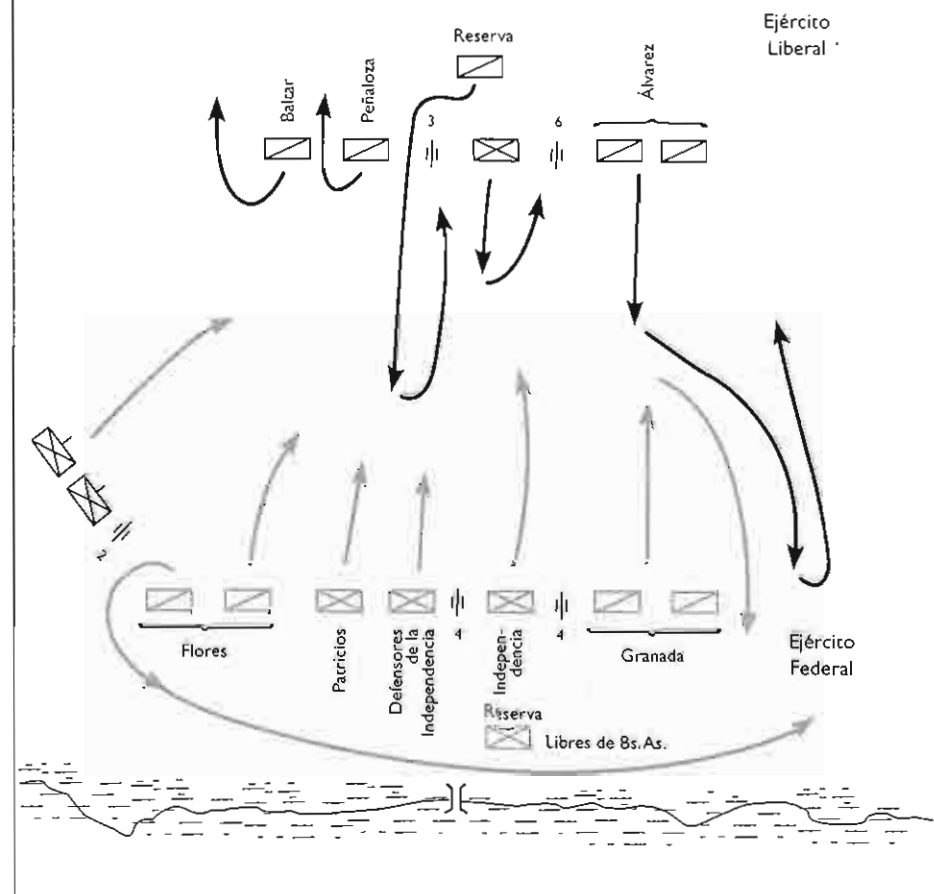
No obstante lo decisivo de ese momento, el coronel Salvadores tampoco se animó a cargar, "porque era mucha la fuerza enemiga". El general La Madrid, sin poder creer lo que Salvadores le mandaba decir, reiteró su orden por medio de su otro ayudante Juan Antonio Gutiérrez (hermano del futuro constituyente Juan María Gutiérrez), *aunque fueran 10.000 los que pasaban por su frente*, o iba a hacerlo él mismo:

"Avergonzado ese valiente de esta mi reconvención, da la orden al teniente coronel Herquíñigo para que cargue, y quédase él con el coronel Rojas al lado de las baterías. El valiente Herquíñigo toma la bandera que llevaba el cuerpo y mándalo marchar. Lánzanse estos valientes dando un viva a la Patria por tras de su jefe, que iba al frente, y medio desordenados por la desigualdad del piso y las espigas que habían; iban a emplear sus bayonetas sobre los restos de la columna enemiga, que pasaba haciéndoles descargas, cuando cae Herquíñigo con un bazo roto que le hace largar la bandera".

Confirma Benjamín Villafañe lo transcrito anteriormente sobre Baltar y Salvadores, y acerca de la conducta de Erquíñigo (su nombre figura indistintamente con H inicial o sin ella), del cual rescata su gesto:

Rodeo del Medio

(24 de septiembre de 1841)



"Tomó en una mano la bandera y con la espada en la derecha marchó a la cabeza de su pequeño batallón sobre el enemigo, quien lo esperó tranquilo; cuando estuvieron a cierta distancia cayó sobre ellos una lluvia de balas. Pocos fueron los que quedaron en pie, siendo Herquínigo de los primeros derribados, con la bandera y el cuerpo destrozados!"

Sin su jefe, los infantes liberales retrocedieron desordenando la formación.

A la izquierda, el coronel Crisóstomo Álvarez, de vuelta a su posición luego de arrollar la División de Granada, sin recibir órdenes de su General, procuró en repetidas oportunidades —por su cuenta— conmover la infantería federal, pero en vano, impedido por los fuegos de ésta y entorpecido por el suelo pantanoso. Es indudable que La Madrid no atinó a impartir instrucciones adecuadas, tanto a Álvarez como a Peñaloza (ante la desobediencia de Baltar), ni tampoco a emplear eficazmente a su infantería durante los momentos en que los enemigos estaban pasando el puente —para dividir su capacidad combatiente— o cuando el centro enemigo se replegó al notar que la caballería del coronel Granada era rechazada. Sin duda, en esta última ocasión los infantes del Ejército Libertador acosaban a sus adversarios con descargas, aunque sin cargarlos a la bayoneta para consumar el triunfo.

El teniente coronel federal Cesáreo Domínguez, jefe del batallón *Patricios* del Regimiento N° 3, dirigió luego una carta al jefe de este último —coronel Vicente González, *el Carancho del Monte*— dándole cuenta de lo sucedido entre los Ejércitos enemigos, con mayor detalle:

Fue preciso mandar al Batallón Costa en protección del ala derecha, y cuando éste rechazó al enemigo, fue cargado por la infantería y artillería enemiga a tal extremo que Costa, viendo morir sus soldados, fue a pedirme protección. En efecto, marché en su auxilio resuelto a morir, y mis valientes patricios se mostraron como héroes: cuando llegué al punto del combate tenía Costa muchos hombres fuera de combate, y desplegué mi batallón a tres cuartos del enemigo haciéndole un fuego graneado, tan horroroso que obligué a los salvajes a que cesasen sus fuegos y se tiraron al suelo.

Suspendí yo los míos para arreglar la línea, que estaba algo desordenada por los obstáculos del terreno, y en ese intervalo los enemigos formaron columna cerrada y me dirigieron los fuegos de 8 piezas de artillería a metralla, y acto continuo me cargaron a la bayoneta; pero los vivas al Restaurador y a la Confederación Argentina que daban los Patricios y el Batallón Costa los hizo contenerse a media cuadra de distancia en cuya altura volví hacerles romper el fuego de un modo que no pudiendo resistir esos cobardes, huyeron y se precipitaron a ocultar su vergüenza, dejando tendidos en el campo muchos muertos y abandonando las piezas de artillería clavadas.

El fuego de metralla que nos hicieron fue grande y seguido, pero al ver flamear la bandera con el retrato de nuestro Ilustre Restaurador, y la bravura de los valientes Patricios que a pie firme esperaban la muerte o la victoria, huyeron desprovistos, dispersándose en todas direcciones.

Sea como fuere, después de haber rechazado la infantería federal la carga que les llevaron sus oponentes, el general La Madrid y sus ayudantes se incorporaron a los maltrechos restos de su centro:

"Los enemigos habían hecho alto dando frente a nosotros, y nos confundían con sus fuegos de ambas armas; los míos, entre tanto habían concluido sus municiones, así de cañón como de fusil, y me lo advierten. Mando a las carretas que estaban inmediatas, en busca de municiones y sólo encuentran un cajón de fusil (un armón habíase volado al principio en una de las baterías, por un descuido). Se rompe y distribuye a los cívicos, y empieza el fuego, pues se acercaban los infantes enemigos".

Era el instante decisivo, el que inclinaría el triunfo y la derrota en uno u otro lado.

Continúa la descripción de las acciones La Madrid:

"Ni el valiente Álvarez con su cuerpo y el *Lavalle* que mandaba Acuña, ni Ábalos con su reserva, aparecían por el frente. Avisame en estas circunstancias uno de mis ayudantes, que la caballería de Baltar y Peñaloza venían en fuga por nuestra retaguardia. Vuelvo la vista y adviértola como a ocho o diez cuerdas a mi espalda, huyendo por la costa de unos potreros hacia el callejón que conduce a Mendoza, perseguida solamente como por 200 o pocos más de los *colorados* del coronel Flores".

De modo que dio orden al coronel Salvadores que se refugiara con la infantería en unos cercos hacia su espalda, y él con sus ayudantes fue en procura de contener esa caballería; pero los enemigos se adelantaron y lancearon a uno de sus acompañantes y bolearon el caballo de otro, así que La Madrid quedó solo con Gutiérrez y un sargento. Luego se les reunió el teniente coronel Honorato Gordillo y un oficial con dos soldados riojanos, mientras el General gritaba a los rezagados de Peñaloza y Baltar que se detuvieran, sin lograrlo.

De pronto fueron sorprendidos por una treintena de soldados federales. Sin vacilar, La Madrid sujetó su caballo y los cargó en compañía de su pelotón, ante lo cual aquellos les dispararon sus tercerolas y retrocedieron sin aguardarlos. Su Ejército continuaba escapando, cuando apareció el coronel Álvarez a la cabeza de sus jinetes y encarando a los infantes que retrocedían, con su lanza en ristre les anunció: —*¡Alto todo el mundo, o levanto en la punta de mi lanza al primer cobarde que dé un paso!* Esto contuvo la fuga. Pero sólo por un breve momento, porque al oírse una próxima descarga de los enemigos, ella se volvió incontenible. El general Aráoz de la Madrid fue de los últimos en abandonar el campo de batalla, luego de haber hecho varios esfuerzos por revertir la situación.

Refirió el general Pacheco en su parte a Oribe dos días después:

Nadie hubiera escapado si los caballos de nuestros escuadrones hubiesen sido buenos, pero no lo eran, y los enemigos iban montados en los mejores que poseía la Provincia de Mendoza. Tampoco hubieran escapado si las fuerzas que con previsora anticipación y en suficiente número estaban colocadas en puntos a propósito, al mando de jefes de estas Provincias, hubiesen cumplido con su deber; pero llenas de cobardía no osaron oponerse al paso de hombres que iban llenos de espanto, con los caballos rendidos y dispuestos a desmayar del todo, y perecer o caer en nuestras manos, siempre que se les hubiese hostilizado según convenía.

Al promediar la tarde el derrotado Ejército Libertador ingresaba a Mendoza, desorganizado y disminuidos los efectivos con que partiera el día anterior. Por otro lugar también habían buscado amparo los coroneles Salvadores, Rojas y el teniente coronel Cortina, dejando tras de sí a 380 infantes que cayeron prisioneros, y abandonadas sus 9 piezas de artillería, todo el parque y carretas. El coronel Ángel Vicente Peñaloza defendió la retaguardia del Ejército Libertador, evitando su destrucción total.

Al entrar a la ciudad, el general La Madrid se trasladó a la Casa de Gobierno en donde había alojado a la familia del general Nazario Benavides, e hizo saber a su mujer y su madre que quedaban en libertad, pidiéndoles disculpas por las molestias ocasionadas y ofreciéndoles algún auxilio, como lo había hecho hasta entonces. Restaba eludir la persecución de los federales, la cual los vencidos en Rodeo del Medio presentían que sería empeñosa, *"perdida una batalla que ya era nuestra"*, según la refirió La Madrid en carta al general Paz. Desechando un primitivo proyecto de dirigirse a Río Cuarto, por último aquel resolvió atravesar la Cordillera, no obstante que —señala Benjamín Villafañe— "el camino que podíamos haber llevado hasta Chile estaba cerrado: era éste un año excepcional, nevaba como pocas veces en aquella región".

Con sus acompañantes tomó esa ruta, y a las dos de la noche se detuvieron a 14 leguas de la capital. Al día siguiente continuaron su marcha y arribaron al oscurecer a Uspallata. Allí La Madrid se encontró con el coronel Baltar, al cual nada dijo por verlo muy abatido, pero reservándose para más adelante someterlo junto con el coronel Salvadores a un consejo de guerra debido a su conducta en la batalla.

En esa localidad el General preparó alimentos para los camaradas que lo seguirían en el peligroso cruce de los Andes, disponiendo de una majada de más de 200 ovejas, y fabricando con sus pieles forros para el calzado de oficiales y tropa, "dando de todo un recibo al capataz para que pudiera su dueño cobrar el importe cuando mejoraran las circunstancias". Unas pocas reses también fueron carneadas y asadas para comer durante tres días, ya que faltaría leña en las montañas. La columna de fugitivos, que totalizaba entre 300 y 400 hombres, fue dividida en tres secciones: la primera a órdenes del coronel José Domingo Ábalos (correntino), la segunda a las del coronel Silverio Sardina (tucumano), y la tercera a las del coronel Ángel Vicente Peñaloza (riojano). Al mediodía siguiente La Madrid inició la marcha acompañado de sus ayudantes Castex (dos hermanos) y Gutiérrez, el cirujano del Ejército doctor Mateo Molina, su sobrino el coronel Crisóstomo Álvarez —"todavía con su herida de Angaco abierta"—, unos cuantos ciudadanos del escuadrón Mayo, y pocos soldados. Antes había logrado que dos centenares de milicianos cuyanos retornasen a sus hogares, para evitarles los riesgos que les esperaban en el desierto de piedra y nieve.

El Gobernador José Félix Aldao, que había tenido un papel meramente pasivo en la batalla —pese a que le hubiese correspondido el mando—, no pudo menos que escribir a un amigo el 27 de septiembre:

El combate duró cuatro horas y fue muy reñido y disputado por los salvajes, a consecuencia de la ventajosa posición que ocupaban, además del doble de su caballería, que arrolló siempre a la nuestra. El salvaje La

Madrid huyó para Chile, aunque sea dicho en justicia, no a ocultar su cobardía, pues se ha portado como un valiente.

Detrás quedaban los prisioneros tomados en Rodeo del Medio, entre los cuales *"muchos jefes y oficiales salvajes empecinados"* —decía Aldao en la misma carta—, siendo los de más jerarquía los tenientes coroneles Rufino Ortega —quien se entregó a sus enemigos en medio de la lucha— y Valentín Acuña, y los mayores Plácido Agüero, Estanislao Bejarano y Vicente Herquifigo. Luego, durante la persecución, se añadieron al número los tenientes coroneles Genuario Zárate y Juan José Ubierna, más 9 capitanes, 10 ayudantes, 13 tenientes, 16 alféreces, 2 abanderados, 7 "ciudadanos-soldados" del escuadrón Mayo, y otros sin destino. El general Pacheco no descuidó las medidas para apoderarse del resto, de lo que daba cuenta al general Manuel Oribe:

He destacado 100 hombres del Ejército para perseguir al salvaje Madrid y los que lo acompañan, hasta tomarlo o arrojarlo a las nieves de la cordillera, donde por falta de recursos para atravesarla probablemente perecerán, y si escapa aquel, saldrá solo o con muy pocos hombres.

La búsqueda de los escapados de la derrota comenzó a dar resultados positivos: fueron alcanzados por las partidas descubridoras al día siguiente de la batalla, en el camino a Uspallata, los coroneles Ángel Salvadores y Fernando Rojas, y el teniente coronel Cayetano Cortina, y acto seguido degollados, como también lo fue en una calle de Mendoza el mayor José Ignacio Igarzábal, antiguo jefe del Estado Mayor de la División Acha, y algunos más. No quiso correr la misma suerte el ex Ministro coronel Antonio Luis Beruti, y —relata elusivamente Damián Hudson, el cronista contemporáneo de Cuyo— "exhaló su último aliento en un lugar oculto, a fin de evitar los ultrajes a su persona".

Consumada la victoria federal, tanto en Mendoza como en San Juan se tomaron severas represalias de todo tipo contra cuantos habían colaborado o apoyado al desaparecido 2º Ejército Libertador. Una muestra elocuente del clima espiritual reinante la dio el propio Obispo de Cuyo monseñor Quiroga Sarmiento, quien el 8 de octubre de 1841 se dirigió al Gobernador Rosas

para felicitarle por las ventajas, gloriosos triunfos y total destrucción que han obtenido las armas de la Federación, contra la horda inmundada de salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres, capitaneados por los traidores Madrid y Acha, que obstinados, se atrevieron a profanar el pueblo sanjuanino, amigo de V.E. y el más adicto a la Sagrada Causa de la Federación.

Esta nota, que contiene una serie de alabanzas al Dictador, fue agradecida por éste el 5 de noviembre en los siguientes términos:

Los principios y sentimientos patrióticos consagrados en tan honroso documento, dignos son de un prelado evangélico, que siente en su corazón el santo fuego de la virtud, religión y amor ardiente a la Santa Causa de la Libertad. Descargando V.S.I. un anatema justo contra los salvajes unitarios impíos, enemigos de Dios y de los hombres, ofrece un lucido

ejemplo eminente. Resalta la verdadera caridad cristiana, que enérgica y sublime por el bien de los pueblos, desea el exterminio de un bando sacrilego, feroz, bárbaro, obcecado en prolongar la guerra, enrojecer el suelo patrio con copiosos raudales de sangre, y hundir en una misma fosa las leyes y las instituciones, la libertad y la religión de la República.

Aleccionadoramente, la correspondencia fue publicada por el periódico oficial porteño *La Gaceta Mercantil* en su edición del 6 de diciembre, comentando que

la virtud, patriotismo, verdadera ilustración cristiana y caridad positiva del digno prelado de la iglesia de San Juan de Cuyo, ofrecía a los ministros del altar un ejemplo luminoso de que el ardiente amor a las leyes, instituciones y libertad de la Confederación, y odio a los salvajes unitarios, era un sentimiento de la naturaleza y de la sociedad, santificado por la religión.

Cabe acotar que en Mendoza el general Pacheco mostró benevolencia hacia sus prisioneros, contrastando su conducta con la de otros jefes federales. Años después, superada la época de Rosas, escribiría a su hijo José: *"Puedes con seguridad hablar alto sobre la conducta de tu padre"* (1853), y *"Te aseguro bajo mi palabra de honor que la conducta de tu padre en tan críticas y difíciles circunstancias ha sido honrosa, pura y desinteresada"* (1868). Basado en sus declaraciones y documentos, José Pacheco en este último año levantó los cargos que le atribuyó al General un acusador ya mencionado:

El general Pacheco jamás tuvo la nota de sanguinario ni de cruel: si Benito Martínez fue testigo de los sucesos pasados en la Provincia de Cuyo, ¿cómo no recuerda que herido el jefe de la infantería, eligió la casa que quiso, sin custodia, y fue atendido con esmero hasta su curación? ¿Cómo no recuerda que a algunos de ellos que habían empeñado su palabra de casarse con señoritas del país, se les permitió quedarse; y citaré entre ellos a los Ezeiza, hacendados del Sur? Todo esto lo hizo el general Pacheco con gran responsabilidad y riesgo suyo, pues por segunda vez se le había ordenado remitirse los prisioneros a Buenos Aires.

Su antiguo camarada de la guerra de Independencia en Chile, el general José Félix Aldao, con quien Pacheco tuvo fuerte disgusto a raíz de la ejecución del general Mariano de Acha, lo acusó ante Rosas de lenidad, en 1842: *"Los salvajes unitarios más tenaces y perversos han gozado de las mas elevadas consideraciones"*, y esta imputación reviste mayor elocuencia que cualquier ponderación, para salvar la figura histórica de Pacheco al estudiarse el terrible período de la Tiranía, y corresponde así asentarlos por contrastar con la de muchos de sus compañeros de causa.

Con respecto a la columna de fugitivos bastan unos pocos párrafos, pues su dramática travesía por la cordillera de los Andes, sin mayores recursos ni ropaje adecuado en medio de un temporal inusual e intenso, fue descripta en terminos de estremecedor realismo por La Madrid y su secretario Villafañe. Debe tenerse en cuenta que los militares liberales habían salido del campo de

batalla con sólo la ropa puesta, por lo cual para no perecer en la montaña con el intenso frío, debieron frotarse sus cuerpos continua y enérgicamente.

En medio de precipicios, con los senderos cubiertos de abundante nieve, los sobrevivientes de Rodeo del Medio dejaron sus caballos a poco de andar. Aparte de 2 integrantes del desaparecido Escuadrón Mayo, el único que pudo conservar su cabalgadura fue el coronel Álvarez, a causa de su herida en un pie, marchando ayudado por un par de asistentes. De noche se refugiaban en pequeñas casuchas de arrieros en la Cordillera, encendiendo fuego con el disparo de una pistola, y quemando monturas y culatas de tercerolas, a fin de no morir de frío. La falta de suficiente capacidad para contenerlos en los reducidos refugios de piedra, motivó una pelea a sablazos que pudo hacer cesar el capellán Gabriel Díaz, y causó la muerte por congelamiento a los que se retrasaban o debían quedar fuera de ellos. El general La Madrid hubo de desbarrancarse al resbalar en el hielo y caer desde una gran altura, pero pudo sostenerse al quedar encajada entre las piedras su espada envainada sobre la cual apoyaba su mano, dándole tiempo a afirmarse: lo salvó de su apurada situación la ayuda prestada sin perder un instante por el comandante riojano Dávila.

Para no perder contacto entre las secciones, resultaba menester disparar las pistolas, para que los tiros guiasen a los que caminaban atrás. Consumidas las provisiones que portaban, los restos del Ejército se hallaban en una difícil situación en medio de la tormenta, cuando a medianoche de la segunda jornada de marcha aparecieron 3 peones desde Chile con otras tantas bolsas conteniendo pan, cebollas (útiles en las alturas), yerba mate y azúcar, cueros para retobar el calzado, y un poco de carbón. Los había despachado su compatriota Domingo F. Sarmiento, emigrado cuyano que formaba parte de la Comisión Argentina contra Rosas que presidía el antiguo general Juan Gregorio de las Heras. Ese auxilio de Sarmiento se continuó luego con más peones que condujeron comestibles.

Al anochecer del 1 de octubre se llegó a la Guardia Vieja, última jornada del lado chileno de los Andes, siempre bajo copiosa nevada y fuertes vientos que aumentaban el frío, y al día siguiente entregaron el armamento al Gobernador de la región, poniendo fin a su campaña. "El 10 de octubre acabaron de llegar los últimos restos de emigrados del Ejército, cuyo total ascendía a 138 entre jefes y oficiales, 286 individuos de tropa, y 22 mujeres", puntualiza el general Aráoz de la Madrid. Domingo Sarmiento publicó en el periódico *El Mercurio* de Valparaíso una animada crónica del paso de la Cordillera. Tanto el General como Benjamín Villafañe ponderan que en la casa de doña Petrona Callejas, en Curimón, fueron atendidos los enfermos y heridos, muchos de los cuales, habiendo perdido sus miembros por congelamiento, debieron ser amputados en el hospital local.

¡Patria, Libertad, Constitución! El lema de los enemigos de Rosas unificaba la causa que sostenían, pero su afinidad no se transmitía a la conducción de las operaciones. Durante el tiempo en que La Madrid combatía contra Benavides, Aldao y Pacheco, nada de él se había sabido en Tucumán, como tam-

co en Cuyo se conocían los movimientos de sus compañeros de lucha. Las comunicaciones estaban cortadas por Catamarca, y sólo por desertores y un parte de aquel General al Gobierno de La Rioja, retransmitido, las autoridades de la "Coalición del Norte" estuvieron impuestas del triunfo de Acha en Angaco. A tal punto llegó la ignorancia, que tanto La Madrid como Lavalle consideraban vencedores, mutuamente, al otro. Todavía el 3 de octubre de 1841, Lavalle escribía ilusionado al general Paz, en Corrientes: *"Me parece cierto que el general Madrid a principios de noviembre puede estar ya en el territorio de Córdoba"*... De su lado, La Madrid expresó desde Chile al mismo Paz, el 22 de octubre, tras relatarle su campaña en Cuyo: *"El general Lavalle, de quien no tengo más noticias que las que da un boletín fecha 7 de septiembre en Salta, creo yo fundadamente que debe haber obtenido un triunfo sobre Oribe"*.

En lo que hace al general Juan Lavalle, hay que retomar la narración desde el momento en que convino con el general La Madrid en separarse para operar en distintos teatros de lucha, tras su encuentro a mediados de julio en Catamarca.

Luego de adoptada esa decisión, el general Lavalle retornó a Tucumán con 500 hombres que había llevado de La Rioja. Describe su estado militar el teniente Martín de Gainza en sus *Recuerdos*:

"Una vez acampado el Ejército [sic] el Gobernador Avellaneda dio principio a la reunión de las milicias, que el general Lavalle empezó a organizar con actividad; pero teníamos falta completa de armamento y mucha escasez de pólvora. Se organizaron dos o tres herrerías pero carecíamos del hierro necesario. El patriotismo de las damas tucumanas suplió esta deficiencia, haciendo arrancar muchas de ellas las ventanas de sus casas para mandarlas a los talleres improvisados, y con ellas se forjaron lanzas, y como la madera era allí abundantísima, pronto tuvimos miles de estas armas. Las principales familias dieron hospedaje a toda o casi toda la juventud del Escuadrón, y no sólo les dieron posada y ropa, sino que los jefes de esas familias los auxiliaron hasta con dinero".

Mientras esto sucedía con las fuerzas liberales en Tucumán, su Comandante en Jefe debió partir de la Provincia.

Se enteró que el Gobernador delegado Avellaneda fue a Salta a la cabeza de una División de tucumanos, por cuanto milicias santiagueñas —calificadas naturalmente de "montoneras"— mandadas por Saravia, Lugones "y otros caudillos despreciables" (son términos empleados por Lavalle) acababan de derrotar a los coroneles Matute y Gama, quienes custodiaban la frontera. Ante esto, el general Lavalle dejó a sus fuerzas en Tucumán bajo las órdenes del general Juan Pedernera, y partió para Salta con una pequeña escolta. Ante su presencia, "la montonera de Saravia desapareció ocultándose en las soledades impunes de Santiago". En dicho avance, aquel General fusiló al llegar a Metán al coronel Mariano Boedo y al comandante José Manuel Pereda. Explicó Lavalle en una larga carta a Paz (citada antes), en la cual le hizo conocer sus campañas, la situación militar de aquella Provincia:

No había un solo hombre que conociera un punto de reunión, ni su jefe, ni su capitán, no había jefe alguno que supiera sus soldados. El Gobierno no tenía vigor ni para castigar con una simple reconvencción, deli-

tos políticos por los cuales Rosas extermina familias enteras. En tal estado, una Provincia tan fuerte como la de Salta no podía sostenerse sino existiendo dentro de su territorio una fuerza extraña, que la Provincia de Tucumán necesitaba en su propia frontera.

Lavalle y el doctor Avellaneda se empeñaron para que el Gobierno de Salta despertara el espíritu de sus habitantes y organizara sus milicias, para bastarse a sí misma; cuando a los dos días de estar en su capital se supo que el general Manuel Oribe, a la cabeza del Ejército Federal, se encontraba en Río Hondo, a poco más de 20 leguas de la ciudad de Tucumán. El comandante de la frontera sur, teniente coronel Pedro L. Aquino, había sido sorprendido y derrotado.

Resultaba imperioso retornar.

El *Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación* finalmente había avanzado a Santiago del Estero, reuniéndose con los efectivos mandados por los coroneles Hilario Lagos y Mariano Maza, y luego agregó otra columna a órdenes del general Eugenio Garzón, alcanzando de este modo 1.200 de caballería, 800 infantes, y 6 piezas de campaña. Luego se sumaron 1.000 santiagueños del Gobernador Ibarra, y Oribe obtuvo un total de alrededor de 3.000 hombres (2 de septiembre).

El general Lavalle despachó apresuradamente al doctor Marco M. de Avellaneda de regreso a Tucumán con su columna, y él lo siguió con cuatro horas de distancia. La situación era más grave aún que lo supuesto, describiéndola el propio Lavalle en su carta mencionada al general Paz:

El señor Avellaneda al ausentarse de Tucumán había delegado el mando a un tal Ferreyra, antiguo jefe de Heredia. Este traidor, que seguramente había revelado al enemigo la oportunidad de invadir, en lugar de disponer el país a la defensa lo disponía a la sumisión. Cuando llegué a la ciudad de Tucumán, creyendo encontrar al menos la columna del señor Avellaneda reunida, la encontré completamente disuelta por el terror y la seducción que el enemigo había derramado, ayudado por Ferreyra y algunos otros traidores. El hecho es que el Ejército se hallaba a 4 leguas de la ciudad de Tucumán, cuando yo al llegar allí no teníamos más que 100 hombres de que se componía mi escolta, 80 infantes, entre los cuales había 40 fusiles útiles, y 9 piezas de a cuatro, de las que el general Madrid había dejado por inútiles y que yo había conseguido dotar regularmente. Mis escuadrones que el traidor Ferreira había tenido gran cuidado en tener desmontados, habían salido a pie en diferentes direcciones a buscar caballos. ¡Qué horrible situación!

El general Lavalle no podía contar en la emergencia con sus antiguos escuadrones del 1º Ejército Libertador, puesto que gran parte de ellos había marchado con La Madrid a Cuyo. Sólo quedaba a su lado el comandante Manuel Antonio Ocampos con uno compuesto por correntinos. Estaban allí, en cambio, varios de los jefes que se separaron de su lado en los primeros días del año, luego de la retirada de Córdoba; figurarán sus nombres en los hechos que siguen. Y es de destacar el ánimo con que luchaban; de lo cual uno de estos oficiales, el capitán José María Guerra, dejó constancia en su vejez:

"Tal era la abnegación espartana de nuestra División, que en todo el tiempo que soportamos las fatigas de aquellas penosas campañas no recibimos una sola prenda de ropa: luchábamos con la más espantosa miseria, descalzos, semidesnudos y hambrientos, y sin que uno solo vacilase en su decidido patriotismo, y recibiendo por toda remuneración la mezquina y miserable suma de 3 pesos 4 reales bolivianos. A saber: 3 pesos bolivianos que nos mandó dar el general Lavalle a cada oficial en la Provincia de Entre Ríos el año 1840, pocos días antes que diésemos la sangrienta batalla de Sauce Grande; y 4 reales de la misma moneda que nos mandó repartir el general Lamadrid a cada uno, al pasar la cuesta de Paclín en la Provincia de Tucumán, el año 1841".

Hay algo exagerado en la primera parte de esta cita, pero en general el cuadro es correcto.

Tampoco el temple de Lavalle era de los hombres que se dejan abatir. En vez de dar todo por perdido y abandonar la guerra, su único pensamiento estuvo dirigido a imaginar cuál sería la forma de oponerse a sus más poderosos contrincantes. El Ejército Federal se había dividido, dejando atrás al general Garzón con la impedimenta pesada, y aprovechando Lavalle esta circunstancia, obró con audacia, como él mismo relató a Paz:

A las dos de la madrugada del 4 salí de la ciudad con mi pequeña fuerza; pasé por el flanco izquierdo del Ejército enemigo, y reuniendo en esta marcha mis escuadrones, medio montados y medio a pie, pasé el río de Famaillá y quedé a retaguardia del Ejército enemigo; el cual, suponiéndome bastante fuerte para batir a Garzón, que con 700 hombres de las tres armas había quedado a su retaguardia con su parque y bagajes, retrocedió rápidamente. Entonces volví por el mismo camino sobre la capital, y pude respirar en cuatro días que el enemigo permaneció inactivo.

Reuniendo Garzón [sic: Oribe] todo el Ejército enemigo volvió sobre la capital por el camino por donde yo había maniobrado.

Mis escuadrones estaban ya montados a caballo por hombre, y había reunido además 300 milicianos del Regimiento de la capital. A la aproximación del enemigo por el camino de arriba, tomé yo uno de los dos de abajo, y caí a Monteros, 12 leguas al sur de la capital.

Ocupando los federales a Tucumán, dejó el general Oribe en la ciudad una guarnición suficiente a órdenes de su jefe de Estado Mayor, general Garzón, y con el resto de sus fuerzas volvió a marchar al sur y acampó en la orilla izquierda del río Colorado, en Famaillá. Así describe sus movimientos el propio Lavalle. Éste mantuvo su campamento en la misma ubicación —a 6 leguas de los federales—, reuniendo otros 500 milicianos de la campaña, con lo cual su fuerza ascendió a 1.300 hombres de caballería. Su escasa infantería era la misma: 80 hombres, mal armados, y 4 cañones.

"Dos días medité profundamente sobre mi situación, y me resolví a atacar al Ejército enemigo", refirió el general Lavalle, desechando obrar sobre la ciudad donde se encontraba su concentración menos numerosa (posiblemente por la carencia de infantes que sostuvieran el asalto). En la noche del 18 al 19 de septiembre de 1841 la fuerza de los liberales atravesó el río a una dis-

tancia de 20 cuadras de los federales, y a la mañana formó a espaldas de éstos. Oribe inmediatamente hizo dar vuelta a sus tropas y avanzó.

Lavalle apoyaba a sus reducidos efectivos en un costado de un cerro arbolado que se denominaba Monte Grande, cerrado el otro por el río Colorado.

El Ejército "Federal" constaba de 2.200 hombres (otros 1.300 estaban en la ciudad), el doble de la fuerza liberal, que estaba pobremente armada y cuyos integrantes carecían de la veteranía de sus enemigos, siendo en gran parte vecinos con poca instrucción. Otra vez, como en Quebracho Herrado, se medirían Lavalle y Oribe contando este último con mayores y mejores efectivos. Comentó al respecto el antiguo capitán Guerra: "Peleábamos 1 contra 4, y este 1 mal montado, peor armado y municionado, y lo que es más aún, ya un tanto desmoralizado".

La derecha federal estaba bajo el mando del general tucumano Celedonio Gutiérrez, con escuadrones a órdenes del coronel Hilario Lagos. Su izquierda la comandaba el Gobernador de Santiago del Estero, general Juan Felipe Ibarra, teniendo como jefe de jerarquía al coronel Jacinto Andrade; ambas alas de caballería. El centro fue compuesto por el batallón de infantería *Libertad* que mandaba el coronel Mariano Maza; y la reserva la formaban dos escuadrones porteños bajo el comando del coronel Cayetano Laprida, con más un cuadro de oficiales orientales y la escolta del General a órdenes del coronel Bernardo González.

El general Lavalle colocó al frente de la caballería de la izquierda al general Pedernera, con los cuerpos veteranos a órdenes del coronel Manuel Saavedra; y a la derecha las milicias tucumanas mandadas por los coroneles José Ignacio Murga y Manuel Torres de la Rambla. Los pocos infantes y 3 piezas de artillería quedaron bajo el comando del teniente coronel Estanislao del Campo, y la reserva al del teniente coronel Manuel Hornos. Eran las siete de la mañana.

En su exposición al general Paz, Lavalle le expresó:

El éxito de la batalla dependía del combate entre mi izquierda y la derecha enemiga, donde estaba lo selecto de la caballería de ambos. Mi derecha y la izquierda enemiga, compuestas de los santiagueños esperaban el resultado del combate del ala opuesta para huir o avanzar.

De su lado el general Manuel Oribe describió el comienzo de la acción:

En esta disposición avanzó nuestra línea sobre la de los salvajes unitarios hasta distancia de 150 varas. A esa distancia mandé hacer alto y desprender nuestras guerrillas por la derecha y empezar sucesivamente las cargas. Lanzó el enemigo las suyas por el mismo costado, y sobre el mismo arrojó sus escuadrones de la izquierda, con lo que se trabó el combate que luego se hizo general.

Lavalle permaneció bajo el fuego enemigo, según su costumbre —como en Sauce Grande y Quebracho Herrado—, arriesgándose tanto que despertó una sospecha en su joven subordinado Gainza:

"A los primeros tiros del enemigo una bala se llevó a un asistente del General, que permanecía impasible y como ajeno a todo lo que pasaba a

su alrededor. Uno de sus ayudantes en ese momento se acercó y le suplicó que abandonase ese puesto de muerte, pero él nada contestó. Es mi creencia, y la de muchos de mis compañeros de armas, que cuando el General avanzó personalmente con la artillería y se puso casi a medio tiro de la enemiga, su intención fue hacerse matar”.

Los hechos subsiguientes no permiten sostener la suposición antedicha.

Lavalle buscó una definición inmediata en su costado izquierdo, y sus tropas salieron al encuentro de los federales: “Mis primeros escuadrones —relató a Paz— fueron vencedores y lancearon por la espalda más de 100 enemigos”. En esta lucha fue herido de bala el coronel Lagos en un pie. En el centro la poca artillería liberal había logrado con sus fuegos desmontar la pieza más grande de sus contrincantes, y —añade Lavalle— “la poderosa infantería enemiga estaba contenida y obligada a tenderse en el suelo por el fuego de nuestros 3 cañones”. En tales momentos el escuadrón Libertad de los liberales, mandado por el teniente coronel Juan Francisco Olmos, volvió caras a poca distancia del enemigo a su frente, y la derrota del ala izquierda de Lavalle comenzó a pronunciarse. Éste describe:

Lancé entonces mi escolta, que tomaba perfectamente por el flanco izquierdo a la derecha enemiga: en su primer ímpetu arrolló una parte de la fuerza enemiga que perseguía, pero no fue ayudada por los otros escuadrones, que debían haber vuelto caras inmediatamente, y huyó también.

Posiblemente en estos movimientos haya recibido su grave herida el capitán Liborio Balao, ayudante del general Oribe, de cuya resulta falleció a poco.

Enseña Gainza que al flaquear el escuadrón Olmos, el coronel Saavedra mandó tocar *alto* y la caballería de los liberales se puso en retirada; pero

“a las pocas cuerdas se hizo otra vez alto, dimos frente al enemigo, lo volvimos a cargar con decisión y otra vez lo arrollamos durante un gran trecho. Les hicimos muchos muertos y heridos a lanza; pero también en ese momento veíamos a toda la caballería tucumana ponerse en vergonzosa fuga. Esa defección fue la causa de que la derrota fuese un hecho inevitable, y se pronunció hasta en nuestros escuadrones al tiempo de retirarnos. Saavedra parecía un león y hacía esfuerzos inauditos por contener a nuestros soldados: fue preciso para que galopase, que un diluvio de balas pasase ya muy cerca de nuestras cabezas”.

Así sucedió: el rechazo del ala izquierda de Lavalle motivó que las milicias de su derecha se desbandaran sin pelear. El general Oribe aprovechó la oportunidad, como él mismo detalló en su parte, adornando la descripción:

Poco tiempo estuvo indecisa la victoria: nuestra derecha rechazó, persiguió y acuchilló al enemigo hasta una legua mas allá del campo de batalla, siguiéndolo el señor coronel don Hilario Lagos a pesar de una herida de bala de consideración que había recibido, con el ardor de un guerrero federal. El bravo coronel don Mariano Maza a la cabeza de su batallón se arrojó sobre la infantería y artillería enemiga, mientras que el

acreditado coronel don Jacinto Andrade, siguiendo las órdenes del Excmo. señor general don Felipe Ibarra, se precipitaba también sobre ella. Todo fue ya entonces una dispersión general en los salvajes unitarios: huyeron desprovistos a guarecerse en el monte, donde nuestros bravos los persiguen, sembrando el campo de cadáveres de jefes, oficiales y soldados enemigos.

Coincidió Lavalle con su adversario al relatar el fin de la batalla, cuando avanzó la línea federal por entero:

Mi derecha, que mandé en el acto cargar a la izquierda enemiga, se disolvió al moverse, y entonces los santiagueños avanzaron porque ya no tenían enemigos. Debe Ud. inferir lo que harían mis pobres 80 infantes, cuya mayor parte tenían los fusiles descompuestos: huyeron a salvarse en un bosque inmediato. Mis 3 piezas fueron tomadas por el enemigo, que no persiguió a nadie sino a mi sola persona, pues nuestra izquierda había salido del bosque con menos pérdida que el enemigo, el que siempre la respetó aún viéndola dispersa y en fuga.

Es seguro que la cercanía del monte permitió escapar de la persecución a muchos de los derrotados.

Luego de tres horas de pelea, a las 10 de la mañana, la acción cesó.

La batalla de Famaillá fue un completo triunfo para el Ejército Federal. Quedaron en su poder toda la escasa infantería y artillería, el armamento y municiones, y su enseña —“una bandera salvaje de seda”, sin duda, celeste y blanca—, además de 600 muertos, conforme al parte de Oribe a Rosas, denominando al lugar de la acción “los campos del río Colorado o de Monte Grande”. Pocas fueron las bajas federales, causadas sobre todo en su ala derecha.

Pero no todo queda dicho sobre los resultados de la batalla: falta referir lo sucedido en las filas vencedoras y en las derrotadas después de la lucha.

A lo largo de la narración de la guerra civil desatada contra el sistema dictatorial implantado por el Gobernador de Buenos Aires, se ha evidenciado el salvajismo ejercido por los sostenedores de la pseudo “Federación” para con los adversarios que caían en su poder. Los jefes y oficiales prisioneros eran usualmente ejecutados —fusilados o degollados—, y las cabezas de sus principales conductores cortadas y expuestas a la expectación pública, como en los casos de Pedro Castelli y Mariano Acha, o sus restos eran objeto de mutilaciones, tal como sucedió con Berón de Astrada (y también Acha). Los partes oficiales de los jefes federales no disimulaban estos crímenes, que con frialdad eran difundidos por la prensa. Por otra parte, las más altas autoridades federales (continuemos dándoles el nombre que ostentaban) propiciaban y aplaudían las matanzas, de modo que éstas pasaron a ser una costumbre asumida por ellos como norma de conducta oficial. Sus enemigos, los “salvajes”, pocas veces incurrieron en estos excesos, que de tanto en tanto marcaban la violencia de la lucha; pero nunca en la medida o sistema que lo hacían aquéllos. No se trataba, pues, de represalias, sino de un procedimiento habitual fomentado por la ferocidad del lenguaje gubernativo, viviendo los ejecutores de tales demasías en un clima espiritual propenso a no conocer límites en la represión de los “unitarios”. El general Manuel Oribe se singularizó en estas

actitudes homicidas, comenzadas tras el triunfo de Quebracho Herrado y seguidas después de San Cala.

Esto mismo ocurrió luego de la batalla de Famaillá. Anota en sus *Recuerdos* el después general Martín de Gainza: "El batallón de Córdoba, que peleó con suma bravura y que fue todo hecho prisionero, como igualmente los artilleros, fueron degollados sin excepción". El parte de Oribe lo certifica.

En la *"relación de los salvajes-unitarios-titulados-jefes-y-oficiales tomados prisioneros en la acción del día de hoy"*, compuesta en el mismo campo de batalla, figura como el de mayor categoría el coronel Facundo Borda, dándosele como "patria" la Provincia de Santa Fe. Se trata del jefe que había combatido contra Lavalle en 1829, tras el fusilamiento del Gobernador Dorrego, y que una década después, cambiada la motivación de la lucha, se incorporó al Ejército Libertador al desembarcar éste en San Pedro. Su apellido completo en realidad era Castro y Borda —sintetizado en el último, al uso de la época—, y era porteño, nacido en San Nicolás de los Arroyos. Pues bien: en el parte de su victoria en Famaillá pasado a Rosas dos días después, el 21 de septiembre, el general Oribe le comunicó:

Entre los prisioneros se halló al traidor salvaje unitario ex coronel Facundo Borda, que fue al momento ejecutado con otros traidores titulados oficiales, de entre los de caballería e infantería.

Se difundió en su época que el cadáver de Borda fue objeto de vejámenes. El coronel Hilario Lagos, que lo conocía por haberlo tratado en el Departamento Norte de la Provincia de Buenos Aires, y le había garantido su vida —retirándose después del escenario de la acción para atender su herida—, increpó a Oribe la falta de cumplimiento a la palabra empeñada.

El general Lavalle pudo escapar a la tenaz persecución de sus enemigos, al igual que otros grupos internados en el Monte Grande. El coronel Saavedra estaba en el que componían entre otros el capitán Ignacio Álvarez (hijo del ex Director Supremo), y el mayor Mariano de Gainza con su hijo Martín, en medio de una gran polvareda levantada por los fugitivos, aglomerados en un estrecho camino que demoraba su marcha, por lo que Saavedra, temiendo que los federales los alcanzasen, instó a sus acompañantes a que se salvaran cada uno por su cuenta. Martín de Gainza dejó testimonio del peligro corrido:

"No había transcurrido un cuarto de hora cuando se realizaba lo que Saavedra había previsto: por nuestro flanco derecho aparecieron tiradores que empezaron a hacernos fuego, y como la gente se apiñase, casi no erraban sus balas. Por la retaguardia también venían fusilando a nuestros hombres. En la gran carrera que llevábamos muchos rodaban, y encima de ellos otros; era una confusión indescriptible, la tierra nos ahogaba, no se veía a 10 varas de distancia. En tal situación yo les propuse detenernos un rato porque me parecía mejor afrontar el peligro de las balas, al de una rodada de nuestros caballos que nos entregara en poder de nuestros perseguidores: así lo hicimos. Luego el camino se despejó y nos pusimos al gran galope otra vez, pero el fuego ya había mermado porque el enemigo se entretenía con los que venían a retaguardia en sus malos caballos, a los que alcanzaban y mataban a mansalva".

Una raíz hizo rodar el caballo de Ignacio Álvarez Thomas, quien cayó sin poder levantarse y fue asesinado (su hermano había muerto en la batalla de Sauce Grande). El resto del grupo pudo reunirse con otro mandado por el general Pedernera y salvarse. A las cinco de la tarde se incorporaron al general Lavalle. De este último reveló su ayudante Lacasa:

-- "En la persecución el general Lavalle hubo de caer en poder de los enemigos: debió su salvación a la fidelidad y viveza del célebre baqueano José Alico, que por sendas que él solo conocía lo condujo hasta el potrero de las Tablas, 16 leguas del campo de batalla, pasando la sierra de San Javier".

Varios personajes de categoría se le habían ya reunido, entre los cuales el ex Gobernador doctor Marco Avellaneda, los coroneles José María Vilela, José Manuel Salas y Manuel Saavedra, y cantidad de oficiales de menor jerarquía, suboficiales, tropa y ciudadanos. Lavalle decidió proseguir "despacio y en orden" rumbo a Salta, pero algunos de aquellos prefirieron no seguirlo sino dirigirse separados de él, *"seguramente porque supusieron como otros varios que mi persona sería tenazmente perseguida, y se lanzaron casi solos por una senda excusada"*, escribió el propio General.

Este conjunto estaba encabezado por el doctor Avellaneda, y junto a él cabalgaba el antiguo comandante de la escolta de Lavalle, capitán Gregorio Sandoval, bravo pero disoluto. Esta compañía resultó fatal: decidido a salvarse y mejorar su situación, Sandoval logró hacer defeccionar a la tropa que tenía a sus órdenes, y estos sublevados tomaron prisioneros a Avellaneda y demás acompañantes, para presentarlos a Oribe (26 de septiembre), a quien solicitó amnistía y ofreció sus servicios. El anterior delegado en el Gobierno de Tucumán, general José Martín Ferreyra, escribió el 29 a un amigo (presumiblemente el general Celedonio Gutiérrez), lo que le parecía previsible: *"Hoy mismo llegan al cuartel general con los reos, y mañana espere la cabeza en esa plaza, y al salvaje Lavalle creo que le sucederá lo mismo"*.

Sandoval no quedó en eso, pues dio muerte a otros jefes y oficiales: tenientes coroneles Llacas y Mansúa, mayor Jiménez, capitán Racodo, y 6 individuos de tropa.

Fue llevado el ex mandatario tucumano a donde se encontraba el general Manuel Oribe, en Metán, quien dispuso que el coronel Maza le tomara declaración referente al asesinato del Gobernador Heredia en 1838, cuando Avellaneda era presidente de la Legislatura. Los dichos del doctor Avellaneda no evidenciaron que hubiese tomado ninguna participación en el crimen; pero no importó, porque el destino del que fuera principal gestor de la Coalición del Norte estaba ya fijado. Este desenlace lo registró el mismo general Oribe en comunicación del 3 de octubre al Dictador:

Los salvajes unitarios que me ha entregado el comandante Sandoval (que lo fue de la escolta de Lavalle) son Marco M. Avellaneda, titulado general Gobernador de Tucumán, coronel titulado José María Vilela, comandante Lucio Casas, sargento mayor Gabriel Suárez, capitán José Espejo y teniente primero Leonardo Souza; los cuales salvajes unitarios han

sido al momento ejecutados en la forma ordinaria, a excepción del salvaje unitario Avellaneda, a quien por añadir a esta calidad la de cómplice y uno de los promotores del horrible atentado perpetrado en la persona del Excmo. señor general don Alejandro Heredia, además de otros muchos crímenes, mandé cortar la cabeza, que será colocada a la expectación de los habitantes en la plaza pública de la ciudad de Tucumán.

Con fecha 31 del mismo mes el Gobernador Rosas le contestó como era de esperar:

¡Dios es infinitamente justo! Con viva complacencia congratúlase el infrascripto en felicitar a V.E., y en su ilustre persona al valiente heroico Ejército que tan dignamente manda. El jefe, oficiales y tropa que se han presentado a combatir por la libertad de la Confederación, han rendido a la Patria un importante servicio en la captura y entrega de aquellos salvajes unitarios que con la vida, y en desagravio de la justicia de la tierra, expiaron sus enormes crímenes de traición, asesinatos, desolación y sangre.

La cabeza de Avellaneda fue colocada, efectivamente, en lo alto de un palo en la plaza de Tucumán, junto con la del teniente coronel Casas —quien había sido, él sí, del grupo que ultimó al Gobernador Heredia—, donde quedaron hasta la retirada del Ejército Federal de Tucumán. Una valerosa dama, doña Fortunata García, pudo rescatar el despojo del joven magistrado y esconderlo en su casa, hasta que tiempo después lo entregó a su familia. El nuevo Gobernador de la Provincia, general Celedonio Gutiérrez, hizo buscar con empeño a cuantos vecinos ayudaron al Ejército de Lavalle —“brutales enemigos de Dios y de los hombres”— y envió su lista a Rosas

para que si lo tuviese a bien, se digne darle la publicidad necesaria a fin de que sus asquerosos nombres sean conocidos y execrados por todos los pueblos del continente americano, y por los hombres libres de todos los países.

Conviene imponerse del espíritu que dominaba el ambiente federal, para comprender la ferocidad que se ponía en acción como algo natural, contra sus enemigos. Si las máximas autoridades procedían como queda asentado, era lógico que el comportamiento de sus subordinados adoptara igual actitud.

Ello ocurrió en Tucumán durante la permanencia del Ejército Federal, donde las familias que habían atendido a los liberales se vieron forzadas a dar muestras de adhesión a la causa triunfante. El allí residente Adolfo Esteban Carranza refirió lo sucedido en una de esas ocasiones, durante una fiesta a la que asistieron los principales comandantes de aquel:

“En lo más animado de ella, varios jefes orientales se empeñaron en poner moños rojos a las niñas, agregando bromas respecto a sus vinculaciones con los bandos políticos, con tal provocación que llegó a fastidiar a los mismos jefes argentinos federales que allí se encontraban. Las bur-las, los dichos y los empeños por prender las divisas fueron subiendo de punto con tal tenacidad y de un modo tan ofensivo para las señoritas, que

los jefes argentinos se pusieron de acuerdo para contener esos desmanes de los extranjeros, lo que notado por los jefes orientales se prepararon a su vez a fin de no ceder a las amenazas o castigo”.

Cuando estaban en el patio de un lado Lagos, Laprida, Lamela, Domínguez, González, y del otro Lasala, Golfarini, Caraballo, Alegre, Olid y Melgar, dispuestos a cruzar sus espadas, se presentó el general Oribe avisado del lance a punto de comenzar, quien ordenó a sus compatriotas que se retirasen. El mismo señor Carranza añadió que ante las ejecuciones dispuestas por Oribe, el coronel Lagos le dijo irritado que *se conocía que era extranjero por la saña con que las verificaba*, y solicitó su separación del Ejército aduciendo tener que curar su herida en Buenos Aires. Sus diferencias databan de tiempo atrás.

10

El general Lavalle había logrado llegar a la frontera con Salta, seguido de bastantes efectivos de su deshecho Ejército, escapando a la persecución que se les hizo. Una fuerza compuesta por santiagueños y salteños dirigida por José Manuel Saravia, intentó detenerlo el 25 de septiembre entre los ríos de las Piedras y Pasaje, pero 50 tiradores del escuadrón *Victoria* de Hornos la rechazaron.

El 29 de septiembre el General escribió al mandatario salteño Mariano Benítez exponiéndole su plan de nuevas operaciones, consistente en levantar “las masas populares” para defenderse, confiando que el Ejército de Rosas, compuesto en su mayor parte por tropas de Buenos Aires, debería retroceder si no lograba una conquista rápida, para enfrentar el peligro que —imaginaba— le presentarían las fuerzas vencedoras de La Madrid y de Paz. Luego supo Lavalle que en Salta sólo existían 100 *cívicos* armados de fusil.

Llegados a la capital de la Provincia (1 de octubre), Lavalle se impuso de una correspondencia enviada desde Corrientes por su Gobernador Ferré y el Comandante de su Ejército, general Paz, dirigida a Benítez. Fue en esta ocasión que Lavalle escribió una detallada carta a su antiguo camarada, cuyos párrafos se han aprovechado en las oportunidades correspondientes. En su nueva situación, Lavalle aprovechó esta oportunidad para reanudar vínculos con el último, y el general Paz correspondió a su gesto en sentidos términos, incluidos en las *Memorias* que escribió años después:

“Cuando todo se hubo perdido, cuando se disiparon las ilusiones, cuando llegó la hora del desengaño, se acordó del amigo de cuya lealtad acaso había dudado. Entonces, sin más consejeros que sus sentimientos, hizo justicia a los míos, y echando la vista sobre todos los argentinos que sostenían la causa de la libertad, me prefirió para desahogarse y legar su última memoria. No escribió a nadie más, fuera de su señora, a quien remitió incluso en la mía una cartita, que tuve cuidado de hacer poner en sus manos. He dado mucho aprecio a esta última prueba de confianza, tanto más apreciable por cuanto antecedentes bien desagradables habían resfriado nuestras relaciones. La correspondo ahora mismo, deplorando sinceramente su fatal destino y tributando un recuerdo honroso a su digna memoria”.

El 3 de octubre, desde Salta, tras referir prolijamente sus campañas en el Interior, el general Lavalle por último confió a Paz su proyecto para proseguir obrando en la medida de sus posibilidades:

Estoy inflamando el patriotismo de los salteños, y tengo esperanza de recibir al enemigo si avanza a esta Provincia, con una guerra popular llamada comúnmente de recursos. Juzgará Ud. fácilmente que todo mi conato se contrae a atraer al Ejército enemigo a Salta, a entretenerlo en esta Provincia. Soy, pues, de opinión que la batalla de Famaillá, si podemos comprar con ella la permanencia del Ejército enemigo en estas Provincias, es una fortuna para la causa de la libertad. Si la República de Chile no declara la guerra al tirano Rosas, como lo exige la opinión bien pronunciada de aquel país, a lo menos será fácil obtener recursos de armas y dinero. Conoce Ud. el ingrato motivo que me imposibilita para escribir al Gobierno de Corrientes.

¡Ingenua confianza en el futuro, tan sólo basada en ilusiones, y sostenida por un carácter firme! Lo que resalta es el ánimo del general Lavalle, nunca abatido, y dispuesto a proseguir sosteniendo el motivo de su militancia, sin desfallecimientos ni siquiera pasajeros, por adversas que se le presentaran las circunstancias.

No era el antecedente, una postura para impresionar a sus aliados, sino una opinión sincera. En el seno de la más íntima confianza, a su mujer, le escribió en esos días:

He venido aquí a preparar la resistencia de estos pueblos. Todo mi conato actual es atraer todo el Ejército enemigo aquí y entretenerlo mientras Madrid, más fuerte que Pacheco, triunfa de éste y se apodera de Córdoba. Supongo que para entonces el general Paz estará dueño de Entre Ríos. Yo no tengo tropas regulares ni armas, ni dinero, pero no desconfío de distraer al Ejército enemigo el tiempo necesario. Es una fortuna para la causa pública el furor con que el enemigo aglomera poder donde yo estoy, aunque esté solo. Adiós, mi adorada esposa. La acción del tiempo y de la ausencia son impotentes para la pasión que te profeso.

En eso ocurrió un suceso de gravedad que puso a prueba su constancia. Ninguno mejor para hacerlo saber que su ayudante de campo y biógrafo Pedro Lacasa:

“Se recibieron comunicaciones del general Paz conducidas por un indio de las de la costa del Bermejo, llamado Colompotó. Este indio, que era bastante racional, explicó perfectamente a todos los que se le acercaban, la facilidad que había para hacer el tránsito de una columna por aquellos lugares solitarios, que jamás habían sentido la planta del hombre civilizado. Halagados con esta idea los correntinos, no pensaron desde entonces más que en volver a sus hogares, y la desmoralización empezó a sentirse por el órgano de sus jefes inmediatos”.

Lavalle se enteró de esta intención, y continúa Lacasa:

“Llamó a los jefes de los escuadrones correntinos, les hizo saber el plan que se proponía efectuar, y quedaron convenidos en cuando la División no pudiera sostenerse ya en Salta, harían la marcha por el Chaco, acompañando antes al General hasta ponerlo en salvo. [...]”

Nadie pensaba ya en la sublevación de los cuerpos correntinos, cuando el día 6 de octubre al anochecer los escuadrones empezaron a ensillar sin orden de nadie, para ponerse en marcha. Sus jefes quisieron contenerlos, pero fue en vano: el único que logró que su escuadrón volviera a desensillar fue el comandante Hornos, a fuerza de energía. Acto continuo se presentaron en el alojamiento del General, el coronel Salas, el comandante Hornos y el coronel Ocampos, a darle cuenta de lo que pasaba. Lavalle entonces se sometió a su destino. Dio la mano a aquellos jefes valientes a quienes había educado en la carrera de la gloria, y se despidió de ellos, dándoles la carta para el general Paz. Después de esto los jefes se apartaron de su bravo General para no verlo más, y puestos a la cabeza de sus cuerpos marcharon con dirección al Chaco”.

La partida de los veteranos oficiales y soldados con que contaba para organizar la resistencia en Salta, significó un grave contraste para el plan de resistencia de Lavalle, quien comprendió que no podría hacerla con éxito allí. Las noticias que recibió de Jujuy fueron igualmente desfavorables, según le hizo conocer el doctor Elías Bedoya, su enviado ante el Gobernador, general Roque Alvarado. El 7 de octubre le manifestó que “la guerra popular que Ud. propicia es impracticable”, y algo peor:

Fuerza nos fue permitir la emigración, máxime cuando corrieron voces de que los escuadrones proyectaban regresar a Corrientes. El 5 comenzó el éxodo: se marcharon ya centenares de personas, inclusive muchos jefes, oficiales y allegados del Gobernador. Este mismo ya despachó sus equipajes. Yo también me preparo para marcharme camino de Cobiya.

La evidencia se impuso: ninguna resistencia podía ya intentarse. El general Lavalle no tuvo más remedio que deponer su determinación, y disponerse él también a emigrar a Bolivia.

—Es preciso que seamos nosotros los últimos que dejemos el territorio argentino, repetía el caudillo liberal a su fiel secretario Frías. No obstante que tuvo varios avisos que le señalaron que era peligroso entrar a la capital de Jujuy por la presencia de desertores, prosiguió con este rumbo y el 5 de octubre de 1841 acamparon ambos con 150 hombres que los acompañaban, a orillas de la ciudad. Relata su ayudante Lacasa:

“El General llegó enfermo a la ciudad de Jujuy: una marcha de 18 leguas en 15 horas, al tranco, los disgustos del día anterior, y el abatimiento que se había apoderado de su ánimo al ver por el suelo todas las esperanzas de un porvenir de libertad para la Patria, habían alterado su salud de bronce. Sintiendo así, ordenó al comandante Lacasa entrara al pueblo y viera alguna habitación en que pasara la noche, pues en ese estado no quería dormir al raso. 10 minutos después el general Lavalle, su secretario don Félix Frías, el teniente don Celedonio Álvarez con 8 hombres de

escolta, el ayudante Lacasa, que era en ese día el edecán de servicio, entraban a la casa en que el doctor don Elías Bedoya había estado alojado” [dicho edificio pertenecía al general Alvarado].

El resto de la pequeña fuerza quedó a pocas cuadras bajo el mando del general Juan Pedernera.

Se ignoraba la presencia cercana de enemigos: el comandante del vecino pueblo de La Cabaña, coronel Domingo Arenas, había defecionado, y para hacer mérito ante sus nuevos aliados, despachó esa misma noche al teniente coronel Fortunato Blanco con la misión de aprehender al doctor Bedoya, ignorando su partida. Blanco se adelantó a Jujuy con una pequeña partida compuesta por 4 tiradores y 4 lanceros.

Como participante, resulta indispensable seguir el testimonio de Lacasa:

“A la madrugada el comandante Lacasa oyó dar el *¡quién vive!* al centinela. Se levantó inmediatamente, y al asomarse a la calle vio parada como a 20 varas de la puerta una partida de paisanos armados, con la divisa que usaba el Ejército enemigo. Visto por el oficial que la mandaba, se le intimó rendición. Lacasa incontinenti dio la voz de *¡a las armas!* a los soldados acostados en el patio, y penetró precipitadamente a imponer al General de lo que sucedía”.

Lavalle preguntó: —¿Qué clase de enemigos son? Y al saber que eran muchos en número de 20 o 30 (cifra que ofrece Lacasa, posiblemente confundido por las figuras en la oscuridad), ordenó: —*No hay cuidado entonces; vaya Ud., cierre la puerta y mande ensillar, que ahora nos hemos de abrir paso.* Así se procedió, y todos tomaron sus frenos y buscaron sus caballos, que se guardaban en un segundo patio al fondo de la casa.

En su parte al coronel José Manuel Saravia, jefe de la vanguardia federal, el teniente coronel Blanco le impuso el mismo día:

Habiéndome aproximado a la puerta, salió un oficial al que le intimé se diera preso. En un momento dicho oficial cerró la puerta, con cuyo motivo mandé echar pié a tierra a los 4 tiradores que tenía, ordenándoles hicieran fuego a la cerradura.

Al hacerlo, uno de los soldados, de nombre José Bracho, acercó su tercera a la cerradura de la puerta y disparó a través de ella. El general Lavalle, que enfrentaba el zaguán, recibió el tiro en la garganta y cayó muerto instantáneamente.

Tras esto, advertido Blanco que sus enemigos ensillaban caballos cerca, “tuve a bien al acto retirarme”, ignorando lo sucedido.

Honda consternación cundió entre los alojados en casa de Bedoya. No obstante que no había enemigos a la vista, el primer impulso de muchos de ellos fue escapar y refugiarse en los alrededores.

“Como huyeron los soldados, entraron algunos que no conocían a Lavalle y encontraron tendido y muerto a un hombre rubio, de barba larga y cana, ojos azules, nariz afilada, camiseta de paño azul fino con vueltas co-

loradas, otra de franela amarilla abajo, botas granaderas, y un sombrero de paja con una ancha cinta celeste y una escarapela o moño del mismo color. Al rato volvieron de donde estaba acampada la fuerza de éste 10 hombres con una carga de petacas, y colocando en ellas el cuerpo envuelto en una jerga lo llevaron diciendo que era de Lavalle” [datos transmitidos días después por Oribe a Rosas].

Efectivamente, no tardó en hacerse presente el general Pedernera, y tomando el control de la situación, dispuso evacuar la ciudad. Acomodado el cadáver de Lavalle como queda indicado, su comitiva se internó en la quebrada de Humahuaca, rumbo a la frontera con Bolivia.

“Un religioso recogimiento se había apoderado de todos los corazones —*escribió Lacasa*—, las lágrimas corrían por todas las mejillas, y un sentimiento profundo, un dolor intenso, absorbía el ánimo de aquellos guerreros esforzados”.

Esta épica retirada con los restos de su jefe no se desarrolló sin peligros: fueron tenazmente perseguidos por los “federales”. Y Lavalle, cual nuevo Cid Campeador, condujo después de muerto sus hombres a la pelea.

Recordó el capitán José Ma. Guerra que formaba parte del cortejo:

“Entre los que componían el grupo de vanguardia conduciendo el cadáver, reinaba un silencio sepulcral, el que fue interrumpido súbitamente por una enérgica carga que le llevó el enemigo, saliéndoles al encuentro desde una quebrada de la serranía, con la criminal intención de arrebatarnos el cadáver de nuestro General para ultrajarlo y vejarlo. Esta fuerza enemiga venía capitaneada por un jefe salteño de apellido Puch. La expresada carga produjo un pequeño desorden en las filas de aquel grupo, pero asimismo combatieron desesperadamente contra sus enemigos y defendieron el cadáver del General heroicamente. Como nosotros no íbamos muy distantes, vimos el terrible ataque a los nuestros. El general Pedernera, respondiendo a sus gloriosos antecedentes, luego que vio aquel terrible atropello, destacaba su figura serena al frente del pequeño grupo de valientes que le acompañaba: les dirigió la palabra y ordenó una terrible y enérgica carga, con tanto ímpetu y bizarría que al amago nomás, aterrado el enemigo se dio a la fuga”.

Eso se repitió en los sucesivos días, mientras el abnegado conjunto (150 hombres aproximadamente) proseguía su camino, haciendo 47 leguas desde Jujuy hasta el poblado de Volcán. Pedernera encomendó al teniente coronel Laureano Mansilla custodiar el cuerpo del general Lavalle, organizando su defensa en la retaguardia. “Los hombres anonadados por el infortunio volvieron a ser soldados del Ejército Libertador” —agrega el comandante Lacasa—, “siete días se peleó sin descanso”. Marchaban los Artayeta, Juan Andrés del Campo, Pedro L. Aquino, los Ramos Mejía, Esteban García, Juan Francisco Olmos, Manuel Torres, Frías, Florentino Santos, Vicente Neyrot, Pedro Rodríguez del Fresno, entre los aludidos anteriormente. Pasando Tumbaya el 10 de octubre los avistó su cura párroco, el cual dejó constancia de que un cuerpo —que le

hicieron saber de quién se trataba— estaba atravesado en un caballo sobre unos cajones vacíos, y que sus portadores salieron del pueblo precipitadamente al acercarse una partida enemiga. En Huacalera, el estado del cadáver hizo preciso ocuparse de él, decidiéndose conservar su cabeza, corazón y huesos. Se encargó de esta macabra operación, según Lacasa, el teniente coronel Alejandro Danel, y conforme a Guerra el médico tucumano Gramajo, guardándose sus restos en una *petaca* de cuero.

Arribando a Humahuaca —20 leguas desde Volcán— volvió a hostigarlos Puch, quien “no habiendo escarmentado con la sableada que le habíamos pegado” —indica Guerra— consiguió en el pueblo de Iruya “sacar como 200 indios iruyanos armados con chuzos, y con ellos se propuso hostilizarlos, pero sin ningún resultado favorable para él”. En Humahuaca el general Pedernera logró rescatar al ex Gobernador jujeño Alvarado (gravemente herido de una lanzada) y su familia, y al coronel Santibáñez, que habían sido apresados por los federales cuando emigraban. Al desalojar este punto, los restos del Ejército Libertador volvieron a avistar al enemigo, según lo describe el mayor José Simón de Oteiza, ayudante de Pedernera:

“En momentos en que la guardia se retiraba para incorporarse a la División, apareció la mencionada fuerza enemiga, que inmediatamente desplegó en batalla sobre la cima del cerro, para ostentar seguramente la superioridad de su número respecto de nuestros pocos soldados. Inmediatamente mandó el señor General formar por escalones nuestra pequeña tropa, haciendo al mismo tiempo desplegar al frente una guerrilla, brindando a aquellos cobardes un combate que no aceptaron a pesar de su superioridad numérica. Una hora después estábamos en marcha, habiendo colocado a retaguardia al coronel don Manuel Saavedra con algunos de los ayudantes del finado General y con lo mejor armado de la tropa, para que cubriese la retirada, que emprendimos a la vista de aquel enemigo. Lo mal armado y montado marchaba a vanguardia. Éste fue el último punto hasta donde los enemigos nos persiguieron de cerca”.

El nuevo Gobernador de Jujuy explicó a Rosas su fracaso debido *“a la falta total de cabalgaduras, la desmembración de los cuerpos militares, y la falta de armas”*.

Finalmente el fúnebre convoy pisó suelo boliviano, tras recorrer 87 leguas desde su partida, y después de otras 76 llegó a Potosí en la noche del 22 de octubre de 1841, y a la mañana siguiente se depositaron los restos del General en su catedral, acompañados por las autoridades locales y con tropas rindiéndole honores militares.

El caso es que los jefes federales abrigaban dudas de que el muerto fuera realmente Juan Lavalle, por lo mucho que les inquietaba su prestigio, el que le había permitido levantar Ejércitos pese a la carencia de recursos, y con ellos emprender operaciones sin medir el poderío enemigo. Una enconada búsqueda de certeza se prolongó durante mucho tiempo, dado que se mantenían interrogantes sobre la veracidad de lo comunicado por algunos vecinos de Jujuy. El 15 de octubre el coronel Domingo Arenas requirió del cura de Tumbaya un informe sobre el paso de los liberales, del cual ya se hizo mención, confirmando éste que preguntó por la identidad del muerto y le contestaron que era

el general Lavalle. A tal punto llegó la ignorancia sobre lo concretamente acaecido, que el 12 de ese mismo mes el general Oribe dirigió una carta al Gobernador interino Claudio M. de Arredondo, de Córdoba, en la cual le participaba la muerte de su enemigo, con el siguiente párrafo acerca de su traslado por la quebrada: *“A muy corta distancia los persigue una de nuestras partidas con el interés de cortarle la cabeza donde quiera que la destinen, lo que espero por momentos”*.

Esta frase fue reproducida diariamente por la prensa de Montevideo, calificando de “chacal” a su autor, que profanaba a los muertos. Sin embargo, el célebre párrafo estaba inconcluso, y no hay razón para arrojar esta mancha sobre Oribe, que bastantes excesos carga su memoria para aumentarlos con una falsedad. En verdad, la frase continuaba: *“...para cerciorarme si es él, a pesar de lo circunstanciado y de haber hablado con un individuo de Jujuy”*. El sentido cambia por completo.

Intrigó a los historiadores un detalle: los tiros disparados a la puerta de la casa en donde se alojaba Lavalle no pudieron penetrarla, dado el grueso de la madera. La declaración prestada por su ejecutor, el 14 de mayo de 1842 en el campamento de Santos Lugares, de retorno de la campaña en el Norte, aclaró la circunstancia. Se trataba del porteño José Bracho, soldado en el Regimiento Escolta *Libertad* desde el año 36, quien asistió a la batalla contra los “Libres del Sur” en Chacomús, y a las de Quebracho Herrado y Famaillá contra el Ejército Libertador, luego de lo cual fue incorporado a la tropa del teniente coronel Fortunato Blanco en Jujuy. Tras referir cómo entraron a la ciudad y avistaron en casa de Bedoya “un hombre a la puerta de la calle de gorra chata, de las mismas que traían los salvajes unitarios”, prosiguió relatando que recibió la orden de disparar contra la puerta, *“lo que efectuaron los 4 tiradores a balazos, errando fuego una tercerola de uno de ellos, pero que él tuvo la sin igual gloria de haber dirigido su tiro por la cerradura de la puerta”*.

Confirmada la noticia, numerosas fueron las muestras de júbilo entre los federales de todo el país —cada uno de los buques de la Escuadra efectuó una salva de 21 cañonazos—, y Rosas escribió a Oribe el 2 de noviembre:

El infrascripto, íntimamente persuadido de la justicia de Dios que resalta en tan gloriosos acontecimientos, con emociones de gratitud intensa ha dirigido al Cielo su humilde ferviente reconocimiento.

No olvidó Rosas al soldado Bracho, decretando el 13 de noviembre de 1842: *“En atención al servicio de alta importancia que ha rendido a la Confederación Argentina”* lo declaró “benemérito de la Patria en grado heroico, digno del más distinguido aprecio de todos los federales”. Fue ascendido a Teniente de Caballería de Línea, con goce de \$ 300 mensuales desde la fecha en que fue muerto Lavalle “por un favor especial visible hacia este país de la Divina Providencia”, y obsequiado con un vestuario completo de oficial y \$ 2.000 en moneda corriente, a más de 3 leguas cuadradas de terreno, 600 cabezas de ganado vacuno y 1.000 lanares. Esto da la medida de la relevancia que el Dictador otorgó a la desaparición del general Lavalle.

Alguien más perdió su vida en aquel mes. Incorporado el capitán Sandoval —el entregador de Avellaneda, Vilela y demás— a la vanguardia federal,

que al mando del coronel Jacinto Andrade se dirigió a Salta, su conducta depravada le hizo cometer tan graves excesos, que el coronel Andrade dispuso pasarlo por las armas, lo que tuvo lugar el 21 de octubre.

11

En cuanto a los restos del Ejército de Lavalle que desde Salta emprendieron el rumbo de Corrientes a través del Chaco, merecen una breve referencia.

Un conjunto de 40 hombres fue el primero que abandonó al general Lavalle, y tras un descanso de cinco días en la ciudad de Salta, partió el 28 de septiembre con la seguridad que se les transmitiera de que la navegación por el río Bermejo les sería "rápida y libre de obstáculos". No estaban convencidos:

Mucho menos que nuestro escaso número, por bien armados que estuviésemos, fuera capaz de arrostrar las dificultades de que naturalmente había de estar erizado un camino tan largo, cubierto todo de salvajes acostumbrados al vandalaje.

Así lo asentó el teniente coronel Mariano Camelino en el *diario* que prolijamente llevó del itinerario, pleno de riquísimos datos sobre la región, donde expuso las vicisitudes que arrostraron. Alcanzaron la ciudad de Orán el 6 de octubre, lindera con la Provincia de Jujuy, donde construyeron 3 canoas con otros tantos troncos de árboles, trabajando 8 hombres en cada una, calculándose que en un par de jornadas más estarían listas. Mas pasado el mediodía del 12, "se nos llama por el comandante Ríos [comandante de Orán] y leemos una comunicación oficial cuyo tenor nos obliga a ponernos incontinenti en camino". De acuerdo a lo registrado por el teniente Martín de Gainza en sus *Recuerdos* se trataba de una comunicación del general Oribe mediante la cual ordenaba a Ríos detener a los ex soldados de Lavalle y remitirlos a Salta. Pero se recibió una novedad diferente, que Camelino asentó:

Sabemos también que una columna de 400 hombres del Ejército Libertador, mandada accidentalmente por el coronel don Manuel Salas, venía de Salta costearo el Bermejo.

En efecto, al día siguiente se encontraron: "Fue grande nuestro contento y ya no nos arredró ningún peligro". Así es que esta respetable fuerza de bien probados veteranos adelantó camino sin problemas, hasta el 24 de octubre:

Fue sorprendida nuestra vanguardia de 15 lanceros, por los belicosos caciques Teotirí y Torí, con 150 indios bien montados y armados, que se aprovecharon de un estrecho desfiladero. Echaron pié a tierra 30 de nuestros tiradores, hicieron fuego y mataron 3 indios: pidieron paz los traidores, y la hicimos con pérdida de 153 reses de las 173 que acarreamos y que nos robaron durante la tregua, sin que después nos valieran razones para rescatarlas. Estos indios de las tribus Chumpís, Matacos y Tobas, establecidos en Cangallé, se dirigían a Orán a robar ganado, pero dieron vuelta satisfechos con el botín.

Los indios se conservaban al frente de la columna —"con siniestra intención, sin duda", opina Camelino— y les abrumaron con solicitudes. Como precaución, el coronel Salas designó jefe de vanguardia al teniente coronel Simeón Paiva con 30 tiradores, y de retaguardia al de igual grado Santiago Oroño con 20. Porteño, cordobés, correntino y santafecino: los aventurados en las selvas chaqueñas simbolizaban la conjunción de elementos que integraron el Ejército Libertador.

De ese modo, con infinitas precauciones y superando fatiga, hambre y sed, ganaban terreno, hasta que acamparon el 31 de octubre en la toldería del cacique Colompotó —a la cual pertenecían los baqueanos que los guiaban—, "permutando caballos y prendas de ropa por vacas y ovejas". Recibidos con muestras de amistad, se alimentaron bien y aseguraron su tránsito futuro con el acuerdo de varios caciques amigos de aquel. No obstante, fue recibido el aviso de que avanzaba el cacique Teodorí al frente de 500 combatientes bien armados, con el apoyo de Teorí —"afamados por valientes"—, por lo cual los militares incorporaron a su fuerza 42 indios de Colompotó y partieron acompañados por las familias, animales, y cuanto poseían. El cacique Teodorí aprovechó para quemar los toldos que quedaron atrás. El coronel Saavedra y el teniente coronel Hornos quisieron cargarlos, pero Salas los contuvo y aquellos se retiraron. Otra vez, al llegar a donde se asentaba el cacique Mainiré, cambiaron piezas de ropa y caballos por vacas y ovejas, lo mismo que tuvo lugar cuando los alcanzó el cacique Tanarí con 14 lugartenientes y 170 indios bien armados: "Piden ropa para los primeros y se les dan algunas piezas inútiles".

Soportando el cansancio y el sueño (calmando la sed con palmeras *caraguataí*, las cuales contenían líquido) prosiguió la columna mandada por el coronel Salas, canjeando sus prendas por alimento cuando llegaban las escasas oportunidades de toparse con indígenas. Con la alegría consiguiente, el teniente coronel Mariano Camelino anotó en su *diario* el 7 de septiembre: "A las diez y media del día, y con siete y media leguas de marcha, saludamos al gran Paraná y quedamos como embargados a la vista de la tan deseada capital de Corrientes". Habían transcurrido tres semanas desde su partida de Salta.

El Interior quedaba en manos del Partido Federal que respondía al Dictador de Buenos Aires.

12

Pero la sujeción no era completa: se enteró el general Oribe de que en Catamarca la situación se había revertido en su contra, habiendo asumido el poder el antiguo mandatario José Cubas, luego de deponer a su gobernador el coronel Juan Eusebio Balboa.

Por tanto, fue despachado a Catamarca el coronel Mariano Maza con su batallón *Libertad* y 4 cañones a fin de restablecer el anterior estado de cosas. La conducta observada por este jefe cuando operó allí durante el mes de marzo, no permitía abrigar dudas en cuanto a los procedimientos que emplearía en su desempeño. Él mismo los anunciaba:

Yo voy en marcha para Catamarca a darle también en la cabeza, en la misma nuca, al cabecilla salvaje unitario Cubas. Habrá violín y habrá

violón. Si los últimos salvajes unitarios que han quedado acorralados en Catamarca tuviesen la osadía de esperarnos y no se rinden inmediatamente, le aseguro que todos serán pasados a cuchillo.

La ferocidad de Maza era exagerada, y no quedó en palabras.

El Gobernador Cubas posiblemente haya confiado en que el general Lavalle se sostenía en Salta, atrayendo a las tropas federales, pues estando las comunicaciones por completo interrumpidas por la presencia de Oribe, nada sabía de los últimos acontecimientos. Al contrario, el coronel Maza avanzaba en su búsqueda, aumentando sus efectivos con algunos jefes catamarqueños que se le unieron encabezando refuerzos.

El 16 de octubre Cubas, con 150 infantes y 400 hombres de caballería (milicianos), marchó a La Rioja con sus pertrechos de guerra, para obtener apoyo. El 18 el coronel Juan Eusebio Balboa envió parlamentarios para lograr un avenimiento, lo que fue rechazado por Cubas y sus coroneles Delgadino y Mercao. Cuando Cubas volvió a Catamarca, se midió con Balboa, en Tiorco, a una legua del río del Valle, y lo derrotó. Éste se retiró a Belén. Gran confianza y entusiasmo despertó este encuentro, quizá porque se ignoraba el avance del coronel Maza, en la incertidumbre de datos precisos en que se vivía.

Cubas permaneció en su capital con gran tranquilidad, al punto que licenció a sus tropas. Pero Maza venía desde Paclín, y en la mañana del 29 de octubre (tras dos días sin comer ni descansar) llegó a Catamarca. El tambor de órdenes del Gobierno comenzó a batir *general* por las cuatro esquinas de la plaza, aunque no pudieron reunirse más de 80 infantes y 10 jinetes a causa de la sorpresa, al tiempo que Maza entraba al poblado. La mayor concentración de efectivos defensores, ubicada en las afueras a órdenes del coronel Delgadino, fue dispersada.

Cubas, espada en mano, mandó *fuego en retirada* a sus pocos hombres en el momento que la caballería federal invadía la plaza tocando a *degiello*. El tambor de Cubas fue bayoneteado al instante de ser capturado, mientras a lo lejos se escuchaban los cañonazos, en Los Molinos, donde Cubas y un comandante Castaño formaron cuadro y resistían. Castaño hizo volar de un tiro el morrion del mayor Luis Argüero, comandante de la infantería de Maza. Aunque rodeado, Cubas con algunos de los suyos pudieron romper el cerco y escapar hacia la sierra de Ambato. El parte elevado luego por el coronel Juan Eusebio Balboa detalló:

Aquí entró a trabajar el batallón Libertad y su bravo coronel, no dando cuartel a los enemigos, que después de dos horas de fuego concluyeran estos traidores. Las columnas flanqueadoras que, mandadas en la izquierda por el comandante general don Santos Nieva, y en la derecha por el coronel don Facundo Segura, en sus respectivas direcciones supieron causar a los enemigos una completa desesperación, que abandonando sus caballos se treparon por las paredes, buscando el abrigo de las casas federales que poco antes fiaban a sus armas.

La siniestra página que a continuación escribieron los vencedores en el libro de la Historia Argentina, corresponde a la crónica militar, aunque pare-

ciera escapar al relato de las acciones protagonizadas por un Ejército. Es que las matanzas que tuvieron lugar —una verdadera hecatombe en una ciudad pequeña, cuyo eco se prolongó en el tiempo— fueron realizadas no ya por los asesinos de la Mazorca, o en medio de un levantamiento popular de consecuencias incontrolables, sino metódicamente por unidades castrenses, siguiéndose un plan preestablecido, conforme a órdenes jerárquicamente impartidas y obedecidas.

Los vencedores buscaron aumentar las víctimas del combate, y entre los que cayeron en sus manos y fueron ultimados se contó el ex mandatario delegado Pascual Bailón Espeche, degollado en presencia de su mujer, como también al escribano de Gobierno Ángel Barros y otros oficiales. Las ejecuciones prosiguieron al día siguiente, reviviéndose las escenas de horror padecidas en Buenos Aires y en Córdoba. Fueron ultimados en esta nueva jornada el Ministro Gorgonio Dulce y el teniente coronel Castaño: la cabeza del primero fue colocada sobre una lanza, lo mismo que la de su hermano el doctor Antonio Dulce, quien se había escondido pero fue delatado. Al respecto reflexionaba el joven Ramón Gil Navarro en apuntes de 1850: “¿Quién será suficiente valiente como para más tarde se ocupe de escribir una historia cuyos renglones deben encerrar tanto número de víctimas cuantas letras deben tener?” El mismo dejó detalles de las horribles escenas, que presenciaban las madres, esposas e hijos de las víctimas... Aseguró Navarro: “Yo he sido testigo ocular de todas esas carnicerías, esos hechos se grabaron en mi memoria con caracteres indelebiles, jurando por mi honor ser cierto cuanto escribo”. Otros autores confirman sus datos.

Faltaba el Gobernador Cubas; inútil había sido la búsqueda efectuada por las partidas destinadas al efecto, y las amenazas a sus hijos Carlos y Máximo para que indicasen su escondite en la montaña. Hasta que en la mañana del 4 de noviembre un muchacho se presentó ante el coronel Maza y se ofreció a descubrir su paradero si le pagaban el valor de una vaca que aquel y 4 oficiales que lo acompañaban le habían comido: —*Mi hi venió a denunciarlos, de pura rabia, no más.* Maza, jubiloso, le aseguró: —*50 vacas como la que has perdido tienes, si vas en el momento a dar la seña.* —*Muy bien, señor.* La partida destacada tomó dormidos a los prófugos, y atados los llevó de vuelta a la ciudad.

A mediodía entraba el cautivo: “Venía montado sobre un burro, con las manos amarradas atrás, sus pies descalzos, aprisionados con fuertes ligaduras por bajo de la barriga del animal. No traía sombrero que lo defendiera del sol”. Luego de pasearlo por la plaza donde se exhibían las cabezas de los Dulce, Cubas fue encerrado en un cuarto del Cabildo, donde se hallaban igualmente sus hijos. La consternación fue general, al punto que el federal Bartolomé Cano interpuso sus oficios ante el coronel Maza ofreciendo \$ 4.000 por salvar la vida del ex Gobernador. Se logró la suma por donativos de los vecinos, y fue entregada a Maza. Éste —refiere Navarro— escribió la orden que el oficial de servicio entregó al encargado de custodiar a Cubas:

En media hora más de recibida ésta, ejecutará según su anterior orden al salvaje Cubas. Prendiendo después su cabeza en una lanza, será colocada a la par de la del salvaje Dulce.

La sentencia fue cumplida de inmediato, degollándose a José Cubas en la celda que ocupaba, siendo luego decapitado. El joven Víctor Maubecín, quien fuera años más tarde Gobernador de Catamarca, recordó:

“Me retiraba de la escuela de San Francisco cuando noté gran movimiento de tropas, y naturalmente me detuve de curioso. Luego ví que del Cabildo salía el verdugo que había traído Maza y que era un mulato jetón conocido por el apodo del *Paraguay*. En la mano derecha llevaba la cabeza de Cubas sostenida por el pelo, y en la izquierda un peine y un pedazo de jabón. Así que llegó a la pirámide, se sentó a la orilla de la acequia que pasaba por su lado, y se puso a jabonarla para sacarle los coágulos de sangre, y luego a peinar sus cabellos. Hecho esto, la colocó en la punta de una lanza, que fijó en el suelo”.

El cuerpo del infortunado mandatario fue tirado a la plaza, y para que no faltase un detalle horripilante que parecía difundirse, agrega Ramón Gil Navarro que

“don Carlos Olmos sacó una tira del cutis del cuerpo de Cubas desde la garganta hasta más abajo del ombligo, para hacer una manea. El sacristán, compadecido de esto, robó el cuerpo de Cubas y le dio sepultura; y en pena de esto Maza lo tuvo tres días de plantón en el rayo del sol al lado de la cabeza”.

Esa noche el coronel Mariano Maza obligó a celebrar con un baile el acontecimiento, al cual debieron asistir los partidarios y hasta los parientes de Cubas:

“Hasta las mismas sobrinas de Cubas, allí fueron todas (recordaba Navarro en 1850); y doña Pastora Galíndez fue a bailar sobre la sangre humeante aún de su tío carnal, en el salón de doña Fabiana Herrera... ¡Ya llegará el día en que bailen ellos a su vez del mismo modo!”

El futuro primer Obispo del Litoral (1858), presbítero Luis Gabriel Segura, extendió la partida de defunción de Cubas, “esposo de doña Genoveva Ortiz de la Torre, de 43 años de edad”: “No recibió ningún sacramento porque fue ejecutado por orden superior y yo no fui llamado administrarle los sacramentos”.

El coronel Mariano Maza dio cuenta de haber cumplido su cometido en esta escalofriante carta al Gobernador delegado de Córdoba, Arredondo:

El salvaje unitario Cubas fue tomado por 10 soldados, como también su secretario Barros y 2 oficiales, únicos que escaparon de la acción del 29. 20 entre jefes y oficiales han sido ejecutados. En fin, mi amigo, la fuerza de este salvaje unitario tenaz pasaba de 600 hombres y todos han concluido, pues así les prometí, pasarlos a cuchillo si no se rendían.

El mismo día 4 de noviembre de 1841, el teniente coronel Luis Argüero detalló lo ocurrido en una lista enviada a Oribe que así comienza:

¡Viva la Federación! ¡Rosas, Libertad o Muerte!

Relación de los salvajes unitarios titulados jefes y oficiales que han sido ejecutados después de la acción de 29: titulado Gobernador salvaje José Cubas; id. delegado Espeche; Ministro Dulce, idem González; secretario Barros; coronel Vicente Mercao; jefe de la infantería Santiago de la Cruz.

Y siguen 5 tenientes coroneles, 2 mayores, 5 capitanes, 4 ayudantes y 2 tenientes. Debajo, la aprobación superior: “*Está conforme. Por orden del señor General, José Agustín Iturriaga*”. Rosas mandó su complacencia a Oribe, publicándola *La Gaceta Mercantil* el 6 de diciembre junto con los partes de la acción antes reproducidos.

El drama de Catamarca había finalizado. Muchos años después, en 1880, fray Mamerto Esquiú —Obispo de Córdoba— lo recordó públicamente como testigo presencial: dirigiéndose a Buenos Aires en su famoso sermón sobre la Capital definitiva, hizo mención de “las horribles hecatombes que en nombre y a cargo del sistema federal hacían tus Ejércitos el año 40 por toda la República”.

Con esas escenas de horror concluyó la guerra en el Interior, a fines de 1841.

El Comandante en Jefe del Ejército Federal, general Oribe, escribió a quien sería su Ministro de Guerra, general Antonio Díaz, el 31 de octubre:

Tengo el gusto de anunciar a Ud. que el Ejército que puso a mis órdenes nuestro amigo el Ilustre Restaurador, ha concluido del todo la campaña a que fue destinado, pues en toda la Confederación ha concluido del todo: no ha quedado un solo salvaje.

Era una opinión prematura: aún restaba en Corrientes el “Ejército de Reserva” que mandaba el general José María Paz.

Bibliografía

- BAIGORRIA, *Memorias* cit.
- BARBA, *La campaña libertadora* cit.
- BENENCIA, *Partes de batallas* cit.
- DÍAZ, *Historia política y militar* cit.
- ELÍAS, *Historia de la guerra civil* cit.
- GARZÓN, *Historia de Córdoba* cit.
- HUDSON, *Recuerdos históricos* cit.
- IRIARTE, *Memorias* cit.
- JUNTA CONSERVADORA DEL ARCHIVO, *Tucumán y la Liga del Norte*, t. II (Tucumán, 1949).
- LA MADRID, *Memorias* cit.
- LACASA, *Vida militar y política* cit.
- LARRAÍN, *El país de Cuyo* cit.
- NAVARRO, RAMÓN GIL, *Memorias de una sociedad criolla* (Buenos Aires, 2005).

OTERO, MIGUEL, *De Güemes a Rosas* (Buenos Aires, 1946).

PAZ, *Memorias* cit.

QUESADA, *La Madrid* cit. y *Lavalle* cit.

— *Pacheco y la campaña de Cuyo, y Acha y la batalla de Angaco* (Buenos Aires, 1927).

SALDÍAS, *Historia de la Confederación* cit.

VILLAFANE, *Reminiscencias* cit.

YABEN, *Bosquejo biográfico* cit.

ZINNY, *La Gaceta Mercantil* cit.

— *Historia de los Gobernadores* cit.

CAPÍTULO VIII

La guerra en el Litoral

EL EJÉRCITO DE RESERVA DE CORRIENTES • PRONUNCIAMIENTO DEL GOBERNADOR DE SANTA FE • BATALLA DE CAÁ-GUAZÚ • INVASIÓN A ENTRE RÍOS • LA PRESENCIA DE RIVERA • DIFICULTADES DE JUAN PABLO LÓPEZ • DESINTELIGENCIAS ENTRE LOS ALIADOS • LA OFENSIVA DE ORIBE • OPERACIONES DE PEÑALOZA EN EL NORTE • COMBATE DE COSTA BRAVA • LAS CONFERENCIAS EN PAYSANDÚ • BATALLA DE ARROYO GRANDE

1

Hacia año y medio que el general Paz se hallaba en la Mesopotamia, cuando tras su desabrido encuentro con el general Lavalle en Diamante, decidiera trasladarse a Corrientes y ofrecer sus servicios al Gobernador Pedro Ferré. Al emprender viaje pudo afeitarse, porque en el Ejército —revela— “todos andaban de barba entera, y se exponía a un desaire el que no hubiera seguido la moda”. Era la nueva costumbre impresa por Lavalle; la siguiente generación, criada en el destierro (los dos Mitre, Paunero, Gelly y Obes) ya la adoptó naturalmente.

Paz arribó al sur de Corrientes el 5 de agosto de 1840, desembarcando en Esquina, desembocadura del río Corrientes en el Paraná. Recibió una desagradable impresión, pues nada estaba preparado para defender a la Provincia, estando el vencedor de Lavalle, Gobernador Echagüe, apenas a 40 leguas de distancia. Describe Paz el estado de la frontera:

“Por momentos se esperaba ver aparecer al comandante Cabral, precursor de la invasión enemiga, y nadie pensaba en otra cosa que en huir, sin tomar la menor medida para hostilizarlo, ni aún para descubrirlo”.

Los demás puntos de ella estaban en igual estado de abandono, y se carecía de fuerzas como para enfrentar al Ejército Federal Entrerriano vencedor en Sauce Grande.

Paz y Ferré se encontraron en San Roque el 10 de agosto, y surgió de inmediato un problema irritante: la conducta del jefe del Ejército Libertador, quien contra instrucciones expresas del Gobernador de quien dependía, marchaba aguas abajo del Paraná dejando inerme a la Provincia.

El encono del mandatario correntino hacia Lavalle debido a la peligrosa situación que su desobediencia provocara era “tan fuerte como profundo”; habiendo emitido una proclama en que lo calificaba de *desertor* y *traidor*; y el primer cuidado de Paz fue hacerle reflexionar que esas diferencias causaban perjuicio a la causa común, logrando que modificara ese texto por otro menos agravante. Recién después de conseguir lo referido, José María Paz aceptó el cargo de Comandante en Jefe de lo que se llamó *Ejército de Reserva*.

Su base lo constituyeron 20 reclutas llegados de Caá-catí para ser enviados al Ejército Libertador, y la escolta del Gobernador. Otras partidas de milicias de los Departamentos contribuyeron paulatinamente a engrosar el plantel originario. Pocos jefes rodeaban al general Paz, habiéndolo acompañado varios de ellos desde su partida. Por separado viajó desde Diamante el general Vicente Ramírez, *Ramírez Chico*. El general Lavalle no había surtido a Paz de otros elementos de guerra más que —según datos del último— 200 fusiles “enteramente inútiles” y 15 barrilitos de pólvora mojada. El general Paz instaló su campamento en la localidad de laguna Ábalos (Mercedes), donde el teniente coronel Indalecio Chenaut fue designado jefe del Estado Mayor, y el coronel Juan José de Olleros se dedicó a instruir un naciente batallón de infantería. La artillería inicial constó de dos cañones de a 8 y cuatro de a 1. El mayor Benigno Canedo marchó a fortificar el pueblo de Goya.

Un factor esencial para la formación de un nuevo Ejército era la confianza en su conductor, tras los desgraciados intentos anteriores de Berón de Astrada y de Lavalle, vencidos en Pago Largo y en Sauce Grande. El espíritu público se reanimó con la presencia del general Paz, que venía precedido por su fama de vencedor de Quiroga en La Tablada y Oncativo. El mandatario provincial puso bajo su disposición a “todo hombre útil para las armas”, según sus propias manifestaciones. Pero todo era improvisado, con pobres elementos, y una constante falta de recursos. La Provincia en pleno fue movilizad, con la conciencia de que era indispensable un esfuerzo integral para evitar la repetición de las infaustas consecuencias de su derrota en Pago Largo en marzo del año anterior. Una circular del Gobernador Ferré a los comandantes de Departamentos les instruía:

El Gobierno, que conoce a fondo su patriotismo y que sabe que nada reserva Ud. por la salvación de nuestra Patria querida, está persuadido que hará el último esfuerzo para salvarla, contribuyendo con 10 jóvenes para soldados de infantería, sanos, de los mejores, y sin excepción de personas, pues todos tenemos la sagrada obligación de sacrificarnos para librar nuestro suelo, nuestras familias e intereses de un enemigo cruel y tirano.

El pueblo entero, sin distinción de clases, sexo y fortunas, brindó su concurso, al punto que el comandante de Itatí debió interceder para evitar que fuese alistado el músico de su iglesia, Ignacio Ararí, “soldado que acompañó a Lavalle en su cruzada, recibiendo heridas de lanza en el cuerpo y en los brazos, las que le imposibilitaron para seguir militando” (como dato curioso puede añadirse que cuando éste murió en 1847, la partida de defunción lo individualizó como “esclavo de la Virgen”). Entre las listas de voluntarios y donaciones de dinero y equipos de toda índole, se incluyó el siguiente ofrecimiento de una viuda —rescatemos su nombre del olvido: Margarita Serrano de Acosta— quien lo elevó al mandatario:

El Cielo no me ha concedido la fortuna de tener hoy hijos para ofrecer a la Patria para su defensa, y satisfacer así el ardiente deseo de contribuir a su libertad y a que no caiga por un momento en las ensangren-

tadas garras del monstruo Rosas y de su digno esclavo Echagüe; pero tengo bienes de fortuna con que contribuir a esta grande obra. Para ello nada reservo, y todos, todos los pongo a disposición de V.E., para que sea en parte proveer de lo necesario a nuestro valiente y virtuoso Ejército. Ruego a V.E. no deseché esta oferta, que es la expresión de mis deseos por la libertad, paz y dicha de nuestra cara Patria.

A fines del mes de agosto de 1840 se tuvo aviso que el general Servando Gómez, oriental que formaba en el Ejército Federal de Entre Ríos, invadía Corrientes al frente de una columna de más de 1.000 efectivos. Mas como era la vanguardia del grueso comandado por el general Pascual de Echagüe, se detuvo a esperar a éste, suponiendo que Paz tenía mejores tropas —infantería y cañones sobre todo— que con las que realmente contaba. Ello permitió que el Ejército de Reserva correntino —ahora en su nuevo campamento en Villanueva— aumentara su personal, quedando en vigilancia de la frontera el general Vicente Ramírez.

Pronto Echagüe se reunió con Gómez, “formando un todo de más de 2.000 combatientes disciplinados y aguerridos, y por consiguiente, bastantes para medirse con un poder doble que el mío —escribe Paz—, llevando buenas probabilidades de suceso”. Se sucedieron algunos choques con variada suerte: el comandante Gaspar Tacuabé, perteneciente al Ejército Federal, quien mandaba un conjunto de indios misioneros radicados en Entre Ríos, ocasionó un contraste a un escuadrón de las fuerzas liberales; como contrapartida, del lado correntino comenzó a destacarse el mayor Benjamín Virasoro al frente de otro escuadrón de caballería.

No debe pasarse por alto el hecho de que el Gobernador Ferré, ante su estado de desvalimiento, renovó la alianza con el Estado Oriental que pactara el año anterior el infortunado mandatario Berón de Astrada, confirmado en tiempos de Lavalle, confiando a su Presidente, el general Fructuoso Rivera, la dirección de la guerra contra Rosas. Pero que, como en aquellas campañas concluidas tan trágicamente para Corrientes, tampoco en la presente ocasión *Don Frutos* se movió en auxilio de sus compañeros de causa, dejando que se las arreglaran solos. Poco tiempo después Rivera sintió cólera contra Ferré y Paz cuando en el Ejército de Reserva se admitió la incorporación del general Ángel Núñez (entrerriano), al cual Rivera acusaba de haber desertado de sus filas.

Don Pedro Ferré escribió en su *Memoria para los anales de la Provincia de Corrientes*:

“No sé cómo expresar la actividad del general Paz en todos los ramos de la milicia; juzgo que con dificultad se encontrará otro igual para organizar y disciplinar un Ejército, y que es, según dicen, uno de los mejores Generales argentinos. Se manejó con tanta habilidad que, a pesar de lo bisoño de su Ejército, burló la invasión de Echagüe y consiguió que se retirara y lo mirase con respeto”.

Así transcurrió el mes de septiembre, durante el cual los movimientos del Ejército Federal carecieron de la celeridad que debía emplear para aprovechar el estado de virtual indefensión de la Provincia invadida. Y en los primeros días de octubre se recibieron noticias ciertas de que el Gobernador Echagüe

retrocedía precipitadamente a Entre Ríos. El fantasma de Pago Largo desapareció por el momento. La súbita desaparición del peligro se explicó luego ante la aparición en Santa Fe del Ejército de Lavalle, tras abandonar sin fruto la campaña porteña.

El general Paz redobló sus esfuerzos para organizar convenientemente a su Ejército. Recordaría años después:

“Yo pude entonces contraerme a los prolijos cuidados de mi destino, con mejores esperanzas de obtener resultados felices. Me había dedicado con todo el celo de que era capaz a la instrucción del soldado, a la formación de oficiales, y al arreglo y disciplina del Ejército. Luchando sin cesar con el espíritu de desorden, con el mezquino sentimiento de localidad, con la más crasa ignorancia, con la penuria de recursos, con dificultades sin cuento, hube de agotar mi paciencia. Sin embargo experimenté un consuelo, y era el presentimiento de que mis trabajos no serían estériles...”

Así, milagrosamente, sin haberse librado la batalla que decidiría los destinos de la Mesopotamia, comenzó el año 1841, sin el temido avance del Ejército Federal de Entre Ríos sobre la Provincia de Corrientes, cuyas fuerzas crecían en capacidad combativa. Otros de los llegados a ofrecer su colaboración fueron el coronel Faustino Velasco y el teniente coronel Felipe López, además de varios oficiales subalternos.

De tal manera se sucedieron los meses, hasta que en septiembre el general Pascual de Echagüe salió de su inmovilidad y dio comienzo a sus operaciones, volviendo a invadir tras un año de inacción.

El general Paz no se consideraba aún en condiciones de disputar el avance enemigo con los 2.000 hombres de que ahora disponía, pues eran en gran parte reclutas sin la suficiente instrucción. Decidió demorar a su contrincante con golpes de guerrillas, confiando su vanguardia (800 efectivos) al general Ángel Núñez, en cuyas filas marchaban los futuros generales Joaquín y Juan Madariaga, llamados a figurar en forma destacada en la Historia. De su lado, Paz se retiró lentamente para ganar el tiempo indispensable para tener al Ejército de Reserva en aptitud de librar su enfrentamiento con posibilidad de éxito, y llegó hasta cruzar el caudaloso río Corrientes que divide la Provincia proveniente de los esteros de Iberá, tras el cual se detuvo. Desde la capital se le unió el batallón *Guardia Republicana* de guarnición en ella, “compuesto de artesanos y gente pobre”, indica Paz, y el Gobernador Ferré surtió al Ejército de Reserva con armas, municiones, vestuarios y demás artículos necesarios. “La actividad del general Paz tenía al Ejército en el mejor estado”, opinó el Gobernador de Corrientes. Aquel no descuidó aprovechar el tiempo en su adiestramiento, el cual “se familiarizaba con la presencia del enemigo y se aguerría con pequeños encuentros”.

Mas todo ello parecía insuficiente para enfrentar en batalla campal al veterano y aguerrido Ejército Entrerriano, aureolado con sus victorias en los años anteriores sobre los mismos correntinos. El desdén de los federales hacia el Ejército de Reserva no carecía de motivos, sobre todo cuando se tiene en cuenta que la mayor parte de sus habitantes en condiciones de combatir había seguido la bandera del general Lavalle y estaban luchando en las Provincias del

Interior. Las tropas de Echagüe consideraban que sólo habían quedado en Corrientes los muchachos en edad escolar, y en los encuentros de vanguardia gritaban burlona y despectivamente contra los “*escueleros de Paz*”.

Para fines del año 1841 —al tiempo que en septiembre eran derrotados Lavalle y La Madrid en Famaillá y Rodeo del Medio— los Ejércitos enemigos estaban enfrentados y separados por el río Corrientes: el Federal sobre el paso de Capitá-miní en la ribera izquierda, y el de *Reserva* en el paso de Caá-guazú en su orilla derecha, a sólo dos leguas del otro.

Resultaba imprescindible hallar un aliado. Con Rivera no podía contarse pese a los compromisos solemnes que había contraído, pues tenía fama de no cumplir la palabra empeñada —amén que aborrecía a los “porteños”—, desconfiando Paz de sus protestas amistosas. Afortunadamente, una novedad favorable a aquel anhelo vino a cobrar relieve: el Gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López, mostraba indicios de querer abandonar la causa de Rosas.

2

El eventual cambio de postura de López, no obstante las tantas muestras de adhesión y de servicios prestados al Dictador, comenzó a manifestarse a raíz de su desplazamiento como Comandante en Jefe del Ejército Aliado Federal, en 1840, cuando las fuerzas de Buenos Aires pisaron suelo santafecino en persecución de Lavalle. En esa oportunidad —se recordará— Rosas puso a la cabeza de aquel al general Manuel Oribe, no obstante que el Pacto de la Confederación de 1831 determinaba imperativamente y sin dejar lugar a dudas, que “*las fuerzas que se envíen en auxilio de la Provincia invadida deberán obrar con sujeción al Gobierno de ésta mientras pisen su territorio*”. Pese a los reclamos del mandatario santafecino, el Dictador mantuvo a Oribe. El resentimiento comenzó a obrar en el ánimo de Juan Pablo López, y se tradujo en el amparo que prestó a los desertores del “Ejército de Vanguardia de la Confederación”, pese a lo cual, para no romper abiertamente con aquel, López no impedía el paso por su Provincia de las remesas de caballada, refuerzos y comunicaciones que desde Buenos Aires se enviaban al Interior.

Los rumores acerca del cambio de postura del mandatario santafecino cobraron fuerza desde los primeros meses de 1841, y alimentaron las esperanzas en Corrientes. A partir de mayo comenzaron a difundirse varias versiones coincidentes, las cuales aumentaron a mediados del año, cuando se supo que algunos de sus comprovincianos se expresaban libremente contra *el tirano* aunque sin darle nombre. La situación en Santa Fe no era repentina, puesto que una corriente importante de opinión estaba desde tiempo atrás en contra de la política centralista del Dictador de Buenos Aires, habiendo sostenido en 1838 al infortunado Gobernador Cullen (contra el mismo López), y luego al instalarse en su capital el general Lavalle, a quien apoyó durante su estadía, y al cual se unieron algunos contingentes que dirigían en el Ejército Libertador los comandantes Santiago Oroño, Pedro Rodríguez del Fresno y Juan Manuel Aldao. El periódico *El Nacional Correntino* no dejaba de impulsar una definición, en la que especulaban anhelantes Paz y Ferré. El primero se confor-

maba con una actitud pasiva de López frente a Rosas y a Echagüe: *"Primero, que no deje que le pasen refuerzos, estorbándolos del modo que pueda; segundo, la promesa de dar la cara después que lo derrotemos"*, según participaba al Gobernador Ferré el 8 de octubre desde Caá-guazú.

En Montevideo, el doctor Florencio Varela atribuyó gran valor al pronunciamiento del Gobernador Juan Pablo López: *"Asegúreme Ud. la decisión de López, y Rosas está postrado. No es López: es Santa Fe, cuya posición domina toda la República"*. Y también encarecía su importancia el doctor Juan Bautista Alberdi:

Arrastremos a Santa Fe pronto, antes que Rosas le atraiga de nuevo al favor de los triunfos del Interior. En Santa Fe está el nudo gordiano: clavemos bandera allí y todo está salvado.

Sin duda, la posición geográfica de esa Provincia como vía de comunicación del Litoral con el Interior, asumía en la estrategia operacional un indudable valor. Empero, su mandatario —el célebre *Mascarilla*— veía levantarse frente a él un obstáculo que le impedía asumir un papel más relevante y hasta decisivo: la falta de elementos bélicos. Sucedió ello porque sus mejores efectivos —hombres, armas, cabalgaduras— habían marchado a órdenes del coronel Jacinto Andrade encuadrados en el Ejército del general Oribe. López carecía de jefes y oficiales, de toda clase de armamento, hasta de caballos, pese a los alegres cálculos que se forjaban en Corrientes, ignorando la realidad de las cosas. El estado militar de Santa Fe era deplorable, e insignificante el aporte que podía brindar a la causa liberal, salvo el de su ubicación.

El estado de las operaciones militares continuaba estático, sin avanzar ni retroceder ninguno de los oponentes, cuando al iniciarse el mes de noviembre desembarcó en el pueblo de Santa Lucía —al norte de Goya— un jefe con 16 hombres de escolta proveniente de Santa Fe, y el día 4 se entrevistó con el Gobernador Ferré en la capital. Traía la noticia del ansiado pronunciamiento del Gobernador López contra Rosas. Era el coronel José Ramón Ruiz Moreno, en carácter de "enviado extraordinario" de aquella Provincia, quien con el "comisionado especial" de Corrientes, que lo fue el doctor Santiago Derqui, Ministro de Hacienda de esta última, no perdió tiempo en acordar la alianza: el 5 de noviembre se ajustó una convención

al objeto de derrocar al sangriento tirano de Buenos Aires y sus sostenedores, restituyendo por este medio la paz y libertad de la República, bajo cuyos auspicios pueda constituirse según el libre sufragio de los pueblos.

Como era usual, al asumir Santa Fe su nueva postura retiró al Gobernador de Buenos Aires la delegación que le hiciera por su parte para dirigir las relaciones exteriores nacionales, empleando severos términos, declarando que Rosas había traicionado la confianza de las Provincias,

a quienes hoy pretende aniquilar empleando contra ellas todo género de atrocidades, para fundar sobre su ruinas el bárbaro sistema de tiranía que defiende.

A través de su enviado, el general Juan Pablo López manifestaba una conducta tan decidida como antes lo había sido en sentido contrario, con una condición: *"La principal exigencia es que se obre activamente sobre Entre Ríos para que Echagüe no pueda irsele encima"*. En la siguiente jornada el Gobernador de Corrientes se mostró categórico frente al requerimiento de instrucciones de Paz sobre las operaciones futuras, que es necesario destacar para medir los hechos que siguieron. Anunciándole que el coronel Ruiz Moreno se dirigía a entrevistarlo y comprobar el estado de sus fuerzas, escribió Ferré el 6 de noviembre:

Puede Ud. hablarle en el concepto firme y debido de que el Ejército de Reserva y todos los medios de acción con que cuente Corrientes se emplearán, concluido Echagüe, contra Rosas, haciéndolos pasar el Paraná o dándoles la dirección que Ud. crea conveniente. Me he librado a Ud. en todo lo referente a la guerra. Cualquier compromiso que Ud. formase será tan sagrado para mí como si yo mismo lo hubiera contraído.

El germen de los sucesos futuros está contenido en los párrafos anteriores. No debe dejarse de tenerlos presentes al efectuar el análisis de las campañas que siguieron.

Tanta sorpresa como alegría causó al general Paz la noticia del vuelco del Gobernador López. En efecto, se disipaba la amenaza de un eventual ataque santafecino por el flanco, y además quedaba establecida una base de operaciones al otro lado del río Paraná, que podía ser atravesado sin hallar resistencia. La marcha contra Buenos Aires, si se vencía al Gobernador de Entre Ríos, unidos los Ejércitos de Corrientes y Santa Fe, podía llegar a ser tan formidable como en tiempos anteriores. El asombro por el momento en que se produjo la colaboración se tradujo en estas reflexiones que Paz asentó en sus *Memorias*:

"Hacía mucho tiempo que entre los dos Gobernadores, Rosas y López, reinaba el más completo entredicho. Nadie ignora que en el estado actual de la República Argentina equivale esto a una declaración de guerra, a una enemistad jurada y a una hostilidad de muerte. Durante ese largo período de expectativa [López] ni quiso declararse contra Rosas abiertamente ni estrechar sus relaciones con Corrientes. Cuando los Ejércitos de Rosas hubieron vencido en Famaillá y Rodeo del Medio, y calculó que esas fuerzas, ya desocupadas, se convertirían contra él, se apoderó de su alma el temor y vino a hacer por miedo el acto más arriesgado de su vida. Ni aún esperó para esto que se decidiera la cuestión en Corrientes; y en vísperas de una batalla decisiva, vino a entablar relaciones que debería haber aceptado seis meses antes".

Contra todos los pronósticos, ahora Juan Pablo López se unía a quienes luchaban por lograr una Constitución para la Nación Argentina, después de haberla dado a su propia Provincia (julio de 1841).

De cualquier modo que fuere, su representante el coronel José Ramón Ruiz Moreno fue recibido en el Ejército de Reserva con las muestras más señaladas de contento. En una demostración honrosa que ni al mismo mandatario pro-

vincial se le tributara, sus efectivos maniobraron por Divisiones delante de aquel: "Gustó mucho de este espectáculo y concibió las más fundadas esperanzas de que obtendríamos completa victoria". Tras esas evoluciones, el general Paz entró a considerar la nueva oportunidad que presentaba la "decisiva misión" del enviado de Santa Fe, como la consideró:

—“Estábamos a mediados de noviembre, y ofrecí a Ruiz Moreno que antes de terminar el mes atacaría a Echagüe pasando el río que nos dividía, si él no se atrevía a franquearlo. A mi vez le exigí que López hiciese en los mismos días un movimiento para ocupar la Bajada, capital de Entre Ríos, que estaba casi indefensa. Así lo ofreció a nombre de su Gobierno. Ruiz Moreno partió sin tardanza y nosotros quedamos preparándonos para el combate, y esperando mucho para lo sucesivo de nuestro nuevo aliado”.

Paz confiaba demasiado: López carecía de lo más indispensable para iniciar la campaña. Comprendiéndolo así, al día siguiente de la entrevista con aquel, el General, tras aludir al ataque a Paraná —“causando una distracción por la espalda del enemigo”—, le precisó al Gobernador Ferré: *“Pero no será su operación principal, sino dirigir sobre el arroyo del Medio una fuerza bastante para distraer la de Rosas que está allí”*. Se inició desde entonces la correspondencia directa entre los mandatarios del Litoral y el comandante del Ejército de Reserva de Corrientes. En ella Juan Pablo López denostó al Dictador porteño con el mismo fervor con que antes lo ensalzara. El semanario *El Nacional Correntino* estampaba: *“La importancia de esta alianza es inmensa y pone el colmo a nuestros deseos”*.

El vuelco de López impulsó a Paz a la acción.

Comenzaron, pues, sus operaciones ese mismo día (10 de noviembre): el coronel Faustino Velasco efectuó una incursión a retaguardia de los federales, cayendo sobre el pueblo de Mercedes luego de derrotar al escuadrón de Tacuabé, capturando entre otros al ayudante de campo del general Echagüe.

En tanto se produjo la definición del Gobernador López, otra novedad vino a aumentar el júbilo entre el pueblo correntino: al cabo de la primera semana de noviembre, se presentaba ante su capital la columna que desprendida de Lavalle en Salta había efectuado la travesía del Chaco. Su jefe el coronel José Manuel Salas dispuso darle un descanso y alimentarla convenientemente antes de cruzar el río Paraná, lo mismo que a la caballada —en muy mal estado— para que pudiera atravesar a la otra orilla. La noticia de su llegada se había difundido en la ciudad de Corrientes, y recuerda el teniente Martín de Gainza: “Vi claramente que la ribera se llenaba de gente, y poco después se desprendían infinidad de canoas que se dirigían a todo remo hacia donde nos encontrábamos”. Éste, su padre, el coronel Saavedra y algunos pocos más fueron encargados de ir a la costa de enfrente para hacer saber al Gobierno el desvalimiento de los expedicionarios y su urgente necesidad de auxilios. Pasaron en dos grandes canoas.

“Cuando atracamos en la Capitanía del puerto no sólo había mucha gente del pueblo, sino que lo más principal y distinguido de las familias de Corrientes acudía a recibirnos; y debo confesar que a pesar de la pobreza

y miseria de nuestros trajes, que en otra ocasión me hubiera molestado, ahora no me importaba, sintiéndome tan honrado ante aquel numeroso pueblo al presentarme con mis compañeros ostentando la divisa celeste y blanca del Ejército Libertador”.

El paso del gran río se efectuó un par de días después. El *diario* llevado por el teniente coronel Mariano Camelino finaliza con la siguiente anotación respecto a las demostraciones del Gobierno y pueblo de Corrientes:

“Reciben con entusiasmo a 200 de sus hijos, que con 300 cordobeses, santafecinos, entrerrianos y porteños han combatido por la libertad argentina en toda la extensión de la República. En estos combates han muerto centenares de correntinos; al pisar esta capital nos rodean infinitos de sus deudos, esposas, madres, hijos y hermanos, que nos piden razón de su suerte, y las lágrimas de placer por vernos se unen con las de dolor que arrancaron muchas de nuestras respuestas. Mas de una madre que recorría nuestra columna y no podía recoger sino noticias ambiguas de su hijo, al hablar a uno de los otros que le dijo: —*Murió en los campos de Famaillá*, exclamó: —*Bien, murió por mi libertad*. La sola expresión de este sublime sentimiento nos hizo olvidar todas nuestras desgracias, y jurar de nuevo un odio eterno al despotismo”.

Traducción práctica de este sentimiento la dio a conocer en su *Memoria* el Gobernador Ferré:

“Cuando el pueblo creía, con razón, que aquella gente no concurriría tan pronto al Ejército, por lo cansada que parecía de sus trabajos, apenas me aproximé a ella y le hice presente que se acercaba el momento de dar una batalla, a que la convidaba, cuando con un patriotismo inaudito de allí mismo querían marchar al Ejército para ayudar a salvar la Patria, antes que ir a ver a sus familias después de dos años de penurias y sacrificios”.

El mismo jefe de ellos, coronel Salas, estaba dispuesto a operar en el acto sobre Córdoba, debiendo disuadirlo el general Paz, quien nos ha dejado de él la silueta que sigue:

“El coronel Salas es un paisano de buena razón, sumamente moderado, y que bajo la apariencia de una frialdad glacial encubre un alma ardiente y un espíritu perseverante y hasta tenaz. Es un oficial valiente; no es inclinado a la crueldad ni a los desórdenes”.

Conforme al ánimo demostrado, después de un corto descanso en la ciudad, la División del Chaco —con algunas excepciones— se dirigió hacia el Ejército de Reserva. La lista de sus jefes es la siguiente: coronel Salas; tenientes coroneles Manuel Antonio Ocampos, Juan Camelino, Santiago Oroño, Mariano Camelino, Manuel Hornos, Juan Manuel Aldao, Simeón Paiva; mayores Francisco Soto, Ramón Godoy y Juan B. Pucheta. El Ejército los recibió formado y el general Paz les habló encomiando sus servicios y agradeciéndose los a nombre de la Patria. Entre los llegados tuvo una gran turbación al salu-

dar al General el capitán Acosta, de la cual hubo de ser asistido, porque 10 años antes fue el jefe de la partida que lo tomó prisionero: "Le mandé ofrecer todas seguridades —acota Paz en sus *Memorias*— y se tranquilizó completamente" (el mismo coronel Salas en aquel tiempo revistaba en el Ejército mandado por el general Estanislao López). No está de más añadir otro comentario del Comandante en Jefe del Ejército de Reserva:

"¿Se creará que esos soldados tan indisciplinados del Ejército Libertador, sin mas que el ejemplo entraron sin dificultad en el sendero del orden? Tan cierto es esto como que nuestros paisanos son dóciles, y que estos gauchos tan indómitos al parecer son muy susceptibles de la disciplina, cuando se les inculca con sensatez y no se les tiraniza o se les extravía".

Y no mucho después el general José María Paz se movió para atacar al Ejército Federal Entrerriano.

Para esto se determinó a cruzar el río Corrientes, en vista que el Gobernador Echagüe no tomaba la iniciativa, lo que no dejaba de ser un riesgo grande para el caso de una derrota, porque con la creciente de las aguas la retirada sería sumamente dificultosa. En la noche del 26 de noviembre comenzó la operación por el paso de Caá-guazú, atravesando el río a nado la caballería e infantería, y los cañones y municiones —y quienes no sabían nadar— en canoas y "pelotas" de cuero arrastradas por caballos, donde también se depositaban las armas y vestuario. El enemigo estaba acampado dos leguas al norte y pudo ocuparse la orilla de enfrente sin resistencia. El coronel Velasco, que la pisó el primero con el cuerpo de vanguardia (500 hombres), efectuó el reconocimiento del terreno para asegurarse de la ausencia de los federales.

Amaneció el general Paz próximo al Ejército Entrerriano:

"Era un día solemne, en que se toma una de esas grandes resoluciones que deciden no sólo la reputación de un General, sino la vida de millares de hombres y el destino de los pueblos. Iba a jugar la suerte de la Revolución argentina, y a destruir o aumentar las únicas esperanzas que quedaban a los amigos de la libertad".

Justo un año atrás el general Lavalle había sido derrotado en Quebracho Herrado.

A mediodía el coronel Velasco tomó contacto con el enemigo, que sorprendió a sus tiradores de infantería para acosarlo. De este modo, reforzados éstos y la vanguardia correntina, el fuego fue cobrando intensidad a lo largo de las horas, hasta caer la noche. La presión de los federales sobre su derecha hizo concebir a Paz la creencia de que por ese lado efectuarían el esfuerzo más enérgico, y bajo tal suposición planeó la batalla, e impartió órdenes estrictas para que sus fuerzas se sujetaran a los dictados que recibirían. Sin embargo, una de las disposiciones del General no pudo cumplirse por entero, y la desobediencia resultó beneficiosa: fue la presencia de mujeres, el *cáncer de los Ejércitos*, como la calificó el propio Paz. El hecho lo describe este mismo, haciendo mención a la abrasadora temperatura que se había soportado durante todo el día, bajo un fuerte sol que atormentó a los dos adversarios por igual:

"La falta de agua en el punto en que estaba colocada la línea de guerrillas hacía que a cada momento viniesen a buscar agua en cuernos o *porongos*, pues no tenían caramañolas nuestros soldados. Las mujeres eran las encargadas espontáneamente de esta operación, y aunque habían pasado muchas, contraviniendo mis órdenes, tuve que capitular y permitirles seguir en su utilísima ocupación. A la verdad me admiró ver la actividad con que venían a llenar de agua sus vasijas para volver, sin permitirse la menor detención, a las guerrillas donde se hallaban sus maridos legítimos o no legítimos: operación ésta que no carecía de peligro, pero que al paso que probaba su tierna solicitud, mostraba el interés que tomaban en que los soldados no dejaran sus puestos".

Al despuntar el 28 de noviembre de 1841 los Ejércitos distaban apenas 2.000 varas el uno del otro, con un espacio vacío intermedio; a la izquierda del Ejército de Reserva se extendía un estero. El general Paz consideró que el lugar en que el río se aproximaba al pantano debía conservarse sin medir esfuerzos, pues sería el eje de la acción planeada, y destinó allí al batallón *Guardia Republicana* (200 hombres), a cuyo jefe el mayor Miguel Virasoro le recomendó defenderlo *a toda costa*. Con anterioridad, solamente una vez se había impartido esta indicación, al propio Paz, durante la campaña del Alto Perú. Comentó al respecto:

"Bien sabido es entre militares lo que importa esta orden: pues significa nada menos que la obligación de sacrificarse hasta perecer, sin que en ningún caso sea permitido retirarse".

El general Pascual de Echagüe observaba los movimientos de las tropas liberales con su anteojo, desde el toldo de una carreta, y como Paz supuso, concentró su principal fuerza en su ala derecha: las Divisiones de caballería mandadas por el general Servando Gómez. Al centro colocó la infantería con su jefe el coronel Pantaleón Argañaraz y su segundo el teniente coronel José Miguel Galán, y las baterías de artillería a órdenes del mayor Juan Bautista Thorne, arma —ponderó Paz— "bien servida y regularmente mandada". El costado izquierdo también fue formado por caballería. A retaguardia su reserva, más el parque y bagajes, entre cuyos elementos se encontraba el Ministro de Entre Ríos y amigo de Echagüe de años atrás, José Francisco Benítez. El general Justo J. de Urquiza operaba sobre la línea del Uruguay, para precaver alguna acción de Rivera desde el Estado Oriental.

Mayor detalle se tiene de las fuerzas liberales.

El Ejército de Reserva de Corrientes tendió su línea de acuerdo a la siguiente formación: *ala derecha de caballería*, su jefe el general Vicente Ramírez, con la División de su mando y la que mandaba el coronel Federico G. Báez, donde revistaban los tenientes coroneles Simeón Payba, Antonio Borda, José de la Cruz Masdeu, Bernabé A. Esquivel, Ceferino Sánchez Negrete, y los mayores Francisco Antonio Ledesma, Andrés Ricarde, Juan Duarte, Juan Santos Méndez y Lino Martínez. *El centro de infantería*, su jefe el teniente coronel Felipe López, con su batallón *Cazadores de la Libertad*, más el *Guardia Republicana* del mayor Miguel Virasoro y el *Voltígeros Republicanos* del mayor Felipe Martínez. Además aquí se hallaba la artillería mandada por el ca-

pitán Emilio Picard, consistente en cuatro pequeños cañones de a 1. *El ala izquierda de caballería*: jefe el general Ángel Núñez, con la División propia y la del coronel José Manuel Salas, con los escuadrones de los tenientes coroneles Manuel Hornos, Manuel A. Ocampos, Santiago Oroño, Joaquín Madariaga y Cesáreo Montenegro; mayores Benjamín Virasoro, Juan Bautista Pucheta, Dionisio Ferreyra, Carlos Antonio Aguilar, Juan Quevedo, Isidoro Ortega e Ildefonso Aranda (sólo se anotan quiénes ostentaban la jerarquía de jefes). La *reserva* estaba compuesta por la División al mando del coronel Faustino Velasco, contando con las que encabezaban el teniente coronel Diego Brest y el mayor Manuel Antonio Merlo, y el escuadrón Escolta del teniente coronel José Benigno Canedo con su segundo el mayor José Francisco Soto.

La plana mayor de este Ejército estaba integrada por el general José María Paz con su edecán el teniente coronel José Ignacio Serrano y su secretario Gregorio García y Castro, y el jefe de Estado Mayor coronel Indalecio Chenaut. El cuerpo médico lo componían los cirujanos doctor José Gregorio Acuña y Dionisio Caviedes, el capellán era el presbítero José Vasquez, y la compañía de Guías la encabezaba el capitán Juan Gregorio Acuña, conocido por *Mocito*.

El terreno dividía —en alguna medida— la continuidad de la línea del Ejército de Corrientes, ya que el estero que casi tocaba el río dejaba una abertura de 80 varas, quedando de un lado el ala izquierda del general Núñez separada del centro, derecha y reserva. De aquí que el general Paz calculase que sobre aquella se dirigiría el principal ataque del enemigo, y por eso encargó guardar dicho paso al mayor Virasoro, y luego envió allí para asistirlo al jefe del Estado Mayor, coronel Chenaut: su táctica estaba basada en conservar esta posición “llave” para ejecutar la maniobra que ideara. Se habrá advertido que, a tal efecto, a órdenes de Núñez se había puesto la mayor parte de los jefes veteranos que combatieran con Lavalle.

Comenzó la lucha con el fuego de los cañones. Refirió en su parte el general Paz:

Desde el principio de la batalla es asombrosa la actividad con que han obrado las baterías enemigas, disparando sus tiros en todas direcciones, pero muy principalmente contra la artillería y los batallones de nuestro Ejército; pero la Providencia ha preservado a nuestros valientes y su efecto ha sido poquísimos.

La ubicación de sus infantes en un bajo los protegió de los cañonazos. En sus *Memorias* agregó: “La nuestra, más débil y más mal servida, al mismo tiempo que escasa de municiones, no podía competir con la enemiga”. En medio de los disparos se vio a una solitaria figura que audazmente abandonaba las filas federales para incorporarse a su contendores: era Nicolás Tedesqui, antiguo capitán de infantería caído prisionero en Quebracho Herrado, e incorporado como soldado al Ejército de Entre Ríos. Su nombre cobrará celebridad por las circunstancias de su muerte un año después.

Como lo había calculado Paz, el general Echagüe envió por la derecha a “la numerosa y acreditada caballería que mandaba el general don Servando Gómez” contra el costado izquierdo de Corrientes donde se encontraban las Divisiones del general Ángel Núñez, que parecían aisladas por cuanto la in-

fantería liberal estaba semioculta por los juncales del estero. Núñez salió a enfrentar a aquella, pero no aguardó el choque de la impetuosa carga y se replegó rápidamente hacia el estrecho paso que conducía a su retaguardia. Gómez se lanzó en su persecución. Era lo que el general Paz esperaba:

“En proporción que el general Gómez avanzaba con su División se estrechaba el terreno entre la barranca del río y el estero, y oprimidos sus costados por estos obstáculos, perdía cada vez más su formación. El batallón más fuerte que tenía, que era el de *Cazadores*, colocado convenientemente tomó de flanco a la División Gómez, la que no obstante sus mortíferos fuegos continuó su movimiento sobre la División Núñez que se retiraba. Cuando éste pasó el estrecho y dejó libres los fuegos de otro batallón —el *Republicano*— que lo ocupaba, ya el enemigo no representaba sino un pelotón informe que no pudo resistir a los duplicados fuegos, y volvió grupas para salir por donde había entrado. El batallón de *Cazadores* volvió a emplear por segunda vez sus fuegos sobre la malhadada División Gómez, que sin forma ni concierto sólo trataba de salir en el mayor desorden de aquel infierno en que se había metido”.

La maniobra confiada al general Núñez había sido impecablemente realizada.

Al mismo tiempo, el general Paz daba orden en su ala derecha al general Vicente Ramírez para que a su turno cargase a las Divisiones entrerrianas que tenía a su frente, apoyado por la reserva del coronel Velasco. El viejo soldado que era *Ramírez Chico* pidió su lanza al asistente y avanzó *bizarramente*, según término de Paz en su parte. El choque se sostuvo con dureza, como prosigue relatando éste en sus *Memorias*: “Varios escuadrones fueron rechazados, pero se rehicieron, y protegidos por otros volvieron a hacer frente al enemigo”. Agregó en su parte de la acción:

El combate se trabó encarnizadamente en este punto, contribuyendo a prolongarlo la caballería del general Gómez, que según se ha dicho, se había replegado sobre su centro, para venir a tomar una parte en el empeño, lo que sin embargo no hizo sino muy débilmente.

Al fin la victoria se decidió a favor del Ejército Correntino, sin que hubiera habido oportunidad de que se empleara la División Núñez, que se colocó a la derecha del terreno pero sin ocasión para intervenir.

Una de las más famosas batallas de la Historia Argentina había concluido. Un Ejército bisoño y numéricamente inferior había triunfado sobre otro mayor y probado en la acción, merced a las disposiciones tácticas del General que lo dirigió, empleando una de las “figuras de contradanza” que una década atrás impresionaran a su entonces rival el general Quiroga.

Era preciso consumir la victoria. Tras la derrota de las dos alas de la caballería federal, la infantería correntina inició su avance contra el centro enemigo, cuyas baterías habían disparado constantemente contra ella. La retirada de los infantes entrerrianos con su artillería, parque, bagajes, y los restos de su caballería que se les había unido, fue emprendida ordenadamente, aunque poco pudo mantenerse de esta manera su movimiento. El general Paz lo

describió tanto en su parte al Gobernador Ferré (3 de diciembre de 1841) como en sus *Memorias*, que son coincidentes aunque éstas con más animación, por lo cual es preferible utilizarlas:

“Mas ya era su situación desesperada: atacados de frente, oprimidos por ambos flancos por numerosos escuadrones, su destino estaba irrevocablemente fijado. La poca caballería que les restaba se desprendía en grupos para salvarse por la única abertura que les quedaba, en términos que antes de media legua ya no quedaban más que los infantes y la artillería, con el parque y bagajes. Nuestra infantería había acelerado el paso cuanto era posible, mas no podía dar alcance a la enemiga, que parecía tener alas. Sin embargo por dos veces hizo un pequeño alto, como para tomar aliento, en que volvió a jugar su artillería; mas luego que la nuestra se acercaba, emprendía la retirada con igual empeño. Ni las carretas ni los cañones podían acompañar tan rápido movimiento, y empezaron a quedar las primeras de a una, de a dos, o mas. Lo mismo que con las carretas sucedió muy luego con los cañones, que empezaron a abandonar uno a uno, porque los caballos se cansaban y no podían seguir con la celeridad de la marcha”.

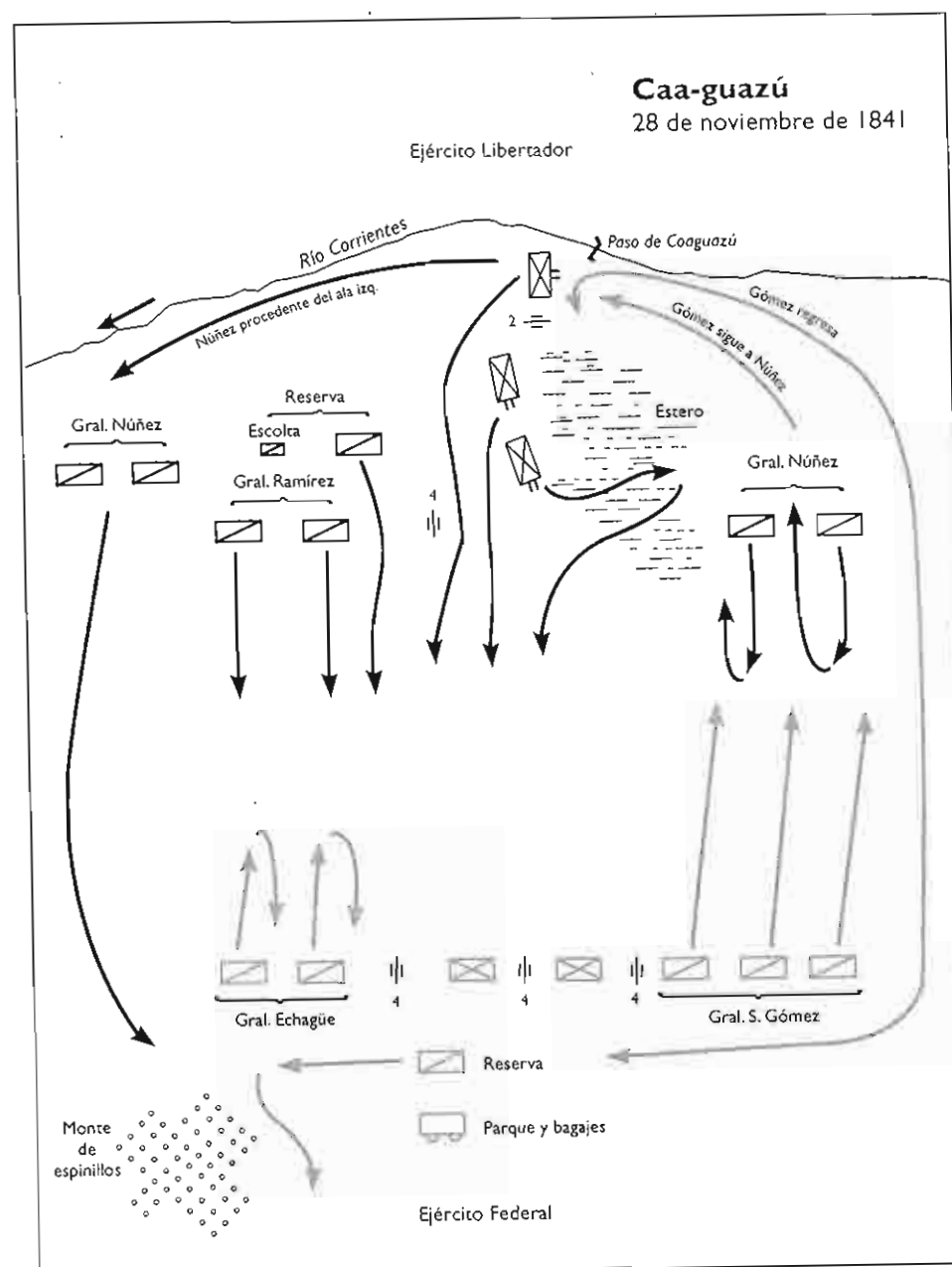
El propio general Paz con su infantería y alguna poca caballería seguía las huellas de los enterrianos, y lo mismo hacía a un flanco el general Ángel Núñez, hostilizándolos con guerrillas.

“Poco más de una legua habría andado la columna enemiga, cuando tuvo que rendirse totalmente: ya había dejado todos sus cañones y carretas, y había perdido muchos hombres que quedaban exhaustos de fatiga, calor y sed. Al fin hicieron alto y levantaron una señal blanca, visto lo cual se aproximaron algunos nuestros a quienes ofrecieron rendirse, pidiendo por gracia la conservación de sus vidas. En el acto se rindieron, fueron desarmados, y dí las órdenes mas positivas para que se les respetase y tratase con humanidad. La sed los devoraba, y se tuvieron que hacer positivas diligencias para proporcionarles alguna agua”.

Resalta el contraste de esta actitud con los fusilamientos dispuestos por el general Oribe a sus prisioneros de guerra, y las ejecuciones cometidas por los coroneles Maza y Bárcena, sin excluir al propio Gobernador Manuel López de Córdoba, y varios otros jefes federales de menor relieve; incluyendo al Gobernador Rosas y al general Quiroga.

El parte oficial de la victoria en Caá-guazú elevado al Gobernador de la Provincia detalló:

El resultado de la batalla ha sido pulverizar completamente el Ejército enemigo, tomarle su artillería, consistente en 9 cañones, su parque, bagajes, 3 banderas que presentará a V.E. el teniente coronel don Joaquín Madariaga, comisionado al efecto, gran porción de armamento de toda clase, que es imposible por ahora especificar, porque aún se está recogiendo, y toda su caballería. La mortandad del enemigo es grande, y tenemos hasta la fecha prisioneros en nuestro poder los jefes y oficiales cuya lista acompaño, mas 800 hombres de tropa. Nuestra pérdida es pequeña.



El general Pascual de Echagüe pudo eludir la persecución y buscar refugio en Entre Ríos, seguido por muy pocos acompañantes. Hasta su consejero Benítez había caído en poder de los liberales.

3

Al difundirse la novedad del triunfo del Ejército de Corrientes, la esperanza de los enemigos de Rosas se tradujo en una explosión de entusiasmo, lo que puede medirse no sólo como compensación espiritual ante las derrotas de la causa constitucional en el Interior, sino sobre todo por el promisorio porvenir que se abría para consumir la caída del Dictador porteño.

Incluso en el anterior mes de octubre, al conocer el fracaso de La Madrid y Lavalle en Cuyo y el Norte, el joven Juan Bautista Alberdi reflexionaba desde Montevideo sin dejarse abatir, con lucidez:

La Revolución no está por allá. Todo aquello es subalterno. Dígame lo que se quiera, Rosas no ha probado buen sentido enviando sus Ejércitos a tan larga distancia en persecución de enemigos tan débiles y en busca de laureles tan estériles. La porción rica y vital de la Revolución está intacta: reside en las dos [Provincias] litorales, de donde ha salido y saldrá siempre escrito el destino general de la República Argentina.

El futuro corroboraría este agudo pronóstico; pero en el tiempo en que se formulaba, una condición requería Alberdi: "Ocupemos Entre Ríos volando: *no dejemos sucumbir a Paz. A la cuestión: una hora perdida en episodios e incidentes es aciaga y nos costará caro*".

Por el momento, se vivió la embriagadora sensación de que se asistía al tramo final de la lucha. Las ilusiones de los emigrados argentinos —"la Provincia flotante" de la República, como la calificó el mismo Alberdi— se tradujeron en infinidad de celebraciones de todo tipo, y lo que era más importante, en la preparación de nuevos elementos militares para colaborar con el general Paz, sobre todo desde el Estado Oriental.

Es que los datos sobre la batalla de Caá-guazú sobrepasaban los mejores cálculos, pues no se trataba de un contraste federal de relativa importancia, sino que —sumado a la cooperación que prestaría la Provincia de Santa Fe— implicaba que quedaba abierto el camino hacia Buenos Aires. Efectivamente, el primer parte de Paz al día siguiente de la acción, redactado para el Gobernador Ferré apenas aquel pudo despacharlo, era contundente:

Ayer en el primer aviso no fue posible dar a V.E. una verdadera idea de la derrota de Echagüe. Su Ejército ha sido pulverizado: puedo asegurar a V.E. que no van 200 hombres a Entre Ríos, pues los restos de su caballería que consiguió escapar del campo de batalla, se hallan casi todos diseminados por estos montes. La mortandad es grande: todo el campo desde Caá-guazú hasta el arroyo de Pay-ubre está sembrado de cadáveres.

Su divulgación no dejaba margen para la duda.

Sin embargo, restaba explotar los resultados del triunfo, garantía para no esterilizarlo. Por eso el general José María Paz instaba al mandatario correntino apenas dos días después de aquella jornada (30 de noviembre, replegado a su campamento en Villanueva): "*Es preciso caballos; caballos, señor, para sacar todo el fruto de la victoria*". Al día siguiente insistió con elocuencia:

Los momentos son preciosos y es preciso aprovecharlos. Cada día que perdamos es un éxito para Rosas. Actividad, por Dios, actividad. Si no se obra así no respondo de las consecuencias. Acometiendo de pronto a Entre Ríos, es nuestro dentro de pocos días; si los dejamos pasar, costará mucho. Nada es la victoria si no se saca fruto de ella. Que se penetren todos que son éstos los momentos de obrar, y que si una vez se desperdicia la ocasión, suele no volver.

Varios factores más se unían para obstaculizar sus planes, y uno de ellos fue puesto en conocimiento del Gobernador Ferré el 1º de diciembre:

Tengo el sentimiento de decirle que muchos soldados se han ido a sus casas con el botín que han cogido, y eso porque no ha habido una persona caracterizada colocada a mi retaguardia que conservara el orden e impusiera a los malos. Este desorden será mayor si el Gobierno no toma providencias activas.

El desorden también se manifestaba entre la tropa, no acostumbrada por completo a la disciplina militar, lo que ocurrió el mismo día de la batalla: celebrando ese anochecer la victoria, prorrumpió a disparar sus armas en señal de alegría. Colérico el General por el dispendio de municiones, montó a caballo y se dirigió a uno de los fogones donde un círculo de soldados preparaba un asado:

"Lleno de indignación me encaré con uno de estos grupos y lo reprendía acremente, cuando a mi espalda salió una voz que gritaba: —*¡Viva nuestro General!* la cual fue repetida por mil bocas, ocasionando una confusión mayor que la de los tiros que quería impedir. Tuve que serenarme para agradecer aquella demostración de afecto tan sincera y espontánea como universal, pero sin dejar de requerirlos sobre la prohibición de los tiros".

Otro problema lo creaban los prisioneros y el tren de artillería capturado con sus municiones, y Paz pedía medios para conducirlos, a fin de no distraer fuerzas del Ejército para esa tarea. Con respecto a aquellos, que se aumentaban a medida que pasaban los días (más de 70 jefes y oficiales, y unos 1.200 de tropa), afirma:

"Todos fueron tratados con humanidad, sin que ni uno solo fuese destinado a la muerte. Por más que quiera el mentiroso Rosas oscurecer la generosidad con que se ha correspondido a sus bárbaros asesinatos, no podrá conseguirlo. A pesar de que estaban aún frescos los atroces asesinatos

de Pago Largo, no hubo venganzas fuera del campo de batalla, no hubo malos tratos ni hubo insultos. Protesto por mi honor que no se derramó una sola gota de sangre de los prisioneros”.

(Entre ellos se encontraba Martín José Ruiz Moreno, capitán del Regimiento de caballería *Restauradores* —tatarabuelo de quien esto escribe—, cuya libertad a poco obtuvo su hermano pidiéndola al general Paz. Este fue uno de los muchos casos en que los miembros de una misma familia combatieron en filas contrarias).

En cuanto al nuevo alistado en el campo liberal contra el Dictador Rosas, el Gobernador López de Santa Fe, se veía forzado, por su escasez de recursos de todo tipo para formar un Ejército, a demorar su cooperación. El 2 de diciembre el general Paz informaba a Ferré:

Ruiz Moreno me pide municiones, y soy de parecer que se le manden 5 o 6.000 cartuchos para lo que precise, y para más los seis cuñetes de pólvora que manda. Pide también lanzas, y es fácil complacerlo.

Tampoco podía López abrir su campaña contando con la única asistencia de este jefe. Por eso recibió con suma complacencia el ofrecimiento de Ferré de mandarle los santafecinos llegados por el Chaco: “*Son bien pocos, pero pudiera ser que los jefes y oficiales le fueran útiles*”. Indicaba entre ellos a los tenientes coroneles Oroño y Aldao y “un pequeño escuadrón”. El primero de éstos ofrecía la dificultad de que en 1838 fuera de los más decididos sostenedores del Gobernador Domingo Cullen contra la rebelión encabezada por el propio general Juan Pablo López para deponerlo del mando, y posteriormente su adversario a órdenes de Lavalle. Aunque *Mascarilla* aseguró una y otra vez que por su parte “está absolutamente olvidado todo lo anterior”; y bajo esta confianza Santiago Oroño se presentó en Santa Fe en los últimos días de diciembre, acompañado del coronel Salas, oficiales y algunos soldados, cuando desde Corrientes se enviaron los reducidos auxilios ofrecidos para abastecer al incipiente Ejército Santafecino de equipos militares (que sólo consistieron en 3.000 tiros, disculpándose el general Paz por necesitar los demás para sus propias operaciones).

La ocupación de la ciudad de Paraná, que López se ofreciera a efectuar, no pudo ser llevada a cabo por dicha razón. Ruiz Moreno escribió a Paz el 10 de diciembre:

Le aseguro, General, que solamente consideraciones imprescindibles de circunstancias harto serias de que no ha podido salir aquel señor, han podido detenerlo, conociendo las ventajas de obrar primero. Su escasez de elementos y de compañeros ha sido motivo no poco justo para haberse detenido hasta hacerse de tan esenciales cosas.

Este Coronel transmitía al general Paz su convencimiento de la necesidad de proceder activamente “hoy más que nunca”, agregando de su cuenta:

Conociendo las grandes ventajas que nos promete a nosotros muy particularmente la toma de la Bajada [Paraná] para ponernos en estado de

hacer una guerra venturosa y sin peligro, hace tiempo que le he manifestado al señor López mi opinión decidida por este paso, cuando se efectúa la marcha de su Ejército sobre Entre Ríos.

Lo último señalado era crucial: sin una ofensiva de Corrientes que dividiera la atención de los federales, López no podía asaltar la capital enemiga. Su carencia de artillería era absoluta, y contra lo que se creía en el Ejército de Reserva, Echagüe contaba allí con una guarnición de al menos 600 hombres.

El problema era que los vencedores de Caá-guazú estaban detenidos por completo, a causa de la falta de caballada para moverse.

Para desesperación de José María Paz, ese elemento esencial para la guerra no le llegaba en la cantidad precisada, pese a sus repetidas y angustiosas instancias. El mandatario hizo lo que pudo para satisfacerlas, distribuyendo una circular a los comandantes de los Departamentos del sur de la Provincia para que todos los hacendados pusieran a disposición de la autoridad, sin excepción, todos los equinos útiles. Sin esperarlos, imbuido de lo perentorio de su avance, el general Paz decidió moverse hacia Entre Ríos con lo que poseía mientras las caballadas lo alcanzaban. El Ejército de Reserva se “arrastró” [sic] por Divisiones, adelantado una vanguardia a órdenes del general Ángel Núñez. Otro elemento de preocupación fue el aumento de desertores. Para adoptar medidas en uno y otro caso, el Gobernador Ferré dejó la capital para conferenciar con Paz.

Pero antes de aludir a este encuentro, no debe dejarse de considerar el criterio de que ambos estaban imbuidos, el cual incidió decisivamente en las operaciones que siguieron: la desconfianza había nacido entre ellos. Esta cuestión radicaba en una diferente concepción de la finalidad de la lucha, que dominaba las actitudes. Para el general Paz la victoria de Caá-guazú permitía comenzar la ofensiva que pondría fin a la Dictadura; mientras que para el Gobernador Ferré la seguridad de la Provincia de Corrientes era el valor a que ante todo debía atenderse. Se cuenta con los testimonios de los dos para conocer su pensamiento íntimo, con la amplitud que la importancia del tema requiere.

Escribió Pedro Ferré acerca de Paz:

“Después de un triunfo como el de Caá-Guazú parece que los correntinos se harían más dignos de ser considerados, pero sucedió lo contrario. La impolítica de la mayor parte de los jefes y oficiales foráneos empezó a ultrajarlos, y el disgusto se hizo luego trascender por la desertión. El General, en medio del orgullo que su reciente triunfo fomentaba, y cuando le habían hecho creer sus adulones y espías que tenía en el Ejército más opinión que el Gobernador, conoció la necesidad de mi presencia en el Ejército, porque la suya no era bastante para seguir sus operaciones militares”.

Eran dos caracteres susceptibles. He aquí la versión del general Paz:

“El Gobernador de Corrientes y el pueblo, locos de contentos, se entregaban a las diversiones y festejos de la victoria, sin recordar que para completarla era preciso emplear actividad y una suma quizá última de esfuerzos. Ferré, ya pensando en la omnipotencia de Corrientes, juzgaba muy

subalterno lo que faltaba que hacer, y graduaba mis pedidos de exagerados caprichos, y lo que es peor, por detalles de una ambición prematura”.

Un tema flotaba sobre el espíritu de los correntinos, que no deja de señalar Ferré como escollo para un buen entendimiento: “Fui instruido de que uno de los motivos de la desertión era el temor de que se hiciese con ellos lo que Lavalle había hecho con sus hermanos”. Paz acota:

“La pasada del Paraná era para los correntinos un fantasma aterrador, y el modo casi mágico con que el general Lavalle los transportó a la margen derecha de aquel río, sin poderlo evitar ellos, mortificaba su amor propio. Ahora era imposible repetir aquella operación por los mismos medios, pues tomaban en su ignorancia, precauciones excesivas y hasta ridículas: la principal era mantener en alarma continua al soldado, ponderar los sufrimientos de los que siguieron al Ejército Libertador, e inspirar desconfianza en el General en Jefe y en todos los que no eran correntinos”.

Ferré y Paz se encontraron el 22 de diciembre en Curuzú Cuatiá, “en circunstancias que la desmoralización iba en aumento —escribe Ferré—, pero todo se remedió con mi llegada”. Cesó la desertión y retornaron los ausentes, “y se consiguió una decisión completa en el Ejército”, asienta ufano en su *Memoria*, “quedando su General muy satisfecho”. Uno de los motivos de tranquilidad para la tropa fue la reunión que convocó el mandatario para persuadirlos de que no debían temer que se cruzara el río Paraná contra sus órdenes, pues su entendimiento con Paz era completo. Como les habló en guaraní, el general Paz abrigó desconfianzas sobre el tenor de sus palabras, aunque Pedro Ferré indica que varios jefes que lo entendían asistieron a la convocatoria, mencionando entre ellos al coronel Federico Báez, nacido en Paraguay. Lo fundamental fue que el Gobernador se comprometió a acelerar el envío de caballos.

Lo que inquietaba sobremanera al general José María Paz era la circunstancia de que en Entre Ríos existían tropas en aptitud combatiente. Tal era la División que mandaba el general Justo J. de Urquiza, que no había asistido a la batalla de Caá-guazú y que se hallaba intacta sobre la costa del Uruguay. Temía Paz que Rosas la reforzase haciendo pasar auxilios por el sur de la Provincia.

Por ello, luego de que Ferré volviera a la capital reanudó su marcha Paz con el Ejército Correntino hacia el río Mocoretá, límite con la Provincia enemiga, “casi arrastrándome” —Paz repite el término— para adelantar camino hasta que le llegara lo prometido. Pero en el paso del Cerrito sobre dicho río, debió detenerse muchos días por falta de movilidad. EL 27 de diciembre tuvo lugar una reunión con sus jefes para considerar el estado de sus medios de movilidad. Eran ellos el coronel Indalecio Chenaut, jefe del Estado Mayor, teniente coronel Antonio Borda (2ª División), coronel Faustino Velasco (3ª División), coronel Federico Báez (4ª División), general Juan Apóstol Martínez, llegado de Montevideo (5ª División), teniente coronel Carlos Paz (escuadrón de artillería), teniente coronel Manuel Antonio Ocampos (escolta del General), y la asistencia del doctor Santiago Derqui (auditor de Guerra). Las con-

clusiones resultaron trágicas: los caballos usados en la marcha fueron los empleados en la batalla y persecución posterior, por lo cual estaban en “malísimo estado”, y los recibidos después de los Departamentos correntinos eran en menor número que los necesitados. Faltaban 1.344 caballos para que hubiesen 2 por hombre, y en el territorio enemigo no se encontrarían hasta llegar a Nogoyá, en el centro de Entre Ríos. Preguntados aquellos jefes por el general Paz si “el Ejército por su movilidad se hallaba en estado de dar una batalla”, opinaron que no. Se levantó un acta de la reunión, que finalizó con esta declaración:

Todos convinieron en que no podía hacerse más de lo que se hacía, pues ni el medio penoso de hacer a pié con todo el Ejército algunas partes de las marchas, se había omitido.

El general Paz dirigió en la misma fecha una nota oficial al Gobernador de la Provincia exponiéndole la situación, dejando constancia que detenía sus operaciones hasta tener los medios para proseguirla, y pronosticando que la paralización del Ejército llevaría aparejada su disolución. Al día siguiente (30 de diciembre de 1841) insistió Paz mediante largo oficio. Ferré le contestó el 6 de enero convencido de la situación, pero aduciendo que los comandantes de los Departamentos habían cumplido las órdenes de reunión y remisión de caballos, y que no quedaban “absolutamente” en Corrientes en el estado que se necesitaban. Sin embargo, se redoblaron los medios para conseguir este indispensable recurso.

Aumentaba las preocupaciones la situación de la Provincia de Santa Fe, presumiendo el general Paz que Rosas pudiese “hacer un gran esfuerzo” para anonadarla antes de que las fuerzas correntinas pudiesen ayudarla; y transmitía a Ferré que lo hubiera hecho sin la demora de recibir caballos, “promesa que no ha estado en mis manos cumplir”, comentó al mandatario.

En este último territorio, a pesar de su carencia de artículos de guerra, el Gobernador Juan Pablo López no había dejado de actuar. Hecho público el pronunciamiento santafecino contra la Dictadura en diciembre, sus reducidas huestes comenzaron a hostigar a los “federales”, cuya presencia era doble: en la frontera cordobesa, en Cruz Alta, y sobre el arroyo del Medio, en la portaña Ramallo, existían tropas rosistas, temiendo López un ataque por varios puntos, por lo que pedía a su colega correntino “haga un esfuerzo y me remita a la mayor brevedad que sea dable las carabinas o sables que le fuere posible, pues que por falta de esta arma no tengo más que unos pocos tiradores en cada una de las fuerzas”.

Con todo, el 25 de aquel mes participó a Ferré: “Por los adjuntos impresos será Ud. impuesto que ya estoy en la palestra y he abierto mis operaciones contra el común enemigo de nuestra desgraciada Patria”. El 5 de enero —comunicaba Ferré a Paz— el cuerpo de que podía disponer Santa Fe “ha tenido una fuerte guerrilla con una fuerza de Rosas que trató de sorprender otra del señor López: ésta derrotó a los rosines, les mataron algunos y tomaron 16 prisioneros y 20 caballos”. Las operaciones ofensivas de Juan Pablo López fueron detalladas al general Paz por el Gobernador de Corrientes (6 de enero), de acuerdo a lo que se le informara:

Que el coronel José Manuel Salas con la fuerza que llevó de ésta había marchado a convulsionar la campaña del oeste de Córdoba, donde contaba con grandes simpatías; que el teniente coronel don Santiago Oroño con la gente que llevó de aquí, otra que le dio el señor López y 1.000 indios, había marchado a las órdenes del coronel don José Ramón Ruiz Moreno a ejecutar una maniobra y destruir una fuerza del degollador que tenía sobre el arroyo del Medio.

En Corrientes se exageraba el poder del Gobierno santafecino, pero no para insuflar entusiasmo, sino porque sus autoridades creían en datos erróneos transmitidos por algunos enviados: *"Tiene el señor López una inmensa caballada gorda y hermosa. Calcula Villegas que Santa Fe tendrá al menos 2 a 3.000 hombres y como 1.000 indios"*, agregaba Pedro Ferré con absoluta falta de realidad. Ese oficial de la reducida Marina de Corrientes difundió sus fantásticas versiones, que también el doctor Derqui hacía saber al general Paz: *"Villegas pondera la multitud de gentes que hay en Santa Fe y que todos quieren pelear contra Rosas; que el señor López tiene una inmensa caballada gorda de la que dejó Lavalle, pero que carece de armas y de hombres capaces"*. Empero, la acción del Gobernador López proseguía dentro de los estrechos márgenes que su carencia de tropas y elementos le permitía, tal cual difundía el periódico *El Nacional Correntino* que ocurrió a mediados de enero de 1842:

La escuadrilla de Santa Fe, al mando del coronel don José Ramón Ruiz Moreno, asaltó en la noche del 17 del presente el puerto de la Bajada del Paraná, y sacó de él 9 buques mercantes que solicitaban licencia para arriba y 2 para abajo. Después de sacados, el señor López los hizo seguir a sus destinos.

En la Provincia de Entre Ríos había ocurrido un hecho que se proyectará con importancia fundamental en el futuro.

El mandato gubernativo del general Pascual de Echagüe —comenzado en 1832 y reelecto cuatro años después— estaba por finalizar. De no ser por su derrota en Caá-guazú la Legislatura provincial lo hubiese renovado, según costumbre "patriarcal" entonces vigente; pero habiendo resultado desgraciado en la batalla, surgió para reemplazarlo el nombre del general Urquiza. Este último, Comandante General de los Departamentos de la costa del Uruguay, otro sincero amigo de Echagüe, había crecido en prestigio, y en los últimos tiempos fue crítico de la actividad militar desarrollada por el mandatario, lo que los indispuso. El caso es que los Diputados entrerrianos eligieron el 15 de diciembre de 1841 a Justo J. de Urquiza para suceder a aquel, y al comunicarle su designación la Legislatura le previno que no ofreciera el acostumbrado rechazo, *"porque ella está resuelta a no admitirle renuncia"*. La situación era demasiado grave, y el general Urquiza aceptó consciente de ella, como lo manifestó en una proclama: *"Nadie ha sido colocado al frente de la Provincia en circunstancias más difíciles. El mando, desnudo de cuanto halaga, sólo me presenta sus azares"*. Imposibilitado por sus atenciones militares de concurrir a Paraná para prestar el juramento de práctica, la Cámara destacó una comisión de Diputados a fin de recibirlo, lo que se efectuó en su campamento en las puntas del arroyo Grande. El Dictador porteño comunicó el hecho al ge-

neral Oribe, al igual que haberle acordado el permiso de rigor: *"Lo he reconocido con la benevolencia fraternal que corresponde"*.

Para acrecentar el peligro que amenazaba a Entre Ríos, el 14 de enero de 1842 el Presidente Rivera hizo saber al Gobernador Ferré:

El Ejército Oriental ha pasado el Uruguay para deponer al Gobernador de Entre Ríos y asegurar la quietud pública de los Estados vecinos, colocando en su lugar una nueva Administración que sirva de garantía a todos los pueblos.

¡A buena hora!...

Para esta época el Ejército mandado por Paz había vuelto a emprender la ofensiva, invadiendo Entre Ríos. Así se lo anunciaba éste al Gobernador de Corrientes el 10 de enero:

Mañana me muevo sin falta con el Ejército, llevando a nuestros soldados montados regularmente. Va a 2 caballos por hombre, y además un repuesto con que iremos llenando los vacíos que nos dejan las marchas, y más que nuestras marchas, nuestras pésimas monturas, que destruyen los lomos. Han venido las caballadas de todos los Departamentos, y por esta vez diré que los Comandantes han hecho más que antes, pues aunque los caballos no estén enteramente gordos, están servibles.

La presencia del Ejército del vecino Estado no dejó de plantear un problema relativo a la conducción de la guerra, en virtud de los convenios suscritos, mediante los cuales se la había confiado al general Rivera para dirigir la campaña, sin haber contribuido a su éxito. Un mes atrás el general Paz había tenido la precaución de solicitar oficialmente al Gobernador de Corrientes el carácter en que debía considerar a su persona. Ferré le contestó que habiendo el Presidente oriental declarado en agosto —a causa del recibimiento en el Ejército de Corrientes al general Ángel Núñez, sin haber requerido y obtenido permiso para hacerlo, cuando revistaba en el Ejército Oriental— *"cesado, destruido y como no celebrado el tratado de alianza del 31 de diciembre de 1838, y en libertad ambos Gobiernos para obrar según y como viese convenir a sus intereses"*, por tanto instruía al general Paz que

si el señor Presidente quiere unir sus esfuerzos a los del Ejército del mando de V.E. para defender su propia causa, sólo podrá considerarlo como un auxiliar y de ningún modo Director de la Guerra, ni con derecho a intervenir en la política de ella en el territorio argentino.

Esta categórica declaración tuvo su consecuencia cuando Rivera invadió Entre Ríos, circunstancia en la cual el Gobernador Ferré le escribió a éste reprochándole en términos cortantes que había

dejado pasar la oportunidad de destruir de un solo golpe la tiranía que se enseñoreaba en la Provincia de Entre Ríos: no ha podido prever que V.E. pasase el Uruguay después del glorioso suceso de Caá-guazú.

No obstante que aquel no le participó la condición en que lo había efectuado, "considerando al Estado Oriental un amigo y aliado natural, no le es dado rehusar sus poderosos auxilios".

Si el Presidente Rivera abrigó la intención de posesionarse de la capital entrerriana y allí tomar sus medidas, su cálculo le resultó fallido, porque antes que él llegó a Paraná el Ejército mandado por Paz, habiendo su vanguardia, a cargo del general Vicente Ramírez, ingresado a ella el 30 de enero de 1842 sin resistencia alguna. Los principales funcionarios la abandonaron días antes. Es que el descalabro sufrido por el Ejército Federal Entrerriano en la batalla había resultado decisivo: tan sólo se libró de la derrota la División comandada por el nuevo Gobernador de la Provincia, estacionado entre Concordia y Colón, quien debió enfrentar la doble amenaza que significaban las tropas correntinas desde el norte, y las orientales por el este. El general Urquiza no estaba en capacidad de enfrentar a ninguno de ambos ejércitos, y maniobró para eludir su ataque, retirándose con habilidad hacia el sur. Logró eludir una columna de 1.000 hombres de caballería y 100 infantes que su enemigo el general Paz destacó contra él bajo el mando del general Ángel Núñez y del coronel Faustino Velasco. No dejó Paz de tributarle este homenaje de admiración:

"Urquiza manifestó en esta crítica situación, actividad y energía. Verdad es que no ofreció combates, que no disputó el terreno sino muy débilmente, mas sin embargo la actitud que tomó por sí solo tenía su mérito, pues que se le venían encima fuerzas muy superiores y triunfantes".

Pudo zafar del envolvimiento que lo amenazaba, y logró refugiarse en la localidad de Tonelero, cerca de la ciudad porteña de San Nicolás.

Cuando entró el propio Paz a la ciudad de Paraná, fue agasajado por la Legislatura entrerriana, que no fue removida, la cual, ante la acefalía provincial, nombró como nuevo mandatario al antiguo mayor Pedro Pablo Seguí, con la conformidad del Generalísimo, a quien se informó que éste gozaba de la confianza de Gobernador Ferré.

Su designación agravó, hasta derivar en una crisis, el problema planteado por la entrada en escena del Ejército Oriental, puesto que habiéndose dirigido el Presidente Rivera a Seguí para acordar las medidas de la guerra "y la política" en Entre Ríos, el flamante mandatario, si bien se congratuló por la cooperación en la lucha contra el enemigo común, tuvo bien en cuenta el afán ya transmitido, de "colocar una nueva Administración" en la Provincia. Ante ello le hizo presente sin ambigüedades el 14 de febrero:

Una intervención en la política interior de esta Provincia, y mucho más de la Nación, es tan extraña a un jefe extranjero, como irreclamable por V.E. y aún por el Gobierno de quien depende.

La postura del mayor Seguí fue terminante:

Semejante intervención, sobre ser innecesaria, atacaría la dignidad del nombre argentino y los derechos de esta Nación. Sería un acto sin ejemplo en la República y un crimen de traición en el Gobierno que consintiera en ella.

El tajante rechazo y la suposición en que se basaba, indignó a Rivera:

Es el colmo de la extravagancia y de la suspicacia mas refinada, el suponer en el infrascripto planes hostiles contra la independencia y libertades de esta Provincia y de la República Argentina, atribuyéndole intenciones de intervenir en el arreglo de los Gobiernos de ésta y de aquella.

Explicó que tenía el derecho de conocer la "naturaleza y forma del Gobierno" de una Provincia que constantemente había perturbado la paz del Estado Oriental; y bajo la impresión desagradable que lo dominaba, dispuso reconcentrar sus tropas sobre el río Uruguay, sin unir las a las de Paz, reservándose el derecho de proseguir las hostilidades contra las fuerzas de Rosas "del modo que lo crea conveniente".

Es el momento de considerar la participación que cabía al otro aliado de Corrientes: el Gobernador de Santa Fe.

4

Como se sabe, el general Juan Pablo López no contaba con elementos de guerra suficientes como para emprender acciones de envergadura: carecía de tropas, de caballería, de armas, y hasta de oficiales competentes. Esa falta de recursos había obstado la ocupación de Paraná, donde se encontraban —hasta la llegada del Ejército Correntino— unos 600 hombres a órdenes de los generales Echagüe —el ex mandatario—, el Gobernador Delegado, general Vicente Zapata, y su Ministro don Cipriano J. de Urquiza. Por lo expuesto, los dos únicos jefes superiores a órdenes de López, coroneles Ruiz Moreno y Salas, se limitaban a efectuar incursiones contra los custodios "federales" en las fronteras de Buenos Aires y de Córdoba, de donde ambos eran respectivamente oriundos, con las milicias disponibles, para mantenerlos alejados.

El Gobernador López no cesaba de reclamar a Ferré y a Paz los recursos que le eran indispensables. Sus pedidos eran incesantes, y no le faltaba razón, pues el general Manuel Oribe, liberado de sus enemigos en el Norte, retornaría inmediatamente para eliminar este otro foco de resistencia a la política del Dictador porteño. Además de su nutrida correspondencia, López despachó otra vez al coronel Ruiz Moreno ante Paz para describirle sus medidas de guerra "y penetrarlo de mis necesidades en el ramo de armamento". Fue su solicitud concreta el envío de una fuerza de 500 o 600 hombres: "me son muy necesarios para mandarlos inmediatamente sobre el arroyo del Medio". Por último:

Estoy en indigencia de carabinas y sables, y desearía me proporcionase algún número de estas armas, como otras cosas que verbalmente manifestaré a Ud. el coronel Ruiz Moreno, quien le orientará de todo.

Concluía el mandatario santafecino en indicar a su nuevo aliado que al día siguiente marcharía el coronel Salas con 200 hombres para obrar sobre El Tío. Es el caso de llamar la atención sobre las numerosas inexactitudes en que

incurrió el general Paz en sus *Memorias* al describir estos sucesos, contradiciendo la documentación contemporánea obrante en su propio archivo.

Un ejemplo elocuente de lo dicho se tiene en la descripción de la entrevista que hace en sus *Memorias* de su conversación con Ruiz Moreno, al presentarse éste en Paraná:

“Desde sus primeras palabras ya ensartó una cáfila de pedidos, entre los que era el más notable la remisión de una División de 800 o 1.000 hombres, a la que colocaría a vanguardia durante una excursión que pensaba hacer López sobre la frontera de Buenos Aires; detrás de esta pretensión venía el pedido de armas, etc.”

Si esto era natural, dado el estado militar de Santa Fe, no lo es cuando agrega:

“Cuando quise entrar en el plan que debíamos proponernos para las futuras pero próximas operaciones de la campaña, nada encontré de sustancia, y me convencí de que nada habían pensado a este respecto”.

Y es evidente que sin saber con qué recursos podía contar, el general Juan Pablo López no estaba en condiciones de planear operaciones de envergadura: él carecía de lo indispensable. Debe tenerse en cuenta que con anterioridad (6 de noviembre) Paz había propuesto al Gobernador Ferré que cruzaran el río Paraná 2.000 efectivos, siendo que lo hicieron en escaso número los que así desearon, como Salas y Santiago Oroño. Y es de advertir que constantemente Paz reconoció en sus cartas y oficios la urgente necesidad en que se hallaba López de los auxilios por los cuales clamaba, y que achacó a Ferré el abandono en que sumió a aquel, como se comprobará más adelante.

El coronel Salas escribió directamente al general Paz desde Santa Fe antes de operar sobre el sur cordobés,

suplicándole me proporcione 20 gorras para oficiales y todas las que pueda para tropa, y vestuarios todos los que pueda, y algunos sables. Tengo varios oficiales cordobeses presentados voluntariamente y todos están desnudos y sin tener una sola arma. Esta Provincia aunque quiera no tiene cómo atender a tan urgentes necesidades. Yo estoy acostumbrado a sufrir: sólo le pido un sable y nada más.

En cambio, el Gobernador de Buenos Aires, que ostentaba el rango de “General en Jefe del Ejército Unido de la Confederación contra los salvajes unitarios”, contaba con diversos efectivos situados sobre las fronteras santafecinas. En Ramallo (Buenos Aires) se hallaba estacionada una División al mando del teniente coronel Martín Hidalgo, adelantada a otra de refuerzo que en San Nicolás dirigía el general Pascual de Echagüe junto con el coronel Manuel de la Bárcena, y en la frontera de Córdoba la comandada por el teniente coronel Pedro Lorea. El 1º de enero de 1842 Rosas escribió al general Oribe indicándole que ante el pronunciamiento de Juan Pablo López, suspendía las remesas de reses para el Ejército “de Vanguardia” puesto a sus órdenes, lo que era una medida deseada en Corrientes para incomunicar y debilitar a sus

enemigos del Interior. Y haciendo un juego de palabras con el mote aplicado a López, Rosas participó a Oribe las operaciones que había iniciado el gobernante santafecino con fortuna:

Quitándose del todo la máscara, mandó robar 300 caballos de la División de reserva que estaba en los confines de esta Provincia al mando del teniente coronel don Martín Hidalgo, saquear algunas estancias limítrofes, atacar la fuerza al mando del teniente coronel Lorea que estaba por Cruz Alta, y desarmar las partidas que iban y venían conduciendo reses, quitándoles los caballos y ganados.

El coronel Salas capturó al comandante de El Tío; de su lado los tenientes coroneles Oroño y Bernardo Henestrosa sostuvieron choques con partidas rosistas, causándoles bajas y capturando sus equipos.

Ese mismo día, primero del año 42, el general Juan Manuel de Rosas ordenó a sus subordinados, los generales Oribe y Pacheco, que retornasen del Norte y marcharan para someter a Santa Fe. Indicaba al “Presidente legal” del Estado Oriental y su solícito subordinado: “Puede Ud. ya regresar con el Ejército de su mando, por no tener objeto por esa parte”. Luego sería destinado contra el Ejército correntino que respondía al general Paz. Igual advertencia cursó a Pacheco:

Tú debes hacer lo mismo con ese Cuerpo de dicho Ejército que mandas. Pero es necesario que arranques de esa Provincia de Mendoza con el Ejército de tu mando, muy bien montados los cuerpos en caballos gordos, y que traigas también los necesarios para proveer a los cuerpos que vienen con el señor general Oribe.

La angustia del Gobernador López estaba justificada, y asimismo Paz conocía la necesidad de cruzar el río Paraná y enfrentar a sus adversarios en territorio santafecino, preservando a Corrientes de una nueva invasión, librándola de ser el teatro de la guerra.

Mas como se advirtió, si para el general Paz la batalla de Caá-guazú era el inicio de la campaña final contra el tirano porteño, que debía concluir en Buenos Aires, en cambio para el Gobernador Ferré la seguridad de su Provincia, una vez alcanzada, le otorgaba una confianza engañosa respecto a la tranquilidad de los correntinos. Sobre este eje girarán los acontecimientos que siguieron, teñidos por la desconfianza entre ambos de que ya se ha dado cuenta.

Con la finalidad de ponerse de acuerdo los aliados, y cada uno de ellos para aclarar sus respectivas situaciones, se reunieron los Gobernadores de Corrientes y de Santa Fe y el general Paz en la ciudad de Paraná, en los últimos días de febrero de 1842. Su falta de coordinación surgió de inmediato.

El general Juan Pablo López, que no había recibido elementos para la guerra, salvo en mínima cantidad, estaba obsesionado por el inminente peligro que corría su Provincia, de ser atacada simultáneamente por Oribe desde Córdoba y por Echagüe desde Buenos Aires. Su angustia no era desconocida, to-

da vez que el agente de Corrientes en Montevideo, don Julián de Paz (hermano del General) había escrito el 8 del mismo mes:

Según las noticias traídas por un buque de Buenos Aires, Echagüe se movía con una fuerza de 5.000 hombres sobre aquella Provincia, llevando a vanguardia a los famosos Santa Coloma y Bárcena.

La celebridad que precedía a estos dos jefes federales era la ferocidad de sus actitudes para con sus enemigos. El Gobernador de Santa Fe urgía, pues, que cruzara el río el Ejército vencedor en Caá-guazú —ahora libre de enemigos el territorio de Entre Ríos—, según los ofrecimientos que recibiera, lo que confirma el general Paz en sus *Memorias*:

“Para persuadir [Ferré] al Gobernador López de Santa Fe a que hiciera cuanto antes su pronunciamiento contra Rosas, le prodigó promesas de auxiliarlo con todas las fuerzas de Corrientes cuando llegase el caso inevitable de ser atacado. Posteriormente cuando en los días que precedieron a la batalla de Caá-guazú se hizo el tratado de alianza con Santa Fe, yo mismo a nombre de la Provincia de Corrientes renové los mismos ofrecimientos, añadiendo que pasaría el Ejército el Paraná en su auxilio”.

No había ocurrido esto, y se enviaron a López en insuficiente proporción medios para obrar. Mas para paliar su propia responsabilidad, Paz repitió en sus *Memorias* que cuando López se trasladó personalmente a Paraná para conferenciar con él, lo dejó en la ignorancia de “qué fuerzas, qué clase de tropas, qué elementos de guerra, qué planes o miras y dificultades tenía”. Su afirmación no es creíble, y está contradicha por documentos contemporáneos de su mismo archivo y del que perteneció a Ferré, en forma sobreabundante y algunos de los cuales se transcribieron. Pero Paz insiste: “Todo su empeño consistía en sacar armas, municiones, vestuarios, y sobre todo caballos, sin perjuicio de algún dinero u otra cualesquiera cosa”. ¡Es que carecía de todo! Buen ejemplo de la precaución con que deben tomarse las versiones autobiográficas, sin por ello desecharlas en absoluto, que para eso existe el análisis de los testimonios del pasado efectuado con criterio y cotejo de otras fuentes.

Nada positivo, en síntesis, obtuvo el desvalido *Mascarilla*, y se volvió a Santa Fe sin ninguna novedad favorable.

Tan grave, o más aún —porque afectaba a todos—, es que Paz había chocado con Ferré, con consecuencias que perjudicaban seriamente al conjunto liberal.

La reunión de estos dos personajes se efectuó con la característica de “resentirse de frialdad”, comenta Paz, quien se consideró reducido “al rol de un simple oficial subalterno” por el Gobernador que le había confiado su Ejército de Reserva. Es que Ferré se presentaba imbuido de profundas desconfianzas hacia el conocido espíritu ofensivo de su Comandante, y temía ver esfumarse de su control a las fuerzas que había levantado. Por tal causa rechazó una y otra vez el proyecto de unificar la conducción de la guerra contra Rosas —presentado en dos oportunidades—, obsesionándolo el recuerdo de la operación con la cual el general Lavalle en 1840 había privado a Corrientes

de su defensa; y sus prevenciones fueron con antelación impartidas a sus compatriotas luego de su triunfo: —*No debían temer les hiciera [Paz] pasar el Paraná contra mis órdenes y sin hallarme yo presente.* Se sumaron a esta sospecha dos hechos de gran influencia: por una parte, una desertión agravada a medida que las marchas alejaban a la tropa de sus hogares, que el propio Gobernador calificó de “escandalosa”, y que sólo se contuvo en alguna medida con su presencia; y además, el estado de la caballada. Esto último fue el detonante de su actitud.

Debe remarcarse que el Litoral pasaba por una época de seca espantosa, sumada a una fuerte epidemia entre el ganado, que había disminuido las tropas en Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Ya se indicó que inmediatamente después de Caá-guazú comenzaron los inconvenientes que demoraron el avance hacia Entre Ríos, con gran preocupación del general Paz. Finalmente el Gobernador Ferré pudo remontar a la caballada y el inconveniente se superó. Así las cosas, poco más de dos meses después, en Paraná, Ferré fue informado que el Ejército de su Provincia contaba con sólo 5.000 entre los de servicio y reserva, “la mitad medianamente útiles y la otra enteramente inservibles”. En su *Memoria* el gobernante correntino se desahoga: “Fue aquel uno de los momentos más mortificantes que he padecido en mi carrera pública”. Calculaba que de Corrientes se habían sacado 16.000 equinos, más los que se habían tomado en Entre Ríos, y su enojo no tuvo límites:

“Maldije hasta el triunfo de Caá-guazú, que más bien parecía la campana que había tocado nuestra agonía en Paraná, donde ya observaba desavenencias hasta en lo más mínimo”.

Resulta claramente que la confianza se había perdido entre el jefe político y el militar, *el simple oficial subalterno*, que incluso él había querido excluir de sus conversaciones con Juan Pablo López, considerando que sólo debían reducirse a los Gobernadores. Ferré no dejó de hallar un responsable a la pésima capacidad de movilidad de sus tropas: “Nunca disculparé al general Paz el no haberme dado cuenta del mal estado del Ejército en este ramo principal para la guerra”.

Halló el mandatario de Corrientes otro factor para acrecentar su suspicacia: creyó que Juan Pablo López estaba en un entendimiento secreto con el general Rivera “por conducto del coronel don Ramón Ruiz Moreno, de lo que nada me había presumido”. Esto no era cierto, pero ofrece la medida de su ánimo predispuesto a encontrar maniobras en su contra. Cuando se trató el tema de la ayuda a Santa Fe, para lo cual era imprescindible que atravesaran el río el Ejército Correntino, Ferré sólo consintió en disponer esa medida —escribió él mismo en su *Memoria*— “si no es después que lo haya verificado el de Entre Ríos, y después que las fuerzas orientales del general don Fructuoso Rivera hayan pasado a la margen izquierda del río Uruguay”. Se trataba de un mero pretexto para escapar al compromiso asumido, desde que en Entre Ríos no existía formada ninguna fuerza militar que respondiera a la causa liberal, y la desocupación de esa Provincia por los orientales no era dable exigirla para no perder completamente su colaboración futura. A Santa Fe envió en ese tiempo 300 cabalgaduras.

Mal comienzo para sacar ventajas del triunfo militar logrado un par de meses antes. Las desavenencias amenazaban con esterilizar la victoria, como lo ponía de resalto desde Montevideo el doctor Valentín Alsina, primo de Pedro Ferré (cuya madre era una Alsina), en carta en que le reflexionaba:

Una de las grandes ventajas que Rosas nos ha llevado siempre es la unidad de acción; y nosotros, en vez de concentrar la nuestra, la dividimos, y lo que es peor, cargándonos con la eterna nota de discolos e ineptos.

Así había ocurrido con Lavalle y La Madrid, y se repetía esta característica sin atender a lo sucedido en el Interior. El doctor Alsina transmitía a Ferré los ecos de la capital oriental, que presentaban como perdida a la causa antes vencedora, formulando atinados comentarios sobre la campaña militar:

Si es cierto, como se nos dice, que el contingente de Corrientes es de sólo 2.000 hombres, no ha de pasar el Paraná hasta después de hacerlo el de Entre Ríos; quiere decir que no obstante el tratado se abandonará a Santa Fe. Ésta sucumbirá maldiciéndole bajo todas las fuerzas de Rosas, y entonces hay que renunciar a la idea de derribar al Tirano, y ceñirse a defender a Entre Ríos; lo cual a la larga tampoco será posible, y el último resultado vendrá a ser la invasión definitiva y formidable a Corrientes, que no será ya defendida por un General como Paz. Además de que López, que pone cuanto tiene, no puede mirar sin disgusto el que hoy recién salgan sus aliados pretendiendo contribuir con algo solamente, y no con cuanto pueden.

Un hecho inusitado complicó la situación en el campo liberal. Para escapar a la sujeción de Ferré, el general Paz ideó y obtuvo de la Legislatura de Entre Ríos la remoción del Gobernador Seguí y la sustitución por él mismo (12 de marzo de 1842). De esta forma ya dejaba de ser subordinado de aquel, convirtiéndose en un igual. Ferré no ocultó su enojo, y sustituyó a Paz por el general Vicente Ramírez al frente del Ejército Correntino. Muchos jefes y oficiales que formaban en éste y no eran oriundos de esa Provincia, pidieron su separación para incorporarse a Paz en su nuevo destino. Entre ellos el general Juan Apóstol Martínez, aunque pasó a Santa Fe acompañado de algunos pocos soldados, para defender el suelo en donde había nacido: allí encontraría su trágico destino.

Por esos días el Gobernador Juan Pablo López volvió a insistir sobre su urgente necesidad de apoyo, como que su Provincia sería la primera en ser atacada por los Ejércitos Federales. A ese efecto libró el 26 de febrero sus instrucciones al nuevo enviado, don Urbano de Iriondo, cuyo artículo 1º le indicaba:

Deberá instruir como asunto de primera urgencia a los expresados Gobernadores que esta Provincia se halla amagada por distintos puntos por Ejércitos enemigos; lo crítica y peligrosa que es su situación, y por consecuencia la imperiosa necesidad que hay de que pasen tropas a esta banda para asegurar la capital, mientras las de la Provincia se disponen a invadir cuando convenga, o defenderse si fuera invadida; debiendo recabar la pasada de caballadas, ya por el superior estado de los campos, cuanto

porque luego no será fácil por la creciente o buques enemigos, por ser este artículo de primera y urgente necesidad.

El artículo 2º atendió a otro aspecto importante del momento que se vivía:

Procurará con el mayor empeño cortar las diferencias que desgraciadamente hay entre los referidos Gobernadores y el Presidente del Estado Oriental, para que éste coadyuve y coopere eficazmente al empeño en que nos hallamos.

Ciertamente, los recursos que el general Rivera podía prestar a Ferré y a Paz para destruir a los enemigos comunes, eran de la mayor entidad.

Iriondo partió el 12 de marzo hacia Paraná, llevando una comunicación oficial del mandatario santafecino dirigida a sus dos colegas de la Mesopotamia, reiterando otra vez su solicitud de "alguna fuerza" y armas y municiones para "salvar la Patria". La falta de elementos para defender Santa Fe — comunicaba el Gobernador López al general Paz — mitigaba la disposición de sus habitantes para defenderla. Al Gobernador de Corrientes se dirigió igualmente en términos angustiosos.

Nadie imaginaba lo que ocurrió el 22 de marzo en Paraná, y que desde la capital de Santa Fe participó Juan Pablo López al coronel Ruiz Moreno que se hallaba en su cuartel general, bajo la advertencia de *reservado*:

Ferré se fue con sus fuerzas, dejándonos abandonados, como al señor general Paz, faltando como hombre público a los tratados solemnes y sagrados que tenía celebrados con el Gobierno de la Provincia, y como caballero a su honor y compromisos.

5

En Buenos Aires la iniciativa para castigar la defección de *Mascarilla*, enfocando la reacción santafecina antes de que cobrara cuerpo, había iniciado por esos mismos días. Una columna rosista fuerte en 1.000 hombres derrotó a la avanzada santafecina dirigida por el mayor Santiago Cardozo, aunque el comandante militar de Rosario, teniente coronel Bernardo Henestrosa, pudo disponer un repliegue ordenado hasta San Lorenzo. De cualquier modo, las tropas porteñas quedaron en las inmediaciones del arroyo Saladillo, a las puertas de la primera población nombrada. Ensombreció el panorama el parte recibido por el Gobernador López, de que la División del general Pacheco que formaba parte del Ejército de Oribe en el Norte, se dirigía a Santa Fe desde el sur de Córdoba (Río Cuarto), compuesta por los regimientos de caballería de los coroneles Granada y Flores, y los batallones de infantería de los tenientes coroneles Costa y Domínguez. El periódico porteño *British Packet* confirmaba esta noticia.

Fue ese el momento en que el Gobernador Ferré eligió para hacer retrogradar al Ejército Correntino a su Provincia. Aunque procuró disculpar la medida con los argumentos que acto seguido se expondrán, en su *Memoria* con-

fiesa lo que quizá haya sido lo determinante de su actitud: "Ya conspiraban todos contra mí". El espíritu prevenido de Ferré obró para evitar la repetición, de lo sucedido luego de la derrota del Ejército Libertador en Sauce Grande. Pero la situación era diferente: dos años atrás quedó vencedor el Ejército Entrerriano, en condiciones de invadir Corrientes, mientras que ahora la Provincia de Entre Ríos estaba ocupada por los liberales, y las fuerzas federales escapadas de su derrota en Caá-guazú se encontraban refugiadas en suelo porteño en la desembocadura del río Paraná. Empero, Ferré trató de explicar su determinación aduciendo varios motivos: la ya advertida carencia de cabalgaduras y de equipos al iniciarse el invierno, la falta de simpatía por parte de los entrerrianos, y "la más grave" —según expresó tanto a Paz como a López mediante oficio del 22 de marzo— la desorganización completa del Ejército Correntino luego de la separación del general Paz y de los jefes y oficiales que lo quisieron acompañar en Entre Ríos. Antes de que su retirada pudiera verse impedida por las montoneras enemigas que comenzaban a hacerse sentir —adujo además Ferré—, quiso sacar a sus fuerzas para mantenerlas como reserva.

La estupefacción de Paz frente a esa medida, y su condena, fueron idénticas a las de López: calificó el paso del mandatario correntino en sus *Memorias* como "la falta más grave de toda su vida", dirigiéndole un oficio en severos términos dos días después de realizado, en el cual le endilgó que tal medida

deja entregada al sacrificio la valiente y decidida Provincia de Santa Fe, deja burladas las esperanzas de los argentinos libres que tan decidida y valientemente han contribuido a la salvación de Corrientes para salvar también la República, y condenado a una ruina inevitable al virtuoso pueblo que preside V.E.

Acusó el general Paz al Gobernador Ferré de que sería responsable "de la sangre que el Tirano derramará a torrentes, de la degradación y ruina de la República". Era aquel paso "un directo y formidable ataque físico y moral a la causa de la Libertad", y llegaba a imputarle que las razones de Ferré no eran reales.

No pasó mucho tiempo sin que el fúnebre pronóstico del general Paz se cumpliera, porque en el mes de abril recomenzaron las matanzas colectivas en Buenos Aires, como si el ánimo del Dictador Rosas, sobrecogido hasta entonces por el miedo de ser derrotado por la coalición del Litoral, se hubiera liberado de su opresión moral dando rienda libre a su alivio, traducido en actos semejantes a los de 1840.

Lo anotado venía precedido de señales inequívocas de que se cometerían nuevos crímenes: ya el 31 de marzo, cuando Rosas tuvo datos ciertos sobre la ruptura entre Ferré y Paz, en comunicación al general Urquiza le previno sobre la prudencia que debía emplear, aunque con esta salvedad:

No son comprendidos en esta doctrina los salvajes unitarios, porque respecto a ellos se distinguen los decretos de la Justicia Divina. Otro modo de proceder con semejantes bárbaros sería una manifiesta crueldad para con los hombres y para con los pueblos.

Similar advertencia, en tono de admonición, cursó Rosas al Gobernador de Córdoba al mes siguiente, por cuanto el general Manuel López había tratado con lenidad a un "salvaje unitario" que capturó en Melincué (frontera santafecina), lo que le resultó "sensible":

Así costará mucho más salvar la República de las garras feroces inmundas de los salvajes unitarios, y tal modo de proceder con los famosos criminales es una manifiesta crueldad para con los hombres y para con los pueblos.

Los términos empleados son idénticos: era la regla de conducta asumida, que se transmitía a dos mandatarios provinciales para su ejecución.

El 11 de abril de 1842 empezaron las matanzas. Una carta al general Tomás Guido —representante diplomático del Gobernador de Buenos Aires ante la Corte Imperial de Brasil—, dirigida por la esposa del Ministro doctor Felipe Arana (16 del mismo mes), le hacía saber cuál era el espíritu dominante en la ciudad del Plata:

Aquí hemos tenido algunos de los sucesos de octubre. En el campamento había mucha exaltación contra los salvajes, pues decían que cuando habían pensado en retirarse a sus casas a descansar, venían estos malvados a empezar de nuevo la guerra; que era preciso que no quedase uno. Me dicen que es lo mismo que circula en el Ejército. El coronel Lagos sabe Ud. que era moderado, pero si lo oyera comprendería el estado en que están las cosas por allá. Las reuniones federales que Ud. ha visto aquí, son tortas y pan pintado para las que hay ahora. El exterminio de los salvajes es lo único que se oye como remedio a la terminación de la guerra.

El propio Ministro Arana corroboraría ese ánimo, comprensivo del ambiente homicida que se vivía en Buenos Aires, en comunicación al agente porteño en Londres:

Se exigen de nosotros milagros: que haya orden sin castigar a los perturbadores de él, que se inspiren sentimientos de moderación a la presencia del encarnizamiento de unos feroces enemigos, que se dispense clemencia a los mismos que la burlan y la desprecian, que con hombres feroces y sanguinarios se use de templanza, que se marche contra las exigencias del sentimiento nacional.

Reflexionó al respecto en sus *Memorias* el general José María Paz:

"Las matanzas de octubre del año 1840 se repitieron en la misma escala en abril de 1842, mas no dejaré de hacer notar una circunstancia que muestra bien a las claras el carácter de nuestro enemigo: en ambos casos, para entregarse al desenfreno y los inauditos actos de crueldad y venganza, esperó que hubiese pasado la inminencia del peligro. En octubre, ya retirado el Ejército Libertador a Santa Fe, no daba cuidados al Dictador; en abril ya se había disipado la tormenta que seriamente lo amenazaba".

Por último, luego de una semana de violencias, el 19 de abril Rosas ordenó cesarlas, habiendo mostrado —como en el año 40— los recursos de que podía echar mano. Una circular a las autoridades militares y policiales les expresaba

que ha mirado con el más serio profundo desagrado los escandalosos asesinatos que se han cometido en estos últimos días, los que, aunque han sido sobre salvajes unitarios, nadie, absolutamente nadie está autorizado para semejante bárbara feroz licencia.

Cabe finalizar este cuadro —que confiere sentido a la lucha que se libraba para concluir con el sistema de “suma del Poder público” que investía Rosas—, con la siguiente sentencia de su contemporáneo el general Paz:

“El terror es un medio de gobernar que han empleado los tiranos de todos los tiempos y de todas partes, mas será difícil encontrar uno que lo haya llevado a tan alto grado como el Dictador argentino: el historiador a quien quepa la tarea de narrar sus hechos, se verá en conflictos para no darles la apariencia de exageraciones, y la posteridad tendrá trabajo en persuadirse de que es posible lo que nosotros hemos visto”.

Entre tanto, los adversarios de ese régimen se debatían entre reproches y esperanzas. Escasa era, desde luego, su confianza en un feliz término a los esfuerzos emprendidos. El Gobernador López de Santa Fe solamente podía contar con el mínimo apoyo que Paz le pudiera ofrecer, aun cuando este último, por carta, le aseguraba que no dejaba de tener en cuenta su situación, “y que haré el último esfuerzo para que no quede Ud. entregado al sacrificio”, anunciándole que “con la prontitud posible le mandaré algunas armas”, pero el auxilio de que podía disponer era o escaso e insuficiente, o quedaba en promesas. En sus *Memorias* el general Paz calificó de “horrible abandono” el estado en que dejaba Ferré a la Provincia de Santa Fe: él no estaba en condiciones de ayudar eficazmente a Juan Pablo López ante el abrupto cambio de la situación, porque en Paraná apenas restaba como Ejército de Entre Ríos los prisioneros tomados en Caá-guazú, y ellos en insuficiente número. Contaba con algún armamento recientemente llegado desde Montevideo, pero con dichos recursos la estrategia había variado sustancialmente.

“En mi nueva posición —razonó en sus *Memorias*— ya no podía pensar en llevar la guerra ofensivamente, pero me proponía hacer un esfuerzo desesperado, si era preciso, para conservar la barrera del Paraná, mantener en quietud la Provincia de Entre Ríos, y servir de apoyo al general López, que en Santa Fe esperaba la tormenta que estaba próxima a descargar”.

Lo expuesto eran ilusiones. Grupos de federales entrerrianos se reorganizaban en la campaña y comenzaban a presionar sobre la capital provincial, y el general Urquiza se aprestaba a retornar por el sur. Comprendiendo el peligro en que se hallaba, el general Paz se dispuso a abandonar la ciudad a fines de marzo.

Quedó de este modo López librado a sus solos e insuficientes medios.

El Ejército Santafecino —si puede dársele esta denominación— apenas estuvo en condiciones de ejercer operaciones retardantes ante la invasión de los federales. La fuerza del coronel Ruiz Moreno, destacando a vanguardia al teniente coronel Oroño, libró varias acciones contra sus enemigos provenientes de Buenos Aires, con variada suerte, aunque sin dejar de replegarse hacia la capital. Lo mismo efectuaban las tropas que mandaba el coronel José Manuel Salas en la frontera con Córdoba, presionado por el avance de los generales Oribe y Pacheco, ya reunidos. Desesperado, el Gobernador López recurrió a su antiguo adversario el Presidente Oriental (26 de marzo): “*Me hallo sin armas y sin recursos metálicos para lisonjear al soldado y poder con una fundada esperanza prometerme un resultado feliz*”, e instaba a Rivera a realizar “un esfuerzo heroico” para salvar a Santa Fe del “sanguinario feroz Oribe”. Con la finalidad de reforzar su exhortación, López comisionó al conspicuo vecino Domingo Crespo ante *Don Frutos*.

El general Paz había dejado la ciudad de Paraná al frente de una escasa comitiva de jefes y oficiales, llevando consigo a los poco confiables 300 soldados que fueran subordinados de Echagüe. Pensaba hacerse fuerte tras la barrera del río Gualeguay que divide a la Provincia, pero su marcha comenzó a peligrar por la presencia de partidas enemigas que lo escopeteaban de continuo, conducidas por el coronel Crispín Velásquez y el comandante Loreto Paéz. El recuerdo de esas jornadas ha quedado descripto vívidamente por el teniente coronel César Díaz, arribado desde Montevideo hacía poco con los pertrechos antes mencionados:

“En el curso de las marchas nuestras guardias avanzadas desertaban enteras, nuestras partidas exploradoras desaparecían, y nadie podía separarse a cierta distancia de la columna sin caer, como a algunos les sucedió, en poder de las montoneras que por todas partes nos seguían y asechaban. Por último, en la noche del 2 de abril pasamos el arroyo Nogoyá a la inmediación del pueblo del mismo nombre; y antes que hubiéramos podido hacer una legua de camino, la caballería toda se sublevó dando *vivas* a la Federación y descargando sus armas sobre nosotros. La oscuridad de la noche y una furiosa tempestad que sobrevino, nos salvaron. Al día siguiente pasamos el Gualeguay el general Paz y el escuadrón de oficiales que yo mandaba: todo lo demás había desaparecido”.

Poco después los restos de la comitiva de Paz llegaron a donde se hallaba el general Fructuoso Rivera, quien recibió a éste amablemente, olvidando con generosidad su antigua divergencia. Pero Paz no pudo convencer al último de emprender alguna acción ofensiva sobre Paraná. Tan sólo se convino en la estancia de Galarza, el 12 de abril, un “tratado” entre los representantes de los aliados liberales, Santiago Derqui (Entre Ríos), Domingo Crespo (Santa Fe) y José Luis Bustamante (Estado Oriental), crear un *Ejército Unido* para combatir a Rosas, cuyo Comandante en Jefe sería Rivera, quien le suministraría armamento, equipos y dinero. Una vez más se exponía la finalidad de la contienda:

Las mismas partes contratantes se comprometen de la manera más explícita y formal, a promover por todos los medios disponibles y resortes legales, la reunión de una gran Convención Nacional en la República Ar-

gentina, depuesto que sea el actual Gobernador de Buenos Aires, para que proceda a la organización y Constitución de ella.

Para lograrlo se comprometían “a no dejar las armas de la mano”, bajo garantía de su honor; y el doctor Derqui fue enviado a Corrientes para procurar la adhesión del Gobernador Ferré.

Simultáneamente, se decidía la guerra en Santa Fe.

El mismo día 12 fue derrotada en Coronda la División de Ruiz Moreno, quien no obstante pudo unirse a López y a su jefe de Estado Mayor, general Juan Apóstol Martínez, en los alrededores de la capital. El coronel Jacinto Andrade, avanzada de Oribe, volvió a chocar el 16 cerca del arroyo Colastiné, apoyado por el coronel José María Flores, y pese a que las tropas del Gobernador santafecino los enfrentaron con “muy fuertes guerrillas” —según el parte de Andrade—, los federales los hicieron ceder el terreno, impidiendo la caída de la noche que su persecución fuera eficaz. Con todo, se logró un hecho importante, que el mismo coronel Andrade comunicaba:

Acaba de presentarme el jefe de campo al famoso salvaje titulado general Martínez, segundo del salvaje Mascarilla. Este salvaje acaba de ser ejecutado por orden del señor coronel Flores.

Oribe al día siguiente, aclaró el método empleado: “*Le fue cortada la cabeza*”.

López se estacionó a ocho leguas de Santa Fe, en el paraje denominado Ascochingas, a la margen izquierda del río Salado, cubriendo su otro flanco por la laguna Setúbal. El coronel Salas formaba su primera línea de batalla. Pero un aviso dado a los enemigos les permitió conocer un paso más al norte que facilitó vadear el río, y los federales cayeron por sorpresa sobre el campamento liberal.

Un contemporáneo, Urbano de Iriondo, señaló al responsable de haber permitido el avance de los contrarios: “Oroño a los pocos tiros disparó con su gente dispersa hasta el paso del Rubio en Corrientes”. Se produjo, en consecuencia, un gran desbande por parte de los efectivos santafecinos, quienes en compañía de las familias que se les habían reunido, buscaron la salvación huyendo presa del terror que los dominaba ante la fama que precedía al arribo del general Manuel Oribe y sus hombres. Numerosos fueron los que pudieron escapar, militares y civiles, aunque al embarcarse en las naves que los transportarían a la orilla vecina, se perdió mucho armamento.

El antemural de la invasión federal a la Mesopotamia se había perdido.

El general Juan Pablo López acusó al teniente coronel Santiago Oroño de haber sido el causante de la derrota por no enfrentar el ataque federal, y lo sometió luego a consejo de guerra, siendo sacado de su jurisdicción por el Gobernador Ferré para salvarlo de una segura condena a muerte, aduciendo que los refuerzos que pasaron a Santa Fe desde Corrientes lo habían sido sin perder su condición de pertenecer al Ejército de ésta.

Tanto Ferré como Paz, con harta ligereza y falta de justicia, anatematizaron la conducta de López, deformándola ante la Historia, seguramente para salvar su propia responsabilidad por no cumplir sus promesas de ayudarlo.

Acusó Ferré en su *Memoria* al mandatario santafecino de haberse “comprometido a voltear por sí solo a Rosas luego que el Ejército de Reserva ocupara a Entre Ríos, para lo cual contaba con recursos suficientes”, lo que es absolutamente falso, como se ha demostrado en las páginas antecedentes. No menos mendaz se mostró Paz en sus propias *Memorias*:

“Jamás la imprevisión, la ignorancia, la incapacidad y la cobardía también, se vieron tan de acuerdo para inutilizar las buenas disposiciones de un pueblo. Cuando llegó la ocasión, nada se había preparado, nada se había prevenido, así que nada se hizo para rechazarla, ni aún para disputar el terreno”.

Las cartas utilizadas poco atrás demuestran lo contrario, puesto que López mantenía informados a Paz y Ferré de sus operaciones. Contrasta agudamente esa descripción con el comentario transmitido a su esposa el 6 de marzo, en que aludió “*al infame abandono en que hemos dejado a Santa Fe*”, achacando la culpa a Ferré.

Rubricó ese desastre la negativa del Gobernador Ferré cuando recibió la solicitud de incorporarse al tratado de alianza concluido en la estancia de Galarza, pues objetó que ni Paz ni López eran ya Gobernadores de las Provincias en cuyo nombre actuaban. Era una verdad formal, pero de perjudicial consecuencia para la seguridad de su Provincia.

6

Ante la fuga del general Paz de la ciudad de Paraná, la Legislatura entrerriana llamó a que se hiciera cargo de sus funciones aquel a quien designara mandatario en diciembre anterior. Mostró su conformidad el general Justo J. de Urquiza con fecha 10 de abril, aun cuando delegó la autoridad en su hermano Cipriano, seis días después, para contraerse a la campaña militar que le devolvería la plenitud de su mando. Aquel volvió a pisar su suelo natal, plenamente abastecidos desde Buenos Aires los 1.800 hombres con que ingresó, incluso de buenos caballos.

En Santa Fe, refirió el ya citado Iriondo que el general Oribe dejó tras de sí una secuela de espantosas represalias, una vez más, cometidas contra quienes habían apoyado el pronunciamiento de López: “Apenas pisó Oribe el territorio de esta Provincia, cuando empezó a arrasar estancias y degollar a sus dueños, de manera que todos éstos huían para Santa Fe”. Llegado el Ejército Federal a la capital, prosiguieron las violencias:

“Entre tanto Oribe y Santa Coloma se ocupaban en degollar a cuantos consideraban sus enemigos. Varios vecinos de Rosario, de Coronda y de la campaña, y cuantos se les presentaban o tomaban ocultos, sufrían este martirio”.

El coronel Martín de Santa Coloma era quien tiempo atrás, durante un acto político realizado en Buenos Aires, clamaba: —*¡Yo pido al Todopoderoso*

que no me dé una muerte natural, sino degollando franceses y unitarios!, tal como lo difundió el periódico oficial *Gaceta Mercantil*. El día 18 del mismo abril el general Oribe dejó a cargo de esta Provincia al general Pascual de Echagüe —quien luego sería confirmado por la nueva Sala de Representantes— y diez días después estaba en Paraná: la guerra tendría ahora por escenario a la Provincia de Entre Ríos.

En la capital entrerriana algunas autoridades pagaron con su vida la cooperación prestada al general Paz: el Alcalde de la ciudad Juan Camps fue mandado degollar, y se remitió a Santos Lugares al ex Ministro doctor A. Florencio del Rivero, quien fue ultimado en este campamento del Ejército de Buenos Aires. Milagrosamente salvó su vida —quizá por empeños de amigos de influencia— el antiguo mandatario Pedro Pablo Seguí.

Las cercanas hostilidades no dejaron de alarmar sobremanera en Montevideo, donde se tomaron precauciones para reforzar la movilización de los habitantes. En esta banda del Plata habían tenido lugar una serie de encuentros navales, estando como almirante de la flota porteña William Brown, y a cargo de la escuadra oriental los coroneles Francisco Fourmartin y John H. Coe; combates sin definición para lograr la destrucción de los respectivos enemigos.

La Provincia de Entre Ríos estaba dividida por la geografía y la política, trazando sus mitades el río Gualeguay: la costa del Paraná bajo el dominio federal, y la del Uruguay controlada por los liberales. En este último territorio las tropas de don Frutos Rivera no habían dejado de robar las haciendas de los estancieros entrerrianos y pasarlas a la otra orilla del Uruguay; sin excluir a varios jefes, según el general Paz, los cuales “habían olvidado sus funciones militares para convertirse en ruines merodeadores”, entre los cuales destaca al “funestamente célebre” coronel Martiniano Chilavert —unido a Rivera luego de separarse de Lavalle poco más de un año antes—, a quien acusa de dedicarse “exclusivamente de la expoliación del país”. Pésima impresión causó en Paz contemplar las fuerzas de Rivera: “desgreño de lo que él llama su Ejército”, lo describió, “tropa colecticia y sin disciplina”. Ante ese panorama, declinó comandar una División en él, como le ofreció su aliado: “¿Cómo podía yo avenirme con las irregularidades del general Rivera, con el despilfarro y la indisciplina de su Ejército? ¿Cómo amoldar mis ideas a las suyas?”

La situación militar para mediados de 1842 era la siguiente: en Paraná el general Manuel Oribe remontaba a su Ejército con su característica meticulosidad, recibiendo desde Buenos Aires los equipos necesarios para reponer los gastados y perdidos durante su larga campaña en el Interior. Confirió a Urquiza el 11 de junio:

Yo no puedo salir de aquí mientras no tenga listas bastantes carretas y demás útiles para la conducción del parque. Mis caballadas están malas y muy pocas podrán servir.

Era de particular importancia la provisión de caballos, y en San Nicolás el general Lucio Mansilla fue encargado de remitirlas. Igualmente inmovilizado se hallaba el general Ángel Pacheco, todavía en Santa Fe, desde donde informaría a Rosas el 13 julio:

No tenemos en el parque general ni un cartucho, ni piedra de tercero-la. Necesitamos con urgencia 3.000 piedras y 12.000 tiros a bala de esta arma, y para abrir una campaña, hasta 10.000 piedras y 60.000 cartuchos a bala de quince, que es el calibre en general de nuestro armamento de caballería, y de fusil 6.000 piedras y 40.000 cartuchos. Tenemos municiones de cañón, mas la dotación de ordenanza, para los calibres de nuestras piezas. Un comandante general de Artillería, tres o cuatro oficiales, y a lo menos uno científico, son indispensables en esta Arma, que la tenemos casi inutilizada por esta falta. Un Auditor que sea hombre de consejo, y un Comisario que sea de conocida honradez, vestuarios y probablemente caballos. He ahí, Excmo. Señor, las únicas necesidades de este Ejército, cuya masa en lo general no puede mejorarse, y si se le enviasen 300 infantes toda sería perfecta y homogénea.

Por parte del general Justo J. de Urquiza, éste había avanzado hasta el centro de la Provincia, estableciendo campamento en las márgenes del arroyo Raíces, convocando a todas las milicias y reclamando de los habitantes la entrega de efectos de toda clase para sostener a las tropas.

Del lado liberal, el general José María Paz destacó a dos jefes de su confianza para custodiar los puntos extremos de la banda del Uruguay: el general Ángel Núñez en Concordia, y el teniente coronel Manuel Hornos en Gualeguaychú. Puesto de acuerdo con el general Fructuoso Rivera, éste dispuso reforzarlos, despachando al norte al coronel José Ma. Luna y al sur al coronel Luciano Blanco. El estado de la campaña incluso en la margen izquierda del río Gualeguay no era seguro, llevando su audacia los federales hasta el punto de atacar Concordia, donde fueron rechazados, aun cuando ello movió a Núñez a ausentarse a Corrientes (lo reemplazó el teniente coronel Francisco Solano Xigena), y en su marcha cayeron prisioneros algunos de sus acompañantes, de cuya suerte informó el comandante Loreto Paéz al general Urquiza el 19 de mayo:

Abraham [Ifra] capturó cuatro salvajes titulados jefes: el coronel salvaje Casimiro Garmendia, el mayor secretario de Núñez, Rebollo, el comandante Benítez y el mayor Luis [Monlloc], cuyos cuatro deben haber sido ayer degollados en la plaza de Villaguay.

Bien cierto que el procedimiento era el indicado al mismo Urquiza por su superior el general Oribe, que lo adoptara como norma de conducta: “Con los salvajes unitarios no hay lenguaje más eficaz ni merecido que el del cuchillo” (11 de junio). Para hacer cesar estas matanzas, el Gobierno de Corrientes amenazó con tomar represalias en similar forma, “mas debo advertir en su obsequio —aclara Paz— que nunca pensó en llevarlas a efecto”. Diferenciando a los federales de sus enemigos, ilustra éste que sus principios y política eran opuestos:

“No era el señor Ferré hombre capaz de ponerse al nivel de Rosas en esa carrera de sangre; y en cuanto a mí, innumerables pruebas había dado de mi respeto a los derechos de la humanidad en miles de prisioneros cuyas vidas he conservado”.

No mucho más adelante de lo relatado, el coronel Hornos (ascendido a este grado en junio) describió elocuentemente el estado de las operaciones que se le encomendaron en el sur de Entre Ríos:

Yo me hubiera colocado en Gualeguay o cualquier otro punto que me hubieran designado, pero no se hubiera aún así evitado la pasada de los enemigos, pues ni la crecida ni otra consideración los detiene: todos los pasos son buenos para ellos, nuestras fuerzas muy limitadas, y el río Gualeguay tiene una extensión inmensa. Los enemigos tienen todas las noticias exactas para llevar a efecto cualquier empresa, mientras a nosotros se oculta siempre la verdad, así es que tienen una inmensa ventaja, que sola vale por centenares de hombres. Mucho más que en los soldados de milicias no puedo tener la mayor confianza, pues a la vista del enemigo se pasan todos; y en cualquier comisión que se mandan, siempre desertan algunos.

Este crudo cuadro refleja la realidad que vivían los jefes liberales en un territorio hostil, que desde el comienzo de la guerra civil acató fielmente a sus autoridades y se convirtió —en imagen acuñada por el propio Rosas— en “la tumba de los unitarios”.

Por esos días del mes de mayo el Gobernador Ferré dio muestras de salir de su pasividad, pues escribió al general Fructuoso Rivera superando sus contradictorias actitudes, para hacerle saber que estaba dispuesto a adherirse al tratado de Galarza y “pronto a mandar el Ejército donde sea necesaria su presencia”, reconociendo en el caudillo oriental al Director de la Guerra. En suelo correntino se hallaba asilado el antiguo mandatario santafecino Juan Pablo López, quien pudo conservar consigo a 1.000 hombres salvados de su derrota, de entre los cuales adiestraba a 200 infantes. Comenzando el Gobernador de Corrientes su movilización, impartió la orden al general Vicente Ramírez para que alistase en el campamento de Ábalos a 2.000 soldados de caballería para partir hacia Entre Ríos, a los que seguirían otros 1.000 con 9 cañones e infantería. Una División santafecina partió como vanguardia a órdenes del coronel José Ramón Ruiz Moreno, fuerte en otros 1.000 efectivos, “buenos y de confianza”, informaba el teniente coronel Juan M. Aldao al general Paz.

Otra novedad favorable fue a sumarse a las esperanzas del bando antirrosista: el Gobernador Ferré se mostró dispuesto a confiar nuevamente la comandancia del Ejército de Corrientes a su antiguo conductor José María Paz. Una constante presión en este sentido cobraba fuerza en Corrientes, como el único o más seguro remedio para revertir la peligrosa situación en que vivían los liberales luego de la desaparición de su aliada Santa Fe, y la ocupación de la mitad de Entre Ríos por parte de Oribe y de Urquiza. De aceptar la propuesta el general Paz, con más la unión del Ejército Oriental de Rivera, podía darse un cambio drástico en el estado de las cosas.

No todo estaba perdido.

De pronto, el Interior también se vio convulsionado por un ataque desprendido desde Chile que amenazaba con mover las situaciones establecidas en la región andina, modificando el cuadro político de varias Provincias.

Encabezaba una audaz operación el coronel Ángel Vicente Peñaloza, valeroso y abnegado, aunque lanzado a la acción con excesiva confianza en un triunfo rápido, de acuerdo a las seguridades que se le dieron. La noticia llegada a Chile en enero de 1842, de la gran victoria en Caá-guazú el pasado noviembre, hizo abrigar a los emigrados argentinos la posibilidad de cooperar con el Ejército de Reserva correntino, siendo que el propio general Paz había dirigido mensajes en tal sentido a sus amigos asilados en Chile y Bolivia: “Conveniría que ensayasen un golpe sobre Cuyo”, escribió al teniente coronel Wenceslao Paunero; “Obrar una diversión por las Provincias del Norte”, incitaba al mayor Anselmo Rojo. Ante ello se prepararon los elementos que pudieron reunir con los pocos recursos con que contaban. Se logró equipar una columna de 100 hombres que se puso a órdenes del Chacho Peñaloza, con la colaboración del coronel José María Yanzon —Gobernador de San Juan antes que Benavides— y del teniente coronel Silverio Sardina, otro de los salvados de la derrota en Rodeo del Medio. Se creía que Aldao y Benavides continuaban distanciados, que sería fácil comunicarse con los generales Paz y Juan Pablo López; que podía cooperar desde el sur una invasión conducida por el “coronel” Manuel Baigorria desde Tierra Adentro. Esto contenían las instrucciones a Peñaloza expedidas por el doctor Domingo García, ex mandatario de Tucumán durante la guerra de Independencia, colaborador del general Manuel Belgrano.

El coronel Ángel V. Peñaloza partió desde Coquimbo el 5 de abril, ilusionado con noticias acerca de la favorable acogida que tendría, falsedades con que se alimentaban las esperanzas de los exiliados durante la dura existencia que sobrellevaban. Peñaloza volvió a cruzar la cordillera por el norte y se internó decididamente en dirección a Tucumán, moviéndose en su contra el Gobernador de Catamarca, coronel Santos de Nieva y Castilla, al tiempo que el Gobernador de San Juan, general Nazario Benavides, y su jefe de Estado Mayor coronel Carmen Domínguez, seguían tras las huellas del Chacho; asimismo el mandatario tucumano Celedonio Gutiérrez alistaba su defensa.

Pero desde Bolivia también otra fuerza liberal se acercaba, comandada por el coronel Florentino Santos, y Peñaloza planeaba reunirse con él. El mandatario riojano Tello comunicó al general Pacheco a principios de julio que dos Divisiones sanjuaninas iban a concurrir para apoyar el rechazo, y le daba cuenta:

Los salvajes que han venido de Bolivia ocupan el Departamento de Famatina en número de 100 hombres, al mando de un tal Sardina y Nicolás Torres, pero pronto se escarmentarán. El general don Nazario Benavides se halla en Catamarca y el señor coronel don Antonio Benavides con la segunda División de San Juan se halla en esta capital. Lo quebrado de los lugares y escasez de elementos de movilidad nos priva de que podamos darles un encuentro, habiendo tenido la gloria en una marcha rápida que han hecho de sorprendernos, pero peleando he salido en medio de ellos por haberme encontrado solo con mi escolta.

La otra columna tuvo el destino infortunado que participó desde Salta, el 4 de agosto, el mandatario delegado Manuel Antonio Saravia, a Rosas:

El salvaje Florentino Santos que encabezaba a los invasores, y 16 más de éstos, que han sido capturados en las alturas de la sierra, fuera de los 19 que cayeron prisioneros, pagarán con la vida su alevosía.

Su Ministro Fernando Arias confirmó la resolución el día 9 del mismo mes:

Nómina de los salvajes unitarios que cayeron prisioneros en Rumi-huasi, y han sufrido por castigo la pena ordinaria de muerte: coronel Florentino Santos, comandante Juan Vicente Torres, capitán Pedro Pablo Paz, ciudadano Benjamín Omill [siguen los nombres de 3 sargentos y 10 soldados].

Chacho se mantuvo un tiempo efectuando movimientos en Catamarca y tratando de acercarse a La Rioja para incorporar a sus antiguos partidarios, Provincia esta última que gobernaba el férreo *federal* coronel Hipólito Tello, quien cambió el nombre del cerro Famatina por el de "General Rosas", y otorgado a éste el carácter de "ciudadano nativo" de La Rioja. El coronel Peñaloza libró varios encuentros menores, hasta que por último pisó suelo tucumano, donde el 18 de julio fue derrotado por Benavides y Gutiérrez juntos en el combate del Manantial, a las afueras de la capital. Luchando contra fuerzas superiores inició Peñaloza su retirada, pero en Illisca resultó alcanzado por una columna sanjuanina mandada por el general Nazario Benavides (15 de enero de 1843) y de la cual formaban parte el batallón *Cazadores Federales* con la jefatura del mayor Francisco Domingo Díaz, el regimiento N° 2 *Auxiliares de los Andes* del coronel Juan Antonio Benavides, y piquetes de milicianos, "batalla" desfavorable al *salvaje unitario Chacho*, quien logró eludir la persecución hasta que pudo repasar los Andes e internarse otra vez en Chile. Lo había acompañado en la campaña su esposa Victoria Romero, quien en El Manantial se interpuso a un soldado enemigo y recibió en la frente el golpe de sable dirigido al *Chacho*.

A diferencia de Peñaloza, cayeron prisioneros varios liberales de categoría, los cuales tuvieron el destino dictado por Rosas: fueron fusilados el teniente coronel Sardina, el coronel Yanzon, y el coronel Honorato Gordillo, riojano. Otro episodio de mayor contorno trágico, si cabe, por la ninguna participación en la invasión, revistió el final de dos antiguos capturados: el Gobernador Benavides había llevado al capitán Ciriaco La Madrid —caído en su poder al capitular Acha en la ciudad de San Juan, y que conservaba consigo—, y de la suerte corrida por éste dio cuenta al Dictador Rosas el 7 de julio:

En mis anteriores anuncié a Ud. el objeto con que conservaba al salvaje Ciriaco Lamadrid (hijo del Pilón), y sabiendo con evidencia que este último se ha dirigido a varios jefes de la Provincia para que defeccionasen, hice decapitar al primero a mi arribo a La Rioja, acompañado del salvaje unitario Manuel Julián Frías, natural de Santiago.

Este mensaje fue publicado por el periódico oficial porteño *Gaceta Mercantil* el 20 de septiembre. Mas el general Aráoz de La Madrid, su padre, si bien en sus *Memorias* se expresó duramente contra la conducta de Benavides, en 1846 le escribió una carta en que le manifestaba:

Conociendo perfectamente los humanos sentimientos que adornan el corazón de Ud., jamás pude persuadirme de que Ud. tuviese parte alguna directa en el suplicio de aquel, atribuyéndolo sólo a la exaltación o extremado celo de los subalternos, o a una orden directa del Tirano.

En su escrito posterior, el general La Madrid explica que dicha misiva le fue dictada por su afán de que Benavides abandonara la causa de Rosas, uniéndosele.

El resultado de lo reseñado indicó a los liberales del Litoral que ellos seguían siendo los únicos que aún sostenían la causa de *Libertad y Constitución*, lema que adornaba sus enseñas.

8

En la última semana de junio zarpó de Montevideo la "2da. División Naval" del Estado Oriental, bajo el mando del coronel José Garibaldi, italiano republicano que escapado de una condena a muerte en su Patria, quería continuar su lucha por los mismos ideales en Sud América, habiéndose batido con distinción a favor de los republicanos de Rio Grande do Sul en su intento de independencia contra el Imperio de Brasil. Remontaba el río Paraná conduciendo el bergantín *Pereira*, la goleta *Procida* y la barca *Constitución*, llevando instrucciones de llegar a Corrientes con armas y vestuarios.

El coronel Garibaldi forzó el paso de la artillada isla Martín García, pero comenzó a ser perseguido por el general Brown al frente de una flotilla compuesta por la nave capitana *General Belgrano* más otros buques. Con las demoras causadas por la bajante del río Paraná, que provocó que las embarcaciones adversarias encallaran reiteradamente en su fangoso lecho, la escuadrilla oriental se enfrentó el 18 de julio con las baterías emplazadas sobre las barrancas y costa de la capital entrerriana, en cuyo puerto se hallaban ancladas naves federales comandadas por el coronel Francisco J. Seguí; y tras un cañoneo mutuo, Garibaldi pudo proseguir aguas arriba, capturando de paso algunas embarcaciones mercantes. Su contrincante Brown llegó a la ciudad de Paraná el 2 de agosto, e incorporando a su fuerza la de Seguí, continuó tras la estela de aquel, llevando consigo diez buques armados de 53 cañones.

El coronel Garibaldi había varado una vez más en el límite con la Provincia de Corrientes. Recibió aquí a la flotilla correntina mandada por el teniente Alberto Villegas (3 lanchones artillados) conduciendo víveres. Se hallaban en el lugar denominado Costa Brava. El teniente Villegas trató de convencerlo que se retirase en sus lanchones, pero al no mostrarse aquel de acuerdo, y considerando éste que al no zafar del barro del lecho sería suicida permanecer, se alejó hacia el norte.

El 15 de agosto comenzaron a medirse liberales y federales, manteniendo el fuego de su artillería durante todo el día. Al caer la oscuridad, Garibaldi lanzó un *brulote* (pequeña nave vacía, cargada con barriles de pólvora e incendiada) contra la escuadra porteña, visto lo cual el general Brown despachó en un bote con remeros al guardiamarina Bartolomé Cordero, quien valientemente trepó a la embarcación en llamas y pudo localizar la mecha que la haría explotar. El suceso se repitió poco después, corriendo la hazaña por cuenta del práctico Luis Cavazza. Prosiguió el cañoneo de las escuadras, y habiendo fracasado el abordaje por parte de los marinos de Montevideo de la goleta *General Echagüe* que mandaba el teniente coronel José María de Pinedo, y consumidas sus municiones, el coronel José Garibaldi se decidió por desembarcar a sus tripulaciones e hizo estallar a sus buques *Constitución* y *Pereira*. Cuando escapaban en botes y comenzaban a tocar tierra, Brown fue instado a perseguirlas para concluir las, pero el General respondió: —*Garibaldi es un valiente: dejen que se salve, y Dios lo ayude al pobre.*

El completo dominio de las aguas por parte del Partido Federal facilitó hacer llegar a Entre Ríos las remesas de equipos y refuerzos para los generales Oribe y Urquiza. En el rubro de caballadas fue comisionado por el Gobernador Rosas quien se convertiría en la década siguiente en su yerno, Máximo Terrero, para seleccionar buenos equinos y remitirlos a San Nicolás, desde donde el general Mansilla les hacía cruzar el río. Pasaban en grandes balsas las mayores corrientes, y en chalanas los equipos militares, conducidos luego a Gualaguay: pólvora, cartuchos, lanzas, armas de fuego y vestuarios. La remisión de caballos fue creciendo en cantidad: a principios de octubre llegó a 5.500 animales, y en noviembre sumaría al doble: 11.800 cabezas. A más de 18.000 caballos fue la provisión alcanzada al comenzar diciembre. El general Oribe en Paraná recibía su parte, que en buena medida era transportada por navíos mercantes escoltados por buques de guerra, en previsión de algún golpe de mano desde Montevideo por parte del coronel Coe. En el mes de octubre Oribe recibió además un refuerzo de 12.000 hombres, y a su compatriota el general Servando Gómez, que había acompañado a Echagüe hasta Buenos Aires luego de Caá-guazú. El 6 de julio el general Urquiza aseguró a Mansilla:

Puede Ud. estar cierto que esta tierra será purgada de salvajes unitarios: ellos serán perseguidos a muerte, y en el territorio que esté mandado por mí no lo profanarán con su réproba existencia. La decisión de mis paisanos por la sagrada causa federal y por el Gran Rosas es general.

A todo esto, proseguían en la costa entrerriana del Uruguay las tratativas para presentar un frente común. Durante el mes de julio tuvieron lugar varios acontecimientos políticos y militares.

El general Fructuoso Rivera había determinado tiempo atrás viajar a Montevideo por pocos días, para preparar —expresó por escrito a Paz— “nuevos y más abundantes recursos” al objeto de continuar la guerra “a la margen derecha del Paraná”. Y en ese lapso, encomendó al general José María Paz quedar al mando del Ejército Oriental. Para asombro de cuantos conocen las críticas respecto a las fuerzas de *Don Frutos*, y su aversión a mezclarse con el régimen de caudillaje que fomentara, Paz aceptó. Mayor aún fue su sometimiento

cuando revela en sus *Memorias* que hasta estuvo dispuesto a delegar el mando de Entre Ríos “en una persona de su plena confianza”. Contrasta agudamente esta postura complaciente con la enérgica actitud adoptada en febrero por el entonces Gobernador Pedro Pablo Seguí, al rechazar la intromisión en los asuntos internos de la Provincia tentada por el mismo Rivera: esa altiva y digna reacción se diferencia con la mostrada por el general Paz, tan proclive a censurar conductas ajenas. Él explicó en sus *Memorias* el fundamento de su aquiescencia por una razón práctica: el general Rivera era el único con elementos bastantes para oponerse al enemigo. A más, otro factor lo indujo a no retirarse de la zona: “Yo tenía que esperar a mi familia, que tardaría aún de Corrientes”.

Quedó, en consecuencia, el general Paz como delegado de Rivera para la dirección de las operaciones militares, y el general Félix Eduardo Aguiar, su segundo en el Ejército Oriental, de Comandante en Jefe. Mas para aumentar la extrañeza respecto a la conducta observada por Paz en esos días, cabe destacar que —sin declinar su título de “Gobernador de Entre Ríos”— cruzó el Uruguay y se estableció en la ciudad oriental de Paysandú, abandonando la Provincia donde se desenvolvían las acciones. La reacción del general Aguiar fue lógica, al inquirirle:

El enemigo avanza: V.E. se halla al otro lado del Uruguay. ¿Piensa V.E. dirigir desde Paysandú las operaciones militares? ¿O se ha dimitido V.E. de este encargo? Suplico a V.E. me conteste categóricamente para poder obrar en consecuencia de su resolución.

El cuestionamiento de Aguiar molestó al general Paz, quien se quejó ante Rivera (el cual lo confirmó en su interinato), y el 25 de julio lo impuso de la llegada de la División Santafecina a la frontera de Mandisoví dos días atrás, y que “los sucesos toman un carácter más serio”. Así era: el hostigamiento de los federales que cruzaban el río central era constante, y la villa de Gualaguay fue ocupada por ellos —tras ser tomada momentáneamente por Hornos—, y poco después el mayor Marcos Neyra se apoderó asimismo de Concepción del Uruguay, abandonada por los liberales al considerar que no podrían sostenerla. De este modo las fuerzas de Urquiza, conducidas por los coroneles Manuel Antonio Urdinarrain y Pedro Reynoso, habían logrado arrinconar en el norte de Entre Ríos a sus enemigos, no obstante el rechazo de algunos golpes de mano intentados. El general Paz consideraba indispensable mantener el control de dos puntos vitales: el paso de Paysandú, y el límite norte de la Provincia, la región por donde se efectuaría el arribo del Ejército de Corrientes. Los jefes orientales —general Aguiar y coronel Luciano Blanco, sobre todo— enfrentaban allí con relativo éxito a las partidas destacadas por el general Urquiza. Los elementos locales, empero, no les respondían favorablemente, como lo hacía saber Blanco a su superior el general Félix Aguiar: “*Estos entrerrianos no nos sirven más que para perjudicarnos: nada puedo conseguir, desprecian mis consejos, no quieren servir*”. El sentimiento popular contra los invasores era amplio y fuerte, y pocos eran los efectivos de esta Provincia que actuaban a órdenes del coronel liberal Mariano Céspedes, vecino de la costa del Uruguay. Para preocupación de Paz, el general Rivera no había sabido adiestrar conve-

nientemente a sus soldados: "nunca supo apreciar lo que valía un Ejército regular, instruido y disciplinado", comenta amargamente en sus *Memorias*.

Una noticia favorable la dio la reunión de tropas de Santa Fe al general Félix G. Aguiar, que le era comunicada por el mismo Aguiar al general Paz, el 3 de agosto, desde el Yuquerí Grande:

A las cuatro y media del día de ayer se me incorporó en este punto el señor coronel santafecino [sic] don Ramón Ruiz Moreno con 250 hombres de caballería, mientras el señor general López con el resto de su fuerza marchaba al puerto de Salto a equiparla y armarla, debiendo incorporársele también en oportunidad.

Mayor importancia la tuvo para Paz el recibo de una carta que le dirigió el Gobernador de Corrientes con fecha 24 de julio, mediante la cual Pedro Ferré le expresaba su deseo de superar el "desacuerdo" mutuo, reiniciando su correspondencia ante "los peligros de la Patria". El 5 de agosto le contestó José María Paz aceptando "gustoso" la oportunidad "para llegar a ser tan útil a la causa ilustre a que tanto tiempo estamos ambos ardorosamente dedicados". Aunque no pasó de un cambio satisfactorio de sentimientos, su conocimiento produjo una enorme expectativa entre los enemigos de Rosas, e ilusiones de que volvería a ponerse a la cabeza del Ejército de Corrientes; con todo, el general Paz condicionó —en carta a su colaborador Manuel Leiva— su retorno: "siempre que se me considere en el carácter de Gobernador de Entre Ríos". Esta exigencia no se debía al deseo de recibir honores y halagos, sino a fin de poder participar como un igual en las conferencias que tendrían lugar entre el Presidente Rivera y el Gobernador Ferré, sin circunscribirse a ejecutar sus órdenes: de aquí su insistencia en mantener un título vacuo para otra cosa que la señalada.

Mientras se planteaba la asunción de Paz al Comando del Ejército Correntino, quien lo desempeñaba entonces, el general Ramírez Chico anunció al general oriental Aguiar el 4 de agosto que despachaba 700 soldados de caballería para reunírsele, a los cuales seguirían otros 1.000 y los infantes que se le indicasen: "La única arma que no podré llevar por no demorar es la de artillería". Coincidentemente, el ex mandatario santafecino, López, le anotició a Paz estar incorporado con todas sus fuerzas al Ejército Oriental, poniéndose a sus órdenes. Éste debió aclararle sus funciones: el jefe de la campaña militar era el general Félix Eduardo Aguiar, y en cuanto a él, "me he limitado a dirigir las operaciones de la guerra en general", lo que no obstaba —agregaba— a que continuase enviándole su correspondencia, "que aprecio mucho".

El interior de la Provincia de Entre Ríos seguía convulsionado por las fuerzas del general Urquiza, mientras Manuel Oribe permanecía en Paraná ocupándose de organizar convenientemente a sus tropas antes de emprender la ofensiva. En el centro, sobre el río Gualeguay, los adversarios recorrían la zona, aunque sin comprometer una acción decisiva: Urquiza aguardaba la reunión con Oribe, y Rivera esperaba la incorporación de Ramírez. Por el momento, los coroneles Crispín Velásquez e Hilarión Campos desde el bando federal, y los coroneles orientales Luciano Blanco y Santiago Lavandera, del campo liberal, guardaban sus respectivos frentes. Paz instó a Aguiar (18 de agos-

to) a volver a ocupar los puntos abandonados (Concepción del Uruguay y Gualeguaychú), pero éste último no se consideró en aptitud de hacerlo.

Quienes se movían eran los correntinos, junto a su Gobernador. Al partir hacia el sur, el coronel Santiago Báez, jefe del batallón "Caá-guazú", emitió una vibrante proclama:

Su divisa es la federal; divisa de que se ha valido el Atila Rosas para alucinar a los pueblos, siendo su perverso corazón y su proceder el de un inmundo unitario, cuando quiere pisotear la soberanía de las Provincias y constituirse un déspota de toda la Confederación Argentina.

Ferré iba a conferenciar con Rivera, habiéndose fijado el encuentro en la villa de Paysandú, donde residía Paz y adonde se dirigió también Juan Pablo López. Las Divisiones correntinas de los tenientes coroneles Antonio Borda y José de la C. Masdeu fueron las avanzadas que primero se presentaron para incorporarse al Ejército Oriental en su campamento del norte entrerriano.

El 24 de agosto Ferré volvió a escribir a Paz, sobre la base de la correspondencia cambiada, insistiendo en que "la Patria y nuestro propio decoro demandan ya imperiosamente nuestra más y firme cooperación para salvarla del tigre que nos asecha enfurecido". En esta oportunidad se mostró concreto, proponiéndole "que Ud. se encargue otra vez del mando en jefe del Ejército de esta heroica Provincia", y lo instaba: "Corramos ya, General, un denso y eterno velo sobre los aciagos acontecimientos que poco después nos arrebataron casi todos los frutos de tantas glorias". Paz vaciló en contestarle, pues ignoraba el carácter en que asumiría el mando militar, conocida su exigencia. Se resolvió por hacerlo el 13 de septiembre, agradeciendo los términos de aquel y asegurando su disposición de "sacar su espada en defensa de la libertad", aunque planteando la condición en que lo haría, pues no estaba en su ánimo asistir a la entrevista con el general Fructuoso Rivera como "un simple espectador" —puntualizó— "en la forma que me propone el mando del Ejército Correntino". En cambio, de ser admitido en el rango de Gobernador de Entre Ríos, podría Paz conocer los resultados del acuerdo "con relación a los intereses argentinos", con la finalidad de trabajar por el país en su integridad, y no solamente por la seguridad de Corrientes. De aquí su categórica postura:

Entonces veré si la nacionalidad del objeto de la guerra está bien asegurada, y si voy a defender los intereses argentinos o no, y a pelear para cambiar la administración del Tirano o dejar subsistente el aislamiento y la anarquía, origen exclusivo de nuestras desgracias. En el primer caso me encargaría del mando del Ejército Correntino; y en el último, me abstendré de derramar una sola gota de sangre argentina.

Todas las figuras de relieve del vasto pero disgregado Partido Liberal alenaban la esperanza de que la política tendría un vuelco favorable, en caso que los dirigentes militares se pusieran de acuerdo. Estos deseos tenían cierta base firme; pero como siempre, exagerados por ilusiones más que por la certeza, ya que los conductores de la guerra querían, cada uno de ellos, campar por su máxima gravitación en los sucesos.

Urgía la toma de decisiones, por cuanto en esos días alarmantes novedades eran puestas en conocimiento de los aliados. El 14 de septiembre Paz anotó al general Rivera que el Dictador de Buenos Aires *"estaba pasando caballada"*, lo que corroboraba el agente de Corrientes en Montevideo el 8 de octubre: Rosas

mueve todo su poder para asegurar la presa, y con profusión le da a Oribe recursos y elementos. Don Ignacio Oribe es el que ha marchado a cargo del gran convoy, y es indudable también que están pasando numerosas caballadas.

Al Gobernador Ferré ratificó Julián de Paz la noticia:

El sábado 1° del corriente se hizo a la vela de Buenos Aires el gran convoy de armas, repuestos, vestuarios y dinero que debe habilitar a Oribe para abrir su campaña. Se compone de 16 buques y va a cargo de él don Ignacio Oribe. Se habla con variedad del número de caballada que el general Mansilla ha hecho pasar por uno de los vados del Paraná; pero parece indudable que ha sido en cantidad considerable.

En la primera semana de octubre de 1842 llegó el Gobernador Ferré a Paysandú y no perdió tiempo en entrevistarse con el general Fructuoso Rivera. De inmediato volvió a objetar la presencia de los generales Paz y Juan Pablo López, que seguían titulándose "Gobernadores legales" de Entre Ríos y Santa Fe, lo que él consideraba "una farsa que nos ponía en ridículo"; pero Rivera le argumentó que era "útil a la causa", y Ferré cuenta en su *Memoria*: "Me fue preciso condescender con éste, como único que estaba en posesión de todos los recursos para continuar la guerra contra Rosas". Para mostrar unidad, se festejó el 12 de octubre solemnemente un fasto común, cual era el triunfo de Sarandí, obtenido en 1825 por Lavalleja y Rivera sobre el Ejército Imperial de Brasil que ocupaba la entonces Provincia Oriental.

Lo tratado en Paysandú reviste un interés fundamental para conocer la manera como se desarrollaron los sucesos siguientes, atento a la torcida interpretación que se le dio, por lo cual resulta menester atenderlo con algún detalle.

La conferencia inaugural tuvo lugar dos días después, asistiendo los cuatro personajes: Rivera, Ferré, Paz y López, asistidos por sus consejeros —respectivamente— José Luis Bustamante, Juan José Alsina, Santiago Derqui y Manuel Leiva. Se convino que todos pondrían los elementos militares "sin excluir sacrificio alguno", y que Rivera sería el Director de la Guerra, suministrando los subsidios y auxilios que necesitasen sus aliados, con cargo de reintegro cuando llegara la oportunidad. Si el jefe oriental celebrara pactos con Poderes extranjeros tendientes a triunfar en la guerra, debería contar "con previo acuerdo y aprobación de los Gobiernos argentinos". El general Paz propuso que las Provincias de la Confederación representadas por sus mandatarios, no trataran con el Presidente Rivera separadamente, sino que convenía que formaran un "todo compacto" con la denominación de *Revolución Argentina*: ello fue aprobado en principio, quedando por acordar su alcance al día siguiente.

No tardaron en surgir las diferencias.

En la segunda jornada Ferré planteó aclaraciones sobre las facultades de la unidad de aquellas Provincias: abrigaba desconfianza sobre lo que calificó de "sofisma" del *todo compacto*; temía en su fuero íntimo el verse despojado de la conducción de sus tropas a donde considerase que eran más convenientes a su Provincia. En cuanto a Paz, recelaba que el "Director de la Guerra" pusiese fin a la contienda contra el Dictador porteño en beneficio únicamente del Estado Oriental, siendo que el origen de las hostilidades era deponer a Rosas del mando de la Confederación para organizarla constitucionalmente. La presencia de Rivera en la reunión no permitió abordar la cuestión con franqueza.

La llegada del Presidente de la República Riograndense del sur brasileño en lucha contra el Imperio, general Bento Gonçalves de Silva, suspendió durante dos días las conferencias, concertándose en el interin un tratado de ayuda mutua con éste contra Rosas y contra Don Pedro II.

Prosiguieron las conferencias el 17 de octubre, sin la asistencia del General oriental, pues éste consideró que la resolución sobre la centralización de esfuerzos de los jefes argentinos no era materia que le concerniera. El Gobernador Ferré se opuso esta vez abiertamente a la unificación de la resistencia a Rosas, pero el general Juan Pablo López apoyó a Paz. Para buscar una conciliación se derivó la redacción de un proyecto a los asesores de los mandatarios. Reza el acta correspondiente: *"Pero antes de cerrarse la conferencia, se estableció que el término de la guerra que hacía la Revolución Argentina a don Juan Manuel Rosas era el exterminio de este tirano"*.

Dos jornadas después se presentó el proyecto, que establecía un "Poder Central" encargado al Gobierno de Corrientes con dos Ministros de las demás partes, y un "Ejército Argentino Libertador" compuesto por las tropas de esa Provincia y las de Entre Ríos y Santa Fe, quedando por designarse a su Comandante en operaciones. La alianza con el Estado Oriental se efectuaba "mientras se halle en guerra contra el Tirano", y rezaba también: *"Tampoco podrá consentir en cosa alguna que directa o indirectamente influya contra la integridad del territorio argentino"*. Pedro Ferré se opuso, considerando que la formación del Ejército con un General en Jefe propio, contrariaba la designación de "Director de la Guerra" conferida en la primera reunión a Rivera, lo cual sería precursor de futuros choques políticos, y sostuvo que la "Revolución Argentina" apenas debía ocuparse de mantener con Rivera las relaciones ya acordadas, por cuanto las autoridades que querían crearse deberían aguardar a que las Provincias que la formaban "se hallen en completa posesión de sus respectivos territorios". Es decir, que el Ejército Correntino seguiría dependiendo del Gobierno de su Provincia. El pensamiento del general Paz —ya conocido— era que la lucha debía tener "un carácter nacional", y "no ir solamente a defender a los correntinos, sino a salvar la República". Ferré fue inflexible, y asienta el acta que *"se sostuvo una acalorada discusión"*. El general Juan Pablo López mostró su desagrado por no arribarse a un acuerdo, y declaró que él se ofrecía a pelear como simple comandante, y que la lucha contra Rosas debía continuarse *"con uno solo que quedara, y aunque fuera confinándonos al Chaco"*.

Las posiciones obstaron a una solución, y la crisis sobrevino.

A la sesión del 20 de octubre el Gobernador Ferré no asistió, anunciando

en su nombre el doctor Juan J. Alsina que la insistencia en formar un Ejército común no merecía su adhesión “y que por consiguiente creía excusado asistir a su discusión”. Con esto fracasó la reunión de Paysandú, elocuente ejemplo de la constante falta de entendimiento de los enemigos de Rosas, que dificultaron un triunfo sobre él.

El Gobernador Ferré explicó por escrito el día 24 a los generales Paz y a López que era su criterio el “no perder un tiempo tan precioso en arreglos”, sino que por separado “debe cada uno de nosotros reunir y presentar todos sus elementos al Director de la Guerra, como ya lo he hecho de mi parte”; en mejor oportunidad podría volver sobre los tratados propuestos. No se le escapaba que en el “Ejército Argentino Libertador” imaginado, la única Provincia con elementos combativos era la propia, siendo escasos los de Santa Fe, y mínimos los de Entre Ríos, y no quería desprenderse de aquel, comprendiendo que el único llamado a comandarlo sería el general José María Paz. A Rivera, en idéntica fecha, el mandatario correntino le ratificó que no obstante el “incidente bien desagradable” ocurrido, “en nada puede ni debe alterar mis compromisos para llevar la guerra adelante”.

El general Paz, por su parte, quiso aclarar ante el Gobierno de Corrientes su negativa a mandar las tropas de esta Provincia, dirigiéndose al mandatario delegado en ausencia de Pedro Ferré, para evitar que éste reservase su comunicación. Insistió que su pensamiento tendía a ver “asegurada la nacionalidad del objeto de la guerra, y organizada la Revolución de modo que pudiera consultar y defender los verdaderos intereses argentinos”. El acuerdo del general Juan Pablo López no había bastado: “El Excmo. señor Gobernador don Pedro Ferré hizo a todo una alarmante resistencia”. Esta categórica manifestación fue mal interpretada por una corriente historiográfica posterior, creyendo que el apartamiento de Paz se debió a que el general Fructuoso Rivera quiso anexionar la Mesopotamia al Estado Oriental, suposición absurda que carece de sustento documental contemporáneo, y que no toma en cuenta el espíritu y el carácter tanto de Ferré como de Urquiza, quienes además, eran Gobernadores de opuesta militancia como para convenir unidos en tal traición.

Más aún: cuando en esos días el general Rivera volvió a tomar el mando del Ejército Oriental, y le agradeció a Paz su interinato, éste le retribuyó sus plácemes (30 de octubre) en corteses términos. No fue todo: Rivera le ofreció ser el Segundo Comandante de las tropas que se enfrentarían a Oribe:

Yo espero del noble y decidido patriotismo de V.E. y de su adhesión por la causa de la libertad, no se negará a prestar este nuevo e importante servicio, que va a decidir los destinos de ambas Repúblicas.

Pero el general Paz le hizo conocer el desacuerdo “obrado exclusivamente por el señor Gobernador Ferré”. Ante ello participaba a Rivera su resolución de no tomar parte en la campaña, “asegurándole que como argentino estoy muy reconocido a la liberalidad de las ideas que V.E. ha emitido en nuestras conferencias”.

Poco después Paz inició su viaje a Montevideo en compañía de su mujer e hijos. Su hermano Julián de Paz aprobó su resolución desde esta ciudad:

Es visto que no mereces ni la confianza ni la afección del señor Ferré, y desde que él ocupa una posición tan influyente, tu presencia perjudicaría: tú tendrías que sufrir inmensamente, y la causa nada ganaría porque nada de provecho podrías hacer en una posición insignificante.

Pese al alejamiento de Paz, el general Rivera encaró decididamente la ofensiva “para arrojar a Oribe y Urquiza fuera del territorio”, como le anunció el 9 de noviembre, adelantándole sus próximas operaciones:

Hoy pienso hacer mi primer movimiento, haciendo adelantar la vanguardia, fuerte de 900 hombres, hasta las alturas del Gualaguay, donde debemos reunirnos para pasar aquel río por el paso de la Laguna y buscar a Don Justo, que según se dice permanece en las Raíces.

Los Departamentos entrerrianos al este de ese río habían vuelto a ser dominados por sus tropas.

8

El Ejército Entrerriano de vanguardia de los federales, conducido por el general Justo J. de Urquiza y con campamento en la localidad de Raíces —centro de la Provincia—, sumaba 6.769 hombres revistando en las siguientes unidades: *Caballería*: I División al mando del coronel Manuel A. Urdinarrain, II División del coronel Hilarión Campos, III División del coronel Miguel Gerónimo Galarza, IV División del coronel Crispín Velásquez, V División del coronel Lucas Moreno (oriental), VI División del teniente coronel Manuel Antonio Palavecino, VII División del teniente coronel Calixto Arredondo, y VIII División del teniente coronel Ramón Góngora. *Infantería*: batallón “Entrerriano” del mayor José María Francia, batallón “Patricios” del teniente coronel Pedro Maruri, y batallón “Cívicos” del capitán José Benítez. *Artillería*: compañía a cargo del mayor Marcelino Martínez (estado de fuerzas fechado el 12 de octubre). El general Oribe no se cansaba de recomendar a Urquiza “cuidado y circunspección” para evitar un choque desfavorable: “Mucho conviene que Ud. nada aventure”, “Le recomiendo muchísimo que no comprometa la fuerza”. En tanto las tropas entrerrianas, despachadas a diversos puntos, procuraban recuperar el terreno perdido y libraban frecuentes combates contra los invasores orientales.

Los últimos, conforme lo anunciado por Rivera al general Paz, no perdieron tiempo en dirigirse contra Urquiza, llevando a vanguardia a la División Santafecina de 900 hombres que conducía personalmente el general Juan Pablo López. Fueron éstos los primeros que se enfrentaron con los federales, cuyos elementos avanzados (1.500 soldados) se hallaban sobre el paso de la Laguna en el río Gualaguay al mando de los coroneles Crispín Velásquez y Lucas Moreno. Urquiza estaba apostado entre dos y tres leguas a retaguardia con el grueso de sus elementos.

El 13 de noviembre López avanzó impetuosamente y trabó pelea con los enemigos, cuya resistencia fue superada. Los dispersos llevaron la noticia de

la derrota al campamento de Raíces. El repliegue de los entrerrianos dejó libre el cruce del río Gualeguay al general Fructoso Rivera, quien al frente de algo más de 2.000 hombres (contaba con refuerzos llegados) atravesó la corriente —que había crecido y era fuerte— con sus hombres montados en pelo, dejando monturas y equipos en la orilla, y armados sólo de sables y lanzas.

Urquiza no pudo detener a los enemigos. Bien sea por la sorpresa, o inferioridad numérica, o por seguir las instrucciones de Oribe, lo positivo es que su Ejército emprendió una retirada con característica de fuga, perdiendo caballos, armas y equipos, tras intentar una defensa débil. El parte de la acción que Rivera pasó al Gobernador Ferré da cuenta de lo sucedido:

Ordené al General de Vanguardia cargase inmediatamente. Esta operación fue ejecutada en un momento con la mayor bizarría, derrotando completamente todas las fuerzas enemigas que se presentaron a su frente. El señor coronel Blanco con el escuadrón de su mando, por nuestra izquierda, el señor coronel Luna con el suyo, ambos de tiradores, y el señor coronel García por el centro, con un cuerpo de lanceros, desempeñaron con el valor que les es propio tan denodada carga.

Desde aquel momento la derrota se hizo general, y las fuerzas enemigas que formaban la línea cayeron en gran desorden, envueltas por nuestros valientes, sobre la columna de reserva de Urquiza, la que se desbandó completamente sin tirar un tiro, huyendo en todas direcciones y dejando en el campo un número considerable de muertos, cuyo número no ha sido posible calcular por la naturaleza montuosa del terreno, y no poca porción de prisioneros.

La persecución se prosiguió “atravesando el famoso monte de Montiel” hasta las ocho de la noche en que se llegó al pueblo de Nogoyá, “en el momento que Urquiza con un resto como de 300 hombres acababa de pasar aquel arroyo en dirección a la capital”.

El señor coronel Blanco desmontó inmediatamente su escuadrón de tiradores y forzó el paso, que los enemigos intentaban defender, sufriendo allí una segunda derrota y persecución hasta dos leguas más adelante, donde hizo alto nuestra vanguardia a las diez de la noche.

Urquiza logró retirarse a salvo, ordenando a sus jefes que hicieran lo propio, hasta que pudo unirse a la vanguardia oriental mandada por el general Servando Gómez. Años después (1888) el general Ricardo López Jordán, quien revistaba como ayudante del Ejército Entrerriano en los encuentros referidos, al confeccionar su foja de servicios, recordaba:

El 13 de noviembre sufrió el cuerpo de Moreno en que yo servía, y el de don Crispín Velásquez, un descalabro fuerte que nos valió una persecución de 25 leguas.

Esta victoria, lograda primero por Juan Pablo López y sus santafecinos, y consumada luego por los orientales de Rivera, envalentonó considerablemente a los aliados liberales.

Cautelosamente, sin pretender poner en riesgo el triunfo alcanzado, Rivera se retiró dos días después con todas sus fuerzas hacia el Palmar, en el noreste, para recibir al Ejército Correntino.

Casi al mismo tiempo, el 14 de noviembre, finalmente el general Manuel Oribe se movió de Paraná al frente del Ejército Federal, perfectamente equipado y montado, en busca de sus oponentes liberales. Luego de limpiar a las Provincias del interior de la Confederación Argentina de opositores a Rosas, se aprestaba a hacer lo mismo con las del Litoral. Durante su marcha hacia la costa del río Uruguay sobrevino un conflicto interno: al llegar al arroyo Clé el 27, una orden del día redactada por Oribe que debió difundir el general Eugenio Garzón como jefe del Estado Mayor, contenía una alusión injuriosa para los “salvajes unitarios”. Garzón, quien salvara su vida por determinación del general Lavalle al caer prisionero en Santa Fe, y luego fuera liberado por éste, no la incluyó, y la reacción colérica del general Manuel Oribe fue inmediata:

Con esta fecha queda separado del Ejército el Jefe del E.M. don Eugenio Garzón, debiendo salir de él el mismo día, sin ayudantes ni asistentes, haciéndose cargo de dicho E.M. el coronel don Francisco Lasala. Esta orden será leída por tres días en el Ejército a la hora de lista.

Garzón se dirigió a Paraná, quedando a disposición del Gobernador delegado Cipriano J. de Urquiza, el cual le confió el mando de las tropas de reserva.

Se aproximaba el día en que los antiguos adversarios orientales, Oribe y Rivera, dirimirían el duelo comenzado años atrás en el vecino Estado, ahora ambos en territorio argentino, y dirigiendo a sendos Ejércitos integrados por tropas de unas y otras bandas del Plata y del Uruguay. Era pensamiento unánime que la “guerra civil internacional” alcanzaba su punto de definición. Los dos Comandantes enemigos confiaban en el triunfo: el general Oribe escribió a Rosas el 18 de mismo mes que su Ejército estaba “completamente equipado y listo”, y que su rival, “presumiéndolo, e incapaz de resistir, ha empezado a retirarse”. Rivera no era menos optimista y expresaba el día 27:

Si el enemigo sale de los bosques del Gualeguay y desea un campo de batalla, estoy resuelto a ofrecérsela. Nuestro Ejército tiene un personal suficiente y puede combatir contra cualquier enemigo sin preguntar su número.

En la jornada siguiente se produjo la reunión con el Ejército Correntino conducido por el general Vicente Ramírez en el campamento de las puntas del arroyo Grande, equidistante entre Concordia y Villaguay.

El 5 de diciembre el Ejército Federal se hallaba en la estancia de Francisco Barú, no muy lejos del Ejército Aliado. Ese día el general Fructoso Rivera, conociendo su proximidad, anunció al Gobierno de Montevideo:

El enemigo ha avanzado hasta el arroyo Palmar y es muy probable que si pasa adelante tenga lugar una batalla. El Ejército de mi mando se halla preparado y en el mejor estado de disciplina y entusiasmo.

No le faltaba razón para pensar así, como lo demuestran las reminiscencias de dos integrantes de aquel, que a continuación se expondrán; y que no sólo sirven para aquilatar la alta moral y confianza de las tropas aliadas, sino para corregir una versión equivocada pero que se repite sin analizarla.

Proviene ella de un contemporáneo, el después general César Díaz —oriental, pero adversario político de Rivera—, quien no se encontraba entonces en el Ejército Aliado sino en Montevideo (*“volví en mayo”, precisa*), pero que influido por los acontecimientos que se desarrollaron, ofreció un cuadro que no se ajusta a los hechos ocurridos. Es así como describió al Ejército Oriental-Correntino cual “una masa heterogénea”, “sin armonía en el conjunto”, y consideró que los correntinos estaban “desalentados”. Opinó Díaz que el general Rivera debió “abandonar la Provincia de Entre Ríos y colocarse en el territorio de la República”, lo cual significa que ignoraba por completo las instrucciones bien terminantes del Gobernador Ferré; pero aquel General considera que tal maniobra le hubiese infundido a las tropas “fe en el triunfo y confianza en su dirección”. Sin duda hubiese resultado todo lo contrario, abandonando el territorio que se dominaba ante el avance enemigo. Estas y otras conjeturas *ex post facto* del general Díaz contenidas en sus *Memorias*, sin embargo, han sido repetidas literalmente por casi todos los historiadores de aquellos sucesos, por no decir que las utilizaron la totalidad de quienes se refirieron al tema.

No era eso lo que se vivía en el Ejército Aliado, y los dos caracterizados testimonios que se expondrán vienen a contradecir lo que imaginó César Díaz en demérito de ese Ejército y su Comandante en Jefe, quien lo mostró en la carta del 5 de diciembre —el día anterior al encuentro— como “*en el mejor estado de disciplina y entusiasmo*”.

Otro oriental que alcanzó el generalato en el país hermano, Ventura Rodríguez, a la sazón oficial en la artillería correntina, recordó en sus propias *Memorias* lo que viviera como actor: “Corrientes conservaba aún frescos los laureles de la victoria de Caá-guazú y se creía invencible, teniendo a su lado al general Rivera y al Ejército Oriental”, añadiendo que Rivera mandaba “ánimas tropas, vigorizadas con el brillante triunfo que bajo sus órdenes acababan de obtener sobre las de Urquiza en el Gualaguay”. Corrobora tal sentimiento el teniente coronel Benjamín Virasoro —con el tiempo, Teniente General y decano de los jefes superiores argentinos—, quien revistaba en la caballería de Corrientes: “La Provincia esperaba un resultado favorable”, y específicamente aludía a que sus efectivos eran “aguerridos y disciplinados en muchos combates y con el prestigio del triunfo en Caá-guazú, que les daba una confianza desmedida en sus propias fuerzas, y la valentía propia de un grande entusiasmo”.

Conviene destacar que el descripto era el mejor y más numeroso Ejército que los elementos liberales presentaron contra los soldados *federales*. Ni Lavalle, ni La Madrid, ni Paz habían contado con tantas tropas, y las victorias de los generales Oribe y Pacheco en el Interior —sin desmerecer el comportamiento de sus subordinados— se debieron sobre todo a la mala calidad de los equipos y la inferioridad numérica de sus adversarios: así había sucedido en Quebracho Herrado, Famaillá y Rodeo del Medio. El propio Paz tuvo que enfrentar en Caá-guazú al Ejército Entrerriano en condiciones desventajosas.

Lo que tornaba desparejos a los contendientes era la cantidad de efectivos: mientras los aliados liberales alcanzaban a 7.000 hombres, el Ejército Uni-

do de la Confederación sumaba casi el doble: 12.000 plazas. Si la artillería era similar en uno y otro campo, y la caballería —aunque la de Oribe más numerosa— podía considerarse equilibrada, eran las fuerzas de infantería donde se hacía sentir la mayor desventaja del Ejército Aliado.

Como lo adelantara el general Rivera, los aliados bajo sus órdenes tomaron la iniciativa, confirmándolo luego el general Oribe:

tuvieron la audacia de salir al paso al Ejército Unido de Operaciones de Vanguardia que tengo el honor de mandar. Desde el día 5 del corriente a la tarde se dejaron ver algunas columnas del Pardejón [Rivera], que anunciaban no estar lejos el todo de su fuerza.

A la madrugada siguiente la vanguardia federal a órdenes del general Gómez envió un parte a su superior “*de que se hallaba al frente del Ejército enemigo y que éste formaba su línea*”. Inmediatamente Oribe le ordenó replegarse sobre las fuerzas propias.

Amaneció el 6 de diciembre de 1842, fecha del choque, “*día de sol y de calor*”, recordaba un veterano de la jornada. Los Generales enemigos tendieron sus posiciones conforme a la modalidad que se seguía casi invariablemente.

El general Fructuoso Rivera colocó a su derecha a las Divisiones orientales de caballería, mandadas por los coroneles José M. Luna, Bernardino Báez y Pedro Mendoza. El ala izquierda, de esta misma Arma, la componían una División oriental del coronel Luciano Blanco y otra División santafecina a las órdenes del propio general Juan Pablo López. La reserva de esta Arma, toda de Corrientes, estaba mandada por el general Vicente Ramírez, con los escuadrones de los tenientes coroneles Benjamín Virasoro, Bernardino López y José Virasoro a la derecha, y a la izquierda los de los tenientes coroneles Joaquín y Juan Madariaga, a los cuales acompañaba el general José Domingo Ábalos. En el centro se hallaba un batallón oriental comandando por el coronel Santiago Lavandera, y dos correntinos de los tenientes coroneles Tedesqui y Yarza. En el mismo lugar se apostaron las dos baterías de artillería: una oriental del coronel Martiniano Chilavert, y otra correntina del coronel José Ma. Pirán, contando con un total de 16 piezas: 14 cañones de variado calibre y 2 obuses.

Su oponente el general Manuel Oribe emplazó de la misma manera a sus tropas. La derecha de caballería tenía a su frente al general Justo J. de Urquiza, con las Divisiones de los coroneles Nicolás Granada, Manuel de la Bárcena, Carmelo García y Miguel Gerónimo Galarza, con más una columna flanqueadora del general Ignacio Oribe (hermano del Comandante en Jefe). El ala izquierda, también caballería, era mandada por el coronel José María Flores, y sus jefes de División eran el coronel Cayetano Laprida y los tenientes coroneles Baldomero Lamela y Julián Ciriaco Sosa, con otra columna flanqueadora del general Servando Gómez. El centro estaba bajo el comando del general Ángel Pacheco, con los batallones de los coroneles Mariano Maza y Pedro Ramos, los tenientes coroneles Gerónimo Costa y Marcos Rincón, y el mayor Cesáreo Domínguez. La artillería constaba de dos baterías, dirigidas por el teniente coronel Francisco Carbonell y el mayor Bernabé Castro, con 10 cañones, 2 obuses y 1 cohetera. Como reserva formaron los coroneles Manuel Antonio Urdinarrain y Florencio Olivera, y el teniente coronel Calixto Arredondo.

La batalla fue tenazmente disputada por ambas partes, como era de imaginarse: fue, en concepto del luego general Virasoro, "la más sangrienta en toda la guerra civil", y su juicio vale por las muchas campañas a que asistió, desde Pago Largo hasta Pavón. La pelea se libró con gran valor y determinación, durando la mañana entera.

Comenzó la acción con las cargas de las caballerías rivales, que libraron la acción con gran empeño. El ala derecha oriental hizo retroceder a la opo- nente, en versión del general Ventura Rodríguez:

"Las primeras fuerzas que chocaron con el enemigo fueron las de nuestra derecha, las de caballería de los coroneles Luna y Mendoza. Esas fuer- zas hicieron dar vuelta a las de la carga enemiga y las arrearon".

En dicha oportunidad el coronel Pedro Mendoza recibió un balazo en la pierna derecha y debió ser colocado en un transporte, y en las filas federales el coronel José María Flores fue herido de lanza.

Los cañones de uno y otro lado hacían fuego incesantemente, causando las consiguientes bajas.

En el costado izquierdo del Ejército Aliado, el general Urquiza no perdió tiempo en avanzar a su vez. Refiere Rodríguez en sus *Memorias*:

"Salieron dos Divisiones enemigas en protección. De nuestra parte se movieron los santafecinos. Volvió a entrar en línea el enemigo: se cono- cía que era un Ejército aguerrido el que teníamos al frente".

En este costado la lucha también se empeñó fieramente, según lo cuenta el teniente coronel Virasoro:

"En la izquierda flanqueada apenas tuvo tiempo el coronel Blanco en hacer dar frente a los flanqueadores a uno de sus escuadrones, que le fue imposible sostener la carga del enemigo a pesar de la energía más valiente por parte de la tropa. Pero volviendo a hacer prodigios de valor la División Blanco, con la protección posible, equilibró la suerte de las armas y vacila el enemigo y aún comienza a derrotarlo; cuando nuevamente por la protección traída por el general Urquiza conteniendo a los derrotados, los hace volver sobre aquella División y con la infinita superioridad del número la abrumó, obligándola a salir del campo de batalla en derrota, con algunos cuerpos hechos".

La definición estuvo a cargo del centro comandado por Pacheco. Refiere el parte del general Oribe:

La infantería, digna de especiales elogios, se dirigió con un paso im- ponente, heroico, aterrador, bajo un fuego vivísimo de artillería que hu- biera arreado a cualquiera otros soldados que no fuesen los de la Con- federación Argentina, a apoderarse de las posiciones enemigas sin titubear. A cierta altura, conociendo el señor general don Ángel Pacheco como el punto más importante y prominente de la línea enemiga el que ocupaba esa batería de la derecha, ordenó al batallón Defensores de la Indepen-

dencia se lanzase sobre ella al paso de carrera, y a los batallones Patricios y Libres que hicieran cesar el fuego y sostuviesen este ataque al paso de trote, con el frente a los dos batallones enemigos que la apoyaban, para cargarlos a la bayoneta. El primero con su comandante don Marcos Rin- cón a la cabeza, se arrojó inmediatamente, apagando los fuegos de los ca- ñones con sus bayonetas. Los dos batallones enemigos, no pudiendo sos- tener el choque de los nuestros, al mando del coronel don Pedro Ramos el de Libres y del mayor don Cesáreo Domínguez el de Patricios, dieron la espalda. El 1er. escuadrón de la División Entrerriana, de reserva, al man- do del coronel don Florencio Olivera, recibió entonces la orden de lancear los fugitivos.

El centro del Ejército Aliado fue dislocado, quedando separada la fuerte caballería de la izquierda, con los infantes y artillería, del centro, donde resta- ban otras fuerzas similares. Continúa Oribe en su despacho oficial:

Los batallones Independencia y Libertad, que formaban la derecha de nuestro centro, al mando de sus jefes teniente coronel don Gerónimo Cos- ta y coronel graduado don Mariano Maza, marchaban de frente con paso imperturbable, conservando su alineación y arrojando los fuegos de la otra batería y de los otros dos fuertes batallones enemigos de la izquier- da; pero nuestros bravos los aterraron al fin con sus fuegos bien dirigidos, y los obligaron a dar la espalda abandonando todo su material.

El oficial de la artillería correntina, Ventura Rodríguez, rememoró a su vez:

"La línea enemiga venía acompañada de su reserva, y la línea nuestra no tenía reserva: éramos muy poca gente. Hizo dos veces alto el enemigo, dando lugar al fuego raso de su artillería. En artillería podíamos competir bien con aquel: era lo único en que teníamos fuerzas iguales. Después mar- chó nuevamente el enemigo, trayéndonos una carga decisiva de toda su infantería y la mayor parte de su caballería".

Por su parte el teniente coronel Benjamín Virasoro refiere que se empeñó la pelea cuerpo a cuerpo al arma blanca "con ardor", y que los federales en- contraron "en casi todos los cuerpos una resistencia cual jamás en las luchas civiles en nuestro país hasta entonces fue sostenida por un heroísmo mayor".

La infantería oriental, abrumada por el cansancio luego de tres horas de batallar, emprendió ordenadamente su repliegue bajo el comando del coronel Lavandera, sobrino del general Rivera. Siguió su movimiento la artillería, y agrega Rodríguez:

"El coronel Pirán y el coronel Chilavert mandaron *batería en retira- da*, pero ya teníamos encima a la infantería rosista y un fuego sostenido contra las nuestras, las cuales abandonaron el campo, perseguidas. Cuan- do montó nuestra artillería a caballo para hacer la retirada, pensando que sería sostenida tanto por su fuego como por el de la infantería, ésta ya iba en derrota y dispersa. El coronel Pedro Mendoza, herido de bala en una pierna, había sido puesto en un carretón, que echó a correr. Una fuerza pequeña de caballería se nos vino por el costado izquierdo: nos hizo sol-

tar el cañón. Esa misma gente alcanzó el carretón donde iba el coronel Mendoza y mató allí al Coronel”.

Murió cerca de allí el teniente coronel Joaquín de Vedía, de la artillería oriental, alcanzado por una bala cuando se disponía a montar.

La caballería liberal ofreció mayor resistencia, equilibrando por momentos la suerte de la batalla. En su costado izquierdo, la División del coronel Luciano Blanco hubo de vencer a sus oponentes, pero el apoyo que ofreció a éstos el general Urquiza contuvo a los derrotados. Lo sucedido en la otra ala lo describe Virasoro, quien se hallaba ahí:

“Por la derecha la División de Báez fue flanqueada, peleó esforzadamente, y en su protección había entrado inmediatamente gran parte del regimiento que estaba a su retaguardia, de cuyo regimiento parte se había disuelto llevado por el empuje de los derrotados de la División de Mendoza, y aún por la de Báez. Las fuerzas que resistían sembraban la muerte en las filas enemigas, y a su vez acabaron por ceder al terror infundido por el número y la facilidad del movimiento de éstos”.

Sin contar los liberales con reservas, pudiendo los federales reorganizarse, y disponiendo de cuerpos flanqueadores, pasado el mediodía la derrota se pronunció en todo el Ejército Aliado.

Nuestra intrépida caballería —expresó Oribe—, probada ya tantas veces, se precipitó con la confianza del vencedor hasta cruzar sus lanzas con los salvajes unitarios, que cedieron al momento el campo, declarándose en la más completa y vergonzosa fuga.

Los cuerpos de infantería liberal, sin poder continuar el movimiento retrógrado debido a su agotamiento, comenzaron a rendirse sucesivamente. En cambio, grandes masas de caballería pudieron abandonar el campo de batalla, entre las cuales buscó su salvación el general Fructuoso Rivera. Toda la artillería cayó en poder de los federales.

La persecución a los “salvajes unitarios” fue tenaz, sin dar cuartel. Durante ella el teniente coronel Baldomero Lamela alcanzó con su partida a un jefe liberal, “y no queriendo éste entregar las armas, aquel echó a tierra, haciendo apartar su tropa, y cuerpo a cuerpo dio la merecida muerte al traidor”: así escribió el propio general Oribe, quien añade otro episodio:

El jefe del Estado Mayor General, coronel don Francisco Lasala, alcanzó al oficial que llevaba en sus manos una profanada y adulterada bandera oriental, y se la arrancó hundiéndole al mismo tiempo su espada en el cuerpo.

El parte del vencedor indica el destino de sus enemigos:

Perseguidos con un ejemplar tesón por nuestros bravos, han disparado en distancia de once leguas que duró la persecución. Más de 2.000 cadáveres, entre ellos el titulado coronel mayor salvaje unitario Ramallo, el

también titulado coronel salvaje unitario anarquista oriental Pedro Mendoza, el salvaje unitario titulado coronel Beruti, y otros infinitos titulados jefes y oficiales. Nuestra pérdida no es considerable, pero no deja de ser sensible, pues tenemos heridos al coronel jefe de la División Flores, del 6, don José Ma. Flores, de una lanzada, aunque no de gravedad; al teniente coronel don Tomás Gómez de un balazo, al teniente coronel graduado capitán don Francisco Castro, al sargento mayor don Marcos Neyra, 13 oficiales mas, y 217 individuos de tropa. Muertos 3 oficiales y 74 soldados.

Llama la atención la desproporción de bajas, confesadas por el mismo Comandante triunfador: imás de 2.000 muertos liberales contra 77 federales!... Es que, por desgracia, una vez más el general Manuel Oribe manchó su victoria con ejecuciones, algunas de ellas cometidas con sadismo. La batalla de Arroyo Grande es atrozmente célebre por las víctimas ultimadas luego de ser capturadas. El vencedor se ensañó especialmente con sus compatriotas orientales, sin perdonar jerarquías, salvo la tropa, que fue en parte distribuida entre los cuerpos que la aprisionaron. Un oficial federal recordaba años más tarde: “Allí sobre la barranca se pasó a degüello a todos los prisioneros que se tomaron, desde cabo a oficial, aún de las más altas graduaciones”. Los cadáveres quedaron insepultos, y el arroyo sobre cuya barranca se ultimó a los vencidos fue conocido por *de las Calaveras*. Algunos jefes en particular resultaron víctimas de muerte cruel, como el caso del teniente coronel Bernardo Henestrosa, de la División Santafecina, destino que no quiso sufrir el teniente coronel Nicolás Tedesqui, de la infantería correntina, quien se suicidó con su propia espada.

Los frutos de la victoria federal en Arroyo Grande fueron numerosos, según el parte oficial: “16 piezas de artillería de calibre de a 4 hasta 12, 48 entre jefes y oficiales, y 1.354 de tropa prisioneros, han quedado en nuestro poder, con todo su parque, comisaría, bagajes, banderas, y 14.000 caballos”. La satisfacción del general Oribe se trasluce al comentar el resultado del encuentro a su mandante el Gobernador Rosas:

Esta batalla, Excmo. Señor, ha sido de aquellas que no dejan al enemigo esperanza alguna. No puede darse una victoria más completa, y los salvajes unitarios han llevado el terrible escarmiento que les tenía preparada la justicia y el Cielo. El Uruguay ha parecido pequeña barrera para los fugitivos despavoridos: en sus playas mismas se han teñido las lanzas de nuestros bravos en la sangre de los traidores, y otros han encontrado la muerte ahogándose. Los mismos caudillos de los salvajes, el Pardejón salvaje incendiario [Rivera], el traidor Mascarilla, y los infames salvajes unitarios Ramírez y Ábalos han debido solo su salvación, con los caudillos, a la torpe cobardía con que muy temprano abandonaron el campo de batalla, dejando entregados a su suerte a los miserables que han arrastrado.

Dejando de lado los dicterios, era cierto que los principales jefes liberales pudieron escapar a la tenaz persecución ordenada. La caballería pudo en gran número sustraerse de la infausta suerte corrida por los componentes de las otras Armas. Rivera mismo comunicó al Gobierno de Montevideo: “disper-

sándose nuestra caballería con muy pocas pérdidas, y retirándose ésta a Corrientes la de aquella Provincia, y la nuestra a la República". El Gobernador Ferré lo confirma: "Sabía que la caballería casi nada había sufrido".

Mas ello no podía disimular la gravedad de la situación: se habían perdido tanto el Ejército Oriental como el Correntino, por completo.

A los pocos días el Gobernador Ferré descendió del puesto —coincidiendo con el término de su mandato— y fue reemplazado el 14 de diciembre por un caracterizado federal correntino, Pedro Dionisio Cabral (a quien sus adversarios políticos no vacilaron en motejar como "Corta Cabezas", sin que esta denominación deba tomarse más que como producto de las pasiones contemporáneas). Ferré emigró a Paraguay, de donde se trasladaría a São Borja, en Brasil. El general Fructuoso Rivera, escoltado por los restos de la División del coronel Luciano Blanco —en que formaban los hermanos Madariaga—, pudo cruzar el río Uruguay a la altura de Salto.

Todo parecía concluido, rubricando el entusiasmo de Oribe. En pocos días de marcha las avanzadas del Ejército Unido de la Confederación —porteños, entrerrianos y santafecinos, más los orientales—, sin obstáculos a su frente, podían tomar posesión de Montevideo.

Bibliografía

DÍAZ, *Historia de las Repúblicas del Plata* cit.

FERRÉ, *Memoria* cit.

HUDSON, *El país de Cuyo* cit.

PAZ, *Memorias* cit.

PEZZARINI, HERIBERTO MARÍA, *Batalla de Arroyo Grande* (Santa Fe, 1976).

RODRÍGUEZ, VENTURA, *Memorias militares* (Montevideo, 1919).

RUIZ MORENO, ISIDORO J., *Alianza contra Rosas* (Buenos Aires, 1999).

SANTOS MUÑOZ, PABLO, *Años de lucha* (Buenos Aires, 1973).

TEIJEIRO MARTÍNEZ, *Historia de Entre Ríos* cit.

ZINNY, *Historia de los Gobernadores* cit.

CAPÍTULO IX

El Estado Oriental y Corrientes

SITUACIÓN EN EL ESTADO ORIENTAL • REACCIÓN EN CORRIENTES •
CAMPAÑA SOBRE ENTRE RÍOS • BATALLA DE INDIA MUERTA

1

Para asegurar la nueva situación en Corrientes fue despachado rumbo a su capital el general Justo J. de Urquiza con el 1º Cuerpo del Ejército Entrerriano, fuerte en 1.200 hombres de caballería (29 de diciembre de 1842), después de haber intervenido en operaciones tendientes a concluir cualquier resistencia en las márgenes del Uruguay. En carta a su hermano Cipriano, Gobernador delegado de su Provincia, refutaba que iba degollando al vecindario en su tránsito, como difundían sus enemigos:

Lo hacían puramente con el objeto de hacer odioso mi nombre a aquella población; mucha parte de ella lo creyó, hasta tanto que mi estadía en Villanueva les hizo conocer lo contrario.

Urquiza —que ya consideraba preciso establecer buenas relaciones con Corrientes— devolvió al Gobernador Cabral la bandera correntina enarbolada por el Ejército de Reserva que comandara el general Paz, con la leyenda "Venció en Caá-guazú" bordada tras esta batalla, bajo el lema antirrosista de "Patria, Libertad, Constitución", perdida en Arroyo Grande. Cabral le retribuyó con las banderas entrerrianas tomadas en aquella acción. Entre ambos se suscribió un tratado para compensar las pérdidas sufridas por Entre Ríos cuando la invasión correntina a principios de año, consistente en la entrega de 300.000 vacunos y 20.000 yeguarizos; pero por otra parte Urquiza condonó la deuda de Corrientes impuesta luego de ser vencida en Pago Largo (1839), de otras 80.000 cabezas de ganado con más 50.000 caballos, y \$ 25.000 plata. En el mes de febrero de 1843 el general Urquiza volvió a su Provincia, dejando como apoyo al mandatario federal correntino una División de 1.000 hombres al mando del coronel José Miguel Galán en su capital, y a los coroneles Bartolomé Ramírez (correntino) y Gaspar Tacuabé (indio misionero) en observación del río Uruguay (donde quedara hasta entonces el coronel Urdinarain, entrerriano).

Producto de su política fue la incorporación a las filas federales de varios militantes liberales, decepcionados del fracaso de sus intentos y ante la garantía ofrecida por las nuevas autoridades. Entre ellos fue de trascendencia la del

ahora coronel Benjamín Virasoro, al cual seguiría su hermano José, quien fue el que llevó por indicación de los Madariaga, el aviso a Ferré de la derrota en Arroyo Grande. En cuanto a Benjamín Virasoro, se había batido en retirada de esta batalla, luchando constantemente contra los enemigos que lo perseguían con ahínco, hasta estar a punto de sucumbir con su caballo muerto y él mismo exhausto y mal herido, momento en que fue socorrido. Puesto a salvo en Brasil, allí recibió seguridades del nuevo Gobernador Cabral, de cuyo establecimiento *Aguaceros* había sido mayordomo antes de ingresar al Ejército.

¿Qué ocurría en el Estado Oriental?

El general Rivera pudo escapar a sus perseguidores, y dejando atrás el Uruguay por la tarde de su funesta jornada, acampó en la villa de Salto. Su primera medida, a partir del día siguiente a la derrota, fue reunir a los dispersos que también habían encontrado su salvación vadeando el río, y todos los caballos que pudo hallar. Los coroneles Blanco, Báez, Luna y otros jefes fueron enviados al interior a los mismos efectos. Era propósito de *Don Frutos* hacer el vacío al enemigo, aún empleando la estrategia de la *tierra arrasada* para privarlo de recursos, hasta el extremo de disponerse a quemar la misma villa de Salto, ordenando su evacuación. Al comenzar a llevar a cabo su propósito, fue advertido por Urquiza —aún en la vecina Concordia—, quien mandó inmediatamente a 400 hombres escogidos para impedir tal vandalismo: *“No te puedes imaginar el placer que tuve —escribió a su hermano Cipriano— al ver mis entrerrianos atravesar el majestuoso Uruguay en 22 minutos con el sable a la dragona y a la espalda la lanza”*. El atentado pudo evitarse, aunque muchas familias emigraron a Entre Ríos.

El 12 de diciembre Rivera participó al Gobierno de Montevideo que había sufrido *“un contraste inesperado”*, y tres días después partió hacia el sur con los contingentes reunidos.

En la capital oriental la noticia del desastre militar y del salvajismo de los vencedores hizo cundir el pánico: se aguardaba a Oribe en cuestión de pocos días. Un contemporáneo de cita ineludible, el teniente coronel César Díaz, indica sobre el espacio que mediaba entre Arroyo Grande y Montevideo:

“Para atravesar esta distancia con una columna ligera, bastaban diez días de marcha, y nosotros habíamos recibido la noticia de la batalla el 11, es decir cinco días después de sucedida; otros cinco días más y los escuadrones enemigos podían tremolar en las calles de Montevideo sus estandartes victoriosos”.

Nada mejor para describir el ánimo imperante en la ciudad que recurrir a las *Memorias* del mismo testigo calificado:

“El terror de las armas enemigas se había difundido rápidamente en toda la extensión de la República, y la convicción de que el país estaba perdido era general. Sustraerse al próximo peligro refugiándose en el extranjero era el pensamiento más común entre los hombres que pertenecían a lo que entonces se llamaba Partido Colorado, y muchos de ellos lo ejecutaron en los primeros momentos del conflicto, no teniendo valor para aguardar a que el tiempo, en algunas horas más, les confirmase en la necesidad de la expatriación, o les ofreciese la posibilidad de permanecer en sus

hogares. Toda idea de resistencia era inconcebible para ellos: veían por instantes asomar a las puertas de Montevideo el gigante de Arroyo Grande”

No era el descripto un rapto pasajero, sino el conocimiento de los recursos defensivos con que se contaba. En cómputo de Díaz:

— *“100 soldados de línea (batallón nº 3, recién creado) en instrucción y que aún no habían hecho ejercicio de fuego; 1.500 milicianos recientemente enrolados, de los cuales dos terceras partes al menos no sabían hacer uso del fusil, y 6 piezas de artillería sin artilleros, era toda la fuerza y el material con que contaba la capital. No había parque, ni maestranza, ni depósitos militares de municiones ni de armas, de ninguna especie”*.

El 12 de diciembre, apenas confirmada la noticia de la pérdida del Ejército en Entre Ríos, el presidente del Senado, Joaquín Suárez, dictó un decreto exhortando a los ciudadanos a empuñar las armas, mostrando no estar dominado por el pánico. Quedaron incorporados al nuevo Ejército de Reserva a crearse, todos los esclavos, en calidad de libertos. Y sin dudar, confió su dirección al general José María Paz, residente en Montevideo luego de su separación de las operaciones en Paysandú. Éste tampoco vaciló:

No se ha engañado el Gobierno al considerarme dispuesto a defender la libertad de esta República por cuya independencia tuve la gloria de combatir; que es hoy el asilo de mis compatriotas perseguidos de muerte por el bárbaro tirano de mi Patria, y a la que deseo manifestar mis simpatías. Puede V.S. contar con mi más completa deferencia y con que seré infatigable para corresponder a la confianza con que se ha dignado honrarme el Gobierno de la República.

Por segunda vez, como antes en Corrientes, debía Paz improvisar un Ejército de la nada.

Febrilmente, con la angustia que dominaba a todos los espíritus, comenzaron los trabajos para poner en condiciones de defender la plaza, aguardando de un momento a otro la llegada de sus implacables enemigos. Todos colaboraron:

“El general Juan Pablo López, que había sido Gobernador de Santa Fe y que se hallaba accidentalmente en Montevideo todavía convaleciente de una grave enfermedad —escribe Díaz—, se presentó al general Paz con dos ayudantes que conservaba, ofreciéndole sus servicios en clase de simple soldado; y otro tanto hizo ante el Ministro de la Guerra el glorioso soldado de Junín, coronel argentino don Isidoro Suárez, a pesar de hallarse en muy mal estado de salud”.

La llegada del titular del Ministerio, general Félix E. Aguiar, sirvió para impulsar los afanes de Paz.

Una de las medidas iniciales fue preparar la línea exterior de resistencia, responsabilidad que el general Paz confió al general Tomás de Iriarte —arribado de Chile— con el cometido de jefe de la artillería y director de las obras

de fortificación que había comenzado a levantar el teniente coronel de ingenieros José María Echeandía. El examen de los medios disponibles era desesperante: escasamente se contaba con cañones y debieron repararse los que por inútiles (databan de las guerras anteriores, algunos con el escudo español) servían como postes en las veredas, construyéndose con precipitación sus montajes y las explanadas que los sostendrían, y se organizó la maestranza para reparar las armas y un sistema de conducción de balas al frente. Un joven porteño emigrado, graduado de agrimensor en Montevideo, recibió el encargo de levantar un plano topográfico de los alrededores de la ciudad en el radio de una legua: era Juan María Gutiérrez, personaje de relieve en la segunda mitad del siglo, quien recordaría ufano:

Mi plano, en grande escala y prolijamente dibujado y lavado, forrado en tela, sirvió al general Paz para dirigir las operaciones de defensa, pues en él se hallaban todos los accidentes del terreno: calles, cercados, caminos, edificios, cuchillas, etc.

Dicha línea exterior de defensa comprendía un vasto terreno adyacente al núcleo urbano, conteniendo en él al Cerro con su fortaleza colonial, existiendo otra línea circundante del recinto urbano, con obras defensivas, protegida por varios cantones que se construyeron ex profeso para colocar baterías de artillería.

Entre tanto, se formaban y ejercitaban batallones de infantería y cuerpos de caballería, muchos de ellos comandados por argentinos asilados. Uno de ellos fue la Legión Argentina, mandada por el coronel José Ma. Albariño. El propio general José María Paz estaba rodeado de compatriotas: además de Iriarte, comandante general de Artillería, con las baterías de la plaza teniendo como jefe al coronel Julián Martínez, y del regimiento de artillería ligera al teniente coronel Carlos Paz. Era jefe del Estado Mayor el coronel Indalecio Chenaut, del costado derecho de la línea defensiva el general Juan Pablo López (tan criticado!), y del izquierdo el general oriental Rufino Bauzá. La caballería de *Extramuros* quedó a cargo del general Ángel Ma. Núñez; y cinco brigadas entre caballería e infantería estaban comandadas por los coroneles Faustino Velazco, Manuel Saavedra, Felipe López, y los orientales Marcelino Sosa y Santiago Lavandera. El antiguo veterano brigadier Ignacio Álvarez y Thomas fue presidente del tribunal militar.

Refiere en sus *Memorias* César Díaz (jefe del batallón 4 de Cazadores):

“Nombrado el general Paz, se contrajo con su actividad característica a los diversos objetos concernientes a su encargo. Era arduo su empeño: debía organizar un Ejército con todos sus accesorios, destinado a combatir dentro de muy breves días, sin tener cuadros para los batallones, sin mas que un corto número de oficiales inteligentes para su instrucción, sin parque, sin fusiles, sin vestuarios, y sobre todo sin el numerario que da impulso a todas las cosas. Pero estas dificultades no le arredraron”.

Designados los jefes de unidades, el adiestramiento comenzó de inmediato sobre el arroyo Miguelete, en forma exigente, ya que el general Paz impuso

un plazo de dos meses para que estuviesen en estado de combatir. Alcanzaban las fuerzas a 6.087 efectivos de las tres armas.

A este tiempo corresponde el siguiente retrato espiritual del general José María Paz dejado por Díaz (quien se había hallado a sus órdenes en la campaña sobre Córdoba en 1829-30), y que merece transcribirse:

“El general Paz era digno discípulo del general Belgrano. Había adquirido de éste todos los defectos característicos que él mismo le ha criticado en sus *Memorias póstumas*, así como creo que había adquirido también sus virtudes. No sabía reprender a un oficial sin herir su amor propio o lastimar su delicadeza: se servía en estos casos comúnmente de palabras duras y muchas veces injuriosas. Se mostraba desconfiado del pundonor de todos sus subordinados, y estaba siempre dispuesto a concebir sospechas vergonzosas de su valor o de su integridad. Era en extremo sensible a la adulación, y daba un lugar preferente en su estimación a los que lisonjeaban esta debilidad de su alma, sobre todo los que eran verdaderamente acreedores a ella por su mérito o virtudes; y estos defectos oscurecían las relevantes prendas que en otros respectos le adornaban”.

Por la importancia del prócer, y sus largos servicios, cabe complementar lo anteriormente expuesto con lo escrito por un salvado de Arroyo Grande, el oficial oriental Ventura Rodríguez:

“El general Paz era un hombre serio, de una mirada fuerte y escudriñadora, de ojos algo encapotados, pelo castaño y lacio. Era grueso, de espaldas anchas y estatura regular. El brazo derecho lo tenía impedido y algo recogido a consecuencia de una herida. No usaba casaca militar con vivos y galones de oro, uniforme con insignias: vestía una especie de chaqueta oscura con dos capuchinas chiquitas, pantalón ancho también oscuro, y botas altas con espolines, gorra redonda de paño negro con vivos del mismo color, visera de cuero acharolada y carrillera sujeta sobre el aro. Los tiros de su espada eran de gamuza blanca; en el broche del cinturón se veían las armas de la República Argentina. Montaba en silla militar de pistoleras, y con pistola siempre: el mandil era liso, sin galones. Al general Paz se le conocía mucho más por su comitiva que por sus vestidos o insignias. Como militar el general Paz era un gran soldado y excelente organizador, aunque nada querido de sus superiores ni de sus subordinados. Recibía los partes con seriedad, sin ninguna demostración de aplauso o de sentimiento: ni aún cuando venciese daba muestras de regocijo. Tenía el temperamento de un verdadero militar de línea; me agradaba mucho su manera de mandar”.

En el interior del país no era menor la actividad del general Fructuoso Rivera, secundado por varios jefes entre los cuales —además de los ya nombrados— se distinguió el comandante militar del Departamento Mercedes, coronel Melchor Pacheco y Obes, quien con suma eficacia procedió a la reunión de gente adicta para alistarla en la caballería, remitiendo 400 y pico a Montevideo para engrosar la infantería, junto a parte del batallón N° 1 que no se había hallado en Arroyo Grande. Las levas ordenadas surtieron efecto, y con el

correr de los días, Rivera pudo contar con una fuerza de 3.500 hombres, con los cuales se dirigió a la capital. Lo seguía un gran convoy de familias que escapaban del furor de los implacables soldados de Oribe, llevando consigo todas las haciendas que pudieron. Tras una demora en el río Negro para incorporar contingentes provenientes de varios puntos, don Frutos siguió a Durazno, y de aquí hasta atravesar el caudaloso río Santa Lucía, cubriendo su retaguardia el coronel Luna. En este último sitio distribuyó a los civiles en pueblos circunvecinos y se deshizo del material pesado, presentándose a fines de enero con 4.000 efectivos de caballería y 15.000 caballos de reserva frente a Montevideo, acampando en el paraje denominado *pastoreo de Pereira*, a tres leguas de la ciudad. Su presencia sirvió para robustecer el ánimo de sus habitantes para resistir al enemigo.

No obstante, la habitual falta de entendimiento de los dirigentes de la guerra contra Rosas, se evidenció una vez más.

Rivera, embargado de desmedido celo ante el prestigio del general Paz, y deseando marcar su autoridad, retomó el Poder Ejecutivo (2 de febrero de 1843) y desconoció el nombramiento de aquel como Comandante en Jefe del Ejército de Reserva conferido por el Gobierno delegado. Paz se retiró a su domicilio. Pero la enérgica crítica recibida por el consejo de caracterizados funcionarios y ciudadanos que convocó, forzó a Rivera a echar marcha atrás, debiendo conformarse con mantenerlo en sus funciones; aunque con pueril envidia sustituyó su título por el de "Comandante General de Armas del Ejército de la Capital". Solucionado de este modo el conflicto, Rivera volvió a partir para la campaña llevando consigo al general Aguiar, a quien reemplazó en el Ministerio de Guerra el coronel Pacheco y Obes. Uno de los efectos perjudiciales de las maniobras de Rivera fue la separación del Ejército por parte del general Ángel Núñez, con quien estaba mortalmente enemistado.

¿Y el general Manuel Oribe?

Perdidos días decisivos en la perpetración de sus crueldades para con numerosos prisioneros, recién el 16 de diciembre de 1842 —diez días después de la batalla— cruzó el Uruguay y volvió al Estado Oriental luego de haberlo dejado en 1838. Una proclama a sus compatriotas les aseguraba que al pisar el suelo de "nuestra angustiada Patria" al frente de "un Ejército poderoso, heroico por su valor y virtudes", iba a "*revindicar vuestros derechos, a restablecer vuestras instituciones, vuestras leyes, vuestro honor, y a traerlos con ellos la paz, la dicha y la prosperidad*". Una flotilla porteña ayudó a sus tropas a atravesar el río, y tras otros diez días, el 26 emprendió el avance hacia Montevideo. Siempre previsor y detallista, Oribe marchó lentamente, arrastrando consigo un pesado convoy de 230 carretas y 30 cañones. Su tránsito se demoró por la falta de alimentación suficiente para su Ejército.

Tan sólo el 16 de febrero de 1843, a más de dos meses de su triunfo en Arroyo Grande, el Presidente Legal acampó frente a la capital oriental. Enarboló la bandera de Rosas (azul negro con cuatro gorros colorados, del mismo color que el sol, y los *vivas* y *mueras* de ordenanza), y la saludó con 21 cañonazos.

Las medidas defensivas se encontraban para entonces muy adelantadas. La artillería de sitio, de fundamental importancia, había crecido prácticamente de la nada, y según detalle ofrecido por su comandante general, Iriarte, con-

sistía en las siguientes piezas: cinco cañones de a 24, cuatro de a 18, dos de a 16, quince de a 12, diez de a 9, seis de a 6, tres de a 4, uno de a 3 y tres de a 2. Los avisos se comunicaban por un sistema de banderas como se usaba en los buques de guerra, conocido con la denominación de *telégrafo*, y que estuvo a cargo del coronel Manuel Rojas, a quien sucedió el teniente coronel Ramón de Lista. Demolidas varias construcciones en frente de la línea defensiva, y talados algunos árboles, con la finalidad de no obstruir la visión y facilitar el tiro, la línea constaba de parapetos revestidos de ladrillos, con un foso a sus pies y un *glacis* cubierto de pedazos de vidrio y otros materiales que obstaculizaran el avance enemigo, terreno que a cierta distancia contaba con una estacada de poca altura que cubría el frente. Estas obras no estaban concluidas por completo, pese al trabajo de cerca de un millar de obreros, más la colaboración de soldados de cada unidad. La artillería del Cerro fue aumentada para proteger la comunicación con la campaña circundante donde forrajeaba la caballada, y se fortificó la pequeña isla de Ratón, dentro de la rada (luego llamada *de la Libertad*).

Al presentarse el Ejército de Oribe, todas las tropas de Montevideo ocuparon sus puestos, dispuestas a rechazar su asalto. Mas éste no se produjo: Oribe instaló campamento en el denominado *Cerrito de la Victoria*, llegando sus avanzadas por el este hasta el Río de la Plata, en cuya playa del Buceo estableció una aduana. Quedó al frente de unos 13.000 hombres (9.000 jinetes, 3.500 infantes y 500 artilleros), apoyado por buques argentinos al mando del general William Brown. De la calidad de sus componentes dejó constancia el después general Díaz en sus *Memorias*:

"Eran en su mayor parte tropas regulares, sujetas a una rigurosa disciplina, habituadas a soportar las fatigas de largas y penosas campañas, aguerridas en una serie continuada de combates, y dirigidas por oficiales inteligentes, en quienes debían tener aquella confianza que infunde la experiencia del mando, y que engendra especialmente el éxito favorable de las acciones".

En gran proporción argentinas, comandadas por quienes las habían conducido en las luchas libradas en las Provincias de la Confederación, con el tiempo Oribe las engrosó con milicias orientales de los Departamentos de la campaña. Estaban a órdenes del "Presidente legal" los siguientes jefes argentinos: comandantes de División los coroneles José María Flores y Nicolás Granada; de la artillería el teniente coronel Francisco Carbonell; en la caballería el coronel Ramón Bustos y el coronel Bernardo González, jefe del regimiento N° 1 de Campaña, el teniente coronel Baldomero Lamela, jefe del regimiento de Campaña N° 4; y los comandantes Juan de Dios Videla e Isidro Quesada. También contaba con la *Escolta de Rosas* bajo el mando del coronel Manuel Bárcena. En la infantería formaban el coronel Mariano Maza (batallón *Libertad*), el teniente coronel Joaquín Ramiro (*Rebajados*), coronel Gerónimo Costa (*Defensores de la Independencia*), coronel Pedro Ramos (*Libertad*), teniente coronel Cesáreo Domínguez (N° 3 de *Patricios*). En cuanto al general Ángel Pacheco —quien como se sabe, actuara separadamente en las Provincias cuyanas— refundido su Cuerpo en el Ejército Unido de la Confederación, el he-

cho de que en su cometido como jefe de la División de vanguardia fuera reemplazado en forma inconsulta por el general Ignacio Oribe, motivó su pedido de retiro, escribiendo al Comandante en Jefe el mismo día de su llegada, 16 de febrero:

V.E. debe estar persuadido si me será doloroso separarme de este Ejército que he creado por la dirección y bajo la égida de Nuestro Ilustre Restaurador, de jefes, oficiales y soldados tan virtuosos, tan valientes y tan instruidos, con quienes hemos trillado juntos por tres años el camino del honor y de la gloria, y partido las fatigas, las privaciones y peligros de tan laboriosa campaña, y a que por más de dos veces he mostrado el camino de la victoria con la punta de mi espada. Yo debo este enorme sacrificio al respeto que me deben las determinaciones de V.E. y los gritos de mi propio decoro.

La intervención de Rosas hizo desistir a Pacheco.

Este poderío movió a varios alistados en la defensa de Montevideo a pasarse al enemigo, como lo hizo en los primeros días la legión formada por vascos veteranos de las guerras carlistas, con su jefe el comandante Ramón de Artaga-beitía, la cual recibió la denominación de *Voluntarios de Oribe*. Entre las deserciones de relieve se contó el general Ángel Ma. Núñez, recibido con sumo contento por el general Oribe, quien lo puso a la cabeza de un cuerpo de caballería; no mucho más adelante, las de los tenientes coroneles Manuel Martínez y Ciriaco Díaz Vélez. Estos y otros casos sumían al general Paz en gran inquietud; aunque debe decirse que el cambio de bando se realizó desde ambas partes a lo largo de los años que duró el sitio a la ciudad. Hay que añadir a los incorporados a Oribe desde las filas liberales, a uno de los antiguos jefes del *Ejército Libertador* de Lavalle en la campaña de Entre Ríos en 1840, el coronel Jaime Montoro, el cual separado desde entonces de aquel, residía en Colonia.

En sus *Recuerdos* el futuro general y Ministro de Guerra del Presidente Sarmiento, Martín de Gainza, relata:

“La Legión Argentina fue colocada apoyando su derecha en una batería inmediatamente contigua al gran portón del centro, y a 20 varas a vanguardia de la casa habitación del general Paz. Ese mismo día fué nombrado ayudante mayor de la Legión, que era mandada por el coronel don José María Albariño; éste y yo éramos los únicos oficiales de línea. Poco después fué nombrado capitán y se me dio el mando de la 3ª Compañía. El enemigo empezó a organizar sus servicios, y así que cerraba la noche desplegaba al frente de toda la línea sus guerrillas, que nos tiroteaban sin cesar; pero como las trincheras eran altas no podían ofendernos, pero sí mantener en alarma a los defensores, porque era natural creer que el general Oribe intentaría un ataque en forma, pues debía saber la debilidad de nuestras trincheras, lo recluta de nuestro Ejército, y la mala calidad de nuestras armas. No lo hizo así, pero ni lo intentó, y esa fue su perdición”.

Una escaramuza de caballería se libró el 28 del mismo febrero de 1843 en Tres Cruces; pero el general Oribe no ensayó ninguna medida decidida. No obstante las deserciones indicadas (en su mayor parte de Guardias Naciona-

les movilizados), la moral de las tropas de la guarnición que no abandonaban sus puestos se robustecía, y era adquirida mayor instrucción. La pasividad de Oribe hizo crecer la confianza de los defensores de Montevideo. Hasta que en marzo los choques de las avanzadas comenzaron a hacerse más frecuentes, sin faltar duelos de artillería, aunque no se modificó la situación. Comenzaba el llamado “Sitio Grande” en la historia rioplatense.

No puede dejar de aludirse a un terrible decreto del Gobierno de la ciudad que, en represalia de las ejecuciones dispuestas por Oribe (con la exhibición de cadáveres o cabezas cortadas frente a los parapetos de la defensa), dispuso el 12 de febrero y difundió el periódico *El Nacional*:

Todo oriental o vecino de esta República que sea tomado con las armas en la mano o la divisa del Ejército invasor extranjero, será fusilado en el acto y por la espalda. Los nombres de los traidores de que habla el artículo anterior, que sufran la deshonrosa pena que él establece, serán publicados por ocho días consecutivos en la orden general y en los diarios de la República, para escarmiento y eterna ignominia.

Esto fue llevado a la práctica poco después, ante la desesperación del Vicepresidente Joaquín Suárez, quien tapándose el rostro, exclamó ante su Ministro Santiago Vázquez: —*¡Nos hemos vuelto “blancos”! ¡A suspender ese decreto!* Así se determinó tiempo después, pese a que los sitiadores no dejaron de exhibir decapitados frente a los parapetos de la defensa a quienes capturaron.

El mote de “blancos” para los partidarios de Oribe nació del color de su divisa, que cambió el *¡Viva la Confederación Argentina!* por el de *¡Vivan los defensores de las leyes!*, aunque manteniendo los *mueras* a los “salvajes unitarios”. Otras leyendas anunciaban: *¡Oribe, leyes o muerte!* Los seguidores de Rivera adoptaron una enseña colorada, que dio nombre a su Partido.

El rigor propio de las luchas civiles no se detuvo, aunque conviene advertir que en general los excesos tuvieron lugar frente a Montevideo, guardándose mayores consideraciones entre los enemigos cuando la lucha se producía en las villas del interior del Estado Oriental. Nada menos que el Ministro de Guerra de Oribe, general Antonio Díaz, confesó en un escrito posterior:

Desde la entrada del Ejército Unido de Operaciones de Vanguardia al mando del general Oribe al territorio oriental, ocurrieron actos harto indignos para sacarlos a luz, y prefiero dejarlos envueltos en las sombras que hasta ahora han favorecido a sus autores, depravados consejeros de Oribe. Su revelación imprimiría en ellos el sello de una eterna infamia.

Tras aludir a ciertos atentados que repugnaban su conciencia por “atentatorios a la libertad y a los derechos más caros del ciudadano”, y luego de puntualizar varias ejecuciones ordenadas por aquel, añadió el general Díaz:

Cualquiera que sea el ciudadano que ponga de mi parte para dejarlo ileso, nunca será bastante para evitar que roce su responsabilidad en hechos que fueron propios, y otros que toleró más bien por debilidad que por sistema.

El mismo *Presidente Legal* dirigió el 1º de abril de 1843 una circular a los agentes extranjeros residentes en Montevideo mediante la cual les delaraba que no respetaría la calidad de extranjeros —ni en las personas ni en sus bienes— de los

que tomasen partido con los infames salvajes unitarios, contra la causa de las leyes que el infrascripto y las fuerzas que le obedecen sostienen, sino que serían considerados también en tal caso como rebeldes salvajes unitarios y tratados sin ninguna consideración.

La consecuencia fue contraria a lo buscado: en la ciudad se conformaron Legiones extranjeras. A la Italiana la comandó el coronel José Garibaldi y a la Francesa el coronel Juan Crisóstomo Thiebaut, antiguo oficial napoleónico. El comodoro británico J. Brett Purvis logró que Oribe excluyera de las sanciones anunciadas a sus connacionales, pues el jefe naval inglés había amenazado con impedir los movimientos de la escuadra bloqueadora de Brown en caso contrario.

Mientras las guerrillas y combates se sucedían frente a la ciudad sitiada, y en la campaña, sin cambiar sus respectivas posiciones, una inesperada noticia conmovió los espíritus de ambas márgenes del Plata:

En Corrientes se había producido una reacción liberal para deponer a las autoridades federales surgidas apenas cuatro meses atrás de la derrota en Arroyo Grande.

2

Vencidos los Ejércitos del Estado Oriental y de Corrientes el 6 de diciembre de 1842 en Entre Ríos, los fugitivos de la batalla buscaron asilo en los vecinos países. Las descalabradas tropas del general Fructuoso Rivera fueron reuniéndose en su propio territorio, mientras que la mayor parte de los correntinos que lograron ponerse a salvo lo hicieron en el aledaño suelo brasileño. En este último se libraba una contienda que la *República Riograndense* mantenía para separarse del Imperio, y cuyas autoridades compartían los ideales liberales de los enemigos de Rosas —y naturalmente, los republicanos— siendo frecuentes sus alusiones a la “fraternidad nacida en mayo de 1810”.

Uno de los jefes de caballería correntina salvado del desastre, el teniente coronel Juan Madariaga, ha dejado narradas en sus *Memorias* los pormenores de las azarosas jornadas subsiguientes. Refiriéndose también a su hermano Joaquín, revela:

“Con nuestras respectivas fuerzas nos retiramos hasta la Provincia, habiendo antes acompañado al Presidente y General en Jefe del Ejército, don Fructuoso Rivera, hasta el paso del Salto en el Uruguay, de donde nos despedimos asegurándole que tanto mi hermano como yo no abandonaríamos la empresa de combatir la conquista del Tirano; y que si podíamos sostenernos en nuestra Provincia, y si en el Estado Oriental se armaban para repeler la invasión que llevaba Oribe, iríamos a prestar nuestros servicios”.

Comprobando los Madariaga que ninguna medida de resistencia contra los federales podía intentarse en Corrientes —culparon de falta de previsión al Gobernador Ferré, exagerando su responsabilidad—, licenciaron a sus soldados, luego de tentar una operación para ocupar la capital y dominar la campaña. En estos manejos los acompañaba el mayor José Virasoro, quien luego abandonó a los Madariaga para incorporarse al Gobierno de Cabral. La presencia del general Urquiza los movió a desistir de sus planes e internarse en Rio Grande do Sul. Poco después se separó de los Madariaga el teniente coronel Benjamín Virasoro, que los siguiera a Brasil, y fue también a someterse al nuevo Gobierno de Corrientes, como quedó dicho al comienzo del presente capítulo.

El teniente coronel Joaquín Madariaga recabó del Presidente de los *farra-pos* republicanos, general Bento Gonçalves de Silva, el permiso para mantener reunidos y armados a los jefes, oficiales y soldados que lo acompañaban, con la finalidad de proseguir la guerra, y éste se lo concedió, quedando los correntinos emigrados cerca de Alegrete. Un recurso importante fue la entrega que efectuó el general José Domingo Ábalos —otro de los fugados de Corrientes—, del dinero en metálico del Tesoro de la Provincia que le encargara llevarse el ex Gobernador Ferré, para evitar que cayera en manos de los federales triunfantes.

En los bosques de Corrientes algunas partidas alzadas se mantenían reacias a los ofrecimientos de someterse que les cursaba el Gobierno. Era el más prestigioso de sus caudillos el teniente Nicanor Cáceres, y con éste mantenían comunicación secreta los hermanos Madariaga, recabando informes sobre la situación interna. Asimismo despacharon para la Provincia al mayor Andrés Ricarde para fortalecer las esperanzas de reacción.

Ésta se produjo antes de lo previsto.

Resulta que el Ejército Imperial comandando por el barón de Caxías se acercó peligrosamente al campamento de los emigrados en Ñancay, y para no quedar envueltos en una contienda extraña, los correntinos allí ubicados (280 hombres) decidieron adelantar su retorno al suelo patrio. La retirada de Urquiza facilitaba la empresa. Los animosos jefes del grupo se decidieron, “aunque sólo contáramos con la compañía de nuestros criados y una docena de fieles amigos”.

A fines de marzo de 1843 —el día 26— partieron los Madariaga y sus acompañantes, de noche para no ser sentidos, en dirección a un paraje oculto y de difícil acceso sobre el río Uruguay, cerca de donde se fundara la villa de Uruguayana. Por cierto, la costa correntina era objeto de vigilante atención por parte de tropas federales. Al llegar en la noche del 29 al sitio elegido para pasar el Uruguay, aquellos comprobaron que el río estaba “como pocas veces crecido, ancho en aquel paraje como lo más en su curso, y de difícil salida para nuestros caballos en la opuesta margen por la barranca y monte”: tal es la descripción del teniente coronel Juan Madariaga. Para peor, faltaban los botes encargados. Con gran angustia quedaron todo el día siguiente, corriendo el riesgo de ser descubiertos y delatados, de modo que resolvieron cruzar sin más dilación, aunque disponían de dos únicas canoas que servirían para transportar las monturas y municiones, y algunos que no se animaran a nadar “aquel formidable río”.

Los expedicionarios habían elegido por jefe al teniente coronel Joaquín Madariaga, y el 31 de marzo comenzó la operación, aprovechándose la oscuridad de la noche. En una canoa se adelantó Juan Madariaga junto con el coronel Bernardino López y dos asistentes, cargando con varias monturas; y en la otra viajaron el capitán Cecilio Carreras con una docena de hombres y más monturas. Al pisar la costa colocaron una pequeña lámpara para guiar a los nadadores, que llevaban algunos de ellos hasta 2 y 3 caballos a la rastra, pese a la correntada y un fuerte viento que se levantó. El cruce continuó todo el día, con peligro de ser avistados. Joaquín Madariaga quedó en la margen brasileña organizando el pasaje hasta su conclusión. Los jefes que secundaron a los dos hermanos fueron el nombrado Bernardino López, el teniente coronel Martín Tejerina y el mayor Plácido López.

Al cabo de ese 31 de marzo, con la extenuación consiguiente, todos los invasores, en número de 108, estaban en el lugar donde a poco se crearía una población con el nombre de *Paso de los Libres*. Por la noche ensillaron sus cabalgaduras y enarbolaron "el estandarte distintivo nacional perseguido por las hordas del Dictador", tras lo cual, guiados por el célebre baqueano *Mocito* Acuña (capitán Juan Gregorio Acuña), se dirigieron para incorporar al teniente Cáceres y su partida. No transcurrieron muchas jornadas sin que la Provincia comenzara a insurreccionarse: una fuerza tomó Goya, donde fue capturado el mayor José Virasoro. Allí el teniente coronel Juan Madariaga se apoderó de valiosos recursos y pudo organizar una columna de 600 hombres bien equipados, para marchar sobre la capital, dejando Goya guarnecida por un piquete de caballería y una compañía de infantería miliciana. Virasoro pidió incorporarse a la vanguardia de aquella, lo que obtuvo (se especulaba con que lograra la vuelta de su hermano Benjamín), y junto con los mayores Ricarde y Juan Nepomuceno Serano se adelantaron al grueso. Al conocer el Gobernador Cbral que el mayor José Virasoro se había unido a los invasores, escapó de la ciudad aguas abajo acompañado de varios funcionarios, conduciendo las armas y el dinero que pudo reunir. Corrientes fue de este modo ocupada sin lucha, y el teniente coronel Joaquín Madariaga logró organizar 200 infantes y apoderarse de 2 cañones abandonados.

Restaba dominar el resto de la Provincia, donde aún quedaba el coronel José Miguel Galán con las fuerzas que le había encomendado el general Urquiza, y que éste aumentó con 500 hombres de los comandantes Román Gónzaga y Antonio Borda. Los federales se apoderaron del pueblo de Bella Vista, sobre la costa del Paraná, punto intermedio entre la capital y Goya (29 de abril). Sin perder momento, el comandante Juan Madariaga se trasladó por agua a esta última población, y organizando una columna de 400 soldados se dirigió para atacarlos. Cuando sus enemigos la avistaron —cuenta Madariaga— formaron su línea a cuatro cuadras afuera de Bella Vista:

"Sin detenerme aceleré el aire de marcha de la columna, que desplegué a distancia conveniente, y desmontando simultáneamente los 25 infantes y con las disposiciones necesarias, inicié el combate, que secundó el enemigo viniendo a nuestro encuentro. El pueblo todo presenciaba pasmado este espectáculo. Como pocas veces entre nuestras caballerías, aún en las regladas, se han cruzado las lanzas como en aquel encuentro: por un mo-

mento dudé del buen resultado. Nuestros soldados combatieron y se sostuvieron bien; y al favor de la sorpresa y daño que les hizo el fuego de los 25 infantes, decidimos y obtuvimos el más completo triunfo. Mas de 80 hombres muertos quedaron del enemigo, y no pasaron de 8 a 10 de nuestra parte" (su comunicación de ese día reduce a 50 los contrarios caídos).

Sobre todo, Madariaga logró destruir a la más importante División enemiga, por estar compuesta por los mejores jefes y oficiales correntinos con que contaban los federales.

Aunque poco duró la alegría: se recibieron datos de que el coronel Gaspar Tacuabé con 500 entrerrianos avanzaba tras vadear el río Corrientes, incorporando a los dispersos de Bella Vista, con la intención de reunirse con Galán. Juan Madariaga procuró inmovilizarlo sin aventurar un ataque, contentiéndolo tras el arroyo Batel.

Muy poco después se libraba otro combate —más bien, una sorpresa—, esta vez a las puertas de la capital, orillas del arroyo Riachuelo, el 6 de mayo de 1843. Se enfrentaron los coroneles José M. Galán y Joaquín Madariaga en el paraje de Laguna Brava, y el parte de la acción suscrito por el jefe correntino hace saber:

Ciento y tantos tiradores dispersados en guerrilla y unos cuantos tiros de cañón han sido los que han dado este día de verdadera gloria a la Patria. No hubo necesidad de hacer uso de las demás fuerzas ni casi tiempo de formar la línea, cuando los malvados huyeron cobardemente. Su vileza ha escandalizado a cuantos la han presenciado. La más leve lesión no ha ofendido a ninguno de los libertadores, mientras que los infames en su precipitación de huir, se han ahogado infinidades en el Riachuelo. Han dejado sobre el mismo campo que ocupaban, todos sus recados, ropas, armas y carruajes que tenían, por haberlos sorprendido en los momentos de estar carneando y no tener sino el tiempo muy preciso de montar en pelos, que es como huyen con el terror propio de hombres que tienen sobre sí el crimen.

Los fugitivos se dirigieron para ampararse junto a Tacuabé, pero fueron perseguidos por Juan Madariaga, el cual los dispersó al estar próximos a aquél, quien sin esperar más se puso en precipitada fuga. Los federales buscaron su salvación en Entre Ríos, arrastrando consigo más de 300 correntinos.

Esta victoria consolidó el triunfo de los audaces aventureros, que volcaron decididamente la opinión pública en su favor.

Otra vez una Provincia argentina se alzaba contra el Dictador porteño. Reunida una nueva Legislatura, otorgó un grado superior a los jefes de la victoriosa empresa, y eligió Gobernador al ahora coronel Joaquín Madariaga, su caudillo.

Muy poco después de dominada Corrientes, su flamante mandatario participó al general Fructuoso Rivera del éxito obtenido, mostrándose optimista: calculaba que en un par de semanas reuniría al Ejército en el campamento de Villanueva, fuerte en 3.500 hombres de las tres armas, "bien equipados, montados y entusiasmados". En cuanto a sus comprovincianos alistados en las filas enemigas, le merecían menosprecio:

Pocos son los traidores correntinos que han seguido a los degolladores: Galán, Ramírez, Virasoro y Borda. Los que se han fugado con Cabral es gente pulpera, que aquí nos serviría hoy para males.

Por último Madariaga anunciaba su proyecto:

Abriré la campaña sobre Entre Ríos; entre tanto, como ignoro totalmente las operaciones de V.E, sírvase darme su parecer para obrar donde mejor convenga.

Y le aseguraba a Rivera el 24 de mayo:

Mucho nos importa poner en contacto nuestras fuerzas. La barrera del río Uruguay me será nada para hacer movimientos que interesen a la causa general, con tal que ellos importen el exterminio de los invasores de esa República. La Provincia de Corrientes respetará sus pactos con ese Estado; no carecemos de nuevos arreglos para continuar la guerra contra los tiranos Rosas y Oribe. Obraré según V.E. pida o las circunstancias lo permitan.

Sin pérdida de tiempo comenzó la organización del llamado oficialmente "4º Ejército Libertador Correntino", reconociéndose los anteriores intentos: 1º el de Berón de Astrada, sucumbido en Pago Largo; 2º el de Lavalle, concluido trágicamente luego de dos años de lucha en el Litoral y el Interior; 3º el formado por Paz, que tras triunfar en Caá-Guazú, fue deshecho en Arroyo Grande.

La circunstancia volvía a mostrarse favorable, toda vez que el Gobernador de Entre Ríos había pasado al Estado Oriental para colaborar con el general Oribe.

3

En tanto proseguían los choques frente a la sitiada capital oriental (combates el 10 y 21 de marzo; guerrillas en abril y mayo; salida y combate el 2 de junio), el general Rivera operaba en la campaña. Lo acompañaban, destinados a diversos puntos del interior, los coroneles Estivao, Silva, López, Báez y otros, desde Colonia hasta Maldonado en la costa, y las cercanas villas de San José y Rosario. El 1º de junio la División del coronel Fortunato Silva logró burlar a los sitiadores y hacer ingresar a Montevideo muchas cabezas de ganado, aportadas en oportunidad que el abastecimiento de carne faltaba. Ese día el Ministro coronel Pacheco y Obes, de carácter arrebatado, determinó pasar por las armas a 4 tenientes orientales capturados —de acuerdo al decreto del 12 de febrero citado y aún vigente—, tratando a los prisioneros argentinos "con las consideraciones que merece la desgracia". Los ataques de federales y blancos se sucedían, amenazando la fortaleza del Cerro confiada al teniente coronel Tomás Rebollo. En sus alrededores tuvo lugar un fuerte combate con tropas llevadas desde Montevideo por el general Rufino Bauzá, acompañado por el Ministro de Guerra, el 11 de junio, el último de los cuales elevó este parte a su colega de Relaciones Exteriores desde el mismo campo de la acción:

Pongo en conocimiento de V.E. que en esta madrugada ha sido completamente batida la fuerza enemiga que observaba esta fortaleza, dejando 15 muertos en el campo, muchas lanzas y algunos caballos ensillados. También cayó un prisionero, que siendo oriental, será pasado por las armas en este momento.

El desagrado que causó esta última medida y las similares anteriores motivó un indulto general ofrecido el 29 del mismo mes, ofrecido a quienes se presentasen a las autoridades de la capital.

Para contrarrestar el dominio de la campaña, el Comandante en Jefe del Ejército Unido despachó a su hermano el general Ignacio Oribe con 1.000 efectivos, entre los cuales formaba la veterana División del coronel José María Flores. El choque se produjo en cercanías del río Solís Grande el 18 de junio, donde el propio general Rivera la derrotó, contando con la cooperación de su segundo jefe el general Anacleto Medina y —además de otros jefes orientales— los coroneles argentinos José Olavarría, Mariano Céspedes y José Ramón Ruiz Moreno, lo que obligó a retirarse al general Ignacio Oribe. Aprovechando esta ventaja, Rivera avanzó sobre Montevideo y el 3 de julio acampó en el *pastoreo de Pereira*, sitiando a su turno al Ejército enemigo. Esta situación pareció oportuna para hacer levantar el asedio a la plaza, y se combinó una salida desde ésta a cargo directo del general Paz, entablándose un duro choque pero que no modificó la situación. Rivera partió otra vez al interior del Estado Oriental.

Las guerrillas avanzadas a veces se trababan en lucha cada vez con mayor empeño, causando algunas víctimas caracterizadas, como ocurrió el 16 de julio de 1843. Este día salió de *descubierta* una columna mandada por el jefe de la escolta del general Paz, coronel Prudencio Torres, con la protección de dos elementos de infantería del batallón 5º de línea y 1º de Guardias Nacionales. En recuerdo de Ventura Rodríguez, Torres era

"uno de los hombres más altos y grandes que he conocido. No traía educación; se había criado en los campamentos. Su valor parecía estar en correspondencia con su físico. Dotado de unas fuerzas hercúleas, tenía una voz sonora y un genio siempre dispuesto al buen humor".

En el camino del Cordón fue emboscado por los federales del coronel Mariano Maza, cuya vanguardia dispersó, pero al aparecer otras fuerzas enemigas y envolver a los infantes que seguían a Torres, éste volvió en su protección y logró rechazarlos. La acción estaba ganada, cuando una bala pegó en la frente del coronel Torres, quien murió cuando era transportado al centro de la ciudad.

Una salida de gruesos efectivos de la plaza se efectuó en la madrugada del 31 de octubre de 1843, para posesionarse de la aduana que Oribe había instalado en la playa del Buceo, custodiada por el comandante Pedro Pineyrúa. Participaron los comandantes Conde, Díaz, Organ y Battle, cumpliendo con éxito su misión bajo la conducción superior del coronel Faustino Velasco. Tras apoderarse de algunos objetos, retornaron a Montevideo.

La situación en la campaña, prácticamente controlada por el general Fructuoso Rivera, se modificó a fines del año 43, con motivo de la presencia del general Justo J. de Urquiza.

Éste se mantuvo poco tiempo en su Provincia, luego de dejar a Corrientes en manos del nuevo mandatario Pedro Dionisio Cabral. Y en marzo de aquel año cruzó el río Uruguay al frente de sus tropas. Aunque no mucho después recibió noticias del vuelco del estado de cosas en Corrientes, la fuga de Cabral y la derrota de su defensor Galán, Urquiza no retornó a la Mesopotamia. Quizá haya confiado en el poco poder ofensivo de Madariaga; el caso es que siguió adelante en su propósito de colaborar con el general Oribe.

Era la primera oportunidad en que el general Urquiza estaba en condiciones de obrar con un Comando independiente, pues antes había estado bajo las órdenes de Echagüe y de Oribe. Ahora le tocaría demostrar sus condiciones de conductor militar sin sujeción a un jefe superior, encabezando un Ejército de más de 5.000 efectivos. Lo primero fue difundir una proclama terminante a sus tropas al penetrar en territorio oriental:

¡Soldados! Vamos a marchar al Estado Oriental: el que deserte o robe el valor de 1 real, dejará de pertenecer a la familia entrerriana. La constancia, orden y subordinación de siempre os recomienda vuestro General y compatriota.

Una de las características del dirigente entrerriano estuvo destacada por su futuro rival el general Paz en sus *Memorias*: no llevaba mujeres con sus tropas, y la consecuencia fue la que indica Paz: "Esto le daba una gran economía en caballos, víveres y vestuarios, al paso que facilitaba la movilidad y el orden en todas sus operaciones". De ahí en adelante, la suerte de las armas comenzó a variar en perjuicio de Rivera, cuyo resultado resumió Urquiza el 20 de septiembre a quien dejara en su Provincia como mandatario en su reemplazo:

Mi querido hermano: Después de derrotar la vanguardia salvaje en Cagancha, de volver a correrla en La Cruz, de derrotarle varias partidas en el rincón de la Invernada, Florida, Barra de La Cruz, Timote, Porongos, etc., le hemos hecho una fuerte persecución al mismo Pardejón [Rivera] hasta la costa del río Negro, tomándole en ella 400 carretas, como 2.000 caballos, 10.000 almas de familia, y derrotándole en Polanco una División de 500 hombres mandados por Quintana y Manuel Báez, dejando porción de muertos y prisioneros.

Desde entonces, el general Rivera quedó confinado al norte del río Negro, que cortaba por mitades al país aunque en alguna ocasión traspasara esa línea.

La presencia del general Justo J. de Urquiza resultó providencial para Oribe, en momento que éste estaba enfrentado a una delicada situación. La describió prolijamente tiempo después en el seno de la más íntima confianza a su otro hermano Juan José de Urquiza:

La situación de nuestros aliados en la campaña oriental llegó a ser malísima, y yo, sin tener otras órdenes que las de mi conciencia, sin otras inspiraciones que las de mi patriotismo, y sin más recursos que los de mis amigos y los míos propios, me lancé al teatro de una guerra en que nuestros aliados casi palpaban la desesperación de todo éxito feliz. En la campaña oriental sólo hallé algunas partidas de nuestro Ejército Aliado, que

evitaban todo encuentro con el enemigo. El III Cuerpo de Ejército formado por el Presidente con los que se le presentaron a su llegada al Estado Oriental, estaba ya reducido a planteles, por haberse pasado casi todos al enemigo. La desertión, aún de las tropas argentinas que había llevado el Presidente, era tal que con ellas exclusivamente Rivera había formado ya dos fuertes escuadrones. El mismo Presidente Oribe ya no era sitiador, sino sitiado. Su situación era apuradísima: estaba al frente de Montevideo y no podía conseguir ganado para el consumo de su Ejército. El general Núñez, que ya estaba entonces a las órdenes del Presidente, fue mandado con una fuerte División tan solo a traer ganados para la línea, y fue destrozado por Flores y obligado a refugiarse en Colonia. Rivera estaba ya a la vista del Cerro, a 4 leguas de Montevideo, con cuya guarnición combinaba un ataque general sobre el Ejército sitiador. Quince días más, aún sin un ataque general, habrían bastado para la destrucción completa del Ejército del Presidente, y sólo el presentarme yo con mi Ejército fue bastante para que Rivera, abandonando las hostilidades que se habían establecido sobre las avanzadas del Cerrito, huyese sufriendo una derrota en su vanguardia.

En tal estado cobraron vigor las comunicaciones recibidas por Rivera del Gobernador correntino Madariaga, cuya inicial correspondencia aludía a "obrar donde mejor convenga", "poner en contacto nuestras fuerzas", "el exterminio de los invasores de esa República" (24 de mayo de 1843). En junio y agosto volvió sobre lo mismo, escribiendo —según Rivera— "que quedaban vigentes los tratados que se habían hecho con este Gobierno sin necesidad de nuevas ratificaciones". Esto le era al caudillo oriental de la mayor importancia para hallar alivio a su apurada situación provocada por el acoso de Urquiza, y entonces decidió designar un comisionado especial para coordinar sus operaciones de guerra. El elegido fue un jefe argentino que ya había desempeñado similar gestión en Corrientes: el coronel Ruiz Moreno. "Está con nosotros mandando un regimiento de caballería; es un amigo y sirve empeñosamente", escribió de él Rivera al coronel Bernardino Báez, y entre el 31 de octubre y el 2 de noviembre suscribió en su cuartel general en Batoví, los documentos que lo acreditaban ante aquella Provincia. Portaba el enviado una felicitación a nombre del Ejército Oriental por la elevación del coronel Joaquín Madariaga al cargo de Gobernador, y las instrucciones de su General en Jefe "y Encargado de la Dirección de la guerra contra el Gobernador de Buenos Aires". Además del encargo de instruir de las operaciones militares desenvueltas en esa República, el general Rivera puntualizó a Ruiz Moreno lo que le importaba obtener concretamente:

Art. 2) Recabará de aquel Gobierno la disposición en que está de continuar operando sobre los enemigos de la libertad de ambos pueblos; saber francamente si aquel Gobierno está dispuesto a mandar sus fuerzas a mis órdenes al territorio de esta República, y decidir con la cooperación de ellas de la cuestión en el punto principal del poder del Gobernador Rosas. Art. 3) Saber si se me reconoce o no como Encargado de la Dirección de la Guerra, en conformidad a los acuerdos que tuvieron lugar en octubre del año pasado en el Uruguay. Art. 4) Pedir al Gobierno de Corrien-

tes, muy prontamente, 500 a 600 hombres, entre los cuales 100 o 200 infantes, y 1 o 2 piezas de artillería, para con ellas atacar y destruir las fuerzas enemigas que ocupan Salto y Paysandú, arrojándolas del litoral del Uruguay, que mucho importa. Art. 5) Saber si el Gobierno nos facilitará caballadas para nuestras operaciones en caso sean precisas.

Una postrera recomendación era procurar insertar en los diarios correntinos la correspondencia conducida al objeto de la comisión.

El coronel Ruiz Moreno se puso en marcha conduciendo un contingente de 130 plazas entre santafecinos y correntinos, escoltando un convoy de carretas que conducía familias de la última Provincia. Cruzó el Uruguay por el Paso de los Libres y recibió una carta del Gobernador Joaquín Madariaga, quien avisado de su presencia, le escribió el 1° de noviembre desde su campamento en Villanueva:

Pronto el Ejército a emprender operaciones, estoy muy ansioso que Ud. se venga aquí lo más pronto posible, deseoso como naturalmente estoy de imponerme de su comisión y de cerciorarme que los planes que he formado no contradigan las combinaciones del general Rivera.

¿Resurgía la alianza del Litoral?

4

Si bien los términos transmitidos por Madariaga a Rivera eran categóricos en volver a poner en vigencia los pactos suscriptos en Galarza y Paysandú, la derrota en Arroyo Grande parecía haberlos finalizado de hecho. No obstante, la comunidad de propósitos *"en esta lucha de libertad y de honor contra la barbarie y ferocidad del brutal porteño"* —tal cual expresaba Rivera en el oficio que su comisionado entregó al mandatario de Corrientes— imponía la necesidad de coordinar sus acciones.

Mayor era la ambición del generalísimo oriental en cuanto a proseguir detentado su título —buscado desde 1838— de "Director de la Guerra", con las consecuencias derivadas: conducir las tropas correntinas más allá de sus fronteras, para luchar en la vecina República. Impedía tal propósito la propia seguridad de aquella Provincia, no menos que la conocida idiosincrasia de sus habitantes en cuanto a alejarse del suelo natal, todo lo que impulsó al Gobernador Madariaga a rechazar ese pedido. El coronel Ruiz Moreno lo convenció de la importancia, al menos, de dar a publicidad lo referido a la continuidad de su amistad y coincidencia de esfuerzos —como le fuera indicado—, lo que alentaría la resistencia contra Rosas y Oribe, y esto se hizo a través del periódico *El Republicano* del 10 de diciembre de 1843. Pero obtuvo algo más concreto a los objetos de su comisión: que el Ejército Correntino extendiera sus operaciones al Estado Oriental, desalojando a los enemigos de las ciudades ribereñas del río Uruguay, Salto y Paysandú, para evitar que el general Fructuoso Rivera quedara aislado en el norte de su país. Indica al respecto el coronel Juan Madariaga en sus *Memorias*:

"Meditamos entonces hacer una ligera invasión sobre esta Provincia [Entre Ríos], que sólo era guardada por una fuerza de 1.000 hombres a las órdenes del general Garzón, y satisfacer así las exigencias que nos formulara el general Rivera en dos o tres misiones que mandó, la primera con el coronel argentino don Ramón Ruiz Moreno y la segunda con don N. Guarch."

(Este último, teniente coronel Agustín Guarcho, fue enviado por Rivera poco tiempo después para concretar los puntos de la misión confiada al primero de los nombrados.)

El Gobernador Madariaga había respondido al general Rivera el 6 de aquel mes confirmando su disposición para cumplir "los deberes que ha contraído con sus comitentes", asegurando: *"Bajo esta persuasión debe V.E. contar con la positiva cooperación del Ejército Correntino, del modo que las circunstancias y vicisitudes de la guerra lo aconsejen"*. Mas no era esta condicionada colaboración lo que Rivera deseaba...

Resuelta la ofensiva, el 4° Ejército Libertador Correntino inició su marcha para invadir Entre Ríos a fines del año 43. Era la segunda oportunidad que la realizaba en el lapso de dos años comprendido desde la batalla de Caá-guazú.

En la vecina Provincia no se ocultaba el peligro que la amenazaba. El Gobernador delegado Cipriano J. de Urquiza disponía de un Ejército de Reserva situado en el campamento de Arroyo Grande, a órdenes del coronel José Miguel Galán, pero por su número y composición distaba de ser suficiente y eficaz para oponerse al ataque. Lo acompañaba otro jefe de los derrotados como él en Laguna Brava por Madariaga: el coronel correntino Bartolomé Ramírez. Muy poco confiable era la tropa enrolada en los Departamentos de Victoria y Nogoyá, al frente de la cual se hallaba el coronel Hilarión Campos, quien siendo incapaz de contener las grandes deserciones que en ella se produjeron, fue separado del mando. También se removió al coronel Galán, sustituido por Urquiza en septiembre por el general Eugenio Garzón, llegado de Paraná. El malestar en las Divisiones indicadas había contagiado a soldados de las mismas localidades integrantes del Ejército de Urquiza en el Estado Oriental, como que el 7 de julio este General anotició a su hermano Cipriano lo ocurrido el primer día del mes:

Al pasar aquel arroyo [Rabón] el teniente Balmaceda se sublevó con su Compañía, que pertenece a la División del coronel Crispín [Velásquez] y que es como de ciento y pico de hombres, poniéndose en marcha en dirección al paso de Juan Santos, en el Uruguay. Al momento fue perseguida por parte de su División y de Palavecino, que estaba a retaguardia, teniendo por resultado la toma del Teniente y cerca de 40 soldados prisioneros, algunos muertos, y el resto se dispersó en todas direcciones. El Balmaceda fue degollado al frente de su misma División, y los soldados perdonados por mi orden. Estos sucesos traen por lo general ramificaciones, y hoy ha aparecido ella en el escuadrón de Nogoyá, de donde desde el suceso acá, se han desertado porción de hombres.

Ello trajo como consecuencia que grupos de desertores merodearan por el centro de Entre Ríos, ocultándose en la selva de Montiel, efectuando correrías

al amparo de la escasez de medios para dominarlos, con el Ejército Federal ausente en el Estado Oriental. Procurando imponer su autoridad, el Gobernador Cipriano de Urquiza dejó la ciudad de Paraná y se trasladó a Nogoyá, el punto conflictivo de la Provincia, para desde allí tomar medidas más eficaces con el fin de reducirlos. Para agravar la situación, uno de aquellos, el capitán José Santos Higuera, conspiraba para deponer a Urquiza, *"en razón a que este señor General es un hombre déspota y que siendo todos ellos desertores de su Ejército, les quitaría la vida cuando regresase"*. Como remate, se hacía sentir también la intriga que tramaba el ex mandatario Echagüe, ahora Gobernador de Santa Fe, enemistado con los Urquiza desde la pérdida de su cargo luego de Caá-guazú, según denuncia del general Vicente Zapata (conforme le transmitiera el capitán Pedro Caminos, de Victoria, ayudante de Echagüe):

Que en ningún caso me dejase avasallar por el titulado Gobernador Cipriano José de Urquiza, ni que le obedeciese en nada absolutamente, y que más bien procurase insultarlo y patearlo, en virtud que tanto él como su hermano Justo José ya estaban completamente descubiertos de que son unos traidores rebeldes salvajes unitarios.

El calificativo daba para todo.

El 16 de diciembre de 1843 el Ejército Correntino entró en la Provincia de Entre Ríos, con elementos de las tres armas (4.000 jinetes, 400 infantes y 4 piezas de artillería), parque, comisaría y hospital. A vanguardia iba el coronel Juan Madariaga con el comandante Nicanor Cáceres, y junto a su hermano y Comandante en Jefe el coronel Joaquín Madariaga, marchaba el general Vicente Ramírez, *Ramírez Chico*, jefe de la caballería. El coronel José Ramón Ruiz Moreno se había incorporado mandando una División Santafecina, lo que conformó el general Fructuoso Rivera:

Yo le apruebo a Ud. que mientras pueda ser útil a la causa de la libertad (como son sus principios), y sin menoscabo de su honor y reputación bien merecida, contribuya esmerosamente a todo lo que sea digno y loable para la libertad de los pueblos argentinos.

El cuerpo de vanguardia marchó tratando de ocultar sus movimientos, de noche únicamente y por una ruta que no era la usualmente vigilada por los federales, para sorprender al general Eugenio Garzón. La escasez de tropas con que contaba éste permitía alentar confianza en un buen resultado. Pero "un lamentable accidente que no es dado al hombre el poder evitarlo" —explicó el coronel Juan Madariaga— frustró sus esperanzas: un soldado desertor advirtió al jefe enemigo la amenaza que estaba cerca. Garzón levantó su campamento precipitadamente, siendo inútil perseguirlo, por lo que la vanguardia del 4º Ejército Libertador Correntino debió contentarse con ocupar sus instalaciones en Arroyo Grande, capturando algunas carretas y mucha caballada. De su lado el Gobernador Joaquín Madariaga entró sin oposición a la villa de Concordia, dejada atrás por su hermano: sus habitantes escaparon al vecino pueblo oriental de Salto, o se refugiaron en buques fondeados al frente. El botín de que se apoderaron los invasores consistió en más de 800 carretas, 1.000 bueyes y 3.000 caballos.

Era la oportunidad de colaborar con los aliados de la vecina orilla, "hasta poder comunicarnos con el general Rivera", recordó el coronel Juan Madariaga en sus *Memorias*, en donde ofrece el relato de lo sucedido el 30 de diciembre de 1843:

"Decidió pues mi hermano Joaquín aquella operación, y con inminente riesgo lanzóse con una columna de 1.000 hombres a la margen opuesta, cruzando el anchuroso río Uruguay una legua arriba del pueblo de Salto, sin ninguna embarcación y sólo con algunas tablas de que se ayudaron los hombres que no sabían nadar. De ese modo pudo aproximarse al pueblo de Salto, que fuerte y con una guarnición de 250 hombres, negóse a la primera intimación que se le hizo de rendirse. Esto era por la tarde. Y después, queriendo mi hermano cortar el desorden consiguiente, dispónase a efectuar el asalto en la siguiente madrugada".

Era jefe de este punto el teniente coronel Lucas Piris, quien tras intentar una resistencia con infantería en las azoteas y 4 piezas de artillería, no esperó el ataque final y aprovechó la madrugada para escapar, en medio del duelo de artillería que sostuvo una escuadrilla federal estacionada frente a Salto, con los cañones correntinos que desde ambas costas la hostigaron. Madariaga disponía en la orilla oriental de 200 infantes, artillería ligera, la División de caballería del teniente coronel Esquivel, y los escuadrones Escolta del comandante Victoriano Alemís y de Cáceres. Quedaba en suelo entrerriano mandando el resto del Ejército su jefe de Estado Mayor, coronel Félix María Gómez.

Al día siguiente los correntinos penetraron a Salto.

Sabía Piris que se aproximaba en su auxilio una fuerte División de 1.300 soldados desprendida del Ejército de Urquiza, mandada por el teniente coronel Lucas Moreno, quien concurría a colaborar en la defensa de Entre Ríos. Por su parte Madariaga cursó aviso al coronel Bernardino Báez —del Ejército de Rivera— para que llegase a disponer del pueblo oriental ocupado. Ambos jefes (Moreno y Báez) habían chocado a no mucha distancia el 28 de diciembre, triunfando los liberales, y dirigiéndose los efectivos federales a reorganizarse en Salto, ignorando la ocupación que ya había efectuado Madariaga. Ante la aproximación de Moreno, el mandatario correntino ordenó al general Vicente Ramírez que saliese a enfrentarlo con la caballería a sus órdenes: 1.000 hombres de la Legión Esquivel, el escuadrón de Alemís, y 100 efectivos de la Legión comandada por el mayor Juan Francisco Soto que se incorporaron voluntariamente.

Al encontrarse los adversarios dos días después, el jefe federal cargó y repelió a la caballería de Corrientes, conforme el parte del teniente coronel Lucas Moreno a Urquiza:

El enemigo se vino a la carga con intrepidez, cruzando las lanzas en toda la línea, pero nuestros valientes los cargaron también con denuedo, y mandando flanquear la izquierda con un piquete de mis ayudantes y asistentes, y haciendo igual operación sobre la derecha del centro con el escuadrón Tacuarembó, fue arrollada toda la línea y llevada a punta de lanza hasta la costa del Uruguay.

Ramírez se replegó sobre el pueblo en confusión. Informó el jefe federal que pudieron salvarlo *"el agua del Uruguay y otro escuadrón que venía en su protección"*: era el comandante Nicanor Cáceres que acudía por órdenes del Gobernador Madariaga, "quien evitó —escribe su hermano Juan— con su intrépida y oportuna participación, que el contraste tomara proporciones mayores". El teniente coronel Moreno fue a su vez perseguido: *"Nuestra izquierda peleaba con bravura, pero le fue imposible resistir el empuje de tres fuertes escuadrones"*.

El propio Juan Madariaga había atravesado a su turno el Uruguay por el paso del Hervidero con el coronel Bernardino López y 200 hombres, y chocó con dispersos federales que escapaban de Salto junto con Lucas Piris buscando refugio en Entre Ríos, causándoles bajas. La banda de música del Ejército Libertador cruzó el río para festejar los triunfos.

Complemento contemporáneo de los sucesos referidos en las *Memorias* del luego general Juan Madariaga es un detallado *Itinerario de la campaña* llevado en forma de "diario" por Manuel Benito Berón, cirujano del 4º Ejército Libertador. Por este testimonio se conocen detalles de la ocupación correntina de Salto:

Nuestro Gobernador mandó cerrar toda casa de negocio y particulares, imponiendo el riguroso castigo a sus tropas siempre que algunos intentasen violar sus órdenes.

El coronel Joaquín Madariaga se reservó saquear ordenadamente en beneficio de sus tropas a todos los "efectos de Comisaría" que le eran necesarios, y esto se llevó a cabo desde el 2 de enero de 1844 hasta una semana después. El indómito Nicanor Cáceres, tan valiente como desordenado, se destacó por sus abusos, incluso imponiendo una contribución de \$ 40.000 a los infortunados vecinos que aún permanecían allí. Juan Madariaga aclara en sus *Memorias*:

"Posesionado mi hermano de la plaza, a cuya población se respetó, ocupóse de hacer que se reunieran todos los materiales bélicos que dejó en su huida la guarnición, y pasarlos al Ejército, así como algunos artículos negociables".

Lo relatado cesó con el arribo del coronel Bernardino Báez, despachado por Rivera con 800 efectivos, e incluso Cáceres debió devolver lo recaudado. Madariaga puso a Báez en el control de Salto y volvió a cruzar el Uruguay con sus tropas. Al jefe oriental le fueron entregados los prisioneros, porque "se interesaba en ellos para incorporarlos a su División".

El 4º Ejército Libertador Correntino permanecía entre tanto acantonado en Concordia, soportando fuertes calores matizados con copiosas lluvias, que arruinaba los pastos y desmejoraba el estado de la caballada por su mala alimentación. Cuando su Comandante se reincorporó, distribuyó entre sus componentes nuevos vestuarios (bayetas, paños, camisas, calzoncillos, lienzos y ponchos), al tiempo que escribe Berón:

El día 10 salieron para Corrientes la mayor parte de caballería flaca, para invernarse, y 14 carretas cargadas con diferentes efectos tomados en el pueblo de Salto a los partidarios [sic].

El 12 de enero el Ejército Correntino reemprendió la marcha con lentitud internándose en Entre Ríos, buscando mejores pasturas, y llegó cinco días después al campamento federal de Arroyo Grande. Allí hicieron un descubrimiento, horizados e indignados, lo que indica su cirujano con trabajada prosa:

Muy cerca encontramos las cenizas de los campeones que sacrificaron su vida por la libertad de su Patria: en dos filas los restos cadavéricos aún de la cuchilla aterradora, a donde cortó el hilo de la vida a los que en la mansión celestial descansan, ejecutados por aquellos bárbaros inhumanos a quienes su término se acerca. Allí se asoma todo el Ejército de los libres: son espectadores fieles de las cenizas de sus hermanos, y hoy a la vista redoblan su rencor y su odio.

El general Eugenio Garzón no había permanecido inactivo. Entre sus medidas estuvo la de requerir refuerzos a Buenos Aires, en donde el Gobernador Rosas alistó una División auxiliar.

Las relaciones entre Corrientes y el Estado Oriental cobraron súbito deterioro, importante por ser las únicas entidades en guerra contra el Dictador de Buenos Aires.

El general Fructuoso Rivera recibió una carta de su comisionado el coronel Ruiz Moreno, datada el 9 de enero en Salto, haciéndole saber que su gestión para restablecer la unificación de las operaciones no había surtido efecto. El 15 de febrero, desde Tres Cruces, *Don Frutos* despachó con el coronel Manuel Hornos su respuesta a aquél:

Nada me ha sorprendido todo lo que me indica, pues conozco hace mucho tiempo el camino que ha tomado la política de los pueblos argentinos. No he recibido ninguna comunicación de Ud. más que la carta que me refiero, ni menos del señor Gobernador Madariaga respecto a los objetos de que Ud. fue encargado. Es probable que en nada fueran acogidos. Por acá vamos marchando: no reservamos ni las tinieblas de la noche. Hace pocos días tuvimos una de éstas con Urquiza que fue muy célebre.

Por separado Rivera le escribió otra misiva dejando traslucir el disgusto que lo poseía ante la falta de entendimiento:

...estando dispuesto ya a hacer al Gobierno de Corrientes una franca manifestación de no existir ninguna clase de tratado como los que se encuentran pendientes, a pesar de no haberse realizado en ninguna de sus partes, sin embargo de haberlo declarado el señor Gobernador Madariaga.

Una comunicación dirigida al propio mandatario correntino en similares términos era adjuntada, exigiéndole *"una contestación categórica"*. Es posible que la última carta transcrita haya tenido por objeto reforzar la comisión de Ruiz Moreno, para que la pusiera en conocimiento del coronel Joaquín Madariaga.

Madariaga continuaba su penetración en territorio enemigo con mayores precauciones, por cuanto el mismo día 17 en que se detuvo en Arroyo Grande le llegó un parte de sus avanzadas haciéndole saber de un contacto con los federales, a raíz del cual se vieron forzados a abandonar el ganado de abasto del Ejército. El coronel Bernardino López fue despachado para asegurar el frente, y luego lo hicieron todas las tropas de vanguardia al mando del coronel Juan Madariaga, que tras un tiroteo de los primeros elementos, llevaron una carga que contuvo a aquella fuerza entrerriana.

Sorpresivamente, mientras los correntinos a gran galope lanceaban por la espalda a sus contrincantes, se avistó al grueso del Ejército de Reserva de Entre Ríos al mando del general Garzón, consistente —puntualizó este mismo— en 1.300 efectivos. Faltaba como una hora para que entrara el sol. El jefe enemigo también fue asombrado por la presencia del Ejército Libertador, toda vez que ante su larga detención en Concordia había supuesto que contramarchaba hacia su Provincia: *"Encontrando a los salvajes en la continuación de su invasión, era preciso combatir"*, dio cuenta poco después al Gobernador delegado Cipriano J. de Urquiza. En las filas entrerrianas formaban los coroneles Crispín Velásquez, jefe de vanguardia, Gaspar Tacuabé, Bartolomé Hidalgo, el teniente coronel Benjamín Virasoro, jefe del Estado Mayor, y los comandantes de escuadrón Antonio Borda, José Virasoro, Salvador Bejarano, José de la C. Gallardo (los 5 últimos todos correntinos), Mariano Salazar, Mauricio López y Pascual Pérez, y los tenientes coroneles Lucas Piris, Juan Valdéz y Calixto Arredondo; el teniente coronel Hilarión Campos se hallaba en sus filas sin destino.

Dos versiones se ofrecen del encuentro en las puntas del Sauce, nombre dado al combate que siguió. De acuerdo al general Eugenio Garzón:

El bando unitario se presentó con toda la fuerza de caballería de 2.000 hombres de caballería, dirigiendo su ataque general sobre la vanguardia y el resto de nuestra línea [su vanguardia estaba en una posición separada], que la recibió con valor extraordinario, trabándose un combate contra fuerzas salvajes muy superiores en número, que nos circunvalaron; pero estos valientes soldados federales que tengo el honor de mandar, redoblaron sus fuerzas y valor en tan crítica posición, hasta conseguir empujar a vencer y arrollar del campo de batalla a los salvajes correntinos, que dieron la espalda llenos de humillación al ver quedar fijo y victorioso en él los estandartes y armas de la Confederación. Antes de oscurecer el enemigo empuñó por segunda vez otro bizarro ataque, alucinado con la superioridad de sus fuerzas, pero se repitieron por todos los individuos que componen el Ejército de Reserva, esfuerzos adecuados para no ceder lo que se había ganado; y me es altamente honroso manifestar a V.E. que el más eficaz recurso que el General en Jefe encontró en algunos lances apurados, era recordar a sus soldados el ilustre nombre del Gran Rosas.

En sus *Memorias* el coronel Juan Madariaga dio otra versión:

"A no ser por la hora avanzada y por alguna falta que cometimos, hubiéramos hecho prisioneros a Garzón con la infantería. Eran las cinco y media de la tarde cuando se produjo la lucha y emprendimos el movimien-

to. Y a pesar de que Garzón estaba precavido y con dos cuerpos de tropa situados a más de una legua, lo tomamos de sorpresa en el trance. Y sufrió por ello una considerable dispersión, salvándose a favor de la noche y de una honrosa resistencia que nos hizo con solo un pequeño núcleo de infantería: en escala menor, considero que es el mejor hecho de armas que puede presentar como adversario. Nuestros jefes y algunos soldados eran nuevos; sin embargo en aquel choque no estuvo de parte de ellos el no haber obtenido mayor o completo triunfo".

No resultan infrecuentes tales opiniones contradictorias cuando se trata de adjudicarse el triunfo. Lo que se deduce de ellas es que tras un combate de vanguardias en el cual los entrerrianos no cedieron su campo, el Ejército Correntino en pleno se lanzó sobre Garzón y logró dispersar a su caballería, mientras los infantes federales resistían en el centro de su línea. En una carga, el jefe del escuadrón correntino Pay-Ubre, mayor Ángel Moreyra, recibió un tiro en la frente que lo mató instantáneamente.

Amparado por la noche, el general Eugenio Garzón pudo abandonar el teatro de la pelea, quedando Madariaga en posesión de él, pero sin perseguirlo. El Ejército de Corrientes avanzó a la mañana siguiente al combate en dirección a Concepción del Uruguay, sabiendo que el coronel Bernardino Báez se dirigía paralelamente por el Estado Oriental rumbo a Paysandú, población situada casi enfrente de la indicada. En combinación, ambas fuerzas liberales podrían operar tanto contra los blancos como contra los federales.

Sin embargo, una nota teñida de discordia grave vino a ensombrecer las relaciones de los aliados: Báez hizo saber al general Rivera el saqueo sufrido en Salto a manos de los correntinos. Y la indignación del General oriental se volcó en una larga carta dirigida al coronel Ruiz Moreno el 15 de febrero:

Ya se hará cargo de que estoy impuesto del arribo del general Madariaga al pueblo de Salto y su ocupación, habiendo desaparecido los tiranuelos que lo oprimían. He sido impuesto también de las medidas que se practicaron por el general Madariaga contras las fortunas particulares de aquel pueblo, digno de merecer los respetos de aquel General, que desposeído de un carácter legal, y faltando a la amistad así al pueblo oriental y a mis respetos, ha afligido a los habitantes de mi país, recargándolos con una contribución exorbitante, que creo, según me han dicho, no ha tenido efecto en el todo como se exigía; pero que el señor general Madariaga se ha llevado por la fuerza una cantidad de efectos pertenecientes al comercio y vecindario. Todavía no se me ha dado por el señor coronel Báez una parte circunstanciada; voy a recoger todos los datos justificativos para poner en evidencia lo que extrajudicialmente ha llegado a mi conocimiento.

Si fuese cierto lo que se ha informado (que yo no lo creo) entonces me será doloroso pero me veré en el caso de reclamar una indemnización de los habitantes de mi país perjudicados, o mejor dicho despojados de sus bienes por la fuerza; añadiendo que hemos recibido un ultraje sin merecerlo, desde que consintamos autorizando con nuestro silencio el que un jefe extranjero arranque contribuciones violentas de nuestros nacionales y extranjeros establecidos, quienes reposando en la rectitud de nuestros prin-

cipios y garantidos por nuestras instituciones, hayan venido a ser el blanco de una arbitrariedad que yo no comprendo que pueda disimularse.

Por ahora nada digo, porque no quiero dejar lugar a que se me tache de ligero, acriminándome con que soy enemigo de los argentinos, como se me ha clasificado otras veces cuando me he negado a permitir ultrajes hechos directamente a la dignidad de mi Patria. En otra oportunidad se saqué y se cometieron toda clase de atentados en el desventurado pueblo de Belén, que callamos porque aquellos atentados fueron perpetrados por los tenientes de Rosas ¿pero será posible que en el pueblo de Salto se hayan cometido iguales violencias? ¿Y por quiénes?: por nuestros amigos, por un Gobierno que ayer proclamó a la faz del mundo principios de orden y buena inteligencia con su buen amigo el pueblo oriental.

Ya le digo a Ud. que a este negocio lo he de llevar con pulso y toda la rectitud propia de mi circunspección en negocios de esa clase, para no tener que arrepentirme en caso de tomar una resolución que enfrente las demandas a los que osasen ultrajarnos.

Cuando llegó a nuestro conocimiento la ocupación del pueblo de Salto por el señor general Madariaga y las escenas que habían tenido lugar contra la población inermes y desvalida, le aseguro a Ud. que nos afectó sobremanera, y no faltó quien dijese con mucha indignación: —¡A dónde vamos a parar si nuestros amigos nos ultrajan y dilapidan de este modo a nuestros pueblos! Yo he querido escribir a Ud. esta carta para que sepa lo que por acá se sabe, y a dónde irán a parar las pocas esperanzas que teníamos de un futuro más dichoso, y los enemigos de nuestros derechos habrán bien claramente justificado lo que han dicho de nosotros, que somos unos bandidos.

Pocas jornadas más tarde el 4º Ejército Libertador Correntino llegó a siete leguas de la villa de Uruguay (antiguo pueblo de Arroyo de la China), acampando en las puntas del arroyo Gualaguaychú, sin recibir noticias de Báez. Aguardando el mensaje de éste, tan sólo algunas guardias avanzadas pudieron escuchar varios tiros en la orilla vecina, calculándose que era una demostración tendiente a lograr la rendición de Paysandú antes de asaltarlo, a fin de evitar víctimas en el ataque.

En la cercana población entrerriana alistaba su defensa el coronel José Miguel Galán, convocando a sus milicias y recibiendo un refuerzo de 150 infantes bien pertrechados, enviado desde la escuadrilla anclada frente a Paysandú por el coronel de marina José María de Pinedo, quien asimismo destacó un bergantín a su puerto con otros 150 que lo tripulaban.

Mas el Gobernador de Corrientes detuvo su penetración. El coronel Juan Madariaga revela la causa que lo determinó a ello:

“Esperábamos noticias del coronel Báez para combinar el modo y oportunidad de ataque a la ciudad de Paysandú. Transcurrieron algunos días antes de que el mencionado jefe nos participara su proximación a dicha plaza. Mandamos nosotros un enviado con comunicación para el coronel Báez, pues extrañábamos su silencio. Nuestras operaciones habían quedado interrumpidas. Mandamos suspender las marchas de la columna desprendida sobre Garzón hasta recibir respuesta de Báez. El enviado regresó por último notificándonos que Báez se retiraba para el interior del

Estado Oriental a consecuencia de haber sufrido el general Rivera un contraste en las puntas del Yí, la noche del 24 de enero de 1844. Y que el general Urquiza y don Servando Gómez venían a Paysandú para pasar a Entre Ríos. En vista de todo esto conferenciamos con mi hermano Joaquín sobre lo que debíamos hacer en la emergencia. Permanecer en Entre Ríos no podía ser posible sin la combinación con el general Rivera, pues con un Ejército de la calidad del nuestro, falto de buenos materiales, sin recursos, ni dónde buscarlos desde que estaban bloqueados para nosotros el río Paraná y el Paraguay, la Provincia de Corrientes sin ningún jefe que la pudiese a cubierto de algún movimiento y desde luego protegida contra la emigración armada que Garzón arrastraba consigo; y dadas las relaciones de Corrientes con sus dos países limítrofes, Brasil y Paraguay, en aquel momento difíciles y peligrosas, creímos prudente regresar a nuestra Provincia y resistir allí con ventaja una invasión si, como se nos anunciaba, Urquiza pasaba a Entre Ríos”.

El 4º Ejército Libertador Correntino emprendió, pues, su retirada.

La efectuó sin que el general Eugenio Garzón lo hostigase; y llegado a su campamento de Villanueva, el coronel Joaquín Madariaga licenció una gran parte de sus integrantes con la finalidad de que se ocupasen de atender sus tareas agrícolas, con el propósito de que no se perjudicasen ellos y la Provincia, arruinados sus escasos recursos. Quedó en servicio de vigilancia una línea sobre la frontera, y un plantel de soldados en cada Departamento.

La campaña sobre Entre Ríos le significó a Corrientes tranquilidad por un tiempo, habiéndose impuesto a las fuerzas que pudieran hostigarla, y la desmovilización de sus tropas impidió que cundiese la desertión, ante la vida de guarnición en cercanía de los hogares de los miembros del Ejército.

Sin embargo, debe considerarse que la falta de coordinación con el general Rivera ocasionó graves consecuencias a la común causa política que la Provincia y el Estado Oriental mantenían. Sin contraofertar Madariaga ninguna propuesta ante la obertura iniciada por Rivera, dejó aislado a éste y quedó él mismo expuesto a una grave amenaza si aquel era vencido: la misma estrecha concepción de la seguridad provincial que otrora manifestara el ex Gobernador Ferré ante el general Paz, se repetía en la presente ocasión. Y las tropelías ocurridas en Salto sirvieron de matiz diferenciador.

La reacción en el Estado Oriental al difundirse la novedad de que Corrientes cesaba sus operaciones militares, tuvo contornos extremos.

Cuando el general Rivera recibió esa noticia, transmitida por el coronel Báez el 13 de mayo, su cólera no tuvo medida. Diez días después dirigió una tremenda carta al Gobernador Madariaga acusándolo de faltar a “los compromisos solemnes” que éste tenía para con la Patria, abandonando la guerra “que esta República está sosteniendo sola por más de 15 meses”. Su requisitoria, dada el 24 de mayo en el paso de Navarro sobre el río Negro, contiene duros cargos, reveladores de la desesperación que lo dominaba en difíciles momentos. De las cinco nutridas páginas que componen el original de la nota del general Rivera, se transcriben dos, harto elocuentes de su indignación:

V.E. tiene un compromiso con el pueblo oriental, con el pueblo correntino que preside, y con todos los demás pueblos que gimen bajo la férula

del tirano del Plata. ¿Y cómo pues, señor Gobernador, V.E. ha engañado a los pueblos y a los hombres, que ya nada tienen que sacrificar porque todo lo han sacrificado y lo están sacrificando, por sostener sus derechos unos y sacudir el yugo de la Tiranía otros, mientras tanto V.E. con el Ejército Correntino se ha separado de la línea de operaciones con frívolos (o tal vez falsos) pretextos, impropios de un hombre de bien? V.E. se equivoca si cree que el pueblo oriental y los demás pueblos argentinos que están comprometidos en esta lucha de libertad y civilización, han de dejarle a V.E. sin el justo castigo que merece por el abandono y molice en que se ha colocado y hecho colocar a un Ejército de los pueblos, separándolo de las operaciones, como lo ha hecho y lo está haciendo el pueblo oriental. Tenga V.E. presente que si el resultado de la comisión que ha llevado el doctor Vidal cerca de V.E. no tiene un resultado favorable y conveniente para la dicha de todos, yo le prometo por mi honor que he de mandar cortar toda clase de comunicaciones con V.E., y lo he de hacer perseguir y lo he de perseguir en persona, lo mismo que si fuese el tirano Rosas.

¿Recordaría Rivera al redactar lo anterior, la similar conducta que él mismo guardó con Corrientes en 1839, 1840 y 1841, y que ahora reprochaba a su actual mandatario? Mas su cólera no se contuvo con lo expuesto:

Después del contenido de esta mi carta, ya conocerá V.E. que estoy agraviado y resentido a lo sumo, porque V.E. me ha engañado, ha engañado al pueblo correntino y a todo el mundo. Recorra V.E. lo que ha escrito y puesto bajo su firma desde su primera comunicación, y encontrará la justicia que nos asiste para maldecirle y despreciarle, porque V.E. (y sólo V.E.) no ha querido destruir al enemigo; al contrario, se ha propuesto alentarlos, cuando estuvo ya para ser vencido. Inmensos son los cargos que a V.E. le hemos de hacer, hasta arrancarle una satisfacción con las puntas de nuestras lanzas, el día que por una fatalidad suframos un contraste en este territorio.

Esta carta de violencia inaudita concluía exigiendo al Gobernador Maderia que volviera a emprender operaciones contra el enemigo común, para cumplir sus ofrecimientos y no merecer el “desprecio en la historia donde V.E. ha nacido y nacidos sus hijos”:

Muérase V.E. primero, porque los hombres de honor es lo que más desprecian, su existencia, que dejar a la posteridad una memoria de desprecio.

No era el más indicado Fructuoso Rivera para estampar tamaños cargos; pero de todos modos, ellos son una elocuente muestra de las desavenencias desatadas entre quienes debían coordinar esfuerzos para llevar a la victoria la causa que ambos sostenían.

Contemporáneamente con la ocupación de Salto por las tropas de Corrientes —meses atrás de ser despachada la carta anterior—, ocurrió un acontecimiento trágico para Entre Ríos: el asesinato de su Gobernador Cipriano J. de Urquiza, por una partida de desertores. Como se indicó antes, el mandatario

se había aposentado en Nogoyá para mejor vigilar a los numerosos bandoleros que pululaban en el centro de la Provincia; y el 26 de enero de 1844 un grupo de ellos, capitaneados por un tal Pedro Martínez Rodas (conocido por su segundo apellido, al uso de la época), entró a la población y lo capturó en su residencia, y al resistirse don Cipriano Urquiza a ser atado —logrando escapar a la calle— fue muerto a tiros, lanzadas y golpes de sable. Rodas pudo huir a la persecución que se le hizo y fue a refugiarse en el Ejército Correntino, donde se lo incorporó a sus filas.

5

Proseguía el asedio de Montevideo, sin definición. La condición del general Juan Manuel de Rosas como Comandante en Jefe del Ejército Unido de la Confederación, se puso de manifiesto con una directiva precisa para el general Manuel Oribe, su antiguo subordinado en la campaña sobre el Interior argentino, no obstante hallarse éste ahora en territorio oriental con el título de “Presidente Legal” del mismo. Oribe actuó conforme a las instrucciones de Rosas impartidas el 28 de febrero de 1843, a poco más de diez días de comenzado el sitio a la ciudad:

Los miserables unitarios que aún permanecen en aquella plaza no tendrán otro recurso que implorar perdón, a que se han hecho indignos por sus crímenes, como viles desertores de la causa americana. Sin embargo, como en el estado de desesperación en que se encuentran pueden armar extranjeros con patrañas, y llegar el caso de hacer una resistencia que tal vez cause alguna pérdida sensible en los valientes soldados de ese virtuoso Ejército, y más sensible aún en que después del triunfo tocan la recompensa de sus fatigas, he resuelto que se evite toda efusión de sangre para la posesión de la plaza, lo que tiene que suceder sin el más mínimo sacrificio.

“He resuelto”: la orden de Rosas debió ser acatada por Oribe, teniendo en cuenta que la mayor parte de los efectivos a sus órdenes eran argentinos. La ciudad de Montevideo no sería asaltada sino que era preciso aguardar a su rendición. Pero los confiados cálculos del Dictador argentino no se cumplieron.

En febrero parte del Ejército de Rivera —una División integrada por los coroneles Flores, Estivao y Centurión— pasó por entre las fuerzas del general Ignacio Oribe y del coronel Jaime Montoro, e ingresó en la ciudad con numerosas cabezas de ganado. La pobreza causada por el asedio contaba con alivios ocasionales.

El “Sitio Grande” (para distinguirlo del comprendido durante la guerra de Independencia entre 1812 y 1814, concluido con la caída de la plaza a manos de Alvear) continuó sin otra variante que ofensivas parciales de ambos bandos, algunas de las cuales ya fueron aludidas. El 5 de julio de 1843 una columna de la defensa de 3.000 infantes y otra de caballería en menor número, con 6 piezas de artillería, se dirigió hasta el paraje conocido por Tres Cruces, chocando con los batallones de los coroneles Francisco Lasala y Marcos Rincón,

ayudados por el cuerpo de vascos y guerrillas de Guardias Nacionales, pero sin definición.

En cambio, las operaciones en la campaña oriental ofrecieron mayores alternativas, al librarse un verdadero duelo entre los generales Fructuoso Rivera y Justo J. de Urquiza a través de cuchillas, ríos, despoblados y villas habitadas. Comenzó a destacarse en las filas del primero el coronel Venancio Flores, audaz jefe que operaba a distancia del grueso del Ejército al que pertenecía, formando en éste varios jefes de nacionalidad argentina, entre los cuales se contaban los coroneles Olavarría, Céspedes y Hornos. El 18 de julio el coronel Flores derrotó en la Horqueta del Rosario al general Ángel Ma. Núñez, el entrerriano pasado a los *blancos*, quien en su retirada volvió a ser batido por el general Anacleto Medina, salvado de la persecución merced a sus condiciones de eximio jinete y al buen caballo que montaba.

No faltaron bajas notables en los alrededores de Montevideo. Una de ellas ocurrió el 17 de noviembre de 1843, cuando en servicio como jefe de la línea defensora el coronel Jose Neyra, éste cayó muerto en Tres Cruces, siendo rescatado su cadáver por una carga que llevó el coronel Garibaldi al frente de la Legión Italiana; y otra similar sucedió el 8 de febrero de 1844, fecha en que fue alcanzado el prestigioso coronel Marcelino Sosa por una bala de cañón.

Un reñido combate se disputó el 28 de marzo de ese último año bajo el faldeo del Cerro, cuando se tuvo noticia en Montevideo que cinco batallones de Oribe habían ocupado posiciones cerca de su pendiente, habiendo pasado a la margen derecha del arroyo Pantanoso bajo el mando de los coroneles Gerónimo Costa y Pedro Ramos. Se despachó en su contra una importante columna transportada por agua: la Legión Argentina (teniente coronel Mariano de Gainza), la Legión Italiana (coronel José Garibaldi), 100 soldados del regimiento de Dragones (teniente coronel Manuel Pacheco), el batallón Extra-muros y el 2º de Guardias Nacionales. Estaba al frente de este Ejército el propio Ministro de Guerra, general Melchor Pacheco y Obes, en cuyo Estado Mayor revistaban el general Juan Pablo López y los coroneles Jacinto Estivao y Ramón de Cáceres. La lucha se libró con encarnizamiento durante tres horas, siendo rechazados los sitiadores, cuya caballería fue mandada por el general Ángel Ma. Núñez, el cual recibió un tiro en el vientre, de cuya consecuencia murió dos días después en el *Cerrito de la Victoria*.

Y el 24 de abril de 1844 el propio general Paz encabezó un fuerte ataque contra las fuerzas de infantería comandadas por el general Ángel Pacheco, el cual no obtuvo los resultados esperados por la falta de conjunción con la columna del coronel Venancio Flores que hubiera debido sostenerlo.

La indefinida situación en torno a la capital del Estado Oriental estaba compensada por los movimientos ocurridos en la campaña.

El 24 de enero había ocurrido un encuentro entre Rivera y Urquiza en el arroyo Sauce, "*que fue muy célebre*", en términos del primero transcritos anteriormente. Alrededor de 3.000 hombres de caballería e infantería componían el Ejército Entrerriano al mando del general Urquiza, que lograron desbandar por completo al "malvado Pardejón con toda su horda", según parte del vencedor al general Oribe. En los "*Anales de la defensa de Montevideo*" se detalla la composición del que estaba a órdenes del general Rivera:

"No excedía de 1.700 hombres de caballería, faltándole las Divisiones Silva y Estivao que había desprendido el 21 desde las puntas del Yi a operar en otros puntos; la de Quintana que se hallaba por Tacuarembó con el convoy; la de Olavarría que operaba sobre el Uruguay; y los coroneles Hornos y Ruiz Moreno, que con un cuerpo de oficiales y tres escuadrones de argentinos estuvieron destinados a incorporarse al coronel Madariaga, jefe de los correntinos".

El combate del Sauce antes aludido fue descrito por el general Urquiza a Oribe al día siguiente:

Mi vanguardia, al mando del benemérito coronel don Manuel Urdinarrain, entretuvo dominando la del enemigo y llamando la atención del mismo Pardejón, mientras yo me movía adelantando una parte de la caballería y el batallón n° 3 de Patricios. El enemigo fue cargado y derrotado completamente. La batalla empezó a las puestas del sol y a pesar de la oscuridad se le hizo una persecución por más de dos leguas en todas direcciones.

La acción debió suspenderse al comenzar la noche, lo que impidió la destrucción total del general Rivera; y el escurridizo don Frutos pudo retirarse hasta su reunión con el coronel Báez en el Departamento Paysandú, evitando una columna "*Defensora de las Leyes*" (lema de Oribe) que maniobraba allí bajo el comando del general Servando Gómez. Éste logró tiempo después (en septiembre) una victoria sobre el coronel Venancio Flores en las puntas de arroyo Monzón.

Durante esta guerra de movimientos se privilegia en la presente obra a los jefes argentinos de ambos Partidos, Federal y Liberal; por lo que no debe extrañar que se soslayen varios hechos de armas librados por jefes orientales, ya que, aunque la historia rioplatense es común en el tiempo histórico descrito, el tema en estudio se refiere a las campañas militares conducidas por argentinos, o en las cuales éstos tomaron parte. Valga la digresión para explicar posibles omisiones.

Fue el general Justo J. de Urquiza el personaje central de las operaciones mantenidas en el Estado Oriental en la época referida. Persiguiendo empeñosamente a su enemigo el "salvaje unitario incendiario Pardejón" (tal como era motejado el general Fructuoso Rivera por federales y blancos), se convirtió en el punto de referencia de la guerra, a causa de los triunfos parciales alcanzados. Debe decirse que su adversario mantuvo una táctica tendiente a eludir combates decisivos, con relativo éxito, lo que le permitió proseguir resistiendo durante todo el año 1844. El invierno, con sus lluvias, forzó a interrumpir por una temporada los movimientos, hasta que el asedio puesto por el general Rivera a la villa de Melo (12 de agosto), en el norte del país, impulsó a Urquiza a marchar aceleradamente hasta allí, forzando al caudillo oriental a internarse en el fronterizo Brasil. Y en septiembre el coronel Manuel Antonio Urdinarrain, uno de los principales subordinados de Urquiza, sorprendió y derrotó a una columna riverista mandada por Báez y Quintana en el paso Polanco sobre el río Negro, capturando un importante convoy de carretas que conducía a familias, efectos y partidarios de Don Frutos.

El río Uruguay se hallaba custodiado por los federales para evitar otra conjunción de fuerzas antirrosistas desde Corrientes, conservándose el teniente coronel José María de Pinedo al frente de una flotilla en Paysandú; hacia el sur, el general Antonio Díaz en Mercedes, y el coronel Jaime Montoro en Colonia. Otros efectivos los apoyaban, conducidos por el coronel teniente Lucas Moreno, y los tenientes coroneles Lucas Piris y Manuel Antonio Palavecino, del Ejército Entrerriano. Contra éstos actuaba el general Anacleto Medina, de las fuerzas de Rivera; y su camarada el coronel Fortunato Silva lo hacía en los Departamentos de Maldonado y Minas, al este.

No está de más aclarar la causa por la cual el general Antonio Díaz, no obstante desempeñarse como Ministro de Guerra del general Oribe, fuera destinado a la costa del Uruguay, en lugar de permanecer con el núcleo de los sitiadores a la inmediación del "Presidente Legal". Lo explicó el mismo Díaz en apuntes privados, como una consecuencia de su oposición a tolerar excesos con prisioneros y a tomar represalias contra los extranjeros residentes en Montevideo:

Oribe no me quitó el mando de la División porque temía chocar con el general Rosas, que me la había confiado para invadir el Estado Oriental ese año, ni se atrevió a exonerarme de los Ministerios de Guerra y Hacienda por las mismas razones; pero resolvió desterrarme indirectamente, conservándome la retención de todos aquellos cargos.

El general Fructuoso Rivera estaba refugiado en Brasil —de donde retornaría a la lucha en diciembre—, pero no era lo que preocupaba al general Justo J. de Urquiza, sino la situación de su Provincia. El 6 de septiembre de 1844 —"a la vista del Cerro Largo"— éste recomendó al Ministro Díaz:

De Entre Ríos se me escribe indicándome que los salvajes correntinos se preparan para invadir nuevamente aquella Provincia, y yo no estoy distante de creerlo así; por esto, pues, le recomiendo mucho haga vigilar el Uruguay de Salto abajo con la escuadrilla, a fin de que los salvajes no puedan cruzarlo de una parte a otra, si se realiza la invasión.

No faltaban motivos a Urquiza para abrigar la preocupación antedicha: a Corrientes había retornado el general José María Paz, el vencedor en Caaguazú.

Al concluirse la campaña llevada a cabo por el 4º Ejército Libertador Correntino que se describió anteriormente, fue asentado que el Gobernador Joaquín Madariaga licenció a gran parte de sus tropas. Era "la mejor recompensa que podían apetecer nuestros soldados", explica su hermano Juan, a fin de que pudieran atender a sus labores agrícolas. Quedó únicamente una línea de vigilancia sobre la vecina Provincia enemiga, y planteles en cada Departamento. Uno de los problemas para ambos hermanos era la dificultad en conseguir

armamento, por el aislamiento en que se encontraba Corrientes, y cuya única vía de abastecimiento era la Provincia brasileña de Rio Grande, donde se libraba una guerra contra el Imperio para obtener su independencia, lo que obstaculizaba su provisión.

El general Paz deseaba volver allá. Consideraba que la defensa de Montevideo estaba asegurada, y aprovechó el ofrecimiento del coronel José Joaquín —Baltar que iba a viajar a dicha Provincia, para hacer saber a los Madariaga— es preciso referirse en conjunto a ellos— que estaba dispuesto a unírseles. Este propósito fue coincidente con el del mandatario, el cual había escrito con anticipación para que Paz promoviese la remisión de armas, garantizando su compra con las propiedades de Corrientes. El mismo Gobierno de la Defensa de Montevideo se mostró de acuerdo, consolidado como estaba su estado, y en la noche del 3 de julio de 1844 el general Paz se embarcó en el muelle montevideano, dirigiéndose a Río de Janeiro. "En este buque fletado y aprovisionado por mí, se apiñaron un gran número de jefes y oficiales que debían seguir viaje a Corrientes", indica en sus *Memorias*. Lo acompañaban, además de su familia, el doctor Santiago Derqui y los coroneles Indalecio Chenaut, Ramón de Cáceres, Felipe López, Federico Báez y otros militares de menor graduación. En la misma nave viajaba el general Juan Pablo López, ex mandatario santafecino. Varios más se le unieron durante su trayecto, como los coroneles Manuel Saavedra y Faustino Velazco, y el teniente coronel Mariano de Gainza, y otros fueron agregándose paulatinamente. Tras un azaroso viaje, por último el general Paz llegó a Paso de los Libres el 21 de noviembre, tocando tierra correntina a casi tres años exactos del triunfo que lo prestigiaría en esa Provincia.

Antes de proseguir es menester formular ciertas observaciones indispensables.

En sus respectivas *Memorias* tanto el general Paz como el general Juan Madariaga se cubrieron mutuamente de insultos. La descripción que hizo el primero acerca de los dos hermanos correntinos —con menor intensidad en el caso de don Joaquín— fue francamente desfavorable, acusándolos de una situación caótica en todos los ramos de la administración y del Ejército, sin excluir actos dolosos y beneficios pecuniarios. Incluso les achaca que "querían figurar y tomar el poder, pero no hubieran estado distantes de capitular con la llamada Confederación Argentina para conservarlo". La transcripta es una opinión que debe desecharse, pues al igual que muchas otras estampadas por el general Paz, es producto de su malquerencia posterior, a raíz de acontecimientos de que se dará cuenta oportunamente. Empero, ciertas exageraciones de Paz han pasado a la Historia como verdades absolutas, aunque los hechos muchas veces las desmienten.

No se quedó atrás el general Juan Madariaga para denostar al vencedor de Caaguazú. Calificándolo de intrigante y ambicioso, escribió de éste que "se presentaba esquivo y melindroso por hipocresía, que constituye la condición principal de su carácter". Lo tildó de despectivo y pérfido, "usurpar el poder es cuanto pedía". Sostuvo Madariaga que las masas correntinas odiaban al general Paz.

Prevenido el lector sobre ese par de testimonios opuestos de dos de los actores principales del relato, es menester proseguirlo desapasionadamente so-

bre la base de los sucesos que surgen de ellos comparados con otras fuentes. En el siguiente capítulo se analizará la cuestión con mayor detenimiento.

¿Cómo era el estado militar de Corrientes cuando retornó a esta Provincia el general Paz? ¿Cuáles fueron sus medidas desde entonces?

Sin duda, el licenciamiento de las tropas luego de la campaña sobre Entre Ríos, produjo como consecuencia el relajamiento de la disciplina, y lo que es peor, la sustracción de armas pertenecientes al Ejército. Problema aparte era la permanente preocupación por la carencia de caballada suficiente, aunque este y demás temas pudieron ser con el tiempo solucionados. En el mes de septiembre de 1844 se procedió a convocar a los efectivos provinciales, dándoles nuevo adiestramiento, puesto que había surgido cierta tensión con la República de Paraguay: prohibido el comercio aguas arriba del Paraná por el Gobierno de Buenos Aires, el Dictador Rosas autorizó por esa época que remontara el río un convoy con destino a Asunción, pero las autoridades correntinas se apropiaron del cargamento. Los dueños de los efectos debieron pagar un derecho, aunque pudieron venderlos en el mercado local, beneficiándose unos y otros. El Presidente paraguayo Carlos Antonio López estuvo a punto de iniciar hostilidades, que tras negociaciones, se trocaron en un acuerdo con Corrientes para reglamentar la navegación del río. Rosas, de su lado, dispuso mantener la interdicción del Paraná, lo que se traduciría con el correr de los meses en una alianza militar entre Paraguay y Corrientes.

Cuando en la última semana de noviembre el general Paz se hizo presente en Corrientes, fue recibido con los mayores honores por las autoridades locales, y regocijo por los pobladores de Paso de los Libres: entre aquellos, el teniente coronel Juan Gregorio Acuña y el coronel Zenón Pérez, jefe de la costa del Uruguay. "El pueblo se embanderó —asienta Paz—, la alegría degeneraba en locura en la masa de la población". Se veía en el competente conductor a quien aseguraba la tranquilidad de la Provincia. El prócer viajó a Mercedes —inmediato al campamento general del Ejército en Villanueva—, y allí resultó igualmente agasajado por el coronel Juan Madariaga y otros funcionarios. Acompañado en su tránsito a la capital por "una ovación continuada", en sus afueras lo esperaba el Gobernador Joaquín Madariaga y las principales categorías, "y entramos a Corrientes con repiques de campanas, cohetes y aclamaciones de todo género".

El 13 de enero de 1845 el Congreso Provincial sancionó una ley creando el cargo de "Director de la Guerra", que fue confiado al general Paz. Éste dejó escritos en sus *Memorias* sus objetivos permanentes:

"Mi intento era centralizar en lo posible la Revolución, darle un movimiento regular y uniforme, y un carácter verdaderamente nacional. En cuanto a la organización del Ejército, debía girar sobre un pie de orden y disciplina".

El deseo que agitara cuando tuvieron lugar, dos años atrás, las frustradas conferencias en Paysandú, estaba a punto de lograrse, sobre la base inicial alcanzada. Paz no buscaba únicamente —expresó— "personalizar la guerra" contra Rosas, sino lograr "un objeto más permanente, como la Constitución de la República". Su finalidad, en síntesis y en sus propias palabras, "no era ir

solamente a defender a los correntinos, sino a salvar la República". Una de las medidas iniciales del Director fue ascender a los dos hermanos Madariaga al rango de Coronel Mayor (General de Brigada), lo que éstos supeditaron a la aprobación de la Sala de Representantes, que naturalmente acordó su aquiescencia.

En los primeros días de febrero de 1845 el general Paz pasó revista al Ejército Correntino en su campamento de Villanueva, incluso una División Santafecina comandada por el general Juan Pablo López (300 a 400 hombres), y luego lo examinó cuerpo por cuerpo para conocer su estado. Reticentemente, apunta:

"Sabían hacer algunas maniobras, porque Madariaga había ojeado la táctica, pero nada querían entender de las obligaciones del servicio de campaña, y mucho menos de la parte moral de la disciplina".

No obstante, ponderó en sus notas oficiales la disciplina y arreglo del Ejército, hasta entonces mandado por el ahora general Juan Madariaga, quizá por razones políticas. Aunque hay que tener en cuenta que dichas fuerzas conocían las prácticas militares, toda vez que desde mucho atrás habían participado en variadas acciones de guerra.

Es indudable que los soldados correntinos tenían una tendencia a no observar los estrictos usos castrenses —la sujeción a las *Ordenanzas* españolas, que Paz implantó, causó resistencias entre sus oficiales—, pero salvo el despilfarro en el uso de los equipos y repetidos casos de desertión, la mayoría de la tropa era obediente a sus superiores. Lo demostró en las operaciones bélicas posteriores. Los integrantes del Ejército, y la población en general mostraban una favorable actitud, lo que destaca Paz con evidente rencor e injusticia hacia sus dirigentes:

"La Provincia de Corrientes era decidida por la causa de la libertad; su aversión a Rosas era sincera, el odio a Urquiza era universal. Son los Madariaga los que han alterado estas disposiciones: son ellos, exclusivamente ellos, los que la han sometido a la influencia del Dictador, y la han puesto bajo la cuchilla de Urquiza".

Mas no debemos adelantar hechos futuros.

La impresión que ofreció el estado del Ejército Correntino al Director de la Guerra fue la siguiente: "Veíame mandando un Ejército cuyo único y principal defecto no era ser bisoño y estar desarmado, sino estar corrompido e indisciplinado". Algo más de 30.000 cartuchos de fusil y tercerola, precisa Paz, era todo lo que poseía la Provincia, ya que las armas fueron llevadas por sus poseedores después de la campaña contra Entre Ríos.

"La desmoralización era completa, las municiones habían desaparecido y las armas se habían inutilizado. Para conocerse la causa de esto debe advertirse que la administración de los Madariaga, principalmente en la parte militar, era destructora, y que un Ejército en sus manos marcha en una progresión decreciente".

Prosigue Paz en sus *Memorias*:

"Desde mi arribo a Villanueva todo mi empeño fue establecer orden y regularidad en el Ejército, cortar abusos, extirpar vicios, dar una educación militar al soldado, instruir a los jefes y oficiales en sus respectivas obligaciones militares y civiles, en fin, moralizarlo todo. Al desperdicio y desgreño en todos los ramos, sustituí un plan de economía y arreglo, cuidando siempre de mejorar la situación del oficial y del soldado. [...] Se estableció una maestranza, que no había, y se empezó a componer el armamento y construir buenas lanzas; la artillería se montaba y se hacía adquisiciones de pólvora y otros artículos esenciales de guerra. [...] Yo hacía frecuentes reuniones de jefes y oficiales, que con el título de *academias* eran una verdadera escuela de moral, de instrucción militar y civil".

Y su lamento:

"Desgraciadamente los mandos militares que he obtenido han sido siempre en circunstancias difíciles, en momentos apurados y en lances críticos. En las circunstancias de abundancia y prosperidad otros han sido siempre los llamados a los destinos públicos: yo solo he merecido la elección en los de conflicto".

El cuadro antes descrito se ve contrapuesto con las opiniones del general Juan Madariaga, quien no escatima dicterios, por su parte, para acriminar a José María Paz:

"Recibido del Ejército de Corrientes, no sólo mandaba en él e hizo lo que le vino en gana: también en breve tiempo extendió su autoridad al orden interior de la Provincia, cosa que no era lícito hiciera sin atropellar las atribuciones del Gobernador, y sin afectar las costumbres y susceptibilidad del pueblo correntino; atropellos que muchas veces o siempre fueron tolerados por mi hermano Joaquín, quien si algunas veces le hizo observaciones, jamás las hizo en mengua de su autoridad, y sí por las consecuencias de importantes avances. En estos casos atacaba la soberanía de Corrientes. El Ejército mismo no tardó mucho en transformarse, por las intrigas que el General en Jefe fomentaba, porque su manía fue siempre desconfiar de todos y corromperlos".

Ya se comprenderá la causa de exponer este antagonismo sordo, que fue alimentándose gradualmente. Al comienzo de las relaciones nada hizo sospechar esa hostilidad; buena muestra de lo dicho es el siguiente párrafo de la arenga pronunciada por el general Juan Madariaga al entregar a Paz la jefatura del Ejército en Villanueva: "*La justicia de la causa que defendéis, la constancia que habéis mostrado, vuestro valor y disciplina son el antemural de la libertad de nuestra tierra*". No menos ponderativo se mostró el general Paz al recibirse del mando: "*El infrascripto Director de la Guerra ha visto con la más grata emoción el buen estado, disciplina e instrucción del Ejército que V.E. ha mandado en jefe*".

Imputaciones al margen, corresponde indicar que el general Paz había imaginado aprovechar la ocasión de hallarse el general Urquiza con la mayor par-

te de sus fuerzas ocupado en el Estado Oriental, para obrar ofensivamente contra Entre Ríos. Sin embargo, no podía dejar de considerar que si invadía esta Provincia era posible que Urquiza lo atacara por el flanco cruzando el río Uruguay con sus tropas "mejores y más numerosas", para usar sus propios términos.

Todo dependía de que el general Fructuoso Rivera distrajera la atención del gobernante entrerriano. Y en efecto, las hostilidades volvieron a emprenderse en el vecino país.

7

El caudillo oriental se presentó a principios de 1845 en el norte, junto con los coroneles Báez y Silva, arrastrando otra vez una caravana de familias y enseres. La venta de cueros le había permitido comprar armamento. Al frente de 2.000 hombres intentó el asalto a la villa de Melo (Departamento de Cerro Largo), pero rechazado otra vez por la defensa del comandante Dionisio Coronel, luego se dirigió hacia el sur, despachando al general Anacleto Medina para recibir refuerzos de Montevideo, sobre todo infantería. Al enterarse Urquiza de su movimiento, anunció (12 de febrero) que partía en su persecución:

Mañana marchó Cordobés arriba buscando la cuchilla Grande porque acabo de tener parte que el Pardejón con todas sus hordas ha pasado el río Negro, y yo salgo a encontrarlo si tira para Montevideo, pues si va para Cerro Largo, allá voy a buscarlo.

Conocida esta maniobra por Rivera, reconoció que "el tal gaucho de Entre Ríos" le había impedido avanzar hacia donde planeó. Su Ejército se reconcentró en el Departamento de Minas, sobre el Este del territorio.

Tanto Urquiza como Rivera estaban decididos a librar una batalla decisiva.

Las "hordas" riveristas sumaban casi 5.000 hombres de caballería, y Urquiza contaba con 3.000 efectivos. Este último no había logrado la incorporación del general Servando Gómez, y tampoco abandonaron el sitio de la capital las tropas bajo el mando de los generales Ignacio Oribe y Ángel Pacheco, como las que guarnecían la costa del río Uruguay. Don Frutos confiaba que la inferioridad numérica de su adversario le aseguraba la victoria, y el 23 de marzo reunió a sus jefes en la costa del arroyo Alférez, los cuales levantaron la siguiente acta:

Que después de haber combatido el Ejército durante más de dos años, en que se ha hecho una guerra fuerte al enemigo hasta haber conseguido debilitar y desmoralizar sus fuerzas, las circunstancias le ponen en el caso de volver a tomar la iniciativa sobre las fuerzas que sitían a la capital, para buscar la incorporación de ambos Ejércitos; que se hace indispensable al efecto, la ocupación del Departamento de Maldonado para colocación del convoy de familias, comisaría, depósitos, bagages, etc., como también para mantener expedita la comunicación con el Superior Gobierno de la República.

Que al llenar estos objetos de la mayor importancia, se ha dejado sentir una fuerza enemiga de 2.000 hombres al mando del general invasor Ur-

quizá, que sigue sus marchas a retaguardia del Ejército con el objeto, sin duda, de batirle.

Que siendo premiosas las circunstancias de la capital, según lo manifiesta una nota del señor Vicepresidente de la República, y por otra parte, avanzada ya la estación, puestos todos estos objetos a la consideración y deliberación de los señores jefes ya citados, unánimemente reconocieron con S.E. que era llegado el caso oportuno de dar una batalla, toda vez que el enemigo osase provocarla; no solamente por los motivos ya expuestos por el señor General en Jefe, mas también para aprovechar el brillante estado de moral, disciplina y entusiasmo de todos los soldados.

El optimismo siempre manifestado por el general Rivera no consideraba una falla en su información: Urquiza contaba con mayor número de fuerzas que las calculadas. Un millar de sus soldados iba disimulado entre sus filas como si no fueran combatientes. En realidad —como se expuso antes de transcribir el acta— llegaban a 3.000 hombres, y no a la cifra inferior registrada por los jefes enemigos. Sobre todo, las tropas entrerrianas eran veteranas, mientras que en las orientales formaban muchos milicianos.

Tres días después se avistaron los Ejércitos enemigos. Luego de escopearse sus avanzadas, ambas se replegaron hacia sus respectivos gruesos. Estaban en proximidades del arroyo Sarandí, en los campos de *India Muerta*, fronterizos con el Imperio de Brasil. Se trata de una zona pantanosa que desagua en la laguna Merim, a poca distancia del antiguo fuerte de San Miguel y de la localidad de Chuy.

El 27 de marzo de 1845 se libró la batalla que difundió ese nombre en la Historia.

El Ejército Federal, vestido de gala para la gran función de las armas, vadeó el arroyo y escalonó a sus escuadrones: 17 entrerrianos, 6 porteños y 3 orientales. Su ala derecha la componía la I División Entrerriana de Caballería, al mando del coronel Manuel A. Urdinarrain; el centro se hallaba bajo las órdenes del mayor de infantería José Ma. Francia, oriental de antiguos servicios en Entre Ríos; y la izquierda estaba comandada por el coronel Miguel Jerónimo Galarza, con la III División Entrerriana de caballería. El general Urquiza se ubicó con la reserva para dominar el conjunto de la acción.

El Ejército Oriental, fuerte en 4.500 individuos, tendió su línea con la misma formación.

La batalla comenzó muy temprano. Urquiza proclamó a sus soldados —describiéndola luego— “y ellos llenos del más ardoroso entusiasmo gritaron “¡Victoria o muerte!”, a cuya unánime voz rompieron todas las bandas armoniosas dianas, siguiendo luego un general silencio”. Tras la señal de iniciar el combate impartida por aquel, “toda la línea imperturbable se movió al tranco”. La derecha y el centro riverista hicieron frente “con salvaje algazara” al avance federal, adelantándose para ocupar posiciones detrás de unos zanjones, rompiendo la infantería oriental a órdenes del coronel Lorenzo Flores “a quemarropa un mortífero fuego”. Una culebrina, única pieza de artillería con que contaba, apoyaba la resistencia. Los disparos fueron respondidos de inmediato por los infantes federales.

Los escuadrones de la División Entrerriana a órdenes del coronel Urdinarrain, despreciando el fuego enemigo —prosigue Urquiza— “se lanzaron y pa-

saron sin disparar un tiro, y a sable y lanza penetraron en las filas enemigas”. La lucha aquí fue encarnizada, sufriendo varias bajas los atacantes, pero logrando derrotar a la izquierda y centro de Rivera. En ese momento los soldados de la reserva oriental mandada por el coronel Bernardino Báez “al gran galope se dirigieron a reforzar su derecha” y pudieron restablecer la pelea, “haciéndose en esta ala —expuso Urquiza— encarnizada la batalla, que los salvajes disputaban con empeño”. La indecisa acción fue sostenida ardorosamente. Añadió aquel en su parte:

En vista de esto, ordené marchasen las reservas del centro e izquierda, y yo con la mitad que me acompañaba me dirigí a dicho punto, que así reforzado, dispuse una simultánea carga, la que bastó para aniquilar la obstinada resistencia con que hasta entonces defendían su campo; y haciéndose completa su derrota, fue general la persecución, que se hizo en todas direcciones a distancia de ocho leguas.

Eran las nueve de la mañana.

India Muerta fue una victoria aplastante del general Urquiza.

El “pardejón” Rivera, buscado con empeño, pudo sortear las partidas destacadas en su persecución, que se prosiguió al día siguiente a cargo del coronel Urdinarrain:

Amanecí en la Angostura —indicó éste en su parte— donde encontré un grupo de salvajes y mujeres durmiendo: al sentirme huyeron a pie y fueron muertos todos, y prisioneras las mujeres, entre ellas las de los salvajes Luna y Blanco.

La tenacidad de Urdinarrain le llevó a avistar a dos leguas de la fortaleza de Santa Teresa al general Anacleto Medina, acercándose desde el sur con “un grupo como de 200 hombres y entre ellos porción de jefes”, pero no se pudo evitar que eludiera el cerco y por la costa se internara en Brasil. El agotamiento de los federales detuvo su persecución.

Le han acompañado al salvaje Medina los titulados coroneles Báez, Luna, Silva, Machado, Olavarria, Tavares, José Antonio Acosta y otros, con porción de otros jefes subalternos, oficiales y como 800 hombres, aunque se me asegura pasan de 1.000.

El general Fructuoso Rivera escapó por otro punto situado más hacia el oeste, aunque estuvo a punto de caer en poder de una columna dirigida por el comandante blanco Dionisio Coronel, huyendo al galope tras abandonar su impedimenta, “haciéndole salir de su patria como merece este criminal —comentaba Coronel—, desnudo, mojado y asustado”. Otro grupo de 200 soldados y muchos jefes y oficiales lograron seguirlo. Varias columnas más asimismo buscaron refugio en suelo brasileño, a caballo o caminando, “desarmados y desnudos que dá lástima”, expresó el propio Urdinarrain. Los asilados fueron desarmados e internados.

Al ocuparse el general Urquiza de la situación de los últimos, para asegurar que el jefe de frontera, barón de Caxías, controlaría sus movimientos, pro-

vocó "el más serio desagrado" del Dictador Rosas, Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina —según expresó su Ministro Arana al de Oribe—, por haber intervenido aquél en un tema

que exclusivamente corresponde a la autoridad suprema de esa República, y en el que no debe interponerse, y es completamente extraño a cualquier General o jefe de las Divisiones auxiliares de la Confederación a las órdenes de V.E.

A pesar de este reproche —inmerecido, pues no invadía las atribuciones de ninguno de los dos Jefes de Estado, y se limitaba a asuntos militares—, la victoria de Urquiza en India Muerta fue dignamente celebrada en Buenos Aires, aprovechando el periodismo oficial para dirigir sus encomios a la conducción militar y política del general Juan Manuel de Rosas. Los gobernantes del Interior argentino, como los jefes del Ejército de la Confederación, felicitaron cumplidamente al victorioso triunfador en la batalla, y así lo hizo el general Manuel Oribe en oficio dirigido a Urquiza, convencido de que se había puesto fin definitivo a la resistencia en el Estado Oriental:

La espléndida victoria que V.E. ha conseguido el 27 del último marzo consignada en el importante parte de aquella gloriosa jornada sobre las hordas de salvajes unitarios encabezadas por el rebelde incendiario pardejón Rivera, es el justo premio que la Providencia reservaba a la pericia, denuedo y constancia de V.E., y el heroico ardor de los valientes federales bajo sus órdenes, a favor de la mejor de las causas. Los salvajes unitarios que por tanto tiempo han desgarrado cruel y traidoramente el seno de estas Repúblicas, han llegado al fin de su depravada existencia, y no les queda otro arbitrio que llevar a lejanas tierras lo inmenso de su inmoralidad y sus sucios detestables crímenes.

Los viles tumultuosos extranjeros que los han apoyado, reciben hoy el castigo de su ingratitud y de su bárbara agresión contra un país hospitalario, que en nada los había ofendido, y al cual han abierto profundas heridas.

Las dos Repúblicas del Plata tocan, en fin, el anhelado término de sus empeñosos sacrificios en la valiente lucha que han sostenido por su libertad e independencia.

En el cúmulo de episodios posteriores, existe uno que no deja de tener importancia por sus repercusiones, y requiere ser aclarado. Se refiere a los presuntos excesos cometidos con los prisioneros de Urquiza en India Muerta.

Fue corriente en aquellos tiempos achacar al enemigo las peores conductas en el desarrollo de las operaciones militares, por ambos bandos. No se libró de tales imputaciones el general Justo J. de Urquiza, sobre todo luego del equívoco difundido después de la batalla de Pago Largo, que lo siguió a lo largo de su prolongada vida de soldado. Veamos lo acontecido luego de la última batalla, y una tergiversación notoria que debe ser corregida.

Urquiza escribió a Oribe apenas concluida la pelea, lo que transcribió el periódico *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires de la siguiente manera:

Mi querido amigo: Reciba Ud. un millón de abrazos, porque son las nueve de la mañana y el más espléndido triunfo ha coronado los esfuerzos de las armas federales a mis órdenes. 800 cadáveres y como 250 prisioneros son los viles despojos que el pardejón incendiario Rivera ha dejado por testimonio de su cobardía. Entre los prisioneros hay un gran número de titulados jefes y oficiales, contándose entre éstos Eufemio Izaurraga y Flores (el Chileno), quien comandaba la infantería, la cual toda está en nuestro poder. La pérdida por nuestra parte es tan corta que aún no se nota.

Al pie agregó:

El número de muertos y prisioneros es mayor que el que queda dicho, pues me traen de los últimos a cada instante, y me avisan de otra mortandad que yo ignoraba, por lo que gradúo ésta en más de 1.000, y los prisioneros en 500.

No resultaba inusual exagerar el número de caídos para ponderar el triunfo alcanzado; pero en este caso particular lo que parece más razonable es que aún no se había tomado exacta cuenta de las bajas, dado que recién se estaba concluyendo la batalla.

Claro que la prensa de Montevideo describió escenas horribles de degüellos, pero que no han sido corroboradas por documentos fehacientes, como sucedía en cambio con los partes en que el propio general Oribe o el coronel Mariano Maza daban cuenta de sus crímenes después de sus triunfos. Un caso particular permite poner en duda las aberraciones imputadas como sucedidas en India Muerta.

Militaba en el Ejército de Rivera el coronel Lorenzo Flores, nacido tras la cordillera de los Andes, y refugiado en Cuyo luego de producida la derrota de Carrera a manos españolas en Rancagua. Acompañando a ese caudillo chileno en sus correrías, Flores se estableció en la Banda Oriental, y tempranamente unió su destino al de Rivera, quien lo hizo Coronel en 1839. Participó Lorenzo Flores en todas las campañas encabezada desde entonces por *Don Frutos*, siendo ya conocido por *El Chileno*, como lo identificó Urquiza en su parte a Oribe. Pues bien: al efectuarse la publicación del mismo en *La Gaceta Mercantil* se puede comprobar que se copió como quedó indicado arriba, lo que se difundió luego por la bibliografía que tocó el tema. Y como se supo que el coronel Lorenzo Flores había resultado muerto en India Muerta, pues fue lógico atribuir su deceso a la ejecución posterior ordenada por el vencedor.

Mas no sucedió así: tengo a la vista el parte de Urquiza conformado por el Ministro de Oribe, doctor Carlos A. Villademoros, que ofrece una versión totalmente diferente. En efecto, el documento original expone textualmente:

800 cadáveres y como 350 prisioneros son los viles despojos que el pardejón incendiario Rivera ha dejado por testimonio de su cobardía. Entre los primeros hay un gran número de titulados jefes y oficiales, contándose entre otros a Eufemio Izaurral y Flores (el chileno).

Se advertirá el fundamental cambio de términos: Urquiza menciona a que "entre los *primeros*" (los cadáveres) se contaba Lorenzo Flores; pero al publicar el parte se puso "entre los *prisioneros*". O sea que el sentido fue modificado por completo: en realidad Flores murió en la batalla, no luego de ser capturado. Pero esa tergiversación alimentó la leyenda de crueldad en Urquiza. Hay más aún: la "lista de los titulados jefes que *entre los muertos se han podido conocer*", "salvajes unitarios que han sido muertos en la gloriosa batalla del 27 de marzo" — fechada el 2 de abril y firmada por el general Urquiza y su jefe de Estado Mayor coronel Manuel C. García— está encabezada por el coronel Lorenzo Flores, sin ninguna otra aclaración. (Ambas piezas originales obran en el Archivo de Relaciones Exteriores, entre la correspondencia del Estado Oriental, donde las ha cotejado el autor).

El mismo Dictador porteño, ante las imputaciones del periodismo de Montevideo, requirió informes sobre las presuntas matanzas, por medio de su Ministro de Relaciones Exteriores, a los representantes diplomáticos de Estados Unidos, Francia, Bolivia y Portugal, los cuales desmintieron las versiones de asesinatos cometidos contra prisioneros después de India Muerta.

Existe un elemento de juicio complementario: la cantidad de los derrotados que se presentaron a Urquiza con posterioridad a la batalla, lo que no habrían efectuado en caso de haberse enterado de las ejecuciones ordenadas por él, imposibles de ocultar si fueran ciertas: "Ellos no bajarán de 40 y tantos jefes y oficiales, y 600 y tantos de tropa", informaba Urquiza al general Oribe.

Muy pronto tendré igual placer al enviarle otra nueva lista de presentados, y esto será tan luego reciba las que me deben remitir los jefes que a gran distancia de este campo destiné a operar.

El de mayor jerarquía fue el coronel Brígido Silveyra; y pasados unos días volvía a escribir Urquiza al mandatario delegado en Entre Ríos:

Muy pronto se publicará otra, en que irá a la cabeza el coronel don Manuel Freyre, y contendrá como 14 jefes y oficiales, y más de 200 individuos de tropa.

Para concluir con este aspecto, expondré que en el parte detallado de la batalla de India Muerta, confeccionado por el general Urquiza a los cinco días de librada, puntualizó que sus propias bajas fueron 2 jefes de la III División Entrerriana y 32 individuos de tropa de diversos cuerpos, y heridos 1 jefe y 2 oficiales de la misma División, más 3 oficiales y 115 soldados de otras unidades, lo que hace un total de 156 caídos. Se capturó del Ejército de Rivera "como 700 prisioneros, una culebrina de a 4 (la única que tenía), mucho armamento, todas sus caballadas, bagajes y mujeres".

Urquiza regaló al general Rosas la espada con tiros que perteneciera al "salvaje unitario Pardejón", como también sus boleadoras, "con las cuales se jactaba había de bolearme el caballo tordillo que monto en las batallas".

En cuanto a él, de esa fatigosa cuan activa y exitosa campaña, sólo llevó consigo a un perro, *Purvis*, cachorro que perteneciera al coronel Galarza y que se encariñó con el General, al punto de atacar a todos cuanto se le acercaban, menos a él mismo. Éste no dejó de ponderar su curiosa afección:

"Desde entonces no se ha separado de mí; ha seguido constantemente al lado de mi caballo en la campaña oriental. En India Muerta estaba a mi lado cuando una bala de cañón que pasó cerca de mí lo dió por tierra y separó algunas varas, pero inmediatamente se incorporó y volvió a ocupar su puesto".

Purvis fue immortalizado en ilustraciones confeccionadas bajo la dirección de Urquiza, y no han dejado de mencionarlo varios de sus visitantes.

No podía adivinar el general Urquiza que al regresar a Entre Ríos, emprendía su "camino de Damasco".

Bibliografía

- BENENCIA, *Partes de batalla de las guerras civiles* cit.
 CAMPS, IGNACIO J., *El general don Justo José de Urquiza. Campaña en el Estado Oriental* (Buenos Aires, 1950).
 COMISIÓN DE HOMENAJE, *Homenaje al general José Joaquín Gregorio Madariaga* (Corrientes, 1927).
 DÍAZ, A., *Historia de las Repúblicas del Plata* cit.
 DÍAZ, C., *Memorias inéditas* cit.
 MADARIAGA, JUAN, *Sus memorias* (Buenos Aires, 1967).
 ORIBE, AQUILES B., *El brigadier general don Manuel Oribe* (Montevideo, 1912).
 PAZ, *Memorias póstumas* cit.
 RODRÍGUEZ, *Memorias militares* cit.
 RUIZ MORENO, ISIDORO J., "Negociaciones entre Rivera y Madariaga", en *Boletín* 1-3 del Instituto de Historia Argentina, U.B.A. (Buenos Aires, 1956).
 SANTOS MUÑOZ, *Años de lucha* cit.
 TEIJEIRO MARTÍNEZ, *Historia de la Provincia de Entre Ríos* cit.

CAPÍTULO X

Las invasiones de Entre Ríos

OFENSIVA EN SANTA FE • INCURSIONES NAVALES • PAZ CONTRA URQUIZA •
LOS PACTOS DE ALCARAZ • LA BATALLA DE VENCES

1

El Gobernador de Corrientes Joaquín Madariaga había hecho otorgar al general Paz el cargo de "Director de la Guerra". La ley respectiva (13 de enero de 1845) le confería *"toda la autoridad correspondiente al objeto de esta creación"*; y al efecto de "salvar la Revolución" lo designaba jefe de todas las fuerzas y elementos que pudieran ponerse en acción contra el tirano de la República, *"y le están sometidos todos los asuntos de ella"*, pero la ley declaraba que "no afectaba al orden interno de esta Provincia". El deber del Director era *"libertar la Patria y propender a su organización"*.

Cualquiera fuese la redacción, era indudable que la autoridad bicéfala instaurada necesitaba de gran prudencia para funcionar correctamente. El general Madariaga cumplió honestamente con sus obligaciones, entregando a Paz su pleno apoyo, y por su parte éste se dedicó con la eficacia que le era característica a llenar su cometido. Aun estaba lejos el tiempo en que la intriga comenzaría a obrar en forma deletérea para socavar la recíproca confianza inicial.

Por el momento nada hacía presagiar que la armonía sería quebrada. No obstante que el exigente conductor militar no estaba plenamente satisfecho de los elementos puestos a su disposición, el panorama de tintes sombríos que describió el general Paz en sus *Memorias* está lejos de ser completamente exacto. Si bien el Ejército debía remontarse, equiparse y disciplinarse más adecuadamente que hasta entonces, la base sobre la cual organizar una máquina de guerra competente era promisorio.

Muy distinta descripción a la de Paz es la que dejó Federico de la Barra como conocedor de la situación, ya que actuaba como secretario del Gobernador Madariaga. No obsta esta última circunstancia al equilibrio de su juicio, debido a que la efectuó con la perspectiva y la serenidad que da el transcurso del tiempo, como que historió las acciones medio siglo después de ocurridas. En su libro *Narraciones*, Barra expuso:

"Las milicias de Corrientes, experimentadas en guerras constantes, con instintos bélicos, con temperamento militar, con espontaneidad cívica, inspiraban aliento y confianza, más que a nadie a su renombrado General, que había admirado su gallardía en su habilísima batalla de Caa-guazú. Las

Divisiones correntinas, con alguna excepción, estaban mandadas de inmediato por jefes de su Provincia de probada bravura y experiencia, y de merecido prestigio en sus diversos Departamentos. Abundaba la Provincia en recursos para armar y mantener su Ejército: sus parques estaban bien provistos, como su Comisaría; y el concurso privado de los propietarios no escaseó en generosidad y en abnegación. El aspecto general de aquella situación era imponente y entusiasmador!"

Poca exageración contiene tal cuadro. Efectivamente, las fuerzas otrora milicianas de Corrientes ya eran veteranas de varias campañas: desde 1839 sin interrupción hasta 1844, habiéndose batido en Pago Largo, luego a órdenes de Lavalle en Entre Ríos y el Interior, después en Caá-guazú, Arroyo Grande, Bella Vista, Laguna Brava, y últimamente en Salto y Palmar. Si la tropa es en todos los tiempos un elemento maleable en manos competentes, no carecían de esta cualidad sus jefes comprovincianos: los generales Vicente Ramírez Chico y Juan Madariaga, y luego José Domingo Ábalos; los coroneles Manuel Antonio Ocampos, Felipe López, José C. Masdeu, Bernardino López; los comandantes José Ignacio Serrano, Nicanor Cáceres, Andrés Ricarde, Simeón Payba, Dionisio Ferreira, Juan B. Pucheta, Manuel y José Vallejos, Cecilio Carreras, Santiago Acevedo, Juan Gregorio Acuña, Plácido López, Zenón Pérez, Francisco Solano González, Victoriano Alemí, Timoteo Villanueva, Julián Azcona; y entre estos nombres ya aludidos en la presente obra, dos que cobrarían trágica fama: Cesáreo Montenegro y Castor de León.

No menos idóneos y de antiguos y acreditados servicios eran los jefes y oficiales provenientes de otras Provincias, que llegaron a Corrientes para acompañar al general Paz como en otras ocasiones: los generales Juan Pablo López y después Román Antonio Deheza; los coroneles José Manuel Salas, Indalecio Chenaut, Eustaquio Frías, Manuel Hornos, Federico Guillermo Báez, José Joaquín Baltar, Manuel Saavedra, José Benigno Canedo; y los tenientes coroneles Carlos Paz, Faustino Velazco, Mariano de Gainza, Francisco S. Jigena, Martín Tejerina, Matías Rivero, José Francisco Olmos; y muchos otros subordinados que alcanzarían renombre con el tiempo y sus hechos.

Muy conforme podía sentirse el general Paz contando con tales soldados a sus órdenes. Conocía a la mayor parte, y todos habían sido probados en la acción. Las quejas del eminente General dejadas en sus *Memorias póstumas* tienen el sabor del despecho y la injusticia, sentimientos nacidos del fracaso de sus operaciones posteriores, más que causados por el desarrollo de episodios contemporáneos.

El tiempo para preparar sus elementos tampoco faltó al Director de la Guerra. Su mayor preocupación, cual era el regreso del victorioso general Urquiza a la Mesopotamia, estaba disipada, y ello le permitió organizar desahogadamente su plan, sin la angustia a que se viera enfrentado cuando arribó por primera vez a Corrientes, en el relativamente lejano año 1840.

Urquiza había tenido la intención, apenas triunfante del general Fructuoso Rivera en India Muerta, de retornar de inmediato a Entre Ríos, para atacar a Paz y asegurar su Provincia. He aquí su pensamiento manifestado al general Rosas, Comandante en Jefe del Ejército de toda la Confederación, el 3 de abril de 1845:

Esta inmortal victoria ha anonadado para siempre el poder con que contaban en este país los salvajes unitarios, y a mí me ha cabido la satisfacción de concluir con felicidad la ardua y honrosa misión que se me confió en la dirección de las operaciones para exterminarlos. Tiempo es ya, mi querido amigo, de aniquilar los últimos restos de los salvajes que guarnecidos en la Provincia de Corrientes, tiranizan aquel desgraciado país y amenazan el suelo entrerriano, que purgado de aquellos monstruos sería el último blasón de la Confederación Argentina.

Pedía al efecto, además de los 2.200 entrerrianos a sus órdenes, el batallón *Patricios* y el N° 1 de Lanceros de línea de Buenos Aires, como también el batallón *Independencia* que mandaba el coronel Gerónimo Costa, aunque estuviera destinado al sitio de la capital, porque juzgaba que no se lo necesitaba "por el completo estado de aniquilamiento a que están reducidos los salvajes unitarios encerrados en Montevideo".

Pese a la evidente urgencia del reclamo —apenas había transcurrido una semana desde la batalla—, el Dictador dejó pasar mes y medio para contestar. Lo hizo recién el 25 de mayo, "mes de América", a través de su Ministro el doctor Arana:

El Excmo. señor Gobernador, al ordenar al infrascripto se dirija a V.E., le ha ordenado también le manifieste que de ningún modo conviene ahora hacer lugar al proyecto que V.E. indica. Que nada habría más funesto en las actuales circunstancias, en que todo está expuesto a perderse, y a malograrse tanta sangre derramada, tantos y tan heroicos sacrificios. Que si bien el espléndido triunfo obtenido en India Muerta ha concluido con las hordas del salvaje unitario pardejón Rivera, la independencia y dignidad de las Repúblicas del Plata siempre está amenazada. Hasta dejar estas perfectamente establecidas, cualquier empresa es subalterna; nada hay que pueda anteponerse al sagrado deber de salvarlas de los ataques que se dirigen contra ellas.

Urquiza se resignó, y el 23 de junio —tomándose tiempo a su vez— mostró su completo acatamiento a las directivas del general Rosas. Quedaría en el Estado Oriental hasta fines del año.

Lo extraño del momento político-militar existente allí, es que no se hubiera aprovechado la oportunidad excepcional para intentar la toma de Montevideo. Oribe y Urquiza tenían a sus Ejércitos inactivos ante la desaparición en la campaña de fuerzas enemigas, y los defensores de la ciudad apenas pasaban en la instancia de 4.000 efectivos, sin la calidad de los primeros días del sitio. Pero nada dispuso al respecto Rosas, el conductor de la política en ambas bandas del Plata.

Y a poco el panorama cambiaría. A mediados del año 1845, en efecto, las circunstancias favorables para la causa federal-blanca, desaparecieron ante la irrupción de elementos nuevos que dieron un vuelco al estado de las cosas.

La derrota de Rivera en India Muerta disipó las esperanzas del general Paz de invadir Entre Ríos, atento a la amenaza que significaba Urquiza "enteramente libre en sus movimientos". Desconocía por supuesto la prohibición de Rosas para que se moviera del Estado Oriental, pero consideraba que emprender una nueva campaña sobre la Provincia vecina era una operación "desatinada" porque el Ejército Federal comandado por aquel lo envolvería con mayores elementos, contando con refuerzos desde Santa Fe y Buenos Aires. "Mi posición —confiesa en sus *Memorias*— vino pues a ser esencialmente defensiva, y mi tarea la de salvar la Provincia de Corrientes". Los planes de Paz habíanse modificado radicalmente.

El movimiento ofensivo corrió por cuenta del general Juan Pablo López. El ex mandatario santafecino se decidió a emprender una audaz incursión para recuperar el dominio de su Provincia.

En el mes de junio se prepararon los elementos que intervendrían sobre Santa Fe, operación no exenta de riesgos ya que desde la vecina Entre Ríos era posible efectuar un movimiento por el flanco —como previera Paz— y dejar aislada a la columna invasora, puesto que se habían despachado desde Buenos Aires como refuerzos para Entre Ríos a las Divisiones de los coroneles Hilario Lagos y Martín Hidalgo. A pesar de esta eventualidad, el general Paz se decidió por apoyar la idea emanada de *Mascarilla*. Era pensamiento de Paz extender "la Revolución", mostrando que no sólo en Corrientes latía la oposición contra el Tirano, y que el contraste en India Muerta no significaba que los enemigos de Rosas estuvieran desalentados.

El Gobernador de Santa Fe, general Echagüe, conoció los aprestos desde tiempo antes, y Rosas le envió uniformes, armas y municiones. Pero como las amenazas no se concretaban, la vigilancia se descuidó. Pese a eso, en la capital entrerriana situada al frente se mantenía la precaución.

La maniobra era ciertamente arriesgada, comenzando por una extraordinaria creciente del río Paraná que dificultaba el pase de la caballada. De todos modos el ánimo de López y sus compañeros no se arredró, y en junio se concluyeron los preparativos. La columna de 300 santafecinos fue integrada con otro tanto de correntinos. El Comandante en Jefe, López, estaba asistido como jefe del Estado Mayor por el coronel Bernardino López, y llevaba consigo a los coroneles Santiago Cardozo y José Benigno Canedo, y a los mayores J. Cruz Gorordo y Luis Hernández (su sobrino), además de varios oficiales subalternos y un cuerpo de infantería consistente en 80 hombres. No faltaban auxiliares indios del Chaco de su amigo el cacique Pedrito.

Relata el general Juan Madariaga:

"Mi hermano Joaquín en persona practicó el pasaje de esta columna al Gran Chaco, venciendo dificultades serias, pues la estación frígida y la creciente del Paraná hizo que la travesía del río se transformara en tarea ardua. La empresa fue temeraria en extremo, y sabrán valorarla quienes conocen los desiertos del Chaco; ello no obstante que las circunstancias favorecieron su éxito feliz, cosa en que jamás pensaron los enemigos".

El general Juan Pablo López avanzó sin oposición federal hasta proximidades de la capital santafecina. Allí a una legua, en las chacras de Andino, sorprendió a la División porteña del coronel Martín de Santa Coloma, destinada para amparo del mandatario santafecino, y la derrotó completamente (6 de julio). Escasa e inútil fue la resistencia que se le presentó en la ciudad, de donde fugó rápidamente Echagüe, y don Juan Pablo se posesionó de ella.

"El pueblo de Santa Fe recibió bien a nuestras tropas", afirma Paz al referirse a "este primero e importante suceso". López pudo apoderarse de un gran botín consistente en variados equipos bélicos, entre los cuales había 5 cañones, y tomó 300 prisioneros. Un considerable número de partidarios se agregó a su División. El Gobernador delegado de Entre Ríos, Antonio Crespo, informó al mandatario titular, general Urquiza:

Echagüe se ha dejado sorprender de un modo que dá pena. Con anticipación le habíamos dado aviso sobre la incursión de Mascarilla. Ha perecido mucha gente de la División de Santa Coloma degollada en el mismo campamento. Todo se ha perdido allí, y no es chica la brecha que nos han abierto. Ahora es de suponer que el Manco [Paz] desarrolle su plan sobre Entre Ríos, ya que nos ha de considerar flanqueados. Hoy mismo le he escrito al Restaurador haciéndole las reflexiones que he creído de mi deber. Si Mascarilla no es afligido por aquel lado, nos ha de dar que hacer por aquí. Me dicen que Echagüe tiene como 800 hombres y Mascarilla 1.500. Si esto es cierto, Máscara ha engrosado con los tomados en los cantones y en los montes.

Pero no se aprovechó del triunfo: ninguna consecuencia ulterior fue dispuesta. El general Paz tampoco apoyó la maniobra de López con la decisión que hubiese sido oportuna; tan sólo una partida de 300 correntinos incursionó por el norte de Entre Ríos, sorprendiendo en la localidad de Alcaraz al campamento del comandante Antonio Ezequiel Berón, pero sin mayor consecuencia. Relata el mismo General otras ligeras diversiones operativas:

"El teniente coronel Ricarde, que cubría el punto de Esquina, el mismo día y a la misma hora que el general López caía sobre Santa Fe, perseguía al cuerpo enemigo que tenía a su frente, haciéndole algunos prisioneros y llamando así la atención por otro punto que aquel por donde se dirigía el principal ataque. Lo mismo se hacía por la parte de Curuzú Cuatí, a donde fue destacado el coronel Hornos para hacer demostraciones con idéntico objeto".

El general Eugenio Garzón, a la cabeza de las fuerzas federales que cubrían la costa del Uruguay, transmitía sus impresiones al coronel Lagos, que se hallaba en Paraná:

No creo que Paz abra campaña sobre Entre Ríos sin conocer los resultados de la invasión a Santa Fe, porque sería un golpe fuerte para él si Mascarilla fuera rechazado.

Por su parte López se mantuvo inactivo en la capital ocupada, gozando de su éxito, sin haber planeado extender su ofensiva. Mientras, en el sur se aglo-

meraban considerables fuerzas enemigas para tomar revancha. En Rosario estaba el regimiento del teniente coronel José Agustín Fernández, y en sus cercanías el del teniente coronel Bartolomé Castañeda, unido a indios calchines y guaycurúes. Tras el arroyo del Medio la División del coronel José Joaquín Arana, con los regimientos del coronel Vicente González, "el Carancho del Monte", el de *Restauradores* que respondía al general Echagüe, y una compañía de infantería del N° 6. Sumaban todas ellas unos 3.000 hombres, el doble de los que contaba *Máscara*.

Por último, López comprendió que le era imprescindible retirarse, al comenzar a aproximarse el enemigo. Salió de Santa Fe en los últimos días de julio, llevando consigo 3 de los cañones capturados, 200 prisioneros incorporados a sus filas, varias familias y partidarios que decidieron acompañarlo, y hasta gran parte del archivo de Santa Fe.

La retirada se emprendió en desorden y mal montada —según se lee en las *Memorias de Paz*—, pero la persecución de los federales no fue empeñada firmemente en los primeros días, dejando el Gobernador Echagüe la tarea a sus jefes de vanguardia. Juan Pablo López se adelantó hacia el norte, encomendando la conducción del grueso de su columna al coronel Bernardino López. En la localidad de San Javier le aguardaba el coronel Juan Francisco Soto (tío de los Madariaga) con un par de centenares de hombres.

Sabido por el general Paz el abandono de Santa Fe, hizo cruzar el Paraná por el coronel José Manuel Salas y destacó al general Juan Madariaga para que con naves se estacionara en el paso de Pindotí (casi frente a Goya) para efectuar el traspaso.

Ninguna de estas medidas surtió efecto. López determinó continuar más al norte. Conforme a la versión del general Paz, la causa de que López no se embarcara de regreso a Corrientes se debía a su intención de quedar en su Provincia, en el Chaco santafecino, desde donde poder proseguir la guerra contra Rosas. Paz condenó esta idea, pero contradiciéndose, expresa:

"No es que yo renunciase a la idea de operar por el Chaco, muy al contrario, comprendí las grandes ventajas que debía sacarse de operaciones bien combinadas y dirigidas, pero ya no era tiempo de hacerlas en escala mayor. Mi plan era entonces hacer expediciones más pequeñas sobre las fronteras de Córdoba y Santiago, sin olvidarme de Santa Fe, y pensaba extenderme hasta Salta, de donde teníamos noticias que había buenas disposiciones".

Atribuye el general Paz el fracaso de este proyecto al disgusto que ocasionó en López el enterarse que se confiaría al coronel Salas la conducción de esas operaciones: es que *Mascarilla*, al quedar en territorio de Santa Fe, consideraba que debía comandar las fuerzas que desde aquí se despacharían. Por cierto, el "Directorio de la Guerra" estaba limitado a Corrientes.

Lo positivo es que tales proyectos quedaron sólo en eso. En su retirada al norte, el general Juan Pablo López marchaba delante de su División, separado a buena distancia de ella, rodeado de hombres de confianza; entre ellos los indios de su amigo Pedrito. Y la seguridad con que se efectuaba el retroceso, considerando que no era inminente un ataque de sus perseguidores, le resultó fatal.

El 12 de agosto la retaguardia conducida por el coronel Bernardino López fue alcanzada por los federales al cruzar el arroyo Mal Abrigo, a inmediaciones del antiguo pueblo de El Rey. Ninguno de los dos comandantes, ni Echagüe ni J. P. López, se hallaban en el encuentro encabezando a sus fuerzas; la acción desde las filas federales fue dirigida por el teniente coronel Bartolomé Castañeda. En sus *Memorias* el general Paz recoge lo obrado por el consejo de guerra que se formó posteriormente, lo que permite considerar como veraces sus comentarios. Se refiere a los preliminares del encuentro sostenido por la columna en retirada:

"Al tiempo de moverse el 12 se dejaron ver algunos enemigos, cuyo número fue sucesivamente aumentándose; luego se percibió que éstos acumulaban fuerzas considerables y que aceleraban su marcha, de modo que iba a ser inevitable un choque decisivo. El coronel don Bernardino López fue transmitiendo continuamente estas partes al general López, que llevaba siempre sus dos leguas de distancia, sin poder obtener más orden ni contestación sino *que siguiese la marcha* y acelerándola él mismo, de modo que la distancia que lo separaba de la columna era cada vez mayor. Llegó el caso preciso de que los enemigos se echaban sobre la retaguardia de la columna y que era forzoso combatir o dejarse lancear por la espalda: fue el primero de estos extremos el que muy dignamente eligió el coronel López, y dando media vuelta formó apresuradamente su línea".

Se hallaban mandando ésta los coroneles Soto, Cardozo y Canedo, y los comandantes Villanueva y Gorordo. El ala derecha la componían 300 jinetes montados en caballos blancos. Al frente de la infantería el mayor Oceto, con 3 piezas de artillería.

Los federales dispusieron la caballería de Buenos Aires a la izquierda, con los indios calchines, y la santafecina a la derecha bajo órdenes del teniente coronel José Agustín Fernández, junto con indios guaycurúes capitaneados por su cacique Antonio. A la infantería la mandaba el capitán Pedro Robledo.

Difundió las alternativas del combate medio siglo después el coronel Prudencio Arnold, en su autobiografía, quien se halló en él como capitán:

"La izquierda enemiga [*liberal*] se movió sobre nuestra derecha, el centro sobre nosotros, y nosotros sobre ellos. La izquierda púsose a nuestra derecha fuera del alcance de las balas. Nosotros íbamos al trote, como ellos venían, y nuestra infantería avanzaba con decisión. Llegamos hasta chocar la cabeza de los caballos, quedando algunos de los míos ensartados en las lanzas enemigas y sin poder abrir claro para penetrar en sus filas; mandé volver caras a mis compañeros. Ellos entonces perdieron su formación en el apuro por matar, y como a las 60 varas volvimos otra vez: aquí fue el entrevero de caballería al arma blanca más cruzado que conozco. Todos vestíamos igual uniforme y no teníamos distintivo, matándonos unos con otros los compañeros".

Arnold tuvo a su caballo herido, el cual, encabritándose lo volteó dejándolo aturdido en el suelo, de cuya apurada situación lo salvó un camarada alzándolo en ancas.

"Mientras, mis compañeros se defendían sableando triunfantes, hasta pasar la infantería, donde hicieron alto, cumpliendo con la orden que de mí habían recibido. Al mismo tiempo llegaban las infanterías a la bayoneta. Herido gravemente el jefe de la nuestra, la enemiga creyó que aquel alto de mi gente era para venir sobre ella, y dio la espalda. En este estado la batalla, se movieron a perseguir nuestra extrema izquierda y toda el ala derecha, que desde el rechazo permanecieron inmóviles, viéndonos sacrificar, y es por esto que no tuvieron un solo muerto ni herido, mientras que mi escuadrón en menos de media hora tuvo 13 muertos y 23 heridos, haciendo al enemigo más de 150 de los primeros y como otros tantos de los últimos".

Arnold comenta finalmente:

"En todas esas batallas yo había presenciado arrojo algunas veces, heroísmo en otras ocasiones en los combatientes, pero carga como la de los correntinos en Mal Abrigo no había presenciado jamás, aunque lo fuera entre menos número de combatientes".

El general Paz resume el combate de Mal Abrigo:

"Nuestra caballería cargó a la enemiga, la contuvo por algún tiempo y aún me aseguran que en algunos puntos la hizo retroceder. Algunos escuadrones, según la maniobra favorita de los federales, se presentaron sobre los flancos: nuestra tropa, cuyos caballos eran pésimos, se desordenó y huyó. La derrota fue completa. Nuestros infantes, que con los prisioneros incorporados ascendían a más de 100, quedaron en el campo rodeados de enemigos; los prisioneros se pasaron a los suyos, y el valiente y desgraciado mayor Orzeto, con los pocos que le quedaban, se corrió por su flanco izquierdo, ganó un bosque, y defendiéndose y continuando su retirada por lo más fragoso, logró al cabo de uno o dos días llegar a la costa del Paraná y salvarse con la mayor parte de los suyos. Al mayor Cabral, que con un piquete de infantería custodiaba unas carretas de parque y otros efectos, muy luego los derrotados le anunciaron lo que había sucedido: las carretas se perdieron, pero se salvó el Mayor y la mayor parte de su piquete, habiéndose ahogado algunos hombres al pasar un arroyo profundo".

La caballería federal victoriosa llegó donde estaban las carretas, e ilustra el capitán Arnold, quien estuvo allí con 10 soldados de su escuadrón y 16 del regimiento *Restauradores* que se le incorporaron:

"En esos momentos más de 100 indios y cristianos mezclados, de las tropas de Fernández, se habían apoderado de las carretas, empezando por robar lo que contenían y a desnudar las mujeres. En el acto dispuse que los 10 soldados de mi escuadrón con el teniente don Juan Antonio Flores por un lado, y yo con los soldados restantes por el otro, reprimiésemos aquel descenfreno, obligándolos a respetar las órdenes, a balazos si necesario fuese. Cuando los indios desparramados se reunieron, conteniéndose en sus desmanes, observaron que éramos tan pocos, se lanzaron en nuestra contra. Apercebido de la actitud hostil de aquellos bárbaros, ordené echar pié a tierra. El teniente Flores, que comprendió la maniobra y el

propósito de los indios, se me incorporó apresuradamente para protegernos. Los indios que esto vieron, juzgaron prudente retirarse".

Otros indios, éstos los auxiliares de López bajo el mando del cacique Pedrito, sirvieron para proteger la retirada de la División de *Mascarilla*, cargando a los federales que perseguían a los dispersos, y —escribe Paz—

"pudo salvarse la mayor parte de nuestra tropa: ella fue llegando al Paraná en partidas y hasta individualmente, y no siendo ya molestada por el enemigo, y siendo todos nadadores en lo general, la pérdida fue menor de lo que hubiera debido".

El último combate de esta campaña iniciada bajo tan favorables auspicios, y concluida tan miserablemente, lo disputó el 18 de agosto el sobrino de López, el mayor Luis Hernández, tratando de contener el avance enemigo, pero siendo dispersado con pérdida de 17 muertos y 16 prisioneros, y gran mortandad de indios amigos.

No mucho después, el general Echagüe dio cuenta a su colega el Gobernador Crespo de Entre Ríos sobre el resultado de Mal Abrigo:

El enemigo presentó su línea como de 1.000 hombres: fue batido y completamente deshecho, dejando sobre 600 muertos en el campo de batalla, y pasan de 200 los prisioneros y rescatados los nuestros; con ellos regresa la vanguardia, y con las 3 piezas de artillería que se llevaban, toda la munición, carretas y armamento, el ganado y caballadas, aunque inútil por su flacura. Los muertos salvajes unitarios que se han conocido son los titulados coroneles Santiago Cardozo y Juan Francisco Soto, el titulado mayor Oreto, y un capitán Carrizo; y aún cuando hay muchos no se conocen, y tan sólo por los uniformes que se han tomado se sabe sus clases. Por nuestra parte sólo hemos tenido 2 tenientes muertos y 3 individuos de tropa; y 2 sargentos y 28 heridos levemente. El salvaje unitario Mascarilla ha estado muy distante del campo de batalla.

Este último, aún autotitulado "Gobernador Legal de Santa Fe", tuvo una conducta reprensible en la jornada de Mal Abrigo, que ponen de relieve sus camaradas Paz y Madariaga, además de su adversario Echagüe. Escribió el primero en términos duros pero esta vez merecidos:

"El general López manifestó en ella y durante toda la retirada una cobardía y una ineptitud sin ejemplo, pero no se crea por eso que esta miserable conducta provenía en todo de falta de valor o de carácter. A un hombre que ha sido militar y que ha mandado soldados, que ha obtenido puestos elevados, no se le puede suponer tanta falta de corazón y tal anodamiento: provenía en mucho del modo con que esos paisanos vestidos de uniforme, esos campesinos de espada, esos Generales gauchos, entienden el valor, el honor, y los deberes militares".

A su retorno a Corrientes, López fue sometido a un consejo de guerra presidido por el general Deheza, junto con los coroneles Bernardino López y José Benigno Canedo, y el mayor J. Cruz Gorordo, y enseña Paz:

"El fiscal lo acusó de cobardía, falsedad y malversación, y pidió la pena de muerte. El consejo le salvó la vida, pero lo destituyó de todos sus empleos y grados militares. Los demás jefes salieron absueltos".

Juan Pablo López pasó a Brasil.

3

La oportunidad perdida por Oribe —y por Rosas— de tomar a Montevideo después del triunfo de Urquiza en India Muerta, no se repetiría. Desde comienzos de 1845 empezó a insinuarse una crisis que estalló a mediados del mismo, proyectando sus efectos políticos hasta fines de la década. Fue un grave conflicto sostenido por Gran Bretaña y Francia contra Buenos Aires.

Comenzó a raíz del reclamo de dichas potencias europeas, obedeciendo a dos causas, planteadas al Gobernador Rosas desde principios de aquel año, y sintetizadas por los representantes diplomáticos William G. Ouseley y el barón Deffaudis a principios de junio:

- 1º) *La evacuación del territorio de Uruguay por las tropas argentinas.*
- 2º) *El retiro delante de Montevideo de las fuerzas navales argentinas que en este momento hacen el bloqueo de aquel puerto.*

Formulaban tal exigencia para asegurar la perfecta soberanía del Estado Oriental, nacido en 1828 por el tratado de paz firmado por la Confederación Argentina y el Imperio de Brasil, y garantizado su cumplimiento por Gran Bretaña; y el tratado Arana-Mackau con Francia en 1840 que reiteraba el estado de "perfecta y absoluta independencia" de la República Oriental del Uruguay por parte del Gobierno de Buenos Aires. Y un hecho notorio chocaba con la estricta observancia de tales acuerdos internacionales, que destacaban ambos representantes europeos:

Es evidente que el apoyo militar que el Gobierno Argentino presta al general Oribe en la guerra actual del Uruguay, proclamando que este General es el Presidente legal de la República Oriental, y procediendo de concierto con él al derrocamiento del Gobierno establecido en ese país, es una violación flagrante de los tratados precitados. Porque el lapso del tiempo durante el que el Gobierno Argentino se habría podido creer autorizado para obrar así ha pasado mucho tiempo ha, y el apoyo que presta en este momento al general Oribe no puede ser considerado más que como un acto de intervención en los negocios interiores del Uruguay, y por consiguiente un ataque contra la independencia de este Estado.

En otra causal se amparaban los diplomáticos mencionados:

Admitiendo como lo ha dicho el Gobierno Argentino, que el ex Presidente Rivera le haya el primero declarado la guerra (hoy sobre todo que éste ha abandonado el Uruguay), es cierto que el Gobierno Argentino ha más que satisfecho a su justicia, a su honor y a su seguridad por las terri-

bles represalias que ha ejercido, y por el estado de ruina y de miserias profundas en que la permanencia prolongada de sus tropas ha reducido a la República Oriental.

Y añadían una última consideración:

El segundo motivo en que apoyar sus solicitudes es fundado sobre los principios de la humanidad, que han sido muy frecuentemente violados en la guerra actual por las crueldades de que ha sido acompañada. Estas crueldades, que han afligido a toda la Europa civilizada, habrían bastado para determinar a Francia a unir sus votos y sus esfuerzos a los de Inglaterra para el restablecimiento de la paz.

Pasado un mes sin que los representantes de Gran Bretaña y Francia obtuvieran respuesta satisfactoria a sus demandas (el Ministro Arana puso como base para pacificar el territorio oriental "*el reconocimiento del señor Oribe como autoridad de la República Oriental del Uruguay y su entrada en Montevideo como Presidente de la República*"), Ouseley y Deffaudis pidieron sus pasaportes y se retiraron de Buenos Aires el 31 de julio. Previamente enviaron una nota al Ministerio de Relaciones Exteriores de Buenos Aires desconociendo el bloqueo mantenido contra los puertos de Montevideo y Maldonado. En tal virtud, el doctor Felipe Arana, había cursado un oficio al brigadier Guillermo Brown, comandante de la Escuadra, por disposición del Gobernador Rosas (22 de julio) para que "*inmediatamente V.S., luego de recibir la presente y sin demora alguna, se retire a este puerto con todos los buques de la Escuadra de la Confederación Argentina a sus órdenes*".

Antes de que esta orden llegara a destino, se habían sucedido gravísimos hechos.

Brown hizo saber al Ministro Arana que los comandantes de las naves europeas *Africana* y *Curaçao* se presentaron a bordo de su buque insignia *San Martín* "avisándome que puedo partir con la Escuadra bajo de mi mando para Buenos Aires, y reclamando por orden de sus ministros todos los súbditos ingleses y franceses que estaban a su bordo". Gran cantidad de los marineros que prestaban servicios en la Escuadra argentina, en efecto, eran de aquel origen; ante lo cual su Comandante les solicitó a aquellos que le fuera permitido conservarlos hasta llegar a destino.

Lo que prosiguió fue referido minuciosamente por el general William Brown en una extensa comunicación fechada el 9 de agosto al echar ancla en Buenos Aires, dirigida al doctor Arana:

El infrascripto cumple con el deber de dar cuenta al Gobierno de la atentatoria y escandalosa captura de la Escuadra Nacional de la Confederación Argentina de su mando, por las fuerzas de Su Majestad Británica y Rey de los Franceses, estacionadas en el puerto de Montevideo. Al hacerlo presentará el cuadro fiel de un acontecimiento nuevo para la Historia y sorprendente para el mundo civilizado.

Fondeado frente a Montevideo, llamó mi atención la corbeta de guerra de S.M. Británica Cadmus la noche del 21 del próximo pasado, que fondeó entre el bergantín General San Martín y corbeta 25 de Mayo. Ama-

neció el 22 y apareció fondeado en alguna más distancia el bergantín de guerra de S.M. el Rey de los Franceses D'Assas, y a las once de la mañana vinieron a mi bordo los dos Capitanes de las fragatas de los señores almirantes Inglefield y Lainé, comisionados para notificarme a nombre de los referidos Almirantes que por órdenes recibidas de los Excmos Ministros Plenipotenciarios de S.M. Británica y Rey de los Franceses, quedaba detenida la Escuadra de mi mando.

El General llamó a los comandantes de los tres buques bajo su comando (corbeta 25 de Mayo, bergantín General Echagüe y goleta Maipú), a quienes una vez a bordo del bergantín San Martín los impuso de la comunicación recibida. Durante la reunión, la corbeta de guerra británica Satélite pasaba amenazante por entre las naves argentinas.

El 25 de julio Brown notificó a los jefes navales europeos la orden recibida del Gobierno de Buenos Aires para retornar a este puerto en virtud del desconocimiento del bloqueo dispuesto por Rosas a Montevideo y Maldonado, y les pidió víveres y agua para cumplirla. Quedaron unos y otros estacionados algunos días, hasta que el 31 otra vez los capitanes del Curaçao y la Africana abordaron el bergantín San Martín para avisar al general Brown que podía volver a Buenos Aires, "dejando los marineros ingleses y franceses que tripulaban los buques de la Escuadra".

Pero como éstos eran los principales al marinamiento de los buques —sigue Brown— pedí me dejen hasta llegar a este puerto, donde serían entregados. Se me contestó que era necesario poner esto en conocimiento de los señores ministros y advertir también a las tripulaciones, por orden de los mismos ministros, no podían continuar al servicio del Gobierno Argentino durante las presentes circunstancias.

Esto último fue cumplido, y mientras Brown hacía partícipe del incidente a las autoridades porteñas, los jefes extranjeros aguardaban instrucciones de sus superiores.

El 2 de agosto a las tres de la tarde el Comandante naval de Buenos Aires hizo la señal a sus naves para ponerse a la vela, iniciando el viaje de retorno la corbeta 25 de Mayo, a la que se prepararon a seguir el San Martín y la 9 de Julio. Faltaban por zarpar dos buques, cuando se precipitaron los acontecimientos. En palabras de Brown:

La goleta Maipú, al empezar a levar ancla, fue intimada por el comandante de la corbeta Cadmus, de que la echaría a pique si suspendiese su ancla; mas como luego dio la vela dicha corbeta para impedir a cañonazos la salida del bergantín General San Martín y la corbeta 25 de Mayo que marchaban en el mismo rumbo, el comandante de la goleta Maipú trató de zarpar forzando a los marineros ingleses, que se negaron a hacer servicio.

Puesto en vela el bergantín San Martín con su artillería descargada, dieron también la vela las corbetas de S.M. Británica Cadmus y Satélite y el bergantín D'Assas del Rey de los Franceses, rompiendo sus fuegos la primera delante del bergantín San Martín y la corbeta 25 de Mayo, que

marchaban en el mismo rumbo. Se dirigió cerca de ella el bergantín D'Assas, dirigiendo sus fuegos al San Martín, al cual logró ponerle una bala a popa, que corrió toda la cámara, colocándome poco después en la fuerte como amarga situación de valorar debidamente las consecuencias de una imprudente resistencia, pues que ella sólo produciría el sacrificio de vidas inocentes, mucho más cuando las artillerías estaban descargadas, pues que era innecesario tenerla cargada donde no existían enemigos que combatir.

El general Brown admite en su parte que "tal agravio demandaba imperiosamente el sacrificio de la vida con honor", pero prefirió "la subordinación religiosa a las supremas órdenes"; y para evitar aumentar los incidentes —expresó— "pudo resolverse el que firma para arriar un pabellón que por treinta y tres años de continuados triunfos ha sostenido con toda dignidad en las aguas del Plata".

Esta decisión no muestra al glorioso almirante de otros tiempos, no sólo en cuanto a empeñar su vida con el fin de mantener la dignidad de su cometido, desdeñando considerar el mayor poderío enemigo, como supo hacerlo con gallardía en el pasado, sino que revela su insólita conducta al no estar cargados los cañones de su Escuadra pese a hallarse enfrente de un puerto con naves combatientes, y a la necesidad de mantener su bloqueo estricto.

Rendida la Escuadra de Buenos Aires, sus buques fueron ocupados por marinos europeos, que izaron en ellos sus banderas, quedando fondeados dentro del puerto de Montevideo. Las velas fueron arriadas, y aseguradas las armas bajo llave, "apurando el sufrimiento de los que siendo valientes por los hechos que reconoce la Historia, se encontraban rendidos sin haber combatido". Las tripulaciones extranjeras abandonaron las naves que hasta entonces sirvieron.

En tan desconsolable posición para el infrascripto —prosigue Brown—, jefes, oficiales y tripulaciones de nacionales de la Escuadra Argentina, era indispensable subordinar los sentimientos de la justicia, y que el patriotismo superase a tan inaudito escándalo del poder irresistible de la fuerza.

Estos últimos fueron llevados a tierra en lanchas inglesas, y el día 5 transportados a Buenos Aires en un par de vapores de sus custodios.

Restaba otra humillación para el general William Brown: el representante diplomático del Reino Unido en Montevideo le impartió la orden de "no poder embarcarse ni tomar las armas bajo el pabellón argentino durante la presente cuestión". La conducta de aquel fue expuesta por él mismo:

Esta nueva declaratoria puso en mayor conflicto al infrascripto; pero considerando que así el Gobierno, como los habitantes de la República, harían la debida justicia a los defensores del pabellón argentino sobre Montevideo, y que aquel acto no importaba otra realidad que acreditarse más y más la violencia y escandalosa conducta de las fuerzas navales de Inglaterra y Francia, se prestó a él. Habiendo asimismo seguido su ejemplo el sargento mayor don Juan King, capitán don Juan Fitton y subtenien-

te don Daniel Shils, todos antiguos servidores del pabellón argentino y cooperadores de sus triunfos en las aguas del Plata.

Así concluyó este incidente —doloroso para la memoria del primer comandante de la Armada argentina—, conocido como “el robo de la Escuadra” desde el momento en que se produjo. Se lo ha detallado por la importancia del hecho en sí, y por las consecuencias trascendentales que se desprendieron de él.

La medida se derivó del rechazo del ultimátum pasado al Ministro Arana por los diplomáticos Oseley y Deffaudis. La notificación del contraalmirante Lainé, comandante de la Estación naval francesa en el Atlántico Sur, dirigida al general Manuel Oribe, dándole el limitado título de “General en Jefe”, le hizo saber:

Tengo el honor de preveniros que, en consecuencia de la denegación que habéis hecho de suspender las hostilidades y de conformidad con mis instrucciones, el señor Comandante de las fuerzas navales de S.M. Británica y yo hemos declarado el bloqueo absoluto del Buceo y de los puntos del litoral ocupado por las tropas bajo vuestras órdenes. Aceptad, os ruego, señor General en Jefe, las seguridades de mi más alta consideración.

Las hostilidades en los ríos Paraná y Uruguay no tardaron en sucederse.

4

La Provincia de Corrientes poseía una escuadrilla bajo la dirección del capitán Alberto Villegas, a la cual se incorporó un marino de origen griego, Kardassi, procedente del Estado Oriental. El 2 de febrero de 1845 el general Paz puso en conocimiento del Gobernador Madariaga un hecho que reviste gran significado por los valores espirituales en juego:

El comandante don Jorge Kardassi me ha presentado la bandera de la balandra de guerra de Buenos Aires Carmen, que fue por él apresada en su tránsito desde Montevideo. Esta adquisición no sería un trofeo si fuera el pabellón argentino a cuya sombra hemos combatido, y cuya vista inflama a nuestros leales compatriotas: ella es solamente la insignia del despotismo más atroz que preside la carnicería y la barbarie. Ella no es la bandera de Mayo, pues desfigurada en sus colores y emblemas, no tiene ninguna semejanza con la que simboliza las glorias de la Patria. Por ello es que he creído deberse conservar en el depósito que tenga la Provincia para este objeto.

A mediados del año se organizó una incursión fluvial destinada a amenazar la ciudad de Paraná. Aquí se hallaban estacionados algunos buques de guerra de Buenos Aires, bajo el mando del teniente coronel Juan B. Thorne. Las fuerzas federales de la capital entrerriana estaban alistadas en prevención de que los expedicionarios a la vecina orilla pudieran dar un golpe de mano, contando con la fuerza porteña a órdenes del coronel Hilario Lagos.

En la noche del 27 de agosto cuatro lanchones correntinos, puestos a órdenes de Kardassi, atacaron el puerto de Paraná y sacaron del mismo ocho embarcaciones mercantes, que fueron saqueadas y dos de ellas incendiadas. El 30 por la madrugada efectuaron otra demostración sobre la ciudad, que no pasó de un intercambio de disparos de fusilería y cañón, luego de lo cual las naves correntinas se retiraron aguas arriba. Ambas partes se adjudicaron el triunfo de este enfrentamiento.

De mayor importancia resultaron las operaciones en el río Uruguay. El 5 de agosto la isla Martín García fue desarmada y desocupada por la guarnición porteña que la custodiaba, y su comandante el coronel Francisco Crespo se retiró a San Nicolás, dejando un piquete con órdenes de arriar la bandera al primer tiro del enemigo. Las fuerzas anglo-francesas desembarcaron y enarbolaron la bandera oriental, como reiteración de que no las movía ningún intento de apropiación territorial.

Libre entonces el paso a los afluentes del Plata, remontó el río Uruguay, en septiembre, una expedición de 16 buques despachada desde Montevideo a órdenes del coronel José Garibaldi, transportando 675 efectivos, de los cuales 226 eran componentes de la Legión Italiana. La caballería embarcada (un centenar de hombres) estaba mandada por el teniente coronel Antonio Alemán, entrerriano; prestaban escolta embarcaciones británicas. Oribe había impartido instrucciones al coronel Jaime Montoro, en Mercedes, y al general Antonio Díaz, estacionado en Paysandú, para prevenir la retirada de la costa a fin de privar al enemigo de abastecimientos y artículos de guerra. En Salto se hallaba el coronel Manuel Lavalleja.

La correría de Garibaldi alcanzó mayor éxito que la emprendida por el Paraná dos años y medio antes, concluida desastrosamente a manos de Brown en Costa Brava. Tomó Colonia y luego Gualeguaychú, donde fue sorprendido y capturado el jefe de esta localidad, teniente coronel Eduardo Villagra, luego dejado en libertad con las demás autoridades del Departamento. La ciudad fue saqueada y capturado su armamento.

En cambio, el general Díaz resistió con buena fortuna el intento de asaltar Paysandú, y tras un furioso cañoneo se retiraron aguas abajo las naves europeas, mientras Garibaldi proseguía hacia el norte con los suyos. Durante el combate fue gravemente herido el teniente Luis Cavazza en el asalto a una goleta, “perdiendo el brazo derecho en el abordaje, pues fue preciso amputárselo inmediatamente”, dio cuenta el general Díaz al coronel Galán. Al llegar a Salto los buques orientales, el coronel Lavalleja no atinó a evacuar a sus pobladores, con lo que permitió aprovisionar y reforzar con cañones a la escuadra. Garibaldi prosiguió hasta el paso del Hervidero, sin poder tomar contacto con el general Paz en Corrientes como lo planeaba, toda vez que la vigilancia dispuesta por el general Eugenio Garzón en la vecina costa de Entre Ríos se lo impidió. A poco los expedicionarios desembarcaron, siendo hostilizados por el coronel Lavalleja con las fuerzas que había retirado al interior; hasta que el 24 del mismo agosto, la fuerza de Montevideo, en número de 200 hombres y contando con caballada proporcionada por partidarios de Rivera, logró sorprender a Lavalleja y dispersarlo. También fue derrotado por el comandante liberal José Mundell el mayor Marcos Neira, del Ejército de Urquiza.

Este último se aproximaba para combatir a los “gringos piratas”, como los

denominaba, llegando a Salto el 6 de diciembre. Las naves de Garibaldi permanecían Uruguay arriba, sin remontar por la bajante del río el paso del Hervidero (así llamado por los remolinos existentes, donde hoy se halla construida la presa binacional de Salto Grande). La Legión Italiana y sus acompañantes fueron sitiados en el pueblo de Salto, haciendo frente al Ejército Entrerriano hasta principios del año siguiente. Urquiza no quiso asaltarlos decididamente debido a la artillería con que contaba Garibaldi, reservando sus fuerzas para otras operaciones a punto de emprender. El 20 de noviembre se había incorporado a los defensores el coronel Bernardino Báez, llegado de Uruguayana (Brasil) al frente de una División bien montada y armada. Y quedaron pocas fuerzas federales sitiando a Garibaldi en Salto.

Éste y el coronel Báez salieron al campo para recibir al general Anacleto Medina con refuerzos, pero en cambio se presentó frente a ellos el general Servando Gómez con superiores efectivos blancos. Formaban junto a ellos veteranos militares argentinos, entre los que se contaban el coronel Nicolás Granada y los tenientes coroneles Cesáreo Domínguez y Ramón Bustos. En la localidad de San Antonio, el 8 de febrero de 1846, se libró un duro combate, tras la arenga del coronel Garibaldi a sus legionarios: *—I nemici sono molti, ma per noi sono pochi ancora, è non è vero? Italiani: questo sarà un giorno di gloria per il nostro Paese! Non fare fuoco se non a bruciapelo!* Los liberales se refugiaron tras una tapera y comenzó el fuego de fusilería desde ambas partes. Los avances ordenados por Gómez se sucedieron sin éxito desde mediodía hasta la noche, siendo rechazados por los defensores desde su precario amparo, quienes padecieron intensamente de sed en un día muy caluroso. El general Gómez especulaba con su rendición. La oscuridad puso fin a la lucha, y los legionarios y la columna de Báez pudieron retirarse a Salto, contando con la aproximación del general Medina. Este combate fue celebrado como victorioso en Montevideo, y sus ecos llegaron hasta Italia. No mucho después el coronel Garibaldi desocupó aquella villa y regresó a la capital.

Mientras, el general Urquiza había proseguido hasta su Provincia (23 de diciembre de 1845). El Dictador Rosas le había finalmente concedido permiso, luego de mantenerlo en observación de la frontera brasileña, en donde Rivera estaba refugiado, y tras algunos intentos liberales por conmover la campaña oriental. Urquiza recibía constante información de Entre Ríos, comentando a su Gobernador delegado en septiembre:

Me he impuesto con intensa satisfacción del brillante estado en que se halla la Provincia de Entre Ríos; al mismo tiempo la recuperación de la benemérita Provincia de Santa Fe y completo exterminio del pelafustán imbécil Mascarilla y de la bandolera horda que acaudillara aquel forajido. Tan importante suceso debe influir poderosamente en el ánimo apocado del manco Paz.

A mediados de diciembre se puso en marcha desde la costa del Uruguay para su Provincia, y el 24 de este mes acampó en Concordia.

Allí Urquiza recibió comunicaciones que le imponían que el 16 de diciembre de 1845 la Legislatura lo había reelecto Gobernador por otro lapso de cuatro años. Su respuesta fue el anuncio de sus operaciones futuras:

Justo era esperar el poder descender a la vida privada después de dejar garantida la independencia y libertad de mi Patria. Tales eran mis deseos, tales mis esperanzas; pero las injustas agresiones de Francia e Inglaterra llaman a sus hijos del Plata a sostener sus sacrosantos derechos para alcanzar nuevos laureles. Estos jactanciosos extranjeros profanan las aguas del Paraná y Uruguay. El traidor salvaje unitario Paz, vendido al oro de los europeos, vuelve a presentarse en armas contra la Confederación, amenazando a la heroica Entre Ríos. En tales circunstancias no puedo desoir la voz de mis compatriotas que me señalan un puesto honroso pero lleno de responsabilidad. Como entrerriano, como soldado, me someto porque la Patria tiene enemigos que combatir, porque la independencia nacional se halla amenazada por dos fuertes Naciones.

Muy poco antes un encuentro de grandes proporciones había tenido lugar en el río Paraná, uniendo desde entonces la historia rioplatense a la geografía comarcana, con el apellido de una antigua familia porteña: Obligado.

5

En septiembre de 1845 los diplomáticos de Gran Bretaña y Francia residentes en Montevideo enviaron una nueva nota al doctor Felipe Arana, Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, explicando que la captura de la flota argentina frente a Montevideo se debió a la negativa del general Brown para entregar a los marineros de su respectiva nacionalidad antes de zarpar hacia Buenos Aires. Agregaron que a partir de entonces sus buques sólo fueron destinados a interrumpir las comunicaciones entre la República Oriental y el "Ejército invasor" de la Confederación Argentina. Y tras una pregunta retórica exponían largamente sus agravios:

Pero cómo ha sido recompensada esta perseverancia y sistema de moderación tan gratuita?

En posesión mucho tiempo ha de poderes extraordinarios que no han dejado subsistir en la Provincia de Buenos Aires, en su mayor parte en la margen derecha del Río de la Plata, ninguna de las garantías de la libertad civil o política; ocupando en la ribera izquierda de ese río casi la totalidad de la República Oriental con un Ejército que ha dominado violenta y militarmente, sin otra ley que la fuerza; el Gobierno de Buenos Aires no podría rechazar la responsabilidad de ninguno de los hechos que tengan lugar en los países sometidos a tal régimen.

Es del dominio de todos que por donde quiera que se extienda el poder del Gobierno de Buenos Aires, nada se hace ni se imprime en materia de legislación, de guerra, de administración, de justicia civil, comercial y aún eclesiástica, de presas, etc., ni se hace nada sino por medio de órdenes del general Rosas o sin su permiso.

Empezando, pues, por la República Oriental, y sin recapitular las expoliaciones y las crueldades del Ejército de Buenos Aires, que desde el principio de la guerra han excitado la indignación del mundo civilizado; sin discutir ese epíteto de "salvajes" aplicado a gentes que se han degolla-

do y despojado, no más que las calificaciones de "unitarios" y "federales" transportadas a un país donde los Partidos que ellos designan no han existido jamás, y donde por consecuencia no pueden servir de otra cosa que de pretexto para cometer asesinatos; sin insistir, en fin, sobre el hecho todavía reciente y poco conocido, aunque desgraciadamente muy cierto, de la atroz carnicería cometida a sangre fría después de la batalla de India Muerta en más de 1.000 prisioneros de guerra, que ha tenido lugar en la República Oriental después que los abajo firmados se retiraron de Montevideo.

Después de largo exordio conteniendo diversas acusaciones del estilo de las transcriptas, aludía la nota a que los diarios porteños representaron con falta a la verdad y a la evidencia de los hechos *"una mediación pacífica y desinteresada, como una intervención hostil y ambiciosa"*, y sumaban hechos de violencia cometidos contra sus compatriotas por la policía de Buenos Aires *"a la cabeza de la cual se encuentra una asociación famosa por muchos actos siniestros"*.

Lo expuesto llevó a los diplomáticos William Gore Ouseley y al barón Defaudis a establecer el bloqueo a la Provincia de Buenos Aires, como se había comunicado por separado el de las costas orientales al general Oribe.

El Gobierno presidido por el general Juan Manuel de Rosas imputó a aquellos representantes de Inglaterra y Francia de haber desplegado *"una política violenta y hostil"* contra las Repúblicas rioplatenses juntamente con *"los rebeldes de Corrientes"*, además de oprimir la independencia oriental dominando a la *"desgraciada"* Montevideo, retardando la paz que debía ser consecuencia de sus victorias en Arroyo Grande e India Muerta:

Es evidente que ellas se constituyen ilegítimamente beligerantes contra la Confederación Argentina; que con vergüenza del mundo civilizado ellas combaten los esfuerzos que hace el Gobierno Argentino para reducir a los rebeldes y restablecer el orden y la paz, y no vacilan en prolongar las calamidades que desolan esta República, cuando todo hacía creer que ellas tocarían a su fin.

Así las cosas, durante el siguiente mes de octubre se preparó en Montevideo un convoy de naves que llevaría bastimentos de todo tipo a la Provincia de Corrientes, custodiadas por buques de guerra anglofranceses. Rosas lo supo, y preparó el cierre del río Paraná en la forma que se verá. La crisis llegó a su punto más alto. Tanto una como otra parte estaban dispuestas a demostrar firmeza en las respectivas posiciones sin medir medios.

El apoyo europeo significó un gran alivio para la situación de la capital oriental, que a lo largo de 1845 se había visto reducida a grave escasez, por cuanto el bloqueo a Buenos Aires convirtió a Montevideo en el único punto para el ingreso de mercaderías extranjeras al Río de la Plata. Debe señalarse que dicho bloqueo no fue estricto, al punto que el comercio entre las dos ciudades prosiguió con la tolerancia mutua de ambas autoridades, y lo mismo sucedió respecto de Entre Ríos. Cuando en el mes de octubre comenzó el alistamiento de los navíos dispuestos a remontar el río Paraná, fueron numerosos los comerciantes que se decidieron a correr los riesgos, cargando sus produc-

tos fiados en el poderío de la escuadra que les prestaría escolta: no menos de 50 buques de distinto porte emprenderían el viaje a Corrientes.

La importancia de la operación puede calcularse teniendo en cuenta que se formaron dos Divisiones europeas: la británica contaba con 2 vapores, 1 corbeta y 3 bergantines, todos bajo el comando del capitán de navío Hotham a bordo del vapor *Gorgon*. La División francesa estaba compuesta por 1 vapor, 1 corbeta, y 3 bergantines; la mandaba el capitán de navío Tréhouart embarcado en el bergantín *San Martín*, capturado a Brown.

Conocidos los preparativos por el Gobernador Rosas, encomendó oponerse al paso a su cuñado el general Lucio Mansilla. El lugar que éste eligió para enfrentar a la escuadra anglofrancesa fue un recodo del gran río conocido como *Vuelta de Obligado*, enfrentado con la estancia de esta familia. Para hacerlo con éxito Mansilla atravesó el Paraná con 24 lanchones que soportaban una gruesa cadena de hierro que pendía de un pilar en la playa, hasta llegar a otro construido en una isla de la otra orilla. Tras aquellos ancló el bergantín de guerra *Republicano*. Sobre las barrancas se instalaron tres baterías y otra en la playa, armadas con 35 cañones de distinto calibre, mandadas por oficiales navales y denominadas *"Manuelita"* (teniente coronel Juan B. Thorne), *"General Brown"* (teniente Eduardo Bown), *"General Mansilla"* (teniente Felipe Palacios) y *"Restaurador Rosas"* (ayudante mayor Álvaro José de Alzogaray). El coronel Ramón Rodríguez estaba al frente del batallón de infantería de línea *Patricios*; milicias de San Pedro, Ramallo y Baradero a órdenes del teniente coronel Manuel Virto, caballería a las del coronel José Ma. Cortina, y piezas de artillería de campaña bajo el mando del teniente coronel Laureano Ansoátegui y capitán Santiago Maurice (ambos marinos), completaban a los cuadros veteranos. El segundo jefe de esta División del Ejército de Buenos Aires era el coronel Francisco Crespo.

En los primeros días de noviembre la escuadra formada por los buques de guerra y mercantes abandonó el puerto de Carmelo, y tras remontar el Paraná Guazú, el 18 de noviembre estuvieron en proximidades de la Vuelta de Obligado, a la vista de sus defensas. Los comandantes navales reconocieron la fuerte posición de Mansilla, y la atacaron dos días después.

Nada mejor para conocer lo sucedido que el parte del coronel Crespo, segundo jefe de la defensa, elevado al día siguiente del combate al general Manuel Corvalán, primer edecán del mandatario provincial:

El 19 se preparó el enemigo para atacar, y el 20 a las ocho de la mañana toda su Escuadra maniobró hábilmente sobre las baterías. A las nueve y media de la mañana, estando el señor General [Lucio Mansilla] al frente de las fuerzas de las baterías, se entonó el himno nacional de la Confederación Argentina, la banda de música tocó dianas, y se empezó el combate.

El enemigo atacó con intrépido arrojo y con el poder de 113 cañones de los calibres de 24, 32, 48, 64 y 80, sosteniendo sin intermisión de un instante un bien dirigido, vivísimo y abrasante fuego de toda su línea sobre el frente y flanco de nuestras baterías.

A este fuerte ataque opusieron las baterías un vigoroso fuego de 35 cañones de los calibres de 4, 8, 10, 12, 16, 18 y 24, y los soldados argentinos sus pechos heroicos sobre las explanadas. Éstos, y el primero el se-

ñor General, se disputaban los peligros del combate y el honor de sostener la dignidad del pabellón argentino. Después de ocho horas de un encarnizado combate, valerosos de una y otra parte, el dominante fuego del enemigo apagó los nuestros, desmontó una parte de nuestros cañones, destruyó los merlones, y nuestros artilleros quemaron los últimos cartuchos, quedando concluidas así todas nuestras municiones.

Entonces se arrojó el enemigo a un desembarco, protegido por su poderosa artillería. El señor General, al conducir valientemente en persona en ese acto la infantería para cargar a la bayoneta, fue derribado por un golpe de metralla sobre el estómago, que desgraciadamente lo dejó sin sentido y fuera de combate. El infrascripto, que acababa de recibir una contusión, tomó el mando y ordenó al coronel edecán de S.E., coronel don Ramón Rodríguez, que se opusiese a las fuerzas enemigas de desembarco.

Así lo ejecutó, arrojando el fortísimo fuego de la artillería enemiga y sus proyectiles. Cubierto el enemigo con este poder, estando apagados ya nuestros fuegos, desmontada parte de nuestra artillería, sin municiones, y puestos fuera de combate por muertos y heridos en su mayor parte nuestros improvisados artilleros, logró el enemigo penetrar en el punto de las baterías destruidas por sus fuegos. Se le resistió, con todo, disputándole siempre el terreno, y salvando toda la artillería volante.

Las escuadras inglesa y francesa descargaron incesantemente sobre nuestras frágiles explanadas una lluvia de bombas, granadas, balas y proyectiles con la prontitud, buena dirección y destreza de sus expertos artilleros. Esa misma desproporción no sirvió sino para enardecer el valor de nuestros jefes, oficiales y soldados, y del señor General que tan dignamente los ha comandado con tanto denuedo, y que en un momento tan importante cayó gloriosamente herido.

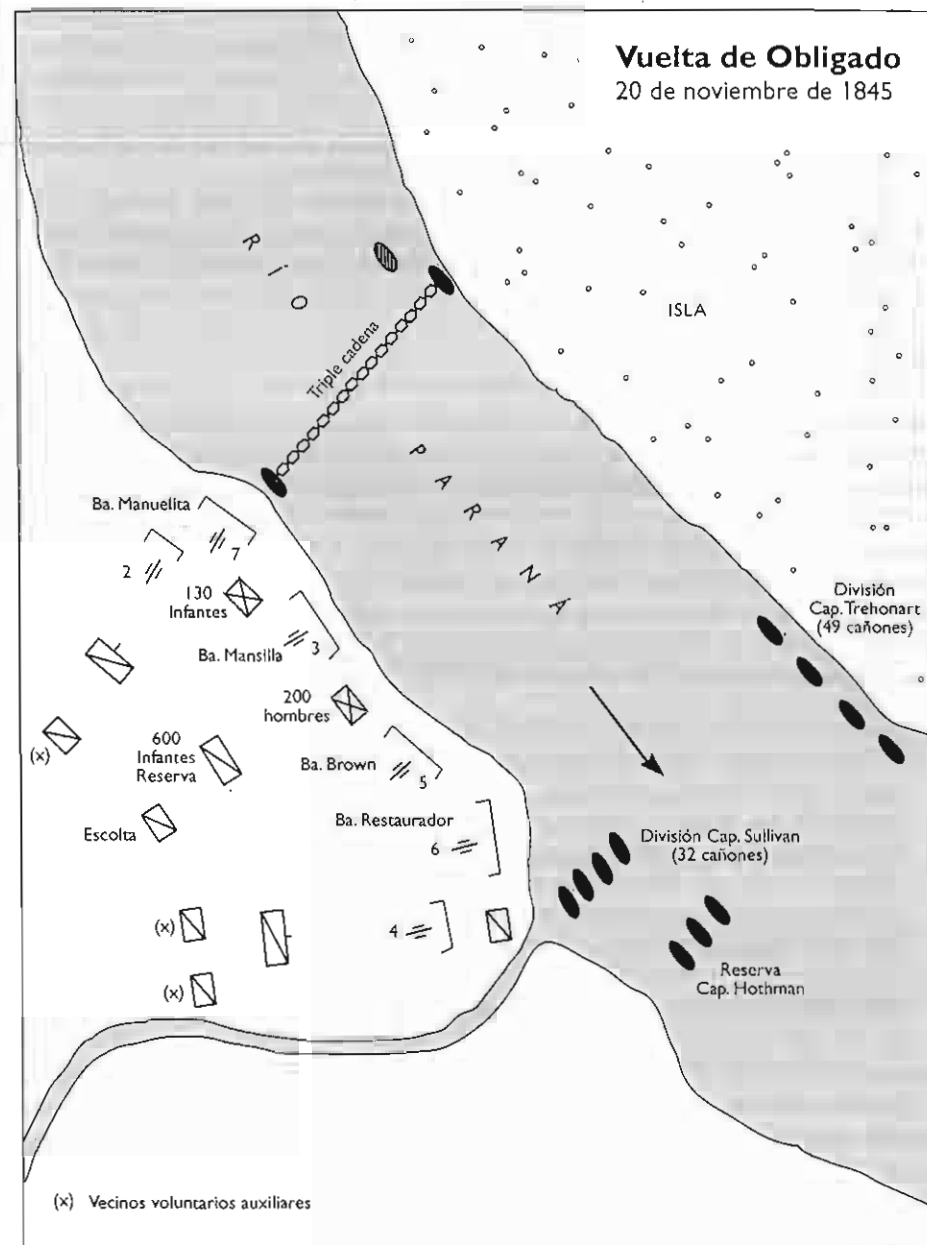
El comandante del bergantín nacional de guerra Republicano, don Tomas Craig, después de haber consumido todas sus municiones, quemó el buque, y arrostrando intrépidamente los fuegos enemigos se incorporó a la fuerza de tierra. El coronel don Ramón Rodríguez y todos los comandantes de las baterías, todos los oficiales y soldados, han llenado heroicamente su deber.

Los enemigos han sufrido gran pérdida de vidas. Continuamente se les veía arrojar de a bordo de sus buques los cadáveres de los muertos, que flotaban en las aguas del Paraná. Se calcula el número de los muertos y heridos del enemigo en más del doble de los nuestros. Tres de sus buques salieron fuera de combate, y los demás han sufrido considerables averías y detrimento en su arboladura, velamen y cascos. Los jefes, oficiales y tripulaciones del enemigo han correspondido en este fuerte combate al renombre y fama de valor de las Marinas de Inglaterra y de Francia.

Los enemigos han visto la defensa heroica que ha hecho esta División del Ejército Argentino de la independencia, soberanía y honor nacional.

Entre las bajas propias —calculadas en 150—, el coronel Crespo destacó:

También han muerto con heroicidad varias virtuosas mujeres que se mantuvieron en este sangriento combate al lado de sus esposos, hijos o deudos, socorriendo a los heridos y ayudando a los combatientes en defensa del honor argentino.



Considerables, ciertamente, fueron los destrozos en la escuadra europea. Su pérdida consistió en 18 muertos y 70 heridos franceses, y 10 muertos y 25 heridos ingleses. El bergantín *Dolphin* recibió 107 impactos en su casco, y el vapor *Fulton* 104; el bergantín *San Martín* fue acribillado por las balas, que abatieron a toda su oficialidad y a la mitad de su tripulación (44 hombres de 96), y forzaron al capitán de navío Tréhouart a cambiar su insignia a la corbeta *Expeditive*.

Son remarcables algunos detalles más de la pelea.

El paso del río fue forzado: en pleno intercambio de balas, se desprendió un bote del vapor *Firebrand* conduciendo a su comandante el capitán Hope con 8 marineros, y a golpe de martillo y yunque la cadena que lo obstruía fue cortada en el extremo que la sujetaba a la isla. La fuerte correntada abrió un amplio espacio por el cual remontaron tres navíos, cruzando sus fuegos con los que permanecían en posición.

La lucha se mantuvo hasta que las baterías de la costa gastaron todas sus municiones, y los brulotes ardiendo que se lanzaron contra la escuadra fueron desviados por la corriente del río. Cerca de las seis de la tarde se efectuó un desembarco en la *playa de pescadores* por 325 hombres de infantería y marinería, a órdenes del capitán de navío Charles Hotham. El coronel Ramón Rodríguez se opuso con su batallón, y una guerrilla avanzada conducida por el capitán de fragata Sullivan fue recibida por intenso fuego de fusilería desde un monte al subir la cuesta, hasta que refuerzos ingleses llevados por el capitán Hindle forzaron a los defensores a retirarse. Enseguida desembarcó también una columna francesa, que ocupó tres de las baterías y comenzó a desmantelarlas. El parte francés del combate señala:

No se puede saber exactamente la pérdida del enemigo, en atención a que un gran número de carretas no ha cesado de transportar los muertos y heridos durante todo el día, pero esa pérdida debe ser muy considerable. En dos baterías solamente, en que se han contado los hombres muertos, se han encontrado 250 en una batería y 150 en otra. Cartas particulares anuncian igualmente que los montes inmediatos a las baterías están llenos de cadáveres.

A la mañana siguiente volvieron nuevas fuerzas europeas y completaron la destrucción de las posiciones porteñas, llevando a la flota 10 cañones de bronce de la artillería volante, y arrojando al Paraná el resto (lo que contradice el parte del coronel Crespo). No hubo en ese día oposición alguna, y los marinos pudieron apoderarse de algunas banderas abandonadas (la ideada por Rosas): dos de ellas aún hoy cuelgan, en París, al costado del altar en la iglesia de *Les Invalides* tras la cual se halla el mausoleo de Napoleón.

El nunca desmentido valor de las tropas porteñas fue destacado por sus adversarios, al punto que el comandante de la Estación británica en el Plata, almirante Inglefield, comunicó al Almirantazgo en Londres:

Siento vivamente que este bizarro hecho de armas haya sido acompañado con tanta pérdida de vida; pero considerando la fuerte posición del enemigo, y la obstinación con que fue defendida, tenemos motivos para agradecer a la Providencia que no haya sido mayor.

La conducta que observaron fue puesta de relieve años después, en 1883, al aludir el entonces capitán del bergantín *Philomel* a un episodio del combate protagonizado por un oficial argentino en particular. Este alto jefe naval británico, luego almirante B. J. Sullivan, si bien confundió al protagonista (que en verdad fue el teniente coronel Thorne, herido por una explosión) al igual que otros detalles, no deja dudas sobre el comportamiento de sus contrarios, y merece ser destacado su recuerdo:

En la batalla de Obligado en el Paraná, un oficial que mandaba la batería principal causó la admiración de los oficiales ingleses que nos hallábamos más cerca de él, por la manera con que animaba a sus hombres y los mantenía en su puesto al pie de los cañones durante un fuerte fuego cruzado, bajo el cual esa batería estaba más especialmente expuesta. Por más de seis horas se paseó por el parapeto de la batería, exponiendo su cuerpo entero sin otra interrupción que cuando de tiempo en tiempo ponía él mismo la puntería de un cañón.

Por prisioneros heridos de su Regimiento supimos después que era el coronel Rodríguez, del regimiento Patricios de Buenos Aires.

Cuando todos los artilleros fueron muertos o heridos, hizo maniobrar los cañones con soldados de su regimiento de infantería hasta que el combate estuvo casi terminado, perdiendo 500 muertos y heridos, de 800 que lo componían.

Cuando los marineros y soldados ingleses desembarcaron a la tarde y tomaron esa batería, él con los restos de su Regimiento solamente, y sin otro concurso de las fuerzas defensoras, mantuvo su posición en retaguardia a pesar del fuerte fuego cruzado de todos los buques, por entre los bosques que se hallaban detrás de la batería, y fue el último en retirarse.

La bandera de la batería que había defendido tan noblemente fue arriada por uno de los hombres de mi mando, y me fue dada por el oficial inglés de mayor rango, capitán Hotham. Al ser arriada la bandera, cayó sobre algunos de los cuerpos de los caídos y fue manchada con su sangre. He visto últimamente que la bandera de un regimiento inglés que se hallaba en poder de una familia argentina desde la guerra de 1807, había sido restituida al Regimiento por esa familia. Deseoso de seguir ese ejemplo, quiero restituir al coronel Rodríguez, si vive, o si no al Regimiento Patricios de Buenos Aires si aún existe, la bandera bajo la cual y en la noble defensa de su patria, cayeron tantos de los que en aquella época lo componían.

Si el coronel Rodríguez ha muerto, y si el Regimiento no existe ya, yo pediría a cualquiera de los miembros sobrevivientes de su familia que la acepten en recuerdo suyo y de la muy brava conducta de él, de sus oficiales y de sus soldados en Obligado. Los que nos habíamos batido contra él, y habíamos presenciado su abnegación y bravura, tuvimos grande y sincero placer al saber después que había salido ileso hasta el fin de la acción.

No importa que ese testimonio —que honra tanto a su autor como a su destinatario— mezcle la actitud de Thorne en la batería y la resistencia posterior de Rodríguez: queden ambos en el recuerdo de la posteridad como ejemplos de valor en el cumplimiento del deber militar.

El órgano periodístico oficial de las autoridades de Buenos Aires, *La Gaceta Mercantil*, consideró que se estaba frente a un intento de dominar la Confederación por entero: “El Gobierno Argentino [sic] se halla en el forzoso caso de repeler una guerra de abominable conquista anglo francesa sobre las nacionalidades americanas”. El fantasma de la desaparición de la independencia nacional, y del apoderamiento territorial por parte de las potencias interventoras, fue difundido a todas las Provincias. La actitud de Rosas al rechazar las propuestas europeas le valió el título de “Defensor Heroico del Continente Americano”, que se sumó a los anteriores de “Restaurador de las Leyes” y “Héroe del Desierto”.

Pero la realidad de los hechos era que no se hallaban en juego tales valores supremos. La intervención de Inglaterra y Francia —que estas Naciones calificaron equívocamente de “mediación neutral armada”— no pasó de haberse mezclado en las luchas internas, tomando partido por una Provincia (Corrientes) contra otra (Buenos Aires). De cualquier modo, la alusión a que corría peligro de desaparecer la existencia de la Patria, reunió en torno del mandatario porteño las voluntades de los gobernantes del Interior y de los pueblos a cuya cabeza se hallaban.

Inútil fue que reiteradamente Gran Bretaña y Francia expusieran los alcances de sus exigencias. La firmeza de Rosas en sostener las pretensiones de Oribe a la Presidencia oriental, mediante la concurrencia de tropas argentinas, mantuvo el conflicto; y las fuerzas armadas de Francia y Gran Bretaña se involucraron con los esfuerzos de Montevideo para resistir el asedio impuesto por quienes continuaban usando oficialmente el lema de “¡Mueran los salvajes unitarios!”

Después de su combate triunfal mantenido en la Vuelta de Obligado, el convoy de mercantes escoltado por las naves europeas prosiguió aguas arriba del Paraná hacia la Provincia de Corrientes.

Resulta verdaderamente sorprendente que haya una corriente de opinión que considere que una derrota de las fuerzas de Buenos Aires por parte de una flota que concurría en auxilio de Corrientes —es decir, un episodio de la guerra civil—, deba ser calificada como “jornada de la soberanía”.

6

No era sólo auxilio lo que se dirigía hacia donde el Gobernador Joaquín Madariaga y el general José María Paz preparaban sus elementos para luchar por la organización constitucional argentina: desde la vecina Entre Ríos, fuerzas enemigas también estaban alistadas. Había pasado el peligro de que los “unitarios” la invadieran aprovechando la ausencia de su mandatario titular con las tropas que mandaba; y vuelto Urquiza del Estado Oriental, ahora los federales se hallaban dispuestos a su vez a hollar la Provincia que los desafiaba. El Ejército Entrerriano, no obstante las penosas operaciones llevadas a cabo sin casi descanso, emprendería nueva campaña.

Apenas dos días después de su retorno, y tras conocer su reelección, el general Urquiza anunció a la Sala de Representantes en términos categóricos:

Habiendo subido por el Paraná una escuadra anglofrancesa, y hallándose la desgraciada Corrientes oprimida por los salvajes unitarios, es preciso correr en auxilio de nuestros hermanos para combatir a los ambiciosos extranjeros, anonadar a los traidores que a las órdenes del manco Paz le son aliados, y restituirles las leyes, orden y libertad de que gozan las demás Provincias de la Confederación. Con tan laudable objeto, y haciendo uso de vuestras facultades, vuelvo a salir de la Provincia con su constante, virtuoso y valiente Ejército, esperando que muy pronto podré participaros que he llenado esta nueva misión, a la cual está ligada la felicidad de la Provincia, la gloria de las armas argentinas, y el porvenir de las Repúblicas del Plata.

La llegada a Corrientes de la flota europea, debe decirse, significó un importante aumento en las rentas de la Provincia, sumamente debilitadas. En moneda de la época, fueron \$ 690.787, mas \$ 141.826 en concepto de derechos aduaneros. De retorno a Montevideo zarparon 100 buques de diversas nacionalidades (argentinos, orientales, paraguayos, franceses, ingleses, y hasta 8 norteamericanos, 1 dinamarcués y 1 “hamburgués”, llevando productos de ganadería y agricultura.

El general Paz había desperdiciado un año completo demorando las operaciones de guerra, excepto la incursión de López en Santa Fe, no obstante que había escrito al Gobernador de Corrientes:

La guerra se enciende otra vez en el Estado Oriental y nos prepara el camino de gloria si tenemos la fortuna de aprovechar las disposiciones de los pueblos y de nuestros soldados. La ocasión es la más bella; la oportunidad es incuestionable.

Mas ahora la iniciativa correspondía a su adversario.

Se había perdido un tiempo precioso al no operar sobre Entre Ríos aprovechando la ausencia de Urquiza, y esta circunstancia revela que el general Paz no era el hombre de los años anteriores, en que con fuerzas inferiores en calidad había tomado la ofensiva para atacar a Echagüe. Ahora con mayores efectivos, Paz dejó transcurrir todo el año 45 sin moverse de sus cuarteles, pese a la veteranía de sus fuerzas, por más que éstas necesitaran de un mayor adiestramiento para estar perfectamente instruidas, cuya falta de profesionalidad plena estaba compensada, sin embargo, por su superioridad numérica ante el Ejército de Reserva que comandara el general Eugenio Garzón.

Ante la invasión encabezada por Urquiza, el general Paz mostró vacilaciones y falta de espíritu ofensivo, condiciones que contrastan agudamente con las reveladas durante la crítica situación que le tocó afrontar a partir de 1840, hasta que triunfó en Caá-guazú. Entró en mucho en sus cálculos, sin duda, el hecho de que su oponente en la nueva emergencia no fuera el prudente Pascual de Echagüe, sino el decidido Justo J. de Urquiza.

En el campamento de Villanueva se adiestraban sus oponentes, cuya cantidad (cerca de 4.000 hombres) sería reforzada por otro tanto. Esto último, merced a que a fines del año anterior (noviembre de 1845) se había formalizado un tratado de alianza entre Corrientes y Paraguay, interesado este último país en sostener su independencia y el derecho a navegar por el río Para-

ná, situaciones ambas que negaba Rosas. No debe olvidarse que el Paraná es internacional: nace en Brasil, divide Paraguay de Argentina, y concluye en esta última Nación. Empero, el Dictador porteño sostenía la conducta indicada —no dejaba de aludir a la “Provincia” de Paraguay y a su Presidente como “Gobernador”—, toda vez que si reconocía su independencia, mantenida y declarada tiempo atrás, debía admitir el uso de las aguas del río por naves paraguayas, lo que contradecía a su política de control y sometimiento de las Provincias ribereñas argentinas. Por eso un Ejército de hasta 4.000 plazas llegaría del Estado fronterizo despachadas por el Presidente Carlos Antonio López, aunque su calidad militar era nula. Y otros 1.500 hombres eran alistados por el Gobernador de la Provincia, general Joaquín Madariaga. Paz contaba en Villanueva con dos batallones de infantería y 12 piezas de artillería, aparte de los jinetes que conformaban el grueso del 4º Ejército Libertador Correntino.

Con fuerzas similares, pues, se medirían Urquiza y Paz, dos espadas invictas.

Lo primero a que debió atender el general Paz fue la conjunción con el Ejército Paraguayo, para evitar que Urquiza lograra separarlo del propio.

A fin de transportar a la fuerza preparada por el Presidente López, el Gobernador Madariaga despachó a la flotilla correntina para conducirla hasta Goya, donde su tío el coronel Juan Francisco Soto (a quien equivocadamente se dio por muerto en Mal Abrigo) debía recibirla y ponerse de acuerdo con el general Juan Madariaga para alojarla. El 26 de diciembre de 1845 tomó tierra la columna paraguaya, que estaba puesta a órdenes de un hijo del Presidente de 18 años de edad, galardonado con el rango de General: Francisco Solano López. El coronel Soto la proveyó de caballada (1.738 equinos), bueyes para arrastrar el numeroso conjunto de carretas que llevaba consigo, y ganado para el consumo.

El general Urquiza no perdió tiempo al enterarse: ordenó al teniente coronel Lucas Moreno que con una División se internase en Corrientes por el centro, en dirección a Villanueva, para hacer creer que el campamento del Ejército Libertador era su objetivo, cuando en realidad él mismo se movió hacia la izquierda con el resto de sus tropas para interceptar la unión de los aliados con Paz. Entre el 20 y el 23 de diciembre los entrerrianos cruzaron el río Corrientes que divide a la Provincia, por el paso de Santillán, más cerca del Paraná, lo que no había sido previsto por el Director de la Guerra.

La principal preocupación del Director de la Guerra era sustraer a la fuerza paraguaya del ataque entrerriano. Y un obstáculo al parecer insalvable para decidir a su comandante el general Francisco S. López a marcharse aceleradamente de Goya, era su determinación de no abandonar un pesado convoy de carretas con bagajes que había traído consigo. Las angustiosas prevenciones de Madariaga y del secretario del Gobernador, Federico de la Barra, eran infructuosas. A último momento esto fue logrado, burlando la maniobra de Urquiza de interponerse, reuniéndose con Paz en la costa del río Batel.

La columna paraguaya poco valía militarmente: “Según me dicen —comentaba Paz al mandatario el 22— no son más que una masa informe, incapaz aún de combatir”. Esta impresión fue corroborada y ampliada en las Memorias:

“Era una masa informe, sin instrucción, sin arreglo, sin disciplina e ignorando hasta los primeros rudimentos de la guerra. No estaba en estado de batirse y no se podía contar con ella para cosa alguna”.

El carácter de su comandante en jefe era otro inconveniente: el joven López “dejó entrever una exquisita susceptibilidad y vivísimos deseos de que en el Ejército de su país no se introdujesen jefes ni oficiales sino en el carácter de instructores, y sin tener mando alguno”. Para darle forma, Paz destinó al general Ramón A. Deheza, un competente veterano, para adiestrar a esa fuerza, y como jefe de su Estado Mayor al coronel Federico G. Báez (paraguayo de nacimiento); y reconoce Paz que “mejoró cada día la instrucción del cuerpo paraguayo”.

El general Urquiza se movió con su celeridad acostumbrada, partiendo de Concordia en los primeros días del año 1846 al frente de su vanguardia, siguiéndolos el general Eugenio Garzón con el grueso del Ejército Entrerriano: un batallón de infantería, tres Divisiones de caballería y dos escuadrones, y media batería de artillería ligera. Poco después se les incorporaría el coronel Hilario Lagos con otra División y caballada de reserva, a más de ganados para el abastecimiento. Hacían un total aproximado de 5.000 efectivos (cifra indicada por el propio Urquiza), buen número para enfrentar al laureado general Paz, el veterano de la Independencia y del Brasil, vencedor en San Roque, La Tablada, Oncativo, Caá-guazú y Montevideo. Pero esta fama no arredraba a Urquiza, acostumbrado también a llevar a su Ejército a la victoria, señaladamente en numerosos combates contra Rivera en el Estado Oriental, hasta la batalla de India Muerta. Y así como al principio del presente capítulo se dio cuenta de los principales jefes que militaban en el Ejército de Corrientes, debe aludirse a los federales que marchaban contra éste. Entre los entrerrianos de caballería se contaban Manuel Antonio Urdinarrain, Apolinario Almada, Crispín Velásquez, Miguel Jerónimo Galarza, Hilarión Campos, Juan Hermelo, Manuel A. Palavecino, Juan Luis González, Doroteo Salazar y Gaspar Tacuabé. La infantería era conducida por los tenientes coroneles José María Francia y Manuel Basavilbaso, y la artillería por el teniente coronel Marcelino Martínez. Pero no faltaban correntinos: los coroneles Benjamín Virasoro y Antonio Borda, los tenientes coroneles José Virasoro, Salvador Reyes Bejarano, José de la C. Gallardo, y los mayores Isidoro y Raymundo Fernández Reguera, José Luis Garrido, José Dámaso Vallejos, Antonio Ezequiel Silva, Pedro Celestino Ojeda, Clemente Paredes, Alejandro Azula.

El 13 de enero de 1846 el grueso del Ejército Federal Entrerriano pisó suelo correntino, deteniéndose a descansar durante un día y medio —era una estación de intensos calores—, mientras se reconocía el territorio enemigo. El 15 prosiguió su avance, produciéndose el primer choque con una avanzada correntina que fue dominada; e informada por ella de la ubicación de otras fuerzas provinciales, la vanguardia federal se adelantó durante la noche para sorprenderlas, con el resultado que instruía Garzón al Gobierno delegado de Entre Ríos:

En Hosamentas, próximo a Pago Largo, el general Urquiza derrotó al criminal Cáceres, matándole 11 hombres y tomándole 4 prisioneros, 50 caballos y algunas armas durante la persecución de seis leguas que se le hizo.

Este triunfo sobre los elementos adelantados de Corrientes, puestos bajo el comando del acreditado guerrillero teniente coronel Nicanor Cáceres, hizo conocer al general Paz y al Gobernador Madariaga el peligro que los amenazaba.

El general Paz no pensaba ofrecer resistencia. Su estrategia, puramente defensiva, era lograr la reunión con los paraguayos y retirarse con todos los elementos de que disponía hacia un paraje previamente elegido, para derrotar en posiciones fortificadas a los invasores. La política de "tierra arrasada" era completa, incluyendo en su retroceso no sólo a su Ejército sino incluso al Gobierno y al pueblo de Corrientes. Encontró un punto seguro donde colocar "esa inmensa emigración con más la parte de sus rebaños que hubiesen podido arrear, con más las caballadas sobrantes del Ejército, sus depósitos, parque, bagajes, etc." He aquí algunos párrafos de la explicación que dejó en sus *Memorias*:

"Cualquiera que estudie la carta de la Provincia de Corrientes verá que bordeada al lado norte por el río Paraná, se aproxima éste tanto a la laguna Iberá, formidable por su extensión y por su inaccesibilidad, que a duras penas deja una entrada de pocas cuerdas, que asimismo está cortada por un foso que sólo tiene una entrada, que es lo que se llama la *Tranquera [de Loreto]*. Fortificada esta línea, era muy fácil defenderla con todo o con una parte de nuestro Ejército, mientras que la otra se ocupaba en otras operaciones. A la espalda quedan terrenos pingües, campos feraces capaces de alimentar rebaños sin cuenta. Fue prolijamente reconocido el terreno y sus adyacencias; se levantó el plano de la línea fortificada; se hizo el corte de las maderas necesarias; se hicieron delineaciones".

Allí el general Paz pensaba aguardar el asalto de Urquiza y derrotarlo. Corresponde una aclaración: el lugar está situado enfrente al bañado de Ibahay, nombre correcto de la localidad designada, pues la Tranquera de Loreto se hallaba ocupada de tiempo atrás por una guarnición paraguaya, como la otra "Tranquera" de San Miguel, donde hoy se levanta la ciudad de Posadas. En verdad, salvo aquella referencia inicial, el general Paz siempre alude a Ibahay como al punto previsto.

Este abandono del territorio no era un plan compartido por todos, y desde luego, no por el Gobernador. Desde esta época comenzaron a evidenciarse ciertas diferencias de criterio entre Madariaga y Paz —que no se traslucieron—, pero el mandatario siempre cedió ante la opinión del Director de la Guerra, no obstante lo cual las *Memorias póstumas* de éste presentan un cuadro conflictivo que no está confirmado por la documentación contemporánea. De igual modo, el general Paz se refiere a una "facción de Montevideo" compuesta por jefes porteños (Manuel Saavedra, Carlos Paz, Martín Tejerina, José Joaquín Baltar, entre otros) que habrían hecho resistencia a sus directivas hasta el extremo de anarquizar el Ejército que mandaba, lo que tampoco se tradujo en hechos. Ciertamente fue, en cambio, que la conducta militar asaz prudente del Director, contrastando con sus antecedentes, no conformaba a gran parte de sus subordinados. El propio Urquiza, aludiendo al carácter caviloso y suspicaz del general Paz, manifestó desdeñosamente años después (1860) en

rueda de amigos: —*¡Qué se puede esperar de un General que ocupaba la mitad de su Ejército en el espionaje, y tenía lo peor a su lado, que le servían hasta de palafreneros!* Salvando la evidente exageración —producto de su antagonismo político—, la frase mordaz sirve para conocer que el espíritu desconfiado del ilustre soldado cordobés trascendía, confirmando la modalidad de Paz propensa a encerrarse en un círculo de partidarios incondicionales. Él sabía que era respetado, pero no querido, y alguna vez confió al secretario del Gobernador, Barra: —*Yo no necesito prestigio, me sobra con el concepto.* No mucho después un episodio grave demostrará al extremo a que llegó a causa de su temperamento. Por el momento, el juicio de su antagonista sobre sus aptitudes militares no lo favorecía, al punto que Urquiza opinaba en carta al general Pacheco:

Conozco al manco Paz: los salvajes unitarios y sus aliados los extranjeros lo miden en una escala grande como hombre público y como General. Se equivocan: no es ni la mitad de lo que suponen. Es incapaz de sobreponerse a las situaciones difíciles en que se halle. Los pasos débiles que ha dado en su carrera criminal lo han puesto en transparencia, sobre todo el último abandono que hizo de la guarnición extranjera que él mismo había organizado en la desgraciada Montevideo, donde no supo perseverar. Es un vano, idólatra de su reputación y conservación individual, que ha de guardar ahora más que nunca, porque es la única entidad que ha quedado a la diminuta facción salvaje y traidora.

Debe puntualizarse que el Director de la Guerra no abrigaba el limitado propósito de encerrarse tras la seguridad del bañado de Ibahay. Conforme expuso retrospectivamente, fue su plan hostigar al Ejército enemigo con partidas encomendadas a jefes y oficiales de confianza, "que lo hubiesen inquietado sin cesar y le hubieran dificultado su subsistencia", para lograr que quedase aislado una vez que estuviera detenido ante la posición defensiva, con sus comunicaciones cortadas en su retaguardia. El refuerzo paraguayo, y sobre todo "la penuria de sus caballadas" (de Urquiza) en la tórrida estación, eran factores a tener en cuenta.

El general Urquiza destruyó sus ilusiones. Si bien Paz acusó en sus *Memorias* al incumplimiento de sus órdenes por parte de los jefes a quienes encomendó la observación y hostilidad a los federales, el análisis de su actitud le es francamente desfavorable a él mismo, al no haber aprovechado la buena disposición del pueblo correntino para defender a su Provincia, contando con acreditados jefes militares para encabezar la resistencia. Fue su formidable adversario el factor en que residió tal fracaso, a pesar de que las directivas draconianas del general Paz fueron observadas por la población y sus soldados. Un ejemplo elocuente de esto se refleja en la siguiente anotación que efectuó el cura párroco de Goya en el libro de bautismos:

21 de enero de 1846. En este día emigró el pueblo a varios puntos por la invasión de Urquiza. Y es la tercera, que duró hasta el 4 de marzo, quedando yo solo en el pueblo. Fray José Martínez. Nota: el 21 de enero fue la invasión, y recién el 4 de marzo se asientan de nuevo las partidas.

He aquí el desarrollo de las operaciones.

El Director de la Guerra no creía que Urquiza se moviera con la rapidez que lo hizo, y hasta se permitió dudar de su capacidad ofensiva. El mismo 21 de enero escribió a Madariaga:

Me temo que el guapo de Urquiza, apercibido del pantano en que ha venido a meterse, quiera volverse, porque después de venir tan ligero a hacer alto para pensar en la elección del paso a que debe dirigirse, cuando debemos pensar y suponer que ya debía traer su plan para todos los casos, me atrevo a creer que se retira, lo que sentiría. ¿Y lo dejaremos irse tranquilamente?

La realidad de los hechos desvaneció sus ilusiones: lo había engañado Urquiza, desprendiéndose de la División de Lucas Moreno para evitar la conjunción de la División paraguaya con el grueso del Ejército Correntino. El día anterior su jefe de vanguardia el general Juan Madariaga, le había dirigido el siguiente anuncio:

En este momento acabo de recibir parte verbal de un vecino de la costa del río Corrientes, en el paso de Santillán, que el enemigo está practicando el pasaje por dicho paso.

Madariaga, con insuficientes tropas para oponerse, se puso en retirada con los coroneles Ricarde y Masdeu.

El generalísimo de Corrientes organizó a su Ejército en tres Cuerpos: el I a sus inmediatas órdenes, en Villanueva; el II formado por el contingente paraguayo; y el III que remontaría el Gobernador en Saladas, no lejos de la capital. Se les dio el nombre conjunto de *Ejército Aliado Pacificador*. De acuerdo a su plan, el general Paz dispuso hostilizar al Ejército Entrerriano mediante maniobras encomendadas a los mayores Julián Azcona, Mercedes Careaga y los mellizos Manuel y José Vallejos. En tanto, él se movió desde el Batel hasta el río Santa Lucía, *"evitando una batalla hasta que tengamos probabilidades de buen éxito"*. Este anuncio al mandatario era constante, y obedecía a lo que le explicaba en otra comunicación en comparación a su propio Ejército Aliado: *"El de Urquiza quizá sea menos numeroso, pero es aguerrido, organizado como él sabe y puede, obediente como el que más, y engreído por sus victorias"*. Es una valoración que no esconde el elogio profesional. El pensamiento de Paz era reiterado: *"Es conocido el carácter de Urquiza: buscará una batalla cuanto antes, que lo decida todo"*. Y redondeaba su pensamiento:

Tampoco creo que debo pensar en batallas en este momento. Le aseguro a Ud. que éste no se puede aún llamar Ejército. Al frente del enemigo, maniobrando y retirándome, veré de darle la mejor forma; la empresa es algo ardua pero no hay más remedio. Es probable que yo me retire por entre los dos mencionados ríos, procurando debilitar al enemigo y hacerle consumir sus caballadas hasta que sea la oportunidad de darle un golpe.

Los movimientos correntinos deben ser contemplados también bajo una óptica alternativa a la única del Director de la Guerra. En las *Memorias del*

general Juan Madariaga se revela la plena malquerencia con que éste corresponde a las expresiones contenidas en las de aquel, describiendo las propias:

"Con actividad plena pude atender a todo: hice evacuar a Goya y Esquina, pedí embarcaciones en todas las costas para efectuar dichas tareas, que fui realizando con el enemigo en acecho a sólo 10 leguas de la villa. También hice embarcar los materiales de la División paraguaya; y con lo que pude cargar de más preciso, moví aquella, todavía irregular, de 4.200 hombres, y la moví con tan buen suceso que a los tres días tomaba contacto y se reunía con Paz y con sus tropas. Para así conseguirlo me dirigí a los lugares de peligro con un Regimiento de 500 hombres pertenecientes a la División paraguaya, y un escuadrón de la Provincia que por orden hice retirar de la frontera opuesta. Con tales efectivos entretuve y retardé el pasaje de Urquiza cuatro días, tiempo suficiente para que el general Paz concertara un arreglo con los paraguayos, y proteger al mismo tiempo la vasta emigración de Esquina y Goya, cuyas poblaciones se retiraban a la vista del invasor. Las tropas de éste ya se iban interponiendo entre Paz y estos importantes Departamentos. Cuando ya practicaba y salvaba de ese modo al Ejército y a la Provincia, recién el general Paz (por necesidad, no por justicia) me encargó la tarea de hacer la vanguardia del Ejército, y para ello mandome algún escuadrón de Corrientes, cuya tropa conocía mis actos".

El general Paz, por su parte, indica que "el general Madariaga no carecía de actividad, pero tenía un juicio muy limitado, y una ambición desmedida". Entre reproches de uno contra el otro, acusándose mutuamente de no conducir correctamente las operaciones y de intrigar a fin de conseguir mayores poderes, Madariaga prosigue relatando sus pasos frente al enemigo:

"Habiéndose movido en masa el Ejército sobre mí el 24 de enero, maniobré en su contra con 900 soldados correntinos que componían la vanguardia, mas 500 paraguayos, que integraban en conjunto un personal de 1.400 hombres. Y aquel día pude reconocer al Ejército enemigo sin ninguna pérdida; y aseguré en oficio expedido ese día al general Paz, que los adversarios no alcanzaban a 5.000 hombres, como después se ha sabido, y como yo tuve ocasión de cerciorarme".

El general Urquiza expuso la síntesis de su campaña, un par de meses después, a su amigo el general Ángel Pacheco, luego de aludir a no haber logrado evitar la reunión de la División paraguaya con el Ejército correntino:

En estas circunstancias me decidí a dar una batalla, despreciando la superioridad notable de su fuerza numérica, pero ¡quién lo creyera!, ese cobarde [Paz], lejos de aceptar ese desproporcionado combate a que lo brindaba, se puso en la misma vergonzosa retirada, siendo tanta su precipitación que notablemente se veía el desorden y desmoralización en que marchaban. Desde entonces la persecución que hice fue activa y constante; no había día que no le tomase prisioneros, demostrándole la intrepidez de los valientes de que huía. Este convencimiento lo hacía más y más precipitar su fuga, no pareciendo oportuna a su debilidad las inexpugnables posiciones que cobardemente abandonaba.

El general Paz, por su parte, instruyó el 23 de enero de 1846 a su jefe de vanguardia —que más bien debía calificarse de “retaguardia”—, Juan Madariaga, cuál era su táctica:

Mi objeto es evitar una batalla por el momento, y para ello estoy resuelto a continuar retirándome hasta la oportunidad de dar un golpe. No quiero que se empeñen choques formales de ninguna clase, y sí solo que se fatigue al enemigo, con amagos, guerrillas y movimientos falsos. Lo que importa es que en los Departamentos del centro comprendan bien cuánto importa no dejar caballadas.

Confiaba Paz en que lo fragoso del terreno disminuiría considerablemente a los caballos llevados de Entre Ríos, dejando sin movilidad a su rival, cuidando esmeradamente a los propios. Madariaga —quien lo tuvo constantemente informado— lo impulsó de un pequeño combate librado el día 25, conforme a sus instrucciones:

Nuestros soldados mostraron ayer en el escopeteo, según todos los jefes, superioridad sobre los del enemigo. Los guerrilleros del escuadrón Esquina cargaron a sable a una tropa enemiga, boleando el caballo a un oficial, dejándolo gravemente herido, y muchos creen que sea el mayor Gallardo. El hecho más notable es el de haberse retirado los nuestros tan lentamente sin ninguna hostilidad.

Los coroneles José Manuel Salas, Faustino Velazco, Simeón Payba, Andrés Ricarde y Bernardino López colaboraban en la observación de los federales.

Prosiguió sin variantes la campaña, con el Ejército Aliado retrocediendo mientras ganaba en instrucción, y el Entrerriano resueltamente tras sus pasos. Así concluyó el mes de enero. Paz impulsó al Gobernador:

Mi posición es bien triste como General, pues con un mayor número sin duda de hombres, me veo precisado a ceder el terreno por la calidad de mis tropas. Ahora tenemos superioridad, y sin embargo no hemos podido hacerle hasta ahora un solo prisionero. Tampoco se nos ha venido ni un pasado, cosa que aturde y prueba la convicción de su poder que [Urquiza] les ha hecho formar a los soldados”.

De tal manera llegó el Ejército Federal, el 4 de febrero de 1846, a la vista “de un estrecho y difícil desfiladero que ofrecían dos extensos e impasables esteros, dominada su izquierda por una altura poblada de un espeso palmar”. Tal es la descripción en el *diario* de la campaña llevado por un oficial de la División Garzón, del paraje denominado Laguna Limpia o Potrerito.

Los enemigos estaban próximos. El general Urquiza se hallaba a la cabeza de todas sus tropas, unido al general Eugenio Garzón, e impartió la orden de desalojar del paso a los correntinos. Por su parte el general Juan Madariaga, sin sospechar que el grueso del adversario era lo que tenía a su frente, se dispuso a detenerlo. Explicó su determinación:

“Me sorprendía que nuestros efectivos armados dejaran tan excelentes y fuertes posiciones, y siguieran huyendo en daño de la Provincia y en

perjuicio de sus pobladores, que ya dejaban abandonados sus hogares y se les alejaba aún más, hasta el punto de pasar al Paraguay infinidad de ellos. Jamás pudo disculparse la falta de haber dejado que se internara hasta los confines de un territorio escabroso como Corrientes, a un Ejército pequeño como el que llevaba Urquiza, y que se le dejara escapar a la vista de su contrario, que contaba a su frente con 8.000 hombres por el momento, con 3.000 infantes y 15 piezas, cuando Urquiza no disponía más que de 700 y 7 piezas”.

Madariaga consultó a los jefes inmediatos y al coronel Velazco que accidentalmente lo acompañaba, y unánimemente estimaron que el Ejército Federal no pasaba de 5.000 efectivos. Colocando sus caballos de reserva en el interior de los montes por precaución, los 900 soldados de la División correntina se colocaron —describió Urquiza— en el “difícil y peligroso desfiladero de la laguna Limpia”. Su División de servicio (teniente coronel Lucas Moreno) descubrió a los correntinos por la mañana, y tras un tiroteo retrogradó para informar. Por la tarde el general Urquiza no vaciló en ordenar que cargasen contra los tres escuadrones enemigos que estaban a la vista

las bravas Divisiones de vanguardia que yo en persona mandaba, y pocos fueron los momentos necesarios para demostrar a esos miserables traidores de lo que son capaces los valientes que combaten por la libertad e independencia de estas Repúblicas.

En efecto, desorganizados los soldados de Madariaga en el estrecho paso, cedieron terreno y envolvieron a los que estaban detrás en protección, que sucesivamente arrollaron a otro escuadrón situado más atrás. De este modo se consumó la derrota de la División de Madariaga, que fue tenazmente perseguida por un cuerpo de correntinos federales bajo el mando del teniente coronel José Virasoro, a lo largo de cerca de cinco leguas de distancia. El parte del general Urquiza arrojó como resultado del choque 160 caídos y 39 prisioneros. El general Paz en su momento restó importancia al encuentro en el parte al Gobierno:

Un suceso común en la guerra hizo que nuestra vanguardia fuese ayer dispersada por todo el Ejército enemigo, que cayó sobre ella en las estrechuras de la estancia de Lagraña. Faltan algunos jefes, que esperamos que aparezcan. Nuestra pérdida es poca, y la moral del Ejército no ha sufrido.

La noticia disfrazaba la realidad por política: “Nuestra caballería había sufrido un golpe tremendo; la del enemigo, tanto en número como en moral había adquirido una superioridad decidida”, confesó años después en sus *Memorias*.

Un episodio singular agravó el suceso.

Si bien no se perdió toda la caballada, y se supo que los coroneles López, Hornos, Ricarde y Velazco se hallaban a salvo, en cambio resultó haber caído prisionero en el retroceso el propio general Juan Madariaga, al tropezar su cabalgadura con un tronco en el suelo. A punto de ser ultimado, lo salvó la llegada del teniente coronel José Virasoro. Paz escribió a su hermano el Gobernador Joaquín Madariaga:

Considero a Ud., y mi corazón sufre al contemplar los sinsabores del suyo con el suceso de antes de ayer; pero espero de su patriotismo y de su magnanimidad que se hará superior a todo, y se ostentará tan grande como lo necesita la Patria y su gloria.

En el 4º Ejército Libertador nadie dudaba, a causa de la fama que rodeaba al nombre de Urquiza, que el prisionero sería ultimado.

El comandante federal relató despectivamente en la carta citada a Pacheco, las consecuencias del combate en Laguna Limpia:

Inexplicable es el temor que este acontecimiento infundió al salvaje unitario manco Paz, increíble es su precipitación con que siguió su fuga vergonzosa: era un espantoso desorden, era una derrota. Los carruajes que abandonaba, artículos de guerra que incendiaba, y las armas que de los dispersos encontrábamos en nuestro tránsito, era una manifiesta prueba del miserable estado a que se había reducido por su incapacidad y nulidad, bastando decir a Ud. que en todo el período de su fuga hasta el Ibahay no dio el más pequeño descanso a su tropa, ni menos desensilló sus caballos, siendo incesantemente hasta allí perseguido.

Descartando los matices exagerados que pueda contener esa descripción, lo positivo fue que el general Paz continuó su repliegue aceleradamente, abandonando casi toda la Provincia al invasor, hasta refugiarse a la vera del Alto Paraná. No había descartado oponer resistencia en la cañada de Ibiratingay, adecuada al objeto por su angostura y suelo frágil, e instó al mandatario:

Habiendo resuelto sostener el paso de esta cañada, es urgente que el III Cuerpo que manda Ud. se incorpore al Ejército, pues nada quisiera comprometer sin que esté todo el Ejército reunido.

Pero tampoco se detuvo allí. El 7 de febrero el Ejército Correntino se detuvo finalmente en Ibahay y tras ubicar a sus unidades, Paz esperó a los federales.

El Ejército Entrerriano después de su ligero triunfo en Laguna Limpia tuvo un descanso, y el 10 reemprendió su avance cruzando la cañada de Ibiratingay sin oposición. Superados los inconvenientes ofrecidos por el suelo, al día siguiente se detuvo en el paraje denominado Barranqueras, sobre la margen del río Paraná, armando sus carpas. El 4º Ejército Libertador no le había ofrecido ninguna resistencia, sin considerar la ventaja de otros desfiladeros que recorriera desde su salida de Villanueva. Refieren los *Apuntes sacados del diario inédito de la campaña* (publicado en Gualeguaychú en 1849):

Día 11. Se marchó a las cuatro de la mañana. Al romper el día se alcanzó a Su Excelencia, que con la vanguardia estaba pronto para prece-der al Ejército, acercarse y reconocer la cañada de Ibahay, que se sabía era un obstáculo fuerte como posición militar, donde únicamente el enemigo podría atreverse a poner resistencia; pues de su parte contaba con las ventajas de ser la antedicha cañada de carcahuezal en toda su extensión, y en la parte que las aguas detenidas forman el estero, tiene una cua-

dra de ancho con no poca profundidad, muchos pozos y estrecho paso a su entrada y salida. Estos estorbos de tan difícil desfiladero fueron aumentados por el enemigo con más de 10.000 estacones que clavó en todo el trayecto, y un vallado de pesadas ramas que también colocó a orillas del bañado. Por consiguiente nuestra caballería no tenía dónde desplegar sus columnas.

En esa "formidable" posición se había hecho firme por fin el general Paz, "en la cual con sola su infantería y artillería podía disputarnos el paso, muy principalmente cuando nuestra principal arma es caballería".

El general Urquiza en persona reconoció su frente, inspeccionando de cerca al terreno y la colocación de las tropas defensoras; y aunque estimó que sus batallones podían ocupar una isla a su izquierda, este esfuerzo resultaría ineficaz para que maniobrasen sus jinetes al efecto de asegurar la victoria. Determinó, por tanto, que sus soldados comieran y reposaran. Ese día se capturaron 8 carretas y 70 bueyes, y se tomaron prisioneros a 8 militares y 5 paisanos.

Así transcurrió el día siguiente. Urquiza por último juzgó inexpugnable la posición del Ejército Correntino — "100 soldados eran suficientes para defenderla", escribió a su delegado en el Gobierno—; y considerando que se aproximaba la estación de las lluvias, y que estaba "a larga distancia de la base y no bien asegurada la línea de comunicación" (se lee en el *diario* mencionado), ordenó la retirada. En la noche del 12 de febrero el general Urquiza levantó su campamento y emprendió su retroceso.

Era una operación peligrosa, que invertía el orden de las operaciones llevadas hasta entonces: ahora el Ejército Entrerriano podía ser atacado por su espalda por el Director de la Guerra.

Prosigue el "Diario inédito" utilizado como la fuente más directa y fiable:

El movimiento practicado para alejarnos del enemigo en nada ha afectado la moral de nuestras tropas, que siempre manifiestan aumentar aquella disciplina y firme constancia. Ésta es una de las maniobras más delicadas en la guerra; por lo mismo se practicó con audacia y regularidad, amenazando al mismo tiempo el flanco derecho de la posición enemiga, que aunque cubierta por los esteros de Santa Lucía, no dejó de imponerles hasta pasados tres días, pues lo redujo a la más completa indecisión hasta el 14, y de reparable vacilación hasta el 16.

En efecto: nada sospechó el general Paz sobre la súbita partida de los federales, ya que sus propios elementos no se atrevían a abandonar el sitio donde estaban fortificados.

Al otro día (13 de febrero de 1846) escribió al Gobernador Madariaga:

El enemigo desapareció anoche de nuestro frente, y se ha puesto en retirada por el mismo camino que trajo. Su retaguardia, que es vanguardia ahora, estaba a las seis de la mañana en las lomas de San Juan, y sus carretas iban pasando la cañada de Ibiratingay. Parece, pues, fuera de duda, que no parará hasta... hasta... qué sé yo dónde. Mucho tenemos que hacer para sacar las ventajas que son consiguientes, y ojalá sepamos aprovechar las circunstancias.

Sin embargo que el Ejército Federal se detuvo en el paraje señalado, a seis leguas, Paz no se movió, e intrigado, volvió a escribir a mediodía del 14 mostrando cautela:

Acompaño a V.E. el parte que acabo de recibir. Según él, el enemigo permanecía hoy en las inmediaciones de San Juan Lomas; por consiguiente, su movimiento retrógrado puede envolver otra intención. ¿Será que quiere estacionarse y mandar una División a Misiones en busca de caballos? ¿Será que quiera volver volver rápidamente sobre estos puntos? ¿Será que quiera esperar el resultado de algunas intrigas? Sea lo que fuere, nosotros no debemos continuar nuestro movimiento; antes por el contrario, debemos estar prontos, muy prontos para deshacerlo si el caso lo requiere. Por lo tanto espero que Ud. se conserve a inmediaciones, mientras recibo otros partes que me aclaren más este asunto.

Y el 15:

Ayer tuve un segundo parte que me avisaba que el enemigo estaba entre San Juan Lomas y Loreto, en marcha al último de dichos puntos. He esperado la confirmación de este parte, que no me ha llegado. Según lo que sepa será mi movimiento; le avisaré.

El 16 muy temprano Paz emprendió la persecución de Urquiza —cuatro días después de la partida de éste—, aunque en esa misma jornada otra vez expresó sus dudas al mandatario, disponiendo su nueva detención:

Es capaz de hacer perder el juicio la contrariedad y a la vez la vacilación de los partes que se reciben. Ayer a las tres de la tarde decía el comandante Serrano que el enemigo había marchado de San Juan Lomas a Loreto, y ahora parece que duda todavía. Nuestra vanguardia, que me ofreció ayer un parte cierto por momentos, no lo ha mandado aún, de modo que es forzoso movernos con tales precauciones que ni vamos más allá, ni quedamos más acá de lo que suministran estos equívocos datos. Por tanto, pues, creo que no debe moverse de donde esté, hasta que le diga el resultado de los últimos partes sobre este asunto.

Puede sintetizarse lo que siguió.

El Ejército Entrerriano se retiró sin ser molestado por el de Corrientes, cruzando desde el norte toda la Provincia. Entre el 20 y 21 del mes atravesó el río del mismo nombre por el paso de Caá-guazú, habiéndose encontrado en la maestranza del cuartel general de Villanueva, elementos para construir cuatro balsas a efectos de transportar el material pesado, pues aunque el bañado próximo estaba seco, el río se hallaba "en caja pero a nado". La vanguardia, con Urquiza siempre a su frente, cubría esta operación riesgosa. El 23 se concluyó el cruce del comandante en jefe con su estado mayor, y —destaca el *Diario de la campaña* al llegar al campamento de Villanueva—

el edificio de la maestranza, importante por los talleres que contenía, se mandó destruir para evitar que en las ulteriores de la guerra pudiera volver a ser útil a los salvajes unitarios.

El Ejército Federal estaba de regreso en Entre Ríos tras 58 días durante los cuales se había paseado impunemente por el territorio enemigo, abandonado ante su avance casi por completo, sin haber intentado el comandante defensor ninguna maniobra de envergadura en su contra. Las pocas ocasiones en que fuerzas retardantes se opusieron al avance, fueron vencidas categóricamente.

El 23 de febrero el general Joaquín Madariaga se confiaba a su Ministro Gregorio Valdés:

¡El enemigo ya está del otro lado del río Corrientes, y se va sin que le hubiésemos hecho nada con este Ejército superior!

Una semana después (el 27), entre el río Batel y el Corrientes:

El enemigo marchó ayer de Villanueva y nosotros todavía por estas alturas. Vé si habrá batalla: es toda una fatalidad, pero así lo han querido.

Y por fin el 2 de marzo:

No sé si hoy acabará de pasar el Ejército el río Corrientes. Supongo al enemigo ya por la frontera. Aún no sé si han llevado muchas haciendas. Urquiza nos ha burlado.

Para rematar un par de días después, repitiendo que "Urquiza los había burlado": "¿Es culpa mía?"...

Urquiza había derrotado a Paz en una campaña acelerada, con fuerzas numéricamente inferiores, sin que el último atinara a presentarle batalla pese a sus previsiones y al hecho de haber sido el dueño el territorio donde se operaba. El primero se afirmaba como el mejor General entre sus contemporáneos por la organización de sus tropas, la rapidez de sus operaciones, y el éxito de los resultados buscados; el segundo no había mostrado, por el contrario, las relevantes cualidades de otrora, pese al año de preparación de sus fuerzas y a la calidad de sus jefes.

Las consecuencias en Corrientes de la conducción de las operaciones por parte del *Director de la Guerra* han sido elocuentemente descriptas por el secretario del Gobernador Madariaga, Federico de la Barra:

"Jefes, oficiales y soldados murmuraban sin precaución y confundían como iguales sus reproches. Aumentaba a cada momento la indignación; se veía amenazante el desorden y la indisciplina, y todos los cargos y todas las increpaciones se dirigían al General en Jefe. La exasperación contra él era violentísima, su autoridad empezaba a ser desconocida. Los edecanes y los oficiales del Estado Mayor se recibían sin respeto; las órdenes se escuchaban sin atención; los grupos se formaban fuera de las líneas, e íbase avivando por instantes el colorido de aquel cuadro de indisciplina y de insurrección".

Algo peor:

"Varios cuerpos, sin orden, ensillaban con desenfado y abandonaban el campo. Las filas del Ejército amenguaban por momentos. Algunas Divisiones con sus jefes a la cabeza se dirigían a sus Departamentos: la defección estaba pronunciada".

El mismo testigo ofrece las causas que ocasionaron la gravedad de ese estado de cosas en el Ejército Correntino: "¡El enemigo había escapado impunemente de sus garras!" Indica Barra que la infantería de Paz era numerosa y su caballería excelente, pero su moral era inquietante "por efecto de una retirada tan mortificante sobre el territorio de su misma Provincia". El general Paz se defiende en sus *Memorias* achacando a sus jefes de caballería no haber obrado activamente para atacar a Urquiza, exceptuando de entre ellos al coronel Manuel Antonio Ocampos —lo que se contradice con su propia carta a Madariaga ordenándole detenerse, y la queja de éste a Valdés—, y no desconoce la murmuración que socavaba su autoridad, aludiendo a varios de aquellos

"que abiertamente procuraban, para desacreditar al General en Jefe, hacer ver que la campaña había fallado; que el enemigo se retiraba intacto, que se habían ya perdido las ocasiones de destruirlo, y que todo lo que se hiciese era inútil y vano".

En tales circunstancias llegó un ingrediente que se sumaría para el desenlace de la situación descrita: una carta dirigida al Gobernador Joaquín Madariaga por su hermano Juan, prisionero de Urquiza, con fecha 5 de febrero, al día siguiente de ser capturado.

La epístola era ciertamente asombrosa. En ella el general Juan Madariaga hacía saber al mandatario —en la síntesis que ofrece el general Paz—

que don José Virasoro lo había servido y considerado mucho; que lo mismo había hecho el general Urquiza, cuya amabilidad y generoso proceder encomiaba sobremedida; que había tenido ocasión de conocer que sus proyectos sobre la Provincia de Corrientes eran los más útiles y benéficos, y que estaba dispuesto a entenderse con él [Joaquín Madariaga] y transar, pero debiendo yo [Paz] ser excluido de toda ingerencia en el asunto y de la escena política.

¿Dónde quedaba la guerra a muerte declarada contra Corrientes para eliminar a los "salvajes unitarios"? ¿Qué propuesta encerraba la insólita conducta del jefe federal?

7

La postura del general Urquiza no obedecía a un arranque improvisado; muchas versiones contienen las *Memorias* de Paz mostrando ciertas tentativas de entendimiento. Sin puntualizar esos pasos protagonizados por terceras personas, debe señalarse que se había especulado de tiempo atrás con un cambio político del gobernante entrerriano, de lo que ofrece prueba la siguiente

frase contenida en la *Memoria histórica* concluida por el antiguo Gobernador de Corrientes Pedro Ferré en febrero de 1845:

"Si hasta ahora no aparece un solo hombre que tenga poder y reputación bastante para hacer frente a sus miras [*de Rosas*] y cortar su ambición, el curso mismo de la Revolución lo ha de presentar, y yo ya estoy presumiendo que en tal caso, don Justo José de Urquiza ha de ser el que le ha de poner las peras a cuarto a don Juan Manuel".

El hecho es que la carta del general Juan Madariaga a su hermano el Gobernador de Corrientes desencadenó un proceso de alternativas dramáticas.

En primer lugar el teatro de los sucesos fue Corrientes, cuando el mandatario —relata el general Paz— le dijo "que me iba a mostrar la carta, pero que me rogaba que no me incomodase por lo que contra mí decía; que considerase su terrible situación y que lo disculpase". No contenía aquella ninguna ofensa personal, sino el deseo de Urquiza de excluir al Director de la Guerra de los entendimientos que proponía. El Gobernador Madariaga fue completamente leal con el general Paz, aunque éste no puede disimular en sus *Memorias* la natural sospecha que lo dominaba hacia los hombres que lo rodeaban: "Me dio efectivamente la carta, pero no habiendo yo traído anteojos, se ofreció a leerla; y lo hizo, no sé si con fidelidad"... La propia versión que ofrece es la prueba de ello. Igualmente Madariaga le leyó la contestación que dirigió a su hermano, que contiene el digno párrafo que sigue:

Estoy confuso respecto los medios y los términos en que pueda con decoro abrir con el señor Gobernador una correspondencia que de todo corazón deseo, influido por inexpressables sentimientos de gratitud por el recibimiento que te ha hecho, y al mismo tiempo sin poder encontrar medios de salvar mis compromisos y los del país.

Entonces fue Urquiza quien tomó la iniciativa. Le dirigió una carta el 17 de febrero:

Ud. ha manifestado a su señor hermano que no sabe cómo hacer una obertura para entenderse conmigo de acuerdo a sus compromisos y los de su país; pero no trepido en asegurarle que nada exijo contra su decoro, contra la seguridad, honor y bienestar de sus amigos, ni contra su país. Deseo sinceramente la paz. Creo que Ud. y yo podremos darla a la República, entendiéndonos y obrando con la franqueza de dos hombres ajenos de mezquinas ideas.

Y se extendía sobre los beneficios de la paz, puntualizando:

No es la desconfianza del triunfo de las armas que mando, que me induce a hablar así. Ud. conoce que a más del Ejército que he traído, he dejado mi reserva en Entre Ríos, y que debo contar con la cooperación de toda la República para hacer la guerra; pero yo no quiero guerra.

Contenía un último párrafo de destinatario evidente:

Tratemos de la paz, pero que sea con hombres que sinceramente la desean. Por eso desde ya le advierto a Ud. que debemos apartar de toda ingerencia a esos aventureros que, sembrando la desconfianza por todas partes, nada tienen que perder, y trabajan sólo por ver si con la guerra pueden llenar sus ambiciosas pretensiones.

¿Era sincero el Gobernador de Entre Ríos? La respuesta la ofrece quien estuvo en la mejor condición para darla: el propio general Juan Madariaga, quien en un escrito posterior (del año 1849) dejó su testimonio acerca de los momentos en que cayó prisionero del Ejército Federal:

“Los más notables jefes de la confianza de Urquiza reveláronme su estado de próximo rompimiento con Rosas; ello, unido al empeño del General en verse con mi hermano, no me dejaron dudas de que había llegado el momento de obtener un acomodo con Entre Ríos que habría dado en tierra con la Dictadura”.

Otras versiones contemporáneas se añadirán a documentos que indudablemente demuestran ese estado de ánimo del mandatario entrerriano.

El obstáculo para el entendimiento de la Mesopotamia era el *Director de la Guerra* que Corrientes había designado. Éste se hallaba harto incómodo al frente de un “Ejército Aliado Pacificador” cuya situación ya se ha descripto, creyendo percibir conspiraciones en su contra a cada instante. Como se destacó, el general Paz acusó en sus *Memorias* al Gobernador Madariaga de no obedecer sus órdenes de hostilizar a Urquiza en su retirada con tal de salvar la vida de su hermano (lo que está en contradicción con las cartas de aquel a su Ministro Valdés), y llegó a achacarle la intención de entregar la Provincia a Rosas. No eran menores las desconfianzas de Paz respecto de sus subordinados:

“Los jefes correntinos empleados en la vanguardia, a quienes naturalmente llegaron las comunicaciones del enemigo para el Gobernador y viceversa, les daban dirección, pero guardando un misterioso silencio; sin embargo las noticias se transmitían por otros conductos y llegaban a mí [...] La voz de que Urquiza quería la paz, de que estaba dispuesto a separar su causa de la de Rosas, y la de que sólo quería entenderse con los correntinos, iba generalizándose. Con este motivo se hacían entrever proyectos conciliatorios, que halagaban a muchos y entibiaban a casi todos los del país”.

Alude Paz a “descontentos y conspiradores”, entre los que señala particularmente a los coroneles Saavedra, Baltar y Paz (Carlos), a “la anarquía que empezaba a sentirse mediante los manejos del Gobernador y sus adherentes, que querían mancillar mi reputación militar, elevando la del General enemigo”, y a “la falta de mutua confianza que cundía con una rapidez extraordinaria”. Con especial énfasis imputó el general Paz al Gobernador Joaquín Madariaga que se trasladara a Mercedes para hacer prosélitos en el Ejército, contando con la principal colaboración del coronel Bernardino Báez —incluso para corromper con dinero, afirma—, haciendo correr la voz a sus allegados de que “el general Urquiza era el amigo que convenía a Corrientes”.

En *Recuerdos de la vida de campamento*, manuscrito del que fue autor el entonces coronel Eustoquio Frías, jefe de la escolta de Paz, éste dejó referidas las versiones que circulaban en el entorno íntimo del Director de la Guerra y la reacción que provocaron:

“Quiso la casualidad que una comunicación de Urquiza dirigida al Gobernador viniera al poder del general Paz: entre otras cosas proponía Urquiza hacer desaparecer a Paz y a los jefes que había llevado en su compañía. Éste reunió entonces a todos los jefes, y sin decirles nada de la comunicación que tenía en sus manos, les hizo presente que él sospechaba que el Gobierno estaba en arreglos con el general Urquiza y que una de las cláusulas de este arreglo, suponía, fuera hacer desaparecer al General y a los jefes que había traído de Montevideo. Ninguno contestó una palabra, a pesar de que varios estaban en el secreto de esta negociación. El General dijo: —Yo no creo en la buena fe de Urquiza, pero no soy un obstáculo ni los jefes que me han acompañado; todos somos enemigos de Rosas y todos seríamos útiles puesto que Urquiza se resuelve a declararse contra el tirano. Todos guardaron silencio y se retiraron”.

La reunión antedicha, muy numerosa, se celebró el 18 de marzo (apenas llegada la carta de Urquiza para Madariaga), aunque el ilustre veterano que hizo su crónica olvidó rememorar que a continuación de las palabras del general Paz se levantó un acta:

Los abajos firmados, generales, jefes y oficiales del I Cuerpo del Ejército Aliado Pacificador, declaramos del modo más solemne y explícito nuestra irrevocable resolución de combatir hasta perecer o triunfar al tirano de la República Argentina, al dictador de Buenos Aires, al sangriento déspota Juan Manuel de Rosas, y de no envainar nuestras espadas hasta desaparecer del suelo de la Patria ese monstruo que lo oprime, la envilece y la devora. Declaramos también obrar del mismo modo contra sus tenientes y sostenedores, sin exceptuar el actual gobernante de Entre Ríos mientras siga la bandera de la tiranía a la que ha querido sujetar esta heroica Provincia.

Lo cierto era que “todos sentían que algo se tramaba, y que mis relaciones —sigue escribiendo Paz— con el Gobernador estaban en el fondo alteradas”. El Generalísimo reconoce que sus órdenes no eran cabalmente ejecutadas, y no vaciló en calificar de *traición* a la conducta de los Madariaga. Pero que era tan errónea cuan injusta esta sospecha de Paz, lo muestra el hecho de que el mandatario no volvió a contestar a su hermano prisionero después de su primera carta. Juan Madariaga le manifestó su asombro y preocupación en sucesivos mensajes de los días 28 de febrero, 8 de marzo y 13 de marzo. Tampoco había respondido el general Joaquín Madariaga a Urquiza, pese a la amable comunicación de éste del 17 de febrero: era la demostración de su decorosa postura.

Nada de esto modificó el ánimo prevenido del general Paz: para evitar la pérdida de la Provincia de Corrientes a manos de Rosas —según temía—, el Director de la Guerra no ideó nada mejor que deponer al Gobernador.

Estaba convencido el general Paz de que el precio de mantener con vida al general Juan Madariaga sería la entrega de la Provincia a los "federales". Su compromiso al asumir el cargo que le había otorgado el Congreso General de Corrientes en enero de 1845 consistía en *"el deber de libertar la Patria y propender a su organización"*. En concepto de aquél, este mandato estaba a punto de fracasar por las intrigas que achacaba a Madariaga, lo que recoge Eustoquio Frías. Lo aventurado del paso que tramaba Paz era la contradicción formal— además de otras consideraciones obvias acerca de su conducta— con la reserva que establecía la misma ley de creación del Directorio de la Guerra: *"La presente ley no afecta el orden interior de esta Provincia"*.

El argumento ostensible que hacía valer Paz para derribar al mandatario de su cargo era el vencimiento del término para desempeñarlo —cumplido a fines de 1845—, por cuanto el 27 de noviembre de ese año una ley dictada por el Congreso Provincial, había suspendido las elecciones populares para renovar la Legislatura, prorrogando hasta su nueva composición el mandato del Gobernador (que debía ser designado por el próximo Congreso). No faltaban Diputados disconformes; aunque el 18 de marzo de 1846 Madariaga urgió para que se verificaran dichas elecciones *"por cuanto este negocio no admite demora"*. Había pasado el estado de emergencia causado por la situación bélica. Mas los opositores, contando con el apoyo del Ejército, solicitaron como medida previa (23 de marzo) un informe sobre la situación interior y el estado militar. Madariaga insistió en efectuar las elecciones manteniéndose hasta tanto en el Poder, y esto precipitó los acontecimientos. Este último día el Gobernador había dirigido un extenso y enérgico oficio al Director de la Guerra rechazando los cargos que se le endilgaron, y formulando a su vez otros contra quienes desconocían su autoridad.

En sesión secreta tenida el 27 de marzo el Congreso Correntino, ganado por el núcleo disidente, tomó una resolución extrema:

Considerando que la comisión del mando interino de la Provincia ejercida hasta hoy por el coronel mayor don Joaquín Madariaga, en virtud de la ley de 27 en noviembre del año anterior, ha caducado por abdicación propia de hecho y de derecho...

Seguían los fundamentos legales que sustentaban la sanción del artículo único:

El Director de la Guerra, brigadier general don José María Paz, pondrá a disposición del Congreso General el número de tropa necesaria para custodiar el lugar de sus sesiones y hacer efectivas sus resoluciones.

El Gobernador Madariaga al día siguiente protestó *"con el más vivo dolor del carácter altamente escandaloso y extraviado que han tomado las sesiones del H. Congreso"* ante su reiteración en convocar a elecciones, derivando a la próxima Legislatura la designación del nuevo gobernante. Ignoraba el mandatario que un *chasqui* había sido despachado al campamento de Villanueva por los Diputados opositores, a efectos de recabar el envío de las tropas suficientes para sostener su resolución, mensajero que arribó a destino el 29.

Esta agitación en la capital se había difundido, y prueba de esto es el informe que el general paraguayo Francisco Solano López dirigió a su padre el Presidente, al día siguiente, desde el campamento en Villanueva:

Es el caso que la Sala de Representantes de la Provincia de Corrientes ha resuelto quitar del mando del Gobierno al coronel mayor don Joaquín Madariaga. Sé que éste se ha preparado a batir con fuerza a los Representantes, y éstos para contrarrestar a la expresada fuerza han pedido otra al Director de la Guerra, quien manda marchar en este momento como 700 hombres al mando del general Ábalos. El expresado Director está muy contento de ver el resultado de sus trabajos, como dicen; pero creo que en el Ejército tendremos una borrasca por los adictos al expresado ex Gobernador. Así es que yo voy a ponerme en guardia por lo que pueda suceder, aunque los de uno y otro partido cuentan conmigo, porque nunca yo me les he declarado ni a favor ni en contra de ninguno de ellos.

En distinta comunicación de la misma fecha, López agregó mayores datos:

Corre la noticia como positiva que el Director es el que ha tramado todo esto; como aseguran de que el Gobernador había amenazado degollar a todos los Representantes si lo intentaban. Es mucho el trabajo que el Director tiene aquí para volver a todos en contra del Gobernador, por lo que se ha hecho mucho más odioso a muchos sujetos, jefes y oficiales del Gobernador.

El general Paz ya había resuelto, en efecto, provocar el golpe de Estado promovido conjuntamente con los Diputados, al punto que desde tres días antes de la anterior (el 27 de marzo) el coronel Indalecio Chenaut, su jefe de Estado Mayor, había dirigido el siguiente aviso a un antiguo camarada de Paz, el coronel Dionisio Ferreira (comandante militar de San Roque):

Es preciso no arredrarse, sometiéndonos a las medidas salvadoras y a las sabias disposiciones de los representantes de la Provincia, única voz que penetrará en nuestros pechos. A los verdaderos patriotas corresponde abroquelarse y estar en guardia, y hacer que desaparezca toda influencia del bárbaro que trata de oprimirnos. Unámonos como hombres de corazón para dar vida a esta Provincia tan querida: oigamos el eco del Congreso, ayudémosle con nuestros esfuerzos.

Debe señalarse que las Memorias redactadas por el general Paz concluyeron con el relato previo a los hechos que se produjeron a continuación, por lo que no contienen su propia versión de ellos. De cualquier modo, se los puede conocer mediante los documentos que han dejado sus participantes, parte de los cuales ya han sido referidos.

La crisis alcanzó su desenlace en las dos jornadas siguientes; y es menester describir sus alternativas detalladamente pues se trata de un aspecto de la vida pública del general Paz que sus historiadores no han descripto en debida forma, cuando no han confundido sus incidentes o guardado silencio total respecto de ellos. Desde luego, lo dicho comprende los hechos registrados en los párrafos que preceden.

El 31 de marzo de 1846, sin perder momento, el general Paz dirigió una circular a todos los jefes del Ejército, en el campamento de Villanueva o en las comandancias militares del interior:

El H. Congreso General de la Provincia se ha servido transmitirme la respetable resolución que con la nota que le acompaña se adjunta a Ud. en copia autorizada, para que haciéndola saber a todas las autoridades militares a sus órdenes, les exija el respeto y obediencia que se deben al respetable Cuerpo de que emana toda autoridad en la Provincia.

En consecuencia de la expresada sanción, he resuelto que el señor general don Domingo Ábalos marche a ponerse con una División a la disposición del Congreso General; y a virtud del respeto y obsecuencia que debo a la primera autoridad de la Provincia y que ésta se merece para todo patriota, y muy particularmente a los que siendo militares su principal deber es obedecer.

Lo que participo a Ud. para que así lo haga saber en el Departamento de su mando, cuidando que se conserve la tranquilidad y el orden, so pena de ver despedazada la Patria por los terribles males que produce la anarquía.

El general José Domingo Ábalos marchó a la capital llevando consigo al coronel Manuel Antonio Ocampos y a la División que mandaba. También lo acompañaron el coronel Pedro Calderón, los tenientes coroneles Juan Francisco Olmos y Reyes Vallejos, y el mayor Alvarenga. Pasaron por la villa de San Roque, y quien estaba al frente de ella, coronel Ferreira (que como se ha expuesto, tenía conocimiento previo del movimiento por carta enviada el 27 por el coronel Chenaut), hizo saber al Gobierno lo sucedido en ese punto un par de días después:

El 31 próximo pasado llegaron a ésta el general Ábalos y el coronel Ocampos con la fuerza que conducen a ésta, sorprendiéndome con sus informes y exigiéndome sometimiento al Congreso. Yo le contesté que estaba ignorante de todo, y que mi deber era sostener la autoridad y las leyes de la Provincia. Hicieron poner al arma un escuadrón como para intimidarme, pero me mantuve firme. Nos hallábamos en eso cuando llegó un soldado de Saladas con las comunicaciones de V.E. fecha 27. Ocampos me obligó a entregárselas, y las despachó incontinenti al general Paz. Después trataron de llevarme la poca gente que tenía, y las armas, diciéndome que desconfiaban de mí. Yo entonces me dirigí al general Ábalos y le supliqué que no me quitase aquella gente que necesitaba para guardar el pueblo, y conseguí reducirlo.

A inmediaciones de Empedrado, el segundo jefe de la columna, Ocampos, proclamó a la tropa, anunciándole que

el traidor Joaquín Madariaga había abandonado la capital llevándose los caudales de la Provincia, y que por libertar a su hermano Juan quería entregar Corrientes al tirano Juan Manuel Rosas, tratando con Urquiza.

Varias expresiones "ultrajantes", "groseras", fueron añadidas.

El Gobernador Madariaga tuvo conocimiento del peligro que lo amenazaba, y envió una intimación el 1º de abril:

Al coronel Manuel Antonio Ocampos o a cualquier jefe encargado de las fuerzas desprendidas del Ejército: Acaba de ser impuesto el Gobierno de que viene una fuerza del Ejército con dirección a esta ciudad, y no teniendo conocimiento alguno del motivo de esta ocurrencia, se ordena a V.S. que donde reciba ésta, haga alto y dé cuenta del objeto de su venida, e instrucciones que traiga, pues de lo contrario será V.S. irremisiblemente tratado como traidor a la Patria.

El general Ábalos le contestó el 3 remitiéndole el oficio del 27 de marzo recibido del Congreso y añadiendo: "*Debo seguir mis marchas, como lo hago, hasta dar el debido cumplimiento a dicha comisión*". Declaraba no ser traidor, poniendo al "pueblo libre correntino" como testigo de su verdadero patriotismo.

Pero no se llegó a un enfrentamiento: al día siguiente al oscurecer, el mayor Félix Alvarenga sublevó a la tropa al grito de *¡Viva el Gobernador!*, y pese a que Ábalos y Ocampos tentaron resistir, la columna que mandaban se volvió en su contra. Ambos fugaron, mientras ella era conducida ante Madariaga, acampado en la cercana costa del Riachuelo. No habían encontrado eco en el Ejército al enterarse éste que tenían la mira de derrocar a la autoridad provincial; y ya se ha visto la resistencia opuesta por el coronel Dionisio Ferreira en San Roque a las incitaciones de los jefes amotinados (su informe está fechado el 3 de abril). Al propio Ferreira le tocó anunciar el día 7 al mandatario que el día anterior por la tarde había abandonado el general Paz su acantonamiento,

llevando a todos los jefes de su comitiva, el escuadrón Entrerriano [coronel Manuel Hornos] y algunos santafecinos, habiendo antes repartido de la comisaría a los de su comitiva, vestuarios y demás que pudieron alzar, y arreando las mejores caballadas.

La situación política quedó controlada por el general Joaquín Madariaga, quien por decreto disolvió la Legislatura y llamó al pueblo a elecciones para el día 19 de abril. Él salió de la Capital para reorganizar las tropas en San Roque. También, el 4 de abril, comunicó lo ocurrido al general Justo J. de Urquiza, ante los reparos que éste le había efectuado sobre la intervención de Paz en sus arreglos políticos.

En el Ejército Aliado Pacificador las consecuencias de estos sucesos fueron catastróficas. Si bien el mayor Solano González, comandante del parque, se dirigió a poner a disposición del Gobierno la artillería y demás útiles que habían quedado en el campamento, y desde Villanueva varios cuerpos que allí permanecían asimismo tomaron el rumbo de la capital, subordinándose a Madariaga —en la frontera con Entre Ríos el teniente coronel Nicanor Cáceres adoptó igual posición—, el desquicio militar fue completo. Vista la maniobra y fuga del general Paz, el Gobernador Delegado Juan Baltasar Acosta, con la firma del Ministro Gregorio Valdés, censuró su conducta en severos términos al tiempo que lo deponía de su cargo:

Estando comprobado oficialmente que el Director de la Guerra ha despachado una fuerza del I Cuerpo del Ejército Aliado que la Provincia le confió únicamente para abatir la Tiranía y libertar la República, a derrocar la autoridad constitucional y subvertir el orden público, exponiendo así a inminente peligro la misma causa nacional que le fuera confiada, el Gobierno Delegado ha acordado y decreta: Art. 1) Queda suspendido del mando del Ejército de la Provincia el Director de la Guerra, hasta que satisfaga en juicio competente los cargos que pesan sobre él; Art. 2) Declárase a la Provincia en estado de asamblea, quedando el I Cuerpo del Ejército y todas sus fuerzas, a las inmediatas órdenes del Excmo. señor Gobernador y Capitán General.

Otro artículo suspendía las elecciones de Diputados.

El general Paz buscó refugio en la guarnición paraguaya del Alto Paraná, no sin que antes se separara de él la División Santafecina con el coronel Santiago Cardozo a la cabeza, el coronel Felipe López y el mayor Cesáreo Montenegro. Siguiéron a aquél el general Ábalos y los coroneles Ocampos, Hornos y Chenaut, los tenientes coroneles Frías y Mariano de Gainza, y el mayor Martín de Gainza, con algunos oficiales más y tropa. Paz pasó a la capital de Paraguay acompañado del doctor Santiago Derqui, del comandante Justo Pastor Figueras, su ayudante y su asistente. Desde entonces ese sobresaliente soldado dejó de participar en la vida política y militar de la Confederación Argentina durante la época de Rosas, residiendo los años siguientes asilado en Brasil, donde escribió la última parte de sus *Memorias*.

Otra consecuencia desfavorable para la Provincia de Corrientes se tuvo en el plano internacional: la República de Paraguay dio por concluida su alianza militar. Anoticiado de lo ocurrido el Presidente Carlos Antonio López, por las cartas de su hijo que se copiaron, mediante decreto del 7 de abril expuso que *"el Paraguay no debe intervenir en manera alguna en conflicto y cuestiones que son pertenecientes exclusivamente a los Poderes constituidos de la Provincia de Corrientes"*, resultando que *"en un tal estado de cosas se hacen imposibles cualesquiera operaciones militares contra el enemigo común, y fáciles algunas desinteligencias que conviene evitar"*. Sus tropas se retiraron de la Provincia, no obstante que Madariaga despachó a Asunción al presidente de la Legislatura, Juan Baltasar Acosta, para acordar el nombramiento de un nuevo General en Jefe del Ejército Aliado, aumentar el contingente paraguayo, y convenir con López la respuesta al Gobernador enemigo, pues *"no siendo improbable la separación de Urquiza en la crítica situación en que se encuentra Rosas, es conforme con la prudencia el tantearlo"*. Nada se logró.

Por parte de los jefes navales europeos —con cuya presión se especulaba para que cayera Rosas del Gobierno, conforme se exponía en la última frase transcrita—, el capitán de navío Charles Hotham, comandante de la División Naval británica estacionada frente a Esquina, cursó una carta a su compatriota Mariano Billinghamst (residente en Corrientes) exponiéndole que si bien *"nosotros los extranjeros es mejor que no nos mezclemos en disensiones de hermanos"*, le agregaba que transmitiera al Gobernador Madariaga *"que según la opinión general, yo no veo que él hubiese podido obrar de otro modo en la emergencia en que se vió"*. La escuadra anglo-francesa emprendió viaje

aguas abajo del Paraná a mediados de año, en cuya margen derecha se habían apostado baterías volantes y otras de mayor calibre, que hostigaron a cañonazos y fusilería a las naves extranjeras, causando daños de diversa gravedad a los buques de guerra y mercantes (es significativo el hecho de que al pasar enfrente de la capital entrerriana el 25 de mayo, la flota europea enarboló la bandera argentina). Iguales ataques habían corrido otras flotillas a lo largo del año 1846, siendo atacadas desde la costa porteña y santafecina, desde el *Quebracho de San Lorenzo* hasta San Nicolás, por las tropas mandadas por el general Lucio Mansilla, a quien secundaban los comandantes Juan Bautista Thorne, Santiago Maurice, Álvaro José de Alzogaray y Manuel Virto.

¿Qué repercusión tuvo lo sucedido en Corrientes en el campo enemigo?

El general Urquiza tomó conocimiento de lo que ocurría el 23 de abril, por vía brasileña, antes de su desenlace. Temeroso de que su obertura pacífica fracasase si Paz asumía el control de la situación en la Provincia vecina, espontáneamente concedió la libertad al general Juan Madariaga y se apresuró a despacharlo: *"a salir pronto, ese mismo día, a Corrientes, con la consigna de prestarle ayuda inmediata"* (al Gobierno), refiere el interesado. Éste partió con 4 prisioneros que eligió y marchó sin descanso. Tras cuatro días arribó a destino, imponiéndose del resultado del intento frustrado de Paz y los Diputados opositores. Escribió en consecuencia a Urquiza participándole *"que consideraba removido todo obstáculo para entenderse con mi hermano y hacer la felicidad del país, en concordancia con sus más fervientes deseos"*.

El propio Urquiza, entonces, volvió a dirigirse nuevamente al Gobernador Madariaga en forma directa, desde su cuartel general en Calá:

Mi estimado amigo y compatriota: No sabía a qué atribuir su silencio en contestar mi comunicación del 17 de febrero último; mas después que me impuse de su apreciada carta datada a 4 del actual desde San Roque, he visto los hechos que le han privado, y por lo mismo le hago toda la justicia que se merece, pues nada más acertado que conducirse con circunspección, tino y decencia.

Ahora se hallaba el Gobernador Joaquín Madariaga en aptitud de encarar libremente sus relaciones con el mandatario entrerriano. Ahora se comprobaría si estaba dispuesto, no ya a salvar la vida de su hermano Juan a toda costa, sino a mantenerse en el poder de su Provincia incluso entregando a Corrientes al dominio pleno del Dictador de Buenos Aires. O a demostrar que las sospechas abrigadas por el general Paz eran calumniosas.

Madariaga estaba solo: ya no contaba ni con el Director de la Guerra, ni con la ayuda de Paraguay. De cualquier manera, persistía en su propósito de *"libertar a la Patria"*, y en este sentido, y con tales términos, creyó encontrar un nuevo adalid que guiara a los argentinos a derribar el poder omímodo de Rosas. El 25 de abril de 1846 escribió al antiguo conductor político y militar que fuera el general Carlos de Alvear, su comprovinciano:

Sabedor de los nobles pensamientos y elevadas ideas de que es Ud. poseedor, lo invito a fin de que, contando con todo cuanto valgo y tengo, se anime y venga a ponerse a la cabeza de nuestra Revolución, y liberrar la República de tantos males.

Este mensaje fue enviado a Montevideo, de donde se encargó de remitírselo el coronel José María Pirán —primo materno de Alvear—, halagando al destinatario con su propia argumentación:

Joaquín todo el tiempo que permanecí cerca de él no dejó de hablarme en todas ocasiones de Ud., calculando que si Ud. hubiese estado a la cabeza de uno de los numerosos Ejércitos que los patriotas formaron, no hubieran sido sus esfuerzos desgraciados. Si Ud. calcula que puede hacer este glorioso sacrificio, puede dirigir su comunicación diciendo en ella su definitiva resolución.

Pero el caudillo de otros tiempos no era ahora el hombre de antes: representante diplomático del mismo Rosas ante Estados Unidos, permaneció en Washington.

Abandonando toda ilusión, al Gobernador de Corrientes no le quedó otro recurso que avanzar en sus contactos con el general Urquiza, sobre la coincidencia que le había transmitido su hermano Juan. Sabida por aquél la favorable disposición del mandatario correntino, despachó ante éste a quien fuera uno de sus amigos, a la sazón militando en las filas contrarias, cual era el coronel Benjamín Virasoro. Madariaga envió a su turno al campamento de Calá a su otro hermano Antonio Madariaga. Puestos de acuerdo ambos gobernantes en mantener una entrevista personal, ella tuvo lugar en un pueblo equidistante entre las dos capitales, situado en Entre Ríos.

El Gobernador Delegado de Entre Ríos, Antonio Crespo, bien al tanto de las negociaciones, dejó asentado en un escrito retrospectivo:

"Como la intención de Urquiza era la de derrocar al general Rosas unido con Corrientes, promovió un tratado entre él y Madariaga, y convenido, se eligió el punto de Alcaraz para las conferencias".

Hasta aquí viajó el general Joaquín Madariaga, acompañado por su Ministro Gregorio Valdés, previa anuencia para tratar por parte de la Legislatura provincial.

Urquiza tuvo a Rosas al tanto de sus pasos. Prevenido, el Gobernador de Buenos Aires puso como condiciones para el arreglo que se le entregara a los generales Paz y Juan Pablo López (ya afuera de la Provincia), y a los jefes y oficiales no correntinos, y que se restituyera en el mando gubernativo de esa Provincia a Pedro Dionisio Cabral, quien fuera depuesto por los Madariaga en 1843. Luego, en conocimiento de las novedades ocurridas en Corrientes, y admitiendo que era impracticable remover al Gobernador, el Dictador reclamó indemnizaciones para los federales desalojados del poder en ella, y la prohibición de navegar en el río Paraná. En sus respuestas, Urquiza procuró adormecer la suspicacia del general Rosas, asegurándole la conformidad con sus ideas al reincorporarse Corrientes a la Confederación regida por éste.

Prescindiendo de otros detalles, lo concreto es que el 14 de agosto se celebraron pactos (fechados oficialmente al día siguiente), que suscribieron los delegados de los dos Gobernadores, Valdés y el coronel José Miguel Galán. Si se ha empleado el plural, es porque hubo uno público destinado a ser divulgado, y otro secreto, reservado para las autoridades. El primero de los pactos disponía en sus artículos iniciales, restablecer la paz entre Corrientes y Entre Ríos, y formalizar un olvido absoluto de los acontecimientos políticos "que hayan tenido lugar durante la disidencia de la Provincia de Corrientes", respecto de sus gobernantes y funcionarios. Los dos siguientes estipulaban:

3º) El Gobierno de la Provincia de Corrientes ofrece continuar observando el tratado de 4 de enero del año de 1831. 4º) Ofrece igualmente autorizar nuevamente al Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, para la dirección de las relaciones exteriores.

Si parecía un avenimiento completo de Corrientes a la dirección de Argentina llevada por el Dictador porteño, el convenio secreto —"adicional y complementario"— limitaba fundamentalmente las estipulaciones públicas. La observancia correntina al Pacto Federal contenía las tres siguientes "modificaciones" [sic]: por el art. 1º, las obligaciones por parte de las Provincias argentinas de resistir cualquier invasión extranjera (art. 2 de Pacto) "*no se exigirán en la presente guerra con el Estado Oriental del Uruguay, ni en las diferencias actuales con los Gobiernos de Inglaterra y de Francia*". Por el art. 2º, la exigencia de negar asilo a criminales que escaparan de otra Provincia (art. 7 del Pacto) "*tendrá lugar con los que cometieran crímenes después de la ratificación del presente tratado*". Por el art. 3º, los tratados celebrados por Corrientes con Paraguay y sus relaciones con los países vecinos (Río Grande y Paraguay) "*continuarán en el estado que hoy se hallan*". Mas no eran esas reservas lo más importante, sino la franca declaración que contradecía la dura postura de Rosas, causa de la guerra contra él: todas las condiciones fijadas lo eran "*hasta que llegue el caso de los arts. 15 y 16 del referido Tratado, o que los altos intereses de la Confederación Argentina exijan otros arreglos al respecto*". Pues consistía ni más ni menos que en recordar la obligación allí contenida de que se convocara a Congreso Constituyente... Importaba ella por parte del general Urquiza, una elocuente toma de posición contraria a lo sostenido tan tajantemente por el Dictador porteño; bien cierto es que unos pocos años después (1850) Urquiza confiaría a un sacerdote de su amistad:

Dar una Constitución a la República Argentina ha sido mi sueño dorado y patriótico de siempre, desde joven, y vino a formar en mi ánimo una oculta y firme resolución de realizarlo cuando conocí y traté familiarmente al general don Juan Ramón Bacarce.

(Este último, depuesto del Gobierno de Buenos Aires por la "revolución de los Restauradores" en 1833, había emigrado a Concepción del Uruguay, donde falleció tres años después).

La alianza formalizada tendría importantes consecuencias.

Corrientes salvaba su dignidad al convenir esta solución, desacostumbrada tras la larga y enconada guerra civil, lo que festejó alborozada. Entre Ríos

celebró el arreglo pacífico como un triunfo propio. Su Gobernador Urquiza no vaciló en difundirlo con ribetes de júbilo, mediante circulares a los mandatarios del Interior fechadas el 14 de agosto, *"habiendo llegado el momento deseado por todos los buenos americanos, de poner término a los males de la guerra"*, y siendo conveniente *"se restablezcan los antiguos vínculos de amistad y franca inteligencia entre todos los pueblos de la República"*. En esa jornada escribió igualmente a Rosas, anunciándole que enviaba ante su presencia al coronel Galán a fin de darle las explicaciones que precisara. El mismo Madariaga lo hizo también, asegurando que Corrientes sería "uno de los más firmes apoyos de la gran Confederación Argentina".

La reacción de las autoridades en toda Argentina fue de complacencia por la obtención de tan grande resultado. El general Mansilla, al dirigir desde Ramallo (norte de la Provincia de Buenos Aires), las anteriores comunicaciones al edecán del Gobernador Rosas, mayor Antonino Reyes, lo felicitaba *"con un abrazo federal por el próspero resultado que ella anuncia"*. Las respuestas que llegaron a la capital de Entre Ríos fueron auspiciosas. En Catamarca se publicó la circular de Urquiza, se dispuso efectuar salvas "y todas las de más demostraciones de alegría y público regocijo", y fue ordenado el enarbolamiento de

la bandera federal en todas las casas del recinto de esta población, y victóriense en el bando y en la noche de este día en la plaza y calles de esta capital, los ilustres nombres del Gobernador Encargado de las Relaciones Exteriores, el magnánimo general don Juan Manuel de Rosas, el del benemérito general Urquiza, el del Gobernador de Corrientes don Joaquín Madariaga, el del Ministro don Gregorio Valdés, el del general don Juan Madariaga, y de los correntinos federales.

La larga y sangrienta guerra civil aparecía concluida.

Salvo para Buenos Aires: como se verá, el análisis del Dictador y de su círculo íntimo ha de resultar francamente desfavorable a la conducta seguida por el general Urquiza en sus relaciones con la Provincia enemiga de Corrientes. Rosas no se engañó en cuanto a los alcances ulteriores del arreglo en la Mesopotamia, y comenzará en Buenos Aires, en septiembre, una campaña pública contra el último de subido encono, siendo eco de la irritada actitud oficial asumida. Hasta tanto, hubo otra cuestión que preocupó a los dirigentes federales.

Desde Santa Fe se hostigaba a la situación entrerriana, tanto en lo que hace a la difamación de su Gobierno, cuanto a depredaciones de jefes de la Provincia vecina en perjuicio de los habitantes de la costa izquierda del Paraná. El general Urquiza acusó duramente a su colega Pascual de Echagüe de alentar los atentados, sin excluir una denuncia de instigar su asesinato. De modo que Rosas quiso abocarse a solucionar el problema surgido entre esos dos personajes destacados del Partido que acaudillaba. La primera medida del Dictador fue tratar de atemperar el ánimo exaltado de Urquiza contra su antiguo amigo Echagüe, procurando que entre ellos se dieran explicaciones sinceras. El mandatario entrerriano no se conformó —en octubre reiteraría sus acusaciones—, y desde su campamento en Calá le anunció el envío de una "comu-

nicación de larga historia" respecto a sus denuncias, lo que demoraría cumplir hasta comienzos del año siguiente. En su oportunidad será considerada, porque los pactos de Alcaraz absorbieron la atención inmediata.

Por entonces se desató el enojo del Dictador contra el Gobernador de Entre Ríos, vertido en carta al general Ángel Pacheco (14 de septiembre) en la cual le confiaba:

Aunque mucho temía yo algún funesto resultado, nunca pude imaginar que la ceguera y miserias del general Urquiza lo condujesen tan pronto a un procedimiento tan inaudito, a un baldón sin cuento en la historia de los argentinos.

Elevando el diapason, calificaba la iniciativa pacífica de "inaudito escándalo", comentando a Pacheco:

No es posible leer sin indignación profunda esos documentos con que el general Urquiza descubre enteramente el velo a su insensata travesura. Se ha formado su propio proceso, y desatinadamente desafía a la opinión pública, queriendo someter los destinos de la Nación a sus arbitrarias decisiones personales, manchadas con el deshonor e infamia.

Los documentos de Alcaraz eran "estúpidos", y las palabras de Urquiza "una alevosía inconcebible por su propio desatino y abyección". Era el mandatario entrerriano

un hombre sin principios ni dignidad, enemigo aún de la propia gloria personal que adquirió a la sombra del glorioso pabellón de la Confederación Argentina, sobre el que pretende degradar y vanamente arrojar una negra mancha de oprobio.

En este tono plagado de dicterios prosigue desahogándose en el seno de la confianza, largamente, historiando todos los pasos dados por el general Urquiza, "de eterno oprobio".

Pacheco respondió de conformidad, y lo mismo hizo el general Mansilla, contradiciendo su aprobación inicial.

En Buenos Aires y en San Nicolás, lo mismo que en Santa Fe, se imprecaba pública y continuamente contra el "traidor salvaje unitario Justo José de Urquiza". No bastaban las favorables opiniones a su conducta que vertieron los coroneles Hilario Lagos y Vicente González. El Ministro de Gobierno, doctor Felipe Arana, hizo llegar extensos memoriales al "Restaurador de las Leyes" durante el mes de septiembre, en donde analizaba y fundamentaba su censura a la iniciativa de pacificar el territorio rioplatense de la manera como lo había encarado: los reproches del Ministro Arana a Urquiza no fueron menos severos que los del Gobernador a quien servía. La solución arribada en Alcaraz era "ridícula", y la conducta del gobernante entrerriano, digna de repudio:

En la necia pretensión del general Urquiza no será extraño que a él se le antoje gobernar a la República y sujetarla a la coyunda que Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay le quieran imponer. Entre tanto, vea V.E. en qué

caos metería a los pueblos, y si éstas son circunstancias para Comisiones y Congresos. Todos estos antecedentes demuestran bien lo que se proponen, y lo vacío e injusto de su posición.

Llevando la alarma al Gobernador Rosas, planteándole la hipótesis de ser suplantado en el manejo de la Confederación Argentina, finalizaba el doctor Arana en que era necesario saber con certeza lo que quería Urquiza, interpellando a quien enviara a tal efecto.

Éste era el coronel José Miguel Galán, al cual el mandatario entrerriano delegara su representación para la firma de los acuerdos. El enviado había llegado a Buenos Aires a fines del mes de agosto portando los documentos; pero no fue recibido por las autoridades porteñas; y la espera en ser atendido agravó la situación. La reunión entre Arana y Galán recién se produjo el 21 de septiembre. En ella el comisionado de Entre Ríos explicó que el pacto secreto sólo valía para dar excusas a la Provincia de Corrientes en sus tratos con los "salvajes" y Paraguay, pues no era obligatorio. Esto no satisfizo al Ministro, como tampoco el comercio con Montevideo que se mantenía desde los puertos de la Mesopotamia, achacándolo Galán a subterfugios de los patrones de las embarcaciones. El doctor Arana sugirió enviar ante el Gobernador Urquiza al general Pacheco, para obtener variantes en sus tratos con Madariaga.

Nada respecto a estas deliberaciones en Buenos Aires conocía Urquiza, aún residente en su campamento de Calá, quien siguió manteniendo un cordial trato epistolar con Madariaga durante los meses de septiembre y octubre. Cabe señalar que hasta noviembre fue retenido en Buenos Aires el coronel Galán con las comunicaciones de las autoridades porteñas en respuesta a la suya anoticiando los pactos, ignorando el Gobernador de Entre Ríos, pues, la repercusión negativa suscitada. Por tanto, el periódico oficial de Paraná, *El Federal Entrerriano*, que dirigía José Ruperto Pérez, dio cabida en sus páginas —desde agosto hasta noviembre— a los mensajes de felicitación llegados a Urquiza por la celebración de los pactos de Alcaraz, dirigidos por los Gobernadores de las demás Provincias, los jefes militares y funcionarios de Entre Ríos, y también por los *defensores de las leyes* ("blancos" oribistas) del Estado Oriental. A la par, dicho periódico refutaba briosamente la prédica que desde Montevideo la prensa liberal exponía para distanciar a los generales Urquiza y Rosas, pues a esa ciudad habían llegado trascendidos que le permitían conocer el disgusto del último de los nombrados.

Los que celebraron con alegría la predisposición pacífica del Gobernador de esa Provincia, en consecuencia, no fueron sólo los enemigos de Rosas, comprendiendo que la novedosa conducta daba alientos a la sospecha que se extendía entre los dos bandos, de que el mandatario entrerriano era proclive a iniciar una política de confraternidad que hiciera cesar la guerra a muerte mantenida hasta entonces, y propendiera para ello a la caída ¿por qué no? del mismo Dictador que la impulsaba. También se alegraron los mandatarios y pueblos argentinos, comprendiendo los beneficios para la Confederación que se derivarían del fin de la contienda y del retorno de la concordia.

El origen de las hostilidades en la Confederación y la causa de la división tajante entre los argentinos fue abordada en la ocasión por los más destaca-

dos emigrados. El doctor Florencio Varela, sobre todo, en el periódico *Comercio del Plata* inició una campaña sostenida para influir en Urquiza, mostrando un porvenir promisorio para las Provincias litorales si cesaban las medidas impuestas desde Buenos Aires que obstaban a su engrandecimiento.

Con igual fuerza debe haber llegado al ánimo del gobernante entrerriano una larga carta enviada desde allá el 19 de septiembre, por el alma de la *Asociación de Mayo* en el lejano 1838, Esteban Echeverría, en que éste lo incitaba a revertir la situación nacional, no sin previamente aclararle la posición de la "Joven Argentina" que integrara aquella entidad:

Nosotros no somos unitarios ni federales, porque creemos que unos y otros han comprendido mal el pensamiento de Mayo, o lo han echado en olvido. Estamos persuadidos que el sistema unitario es el peor para el régimen de la República; pero tampoco somos federales en el sentido que Rosas ha dado a esta palabra, para solapar su unitarismo mil veces más exagerado y despótico que el del Partido Unitario. Queremos la verdadera Federación.

Y aludiendo a la organización nacional, a la soberanía de las Provincias en su régimen interior y a la existencia de autoridades centrales para los negocios generales de la Nación, Echeverría abogaba por las garantías sociales, la fraternidad, la libertad, y la igualdad de derechos y deberes entre los ciudadanos. Corolario de todo lo expuesto, y llamamiento a cumplirlo, eran unas halagadoras esperanzas depositadas en el general Urquiza:

Trabajaremos, por último, en la formación de un Partido único y nacional que abrace todos los intereses y todas las opiniones legítimas, y que represente la religión social de la Patria, simbolizada por la bandera de Mayo.

Nos asiste el convencimiento que nadie en la República Argentina está en situación más ventajosa que V.E. para ponerse al frente de ese Partido Nacional, y para promover con suceso la fraternidad de todos los argentinos y la pacificación de nuestra tierra. Esa gloria es envidiable, y si V.E. la conquista, merecerá sin duda el título de primer grande hombre de la República Argentina.

Expresiones halagadoras, sin duda, pero también riesgosas ante la línea política diametralmente opuesta sostenida por el dirigente de la Confederación, general Juan Manuel de Rosas. Únicamente la Provincia de Corrientes —y ésta con insuficiente capacidad bélica— podía apoyar un cambio de la situación. El Gobernador delegado en Paraná, Crespo, escribió en su *Memoria* que consideró una "locura" del titular la provocación al jefe del Partido Federal:

"Aquí fueron mis trabajos, porque el doctor Álvarez [presidente de la Legislatura], enemigo de Rosas, le apoyaba a Urquiza su proyecto de derrocar al general Rosas con sólo las fuerzas de Corrientes y Entre Ríos, cuyo plan yo combatía".

Otro índice de la creciente personalidad de Urquiza en el panorama rioplatense, que se sumó para hacerle ver que su prestigio alcanzaba espacios insospechados, fue su elección nada menos que por parte de su enemigo el Gobierno de la defensa de Montevideo, para que pusiera fin a la lucha entre orientales en la Nación vecina. Si bien el ofrecimiento fue propuesto poco más tarde (la comunicación estuvo datada el 18 de noviembre del mismo año 1846), fue una derivación directa del arreglo en Alcaraz. Escribió al Gobernador de Entre Ríos el Ministro de Relaciones Exteriores de aquella ciudad, Francisco Magariños:

Ha sabido que es debido a la más noble conciliación el término de la guerra fratricida con la Provincia de Corrientes, y ha reconocido por el hecho, la inteligencia y el anhelo de V.E. por la paz general.

En tal virtud, el Gobierno "de la República del Uruguay" [sic]

no trepida en dirigirle sus más ardientes votos a fin de que contribuya al término de los horrores de la guerra, y confía que por esa noble mediación podrá acelerarse esa paz, que después de mucho tiempo es el objeto de sus deseos; y que contribuyendo V.S. para obtenerla, no podrá dejar de estrechar las relaciones de interés y amistad que la Naturaleza ha querido crear entre pueblos vecinos.

El general Urquiza no desoyó el llamado, que a la vez de envanecerlo, impulsaba su propio espíritu; y además, venía a rebatir las imputaciones que se le dirigieran desde la misma Montevideo por presuntas atrocidades cometidas por él después de la batalla de India Muerta. Contestó el 3 de diciembre proponiendo como primera medida un armisticio entre los Ejércitos de Oribe y de la Defensa.

Pero es preciso desandar en el tiempo y retornar a la consideración de lo que ocurría en el mes de septiembre en Buenos Aires y Entre Ríos.

El Ministro de Gobierno de Buenos Aires, doctor Felipe Arana, trabajó intensamente en preparar un proyecto de *tratado* que satisficiera a las dos Provincias mesopotámicas por igual, aunque creyó "inútil y aún perjudicial mencionar cosa alguna respecto de la navegación del Paraná". La reposición en el mando correntino de Cabral y demás funcionarios era dejada de lado, pero la observancia plena al resto de las estipulaciones del Pacto de 1831 contemplaría las exigencias de Rosas. Al mismo tiempo Arana redactó una circular explicativa para los Gobiernos de las Provincias, y el borrador de una carta particular para Urquiza. El 12 de octubre el Dictador escribió a éste y a Madariaga —recién contestando las del 15 de agosto—, repudiando el arreglo concluido en Alcaraz por no ser "completa" la reincorporación de Corrientes a la Confederación. En la carta al general Urquiza le hizo presente Rosas los conflictos en que había sido puesto ante la reacción de sus enemigos y el trato comercial de Entre Ríos con ellos. Recordó los importantes servicios prestados por aquel y lamentó tocar su susceptibilidad al no prestar su aquiescencia a los pactos de Alcaraz, debido a "las ningunas garantías de paz sólida y durable". A cargo del Ministro Arana estuvo el detallar la situación política y las

contradicciones que establecía frente al Pacto Federal el documento secreto, al tiempo que le remitió un proyecto que debía sustituirlo.

El 26 de octubre el doctor Felipe Arana volvió a dirigirse a Urquiza denunciando que en Corrientes se continuaba ostentando la divisa celeste, prohibiéndose el uso del cintillo punzó. Algo más: criticaba que la proclama expedida por el Gobernador Madariaga al pueblo de su Provincia anunciándole que el pacto de Alcaraz omitía *vivir* al Gobierno porteño Encargado de las Relaciones Exteriores.

Nada supo el general Urquiza acerca de las notas precedentes, porque quien debía conducirlas —el coronel Galán— fue retenido una vez más en Buenos Aires.

En el interin, el mandatario entrerriano procuró afianzar su unión con Corrientes, y envió ante el Gobernador Madariaga al presidente de la Legislatura de Entre Ríos, doctor Francisco Dionisio Álvarez, Vicario Apostólico de gran predicamento en el círculo gubernativo de Paraná. Su misión estuvo destinada a suavizar expresiones públicas vertidas, que pudieran alterar la armonía con los federales. El entendimiento con Madariaga se fortaleció, y el doctor Álvarez portó de regreso a Paraná una carta de éste, en que "*le manifestará sus opiniones respecto a nuestra marcha, en que estamos muy conformes*", y como prenda de fraternidad, le devolvía a Urquiza cinco banderas de guerra y una lanza "con letreros", con el fin de "*evitar en lo posible recuerdos de lo pasado, preparándonos así al completo olvido de todo, para establecer la nueva marcha conveniente*". Avanzando en las medidas tomadas, el Gobernador Madariaga procedió a ratificar los pactos de Alcaraz, para tranquilizar a la opinión pública que se mostraba inquieta ante la falta de este paso luego de la difusión de ellos, y el enviado entrerriano Álvarez pidió a su mandante que efectuara lo propio, imponiéndole que Corrientes pondría a su disposición las fuerzas y elementos militares.

El general Urquiza se decidió a proceder de conformidad, y el 8 de noviembre escribió —siempre desde el campamento en Calá— al Gobernador delegado Antonio Crespo que se hallaba en la capital:

Adjunto remito a Ud. la ratificación de los tratados por el Gobierno de Corrientes, para que con arreglo a ella haga Ud. inmediatamente público por medio de un suplemento, con todas las formalidades de estilo, igual ratificación por el Gobierno entrerriano: debiendo ponerle la fecha 15 de octubre en el cuartel general de Calá, y autorizado por mi secretario interino de campaña don Alejandro Azula. También hará pública con la fecha conveniente, la disposición superior expedida por este Gobierno, nombrando de comisionado al ciudadano don Ruperto Pérez para el canje de los referidos tratados ajustados y convenidos ya definitivamente.

Los documentos debían ser impresos en un suplemento extraordinario del periódico *El Federal Entrerriano* y enviados a todas las Provincias de la Confederación, conteniendo un artículo editorial adecuado. Concluía Urquiza:

Por el espíritu de los tratados, con bastante claridad observarán que no soy traidor ni salvaje unitario, como en algunos pueblos han gritado nuestros amigos mismos y aliados.

El momento histórico era delicado, ante el rechazo por parte de Rosas, pues si bien éste no había llegado a Entre Ríos en forma oficial, podía percibirse si se tenían en cuenta las violentas censuras traslucidas desde Buenos Aires, que alcanzaban su tono más alto en Santa Fe, y provocaron nuevas protestas de Urquiza ante el Dictador.

Era tan decidido el ánimo del Gobernador entrerriano, que el mismo 8 de noviembre se dirigió al general Joaquín Madariaga:

Mi estimado compatriota: Sin embargo de no haber llegado aún el coronel Galán, he ordenado que se le dé publicidad a la ratificación de nuestros tratados, y muy en breve remitiré a Ud. los documentos que le instruirán de tal medida.

Y a su comisionado el doctor Francisco Dionisio Álvarez le daba igual aviso, con un desafiante párrafo final:

Rosas no me ha contestado una sola palabra, ni sobre el mencionado importantísimo documento ni tampoco a una porción de comunicaciones que le tengo dirigidas, siendo el contenido de todas ellas completamente sumisas y favorables para él y para su Gobierno; pero salga por donde saliere, ya se va a publicar la ratificación de nuestros tratados que honrosamente se han celebrado y sentado sobre bases bien sólidas, permanentes y filantrópicas.

Veremos por qué rumbo se nos viene el señor Encargado de los Negocios Generales de paz y guerra, y le observaremos respetuosamente con toda madurez y cautela, que según el aire de su marcha política, será también la nuestra. Mi espada, en buena predisposición, conserva y conservará hasta el sepulcro el mismo temple con que empezó a desnudarse para trabajar desde un principio en defensa de la Patria.

Estaba completamente dispuesto Urquiza, en efecto, a asumir las consecuencias de sus acciones. Con motivo de las manifestaciones públicas en su contra que se sucedían en Santa Fe, reiteró a Crespo: *"Deben convencerse mis enemigos y calumniadores que Entre Ríos tiene la voluntad y los medios de hacerse respetar, y mi espada ni se ha roto ni está mocha"*. De su lado, su delegado en el Gobierno le hizo saber que en San Nicolás *"se han puesto carteles prohibiendo bajo severas penas, se hable una palabra contra el Excmo. señor General"*. Al respecto, el doctor Juan José Álvarez escribió a Madariaga informándole que Rosas había dado al general Echagüe *"una fuerte reprimenda"* —ante la reiteración de las quejas de Urquiza—, por lo cual aquel amenazó con 500 azotes al santafecino que repitiese las manifestaciones hostiles contra Urquiza. El Dictador estaba a la espera de la última instancia que haría ante el mandatario entrerriano.

Y ésta se produjo a poco.

Tanto Crespo como Álvarez —ganado por aquel— hicieron ver al general Urquiza que contando únicamente con el Ejército Correntino, desorganizado como consecuencia del fallido golpe de Estado tentado por el general José María Paz y los Diputados opositores al Poder Ejecutivo, no era posible enfrentar a todos los recursos de que podía echar mano el Dictador Rosas, quien podía ser apoyado por el Ejército sitiador de Montevideo. En efecto, el mismo

Madariaga expuso ante la Legislatura de su Provincia: *"Quedamos con el material del Ejército destruido, con las caballadas inutilizadas, con el parque y la comisaría destrozados"*. Consecuentemente, sólo cuatro días después de disponer la ratificación del pacto público de Alcaraz por parte de Entre Ríos, Urquiza dirigió esta carta particular al Gobernador Madariaga (18 de noviembre de 1846) explicando la postergación de esta medida:

Mi estimado amigo y compatriota: En este mismo día se iba a publicar por medio de la prensa la ratificación de nuestros tratados, conforme le anuncié en mi anterior, pero inesperadamente me ha sorprendido ver en tan solemne documento la falta de una circunstancia sustancial, de las que llama el Derecho sine qua non, cual es el que no aparezca, como debía, en el cuerpo de dichos tratados, la autorización que se me había conferido por el Excmo. señor Gobernador don Juan Manuel de Rosas, quien como Encargado de los Negocios Generales de paz y guerra, es el único que en debida forma podía entender o hacer entender por su autorización especial en negocios de tal naturaleza.

¡Ya ve Ud., mi amigo, esta equivocación tan remarcable en un asunto de tanta magnitud, que todos hemos padecido, y particularmente el coronel Galán, a quien yo había facultado bastantemente para entenderse con el señor Valdés, y extender nuestra enunciada convención!

Por consiguiente, creo yo que este imprevisto accidente deber ser la causa fundamental por que el señor general Rosas hasta ahora se hubiese mantenido en un silencio sepulcral con nosotros.

El mandatario entrerriano anunciaba a su colega correntino que a la brevedad despacharía otro comisionado ante Rosas para lograr la aquiescencia de éste, y le pedía a Madariaga en vista de lo expuesto, que postergase por su parte la publicación de la ratificación al pacto. Pero antes de despedirse insertaba una promesa inequívoca para satisfacción de su destinatario: *"A pesar de todo esto, debe Ud. contar siempre con la mayor seguridad de lo que le tengo prometido"*.

Mientras, desde Montevideo el periódico *Comercio del Plata* atizaba las diferencias entre los Gobernadores de Entre Ríos y de Buenos Aires, empeñándose en fortalecer la alianza del primero con Corrientes; por lo que la fidelidad de Urquiza respecto de su militancia era puesta de relieve firmemente por *El Federal Entrerriano* de Paraná.

Hasta que llegó desde la capital rioplatense el coronel José Miguel Galán, el 26 de noviembre, portando las demoradas observaciones del general Rosas y de su Ministro Arana. Fueron un descorazonador repudio al acuerdo concluido en Alcaraz, como quedó expuesto en los documentos redactados en Buenos Aires el 12 de octubre, cuyo contenido se adelantó páginas atrás. La desautorización de Rosas a las negociaciones era terminante, y significó una severa advertencia al general Urquiza de que sus gestiones pacíficas le significaban una peligrosa posición frente al Partido encabezado por el Dictador. No podía conocer el mandatario entrerriano hasta qué punto el ánimo de este último estaba irritado en contra suya, como que ante la nueva postura de Urquiza de mediar también para concluir la guerra civil en el Estado Oriental, Rosas transmitirá al general Ángel Pacheco los siguientes duros apóstrofes:

No es posible leer sin indignación esos documentos en que el general Urquiza descorre enteramente el velo a su insensata travesura. Se ha formado su propio proceso, y desatinadamente desafia a la opinión pública, queriendo someter los destinos de la Nación a sus arbitrarias decisiones personales, manchadas con el deshonor e infamia.

El Gobernador Rosas no ocultó francamente su tajante oposición a la conducta del impulsor de pacto de Alcaraz, *"no siendo la reintegración de Corrientes tan completa como está prescripta en el tratado del 4 de enero de 1831"*. Señaló a Urquiza en carta particular —hubo una comunicación oficial por separado— la "malignidad" de los salvajes unitarios de Montevideo que preconizaron un triunfo, prediciaron su defección, y la profunda mortificación en que se hallaba ante su desvío de la "honorable posición" que le fijara cuando inició sus tratos con el Gobernador Madariaga. Reseñó sus propios pasos dados a favor de los federales y su extrañeza de que Urquiza aceptase que Corrientes se separara de sostener "una guerra extranjera" con criminal indiferencia: *"Solamente en un momento de imprevisión ha podido Ud. prestarse a tales concesiones"*. Tras extensas consideraciones al respecto, finalmente le declaró:

Me veo obligado a ponerme en contradicción con sus actos en uno de los asuntos de mayor gravedad que ha tenido la República. Tengo quizá que tocar su susceptibilidad, y Ud. reconocerá que esto es muy duro para hacerlo entre amigos. Sólo las imperiosas exigencias de mi deber y de los primeros intereses de la Patria, que fuertemente lo reclama, puede hacer vencer una repugnancia tan costosa. Ruégole, pues, piense y reflexione con toda calma las observaciones de este Gobierno, emitidas oficialmente sobre los inconvenientes que traen las estipulaciones de Alcaraz.

Así lo manifestó Rosas igualmente en forma directa al general Madariaga:

Es de mi inexcusable deber disentir de la referida estipulación, e invitar a V.E. para que en unión de dicho señor general don Justo José de Urquiza, reconsidere con la debida y seria atención que aconsejan el bien de la humanidad y el honor de los pueblos de la Confederación, esos mismos fuertes inconvenientes. Ellos son incompatibles con la fraternal unión a que tienden los últimos votos de mi corazón.

Cupo al Ministro de Gobierno de Buenos Aires desarrollar detalladamente los inconvenientes que presentaban a la política porteña los acuerdos referidos:

El doctor Felipe Arana expuso al general Urquiza que no podía promulgarse el pacto público y ocultarse el secreto, que anulaba al primero, lo que

acuerda un precedente para que en lo futuro cualquiera de las Provincias argentinas asuma la misma posición y venga a disolverse y concluirse enteramente el Pacto Federal, la nacionalidad, todos los grandes intereses y la existencia misma de la República.

A su criterio, mantener en secreto al segundo implicaba que *"se sancione de una manera oculta lo que se ha combatido a toda luz y por todos los medios que prescriben el honor y dignidad nacional"*. Las reservas estipuladas al Pacto Federal sancionaban la independencia de Corrientes, sustrayéndola de la guerra "contra la ominosa intervención extranjera" y la constituían en "receptáculo y asilo de los salvajes unitarios". Formalmente, el Pacto Federal de 1831 estipulaba por su art. 4º que no podían ajustarse convenios entre las Provincias sin avenimiento expreso de las demás (aunque no aludía al siguiente art. 5º que prescribía que *"se obligan a no rehusar su consentimiento expreso, siempre que tal tratado no perjudique a otra, o a los intereses generales de toda la República"*). El proceder irregular del Gobernador Urquiza no tenía en cuenta los daños sufridos por los federales correntinos y entrerrianos a manos de las fuerzas del general Madariaga —que Arana censuraba duramente—, ni a las "inicias pretensiones de conquista" de Inglaterra y Francia, como tampoco a la situación del Presidente Oribe en el Estado Oriental. Agravio aparte era que mantuviese Corrientes su tratado con Paraguay.

Finalizaba el largo memorial del Ministro Arana con el envío de un texto "comprensivo de los puntos primordiales a que únicamente puede circunscribirse" para reincorporar a la Provincia de Corrientes a las demás de la Confederación. Luego se indicará su tenor.

El arribo del coronel Galán conduciendo la negativa de Buenos Aires para aprobar los pactos con Corrientes hizo imprescindible adoptar una actitud de manera categórica.

Es imaginable el estado de ánimo del Gobernador entrerriano al verse desautorizado de manera tan completa. Hasta entonces —noviembre y diciembre— su correspondencia con Madariaga continuaba en cordiales términos y recíproca confianza, siendo de observarse que en sus cartas privadas Urquiza sólo colocaba al iniciarlas, el *¡Viva la Confederación Argentina!*, omitiendo estudiadamente el resto de la leyenda obligatoria de *¡Mueran los salvajes unitarios!* Para el proyecto reservado de pronunciarse contra el Dictador, Urquiza no contaba sino con el endeble concurso de Corrientes; y alarmado ante la difícil situación en que quedaba —por lo solitaria ante el cúmulo de amenazas públicas evidenciadas desde las Provincias linderas—, tentó conciliar las posiciones, tanto frente a Madariaga como a Rosas. Envío al coronel Galán a Corrientes, y al periodista José Ruperto Pérez a Buenos Aires, acompañado éste por el teniente coronel José Manuel Querencio.

En cuanto al Gobernador Joaquín Madariaga, no era menos consecuente con el mandatario entrerriano, de quien se fiaba enteramente. He aquí fragmentos de dos cartas suyas (inéditas). Escribió a Urquiza el 3 de diciembre de 1846 aludiendo a las gestiones en torno al acuerdo de Alcaraz:

A la verdad, si yo no tuviera mi conciencia formada de la lealtad de su proceder y elevados sentimientos, estaría ya más que confuso, pero todo lo espero de Ud. y de la justicia que debe hacer el señor Rosas a mi abnegación, por el bien de la República a que pertenecemos.

Y con referencia a la hostilidad desatada contra su colega de Entre Ríos en varias localidades santafecinas y porteñas, el 4 de diciembre:

A la verdad, yo desesperaría de todo bien para nuestra Patria si no viese a mi amigo el general Urquiza, circunspecto, enérgico, consecuente y decidido; siempre el mismo en parar los golpes que le asestan, y con cuya intachable conducta espero embotará los tiros que le dirija la envidia, y al fin, confundidos los miserables, avisados los patriotas y descorrido el velo para todos, quizá podamos decir: tenemos Patria.

El doctor Felipe Arana había impuesto como condición ineludible para obtener el avenimiento del Gobernador Rosas, la aceptación lisa y llana de la Provincia de Corrientes al Pacto Federal de 1831, sin condicionamiento alguno —tal cual la limitaba el acuerdo secreto de Alcaraz—, al igual que la dirección de los asuntos de paz y guerra de Argentina por parte del Encargado de las Relaciones Exteriores, también sin límites (arts. 1 y 2 de su proyecto). Debían atenderse los reclamos que formularan el ex Gobernador Pedro Dionisio Cabral y demás funcionarios y habitantes que la hubiesen abandonado; y los perjudicados por el apoderamiento de buques y cargas sufridos en el puerto de Corrientes en 1844 (arts. 3 y 4).

El 27 de noviembre Urquiza escribió a Madariaga para convencerlo de que aceptara lo propuesto desde Buenos Aires, resaltando que Rosas

hasta en sus mismos reparos hace uso de un lenguaje comedido y amistoso hacia Ud. y hacia mí. Se trasluce un vivo deseo por la paz y reincorporación de esa Provincia a la Confederación; mas por explicarme así, en lo que más se detiene es en que Ud. y yo quedemos bien.

Sobre el fondo de la cuestión, le argumentaba Urquiza:

El artículo sobre los emigrados es nada agravante, desde que Ud. mi amigo, lo ha prevenido, aún sin ratificarse los tratados. El último sobre atender los reclamos justos sobre lo tomado en el convoy, es lo único que a mi juicio pudiera mortificarles, si no lo hubiéramos convenido; mas esto era natural que lo exigiese para no volver atrás en su decreto. Pero esto mismo, atendido el estado de la Provincia, pueden Udes. arreglarlo del modo más conveniente. Usted ve, mi amigo, que la paz es digna de cualquier sacrificio, y que mi crédito, en algún modo necesario a nuestra amistad, también exige algo. Vivamos en paz; estemos unidos; sea amiga Corrientes de Entre Ríos, yo de los Madariaga y ellos de mí, y todo es nada.

Una positiva muestra de confianza por parte de Urquiza fue el envío a Madariaga de la División Correntina que formara parte del Ejército Entrerriano, comandada por el coronel Benjamín Virasoro. Nueva queja de Buenos Aires: al llegar a Corrientes se les ordenó quitarse el distintivo federal y el cintillo punzó que lucían. Si bien el Gobernador lo hacía en el deseo de que no se ostentaran símbolos partidistas que obstaran a la concordia —también se eliminó el uso de divisas celestes—, el enojo del Dictador volvió a manifestarse contra Urquiza, “hombre miserable” como lo calificó en nota a su Ministro Arana, el cual convenía “que ha hecho a la República males sin cuento, que por mucho tiempo tendremos que lamentar y que sufrir”.

Un medio indirecto que ensayó el general Urquiza para que el Gobernador Rosas se tranquilizara en su recelo, fue el de cursar cartas de tenor confi-

dencial al coronel Vicente González, en la certeza de que éste las comunicaría a Rosas, como sucedió. Y mayor mérito acerca de la sinceridad de Urquiza, lo daría el hecho de que se dirigiera a González, el *Carancho del Monte*, por cuanto éste era pariente cercano de su madre doña Cándida García y González. En esas cartas el Gobernador de Entre Ríos aseguró su lealtad al credo federal, y levantó los cargos de traición que se le endilgaban desde Santa Fe, Buenos Aires y San Nicolás, poniendo de resalto sus méritos militares en servicio de la Confederación. A su imitación, sugirió que quienes lo atacaban debían ir a prestar servicios en la campaña oriental contra Rivera —nuevamente en armas—, para demostrar la firmeza de sus convicciones. Eran los días en que el Dictador redactó una larga y tremenda carta contra Urquiza al general Pacheco (17 de diciembre) con motivo de la mediación entre Montevideo y Oribe que aquél aceptara, referida páginas atrás. En ella Rosas acusaba a Urquiza de enviar una “insolentísima” misiva al aludido coronel González:

Te demostraré hasta dónde lleva el general Urquiza el frenético delirio que lo avasalla y lo degrada, y lo pierde irreparablemente, a pesar de los grandes y singulares esfuerzos que he hecho para salvarlo.

No dejaba de aludir el general Juan Manuel de Rosas a las “pérfidas inteligencias con los salvajes unitarios” que marcaban al mandatario entrerriano, e igualmente censuró la interposición de González. La carta a este último será incluida por la importancia del contenido de sus expresiones, al tratar en uno de los capítulos finales las relaciones entre Urquiza y Rosas. Fueron cinco pliegos redactados con una violencia desmedida.

Claro que esos conceptos eran vertidos en privado, muy distantes del lenguaje empleado en la correspondencia con el propio general Urquiza, y la utilizada en los documentos oficiales cambiados con él en los mismos días. Confiaba el Gobernador Rosas en disipar los arrestos del gobernante del Litoral, finalmente, inclinándolo a favor de su postura.

Urquiza vivía, en efecto, momentos delicados. Sólo podía contar de seguro con su Ejército Entrerriano, pues no le merecían una absoluta confianza los efectivos que pudiera aportar Corrientes, ni mucho menos los de su eventual aliado Paraguay, y ninguna de las fuerzas sitiadas en Montevideo. Sobre todo, un escollo insalvable hacía detener sus ímpetus: la prolongación del bloqueo por parte de los Reinos europeos. No mucho después —poco antes de producirse su ruptura definitiva con Rosas—, se sinceró con un oriental de su conocimiento: —*Yo me habría pronunciado ya en defensa de Montevideo si no hubiera allí tantas legiones de extranjeros.*

Estas razones impulsaron al general Urquiza a mostrarse conciliador, enviando a Madariaga la carta del 27 de noviembre antes citada. Por otra parte, en Buenos Aires su representante José Ruperto Pérez encaraba con habilidad defender la postura pacífica asumida, desmintiendo los reproches de defección.

Mas el Gobernador de Corrientes no convino en modificar el tenor de los artículos ya concertados en agosto, a cambio de los remitidos por el Ministro Arana, si bien no hizo cuestión de conservar el pacto secreto. Sostuvo que la devolución de propiedades ya se había producido, y que los reclamos de los federales perjudicados serían considerados. Urquiza insistió mediante el envío de

su secretario correntino el mayor Alejandro Azula, portador de un mensaje comprometedor (según difundió años más tarde el general Juan Madariaga):

Que firmase de una vez el convenio propuesto por Rosas, sin temor alguno de ulterioridad, pero que afilase bien su cuchillo para hacerle sentir el efecto de la alianza de las dos Provincias...

No se detenía Urquiza en reparos personales debido a la desautorización de Rosas, escribiendo a Madariaga el 9 de enero:

En obsequio del país y por su tranquilidad, he sacrificado mi sosiego; hoy le hago la mayor oblación, cual es la de mi susceptibilidad.

La paz era su obsesión inmediata; luego llegaría el turno de atender al problema de fondo: la organización constitucional del país. Para inclinar el ánimo del Gobernador Madariaga envió ante él, como se adelantó, al coronel José Miguel Galán, el cual se entrevistó a mediados del mes de enero de 1847 con quien había suscripto los pactos en Alcaraz, el Ministro Gregorio Valdés.

Parecía que se estaba tan sólo frente a una cuestión literaria, de redacción de las frases que contemplaban las reparaciones; pero el problema de fondo era que Rosas exigía un sometimiento completo por parte de Corrientes. Tan es así, que los cambios de pareceres entre Galán y Valdés —puntualmente protocolizados por escrito— concluyeron cuando el 2 de marzo el enviado entrerriano intimó al Ministro correntino:

Que no se halla dispuesto a firmar ningún arreglo que no exprese categóricamente y sin hesitación, el decidido pronunciamiento del Excmo. Gobierno de la Provincia de Corrientes a favor de la causa nacional, y su decisión a robustecer los heroicos esfuerzos que el Excmo. Gobierno Encargado de las Relaciones Exteriores se halla hoy haciendo, en defensa de la dignidad y soberanía de la Confederación Argentina.

Era la contradicción más absoluta a las reservas correntinas al prestar acatamiento a la dirección de la Confederación Argentina por parte de Rosas, puesto que debía comprometerse a sostener la lucha contra sus antiguos aliados. A pesar de que el último cambio de notas podía hacer adivinar el curso de la negociación, el Gobernador Madariaga no se avino a darla por concluida, dirigiéndose tanto a Galán como a Urquiza, dolido y sorprendido del resultado final de un asunto

que afecta los intereses de millares de hombres, la tranquilidad de dos pueblos fatigados de una lucha sangrienta y dilatada, que divisaban ya el único alivio a sus sufrimientos.

Por el contrario, el 10 de abril el Ministro Arana ordenó a Urquiza desde Buenos Aires reiniciar las hostilidades contra Corrientes.

Pero el general Urquiza no se decidió todavía a cumplirla: tentando un nuevo esfuerzo conciliatorio, escribió a Rosas a favor del Gobernador Madariaga, haciendo valer que éste debía seguir una actitud temporizadora fren-

te al pueblo correntino, que durante tanto tiempo había combatido contra el sistema al cual ahora se quería integrarlo: "*Preciso era concederle adoptase una política que aunque extraña a nuestra vista, tendía únicamente a conciliar y afianzar la gran obra de la paz*". En este sentido, meses después (octubre) cursó instrucciones al Gobernador delegado Crespo para beneficiar a un antiguo enemigo, el teniente coronel santafecino Juan Manuel Aldao porque —le escribió en frase de gráfico criollismo— "*siendo argentino y desgraciado no pregunto de qué pelo es*".

Quizá para mostrar que no todos los dirigentes federales abrigaban sentimientos de unidad para con sus mismos partidarios, y al mismo tiempo revelar que su energía no desmayaba, el general Urquiza dirigió al Dictador la "comunicación de larga historia" que le anunciara a fines del año anterior. Fechada el 26 de mayo de 1847, fue una dura requisición contra el general Pascual de Echagüe, el Gobernador santafecino que lo hostilizaba con todos los medios a su alcance. Urquiza se remontó al año 1832 y pasó revista a las campañas militares en que intervino, para responder a las acusaciones de Echagüe de que era un "salvaje unitario". De paso, rechazaba los cargos que se le lanzaban contemporáneamente. Llegó el mandatario entrerriano a imputarle complicidad en el asesinato de su hermano Cipriano, Gobernador delegado de Entre Ríos que fuera muerto en enero de 1844, acompañando a Rosas una información conteniendo documentos y testimonios reveladores de igual intento en contra de él mismo. Finalizaba con alusión al pedido formulado por Rosas para que volviese a anudar buenas relaciones con Echagüe:

Exija Ud. de mí cualquier otro sacrificio que esté superior a mis fuerzas, y acaso contrario a nuestros intereses comunes. Si he de merecer a Ud. alguna contestación, que sea la de no tocarme más asunto tan ingrato.

En el interin, proseguía la correspondencia entre Urquiza y Madariaga, y el cambio de pareceres entre Galán y Valdés, para arribar a un nuevo arreglo entre las Provincias litorales. El margen de maniobra del Gobernador de Entre Ríos era cada vez más estrecho, por lo cual, a fin de asegurar su permanencia en el mando provincial, el 16 de junio hizo saber a Madariaga:

Como argentino estoy dispuesto a sacrificarlo todo por el sostén de los derechos de la Confederación y de su causa nacional, y como General en Jefe del Ejército de Operaciones a cumplir fielmente con mi deber, muy particularmente mientras nuestra Patria se halle amenazada por dificultades extranjerías.

El requerido optó por escribir directamente a Rosas, haciéndolo desde Corrientes el 22 de junio:

La conciencia de este Gobierno, tranquila sobre la buena fe que acostumbra usar en sus actos, le indica dirigirse a V.E. en esta ocasión para presentarle su marcha en este negocio del interés general de la Confederación, y someter a su conocimiento (como en copia lo hace) todas las comunicaciones que obran en este asunto, sin que le sea posible explicar el curso que haya tomado posteriormente. El infrascripto espera que V.E. con-

siderará con interés un asunto que envuelve el bienestar presente y la suerte futura de pueblos que, cansados de la guerra, se alejan de los grandes destinos a que la Naturaleza los provoca con los recursos que ha encerrado en su seno, y gastan en una lucha fratricida las fuerzas que debieran emplearse en su engrandecimiento.

Tales copias remitidas por Madariaga no dejaban de debilitar la identificación del Gobernador de Entre Ríos con el Dictador porteño.

Sin embargo, su demora en romper decididamente los contactos con Corrientes y emprender hostilidades contra Madariaga, sumía en desconcierto al elenco gobernante de Buenos Aires. Atizando el enojo de Rosas, su consecuente Ministro el doctor Felipe Arana comentaba a éste (11 de agosto) que la conducta del mandatario entrerriano era la de *"una rara estupidez o una traidora connivencia con los enemigos"*.

Hasta que el general Urquiza debió definirse sin otra alternativa, y ordenando la retirada de su representante el coronel José Miguel Galán de Corrientes, el 13 de septiembre de 1847 intimó al general Madariaga a aceptar sin modificación alguna las bases de integración dictadas por el Gobierno Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación.

El general Joaquín Madariaga, desafiante, contestó bajo el lema *iPatria, Libertad, Constitución!*, por medio del primer oficial del Ministerio de Gobierno correntino, Francisco Roxas, rechazando ante el doctor Arana la imposición que se le comunicaba. Y el gobernante correntino, en su carácter de Comandante en Jefe del Ejército provincial, le recordó a Urquiza desde el cuartel general en el *Oratorio de Rolón*, en altivos términos, los pasos dados:

Cree haber hecho patente la subsistencia firme de las ideas que le expresó en Alcaraz, y que tuvieron la más completa acogida por parte de V.E. Si luego se obró un cambio en la manera de pensar de V.E., no es la responsabilidad ya del infrascripto, y debe culpar los motivos que le obligan a sacrificar los más nobles pensamientos ante el interés del Gobierno de Buenos Aires. Si al espíritu de V.E. no le es dado resistir las terminantes órdenes de aquel Gobierno, obedezca en buena hora V.E., pero no dirija ultrajes inmerecidos contra una Administración que no ha cesado de dar pruebas de su amor a la paz, que abrazó la primera invitación con ahínco, que volvió a su patria toda la emigración correntina, y echando un velo sobre las pasadas diferencias, extendió sobre ella toda la protección de las leyes y prestó los auxilios posibles para el restablecimiento de sus propiedades; sobre una Administración, en fin, que acaba de firmar un compromiso honroso y conveniente, que desapareció súbitamente bajo un soplo del general Rosas.

La oportunidad de restablecer la concordia, y unir a todas las Provincias de la Confederación sin lucha, se había perdido.

El testimonio del general Juan Madariaga, vertido en el año 1849, es importante:

"Por más que se diga que Urquiza nos traicionó, no pasará de una charla vulgar y común en la licencia de juzgar las cosas que ignoran. Ni

los intereses personales de Urquiza, ni los intereses generales de Entre Ríos, hacían posible semejante aberración. Nuestro pacto de Alcaraz, obra espontánea de Urquiza, y los acuerdos secretos que había pactado con nosotros, colocábanlo en la mayor altura a que puede aspirar un hombre. Él debía ser jefe de la libertad de los correntinos, sometiéndonos gustosos a esa jefatura. Entre otras muchas cosas que le propuso mi hermano, fue una y principal la de desligarse de Rosas, formar en Corrientes y Entre Ríos un Estado independiente cuya jefatura sería suya, y cuya proclamación haría-se bajo las bases de que así se observaría y dependería mientras Rosas o el Gobierno de Buenos Aires no admitiese la convocación de un Congreso General de las Provincias para constituirse. Este pensamiento era bello y concluyente para terminar con el poderío de Rosas. Por desgracia no comprendió su alcance o no se consideró capaz Urquiza de sostener tan saludable medio, como lo era el de dar a los pueblos una vida que hoy no tienen. Perdida la esperanza de que este caudillo se sostuviera en su obra de Alcaraz, no nos quedaba otro medio que el de volver a las armas".

9

Rotas sus relaciones amistosas con el Gobernador Madariaga, al general Urquiza le era indispensable demostrar su adhesión a Rosas mediante una conducta indudable, desvaneciendo las sospechas abrigadas en su contra por el elenco dirigente porteño y sus seguidores incondicionales. Fue, pues, otra vez a la guerra. En proclama a los correntinos discriminaba que la lucha no era contra ellos sino contra su gobernante, compelido por éste; y al alistar una escuadrilla en el río Paraná a órdenes del comandante Nicolás Jorge, le mandó prevenir *"que no debe causar ninguna depredación sobre las costas de aquella Provincia ni hostilizar sino en caso necesario"*.

Urquiza movilizó a su Ejército con la prontitud que le era característica. Satisfecho, el 16 de febrero de 1847 anunció al Gobernador delegado desde su campamento en Calá:

El 18 de éste marchó a Corrientes con un Ejército de más de 7.000 hombres, y habría salido el 17 a no ser el temporal que tanto me perjudica. Ya ve Ud. que en seis días de dada la orden, he reunido todas las fuerza de la Provincia, y todos vienen gustosos y entusiastas.

Lo acompañaban probados veteranos de campañas anteriores: en la caballería los coroneles Apolinario Almada, Miguel G. Galarza, Crispín Velásquez y Manuel Antonio Palavecino, junto con los tenientes coroneles Juan Luis González, Juan Hermelo, Doroteo Salazar, Domingo Hereñú, Valentín Gutiérrez, Clemente Paredes, Apolinario Roldán, Pedro Borrajo, Juan Castro, Pedro Torres. Mandaban la infantería los tenientes coroneles José María Francia y Manuel Basavilbaso, y la artillería el teniente coronel Marcelino Martínez. Segundo jefe del Ejército Federal lo era el general Eugenio Garzón, y la sanidad estaba a cargo del doctor Ángel Ma. Donado.

No faltaron otros militares orientales a órdenes de Urquiza, aunque no ya antiguos subordinados como Garzón: los tenientes coroneles Manuel Artigas

y el ex camarada del general Fructuoso Rivera, Fausto Aguilar (recordado en el poema gauchesco homónimo que tiempo después compuso Estanislao del Campo).

Pero resulta menester destacar otra vez la concurrencia de jefes correntinos, que formaban con las fuerzas entrerrianas: los coroneles Benjamín y José Virasoro, Antonio Borda; los tenientes coroneles Isidoro y Raymundo Fernández Reguera, Antonio Ezequiel Silva, José C. Gallardo, Antonio E. Berón, Salvador Reyes Bejarano, Mauricio López; mayores Alejandro Azula, Isidro Aquino, José Vallejos, Celestino Ojeda, Luis Molinas, Victoriano Olguín, José Luis Garrido.

Un hecho auspicioso para los federales lo constituyó la previa defección del comandante de la frontera correntina, nada menos que el teniente coronel Nicanor Cáceres, audaz y eficaz colaborador de Madariaga hasta entonces, al frente de su División: su *pasada* fue protegida por fuerzas de Entre Ríos. Esta circunstancia presagiaba la desmoralización del Ejército Correntino.

La invasión fue descrita por el propio general Urquiza en su parte de la campaña:

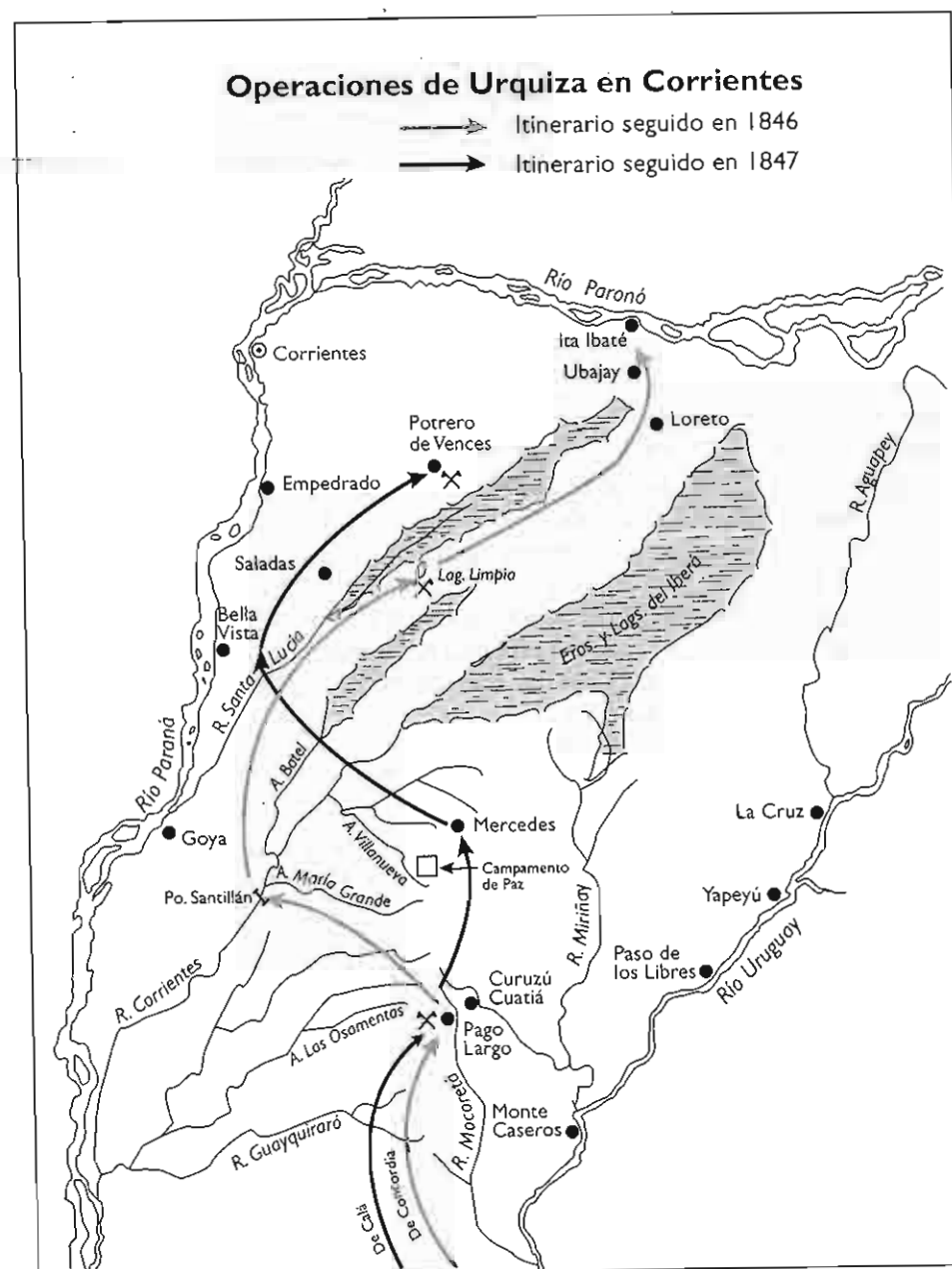
El Ejército de mi mando ha luchado y vencido a la naturaleza de un país que presenta aterrantes obstáculos para soldados menos valientes que los que tengo la fortuna de mandar, habiendo andado de bueno y mal camino más de 150 leguas.

En su tránsito y en seguimiento del Ejército de los salvajes unitarios se ejecutaron tres delicadas operaciones, que para realizarlas se necesitó la concurrencia de acertadas enérgicas disposiciones, y el valor a toda prueba de nuestros soldados: tales son el pasaje a nado del caudaloso río Corrientes con sus extensos malezales, el Batel, y el correntoso Santa Lucía. De ellos, el segundo solamente se encontró vadeable, y estas inaccesibles barreras, particularmente la primera y la última, los salvajes unitarios, que habían empezado a retirarse desde las posiciones que ocupaban en la margen del antedicho Corrientes, las interponían entre el Ejército de Operaciones y ellos, como bastantes inconvenientes para detener nuestra triunfante marcha.

Pero fuera el terror que infundiéramos al enemigo, o su plan de campaña conducirnos al interior de la Provincia, para decidir la suerte que debía caberle en una batalla decisiva en el centro de sus recursos, fueron consideraciones que aunque las conocía, no les presté atención, pues desde la apertura de la campaña estaba resuelto a no dejar la ofensiva.

Ni la demora de la escuadrilla fluvial, ni las torrenciales lluvias caídas, bastaron para demorar el avance entrerriano.

El Gobernador de Corrientes, como se escribió, no ofrecía resistencia. Imitando la estrategia del general Paz el año anterior, Madariaga decidió retirarse hacia posiciones elegidas de antemano, atrayendo a los invasores a un terreno favorable a la defensa en el *potrero de Vences*. No sólo lo impulsaba a ello la falta de concurrencia del auxilio de Paraguay, sino el espíritu de sus comprovincianos, sumamente deprimido desde los acontecimientos que habían desembocado en el enfrentamiento con Paz; y la hábil propaganda de Urquiza a favor del cese de las hostilidades "produjo en muchos pernicioso efec-



to", en palabras del general Juan Madariaga: "que lo único que obstaba para una paz efectiva era mi hermano y las personas de su círculo". Por otro lado, la versión de que el Gobernador de Corrientes a raíz de sus negociaciones en Alcaraz estaba dispuesto a traicionar a sus colaboradores con tal de mantenerse en el poder, cobró difusión, lo que este mandatario trató de refutar imprimiendo un folleto —que no alcanzó a distribuirse a tiempo y hoy es sumamente raro— titulado *Manifiesto del Gobierno de Corrientes que explica las causas de la situación actual de la Provincia*.

La desertión del teniente coronel Nicanor Cáceres, y su incorporación a los federales que antes combatiera, era un indicio elocuente, y no dejó de producir gran impresión en la Provincia. Mas no fue la única: tampoco habían concurrido a la convocatoria de Madariaga otros participantes y adherentes a su reconquista de Corrientes en 1843, como su tío el coronel Juan Francisco Soto, los mayores José Verón y Mercedes Careaga, los coroneles Diego Brest, Bernabé Antonio Esquivel y José de la C. Masdeu, los tenientes coroneles Félix Alvarenga e Inocencio Corrales, sumados al enemigo o reticentes en prestar la colaboración requerida por el mandatario provincial. El 26 de noviembre desertó el mayor José del Pilar Escobar —cuyo nombre es preciso retener—, uniéndose a los federales. La frontera quedó desguarnecida en las riberas del Paraná y del Uruguay, y en el sur; y los contingentes que comandaban los nombrados, y sus caballadas y ganados, reforzaron al Ejército Entrerriano. Tal es en parte la explicación de no haberse ofrecido resistencia tras los caudalosos ríos mencionados por el general Urquiza: eran numerosos y de calidad los militares correntinos unidos a los adversarios, antes y durante su invasión. La otra razón era la capacidad del jefe adversario y de las tropas que conducía.

Algunos requeridos por los enemigos no faltaron a su deber, como el teniente coronel Solano González, segundo jefe de las baterías correntinas, a quien Nicanor Cáceres le ofreció caballos para facilitar su fuga, los que rechazó; y tampoco su jefe inmediato el coronel Carlos Paz, comandante superior de la artillería, quien tampoco abandonó a Madariaga. Aunque en este último caso, Paz había escrito con anterioridad al coronel Benjamín Virasoro, todavía en Entre Ríos, a fin de obtener la conformidad del Gobernador Urquiza para radicarse en esa Provincia, abandonando la lucha. Virasoro informó al mandatario delegado en Paraná, Antonio Crespo:

Le envió también otra que me ha dirigido el coronel don Carlos Paz para que, instruido de ella, vea los inconvenientes que tiene para efectuar ya su venida. A pesar de esto, a mi hermano Miguel le ha asegurado que en ningún caso tomará armas contra la República.

Uno de los acreditados jefes que dejó Corrientes antes de librarse la acción decisiva fue el bravo Crisóstomo Álvarez, el predilecto de La Madrid, quien había llegado desde las costas del Pacífico primero a Montevideo y después a Corrientes. Desalentado, volvió a embarcarse rumbo a la capital del Estado Oriental, pero interceptado frente a San Nicolás, resultó capturado por los federales.

El general Juan Madariaga insistió ante su hermano el Gobernador en que no convenía librar batalla, prefiriendo organizar una guerra de recursos, pero

éste rechazó la propuesta para no arruinar y ensangrentar en prolongadas operaciones a la Provincia. Naturalmente, al general Joaquín Madariaga no se le ocultaba el riesgo de enfrentarse a Urquiza, y según consta en las *Memorias* de aquel, "hicimos anticipadamente con mi hermano el plan de dirigirnos a dicha República [de Paraguay] en caso de un contraste, y en tal sentido prevenimos oportunamente a todos los jefes del Ejército. Fue con estas vistas que elegimos el campo de batalla". Dicho potrero de Vences "distaba únicamente 16 leguas más o menos de la frontera con aquel país".

No obstante, el Ejército de Corrientes contaba con excelentes oficiales y buena tropa, unos y otra combatientes de largos servicios. Entre los primeros revistaban prestigiosos jefes locales, como los coroneles Félix María Gómez, Dionisio Ferreira, Bernardino López, Simeón Paiva, los tenientes coroneles Juan Gregorio Acuña, Cecilio Carreras, Bernardo Berón, Juan N. Serrano, Solano González, Victoriano Alemí, José Toledo, Castor de León, Juan Bautista Vargas. Entre los mayores: Pedro Vicente Amarilla, Julián Azcona, Santiago Acevedo, Manuel y José Vallejos, Cesáreo Montenegro. Varios otros seguidores del Gobernador Madariaga fueron destinados a custodiar regiones alejadas: el coronel Plácido López la capital, el coronel Andrés Ricarde la costa del Paraná, y el coronel Zenón Pérez la del Uruguay.

Otros distinguidos jefes eran oriundos de distintos puntos del país: los coroneles Manuel Saavedra, Carlos Paz, José Joaquín Baltar, Eustaquio Frías, Faustino Velazco; los tenientes coroneles Juan Francisco Olmos y Pedro Mansilla; los mayores Eusebio Palma, Pedro J. Martínez, José Manuel Villarroel. A los nombrados deben agregarse quienes ante la proximidad de la lucha —*imarchons au cannon!*— acudieron a la cita: el general Juan Pablo López, ex Gobernador de Santa Fe, y el coronel Manuel Hornos, entre los de mayor categoría, provenientes de Brasil.

La vanguardia del Ejército Federal Entrerriano alcanzó el 25 de noviembre un estrecho desfiladero llamado *Pasito*, donde la aguardaba una División de los "salvajes unitarios". Urquiza ordenó atacarla con el primer escuadrón de la División de servicio, y forzó el paso con la pérdida enemiga de 6 muertos y 4 prisioneros. Por estos últimos supo que el general Madariaga se había fortificado en el cercano campo de Vences, por lo cual mandó detener a su Ejército para prepararse a combatir. El 26 a las dos de la tarde los federales volvieron a ponerse en movimiento para atacar al enemigo.

En días anteriores Urquiza había despachado a la División Correntina de su Ejército, al mando del coronel Benjamín Virasoro, a que recorriese la costa del río Uruguay a fin de evitar eventuales refuerzos, o impedir la fuga del campo de batalla. Esta columna no participó en la lucha.

El Gobernador de Corrientes estaba parapetado en el sitio previsto, que el coronel Faustino Velazco dispusiera convenientemente. Nadie más adecuado que el general Justo J. de Urquiza para describir dicho terreno:

El Ejército salvaje unitario se había fortificado en la misma embocadura del Potrero de Vences, sobre una colina elevada que tiene la extensión de 850 varas, toda ella foseada en donde lo necesitaba, y terraplenada su parte exterior, dejando sólo dos espacios sin cerrar, de corta distancia, en los lugares más prominentes, donde estaban establecidas sus

fuertes baterías. Sus dos flancos, perfectamente rodeados de esteros; en el frente otro de éstos que inutilizaba completamente el ceñido terreno en que podían únicamente maniobrar mis tropas. Además circuía toda la retaguardia del campo enemigo un grande y hondo malezal, por manera que la naturaleza lo hacía más formidable después de los trabajos que había empleado el arte, tras los cuales se hallaban colocadas 12 piezas de artillería bien servidas, 900 infantes y más de 3.500 hombres de caballería, mandados por los salvajes unitarios traidores Madariaga y el pelafustán Juan Pablo López.

Los federales avanzaron para efectuar un reconocimiento general, y se empeñó una lucha que describe el secretario del gobernante correntino, Federico de la Barra:

"Los tiradores de la caballería se reforzaron con grupos de infantes, y el fuego, más sostenido, más frecuente, más unísono, daba cuenta del ardor que inflamaba a los combatientes. Los tiroteos alternativamente se oían en distintas direcciones más o menos lejanas. Hubo un momento en que de parte a parte se habían reforzado las avanzadas, y el fuego se hizo tan cerrado, tan tenaz, que parecía el empeño preliminar de un ataque resuelto".

Pero no era ese el objetivo de Urquiza, quien desalojando a sus enemigos de las posiciones adelantadas, pudo apreciar la naturaleza del suelo, las obras defensivas adoptadas, y la colocación de las tropas allí estacionadas. *"La tarde estaba nebulosa y ardiente —describe Urquiza—; al ponerse el sol empezó a llover copiosamente hasta las 11 de la noche"*. No obstante las ventajas para la resistencia dispuestas por Madariaga, el comandante entrerriano se decidió a atacarlo al siguiente medio día, después de que sus tropas secaran el armamento y monturas.

El general Urquiza carecía de opción: su situación política le vedaba retroceder, como el año anterior lo hiciera frente a similares medidas ideadas en Ibhay por el general José María Paz, puesto que en tal caso las sospechas de Rosas y su círculo acerca de un entendimiento suyo con Madariaga crecerían con mayor convicción.

El general Joaquín Madariaga desplegó convenientemente sus fuerzas.

En la planicie también llamada *rincón* de Vences, por estar rodeada de agua, colocó al mando de su costado derecho a su hermano Juan con un cuerpo de caballería; el izquierdo estaba mandado por el general Juan Pablo López. El acceso del centro estaba defendido por tres batallones de infantería a cuyo frente estaban los tenientes coroneles Eusebio Palma (puntano), José Toledo y Pedro J. Martínez (entrerriano). Allí también las piezas de artillería comandadas por el coronel Carlos Paz, quien sin haber seguido su primitivo impulso de marcharse a Entre Ríos, "estaba seguro de su fuerza, de su moral y de su destreza", según refiere Barra que lo visitó la noche previa. El general Joaquín Madariaga atendía al todo, seguido por su escuadrón escolta *Nanduy* que mandaba el coronel Victoriano Alemí.

"Es de advertir que el material de guerra de Corrientes no era escaso —puntualiza Federico de la Barra, secretario del Gobernador—; que sus talleres y maestranzas no habían cesado de funcionar". "Algunos amigos del Go-

bernador, voluntaria y gratuitamente, se encargaron de aumentar el parque, no mal provisto, y condujeron armas por vía del Brasil". Sobre los recursos humanos destaca Barra que la convocatoria a los Departamentos provinciales había dado buen resultado: "Esos cuerpos estaban bien organizados y bien provistos, mandados por sus jefes favoritos, todos ellos reputados buenos hombres de guerra, y algunos de ellos hombres de acción y de consejo".

La desorganización y carencias previas del Ejército de Corrientes habían podido ser corregidas. Si por un lado la caballería correntina (3.500 efectivos) era inferior en número a la federal, sus 900 infantes con 12 piezas bien servidas superaban en estas armas a los entrerrianos. El factor decisivo lo constituía el terreno.

Resulta preciso destacar que el acceso al potrero de Vences, circundado por completo de lagunas que alcanzaban el pecho de los caballos, consistía en "sólo dos espacios sin cerrar, de corta distancia, en los lugares más prominentes, donde estaban establecidas sus fuertes baterías de artillería", como lo describió el general Urquiza, quien resaltó el hecho de que en la extremidad izquierda del bañado los correntinos "habían colocado un número considerable de estacas, cuevas de lobo, y palmas tendidas, que formaban un vallado".

El ardor y la constancia en el ataque debían ser el elemento esencial para superar los obstáculos presentados por la naturaleza y los hombres, una vez que la maniobra ofensiva hubiese sido planeada. La resistencia se presentaba formidable, ya que la superior caballería entrerriana no podía maniobrar en el suelo cubierto por aguas profundas.

Para vencerla, el general Urquiza encomendó su izquierda al general Eugenio Garzón, y él se puso al frente del ala derecha. Al centro, los infantes y los cañones. Sus disposiciones fueron las siguientes:

Yo con la vanguardia debía doblar la posición de los salvajes unitarios por su izquierda; al valiente general Garzón, con el Ejército compuesto de las tres armas, cometí que atacase de frente, y flanquease la derecha de aquellos que se consideraban invencibles, o cuando menos contaban con seguridad rechazarnos. El señor general Garzón, hecho cargo de mi propósito, me presentó los detalles con que debía ejecutarlo, que merecieron mi aprobación; y a las diez y tres cuartos me puse en marcha para anticiparme a penetrar al bañado.

Urquiza debió vadear la laguna con pastizales, que tenía más de una legua, con el agua que llegaba "a la espalda del caballo". Cuando Garzón se apercebía de que el General en Jefe había superado el obstáculo y amenazaba el flanco izquierdo de Madariaga, ordenó romper el fuego a los 5 cañones que dirigía el teniente coronel Marcelino Martínez. Al mismo tiempo los dos batallones de infantería (*Urquiza* y *Entre Riano*, de 200 plazas cada uno), guiados por sus jefes Francia y Basavilbaso avanzaron acompañados por otras 2 piezas volantes, hacia el único paso que conducía al centro fortificado de los liberales. Las descargas de éstos barrían la entrada, pero el ataque no se detuvo, apoyado por el escuadrón conducido por el comandante Doroteo Salazar.

La lucha se trabó con fiereza, disparándose los contendientes un vivo fuego de artillería y fusilería. En tales circunstancias cayó derribado el teniente

coronel José María Francia, gravemente herido por un golpe de metralla que le destrozó la mandíbula. Igualmente fueron alcanzados por los tiros y muerto el capitán de la 1ª Compañía, y herido el abanderado, Juan Comas, lo que movió al mayor Carmelo Campos, quien iba preso y entró al combate como simple soldado en el batallón *Entre Riano*, a tomar la enseña. El segundo jefe de Batallón, mayor Haedo, que era negro, estimuló a sus compañeros de igual condición: —*¡Soldados: La desgracia de nuestro querido jefe nos ofrece la oportunidad de probar que la vergüenza no está en el color del rostro!*

El fuego de los infantes y artilleros del Ejército Correntino era mortífero, y detuvo el avance entrerriano. En la División de caballería que comandaba el coronel Baltar se tocaron dianas en señal de triunfo, pues no se creía que ante el nutrido tiroteo, la boca del potrero pudiera ser forzada. Relata en su calidad de testigo Federico de la Barra:

“Los correntinos mantenían las ventajas de su posición con gran firmeza; sus enemigos tenían que retroceder a veces. La artillería de Paz hacía estragos; pero la infantería entrerriana no declinaba de su coraje y volvía a renovar su ataque”.

En tales instantes decisivos, el general Garzón cargó a su vez por la derecha del potrero, sin que lo arredrara el fuego de 100 infantes enemigos que estaban apostados en su orilla, tras las defensas allí construidas. Al trote avanzó vadeando el estero la caballería entrerriana, que llevaba a la cabeza de la columna al mayor Mauricio López con el escuadrón *Alcaraz*. En cumplimiento de una estrategia de Urquiza, esa mañana sus soldados habían sido armados de fusil y bayoneta, lo que también se efectuó en el otro costado del Ejército Federal con la División *Victoria*. El parte del general Urquiza explica la maniobra al relatar lo sucedido en la izquierda de sus tropas:

Los salvajes unitarios vienen con un batallón y caballería escalonada a la lengua de agua, a parar este golpe y cruzar sus armas: en este arduo empeño el expresado comandante López echa pié al agua, como se le había prevenido, con sus valientes Dragones improvisados, y rompe sus fuegos. El señor general Garzón a su vez hace que la caballería se precipite: manda tocar a la carga con su corneta de órdenes, y los intrépidos coronel don Apolinario Almada, comandantes don Juan Castro y don Mariano Salazar con sus intrépidos cuerpos embisten a la vez sobre los salvajes unitarios, que ejecutaban el más vivo fuego de fusil y tercerola; pero que instantáneamente dieron la espalda viendo que los valerosos federales pisan sus trincheras.

La División de reserva a órdenes del coronel Manuel Antonio Palavecino acompañó la carga.

Comenzó la dispersión en el Ejército Correntino. El comandante del ala atacada, general Juan Madariaga, refiere:

“La fuga de mi cuerpo fuerte de caballería, que formaba nuestra derecha, en combinación sin duda con el adversario, nos trajo el desorden, y se decidió por éste el triunfo”.

Fue inútil que el general Joaquín Madariaga tratara de reforzar ese costado con la División del general Juan Pablo López: la derrota en aquel lugar se había pronunciado categóricamente. Su hermano Juan, procurando disculpar su responsabilidad, insiste en sus *Memorias* que el resultado se debió “a los traidores que se vendieron”.

Enterado el general Urquiza del exitoso resultado de la carga de Garzón, se empeñó él mismo en consumir la victoria:

Cuando conocí que mis tropas, habiendo atacado la derecha enemiga y sus demás líneas de fortificación, obtenían sucesos remarcables, dispongo sin vacilar que las Divisiones que traía conmigo ejecutasen sus cargas para completar la derrota de los salvajes unitarios y evitar se rehicieran para intentar nuevos choques. Así sucedió: los bravos coroneles don Miguel Gerónimo Galarza, don Crispín Velásquez, don José Virasoro, don Antonio Borda y don Nicanor Cáceres; el comandante Caraballo, valiente jefe de mi escolta, su segundo el intrépido capitán don Manuel Navarro, el denodado mayor don Juan José Paso y el arrojado comandante don Fausto Aguilar, dirigen acertados ataques con sus respectivos cuerpos, siendo apoyados por la División Victoria, armada también de fusil y bayoneta, que se batió pié a tierra. Con esta operación conseguí derrotar la caballería que se me oponía, que con 2 piezas de artillería hacían terrible fuego a bala rasa y metralla cuando no podía acelerar mis cargas por lo pesado del bañado.

El ataque de las dos alas de caballería federal fue incontenible, pese a que su centro habíase visto detenido por la barrera de tiros recibida. Un elemento sorpresivo que contribuyó a doblar la defensa del general Madariaga lo constituyó, sin duda, el hecho novedoso de hacer combatir como infantes a parte de los jinetes entrerrianos, cuando la caballería de Corrientes no esperaba descargas de fusilería en medio del choque.

El empuje de sus enemigos hizo el resto. El secretario de aquél, Federico de la Barra, describe en su libro *Narraciones*:

“El general Madariaga tocaba reunión; atajaba los dispersos con la voz y con la espada. Con denuedo digno de otra suerte se lanzaba a contener escuadrones enteros que en grandes grupos informes o en dispersión, se retiraban. Es imposible mayor arrojo ni mayor olvido de su propia vida, en la demanda de contener aquellas multitudes impetuosas que no escuchaban ya sino a sus propios instintos. No era posible contener aquella dispersión que se pronunciaba por completo entre una confusión incomparable, entre aquellos fuegos de fusilería y entre aquellos toques de clarines que unas veces parecían reunión y otras animosas dianas”.

Ese triunfo en Vences sobre los obstáculos puestos por la naturaleza y el valor de las tropas “salvajes”, tuvo una enorme trascendencia militar y política.

En primer lugar, cabe destacar los resultados inmediatos de la acción militar, detallados por el victorioso Gobernador de Entre Ríos,

haciendo rendir sus armas a toda la infantería con sus dos bandas de música y tambores, tomadas 12 piezas de artillería, lanceada y puesta en derrota la caballería, de la que hay en el campo más de 600 muertos entre jefes, oficiales y tropa, quedando en nuestro poder un inmenso parque, 2 banderas y 9 estandartes, como 70 prisioneros jefes y oficiales, cerca de 1.300 de tropa, carruajes de los salvajes unitarios Madariaga en que se encontró su correspondencia, y un número considerable de caballería.

La desordenada fuga de los componentes del Ejército Correntino se produjo en cuanto se hizo evidente su derrota, pudiendo salvarse gran cantidad de jefes, oficiales y soldados por entre el agua y la maleza, aunque días después (3 de diciembre) el general Urquiza añadió a la cantidad indicada de prisioneros, otros 13 jefes y oficiales y 245 de tropa, "habiendo indicios vehementes de que entre los muertos se cuenta el titulado coronel de artillería Carlos Paz y el instigador perverso Federico Barra". Urquiza detalló en su parte del día siguiente de la lucha (28 de noviembre):

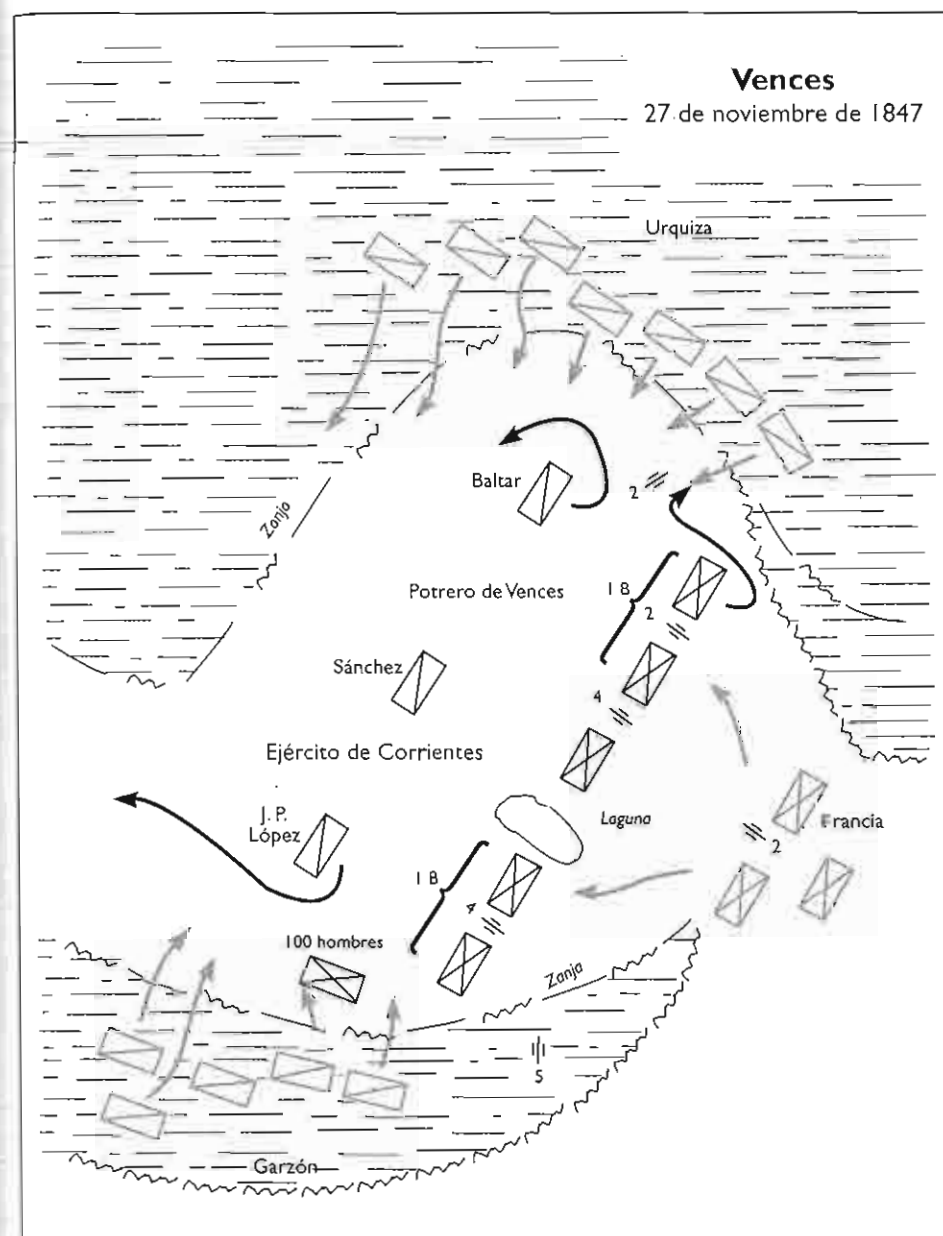
Las cuatro de la tarde eran cuando regresé al campo de batalla, después de haber hecho en persona una tenaz persecución de más de tres leguas (por un fuerte bañado de difícilísimo tránsito) a los salvajes unitarios, que despavoridos iban a ocultarse entre los cercanos montes. Los cabecillas Madariaga, que fueron los primeros en huir asustados de sus criminosos hechos, no pudieron ser alcanzados por nuestros valientes escuadrones, que en su busca cruzaban casi a nado los esteros. Antes de hacer mi contramarcha destiné a los coroneles don Crispín Velásquez, don José Virasoro y don Nicanor Cáceres a la continuación de aquella, los que aún no han vuelto; y a mi arribo al glorioso campo de batalla me recibió el esclarecido general Garzón presentándome nuestros valiosos trofeos.

El Ejército Entrerriano tuvo 20 muertos y 67 heridos, sin contar las bajas de las Divisiones ocupadas en la persecución, al momento de redactarse ese documento. El general Urquiza no dejó de encomiar en su parte de guerra a la conducta observada por sus jefes, oficiales y soldados —deteniéndose con especial énfasis en los méritos adquiridos por su segundo comandante el general Eugenio Garzón—, resaltando su dolor al contemplar entre los heridos al

benemérito comandante don José María Francia, que lo está gravemente de metralla, y cuyo estado lastimoso es penoso para el General en Jefe, de quien Francia ha sido inseparable compañero en todas sus campañas.

El teniente coronel Francia fue llevado a curarse en Buenos Aires y sobrevivió a sus terribles heridas en la cara, que lo impulsaron a usar desde entonces una tupida barba para ocultarlas.

Una cuestión que se prestó a la polémica —cuya trascendencia llegó a ser considerada hasta el siglo XX— es la referida a la suerte de quienes fueron prisioneros de los federales. El duro encono político, sumado al hecho de que Urquiza hubiese decepcionado a quienes confiaron en su cambio de postura frente a Rosas, agudizó los dictérios de la prensa "unitaria" de Montevideo, la cual le imputó una vez más el haber cometido gran matanza entre quienes cayeron



en sus manos. Sin embargo, el tema controvertido fue aclarado no mucho tiempo después de ocurridos los sucesos.

Ante todo, debe señalarse que el general Juan Madariaga, al recordarlos en 1849 —vencido y expatriado—, ninguna acusación formuló contra el causante de sus desgracias en sus *Memorias*. Si ésta es una prueba negativa, Federico de la Barra (quien no murió en la batalla como se creyó en los primeros instantes posteriores), resulta terminante al respecto: “Fuera de los que cayeron en la lucha y en la persecución, no me consta que otros aparecieran sacrificados al encono frío de la venganza”. Reitera:

“No hubieron recriminaciones sangrientas contra los vencidos. Los jefes y algunos oficiales que conocí y que fueron los prisioneros tomados en la infantería, fueron llevados a Entre Ríos y acompañaron más tarde al general Urquiza a Caseros. Los Toledo, Palma, Benavides, Ávalos, etc., eran muy principales figuras en el tenaz combate mantenido por la infantería en el desfiladero del sud, en donde fue rendido el mayor número”.

Varios de los ellos, y los ayudantes de Urquiza en la batalla (Leon y Justo Sola, y Jacinto Zapata, y el sargento de su escolta Santiago Doldán), residentes en Paraná, corroboraron años después al doctor Martín Ruiz Moreno, quien historió aquellos sucesos, que no hubo ejecutados por orden del General.

Corresponde insertar lo dicho por uno de los propios capturados, porque en 1869 el periódico porteño *Nación Argentina* reiteró las acusaciones contra aquel. Y entonces, el antiguo prisionero en Vences, coronel Pedro J. Martínez, las refutó en *La Tribuna* del 24 de julio de ese año:

En Vences no se fusiló un solo jefe u oficial del Ejército Correntino después de la batalla. Todos los prisioneros, en número de más de 4.000, fueron respetados, y algunos a despecho de exigencias de jefes que pedían se les fusilase: a mí mismo, por haber evitado la víspera de la acción, hallándome de servicio entre líneas, que se pasaran al general Urquiza mi Batallón y parte del Republicano, y por ser entrerriano al servicio de sus enemigos. A la par mía se salvaron los coroneles Francisco Olmos, José Luis Ávalos y Eusebio Palma, comandantes Pedro Mansilla, Ignacio Benavides, Ramón Sánchez y Pimentel, capitanes Virasoro, Antonio Soto, ayudante Mariano Piedra Buena, tenientes Manuel Gil, Wenceslao Martínez, alféreces Ciriaco Torres y Agustín Maidana, etc.

A pesar de lo dicho, hubo algunas pocas víctimas caídas a causa de venganzas. Su escaso número resulta significativo, pero la notoriedad de ellas las hizo alcanzar relieve: los coroneles Carlos Paz y Manuel Saavedra, el teniente coronel Castor de León y el comandante de milicias Cesáreo Montenegro. De esas cuatro muertes, sólo la primera fue responsabilidad del general Urquiza, y éste la asumió públicamente, lo que deslinda su participación en las demás.

Urquiza reveló lo sucedido al emigrado en el Estado Oriental que lo visitó en 1850, Ángel Elías, el cual reflejó sus palabras en el folleto “*Seis días con el general Urquiza*” que se editó el mismo año:

—Los de Montevideo mucho me han acriminado sobre la muerte del coronel Carlos Paz, al que después de la batalla de Vences lo hice prisionero

y mandé pasar por las armas; pero sepa Ud. que mereció la muerte porque era un famoso traidor, que traicionaba a los Madariaga y después me traicionaba a mí. Él se puso en relación conmigo suministrándome conocimientos importantes y detalles minuciosos que me ponían de manifiesto el estado del Ejército Correntino, y ciertamente no me engañaba. Hizo más todavía: me aseguró que no haría uso de la artillería que mandaba si llegaba el momento de una batalla; mas poco antes se arrepintió, sin duda alguna, de su perfidia, pues cortó toda correspondencia conmigo; y el día de la batalla, confiado seguramente en la superioridad de las fuerzas de Madariaga y en todos los elementos de defensa que habían aglomerado en la formidable posición del potrero de Vences, con los cañones que mandaba me hizo un mortífero fuego sobre la infantería.

De mayor importancia por sus servicios militares era el coronel Manuel Saavedra, antiguo seguidor de Lavalle, quien tras las campañas en el Interior cruzó el Chaco para llegar a Corrientes y participar en las luchas que tuvieron lugar en el Litoral.

Saavedra pudo escapar a la persecución de los federales luego de la acción, pero no quiso seguir al general Madariaga a buscar refugio en Paraguay, como lo hicieron muchos otros de sus acompañantes: Federico de la Barra lo encontró en los montes con su ayudante el capitán Domingo Aldao y otros oficiales, recostado contra un corral mientras secaba su montura al sol. Invitado por aquel a proseguir, recibió Barra esta respuesta: —*La Revolución está muerta para mí. Estoy cansado y cuelgo la espada. Decididamente, me quedo.* Respaldaba la determinación del coronel Saavedra el hecho de que Urquiza había distribuido proclamas en que aseguraba que quienes se presentaran a las nuevas autoridades recibirían garantías y respeto, “desde que la inmortal victoria de Vences había abierto el camino de la felicidad para la familia correntina”. Uno de los encargados de difundir el indulto fue el mayor Fermín Alsina, quien el 6 de diciembre comunicaba desde Caá-Caty al mandatario provisorio Miguel Virasoro uno de sus resultados:

Anoche se presentó el coronel Saavedra con su ayudante Aldao, y hemos convenido con el comandante de este pueblo mandarlo a esa capital a presentarse a S.E. Irá bajo custodia de 3 hombres que le servirán como de asistentes.

El coronel Miguel Virasoro, por razones ignoradas, decidió quitar la vida de aquel, y con este fin comisionó al mayor José del Pilar Escobar. Cuando éste reveló a su amigo el mayor José Vallejos, en Ensenadas, el motivo de su viaje, y Vallejos reflexionó acerca de su responsabilidad, Escobar le repuso, enseñándole la nota: —*Es que esta orden me excusará de toda inculpación.* El mayor Escobar encontró en el camino a Saavedra y procedió de acuerdo a lo dispuesto por Virasoro. El propio Urquiza confirmó lo sucedido a Elías:

—*El coronel Saavedra también pereció después de la victoria: había salvado de la persecución, pero el infeliz, cuando ya tenía en sus manos las garantías que yo le había mandado, fue sorprendido por una fuerza de correntinos cuyo oficial lo decapitó. Yo sentí su muerte, pero sus imprudencias lo perdieron.*

El teniente coronel Castor de León, junto con el capitán Alberto Villegas (jefe de la flotilla de Corrientes), cayó en poder de una de las partidas que los perseguía bajo el comando del coronel Crispín Velásquez. Según refirió años más tarde un hijo de Villegas, un oficial del jefe entrerriano requirió a León, y al disponerse éste a recoger algunos enseres para seguirlo, aquel le manifestó "que no había necesidad de esas providencias". Resultó ultimado, al igual que el comandante Cesáreo Montenegro, quien lo fue en parecidas circunstancias. En cambio, Villegas salvó su vida.

El general Urquiza, atento a extremar su conducta "federal" ante el Dictador, un mes después de la batalla tuvo la debilidad de no censurar esas cuatro muertes —aunque sin aceptar su responsabilidad en ellas y otras, cometidas por quienes perseguían a los vencidos—, cuando el 23 de diciembre, aún en Corrientes, informó finalmente a Rosas desde su cuartel general en Ábalos:

En la activa persecución que por diferentes cuerpos y partidas del Ejército se hizo a los salvajes unitarios derrotados en la memorable jornada del Potrero de Vences, se les tomaron como 900 prisioneros, a más de lo que expresa mi segundo parte; entre ellos los traidores salvajes unitarios titulados coroneles, comandante general de artillería Carlos Paz, jefe de división Manuel Saavedra, jefes de partidas en los montes de Pay Ubre Cesáreo Montenegro y el titulado teniente coronel Castor de León. Éstos 4 fueron inmediatamente ejecutados. La justicia divina no ha permitido por más tiempo quedasen impunes los horrendos crímenes con que estos malvados han hecho gemir a la humanidad. Otros varios cabecillas empecinados y famosos salteadores han sido también fusilados en los Distritos donde fueron aprehendidos, quedando en consecuencia esta Provincia limpia de malvados y sin el más mínimo germen de rebelión.

En la íntima confianza de que en la Provincia de Corrientes queda asegurada la tranquilidad pública y bien establecido el orden legal conforme a nuestro sagrado sistema federal, con un Gobierno firme, ilustrado y encabezados todos sus Departamentos por jefes valientes, decididos patriotas federales, me retiro con el Ejército de mi mando a la de Entre Ríos.

Las expresiones transcritas, y el desconocimiento de los otros documentos aludidos, han confundido a quienes atribuyeron al general Urquiza disponer crueldades masivas que no existieron; y es de advertir que en su parte no indica que los ejecutados lo fueron por su orden.

Lo positivo para su situación política fue desvanecer categóricamente las imputaciones de haber defeccionado del Partido Federal. Su hermano Juan José de Urquiza, Diputado en la Legislatura porteña, le escribía alborozado: "Tus hechos y acciones han desmentido a los vocingleros que quisieron acriminarte. ¡Qué dirán ahora! Pero para qué hablar de esto: Dios te ha protegido, y basta". Con la finalidad de asegurarse, el General derivó en encomiásticos términos las consecuencias de la campaña al Dictador porteño, a quien expresó:

Es un acontecimiento de inmenso alcance, que contribuirá eficazmente para que V.E. concluya esa grande obra que los argentinos hemos confiado a su alta capacidad y esclarecidas virtudes, para defender con gloria el honor nacional y la independencia de la Confederación.

Desde otro punto de vista, el país por entero celebró jubilosamente lo que todos entendían: que se había librado la última batalla de la guerra civil, el postrer enfrentamiento armado entre argentinos, como lo fue en efecto. Las felicitaciones menudearon en todos los órdenes para el triunfador en Vences, pero significativamente el Gobierno de Entre Ríos no festejó en forma oficial el resultado de la campaña: "Con asombro general no se permitió ni aún la refriega de costumbre", se quejaba en la intimidad José Ruperto Pérez, el redactor de *El Federal Entre Riano*.

El general Urquiza, en marcha de retorno a su Provincia, escribió (21 de diciembre) que quería dar un testimonio de "las sinceras afecciones que lo ligan a la benemérita Provincia de Corrientes":

Al efecto he ordenado que con esta fecha se le entreguen al coronel don Miguel Virasoro 49 jefes y oficiales y 1.915 individuos de tropa, inclusive el titulado Batallón Unión con su banda de música completa, que fueron hechos prisioneros por el Ejército de Operaciones en la gloriosa jornada del Potrero de Vences. Asimismo he ordenado que se le entreguen al coronel don Miguel Virasoro 6 piezas de artillería completas con 300 tiros a bala y metralla, 300 fusiles y 30.000 cartuchos, que fueron igualmente tomados en aquella gloriosa jornada.

Otros prisioneros fueron conducidos a Entre Ríos.

Reinstalada la antigua Legislatura de Corrientes que había funcionado durante el período de mando de Pedro Dionisio Cabral hasta 1843, el 14 de diciembre de 1847 eligió Gobernador al coronel Benjamín Virasoro, hermano del citado.

Con su crédito militar y político afirmado, el general Justo J. de Urquiza había puesto fin a la larga contienda librada desde casi una década atrás en la Confederación Argentina.

Bibliografía

- ACADEMIA, *Partes de las guerras civiles* cit.
 Apuntes sacados del diario inédito de de la campaña a Corrientes en 1846 (Gua-
 leguaychú, 1849).
 ARNOLD, PRUDENCIO, *Un soldado argentino* (Buenos Aires, 1893).
 BARRA, FEDERICO DE LA, *Narraciones* (Buenos Aires, 1897).
 BONASTRE, VALERIO, *El Ejército Libertador Correntino* (Buenos Aires, 1941).
 CAMPS, *Campaña en el Estado Oriental* cit.
 CERVERA, *Historia de la ciudad y Provincia de Santa Fe* cit.
 DÍAZ, A., *Historia de las Repúblicas del Plata* cit.
El Federal Entre Riano (Paraná, 1846).
 FERRÉ, *Memoria* cit.
 MADARIAGA, *Memorias* cit.
*Manifiesto del Gobierno de Corrientes sobre la negociación de paz iniciada por el
 Gobernador de Entre Ríos* (Buenos Aires, 1852).
 MANTILLA, *Crónica histórica de la Provincia de Corrientes* cit.

MARÍA, ISIDORO DE, *Anales de la defensa de Montevideo* (Montevideo, 1883).
 PAZ, *Memorias* cit.
 PEZZARINI, *Batalla de Arroyo Grande* cit.
 RAVIGNANI, EMILIO, *Asambleas constituyentes argentinas*, t. VI-2º (Buenos Aires, 1939).
 RODRÍGUEZ, *Memorias militares* cit.
 RUIZ MORENO, I. J., *Alianza contra Rosas* cit.
 — *Negociaciones entre Rivera y Madariaga* cit.
 — “Urquiza y Seguí”, en el *Boletín* 8 del Instituto de Historia Argentina de la Universidad (Buenos Aires, 1961).
 RUIZ MORENO, MARTÍN, *La Organización Nacional*, t. I, *La Revolución contra la Tiranía* (Rosario, 1905).
 — *Contribución a la historia de Entre Ríos* (Buenos Aires, 1914).
 SARDÍAS, *Historia de la Confederación* cit.
 SANTOS MUÑOZ, *Años de lucha* cit.
 TEIJEIRO MARTÍNEZ, *Historia de la Provincia de Entre Ríos* cit.
 ZINNY, *Historia de los Gobernadores* cit.

CAPÍTULO XI

Enfrentamientos con indios

CARACTERÍSTICAS DE LA LUCHA • INVASIONES DESPUÉS DE 1833 •
 ATAQUES A LAS TRIBUS • COMBATE DE LORETO • ANDANZAS DE MANUEL
 BAIGORRIA • MALONES SOBRE SANTA FE • COMBATE EN LAGUNA
 AMARILLA • PARAGUAYOS EN CORRIENTES

1

Si bien con el triunfo del general Urquiza en Vences quedó concluida la guerra entre argentinos que se sostuvo durante nueve años —iniciada con la campaña de Pago Largo en 1839—, esto no significó el cese de hostilidades dentro del territorio de la Confederación.

El indio de las pampas era el temible elemento que proseguía hostigando a las sufridas poblaciones asentadas al borde de la insegura e ignota *Tierra Adentro*.

La gran campaña llevada a cabo a lo largo del año 33 no había producido ningún resultado en cuanto a eliminar el peligro. Limitada al escarmiento, y no al avance del territorio civilizado, las tribus no ofrecieron mayor resistencia a las tropas de las Provincias de Mendoza, San Luis, Córdoba y Buenos Aires; conscientes del poderío bélico con que se enfrentarían, sus caciques y capitanejos prefirieron internarse en las regiones más alejadas de la *frontera*, antes que librar encuentros de envergadura. Tan solo el cacique ranquel Llanquetruz (o Yanquetruz) atacó sorpresivamente en Las Acollaradas a Ruiz Huidobro, descalabrando a su División. Los coroneles Pacheco y Ramos, y sus subordinados de la Izquierda, no obtuvieron victorias de significación pese a su esfuerzo.

Y no pasó mucho tiempo sin que los indios volvieran a emprender sus *malones*, como para demostrar a los argentinos que las expediciones punitivas no habían logrado su finalidad de amedrentarlos. Véase la comprobación: antes aún de que el general Rosas abandonara su campamento del río Colorado, los ranqueles efectuaron una invasión a Santa Fe, en el límite con Córdoba (donde se levantó la población llamada propiamente “Guardia de la Esquina”), lo que motivó al ex mandatario porteño a escribir al general Juan Facundo Quiroga, Comandante en Jefe —siquiera nominal— de la gran expedición al Sur:

Luego que tuve el citado aviso, a pesar de la distancia y estación, puse en ejercicio cuanto me fue posible para que fuesen atacados y escarmentados de muerte aquellos, siempre que lograsen escapar con el robo sin poder ser seguidos por las fuerzas de la Provincia invadida.

Cuando los últimos contingentes del Ejército Confederado retornaron a sus acuartelamientos, la situación militar y social contigua a la vasta zona recorrida por los indígenas, era la misma que antes de emprenderse las operaciones.

En el año 1834 prosiguieron los malones de los salvajes, incesantemente, imposibles de contener, arrasando estancias y pueblos desde la zona cordillerana hasta los campos porteños. Un pingüe negocio a través de los Andes era el incentivo para la rapia, cuyos inmensos botines eran llevados por el "Camino de los Chilenos", dejándolo señalado por la gran *rastrillada* que marcaban las miles de pezuñas de los ganados arreados, y las puntas de lanzas que arrastraban sus conductores. Los malones a las Provincias de San Luis y Córdoba por parte de los temibles ranqueles y araucanos tenían en constante alarma y angustia a las poblaciones de San José del Morro, Achiras, Renca, Río Cuarto, Reducción, La Carlota y demás, cuyos vecinos y estancieros sostuvieron constantes choques —con variada fortuna— contra los atacantes.

Siendo tarea imposible señalar todas las incursiones de los indios a las diversas Provincias del sur —por otra parte, similares en sus características de avance, asalto y retirada con los productos de sus robos y los cristianos que capturaban—, resulta al menos conveniente indicar algunas de aquellas a guisa de ejemplos. Es, por otra parte, el mínimo reconocimiento a los esforzados soldados que libraban esa guerra incesante, penosa y sin ningún brillo, recordar a algunos de sus jefes, sacándolos del olvido así sea con la mera cita de sus nombres: quizá resulte la única compensación a tantos sacrificios y heroísmos llevados a cabo sin mas retribución que la convicción del cumplimiento del deber, carentes de lo más necesario para su bienestar y hasta para la pelea en condiciones parejas a sus oponentes. Varios de estos militares han sido aludidos al historiar la luchas internas en los capítulos anteriores. Las noticias ofrecidas por el periódico oficial de Buenos Aires *La Gaceta Mercantil* serán complementadas con documentos contemporáneos y el aporte de las memorias de algunos veteranos que actuaron en las Provincias assoladas por los "indios bárbaros", o "infeles", como también los denominaban sus enemigos *cristianos*, conforme a este nombre que igualmente los indígenas empleaban para señalar a sus enemigos blancos o *huincás*.

Con todo, la guerra, aunque discontinua en sus manifestaciones, no fue incesante: las invasiones de los ranqueles dependían de variadas contingencias, una de las cuales era —según las proporciones del *malón*— el refuerzo que prestaran los auxiliares chilenos. De temible acometividad, las tribus de esa "nación" tenían su principal asiento en Leuvú-có (norte de la actual Provincia de La Pampa), abarcando su zona de operaciones el sur de San Luis y de Córdoba, y hasta el oeste de Buenos Aires. Cuando murió su cacique general Yanquetruz lo sucedió su hijo Painé-guor, tenaz adversario de Rosas, y por eso prestó amparo a muchos de sus enemigos cordobeses y puntanos derrotados entre 1830 y 1840.

En cambio, las tribus pampas aposentadas en el centro de la Provincia de Buenos Aires, comandadas por los caciques Catriel y Cachul próximas al arroyo Azul, hacían gala de obedecer al Gobierno y se mostraban generalmente pacíficas, salvo alguna ocasional depredación atribuida a capitanejos rebeldes. No dejaban de enarbolar el pabellón argentino.

Hay que destacar también en Buenos Aires la presencia de la tribu de los voroganos (de "Voro-hué", lugar de los huesos) en los valles de Masallé, cercanos a las Salinas Grandes, hasta que el cacique pehuenche Juan Calfucurá ("Piedra Azul") los masacró. Recuérdese que en oportunidad de considerar la expedición de 1833, a diferencia de aquellos el cacique general Calfucurá hacía ostentación de su "chilenismo" para no acatar a las autoridades nacionales, y explicó en carta del 27 de abril de 1864: "*Fui llamado por don Juan Manuel, porque estaba en Chile y soy chileno*". El daño causado por ese paso resultó de incalculables y nefastas consecuencias para la Argentina. Calfucurá se instaló en Chile-hué, al noroeste de Bahía Blanca y de las estribaciones del cordón montañoso de Curá-malal ("corral de piedra") de la sierra de la Ventana, donde conformó la poderosa *Confederación de Salinas Grandes*.

Las características de esta prolongada contienda serán motivo de añadidos en el próximo volumen III, porque fue una guerra continuada a lo largo de los años: "*hablamos incesantemente de ella aunque no la nombremos*", según la ajustada frase del eminente estadista que emprendió su solución final cuarenta años más tarde.

2

Como para servir de introducción al presente capítulo, véase el complemento del relato utilizado en el capítulo I, dejado —no mucho antes del tiempo a considerar— por el cura párroco de Renca (San Luis), a guisa de ejemplo de lo que sufrieron los poblados situados al alcance de los temibles enemigos. El testimonio de ese modesto e ignorado sacerdote sobre lo ocurrido en la Provincia de San Luis, escrito a mediados de 1832, es una aterradora muestra de lo sufrido por tantos vecindarios asentados sobre los desiertos meridionales de la Confederación Argentina. Añadió el padre Hilarión Etura, luego de describir el asalto y saqueo de la villa llevado por los indios el 29 de marzo, que los salvajes no se contentaron con el botín logrado en esa ocasión, pues retornaron el 8 de julio: cabe destacar que el pueblo había sido abandonado y que sólo volvieron a habitarlo el propio sacerdote y el comandante Lucero con su familia. Escaparon "por un milagro" y concluye:

No he vuelto porque no hay objeto: no hay gente, no hay casas, no hay quién nos auxilie con un mendrugo de carne ni por su dinero. En fin, yo no hallo cómo dibujar ni dar a este cuadro de horrores el último color. Lo estampo así para dar a la posteridad una corta idea de un suceso que para siempre será memorable por circunstancias, por sus peligros, por sus fatigas y desconsuelos.

Como nada había de valor en el poblado, los indios se vengaron en los objetos:

En Renca renovaron al Señor del Calvario: destruyeron lo material de los altares, el nicho del Señor y el sagrario. Quemaron los indígenas las imágenes y una caja; otra más que era de los ornamentos la despedaza-

ron; echaron el órgano del coro a la iglesia, y se llevaron parte de las puertas y las ventanas; las hicieron pedazos. Y lo mismo sucedió en mi casa y en la de todos los vecinos, despedazando las puertas y mesas, y llevándose todo lo que pudieron, y por una casualidad escapamos las familias que allí existíamos.

No obstante que la recordada campaña llevada a cabo por las cinco Provincias en 1833 no surtió el efecto que se esperaba de ella, cuando el general Juan Manuel de Rosas, elegido por segunda vez Gobernador de Buenos Aires, se dirigió en diciembre de 1835 a la Legislatura de esta Provincia, incluyó en su mensaje estos párrafos con referencia a aquella expedición:

Ningún indio enemigo ha osado pisar aún en los desiertos inmensos que recorrió el anunciado Ejército. Los restos de las tribus ranqueles que escaparon asilados en los bosques inmediatos a las fronteras del sur de Córdoba y San Luis, han sufrido golpes repetidos en sus mismas guaridas; y si hasta aquí habían podido escapar y seguir incomodando por aquella parte, acordes y uniformes ya en su acción los Gobiernos fronterizos, han hecho desaparecer los obstáculos que antes se han ofrecido para su total exterminio.

Era, por desgracia, una jactancia fuera de la realidad, el anuncio del "total exterminio" de las incomodidades causadas por los indios.

No habían transcurrido más que algunos pocos meses de la formidable expedición al Sur, cuando a principios de 1834 chocó contra un importante malón una columna de Córdoba bajo el comando del teniente coronel Francisco Reynafé (hermano del Gobernador), pereciendo casi toda ella, incluido un oficial hijo de otro hermano del mandatario. Se incluyó una síntesis de lo ocurrido en *La Gaceta Mercantil* del 26 de marzo:

Hace pocos días salió don Francisco a Río Cuarto, y en estas circunstancias lo han cargado los indios, avanzándose hasta la villa, de donde salieron los Dragones a batirlos, los cargaron y los persiguieron como una legua, en donde encontraron una emboscada de indios que cargándolos impetuosamente, concluyeron con casi toda nuestra fuerza: allí mismo murió Salinas, Balmaceda, Reynafé hijo de don Guillermo, y otro capitán Samané escapó al este.

Un par de meses después se envió una comunicación colectiva de los tres Gobernadores cuyanos al de Buenos Aires, solicitando un refuerzo militar a expensas de éste, por haber agotado sus propios recursos a causa de las repetidas incursiones de los indios a los pueblos de la frontera, aunque a poco el mandatario mendocino general Pedro Molina anunció la derrota de otra invasión a orillas del río de las Barrancas. El Gobernador puntano José Gregorio Calderón debió insistir ante el de Buenos Aires —a la sazón, el general Viamonte— pintándole un cuadro tan crudamente patético, que pese a su extensión conviene reproducirlo:

La Provincia de San Luis ha tocado ya el último extremo de sus conflictos, y se vé en el caso de implorar el socorro de sus hermanas, quienes

si se lo niegan desaparecerá para siempre. Ella ha estado en todos los tiempos a la par de las que más pueden en los sacrificios que ha demandado el honor de la Patria, porque aquellos se han hecho en proporción a su patriotismo y no en el de sus recursos.

Su localidad es el punto donde precisamente respiran los que transitan de los pueblos de Cuyo y República de Chile al gran mercado de la República Argentina, y es también la que hallándose más al sud y más débil que otras, sufre con mayor frecuencia las invasiones de los bárbaros; y la última que ha padecido el 3 del presente ha sido mucho mas cruel que las anteriores, porque ni las mujeres ni los niños han salvado del cuchillo de los salvajes. El espacioso campo que ha abrasado la horda invasora ha quedado desierto y sembrado de cadáveres de toda edad y sexo.

A la vista de estos desastres, el Gobierno que firma los pone en el conocimiento a S.E. el Gobernador de Buenos Aires, y transmitiéndole el amor doloroso de sus conciudadanos desolados, e invocando su auxilio a favor de una Provincia colmada de méritos en la gloriosa lucha de la Independencia, y desnuda al presente de todo, para salvar los tristes restos de su existencia agonizante.

El infrascripto ofendería gravemente a la ilustración del señor Gobernador a quien se dirige, si para mover su patriotismo llamase la atención a los preceptos de la justicia y a los compromisos que tienen entre si las Provincias argentinas para ayudarse mutuamente en la conservación de su Dios y de su fortuna, o si para excitar su corazón compasivo, lo afligiese con la triste enumeración de las desgracias que hoy oprimen a las infortunada Provincia de San Luis: para ello basta sólo a S.E. saber que la venganza de los bárbaros es insaciable y que su crueldad no conoce límites.

La Provincia de San Luis carece de todos los recursos necesarios para su defensa, y muy particularmente de armas y artículos de guerra, porque todos se han agotado en la penosa y larga contienda que ha tenido que sostener con los salvajes, cuando las más de sus hermanas descansan a la sombra de los laureles que ha obtenido la República en la defensa de sus leyes.

Quiera, pues, el Excmo. señor Gobernador de Buenos Aires dirigir su mano protectora a favor de sus compatriotas de San Luis, correspondiendo a la esperanza que tiene en su patriotismo.

El mandatario porteño no desatendió el reclamo, pese a sus dificultades, y en efecto, a poco fue destinada a la frontera puntana la División Auxiliares de los Andes bajo el mando del coronel Pantaleón Argañaraz, acordada por la Sala de Representantes de Buenos Aires. Este destacado cuerpo alcanzó a revistar 400 hombres, entre los cuales se encontraba el coronel Pablo Lucero, futuro Gobernador.

Pero las amenazas de nuevos y grandes ataques no cesaban de intranquilizar a los sufridos habitantes del sur, como lo anunciaba *La Gaceta Mercantil* el 4 de septiembre con respecto a Mendoza, San Luis y Córdoba. Aunque eran las fértiles campiñas porteñas el objetivo más codiciado por los salvajes, y en consecuencia el teniente coronel Juan Zelarrayán (tucumano), comandante del Regimiento de Blandengues que guarecía Bahía Blanca, tomó sus precauciones para rechazar cualquier tentativa (octubre del mismo año 1834).

Efectivamente, a fines de dicho mes, el coronel Francisco Sosa obtuvo un señalado éxito al frente de la División de Salinas Grandes al derrotar a una invasión de indios chilenos. Este último, apodado *Pancho el Nato*, fue quien desprendido de la fuerza que operaba bajo órdenes de Pacheco durante la campaña de 1833, sorprendió y exterminó a la toltería del cacique Chocorí, quien escapó montado *en pelo* y dejando abandonadas su espada y una curiosa coraza de cuerpo entero, fabricada con cueros superpuestos, que hoy se exhibe en el Museo de La Plata.

No finalizó el año 34 sin que en la infortunada San Luis se produjese otro gran malón, encabezado por los caciques Colipay, Carrané, Payan, Cuitiño, Pulcay y Pichul, que se retiró con 20.000 cabezas de ganado y varias familias capturadas. Se dispuso salirles al encuentro; y para ello las tropas se situaron en el paraje llamado *la pampa de los Molles* (no lejos de la actual estación La Toma). El combate librado el 8 de octubre tuvo dramáticas alternativas y la victoria fue indecisa, hasta que al final se inclinó por los puntanos, cayendo muertos varios de los caciques enemigos —entre éstos un hijo de Yanquetruz—, pudiéndose rescatar a 23 familias y 16.000 vacunos, con gran parte de la caballada de reserva de los indígenas.

Al comenzar el año 1835, en Guaminí, el mayor Ramón Maza pudo vencer a otra columna dependiente del cacique ranquel Yanquetruz. Sin perjuicio de ello, varios caciques de otras comunidades se mostraron solícitos en declarar su amistad para con el nuevo Gobernador de la Provincia, general Rosas, y en Tapalqué tuvo lugar en junio una ceremonia presidida por el mayor Bernardo Chavarría durante la cual el cacique pampa Cachul se comprometió a convivir fraternalmente con los cristianos, agradeciendo la felicidad de que disfrutaban merced a la conducta de "su amigo Juan Manuel". Los indios de la tribu Voroga de Guaminí y fuerte *Mayo* se expresaron en similares términos. Finalizó el año con otros choques victoriosos alcanzados por los tenientes coroneles Martiniano Rodríguez y Juan Zelarrayán contra los indios, en diciembre. Ya se indicó que en ese año 35 tuvo lugar la captura de un hijo joven del cacique Painé, en Langeló, quien fue destinado por el Dictador a trabajar como peón en su estancia "*El Pino*". Se llamaba Paguitruz-Guor ("Zorro cazador de leones") y fue bautizado como *Mariano Rozas*: sucedería a su hermano Calvin en la jefatura de los ranqueles y será mencionado como tal más adelante.

Nuevamente, el 22 de marzo de 1836, el comandante Zelarrayán al frente de sus blandengues, se adelantó al ataque que planeaba el cacique Cañuquir junto con indios chilenos y ranqueles de Yanquetruz, Painé y Carrané, y los derrotó causándoles 400 bajas, logrando escapar 300 de ellos merced a la velocidad de sus caballos, pero dejando abandonados 900 de *chusma*, entre "chico y grande", y lográndose recuperar 22 cautivos cristianos. Cabe destacar que las tropas porteñas fueron auxiliadas por la tribu "amiga" del cacique Venancio Cañuepán; la que sin embargo, de regreso a Bahía Blanca, se sublevó antes de la llegada. Los 800 indios de ella, bien montados con la caballada de reserva que pastaba cerca, dieron muerte a 2 oficiales y 70 soldados que intentaron oponérseles, además de los troperos y labradores que hallaron a su paso. El cacique Venancio fue apresado por los suyos, y es imaginable el fin que tuvo.

Estas escenas de horror eran interrumpidas muchas veces por intentos conciliatorios que surgían de ambas partes. No siempre se alcanzaba el éxito para establecer la paz, y en otras oportunidades los convenios eran letra muerta, aduciendo variada gama de excusas para coonestar su incumplimiento. Los indios eran, para los argentinos, y no sin motivo, enemigos salvajes que era preciso ultimar para vivir tranquilamente, pues sus constantes agresiones eran causadas por su afán de robar, ya que carecían de cualquier tipo de industria o trabajo. Por ello escribía el Gobernador santafecino Estanislao López a su colega cordobés el 29 de marzo de 1836:

El indio jamás cumplió con nosotros pacto ni tratado alguno, y sólo respetó éstos mientras convino a sus intereses.

El remedio propiciado por el general López hoy nos resulta inhumano, pero en aquellos tiempos parecía normal a muchos de nuestros compatriotas que sufrían las embestidas de los salvajes —hubo excepciones—, y era simple: atraerlos con engaños y luego matarlos. López se ponía como ejemplo:

No ha mucho que yo obré de la misma manera, pasando a cuchillo a 64 indios que correspondían a la toltería del infame cacique Blas Antonio, que también fue degollado, y las familias de aquellos las hice repartir en el centro de la Provincia entre los vecinos.

El bárbaro consejo no fue desdeñado por el mandatario cordobés.

Toda la frontera siguió en agitación: en el sur santafecino el mayor Domingo Pajón alcanzó, en mayo de 1836, otro triunfo sobre una partida de indígenas que merodeaban cerca de Rosario; y en La Carlota —sur de Córdoba— el Gobernador Manuel López anunció un triunfo con la muerte de 4 capitanejos y 152 indios, rescatándose 37 cautivos. El coronel Pantaleón Argañaraz con sus *Auxiliares de los Andes* entre San Luis y Córdoba operó en aquel mismo mes efectuando una incursión sobre el Desierto —un malón al revés— que significó una terrible represalia: salieron de Huincá-Renancó ("Jagüel del Cristiano") hasta Caralavquén ("Toltería de la Laguna"), donde "*se tomaron 9 indios de pelea y 6 chinas, los que se pasaron a cuchillo*". Luego el Regimiento prosiguió hasta Pichi-loo ("Médano Chico") persiguiendo al cacique Carrané, y allí "*se pasaron a cuchillo 8 indios de pelea*", se capturaron 2 "chinas" y se liberaron a 2 cautivos. En cercanías de una aguada próxima "*se tomaron 4 indios, sus familias y 1 cautivo, al que solo se dejó con vida*". El cruel Coronel continuó documentando sus movimientos:

En la mañana del día 8 pude arribar al lugar donde hallaban situados los toldos del citado Carrané. Allí se tomaron 25 cautivos cristianos de uno y otro sexo, se pasaron a cuchillo 58 indias, 20 indios de pelea, y se tomaron 112 de chusma.

En la jornada siguiente el cacique Carrané fue capturado, y su escolta perseguida "*de un modo que sólo pudieron escaparse 3 por haber cerrado la noche, y pasados a cuchillo 27. El mencionado Carrané y un indio más solo exis-*

ten vivos de todos cuantos debieron morir". El éxito logrado en esta incursión fue celebrado en Córdoba con variadas muestras de regocijo oficial, remitiéndose al cacique Carrané, encadenado, al Gobierno porteño.

En Buenos Aires el coronel Martiniano Rodríguez, el mayor Ramón Maza y el capitán Eugenio del Busto, también operaron con éxito contra los nativos. El periódico *La Gaceta Mercantil* del 5 de octubre de 1836 hace saber que los dos últimos oficiales nombrados, a órdenes del coronel Pedro Ramos, jefe de la División de Tapalqué, pudo alcanzar en su retirada a una gruesa columna de indios chilenos que había asaltado una toltería de indios amigos, robando sus caballadas y capturando a sus familias; pero al chocar con aquellos, las tropas porteñas dieron muerte a 2 caciques, 1 "caciquillo", 5 capitanejos y 100 lanceros. Las bajas porteñas alcanzaron a 100 hombres, lo que es un índice elocuente de la tenacidad con que se sostuvo el choque.

Si bien no se puntualizan las operaciones llevadas a cabo contra los indios que invadían desde el Gran Chaco a las Provincias de Santa Fe, Santiago del Estero y Salta —lo que será tratado por separado más adelante—, no debe dejar de mencionarse que el mandatario santafecino general Estanislao López dirigía continuas batidas contra ellos, una de las cuales sumó a los comandantes Santiago Oroño y Jacinto Andrade, quienes no mucho después combatirían en filas opuestas en la guerra civil desatada.

Contando la Provincia de Buenos Aires con mayores recursos y población que el resto de las que componían la Confederación Argentina, era la que estaba en mejores condiciones de encarar con más posibilidades de éxito la defensa de su territorio, y de tanto en tanto, emprender a su vez alguna incursión sobre la *Tierra Adentro*. Una de éstas se organizó en el año 1837, cansado el Gobierno de las incesantes correrías y depredaciones de los salvajes. Relato de la misma se debe a un participante calificado, cual lo es el después teniente general Donato Álvarez (quien alcanzó esta jerarquía en 1890), el cual por aquel entonces revistaba como soldado en el regimiento escolta *Libertad*. A este afamado cuerpo había sido incorporado violentamente por la Policía, a la salida del colegio de San Ignacio —contaba apenas 12 años de edad— junto con otros condiscípulos de familias sindicadas como "salvajes unitarios", siendo inútiles las gestiones por obtener su baja. Álvarez desde entonces vistió uniforme hasta morir de avanzada edad a principios del siglo XIX. No está de más describir conforme a sus recuerdos, las características de aquel afamado Regimiento, de lucida actuación en las acciones de guerra en que le tocó intervenir.

Lo mandaba el coronel Narciso del Valle, entrerriano, "de trato afable y maneras cultas, que ocultaban un temperamento violento, arbitrario, y no pocas veces cruel con la tropa". Su segundo lo era el teniente coronel Nicolás Granada, "de físico imponente y hermoso", a quien Álvarez pondera por "su acreditada bravura, su cultura e instrucción, y la enérgica bondad de su carácter". Tercero en el mando, el teniente coronel Ramón Bustos, hijo del ex mandatario cordobés. Entre los oficiales se destacaba el capitán Rufino Ortega. El regimiento *Libertad* sumaba 900 plazas y vestía corazas de acero, gorro de manga colorado, al igual que su casaca y pantalón, con botas altas y espuelas. Su armamento consistía en largos sables y carabinas "de chispa" con municiones portadas en cananas. Comenta el luego general Donato Álvarez: "Era sin

duda un cuerpo formidable por su efectivo, por su instrucción, por su aspecto fantástico e imponente, y su adhesión a Rosas".

En julio del año mencionado se concentraron las tropas en Tapalqué, sumando 3.070 hombres, más sus jefes y oficiales, por cuanto al regimiento *Libertad* se unieron 600 soldados del 3 de Caballería que mandaba el coronel Vicente González, 370 milicianos de Tandil, Azul y Dolores, y 1.200 indios auxiliares del cacique Nicasio. La vanguardia marchó a órdenes del mayor Ramón Maza con el Regimiento N° 3 y 500 lanceros indígenas. Tras penosas marchas por el desierto se llegó al río Colorado sin inconvenientes, pues los indios no presentaron lucha. Desde allí el coronel Valle dispuso su retorno a Tapalqué en el mes de octubre, sin haber logrado ninguna ventaja positiva, lo que a dicho jefe le significó el relevo del mando, siendo destinado a la comandancia de Dolores (allí nació su hijo el futuro parlamentario doctor Aristóbulo del Valle).

Otra vez el Desierto continuaba sin variantes, con las tribus rehuyendo el combate cuando no les ofrecía seguridad de triunfar.

En el mismo año 1837 se destacaron peleando contra los salvajes el teniente coronel Juan Pablo Sosa, comandante interino de la frontera sur de Córdoba, y en Bahía Blanca los coroneles Martiniano Rodríguez y Antonio Ramírez. Todos estos últimos acontecimientos movieron a someterse al año siguiente a los caciques Carupán y Guayquiñecul, los cuales se presentaron con sus tribus, en Tapalqué, ante el teniente coronel Narciso del Valle. El mismo año 38 fue ejecutado el coronel Zelarrayán acusado de promover una insurrección, en la costa del río Salado, y su cabeza se cortó para ser remitida al fuerte *Argentino* (Bahía Blanca) en prueba del cumplimiento de dicha orden.

Un hecho considerado de gran trascendencia fue saberse que el cacique general Yanquetruz había muerto. De la importancia que se le dio es reflejo la siguiente comunicación del mandatario puntano:

El Gobierno de la Provincia de San Luis ha sentido el más íntimo placer al haber visto desaparecer al orgulloso Yanquetruz en los campos de su mansión, por la benemérita División de la Provincia de Buenos Aires al mando del teniente coronel don Ramón Maza. Este acontecimiento tan favorable ha producido en el ánimo del infrascrito las más lisonjeras sensaciones, por cuanto se ha afianzado la tranquilidad de las Provincias fronterizas, que siempre se mantenían en continua alarma por repeler sus constantes incursiones.

Se trataba el último, claro está, de un pronóstico infundado.

Asumido en Tapalqué el mando del regimiento de coraceros escolta *Libertad* por el coronel Granada, éste llevó otra expedición, a Salinas Grandes, en esta oportunidad con éxito: los indios presentaron oposición —defendían sus lares—, pero al cabo de tenaz pelea al arma blanca, en medio de ensordecedora gritería, fueron categóricamente vencidos.

No fue, por cierto, la única ocasión en que se midieron en 1838 cristianos e infieles —en terminología de época—, porque al cabo del mismo año tuvo lugar otro choque de cierta importancia, que siguió al triunfo indígena en Hi-

nojal sobre efectivos santafecinos. Ranqueles y chilenos se unieron para asolar la zona sur de Santa Fe y Buenos Aires, pero fueron sentidos antes de que pudieran volver a sus aduare. (Sus caciques Painé y Pichún no participaron personalmente en este malón). Tres gruesas Divisiones indias invadieron el Departamento Rosario,

y no sólo asolaron la campaña llevándose como un torrente, con la impetuosidad que acostumbran, cuantas haciendas encontraban, sino que dejaron en pos de ellos la desolación, el espanto y la muerte.

Tal es el relato del Gobernador santafecino general Juan Pablo López, quien el 19 de diciembre oficiaba al Comandante interino del Departamento Norte de Buenos Aires, coronel Hilario Lagos, en Rojas:

En este día se pone en marcha en persecución de los bárbaros, sin poderle fijar ni la dirección ni rumbo a que se dirige, en razón de que aún ignora cuál sea por los varios a que ellos pueden dirigirse; pero que tan luego sea posible hacerlo con seguridad se apresurará a ponerlo en su conocimiento, lo mismo que del resultado que se obtenga, pues pienso batirlos en el momento que los aviste, no quedándome duda que deben ir muy despacio por el innumerable grupo de hacienda que llevan. En esta virtud V.S. puede hacer sus marchas con arreglo a estos conocimientos, y si le fuese posible, no dejar de avisarme poco más o menos el paraje donde piensa esperarlos.

De acuerdo a su táctica, los indios arreaban el producto de sus robos de hacienda en grupos separados, para desorganizar y debilitar a las tropas que los persiguieran, pero el mismo día el general Ángel Pacheco (Comandante de la Frontera Norte) cursó similar aviso a Lagos:

Un cautivo de los que llevaron de Desmochados y hace diez días escapó de los toldos, dice que los ranqueles en número de 300, y algunos chilenos, vienen a invadir por Salto y Pergamino; que considera que a la fecha traerán once días de camino. Lo pongo en conocimiento de V.S. para que inmediatamente tome las medidas que juzgue a propósito, haciendo reunir alguna milicia y dando órdenes sobre las caballadas.

El edecán del Gobernador López volvió a advertir al coronel Lagos de acuerdo a lo determinado por el mandatario:

Que la fuerza santafecina llegaría al fuerte de Melincué como a las doce del día, y que V.S. deberá seguir su marcha en dirección a Zapallar, por donde deben hacer su retirada los enemigos. Estos aun ayer a puestas del sol no habían pasado, porque el comandante de este fuerte encontró como 200 caballos maneados en el punto indicado. S.E. el General me ordena diga a V.S. que estima con fuerzas considerables a los enemigos, y que es ocasión de concluir con ellos, en cuya virtud se servirá V.S. así que se aproxime en estos destinos, le avise la altura en que se halle para combinar el ataque.

De tal manera, elementos de Santa Fe y Buenos Aires operarían en forma combinada. El 20 de diciembre López estaba en el fuerte de Melincué con 400 milicianos —“después de haber sufrido una horrible tempestad de viento y agua copiosísimas”, asentó él mismo—, calculando que por la ubicación de los caballos dejados en reserva por los indios para asegurar una retirada acelerada, marcharían a Tierra Adentro por la cañada de los Leones. Escribió a Lagos:

Según el innumerable número de haciendas que traen en su arreo, y la penosa noche que todos hemos pasado a la intemperie, se hallan hasta estos momentos, a mi juicio (que son las ocho de la mañana), atrás de las direcciones de este fuerte, en que estoy dando descanso a mi tropa y espero nuevos resultados de la vigilancia.

Insistió en la conveniencia de reunirse “para darles el golpe jefe, que quizá sea el escarmiento para siempre”. El coronel Hilario Lagos se aproximaba a marchas forzadas: en dos días no se carneó para no demorar a su División, consistente en 400 veteranos y 100 milicianos. De su lado, los indios ascendían a más de 1.000 lanceros.

El 21 de diciembre se unieron López y Lagos en la guardia de Melincué, “marchando con todas las precauciones que indicaba la prudencia militar”—es siempre López quien escribe—, y al día siguiente antes de mediodía sus exploradores anunciaron que los enemigos se alistaban para enfrentarlos en cercanías del fuerte de Loreto, próximo a la laguna Zapallar. El coronel Lagos fue destinado con su División a operar sobre su retaguardia para cortarles la retirada, mientras el general López organizó a su fuerza en dos Divisiones (comandantes Ramón Sorayre y Pedro Pablo Moreyra), atacándolos de frente. Expresó el Gobernador en su parte:

Se cargó con la mayor intrepidez a los bárbaros, que parecían dispuestos y decididos a hacernos frente, mas volvieron caras y huyeron vergonzosamente a la vista sola de nuestros uniformes; y entonces se les persiguió y acuchilló en todas direcciones por más de tres leguas.

Lo mismo relató Hilario Lagos: “Fueron acuchillados algo más de cuatro leguas de distancia y murieron, como es consiguiente, muy muchos de ellos”. Muy pocas, en cambio, fueron las bajas porteñas y santafecinas, contándose entre estas últimas al capitán Santiago Cardozo y al ayudante Estanislao Zeballos, heridos levemente. Describe el general Juan Pablo López en comunicación al Comandante de Armas de su Provincia:

El resultado de tan brillante y feliz jornada ha sido el arrancar del poder de los salvajes el inmenso número de hacienda de todas clases que habían robado de nuestra desgraciada campaña, matarles al cacique Quiñimay, al capitán Andrés Quiñimay, más de 100 indios y entre ellos varios cristianos, tomarles 7 prisioneros, rescatarles infelices cautivos que llevaban, y escarmentarlos ejemplarmente; siendo sensible que el pérfido y traidor unitario Baigorria que los capitaneaba, según declaración conteste de los prisioneros, se salvase por la bondad de su caballo y se evadiese del castigo a que es acreedor por sus maldades y por sus horrendos crímenes.

La alarma era constante: en marzo del año siguiente el general Pacheco volvió a advertir al coronel Lagos que según aviso recibido, "*en esta luna invadirán como 200 a 300 indios, con el solo objeto de arrebatar caballadas, por Federación [Junín] o por las puntas del Sauce*". Deseaba Pacheco que se los persiguiera "hasta más allá de sus mismas tolderías", incorporando a las fuerzas de Rojas el escuadrón 4 de línea que estaba en dicho fuerte Federación, lo que finalmente no pudo ser ejecutado, aunque en mayo de 1839 un cuerpo ligero al mando del mayor Francisco Iturra, despachado desde Bahía Blanca, derrotó a indios comandados por el cacique Mauli.

De todos modos, la ofensiva de los indios no cesaba, y demostración de ello fue el ataque que llevaron en la madrugada del 20 de agosto, sobre el mismo campamento de la División Granada, en Tapalqué.

Era la revancha planeada por varios caciques confederados, para imponerse a las tropas cristianas. Más de 2.000 salvajes, conducidos entre otros por el refugiado *unitario* Manuel Baigorria, sorprendieron al Regimiento *Libertad*: "Cayeron como una tromba sobre el acantonamiento en el momento en que se pasaba lista de diana, a pié, frente a los alojamientos", relata el entonces cabo Donato Álvarez.

La reacción de los veteranos fue instantánea y los jefes organizaron la resistencia, con la disciplina que caracterizaba a ese cuerpo, abriendo fuego sobre los atacantes, que habían calculado asaltar el reducto cuando todavía la tropa dormía. Sin persistir en la lucha, los indios se retiraron, esta vez perseguidos por los soldados, librando nuevo y tenaz combate a una legua de distancia, durante varias horas. En un momento del choque individual o por grupos, luego de una carga, el caballo del teniente coronel Ramón Bustos quedó inmovilizado por boleadoras, rodeado de enemigos. Álvarez, que lo acompañaba en calidad de trompa de órdenes, no vaciló en desmontar para cortar con su cuchillo las ligaduras, liberando los movimientos de su jefe, pero al montar recibió una lanzada en el pecho, "no grave por fortuna"...

Por fin los indígenas se internaron en el Desierto, dejando centenares de cadáveres, y habiendo causado varias bajas, entre muertos y heridos, al Regimiento, entre cuyos heridos se contaron el teniente coronel Bustos, los capitanes Duarte y Recabarren, y 34 soldados.

Las operaciones que siguieron al levantamiento de los *Libres del Sur* a fines del mismo año, con la presencia de muchas tropas de la Provincia, hicieron que prudentemente los indígenas dejaran en paz, por el momento, a la campaña bonaerense. Mas no tardaron en presentarse otra vez: el comandante del fuerte *Argentino*, coronel Martiniano Rodríguez, descubrió una "rastrillada" de indios enemigos en el arroyo Salado, camino del fuerte *Independencia*, y a su regreso la invasión pudo ser escarmentada (febrero de 1840). En el interin no había cesado el vandalismo en el sur santafecino y en las villas cordobesas de Río Cuarto y La Reducción.

La lucha interna entre argentinos ocupó la atención y recursos de los Gobernadores de las Provincias asoladas por los salvajes. Pero concluida la guerra en el Norte con la derrota liberal en Famaillá, en Cuyo con la de Rodeo del Medio, y en la Mesopotamia con Arroyo Grande, varias unidades del Ejército Federal quedaron en condiciones de poder ocuparse de la defensa de la frontera.

Se ha mencionado en varias páginas anteriores el nombre de Manuel Baigorria, el más importante de los *refugiados* cristianos en las tolderías indígenas. Este célebre guerrero fue uno de los escapados a la derrota y disolución de la "Liga del Interior" que había organizado el general Paz en 1830, y cuyos últimos estértores en el Sur cupo mantener a los coroneles Pascual Pringles y Juan Gualberto Echeverría. Ya me he ocupado, en el tomo I de la presente obra, de tales sucesos. Cabe ahora referir en particular las andanzas de Baigorria, que se prolongaron por varias décadas más.

Este sujeto singular, con el grado de alférez, fue de los que buscó amparo en el Desierto luego de la prisión de su jefe el coronel Luis de Videla, dispuesto a arrostrar cualquier infortunio antes que someterse a los *federales* que odiaba. Quedó amparado por Yanquetruz, y junto a éste se batió contra el general Ruiz Huidobro, comandante de la División Centro (1833) en Las Acollaradas. Era valor entendido que los blancos que se asilaban en las tolderías de los indios, debían participar en las correrías de estos a guisa del pago de su hospitalidad. Y no todos los *huincás* allí residentes eran refugiados políticos: abundaban los gauchos bandidos escapados de las autoridades por sus fechorías, y naturalmente, los numerosos cautivos, más o menos maltratados (los niños y jóvenes —y mujeres— eran considerados por los indígenas como elementos asimilados a su vida).

Manuel Baigorria confiesa en sus "memorias" del año 1868 —hablando en tercera persona, pues seguramente las dictó—:

"Los hijos de Llanquetruz entraron a quererle, muy en particular Pichún, Carripilú y Pailla, después de largo tiempo y algunas invasiones. Baigorria andaba siempre en todas".

Su nombre pronto se hizo conocer y fue temido por su ánimo resuelto, al punto que el Gobernador Rosas llegó a ofrecer a los caciques varias ventajas si se lo entregaban. En vano: en cierta oportunidad en que aquel cayó enfermo, y Yanquetruz debió alejarse de su morada, montado a caballo y con la lanza en la mano, anunció amenazadoramente a las mujeres que cuidaban a Baigorria: —*¡Que vuelva yo y lo halle enfermo! ¡Sabré lo que he de hacer!* En otro sentido, el valor de este capitanejo cristiano debía probarse en toda ocasión para hacerse merecedor de ese trato preferencial, y no faltaban las ocasiones para que le costara caro. Cuenta él mismo una de ellas:

"Baigorria y sus compañeros siguen las incursiones con pequeña fuerza, que sólo constaba de 40 y tantas lanzas. Dos invasiones fueron encabezadas por Elan: nadie los peleó. La tercera fue encabezada por Guete; entonces los peleó la fuerza del coronel Sosa sobre el arroyo del Sud y en el paraje denominado Cuchi-Corral: allí fue herido gravemente Baigorria, 2 muertos y 15 heridos más; sin embargo derrotaron a los cristianos".

Y pasa a describir su infortunio:

"Baigorria se topó con el teniente o capitán don Sebastián Domínguez; este último recibió primero un hachazo en la cabeza, pero en seguida le descoyuntó a Baigorria el dedo pulgar de la mano derecha, llevándole también la quijada del sable. Domínguez que va a separarse de la lucha en que están, Baigorria recibió un balazo en la cara y cayó desmayado. Cuando Baigorria vuelve de su desmayo se halló debajo de su caballo y 2 muertos en sus inmediaciones, y mas 4 o 5 lanzas de los que también han sido heridos por defenderlo. Baigorria, que volvió en sí, aunque herido, tomando una lanza salió al frente de los indios, que ya estaban un poco acobardados, reanimándolos".

Luego de la fuga de la tropa enemiga, el indio Panchito que lo había defendido al caer, "cuando vio a su amigo en el estado que estaba, perdió la esperanza: los dos brazos heridos y la cara colgando a extremo de tener la lengua en el aire. Baigorria, falto de sangre, cayó después en un largo letargo". Con los cuidados que se le prodigaron —"le lavaron la herida con orines, y ataron con gran prolijidad"— salvó su vida, "ayudado del Cielo".

La vida de Manuel Baigorria siguió en medio de incidentes que no hacen al relato general, hasta la muerte del cacique Yanquetruz (1838), a quien sucedió en la jefatura de la tribu ranquel su hijo Pichun.

"Pasaron algunos tiempos en sus operaciones vandálicas, de las que no hace referencia. Baigorria sufría las persecuciones tenaces de Rosas, pero Pichun lo sostenía como fiel amigo".

Al conformarse la *Coalición del Norte* y avanzar hacia el sur el general Aráoz de La Madrid (mayo de 1840), éste buscó su concurso, como quedó referido en el lugar pertinente de este mismo volumen. La fama de Baigorria se había extendido y su poder crecido en alas de la fantasía, al punto de especularse con una decisiva influencia de su parte en las operaciones. El propio La Madrid le escribió:

Mi estimado compatriota y amigo: Con un placer indecible tomo la pluma para dirigirme a Ud. haciéndole saber que me hallo en la capital de Córdoba, y siempre ocupado en defender los derechos de nuestra causa; y no dudo que Ud., como liberal de corazón, no dejará de trabajar cuanto le sea posible por nuestra causa y Patria, que tan caro nos cuesta. Espero también que a la mayor brevedad me noticie lo que haga al respecto por esos mundos. Usted que me conoce, también mi modo de ser, ofrézcame a mi nombre a Pichun y Painé por su mejor amigo. De Ud. como siempre

Gregorio Aráoz de La Madrid

El resultado de esta incitación fue la ocupación de la ciudad de San Luis por Baigorria en compañía del comandante Eufrasio Videla con los caciques Pichun y Painé, lo que por cierto no resultó una alianza cómoda:

"Videla y sus compañeros, como que habían iniciado la revolución, se creían con derecho para disponer sus operaciones políticas como civiliza-

dos, sin acordar que sus aliados y sostenedores no eran civiles, y éstos querían que las operaciones fueran a su contento y según sus costumbres, lo que no podía ser. Baigorria se hallaba entre la espada y la pared".

Se indicó en el lugar pertinente (capítulo VI) que estalló un conflicto cuando el cacique Painé quiso ejecutar al Gobernador Calderón caído y a sus principales acompañantes, a lo que el comandante Eufrasio Videla se negó con energía. No sin dificultad los prisioneros pudieron ser respetados, excepto el secretario del mandatario, al cual lancearon los indios. Éstos no pudieron ser contenidos en el saqueo de los ganados de los alrededores, aunque el centro del pueblo se libró de sus excesos, no así algunas casas de los suburbios. El compromiso final entre cristianos y salvajes consistió en que la tribu se contentase con el arreo de hacienda, sin causar víctimas a los *federales*, entre los cuales fueron despachados a Córdoba los jefes más comprometidos en la lucha contra los indios, para salvarlos de represalias: "*Los reos don Juan Pablo Sosa, don Domingo Meriles y don Pedro Bargas, todos 3 con una barra de grillos cada uno y en una carretilla*". Así lo anunciaba el comandante José Celman el 26 de octubre de 1840, encargando su custodia al mayor Carlos Samamé.

Sin haberse logrado la conjunción con el general La Madrid, Videla y Baigorria retornaron al territorio de los ranqueles, ahora acompañados por un nuevo conjunto de emigrados internos, participantes en la deposición transitoria del Gobernador rosista: los futuros jefes del Ejército Argentino Gerónimo Laconcha, los hermanos Juan, Felipe y Francisco Saá, José de la Cruz Gorordo, Feliciano Ayala y otros oficiales subalternos. La Madrid y el comandante de Río Cuarto, don José Celman, obsequiaron a los indígenas con caballos y yeguas, y les devolvieron algunos prisioneros tomados en *Tierra Adentro*. No mucho después, fue el general Lavalle quien envió ante Baigorria a los capitanes Domingo Gatica y Antonino Lucero para establecer contacto, luego de ser derrotado por Oribe en Quebracho Herrado (noviembre de 1840). Nada resultó de ello; y a poco Baigorria sostuvo un choque de poca importancia con una fuerza puntana comandada por el coronel Manuel Lucero.

Los Videla, Baigorria y los hermanos Saá intentaron unirse luego (mediados de 1841) al Ejército de La Madrid que operaba contra los Gobernadores federales Benavides y Aldao, y sostuvieron combates contra sus enemigos, pero igualmente sin resultado positivo. Para esta época habían conformado el denominado *Escuadrón de Voluntarios*, integrado íntegramente por cristianos.

De tanto en tanto, Baigorria y sus compañeros blancos proseguían colaborando con los ranqueles, tratando de tranquilizar su conciencia con el pretexto de que lo hacían contra las autoridades rosistas, al paso que aquél procuraba evitar que los malones se llevaran contra su natal San Luis (no siempre con éxito). En mayo de 1843 participó en una invasión al norte de la Provincia de Buenos Aires, y luego en el ataque y saqueo de Cruz Alta. A este respecto, es ilustrativo saber que, habiéndose negado el cacique Painé a acompañarlo, el mismo recibió esta insidiosa carta del 23 de diciembre por parte del mayor Pedro Bargas desde Río Cuarto, reveladora de los contactos que a veces mantenían los enemigos de raza:

En tu carta me dices que Baigorria ha ido a pedirte licencia para venir a invadirnos porque Madrid y otros generales unitarios han triunfado; que vos le has negado la licencia, y me aseguras que no invadirán nuestra Provincia por la buena amistad en que estás con mi Gobierno y conmigo. Me alegro mucho que conozcas lo muy favorable que te es nuestra amistad. Pero yo y mi Gobierno hemos estado engañados, pues al mismo tiempo Baigorria con cristianos e indios invadieron el pueblito de Cruz Alta, robaron hacienda, mataron soldados y cautivaron familias. ¿Qué te parece, amigo Painé? ¿Nos has engañado o no? ¿Tenemos motivos para agraviarnos? Vos, por la mentira y picardía de Baigorria y esos unitarios que te mienten que triunfan, les consientes que nos invadan. Una ofensa tan grande como la que hemos recibido es preciso nos des una satisfacción, porque amigo Painé, yo estoy seguro que vos no tendrás la culpa sino Baigorria.

Pero el cacique Painé no era de esquivar responsabilidades. Escribió en enero de 1844 que él no podía dejar que su tribu muriese de hambre, y reclamó con violencia la entrega de los prisioneros en poder del Gobernador López de Córdoba en breve término:

Si a estos pobres indios que tiene los quiere matar, que los mate; no me hacen falta. Los demás que me quedan vengarán esos agravios. Si al plazo que le pongo no vienen mis indios, estaré a la mira para ese lado, ya que serán enemigos. Yo no he de hacer en peleas como mi amigo López, que manda una porción de infelices a hacerlos matar: yo mando mis indios y voy junto con ellos porque no temo la muerte.

Sin embargo, en ese año murió Painé Guor, y fue sucedido —luego de Pichun— por su hijo Calvin (conocido por “Galván” entre los blancos).

Como a lo largo de los años muchos de los enemigos “unitarios” abandonaron a los ranqueles por no soportar la vida miserable que llevaban —entre los cuales los hermanos Saá, que se presentaron a las autoridades de San Luis—, el cacique Calvin sospechó que Baigorria amparaba su desertión, y que él mismo se fugaría. En consecuencia, con el propósito de tranquilizar los ánimos, éste se casó con una hija del cacique pampa Ignacio Coliqueo, y pese a los sobresaltos consiguientes al espíritu desconfiado de los indios, nada le ocurrió. Manuel Baigorria permaneció viviendo entre los salvajes, añorando cada vez más la civilización a que no podía incorporarse: “su espíritu se abatía, recordaba su país, recordaba quién había sido y quién era en la actualidad triste”, evocaba años después. Su celebridad hizo que los federales le adjudicaran muchos malones en los cuales no tomó parte.

Uno de los cuerpos porteños destinado a custodiar el sur de Santa Fe fue el Regimiento 3 de Caballería (coronel Vicente González), el cual quedó a una legua de Rosario, prestando apoyo a las fuerzas locales comandadas por el teniente coronel José Agustín Fernández. No tardaron los nombrados en entrar

en acción, puesto que el 31 de diciembre de 1842 se recibió un parte comunicando que los indios invadían por la horqueta del Saladillo de Rosario. Sin perder tiempo las tropas cristianas se movieron hacia las “puntas” (nacimientos) del arroyo Pavón, donde se situaba un fuerte de reciente construcción. Desde allí llegó un fugitivo anunciando que el malón había derrotado a la guarnición del fuerte Nuevo, matando 39 soldados e hiriendo a casi todo el resto de la tropa: su jefe el capitán Soto y el alférez José Muñoz, ambos heridos, pudieron salvarse aunque fueron tenazmente acosados. El comandante santafecino en esta oportunidad consideró más prudente no atacar a los indios.

No fue ese el único contraste en aquella región, puesto que también el fuerte de la Horqueta fue asaltado y derrotada su guarnición. El entonces capitán Prudencio Arnold describió en sus apuntes:

“El desastre de la Horqueta consternó a toda la población; impresionó más todavía cuando se supo que la invasión salvaje había regado los campos también con sangre, sacrificando varios vecinos y cautivando algunas familias, sembrando la desolación en toda esa parte de la campaña hasta las costas del Carcarañá. El 8 de mayo de 1843, como a las nueve de la noche, sorprendieron los indios una partida avanzada que comandaba el capitán Cruz Hernández: esta partida estaba destacada como a cuatro leguas de las puntas del arroyo del Medio. Los indios la acometieron escapando solamente un cabo, el cual, por el gran rodeo que le obligaron a hacer, pudo llegar con el aviso del desastre a mi campo a la una a.m. del día 9”.

El capitán Arnold sólo contaba con 18 caballos, pues la caballada de su unidad pastaba lejos y pudo ser arrebatada a sus custodios por los indios. Pero ese valiente oficial no vaciló:

“En esta defectuosa y escasa cabalgadura salimos a probar fortuna, tomando el rumbo que me pareció podía servir de retirada a los invasores con el botín. A poco andar vimos 34 indios: abandonando el arreo que traían, se interponían entre nosotros y el campamento, trayéndonos en seguida un violento ataque con toda la furia de sus caballos; ataque que resistimos con entereza, entreverándonos con ellos. El resultado de este encuentro fue de 3 indios muertos, 2 mujeres y 1 muchacho cautivos rescatados, y también una parte de la caballada mezclada con yeguas. Por nuestra parte tuvimos un soldado herido de chuza y yo en una mano por golpe de bola”.

Arribó en eso el resto de la División del coronel González y persiguió a los invasores hasta la laguna de Cardozo, sin poder impedir que su grueso pudiera escapar con el fruto de su saqueo.

Refiere el después coronel Arnold:

“El 2 de octubre del mismo año ocurrió otra invasión más formidable: 1.000 y tantos indios invadieron por ambas márgenes del arroyo del Medio, penetrando hasta cuatro leguas de San Nicolás, cautivando y robando todas las haciendas que encontraron en su correría”.

Las memorias de Arnold ofrecen detalles de las operaciones usuales en dichas emergencias, que merecen reproducirse:

"El primer *bombero* que vino me indicó el rumbo por donde salían los primeros arcos de hacienda que llevaban los indios, dejando la cañada de la Paja de por medio. El segundo bombero confirmó todo, agregando que los invasores eran numerosos. Ordené inmediatamente ensillar los caballos de pelea, que conservaba siempre de tiro para estos casos, pasando un nuevo parte a mi jefe, quien mandó también ensillar el caballo de reserva que tenía en la caballada de arreo. A poco andar pudo observarse que los indios revoleaban los ponchos, repitiéndose esta operación hasta donde la vista los alcanzaba a distinguir. Esta maniobra es un singular telégrafo de señales que acostumbran a usar y que significa novedad en el punto donde se opera, por lo cual deben concurrir allí todos los demás con suma prontitud".

La mitad de un escuadrón mandado por un capitán se adelantó para obstaculizar el paso, mientras el resto (160 hombres) seguía en su protección. Pero dicha avanzada fue envuelta por los indígenas y derrotada. Prosigue el capitán Arnold:

"En vista de esto mandé tocar al trote, y llevando esta velocidad de marcha pasamos el cañadón, y en seguida les llevamos el ataque, al que los indios no resistieron. En este estado vimos venir dos guerrillas a gran galope de la División, que estaba mudando caballos, llevando la dirección del centro de la indiada. La confusión se produjo entonces en los salvajes, pronunciándose en completa derrota. De este choque resultaron muertos 2 soldados de mi escuadrón, aunque bien pudieron ser muchos más".

Como consecuencia pudieron rescatarse más de 20.000 cabezas de ganado vacuno, y 300 caballos traídos de las tolдерías, muchos de ellos ensillados. Además se capturaron "algunas prisioneras" (mujeres que ayudaban al arreo de lo robado) y se rescataron 14 cautivas: a los hombres, por lo general los indios les daban muerte.

En abril de 1844 un malón de 600 indígenas conducido por el "coronel" Manuel Baigorria invadió por el mismo lugar —proximidades del arroyo del Medio—, volviendo a apoderarse de las haciendas de la zona, pero la División del coronel Vicente González le infligió una completa derrota en el lugar de Los Chañaritos, de noche, recuperándose lo que aquellos habían obtenido. Quedaron muertos 8 indios y 2 prisioneros, habiendo perdido caballos, monturas y armas, aunque sin lograrse que Baigorria fuera aprehendido.

En el mismo año el capitán Prudencio Arnold debió acudir con 100 hombres de su escuadrón a custodiar un arreo de 6.000 vacunos hasta Córdoba. Pero los ranqueles fueron anoticiados de ese transporte, por lo que era de temerse que intentaran darles un golpe para arrebatarlo. En Corral de Bustos se incorporó Arnold al propietario del ganado, que fue amparado con 25 carabineros a su cabeza, otros tantos en el centro, y los restantes 50 a retaguardia junto con la caballada de reserva. La gran cantidad de animales tomaba entre 30 y 40 cuadras de extensión y era imposible mantener una completa vigilancia.

Apenas se había caminado dos leguas en la misma noche de la partida, cuando el Capitán sintió un tropel inusitado a la cabeza de la columna, de cuyo origen no pudo dudarse al ser percibidos toques de corneta de los ranqueles.

Recordó Arnold:

"La confusión consiguiente se había producido. Más de 100 indios y los peones del arreo, vociferando aquellos en su lengua e implorando los segundos el *¡No me mate, por Dios!* se corrían como un oleaje embravecido hacia nosotros, a llevarnos por delante. Muy luego sentí tocar cerca de nosotros al trompa de los indios. Ordené entonces y sin perder tiempo al mío tocar *¡A la carga!*, y nos lanzamos sobre aquel torbellino, chocando primero con las astas de las vacas que venían huyendo en montón, y luego indios y peones, todos mezclados y confundidos por la oscuridad de la noche, pues sólo distinguíamos los nuestros cuando hablaban o mirábamos la chuza de los bárbaros. Y la confusión era todavía peor cuanto la mayor parte de los indios venía esa noche con sombrero chambergo igual al que usaban los peones. En medio del laberinto que se produjo durante el ataque, fui yo a encontrarme con el trompa de los indios, que empezaban a sablearlo mis soldados. Considerando que su muerte era segura, pude evitar que lo ultimasen, salvándole la vida, aunque con tres grandes hacazos: uno en el brazo, otro en las espaldas, y otro en la cabeza. Los indios, sorprendidos en esta refriega, se declararon en derrota, retirándose precipitadamente, perdiendo sus caballos y mulas de silla, y la mayor parte de sus ropas, que para alivianar sus caballos habían dejado amontonada para asaltar las haciendas después de aclarar el día".

5

Quedó señalado que los indios no dejaron de hacer sus entradas a través de la extensa frontera vigilada por fuerzas insuficientes para impedirlo, con variada fortuna. A veces se lograba escarmentarlos, quitándoles lo robado, pero en otras oportunidades los salvajes burlaban la persecución y ponían a salvo el resultado de sus rapiñas, y lo que era más penoso, la cautividad de sus prisioneros, que pocas veces podían recuperar sus familiares a cambio de los rescates pagados. En 1846 *La Gaceta Mercantil* del 10 de junio recogió el parte del general Pacheco, comandante de la frontera norte de Buenos Aires, sobre el alcance y dispersión de indios ladrones por la columna mandada por el mayor Eugenio del Busto. Era la táctica de los indígenas el abandonar parte de sus arcos para interrumpir el acoso, entreteniéndolo a la tropa en rescatarlos, mientras ponían a buen recaudo al resto.

A principios del año 1847 algunos caciques tentaron formalizar una paz con los Gobiernos de San Luis y Córdoba, el último de los cuales, general Manuel López, escribió a su colega el coronel Pablo Lucero:

Le tengo dadas las órdenes convenientes al Comandante General de la Frontera del Sud, don Pedro Oyarzábal, para que se persuadan de que a ellos más les conviene la paz que la guerra, y que los cristianos no se-

ría difícil que les pegasen un golpe el día menos pensado; pero golpe de gran escarmiento.

Mas la iniciativa no tuvo suerte. En cambio, una gran invasión destinada a atacar El Morro y Achiras se llevó a cabo en la primera luna del mes de marzo de 1847. En los adueros de Trapal acordaron encabezarla los caciques Painé y Pichun, de espantable fama. Cayó el malón primero sobre el fortín Lince, al cual arrasaron quitando la vida a sus pocos defensores, y luego asaltaron la villa del Morro, que saquearon y de donde se llevaron numerosos cautivos. Tras estos y otros terribles sucesos iguales, en diciembre, el Gobernador Lopez de Córdoba anunciaba al de San Luis, desde La Carlota —a donde se había dirigido “deseoso de refrenar la audacia de los indios ladrones del Sud, y de escarmentarlos en sus correrías y robos”—, las dificultades que obstaron a su propósito:

Desgraciadamente he encontrado desde el río Tercero para acá los campos quemados, y en una seca tan espantosa, que no hay posibilidad de mover con libertad ni las partidas exploradoras hasta la mitad del camino del río Quinto. Las caballadas que tiene esta División tampoco prometen la menor esperanza de prestar un servicio activo, por estar aniquiladas y sin fuerza por la flacura.

Tales inconvenientes, y otros como la carencia de tropas para cuidar un vasto territorio, alejadas entre sí las reducidas guarniciones pobremente equipadas, impidieron una defensa adecuada de las villas y sus habitantes, y de los mismos fortines, que no pasaban de ser unas precarias instalaciones. Soldados, estancieros, comerciantes, tanto los residentes en sus asentamientos como quienes se trasladaban de un lugar a otro, eran frecuentemente víctimas de las salvajes tribus durante sus correrías.

El Mensaje anual elevado en 1847 por el Gobernador de Buenos Aires a la Sala de Representantes de la Provincia, es bien revelador de los malones indios, y de varios de los combates que contra ellos sostuvieron las tropas de la extensa frontera.

En 1848 el coronel Vicente González anunció que en Santa Fe se volvió a vencer en la laguna Larga, el 27 de febrero, a invasores indígenas, con las tropas conjuntas de Santa Fe y Buenos Aires comandadas respectivamente por el teniente coronel José Agustín Fernández y el capitán Prudencio Arnold, distinguiéndose en el combate el mayor Juan Pío González. Por el contrario, el sur de la Provincia de San Luis fue recorrido casi impunemente por los ranqueles, que si el 15 de mayo pudieron ser batidos cerca de la laguna del Zarco por el Regimiento de Dragones, pocos días después un destacamento del mismo fue sorprendido y exterminado por los indios, al igual de lo que sucedió en Córdoba durante un par de encuentros, en uno de los cuales (en Ojo de Agua) perdieron la vida el mayor Fernando Ferreira y 55 entre suboficiales y soldados, contra 7 indios muertos. A fin de prestar un mejor servicio, el 1º de junio de 1848 el Gobernador Lucero de San Luis designó por jefe de los Dragones de la Unión, al teniente coronel Domingo Meriles, con destino en el fuerte del Morro.

Triunfos y derrotas se contaron por igual para uno y otro bando, agotando recursos y manteniendo la angustiosa vigilancia entre cada maloca indígena. Los pobres patrimonios de porteños, santafecinos, cordobeses y cuyanos eran sistemáticamente saqueados por los nativos, quienes al carecer de industrias propias, subsistían con el producto de los robos —a veces entre ellos mismos—, que comerciaban en Chile, en donde recibían los elementos precisos para sus depredaciones: armas, ropas, equipos para sus montados, y los vicios de entretenimiento: tabaco y alcohol.

Vaya como muestra de tantos otros casos similares, el combate librado en la laguna Amarilla, cerca del límite entre San Luis y Córdoba, a principios de noviembre de 1849; encuentro célebre y antes controvertido en algunos detalles, ahora aclarados por fuentes concluyentes. Sucedió a consecuencia de una entrada del cacique ranquelino Quichusdeo, que al ser conocida por el teniente coronel Domingo Meriles, movió a éste a salir a su encuentro.

Llegado Meriles al lugar del Lechuzo, se impuso por sus avanzadas que los indios acababan de irse del mismo sitio, y aunque carecía de caballos de reserva para montarlos en el momento del choque, comenzó a perseguirlos. Designó como jefe de su vanguardia al capitán Isidoro Torres, avezado en las lides de frontera, quien era denominado *El Bocón* por su costumbre de hablar fuerte sin eufemismos. Éste llevaba como segundo al teniente Ciriaco Ponce, y el teniente coronel Meriles indicó que los acompañara Juan Saá, como conocedor del terreno y de la idiosincrasia de los ranqueles por haber vivido entre ellos. La tropa de vanguardia se componía de 41 hombres.

“A todo lo que daban los caballos” —precisa un vecino del Morro que formaba parte de esa fuerza— se alcanzó a los indios, pero desorganizada la partida de soldados por la mayor velocidad de algunos, al llegar a la laguna Amarilla se toparon con la tribu acampada, que les salió al encuentro y les produjo algunas bajas. En ese momento se presentó el capitán Torres con el resto de la vanguardia y organizó un cuadro para resistir la acometida del mayor número de salvajes: alrededor de 500.

El capitán Isidoro Torres ordenó desmontar a su tropa y guardar los caballos en el centro del bañado, disponiéndose a morir causando el mayor número de bajas a sus adversarios, que los superaban en cantidad abrumadora. Mientras los indios preparaban su asalto, Torres señaló una línea de pajas que circundaba la laguna y ordenó a sus soldados: —*¡Nadie me dispare un tiro hasta que yo no dé la voz de fuego!* Era preciso economizar las municiones y asegurar su resultado. Desde las filas de los ranqueles se desprendió un gigantesco guerrero que gritó en su idioma con gran violencia a Juan Saá, mostrando su ira en el rostro y gesticulaciones, tras lo cual se retiró. El capitán Torres inquirió a Saá el significado, y éste se lo aclaró:

—Ese es el cacique Quichusdeo. Dice que dentro de un momento va a desollarme vivo, sacándome gota por gota la sangre, porque era un ingrato que había olvidado el amparo que de ellos recibí cuando huí de los cristianos. Mientras le quede un salvaje nos cargará; mírenlo bien para que lo aseguren en los primeros tiros, pues ha de venir siempre adelante.

Avanzaron los indios con su gritería acostumbrada, contenida la primera carga por la tropa a disparos, a los cuales temían. Dentro de la laguna, el sol-

dado encargado de cuidar la caballada, "con su gorra en la mano rezaba a gritos implorando la misericordia de Dios y de los santos". Aprovechando la momentánea pausa causada por el alistamiento de la segunda ola de asalto, Juan Saá montó en su cabalgadura y dijo al capitán: —*Compadre, mi caballo es veloz y puedo escapar a la persecución de los indios. Voy a dar parte al coronel Meriles de la gravedad que nos ocurre.* El único recurso para sobrevivir era romper el cerco y buscar ayuda; pero Torres comprendió que su intento no pasaría de un sacrificio inútil, y le contestó conmovido: —*No, compadre: bájese nomás. En estos casos los amigos deben morir juntos. Yo le voy a probar este día quién es el Bocón del Morro.*

El segundo ataque indígena resultó más violento, llegándose a la lucha cuerpo a cuerpo, en la cual se sucedieron heroicas acciones individuales, entre ellas cuando un soldado fue derribado y clavado con dos lanzas, matando Saá a sus contendores, siendo que las lanzas sólo habían atravesado el uniforme de aquel. A tiros y golpes de sable fue rechazado un tercer ataque, cayendo herido el propio Quichusdeo, quien fue golpeado por Saá con un fusil empuñado por el caño, pero sin lograr ultimarlos pues fue rescatado por los ranqueles. El cacique escapó prendido a la cola de un caballo, pero murió poco después en su toldería. Esta importante baja evitó que el puñado de soldados y milicianos sucumbiera, pues los ranqueles abandonaron la lucha.

Desde luego, los malones no cesaron en toda la frontera de indefinido límite, con éxitos y fracasos por una y otra parte. Un medio utilizado en la Provincia de Buenos Aires —que contaba con mayores recursos— para mantener la precaria paz con algunas tribus, fue entregarles para su alimento yeguas —que era el preferido, ya que los gauchos no las montaban— y otros regalos. El Gobierno de Córdoba también usó de ese arbitrio para conservar la quietud de los belicosos indios que maloneaban sin poder ser contenidos eficazmente.

Que estos recursos desesperados no rendían el resultado buscado, lo da un parte del teniente coronel Juan Aguilera que el 12 de noviembre de 1851 *La Gaceta Mercantil* publicó sobre una derrota de indios, con una súplica del cacique Collinao para entrar en negociaciones.

Así se mantuvo la situación, sin cambios durante todo el período de la Dictadura del Gobernador Juan Manuel de Rosas.

6

Para no cerrar esta época con lo reseñado, es menester aludir a otra situación, en un teatro distinto y de diferente naturaleza. Me refiero a la penetración de Paraguay en la zona norte de la Provincia de Corrientes, lo que venía prolongándose desde los primeros tiempos de la Independencia.

Las correrías de tropas paraguayas a la banda izquierda del Alto Paraná fueron, en efecto, incesantes, y motivaron que en varias ocasiones las fuerzas militares de Corrientes salieran a enfrentarlas, con variada fortuna. A veces aquellas eran forzadas a repasar el río; en otras ocasiones permanecían ocupando el territorio correntino, estableciendo posiciones fortificadas en las *tranqueras* (sic) de Loreto y San Miguel, recostadas sobre el Paraná.

El problema más grave se produjo durante el Gobierno del general Benjamín Virasoro, una vez concluida la guerra civil argentina, en 1849. En esta época el mandatario aludido dispuso la movilización provincial para poner coto a los avances de Paraguay, ante la presencia de fuertes contingentes enviados por el Presidente de ese país, Carlos Antonio López, quien deseaba asegurar la zona de las Misiones y tener una salida al río Uruguay, para lo cual mandó agrupar una División en la isla Apipé en el Paraná.

El estado descripto hizo que Virasoro ordenara la recolección de armamento y la formación de un Ejército para emprender operaciones definitivas para desalojar a los intrusos de sus posesiones, iniciando una virtual guerra contra aquella República. Conforme a los aprestos indicados, y al Pacto Federal invocado, el Gobernador de Entre Ríos, general Urquiza, organizó una División de las tres armas que puso a órdenes del general Eugenio Garzón, y la Provincia de Santa Fe se comprometió a suministrarle armamento. Asimismo el Gobernador Rosas envió municiones y armas. López, por su parte, destinó al general Resquin que se fortificara en el norte de Corrientes, mientras una fuerte columna que quedó a órdenes del general Francisco S. López —hijo del mandatario— operaba en dirección al río Uruguay, llegando hasta la población de Hormiguero (cerca de la actual Santo Tomé), y trabando ligeros combates con elementos correntinos que comandaba el jefe de la frontera del Uruguay, teniente coronel José A. Virasoro.

Ocurrieron varios combates a lo largo del año, aprovechando algunos opositores liberales para promover una insurrección contra el Gobierno de Corrientes, que fue sofocada al poco tiempo. En general los choques armados fueron desfavorables a los invasores, lo que forzó a éstos a replegarse a sus antiguos acantonamientos sobre el Alto Paraná.

Pero al siguiente año de 1850 se repitió el intento, confiado a dos cuerpos paraguayos de 500 hombres cada uno, uno de los cuales volvió a alcanzar el río Uruguay, recogiendo armamento de Brasil, tras lo cual se retiró después de causar destrozos a su paso, y arreando todo el ganado caballar y vacuno en su retroceso.

Luego de este intento se tranquilizó la Provincia. Las tropas de Paraguay quedaron estacionadas en sus antiguas posiciones sobre el Paraná, describiendo el Gobernador Virasoro (15 de marzo de 1851) la situación:

Se calcula en 3.000 hombres la fuerza paraguaya situada entre las Tranqueras de Loreto y San José. Permanece estacionada de un modo que no llama nuestra atención. Pequeños destacamentos colocados en observación sobre ella, forman la única defensa. Las tentativas que han hecho sobre el territorio no les han dado resultado, pues no han conseguido recursos. En mayo de 1850 hicieron correrías por los campos de Santo Tomé, pero sólo consiguieron destruir su caballada.

A poco, la política y la guerra tomarían otro rumbo.

Bibliografía

- ARNOLD, *Un soldado argentino* cit.
BAIGORRIA, *Memorias* cit.
BALDRICH, *Teniente general Donato Álvarez* cit.
BARRIONUEVO IMPOSTI, *Historia de Río Cuarto* cit.
LAGOS, JULIO ALBERTO, *General don Hilario Lagos*, t. I, (Buenos Aires, 1972).
MANTILLA, *Crónica histórica* cit., t. II.
PASTOR, *La guerra con el indio* cit.
SCHOO LASTRA, DIONISIO, *El indio del Desierto* (Buenos Aires, 1928).
WALTER, *La conquista del Desierto* cit.
ZINNY, *La Gaceta Mercantil* cit., t. III.

CAPÍTULO XII

La empresa constituyente

LA JEFATURA SUPREMA DE LA CONFEDERACIÓN • LA REVOLUCIÓN DE
URQUIZA • CAMPAÑA CONTRA ORIBE • LA ALIANZA CONTRA ROSAS
• AVANCE DEL EJÉRCITO GRANDE • LA BATALLA DE CASEROS

1

Casi medio siglo había corrido desde que en 1810 se iniciara el movimiento que culminó con la emancipación. Pero la independencia debía completarse con la organización política de la nueva Nación, y este fundamental objetivo se dilataba con perspectivas indefinidas al impulso contrario que alentaba el Gobernador de Buenos Aires, general Rosas. Firmemente asentado en el dominio que de hecho ejercía sobre la Confederación Argentina, al cumplirse un nuevo período de mando (1835-40, 1840-45, 1845-50), su poder estaba sólidamente afirmado con la adhesión de todas las Provincias a su voluntad.

El resultado de los levantamientos militares contra aquel estado de cosas, propiciado por varios mandatarios provinciales, había concluido con las victorias de sus Generales adictos, y parecía establecido férreamente y con posibilidades de permanencia indefinida, el control absoluto de don Juan Manuel de Rosas sobre la Nación por entero. Además del triunfo en la guerra civil, incluso para 1850 había solucionado Rosas satisfactoriamente sus conflictos con Gran Bretaña y Francia: con Henry Southern en 1849 y con el almirante Lepe-dour al año siguiente se suscribieron tratados mediante los cuales, por un lado ambas potencias reconocían que la navegación del río Paraná quedaba sujeta a la legislación nacional, aunque por otro, la Confederación Argentina se comprometía a retirar del Estado Oriental a las fuerzas armadas que sostenían la pretensión del general Oribe a presidirlo.

Ninguna oposición se presentaba frente al Dictador, pues agonizaba la resistencia de la ciudad de Montevideo, único baluarte opositor. Inclusive muchos de sus antiguos oponentes, perdidas todas sus esperanzas de ver modificada la situación, retornaron al país. Para no citar sino algunos notorios personajes que empuñaron las armas, pueden mencionarse a los siguientes: en el Norte, al ex Gobernador don Manuel Solá; en Cuyo al coronel Ángel V. Peñaloza; en el Litoral al ex Gobernador don Pedro Ferré y a los tenientes coroneles Juan Manuel Aldao y Luis Hernández; en Buenos Aires al general Tomás de Iriarte, el teniente coronel Pedro Lacasa, antiguo ayudante y biógrafo de Lavalle, al coronel Manuel de Olazábal, a los miembros de los "Libres del Sur" Francisco B. Madero y Matías Ramos Mejía, y el coronel Juan José de Olleros, don Federico de la Barra, ex secretario en campaña del Gobernador

Madariaga, y tantos otros. Existen varios pedidos de autorización para poner fin a una miserable expatriación, a veces impetrados en términos tan humillantes que revelan con incuestionable evidencia la falta de sinceridad del firmante, más que la adhesión que se manifestaba en el documento. Un ejemplo asombroso, al punto que parece una burla a quien va dirigido, es el que sigue (inédito), sin necesidad de ningún comentario:

*¡Viva la Confederación Argentina!
¡Mueran los salvajes unitarios!*

Corrientes, abril 24 de 1848

Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, y Encargado de las relaciones exteriores, paz y guerra de la Confederación Argentina, brigadier general don Juan Manuel de Rosas.

Mi respetable compatriota: Después de cinco años fatales para mí y para la Patria, he vuelto a pisar el suelo que me vió nacer. La rectitud y verdaderos sentimientos federales del actual primer magistrado de Corrientes, la benevolencia del benemérito y esclarecido general don Justo José de Urquiza, y sobre todo la sublime generosidad de V.E., propia de aquellas almas grandes que la Historia del mundo elogia con justicia como singulares y poco comunes; han formado la tabla que me salvó de un naufragio para restituirme a mi siempre idolatrada Confederación Argentina, cuya Santa Causa abracé hasta hoy, a la par de mis compatriotas, desde el año 26, de un modo solemne; protestando a V.E. con la más positiva sinceridad que siempre seré fiel a tan espontáneo pronunciamiento, y para siempre un justo admirador del tino, sabiduría y dignidad con que V.E. ha sostenido el honor de la Confederación Argentina y los imprescriptibles derechos americanos contra las miras detestables que en vano han desplegado los Poderes extranjeros.

Dígnese V.E. admitirme en el número de los gratos por tan importantes servicios a nuestra República y a la América toda; mientras en el último período de mi existencia pido al Cielo conserve la importante vida de V.E., y le ofrezco los insignificantes servicios de este su admirador, compatriota y obsecuente servidor Q. B. S. M.

Pedro Ferré

Por eso, cuando en 1850 iba a vencer otro lapso legal para que Rosas ejerciera ese Poder absoluto, nuevamente se puso en marcha la tendencia favorable a su permanencia en él. Los representantes del pueblo porteño procedieron una vez más a reelegirlo Gobernador, insistiendo en rechazar su dimisión, que fundamentaba en que su estado físico le impedía ocuparse de los negocios públicos. Esta vez los términos de la nota con que la Legislatura le hizo saber su decisión (15 de diciembre de 1849), resultan elocuentes para medir el grado de sometimiento logrado, pues se le concedía la dictadura vitalicia y con carácter irresponsable, en cuanto quedaba eximido de rendir cuenta de sus actos, y aun dejando a su discrecionalidad el trabajo:

Queda ya impuesto V.E. de la voluntad soberana del pueblo, que le prescribe continuar en el mando, pero sin la postradora tarea que hasta aquí. Aún cuando de esta determinación resultaran demoras, sean cuales

ellas fuesen, sean cuales fuesen los asuntos demorados, los Representantes y los ciudadanos representados afianzan las consecuencias con sus vidas, haberes, fama y porvenir; porque vida y haberes, fama y porvenir, todo quedaría perdido de otro modo para la Confederación Argentina

Todo queda de nuevo a disposición de V.E., y sabe el mundo que el pueblo argentino jamás comprometió en vano tan augustos intereses. Si del presupuesto proceder resultaran demoras en el despacho de los asuntos públicos, sean de la clase y naturaleza que fuesen, aún de aquellos de más elevación nacional, que la sufran, Señor.

¿Qué importaría esa espera, que tanto atormenta a V.E., cuando se trata de evitar que esos y todos los asuntos, y todos los intereses y todas las personas, nacionales y extranjeros, se hundan en un abismo, como sucedería si V.E. faltase del mando? ¡La guerra en el caos! No la queremos, y para precaverla, nada es que esperen su despacho muchos asuntos por años y por años.

Éste es el dictamen de la razón, éste es el voto del pueblo: que V.E. continúe en el Gobierno sin la afligente tarea que hasta ahora, con la comodidad, con el reposo, con los goces indispensables para conservarse.

Debe tenerse presente que la renuncia del general Rosas abarcaba dos funciones: por un lado, al Gobierno de Buenos Aires, que competía a la Legislatura de esta Provincia aceptar o rechazar, y la cual se expidió en los términos arriba transcritos. Pero por otro, la dimisión al mando local involucraba la devolución al resto de la Confederación de los poderes delegados por sus integrantes para dirigir las relaciones exteriores en nombre de cada uno de ellos, al dejar su función. Y los Poderes públicos provinciales, en esta instancia decisiva, superaron la mera jurisdicción porteña, elevando a Rosas a la jerarquía de "Jefe Supremo" de la Confederación. Consideraron que sin tener en cuenta la órbita de acción circumscripita a la región bonaerense, debía colocarse a la cabeza de todo el país.

La conformidad fue total, borrando por completo el último vestigio de organización federal que se invocaba, siquiera en la formalidad de los enunciados.

Las declaraciones consagraron legalmente las facultades omnímodas que de hecho ya usaba el Dictador de Buenos Aires, extendiéndolas cada una del resto de las Provincias en su respectivo territorio. El 6 de noviembre de 1849 el Gobernador de Córdoba, general Manuel López expresaba a la Legislatura local que la permanencia de Rosas "a la cabeza de los negocios generales de la Nación es una suprema necesidad", y el cuerpo aprobaba este reclamo. El 14 del mismo mes la Cámara Legislativa de Mendoza declaró que depositaba en aquel "la suma de todas las facultades y derechos que conserva, para que el general Rosas haga de esta autorización el uso que en su alta sabiduría estime conveniente". El 25 de enero de 1850 la Provincia de Salta reconocía a Rosas "en el elevado carácter de Presidente de la Confederación", confiriéndole "la suma del Poder público que le es propia". El 5 de febrero la Sala de Representantes de San Luis expresaba que admitir su renuncia sería "lo mismo que quitar el sol de su eterna carrera, para dejarnos en sempiterna confusión", por lo que se negaba a separarlo "del mando supremo que le ha confiado la Confederación Argentina en los ramos nacionales". El día 28 la Legislatura de Santa Fe se adhería a que el gobernante porteño continuara en el "mando supre-

mo de la República". Y por el estilo las demás Provincias, convirtiendo la autoridad del general Rosas en nacional.

Con todo, en alguno de los documentos aludidos se deslizaba al pasar alguna referencia molesta para este último, como en el mensaje del Gobernador de Catamarca a la Sala de Representantes de su Provincia, el 29 de diciembre de 1849, cuando aludió a que tras la paz obtenida con Gran Bretaña y Francia, pudiera *"ver quizá no muy distante constituida la República Argentina, como dichoso término de nuestras fatigas, y principio deseado de nuestra tranquilidad, elevación y gloria"*. El documento era interno; pero cuando el 5 de marzo de 1850 el Gobernador de La Rioja hizo saber a Rosas que esta Provincia lo investía en el carácter de *"autoridad suprema Ejecutiva Nacional"* —aclaraba— *"mientras la República Argentina no se organice y establezca su Código Constitucional"*, e insistió en que lo reconocía como tal *"hasta que la Nación no establezca un Cuerpo Nacional Representativo, y éste, reunido en Congreso, no delibere otra cosa"*, el Dictador no pudo dejar pasar la mención. Con estudiado retraso, el 26 de diciembre, su Ministro el doctor Felipe Arana advirtió a dicho Gobernador Bustos que los *"considerandos y declaratorias"* de la sanción a favor del general Rosas, *"son aquellos opuestos en parte, y en algo éstas, a sus principios y sentimientos políticos"*.

El pensamiento político de don Juan Manuel de Rosas, de rechazar la organización institucional del país, se mantenía intacto. La Ley Suprema limitaría su voluntad incontrarrestable, y daría lugar a la participación de las Provincias en la conducción de los asuntos nacionales, aún resultando —como es previsible imaginar— que hubiese sido puesto a la cabeza del Estado: ya lo estaba, pero sin trabas.

Tanto fue así, que en abril de ese año 1851 el Gobernador Navarro de Catamarca había logrado que la Legislatura sancionara una ley cuyo artículo 1º acordaba:

Que la Confederación Argentina debía tener y tenga por ahora, hasta que se constituya de un modo formal, conveniente y seguro, un Supremo Jefe Nacional, que investido de la suma del Poder, presida sus altos destinos.

En consecuencia, pidió a sus colegas de otras Provincias que se sumaran a otorgar al general Rosas la "suprema dirección" de la Patria, y logró su asentimiento: el 2 de junio Córdoba, el 10 de julio Mendoza, el 21 del mismo mes San Luis, el 29 San Juan, el 22 de noviembre Santiago del Estero.

Mas en la hora de su apoteosis, la marcha de las concesiones provinciales que finalmente consagraban su triunfo absoluto, tomó otro rumbo. Porque se gestaba en la Mesopotamia, cuna del Pacto que desde 1831 estableció la necesidad de establecer una Constitución Federal, una coalición para oponerse a esa Dictadura de alcance total.

La importancia histórica del momento impone considerar con detenimiento los hechos políticos que llevaron nuevamente a la guerra, analizando las controversias despertadas.

El general José María Paz, en carta fechada el 16 de octubre de 1849, emigrado en Brasil, le advertía a su amigo Domingo de Oro:

No desespero de nuestra Patria: pienso que ella se rehabilitará, aunque no concuerde en cuanto al tiempo, pues no miro tan distante esa época. No sucederá esto, sin duda, con los mismos elementos que vanamente se han ensayado, pero surgirán otros de donde menos lo pensamos.

Un nombre estaba en la mente de todos los exilados: Justo J. de Urquiza, Gobernador de Entre Ríos. Recuértese que ya en febrero de 1845, el ex mandatario correntino Pedro Ferré anotaba en su *Memoria* que ese General *"ha de ser el que le ha de poner las peras a cuarto a don Juan Manuel"*.

Es que desde los sucesos que culminaron con la concertación de los pactos con Corrientes en Alcaraz (1846), donde se aludía a la reunión del Congreso Constituyente, la figura de Urquiza había concitado la atención de liberales y rosistas. Ya se han relatado los acontecimientos previos y posteriores al tratado, pero en el recuerdo de Rosas persistía la inquietud provocada y evidenciada en términos de indignación desmedida, que la subsiguiente derrota de Madariaga en Vences no alcanzó a borrar. Agréguese a lo sabido esta otra demostración de extrema virulencia contra Urquiza por parte del Dictador, contenida en carta del 19 de enero de 1847 dirigida al coronel Vicente González, de inusual extensión, entre cuyos primeros párrafos criticaba la "comunicación de larga historia" que aquel le enviara levantando cargos:

...su tono descomedido e irrespetuoso, sus quejas infundadas e imprudentes, y las calificaciones avanzadas que expresa, bastante exhalan el veneno que abriga en el fondo de su alma. No se avanza a más, no rompe abiertamente, no prosigue sus pérfidos planes, porque el poder de la opinión y de la justicia nacional es infinitamente superior a los menguados elementos de una baja traición.

El general Urquiza contó con el silencio, con las condescendencias o con la contemporización forzada a sus insensatos y alevosos procedimientos: no comprendió ni mi generosidad ni el religioso respeto que profeso a mis deberes públicos y a los derechos y opinión de la República. Se infatuó más de falsas vistas con presencia de la continuada e imprudentísima correspondencia de usted. Pero cuando ha leído en el Mensaje de este Gobierno a la H. Legislatura, y en él la expresión tan moderada pero firme de la verdad, de la justicia y del honor, comprende que se halla envuelto en sus propias redes, y desatinadamente se debate en ellas, por una parte mostrando sus recónditas alevosas miras y por otra procurando contener a la opinión nacional con protestas de lealtad y de cooperación.

El diapasón creció en los subsiguientes pliegos, cuando el general Rosas consideró el intento conciliatorio de Urquiza para poner fin a la guerra en el Estado Oriental:

En la carta del 28 de diciembre último que el general Urquiza dirigió a Ud., ofendiendo la delicadeza y los virtuosos sentimientos de subordinación y respeto que caracterizan a Ud., no menos que su consecuencia y fidelidad para conmigo y con los federales argentinos, incapaces de transigir cobardemente por inmundo miedo con los salvajes unitarios y el extranjero agresor, se nota la más furiosa maledicencia, no contra los bárbaros incendiarios de Paysandú, sino contra los fieles argentinos federales.

El general Urquiza se engañó cuando a fuerza de cartas ridículas y exhibicionismo repugnante sobre sus descabelladas e ignominiosas negociaciones con los salvajes unitarios, quiso alucinar la opinión pública. En proporción a su miseria es la fatuidad con que insulta a sus respetables compatriotas y a los fieles federales que están con las armas en la mano, prontos a todos los sacrificios.

No dejaba de aludir el Dictador, al final, a la mención de González sobre la Constitución del Estado: *"Tal política es funestísima a la República y conforme a las miras que no pierden de vista los salvajes unitarios"*.

Tales estados de ánimo, por ambas partes, no se desvanecieron con el transcurso del tiempo, y los recuerdos de Urquiza y de Rosas por su desavenencia de entonces latieron por debajo de las comunicaciones protocolares.

El propio general Paz, algún tiempo antes de celebrarse los pactos de Alcaraz, escribió al Gobernador Madariaga (19 de marzo de 1846) *"que si Urquiza se declara contra Rosas dejará de ser mi enemigo, y hasta le cederé el puesto que ocupo"*. La prédica de los antirrosistas, desde Santiago de Chile hasta Montevideo, no cesaba de impulsar esa eventualidad: Sarmiento, Mármol, Varela, publicaban reiteradamente sus instancias, y el último de ellos insistía desde el periódico *Comercio del Plata*, en los inconvenientes que aparejaba la clausura de la navegación del río Paraná para el progreso de las regiones ribereñas.

Las ideas caían en terreno fértil. En el lejano 1826 el joven Justo J. de Urquiza era presidente de la Legislatura entrerriana, y en este carácter elevaba al Congreso Nacional la opinión de la Cámara provincial:

que el sistema de Gobierno que más nos convenía y producía más y seguras ventajas, era el sistema representativo republicano federal, y que por esta forma se constituyera el Estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Esta opinión fue fortaleciéndose con el transcurso del tiempo y hubo de llevarse a la práctica en su entendimiento con Madariaga.

El mandatario porteño mantenía —aunque oficialmente— sus sospechas respecto de aquel, pero no al extremo que se trasluciera su actitud. Así es como el agente diplomático inglés Henry Southern revelaba a su Gobierno (10 de septiembre de 1850):

El tono del general Urquiza hacia el general Rosas es muy diferente al de los otros Gobernadores de Provincias; y es muy cierto que el general Urquiza no se ha de someter más a la dominación comercial que el Gobierno de Buenos Aires tiene sobre las Provincias del Paraná.

Con un añadido: *"Probablemente desea éste algún control sobre cualquier arreglo constitucional, o nueva modalidad del vínculo federal que pueda proponerse"*.

Entre los años 1849-50 se agudizó la tensión, prohibiéndose desde Buenos Aires la remesa de pólvora para la explotación de las canteras de cal en Entre Ríos —una industria muy provechosa—, y también se dispuso desde la ciudad del Plata no remitir dinero metálico al Interior, imponiendo el curso forzoso a la moneda de papel emitida en Buenos Aires, con su depreciación consiguiente y la pobreza resultante. El diplomático norteamericano John S. Pendleton resumió el 2 de enero de 1852 el resultado de la política económica seguida por el Dictador: *"Durante veinte años ni siquiera el uno por ciento de las rentas públicas fue gastado más allá de los suburbios de la ciudad de Buenos Aires"*.

El empresario español Antonio Cuyás y Sampere, radicado desde antiguo en Entre Ríos, ha consignado en sus retrospectivos *Apuntes históricos* sobre la reacción del mandatario de esta Provincia:

"A veces, cansado de sufrir la pesada opresión con que Rosas pretendía avasallarlo, y el temor que le inspiraban sus pérdidas asechanzas, obligándole a hacer vida de campamento entre sus soldados para librarse de él, prorrumplía Urquiza en arranques de indignación, en amenazas, que me permitían sosegarle y decirle: —Calma, General, Rosas es muy fuerte; para vencerlo hay que esperar una oportunidad que en mi opinión está más cerca de lo que parece".

En la Provincia de Entre Ríos la presión sobre el ánimo de su mandatario era constante, con la finalidad de decidirlo a pronunciarse contra Rosas, y aquel no contenía a veces su coincidencia con ellos. Varios de sus interlocutores lo han atestiguado (Crespo, Cuyás, Seguí), y citaré a algunos otros.

El después magistrado judicial Juan A. Vázquez rememoró en 1903:

"Este hecho culminante del Pronunciamiento no nació en un día: yo recuerdo que a fines de 1849, recién llegado de Montevideo, pasé a San José a saludar al General, y éste se interesó en saber los detalles más ínfimos de lo que pasaba en la heroica ciudad. Referí todo lo que sabía, con el interés del que defendía la causa de sus hermanos. El General se rió mucho y disculpó a mis juveniles años todas las inconveniencias que tal vez dije, y concluyó muy formal diciéndome: —Mire, yo me habría pronunciado ya en defensa de Montevideo si no hubiera allí tantas legiones de extranjeros".

El amigo a quien comunicó el doctor Vázquez esa reminiscencia era Martín Ruiz Moreno, el cual por su parte reveló tiempo después:

"No fue su intención renunciar al proyecto que había concebido, de obligar a Rosas a constituir la República sobre la base fundamental de la Federación, o derribar su sangrienta e irritante dictadura. Esta afirmación no es de mera conjetura: se la oímos más de una vez, recordando los sucesos de aquella época; nos lo dijo en una ocasión en que, hablando con intimidad, no tenía interés en ocultar la verdad".

Y el 6 de enero de 1850, Urquiza participó al sacerdote Juan José Álvarez:

—*Muy pronto derribaré a Rosas, con la fuerza de la opinión y con el poder de las armas, y contribuiré con todo el vigor de mi voluntad a dar una Constitución a la República Argentina, que ha sido mi sueño dorado y patriótico de siempre, desde joven.*

El criterio del gobernante litoraleño no podía ocultarse del todo. El 25 de febrero de 1851, el diplomático Southern hacía saber a lord Palmerston, Primer Ministro británico:

*Lo cierto es que el general Urquiza últimamente ha sido objeto de re-
criminaciones y juicios destemplados entre las personas que se conside-
ran como los voceros del general Rosas, o más bien sus trompetas. Ade-
más últimamente el Capitán del Puerto ha tomado declaraciones a todos
los contramaestres de las embarcaciones que llegan de los puertos de En-
tre Ríos, y todas las averiguaciones se han dirigido en el sentido de saber
cuál es la conducta, actividad y aparentes designios del Gobernador de
aquella Provincia.*

Los acontecimientos conducían a su definición.

Urquiza ya estaba decidido: había pulsado la opinión pública de su Provincia, y seguro de su respaldo, buscó el apoyo con la que tenía mayor comunidad de intereses políticos y económicos, como era Corrientes. En el mes de septiembre del año 50 se entrevistó en Concordia con su Gobernador el general Benjamín Virasoro —a quien hiciera sondear previamente por medio del doctor Juan Pujol—, y establecieron coincidencias; paralelamente, obtuvo la conformidad para el levantamiento del coronel Nicanor Cáceres y del comandante Luis Molinas en la costa del Uruguay. En cambio la también litoraleña Santa Fe tenía a su frente al general Pascual de Echagüe, su encarnizado enemigo desde una década atrás.

El pensamiento del general Urquiza estuvo reflejado a comienzos de 1851, cuando el 5 de enero el periódico *La Regeneración* que se editaba en la villa de Concepción del Uruguay —cercana a la residencia de aquel— difundió que ese año se llamaría “la Organización”:

*El gran principio del sistema federal, consagrado por la victoria, que-
dará consolidado en una Asamblea de Delegados de los pueblos. De su
seno saldrá un mandato de fraternidad, y abrazándose todos los herma-
nos, victoriarán reconocidos un nombre glorioso que designa a un hom-
bre grande.*

Las características de tal personaje identificaban claramente a don Justo.

La absoluta adhesión del Interior con el Gobernador Rosas, ahora “Jefe Supremo de la Confederación” con la suma del Poder público en toda ella, empero, hacía necesario que Entre Ríos buscara algún otro apoyo además de Corrientes. Y el general Urquiza comisionó al comerciante Cuyás y Sampere para que viajara a Montevideo —lo que podía realizar sin despertar sospechas— y se entrevistara con algunas personas caracterizadas para explorar su

reacción. La situación de aquella ciudad era desesperante, pues retirada la intervención europea, su resistencia contra el sitio impuesto por el general Manuel Oribe dependía de un subsidio que el 6 de diciembre anterior le otorgara el financista brasileño Irineo Evangelista de Souza (luego vizconde de Mauá). El enviado Cuyás dejó testimoniado:

— — — “Todos los trabajos que se hicieron, ya cerca del doctor don Manuel Herrera y Obes, Ministro de Relaciones Exteriores de la República [sic], del doctor don Valentín Alsina, redactor del *Comercio del Plata*, y aún del mismo Silva Pontes, representante del Brasil en aquella capital, y otras personas influyentes, fueron hechos por mi cuenta, como de iniciativa particular, no afectando la responsabilidad del General, que no había soltado aún prendas que lo comprometiesen; así como yo no escribía ni decía nada que pudiese hacer sospechar la existencia de un plan dirigido a la formación de la triple alianza”.

Por fin, el 3 de abril de 1851 Urquiza escribió la siguiente carta al Ministro del Gobierno de la Defensa de la “Nueva Troya”, doctor Herrera y Obes, anunciándole su determinación:

*Distinguido amigo: Resuelto ya a colocarme a la cabeza del gran mo-
vimiento de libertad con que los pueblos argentinos deben poner coto a las
absurdas y temerarias aspiraciones del Gobernador de Buenos Aires, voy
a dirigir a los Gobiernos Confederados la nota circular que en copia ad-
junto. Lo comunico a Ud. para que obre en consonancia con las ideas que
antes de ahora le he transmitido verbalmente por diversos conductos. Pa-
rece innecesario recomendar a Ud. la correspondiente reserva en este nego-
cio, de cuya noticia no deben participar sino aquellos que deben figurar en
la escena, hasta que llegue el caso de descorrer el velo completamente.*

En la misma jornada el mandatario entrerriano despachó otro comisionado para concretar la alianza mesopotámica. El designado fue el doctor Nicanor Molinas, quien partió para entrevistarse con el general Virasoro en Corrientes. Llevaba también instrucciones con el fin de invitar a la República de Paraguay a apoyar el esfuerzo contra el Gobernador de Buenos Aires, desde que su Dictador se resistía a reconocer su independencia —establecida de hecho desde 1811— y a concederle la libre navegación del Paraná. Virasoro se sorprendió por la prontitud de la decisión de Urquiza, pero prestó su plena conformidad con el programa constituyente, y a su vez encomendó también su representación ante el Gobierno de Asunción a Molinas. Por razones de claridad, conviene tratar este asunto antes de proseguir con el desarrollo estrictamente cronológico de los acontecimientos.

La misión del doctor Nicanor Molinas tuvo un desenlace inesperado por cierta exigencia del Presidente don Carlos Antonio López, según lo hace saber el oficio de Urquiza aprobando la conducta de su enviado, en términos que realzan su sentido de la dignidad nacional:

*Las equivocaciones, contradicción y errores en política que son la ba-
se de los obstáculos que ha opuesto el Excmo. señor Presidente del Para-*

guay para la realización del tratado de alianza ofensiva-defensiva con que se le invitó por el Excmo. Gobierno de Corrientes y el infrascripto, no han podido ser ni más absurdos por parte del Gobierno del Paraguay ni mejor contestadas por V.S., como lo ha sido oportuna y digna la determinación que V.S. tomó de pedir su pasaporte y retirarse hasta Corrientes; porque es incontestable la solicitud del Gobierno del Paraguay de que estas Provincias se segreguen de las demás de la Confederación, sin cortar toda clase de relaciones, desde que aquella solicitud es un atroz insulto al honor y patriotismo de los heroicos pueblos de Corrientes y Entre Ríos, y de sus magistrados.

El 5 de abril don Justo J. de Urquiza despachó desde el "cuartel general en San José" la circular destinada a los Gobernadores de Provincias, haciéndoles saber su trascendental resolución:

Ha llegado el momento de poner coto a las temerarias aspiraciones del Gobernador de Buenos Aires, quien no satisfecho con las inmensas dificultades que ha creado a la República por su caprichosa política, pretende ahora prolongar indefinidamente su dictadura odiosa, reproduciendo las farsaicas renunciaciones a fin de que los Gobiernos Confederados, por temor o interés mal entendido, encabecen el suspirado pronunciamiento que lo coloque de hecho y sin responsabilidad alguna en la silla de la Presidencia Argentina. La Provincia de Entre Ríos, que ha trabajado tanto a la par de sus hermanas las del Interior y Litorales por el restablecimiento de la paz, en la dulce esperanza de ver en ella constituida la República, se ha desengañado al fin, y convencido plenamente de que lejos de ser necesaria la persona de don Juan Manuel de Rosas a la Confederación Argentina, es ella por el contrario el único obstáculo a su tranquilidad, orden y futuro engrandecimiento.

Colocado el infrascripto al frente de los destinos de un pueblo generoso y valiente, ha sufrido impasible la acción funesta del poder despótico con que el Encargado de las Relaciones Exteriores ha querido perpetuar su dominación en todo el territorio argentino; y cansado ya de esperar un cambio, una modificación racional en la política del general Rosas, ha resuelto al fin ponerse a la cabeza del gran movimiento de libertad con que las Provincias del Plata deben sostener sus creencias, sus principios políticos, sus pactos federativos, no tolerando por más tiempo el criminal abuso que el Gobernador de Buenos Aires ha hecho de los altos, imprescriptibles derechos con que cada sección de la República contribuyó, por desgracia, a formar ese núcleo de facultades que el general Rosas ha extendido al infinito, desarrollándolo en su provecho y en ruina de los intereses y prerrogativas nacionales.

El general Urquiza no mencionaba auxilio ajeno alguno —aún no contaba con la adhesión formal del Gobierno de Corrientes ni de Montevideo—, y tampoco requería el apoyo concreto de las Provincias del Interior:

V.E. no ha menester llegar a las armas para sostener una declaración semejante. Las lanzas del Ejército Entrerriano bastan por sí solas para derribar ese poder ficticio del Gobernador de Buenos Aires, apoyado única-

mente en el terror y en la desmoralización que ha tenido la execrable habilidad de difundir en todo el territorio de su mando.

Era idea del mandatario entrerriano solemnizar públicamente su postura el 25 de mayo, "porque quiere Urquiza que este mes se levante el estandarte contra Rosas, como en 1810 contra España", participaba el general Lorenzo Battle, Ministro de Guerra de Montevideo, al general Melchor Pacheco y Obes. Mas consideró que debía adelantarse la fecha para evitar que el movimiento tropezara con inconvenientes graves, y el acto solemne de la revolución constitucionalista tuvo lugar el 1º de ese mes.

Un testigo presencial ha dejado la crónica de lo sucedido este día:

"A las cuatro de la mañana del 1º de mayo de 1851 se tocaban dianas en el campamento de San José, y momentos después los cuerpos se ponían en marcha con dirección a Concepción del Uruguay, marchando detrás, a pocas cuadras de ellos, el general Urquiza con su numeroso Estado Mayor, compuesto de jefes entrerrianos, correntinos y orientales. Al coronar una de las altas cuchillas, los rayos de un sol espléndido brillaban en las lanzas de los que muy pronto debían ser vencedores de las tiranías que humillaban los pueblos del Río de la Plata. Era un día espléndido. La Naturaleza parecía regocijada del acto solemne que iba a tener lugar, anunciando a los pueblos argentinos que pronto iban a romperse las cadenas de una sangrienta y larga tiranía".

A mediodía las fuerzas militares formaron en torno al obelisco que en la plaza principal de la villa recordaba al antiguo general Francisco Ramírez, rodeadas de inmensa concurrencia. Este momento crucial puede reconstruirse con mayores detalles, debidos al recuerdo de quien leyera el texto del decreto que iniciaba otra etapa de la guerra civil, cual fue el joven Pascual Calvento:

"Entré a la plaza General Ramírez escoltado por un batallón de artillería, a cuya cabeza iban tambores y clarines. La noticia del pronunciamiento se había difundido por todo el pueblo, que estaba reunido en enorme número en el centro, ahí al lado de la columna. Cuando llegamos allí los clarines hicieron un toque acompañado de un redoble de tambores. El silencio que precedió era tremendo. El abanderado levantó tan alto como pudo la bandera argentina, y entonces, en medio de un silencio impresionante, empecé a leer el bando. El momento que siguió yo no lo puedo describir: hombres y mujeres se abrazaban llorando, vivas atronadoras a Urquiza y a su Ejército, y mueras al Tirano... ¡Qué entusiasmo!"

Concluido el acto se hizo una salva de artillería y las bandas de música interpretaron el Himno Nacional, tras lo cual se organizó una procesión cívica con músicas que recorrió la población en medio de aclamaciones alusivas al acto cumplido.

El fundamental documento no era, sin embargo, una declaración de guerra. Se limitaba a la aceptación de la renuncia que don Juan Manuel de Rosas elevaba a la Provincia de Entre Ríos para que ésta lo despojara del encargo de manejar la representación exterior y los asuntos internos que ella le había de-

legado, por cuanto su estado de salud obstaba a que atendiera tales trabajos con la dedicación que requerían. Claro que estaba implícita la ruptura, desde que esa renuncia sólo buscaba una nueva muestra de confianza, con su rechazo; y desde su encabezamiento marcaba la diferente posición del Gobernador Urquiza: en lugar de condenar a los "salvajes unitarios", el lema usado era el elocuente "*¡Mueran los enemigos de la Organización Nacional!*"

Se trataba de un decreto breve, con cuatro considerandos, que redactó y refrendó el secretario político de Urquiza, doctor Juan F. Seguí. Los dos primeros aludían a que "la actual situación física" del Gobernador de Buenos Aires le impedía continuar al frente de los negocios públicos de la Confederación, y que "con repetidas instancias" había renunciado al mando de aquella Provincia, comunicando a las demás "su invariable resolución de llevar a cabo la formal renuncia de los altos poderes delegados en su persona". El tercer considerando no dejaba de contener —dentro de la seriedad de su fondo— una referencia irónica al pretexto alegado por el Dictador:

Que reiterar al general Rosas las anteriores insinuaciones para que permanezca en el lugar que ocupa, es faltar a la consideración debida a su salud, y cooperar también a la ruina total de los intereses nacionales, que él mismo confiesa no poder atender con la actividad que ellos demandan.

Pero sin duda de mayor envergadura son los argumentos del cuarto considerando:

Que es tener una triste idea de la ilustrada, heroica y célebre Confederación Argentina, el suponerla incapaz, sin el general Rosas a su cabeza, de sostener sus principios orgánicos, crear y fomentar instituciones tutelares, mejorando su actualidad, y aproximando el porvenir glorioso reservado en premio a las bien acreditadas virtudes de sus hijos.

Era el desmentido a la teoría de que los hombres "fuertes" resultan irreemplazables, y que ellos solos son los elegidos por el Destino para conducir a los países. El remedio, por el contrario, competía a la ciudadanía por entero, según lo determinase una Constitución, y era a lo que aludía la parte final del decreto, que concluía con solo dos artículos relacionados.

"En vista de éstas y otras no menos graves consideraciones", el primero de los artículos declaraba que era la voluntad del pueblo entrerriano reasumir el ejercicio de su soberanía delegada hasta entonces en el Gobernador de Buenos Aires; y consecuentemente por el segundo, la Provincia quedaba en aptitud de entenderse con los demás Gobiernos del mundo, "*hasta tanto que congregada la Asamblea Nacional de las demás Provincias hermanas, sea definitivamente constituida la República*".

En la misma fecha el Gobernador de Entre Ríos envió —bajo el nuevo lema de "*¡Mueran los enemigos de la Organización Nacional!*"— un oficio al propio Gobernador Rosas, en donde le aclaraba en su párrafo final que

sin duda por una involuntaria distracción del Ministro de Relaciones Exteriores de esa Provincia se supone a este Gobierno patrióticamente interesado en la continuación de V.E. en el mando supremo de la República.

Inútiles habrían sido los sacrificios de todo género que la Provincia de Entre Ríos, su jefe y Ejército han oblado en las aras augustas de la Nación para asegurar el triunfo del sistema Federal representativo, si este Gobierno no se empeñara hoy en procurar el mando supremo de la República a favor de individualidad alguna, cuando semejante proposición es atentatoria y destructora de los fundamentales principios de la Confederación de los pueblos.

La actividad desde entonces tomó gran impulso, por la cantidad de cuestiones a que debía atenderse. En primer término el mismo día 1° de mayo el general Urquiza abolió el lema obligatorio en el encabezamiento de los documentos, de "*¡Mueran los salvajes unitarios!*", porque —expresaba el decreto consiguiente—

él envuelve la proscripción sangrienta de todo un sistema inadecuado, si se quiere, y erróneo, pero no digno de ser contado entre los crímenes de lesa Patria, porque su teoría es compatible con la honradez, con la virtud y con el patriotismo.

Comenzaba una nueva política de fusión, tan necesaria a la Confederación Argentina tras la escisión tremenda que la había dividido en dos bandos al parecer irreconciliables, y así lo confirmaba el segundo considerando de la resolución:

Que es tiempo ya de apagar el fuego de la discordia entre los hijos de una misma Revolución, herederos de una misma gloria, y extender un denso velo sobre los pasados errores, para uniformar la opinión nacional contra la verdadera y única causa de todas las desgracias, atraso y ruina de los pueblos confederados del Río de la Plata.

El mensaje de la "Joven Argentina" de Echeverría y Alberdi en 1837, reiterado directamente por el primero en 1846, encontraba nuevo adalid.

En toda la Provincia fueron distribuidos y publicados tanto los decretos que anteceden como la circular al Interior, anunciados por bando —eran numerosos los analfabetos en la campaña— cuyo pregonero debía ser escoltado por fuerzas militares, "saludando esta resolución con una salva de artillería, y celebrándola con tres noches de iluminación y otros festejos públicos", como instruía Urquiza a su Gobernador delegado en Paraná, don Antonio Crespo.

A poco, el 21 de mayo, el general Benjamín Virasoro comunicaba al Gobernador Urquiza su adhesión en términos categóricos:

El Gobierno de Corrientes se dispone desde luego a sostener sus declaraciones con toda la energía que sea preciso desplegar, hasta conseguir los altos fines que en consonancia con el que V.E. tan dignamente preside, se propone.

Sendas proclamas al pueblo y al Ejército de aquella Provincia fueron difundidas de conformidad al ideario constitucional. En la primera de ellas enunciaba:

El general Rosas, aconsejado quizá por intereses locales mal calculados, ha desatendido el clamor incesante de los pueblos por la Organización nacional, y se ha opuesto abiertamente a tan justas y sentidas demandas. A las vivísimas exigencias nacionales del sistema representativo federal, ha respondido estableciendo un sistema de dependencia y centralización absoluta, el más riguroso sistema de Unidad.

Aunque sin eco positivo la circular del 3 de abril dirigida al Interior, el general Urquiza quiso celebrar la fecha patria del 25 de mayo mediante una proclama a la Confederación Argentina, en que reiteró su condena a la política rosista, censurando los actos del Dictador y comprometiendo la actitud de las Provincias:

Ha llegado ya el día de robustecer el sentimiento nacional y finalizar esa exhibición sangrienta que los buenos argentinos miran con horror, y a los extraños sirve de título suficiente para acusarnos ante el respetable tribunal de la opinión del mundo.

Vuestro sufragio en favor de Rosas fue para que constituyera esa Nación que es vuestra. Pero él sólo quiere oprimiros, y el baldón entonces, si lo consigue, no será tanto para el tirano como para los que dóciles se doblan a sus inmundas plantas. Habéis jurado sostener la Convención Nacional por la que fuisteis federalmente constituidos. Rosas ha convertido en cenizas esa Carta inmortal, depositaria de vuestros derechos y de vuestras preciosas libertades.

En vuestra mano está dar vida con un soplo a esos polvos sagrados.

Resultaba indispensable aclarar el cambio de postura del general Urquiza y los móviles que lo impulsaron. Le era preciso convencer a sus antiguos camaradas, con quienes militara hasta entonces en las mismas filas, opuestas a la empresa que ahora se aprestaba a iniciar. Con tal objetivo dirigió varias cartas particulares a diversos jefes, siendo la de mayor relevancia la destinada al general Ignacio Oribe, hermano del "Presidente Legal" del Estado Oriental. Le confiaba el 10 de mayo de 1851 que creyendo que no le llegarían "sino los alaridos rabiosos de don Juan Manuel de Rosas que desde mucho antes lanza contra mí", se habría asombrado en verlo en armas contra éste, por lo que quería darle una muestra de simpatía "manifestándole algunos de los muy justos y poderosos motivos que me han obligado". Lo hizo largamente, con sinceridad:

No creo que Ud. me haga el disfavor de persuadirse que yo hoy recién conozco los derechos propios de la soberanía de los pueblos, ni lo que conviene a su prosperidad y engrandecimiento, no menos que los deberes que me impone la altura en que me han colocado mis compatriotas, cuando todo esto lo conocen todos los pueblos, como lo han comprobado en la resistencia que nos han hecho.

Mi silencio y mis sacrificios han tenido dos objetos: primero, destruir el Partido de los unitarios, cuyas opiniones pugnan con la voluntad de los pueblos enérgicamente pronunciados por el sistema federal; y segundo, restablecer y afianzar la paz pública, con la halagüeña esperanza de

que ese hombre que nosotros habíamos elevado al Poder, y en quien habíamos depositado tanta confianza, no desmentiría de los principios fundamentales del Pacto que nos une y ha proclamado, con la esperanza de que, destruido el bando unitario que se oponía a las instituciones suspiradas por los pueblos, estableciese el Cuerpo Nacional que dictase la Carta Constitucional sobre las bases sancionadas por la opinión pública.

He aquí por lo que he combatido y he hecho todo lo que Ud. sabe, hasta humillarnos. Ahora bien: ¿cuál es el fruto que he conseguido?

Ud. lo sabe también, y se lo repetiré: mayores exigencias, más humillación, y lo que es más, la convicción de que si no derribamos esa entidad, jamás, jamás tendremos Congreso, instituciones nacionales, jamás tendremos Patria. Este convencimiento que he sofocado en mi corazón, traicionando a mis compatriotas y engañando a toda la República y al mundo, me lo ha arrancado la conducta hostil con que me ha provocado el mismo Rosas, ese hombre tan pérfido y malvado como ingrato y desleal.

Separado ya de la política rastrera y antinacional de don Juan Manuel de Rosas, me uno a los buenos y verdaderos federales, a los que respetan la soberanía y libertad de las Provincias Argentinas, a los que de buena fe y con un deseo sincero y santo piden la organización nacional bajo el sistema federal.

Entre otros más, al teniente coronel Lucas Moreno, oriental que sirviera a sus órdenes, le había hecho llegar con anticipación una síntesis de su conducta futura con relación al país vecino:

El general Oribe se ha empeñado hace tiempo en imitar a Rosas, a pesar de mis repetidas insinuaciones para que cambiara de política, y no tolerara la devastación de su hermoso país. Él ha rehusado aceptar mis ideas, y su caída no será más que una consecuencia de su obstinación importuna. La opinión general de esa República uniformemente lo rechaza, y como en breve llegará el momento de que ella pueda sin embarazo pronunciarse, he querido por medio de la presente prevenirlo a Ud., en obsequio a la fina amistad que siempre le he merecido. Mi divisa será "Guerra al tirano Juan Manuel Rosas y a sus sostenedores", y el programa de mi política, restaurar el orden y la libertad de la República Argentina, dejando a la Oriental en el pleno goce de sus derechos constitucionales.

Estos dos jefes y otros, al igual que varios porteños, se mantuvieron subordinados al general Oribe y a Rosas. Entre quienes no respondieron al llamado de Urquiza se contó el coronel Hilario Lagos, nacido en Buenos Aires pero que se desempeñaba como Jefe Político de Paraná: presentó su renuncia al Gobernador de Entre Ríos y le pidió su pasaporte para dirigirse a su Provincia, invocando "los sagrados deberes en que estoy para con mi patria y con el general Rosas, y porque así me lo imponen mis sentimientos y mi honor de americano". Urquiza le concedió lo solicitado, "respetando los compromisos que el deber y la delicadeza imponen", y tras reiterarle su amistad y agradecer sus servicios, le expresó: "El tiempo y los acontecimientos le harán conocer a Ud. de qué parte está la justicia, y los poderosos motivos que tengo para ponerme al frente de los pueblos".

Días después enviaba Urquiza un largo oficio censurando al Gobernador de Catamarca su proyecto de consolidar a Rosas como "Jefe Supremo de la Confederación", con la suma del poder público en toda ella. En uno de sus párrafos le advertía con dureza:

V.E. invoca el Pacto Federal al mismo tiempo que abre una honda herida en el corazón de las instituciones republicanas, consagradas por el inmortal tratado de las Provincias Litorales, a que se unieron después sus hermanas del Interior, y formaron la célebre alianza que se llama Confederación Argentina. V.E. traiciona, pues, la augusta misión que le encargó su patria, cuando valido de su posición, de su influencia, y del triste estado en que se halla esa benemérita Provincia merced a la infame política del general Rosas, encabeza un pronunciamiento vil en su origen, ilegal en sus medios, funesto y antinacional en sus fines.

Adelantando el tratamiento del tema, es menester exponer que la convocatoria del Gobernador Urquiza para que las Provincias argentinas secundaran su campaña, resultó estéril, con la excepción de Corrientes. Sus Gobiernos y pueblos cubrieron de injurias a quien fue llamado oficialmente desde entonces, no sólo con el consabido mote de "salvaje unitario" endosado a los enemigos de Rosas, sino también con los dicterios de *loco traidor*. Contrastaban esos insultos, por cierto, con el colmo de alegría y esperanzas que embargó a aquéllos.

Quizá con mayor énfasis que los halagos de partidarios e insultos de los adversarios, se haya valorado en "San José" el juicio de quienes fueron enemigos de Urquiza con las armas en la mano, y fueron derrotados por éste. Su significación no puede soslayarse; y dos de ellos sirven de muestra entre tantos otros, por la importancia de sus autores. Véase lo que escribían nada menos que el general Fructuoso Rivera, vencido en la campaña de 1844 hasta su descalabro en India Muerta, y el general José María Paz, derrotado sin combatir en 1846 por las maniobras de Urquiza en Corrientes. Opinó don *Frutos* desde su confinamiento en la fortaleza de Santa Cruz (Rio de Janeiro), el 19 de junio, a su compatriota el periodista Isidoro de María, vicecónsul oriental en Gualeguaychú:

Mi estimado amigo: Ya Ud. se hará cargo cuál será el tamaño de mi satisfacción por los acontecimientos gloriosos que se han desenvuelto en ese pueblo heroico, que animado por el Excmo. señor Gobernador Urquiza, restablecerá los principios de civilización, de orden y paz en todos los pueblos del Río de la Plata. Yo me hago un deber en felicitarlo, felicitándome a mí mismo, porque nuestra desventurada Patria ya no será la presa de la Tiranía.

Más elocuente y directa fue la consideración enviada por el general Paz al propio Urquiza, también desde la ciudad de Río de Janeiro, el 20 de julio. Un mes atrás Paz había escrito a Sarmiento: "*Las miras del general Urquiza son eminentemente nacionales, eminentemente argentinas*", y al mismo General le transmitió en la fecha indicada:

Los principios que acaba Ud. de proclamar han despertado las esperanzas de los buenos argentinos, y obtenido su más profunda simpatía. Me adhiero con todas las fuerzas de mi alma a su nueva marcha política. Bajo este concepto debe Ud. considerarme como altamente interesado en los progresos de la causa a cuyo frente se ha colocado, y debe persuadirse que hago ardientes votos para que sus trabajos sean coronados del éxito más feliz.

Claro está que la novedad no lo fue para muchos. Entre éstos, el propio general Rosas: está visto que en la carta que despachó Urquiza para el general Ignacio Oribe, aludió a los "alaridos rabiosos" que el Dictador "*desde mucho antes lanza contra mí*", y éste mismo escribió al Gobernador Echagüe de Santa Fe que la "traición" de Urquiza "*no me era desde hace años desconocida*".

En la sitiada ciudad de Montevideo la noticia del cambio de Urquiza hizo renacer, no ya únicamente las esperanzas de triunfar sobre el general Oribe, sino puede decirse que su existencia misma, reducida al último extremo de recursos indispensables para subsistir. Y el Ministro de la defensa, doctor Manuel Herrera y Obes, cobró un protagonismo de gravitación trascendente, pues se empeñó en hacer comprender a Urquiza que si Rosas actuaba con rapidez y decisión, podía esterilizar su empresa. Ya que, de obrar la flota porteña en los ríos Paraná y Plata, quedaría encerrado en su Provincia, mientras el Interior concurría a sofocar la revolución en su comienzo. Le era preciso al mandatario entrerriano, en consecuencia, contar con dos recursos indispensables de que carecía: dinero metálico para los gastos de la campaña, y una escuadra que controlara las aguas.

Para superar el estado de pobreza de las Provincias de Entre Ríos y Corrientes, y disponer de naves que en los ríos controlaran la acción de la flota de Buenos Aires, tan sólo podía acudir a la cooperación del Imperio de Brasil. Así lo había comprendido en su momento el enviado entrerriano Cuyás y Sampere.

Sin embargo, el Gobernador Urquiza era reacio a aceptar esa ayuda, imbuido en añejas opiniones respecto al valor efectivo del concurso brasileño. Hasta que Herrera impuso su criterio, como lo comunicó jubiloso a su agente en Río de Janeiro, don Andrés Lamas, el 30 de abril:

Urquiza ha entrado por mi pensamiento favorito de la gran coalición y la navegación de los ríos; pero se resiste horriblemente a entrar para eso con el Brasil. Felizmente mis opiniones valen algo para él.

Vuelvo a repetirle: Urquiza no quería nada con el Brasil; yo he sido quien ha vencido la resistencia.

La participación de Brasil en la futura campaña militar preocupó sobremanera, en cambio, al Gobernador Rosas. Las relaciones entre Buenos Aires y Río de Janeiro habían sido tensas de tiempo atrás, hasta llegar a la ruptura, pero sin traducirse por el momento en su enfrentamiento armado, que ambos Estados procuraban evitar. Rosas osciló entonces entre la amistad y las hostilidades con el Imperio, para apartar a éste de su auxilio a Urquiza.

La tergiversación de intenciones y actitudes que emplearon el Dictador y sus panegiristas con referencia a los tratos del general Urquiza con el Imperio fueron constantes, y deben aclararse documentalmente, porque las falsedades empleadas revistieron contornos variados: en la prensa, en discursos y manifestos de los Diputados, mensajes de Gobernadores, correspondencia oficial, celebraciones populares. Una incesante propaganda presentó al Gobernador de Entre Ríos como un servil súbdito de los intereses de Brasil, y a las operaciones militares que encabezara, como una guerra nacional de la Confederación Argentina.

Nada más lejos de la realidad, porque los elementos de juicio opuestos son abrumadores. En cuanto a Urquiza, baste recordar que desde los fallidos pactos en Alcaraz con Corrientes en 1846 —cinco años atrás— anhelaba lo que ahora se concretaba.

Conviene remontarse a las relaciones de Buenos Aires con el Imperio, para entender su evolución hasta el momento histórico considerado.

Cabe señalar que ambos Estados habían suscripto tiempo atrás un convenio de alianza para oponerse al general Rivera, cuyos manejos en pro de los independentistas riograndeses preocupaban al Gobierno carioca. De su lado, Rivera hallaba en el sur brasileño elementos para continuar su lucha contra Oribe. El fin de las operaciones en territorio oriental condujo al confinamiento del inquieto don Frutos en una fortaleza, como se expuso en páginas anteriores. Pese a aquel antiguo convenio para unir esfuerzos contra ese enemigo común, Brasil mostró luego un evidente desapego respecto a la política de Rosas, en lo que entró tanto su desconfianza en querer imponer a Oribe como Presidente oriental, cuanto su propio interés en navegar libremente por el río Paraná, que naciendo en el interior de su territorio, permitiría la comunicación con los Estados de Mato Grosso y Minas Gerais. Mas el Dictador porteño era un obstáculo, como se sabe, a tal pretensión. Como respuesta, en 1844 el Imperio reconoció la independencia de Paraguay y firmó con esta República un tratado de alianza.

La causa que sin revestir los alcances de un *casus belli* llevó a la ruptura diplomática; la dieron frecuentes incursiones para robar ganado encabezadas desde el sur brasileño en 1850 por Francisco de Abreu, barón de Yacuhy, al norte del Estado Oriental, lo que provocó la protesta de Rosas a través de su agente en Brasil, general Tomás Guido. El Ministro de Asuntos Extranjeros del Imperio, Paulino Soares de Souza, rechazó la ingerencia argentina en un problema ajeno, hasta que el Presidente Oribe respaldó la reclamación de Buenos Aires. El Gobierno Imperial adujo que el tal Barón ni siquiera era un oficial del Ejército. Ante la falta de satisfacciones, Rosas rompió relaciones diplomáticas con el Imperio, y el general Manuel Oribe imitó la postura. Y el 18 de agosto el Dictador de Buenos Aires declaró la guerra a Brasil en nombre de la Confederación Argentina; en septiembre el representante de la Confederación pidió sus pasaportes para retornar a Buenos Aires. Sin embargo, esta actitud no se tradujo en movilización alguna porque no implicaba hostilidades.

El 25 de diciembre de 1850 Brasil y Paraguay volvieron a formalizar su alianza, ante la eventualidad de una agresión de Rosas, el cual no tenía intención de llevarla a cabo. Y para evitar que desde Montevideo siguiera alentán-

dose el ideal republicano en Río Grande do Sul, se entregó a esa plaza el subsidio señalado en páginas anteriores por intermedio del Barón de Mauá.

Pero nada de esto significaba en los hechos una guerra entre el Imperio de Brasil y la Confederación Argentina. Sólo suspicacias los distanciaban, porque aquel no estaba militarmente preparado para combatir al gobernante rioplatense, como se comprobará luego. Tan así, que ignorando la revolución estallada en Concepción del Uruguay, el mismo día 1º de mayo de 1851 el Gobierno Imperial aseguraba categóricamente al representante británico James Hudson:

Entre el Gobierno Imperial del Brasil y el Gobernador de Buenos Aires no existen cuestiones por las cuales, a menos por parte del Gobierno Imperial, tenga que estallar una guerra.

El Gobernador Urquiza entabló relaciones directas con el representante brasileño en Montevideo, Rodrigo de Souza da Silva Pontes, recién el 20 de mayo, comprometiéndose a derribar a Rosas del mando, si el Imperio "*me custodia el Paraná y el Uruguay*": a esto deseaba limitar su concurso. No obstante, Brasil quiso asegurar la navegación en el primero de ellos —por los motivos ya aducidos— y para eso tomó intervención en la alianza de la Mesopotamia con Montevideo.

Los hechos documentados cronológicamente reafirman lo expuesto.

Urquiza había invitado a principios de ese mes de mayo a visitarlo al Canciller Herrera y Obes con el fin de ajustar detalles operativos, pues el primer objetivo del General era anular las fuerzas enemigas en el Estado Oriental, para no tener amenazas a sus espaldas cuando se dirigiera contra Rosas. Al comunicar Herrera su viaje al diplomático brasileño Silva Pontes, éste lo sorprendió con su respuesta: —*Le declaro que yo no tengo autorización para concurrir a ella, y que tengo orden de mi Gobierno para oponerme a que vaya V.E. sin mí.* La indignación del doctor Herrera y Obes fue mayúscula: "Salté como una víbora y hubo una del diablo", comentaba a su agente en Río de Janeiro, Lamas. La unión del Ejército de Urquiza con las fuerzas de Montevideo fue formalizada entre Cuyás y Herrera el 30 de mayo; y entonces el Gobierno de la ciudad se resolvió a enviar a su Ministro para coordinar los pasos a dar, poniendo en conocimiento de Silva Pontes su demorado viaje. El 15 de junio el representante imperial le contestaba:

Mi opinión es contraria al citado viaje. Es perfectamente inútil porque se pretende dar un andamio o impulso a las cosas que no puede ser dado por V.E. únicamente.

Silva Pontes no consideraba todavía necesario combinar el esfuerzo militar; pero Herrera y Obes, prescindiendo de su conformidad, partió de Montevideo. En carta posterior a Lamas le participó de los inconvenientes que tuvo que superar:

Las indecisiones de Pontes nos habían creado una malísima situación, de que era preciso salir porque sus consecuencias podían ser funes-

tas. Pontes, a quien pedí un buque de guerra para que me condujese, después de haberle expuesto por escrito el objeto del viaje, me lo negó, y tuve que hacer la travesía en un buque mercante.

Le era indispensable a Herrera conocer los planes de Urquiza, porque nada sabía —escribió en la misma carta— *“de sus inteligencias acá y en la República Argentina, nada de sus planes de guerra, de sus verdaderas miras interiores”*. Él por su parte quiso “hacer desaparecer todas las sombras que hubiesen arrojado en su espíritu los procederes de los agentes brasileños acá”.

El 18 de junio el doctor Herrera y Obes se entrevistó con el Gobernador de Entre Ríos en Concepción del Uruguay, y después de diez días de conversaciones mantenidas en la estancia *San José*, el doctor Herrera volvió a la ciudad de Uruguay para retornar a Montevideo. En la primera de éstas se encontraron con el almirante imperial John Grenfell —comandante de una División naval brasileña estacionada frente a la capital oriental—, quien recién arribaba para incorporarse a los acuerdos.

No cabe duda que la iniciativa de la revolución y de los planes de guerra fue responsabilidad individual del general Urquiza, sin que entrara para nada en su pensamiento original la cooperación de Brasil, que luego aceptó en la parte naval. La colaboración militar no fue considerada en los iniciales tiempos, y sólo en los primeros días de julio quedó aprobada “por deferencia”, según lo expresó Herrera y Obes en comunicación a Lamas del 9 de julio.

El 3 de julio el doctor Manuel Herrera estaba de vuelta en Montevideo. Había tomado —le dijo al mismo corresponsal— “datos ciertos para las combinaciones de la guerra y la política”, y “decidir la pronta e inmediata acción de las fuerzas aliadas en nuestro territorio”. Dio a Urquiza “la más entera confianza en la lealtad, firmeza y altura de la política imperial”. No obstante, el convenio tripartito por escrito no fue concluido inmediatamente, porque el brasileño Silva Pontes incluyó una redacción que no satisfizo a Herrera y Obes, por lo que se exigió que primero los ratificara el Emperador don Pedro II, para después hacerlo el Gobernador de Entre Ríos.

Como se dijo, Urquiza decidió atacar primero a las fuerzas que bajo el mando del general Manuel Oribe sitiaban a Montevideo, y a las que a órdenes de su hermano el general Ignacio Oribe se encontraban en el interior. Para proceder allí Urquiza designó al general Eugenio Garzón para que comandara al Ejército dirigido contra aquellos, atento a su condición de oriental: esta medida contenía una significación política que redituaria adhesiones. Se sabe que Garzón estaba disgustado con Oribe desde años atrás, y permanecía al frente de una División entrerriana en el campamento de Arroyo Grande, al norte de la Provincia. El Ministro de Guerra de Montevideo, general Battle, transmitió al general Pacheco y Obes —enviado a Francia—, el 1° de mayo, el pensamiento de Urquiza:

Dice que quiere para gloria de la República Oriental que ella sola con sus hijos sea la que se liberte de los que la oprimen; que al efecto deberá pasar Garzón con todos los orientales que existen en Entre Ríos, y a quien se unirán todos los jefes que están convenidos.

Deseaba que el general Eugenio Garzón fuera nombrado General en Jefe por el Gobierno de la Defensa, y para ello, éste dirigió una comunicación el 15 de julio, desde el campamento en Arroyo Grande, al Ministro Herrera, poniéndose al servicio del Gobierno de Montevideo, *“para salvar la independencia de la Patria, su gloria y sus pasadas tradiciones”*. No debe olvidarse que el grueso del Ejército sitiador estaba integrado por tropas de Buenos Aires. Sin embargo, el grave estado de la salud de Garzón convenció a Urquiza y a él mismo de que se hallaba incapacitado para dirigir las operaciones, imposibilitado como estaba de montar a caballo. El propio Gobernador de Entre Ríos, por consiguiente, fue quien se puso al frente de las tropas.

El convenio de alianza quedó concretado en Montevideo por los representantes de los aliados: por parte de la Provincia de Entre Ríos don Antonio Cuyás y Sampere, por la República Oriental del Uruguay [sic] el Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores doctor Manuel Herrera y Obes, y en representación del Emperador de Brasil el consejero Rodrigo de Souza da Silva Pontes. El artículo 1° delimitaba su objetivo:

Mantener la independencia y pacificar el territorio de la misma República, haciendo salir del territorio de ésta al general don Manuel Oribe y las fuerzas argentinas que manda, y cooperando para que restituidas las cosas a su estado normal, se proceda a la elección libre del Presidente de la República según la Constitución del Estado Oriental.

Tras acordar detalles de las operaciones, el artículo 15° añadía:

Aún cuando esta alianza tenga por único fin la independencia real y efectiva de la República Oriental del Uruguay, si por causa de esta misma alianza el Gobierno de Buenos Aires declarase la guerra a los aliados, individual o colectivamente, la alianza actual se tornará en alianza común contra dicho Gobierno, aún cuando sus actuales objetos se hayan llenado, y desde ese momento la paz y guerra tomarán el mismo aspecto.

Una consideración especial estableció:

Art. 17°) Como consecuencia natural de este pacto, y deseosos de no dar pretexto a la mínima duda acerca del espíritu de cordialidad, buena fe y desinterés que le sirve de base, los Estados aliados se afianzan mutuamente su respectiva independencia y soberanía, y la integridad de sus territorios, sin perjuicio de los derechos adquiridos.

La navegación libre para los ribereños quedó plenamente establecida.

Este convenio fue ratificado por el Emperador don Pedro II el 8 de julio, y por el Gobernador de Entre Ríos el 23 del mismo mes. Pero sin embargo, llevaba la fecha del 29 de mayo. La circunstancia de haberse tardado tanto en ser aprobado, más el cúmulo de datos ofrecidos con anterioridad respecto a las dificultades previas a su firma por los comisionados, han hecho inferir a varios historiadores que en realidad el convenio quedó suscripto en junio, pero fue antedatado en el mes anterior, para presentar a Brasil participando de la campaña contra Oribe desde sus inicios. Su Gobierno incluso deseó con-

ducir las operaciones de guerra, pero chocó con la decidida oposición de Urquiza. El general Paz le comentaba desde Río de Janeiro a Sarmiento el 25 de junio, que finalmente Brasil había llegado "*hasta el sacrificio de sus pretensiones jerárquicas*" con tal de verse incluido en la lucha contra Oribe y Rosas.

De cualquier modo, la empresa militar comenzó —y concluyó— sin la participación activa del Imperio. Así se comprobará al historiar los hechos ocurridos en el Estado Oriental.

Con el fin de establecer la representación de las Provincias argentinas en lucha contra el Dictador porteño en Montevideo con carácter permanente, el Gobernador Urquiza designó a su hijo mayor, doctor Diógenes J. de Urquiza. A éste le instruyó oficialmente el 11 de julio, respondiendo a su consulta:

Desde que los Estados de Entre Ríos y Corrientes son parte integrante de la Confederación Argentina, no corresponde a la Legación usar de otra bandera ni de otras armas que las que reconoce el mundo como el símbolo de la Nacionalidad Argentina; por consiguiente debe V.S. tremolar en la casa de la Legación la bandera azul y blanca, y usar el escudo de armas que entre dos manos entrelazadas lleva una asta en que está colocado el gorro de la Libertad.

4

A principios de julio el general Urquiza dio comienzo a su ofensiva. Quedó asentado que él dirigiría la guerra, por la debilidad física en que se hallaba su amigo Garzón; y aunque el Ejército Entrerriano al cruzar el río Uruguay para atacar a Oribe, descuidaba su flanco occidental —por donde podían a su vez operar Echagüe desde Santa Fe y Rosas desde Buenos Aires—, despreció la capacidad de ambos para hacerlo. Dejó en su Provincia como reserva, con todo, al Ejército de Corrientes comandando por su Gobernador Virasoro, que se estacionó cerca de la ciudad de Paraná, sobre el arroyo de Las Conchas.

En crudo invierno se ejecutó la riesgosa operación de atravesar el río, en plena tormenta, por parte de tres agrupaciones. Por el norte, el día 18, la que dirigió el coronel José A. Virasoro con 1.500 hombres, por el lugar denominado Paso de Higos (hoy Monte Caseros). Al centro lo hizo el general Garzón con otros 2.900, por el Paso del Hervidero (sur de Concordia). Estas dos debían converger hacia Salto. En el sur cruzó el 19 el general Urquiza por el Paso de Sandú (Paysandú) con un total de 2.170 plazas, bajo una lluvia torrencial. En referencia de un contemporáneo, Urquiza había encomendado organizar la tarea a su antiguo enemigo el coronel Venancio Flores, ahora en sus filas, quien se le presentó chorreando agua por la barba y cubierto por un poncho fino: —*Señor General, están cumplidas sus órdenes sin ningún incidente desagradable*. Éste le contestó: —*Lo esperaba de su pericia*, y quitándose su propio poncho de doble paño, para colocárselo a Flores, le dijo acen tuando el título: —*Permítame, General*.

Concluida la invasión con total éxito, las fuerzas que respondían a Oribe comenzaron a replegarse sin efectuar oposición, al tiempo que muchas de ellas se presentaban a engrosar el Ejército Entrerriano; como lo hiciera Flores. El

más prestigioso de los pasados fue el general Servando Gómez, a quien Urquiza encargó su vanguardia, consecuente con su estrategia de dar participación destacada a los orientales en su suelo. Las principales villas en la costa fueron ocupadas sin resistencia. En Paysandú se reunieron todas las columnas, y el 29 de julio Urquiza emprendió su marcha hacia el interior.

El general Manuel Oribe difundió en esos días (25 de julio) una violenta proclama contra el jefe enemigo que antes combatiera a su lado:

¡Orientales! Un desertor de la sagrada causa que defienden las Repúblicas del Plata, unido a los salvajes unitarios, amenaza nuestra libertad e independencia.

El traidor Urquiza, burlando la confianza del Jefe ilustre que preside los destinos de la Confederación Argentina, y olvidando todo lo que el hombre y el ciudadano miran como más caro a su corazón, no ha trepidado en hacerse el instrumento de los mismos que ha combatido, para trastornar el orden y las instituciones de las Repúblicas aliadas, trayendo sobre ellas el luto, la devastación y todos los horrores de la guerra, en cambio de la prosperidad que gozaban.

Degradado el pérfido Urquiza hasta hacerse vil juguete de los que antes trató como a mortales enemigos, sosteniendo la justa causa a que pertenecía, vuelve ahora las armas contra sus hermanos y compañeros, existiendo aún los intereses y las necesidades que formaron esa causa misma, y el sagrado compromiso que lo ligaba a ella. Pero pronto ese degenerado americano y vil salvaje unitario recibirá el premio que la Providencia justa depara a los pérfidos y traidores.

No era diferente la reacción suscitada en Buenos Aires.

5

Las demostraciones públicas a favor del Gobernador Juan Manuel de Rosas rayaban en el delirio: ninguno de los porteños quería quedarse atrás de las manifestaciones de solidaridad hacia el mandatario. Sinceramente o por temor, los más conspicuos personajes y los más humildes habitantes rivalizaban en reverencias al Jefe Supremo de la Confederación: vaya como ejemplo —porque luego será mencionado— un poema escrito por el antiguo ayudante de Lavalle, el teniente coronel Pedro Lacasa (de los "Libres del Sur" en 1839), que había acompañado los restos de su jefe hasta Bolivia luego de su derrota y muerte, y escrito su primera biografía en Chile.

Dos testimonios coincidentes certifican lo expuesto. El primero pertenece a don Benito Hortelano, un impresor español radicado dos años antes en Buenos Aires, quien aludió a una gran manifestación que tuvo lugar en la residencia campestre de Rosas en la suburbana zona de Palermo:

"La multitud invadió aquella posesión, rodeándole, abrazándole y desgañitándose en aclamaciones y locuras al Gran Rosas. El pobre hombre estaba conmovido y sofocado en medio de aquel tumulto, de aquella ovación popular, de corazón".

Hortelano refiere otra muestra de adhesión:

"Los teatros también preparaban sus funciones patrióticas. Don Pedro Lacasa compuso una pieza cuyo argumento era la traición y derrota de Urquiza; don Miguel García Fernández sobre el mismo objeto. En una y otra función el entusiasmo llegó a su colmo. Don Lorenzo y don Enrique [sic: Eustaquio] Torres, el doctor Gondra y muchos otros patriotas federales pronunciaron discursos entusiásticos, pidiendo sangre, exterminio y pulverización de las Provincias de Entre Ríos y Corrientes, del Imperio del Brasil y de todos los salvajes inmundos asquerosos unitarios. A la salida del teatro, Manolita Rosas, hija del Jefe Supremo, que presidía todas las ovaciones a nombre de su padre, fue conducida en su coche quitados los caballos, tirando de él los patriotas federales. Entre los que vi tirar del coche recuerdo a don Santiago Calzadilla, al hijo, al doctor Agrelo, a don Rufino Elizalde, a Ximeno, a don Rosendo Labardén, y a Toro y Pareja; yo también empujé la rueda derecha al partir el carruaje. No recuerdo los nombres de otros muchos federales que tiraron porque no los conocía entonces, y hoy son muy unitarios".

El joven abogado Benjamín Victorica —hijo del Jefe de Policía que antecedió al que ahora ocupaba el cargo— confirma los sucesos:

"Recuerdo que luego del pronunciamiento de Urquiza fue requerido que todos y cada uno de los ciudadanos más conocidos, ya individualmente o por gremios y corporaciones, hiciesen manifestaciones escritas de adhesión y entusiasmo, que se publicaban en *La Gaceta Mercantil*. El comercio se cotizó para construir un gran edificio especial a efecto de dar un baile a la hija de Rosas, y ese fue el *Coliseo*, luego *Colón*. Un meeting de adhesión reunió a toda la población civil, nacionales y extranjeros, en peregrinación a Palermo, donde Rosas fue aclamado, vitoreado, alzado en brazos".

Otra función tuvo lugar en el teatro *Argentino*, y refiere el mismo doctor Victorica:

"En los intermedios se pronunciaban desde los palcos por los hombres conspicuos, discursos entusiastas en que Rosas era endiosado y Urquiza declarado un loco traidor, salvaje unitario, vil y despreciable".

Nadie podía quedarse atrás, y puede medir el grado de sinceridad de las conductas asumidas en público, una dura censura hacia la actitud del general Urquiza elevada al Gobierno, en términos agraviantes para aquél, emitida nada menos que por el propio hermano del mandatario entrerriano, don Juan José de Urquiza, Diputado en la Legislatura porteña, ausente cuando se suscribió el documento colectivo aprobado por el cuerpo a que pertenecía. Es que, por debajo de las aclamaciones y festejos, latía el descontento y el deseo de concluir con la situación: "*La masa del pueblo desea la paz, que cree obtendrá más fácilmente si Urquiza consigue destruir o expulsar a Rosas del poder*", escribirá a poco el diplomático británico Gore al *Foreign Office*. Elocuente ejemplo de este espíritu es la siguiente rima anónima dejada en el recinto

donde se celebró una de las fiestas en homenaje al antiguo Restaurador de las Leyes: "*No bailaremos con gusto / hasta que venga Don Justo*".

Mientras se llevaban a cabo las operaciones militares en el Estado Oriental, en Buenos Aires se tomaban determinaciones oficiales definitivas. El 15 de septiembre de 1851 por último el Gobernador Rosas desistía de su renuncia al Poder Ejecutivo, invocando por causa

que levantó el loco traidor salvaje unitario Urquiza la bandera de la rebelión y de la anarquía; y aspirando a romper con su espada envilecida los lazos que ligan al pueblo entrerriano a la Confederación, y erigirse en árbitro de los argentinos, se vendió miserablemente al Gobierno Brasileño, que en pos de sus inveteradas ambiciones ha invadido y ataca, con una alevosía sin ejemplo, el territorio y la independencia de las Repúblicas del Plata.

Cinco días después la Legislatura porteña volvía a poner los destinos públicos en manos de don Juan Manuel de Rosas, mediante una ley cuyos artículos siguientes confirmaban la completa entrega al mandatario:

Art. 2) *Correspondiendo los Representantes del pueblo hasta donde les es posible a este acto eminentemente patriótico de S.E., declaran solemnemente que todos los fondos de la Provincia, las fortunas, vidas, fama y porvenir de los Representantes de ella y de sus comitentes quedan sin limitación ni reserva alguna a disposición de S.E. hasta dos años después de terminada gloriosamente la guerra contra el loco traidor, salvaje unitario Urquiza, y la que S.E. sabía y enérgicamente ha declarado contra el Brasil.*

Art. 3) *Se declara igualmente que los Representantes hacen suyas todas las consecuencias, sean las que fueren, de la declaratoria que contiene el artículo anterior, exonerando, como exoneran, de todas las consecuencias al Excmo. señor Gobernador, general don Juan Manuel de Rosas, porque el voto uniforme de la Provincia y de la Nación es que se separe todo entre gloriosos escombros antes que dejar impune la traición del loco traidor salvaje unitario Urquiza, y los gravísimos ultrajes que ha hecho y hace el Brasil a la soberanía de los argentinos.*

Tal política era comunicada al mandatario en los siguientes términos:

¡Salud, Jefe Supremo de la Confederación Argentina! Los Representantes de la Provincia de Buenos Aires se complacen altamente asociándose a este dictado que han sancionado para V.E. las demás Provincias hermanas, e invistiéndolos también de su parte y como ellas de toda la suma del Poder Nacional.

Y tras congratularse por el restablecimiento de la salud del general Rosas, los Diputados no medían su indignación ante la inminencia de nueva lucha:

El bando traidor de salvajes unitarios, encabezados por el loco traidor salvaje unitario Urquiza, se ha vuelto a poner en armas. Exterminad, Señor, a ese bando funesto que tan hondos infortunios, que tantas largas des-

gracias ha causado a la Patria. Su insolente porfía de dominar en las Repúblicas del Plata, subyugando el voto nacional y pisoteando la soberanía del pueblo; su proterva insistencia en llamar a toda la Nación que quiera auxiliarlo a humillar a las Repúblicas de que esos desnaturalizados son indignos hijos; tan negra maldad es el escándalo de todo hombre en el mundo que ame a su Patria, de todo corazón en que palpita el honor.

Luego recordaban el triunfo obtenido ante la intervención europea, estam-
pando la Cámara su esperanza:

Ahora se arrojan esos impíos en los impotentes brazos del envilecido Gobierno Imperial para que los suba al poder, y para vengarse así de la Patria que los rechaza por asquerosos, pretendiendo reducirla al vilísimo rol en que ellos se han afiliado, de esclavos miserables del Brasil. Venceréis, sin duda, otra vez a esa infame turba, dementada por el furor del crimen; y recordad que el sentimiento generoso, que tanto lugar tiene en vuestro pecho argentino, deja de serlo cuando desaira a la imperiosa justicia y se aparta del exigente deber.

En cuanto al loco traidor salvaje unitario Urquiza, la humanidad agraviada os batirá las manos cuando hayáis suprimido a esta sangrienta personificación de toda maldad.

Con esos términos el sistema rosista culminaba su proceso: la Legislatura había consagrado la autocracia.

Pero no estaba todo resuelto, pues otra ley del mismo día 20 de septiembre se ocupaba de quien levantara el pendón de resistencia contra la consolidación de la autoridad unipersonal. Su artículo 1º declaraba “*crímenes de alta traición a la patria y escandalosa infracción del tratado del 4 de enero de 1831*” a todos los actos cometidos

por el vándalo salvaje unitario Justo José de Urquiza, indigno Gobernador de la Provincia de Entre Ríos, con tendencia a desconocer la autoridad suprema nacional que dignamente ejerce el esclarecido general don Juan Manuel de Rosas.

Igualmente se condenaba “*anárquica y atentatoria a la soberanía de la Nación*” toda reunión de fuerzas argentinas con el objeto de invadir cualquiera de las Provincias de la Confederación o la República hermana Oriental del Uruguay. Art. 3º:

Queda prohibido en todos los actos públicos de la Provincia dar la denominación de General al traidor Justo José de Urquiza, a quien se tratará con el merecido oprobioso dictado de loco, traidor, salvaje unitario.

También se desconocía su investidura como Gobernador de Entre Ríos, y el mismo era puesto fuera del amparo de las leyes, al igual que quienes cooperasen con él: quedaban proscriptos como reos de alta traición al Estado, salvo los que a juicio del Jefe Supremo de la Confederación hubiesen sido forzados por violencia o engaño a servirlo. Ello como consecuencia de otro artículo:

Todo pacto o tratado que celebrese o hubiese celebrado el loco traidor salvaje unitario Justo José de Urquiza con el titulado Gobierno de Montevideo, los salvajes asquerosos unitarios, o el pérfido anti-americano Gobierno del Brasil, se declaran crimen de lesa Nación.

El espíritu y el lenguaje de los documentos oficiales de Buenos Aires se copiaron en todo el país. Las expresiones de censura hacia Urquiza y de ofrecimiento de apoyo a Rosas se multiplicaron en el territorio de la Confederación, y de sus principales ciudades se extendieron a las poblaciones de la campaña, mediante la instigación oficial. Así es como al mes siguiente, el 19 de octubre, el edecán del Gobernador de Buenos Aires, mayor Antonio Reyes hizo saber a los Jueces de Paz por medio de una circular su obligación de

fomentar y enardecer más y más ese entusiasmo santo en que arden los federales, y hacerles conocer ser el primero de sus deberes, conservar inflamados sus espíritus.

Para lograrlo, en todos los actos “*deben lanzarse anatemas vehementes de la más justa indignación*” contra Urquiza, estimulándose “por cuantos medios sean posibles” el uso de la divisa partidista por hombres y mujeres, y colocarse en cartas y documentos los dictorios contra él y los “unitarios”. Los sospechosos de pertenecer a este Partido serían remitidos con grillos al cuartel general de Santos Lugares.

Pero a esas celebraciones públicas quedó reducida la acción de las autoridades. El “Jefe Supremo” no dispuso ninguna medida militar para sofocar en sus inicios la acción de su contendiente. Ni Buenos Aires ni Santa Fe se movieron para atacar a la Provincia vecina, cuyas tropas operaban en el Estado Oriental, guardada sólo por el *Ejército de Reserva* correntino que comandaba el general Virasoro.

Mientras, el general Urquiza se hallaba en plena ofensiva, con la energía que lo había caracterizado en anteriores campañas.

La ocurrencia del Gobernador Rosas para anularlo fue recurrir al apoyo extranjero.

6

El 18 de agosto de 1851 el Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores de Buenos Aires, doctor Felipe Arana, se dirigió al enviado diplomático de Gran Bretaña, Henry Southern, solicitándole la intervención de su país para neutralizar el entendimiento de Brasil con Urquiza. Cinco días después el agente británico le informó:

Tengo el honor de hacer saber a V.E., para conocimiento de S.E. señor Gobernador, que sin pérdida de tiempo transmitiré al Gobierno de Su Majestad la importante comunicación de V.E.

La gestión estuvo encaminada a que la Corte de Londres mediara ante el Imperio para apartarlo de su alianza con Urquiza, lo que el *Premier* lord Pal-

merston puso en conocimiento del Consejo de la Corona. El resultado fue negativo, según comentó en septiembre el doctor Herrera y Obes desde Montevideo, el 9 de septiembre, a don Manuel Leiva, comisionado especial del Gobierno de Entre Ríos:

Southern ha declarado a Rosas oficial y extrajudicialmente que su Gobierno le ordenaba que reconcentrase sus actos en la más estricta neutralidad, vista la posición asumida por el general Urquiza.

El intento de Rosas se fundamentaba en que por el tratado de paz de 1828 entre Argentina y Brasil —que creara el Estado Oriental del Uruguay—, Gran Bretaña se convertía en garante de su cumplimiento, y aducía para solicitar la acción de este Reino, el afirmar la independencia oriental, amenazada por un ataque del Imperio. Los informes obrantes en Londres, en cambio, hacían ver que numerosas tropas del país actuaban contra el “Presidente Legal” Oribe; y que por otra parte, el encargado de reunir a las fuerzas brasileñas, el conde de Caxias, aún no había logrado su propósito de poder intervenir en la campaña.

En efecto, lord Palmerston había instruido a Henry Southern:

Debe exhortar enérgicamente al general Rosas que limite sus operaciones militares a las Provincias rebeldes, y no invadir la banda Oriental, porque si así ocurriese esto traería como consecuencia la intervención de otras potencias en la contienda.

El reemplazante de Southern, que lo fue Robert Gore, lo tranquilizó tiempo después:

No existe probabilidad actualmente de que el general Rosas tenga idea alguna de invadir la Banda Oriental con una fuerza militar: sus operaciones se limitarán enteramente contra las fuerzas en armas rebeldes a su autoridad, que pertenecen a la Confederación Argentina.

La solución no estaba en manos de los diplomáticos, sino de los soldados.

7

El 7 de agosto de 1851 tomaron contacto los adversarios. La vanguardia del general Urquiza trabó combate con fuerzas del general Ignacio Oribe en proximidades del río Negro, que divide al Estado Oriental. Pese a las escasas bajas resultantes, Oribe resolvió cruzar el río precipitadamente, aunque para esto debiera abandonar gran parte de su impedimenta: 6.000 caballos, carretas, bueyes y equipos. Lo forzó a ello la gran desertión que se producía entre los partidarios de su hermano, que en gran número se unían al enemigo. Don Ignacio estaba al frente de tan sólo 600 infantes, 800 jinetes y 7 piezas de artillería. Todo el norte del territorio, pues, quedó en manos del Ejército Entrerriano con sus auxiliares correntinos (coronel José Virasoro) y orientales (generales Garzón y Gómez). En cambio, un levantamiento favorable a los

invasores ocurrido en Colonia pudo ser dominado por el teniente coronel Lucas Moreno, quien pese a ello retiró sus efectivos para unirlos a los del general Manuel Oribe.

Este último salió para recibir a su hermano, dejando al frente de Montevideo al coronel Francisco Lasala, y aquellos dos se reunieron en el arroyo de la Virgen en agosto, aunque sin proseguir con operaciones ofensivas. El Ejército que mandaban los Oribe campado a las márgenes de dicho arroyo estuvo compuesto por siete batallones de infantería, fuerte en 10 jefes, 103 oficiales y 2.290 individuos de tropa, más 15 piezas de artillería volante. Quedaban sosteniendo el asedio de la capital las tropas de Buenos Aires, sumando 2.500 infantes, unidades de caballería, y cerca de 30 cañones de diverso calibre.

Urquiza quedó detenido unos días dominando el norte del río Negro, para aguardar a los elementos brasileños, en medio de intensas lluvias. Pero sólo recibió al teniente coronel Manuel Luis Osorio (futuro marqués de Herval tras la guerra contra Francisco Solano López en 1865), quien le hizo saber que el mariscal conde de Caxias aún se hallaba en Santa Ana do Livramento el 13 de ese mes de agosto, con sólo nueve batallones, pues era lenta la reunión de las tropas imperiales. No quiso aguardar más a sus aliados, y tras un tiempo prudencial, el general Urquiza volvió a tomar la ofensiva, cruzando el río Negro el 28. Continuaba recibiendo el aporte de numerosos contingentes orientales, y el general Eugenio Garzón se hallaba a su lado. “Casi todos los orientales han abandonado las filas de los tiranos y cooperan a favor de nuestra causa”, comunicaba satisfecho al Gobernador delegado de Entre Ríos, Crespo.

Su avance prosiguió en septiembre, sin combatir, aunque con precauciones, puesto que no contaba con infantería, y esta arma era el fuerte de Oribe. Hay que recalcar una vez más el hecho de que el Ejército en el “Cerrito de la Victoria”, campo sitiador de Montevideo, estaba compuesto en su mayor parte de argentinos mandados por los coroneles José María Flores, Pedro Ramos, Nicolás Granada, Mariano Maza, Bernardo González, tenientes coroneles Ramón Bustos e Isidro Quesada. Como grande era la desmoralización entre sus filas, pidió don Manuel, en consecuencia, que Rosas le enviara refuerzos desde Buenos Aires, pero aquel no respondió a ello.

La pasividad del gobernante porteño impulsó al general Oribe a adoptar una medida extrema: retirarse con su Ejército a Buenos Aires, bajo la protección de las flotas de Gran Bretaña y Francia, sus otrora enemigos. Envio para explicarla, el 19 de septiembre, una extensa relación de los sucesos y de su situación a quien era, más que su aliado, su mando supremo:

Mi distinguido y buen amigo: No obstante la infame defección del envilecido traidor Servando Gómez, y la perniciosa influencia que ese fatal ejemplo ha tenido en la moral de nuestra causa, siempre conservé la esperanza de poder hacer frente y triunfar con los orientales que han permanecido fieles a su deber y al honor, en unión con los denodados y virtuosos argentinos que están a mis órdenes, de la invasión del loco traidor salvaje unitario Urquiza y demás traidores que han desertado de nuestras filas para incorporársele. Contaba para esto no sólo con la lealtad y patriotismo del pueblo oriental en su generalidad, sino también con la perseverancia de los jefes de las Guardias Nacionales de los Departamentos

de campaña, que deberían formar una parte muy considerable del personal de este Ejército, debiendo en este concepto reunir próximamente un cuerpo de operaciones de 12.000 hombres, sin debilitar las fuerzas que mantienen el sitio de Montevideo.

Pero al impartir mis órdenes para reconcentrarlas en el punto que he juzgado conveniente, varios de esos mismos jefes desertaron indignamente la sagrada causa de su Patria con las tropas de su mando, para ir a engrosar las del traidor salvaje unitario Urquiza; al mismo tiempo que las Divisiones de los Departamentos de Cerro Largo, Maldonado y Minas, que constan de una fuerza de 3.000 hombres, se iban desmembrando diariamente en la marcha, para quedarse en sus Departamentos, y de un modo tan alarmante que tuve por más conveniente ordenar a sus respectivos jefes que permaneciesen en ellos, para no exponerse a llegar solos a este cuartel general, como aconteció a los del Departamento de Durazno y de Salto.

A pesar, sin embargo, de tan infames e inesperadas defecciones, y de la profunda desmoralización que ellas imponen en las masas de la población, he podido reunir una fuerza de 6.000 hombres prontos para combatir, incluso las tropas auxiliares argentinas, y cuyo Ejército, aunque reducido a tan bajo número sería suficiente para resistir y vencer al del salvaje unitario Urquiza, si él no contase con más arma que la de caballería, por numerosa que ella fuese; pues que en todo caso la composición de este Ejército, que reúne las tres armas y la excelente calidad de sus tropas, nos darían una superioridad indisputable en un día de batalla; pero la movilidad que le proporciona ese mismo defecto de su organización le permite operar con la seguridad de evitar un combate, siempre que no le conviniese aceptarlo; y desde que se le reúnan las fuerzas brasileras de infantería y artillería, que ya no deben estar distantes de él, en número de 8.000 a 9.000 hombres, formando un total de 16.000 a 18.000, tomará la ofensiva, quedando comprometida la suerte de este Ejército por la gran desproporción que hay entre sus fuerzas y las del enemigo.

Ese estado crítico movió a Oribe, sin auxilios de Buenos Aires ni de una expedición naval por el Paraná amenazando a Entre Ríos, a dirigirse al almirante Le Prédour y al Encargado de Negocios Robert Gore reclamando su protección para trasladarse a la orilla porteña con sus tropas, tanto orientales como argentinas. Mas recibió excusas, basadas en su neutralidad, mostrando —opinaba Oribe— “parcialidad hacia los salvajes unitarios”. Contradicciones en la Historia: la intervención extranjera que en otros tiempos condenaran Rosas y Oribe como un ataque a la soberanía nacional, por mostrarse en apoyo de sus enemigos comunes, ahora era invocada en su propio beneficio, sin ningún reparo.

Oribe requería de Rosas, por último, que interpusiera su influencia ante el Comodoro de las fuerzas navales norteamericanas para que actuara en su favor. Describía para concluir, su plan de operaciones, en la urgencia en que se hallaba: “*El enemigo está a dos jornadas de mi campo*”, opinando que la llegada de refuerzos ya sería tardía, y el único recurso efectivo para variar la situación era el de invadir Entre Ríos para forzar a Urquiza a retirarse del Estado Oriental. Su plan era el siguiente:

Si como es de suponer, él me atacase, me retiraría peleando hasta línea sitiadora de Montevideo; y allí con los restos de las tropas que sobreviven y conserven su moral, podré hacer el último esfuerzo, fortificando aquella posición del mejor modo que sea posible, y conservarla 40 o 50 días, que será lo más que podremos resistir, combatiendo diariamente a vanguardia y retaguardia contra las fuerzas combinadas de los Ejércitos invasores y de la propia guarnición de la plaza.

Los anteriores proyectos del general Oribe trasuntaban, por encima de su aparente espíritu de resistencia, el desánimo que lo dominaba. Ese mensaje a Rosas del 19 de septiembre ocultaba que desde cinco días atrás, el 14, había iniciado un contacto con el general Urquiza para restablecer la paz. La negociación estuvo encomendada al teniente coronel Lucas Moreno, su fiel subordinado, quien también sirviera a órdenes del Gobernador de Entre Ríos. En aquella jornada el teniente coronel Moreno envió una propuesta en tal sentido desde el arroyo de la Virgen, que Urquiza recibió complacido: “*Yo, estimado amigo, no estoy distante de arribar a algún arreglo que concilie los intereses generales de mi Patria y de la República Oriental*”. El General argentino prefería una victoria sin derramamiento de sangre.

Por parte de Oribe influyó el hecho de creer próximo al Ejército Brasileño —como lo reiteró a Rosas el día 21— y “*la extrema situación a que me hallaba reducido a consecuencia del estado de desmoralización que difundió en el país el fatal ejemplo del infame traidor Servando Gómez*”. El grueso de sus tropas, compuesta por milicianos, estaba poseído por un “terror pánico”. Aunque lo real era que las fuerzas del Imperio distaban mucho de haberse acercado al teatro de los sucesos. El conde de Caxias se encontraba aún —el 14 de septiembre en que fue despachado el teniente coronel Lucas Moreno ante Urquiza— a seis leguas del río Negro, todavía en el centro del Estado Oriental.

El general Manuel Oribe, receloso de no poder enfrentar con éxito a sus enemigos, inició el repliegue hacia el punto de Miguelete, vecino a Montevideo.

Como el general Urquiza estaba imbuido de un espíritu pacifista, luego de pocos días de conversaciones convino con Moreno los términos de un acuerdo que pusiera fin a las hostilidades. Era el 20 de septiembre. Mediante él cesaba el sitio a Montevideo, concluyéndose la guerra civil, respetándose la conducta de los militares y particulares que habían servido al general Oribe, y se declaraban legales sus actos, bajo un compromiso solemne:

Se reconoce en todos los ciudadanos orientales de las diferentes opiniones en que ha estado dividida la República, iguales derechos, iguales servicios y méritos, y opción a los empleos públicos en conformidad a la Constitución.

En lo que hace al Ejército que comandaba aquel, se admitió que las unidades de Buenos Aires se retirasen al territorio argentino por el puerto del Buceo con sus armas y municiones, después de lo cual abandonarían el Estado Oriental las tropas de Entre Ríos, Corrientes y Brasil, sin quedar en él ninguna fuerza extranjera, y las orientales que habían sostenido el asedio a Montevideo quedarían bajo órdenes del general Eugenio Garzón. Oribe y todos cuantos lo desearan, militares y civiles, podían dirigirse a donde quisieran.

Sólo Urquiza firmó estas condiciones, pero ello movió a confusión, porque se creyó que se trataba de una conformidad mutua y definitiva.

Al día siguiente el general Manuel Oribe impuso a Rosas su difícil situación militar, y le hizo saber el texto de la convención para obtener su aprobación:

En tan críticas circunstancias, teniendo siempre en vista el salvar los restos gloriosos de las tropas argentinas que se hallan a mis órdenes, y cerrada por parte de los ministros de Francia e Inglaterra la única puerta que quedaba abierta con la esperanza de conseguirla, hice proponer una transacción a Urquiza, en cuyas bases está comprendido el retiro de dichas tropas y de mi persona a Buenos Aires, con los orientales que quieran seguirme. Eso ya está obtenido; y en todo lo demás concerniente a ese asunto y a los detalles de su ejecución me remito al conductor de ésta, don José A. Iturriaga, que va plenamente instruido.

Sin embargo, las "bases" del arreglo —utiliza la expresión el propio Oribe— no habían sido ratificadas por este mismo, ni tampoco por el Gobierno de Montevideo ni por autoridad alguna de Brasil, cuya participación el general Urquiza invocaba como aliados que ambos eran, pero que en verdad ocultaba la debilidad militar en que se hallaba, estando al frente únicamente de caballería. Por eso, cuando el teniente coronel Moreno urgió a Urquiza el 3 de octubre a "calmar la ansiedad" pública definiendo el estado de las cosas, éste le detalló lo ocurrido desde el principio de acuerdo logrado el 20 de septiembre:

La correspondencia que remití a Ud y que Ud. entregó a un buque brasileiro para hacer conducir a Montevideo, llevaba un tanto de las bases para someterlas a la consideración del Gobierno; pero hasta la fecha ignoro si ellas han llegado o no a poder del Ministro Herrera, que si las ha recibido en estos momentos tan solemnes y decisivos no les habrá prestado una consideración tan pronta como Ud. desea; pero tenga entendido que desde que yo me he puesto de por medio, tengo interés en arreglar definitivamente todas las dificultades que puedan oponerse para la reconciliación de todos los orientales, y para que después de terminada la guerra no haya vencidos ni vencedores, y sí solo hijos de una sola familia.

Entretanto pasaron al campamento de Urquiza otros comisionados del general Oribe: don Juan Francisco Giró, el doctor Bernabé Caravia y el coronel Diego Lamus, a fin de concluir el convenio, pero nada definitivo se obtuvo. Ocurre que Urquiza ignoraba la difícil situación de su contendiente, y creía aún al Ejército de Oribe en condiciones de hacerle frente, por lo cual hizo conocer las propias al Gobierno de Montevideo, cuya conformidad era un pretexto para ganar tiempo. Así lo revela un ignoto apunte del entonces capitán Ricardo López Jordán redactado a fines del siglo:

Desde la altura de Carreta Quemada fui mandado en comisión cerca del Ministro de Gobierno de Montevideo; sitiada a la sazón por el general Oribe. La comisión consistía en presentar al general Oribe unas comunicaciones para el Ministro Herrera y Obes, y otra para el ministro del Brasil, en que parece que les decía que permitiesen embarcar y seguir a

Buenos Aires todo el elemento argentino que el general Oribe tenía a sus órdenes, según creo a petición de Oribe, y a condición de él mandar a todos los orientales a ponerse a las órdenes de Garzón y separar y retirarse de la escena.

Yo llevaba a más la comisión reservada para el Ministro Herrera y Obes de decirle que aunque contestasen aceptando, no cumplieren nada ni permitiera a la Escuadra brasileira salir un solo buque; a más, que le dijera al Ministro que estábamos solos, que los brasileiros no habían pisado el territorio aún. Que de la ejecución pronta y reservada de esta travesura dependía la salvación de la cuestión y del Ejército.

Tanta alegría causó en el Gobierno de la ciudad el conocer que su enemigo se allanaba a concluir las hostilidades, que el enviado recibió como obsequio una espada en cuya empuñadura de plata se grabó: "L.B. [Lorenzo Battle], Mtro. de la Grra., al capn. comte. D. Ricardo L. Jordán".

En la incógnita de lo resuelto por Rosas y por Montevideo, el 2 de octubre el general Urquiza reemprendió sus marchas desde Canelones en dirección a donde estaban las fuerzas de Buenos Aires, y cerca del pueblo de Las Piedras la vanguardia del Ejército Entrerriano sostuvo "un fuerte escopeteo" en las escabrosidades en que se encontraba la infantería enemiga. El día 4 envió con el coronel Venancio Flores, jefe de la División Escolta, 600 reses para alimentar a la guarnición y familias de la capital.

Entre tanto Oribe, creyendo todo arreglado, había licenciado a sus Guardias Nacionales, enviándolos a sus Departamentos, retirándose él con los restos de su Ejército al sur del río Santa Lucía. Luego prosiguió hasta estacionarse en el Cerrito. Desde aquí, el 7 de octubre, envió ante Urquiza al coronel José María Flores para que permitiese embarcarse con destino a Buenos Aires a las Divisiones de Rosas, pero pronto retornó Flores haciéndole saber que el general Urquiza se negaba a ello: debían rendirse. El Ejército Entrerriano avanzó y acampó en las márgenes del arroyo Pantanoso, bajo el famoso cerro y a la vista de Montevideo.

Quedaba ahora sitiado el mismo Oribe, entre Urquiza y la ciudad, sin contar con los víveres indispensables para la subsistencia de sus tropas. Los jefes porteños declararon "que toda resistencia era inútil, y que no daría otro resultado que afligir a la humanidad con el sacrificio de nuevas vidas". El día 7 el general Oribe remitió a Urquiza "proposiciones que pueden servir de base a una inmediata capitulación".

El 8 de octubre se puso fin a la "Guerra Grande" en el Estado Oriental, tras algo más de ocho años y medio.

Lo que se ha dado en denominar por los historiadores "capitulación" del Pantanoso, no se trata en realidad de ello: tal cual surge del propio documento, fue una *concesión* que, vencedor Urquiza, otorgó a su enemigo. Lo que se confirma si se tiene en cuenta que sólo lleva la firma del Gobernador de Entre Ríos, faltando la del representante de aquel, de quien únicamente es citada su presencia, como asimismo la conformidad del general Eugenio Garzón. Su encabezamiento es el siguiente:

El Gobernador y Capitán General de la Provincia de Entre Ríos, General en jefe de su Ejército, y General de vanguardia de los Ejércitos Alia-

dos de operaciones de la República Oriental del Uruguay, brigadier general don Justo J. de Urquiza; después de reconocer al teniente coronel de caballería don Lucas Moreno como representante de los jefes orientales que están a la cabeza de las fuerzas que obedecen las órdenes del general don Manuel Oribe; y con el deseo de poner término a la larga y desastrosa guerra que ha conmovido todas las instituciones de la República Oriental del Uruguay, e interrumpido el ejercicio de sus formas constitucionales, y deseando también uniformar todas las opiniones, conciliar todos los intereses, y apagar los rencores que ha dejado tras de sí una tan larga como encarnizada lucha; y de acuerdo con el Excmo. señor General en Jefe del Ejército Oriental, general don Eugenio Garzón, ha convenido en las concesiones siguientes.

Además de destacarse el singular al usar el término estampado —“ha convenido en las concesiones”—, igualmente remarcable es que Urquiza no menciona en absoluto al Imperio del Brasil en el documento, toda vez que sus tropas no habían participado en la campaña, por más que figurasen como aliadas.

Los anteriores reconocimientos establecidos el 20 de septiembre en respecto a las ideas y conductas de militares y civiles del Partido Blanco, se mantuvieron, así como la legalidad de las disposiciones tomadas por Oribe, y la igualdad de derechos cívicos de todos los orientales para la opción a cargos públicos, ratificados solemnemente por una frase que alcanzaría rango histórico:

Se declara que entre las diferentes opiniones en que han estado divididos los orientales, no habrá vencidos ni vencedores, pues todos deben reunirse bajo el estandarte nacional para bien de la Patria y para defender sus leyes y su independencia.

El general Manuel Oribe dispondría libremente de su persona; y es del caso preguntarse lo que habría ocurrido con Urquiza y sus seguidores de haberse puesto fin a la cuestión de manera opuesta...

En cambio, esta vez no se permitió a las tropas de Buenos Aires retirarse a su Provincia. Por el contrario, con una visión más realista sobre el futuro, resultaron incorporadas al Ejército que había triunfado, según costumbre de la época, la cual por cierto regía únicamente para el personal subalterno, pues sus jefes quedaban prisioneros. Fue la modificación más importante de lo negociado anteriormente, en vista de la subsiguiente campaña que debía emprenderse contra Rosas. Las fuerzas orientales quedaron a disposición de Garzón.

En tal situación, muchos de los jefes porteños buscaron refugio desde el puerto del Buceo en naves extranjeras, para evitar caer en poder del enemigo, encabezados por Maza, Costa, Bustos y Quesada. Varios oficiales aprovecharon una ballenera norteamericana de la fragata *Congress* llegada al Buceo para proteger a sus compatriotas, y pese a las estrictas instrucciones de observar neutralidad, la dotación de la misma los llevó al bergantín sardo *Benedetta Maria Segunda*. La mayoría fue conducida hasta la corbeta de guerra inglesa *Tweed* (capitán Russell) —a donde fueron transbordados los primeros—, en sucesivos viajes de las lanchas británicas. Evidentemente, si el *Prime Minister* lord Palmerston había rechazado el pedido de ayuda a Rosas efectuado con insistencia por su agente Southern, nada sabían los marinos de su nacionali-

dad estacionados en el Plata, y obraron auxiliando al Dictador porteño. Adelantándose a los hechos, el almirante brasileño Grenfell (de su misma nacionalidad) protestó ante el jefe de la Estación, almirante Reynolds:

En cuanto no se ha efectuado arreglo alguno entre el general Oribe y los Generales de los Ejércitos Aliados, no puedo consentir que se embarque cualquier parte de las fuerzas del primero. El derecho de asilo es incontestable; sin embargo, éste no comprende facilitar los medios a un beligerante en mala posición, para tomar otra más ventajosa, lo que se verificará si Ud. transporta del Estado Oriental a Buenos Aires, individuos del Ejército de Oribe.

Amenazó incluso con hacer fuego sobre las embarcaciones británicas en caso de que continuaran aproximándose a la playa los antiguos subordinados de Oribe y Rosas. Sin embargo, tras arduas gestiones se condujo a Buenos Aires en el paquete británico *Prince*, el 21 de octubre, un total de 52 entre jefes y oficiales. La intervención extranjera en las luchas argentinas, solicitada por primera vez por Rosas en 1829 al requerir la acción del capitán de navío Venancourt, y luego imitada por sus enemigos diez años después, era nuevamente utilizada tanto por Urquiza como por el mandatario porteño.

Restaría, en este aspecto, hacer saber que un batallón de alemanes al servicio del Imperio (2.500 hombres), estacionados en Colonia, mantuvo trato con agentes de Rosas para cruzar el río y engrosar a sus partidarios, lo que por último no se concretó.

El sitio a Montevideo, comenzado en febrero de 1843, quedaba levantado tras una completa rendición de sus enemigos, y el Estado Oriental pacificado.

Sólo resta, pues, que un olvido absoluto y completo de lo pasado, selle para siempre la paz que tan felizmente se ha obtenido y de que tanto necesita este hermoso país.

Fue la postrer recomendación del general Urquiza al Gobierno de la antigua Defensa.

Tardíamente (14 de octubre) se hizo presente el comandante de las tropas brasileñas, mariscal Luis Alves de Lima e Silva, conde de Caxias, con quien Urquiza convino en que su grueso quedaría en el Estado Oriental como reserva, marchando tan sólo una División a la campaña contra Rosas.

Sería sobreabundante describir las escenas de alegría en los dos campos antes enemigos, al reencontrarse la familia oriental. Igualmente, la transcripción de los documentos, públicos y privados, a que dio lugar. Tan sólo caben dos:

Cuartel general en el Peñarol, octubre 18 de 1851

Señor general don Manuel Oribe.

Mi estimado General y amigo: Próximo a ausentarme de esta tierra querida, no quiero dejar de escribir a Ud. para asegurarle que aquí como en mi Patria puede Ud. contar con mi amistad, y que para mí sería una satisfacción el poderse manifestar prácticamente.

Como tengo interés en que sus compatriotas le guarden todas las consideraciones debidas a su situación y a su clase, me alejo en la persua-

sión de que mis amigos cumplirán con los repetidos encargos que les he hecho respecto de su persona. Incluyo a Ud. dos cartas para mis buenos amigos el general Garzón y el señor Herrera, quienes tengo la seguridad de que llenarán satisfactoriamente mis deseos.

Con este motivo tengo la satisfacción de reiterar a Ud. la seguridad de mi amistad y estimación con que soy de Ud. affmo. S.S. Q.B.S.M.

Justo J. de Urquiza

La otra carta remitida por el general Urquiza lo fue a doña Ángela Furriol, esposa del general Eugenio Garzón, cuya enfermedad se agravaba. Consideraba a su antiguo amigo y camarada, veterano de la Independencia en el Ejército de los Andes, una "gloria de su Patria", y era su esperanza que asumiera el Gobierno Oriental como prenda de reconciliación. El día de su partida de Montevideo escribió a aquella (31 de octubre):

Ligado por tantos vínculos a mi querido compadre y buen amigo, no me creo con el suficiente valor para darle un abrazo y el adiós de la despedida! Por esta razón prefiero llenar este deber por medio de esta carta, asegurando a Ud. que eternamente recordaré con cariño y gratitud la amistad que me ligó a mi compadre, a Ud. y a toda su estimable familia. En este concepto debe Ud. estar persuadida que donde quiera que yo me encuentre, estaré dispuesto a dar a Ud. las más sinceras pruebas de amistad y estimación. Esta carta he preferido escribirla a Ud., por no tocar la sensibilidad del amigo, que nunca más que hoy debe cuidarse.

Días antes de retornar a su Provincia, Urquiza había recibido a numerosos prohombres, tanto orientales como argentinos, y es digno de conocer el juicio que luego de la entrevista mereció del doctor Valentín Alsina, acérrimo adversario de Rosas —había ocupado el puesto de director del periódico *Comercio del Plata* luego de ser asesinado el doctor Florencio Varela—, el cual escribió a don Félix Frías, quien se hallaba en París:

Yo fui el argentino que más hablé con él en reserva. Baste decirle a Ud. que estoy contento con la generalidad de sus ideas; sus intenciones son muy buenas. No dude que hará el bien del país.

Igualmente muchos jefes y oficiales de la Defensa le ofrecieron sus servicios, y quedaron incorporados a sus fuerzas.

8

El general Juan Manuel de Rosas dispuso por su parte asumir las operaciones del Ejército de Buenos Aires. Sería la primera vez que mandara personalmente una campaña de envergadura, y como muestra de su empeño, estuvo a la cabeza de las fuerzas militares que el 9 de julio, bajo una torrencial lluvia, rindieron homenaje a la fecha patria. El periódico oficial *Gaceta Mercantil* difundió en su edición del 4 de octubre la nota que le dirigieron los jefes y oficiales de aquel y de la Marina provincial:

Los infrascriptos se apresuran a felicitar a la Nación en la persona de V.E. por haber aceptado su voto uniforme con abnegación valerosa. La noble resolución de V.E. de asumir el mando de la República en estos momentos, es un motivo de inefable contento para el Ejército, como ha sido para los pueblos. El sufragio nacional que ha elevado al señor general Rosas sobre el escudo popular, a la cumbre del Poder político, es un testimonio solemne del instinto feliz de los nacionales para dar a sus enemigos una lección severa, y para consolidar el orden y la libertad.

Los infrascriptos nada reservan para secundar sin descanso las combinaciones de la sabiduría de su Ilustre Jefe, y para dar a sus conciudadanos un nuevo testimonio, sellado con sangre, de su decisión a sostener las glorias de la Confederación, la autoridad eminentemente nacional de V.E., y a reivindicar su país de las ofensas del vil traidor, loco, salvaje unitario Urquiza, y de sus dignos cómplices del envilecido Gabinete Imperial, y a la facción rebelde de los salvajes inmundos unitarios.

Se ha mencionado que la adhesión del Interior hacia la persona del Dictador repitió los conceptos brindados en Buenos Aires, pero aunque parezca reiterativo estamparlos, conviene hacerlo con algunas de sus resoluciones oficiales en los términos en que fueron redactadas, para medir las conductas sobrevinientes entonces, durante y después de los sucesos que vienen historiándose. Cinco casos bastarán como ejemplos de los demás.

El 25 de agosto la Sala de Representantes de Córdoba sancionó una ley en que censuraba la rebelión armada invocándose la Constitución, puesto que

tomar este sagrado nombre por pretexto para excitar a la anarquía, apoyando en ella mezquinas pretensiones personales, lisonjeando ambiciones extranjerías mil veces burladas por el valor de los argentinos, es una vil traición a la Patria y a la causa de toda América. Que tal es la alevosa conducta del envilecido cabecilla salvaje unitario, loco Justo José de Urquiza, cuya ridícula ambición es una insultante amenaza a la independencia de los pueblos de la Confederación. Que por tanto, esta abominable traición es un reto a muerte a que la Provincia de Córdoba debe responder con toda la energía de su patriotismo, con toda la indignación de su honor ultrajado.

En San Juan la Legislatura aprobó en octubre una declaración de su Gobernador, general Nazario Benavides, protestando contra la "infame, inaudita traición que había perpetrado el loco salvaje unitario Urquiza, vendido al pérfido y alevoso Gabinete brasileño", y el propio mandatario, el día 18 del mismo, calificó a éste de "vil desertor y aventurero sin corazón, loco por ambiciones frenéticas".

El Gobernador de Santiago del Estero, que lo era don Manuel Taboada (sobrino del ex mandatario Ibarra, fallecido luego de desempeñarse como tal durante treinta años), ofreció el 10 de octubre su apoyo "al ínclito héroe del Nuevo Mundo" para

ayudar sus gloriosos esfuerzos y ponerse en actitud de obrar con eficacia para el sostén de nuestro sistema federal, de nuestra independencia y ho-

nor, con toda aquella decisión y energía que es propia característica de la Provincia de su mando, la que por conducta del infrascripto protesta a V.E. ser la primera que se sacrificará por la Nación, por la causa de los pueblos, por su invencible director contra el inmundo asqueroso bando salvaje unitario.

Al día siguiente el pueblo santiagueño celebró un acto en la plaza principal, declarando que para felicidad de la República ésta había encontrado "un tutor que la tomara de la mano", y que

no es posible a los pueblos encontrar otro protector, ni pensarlo tampoco, porque sería una ofensa al buen sentido, una mancha a la gratitud, una mengua al bien merecido nombre de ínclito, afamado, ilustre don Juan Manuel de Rosas, por tantos títulos del mundo admitido. Que en ningunas circunstancias, mucho menos en la presente, es posible que la Provincia se consigne a otro que a su esclarecido padre, general don Juan Manuel de Rosas, como el único designado por la naturaleza, por la razón, por el bien de los pueblos, para salvar la Patria de los males que la amenazan.

Y el 1º de diciembre el Gobernador Taboada pedía a la Legislatura mayores muestras de vasallaje, en los siguientes términos:

El Gran Rosas es uno. El Gran Rosas de todos es gloria nuestra. Nada tiene que de la Patria no sea. Su vida, sus intereses, su fama, su porvenir, todo es de ella, todo es nuestro; deben por lo mismo ser tuyas nuestras vidas, propiedades, honras y porvenir, sin limitaciones, sin restricciones, sin responsabilidad alguna en sus consecuencias. Por nosotros se sacrifica: sacrifiquémonos junto con él antes que sea ultrajada nuestra Patria. Redúzcasenos a escombros, porque nuestras son y de la Provincia todas las ulterioridades; exoneremos de cargos al que sobre sí, por nosotros, lleva el inmenso de nuestra defensa. Démonos prisa a colocarnos a su vanguardia, sirvamos de coraza o de inexpugnable muralla al incansable defensor de nuestras vidas, propiedades, honra y porvenir.

En la Provincia de Santa Fe, regida por el archienemigo de Urquiza, general Echagüe, no pudo faltar la resolución de su Sala de Representantes, expedida el 17 de octubre en consonancia con las demás, otorgando al mandatario para que "sin orden ni autorización alguna" dispusiera de todo cuanto fuera útil a la Santa Causa Federal, y autorizándolo

para castigar con la pena de muerte y sin sujeción a proceso ni tramitación alguna, a todo aquel que directa o indirectamente se oponga, frustre o cruce en manera alguna, ya sea de obra o consejo, cuanto se mande u ordene por dicho Poder Ejecutivo.

La precedente ley, firmada por todos los Diputados, estaba precedida por los siguientes considerandos:

Que el Gobierno del Brasil, aliado torpemente con el loco traidor, salvaje unitario Justo José Urquiza, y del bando salvaje unitario que éste acaudilla, ha provocado a la Confederación Argentina a una guerra suscitada con inaudita violación de toda justicia y palmariamente atroz y bárbara, sin causa, sin declaratoria y sin miramiento alguno a la independencia, libertad y honor de un Estado soberano;

Que en esta agresión horrenda del extranjero ha tenido el loco traidor Urquiza y demás salvajes unitarios, la negra infamia de alzarse contra su Patria a un poder extraño y atentatorio a los derechos de la Confederación Argentina, dando así un escándalo monstruoso de la alevosía y barbarie con que los salvajes unitarios se comportaron siempre contra nuestras instituciones, contra la paz y el orden público de los pueblos;

Y últimamente, considerando que hoy es llegado el caso en que todo país digno, libre y señor de sus derechos, emprenda con heroísmo y gloria todo su poder, sus virtudes, sus propiedades y sus hijos en sostén de la Sagrada Causa que defienden los que integran la Confederación Argentina, y que cada uno se apure a llenar tan santa y americana obligación bajo la sabia y poderosa dirección del Supremo Jefe de la Nación, el eminente esclarecido señor general don Juan Manuel de Rosas, con el cual debemos triunfar o morir, según la más evidente justicia y nuestros públicos juramentos.

Al mes siguiente, una ley de Tucumán (8 de noviembre) ponderaba que el general Rosas "ha desistido con un desprendimiento altamente republicano de la renuncia al mando supremo que le había confiado la espontánea voluntad de todos los pueblos de la Confederación", tanto más aceptable tan "heroico y patriótico desistimiento" cuando tenía lugar en la circunstancia

de haber alzado la bandera de la rebelión, de la anarquía, el loco traidor salvaje unitario Justo José de Urquiza, unido al bando desnaturalizado de los salvajes unitarios, y buscando la ominosa cooperación del anti-americano y pérfido Gobierno del Brasil, enemigo inveterado de la Confederación Argentina, y de su digna aliada la República Oriental del Uruguay.

Otra resolución de la misma fecha resolvió por su artículo 1º:

En atención a que el vándalo salvaje unitario Justo José de Urquiza ha quebrantado con público escándalo el tratado del 4 de enero de 1831 que forma la alianza federativa de las Provincias de la República, con tendencias a desconocer la autoridad suprema nacional que dignamente ejerce el esclarecido general don Juan Manuel de Rosas, se le declara reo de alta traición a la Patria, quedando tanto él como sus sostenedores los salvajes unitarios, fuera del amparo de la ley.

Estas y otras manifestaciones debían ser puestas en conocimiento del propio magistrado porteño por un "ministro plenipotenciario", para transmitir los explícitos votos de la Provincia "por la continuación en el mando supremo, y en el que ningún otro pueda reemplazarlo".

No fue el único comisionado al efecto por las Provincias, que con entusiasmo en Buenos Aires loaron la conducta de Rosas, sumándose en la ciudad

platina a los furibundos anatemas que contra el Gobernador de Entre Ríos lanzaron los oradores porteños, señalándose particularmente en esta puja los doctores Lorenzo Torres y Baldomero García.

Lo extraño del caso es que las medidas militares no pasaron de reclutar milicianos en la campaña bonaerense para concentrarlos en el campamento de Santos Lugares. Una atonía completa era la característica del brigadier general Rosas, el antiguo Héroe del Desierto y Defensor Ilustre del Continente Americano. La ofensiva contra Entre Ríos, que pudo ser aprovechada con las fuerzas porteñas y santafecinas mientras duró la campaña oriental, fue desaprovechada. Esa pasividad de Rosas fue su característica como comandante en jefe del Ejército. Y eran muchos los que se preguntaban si sus facultades intelectuales había disminuido, cuando los acontecimientos se precipitaron en su contra: no faltaron los comentarios en confianza de sus íntimos jefes, los generales Lucio Mansilla y Ángel Pacheco, calificándolo de *loco*. Por supuesto, estaba en sus plenos cabales.

Empero, algunas actitudes suyas causaban perplejidad.

Su sobrino Lucio V. Mansilla —hijo de aquel y de doña Agustina Rozas—, relató como testigo presencial, en su *Ensayo histórico-psicológico*, que el Dictador, en momentos tan decisivos para sí, ocupaba su atención en insignificancias: “Pierde su tiempo en detalles minúsculos, casi microscópicos”; y explica su falta de operaciones ofensivas: “Rosas, demostrando en hora solemne y crítica que no era hombre de acción sino de bufete, un trabajador obstinado, nada de eso hizo”. Igual testimonio ha dejado el doctor Benjamín Victorica, incorporado al Ejército como capitán ayudante del general Pacheco, al referir a éste un episodio que le tocó vivir cuando transmitió al mandatario una noticia del frente de guerra: —*El Gobernador me ha escuchado impasible, me ha hablado largamente de cosas indiferentes o insignificantes, y orden alguna me ha dado para transmitirle*. Victorica confirmó la impresión antes señalada, definiéndolo como “maniático” que se ocupaba de nimiedades “que lo mostraban ridículo y tonto o loco”. Habrá luego otro hecho que recoger en el mismo sentido.

La actitud del “Jefe Supremo de la Confederación Argentina”, merece, sin duda, considerarse con siquiera breve detención. Su cuñado el general Mansilla opinaría agudamente, explicando la anómala conducta: —*Se había ensoberbecido de tal manera, que no podía admitir, ni poniéndose en la hipótesis de su caída, que se dudara de él*. Las adhesiones que recibía de todos los lugares del país, en términos tan absolutos como los ofrecidos, y el éxito que lograra frente a tentativas poderosas levantadas en su contra, habían convencido a Rosas, evidentemente, que resultaría imposible conmover su estabilidad. Aunque de tales manifestaciones escritas no pasaba el auxilio necesario: contra lo ordenado por el Pacto Federal, ninguna Provincia envió tropas para reforzar a Buenos Aires. Nada de esto sirvió para modificar la confianza de Rosas en su triunfo. *Quos vult perdere Jovis dementat*, apuntó Benjamín Victorica al recordar ese tiempo: “Los dioses enloquecen a los que quieren perder”.

Otra vez, a falta de encarar operaciones militares, tentó una ofensiva diplomática, que conviene intercalar aquí para no cortar luego el desarrollo del enfrentamiento bélico.

A fines del año 51 —y adviértase lo avanzado del tiempo— el Gobernador Rosas volvió a plantear la ayuda que pudiera prestarle la diplomacia británi-

ca. En esta oportunidad no se trató de obtener su mediación para evitar la guerra que le llevaba Urquiza, sino privar a éste de apoyo. Por confidencias de Andrés Lamas, agente montevideano en Río, el general Paz (allí residente) anotaba una variante:

Continuaba el ministro inglés afligiendo al Gabinete Imperial con sus exigencias y con su tono impertinente. Southern propagaba por todas partes que Rosas estaba perfectamente dispuesto a entenderse con Brasil y que hasta se prestaría a adherirse al tratado o tratados celebrados por el Estado Oriental últimamente. Por supuesto que el fin de esta mansedumbre es desvirtuar los enérgicos esfuerzos de Brasil y separarlo de sus aliados los Gobiernos de Corrientes y Entre Ríos. Era sin duda un medio de disolver la coalición, pero no le surtirá efecto alguno.

El 2 de enero de 1852 el representante inglés en Buenos Aires hizo saber al Foreign Office:

Rosas estaba muy grato (a lo menos así me lo expresó) por el segundo ofrecimiento que hizo el Gobierno de Su Majestad Británica a fin de solucionar las dificultades que existen al presente entre los dos países.

Mas una carta dirigida el 20 de enero por el Ministro oriental Herrera y Obes al coronel Lucas Moreno, le informaba a su turno:

Mr. Southern ha propuesto a Brasil la paz con Rosas, invocando órdenes de su Gobierno. Como base presenta la aceptación y ratificación de Rosas de todos los tratados que se han celebrado con nuestra República, diciendo que está autorizado por aquel Gobierno para hacer esa proposición. Él no exige más sino que Brasil, Paraguay y nosotros, nos retiremos de la cuestión argentina, dejándolo solo con el general Urquiza.

El Imperio ha contestado que esos tratados lo ligaban de no poder hacer la paz sino de acuerdo con sus aliados, y por consiguiente los consultaría.

La postrera variante intentada no alcanzaría éxito, puesto que los acontecimientos se habían adelantado en términos definitivos, y Brasil no aceptó la interposición inglesa: la alianza contra Rosas ya estaba establecida firmemente. Antes de relatar la campaña militar, conviene precisar los alcances del convenio, celebrado al mes de haber partido el general Urquiza desde Montevideo de regreso a Entre Ríos.

El 21 de noviembre de 1851 se suscribió en la capital del Estado Oriental el tratado para llevar directamente la guerra contra el general Juan Manuel de Rosas, “cuya existencia se ha hecho incompatible con la paz, la seguridad y el bienestar de los Estados aliados” —según rezaba su preámbulo—, por los representantes de ellos: doctor Diógenes J. de Urquiza (Entre Ríos y Corrientes), senador Honorio Hermeto Carneiro Leão (Brasil), y doctor Manuel Herrera y Obes (Uruguay). Sus tres primeros artículos establecen perfectamente la finalidad de la alianza y la participación de sus integrantes:

Art. 1º) Los Estados aliados declaran solemnemente que no pretenden hacer la guerra a la Confederación Argentina, ni coartar de cualquier modo que sea la plena libertad de sus pueblos en el ejercicio de los derechos soberanos que deriven de sus leyes y pactos, o de la independencia perfecta de su Nación. Por el contrario, el objeto único a que los Estados aliados se dirigen, es libertar al pueblo argentino de la opresión que sufre bajo la dominación tiránica del Gobernador don Juan Manuel de Rosas, y auxiliarlo para que, organizado en la forma regular que juzgue más conveniente a sus intereses, a su paz y amistad con los Estados vecinos, pueda constituirse sólidamente, estableciendo con ellos las relaciones políticas y de buena vecindad de que tanto necesitan para su progreso y engrandecimiento recíproco.

Art. 2º) En virtud de la declaración precedente, los Estados de Entre Ríos y Corrientes tomarán las iniciativas de las operaciones de la guerra, constituyéndose parte principal en ella, y el Imperio del Brasil y la República Oriental del Uruguay obrarán, en cuanto lo permita el breve y mejor éxito del fin a que todos se dirigen, como meros auxiliares.

Art. 3º) Como consecuencia de la estipulación precedente, S.E. el señor general Urquiza, Gobernador de Entre Ríos, en su calidad de General en Jefe del Ejército Entrerriano-Correntino, se obliga a pasar el Paraná lo más antes que posible fuere a fin de operar contra el Gobernador don Juan Manuel de Rosas, con todas las fuerzas de que pudiere disponer y los contingentes de los Estados aliados, que se ponen a su disposición.

Resalta que, contra la propaganda difundida por el Dictador Rosas, no se trataba de una guerra contra la Confederación, ni que el Ejército podía calificarse como de argentino-brasileño. Surge inequívocamente de los términos del tratado que la campaña se dirigía contra aquel, para restituir a la Nación Argentina su "plena libertad" a fin de que "pueda constituirse sólidamente". Las Provincias mesopotámicas eran la "parte principal" de las operaciones y tomarían sus "iniciativas", dirigidas por el Gobernador de Entre Ríos; y Brasil y Uruguay eran "meros auxiliares" cuyos contingentes "se ponen a su disposición". Cabe añadir que el segundo comandante del Ejército lo fue otro mandatario argentino, el Gobernador de Corrientes, general Benjamín Virasoro.

El siguiente articulado detalla la concurrencia de las tropas extranjeras —que componían tan sólo la cuarta parte de las nacionales, como luego se expondrá numéricamente—, y fija el préstamo brasileño en 100.000 patacones mensuales para los gastos bélicos hasta la desaparición del Gobierno del general Rosas, cuya devolución sería garantida por la propiedad pública de las Provincias de Entre Ríos y Corrientes hasta ser reconocido como deuda de la Confederación Argentina. *"El Ejército Imperial, estacionado actualmente en el Estado Oriental, permanecerá en él, ocupando los puntos de la costa del Río de la Plata o del Uruguay"*, sin perjuicio de concurrir a las operaciones si fuese necesario, y *"la Escuadra Imperial se colocará en los puntos más convenientes, a juicio de su jefe"*, ambas situaciones de acuerdo con el general Urquiza. Brasil suministraría 2.000 espadas de caballería, y Entre Ríos los equinos necesarios para los movimientos de las tropas de este país, y el Estado Oriental contribuiría con todas las municiones que le pidiera Urquiza.

Estipulación especial era contemplada por el art. 14, de importancia y antiguo anhelo para todos los aliados:

Los Gobiernos de Entre Ríos y Corrientes se comprometen a emplear toda su influencia cerca del Gobierno que se organizare en la Confederación Argentina, para que éste acuerde y consienta en la libre navegación del Paraná y los demás afluentes del Río de la Plata, no sólo para los buques de los Estados aliados, sino también para los de todos los otros ribereños que se presten a la misma libertad de navegación en la parte de los mencionados ríos que les perteneciere.

Era clara la alusión a Paraguay, que mereció esta salvedad si no admitía el libre tránsito fluvial:

Entre Ríos y Corrientes la mantendrán a favor de los Estados aliados, y con ellos solamente tratarán de establecer los reglamentos precisos para la policía y seguridad de la dicha navegación.

Las demás estipulaciones preveían las consecuencias de un hipotético contraste militar, y artículos adicionales contemplaban la adhesión de Paraguay a la libertad de navegación.

¡Curiosa "guerra nacional", como la calificaban las autoridades y prensa de Buenos Aires, ésta en que, salvo esta Provincia, todas las demás de Argentina apoyaron: tres del Litoral en forma activa, y las diez del Interior en forma pasiva, al no auxiliar a aquella! El sentimiento de la Nación quedaría aclarado concluyentemente al finalizar la campaña, dirigida únicamente contra el gobernante porteño, y no contra la Confederación, según lo estipuló el tratado de alianza.

El punto de concentración de lo que dio en llamarse *Ejército Grande Libertador Sudamericano* fue fijado por el general Urquiza en la localidad de Diamante, al sur de la capital de su Provincia, desde donde atravesaría el río Paraná.

El Comandante en Jefe del mismo salió de Montevideo a bordo del vapor de guerra brasileño *Affonso*, que lo desembarcó el 4 de noviembre de 1851 en Guleguaychú. Otras naves transportaban a la infantería, armas, artillería y bagajes —tomados en cantidad al rendido Ejército de Oribe— mientras las Divisiones entrerrianas de caballería marchaban por tierra a órdenes del coronel Manuel Antonio Urdinarrain. Igualmente las tropas orientales y las imperiales viajarían por agua al lugar de reunión con Urquiza y Virasoro; y es de notar que en ningún momento la escuadra de Buenos Aires intentó siquiera alguna acción para obstaculizar sus movimientos. Era su nuevo jefe el coronel John H. Coe, quien no se mostró con la decisión con que otrora Azopardo, Brown o Garibaldi desafiaron fuerzas enemigas superiores. Las naves porteñas quedaron ancladas en puerto sin tomar parte en las acciones.

Urquiza permaneció unos días en Gualeguaychú (habíase puesto de novio con la señorita Dolores Costa, con quien contrajo matrimonio en 1855), donde dispuso que en lugar de la aglomeración de *vivas* y *mueras* en el encabezamiento de los documentos oficiales, sólo se colocara *¡Viva la Confederación Argentina!* El lema que sustituyó a la anterior condena a los "salvajes unitarios" "*quiso manifestar la firme resolución de combatir a todos los que se opusiesen a la organización y ventura de la República*". Otro decreto suyo aludió a que "es un deber hacer desaparecer hasta los vestigios que atestigüen la dominación y el bárbaro sistema de don Juan Manuel de Rosas", y como éste había prohibido el uso de los colores verde y azul, lo permitía en adelante, pues

dicha prohibición ha sido dictada con la idea de envilecer a los pueblos de la heroica Confederación Argentina, a quienes ha querido y aún pretende hacer obedecer sus caprichos como leyes sacrosantas.

Sin embargo, finalizaba este decreto, quedaba vigente ostentar la cinta punzó como distintivo federal, "*que nunca emanó del tirano de Buenos Aires*".

Tras algunos días Urquiza se trasladó al campamento de Calá, donde comenzó a programar la magna concentración de elementos de guerra, movilización enorme de hombres, caballada y ganado para alimentación, bueyes de tiro, impedimentas de todo tipo, carruajes, cañones y municiones. Otros temas concurrentes eran la composición de las fuerzas, la vigilancia de los ríos Plata y Paraná, y el control de las fuerzas enemigas en la vecina costa santafecina.

Entre de los numerosos militares incorporados al Comandante en Jefe del *Ejército Grande Libertador* provenientes de Montevideo, un par de ellos merecen mención especial por la trascendencia de sus trayectorias futuras. Fueron recomendados desde Santiago de Chile por el general Las Heras al general Eugenio Garzón, "*deseoso de contribuir del modo que me es posible al sostenimiento de tan noble causa*". Garzón se dirigió el 10 de noviembre, a Urquiza:

Mi querido compadre y amigo: El general don Juan Gregorio de las Heras, antiguo soldado de la Independencia a cuyas órdenes tuve la fortuna de servir en Chile y Perú, me ha dirigido una fina y patriótica carta recomendándome a los señores coroneles don Pedro L. Aquino y don Bartolomé Mitre, que han venido con el decidido intento de cooperar en la gloriosa empresa a cuyo frente figura el nombre de Ud., para derrocar la tiranía de su Patria. Estos dos oficiales, muy inteligentes en sus armas y muy patriotas, van a ofrecer a Ud. sus servicios; yo se los presento y los recomiendo a Ud. con interés porque lo merecen, y porque creo que lo servirán muy bien. El primero es correntino, pero muy relacionado en el Departamento de San Nicolás, donde hizo servicios importantes al general Lavalle, y el segundo es de Buenos Aires.

Urquiza contestó a Garzón el 22, transmitiéndole "el sentimiento que tengo al saber que sigue Ud. padeciendo", y asegurándole que de acuerdo a su interés por Aquino y Mitre, "les dispensaré las consideraciones debidas a sus clases".

Los oficiales aludidos no habían llegado solos desde Chile, pues fueron acompañados por otros dos y algunos suboficiales de los antiguos Granaderos a Caballo. Los primeros de éstos eran el teniente coronel Wenceslao Paunero y el capitán Domingo F. Sarmiento, el último de los cuales, afamado periodis-

ta por sus artículos contra Rosas, había tomado contacto epistolar con el general Urquiza con anticipación, y en su libro *Argirópolis* (1850) había escrito las siguientes comprometedoras frases sobre el Gobernador de Entre Ríos:

Su nombre es la gloria más alta de la Confederación: jefe de un Ejército que siempre ha vencido, Gobernador de una Provincia donde la prensa se ha elevado, donde el Estado ha organizado la instrucción primaria, las Provincias de la Confederación y los argentinos separados de la familia común evolverán en vano sus ojos a ese lado, esperando que de allí salga la palabra "Congreso", que puede allanar tantas dificultades?

Sarmiento escribió en una libreta de apuntes al entrevistarle en Gualeguaychú: "*Visito al general Urquiza; me recibe con extrema bondad*". Fue ascendido por él al grado de Teniente Coronel y encargado de redactar los "boletines" que irían dando cuenta de la campaña a iniciarse. Volvió Sarmiento a Montevideo para adquirir una imprenta, y allí convino con sus amigos Mitre y Paunero en incorporarse juntos a las tropas en Diamante.

Era ésta una modesta villa ribereña de cerca de 90 casas, ubicada en altas barrancas sobre un paraje denominado Punta Gorda. Desde ella habían cruzado el Paraná los generales Ramírez, en 1821, y Lavalle, en 1840. En la orilla de enfrente, una vasta planicie era propicia para acomodar al Ejército Libertador. Se encontraba apostado en custodia el batallón *Urquiza* bajo el mando del teniente coronel Manuel Basavilbaso; y el comandante militar de la localidad, teniente coronel Luis Hernández (santafecino de origen, sobrino materno de los generales Estanislao y Juan Pablo López) era informado constantemente de la situación en su Provincia natal por los espías que enviaba, todo lo cual se ponía en conocimiento del Gobierno entrerriano.

A fin de impedir la invasión, aprovechando la formidable barrera natural que era el ancho río, el Gobernador de Santa Fe, doctor y general Pascual de Echagüe, contaba con las fuerzas de su Provincia y además con las Divisiones porteñas de apoyo comandadas por los coroneles Manuel de Santa Coloma en la Capital, y Vicente González en Rosario.

En la ciudad de Paraná se encontraba presto a oponerse a cualquier ataque por parte de ellos, el batallón *Fidelidad* accidentalmente a órdenes del teniente coronel Eugenio Núñez, bajo el mando superior del coronel José Ma. Francia, Mayor de Plaza.

En esos días tuvo lugar un acontecimiento auspicioso para la causa constitucional: el capitán Jacinto González, perteneciente a la División que en el sur santafecino antes mandara el célebre "Carancho del Monte" de su mismo apellido, y ahora a órdenes del coronel Juan N. Serrano, se pronunció a la cabeza de ella en la medianoche del 9 de diciembre a favor de Urquiza, arreando toda la caballada de la División de Santa Coloma "*después de haberle dado dos cargas en su propio campo, las que sólo pudo contener favorecido por su artillería e infantería*". Así lo informó un alférez al teniente coronel Basavilbaso, añadiendo que al anoecer del día siguiente debía llegar a Diamante aquel oficial con alrededor de 400 hombres y 3.000 caballos. En vibrantes términos se lo hizo saber el general Virasoro a Urquiza, comunicándole que la División González se había declarado

por la santa causa de la Patria contra el bárbaro sistema de exclusivismo, de opresión y de sangre del tirano Rosas [...] Es el anuncio de la infalible caída del déspota, único obstáculo para la paz de los argentinos y la organización de la República.

Los recién llegados fueron despachados al campamento de Calá, donde llegaron a mediodía del 13, y allí Urquiza ascendió al capitán Jacinto González a Teniente Coronel, como a todos sus acompañantes según sus rangos.

El 10 del mismo mes de diciembre había desembarcado en el sur del territorio entrerriano la División del Estado Oriental, que por fallecimiento del general Eugenio Garzón (1° de diciembre) era conducida por el coronel César Díaz. Su fuerza —conforme a la lista elaborada el mismo día en su primer campamento del Potrero de Pérez— consistía en 1 coronel, 12 jefes, 106 oficiales y 1.556 hombres de tropa, más 3 cirujanos y 3 comisarios, lo que totalizaban 1.671 efectivos, divididos en cuatro batallones de infantería (jefes: Juan Antonio Lezica, León de Palleja, José M. Solzona y Eugenio Abella), un escuadrón de artillería ligera (teniente coronel Mariano de Vedia), y un piquete de caballería de escolta. Con grandes dificultades marcharon lentamente por tierra hacia Diamante.

A poco, en la madrugada del 16 de diciembre de 1851, ingresó al río Paraná la División auxiliar brasileña comandada por el brigadier Manuel Marques de Souza (luego barón y vizconde de Porto Alegre), transportada por un convoy compuesto por los vapores *Affonso*, *Pedro II*, *Recife* y *Dom Pedro*, remolcando a las goletas de vela *Doña Francisca*, *Unión* y bergantín *Calíope*. Llevaban a bordo 1.198 hombres de infantería y la escuadra estaba a órdenes del almirante John Pascual Grenfell. Remontando sus aguas, el 17 pasaron sin inconvenientes la Vuelta de Obligado, pero al llegar frente a las barrancas de Acevedo al sur de San Nicolás, en el paraje denominado Tonelero, debieron enfrentarse con posiciones fortificadas por el general Lucio Mansilla.

El Tonelero estaba armado por 16 piezas de artillería, más dos batallones de infantería, un escuadrón de carabineros, y el regimiento N° 6 de caballería de campaña. Las naves se prepararon para el combate, izando en sus palos mayores la bandera argentina y la propia, ordenándose que la tropa se guareciera bajo las cubiertas, quedando sobre ellas los jefes de las unidades, a su pedido, sumándose a éstos los oficiales argentinos que iban a bordo: tenientes coroneles Bartolomé Mitre, Wenceslao Paunero y Domingo F. Sarmiento, como les fue concedido. Durante la hora que duró el pasaje se cambiaron disparos de cañón y fusilería, pero sin causarse mutuamente mayores bajas: 3 muertos y 7 heridos en la escuadra, conforme al parte brasileño, y 1 soldado y 5 caballos muertos según el informe de Mansilla.

Superado este inconveniente, el almirante Grenfell llegó a la altura de Rosario, donde una gran multitud de militares y civiles contemplaban el avance de los buques. Sin embargo, en esta ocasión no se rompió el fuego por ninguno de los oponentes, pese a la cercanía de la costa. En tales instantes el comandante naval forzó su voz gritando con su bocina: —“¡Viva la República Argentina! ¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano Rosas!”, exclamaciones que repitieron las tripulaciones, y que para su sorpresa fueron respondidas de igual modo desde tierra. Poco después comenzaron a desertar las milicias de caba-

llería de Rosario y el Espinillo que habían quedado después de la sublevación de la División González.

El 19 de diciembre se presentó el general Urquiza en Diamante, donde ya estaba Virasoro con sus correntinos, y en la misma fecha emitió una proclama al Ejército de Vanguardia que componían los elementos de ambas Provincias:

La campaña que vamos a emprender es santa y gloriosa, porque en ella vamos a decidir de la suerte de una gran Nación que 20 años ha gemido bajo el pesado yugo de la tiranía del dictador de los argentinos, y a completar la grande obra de la regeneración social de la República del Plata, para que dé principio la nueva era de civilización, de paz y libertad, y se ciégue para siempre el abismo donde el Tirano quería sepultar las glorias, el valor y hasta el renombre de los argentinos.

¡Soldados! Marchemos con paso vencedor, porque el poder del Tirano es incapaz de oponerse a vuestro denuedo; porque ese poder no está fundado en el amor de sus compatriotas sino en el terror que ha difundido, y en la sangre que ha derramado para conservar su odiosa tiranía, y hacer que los argentinos lo deifiquen, sacrificando por él su honor, su fama, el recuerdo de sus glorias, la libertad de la Patria y el porvenir de sus familias.

Los preparativos comenzaron de inmediato. Los cuerpos se distribuyeron bajo los siguientes comandos y efectivos, según el *estado de fuerzas* existentes el 20 de diciembre, suscripto por el general Benjamín Virasoro, segundo comandante del Ejército Grande:

Entre Ríos: nueve Divisiones de caballería al mando de los coroneles Manuel Antonio Urdinarrain, Miguel Gerónimo Galarza, Manuel Palavecino, Casto N. Domínguez, Doroteo Salazar, tenientes coroneles Juan José Paso y Jacinto González, y mayor Ricardo López Jordán. Dos batallones de infantería: el *Entre Riano* del teniente coronel Ramón de Lista, y el *Urquiza* del coronel Manuel Basavilbaso. Un escuadrón de artillería a órdenes del coronel José María Pirán. Más la escolta del general Urquiza a cargo de los tenientes coroneles Aguilar y Caraballo, y la guardia a las del teniente coronel Reyes, alcanzaban un total de 18.670 elementos.

Corrientes: seis Divisiones de caballería, de los coroneles Manuel Antonio Ocampos, Bernardino López, Simeón Paiba, Nicanor Cáceres, Salvador R. Bejarano y Andrés Ricarde, más un Regimiento de escolta del coronel José A. Virasoro. En infantería los batallones *Defensores de la Independencia* del mayor Wenceslao Martínez, y *Patricios* del mayor Santiago Acevedo. Un escuadrón de artillería mandado por el teniente coronel Solano González. Total 5.260 hombres.

Buenos Aires (ex componentes del Ejército de Oribe): cinco Divisiones de caballería a órdenes de los coroneles José Ignacio Burgoa, Manuel Hornos, Pedro L. Aquino, Susviela y Bernardo González. Tres batallones de infantería: *Buenos Aires* del coronel Martín Tejerina, *San Martín* del coronel Mariano Echenagucía, *Constitución* del coronel José Toledo, y *Federación* del coronel Rodríguez. Sendos escuadrones de artillería estaban dirigidos por los tenientes coroneles Bernabé Castro y Bartolomé Mitre. Hacían un total de 4.240 efectivos.

Los comandos serían modificados al incorporarse más tarde otros altos jefes; y los cuerpos de las tres Provincias indicadas, alcanzando los 20.179 hombres, vistieron a sus caballerías con un peto blanco sobre sus uniformes, para diferenciarlas de las porteñas. Además, todos los soldados ostentaban una nueva divisa, que sobre color rojo, llevaban inscripto el objetivo de la campaña: *Constitución Federal o Muerte*.

Las tropas que llegarían de Brasil y Uruguay fueron, según la propia lista elaborada por cada uno de estos Estados, las del Imperio 4.176 hombres (3.064 infantes, 576 jinetes y 525 artilleros, más 2 jefes y 9 oficiales de su Estado Mayor), como surge del cómputo efectuado el 15 de diciembre en Colonia al embarcarse para remontar el río Paraná; y las del Estado Oriental los 1.671 hombres conforme a la discriminación indicada páginas atrás. Ello arrojaba un total de 5.847 extranjeros, que hacían menos de la cuarta parte del *Ejército Grande Libertador* (porque habrá que sumar a poco los efectivos de Santa Fe, no incluidos por ahora), que alcanzaría a 24.000 hombres.

El cruce del gran río lo haría el grueso del Ejército por Diamante, mientras otra columna atravesaría el Paraná desde la capital provincial hacia la de Santa Fe, que la enfrentaba. Por razones de método se tratará previamente a esta última, cuya resistencia podía poner en grave riesgo la invasión de la costa enemiga y hacer fracasar toda la operación, si desde allí y Rosario se despachaban fuerzas convergentes para combatir a las salidas de Entre Ríos.

10

Para anular tal riesgo, el general Urquiza tomó varias medidas. Ante todo, recibir noticias fidedignas de la orilla vecina, que transmitía regularmente el comandante de Diamante, Luis Hernández, sobre la actitud del coronel Santa Coloma en Coronda. Por otra parte sabía que el Gobernador Echagüe había delegado el mando en don Urbano de Iriondo con el propósito de organizar a sus elementos. La custodia de la capital santafecina quedó encomendada al batallón *Guardia de la Federación* que mandaba el mayor Ignacio Comas. Los datos recibidos desde allá eran favorables al pensamiento de libertad y organización constitucional auspiciado por Urquiza, no obstante la categórica manifestación en su contra emitida por la Sala de Representantes, y hasta se daba el caso de que se mantenían contactos entre ambas capitales litorales, como que en Santa Fe residía don Domingo Crespo, hermano del Gobernador Delegado de Entre Ríos don Antonio. A este último escribió Urquiza el 21 desde Diamante:

Respecto de lo que me dice Ud. del poco número de la fuerza con que debe ocupar aquella ciudad, y el que considera Ud. será de 200 hombres, yo lo creo suficiente, pues a lo que vamos es a proteger la disposición de los santafecinos.

La columna expedicionaria fue puesta bajo el mando del coronel José Ma. Francia, jefe de la guarnición de Paraná, con quien debía colaborar el teniente coronel Luis Hernández. Al día siguiente de despachada esa comunicación,

Urquiza volvió a dirigirse a Crespo urgiéndolo a que se efectuara esa diversión operativa: *"Debe Ud. mandar al coronel Francia para que se haga matar si es preciso, que yo me pongo mañana en marcha para lanzarme a la margen opuesta del río"*. Francia convocó a Hernández y le confió el batallón *Fidelidad* y una compañía de cívicos para ejecutar aquella. La tropa cruzó a nado desde el puerto ("Bajada Grande") con cada caballo a su costado, hasta la isla Tanche; a medianoche se vadeó el Paranacito en la misma forma. A la madrugada Hernández se encontraba en la isla frente a Colastiné (guardia avanzada del enemigo), en donde debió esperar las armas, municiones y monturas que Francia le envió en lanchones. En momentos en que el jefe de la guardia enviaba su parte diario a Santa Fe —*"Sin novedad por el lado de Entre Ríos"*— el comandante Hernández lo capturó por sorpresa.

A mediodía se avistaron las embarcaciones en las cuales el coronel Francia conducía a la infantería, pero para no demorar la operación Hernández se adelantó con la caballería, y en la ciudad se encontró con el mayor Comas, quien sin resistencia le entregó la plaza, con 500 infantes y 4 cañones. Francia comunicó el resultado al general Urquiza, comentándole: *"Acabo de saber que al pobre don Pascual Echagüe se le desbanda su titulado Ejército; algunos soldado se me han presentado ya"*. La acefalía gubernativa se cubrió eligiéndose a don Domingo Crespo, quien en conceptuosa nota el 25 de diciembre dirigida al coronel Francia ponderó

la empresa progresista y civilizadora que tiende al desarrollo de la inteligencia, y que pugna abiertamente contra esas negras teorías propias únicamente de los tiempos bárbaros.

No faltaba el elogio a la "gran cruzada de regeneración y humanidad", como igualmente a "la confianza que le asiste en el hombre grande de la época", todo lo cual contrasta agudamente con las injuriosas expresiones lanzadas en contra de éste por la misma Provincia apenas dos meses atrás.

El 23 de diciembre de 1851, a primera hora, comenzó a cruzarse el Paraná por Diamante, "uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer: el pasaje de un gran río por un grande Ejército", según la frase elocuente de Sarmiento, que lo contempló. Habían arribado unas pequeñas embarcaciones que conformaban la flotilla correntina, al mando del capitán Alberto Villegas, y el antiguo mandatario de esa Provincia, general Pedro Ferré —"carpintero de ribera"— envió unas balsas circundadas por listones de madera, que construyera en La Paz, capaces de contener cañones, bagajes y caballos.

Debían atravesar el gran cauce 22.000 hombres con sus impedimentas. Encargado inmediato del pasaje fue designado el general Juan Madariaga —uno de los antagonistas de Urquiza en las campañas de 1846 y 47—, quien en esta oportunidad contó como ayudante de campo al capitán de caballería Martín José Ruiz Moreno —veterano de Pago Largo, Sauce Grande y Caá-guazú contra los correntinos—: como en tantos otros casos similares, ahora los antiguos enemigos se unían ante un adversario común. Dicho oficial se desempeñaba como Capitán del Puerto de Diamante, y en tal condición pudo suministrar sus conocimientos sobre los lugares más adecuados para la travesía.

El acantonamiento y cuartel del Ejército Libertador estaba dispuesto en la actual plaza "General Urquiza", próximo a una bajada denominada *El Brete*, dominada por una gran barranca donde en años anteriores se construyeron los reductos que levantaron los generales Paz e Iriarte para proteger la retirada de las tropas de Lavalle luego de ser rechazadas por el Ejército Federal Entrerriano de Echagüe (batalla de Sauce Grande en julio de 1840). Desde allí el general Justo J. de Urquiza revistó a sus tropas.

Pero las fuerzas de caballería no comenzaron a cruzar desde ese paraje, sino en otro situado a media legua al sur del pueblo, llamado *Las Mangas*, y tanto los entrerrianos como los correntinos lo hicieron a nado, dado que sus montados estaban acostumbrados a vadear cursos de agua, aprovechando algunas islas para recobrar energías. Una gran bajante producida por la temporada seca favoreció la operación. Con el fin de asegurar el dominio del territorio enemigo, la vanguardia estuvo a cargo de las Divisiones entrerrianas de los coroneles Galarza, Urdinarrain y Palavecino. Esta avanzada fue compuesta por 4.000 soldados de caballería, dos batallones de infantería y una batería. La vecina localidad de Coronda estaba abandonada por la División de Santa Coloma, ante la aproximación del coronel Francia.

Como en tales circunstancias arribó la escuadra brasileña del almirante Grenfell, Urquiza le indicó que desembarcara a la División Imperial directamente en la costa santafecina, quedando el vapor *Dom Pedro* para colaborar en el transporte del material e impedimenta desde El Brete.

Resulta ineludible ceder la descripción del episodio a Domingo Faustino Sarmiento, que la imprimió en su boletín N° 3:

Embarcaciones menores pasaban de una a otra orilla los batallones de infantería en grupos pintorescos que matizaban de vivísimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor Don Pedro, de ligerísimas dimensiones, remolcaba las balsas cargadas de caballos; pero aún no satisfecha la actividad del General en Jefe con estos medios, centenares de nadadores dirigían el paso de tropas de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas como pequeños puntos negros que interrumpían en líneas transversales la tersura del río. Por horas enteras veíase a algún nadador luchando con un solo caballo obstinado en volverse atrás a la mitad del canal, mientras el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la orilla opuesta los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas, y allá en el horizonte, los rojos escuadrones de caballería que desde temprano avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas.

Daba impulso a aquel y variado campo de acción, la mirada eléctrica del General en Jefe, que situado en una eminencia, dominaba la escena, inspirando arrojo a los unos, y a todos actividad y entusiasmo.

Cumplida con éxito esta primera fase, el general Urquiza cruzó el Paraná a su vez el siguiente día 24 junto con su primer edecán el teniente coronel Indalecio Chenaut, escolta, y sus ayudantes el coronel Federico Guillermo Báez y el mayor Adolfo Arana. Sintetizó Sarmiento:

"La operación militar que arredra a los más grandes Capitanes, está pues ejecutada, y el pasaje del Paraná realizado por un grande Ejército y

por medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el político, el pintor o el poeta, como uno de los sucesos más sorprendentes y extraordinarios de los tiempos modernos".

Quedaron en Diamante los generales Benjamín Virasoro y José Miguel Galán encomendados de proseguir la operación, recibiendo a los últimos militares incorporados a la empresa, lo que se prolongó hasta la primera semana de enero de 1852.

Consecuencia inmediata del avance del Ejército Grande fue el levantamiento en su favor de la ciudad de Rosario, comunicado al Comandante en Jefe por el ayudante mayor Celedonio Rodríguez, enviado por el encargado del Departamento de ese nombre.

Lo era el teniente coronel José Agustín Fernández, quien se pronunció a las ocho de la mañana en apoyo de la "cruzada" (*sic*) presidida por Urquiza, secundado por la mayoría de la población con el mayor entusiasmo. El propio Fernández rememoró años después (1881) lo sucedido:

"El acto tuvo lugar el día 25 de diciembre de 1851 en la costa del arroyo Ludueña, sobre las márgenes del río Paraná. Teníamos a un flanco al Ejército del general Echagüe, fuerte en 6.000 hombres que acampaban a once leguas del sitio en que tuvo lugar el pronunciamiento, y al otro lado, al Ejército del general Mansilla con 8.000 hombres de las tres armas, a seis horas de camino. Entre estos dos enemigos se pronunciaron las fuerzas de mi mando, constantes de 2.500 plazas en el primer momento, y cuyos principales jefes y oficiales que me acompañaban con toda decisión fueron el teniente coronel don Estanislao Zeballos, el teniente coronel don Juan Pío González, sargentos mayores don Patricio Rodríguez, don Polonio Goytea, don Juan F. Leñcina, don Francisco J. Funes, don Antonio Zeballos, don Francisco G. González, los capitanes Celestino Martínez, Ramón García, Mariano Ponce y Juan Brito, y los ayudantes mayores don Celedonio Rodríguez y Pedro Montenegro. Pocas horas después de mi pronunciamiento, el capitán de granaderos don Dámaso Centeno se levantaba en la ciudad de Rosario con 300 hombres, y se apoderaba de un convoy de guerra compuesto de municiones y 6 piezas de artillería, que marchaba a reforzar los elementos bélicos del general Mansilla. Con estos planteles formó la División 1.000 santafecinos".

Echagüe, Santa Coloma, González y Serrano pudieron fugar a Buenos Aires, dando un rodeo por la pampa cordobesa, mientras las desertiones entre las tropas "federales" de las proximidades aumentaba en número.

Este hecho favorable movió a Urquiza ordenar que se suspendiera el cruce del Paraná como lo continuaban haciendo la infantería, artillería y servicios auxiliares, viajando los que restaban en Diamante, a bordo de las naves brasileñas y la flotilla correntina, directamente hasta Espinillo —legua y media al norte de Rosario—, donde se estableció un nuevo cuartel general para proceder a estructurar definitivamente al Ejército Grande una vez que hubiesen completado sus efectivos.

La División oriental que conducía el coronel Díaz llegó a Diamante en su marcha a pie al anochecer del 28 de diciembre, entorpecida por repentinas llu-

vías que la forzaban a detenerse para componer sus equipos y armamento. El general José Miguel Galán la recibió para indicarle el lugar de su campamento. No me parece inoportuno intercalar una anécdota ocurrida con César Díaz. Éste solicitó una escolta, y al rato un oficial le presentó un pelotón de entrerrianos "cuyos rostros estaban señalados por profundas cuchilladas". Díaz los miró e interpelló a aquel: —*Teniente, vea si puede conseguirse los individuos que marcaron a sus "matos"*. En el acto se adelantó uno de éstos y le dijo: —*Mi Coronel: los que nos marcaron a nosotros están bailando en lo de Mandinga...* Rescatemos del olvido el nombre de este bravo y humilde soldado: Nereo de la Cruz. Quedaron aceptados, por supuesto.

A la mañana siguiente fueron a cumplimentar a César Díaz los jefes y oficiales de los dos batallones allí estacionados, con sus bandas de música; y acota el antiguo miembro de la Defensa:

"Estos batallones eran los mismos que habían asediado a Montevideo: conservaban todos los oficiales con que nos habían hecho la guerra, y ya puede imaginarse el efecto que haría en el ánimo de éstos los discursos de sus superiores, que eran los únicos que habían sido reemplazados".

Esa situación no dejará de deparar una consecuencia trágica. El viaje de dicha División hasta Espinillo lo fue en las naves de su nacionalidad *Río Uruguay* y *Oriental*, "y algunos barquillos mercantes de muy poca capacidad", porque la mayor parte de los vapores brasileños había abandonado las aguas del Paraná. Los efectivos orientales fueron transportados el 6 de enero, y dos días después lo fueron los últimos componentes del Ejército Grande: la artillería argentina, mandada en jefe por el coronel José María Pirán (porteño), en la cual formaba el regimiento entrerriano del teniente coronel Marcelino Martínez.

En el campamento del Espinillo el general Urquiza dio forma a las columnas de marcha, cada una de las cuales contaba con su Estado Mayor, incorporando a las fuerzas de Santa Fe. También organizó los servicios auxiliares, revistando como auditor de guerra el doctor Juan Francisco Seguí. La sanidad estuvo a cargo los doctores Paulino Gutiérrez y José Antonio Wilde, con los cirujanos Celestino Perrin, Casimiro Labastíe, Carlos Bonnet, Juan Arengo, Pedro Mujica y Antonio Olivi.

Desde ese lugar (cuartel general en el Carcarañá, 26 de diciembre) Urquiza difundió otra proclama a los demás Gobernadores argentinos, reiterando los móviles que lo guiaban:

Me asiste la más plena confianza de que, valorando V.E. en su verdadero carácter el espíritu y tendencia de esta cruzada de civilización y de libertad contra el enemigo común de todas las glorias americanas, armonizará con ella su política.

Mas nada positivo recibió en respuesta, salvo una nota amistosa del Gobernador de Córdoba, fechada el 9 de enero de 1852 en nombre de su Provincia:

Así como ella no abriga sino sentimientos de la mayor confraternidad con respecto a todas y cada una de las Provincias, no tendrá miras hostiles con respecto a Ud. y su Ejército, en cuya seguridad debe Ud. descansar.

Quizá se tratara solamente de una dualidad de conducta del general Manuel López Quebracho, pues según refiere el coronel César Díaz, el enviado que condujo su carta llevaba por objeto real el de conocer la fuerza del Ejército para adoptar sus previsiones; ya que a poco (27 de febrero) el cordobés Cayetano Lozano refería a su hermano Narciso, residente en Buenos Aires: "*Han sido los ciudadanos cordobeses privados de leer los boletines de triunfos que el general Urquiza iba consiguiendo en su marcha*". Otro caso similar se dio en Tucumán, cuyo mandatario el general Celedonio Gutiérrez cursó una larga carta a Urquiza fechada el 20 de enero, plena de propósitos coincidentes con los de la revolución constitucional encabezada por éste, pero cuyo original se encuentra en el archivo de la Legislatura de Tucumán pues no fue enviada (lo que fue denunciado luego en la Legislatura), para conservarla como reaseguro si los asuntos públicos evolucionaban en uno u otro sentido.

De su lado, el general Rosas concretamente tampoco obtuvo ayuda alguna.

Desde un punto de vista, el momento histórico era el siguiente: de los cuatro autores originales del Pacto Confederal de 1831, tres de ellos (Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe) operaban activamente con las armas en la mano para obligar a Buenos Aires, la parte remisa en convocar al Congreso Constituyente, a cumplir su obligación. Mientras, las diez Provincias del Interior aguardaban el resultado del duelo disputado en el Litoral, aunque colaborando con su pasividad a la derrota del miembro aislado. La Nación Argentina mostraba de manera práctica cuál era la política que anhelaba, por sobre el contenido de multitud de ceremonias, escritos e impresos que disfrazaban lo contrario a favor de uno solo de sus gobernantes.

11

El Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y nominalmente "Jefe Supremo de la Confederación", general Rosas, había cedido por completo la iniciativa de las operaciones a su oponente.

La falta de auxilio al general Oribe, más la inactividad sobre Entre Ríos cuando su Ejército se hallaba en el Estado Oriental, y el haber desaprovechado la considerable barrera puesta por el río Paraná al avance del Ejército Grande, evidenciaban su nulidad como conductor de guerra. En Santa Fe, si no se optaba por la resistencia, podía haberse efectuado un repliegue con valiosas tropas. La pasividad que demostraba era trasladada a sus principales jefes, que sometidos ahora a su dirección inmediata por haber asumido el mando del Ejército de Buenos Aires, carecían de facultades o de decisión para obrar en forma independiente, no obstante su mayor veteranía. Mas la inexperiencia de Rosas era suplantada por la obsecuencia de sus sostenedores al atribuirle el

mérito de los triunfos militares, lo que cimentaba su autoridad en el plano castrense, y así es como el Diputado doctor Baldomero García declamaba en la Legislatura porteña:

El Ejército de traidores salvajes unitarios, que bajo la seducción extranjera se había remontado de un soplo, fue aventado por el general Rosas, que lo hizo caer en Quebracho, en San Calá, en Tucumán, en Jujuy, en Rodeo del Medio y en todas partes. El ínclito general Oribe, el intrépido general Pacheco y todos nuestros bravos, cumplieron briosamente sus órdenes.

De aquí los títulos que se le discernieron y hasta el grado de Gran Mariscal que la Sala de Representantes propuso crear en su favor, y que el propio agraciado rechazó.

A pesar de la incapacidad militar del gobernante, los recursos de que podía echar mano Rosas eran considerables, sin contar un eventual apoyo desde el Interior. Así lo muestra un estado de sus fuerzas fechado el 12 de diciembre de 1851.

En el norte de la Provincia se encontraba en general Lucio Mansilla, acantonado en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, guardando el cruce del arroyo del Medio que la separaba de Santa Fe. Tenía allí 2.800 hombres, más 400 en San Pedro y 300 en Zárate. Hacia el oeste los tenientes coroneles Cortina con 1.000 efectivos en Rojas, y Aguilera en Barrancosa con 600. Cerca de la capital, en la Guardia de Luján (Mercedes), el comando superior que ejercía el general Ángel Pacheco, con 4.200.

Al sur (Tuyú, Salado, Ensenada) se disponía de 2.100 hombres a órdenes del teniente coronel Pedro Rosas y Belgrano, y otros 700 en Laguna de los Padres con el mayor Cornell.

El cuartel general de Santos Lugares albergaba 6.200 veteranos, y en Palermo acampaban 6.500.

Dentro de la propia ciudad porteña no faltaban jefes de categoría, como los tenientes coroneles Ramón Rodríguez, Agustín Rabelo y Ángel Herrero, más los comandantes Biedma, Larrazábal, Sánchez, Fontana, Aguilar, Ximeno, Romero y Moreno, hasta alcanzar los 6.800 hombres, a los que cabía añadir 11.000 más como reserva.

De modo que el Ejército de que podía disponer el Gobernador Rosas alcanzaba a los 46.600 hombres, si bien su capacidad combativa no era pareja por la cantidad de movilizados sin experiencia castrense. Compensaba a estos últimos la presencia de indios pampas agregados al Ejército, cuyo número no se puede determinar. Pero los meses transcurrían sin tomarse medidas adecuadas para revertir un futuro adverso a la estabilidad de la situación que aquel encabezaba.

El cronista Juan Manuel Beruti describió los preparativos en sus *Memoorias curiosas*:

“Concluyó el presente año de 1851 con la desgracia de estar todos los ciudadanos de la ciudad y su Provincia sobre las armas, haciendo ejercicios militares como soldados, sin distinción de empleados, abogados, es-

cribanos, jueces, etc. capaces de llevar las armas; y hasta los niños de 12 años a 16, los primeros para tambores y los segundos para soldados. Habiéndose llevado de los pueblos de la campaña, sin distinción de personas pobres ni ricos, que han tenido que dejar abandonadas sus casas de comercio, y quedando a cargo de los establecimientos de campaña, las mujeres, hombres viejos y niños de menos de 12 años, por lo que la campaña se halla desolada, sin tener quién mire por los ganados y casas de comercio, causando esto una ruina general. Sólo los extranjeros no son molestados, pues siguen trabajando en sus negocios muy tranquilos todo el día, y los hijos del país no tienen más que para sus negocios sólo la mañana del día, pues todas las tardes tienen que asistir con graves penas, desde las tres de la tarde hasta el toque de oraciones, a los ejercicios, por lo que toda la Provincia se halla en asamblea. [...] La ciudad y la campaña se hallan muy pobres, por no poder trabajar por estar todos ocupados con las armas, incluso el comercio, pues todo está paralizado”.

Con el propósito de mantener su condición de Comandante en Jefe, el general Rosas designó al general Ángel Pacheco para mandar el llamado Ejército de Vanguardia (denominación que antes usara Oribe). Ese distinguido soldado se encontraba, como se dijo, en la actual Mercedes, y destacó para operar como extrema avanzada al coronel Hilario Lagos. Desde Buenos Aires se enviaron para servirles de secretarios a los jóvenes doctores Marcos Paz y Benjamín Victorica, el primero de los cuales ostentaba el grado de Mayor por haber actuado en similar cometido durante la guerra contra Bolivia en 1838. El segundo de ellos ha escrito unas poco conocidas reminiscencias bajo el título de *Episodios vividos*, que versan sobre la difícil relación entre Pacheco y Lagos, antiguos camaradas en la campaña contra Lavalle que concluyó en Quebracho Herrado (noviembre de 1840).

El caso es que ambos jefes se desconfiaban mutuamente. En cuanto a Lagos, su anterior desempeño como Jefe de Policía de Paraná, y la consideración que le mereció al Gobernador Urquiza, lo tornaban en elemento poco fiable para el prevenido ánimo de Pacheco. Quien por su lado, también era apreciado por el General enemigo, junto al cual actuara contra Rivera, batiéndose victoriosamente en la batalla de Arroyo Grande (diciembre de 1842); y Urquiza no se recataba de ponderarlo, y hasta indicarlo como futuro Gobernador de Buenos Aires.

Ambos se recelaban, pese al trato cortés de sus comunicaciones oficiales.

Respecto del general Ángel Pacheco, fue considerado *traidor* por Hilario Lagos, ante la poca efectividad de su defensa de la Provincia. La versión, errónea e injusta, corrió hasta mucho después. El doctor Victorica precisa que ciertamente el estado de ánimo de Pacheco no era elevado, aunque por razones estrictamente íntimas:

“El suicidio reciente de un hijo había labrado intensamente su corazón, así es que sus confidencias al respecto no terminaban sin que las lágrimas asomaran en los ojos del noble veterano. Me pareció que esta desgracia había modificado su carácter y quebrado sus energías; generalmente se mostraba melancólico y displicente”.

Tal incidente se agregaba a la enfermedad de otro de sus hijos, y ello no es para desdeñar cuando se analiza el desempeño de Pacheco. Agrega Benjamín Victorica otra nota de amargura para el General sobre la guerra en que se encontraban:

“Pensaba que Rosas pudo evitarla, anticipándose a satisfacer las aspiraciones de los pueblos a regirse por una Constitución política, sentimiento que había explotado Urquiza con éxito; pero creía también que acostumbrándose Rosas al Poder absoluto, se había hecho incapaz de intentarlo”.

Y la conducta del Dictador ante la amenaza a su estabilidad no contribuía a alentar a Pacheco:

“Me llamaba frecuentemente la atención —agrega Victorica— respecto a la nimiedad de los asuntos que trataba Rosas en su correspondencia privada: ya era de unas ojotas que había creído inventar para comodidad de la Infantería en sus marchas, y con relación a las que se detenía en largos detalles, ya sobre cualquier otro punto sin importancia ni oportunidad. Parecía que no estuviese bien apercibido de las graves circunstancias, cada vez más preñadas de amenazas, y pasaba el tiempo sin que una orden, una instrucción cualquiera, señalase que él dominaba la situación”.

También el coronel Hilario Lagos era motivo de sospechas por parte de Pacheco, creyendo que estuviera en connivencia con el Comandante del Ejército Grande. Pero Victorica se ocupó de desvirtuarlo categóricamente en el escrito mencionado:

“Cúmpleme asegurar que el general Urquiza me manifestó más tarde que él había prevenido las órdenes de Rosas, y no le había dado tiempo a Lagos; que la lealtad de Lagos a Rosas fue para él evidente”.

Lo cierto es que el general Pacheco desconfiaba de él, dudando de su sinceridad, “y los errores o deficiencias que notaba en los movimientos de Lagos los atribuía a perfidia”.

De otro signo fue un suceso favorable a las filas rosistas: la sublevación de un Regimiento perteneciente al Ejército Grande, lo que tuvo lugar el 10 de enero de 1852.

Dicha fuerza estaba compuesta por antiguos soldados porteños que habían servido en el pasado bajo las órdenes del coronel Nicolás Granada, uno de los más lucidos jefes del antiguo *Ejército de Vanguardia de la Confederación* mandado por el general Oribe hasta su rendición. En la fecha aludida, el mayor Juan Aguilera aprovechó que el nuevo comandante del Regimiento, coronel Pedro León Aquino, lo había acampado a gran distancia del campamento del Espinillo, y encabezó un motín. Alarmado por el desorden que percibió, Aquino salió de su carpa acompañado por su ayudante y su ordenanza, tan sólo para ser lanceados y morir en el acto. Asimismo resultaron ultimados el segundo jefe y otros oficiales. De entre éstos sólo se salvó el jefe del detall, mayor Carlos de Terrade, quien estando ya a punto de ser degollado, pudo con-

servar la vida merced a la intercesión de su asistente, quedando atado y oculto en un pajonal. Pocos fueron los oficiales y soldados que pudieron escapar, ante lo infructuoso de su tentativa para contener la sublevación. La mayoría de los amotinados, en número de 400 hombres, saquearon los equipajes de los oficiales y se dirigieron hacia la Provincia de Buenos Aires, logrando incorporarse a las tropas acantonados en el cuartel general de Santos Lugares pese a la persecución encomendada por Urquiza al coronel Manuel Hornos.

Este episodio hubo de revestir una consecuencia imprevista: a poco de ocurrido, llegaron a visitar al infortunado Aquino el teniente coronel Bartolomé Mitre y su ayudante el capitán Carlos Forest, salvándose de ser muertos por escaso lapso.

La noticia fue difundida y ponderada entre las filas de Rosas, causando grandes esperanzas, mientras que provocó honda desazón en algunos jefes de Urquiza que temieron una repetición del hecho. Empero, éste no desconfió del resto de los incorporados al Ejército Grande después de su entrega en el Pantanoso, y mantuvo su serenidad: —*Esto es como las olas del mar, que unas vienen y otra van*, expresó para infundir calma. La aparente frialdad del Comandante en Jefe no fue compartida por los amigos del infortunado coronel Aquino, como lo revela esta carta posterior del coronel Bartolomé Mitre relatando la campaña a su compatriota Mariano E. de Sarratea, radicado en Chile:

Hemos dejado en la mitad del camino a nuestro pobre Aquino, que no tuvo la felicidad de ver libre a su Patria. Pero hemos hecho en honor de su memoria cuanto hemos podido hacer. Tenemos con Sarmiento la lista de los asesinos y hemos jurado que ni uno solo ha de quedar vivo.

12

A principios del año 1852 —el 18 de enero— el Ejército Grande Libertador cruzó el arroyo del Medio sin inconveniente, y pisó la Provincia de Buenos Aires. Había acrecentado sus filas con el aporte santafecino, mientras las contrarias se debilitaban con frecuentes deserciones. Entre los oficiales superiores que antes combatieron contra el propio Urquiza y ahora formaban bajo sus órdenes, se contaban los generales Juan Madariaga —ya mencionado—, Anacleto Medina, José Domingo Ábalos y Juan Pablo López, y otro personaje legendario, que destaca el coronel oriental Díaz:

“Distinguióse entre estos últimos por el ardor juvenil que aparentaba, a los 60 años cumplidos de edad, el valeroso y romancesco soldado de la independencia americana, don Gregorio Aráoz de la Madrid”.

Una vez más ponía su espada para luchar contra Rosas, y el mismo Díaz relató la confidencia que le hizo La Madrid:

—*Si hay alguna refriega, ya le he dicho al General en Jefe que me haga el favor de no darme ninguna colocación en que sea preciso esperar para pelear, porque si me obliga a permanecer a pié firme después que se ha-*

ya disparado el primer tiro o dado la primera carga, se expondrá a que yo dé en el Ejército un ejemplo de insubordinación.

En la fecha indicada líneas arriba tuvo lugar una tocante ceremonia, que Sarmiento anotó escuetamente en su "diario" de la campaña, que escribía para volcar luego sus recuerdos de manera más extensa: *"Despliegue de banderas. Sorpresa y entusiasmo de los soldados al ver la bandera nacional azul-celeste"*. ¿Cuál es la explicación de esta reacción? La ofrece el propio Sarmiento en la obra que luego redactó:

"El coronel Echenagucía viene a verme y me describe la emoción de los soldados del antiguo Ejército de Rosas al emprender su marcha, entrar en su Provincia, y ver ondear al frente de sus batallones la bandera azul-celeste nacional que se les había dado ese día, en lugar de la azul-negra con letreros, de Rosas. Díjome con dolor que muchos oficiales no conocían el pabellón nacional, educados en la guerra civil."

No es intrascendente determinar cuál de los dos bandos enarbolaba el símbolo de Argentina.

La cercanía del Ejército Grande a la Provincia de Buenos Aires provocó la misma reacción que cuando tuvo lugar la invasión de Lavalle en 1840: los pueblos del Norte, cerca de él y lejos de la influencia del Dictador, se levantaron en armas en favor de sus esfuerzos.

Aún antes de la presencia de las tropas de Urquiza en los campos bonaerenses, habíase manifestado en su favor la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, pese las disposiciones tomadas por el general Mansilla para repeler su avance. El 7 de enero, aprovechando que este último la dejó para atender a su salud en Buenos Aires —fue el motivo que adujo—, los tenientes Hipólito Pavón y Pablo López se pronunciaron por la causa constitucional y contando con la adhesión popular se hicieron dueños de la situación. Dejando encargada la Comandancia militar a Hipólito Quiroga y el Juzgado a Pedro Alurralde, al día siguiente dichos oficiales, acompañados por 50 soldados, impusieron al Comandante del Ejército Grande de lo sucedido. No ocurrió con tranquilidad el cambio de partido para la población: el 14 de enero San Nicolás fue atacada por una columna rosista encabezada por los coroneles José María Cortina y Julián Ciriaco Sosa, pero pudo ser rechazada por los tiros dirigidos desde los cantones establecidos en torno a la plaza. Al día siguiente una fuerza correntina al mando del coronel José Virasoro ingresó a la ciudad y organizó convenientemente su protección, aunque no se repitió el intento enemigo.

Este suceso vino a equilibrar la impresión producida por la sublevación de la División de Aquino, y movió a muchos soldados de Buenos Aires a desertar. Agrega el coronel Díaz:

"Varios otros pequeños encuentros habían tenido lugar en distintos puntos, siempre favorables a nuestras armas. Los soldados de Rosas huían o se retiraban por todas partes a la presencia de nuestros escuadrones".

Así lo enseña el siguiente parte del coronel Virasoro elevado al general Urquiza el mismo día 15 desde la estancia de Olmos:

Pone en conocimiento de V.E. haberse incorporado a las fuerzas del mando del señor coronel Oroño y hecho cargo de todas ellas con el objeto de batir a las fuerzas enemigas que andaban en el Departamento de San Nicolás. Ayer a las seis de la tarde una División de caballería compuesta de 1.300 hombres y encabezada por los titulados coroneles salvajes unitarios Lagos [¿Sosa?] y Cortina campaban en el Oratorio de Ramallo, la que fue dispersa completamente con solo haber destinado sobre ellos una guerrilla de 100 tiradores, dejando en el campo 5 muertos, porción de caballos ensillados, y valijas.

Una guardia de estos últimos consistente en 1 oficial y 20 soldados armados de carabina y sable, situada a un flanco, se rindió. El espíritu de los integrantes del Ejército Grande Libertador era muy elevado.

No mucho después, el 19 de enero, tuvo lugar otro encuentro, en la localidad denominada Loma Negra. Aquí había instalado su campamento el mayor Prudencio Arnold, miembro de la División que otrora comandara el coronel Santa Coloma, y ahora integrante de las fuerzas a órdenes del coronel Hilario Lagos, encargado del "Departamento del Norte"; enterado de su ubicación el general Juan Pablo López, jefe de los elementos santafecinos de vanguardia del Ejército Libertador, destinó a su sobrino el teniente coronel Luis Hernández para que lo atacara. Su plan era el de mostrar a los dos escuadrones de éste, a fin de que los "federales" avanzaran sobre ellos, momentos en que el propio López aparecería con mayores elementos.

El choque tuvo lugar al amanecer, y lo describe en detalle César Díaz, desde la aparición de Hernández:

"Inmediatamente vinieron hacia él como unos 50 hombres a escape, fingiéndose pasados, y luego que llegaron a su encuentro empezaron a abrazar a sus soldados aparentando la más cordial amistad; pero así que el comandante Hernández, próximo ya a Arnold se dispuso a dar su carga, los mentidos pasados gritaron ¡Viva Rosas! ¡Viva la Federación! y acometieron alevemente a los crédulos soldados de aquel, con quienes iban en cierto modo confundidos y que nada habían sospechado de tan negra traición.

Al mismo tiempo la fuerza de Arnold se movió sobre Hernández, pero éste no se desconcertó: rechazó valerosamente el inesperado asalto de los falsos amigos, y viendo a la sazón aparecer al gran galope la columna del general López por el lado convénido, continuó sin detenerse tras de los fugitivos que iban al encuentro de Arnold y que creían asegurado su objeto, atrayendo en pos de sí, a un descalabro cierto, a los escuadrones de Hernández. Arnold entre tanto, amenazado de un riesgo mayor del que al principio había previsto, con la repentina aparición de la columna de López, vaciló algunos instantes y finalmente se puso en retirada.

Amenazado y perseguido de cerca por aquel, tuvo que disolverse, después de dejar en el campo y en poder de su contrario 12 muertos, 39 prisioneros, un cajón de municiones, cerca de 1.000 caballos y dos carretillas

con algunas familias. Los nuestros tuvieron 6 hombres, comprendidos 1 oficial, fuera de combate. La noticia del combate se comunicó al Ejército el 20 a las cuatro de la mañana, poco después de habernos puesto en marcha, y todos los cuerpos la festejaron con dianas y otras demostraciones de alegría”.

El mismo Prudencio Arnold refiere el combate, aunque atribuyendo a “Luisito” Hernández (*sic*) la estratagema de aparentar pasarse a sus fuerzas, pero confesando haberse retirado, “considerando estéril y absurda toda resistencia contra un enemigo tan poderoso”, sin referencia alguna a la aparición del general Juan Pablo López, y admitiendo que sus oponentes capturaron su caballada. Dio parte de lo sucedido al coronel Lagos, y éste, al justificar lo ocurrido, le contestó en encendido lenguaje el 21 de enero:

Valor y constancia, comandante Arnold. Usted ha de vengarse, estoy cierto, de esos cobardes traidores a su Patria y vendidos al vil oro del Gabinete del Brasil. ¡Pobres argentinos que así se dejan alucinar, que no recuerdan un instante siquiera que son argentinos! ¡Qué lástima que nuestra amada Patria se vea desgarrada, oprimida y al borde de reducirse a escombros por la mano de sus mismos hijos, por esos hijos que debieran sus pechos argentinos defenderla hasta morir contra la invasión extranjera que el desnaturalizado Urquiza ha introducido al corazón de la Patria que en mala hora le vió nacer! Ella quedará reducida a pavesas primero que el extranjero vil portugués y sus aliados le pongan su asquerosa bárbara ley.

Tendrá ocasión el coronel Hilario Lagos, antes de terminar el año, de meditar acerca de los términos empleados para pronosticar el futuro de Argentina.

La villa de San Pedro no demoró en imitar la conducta de San Nicolás, al tiempo que multitud de enrolados en el Ejército de Buenos Aires desertaban para volver a sus hogares, los que no se unían al Ejército Grande.

Bajo tan favorables auspicios el general Urquiza prosiguió su marcha hacia la ciudad de Buenos Aires. Lo efectuó apartándose del río Paraná, buscando las aguadas indispensables en el interior, porque se sufría una tremenda seca en los campos de la costa. La ruta que emprendió el Ejército Grande comenzó en dirección a Pergamino, forzado por la necesidad de encontrar el agua y los pastos necesarios para el movimiento de tantas fuerzas y sus animales de transporte, pelea y abastecimiento. Al respecto, el coronel Hilario Lagos, jefe de la vanguardia de Buenos Aires en su carácter de comandante del Departamento Norte, advertía al general Pacheco el 12 de enero:

En toda la extensión de estos campos hasta el arroyo del Medio no se encuentran pastos sino en estas chacras, pero sin agua, por cuya razón no se podrá permanecer con las Divisiones pues ya empiezan a sentir las caballadas esta falta.

Era aventurado el plan de internarse en la Provincia dispuesto por el general Urquiza, porque según criterio de algunos de sus militares, debió correrse por la línea costera, aprovechando para fortificarse en San Nicolás y San

Pedro, y contando con el apoyo de naves brasileñas que podían transportar rápidamente a tropas para efectuar operaciones sorpresivas, o colaborar en la retirada en caso de derrota. Era ciertamente un paso arriesgado abandonar esta ruta: “se desligó de sus aliados y de su base, y quedó por muchos días aislado en medio de la pampa, sin comunicación posible con ninguno de los centros de sus recursos”. Así lo manifiesta el coronel César Díaz, aunque reconoce acerca de las aguadas y buenos pastos: “cosas ambas escasas en verdad en el camino de la costa”. Pero privó sobre los consejos de sus camaradas, la directiva del general Urquiza.

De tal modo, el Ejército Grande Libertador tomó el rumbo del oeste. Un pensamiento estratégico compensaba la mayor distancia y consecuente demora del objetivo final, hecho conocer por el jefe de la División oriental en sus *Memorias*, sin duda por revelaciones del propio Comandante en Jefe: el general Urquiza consideraba que la semicircunferencia que efectuaría en torno a la capital porteña privaba a Rosas del eventual auxilio que pudieran enviarle las Provincias del Interior, cortando su paso; y en caso de que el Dictador se encerrase en la ciudad al proseguir su avance, rodeándola le impedía recibir refuerzos de hombres y caballos desde el centro y sur de la Provincia, donde tenía su natural base de recursos. El avance estuvo dividido en dos cuerpos del Ejército, mandando el de vanguardia el propio Urquiza, cuyos efectivos (10.000 hombres) componían las Divisiones de caballería a órdenes de los generales La Madrid, Juan Pablo López, Anacleto Medina y coronel Miguel G. Galarza, más dos batallones correntinos y una batería de artillería ligera; y el cuerpo principal que lo seguía comandado por el segundo jefe del Ejército, general Benjamín Virasoro (14.000 efectivos), integrado por la División de caballería del general José Domingo Ábalos y las de infantería del coronel José Miguel Galán, brigadier Manuel Marques de Souza y coronel César Díaz, más el grueso de la artillería.

Con suma penuria, pisando un terreno seco y desértico, matizado por molestos cardales, sin camino visible, el Ejército Grande avanzó para cumplir el compromiso hecho público a las márgenes del Uruguay meses atrás. No se trató, ciertamente, de un “paseo militar”, pues lo describe vívidamente Díaz: “La fuerza del sol que era excesiva, combinada con el calor del incendio y las nubes de polvo en que íbamos envueltos, daba a la temperatura ardiente de la atmósfera, un grado de intensidad insoportable”. Las quemazones de pastos secos aludidos eran provocadas por reducidas partidas enemigas que observaban la progresión de la marcha, aunque sin aprovecharse de ellas para efectuar mayores hostigamientos.

No eran campos ardiendo las únicas dificultades opuestas por las fuerzas roscistas para retrasar o impedir el paso de las tropas de Urquiza: respondiendo a órdenes del Gobernador de la Provincia, todos los caballos habían sido retirados al sur, lo mismo que el ganado, para evitar los reemplazos y alimentos al Ejército invasor de Buenos Aires. Tan sólo potros y yeguas *chúcaras*, indica Díaz, podían ser utilizadas para suplir a los animales agotados o escapados.

En cuanto a medidas de guerra por parte del mandatario porteño, no se evidenciaban. El paso del arroyo del Medio —como antes el río Paraná— no fue obstaculizado a los “salvajes-unitarios vendidos al Brasil”.

El núcleo de la resistencia estaba ubicado en Mercedes (Guardia de Luján), como centro militar y administrativo de la línea de frontera contra los indios, bajo el mando superior del general Ángel Pacheco (6.000 hombres), y su vanguardia a las del coronel Hilario Lagos (7.000 soldados). Sin embargo, ninguno de estos dos acreditados soldados podía obrar con plena libertad de acción, a causa de la arbitraria cadena de órdenes propia del sistema dictatorial que se vivía. El general Juan Manuel de Rosas había asumido personalmente el control de la defensa, y este hecho complicaba las medidas que debían adoptarse. Delegado el Gobierno en sus Ministros Arana e Insiarte, el mandatario se instaló en el cuartel general de Santos Lugares, donde se hallaba el grueso del Ejército de su Provincia (13.000 efectivos), confiando la custodia de la ciudad de Buenos Aires a su cuñado Mansilla.

A propósito, el hijo de este último —el futuro general Lucio V. Mansilla—relata un episodio revelador, al disponerse el Dictador a dirigirse al campamento de Santos Lugares:

“Al general Mansilla, que días antes de la batalla de Caseros le pedía que no saliera a tomar el mando del Ejército, creyéndolo incapaz, como lo era, de dirigir 25.000 hombres con reserva de indios pampas, lo despidió irónicamente, anticipándole un propio [chasque] a su mujer con este mensaje: —*Que lo ponga en cura a su marido porque está mal*”.

No era infundada la aprensión del general Mansilla, puesto que, además de la falta de conocimientos militares de Rosas, las insignificancias en que éste perdía el tiempo que debía aprovechar para enfrentar a un peligro ya inminente, lo preocupaban en grado sumo. En esos días trascendentales su hijo Lucio Victorio, al llegar de un largo viaje, fue a la quinta de Palermo para saludar a su todopoderoso tío, quien lo detuvo hasta la madrugada; y cuando de regreso a su casa refirió a sus alarmados padres que había sido retenido por aquel para que escuchase la lectura del largo *Mensaje* que elevara como Gobernador a la Legislatura, lo que le hizo el mismo Rosas, el general Mansilla comentó angustiado a su llorosa mujer: —*¿No te digo que tu hermano está loco?*

Como elemento extraño a la fidelidad de sus subordinados, el Gobernador Rosas encomendó a dos de sus antiguos enemigos ponerse a la cabeza de cuerpos de infantería el uno, y al de la artillería el otro. El último de éstos era el coronel Martiniano Chilavert, ex jefe de Estado Mayor del general Lavalle y uno de los principales artífices de su alianza con Francia en 1839, del cual se había separado tras la primera campaña en Entre Ríos, para servir después como comandante de artillería en el Ejército Oriental del Presidente Rivera, hasta su derrota en la batalla de Arroyo Grande (6 de diciembre de 1842). Chilavert fue de los que pidieron indulto a Rosas y retornó a Buenos Aires en 1847.

Más llamativo resulta el otro caso. Al partir Rosas para ponerse al frente del Ejército en Santos Lugares, decidió remover al mayor Antonino Reyes del mando de un batallón, para darle colocación a su lado como secretario, y le pidió un sustituto para ese y otros cuerpos, que harían un total de 1.500 pla-

zas y 6 piezas de artillería. Reyes sin vacilar le propuso al coronel Pedro José Díaz. Éste había mandado la infantería de Lavalle hasta caer prisionero tras la batalla de Quebracho Herrado (28 de noviembre de 1840), siendo encarcelado después en Santos Lugares durante siete años, hasta que se le devolvió la libertad. Díaz y Reyes trabaron amistad y el Coronel se manifestó dispuesto a servir al Gobierno si lo amenazaban extranjeros, pese a no excusarse de pertenecer al Partido contrario. Antonino Reyes le recordaba su pasado y la alianza francesa, pero Díaz replicaba: —*No hablemos más de eso; hoy han cambiado las circunstancias*. Cuando el mayor Reyes sugirió a Rosas que lo empleara por ser el más capaz para comandar aquella fuerza, el Dictador asintió: —*Sí, está bien; pero quién sabe cómo será recibido por la tropa y oficiales por ser unitario*. Reyes exploró el ánimo de su antiguo cuerpo y al no encontrar oposición al nombramiento, de parte de Rosas le ofreció su jefatura al coronel Díaz. Sorprendido éste, tras un momento de silencio contestó:

—*Dígale Ud. al señor Gobernador que aprecio su distinción y la confianza con que me honra; que aunque unitario, he de cumplir con mi deber cuando llegue el caso, como soldado a las órdenes del Gobierno de mi Patria*.

Así quedó resuelto.

En cambio, no era cómoda la posición del general Ángel Pacheco como encargado de la defensa adelantada. Sujeto a la falta de directivas concretas del Jefe Supremo, su conducta estaba signada por la desconfianza que le profesaba su principal subordinado el coronel Lagos, a causa de las medidas poco definidas que recibían ambos de sus respectivos superiores. El resultado de ese estado de ánimo era que no se obstaculizaba debidamente la proximidad paulatina del Ejército Grande Libertador. Pero la lealtad de Pacheco hacia Rosas era firme, y sinceros sus sentimientos de amistad para con éste, pese a que criticaba en confianza a su secretario el doctor Victorica —el cual ha referido estas intimidades— la desmoralización que crecía “de día en día de manera pavorosa” en sus filas por la falta de operaciones exitosas. Pacheco era el General más prestigioso de Buenos Aires por sus antecedentes militares, pero Rosas no requería su opinión y la situación empeoraba.

Para mayor confusión, el general Rosas pasaba por alto a Pacheco para dirigir sus comunicaciones directamente al coronel Lagos. Cuando Lagos planeó una acción ofensiva en combinación con el general Echagüe, Pacheco, sorprendido y molesto al no haberla indicado, le hizo saber a Lagos que sus movimientos “*de ninguna manera son de mi aprobación*” (21 de enero). A su turno el coronel Hilario Lagos, asombrado por las contraórdenes del general Pacheco, estampaba al final de las cartas que éste le dirigía, expresiones indignadas contra su superior. En una de las contestaciones de Lagos a Pacheco el tono fue francamente duro:

Mi Patria y el ilustre general Rosas deben contar con mi lealtad; yo no soy de aquellos que no cumplen lo que prometen a su Patria y a su Gobierno, no soy de los que traicionan y se venden.

El general Pacheco procuró suavizar el entredicho, manifestándole el 24 de enero:

Nadie mejor que yo sabe apreciar la justamente renombrada valentía del coronel Lagos, y es por esto que he puesto siempre todos los esfuerzos que han estado de mi parte para colocarlo en aptitud de ejercerla en alto provecho para la patria y para su ilustre Jefe Supremo el general Rosas, de quien V.S. hace muy bien en gloriarse siempre de ser adicto.

Y le aclaraba acerca de las supuestas contradicciones de sus órdenes:

Debo observar a V.S. que yo nunca le he señalado las Chacras de Gómez ni el Bañadito, ni ningún otro punto, como aparente para batir al enemigo: yo sólo le he señalado a V.S. algunos para situarse con sus fuerzas y poder desde allí llenar V.S. sus instrucciones.

Finalmente Ángel Pacheco elevó su renuncia al Gobernador. El 28 de enero, con motivo de haber asumido Rosas el mando del Ejército de Buenos Aires en Santos Lugares, el general Pacheco le hizo saber a Lagos:

Como S.E. el señor Gobernador se halla hoy a la cabeza del Ejército, puede V.S., si lo cree conveniente, dirigirle las observaciones y detalles que juzgue a propósito lleguen a su conocimiento.

Mas el Dictador no se avino a desprenderse de su Comandante de vanguardia, y cuando el coronel Lagos le solicitó órdenes, le señaló que aquella renuncia no había sido aceptada:

No ha accedido a los deseos del señor general Pacheco, porque en el importantísimo destino que ocupa, y que tan acertada como honorablemente desempeña, es que el ilustre General prosigue sus distinguidos servicios.

Dos días antes, el 26, el general Ángel Pacheco dispuso abandonar la Guardia de Luján (Mercedes), retirando todas sus fuerzas. Hilario Lagos, manobrando "por localidades pésimas que le han inutilizado la caballada con que a duras penas salió de la Guardia de Luján" —según sus propias expresiones—, también se replegó hasta el río de las Conchas, lugar indicado para la concentración de las tropas porteñas, junto con los coroneles Julián C. Sosa y Ramón Bustos, y de acuerdo con éstos hacía saber a Pacheco el 28,

ha encontrado conveniente que estos dos jefes con sus dos fuertes Divisiones se acerquen algo más hacia las puntas del río que pasa por el puente de Márquez, a aligerarse de sus bagajes y concentrar su caballada.

Una diferencia de apreciación marcaba el antagonismo entre Pacheco y Lagos: el primero consideraba que chocar frontalmente con el Ejército de Urquiza sería contraproducente por la mejor calidad de las tropas entrerrianas y correntinas que formaban su vanguardia; mientras que el coronel Lagos se de-

sesperaba al no ser autorizado para hostilizar al enemigo como era su ardiente deseo. Tal disparidad de pensamiento llevó a un encono personal. El origen fue el mismo en ambos casos: la pasada amistad de Urquiza con cada uno de ellos. La actitud de Rosas no contribuía a mejorar su relación, pues se había modificado respecto de su General.

En versión de Benjamín Victorica, secretario en campaña de Pacheco:

"Mientras Pacheco desconfiaba de Lagos, Rosas desconfiaba de Pacheco, y creía éste que se lo daba entender manifiesta e intencionalmente. En varias ocasiones pasaron chasques por nuestro cuartel general que, dejando correspondencia, seguían con comunicaciones del Gobernador para el coronel Lagos: Pacheco empezó a creer que eran órdenes directas que Rosas le enviaba a aquel, omiso su conocimiento necesario como jefe superior; y a ello atribuía que Lagos prescindía de obedecer las que él le transmitía".

La lectura de la correspondencia cambiada entre los dos jefes rosistas no permite sospechar que ninguno procediera deslealmente; pero en los hechos, ambos se recelaban y más aún: se detestaban. Victorica añade un episodio particular como prueba de lo expuesto arriba:

"Un día llegó un oficial trayendo un par de lujosas pistolas con que Manuelita obsequiaba a Lagos, y que de propósito se mostraron al general Pacheco, hecho que puso a éste de muy mal talante. En efecto: era chocante que el enviado trajese orden de mostrar al General las pistolas; el General apenas las miró. Tal acción, muy peculiar al carácter de Rosas, no podía menos que irritar a un hombre del temple de Pacheco".

La verdad es que el general Urquiza "profesaba mucha estimación a Pacheco" —señala Victorica, tan unido a ambos—, y quizá el no retacear en público esta simpatía pudiera llevar la segunda intención de provocar la desconfianza de Rosas para lograr la separación de los dos, como el doctor Victorica relata:

"Cuando llegaron a la Guardia de Luján los sublevados de Aquino y se presentaron al general Pacheco, yo mismo los oí cuando decían a éste que en el campamento de Urquiza se propalaba que él se iba a levantar adhiriéndose al Ejército Aliado, y que la persona que Urquiza proclamaba para suceder a Rosas en el Gobierno de Buenos Aires era el general Pacheco. Es posible que esto mismo comunicasen al Gobernador Rosas cuando éste los recibió para agradecerles y premiarlos; y que de ello se originase la desconfianza malévolá que el general Pacheco le atribuía."

Entre tanto, Urquiza proseguía su avance, librándose con éxito algunas escaramuzas con escuadrones sueltos. El boletín del 25 de enero anunció que su Ejército había atravesado las estancias de Pacheco y de Mansilla, que contrastaban con la falta de ganado en otros parajes por su abundancia de ellos; y asentaba:

El Ejército Grande ha respetado la propiedad de sus enemigos mismos, porque sería su vergüenza que se dijera que trae la desolación, el desorden y la destrucción al mismo tiempo que la libertad y el restablecimiento de las leyes. Un atentado contra la propiedad es un ultraje hecho al buen nombre del Ejército Grande, y un delito que el general Urquiza castiga con la última pena.

Efectivamente, Urquiza, que sentía horror por el robo, lo había eliminado de Entre Ríos aplicando severas sanciones. Pocos habitantes encontraban las tropas, en ranchos distantes unos de otros, y con pobladores de esquivo trato, recelosos del triunfo sobre Rosas. Impresionaba desagradablemente a los jefes del Ejército Grande el dominio que el Dictador ejercía sobre el ánimo de los vecinos de la campaña y las villas que recorrían, acostumbrados a que el Gobernador de la Provincia se mantuviera en el poder pese a los esfuerzos de sus enemigos, todos vencidos. El Ejército buscaba lagunas donde acampar, ocupando los lugares que Lagos había debido dejar, en medio de las quemaduras que no cesaban, aunque el 27 cayó una lluvia que mejoró el estado general del suelo y de los hombres. Por Chivilcoy se llegó dos días después a Mercedes. En esta localidad el teniente coronel Sarmiento anotó en su libreta de apuntes:

El lunes se ha retirado Pacheco de la Guardia de Luján. Se le han incorporado Echagüe, Arnold, Lagos. Córrase que se preparan a dar una batalla en los campos de Álvarez.

Esta suposición no fue errada.

A todo esto, la preocupación del general Ángel Pacheco aumentaba. Su secretario Victorica recibía sus confidencias, relatando que este General opinaba que debía obrarse "con actividad y bajo un plan bien meditado", pues sus propias fuerzas se desmoralizaban. Su joven ayudante no pudo lograr que expusiese sus reflexiones francamente al Gobernador, y entonces se puso de acuerdo con su amigo el doctor Bernardo de Irigoyen, que servía en el mismo empleo cerca de Rosas, para que ambos personajes mantuvieran una entrevista.

El encuentro tuvo lugar una noche en la panadería de un tal Rodríguez, entre Merlo y Morón, a donde concurrió el Dictador desde Santos Lugares. De regreso el general Pacheco a su campamento, refirió lo ocurrido a Victorica, quien lo incluyó en su memoria y lo transcribo por tratarse de un relato directo y poco divulgado:

"—De mal en peor, me dijo. El general Rosas sufre una perturbación que le va a ser fatal. No ha querido oír razones: su idea fija es dejar llegar al enemigo hasta cerca de Buenos Aires y darle batalla, quizá en los mismos Santos Lugares. Le he hecho todo género de reflexiones; le he presentado todo el cuadro de los vencedores y vencidos entrando desordenadamente a la ciudad y cometiendo toda clase de violencias. —Eso no sucederá (me ha contestado). —Lo único que puede salvar la causa que sostenemos, lo único que puede hoy contrarrestar al enemigo, y si no llevamos a una victoria completa (le agregué con entereza, y aún cuando él se manifestaba remiso en pedirme opinión) al menos a una capitulación honrosa, el único plan posible ya, sería que el señor Gobernador dispu-

siera el atrincheramiento de la ciudad y defenderla con la infantería y artillería, suficientes al efecto. Yo saldría afuera con las caballerías a hostilizar al enemigo por la retaguardia y los flancos, aislándolo de todos los recursos y retirándoselos.

El general Rosas interrumpiéndome bruscamente: —Esas son antiguallas (me dijo). —Sea, señor Gobernador. Me retiro; veo que es inútil todo esfuerzo para hacer cambiar las ideas que tiene. Si en el momento del peligro cree que puede necesitar de un amigo, sabe que la espada del general Pacheco está todavía a su servicio.

Recuerdo perfectamente estos detalles, y se me grabaron los conceptos, que he referido muchas veces en conversación con los amigos cuando me pidieron más tarde noticias de aquellos sucesos".

Y entonces tuvo lugar el combate de más importancia de la campaña antes de su finalización.

Las mejores tropas de caballería de Rosas, mandadas por Lagos y otros acreditados jefes, se prepararon por primera vez a tomar la ofensiva, disputando el paso del río de las Conchas en el mismo lugar donde en 1829 se enfrentaron Lavalle y Estanislao López: en los *campos de Álvarez*, proximidad del puente de Márquez. Con un golpe sorpresivo se calculaba destruir la vanguardia de Urquiza.

El 31 de enero de 1852 la División que hacía el servicio de gran guardia avanzada del Ejército Grande descubrió la presencia de considerable número de enemigos en la margen izquierda del río de las Conchas, siendo evidente su intención de impedir que fuera atravesado. El general Urquiza no vaciló en ordenar atacarlos, "*aunque fuese tres contra uno*", lo que hizo saber al jefe de aquella, general Juan Pablo López. Éste desprendió algunos tiradores para contener a sus oponentes, mientras disponía que una columna a órdenes del coronel Miguel G. Galarza iniciara la primera carga.

Al frente se hallaban más de 5.000 jinetes, mandados por los coroneles Hilario Lagos, Julián Ciriaco Sosa y José María Cortina, y el teniente coronel Marcos Rubio, colocados 3.000 al centro, 1.500 a la derecha y 600 a la izquierda.

La derecha de Galarza fue dispersada en un principio por las guerrillas roscistas, pero éste indicó a los coroneles Manuel Caraballo y Fausto Aguilar que las arrollasen con sus Regimientos y sostuvieran ese costado. Con el resto de su fuerza —coroneles Apolinario Almada y Manuel Antonio Palavecino— el general López avanzó por el otro flanco, y la derrota de los "federales" se pronunció, "*acuchillando al enemigo por la espalda más de tres leguas hasta las alturas de la cañada de Morón*", escribió López en su parte de Urquiza. Conforme a él, quedaron muertos en el campo el teniente coronel Rubio, varios oficiales y cerca de 300 hombres de tropa, y se tomaron prisioneros a 10 oficiales y 235 soldados, más todas las caballadas y cantidad de armamento, enseres militares y dos estandartes. Las pérdidas de los vencedores no fueron de consideración, como siempre ocurría, cuando durante la persecución se producían mayores víctimas entre los que huían.

El general Pacheco se adelantó a la primera noticia de lo ocurrido, seguido por el Regimiento que mandaba el teniente coronel Albornoz, pero tan sólo para comprobar la completa derrota y dispersión del coronel Lagos. El contraste en los campos de Álvarez dio la razón a Pacheco en cuanto al riesgo que

se correría al efectuar asaltos parciales contra tropas que poseían un elevado espíritu combativo, con elementos de inferiores condiciones y desmoralizados.

Urquiza impuso a su segundo el general Benjamín Virasoro el escarmiento a "los salvajes unitarios que sirven al Tirano", pronosticándole que pronto sería el día "que en la hermosa catedral de Buenos Aires podremos rendir gracias al Todopoderoso por la protección que dispensa a nuestras armas". El triunfo fue celebrado tocando las bandas del Ejército el Himno Nacional y dianas, en medio de gran entusiasmo y esperanzas. A la inversa, por su ardoroso ánimo el general La Madrid sufría, creyendo su espíritu belicoso que podía estar ausente en nuevas acciones. El coronel César Díaz comenta:

"El viejo y en un tiempo temible caudillo del Alto Perú, dominado todavía por sus instintos guerreros, y cual si estuviera en el caso de establecer su fama de valiente, rebosaba de contento a la idea de una próxima batalla, y se rebelaba contra toda presunción contraria".

Al puente de Márquez lo cruzó el Ejército Grande sin que hubiese sido destruido por los adversarios, vadeando el río algunos cuerpos. Tampoco esta ocasión fue aprovechada por el Gobernador Rosas: "Con menos insuficiencia de la que demostró, hubiese podido sacar grandes ventajas", ocultando a sus efectivos y atacando en medio de la operación, apunta Díaz. "Pero a Rosas, que no era hombre de guerra ni jamás había pretendido serlo, no se le ocurrió moverse del campo que ocupaba, y el Ejército Libertador pudo salvar aquella dificultad sin oposición de ningún género".

No quedaba muy distante el campamento de Santos Lugares.

Era preciso dar cuenta a Rosas, y con la urgencia del caso el general Pacheco despachó a su secretario Victorica:

—Dígale que si el enemigo lo intentara, podría estar sobre el cuartel general dentro de algunas horas. Usted me encontrará a su regreso con las órdenes que Su Excelencia quiera transmitirme, en la misma dirección, pues sigo hacia el cuartel general, tomando las medidas necesarias a la seguridad de las fuerzas que están ya en marcha, y con respecto a los dispersos de la División derrotada.

El animoso joven fue a gran galope hasta Santos Lugares, adelantándose a las cansadas fuerzas de Lagos, que marchaban al paso de sus cabalgaduras, y llegó a destino con su caballo completamente aplastado. Logrado su propósito de que el Gobernador lo recibiera, pese a estar durmiendo, lo impuso de la seria situación. Para su sorpresa, "sin manifestar sorpresa ni sensación de género alguno", el mandatario derivó la conversación al empleo conferido como ayudante de Pacheco y su anterior desempeño en la Asesoría de Gobierno, sin prestar atención al mensaje que portaba. "Me invadía el despecho [recordaba Victorica]. Aquel hombre o no me había oído, o se burlaba o estaba loco. ¿A qué esas advertencias o lecciones fútiles en aquellas graves circunstancias?" Con irritación quiso repetir el parte del general Pacheco que estaba encargado de transmitir, creyendo que el Dictador no lo hubiese entendido, pero éste se lo repitió textualmente. Concluyó:

—Dígale al General que ha hecho bien en enviarlo a Ud., quien me ha informado suficientemente de todo.

Victorica retornó presa de enorme excitación, confuso ante la conducta "del hombre endiosado por una gran mayoría de sus conciudadanos y a quien estaban confiados hacía tiempo los destinos del país". En páginas atrás se han transcritos sus impresiones del momento. Al encontrarse con Pacheco le refirió lo sucedido y la indiferencia del Jefe Supremo, quien no le encargó llevarle orden ninguna. —*Pero entonces está loco!*, le dijo Pacheco. Aún con el espíritu conmovido, su secretario añadió: —*Temo mucho que lo haya sido siempre.* Reaccionando el General, reflexionó: —*No, hombre: el peligro lo perturbará, o tendrá seguridades en la victoria, que dependerá de sucesos que no conocemos. ¡Qué situación desagradable la mía!*

En esa incógnita acerca de la posición que ocupaba en el Ejército de Buenos Aires, Ángel Pacheco quedó con la sola escolta que lo acompañaba, pasando la noche al raso.

Al día siguiente prosiguió hasta llegar a una estanzuela no muy lejos del cuartel general de Santos Lugares, que pertenecía a don Simón Pereyra, a la cual se conocía por el nombre de su primitivo dueño: Caseros.

14

En la mañana del 1° de febrero el general Pacheco y el doctor Victorica fueron hasta el casco de la estancia, y treparon por el mirador de la casa hasta su azotea para observar los alrededores. En tales momentos se presentaron los coroneles Pedro José Díaz, Mariano Maza y Martiniano Chilavert, quienes se sorprendieron al encontrarse con Pacheco y le manifestaron que tenían instrucciones para inspeccionar el terreno pues allí Rosas pensaba dar batalla. Dichos jefes interrogaron al General al respecto, y éste les inquirió a su vez si el Gobernador les había indicado que lo consultasen. Le respondieron negativamente. No obstante, el general Pacheco no excusó su opinión:

—*Aquí no hay campo suficiente: está lleno de poblaciones, de arboledas y maizales crecidos. Hubiera sido necesario tiempo para estudiarlo y prepararlo, y formar el plan; pero de todos modos lo peor es que no hay agua: los pozos de las chacras, que no son muchos, se agotarán en unas cuantas horas. Manifiéstele a Su Excelencia que aún es tiempo de seguir los consejos que le di.*

Ante el requerimiento de sus oyentes, se los repitió:

—*Le he demostrado que la única defensa posible que queda ya es encerrar las infanterías y artillerías en la ciudad, atrincherarla convenientemente, y lanzar las caballerías afuera, a hostilizar al enemigo por sus flancos y retaguardia. Aunque se ha perdido mucho tiempo, todavía es posible porque sobran elementos.*

El coronel Maza aprobó el plan, pero los otros dos guardaron un instante de silencio, que interrumpieron para hacer saber a Pacheco que el Jefe Supremo estaba decidido a enfrentar a sus enemigos en ese lugar, y que ya había dado orden a los cuerpos de avanzar en su dirección. "Efectivamente, no tardaron en divisarse polvaredas de fuerzas en marcha por distintos caminos" concluye su testimonio Benjamín Victorica, quien asistió a la entrevista.

Despidiéndose el grupo, el general Pacheco y su secretario se dirigieron a una chacra cercana, a la derecha de la casa de Caseros, desde donde el primero despachó a uno de sus ayudantes para avisar a Rosas que se encontraba allí, pero el enviado no retornó.

Añade Victorica:

"Todo ese día 1º de febrero, así como el 2, se pasó en el movimiento de fuerzas que llegaban; y en previsión de que faltase el agua, un inmenso número de carros de aguadores, y de carretas y carros con alfalfa seca y maíz para los caballos, y convoyes con víveres para las fuerzas. Se advertía fácilmente que todo aquello se aglomeraba revuelto, estorbándose, sin que nadie cuidase de que tropas, carros de agua, de pasto, de maíz, de víveres o bagajes se situasen ordenadamente. El Estado Mayor, si lo había, no aparecía por ninguna parte. ¿Pasaría esto únicamente en la derecha, y no en el centro y la izquierda? No era posible saberlo. El día 2 un oficial que se allegó al pozo de la chacra a tomar agua, dijo que el Gobernador y el Estado Mayor estaban en Caseros. Preguntado quién mandaba el Ejército, dijo que suponía que era el señor Gobernador en persona; lo que sabido por el General, despachó otro ayudante a pedir órdenes. No quería persuadirse de que Rosas prescindiese completamente de él, como si no existiese. Ese ayudante no volvió tampoco: quedó en el cuartel general esperando órdenes".

El Ejército Grande Libertador estaba muy próximo.

Sin embargo, el Dictador confiaba en su triunfo. En parecidas circunstancias, cuando el general Lavalle, aureolado de una gloria que nada podía disminuir, llegó no lejos de los mismos lugares, súbitamente retrocedió y dejó a Rosas triunfador. El diplomático inglés Robert Gore, que —al igual que la colectividad de su nacionalidad— era un firme adicto al mandatario, ha dejado testimonios importantes acerca de esos momentos decisivos para el régimen que se enseñoreaba sobre la Confederación:

Yo me encuentro en términos muy amistosos con el general Rosas —escribió justo un mes atrás—, que siempre se halla dispuesto a recibirme cada vez que yo se lo pido y deseo una audiencia, y que hasta ahora me ha concedido todo lo que yo he solicitado con respecto a los asuntos británicos.

Explicaba a lord Palmerston:

A mí no me gusta y condeno el sistema de Rosas, como deben hacerlo todos los hombres liberales, pero me doy cuenta que será un gran peligro si él es vencido, porque este sistema otorga protección a la vida y a la

propiedad, y más especialmente a los extranjeros, y se funda en el orden. Rosas es la llave maestra de la estructura (sea cual sea su peso o fundamento), que si se destruye hará que éste caiga por tierra, cuando serán numerosos pretendientes enrolados en distintas facciones, y el país será desolado con la anarquía y la sangre, y el comercio extranjero se estagnará completamente.

Seguidamente se explicará la causa de acudir a su testimonio en tales instantes.

Esa opinión favorable a la estabilidad del Gobernador Rosas se justificaba porque los extranjeros no eran molestados por las discordias civiles, que al contrario, tanto perjudicaban a los nacionales. En similares términos se expedía el agente norteamericano John Pendleton en despacho a Washington, ponderando el trato dispensado a los extranjeros:

Si el resultado fuera contrario a Rosas, no puedo sino mirar con la mayor prevención la situación futura de este país, pues mucho me temo que quedará dividido en un sinnúmero de Partidos que lucharán continuamente por el poder, sin que haya ninguna persona conocida capaz de unirlos para formar un Gobierno. Para los extranjeros que han vivido bajo el presente Gobierno, la pérdida ha de ser harto grande, pues les había asegurado una perfecta protección de la vida y de sus bienes; y aunque este sistema no es uno que convenga a nuestras nociones de libertad, escasas son las quejas que provocó.

Volvamos a las horas previas al choque armado, recurriendo una vez más a la opinión del diplomático Gore, de tan estrecha confianza con el mandatario, que su informe resulta categórico en cuanto al estado de ánimo que abrigaba Rosas sobre su resultado:

De todos los hechos que desde entonces pude espigar, tanto él como su familia estaban en completa ignorancia del poder, fuerza y recursos del Ejército bajo el mando del general Urquiza; e informaciones falsas les habían hecho creer que en el caso de ocurrir una batalla, el general Rosas podía contar con el éxito. En la tarde del 2 de febrero, día anterior a la así llamada batalla, me aseguraron positivamente en la Casa de Gobierno que el general Benavides, Gobernador de la Provincia de San Juan, estaba en la retaguardia del Ejército de Urquiza con 4.000 hombres y 8.000 caballos, y que Pedro Rosas estaba en la retaguardia del ala derecha con 2.000 indios; de modo que según esta información el Ejército de Urquiza estaba entre dos fuegos.

Conforme a esta última versión sobre la seguridad del resultado —de verosimilitud insospechable por lo expuesto arriba—, el Gobernador don Juan Manuel de Rosas se determinó a encabezar en persona la defensa de su régimen político; aunque como dejó escrito en sus *Memorias* el general Paz, "Rosas no ha aspirado a la gloria militar, sea por sistema, sea por otro motivo que no haga tanto honor a su valor personal".

El último obstáculo natural que separaba a ambos contendientes, tras superarse el río de las Conchas, era la cañada de Morón, luego de la cual el cam-

po se extendía sin más accidentes hasta la ciudad de Buenos Aires. Los destacamentos exploradores de Urquiza dieron parte de que se avistaba el enemigo (2 de febrero), y el Ejército Libertador se preparó para la acción en el orden de formación que anticipadamente se había detallado para el día del combate. Expresa el coronel César Díaz:

“La caballería montó sus caballos de reserva y se adornó con su divisa de guerra, que consistía en una coraza de género blanco sobre la camiseta punzó, mediante la cual debía distinguirse de la caballería de Rosas, cuyo uniforme era del mismo color. Las Divisiones oriental y brasilera vistieron de parada; y todos los demás regimientos de infantería se engalanaron con sus mejores atavíos militares, para honrar debidamente el acto solemne a que se preparaban”.

Conviene precisar que si bien la bandera del Ejército Grande era la argentina, y la misma llevaban los cuerpos de infantería, la caballería entrerriana enarbolaba la enseña provincial, de color azul y rojo por mitades en las franjas superior e inferior, y blanca la del centro. Las banderolas colocadas debajo de la moharra de sus lanzas, también rojas, ostentaban de un lado la leyenda “Ejército Entre Riano” y del otro “Dios os guíe a la victoria”, ambas sobre sendas cruces.

Mas resultó una falsa alarma. A las dos de la tarde se tuvo el convencimiento por parte de Urquiza de que el Ejército de Buenos Aires permanecía en sus posiciones, esperando el ataque. Tan sólo algunos escuadrones de caballería vigilaban el puente sobre el arroyo Morón, tiroteándose con algunas partidas del Ejército Grande.

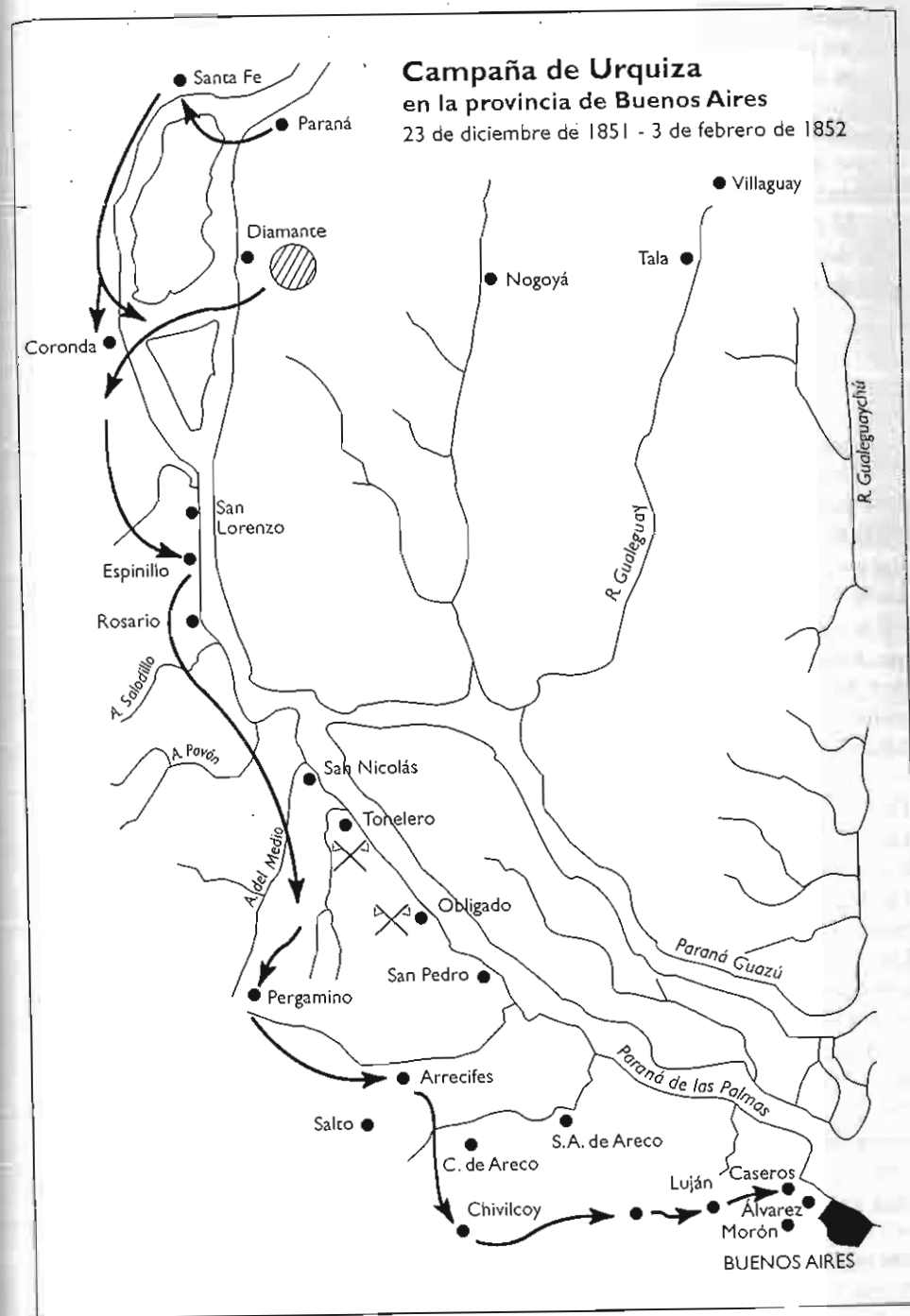
En tal situación el general Urquiza dispuso que sus tropas descansasen y se alimentaran en los mismos puestos que ocupaban, para combatir al día siguiente.

Describe el coronel Díaz con pluma galana:

“A eso de las nueve los fuegos se habían apagado, y un profundo silencio reinaba en todo el campo. El viajero a quien la casualidad hubiese hecho pasar a esa hora por el estrecho intervalo que mediaba entre los dos Ejércitos, sin conocimiento previo de su situación respectiva, no habría podido creer, aún cuando alguien hubiera querido persuadirse, que tenía a sus costados y casi al alcance de sus brazos, 50.000 hombres con 105 piezas de artillería, que sólo esperaban la vuelta del día para atronar el aire en todos los lugares circunvecinos con el espantoso estrépito de sus armas”.

El estado de la no distante capital era tenso y se mantenía a la expectativa de lo que iba a ocurrir. Antonio Zinny, uno de los redactores del periódico oficial *La Gaceta Mercantil*, rememora aquellos momentos:

“La ciudad de Buenos Aires presentaba en aquel día el aspecto más lúgubre que jamás ciudad alguna experimentara, sin excluir la luctuosa época de la última epidemia [fiebre amarilla, 1871]. No se veía por la calle, a no ser en los acantonamientos, un solo hombre, y mucho menos una mujer. La noche del 3 al 4 [¿2 al 3?] se pasó del mismo modo: el más pro-



fundo y sepulcral silencio reinaba en toda la ciudad; sin serenos y vigilantes que dieran alguna animación a las familias encerradas herméticamente en sus casas”.

(Zinny equivoca la fecha corregida, ya que durante la jornada que indica como quieta, tuvieron lugar los tremendos hechos que se relatarán en su momento).

El cronista citado puntualiza la dramática instancia de esa hora histórica: “Se decidía la suerte de Buenos Aires y del resto de la República en los campos de Caseros”.

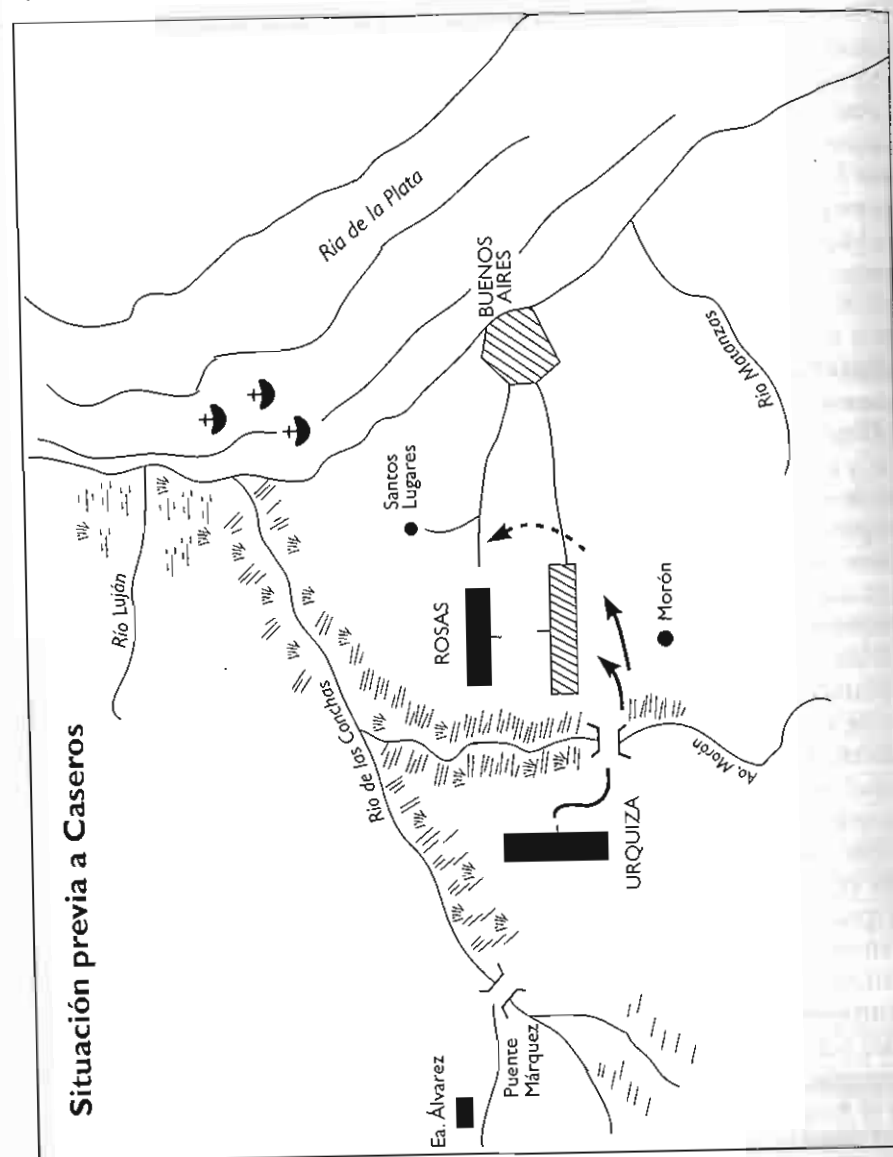
15

Amaneció el 3 de febrero de 1852.

Con las primeras luces del día se formaron ambos Ejércitos en la situación que habían adoptado en la jornada anterior, con un total aproximado de 23.000 hombres para cada uno. La cañada de Morón los separaba, habiendo las tropas porteñas limpiado de sembrados su frente para distinguir al adversario y dirigirle sus tiros con mayor eficacia. Pero un detalle importante escapó a sus previsiones: quedaban intactos dos puentes contiguos sobre el arroyo, muy cenagoso, los que facilitarían el paso de sus enemigos. Se reincidía por parte de la jefatura rosista de la misma falla que mostrara durante la campaña desenvuelta, cual era no obstaculizar el franqueo de los accidentes del terreno.

Con sorpresa, desde el Ejército Grande Libertador pudo observarse que el Gobernador Rosas no había cerrado el frente que conducía a la ciudad de Buenos Aires, sino que había colocado sus fuerzas a un costado, en ángulo recto a sus propias posiciones, dejando expedito el rumbo que llevaba a la capital. La línea tendida por el Dictador apoyaba su extremo derecho en la casa de la estanzuela y se prolongaba a través del gran palomar circular de tres niveles, hasta el cuartel general de Santos Lugares (ambas construcciones se conservan aún, dentro de los terrenos donde funciona en la actualidad el Colegio Militar de la Nación).

Constaba el Ejército de Buenos Aires con 13.000 efectivos de infantería y 10.000 jinetes, y 60 piezas de artillería comprendiendo 4 cohetas a la Congreve. El ala derecha estaba puesta a órdenes del general Agustín de Pinedo, comandante del cuartel de Santos Lugares, a partir del edificio de Caseros, protegido por fosos, donde se apostaron en él unos 300 infantes en las azoteas y patios interiores, mientras fuera del mismo, cerrando su flanco derecho “en martillo”, una sucesión de carretas guarecía este costado con dos batallones tras ellas, que comandaba el coronel Mariano Maza. A su retaguardia quedaron 3.000 hombres de caballería mandados por los coroneles Martín de Santa Coloma y Belvis, y hacia el centro otra División del teniente coronel Juan de Dios Videla. La línea continuaba con cuerpos de infantería de los coroneles Gerónimo Costa y Juan José Hernández, y cañones intercalados, protegidos por regimientos de los coroneles Julián Sosa y Ramón Bustos. El palomar contenía una triple fila de tiradores parapetados tras las paredes, bajo de las



cuales una batería de artillería y cohetas a órdenes del coronel Martín Arenas reforzaba esta fuerte posición. Desde allí proseguía la línea hasta el campamento de Santos Lugares, confiada su infantería al coronel Pedro José Díaz y la numerosa artillería al coronel Martiniano Chilavert. En el ala izquierda el grueso de la caballería "federal" (7.000 hombres) quedaba a órdenes del coronel Hilario Lagos.

Podía distinguirse entre los cuerpos rosistas la enseña azul-negra con gorros rojos y sol de este mismo color, con que el Dictador había suplantado la bandera argentina.

Pese a haber sido elegida de antemano, "esta posición carecía de las condiciones estratégicas de un campo de batalla", según el competente criterio de César Díaz, puesto que su frente era estrecho e impedía su despliegue, y sus flancos podían ser envueltos por ambos extremos. De producirse una retirada, el Ejército de Rosas cabía que fuese interceptado en terreno descubierto. En suma, se trataba de una posición estática, confiada exclusivamente a la resistencia de sus defensores, que en calidad combativa no estaban a la altura de sus adversarios. Contrariando tal dispositivo, el coronel Chilavert había aconsejado al Jefe Supremo que colocara a sus tropas sobre una cuchilla paralela a la cañada de Morón, para disputarle su acceso, pero no fue atendido.

El general Urquiza observó atentamente las posiciones del Ejército enemigo, y ante la variante elegida por Rosas —oblicua respecto a sus propios elementos— decidió cambiar su plan de ataque. El Ejército Grande pudo sortear sin oposición el inconveniente que significaba el arroyo, y organizó sus elementos de acuerdo a la línea de batalla ocupada por aquél.

El ala izquierda la comandaba el general Juan Pablo López, ex mandatario santafecino. La formaban la División Oriental de infantería del coronel César Díaz, con las de caballería del general José D. Ábalos (correntino) y coronel Manuel Antonio Urdinarrain (entrerriano). Sus fuerzas flanqueadoras y de reserva, de caballería, estaban mandadas por el general Benjamín Virasoro, Gobernador de Corrientes, teniendo bajo sus órdenes a cuatro regimientos del coronel José A. Virasoro y las Divisiones entrerrianas de los coroneles Manuel Palavecino, Apolinario Almada, Doroteo Salazar, Juan Luis González y Pedro M. González.

El centro lo componían fuerzas argentinas y brasileñas, comandadas por el brigadier Manuel Marques de Souza, con seis batallones de infantería, doce cañones y cuatro cohetas, del Imperio; luego dos Divisiones de artillería argentina cuyo jefe era el coronel José María Pirán, secundado por los tenientes coroneles Bartolomé Mitre y Bernabé Castro (todos porteños); seguidos por los batallones de infantería también porteños *San Martín*, *Buenos Aires* y *Federación*, mandados por los coroneles Martín Tejerina, Mariano Echenagucia y el mayor Rodríguez, bajo la dirección del coronel Matías Rivero.

El costado derecho estaba mandado por el brigadier Anacleto Medina, y consistía en las tres armas. Su infantería la dirigía el coronel José Miguel Galán y la componían una brigada entrerriana con los batallones *Urquiza* y *Entre Riano* a órdenes superiores del coronel Manuel Basavilbaso, y dos batallones correntinos del coronel Cayetano Virasoro, más el batallón *Constitución* conducido por el coronel José Toledo. Además, dos baterías de artillería entrerriana del teniente coronel Marcelino Martínez; y caballería comandada

por el general Juan Madariaga donde formaban las Divisiones de los coroneles Santiago Oroño (santafecino) y Leonardo Susviela. Las fuerzas flanqueadoras y de reserva del ala derecha, toda caballería, se componían de la columna del general Gregorio Aráoz de la Madrid, la División entrerriana del coronel Miguel G. Galarza, y los regimientos escolta del general Urquiza, mandados por los coroneles J. Cruz Gorordo y Mariano Zalazar.

"Después que la masa del Ejército Grande hubo salvado el obstáculo, y habiendo V.E. dispuesto cambiar súbitamente el plan de ataque en vista de la posición y línea de batalla que ocupaba el enemigo" —describe el Mayor General tres días después en su parte elevado al Comandante en Jefe—, Urquiza y Virasoro elevaron una oración, santiguándose ambos al finalizar sus ruegos por el triunfo, según referencias al segundo del ex Obispo de Corrientes, P. Luis María Niella, cura rector de Rosario (donde residió en sus últimos años el general Benjamín Virasoro). Ambos jefes ostentaban galera de copa, prenda de uso habitual en la época, que vistieron también Rivera, Lavalle y varios otros, y hasta los gauchos de la campaña (y el batallón *Patricios* en 1806).

Para distinguirse entre sus soldados, Urquiza se había colocado sobre su uniforme un poncho ligero, pese al calor de ese día de verano, de acuerdo a lo que en la proclama distribuida esa mañana había anunciado a aquéllos:

Si la victoria por un momento es ingrata con alguno de vosotros, buscad a vuestro General en el campo de batalla, porque el campo de batalla es el punto de reunión de los soldados del Ejército Aliado.

Eran cerca de la diez de la mañana cuando comenzaron las acciones. Urquiza consideró que la izquierda rosista, toda de caballería, era el punto débil del adversario (su moral no era alta luego del contraste sufrido en los campos de Álvarez poco antes), y decidió dirigir sobre ella su principal esfuerzo, para que quedasen cortados su centro y ala derecha, donde su infantería era más numerosa que la propia. Refiere el coronel Díaz:

"Después de comunicar a los jefes principales del Ejército sus intenciones, el General recorrió la línea y dirigió a las tropas algunas alocuciones, que aunque muy breves y pronunciadas sobre la marcha, no dejaron de hacer impresión en el ánimo de los soldados, que las contestaron con vivas a la libertad y al General en Jefe".

Ninguna actitud se observaba al frente de la fuerza enemiga, que no había desprendido guerrillas y que aguardaba en silencio: "Parecía mas bien formada para una revista de honor", comenta César Díaz. Tampoco se observaban a su retaguardia reservas montadas. Pero al igual que aquel, el general Rosas animó a sus hombres:

"Un grupo de jinetes apareció, sin embargo, al cabo de cierto tiempo, como recorriendo la línea; y me figuré que sería Rosas y su Estado Mayor, aunque no pude reconocerlo, porque cuando se acercaban a alguno de los batallones formados, se sentían vivas y gritos prolongados".

No está de más insertar uno de los episodios protagonizados por el Dictador, que causaban tanta extrañeza en el círculo de sus allegados.

En los momentos previos a la iniciación de la lucha, Rosas se acercó al coronel Pedro José Díaz, su antiguo enemigo pero ahora jefe de una brigada de infantería, y tras algunos comentarios sobre los movimientos de sus contrarios, se suscitó el incidente que sigue, contado por Díaz:

“Volvió [Rosas] la vista hacia atrás y halló cerca de sí un paisano a caballo que llegaba trayéndole una carta o un mensaje, y sin esperar a que le dirigiese la palabra: —*¿De dónde sale, amigo?* le dijo, *¡qué buen caballo trae!* Notando enseguida que el paisano tenía a la cabezada del recado las boleadoras, —*Présteme esas boleadoras*, añadió. Rosas las tomó por sus extremos y hallando que estaban un poco cortas: —*Ésta no es la medida, les faltan dos pulgadas*. Dirigiéndose entonces al coronel Díaz continuó: —*Yo antes sabía un poco manejar esta arma. Como ahora estoy demasiado grueso tal vez no lo podré hacer. Sin embargo, voy a probar. Vaya amigo* (al paisano), *galope para allá, galope, galope*. Y cuando el paisano se había alejado a la distancia que él juzgó conveniente, lanzó las boleadoras por encima de la cabeza de aquel, de manera que al caer envolvieron las patas delanteras del caballo. —*Todavía me acuerdo*, dijo entonces y se separó del coronel Díaz para no volverlo a ver más”.

Este hecho, transmitido por el coronel Pedro José Díaz al jefe de la División Oriental después de la batalla, causó las reflexiones del último acerca de la motivación del Dictador sobre su actitud serena en el momento solemne en que iba a decidirse el destino de su régimen y quizá de su vida, atribuyéndola a “desmentir la reputación de cobarde que sus enemigos le habían atribuido”.

Era llegado el tiempo de comenzar la lucha.

Rompió el fuego la artillería de Buenos Aires, más numerosa y de mayor calibre que la del Ejército Grande, y los cañones argentinos y brasileños contestaron, aunque el cambio de disparos fue efectuado desde lejos y sin resultado. Para llamar la atención del Ejército de Rosas sobre su derecha —distrayendo su atención del principal lugar donde se asaltarían sus posiciones— el coronel José A. Virasoro se adelantó con dos regimientos aparentando forzar su flanco, lo que hizo que algunos batallones y artillería del enemigo se movieran hacia la casa de ese costado. Logrado con éxito el propósito de ese amigo, Virasoro se corrió por la retaguardia propia hacia la izquierda de Rosas, donde se mantuvo ejecutando algunos movimientos, “según las órdenes que recibía de S.E. el señor General en Jefe”, expuso él mismo.

Recuerda Benjamín Víctorica:

“Hacía un calor insoportable: el movimiento de todas aquellas multitudes de tropas y caballos, y de carros, levantó una polvareda inmensa, que mezclada luego con el humo de las armas de fuego y de las quemazonas, hacía insoportable el ambiente que se respiraba, y pronto no nos alcanzábamos a ver las caras a 20 pasos”.

La batalla se hizo general. A la derecha del Ejército Grande el propio general Urquiza dirigió el avance sobre la izquierda de Rosas, llevando a van-

guardia la División del general Anacleto Medina: “2.000 lanceros colocados al frente del ala enemiga, formando un pequeño martillo en la extremidad de su izquierda, lo esperaron a pié firme”, refiere en sus *Memorias* el coronel Díaz.

“El choque fue violento; y aunque algunos escuadrones nuestros fueron rechazados con bastante pérdida, el éxito general de la carga fue el más completo y favorable. Deshecha toda esta fuerza, una columna de 3.000 hombres no descubierta hasta entonces, apareció sobre la derecha de Medina pretendiendo restablecer el combate, y amenazando envolver la pequeña reserva con que éste había quedado; pero las Divisiones Galarza y Ábalos que formaban parte del ala, acudieron a gran galope e inutilizaron el intento de la columna enemiga, obligándola a desbandarse casi sin pelear”.

Las tropas rosistas de la primera línea envolvieron a sus reservas, que se hallaban muy próximas, y la confusión se hizo general.

En el centro del Ejército Grande, el general Benjamín Virasoro observaba lo que ocurría a distancia. Escribió en su parte a Urquiza:

Sirviendo de gloriosa señal las polvaredas de la División de reserva y flanqueadores que mandaba V.E., la cual arrollaba la caballería del ala izquierda del enemigo, dejando rota su línea por un tercio de ella, dispuse el ataque general.

La izquierda aliada, que permanecía fuera del tiro de cañón, inició su avance, cargando primero la División Oriental del coronel Díaz. El batallón *Voltígeros* que mandaba el teniente coronel León de Palleja recibió la orden de apoderarse de la casa de Caseros, superando el parapeto de carretas que la protegían. Una resistencia tenaz se le hizo desde las posiciones de la defensa y los fuegos de la fusilería causaron varias bajas, pero pese a sus claros las columnas de ataque no cejaron, ganando terreno a paso de trote “con una limpieza de ejecución que hace honor a la disciplina e instrucción militar de los veteranos que componían la izquierda”, conforme lo destacó Virasoro.

Mientras la División Oriental trababa lucha en torno a las carretas y al edificio, los cuerpos brasileños permanecían inactivos, y su jefe el brigadier Marques de Souza mandó a uno de sus oficiales a prevenir al coronel Díaz que su inmovilidad se debía a la detención de la columna a su derecha (infantería argentina del coronel Matías Rivero).

“Por extraño que me pareciese este mensaje, después de haberse hecho saber a cada cual la parte que le tocaba desempeñar en el combate —escribió Díaz—, le respondí inmediatamente que todo lo que necesitaba era verle marchar según estaba dispuesto”.

El edecán del Comandante en Jefe, coronel Indalecio Chenaut, notando igualmente la actitud pasiva de la División del Imperio y la comprometida lucha entablada por los orientales, invocó el nombre del general Urquiza para indicarle también a Marques lo urgente que era generalizar la acción. Así lo refiere Díaz, añadiendo que poco después todo el centro de la línea comenzó

a avanzar, siguiendo los dos batallones brasileños a la División oriental "a la altura de la reserva".

El resultado del ataque llevado a cabo por el coronel César Díaz fue la fuga de los defensores de la casa, excepto los infantes apostados en las azoteas, pero asaltado el edificio por el batallón de Palleja, fueron muertos o debieron rendirse.

"En el curso de este movimiento —acota aquel en sus Memorias— una gruesa columna de caballería apareció a mi flanco izquierdo, pero los lanceros de Urdirrain que me apoyaban diéronle una soberbia carga, con lo que en pocos momentos la disolvieron".

No está de más detallar que al penetrar la tropa del Ejército Grande a la casa, fue muerto el doctor Claudio Mamerto Cuenca, quien prestaba servicios médicos en el Ejército de Buenos Aires; y que si bien se atribuyó el hecho al teniente coronel León de Palleja, el historiador oriental teniente coronel Antonio Díaz (hijo del Ministro de Guerra de Oribe) precisa que el autor de su muerte fue el teniente Urbano Ferreira, del batallón *Voltígeros*, del que aquel era jefe.

Indica el general Virasoro en su parte que mientras se efectuaba el asalto a la casa

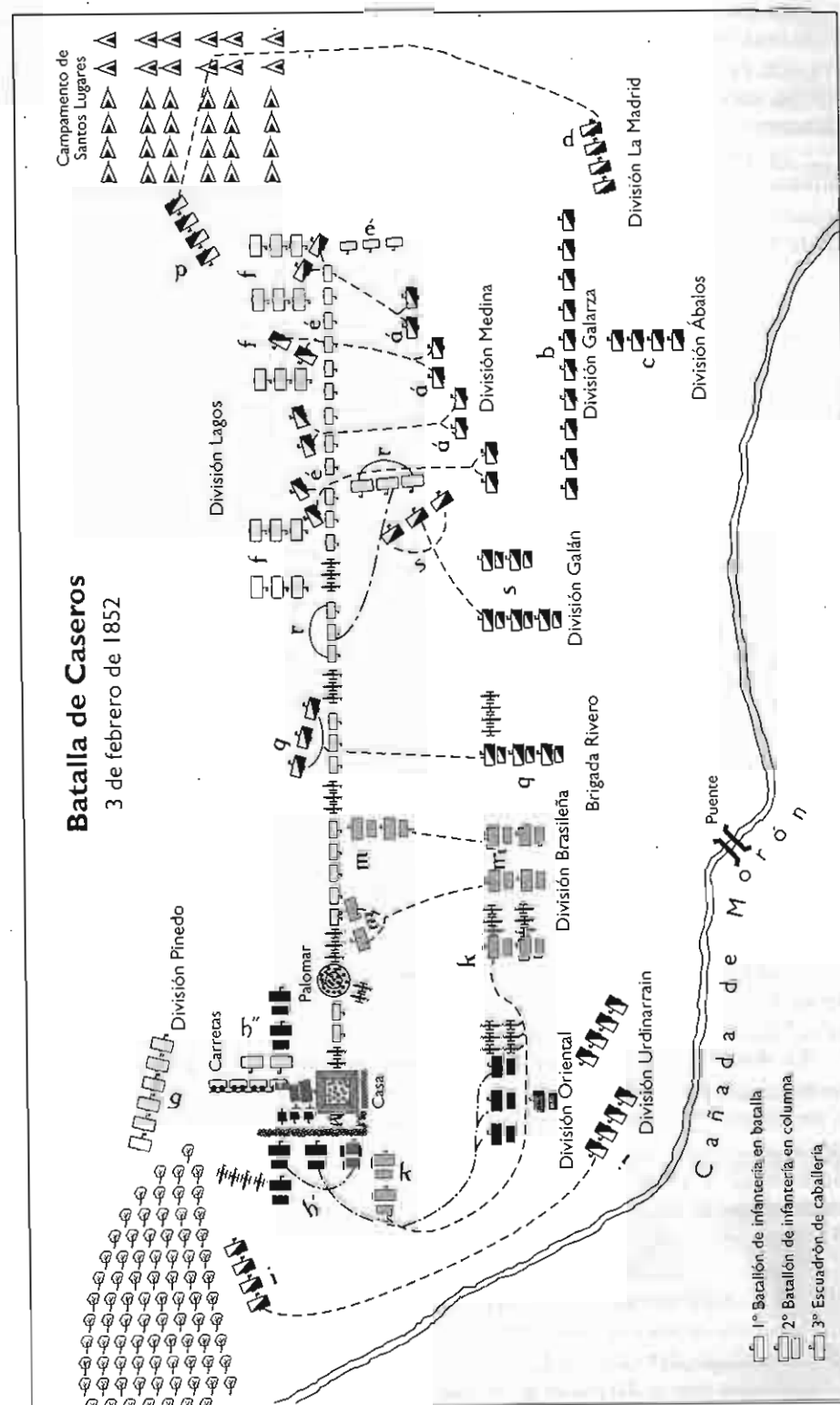
el centro se abalanzaba en columnas de ataque sobre las posiciones de su frente, sostenido este movimiento por todas las baterías del Ejército, que en aquel momento decisivo respondían con viveza al fuego nutrido de los enemigos.

Al tiempo que la brigada argentina del coronel Rivero rompía la línea central, la División brasilera del general Marques de Souza pudo apagar los fuegos del palomar fortificado y se apoderó de esta importante posición.

El general Ángel Pacheco y su secretario el entonces mayor Victorica se habían adelantado a poca distancia de donde habían pasado la noche, acompañados por su escolta, para observar el desarrollo de la lucha. Revela el segundo de ellos:

"Un grupo como de 20 individuos, un jefe, varios oficiales, entre ellos un jefe pampa con su indumentaria especial o más bien dicho muy escasa, acompañado de dos o tres indios y varios soldados, chocaron con nosotros de improviso entre el humo y la polvareda, cada vez más intensos, y reconociendo el jefe al general Pacheco y señalando hacia la izquierda una polvareda más densa, le dijo: —Allá va el Gobernador: nosotros lo acompañábamos y nos acaba de despachar. Sólo van con él don Máximo Terrero y dos o tres jefes. Todo está perdido: la derrota es completa. El grupo siguió su precipitada fuga. Nosotros permanecemos todavía algún tiempo, esperando que se disipase el humo, y emprendimos luego la retirada al tranco, tomando en dirección del paso de Carupá, en el río de las Conchas".

Es la oportunidad de efectuar una consideración relativa a la conducta del Dictador.



La huida del general Juan Manuel de Rosas sin aviso a su Ejército, que continuaba peleando, sin disponer su retirada, ni prever un punto de concentración para reunirlo; es decir, sin ordenar nada para procurar amparar a sus restos, caía bajo las severas sanciones contempladas en las aún vigentes Ordenanzas del Rey don Carlos III del año 1768. La "deserción calificada" (en que ya había incurrido Rosas antes del combate de Navarro en 1828) estaba equiparada a la fuga del campo de batalla, y se castigaba con degradación y muerte ante la tropa formada. No era menos severa la Ordenanza ante la falta de valor frente al contrario:

El que por cobardía fuese el primero en volver la espalda sobre acción de guerra, bien sea empezada ya o a la vista del enemigo, marchando a buscarle o esperándole en la defensiva, podrá en el mismo acto ser muerto para su castigo y exemplo de los demás.

Esto fue confirmado por Real Orden el 29 de agosto de 1794. (Esas disposiciones se mantuvieron en el Código de Justicia Militar de 1898, bajo el título de "Deshonor e indecoro militar").

En tales circunstancias, los coroneles Chilavert y Díaz —antiguos "salvajes unitarios"— tentaron un último esfuerzo para modificar la situación, con 3.500 soldados:

El enemigo —señaló Virasoro— operó todavía un cambio de frente sobre su izquierda, y apoyándose en dos baterías de lo que antes había sido izquierda y centro, hizo frente a cinco batallones de nuestra derecha, intentando, si no disputarnos la victoria, demorar al menos su derrota final.

Pero tuvieron que enfrentarse con las infanterías entrerriana y correntina del coronel José Miguel Galán —añade César Díaz— las cuales habían concurrido a definir el triunfo sobre las tropas de Buenos Aires en ese lugar, junto con "varias otras fuerzas que el general Urquiza había hecho avanzar personalmente para oponerse a su designio". Un hijo del ex mandatario correntino Pedro Ferré le escribió a éste pocos días después: "El general Urquiza, con su acostumbrada intrepidez y denuesto, en persona cargó, tomando tres baterías fuertes del enemigo". Rodeadas las tropas porteñas por mayores elementos atraídos por el combate, tras breve aunque recia lucha, se rindieron a discreción.

La dispersión comenzó a pronunciarse en forma concluyente en las filas rosistas, que abandonaron el campo de batalla dirigiéndose hacia la capital de la Provincia. Muchos jefes cayeron prisioneros, y otros pudieron escapar, aunque alguno fue muerto por sus propios soldados, como el coronel Juan José Hernández (comandante de la División Palermo), quien fue lanceado al tratar de contener el desbande. El general Pinedo rodó con su caballo y falleció al día siguiente en su casa.

No fue, sin embargo, el último episodio de la jornada: en tales circunstancias la División del general Gregorio Aráoz de La Madrid apareció por retaguardia para consumir la derrota de las fuerzas del Dictador.

La extrema derecha del Ejército Libertador, conducida por dicho General y compuesta por la División entrerriana de Victoria a órdenes superiores del

coronel Casto N. Domínguez (coroneles Manuel Pacheco y Obes, y Juan Hermelo), y un regimiento brasileiro del teniente coronel Manuel Luis Osorio, había efectuado un giro abierto en dirección al campamento rosista de Santos Lugares, para cortar la retirada a las fuerzas enemigas, y al retornar al campo de lucha les causó bajas y tomó numerosos prisioneros, con lo cual se puso fin a la batalla. El general La Madrid no logró cumplir el propósito secreto que lo había guiado, y que incluyó en su parte a Urquiza:

No puedo menos que confesar a V.E. en obsequio de la verdad, que en ninguna de las muchas batallas en que he tenido en honor de hallarme (aunque no con tan valientes jefes y soldados como los que V.E. en esta vez me ha confiado) he hecho menos, sólo por no contrariar las sabias disposiciones de V.E., en cuyo obsequio (séame permitido decir, porque lo han visto todos) he privádome con la División de mi mando de tomar al bárbaro verdugo Juan Manuel Rozas; pues con este exclusivo objeto me había propuesto privarle su fuga por retaguardia de Santos Lugares, y presentarme de frente envolviendo toda su ala izquierda, al mismo tiempo en que la nuestra y el centro arrojaban con inaudita bravura, de sus posiciones, al salvaje tirano y sus hordas de esclavos.

En tanto Rosas, vestido con el uniforme del asistente que lo acompañaba para no ser reconocido al entrar a Buenos Aires, había ingresado solo en la ciudad dando un rodeo por el sur.

No debe omitirse la conducta subsiguiente de los vencedores, que destacó en su parte dirigido a Urquiza, el Mayor General del Ejército Grande, Benjamín Virasoro:

...limitándome a recomendar a V.E. la humanidad con que jefes, oficiales e individuos de tropa han ennoblecido tan espléndida victoria, economizando la sangre de los vencidos al grito universal de no maten, no maten, que se oía por todas partes.

Corroboran este documento oficial las memorias del coronel César Díaz:

"Justo es declararlo, todos los cuerpos del Ejército, igualmente animados de un sentimiento de humanidad verdaderamente extraño a los campos de batalla, se contentaron con la gloria del triunfo, y se esmeraron a porfía en evitar la efusión innecesaria de la sangre de los fugitivos: —¡Ríndanse! ¡Entreguen las armas! ¡No los mataremos! Éstos eran los gritos que por todas partes se oían, cual si se hubieran dado por consigna a los soldados".

Fueron tomados más de 7.000 prisioneros, con todo el armamento y equipos del Ejército de Buenos Aires abandonados desde Caseros hasta Santos Lugares, en donde varios edificios de depósito habían sido incendiados.

El último de los boletines del Ejército Grande Libertador (12 de febrero) incluye una mención digna de consignarse:

Las banderas de dos Naciones vecinas y tres Provincias han concurrido a la victoria, representando a la República general la nacional azul-celeste que tremolaban los cuerpos de Buenos Aires, mientras el Tirano

hacía alarde de su apócrifo pabellón azul-negro con gorros colorados, obra de su capricho, y por tanto, objeto de odio para los argentinos mismos que han podido pisotear en el campo de batalla ese estandarte peculiar a la Tiranía, sin temor de manchar el pabellón sagrado de la Patria, que en tan gloriosos combates ha flameado.

Este boletín concluía con el elogio merecido por el artífice de la victoria, y cabe reproducirse porque su autor —el teniente coronel Domingo F. Sarmiento— habría de desdecirse a poco, movido por razones personales, como se explicará:

El general Urquiza, a más de la inspiración y verdadero genio militar de que ha dado en esta campaña tan esclarecida muestra, ha hecho alarde durante el combate de una serenidad y valor digno de un gran capitán. Por momentos se le ha visto poco menos que envuelto entre fuerzas enemigas, recorriendo la línea bajo los fuegos de artillería que asestan a su persona tiros y cohetes; cada cuerpo de Ejército ha oído sus palabras enérgicas y llenas de confianza en el éxito, y el Ejército entero ha podido decir que se halló en cada encuentro parcial.

Una sola ejecución en los rangos superiores se produjo. Conforme al relato de oídas reproducido por César Díaz, antes de alejarse Urquiza de aquel campamento,

“diéronle parte de que estaba prisionero un coronel Santa Coloma, célebre criminal y presidente de la abominable Sociedad de la Mazorca y autor de muchos asesinatos: le hizo venir a su presencia, y sin más justificación que la de la identidad de la persona, mandó que en el acto le cortasen la cabeza, para que así pagase —dijo— todas las que había hecho. Santa Coloma inspiraba tanto horror por la atrocidad de los delitos con que se había manchado durante el Gobierno de Rosas, que todo el mundo vio en este acto del General, por irregular que fuese, una satisfacción reclamada por la vindicta pública”.

Muy distinta, empero, es la versión ofrecida por un testigo ocular, el doctor Juan Francisco Seguí, auditor de guerra del Ejército Grande.

Seguí escribió en su poco difundida *Memoria para servir a la historia de la revolución del 1º de mayo de 1851*, que cuando se pronunció la derrota del Ejército de Buenos Aires, supo que en la iglesia de Santos Lugares habían buscado refugio muchas familias de los oficiales de Rosas, ordenando el general Urquiza que fueran respetadas. Al presentarse con dicha intimación, se le comunicó que el coronel Santa Coloma, “el famoso mazorquero de 1840”, se hallaba asilado allí: “Cuando yo llegué al gran grupo de soldados, todos clamaban por que se les entregara a Santa Coloma”. El doctor Seguí intimó en voz alta al aludido que saliera, y reflexiona:

“¡Lo que pudo la mala reputación de un hombre! Ninguno de los presentes conocía al Coronel personalmente, sino por los horrendos hechos que se le atribuyen, cometidos en servicio de la Santa Federación”.

Cuando apareció una pareja de hombres y uno de ellos se identificó como Santa Coloma, “cien lanzas se dirigieron, y otros tantos carabineros apuntaron a ese hombre”. Seguí prosigue su referencia:

“Me lancé en medio de aquellos soldados furiosos, y logré contenerlos en parte, defendiendo a la persona de Santa Coloma, no por lo que se merecía, sino por el principio universal de clemencia que tan bien cuadra a los vencedores, y sobre todo para que nuestros soldados, vertiendo las primeras gotas de sangre después del combate, no se cebaran y fuesen a cometer mayores excesos. Sin embargo, cuando me inclinaba para parar un golpe dirigido a Santa Coloma, vi otro más violento que se descargaba por una mano oculta a mi retaguardia, y un hombre que luego vi postrado en tierra”.

Aquí termina la *Memoria* de Juan Francisco Seguí, con tan diferente narración a la dejada por César Díaz.

Había concluido la batalla de Caseros pasado el mediodía, “*reñido y acalorado combate*”, de acuerdo con la descripción del breve mensaje que el general Urquiza en tales momentos dirigió al Gobierno Delegado de Entre Ríos.

Su trascendencia para la evolución nacional —comparable sólo con la de Tucumán que salvó la Independencia patria— justifica que se la haya reconstruido en detalle por primera vez, únicamente utilizando los datos dejados por los participantes en la acción, no todos ellos aprovechados anteriormente por haber sido publicados en tiempos recientes.

Caseros fue un verdadero corte en la Historia Argentina, como luego se explicará.

16

Con todo, la jornada no había terminado, y tampoco los acontecimientos que se sucedieron en ella. Dos sucesos deben referirse.

El día anterior los agentes extranjeros, conjuntamente con los jefes navales con mando, convinieron proteger las vidas y propiedades de sus respectivos connacionales, si las autoridades por algún evento no pudieran ampararlas, luego de lo cual el representante más antiguo, Rodrigo de Souza Leitte Azevedo, pasó una nota al Gobierno Delegado (Arana e Insiarte) haciéndole saber que fuerzas de marinería de aquellos desembarcarían en caso necesario.

El 3 de febrero, al regresar el diplomático británico Robert Gore a su casa, a eso de las cuatro y media de la tarde, un sirviente le hizo saber que había admitido a una persona vistiendo uniforme de soldado común, “pero que sospechaba ser el general Rosas”, el cual pidió acostarse y se hallaba reposando en su propia cama, “muy exhausto por la fatiga y una herida que tenía en la mano”. Gore entró a su habitación inmediatamente y se encontró con Rosas “cubierto con el humo y polvo de la batalla, y sufriendo fatiga y hambre”, mas por otra parte, “calmo y dueño de sí mismo”. Prosigue su informe oficial:

Inmediatamente me di cuenta que era necesario sacarle de mi casa y pasarlo a un buque de guerra antes que se supiese o sospechase dónde es-

taba. Tenía poco tiempo disponible y debía emplear la mayor discreción posible, pues estaba por reunirme con los demás representantes a las seis p.m. para ir al campo de Urquiza, a pedido del general Mansilla, jefe de la plaza, para ofrecer nuestros buenos servicios a fin de convenir con aquel General la constitución de un Gobierno para la ciudad.

Forzado, pues, a dejar a Rosas, dispuso su cena y baño, y ordenó que por ningún motivo se permitiese a nadie entrar a su domicilio.

Robert Gore debió trasladarse hasta Palermo formando parte de la comisión extranjera con el fin de entrevistarse con el general Urquiza, pero al no hallarlo —estaba aún en Caseros con su Ejército— transmitieron sus ofrecimientos al general José Miguel Galán que se había adelantado; y siendo ya oscuro Gore regresó a su alojamiento para llevar adelante su plan. Cerca de medianoche convino con el almirante William Henderson —jefe de las fuerzas navales inglesas en el Plata— la absoluta necesidad de embarcar inmediatamente al caído mandatario y su familia para enviarlos fuera del país, “porque su permanencia podía ser dañosa a los intereses británicos”. Con su hija Manuelita hicieron los preparativos necesarios, “después de discutir un poco con el general Rosas, que deseaba permanecer en mi casa por dos o tres días a fin de arreglar sus asuntos”. Convencido éste de la premura del caso, se procedió aprovechando la oscuridad de la noche. Rosas fue disfrazado de marinero inglés y Manuelita de hombre. Éste es el relato de Gore:

Después de revestir al general Rosas con un gran capote y gorro de marino, a su hija como si fuese un joven, y a su hijo con mis ropas, y hallándose listo un bote en cierto lugar, perteneciente a un bajel mercante, nos dirigimos hacia él. Tuvimos que pasar por dos garitas de centinelas, y en ambas nos examinaron, pero se nos permitió pasar al darne a conocer. Al llegar al río las aguas se hallaban muy bajas, y el grupo tuvo que caminar unas 400 yardas antes de llegar al bote. A las tres p.m. todos estaban a salvo a bordo del Locust.

Concluía este despacho (9 de febrero): “Aseguro a Ud., mi Lord, que experimenté un profundo alivio al ver al Locust salir del puerto”.

Desde este vapor Rosas fue trasbordado al *Centaur*, donde también hallaron asilo el teniente coronel José Silvestre Febre, santafecino, y el antiguo edecán mayor Pedro Ximeno. Asimismo disfrazado, el general Mansilla se embarcó con su hijo Lucio en el buque francés *Flambart*. También buscaron amparo en naves extranjeras el ex Gobernador de Santa Fe, general Pascual de Echagüe, y los coroneles Manuel Febre y Gerónimo Costa, y en total, 2 mayores, 7 capitanes, 6 oficiales, 1 trompa, 9 soldados y 1 ciudadano.

Aún en la rada exterior, el día 8 Rosas dirigió la siguiente nota al almirante Henderson:

Poseído del más profundo reconocimiento, me veo colocado bajo la garantía del pabellón de Su Majestad Británica. Pero sin recursos para transportarme a Europa con mis amados hijos, y con algunos jefes que se ven en la forzosa necesidad de seguir mi destino, me encuentro obligado por el imperio de las circunstancias, a molestar aún más a V.E., al supli-

carle muy encarecidamente se digne facilitarme en un buque de guerra de Su Majestad mi conducción a Inglaterra con las personas enunciadas.

Henderson, según propia manifestación, “de lo más ansioso para removerlo de la vecindad inmediata de Buenos Aires”, hizo pasar al día siguiente a los refugiados al vapor *Conflict*, de más rápido andar, que finalmente lo llevó a Southampton.

De tal modo desapareció de la vida pública argentina don Juan Manuel de Rosas, quien murió octogenario en 1877 en una chacra vecina a aquella ciudad inglesa. No deja de ser reveladora la redacción del *diario* llevado por Juan Manuel Beruti —las “Memorias Curiosas”—, cuyo diferente tratamiento muestra el espíritu verdadero reinante en Buenos Aires, bajo las loas dirigidas públicamente a aquel gobernante. Es así que el año 1852 comienza con esta frase:

Sigue en el mando de la Provincia y relaciones exteriores, con la suma del poder público y Jefe Supremo de la República Argentina Confederada, el señor don Juan Manuel de Rosas, Gobernador y Capitán General.

Pero llega su autor al 3 de febrero, y anota:

en que fue completamente derrotado el Ejército del tirano Rosas, pero este salvaje pampa, viendo que sus tropas eran vencidas, como a las nueve y media del día, engañando a sus tropas se salió de la acción, y se embarcó sin ser visto en el buque Locust, inglés, que tenía con anticipación preparado, llevándose a su hija doña Manuela y una agregada llamada Juana Sosa, y algunos de sus parientes y hechuras.

Dejando de lado algún error de detalle, es un ejemplo elocuente de la reacción con que la población recibió la noticia, lo que será corroborado en pocas páginas más.

Los hechos que anteceden fueron descriptos para no interrumpir la secuencia de lo ocurrido con el caído mandatario, pero en el interin tuvieron lugar episodios de gravedad que no pueden omitirse, y que siguen a continuación a partir del momento en que la batalla de Caseros concluyó.

Las tropas rosistas derrotadas, sin jefes y en desorden, comenzaron a afluir a la ciudad de Buenos Aires. Y el miedo se enseñoreó sobre su vecindario.

Son coincidentes los testimonios de quienes vivieron las horas de espanto que se sucedieron. El editor español Benito Hortelano hace notar que el general Mansilla no había previsto fortificar la ciudad y abastecerla, y organizar su resistencia en caso de ser vencido el Dictador:

“Todo era terror en la ciudad al aproximarse el Ejército invasor. Se temía una derrota porque se creía que Urquiza entraría a degüello, y se temía que triunfase Rosas porque después del triunfo y no teniendo ya enemigos, se cebaría en la población, empezando los degüellos como en el 40 y 42, para aterrorizar de nuevo al país”.

Todos se hallaban encerrados en sus casas, como lo certificara Zinny. Y se desató el horror cuando —como escribe Hortelano— “Rosas huyó sin haber

sabido disponer la batalla, sin dar órdenes oportunas de su propia obra". He aquí su relato:

"La ciudad quedó acéfala; las autoridades de Rosas abandonaron sus puestos en cuanto aquel se embarcó; las fuerzas ciudadanas, cuya misión principal es la de garantizar el sosiego y la propiedad, habían abandonado sus cantones y con ellos las armas. El Fuerte, punto principal, quedó a merced de quien quisiese apoderarse de él, todo lleno de armas y pertrechos de guerra, con gran cantidad de municiones tiradas en los patios. Las cárceles fueron también abandonadas, y por consiguiente todos los presos, criminales y no criminales, se escaparon, lo que ocasionaba otro conflicto no pequeño. Sucedió en este desbarajuste lo que debía suceder. A las 10 de la mañana los dispersos del Ejército de Rosas, algunos soldados de Urquiza y la gente de los arrabales se lanzaron a las calles del centro de la ciudad: primero a las platerías y después indistintamente. El saqueo se hizo general y el espanto llegó a apoderarse de todos los habitantes".

Corroborar el doctor Miguel Estévez Saguí:

"Amaneció el día 4 de febrero y entonces empezó este infeliz pueblo a sufrir otra clase de desastres. Sin autoridades, sin policía, sin más que la custodia de cada uno, empezó un saqueo que quiso atribuirse a la tropa acampada en las orillas o suburbios, pero si bien hubo algunos de éstos o quizá empezaron en ese indigno robo, lo cierto fue que muchos de los soldados dispersos del campamento derrotado de Rosas, y poniéndose al pecho una especie de pañuelo triangular blanco (que había sido el distintivo de la tropa de Urquiza al entrar en pelea, para no confundirse con los enemigos, pues que unos y otros estaban federalmente uniformados), se lanzaron al saqueo. Iba éste tomando creces, y entonces mandó Urquiza tropas regulares que custodiaran la ciudad".

Más preciso y completo es el cuadro de "horribles escenas" descripto por el coronel César Díaz:

"La guardia nacional había estado armada, ocupando los diversos cantones en que había sido distribuida por el general Mansilla hasta las 12 del día, es decir, veinticuatro horas después de la derrota de Rosas; y cuando a esa hora, convencidos los ciudadanos de que el poder de éste no existía, abandonaron sus puestos y se retiraron a sus casas, un enjambre de soldados montados, seguidos de porción de gente a pié, todos munidos de la divisa de guerra que nuestra caballería había usado en la batalla, se derramaron por todos aquellos barrios de la ciudad en que había joyerías y tiendas de valor, y dieron principio a un espantoso saqueo. En breves instantes todas estas tiendas, entre las cuales contenían hasta 2.000.000 de capital, quedaron arrasadas, y sus propietarios reducidos a la mendicidad. Hecho el saqueo de un barrio pasaban a otro, y luego a otro, con una voracidad creciente en razón directa del número de ladrones que se iba por momentos multiplicando. Aterrado el vecindario en los primeros instantes de esta irrupción vandálica, nada pudo hacer por la defensa de sus intereses: los hombres se encerraron en el interior de sus hogares y allí se man-

tuvieron preparados a defender las vidas de sus familias, que desde luego creían también amenazadas".

Para contener al pillaje más o menos organizado, los vecinos más animosos se armaron y conformaron patrullas, mientras la marinería desembarcada de las naves extranjeras custodiaba a sus Legaciones y Consulados, y residencias de algunos compatriotas, como también algunos edificios públicos tales como el Banco de la Provincia y la Aduana. La represión a los asaltantes fue tan violenta como la causa que la provocara. Recuerda Hortelano del medio día de ese 4 de febrero:

"A la una era ya general el saqueo y la persecución. Véase a los vecinos formando grupos, armados unos con escopetas, pistolas, chuzas y cuanto había a las manos, cazando como en una cacería de jabalíes a cuantos se encontraban robando".

En el Fuerte se repartían armas.

"Fue ése un día de espanto —recordaba Estévez Saguí—, fue un terrorismo más a lo vivo el de la época que terminaba, era su más horrible despedida; pero no había remedio: una población asaltada tiene que defenderse con rigor de los salteadores".

Escribe el coronel Díaz:

"Felizmente la noticia de estas iniquidades llegó rápidamente a Palermo, y las disposiciones tomadas por el general Urquiza fueron tales que en menos de cuatro horas fueron reprimidos los crímenes y castigados de muerte todos sus perpetradores. Dos o tres batallones entraron por las calles con alguna tropa de caballería; y divididos en pequeñas partidas, acudieron a todos los parajes donde se estaban practicando los robos. Muchos vecinos armados se les reunieron, y los agentes de la Policía les servían de guías y auxiliares. Arrestaron muchas personas cargadas de botín, unas en el interior de las tiendas y otras corriendo por las calles a poner en seguridad su presa: había entre ellas soldados y paisanos, hombres y mujeres. A medida que se iban capturando se remitían a la Casa de Policía, y allí eran inmediatamente pasados por las armas sin más justificación de delito que la de haber sido aprehendidos llevando en las manos alhajas u otros objetos robados. Algunos han hecho ascender hasta 200 el número de víctimas sacrificadas por esta causa, mientras otros aseguran que no pasó de 30, comprendidas algunas mujeres. Por más que he hecho, no he podido adquirir informes exactos a este respecto. También se ha calificado de bárbaro y sanguinario el expediente adoptado por el general Urquiza para contener el saqueo, pero yo no dudo —y ésta es la opinión que he oído generalmente en Buenos Aires— que sin una acción tan severa y oportuna, la ciudad entera habría sido devorada por el populacho".

La conclusión de César Díaz es compartida en las *Memorias* de Hortelano y de Estévez Saguí. Expresó el primero: "Con estas medidas la tranquilidad se restableció". Y el segundo añade a lo ya asentado:

"Fue todo una horrorosa carnicería, pero fue el único medio de contener en su principio un mal que hubiera puesto en mayor consternación y peligro esta ciudad".

Tales referencias están corroboradas plenamente en el *diario* de Juan Manuel Beruti, que se omiten por lo reiterativas.

Las prendas robadas fueron acopiadas en algunos almacenes para devolverse a sus dueños, previa identificación ante una comisión designada al efecto.

17

Apenas finalizada la batalla de Caseros con la victoria del Ejército Grande de Libertador, fue despachado como vanguardia a la ciudad el coronel José Miguel Galán, quien con las fuerzas a su mando ocupó la quinta de Palermo, residencia del caído mandatario. Allí lo entrevistaron los agentes extranjeros que solicitaron su auxilio para restablecer el orden en Buenos Aires, lo que transmitido al general Urquiza, éste dispuso que el general Virasoro con un cuerpo de correntinos, y el batallón *Entre Riano* que comandaba el coronel Ramón de Lista, fueran a contener los desmanes, como quedó expuesto. El propio Urquiza pasó esa noche en Santos Lugares, desde donde, el mismo 3 de febrero, expidió una proclama para tranquilidad de los porteños, reiterando los propósitos que ya pusiera en práctica en el Estado Oriental:

Conciudadanos: El Ejército Aliado de vanguardia se propuso salvaros del despotismo sangriento que os oprimía, y ha llenado su misión de gloria: Rosas ha descendido del poder usurpado al pueblo, y están ya satisfechas las exigencias de la razón y de la justicia.

Olvido general de todos los agravios, confraternidad y fusión de todos los Partidos políticos, forman todos los letrados de las divisiones libertadoras. Todos somos amigos e hijos de la gran familia argentina, excepto el monstruo Rosas y los malvados que, faltando a sus compromisos de honor, vinieron a engrosar las filas del tirano argentino después de firmar la convención del 7 de octubre del año próximo pasado en el Estado Oriental. Éstos serán considerados siempre fuera de la ley pública, como serán igualmente los sublevados en la Provincia de Santa Fe que, sin recordar que eran deudores de la vida y la libertad al General en Jefe del Ejército Aliado, abandonaron sus filas asesinando con alevosía infame a su jefe el coronel don Pedro Aquino.

En menos de un año de iniciada la revolución constitucional, la empresa militar estaba concluida. No se creyó que tan arduo empeño pudiera llevarse a cabo en tan poco tiempo, teniéndose en cuenta lo prolongado de las anteriores tentativas.

Faltaba consumir la victoria cumpliendo con el postulado político de organizar constitucionalmente a la Confederación Argentina. Había sido la bandera de guerra contra Rosas, y desaparecido éste de la escena pública, se suponía que sería un logro inmediato, deseado por todos.

Fue, por el contrario, la tarea más ardua y remota en alcanzarse.

Bibliografía

- ARNOLD, *Un soldado argentino* cit.
 BERUTI, *Memorias curiosas* cit.
 BIEDMA, JUAN JOSÉ, "Notas federales", en *Revista Nacional*, t. 33 (Buenos Aires, 1901).
 BONASTRE, VALERIO, *Corrientes en la cruzada de Caseros* (Corrientes, 1930).
 DANA MONTAÑO, SALVADOR M., *Juan Francisco Seguí* (Buenos Aires, 1986).
 DÍAZ, A. *Historia política y militar* cit. t. VIII y IX.
 DÍAZ, CÉSAR, *Campaña del Ejército Grande Aliado* (Buenos Aires, 1878).
 FREGEIRO, CLEMENTE L., "La defensa de Montevideo y el general Urquiza", en *Revista* de la Universidad de Buenos Aires, t. XXXVII (Buenos Aires, 1917).
 HORTELANO, BENITO, *Memorias* (Madrid, 1936).
 MINUTOLO, CRISTINA V., "El saqueo de Buenos Aires", en *Anuario del Departamento de Historia* N° 1 (Córdoba, 1963).
 MOLINARI, DIEGO LUIS, *Prolegómenos de Caseros* (Buenos Aires, 1962).
 MORENO, EDUARDO, *Aspectos de la Guerra Grande* (Montevideo, 1925).
 RUIZ MORENO, ISIDORO J., *Informes españoles sobre Argentina* (Buenos Aires, 1993).
 RUIZ MORENO, LEANDRO, *Centenarios del Pronunciamiento y de Monte Caseros*, t. I y II (Paraná, 1952).
 RUIZ MORENO, M., *La revolución contra la Tiranía y la Organización Nacional* cit.
 SALDÍAS, *Historia de la Confederación* cit., t. V.
 SAROBE, JOSÉ MARÍA, *El general Urquiza y la campaña de Caseros*, dos tomos (Buenos Aires, 1941).
 TAU ANZOÁTEGUI, VÍCTOR, *Formación del Estado Federal Argentino* (Buenos Aires, 1965).
 TERÁN, JUAN B., *José María Paz* (Buenos Aires, 1936).
 VEDEVÓYE, PAUL, "Diario de campaña del teniente coronel don D. F. Sarmiento en el Ejército Grande", en *Boletín* 11-13 de Instituto de Historia Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires, 1966).
 VICTORICA, BENJAMÍN, "Episodios vividos", en *Revista Histórica* 13 del Instituto Histórico de la Organización Nacional (Buenos Aires, 1984).

CAPÍTULO XIII

Las dificultades y el logro

ARREGLOS POLÍTICOS • EL ACUERDO DE SAN NICOLÁS • OPOSICIÓN
PORTEÑA • LEVANTAMIENTO DE BUENOS AIRES • ATAQUE AL LITORAL •
EL CONGRESO CONSTITUYENTE • REACCIÓN DE LAGOS • LA CONSTITUCIÓN
NACIONAL

1

El general Urquiza y el Ejército Grande Libertador emprendieron su marcha hacia la ciudad el 4 de febrero, arribando a Palermo al atardecer. La quietud se había restablecido allí por las severas medidas tomadas para ello. El vencedor se alojó en la residencia que fuera del propio Dictador, donde recibió ese mismo día una comisión enviada por el general Lucio Mansilla para asegurarle que Buenos Aires no ofrecería más resistencia a su acción, y se ponía a su disposición en los términos que él fijase. Integraban dicha comitiva varios personajes de categoría: el doctor Vicente López, presidente de la Cámara de Justicia, monseñor Mariano de Escalada, Obispo *in partibus* de Aulón, el ex Diputado don José María Roxas y Patrón, y don Bernabé de Escalada, presidente del Banco. El mismo Urquiza refirió poco después cuál fue su reacción al imponerse del mandato que los llevaba:

Quando llegué a las puertas de Buenos Aires una diputación de ciudadanos respetables vino a proponerme una capitulación. ¡Una capitulación! ¿Y con quién?: con el pueblo de Buenos Aires. ¿Y qué? ¿Puedo por un momento ver en este pueblo desgraciado a ciudadanos vencidos, considerar a mis hermanos de otro modo que mis hermanos, mirar de otro modo a mis compatriotas que como a mis compatriotas? ¡Lejos de mí una idea semejante! Yo no veía en ellos sino un pueblo libre, y no suspiraba sino por la gloria de hacerlo venturoso y constituido.

Rechazando, pues, el ofrecimiento, el general Urquiza aventó las sospechas de que se haría cargo de la situación personalmente, y por el contrario eligió como mandatario interino de la Provincia a un porteño ilustre y respetado: el doctor López, "el bardo feliz que en los albores de nuestra independencia cantó al sol de la libertad", tal como lo describió el propio vencedor de Caseros. Ésta fue la comunicación que le dirigió:

Habiendo el Ejército Aliado pulverizado ayer en los campos de batalla el abominable poder que oprimía al heroico pueblo de Buenos Aires, y quedando de hecho acéfalo de toda autoridad, mientras tanto que se convoca libremente la Representación Provincial que nombre al magis-

trado que debe gobernarla con arreglo a las leyes, he creído conveniente encargar a Ud. el Gobierno provisorio de toda esta Provincia, porque en este encargo doy al magnánimo pueblo de Buenos Aires una garantía positiva de que sus instituciones serán respetadas.

El primer Gabinete que formó el doctor López fue compuesto por el doctor Valentín Alsina (Gobierno), el doctor Luis José de la Peña (Relaciones Exteriores) —ambos recién llegados de su exilio en Montevideo—, el doctor José Benjamín Gorostiaga (Hacienda), y el coronel Manuel de Escalada (Guerra y Marina); designando al coronel Blas J. Pico como Jefe de Policía.

Quedaba solucionada la cuestión más inmediata. Y la crónica de nuestro pasado ofreció uno de los escasos momentos de perfecta unión entre la familia argentina, un raro período de auténtica unidad espiritual, con el regreso de los emigrados, y la conciencia de todos de que una época había concluido, para dar comienzo a una nueva era. Incluso los pocos militares defensores del antiguo régimen que emigraron (Mansilla, Echagüe y otros), retornaron al país a poco, confiados en las seguridades ofrecidas por Urquiza, de respetar las conductas pasadas de cualquier signo político que hubieran sido. Todo fue alegría, alivio, confraternidad. La figura de don Justo J. de Urquiza, antes escarnecida con los más injuriosos epítetos, ahora era enaltecida con los dictados más encomiásticos, y esto, por los mismos que habían lanzado aquellos.

La profusión de enseñas blancas colocadas en los edificios públicos y casas particulares, fueron suplantadas por banderas argentinas, cuya exhibición durante tantos años había sido prohibida.

La quinta de Palermo se convirtió en un sitio obligado de concurrencia para saludar al Libertador —ahora así apodado—, en una constante romería, porque todos querían conocerlo y felicitarlo, y también algunos ciudadanos hacerse perdonar u olvidar sus pasadas conductas. Hubo de todo: sinceridad por el triunfo de Caseros, y arrepentimientos por haber denostado su revolución. El nuevo héroe recibía abiertamente y complacido a todos cuantos se le presentaban, disponiendo la libertad de los prisioneros de guerra según se lo pedían. Como sería largo y fuera de lugar repetir las escenas y los plácemes dirigidos a Urquiza por escrito y verbalmente, así como también describir las impresiones favorables de los numerosos visitantes que lo entrevistaron, elegiré dos casos de distinto signo, como únicas demostraciones de aquellas actitudes.

El primero corresponde nada menos que a su antiguo adversario el general José María Paz, quien le escribió hallándose aún en el extranjero:

Mi estimado General y compatriota: En carta que escribí a Ud. desde Rio de Janeiro y a que se dignó contestarme, le felicité yo anticipadamente por los triunfos que no dudé jamás que iba a conseguir; por ello es que ahora me limito a decirle que soy un admirador de sus dos bellas campañas, y un apreciador de las atrevidas y hábiles maniobras con que ha vencido a los enemigos y encadenado la victoria.

Habiendo Ud. cumplidamente satisfecho las esperanzas de los argentinos, destruyendo en el campo de batalla el poder que los oprimía, sólo me resta desear que sea igualmente feliz en la parte que aún le falta del programa que hizo al iniciar el movimiento que ha dado libertad a la República. Permítame, General, asociarme a nuestros compatriotas y hacer

a la par de todos ellos; sinceros votos para que nuestra Patria se vea constituida según su expresa voluntad, y Ud. colmado de gloria.

A este rotundo enaltecimiento —sobre todo por provenir de un viejo enemigo vencido por él—, cabe contraponer un largo *mea culpa* de uno de los más furibundos oradores que en la Legislatura de Buenos Aires condenaron el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas. Extenso como es este documento, merecen transcribirse varios de sus párrafos porque pocos de su tenor revelan con tanta transparencia la conducta de los muchos argentinos que durante la larga dominación del general Juan M. de Rosas debieron acomodarse a sus dictados, si querían permanecer en el país, so pena de sufrir una variada gama de sanciones. Es una especie de radiografía del espíritu público de la Confederación hasta entonces. La carta pertenece al doctor Baldomero García, uno de los más notables jurisconsultos del momento, miembro de la disuelta Cámara Legislativa, además de Asesor de Gobierno y Auditor de Guerra, escribió el 5 de abril de 1852 esta patética y humillante misiva:

Se ha creído que en la Sala de Representantes yo era uno de los más exaltados contra V.E. No, Señor: no era más exaltado que los otros, y nadie en verdad era ingenuamente exaltado contra V.E. y en defensa de don Juan Manuel de Rosas, porque el Gobierno de éste se había hecho insostenible para todos, y especialmente para los que lo sufrían de cerca. Si en las sesiones relativas a V.E. algunos discursos, entre éstos los míos, llamaban más la atención que los de otros, la llamaban igualmente en otras sesiones sobre cualesquiera otros asuntos, y es natural que ese efecto proviniese de mejores calidades oratorias.

Después del pronunciamiento de V.E. Rosas exigió por primera vez el absurdo de que todos los Diputados hablasen en la Sala. Exigió también, lo que jamás se había visto, que todos los individuos de cierta posición en la sociedad se pronunciasen contra V.E. en la prensa. Todas las corporaciones, todas la notabilidades, todos los abogados, gran número de los que por cualquier título se consideraban en una situación visible aunque privada, todos escribían o hacían escribir comunicados que se publicaban en la Gaceta con el nombre y apellido del que los dirigía. Todos hemos apurado el lenguaje del baldón, del vituperio y del escarnio, hasta la ridiculez y el disparate, para denigrar a V.E., que estaba lejos, y librarnos del puñal que estaba cerca. Todos hemos sido lo mismo en el fondo: no ha habido más diferencia que la que hay entre cada uno en el modo de hablar y escribir.

Colocado yo en orador de la principal comisión de la Sala, por disposición del Gobernador, pues nada se hacía sin su mandato, tenía que hablar de oficio; y cualesquiera que fuese el asunto, ya se sabe que no había que hablar sino incensando con profusión a Rosas y colmando de ultrajes a sus enemigos. ¡Ay de mí si no lo hubiera hecho!... Maniatada la sociedad, a nadie podía defender, y cada uno tenía que procurarse su garantía llenando las imperiosas exigencias impuestas a su respectiva posición.

Rosas exigía de un orador que él reputaba diestro, un fuerte discurso, así como exigía de un diestro asesino una fuerte puñalada. Es la verdad y tengo necesidad de decirlo ahora que nadie me infiere coacción.

Señor: lo que hemos sufrido las personas inmediatas a don Juan Manuel sus ingeniosos detalles de despotismo y tiranía, sólo nosotros los conocemos; somos nosotros los que más nos felicitamos de su caída, y los que más razón tenemos en llamar a V.E. a voz en cuello nuestro Libertador.

¡Qué terrible situación la de reconocer el propio servilismo y cobardía! Aunque resulta evidente que no existen tiranos si no hay corifeos complacientes que admiten y sostienen al sistema, en beneficio propio. La resignación de los gobernados, más que la dureza de los mandatarios, es lo que conduce al despotismo. Por eso es que la confesión del doctor García —que debe aceptarse como sincera, aunque interesada— sirve para medir actitudes en casos similares. Baldomero García no dejó de reconocer que cuando el general Rosas fue elegido Gobernador por segunda vez (1835), *“volvió aquel hombre dominando por el más espantoso terror, y se acabó entonces toda libertad para Representantes y representados”*. Indica que como todos los oradores tenía *“que humillar profundamente la cabeza cada vez que nombraba al general Rosas, e incensarlo con repetición fastidiosa para mí y para todos, pero vitalmente requerido por él”*. ¿Faltaba algo más?:

Nos ha librado V.E. de un prolongado suplicio, en el que a cada instante sentíamos cruelmente mortificado el pundonor. Todos los actos de V.E. desde que pisó esta tierra inspiran profunda adhesión, y yo me atrevería a ofrecer a V.E. mis servicios si ellos valieran algo.

Urquiza disculpó la conducta del doctor Baldomero García y en el futuro utilizó su saber en la magistratura judicial y otras funciones públicas, al igual que lo hizo con otros hombres en su mismo caso, civiles y militares.

No obstante la concordia proclamada y llevada a efecto, hubo una excepción: la muerte del coronel Martiniano Chilavert. Dejando de lado la novelesca versión debida a la pluma de su sobrino nieto el doctor Saldías —quien no cita documento ni testimonio alguno en apoyo de su descripción—, se ofrecerán los únicos datos contemporáneos que se conocen.

Chilavert había sido capturado al definirse la victoria de Caseros por el Ejército Grande, al igual que otros jefes rosistas. Conducido al día siguiente a Palermo, fue fusilado al costado de uno de los edificios de la quinta, a la vista del camino principal de ingreso. En apuntes posteriores de don Antonio Reyes, jefe administrativo de Rosas en Santos Lugares, y luego colaborador de Urquiza —o sea, testigo calificado de los hechos de ese tiempo—, expone que el general Urquiza dijo días después, hablando en Palermo delante de varios comensales entre los cuales se contaba el mismo Reyes, *“que él no lo había mandado fusilar, que cuando lo supo sintió que le hubiesen muerto”*. Corroboraría esta afirmación un artículo publicado en 1869 en el diario *El Uruguay* de Entre Ríos —dirigido por el doctor Benjamín Victorica, yerno y consejero político de Urquiza, quien sin duda fue consultado o al menos conoció su redacción—, según el cual no fue obra de este General la muerte del prisionero: *“El coronel Chilavert hacía cuatro días que estaba preso, cuando fue muerto por la guardia que lo custodiaba”*. El coronel César Díaz dejó una versión diferente en su memoria de la campaña:

“El señor Elías, secretario del General en Jefe, a quien me tomé un día la libertad de interrogar sobre el particular, me dijo que el General no había tenido intención de fusilarlo; pero que habiendo sabido no sé por quién, que Chilavert había dicho que tenía la conciencia de haber servido a la independencia del país sirviendo a Rosas, y que si mil veces volviese a encontrarse en igualdad de circunstancias, mil veces volvería a obrar del mismo modo, lo mandó matar. Yo casi no dudo que así fuera, y creo además que el que llevó ese chisme al General pondría de su parte algunos agregados como para excitar la cólera de éste contra aquel desventurado, porque hay seres en la especie humana que se complacen en el daño de sus semejantes”.

Sea lo que fuere, no hubo más ejecutados entre los prisioneros de guerra. Los combatientes capturados durante y después de la batalla fueron confiados a diferentes cuerpos del Ejército Libertador para su custodia, y no pasó mucho tiempo sin que fuesen liberados. En cambio, sí se cumplió la tremenda represalia con los que desertaron del Ejército Grande luego de asesinar al coronel Aquino, jefe de su Regimiento: *“Todos los individuos de ese cuerpo que cayeron prisioneros en Monte Caseros fueron pasados por las armas”*, indica Díaz. Sus cuerpos fueron colgados de los árboles a la vera del camino que conducía de Palermo a la ciudad, produciendo una impresión desagradable, por cierto, a quienes se dirigían a saludar al vencedor de la Dictadura,

“y sólo se tranquilizaban cuando por disipar sus justas inquietudes, se les aseguraba que en ella no eran comprendidos sino los autores y cómplices del asesinato de Aquino y sus compañeros”.

Hubo asimismo algunos desertores que pagaron con su vida esta falta al deber en campaña, cumpliéndose el duro castigo previsto en las guerras. Finalmente, con relación a los integrantes del Regimiento del coronel Aquino, el general Urquiza dictó el 10 de marzo un bando expresando:

Hoy que los principios de orden, de libertad y de fraternidad se difunden victoriosamente por toda la Confederación, y deseando disminuir el número de aquellos desgraciados que arrastrados por sugerencias infames, faltaron a los deberes del honor y gratitud, declaro que en adelante no serán comprendidos en aquella resolución sino los cabezas y principales cómplices de la nefanda sublevación.

Los componentes del Ejército Libertador fueron ascendidos un grado. El Estado Oriental del Uruguay además confirió una medalla a su División, y el Imperio de Brasil condecoró con la Orden de la Rosa a los tenientes coroneles Mitre, Paunero y Sarmiento por haber asistido al paso del Tonelero con su escuadra en el río Paraná.

Tranquilizada la situación en la que fuera la Provincia enemiga, tocaba atender al Interior, que habíase manifestado tan hostil hacia el que motejara de “salvaje unitario vendido a Brasil”.

No es preciso un gran poder de imaginación para presumir el estado de ánimo de mandatarios y legisladores que a lo largo del año anterior no habían cesado de censurar en todos los tonos al ahora prócer del Plata. Era lógico esperar que fuesen barridos de la escena pública, para suplantarlos por adictos al nuevo caudillo del Litoral.

De procederse así, se reiniciaría la lucha civil, pues era natural suponer que las autoridades en varias Provincias se resistirían al cambio por obra de fuerza extraña.

Esto deseaba evitar el general Urquiza. Para que la batalla de Caseros fuese la última confrontación sangrienta entre argentinos —a lo que aspiraba—, buscó en vez de la remoción de los Gobiernos, atraerlos a su empresa constituyente. La quietud institucional del Interior sería la garantía del orden, y si sus mandatarios se sumaban a los ideales proclamados por Urquiza, todos los argentinos concurrirían a la magna obra.

Faltaba conocerse su disposición para aceptar la nueva situación.

Como muestra del espíritu de concordia que lo animaba, el general Urquiza encargó la trascendental cuanto difícil misión a un único enviado: el joven doctor Bernardo de Irigoyen, quien había residido en Mendoza cuatro años, por lo que era conocido en Cuyo. La credencial que le expidió Urquiza aludió a los fines encomendados, en decreto del 28 de febrero:

Adoptar todas las medidas y resoluciones que sean necesarias para la conservación del orden interior de dichas Provincias, que garanticen la estabilidad de sus legítimos Gobiernos, y puedan acelerar el venturoso día en que la Nación Argentina se organice libremente bajo el sistema representativo federal por que los pueblos han combatido.

Al efecto de esta obra, basta decir que la comisión de Irigoyen fue llevada a cabo con completo éxito en el centro y Cuyo, disipando los recelos de los mandatarios del Interior, confiando las Provincias de Tucumán y Salta al doctor Pedro Uriburu por razones de urgencia, con similar suceso.

Tan sólo corresponde aludir a una empeñosa y desgraciada expedición militar que tuvo por objetivo apoyar a la campaña encabezada por Urquiza, pero sin conocimiento de éste; y que por su falta de coordinación con las acciones del Ejército Grande, hubo de conmocionar el estado de las Provincias del Norte, contrariando los propósitos pacíficos de la política enunciada por aquel luego de su victoria.

Fue la invasión que encabezó el valeroso coronel J. Crisóstomo Álvarez, desprendido desde Chile por instigación de un grupo de exiliados, con el objeto de deponer al Gobernador de Tucumán, invocando órdenes del general Urquiza. Esto último no era cierto, y sólo llevaba el objeto de amedrentar a los todavía sostenedores de Rosas. Álvarez cruzó la Cordillera en enero de 1852 al frente de 200 hombres que denominó "División Libertadora", y batió con fortuna a las fuerzas que se le opusieron —era ya el mes de febrero, pero nada se sabía de los hechos acaecidos en Buenos Aires—, incorporando a parte de los vencidos a sus tropas y liberando a otros; pero se movilizaron en su

contra los Gobiernos de Catamarca, Salta y Tucumán. El 15 de aquel mes atacó el coronel Álvarez en el paso del Rubio sobre el Manantíal a la vanguardia del mandatario tucumano Celedonio Gutiérrez, mandada por el coronel Manuel A. Espinosa, pero tras encarnizado combate fueron derrotados los invasores. En su circular del 17 de febrero a los demás Gobernadores, el general Gutiérrez —con los consabidos *mueras* a los salvajes unitarios y al loco traidor Urquiza— los impuso de ese resultado y de su resolución:

Persuadido de que mis deberes lo obligaban a un ejemplar castigo sobre los principales delincuentes en reparación de los males que han causado y de la sangre que han hecho derramar, ha mandado pasar por las armas en este mismo día y en este campamento, al cabecilla Crisóstomo Álvarez y sus cómplices principales.

¡Habían transcurrido dos semanas de Caseros! El infortunado joven (contaba 33 años) se despidió de su esposa Francisca Aráoz manifestándole con letra firme: "*Debes consolarte porque mi delito no es otro que el haber peleado por la libertad de mi Patria*".

Razones de alta política impulsaron al general Urquiza a tranquilizar al Gobernador Gutiérrez, cuando el 19 de marzo desde Palermo le expuso que "*tentativas de esa naturaleza podrían perturbar el orden público y comprometer la estabilidad de algunos de los Gobiernos*", siendo que sus armas se dirigían sólo a combatir al tirano Rosas. Con igual sentido procuró Urquiza sostener a otros mandatarios amenazados de ser depuestos de sus cargos, para evitar que se alterase la unión y fraternidad que él había proclamado.

Difundidos el resultado de la batalla decisiva y los propósitos del general Urquiza en aras de la organización constitucional del país, las Provincias del Interior no perdieron tiempo en acomodar sus conductas al nuevo estado de las cosas. Sin duda las movía su urgencia en hacer olvidar los actos que consagraran el encumbramiento del "Jefe Supremo" tan poco tiempo antes, para congraciarse con su vencedor; pero no puede dejar de considerarse tampoco la sinceridad y alivio con que los Poderes provinciales trocaron la rígida obediencia al mandatario porteño por el sistema de libertades públicas, aunque esta nueva situación conllevara los azares del disenso.

Desde otro punto de vista, las manifestaciones que siguen sirven para medir el grado de autenticidad que encerraba el sometimiento de la Confederación a los dictados del autócrata que sostuvieron, luego de derrotar a quienes se les habían opuesto. El lenguaje utilizado muestra el mismo estilo complaciente hacia el nuevo hombre fuerte de Argentina, que el usado respecto a su enemigo, y que sin rubor le fue dirigido por los mismos funcionarios de otrora.

El general Manuel López, *Quebracho*, designado Gobernador de Córdoba por Rosas en 1835, no perdió tiempo, y antes de que terminara el mes en el cual Caseros cambió el destino de las Provincias del Plata, el 22 de febrero dirigió este mensaje a la Legislatura cordobesa:

Ha llegado el momento de recabar el libre ejercicio de nuestros imprescriptibles derechos, ajados y conculcados más de veinte años por el infame déspota Juan Manuel de Rosas. Derrocada en su persona el simu-

lacro de la tiranía, desapareció para siempre jamás el ominoso y colossal poder con que ha sojuzgado tanto tiempo nuestra amada Patria; con que el 28 de noviembre último os arrancó violentamente un pronunciamiento, un anatema de oprobio y proscripción contra el hombre que debemos bendecir, contra el Libertador de la República Argentina; y para decirlo de una vez, contra el ilustre y benemérito general don Justo José de Urquiza.

López pedía reconsiderar “ese bastardo pronunciamiento” a favor del “dictador y abominable Rosas”, documentos que patentizaban “la dominación absoluta que por abuso de su execrable poder ejercía sobre la débil Provincia de Córdoba”.

No le iba en zaga el Gobernador de Tucumán, el ya citado general Celestio Gutiérrez, victimario de Álvarez, quien el 28 del mismo mes de febrero envió su parecer a la Sala de Representantes:

El déspota afortunado que durante veinte años ejerció la más espantosa tiranía sobre los pueblos y Gobiernos de la Confederación, acaba de ser desarmado en la ciudad de Buenos Aires, asiento de su poder irresponsable. El autócrata Juan Manuel Rosas, que en su atroz despotismo había usurpado los derechos de las Provincias, violado el Pacto fundamental de la Confederación, conculcado las glorias argentinas, y nutrido su dictadura con la sangre generosa de millares de sus compatriotas, ha sido vencido en el campo de batalla de Caseros el 3 de febrero, dejando confundidas las ruinas de su tiranía entre los cadáveres de los esclavos que lo escoltaban.

Emancipados pueblos y Gobiernos del tirano del Plata, recobran hoy sus libertades públicas para saludar la aurora de días más felices para la Patria. El glorioso vencedor de don Juan Manuel de Rosas, ilustre general Urquiza, digno representante de la causa nacional en su lucha entre la civilización y la barbarie, ha pronunciado sobre el campo de batalla palabras que iluminan esperanzas risueñas en el porvenir de cada uno de los pueblos de la gran familia argentina: olvido, fusión de todos los Partidos políticos, paz, confraternidad, Congreso, organización nacional: he aquí el programa del gran Ejército de la alianza americana, escrito por la victoria sobre la piedra funeraria del despotismo.

El general Gutiérrez pedía armonizar a Tucumán con la causa de Urquiza, para que imperase la ley, la justicia y la libertad “en la tierra que fue por largo tiempo gobernada por la voluntad bárbara e irresponsable de un solo hombre”.

El mandatario catamarqueño, don Manuel Navarro, no era menos enfático al anunciar a la Cámara Legislativa la “revolución libertadora”, el 9 de marzo:

Este inmenso bien, honorables Representantes, lo deben nuestros comitentes al benemérito patriota y valiente Gobernador y Capitán General de la Provincia de Entre Ríos, General en Jefe del Ejército Aliado de vanguardia Libertador, brigadier general don Justo José de Urquiza. Este ilustre argentino, después del más espléndido triunfo obtenido en los campos de Morón sobre el último de los tiranos, ha expresado en su proclama a los habitantes de Buenos Aires los mismos nobles, patrióticos y extraor-

dinarios sentimientos que vertió en Entre Ríos cuando el éxito de su heroica y bella empresa era dudosa.

El Gobernador de Santiago del Estero, don Manuel Taboada, expresó a Urquiza el 15 de marzo que “el grande como esplendoroso acontecimiento del 3 de febrero” le permitía la “alta satisfacción” de felicitarlo por su triunfo sobre el tirano Rosas:

Esta espléndida victoria de tan gloriosas consecuencias levantan hoy del suelo argentino, desde el lamentable estado de opresión en que se miran, a la grandísima situación en que reivindicando sus derechos, marchan rápidamente al feliz término de su porvenir venturoso. Destrozado y confundido el Tirano, con un solo golpe del poder de la justicia ha marcado V.E. a la República una era positiva de regeneración. Esta obra comenzada por el héroe que la determinaba, ha concluido en Monte Caseros pulverizando al funesto obstáculo que lo impedía, y afianzando con tan señalada victoria la libertad de los pueblos confederados, que tan ardentamente ansiaban por su organización nacional.

¡A qué proseguir con la transcripción de documentos semejantes! Baste indicar que en forma particular, en todas las Provincias hubo idénticas manifestaciones de contento, expresadas en la intimidad de los hogares o en comunicaciones a las autoridades. Por descontado, las Legislaturas revocaron sus anteriores resoluciones del año 1851, y paralelamente cubrieron de dictorios a Rosas y ensalzaron a Urquiza como su libertador.

Tras el triunfo militar que uniformó la voluntad nacional, esta vez en forma sincera, por las garantías en la libertad de expresión —que alcanzó a los personajes más adictos al caído Dictador, y hasta a sus familiares, sin excluir a quienes lo defendieron con las armas en Caseros—, era llegado el tiempo de emprender la obra de la anunciada cuan postergada organización nacional.

Una cuestión previa debe precisarse, por su fundamental importancia para comprender los sucesos sobrevinientes, que volvieron a mezclar la política con la guerra.

Lo que se expondrá ha de marcar a la evolución argentina durante casi toda la segunda mitad del siglo XIX.

El *pronunciamiento* de Urquiza realizado en Concepción del Uruguay el 1º de mayo de 1851, no fue un alzamiento militar sin más finalidad que desplazar del Gobierno a quienes lo ocupaban, al estilo de las tantas sublevaciones que estallaron en España en la misma época (Reinado de Isabel II), causadas por diferentes “espadaños”, y que vulgarizaron la expresión. Lo iniciado en la modesta villa ribereña fue una *revolución*, en el auténtico sentido institucional del término, en cuanto se buscaba un cambio profundo de la estructura política vigente. Una novedosa orientación pública, tal cual sucediera el 25 de mayo de 1810: en ambos casos la transformación del país resultó evidente, aunque se la juzgue desde ideologías diferentes. Hubo un *antes* y un *después* en el Río de la Plata, a raíz del desenvolvimiento de las acciones a partir de esas jornadas.

Se derivó de ello una modificación en las actitudes personales. Ahora las conductas políticas se acomodaron conforme a las nuevas líneas de acción

trazadas, y tanto los antiguos emigrados liberales como quienes sostuvieron el sistema de la Dictadura rosista, dejaron las forzosas banderías que la guerra impuso —no pueden existir indefiniciones en tales enfrentamientos—, y los militantes en ambos bandos se integrarían en renovadas agrupaciones.

Por eso se destacó en el capítulo anterior que la batalla de Caseros significó un corte en la Historia Argentina.

En primer lugar, debe aclararse que desde entonces, el Partido Federal con Urquiza a su frente fue el impulsor de la organización constitucional: volvía a su origen del 4 de enero de 1831, para reunir el Congreso que dictaría la ley fundamental de acuerdo a los postulados del Pacto Nacional entonces acordado. En esta tendencia se enrolaron la gran mayoría de los hombres de las Provincias del Interior, por supuesto, pero también muchos porteños que sinceramente buscaban un ordenamiento federal para la Nación. Tal postura existía en Buenos Aires desde antiguo, y se había revelado vigorosa en el Congreso de 1826, pasando por la emblemática figura del mandatario Dorrego, para luego resurgir cuando desempeñó su fugaz Gobernación el general Juan Ramón Balcarce en 1833, con los abogados *lomos negros* y los militares *cismáticos*.

Enfrentados a esta política resurgieron esta vez los cabalmente *unitarios*.

No se proclamaron abiertamente, los últimos, como tales, pues contrariaban el voto nacional aglutinado en el Pacto de la Confederación; pero encarnaban una vez más el instintivo sentimiento porteño de supremacía. Lo había ejercido Rosas, y ahora, sin percibirlo, heredaban su espíritu muchos de quienes lo habían combatido con la pluma o la espada. Era la añeja tradición de Buenos Aires a partir de la Revolución de Mayo, y hay que señalar que muchos hombres del Interior estaban enrolados en esta corriente, por desconfianza en las posibilidades de sus propias regiones para contar con recursos que les permitiesen una plena vida autónoma. Además, cada Gobierno *federal* en las Provincias, contaba con los inevitables opositores, que para combatirlo, buscaban el apoyo de los hombres de Buenos Aires adversarios a esa política.

Aunque esta divergencia, generadora de luchas armadas, se hizo evidente algún tiempo después —y faltaba poco para ello—, conviene anunciarla para un cabal entendimiento de lo que sigue.

Por el momento, en los primeros meses de 1852, todo era concordia.

3

El vecindario de Buenos Aires deseaba homenajear al Ejército Libertador, “e hicieron muchos empeños con este objeto”, refiere el coronel César Díaz,

“pero el Gobierno Provisorio, que quería contribuir por su parte a dar al acto del recibimiento del Ejército toda la magnificencia y grandiosidad dignas de la gratitud de un gran pueblo, se había insinuado con el General para que lo retardase algunos días”.

Se había pensado que fuese el 8 de febrero, pero a causa del motivo indicado se postergó para el día 19. Las autoridades porteñas prepararon el agasajo adecuado en la hoy Plaza de Mayo, escenario principal del acto (enton-

ces separadas por la Recova de “25 de Mayo”, frente al Fuerte, de la de “Victoria”, frente al Cabildo). Para ello se preparó un arco triunfal con trofeos y leyendas alusivas, y frente a la catedral se levantó una gradería para que las señoras contemplaran el gran desfile de los efectivos.

Las tropas, acantonadas en Palermo, demoraron su marcha triunfal por haber comenzado a llover temprano, y recién a mediodía se hallaban en la zona de Retiro, en donde el general Tomás Guido, comisionado por el Gobernador López para recibirlas, las aguardaba. Presentado el general Urquiza, se puso en movimiento acompañado por su segundo, el general Benjamín Virasoro, el Estado Mayor y el cuerpo de edecanes y escolta. El Ejército se dirigió por la calle Perú (hoy Florida), y al llegar a la esquina de Federación (hoy Rivadavia) penetraría en la plaza.

El orden de marcha fue el siguiente: la División de infantería argentina a la cabeza (coronel José Miguel Galán), luego la oriental (general César Díaz), y detrás la brasilera (brigadier Manuel Marques de Souza). Seguía la artillería, y por último las Divisiones de caballería, cerrando el desfile las de Entre Ríos (coronel Manuel Antonio Urdinarrain) y de Santa Fe (general Juan Pablo López). El general Urquiza vestía sobre su uniforme la banda de Gobernador de Entre Ríos —no el poncho, utilizado únicamente en la batalla para destacarse—, y galera con cintillo rojo ostentando la leyenda *Constitución Federal o Muerte* que lucía el Ejército Grande. Igualmente trajeado estaba el general Virasoro, excepto que había colocado su cintillo punzó en el uniforme.

Varios relatos coincidentes existen sobre esta ceremonia. Prefiero utilizar una vez más el de César Díaz (ascendido a General una semana atrás por el Gobierno Oriental), por lo detallado, y por tratarse de la impresión de uno de sus destacados actores, sin perjuicio de añadir algún detalle de fuente distinta. Refiere el distinguido militar rioplatense:

“Por más que mi ánimo estuviese prevenido con la idea de lo que el entusiasmo de aquel pueblo era capaz de hacer en honor de su libertad y en obsequio de sus libertadores, confieso que quedé sobremano sorprendido al contemplar el grandioso aspecto que la calle del triunfo presentaba. Las veredas, las ventanas, los balcones, las azoteas, todo, todo estaba cubierto de gente y adornado de banderas de todas las Naciones del mundo, notándose entre ellas con especialidad y profusión las que ostentaban los colores de la alianza. Los *vivas* a la libertad, al Ejército Libertador, al General en Jefe, a la alianza, y a cada uno de los jefes y cuerpos que la componían, atronaban sin cesar el aire y absorbían el ruido estrepitoso de los instrumentos marciales. Lluvias de flores inundaban la calle sirviendo de pavimento a nuestros pies, y sus gratos efluvios impregnaban de exquisito aroma el ambiente que aspirábamos. La escena era continua. De cuadra en cuadra renovábanse los transportes del pueblo y con ellos nuestros goces. Cuando creíamos haber salido del punto en que el entusiasmo era al parecer mayor, entrábamos en otro en el que la expansión del contento y la alegría parecían superar a cuanto hasta entonces habíamos presenciado. Habíamos recorrido ya un espacio de doce cuadras al menos sobre una alfombra de olorosas flores, entre las aclamaciones ni un segundo interrumpidas, de millares de personas de todos sexos y edades, pero esto era nada para lo que todavía nos esperaba”.

Un detalle no menor es resaltado por el testigo Miguel Esteves Sagui:

“Nunca se había presenciado un desfile tan numeroso: balcones, azoteas, puertas y tejados, todo estaba cuajado de espectadores, arrojando las damas flores y guirnaldas. Ya no se ostentaban las tiras y trapos colorados que Rosas había bautizado con el nombre de banderas federales. ¡Indigno! Ni siquiera el pabellón nacional era doble enarbolar; era azul y blanco, y estos colores, símbolo de pureza y de patriotismo, eran una pesadilla para el déspota. Ese día flameaban en las cornisas y ventanas, en los postes y en cualquier paraje a propósito, los colores simpáticos de nuestra bandera. Cuando más, y como un obsequio al Libertador, se habían agregado algunas de lo que hasta entonces se llamaba la bandera de Entre Ríos, es decir, una mezcla de la nacional con unos cuadros rojos que tomaban la mitad de la faja azul”.

Cuando las tropas llegaron bajo el arco triunfal que daba paso a la plaza de la Victoria, se toparon con “una masa casi compacta e impenetrable”. Jefes, oficiales y soldados fueron literalmente asaltados por la muchedumbre que procuraba abrazarlos, mientras desde la gradería de la Catedral las damas agitaban sus pañuelos y abanicos. El general Urquiza contemplaba el desfile a caballo, colocado entre el obelisco de Mayo y el arco principal de la Recova, rodeado de su escolta y de la comisión de recibo encabezada por el general Guido. Los cañones del Fuerte efectuaban salvas a medida que distinguían a cada uno de los pabellones de la alianza, y las artillerías argentina, oriental y brasilera contestaban los disparos. Continúa Díaz:

“Vinieron en pos de mí la División brasilera y las Divisiones de caballería La Madrid, Medina, Galarza, Ábalos, Urdinarrain y López. Cada una de ellas tuvo más o menos parte en la común ovación. Todos los jefes fueron victorizados, todos fueron saludados; pero entre todos ellos el que más señalados obsequios mereció fue el general La Madrid”.

A las tres de la tarde la cabeza de la columna estaba de vuelta en Palermo mientras todavía los últimos efectivos salían de la plaza por el bajo, concluyéndose el desfile recién a las seis.

Por la noche hubo fuegos artificiales en la plaza, a contemplar los cuales Urquiza y los jefes del Ejército concurrieron en coche, y al llegar el General se renovaron las escenas de entusiasmo, que señala César Díaz:

“Cuando bajamos del coche, el pueblo, ansioso de ver de cerca al Libertador, se había interpuesto en gran número entre la puerta de la Policía y el carruaje; y esta circunstancia puso en tal conflicto al General, que yo llegué a temer que el día de su triunfo podía ser también el de su muerte. Aunque precedido de un conductor que hacía todo el empeño imaginable para franquearle el camino, tuvo él mismo que hacer muchos esfuerzos para desembarazarse de aquella curiosa multitud, que en medio de las más vivas aclamaciones le oprimía y sofocaba”.

Por último pudo Urquiza zafarse de sus admiradores y entrar al Cabildo, desde cuyos balcones contempló la función, acompañado por funcionarios,

representantes extranjeros y muchas señoras de las principales familias. Por la noche tuvo lugar en el teatro *Argentino* la representación de una tragedia española.

Sintetiza la jornada otro concurrente, José Luis Bustamante:

“La pompa y la alegría que el pueblo porteño manifestó ese día para rendir a sus libertadores el homenaje de su gratitud, es indescriptible. Ningún General en la prolongada guerra de la Independencia mereció una ovación más popular y grandiosa que el general Urquiza y el Ejército Libertador”.

Los hechos militares habían concluido, y al mes de la batalla los auxiliares extranjeros se retiraron de Buenos Aires, comenzando por la División de Brasil, el 4 de marzo. El vecindario de la ciudad, que bajo el dominio de Rosas injurió al Imperio en todos los tonos, ahora le demostró su reconocimiento. Agrega el mismo Bustamante:

“El pueblo de Buenos Aires, haciendo justicia a la generosa comportación de los guerreros del Imperio, les tributaron las más señaladas demostraciones de gratitud y aprecio en los momentos de marchar a su país. Del mismo modo reconocieron y trataron a la valiente y bizarra División Oriental, guerreros de nueve años, tan morales y virtuosos, como serenos y bravos en el campo de batalla”.

El flamante general César Díaz partió el día 11.

La Confederación por entero había entrado a la normalidad. Era tiempo de encarar con firmeza las medidas para lograr su organización constitucional definitiva.

4

Los episodios y manifestaciones que se registrarán seguidamente, que parecen fuera de lugar en una obra referida a las campañas militares, son sin embargo de ineludible inclusión, pues encierran el germen de nuevas guerras. Así se comprobará con los sucesos bélicos que se tratarán, y que no podrían ser comprendidos sin estos antecedentes.

Puesto que la campaña militar debía dar paso a su último objetivo: el político. Como tantos otros argentinos, el doctor Juan Bautista Alberdi —eco póstumo de Esteban Echeverría— expresó su anhelo en carta a Urquiza remitida desde Chile:

Los argentinos de todas partes, aún los más humildes y desconocidos, somos deudores a V.E. del homenaje de nuestra perpetua gratitud por la heroicidad sin ejemplo con que ha realizado V.E. lo que en muchos años han intentado en vano los primeros poderes de Europa, y un Partido poderoso de la República Argentina.

El que tal prodigio ha conseguido ¿por qué no sería capaz de darnos otros resultados, igualmente portentosos, que en vano persigue hace cua-

renta años nuestro país? Abrigo la persuasión de que la inmensa gloria —esa gloria que a nadie pertenece hasta aquí— de dar una Constitución duradera a la República, está reservada a la estrella feliz que guía los pasos de V.E.

Las bases estaban establecidas. Faltaba llevar a la práctica las promesas.

Recompuesto el Poder Ejecutivo en Buenos Aires, las primeras medidas provinieron del Interior, afirmando la unión argentina de manera institucional, al unificar su representación ante el exterior. Pero en esta oportunidad, con una variante: por primera vez tal función nacional no fue atribuida a un mandatario porteño, como venía sucediéndose desde la década de 1820, sino al Gobernador de Entre Ríos. Se trataba, naturalmente, de confirmar la confianza en la figura que culminaría su empresa con la Constitución del país. La Provincia de Salta le delegó esas facultades el 16 de marzo, Santiago del Estero el 20, Tucumán el 25, Catamarca el 26, La Rioja el 5 de abril. Todas estas leyes estaban precedidas por encomiásticas declaraciones hacia el ilustre, benemérito libertador Urquiza, correspondiéndose con los apóstrofes al tirano, opresor caprichoso, dictador odioso Rosas. *¡Sic transit gloria!*

Se confirmaron esas delegaciones del Interior con las conferidas por las Provincias del Litoral el 4 de abril en Palermo. En esta residencia se reunieron los mandatarios de Entre Ríos (Urquiza), Corrientes (Virasoro), Buenos Aires (López), y Santa Fe (el Ministro don Manuel Leiva), y suscribieron un *Protocolo* —con este nombre se lo conoce en la Historia Argentina— que, precedido de extensos fundamentos jurídicos surgidos de los hechos del pasado, en síntesis resolvió: 1) autorizar al Gobernador entrerriano a dirigir las relaciones exteriores de la República hasta que el Congreso Nacional indicara el Poder que lo ejercería; 2) reunir en la ciudad de Santa Fe la Comisión Representativa de los Gobiernos para que convocara a la asamblea constituyente (art. 16 del Pacto Federal).

Las libertades resurgieron. En marzo apareció un nuevo periódico, *Los Debates*, redactado por el ahora coronel Bartolomé Mitre e impreso por Hortelano. En su mismo taller se editaba *El Progreso* que dirigían los doctores Diego de Alvear y Delfín B. Huergo, acérrimos partidarios de Urquiza, quienes lo designaron miembro de honor al fundar a poco el célebre "Club del Progreso", de tanta trascendencia en la vida social porteña. Al dar a publicidad *Los Debates* el coronel Mitre lo precedió por una "profesión de fe", uno de cuyos párrafos conviene destacar:

¡Honor al general Urquiza que ha asociado su gloria militar a la gloria civil más pura y honrosa que tiene la Patria de los argentinos! Gracias a él la libertad de prensa se levanta hoy erguida por la fuerza invencible de su vitalidad, como el acero templado que, doblado por la fuerza, vuelve a adquirir su forma primitiva apenas cesa la presión. El Libertador Urquiza hace cesar la presión y el templado acero de la libertad de prensa vuelve a tomar su forma.

Estos episodios y manifestaciones que pueden creerse ajenos a la guerra, deben incluirse para medir la conducta posterior de sus actores.

Por ello resulta sugerente este otro artículo del coronel Mitre en *Los Debates* referido a la designación del general Urquiza como Encargado de las Relaciones Exteriores nacionales, según pensamiento vertido en la edición del 10 de abril:

El general Urquiza es el único que en las circunstancias presentes puede llenar el difícil puesto de Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación, porque siendo el hombre que tiene en sus manos el Poder Nacional, el que posee la confianza universal de todos los pueblos, es también el único que puede representar dignamente a la República en el exterior.

Adelantó la misma opinión nada menos que el general Paz, incluso antes de librarse la batalla de Caseros. En efecto: apenas conocida la revolución encabezada por Urquiza, aludió en carta a su amigo Domingo de Oro (22 de junio de 1851) al manejo de las relaciones exteriores que Entre Ríos había retirado a Rosas, sosteniendo que las demás Provincias debían imitarla, y fue categórico:

¿Quién mejor que el general Urquiza, que se ha puesto al frente de la grande obra, puede desempeñar ese encargo? ¿Quién mejor que él, que preside la Provincia que después de Buenos Aires está más en contacto con el extranjero? Soy, pues, de opinión que al mismo tiempo que las Provincias interiores retirasen a Rosas el encargo de las relaciones exteriores, se lo confiriesen al general Urquiza, con algunas modificaciones si se quiere, o con condición, por ejemplo, de reunir dentro de tanto tiempo el Congreso".

Era una postura desinteresada, por estar circunscripta al conocimiento privado, pero el general Paz la mantuvo al año siguiente. En enero de 1852 cambió opiniones en Río de Janeiro con Andrés Lamas, el agente diplomático oriental ante la Corte Imperial. Ya había caído Oribe y la campaña militar contra Rosas mostraba pronósticos favorables, de modo que cabía planear la nueva situación en el Plata, siendo Lamas del criterio que los militares debían ser excluidos de las candidaturas presidenciales. Paz lo contradijo: "no era preciso que dejaran el país enteramente entregados a los demagogos". Y concretamente:

Que por lo tanto no creía que el general Urquiza debía retirarse inmediatamente a su Provincia luego que cayese Rosas. Que siempre creería que el orden y la quietud del país necesitan del prestigio que rodea a un hombre que se halla en esa escala, contentándonos con que no abuse de su posición.

Las opiniones de Mitre y de Paz revisten valor ante sus actitudes en el futuro con respecto a Urquiza.

Hubo, con todo, en esos días de confraternidad plena y sincera, un episodio que por su simbolismo no dejó de deparar malestar. La organización constitucional era un valor generalizado, y el cumplimiento del Pacto de 1831 es-

tablecía sus bases de manera inconvencible. En este sentido, la "profesión de fe" periodística del coronel Bartolomé Mitre contenía la siguiente declaración:

La organización federativa es no sólo la única posible sino que es también la más racional. La República Argentina salvada por el federalismo, debe constituirse federativamente.

Claro está que el concepto había sufrido una profunda modificación con la batalla de Caseros: no revestía el mismo sentido la palabra "Federación" en boca de Rosas, opuesto firmemente a la reunión del Congreso que debía establecerla, que pronunciada por Urquiza, quien difundía la necesidad de convocar a los Diputados que debían instrumentarla.

El incidente que se relatará, vinculado con lo precedente, tuvo su origen en el decreto expedido por el Gobierno provisorio de Buenos Aires (doctor Vicente López), el 15 de febrero, declarando enteramente libre el uso o no del "cintillo" punzó. La divisa de la Tiranía había sido abandonada espontáneamente luego de la desaparición de la autoridad que la había establecido obligatoriamente, pero algunos ciudadanos seguían ostentándola en señal de adhesión al general Urquiza. Por supuesto, era prenda del uniforme militar. Pues bien: muy pocos días después de dictado aquel decreto, uno de los antiguos jefes rosistas, el teniente coronel Juan Pablo Alegre, fue atacado en la calle por algunos jóvenes vueltos del exilio, tildándolo de "mazorquero degollador" porque la tenía puesta. Impuesto el general Urquiza, tuvo un arranque de cólera, intimando al teniente coronel Alegre que de un tiro pusiera "patas arriba" al que volviese a atentar contra él, porque —dijo—

ya se acabaron los mazorqueros y los salvajes unitarios, y estoy muy dispuesto a procurar se castigue ejemplarmente a todos los que no quieran olvidar las desgracias pasadas.

Lo narrado se tradujo en una proclama fechada una semana después (el día 21), reafirmando Urquiza sus propósitos y censurando severamente a quienes obstaculizaban sus principios fusionistas, a los que tachaba de "díscolos":

Hoy mismo asoman la cabeza, y después de tantos desengaños, de tantas lágrimas, de tanta sangre de hermanos vertida en los campos de batalla y bajo la cuchilla del Tirano, se empeñan por hacerse acreedores del renombre odioso de "salvajes unitarios", y con inaudita impavidez reclaman la herencia de una revolución que no les pertenece, de una victoria en que no han tenido parte, de una Patria cuyo sosiego perturbaron, cuya independencia comprometieron, y cuya libertad sacrificaron con su ambición, inflexibilidad y anárquica conducta.

Urquiza exhibía su conducta moderada después del triunfo, sin atender a venganzas particulares y reiterando su ánimo de propender a la organización nacional. Atendiendo al hecho concreto acaecido, explicó:

Los espíritus turbulentos, para quienes nada hay bueno sino ellos, pretenden sembrar la discordia entre nosotros. El uso del cintillo punzó que

reprueban con imprudencia, es un pretexto de que se valen en él su saña, porque el General en Jefe del Ejército Aliado Libertador no ha permitido humedecer las calles de Buenos Aires con la sangre de los infelices que corrompidos por el Tirano, cometieron en épocas pasadas algunos crímenes y mancharon su nombre. Los que han acusado de frente a la Dictadura por su inhumano proceder con los prisioneros de guerra y con los enemigos de su Partido, piden hoy la muerte de los hombres que ellos no han sabido vencer en los campos de batalla.

No han logrado su objeto, y de ahí esa hostilidad encubierta al cintillo punzó, que no debe su origen al dictador Rosas sino a la espontánea adopción de los pueblos de la República; y que simbolizando la grande alianza y confraternidad americana, está santificado en mil combates gloriosos para los que lo llevan, y que no ha mucho los bravos del Ejército coaligado ostentaban en Caseros con noble orgullo entre el polvo y el estruendo de los cañones.

Reiteró por último el general Urquiza:

¡Compatriotas! Veneración profunda a las leyes tutelares de la vida y la propiedad del ciudadano como del hombre, sea cual fuera su origen; perdón y generoso olvido de las injurias personales; amor ardiente a las instituciones que garantizan el orden y la libertad. He ahí el único remedio para cerrar las heridas de la Patria.

Él mismo podía dar el ejemplo, al haber dejado de lado las diatribas que se le endosaron, entre las cuales pueden citarse —entre innumerables casos— el folletín "La vida de un traidor" escrito por Pedro de Ángelis (atribuido erróneamente a Federico de la Barra) y los versos lesivos a su conducta frente a Rosas que le dedicara Benjamín Victorica.

Si quedó algún malestar por la dureza de la admonición, la vida política mostró que se seguía con sanas intenciones. Tan sólo se mostró intransigente con la divisa federal el teniente coronel Domingo F. Sarmiento, quien no había logrado ocupar el puesto público destacado al que se consideraba merecedor por su prédica en la prensa contra Rosas; y el 23 de febrero se fue de Buenos Aires, rompiendo ruidosamente con Urquiza al publicar antes de finalizar el año un malévolos libro editado en Chile, *Campaña en el Ejército Grande*, plagado de falsedades para deprimir la personalidad de Urquiza, que mereció una contundente refutación por parte del doctor Juan Bautista Alberdi.

Tocó a poco el turno a la libertad electoral: el 11 de abril tuvieron lugar elecciones para reintegrar la Sala de Representantes, presentándose dos listas, y triunfó la que contenía menos partidarios decididos del general Urquiza —hubo candidatos comunes—, aunque no pueda calificarse a la vencedora de "opositora" a éste. La ciudadanía eligió libremente, si se atiende al resultado del acto. El coronel Mitre lo ponderó desde su periódico:

El General Libertador, a la sombra de cuyo verde laurel se ha hecho la elección de ayer, que hace tanto honor al pueblo redimido como al ilustre ciudadano redentor de su Patria, fue aclamado con entusiasmo al saberse el resultado del escrutinio. Gracias a él, decían todos, llenos de go-

zo y gratitud, tenemos al fin Patria y libertad, y hemos podido votar libremente.

Se sumó complacido el mencionado Victorica desde *El Padre Castañeta* el 14 de abril:

¡Gracias, general Urquiza! A vuestra espada vencedora debe Buenos Aires la libertad con que ha usado de su soberanía. Sin ella habría reproducido otra vez esa farsa vergonzosa a que sabía obligarlo el Tirano.

Apunta el cronista Juan Manuel Beruti en sus *Memorias curiosas*:

Las banderas de los Regimientos de línea, que eran de blanco y punzó los paños, con letreros de mueran los salvajes unitarios, etcétera, se han puesto la nacional de blanco y celeste. Las puertas de las casas y ventanas por Rosas mandadas pintar de colorado, se ven actualmente pintadas de verde, que también este color prohibió Rosas, y celeste.

Las leyendas escritas, los pregones de los serenos, el papel sellado oficial, los moños rojos de las señoras y los chalecos y divisas punzó de los hombres, todas las antiguas disposiciones obligatorias, desaparecieron.

La nueva Cámara Legislativa no perdió tiempo en sumarse a las honras al iniciador de una nueva era: a poco de constituida (24 de abril), el 10 de mayo se presentó un proyecto que fue aprobado seis días después, el cual decretaba:

Art. 1º) La Provincia de Buenos Aires confiere un voto de gracia al Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia de Entre Ríos, General en Jefe del Ejército Libertador, brigadier general don Justo José de Urquiza, por haberla libertado del tirano que la oprimía, y haber iniciado la organización nacional de la Confederación Argentina.

Art. 2º) La Provincia de Buenos Aires se adhiere al voto proclamado por el Excmo. Señor general Urquiza, de constituir inmediatamente a la Nación por medio de un Congreso General, y contribuirá con todos sus medios a que se alcance este fin.

Es de la máxima importancia tener en cuenta la antecedente resolución.

Correspondía ahora regularizar el funcionamiento del Poder Ejecutivo. La Sala de Representantes se abocó a la elección del Gobernador propietario (como se lo nombraba entonces), en lugar del interinato confiado al doctor Vicente López. Una circunstancia no podía dejar de tenerse en cuenta; el general Urquiza había anunciado públicamente su preferencia por éste mismo. Y pese a que su Ministro el doctor Valentín Alsina —llegado de Montevideo tras diez y siete años de ausencia— aspiraba al cargo, el 13 de mayo López fue confirmado por una gran mayoría. Alsina renunció a su función, y fue reemplazado por el doctor Juan María Gutiérrez, también exilado hasta entonces. En la cartera de Guerra el coronel Casto Cáceres sucedió al coronel Escalada. No obstante el cambio producido, el entendimiento entre las principales figuras del momento se mantenía. Prueba elocuente de lo dicho se tuvo con motivo

de un ágasajo que Urquiza dispuso en el mismo campo de Caseros a un grupo selecto de amigos y funcionarios (14 de abril). Allí explicó los incidentes de la batalla y luego almorzaron, con infaltables brindis. El del todavía Ministro Alsina merece destacarse por el sentido inequívoco que encerraba:

—Por que la gratitud de la Provincia de Buenos Aires sea la recompensa de los servicios prestados por el general Urquiza a la causa de la libertad; y por que la demás Provincias, asociándose a este sentimiento de gratitud, lo eleven también al puesto que le asignan sus méritos y sus virtudes.

Y más aún: el aniversario de la Revolución de Mayo se celebró el 25 de este mes en el recientemente inaugurado "Club del Progreso", y durante el mismo el doctor Valentín Alsina —ya alejado de su cartera ministerial— pronunció este otro brindis:

—Señores: me es imposible saludar este gran día sin tributar ante todo el reconocimiento debido al hombre benemérito que con sus victorias inmortales le ha restituido su culto y su gloria. Brindo por el bizarro general Urquiza, que en dos campañas de sólo ocho meses ha levantado, todo triunfante, el grandioso programa de Mayo, sobre las ruinas de dos dictaduras modernas.

5

El objeto de tales demostraciones no se hallaba en la ciudad del Plata: el 21 había partido para la de San Nicolás de los Arroyos, ribereña del Paraná, la segunda en importancia de la Provincia. Lo acompañan los Gobernadores de Buenos Aires y de Corrientes, López y Virasoro. El objeto que los llevaba era acelerar la reunión del Congreso Constituyente, y para ello aparentemente se modificó lo indicado en el Protocolo de Palermo, en cuanto disponía la reunión de la *Comisión Representativa de los Gobiernos* a tal efecto. Lo cierto es que el cumplimiento de esa resolución del Pacto Federal estaba sujeto a una condición, ahora inexistente. En efecto: se expresó en aquel documento liminar que la Comisión funcionaría "*interin dure el presente estado de cosas*", que atendía a la existencia en aquella época de la Liga del Interior que giraba en torno a la voluntad del general Paz en Córdoba. Ya no existía tal situación, y por el contrario imperaba la "*plena libertad y tranquilidad*" que establecía el Pacto para reunir el Congreso General.

Por tanto, el general Urquiza había enviado una circular a los Gobernadores para que concurriesen ellos mismos, en lugar de sus comisionados, y resolvieran personalmente, sin mayores dilaciones, "todos los acuerdos que tiendan a acelerar la organización de nuestra Patria". Para ello fijó una fecha simbólica:

Yo he elegido el 25 de mayo porque éste es el día más memorable de la América meridional, pues en él se inauguró la independencia de las

Provincias Unidas del Río de la Plata, y en él debe colocarse la primera piedra fundamental de nuestra Constitución Argentina.

Al efecto, el doctor Vicente López había hecho presente a la Sala de Representantes que debiendo ausentarse para San Nicolás de los Arroyos, delegaba el mando en el presidente de la misma, general Manuel G. Pinto (18 de mayo), lo que fue aceptado al día siguiente, concediéndose también permiso al vicepresidente del Cuerpo, doctor Francisco Pico, para asistirlo como "asesor general".

Otras embarcaciones habían zarpado con anterioridad para Entre Ríos, conduciendo el 25 de abril "todos los negros, mulatos y algunos blancos", en número de 400, que cayeron prisioneros en Caseros, según anota en su *diario* el joven José Ma. Gutiérrez, quien añade el 29:

Salió para Goya el vapor brasileiro Rio Janeiro conduciendo a la División entrerriana y algunos correntinos de regreso, en número de 1.000 a 1.200 hombres, todos de caballería.

Algunos efectivos de estas dos Provincias todavía quedaban en Buenos Aires.

La reunión de Gobernadores en San Nicolás fue algo insólito, pues nunca se había dado tal circunstancia en el pasado, y transcurrirían muchos años antes de repetirse. Por primera vez los mandatarios de las Provincias argentinas se conocerían personalmente; pero sobre todo, limarían sus recelos frente a Urquiza, provocados por la revolución constitucional a la que se habían opuesto, siquiera en las formas. Incluso el lugar elegido para el encuentro fue original, no siendo la ciudad una de las capitales argentinas. Tres Provincias faltaban: Córdoba, Salta y Jujuy, las cuales habían depuesto a sus antiguos Gobernadores rosistas, sin tiempo para reemplazarlos debidamente (aunque se adhirieron a lo resuelto en San Nicolás el 1º de julio). Catamarca delegó su representación en el mandatario entrerriano.

Este *Acuerdo* —como se lo llamó entonces y con esta denominación pasó a la Historia— fue tan decisivo para la organización nacional como el anterior Pacto Confederal suscripto veintiún años atrás. Puede considerarse el último de los "pactos preexistentes" a la Constitución a que se refiere el preámbulo de ésta. Tras las deliberaciones de algunos Ministros y asesores de los mandatarios, los Gobernadores de Entre Ríos, Buenos Aires, Corrientes, Santa Fe, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis, echaron las bases del Congreso Constituyente y eligieron una autoridad interina que centralizara algunas cuestiones fundamentales de interés inmediato. El *Acuerdo* se celebró en una casa que aún existe, convertida en museo, y estuvo fechado el 31 de mayo.

Su objeto estuvo fijado en el preámbulo:

Acercar el día de la reunión de un Congreso General que con arreglo a los tratados existentes, y al voto unánime de todos los pueblos de la República, ha de sancionar la Constitución política que regularice las relaciones que deben existir entre todos los pueblos argentinos como pertene-

cientes a una misma familia; que establezca y defina los altos Poderes Nacionales; y afiance el orden y prosperidad interior, y la respetabilidad exterior de la Nación.

Tres partes contenía el *Acuerdo*. Por la primera se declaraba "ley fundamental" de la República al Pacto de 1831, poniéndoselo en ejecución. Conforme al art. 9 del mismo, quedaban abolidos los "derechos de tránsito" entre las Provincias. Las otras dos partes se referían al Congreso y a la autoridad nacional provisoria.

En cuanto a la segunda, atendía al tema fundamental.

El Congreso se instalaría en la ciudad de Santa Fe, en el mes de agosto, con dos Diputados por Provincia, "siendo todas iguales en derechos como miembros de la Nación". Ellos carecerían de instrucciones para no restringir su actuación, "fiando a la conciencia, al saber y al patriotismo de los Diputados el sancionar con su voto lo que creyesen más justo y conveniente". El Congreso dictaría la Constitución a mayoría de sufragios, sin necesidad de posterior ratificación. Tales disposiciones modificaban la tradición, en cuanto las anteriores asambleas se componían por representaciones provinciales conforme a su población, y sus enviados portaban instrucciones especiales; y además en 1826 se sometió lo sancionado por el Congreso a la ulterior consideración de las Provincias.

El art. 6º es de difícil inteligencia en los tiempos que corren, en que la nacionalidad está afirmada por sobre regionalismos, pero en aquellos años era una recomendación vital, como podrá comprobarse por los acontecimientos que se sucedieron:

Es necesario que los Diputados estén penetrados de sentimientos puramente nacionales, para que las preocupaciones de localidad no embaracen la grande obra que se emprende; que estén persuadidos que el bien de los pueblos no se ha de conseguir por exigencias encontradas y parciales, sino por la consolidación de un régimen nacional, regular y justo: que estimen la calidad de ciudadanos argentinos antes que la de provincianos.

Y para que esto se consiguiera, los Gobernadores recomendarían a los ciudadanos que eligiesen a los hombres "de más probidad, y de un patriotismo más puro e inteligente". ¡Hermosa combinación de inteligencia y sentimientos!

La competencia del Congreso estaba determinada por tres funciones: la constituyente, por cierto, pero además podría sancionar las "leyes orgánicas" para poner en práctica la Ley Suprema, y también proclamar el resultado de las elecciones para nombrar "el primer Presidente constitucional de la República".

La asamblea sería abierta por el Encargado de las Relaciones Exteriores —o un delegado en caso de imposibilidad—, quien "proveerá a la seguridad y libertad de sus discusiones", satisfaciendo las dietas y gastos de los Diputados.

Era de capital importancia mantener el orden interno de la República, para lo cual los mandatarios debían conservar la paz pública y la concordia en sus respectivas Provincias, "previniendo o sofocando todo elemento de desorden o discordia"; y si —"lo que Dios no permita"— la paz interior fuese alterada por hostilidades entre ellas o por sublevaciones internas,

queda autorizado el Encargado de las Relaciones Exteriores para emplear todas las medidas que su prudencia y acendrado patriotismo le sugieran para restablecer la paz, sosteniendo las autoridades legalmente constituidas.

Para esto último, como igualmente para asegurar las fronteras y defender a la República de cualquier pretensión extranjera, el general Urquiza, en su carácter de Comandante en Jefe de los Ejércitos de la Confederación, tendría el mando efectivo de las fuerzas de cada Provincia, "las cuales serán consideradas desde ahora como partes integrantes del Ejército Nacional".

En la reorganización institucional del país, desde entonces las fuerzas armadas dejaban de considerarse meramente como pertenecientes a su respectiva Provincia, para volver a convertirse en un organismo único de la Nación por entero. La Confederación daba paso a la constitución del Estado Federal.

Unas facultades complementarias sobre comunicaciones eran acordadas al Encargado de las Relaciones Exteriores: la reglamentación de los ríos interiores, la administración de correos, y la creación y mejora de los caminos públicos y de postas de bueyes para el transporte de mercaderías. Para los gastos que demandaría la administración de los negocios nacionales durante el período constituyente, "las Provincias concurrirán proporcionalmente con el producto de sus aduanas exteriores".

Una especificación final:

"Atendidas las importantes atribuciones que por este convenio recibe el Excmo. Sr. Encargado de las Relaciones Exteriores, se resuelve que su título sea de *Director Provisorio de la Confederación Argentina*".

El 12 de junio retornó a la ciudad de Buenos Aires el Gobernador López, y al día siguiente el flamante Director de la Confederación. El ambiente público con que se encontraron distaba mucho de ser lo que esperaban: la inquietud reinaba, porque se había agitado la conciencia de sus habitantes con el fantasma de la resurrección de la tiranía. El argumento era la creación del Directorio.

El trasfondo de la cuestión fue comentado en sus *Memorias*, coloridamente, por el impresor español Benito Hortelano, cuyo testimonio reviste el valor de producirlo un sujeto ajeno a los intereses locales:

"La cosa pública iba tomando en esta época un aspecto que presagiaba lo que después sucedió. Los hombres que el general Urquiza había levantado del lodo para colocarlos en el poder olvidaron muy pronto el beneficio, y sólo pensaron en deshacerse del pedestal cuando creían que ya no lo necesitaban; pero como les faltaba valor para acometer de frente, empezaron los trabajos de zapa, tocando la fibra más sensible del corazón: la localidad, la Patria, pues no es patria para los porteños o hijos de Buenos Aires lo que se desvía media legua de la plaza principal. Urquiza había nacido en Entre Ríos, y este solo delito le hacía indigno de gobernar la Nación, y menos de ser el libertador de ella, como lo fue. Hay una pretensión ridícula en los hijos de Buenos Aires, y es un estúpido orgullo por haber nacido en la población más populosa del Plata, llegando su ceguera a

creer de buena fe que los provincianos carecen de sentido y que deben ser siempre gobernados por los que han nacido en Buenos Aires, pues sólo en ellos reside la ciencia y la capacidad".

El texto del Acuerdo de San Nicolás había sido publicado por la prensa, y en la sesión de la Legislatura del 6 de junio el Diputado Dalmacio Vélez Sarsfield lo denunció como "acto informe en todas sus partes" porque había sido firmado sólo por el Gobernador, sin participación de sus Ministros, y porque si era un tratado debía ser sometido al conocimiento de la Sala para su aprobación. Requerido el mandatario delegado, general Pinto, respondió que no tenía conocimiento oficial de lo resuelto en San Nicolás, pero pese a ello la Cámara resolvió dos días después se

haga saber a los Ministros como a todos los empleados civiles o militares, que no deben cumplir ni ejecutar, bajo la más absoluta responsabilidad, ningunos decretos u órdenes originadas de facultades o poderes que se refieran al tratado celebrado entre los señores Gobernadores de las Provincias, hasta que él haya sido presentado al Cuerpo Legislativo y le haya éste prestado su sanción.

De ahí en adelante el clima político aumentó varios grados, provocando agitación y alarma en la ciudadanía. Los Ministros del Poder Ejecutivo y la Legislatura se enzarzaron en discusiones respecto a lo resuelto en San Nicolás, motivando la presentación de una solicitud firmada por varios vecinos, que encabezaba el general Gregorio Aráoz de la Madrid:

Los peticionarios ven con profunda alarma que en los momentos en que se están estableciendo las bases sobre que se ha de levantar la Nación Argentina tanto tiempo dispersa, dilacerada y herida del infortunio; en los instantes en que se está operando la organización también de las libertades de cada Provincia, para que combinadas entre sí formen realmente la Confederación Argentina, que hasta hoy no ha sido sino un nombre; en estos días solemnes que están sin duda destinados a ser inmortales, Vuestra Honorabilidad, inflamada del fuego santo de la libertad (que nosotros sinceramente aplaudimos), se anticipa a dar pasos que muy en contra su patriótica intención, pueden ocasionar deplorables conflictos.

Estamos, H. Representantes, hondamente persuadidos que al regreso a esta ciudad del Excmo. señor general Urquiza, Gobernador y Capitán General de Entre Ríos, encargado de la dirección suprema de las relaciones exteriores de la República; y del Excmo. señor Gobernador y Capitán General de esta Provincia, doctor don Vicente López, verá V.H. disiparse como el humo esas aprehensiones que tan vivamente punzan hoy y estimulan vuestro patriótico pundonor.

Basta invocar los nombres de Urquiza y López para saber que ni el uno atentaría contra la libertad que restableció en Buenos Aires, ni el otro consentiría en tal mengua; pero si fuese lo contrario ¿qué se pierde en esperar?

Sin haber cesado la desconfianza de los Diputados en el exceso de facultades que censuraban al Gobernador López, y firme la Sala en mantener su

rechazo al Acuerdo hasta su aprobación, el 14 de junio tuvo entrada en ella un mensaje del Poder Ejecutivo —suscripto por el mandatario y sus Ministros— en el cual se efectuaban largas consideraciones acerca de la finalidad del Acuerdo de San Nicolás, explicando su contenido, cuyo texto oficial acompañaba para que se pusiera en ejecución como ley de la Provincia.

Esto motivó unas de las sesiones más célebres en los anales legislativos patrios, llamadas “las jornadas de junio”. Un inmenso concurso se había dado cita para presenciárselas, y mucho público aguardaba en la calle la oportunidad de asistir a esta novedosa práctica de libertad parlamentaria, durante tantos años desconocida.

El 21 de ese mes comenzó la interpelación de la Cámara a los Ministros, siendo el primero de los Diputados que impugnó el Acuerdo de San Nicolás el coronel Bartolomé Mitre. Declaró al comenzar que no había necesitado más que una sola lectura del documento para fijar definitivamente su opinión en contra de él, “aún cuando la elocuencia bajase en lenguas de fuego sobre las cabezas de los oradores que llenan este recinto”. Largamente habló el Diputado Mitre sobre su enunciado inicial: —*¿La organización nacional sobre qué base? Sobre la base de una dictadura irresponsable, que constituye lo que propiamente puede llamarse un poder despótico.* Afirmó que el general Urquiza había sido investido “de una autoridad que no tiene precedentes en nuestra Historia”. Y adujo en sostén de su pensamiento que no tenía contrapeso para abusar de sus facultades, dejándolas al arbitrio de la voluntad de aquel. Prosiguió: —*¿Qué nombre merece una autoridad semejante? Yo la llamo dictatorial, irresponsable, despótica, arbitraria y absurda.* Concluyó su exposición Mitre diciendo que la creación del Directorio violaba el Pacto de 1831 porque no estaba contemplado en él, sino que entonces lo delegaba en la Comisión Representativa de los Gobiernos, sin los poderes conferidos a Urquiza. Fue un discurso fogoso, cargado de anatemas morales contra sus ejecutores y defensores.

Le contestó el Ministro de Gobierno, doctor Juan María Gutiérrez, su compañero de destierro en Montevideo y Chile. Expuso la realidad de la Confederación Argentina en ese momento histórico, y adujo la necesidad de un factor de unión y fuerza para constituirla. Volvió a tomar la palabra Mitre, y luego Esteves Saguí, tras lo cual el doctor Francisco Pico explicó artículo por artículo los fundamentos del Acuerdo de Gobernadores, entre los cuales destacó un hecho:

—*Siento mucho que el Diputado que habló primero no hubiese leído bien el tratado: los dos únicos casos en que el Director puede intervenir en el régimen interior de las Provincias, son en el caso de sublevaciones armadas y en el de invasión de una Provincia a otra. La Sala de Buenos Aires no es un Poder Legislativo de toda la República, sino solamente de esta Provincia. Si todas las demás han dado al general Urquiza ese poder, la Legislatura de Buenos Aires debe respetar el derecho de las demás Provincias. Mas con respecto a Buenos Aires ¡qué le dá al general Urquiza que él ya no tenga! La Provincia no tiene más Ejército que el que pertenecía al Ejército Libertador, y que hoy está bajo las órdenes del general Urquiza.*

Las extensas exposiciones no son para resumir, siquiera, en este lugar, sobre todo porque la sesión se levantó sin resolverse medida alguna, para proseguir al día siguiente.

El 22 de junio fue la jornada trascendental, origen de nuevos acontecimientos graves.

El Ministro Gutiérrez llamó la atención acerca de que “*se camina sin una guía cierta, como es natural, a falta de una Carta Constitucional que deslinde los Poderes Públicos*”. El desorden institucional consiguiente iba a ser corregido por la organización que todo el país deseaba, y criticó la actitud de Buenos Aires que perdía tiempo para ello “en cuestiones perjudiciales y en multiplicar los obstáculos que darían por resultado no emprender nunca la realización de un gran pensamiento”. A raíz de una interrupción del Diputado Pedro Ortiz Vélez que arrancó aplausos en la barra que contemplaba el debate, con señales de aprobación a sus palabras, Gutiérrez apostrofó a los Diputados y al público, recordando los males causados por los tumultos populares el 1° de diciembre de 1828 (pronunciamiento del general Lavalle contra el Gobernador Dorrego). Lo que siguió se encuentra reflejado en el *Diario de Sesiones* de la Legislatura, con reflejo elocuente del ambiente desatado:

Viva y larga agitación en la Sala y tribunas; exclamaciones de desaprobación contra el señor Ministro. Muchos Diputados dejan la Sala. El presidente se empeña en vano por mucho tiempo en restablecer el orden. Imprecaciones públicas contra el Ministro. Al fin el orden se restablece: vuelven todos los Diputados a sus asientos. La Sala pasa a cuarto intermedio. Vueltos los Diputados a la Sala, el presidente reclamó del público el mayor orden y circunspección.

Habló nuevamente el coronel Mitre, y replicando al Ministro de Instrucción Pública, doctor Vicente Fidel López —hijo del Gobernador—, quien el día anterior le había expresado que notaba en él “una profunda ignorancia de los antecedentes legislativos de la República”, le espetó una frase amenazante de larga recordación:

—*Nada extraño sería esto, en lo que estoy muy lejos de convenir, porque he pasado mi vida en los campamentos y mi oficio es echar abajo a cañonazos las puertas por donde se entra a los Ministerios.*

Fue sin embargo el doctor Vélez Sarsfield el orador de fondo opuesto al Acuerdo, utilizando argumentación jurídica. En su entender, “los poderes que el art. 15 da al general Urquiza destrúan todos los Poderes Públicos de la Provincia y acaban o dejaban en sus manos todas sus instituciones interiores”, pues el Director Provisorio era investido “con más facultades que las que jamás tendrá un Presidente constitucional”. No pudo el Gobernador López, aseverar, haber negociado lo que calificó de *tratado*, que Buenos Aires podía no aceptar y proponer otras bases. Los mandatarios que celebraron el Acuerdo se habían atribuido la plenitud de soberanía para legislar, sin estar investidos para ello.

Cupo la réplica al doctor Vicente F. López, Ministro de Instrucción Pública, quien en larga disertación rebatió los fundamentos expuestos para oponer-

se al Acuerdo de San Nicolás. Su postura no era fácil, teniendo en contra a los 42 Diputados presentes —según registra el *Diario de Sesiones*— excepto el doctor Pico, y a una barra manifiestamente hostil, como lo demostraba con los “rumores” [sic] que registra el *Diario de Sesiones* ante varias de sus manifestaciones. Sin embargo, su discurso no dejó de revestirse de galanura literaria, como cuando ponderó a Vélez Sarsfield como al único contrincante que merecía la pena refutar, pues las otras impugnaciones —dijo— le hacían el efecto de

una hacinación de frases huecas, de lugares comunes, que llevan pegada una que otra flor marchita de retórica, y que con todo eso me hacen el efecto de esos cadáveres adornados con moños de cintas y encajes: espectáculo de muerte ataviada con las pueriles vanidades de la vida.

López puso las cosas en su lugar. Su larga disertación —con las interrupciones violentas a que dio lugar—, merece considerarse, porque explica los hechos resultantes.

En cuanto a que el Acuerdo de Gobernadores debía contar con la ratificación de la Legislatura de Buenos Aires, explicó que existía una ley preexistente, cual era el Pacto Nacional de 1831, y que los mandatarios se habían limitado a reglamentarlo:

—Es decir, es un acto de la plena competencia de los Gobiernos, pues hasta los niños saben que es al Ejecutivo a quien compete dar decretos reglamentarios para poner en ejecución las leyes orgánicas de un país.

El Acuerdo no era un tratado, que suscriben Naciones independientes para crear derechos recíprocos, sino una ley que imponía “obligaciones del carácter más sagrado y positivo”. Sólo se lo había presentado a la Sala para que examinara si se le habían usurpado alguna de sus prerrogativas, y “para quitar pábulo a las agitaciones siniestras que se han provocado y que muy bien pudieran llevarnos a una crisis lamentable”. La Sala era meramente provincial, con soberanía limitada,

e irremisiblemente obligada a concurrir al Pacto Nacional que le imponga el Congreso, absteniéndose de intervenir en los reglamentos con que el Ejecutivo prepara su instalación.

Con relación a las facultades del Director de la Confederación:

—Se pretende que hay dictadura porque hay un Ejecutivo Nacional sin un Legislativo. ¿Pero es posible que se haga semejante argumento en una discusión seria? Lo único que esto quiere decir es que la organización nacional está incompleta, que está informe todavía. Y la Sala ¿qué facultades o atribuciones tiene para dirigir este reproche?

Destacó el doctor López que el Acuerdo no confundía los Poderes, puesto que en todas las Provincias existían Gobernadores y Salas de Representantes (“la conducta misma que ahora está observando la H. Sala de Buenos Ai-

res demuestra que no hay tal dictador”). Otro aspecto relacionado —de suma importancia porque atendía a la autoridad de Urquiza como Director Nacional— era puesto de relieve por el Ministro:

—El Acuerdo de San Nicolás ha empezado por crear una esfera legal y circumscripita de cosas nacionales para dar al Poder (único centro de hecho que existe en la República) un origen convencional, distinto del de la victoria, y una sanción de voluntades constituidas, distintas del que le daba la fuerza militar. A ese Poder, existente de hecho, se le han señalado facultades varias, pero bien definidas, lo que entre nosotros es un gran paso.

Lo que desató un grave incidente, que derivó en un escándalo de proporciones, fue la alusión al “provincialismo” que el Acuerdo de San Nicolás consideraba un obstáculo a la idea de *nacionalidad*. López aludió a la falta de cohesión argentina, y acusó a Buenos Aires sin medir términos, lo que causó una conmoción que asentó el acta del debate:

—Este pueblo se ha arrastrado a las plantas de un dictador, tirano atroz, que hacía andar errantes a los ciudadanos, y ha pagado los puñales y los agentes que llevaban por misión la de perseguirlos en el extranjero como a bestias feroces, tan sólo porque habían sido y eran partidarios de las libertades constitucionales de ese mismo pueblo. (Viva agitación en las tribunas y en la barra, contradicciones tumultuosas al aserto del Ministro.) Y aquí me honro con la declaración que amo al pueblo de Buenos Aires en donde he nacido (pero alzo mi voz para decir que mi Patria es la República Argentina, y no Buenos Aires! Quiero al pueblo de Buenos Aires dentro de la República, y por eso es que me empeño en que salga del fango de las pasiones que lo postraron en la tiranía en que se ha mecido por veinte años. (Agitación y tumultos en la barra desmintiendo al Ministro.) Tengamos sensatez para entrar cuanto antes en la ley, para que la fuerza entre en el orden constitucional, resista y venza las tentativas del desorden y de la anarquía.

El Ministro López consideró al provincialismo como absurdo, pasando revista a los servicios que desde la Independencia varias regiones argentinas habían realizado para forjar la Nación. Y volvió a atacar el localismo porteño:

—No hace mucho que la Provincia de Buenos Aires había renunciado al honor y a la fama, y se había entregado a un tirano dándole sus rentas y sus soldados. Los hombres de dos Provincias fueron los que abandonando sus hijos y mujeres a la orfandad y al duelo, iniciaron libertar este pueblo, que ya parecía que ni quería ser libertado, y se hallaba muy bien con la abyección y deshonor en que estaba. (Ruidosas señales de reprobación al Ministro. Gritos en toda la barra: —Cállese el Ministro, abajo el Ministro, etc. El desorden dura por algún tiempo. El presidente consigue al fin que las tribunas y la barra guarden silencio.) Muchas leyes hay votadas en este mismo lugar que comprueban lo que he dicho, renunciando Buenos Aires a su honor, a su libertad y a su fama. (Estrepitoso movimiento en la barra, gritos: —No fue el pueblo, no fue Buenos Aires.)

Prosiguió en ese clima de tumulto la disertación del doctor Vicente Fidel López (*"más murmullos y agitación en la barra"*), en medio de interrupciones de los doctores Ireneo Portela y Vélez Sarsfield, pero siendo la hora avanzada se suspendió la sesión.

Lo que no cesó fué la agitación popular. El Diputado doctor Miguel Esteves Saguí refiere en sus *Apuntes históricos*:

"Rodeaba las calles adyacentes a la Casa de Representantes una multitud de gente. Por fortuna, más dominaba todo lo que había de decente, aunque no pocos de la clase vulgar, esperando la salida del Ministro de Instrucción Pública. Era el que más había excitado los ánimos, y aunque en la concurrencia de la barra habían sido vistos algunos de los tipos más temibles del pasado tiempo, eran bien pocos para contrarrestar el tumulto y atreverse a hacer lo que sólo estaban acostumbrados a llevar a efecto bajo la protección de la fuerza y de la autoridad. Cerráronse las puertas que daban entrada al público de la barra (calle Biblioteca, después Moreno), y aunque mucha gente se había situado en cordón en ambas aceras de la calle donde está la puerta principal de entrada de los Representantes (después calle Perú), todo lo demás de la concurrencia, silenciosa y agriada, se había aglomerado aquí, cuando las puertas de la otra calle quedaron cerradas y enteramente vacía la barra de la Sala. Se habían ya retirado la mayor parte de los Diputados; pero tanto el presidente, general Pinto, como el Ministro de Instrucción Pública, se apercibieron que aquella reunión y obstinada permanencia de las gentes no podía tener una sana intención. Así era en efecto, y era de temerse cuando menos alguna vejación e insultos. Y tan cierto fue que, al irme a retirar, como observase esa notable agrupación y cierto murmullo, pregunté a algunos conocidos que estaban en los umbrales, qué era lo que allí esperaban, pues todos se habían retirado. Me contestaron: —*Estamos esperando a que salga ese deslenguado Ministro: veremos si tiene coraje para insultar al pueblo entero*".

Esteves Saguí trató de disuadirlos, pero admite "que ni se movían, y que la intención era siniestra bajo el ardor de las ofensas", y oyendo alguna expresión amenazante, volvió a ingresar para advertir al presidente Pinto. Éste acompañó al doctor López hasta la salida de la calle Moreno, cerrada desde hacía mucho rato, y por allí pudo retirarse el Ministro, sin que nadie lo notase.

Al día siguiente los Diputados volvieron a reunirse en la Sala, donde se leyó una nota dirigida por el Gobernador doctor Vicente López:

Lo ocurrido en las dos últimas sesiones con los Ministros del Gobierno, que no han podido usar de la palabra para justificar el procedimiento de su Gobierno sin arrostrar vejaciones de la naturaleza más grave, hasta ver comprometida ayer tarde su seguridad personal si salían de la Sala al mismo tiempo que los señores Diputados, les ha hecho perder toda esperanza de intervenir con libertad en las discusiones ulteriores, y se han visto obligados a dimitir sus cargos. El Gobernador que firma hace igualmente, con una decisión irrevocable, dimisión del suyo.

Admitida la renuncia del mandatario, asumió el Poder Ejecutivo de la Provincia el presidente de la Cámara Legislativa, no existiendo el cargo de Vice-

gobernador. La Sala de Representantes porteña, principal obstáculo a la organización del Congreso Constituyente, se adueñaba de la situación provincial.

Mas en la jornada que siguió —24 de junio— tuvo entrada y lectura una nota del general Urquiza al general Pinto (fecha el 23) señalando que

una parte del pueblo ha presentado ayer y hoy síntomas de motín, y en torno de Representantes incircunscriptos se reúnen elementos de desorden, de desprestigio a las autoridades ejecutivas, y de desgracia a que no debe someterse pueblo alguno de la Confederación Argentina.

Por tanto, consideraba esa situación completamente anárquica, y en cumplimiento de su obligación y de la autorización conferida por el Acuerdo de Gobernadores, "*que es salvar la patria de la demagogia, después de haberla libertado de la tiranía*", manifestó al presidente de la Cámara que desconocía sus funciones y disolvía a la Legislatura, asumiendo él mismo el mando.

Ese golpe de Estado fue complementado por el destierro de tres de los más encarnizados opositores al Acuerdo: el coronel Mitre, y los doctores Ortiz Vélez y Portela, y el español Manuel de Toro y Pareja, impresor del periódico *Los Debates* desde donde el primero de los ex Diputados nombrados había agitado a la opinión pública. Urquiza volvió a conferir el cargo de Gobernador —ahora provisorio— al mismo doctor Vicente Lopez. Las Provincias, de su lado, aprobaron el Acuerdo de San Nicolás, declarándolo ley en cada una de ellas.

Si bien se creyó que se producirían alteraciones del orden por parte de ciudadanos armados, disconformes con la energía con que se había interrumpido el funcionamiento de la Legislatura, sumada a la clausura de algunos periódicos, nada alteró la normalidad en Buenos Aires. Urquiza dispuso que patrullas del Ejército recorrieran la ciudad, mientras eran reforzadas las custodias de los principales edificios oficiales. Paralelamente, el Director Provisorio dirigió un manifiesto a la Nación, aunque estaba destinado a Buenos Aires, para disipar las sospechas sobre sus procedimientos y propósitos. Muy largo, merecen empero transcribirse algunos párrafos que contiene, por la importancia de los sucesos a que había dado lugar:

Cuando inicié en Entre Ríos la cruzada que había de derrocar la dictadura del general don Juan Manuel Rosas, dije a los pueblos que yo no reconocía otro enemigo que aquel, y que una vez vencido era mi misión constituir la República. El general Rosas, derribado en una batalla, busca asilo en Europa, y yo echo los cimientos de la Constitución. Para la gran reconstrucción de las instituciones, para la realización de un pensamiento que había de dar por resultado limar las pasiones locales y las ideas mezquinas de Provincia a Provincia, a un centro común y de orden, traté de rodearme de las luces y de los consejos de hombres que bajo la Dictadura o en el destierro, debían haber estudiado las necesidades de trabajar en la fusión, la fraternidad, el olvido de todo lo pasado, porque mis solemnes declaraciones me obligaban a no reconocer ni vencedores ni vencidos, a dar garantías a los pueblos, y a no prolongar una lucha que debía ya tener su término, después de tanta sangre y de tantos sacrificios inútiles.

Tras esta reiteración de sus principios, el general Urquiza relató las circunstancias en que había designado mandatario provisorio al respetado porteño López —en términos reproducidos páginas atrás—, y ponderó la libertad de prensa y electoral que había restablecido, hasta que salieron “de sus límites moderados y rayar en la licencia”, aunque él no atendió a “los ataques que se dirigían contra mis principios” ni tampoco hizo caso “de las calumnias que se inventaban para hacer dudar de mis intenciones, y hasta minar mi crédito”. Concurrió a San Nicolás para dar comienzo a su pensamiento:

La Constitución Nacional era mi anhelo: la Constitución Nacional era el fin de mis esfuerzos, porque si alguna gloria he apetecido es la de ofrecer a mi Patria un monumento sublime de instituciones liberales, levantado sobre los escombros de la tiranía. Porque yo quería decir a la República, a la faz de mis ilustres aliados, a la faz del mundo entero: —¡He aquí la patria de los argentinos, he aquí organizada!

En San Nicolás Urquiza actuó como mediador ante las exigencias de cada Provincia, y pudieron entre todos establecer las bases del Congreso. Pero en la ciudad platina cundieron desórdenes, que el manifiesto censura con duros términos:

Mucho antes de comunicarse oficialmente ese Acuerdo a la Sala de Representantes de Buenos Aires, ya el grito de la demagogia se levantó para atacarlo, sembrando desconfianza, inspirando recelos, y presentando al hombre que acababa de combatir por la libertad, como un usurpador, como un tirano. Llega el momento del debate y ya no es la discusión tranquila, ya no son las inspiraciones del patriotismo las que se manifiestan en el templo de la ley, sino las insinuaciones pérfidas, los discursos sediciosos, todo lo que sirve a excitar el tumulto y a ahogar la voz de los hombres sensatos. Y mientras los esfuerzos de la demagogia exaltan los ánimos con una intención culpable, nada se omite para llevar la inquietud y la alarma hasta el hogar doméstico. Al ciudadano honrado se le presenta la proximidad de un riesgo inminente, al extranjero pacífico se le turba con los peligros que amagan su propiedad y su vida; y en provecho de un círculo ambicioso se trabaja en sumir a la sociedad en un abismo de desgracias.

¿Y será éste el resultado de una victoria que ha costado tantos sacrificios? ¿Y se perderá la Patria por que conspire contra su tranquilidad y su existencia un puñado de hombres que asumen el nombre del pueblo de Buenos Aires, para despedazarlo? ¿Y dejaremos de constituirnos porque los manejos anárquicos de unos cuantos demagogos derraman veneno en el seno de la Patria? ¿Nunca se cerrará, pues, esa era de agitación que nos impide alcanzar nuestro objeto, y que ha malogrado tantos sacrificios y tantos triunfos?

¡No! Ni el Grande Ejército aliado, ni el jefe que lo condujo a la victoria, han sido animados de otro sentimiento que el de la libertad; no desean otro fin que el de restablecer el orden, de dejar cimentado el imperio de las leyes, resueltos a inmolarse antes que consentir en que uno y otras sean violados. ¡No! Los que han combatido con denuedo la Tiranía nos librarán también de esa hidra con mil cabezas que quisiera levantarse para devorarnos.

Cerró Urquiza el extenso manifiesto —que contiene otras reflexiones— contra los “demagogos que conspiraban contra el sosiego y la organización de la Patria”:

Entre ellos y la suerte de la República no hay que hesitar, y el resultado de tantos afanes mostrará al mundo que el hombre a quien la calumnia ha presentado como un usurpador, es el más firme apoyo de la libertad de la República, y del orden amagado en el pueblo de Buenos Aires.

Ignoraba el “tirano” que en secreto se alistaban los grupos opositores, y a uno de sus protagonistas se debe el conocimiento de sus preparativos. El ex Diputado doctor Miguel Estévez Sagui los ha descripto en sus *Apuntes históricos*:

“Desde el fatal día 22 se habían hablado los más amigos para tener sus puntos de reunión por grupos que no llamaran la atención. Así en nuestra casa estaban las armas y municiones de 7 compañeros. Cada cual compraba pólvora, de la que se menudeaba en los almacenes para caza, se proveía de las balas para el calibre de sus fusiles, y con un afán indescriptible formaban los cartuchos de uso entonces para los fusiles fulminantes. A veces se repartían privadamente a los que o no habían podido o no habían sabido hacer cartuchos. Todos, pues, estaban resueltos a defenderse, porque la ofensiva, a pesar de que hubiera causa, no era posible en semejante situación. Todos veíamos venir la tormenta de la infame Mazorca, como en la pasada época”.

Y luego:

“Con toda circunspección y valiéndose de los hombres más arrojados y decididos, se habían aglomerado en diversos puntos los elementos más indispensables para levantar barricadas y zanjas. Teníamos algunos ciudadanos una organización por secciones. Cada sección tenía también afiliados hombres de trabajo prontos a la primera orden, sin que supieran muchos de ellos, sino los que hubieran de dirigir, para en el momento dado echar mano a levantar piedras, a zanjear las calles y aglomerar estorbos. En los demás puntos al oeste y sur de la ciudad las casas estaban dispuestas más o menos de la misma manera”.

Las medidas de seguridad adoptadas por el general Urquiza impidieron el estallido del golpe, y el orden y la calma se adueñaron de la vida cotidiana.

En el mes de julio se realizaron las elecciones para designar a los dos Diputados que representarían a la Provincia en el Congreso General, y conforme al espíritu de integración preconizado por el vencedor de Caseros, resultaron designados el doctor Salvador Ma. del Carril —ex Ministro de Rivadavia, y consejero de Lavalle—, y el doctor Eduardo Lahitte, destacado jurista y Diputado en la legislatura rosista. El acto no contó con numerosa concurrencia, como era previsible. No mucho después el Gobernador López renunció, retirándose a la vida privada. El 26 de julio el mismo Urquiza, en su carácter de Director de la Confederación asumió el “poder tutelar de las instituciones pú-

blicas" de Buenos Aires (según indica su decreto, sin calificarse como Gobernador de la Provincia, como equivocadamente se repite), rodeándose de un "Consejo de Estado" para que lo asesorara —contemplado en el Acuerdo de San Nicolás—, compuesto por antiguos adversarios, ahora unidos en la común obra.

No se sospechaba que los trabajos sediciosos proseguían, y fuerza es recurrir nuevamente al testimonio de uno de los implicados, Estévez Sagüí:

"Se sabía que algo serio se tenía entre manos por cierto número de ciudadanos decididos y de posibles para que Buenos Aires recobrase sus derechos y sus instituciones, tan villanamente pisoteados por el insolente Libertador. Desde junio los trabajos seguían con cautela, y con un secreto tan bien guardado que fuera de hablillas y vagas voces, nada se traslucía".

Un grupo hasta imaginó eliminar al general Urquiza, matándolo.

En el Interior habían estallado movimientos tendientes a reemplazar a algunos Gobernadores: en San Juan contra el general Nazario Benavides, en Tucumán contra el general Celedonio Gutiérrez, y en Santa Fe contra don Domingo Crespo, firmantes del Acuerdo de San Nicolás. El Director Urquiza se mostró decidido contra la inestabilidad resultante, y finalmente todos ellos lograron ser repuestos en el poder; no así el general Benjamín Virasoro en Corrientes, donde fue sucedido por el doctor Juan Pujol. La fracasada tentativa del general Juan Pablo López contra Crespo movió a Urquiza a despachar a Rosario el 13 de julio a 1.000 hombres en el vapor *Merced*: de esta forma, paulatinamente, retornaban al Litoral los efectivos que tomaron parte en la campaña de Caseros.

De la tarea gubernativa desarrollada por Urquiza en Buenos Aires, merecen destacarse dos decretos luego incorporados a la Constitución Nacional: las prohibiciones de la pena de muerte por causas políticas, y de la confiscación de bienes. Ambas medidas reaccionaban contra las prácticas usualmente practicadas en el pasado que se quería superar. En el plano militar, corresponde señalar el nombramiento del general José Miguel Galán como Ministro de Guerra y Marina, contando con el mayor Antonino Reyes en el carácter de oficial mayor de esa Secretaría de Estado; el establecimiento de un "campo de inválidos" para atender a los veteranos que habían vertido su sangre por la Nación, cuya presidencia se confió al general Tomás de Iriarte, con la asistencia de los coroneles Ramón Rodríguez, Juan Antonio Garretón, Manuel de Olazábal, Francisco Erézcano, Manuel P. Rojas y Francisco Doblas; la modificación del término de "milicias" por el de *Guardias Nacionales*, cuyo comandante fue el coronel Gerónimo Costa; dar el nombre al primer batallón de infantería el de *Patricios de Buenos Aires*, con honrosos considerandos para su trayectoria histórica; la reglamentación de los sueldos a los miembros del Ejército, y la provisión del *rancho* y "vicios de entretenimiento" para la tropa.

Parecía restablecida la tranquilidad en la ciudad.

Ignoró el general Urquiza la trama siniestra a que había escapado: con motivo de la fecha de su patrono San Justo, el lunes 9 de agosto por la noche se lo agasajó con un baile en el Club del Progreso. Allí hubo de ser asesinado por tres conjurados al efecto, salvándose del atentado por la horrorizada oposi-

ción del doctor Valentín Alsina, cuyo hijo Adolfo había sido uno de los sorteados a ese efecto.

Por último el 3 de septiembre el general Urquiza delegó el Gobierno provisorio de Buenos Aires en su Ministro de Guerra el general José Miguel Galán. Él debía partir a la ciudad de Santa Fe para instalar el Congreso General Constituyente, como lo había determinado el Acuerdo de San Nicolás. Ese día el Director de la Confederación dictó un decreto:

Todos los argentinos que por causas políticas hayan sido expulsados del país, o se hallen fugitivos, pueden regresar a sus hogares sin reato, y quedan restituidos al pleno goce y ejercicio de sus derechos cívicos.

6

Hallábase el general Urquiza en Santa Fe cuando estalló en Buenos Aires un movimiento en su contra, y por extensión, en contra del Congreso Constituyente.

Preparado sigilosamente bajo la dirección del doctor Alsina, se produjo en la noche del 10 de septiembre un motín en las tropas que permanecían en la ciudad, basado en los cuerpos correntinos, sin embargo de los cuales se puso a su cabeza el general José María Pirán, porteño, el antiguo jefe de la artillería de Urquiza en Caseros. Éste era cuñado del general Juan Madariaga, comandante de aquellos. El acontecimiento fue sorpresivo para gran parte del vecindario, pues los iniciados eran mayormente los jefes militares:

El sábado 11 de septiembre a las tres de la mañana tocaron las campanas del Cabildo, como igualmente las de las iglesias; el público en general creyó fuese quemazón, y se reunieron gentes en la plaza mayor, y el cuerpo denominado del general Rolón y los correntinos, pero en el acto se divulgó que era una revolución, por cuya razón la ciudad y el comercio todo cerraron.

Así lo revela el "diario" de José María Gutiérrez. Más detallado es el panorama descripto por Juan Manuel Beruti:

El 10 de septiembre de 1852, a las doce de la noche, las fuerzas de la guarnición se sublevaron contra la tiranía del general Urquiza, que después de las glorias que adquirió como libertador, las ha perdido por haberse declarado absoluto con el poder que tenía de las armas, siendo peor que Rosas, pues éste sostuvo la Sala de Representantes, y Urquiza la disolvió con la fuerza, como también prohibió la libertad de imprenta. El 11 de septiembre, al venir el día, la campana del Cabildo llamó a los ciudadanos para prestar sus votos y su apoyo al gran movimiento del Ejército, puesto ya en armas en la plaza de la Victoria: fue cubierto de todos los amigos de la libertad, y los guardias nacionales tomaron el fusil y se formaron al lado de los batallones veteranos, que todos se cambiaron contra Urquiza.

La ciudad fue rápidamente controlada por los autores del levantamiento, cuyas unidades se concentraron frente al Cabildo: los cuerpos correntinos del general Juan Madariaga, los batallones porteños *San Martín* (coronel Mariano Echenagucía), *Buenos Aires* (coronel Martín Tejerina), y *Federación* (coronel Matías Rivero, sublevado por su segundo el teniente coronel Emilio Conesa), una brigada de artillería porteña mandada por el coronel Bernabé Castro y otra correntina a órdenes del teniente coronel Solano González. La caballería a órdenes de los coroneles Manuel Hornos y Manuel A. Ocampos recorría los barrios alejados.

Los generales Benjamín Virasoro y Manuel Antonio Urdinarrain, del Ejército Grande Libertador, pudieron ser arrestados en sus domicilios. No así el Gobernador Delegado, general Galán, por hallarse en la quinta de Palermo, de la cual, al tener noticias de lo ocurrido en el centro de la ciudad, pudo retirarse con las tropas allí acantonadas en dirección al campamento de Santos Lugares, donde en vano los generales Pirán y Ángel Pacheco procuraron neutralizar su reacción.

El doctor Alsina se instaló en el Fuerte (Casa de Gobierno) desde la noche del 10 de septiembre, rodeado de algunos ex Diputados y por un grupo de conspiradores, entre los que cabe mencionar a Miguel Estévez Saguí (quien había batido la campana del Cabildo convocando al pueblo en la mañana del día 11), Pastor y Antonio Cruz Obligado, José Mármol, Lisandro de la Torre y Miguel Sorondo. Una proclama dirigida a las tropas, pero conteniendo los móviles políticos —redactada por Mármol bajo indicaciones de Alsina—, fue impresa y distribuida a nombre del general Pirán:

¡Soldados! Acabáis de reconquistar los derechos de un pueblo noble que visteis tratado como un pueblo conquistado, sin derechos y sin valor; todo vuestro denuesto y vuestros sacrificios iban a quedar estériles para la libertad. Nuestro Gobierno, nuestra Asamblea, nuestras rentas, nuestro Ejército, de todo se nos había despojado a cambio de una mentida libertad, como si ella pudiera existir sin el ejercicio de los primeros derechos de los pueblos.

¡Soldados! Habéis vuelto a Buenos Aires el rango que heredó de sus mayores y de que no descenderá jamás. La Patria os mira agradecida como a sus verdaderos libertadores, y sabrá recompensaros con la remuneración y el descanso a que sois acreedores.

El recinto urbano quedó dominado sin dificultad, y el jefe militar del pronunciamiento dirigió un oficio al ex presidente de la Legislatura para que ésta fuese convocada. La antigua Sala de Representantes, clausurada por el general Urquiza, se volvió a reunir con asistencia de 27 Diputados, a las diez de la mañana, y procedió a conferir el Gobierno interino de la Provincia al general Manuel Guillermo Pinto. Este hecho fue comunicado al general Pirán en los siguientes términos:

Se han cumplido los deseos del noble y patriótico Ejército al mando de V.S. y del pueblo de Buenos Aires, cuyas libertades y derecho hollados por la arbitrariedad, ha sabido aquel valiente Ejército apoyar y restablecer. Queda, pues, restituida la Representación Provincial en el ejercicio de

sus funciones; y el calamitoso período que ha transcurrido desde el 23 de junio en que sancionó la ley de encargo del Gobierno de la Provincia en el presidente, general Pinto, ese período, señor General, ha desaparecido sin quedar los vestigios de tan humillante recuerdo.

Al día siguiente fue aprobado por unanimidad un proyecto del Diputado Estévez Saguí premiando con un año de sueldo a todos los integrantes del Ejército de línea que promovieron el pronunciamiento del 11, "y para los que en adelante se pronunciaren por la causa del orden". Con este objeto fueron despachados mensajes a los jefes militares de la campaña, quienes mostraron su acatamiento al nuevo estado de cosas establecido, aunque no todos convencidos plenamente de la sinceridad y acertada postura de las nuevas autoridades. Una proclama del viejo general Pinto exaltó en todos los tonos el acto producido contra "*un verdadero plan de destruir en todas sus manifestaciones nuestra soberanía y nuestra independencia provincial*".

En cambio, el general Galán pudo sustraerse al intento de ser envuelto por las fuerzas subversivas, y con todas las tropas de Santos Lugares se replegó hacia San Nicolás, luego de haber participado lo ocurrido al general Urquiza. Elementos de caballería a órdenes del general Madariaga, del coronel Hornos y del teniente coronel José María Pelliza lo persiguieron, pero sin darle alcance, aunque estimulando con su proximidad las deserciones, la más importante de las cuales fue la del comandante Robledo al mando del batallón *Constitución* (400 efectivos). Algunos integrantes del Ejército Entrerriano permanecían aún en la ciudad, y el general Urdinarrain rechazó el ofrecimiento de retornar a su Provincia, con el propósito de acompañarlos.

La ceremonia para otorgar las recompensas en metálico tuvo lugar el 16 al mediodía en la plaza mayor, y con evidente malquerencia la detalla Benito Hortelano:

"Una casualidad me ha proporcionado el estado de las cantidades que entre los vampiros políticos de aquella revolución se repartieron. Helos aquí, reducidos a pesos fuertes: a los generales y coroneles 85.000 duros; a los tenientes coroneles se les dio a cada uno 750 duros; a los mayores 650; a los capitanes y demás oficialidad 250. Además se dio un año de sueldo a todos, desde general hasta el último soldado.

Pero en medio de este escándalo, de este saqueo oficial, hubo hombres dignos que rehusaron el pedazo de la capa de Cristo que se repartía. Éstos fueron los siguientes, que con gusto consigno aquí sus nombres para honor de esta tierra: don Valentín Alsina rechazó dignamente la parte del botín, no queriendo recibir los 30 dineros de la cuenta; el general Pacheco también rechazó su parte de botín. Éste no es tan noble rechazo como el de Alsina, porque Pacheco era extremadamente rico y Alsina extremadamente pobre. El coronel Pelliza también rechazó los 200.000 pesos que le ofrecieron, pero en cambio pidió un terreno de chacra, que después se lo quitaron".

Volvieron de Montevideo los Diputados desterrados en junio: a Mitre, Portela y Ortiz Vélez los acompañaban el coronel Juan Antonio Lezica y el teniente coronel Julián Martínez, junto con un personaje de campanillas: el ge-

neral José María Paz, después de larga y dolorosa expatriación. Uno de los recién arribados, el coronel Bartolomé Mitre, fue nombrado comandante de la Guardia Nacional de Buenos Aires, entre cuyos componentes gozaba de gran predicamento por su pasada actuación periodística y parlamentaria. Una de sus primeras medidas fue difundir una vibrante proclama para lograr mayor alistamiento en la Guardia Nacional para sostener los derechos locales contra *"un mandón que no reconocía más ley que la fuerza ni más regla que su voluntad"*. Con exaltada prosa condenaba a los remisos:

Los cobardes que no respondan a este llamamiento merecerían ser marcados con un hierro ardiente en medio del rostro, para conservar eternamente el sello inocultable del esclavo.

Esta sentencia le sería devuelta a Mitre por su antagonista en un futuro no muy distante.

Urquiza se impuso de lo acontecido a medianoche del 13 de septiembre, y de inmediato comenzó sus preparativos para dominar la situación, dando órdenes para que las fuerzas de Santa Fe, Entre Ríos y el norte de Buenos Aires marcharan sobre la ciudad rebelde. Una nota del Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación, doctor Luis J. de la Peña, hacía saber al general Galán:

El mismo Excmo. Sr. Director partirá a ponerse a la cabeza del Ejército Nacional, y muy en breve estará con él para restablecer el orden que han pretendido alterar algunos malvados, creyendo neciamente que con la ausencia del mismo Excmo. Sr. Director podrían llevar a cabo sus atentados.

Simultáneamente, el 14 se distribuyeron enérgicas proclamas de Urquiza a las tres Provincias mencionadas, tendientes a mostrar su determinación de sofocar el levantamiento porteño para arribar cuanto antes a la ansiada organización constitucional. Otras cartas se dirigieron a varios jefes militares de la campaña de Buenos Aires solicitándoles su cooperación.

Parecía el comienzo, otra vez, de la guerra civil, pues no menor era el entusiasmo y determinación en la ciudad platense.

Sin embargo, al llegar a San Nicolás el general Urquiza se enteró por Galán que el alzamiento de la capital estaba extendido y firmemente apoyado fuera de ella, por lo que detuvo su impulso: en lugar de la imposición, prefirió deferirse al convencimiento. Los habitantes de Buenos Aires comprobarían que lejos de atentar contra las libertades y derechos, estaba sinceramente decidido a que la Nación Argentina obtuviera su Constitución. Por eso dirigió el 18 a su Gobernador provisorio, general Pinto, la siguiente comunicación:

Después que el infrascripto ha hecho inmensos sacrificios en obsequio de las libertades públicas y de la gloria de su Patria, ve con pesar que ellos no han podido generalizar en todos los argentinos el gran pensamiento de nuestra organización nacional; y deseando por otra parte, hoy que la ciudad de Buenos Aires se ha puesto en desacuerdo con la autoridad del infrascripto, evitar los desastres que son consiguientes: la efusión de sangre

y la anarquía, en fin, que nos devoraría; y con el deseo de dar al mundo un testimonio más de la rectitud de sus principios, de la pureza de su patriotismo, ha resuelto comisionar cerca del Gobierno de V.E. al coronel don Federico Guillermo Báez, a quien ha dado las instrucciones necesarias con aquel objeto.

En ese clima, al día siguiente el coronel Báez, antiguo combatiente contra Rosas, se entrevistó en la Casa de Gobierno de Buenos Aires con el general Pinto —vaya como detalle saber que éste fue presidente de la Sala de Representantes cuando en 1835 se confirió la Dictadura a aquel— y con sus Ministros (doctor Valentín Alsina, general José María Pirán, y doctor Francisco de las Carreras), a los cuales aseguró de parte del general Urquiza *"que dejaba al Gobierno de Buenos Aires en el pleno goce de sus derechos; que quería concluyese este movimiento sin que se tirase un solo tiro entre argentinos"*. Él por su parte mandaba embarcar todas las tropas entrerrianas existentes en San Nicolás de regreso a su Provincia, y contramarchar a las santafecinas, pidiendo que el general Urquiza y las fuerzas de Entre Ríos que aún permanecían en la ciudad porteña fueran conducidas a su tierra con sus armas. *"Y por último [consigna el acta de la reunión] que no quería vernos devorar por la anarquía"*. El Gobierno provincial aceptó complacido el acuerdo logrado, puesto que aseguraba la situación creada sin ningún peligro de ser alterada. El mismo día 20 el mandatario y sus colaboradores contestaron al general Urquiza reiterando que el movimiento operado *"tuvo por objeto volver a esta Provincia al goce de su soberanía y sus derechos, empezando por restituirle sus autoridades propias"*, y que no había llevado el designio, *"ni por un instante, de contrariar el gran pensamiento de la organización nacional"*. Aseguraban el envío de las tropas entrerrianas existentes en Buenos Aires, y solicitaban que en las mismas naves que las conducirían *"sean restituidos a su patria y sus hogares los centenares de ciudadanos de esta Provincia que V.E. creyó en abril deber transportar a la de Entre Ríos"*.

Urquiza abandonó, en efecto, la Provincia de Buenos Aires, retirando a las fuerzas que había convocado a San Nicolás. Y una inocultable alegría se apoderó de los autores del alzamiento contra "el nuevo Rosas", traducida en reiterados artículos de periódicos y actos oficiales y públicos. No se midieron los términos para censurar los hechos pasados y la desconfianza en los procedimientos futuros por parte de aquél, manteniéndose el clima hostil contra la conducta observada por el vencedor de Caseros. El lenguaje acre utilizado por *La Gaceta Mercantil* contra el autor de la revolución constitucional del 1º de mayo de 1851, fue reproducido con nuevos argumentos.

El 19 de septiembre el coronel Mitre redactó un *Manifiesto* que suscribieron todos los integrantes de la Sala de Representantes, para explicar su causa "a los Gobiernos y ciudadanos de las Provincias hermanas". Comparándola con la asumida el 25 de mayo de 1810, hizo la historia de los acontecimientos que justificaban su política en defensa de su libertad y soberanía, acusando al general Urquiza de someterla a su arbitrariedad y despotismo. Se trata de un documento larguísimo, plagado de ejemplos que a juicio de los Diputados mostraban esa tendencia, y sumamente adjetivado, en términos duros contra aquel:

Todo se violaba, todo estaba falseado, todo era mentido. Mentida libertad y mentido Libertador. Mentida fusión y mentida Federación. Mentida organización nacional, mentidas elecciones, mentido Congreso Nacional, mentida Constitución, mentida regeneración.

Iba a combatirse esa tiranía, para cooperar "con todas sus fuerzas después del triunfo a la grande obra de la organización nacional":

Para conseguir tan grandioso resultado la Provincia de Buenos Aires tomará una actitud imponente y gigantesca, no para atacar a las Provincias hermanas sino para defender los derechos de todos, si es preciso; para hacer imposible de este modo la guerra civil, para disipar hasta la última esperanza de una resistencia estéril e impotente contra la causa soberana del pueblo. La Provincia de Buenos Aires, que cuenta hoy sobre las armas más de 15.000 ciudadanos, pondrá en pie si es necesario un Ejército de 20.000 hombres; y cuando todas las Provincias se hallen libres y tranquilas, cuando sea la expresa voluntad de todas ellas constituirse definitivamente con arreglo a los eternos principios de la conveniencia, de la moral y la justicia, ella repetirá a la par de sus hermanas que la era de la Organización Nacional está abierta.

El reclamo fue rechazado por las Provincias, que consideraban que ya estaban logradas la armonía y las bases para obtener la Constitución.

La explicación sobre los motivos del movimiento de 11 de septiembre no era sincera, y al respecto es oportuno formular una reflexión sobre el problema de fondo, resumido por el general Urquiza al agradecer la solidaridad que le aseguraba el Gobernador de Santiago del Estero, Manuel Taboada:

Me congratulo de ver que Ud. comprende cuáles son los verdaderos intereses de la República, como me congratulo también de que a excepción de Buenos Aires, todas las Provincias quieran la organización nacional, que es el único recurso que les queda para salir de la miseria y la postración a que las ha reducido el sistema exclusivista de los Gobernadores de Buenos Aires, que han creído que ellos deben disponer de los destinos de los pueblos confederados.

Urquiza había derribado al sistema tiránico imperante durante muchos años, devolviendo la libertad a la Patria, permitiendo el regreso de los emigrados y haciendo cesar los antagonismos anteriores. Había restablecido los derechos individuales y dado la oportunidad de ocupar posiciones de categoría a los hombres más capaces, sin tener en cuenta su conducta pasada, echando las bases para la tan deseada Constitución Nacional. Nada de esto bastó a sus adversarios: ni la reiteración de sus ideas, ni los hechos con que las confirmaba.

Lo que temía Buenos Aires era la pérdida de la dirección de los asuntos de la Confederación, de la que había gozado con Rosas hasta la batalla de Caseros. Y echaba mano para obstaculizar la organización que se planeaba —fundada en el sistema federal—, de la falacia de presentar como un déspota arbitrario a quien llevaba a la Argentina por el rumbo que le marcaban sus antecedentes históricos. Las alabanzas iniciales se trocaron en denuestos al advertirse que el Pacto de 1831 iba a cumplirse.

El reloj de la Historia daba un salto atrás de veinte años.

Dicho Pacto señalaba taxativamente al Congreso que la futura Constitución debía incluir la libre navegación de los ríos y la distribución de la renta aduanera, y los derechos políticos que coartarían su autoridad, movieron al Gobernador Rosas a destruir ese intento en 1832. Ahora en 1852 la Provincia de Buenos Aires —es decir, el grupo político que por el momento la conducía— advertía con alarma varias señales indicadoras de la pérdida de su liderazgo: el manejo de las relaciones exteriores nacionales por parte del Gobernador de Entre Ríos, por un lado, y desde el punto de vista interno la concurrencia igualitaria de las Provincias a un Congreso cuya decisión no podía ser objetada con posterioridad.

Los elogios a Urquiza proferidos por Alsina, Mitre y tantos otros destacados personajes fueron desmentidos luego por sus palabras y actitudes. Incluso por el Gobernador Pinto y sus Ministros, quienes habían asentado en la nota enviada a Urquiza luego de la entrevista con el coronel Báez, que Buenos Aires no contrariaba el "gran pensamiento" de la organización nacional, "ni por un instante".

La manifestación más elocuente del espíritu local contrario a la finalidad con la cual se comprometía solemnemente a coincidir, había tenido lugar el 18 de septiembre en el teatro *Coliseo*, que marcó el rumbo político indicado por los dirigentes de Buenos Aires. En esa fecha se reunieron alrededor de 300 vecinos de categoría, sin faltar los Ministros. Varios oradores aludieron en términos fogosos a la situación creada, con alabanzas y denuestos consiguientes según la figura que se mencionaba, y ese clima de enardecimiento alcanzó su grado máximo cuando a la vista de la entusiasmada concurrencia se abrazaron en presencia del público las dos figuras simbólicas: el doctor Valentín Alsina, exponente calificado de la resistencia contra la Tiranía, y el doctor Lorenzo Torres, apasionado defensor del régimen de la Dictadura. Deponían sus añejos odios los antiguos enemigos para mostrar la unión de los porteños contra Urquiza y el Congreso Constituyente. Las conductas y expresiones que habían observado hasta Caseros, quedaban sepultadas en el olvido, ante la nueva etapa que se abría.

¿O en verdad, era la continuidad de la tradicional política de Buenos Aires? Las Provincias argentinas así lo plantearon, en los términos antes expuestos.

Un día después —el anterior al acuerdo del Gobierno con el delegado de Urquiza, en que se coincidió sobre la necesidad de organizar al país—, el Diputado Vélez Sarsfield presentó a la Legislatura dos proyectos que fueron aprobados por unanimidad: no enviar al Congreso los Diputados designados por la Provincia, cumpliendo el Acuerdo de San Nicolás, y retirar al general Urquiza el encargo para manejar las relaciones exteriores conferido en el Protocolo de Palermo. Los pasos previos para llevar a cabo la organización constitucional quedaban anulados. En la misma sesión la Sala de Representantes extendió los premios en dinero acordados a las tropas que participaron en ese acto, a todos los que

se pronunciaren en lo sucesivo por la causa legal, quedando indudablemente comprendida la mayor parte de la caballería entrerriana que se hallaba acantonada en la Convalecencia.

Esta última fuerza no había participado en el movimiento, pero el afán de comprar su voluntad era evidente. Por otra parte se autorizó al Poder Ejecutivo a acordar "otras recompensas pecuniarias" merecidas "por servicios distinguidos prestados o que se prestasen por individuos del Ejército a la causa del restablecimiento legal".

Todavía más: considerando que las leyes fundamentales de Buenos Aires habían sido en su momento "destruidas por la fuerza armada y se hallaba ella regida por un Poder arbitrario creado únicamente por el derecho de conquista", la Sala de Representantes porteña sancionó una ley (21 de septiembre) cuyo artículo 1º disponía:

La Provincia de Buenos Aires no reconoce ni reconocerá ningún acto de los Diputados reunidos en la ciudad de Santa Fe como emanado de una autoridad nacional convocada e instalada debidamente.

Es decir que, desaprobado el Acuerdo de Gobernadores, tampoco la Constitución Nacional —elaborada por el Congreso derivado de él— sería aceptada.

Las precauciones para que el nuevo estado de cosas no pudiera revertirse se tomaron de inmediato. Por sospechas de tramitar un golpe de Estado, el día 25 fueron desterrados antiguos federales como los coroneles Gerónimo Costa, Ramón Bustos e Hilario Lagos, los tenientes coroneles José María Pita, Juan Pablo Alegre y Bernardo Romero, y los ciudadanos Mariano Baudrix, doctor José Roque Pérez y su cuñado Daniel Arana, y Marcos Arredondo. Cuatro días después el Poder Ejecutivo ampliaba la lista con otros 16 "hombres de casa-ca" —en denominación del Diputado Montes de Oca— en previsión que alterasen el orden.

No obstante, la buena fe del general Urquiza quedó demostrada cuando el miércoles 30 de septiembre, muy temprano, fondeó en balizas el vapor *Merced*, poderosa unidad que devolvía aquel a Buenos Aires, luego de haber viajado a su bordo de San Nicolás hacia su Provincia.

Por esos días fue a la ciudad platense un personaje legendario: Manuel Baigorria, quien había pasado largos años viviendo entre los indios. Era una verdadera curiosidad. Pues bien: el propio Baigorria refiere en sus *Memorias* cuáles fueron sus vivencias políticas en aquellos momentos. Ante todo fue presentado al Gobernador Pinto, y se alojó en Palermo; luego su antiguo camarada el teniente coronel José Cruz Gorordo —asimismo ex huésped forzoso de los ranqueles— lo invitó a casa de "una señora muy unitaria" empeñado en conocerlo. Allí tuvo lugar el siguiente diálogo con la anfitriona:

—Ya verás, Baigorria, el proceder de Urquiza: si él hubiera puesto las leyes como era muy justo a disposición de la soberanía de los pueblos, precisamente él debía haber sido proclamado Presidente; pero se ha constituido otro tirano, y quiere por lo visto hacerse nombrar Presidente por medio de las armas.

Baigorria le contestó:

—Señora: yo, a pesar de no haber tenido la dicha de ser educado, me ha cabido la desgracia de vivir veinte años entre los indios, lejos de la so-

ciudad. Con tal motivo no estoy impuesto de las leyes que rigen en los pueblos civilizados. Sin embargo atribuyo a que Urquiza habrá tal vez tenido en vista algunos escollos que tendría que pasar, y esto le habrá obligado a faltar a las leyes, y que precisamente algunas de éstas dos debía abandonar.

— La dueña de casa, sonriendo y convidándole mate, replicó: —Baigorria: yo creo que vos, olvidando tu causa, te has constituido en defensor de Urquiza, a lo que el aludido refutó: —No: mi causa no la olvidaré, pero no podré tampoco dejar de ser grato a quien me ha sacado de la desgracia en que me hallaba.

No consistió aquella en la única propuesta de formar en las filas contra el Director de la Confederación. La siguiente provino del mismo general José María Paz, quien lo citó al centro de la ciudad. "Después de darle asiento —cuenta Baigorria—, tiró una silla al medio de la pieza y se sentó con bastante majestad". Y le expresó: —Teniente Coronel: cuando he llegado a esta capital se me ha dicho que ya se le ha oficiado y hecho chasques, y no ha querido quedarse con sus compañeros.

Baigorria confirmó su actitud, recordándole que en el año 1830, al entregarle su espada de alferez en la Provincia de Córdoba su jefe el coronel Luis de Videla, él preguntó "qué causa iba a defender con la espada que se le ceñía". Lo escuchó el general Paz, quien se paseaba inmediato, y le manifestó: —Alferez Baigorria: la causa que va a defender es la organización de nuestra Patria, y si somos felices, hasta verla constituida. Y agregó ahora a Paz:

—Señor: he tenido presente veinte años entre los salvajes, deseando que mi sangre le costase a mi Patria para constituirse; y hoy que un vencedor de la Tiranía me ofrece leyes en mi país, a éste le he ofrecido mis servicios; y conforme no pude serle inconsecuente a V.E., así también no podré serlo a este otro.

El general Paz se levantó y lo abrazó, tras lo cual, volviendo a tomar asiento, exclamó:

—¡Ah, amigo, qué pocos somos los hombres! En este momento me viene en tropel la memoria de su Coronel. ¡Qué buen amigo perdimos! Yo estaba preso en los altos de Santa Fe cuando lo pasaron para San Nicolás, en donde fue sacrificado. En fin, Baigorria, yo soy su amigo, no quiero comprometerlo. Súvalo a Urquiza, que para mí es esa gloria, que mis subalternos ayuden a constituir el país, ya que nosotros no hemos podido, costándonos tantas vidas, hacerlo.

El movimiento porteño buscó extender su proyección al Interior, para lograr la organización del país, una vez que fuera anulado el "despotismo militar" de Urquiza en toda la Confederación por la acción de la Provincia de Buenos Aires, "como la cabeza, el centro y el todo de la asociación argentina". Con estos términos calificó al acto José Luis Bustamante en su libro sobre la

revolución del 11 de septiembre, editado al año siguiente. Era dar difusión al papel rector de los porteños; o dicho en otras palabras, admitir que la organización del país debía girar en torno a un sistema liderado por Buenos Aires, o sea unitario. Esta dirección de los intereses nacionales fue considerada por el propio Gobierno de esta Provincia, al aludir en circular a los mandatarios del Interior el 11 de octubre, con la firma del general Pinto y de su Ministro el doctor Alsina a *"los memorables y nunca vistos sucesos ocurridos en esta Provincia desde el 11 del próximo pasado"*. ¡Ni la Reconquista, ni la Defensa, ni la Revolución de Mayo, ni la batalla de Caseros, eran equiparables a lo acontecido en esa jornada! Como entonces se procedería ahora, guiando la "hermana mayor" al resto.

El 28 de octubre fue la fecha elegida para homenajear al Ejército que había "restaurado las libertades" al pueblo de Buenos Aires. El acto se celebró en la quinta de Palermo, adonde se dirigió desde la plaza de la Victoria una columna de infantería compuesta por los cuatro batallones de Guardias Nacionales, los de línea *San Martín* y *Buenos Aires*, la Guardia Nacional de Caballería, y las Divisiones correntina y entrerriana de la misma arma, con una brigada de artillería. Al llegar a la plaza de Marte (Retiro) se incorporaron los batallones *Federación* y *Constitución*, y los correntinos *Defensores de la Independencia* y *Patricios*. En la Recoleta, bajo las órdenes del general Ángel Pacheco tomaron colocación para asistir a misa con asistencia del Gobierno, luego de celebrada la cual los cuerpos militares, seguidos de una inmensa concurrencia de público a pie o en coche, llegaron a Palermo para disfrutar de un banquete y refrescos. "La fiesta popular de aquel día fue una de las más grandiosas que han tenido lugar hasta hoy en Buenos Aires", refiere José Luis Bustamante, que asistió a ella: "Puede afirmarse que se hallaban allí reunidas de 15 a 20.000 personas, respirando todas alegría y regocijo". Hubo incluso recreaciones para los numerosos niños. Fue, en efecto, una especie de celebración criolla a lo Fouquet en Vaux le Vicomte en homenaje al *Roi Soleil*; el cronista Juan Manuel Beruti destaca:

Entre las curiosidades que notamos en esta fiesta memorable, hallamos una que por su originalidad merece mencionarse: tal era la de un pozo de agua en el cual se habían depositado una caja de azúcar y una media pipa de agrio de naranja, que mezcladas formaban un gran depósito de refresco que se sacaba con baldes, y servía para distribuir con profusión a la tropa.

El 30 de octubre se procedió a la elección de Gobernador propietario, en sustitución del interinato desempeñado por el general Manuel G. Pinto. Resultó electo por una gran mayoría de votos el doctor Valentín Alsina —pese a que, como puntualiza el Diputado Estévez Sagui en sus *Apuntes históricos*, "este señor, después de tan larga ausencia, era como extranjero para la actualidad"—, volviendo aquel a presidir la Cámara (ascendido a brigadier general). El nuevo mandatario juró *"sostener la independencia del Estado y de su libertad"*, y nombró a sus Ministros: coronel Bartolomé Mitre (Gobierno y Relaciones Exteriores), Juan Bautista Peña (Hacienda), y general José María Flores (Guerra y Marina). "Este último nombramiento —escribe Estévez Sagui—

fue tal vez un golpe de política, porque Flores era conocido como del círculo de federales decididos, y no eran sus antecedentes nada tranquilizadores". Pero el general Flores había combatido contra Urquiza en Caseros, y ello era una garantía para sus ahora camaradas. En cuanto al nuevo mandatario, el diplomático francés Louis de Saint Georges lo definía como *"hombre instruido y honesto, pero de carácter autoritario y violento, agriado quizá por un largo exilio"*, añadiendo que por eso estaba rodeado por Ministros con los del "matiz más exagerados de su Partido". Calificaba a las autoridades, *"sin exagerar demasiado, de Gobierno de Guerra Civil"*. Un vaticinio sombrío, al cual ponía otra nota preocupante el cónsul español José Zambrano al referirse al doctor Alsina:

Para ocupar el puesto de primer magistrado le falta cierto prestigio, particularmente sobre la gente de acción en la campaña, pues ha pasado gran parte de su vida emigrado fuera del país, y no es conocido entre aquellas gentes.

Mas el pronunciamiento, para sostenerse, no debía quedar aislado. Con el fin de extenderlo fue despachado al Interior el general José María Paz. Su prestigio trabajaría contra el intento de Urquiza, a despecho de los elogios que le dirigiera con motivo de sus campañas contra Oribe y Rosas. Extrañados por su participación contra el anhelo de organizar constitucionalmente a la Nación Argentina, le dirigieron elocuentes recriminaciones sus compañeros de lucha contra Rosas, Salvador Ma. del Carril y Manuel Leiva, ya que aquel contrariaba su prédica de siempre a favor de ese ideal. Las instrucciones que le expidió el Ministro Alsina el 9 de octubre rezaban en su párrafo inicial:

El objeto de esta importante misión es pacífico, conciliador y armonizador de las miras e intereses políticos y mercantiles de todas las Provincias de la República.

Era todo lo contrario: se trataba de un intento disolvente y anárquico, porque *"contraerá sus esfuerzos a que las Provincias retiren los Diputados nombrados en virtud del Acuerdo de San Nicolás"*. Asimismo, y a imitación de lo resuelto por Buenos Aires respecto al manejo de las relaciones exteriores, *"el enviado procurará con toda decisión que los otros Gobiernos retiren igualmente por su parte al general Urquiza el mencionado encargo"*. Recién después de obtenidos estos pasos,

el Gobierno de Buenos Aires acordará con ellos lo referente a la reunión de un Congreso General, sobre las bases que han servido en otras ocasiones a la reunión de nuestros Cuerpos Nacionales.

Es decir, la distinta representación numérica de sus componentes. Y entre otras consideraciones amigables, el general Paz debía lograr la renuncia del Gobernador Benavides al mando de San Juan.

No hace falta profundizar el desarrollo de la misión del general Paz, pues éste se vio detenido en el límite con la Provincia de Santa Fe por orden del

Gobernador Crespo, quien enterado de la finalidad que lo llevaba, y reiterando dicho mandatario su acatamiento a lo resuelto por los Gobernadores en San Nicolás, prohibió al general Paz proseguir su camino; e instruido de la comisión que llevaba, le ofreció trasladarlo escoltado a presencia del Director Provisorio de la Confederación, en cuanto era la autoridad nacional, a fin de que le expusiera a él los fundamentos de la misma. Idéntica conducta adoptó el Gobierno de Córdoba, al cual el general Paz había escrito igualmente haciéndole saber el objeto de su viaje. En la frontera santafecina quedó vigilante para impedir la gestión de Paz su antiguo subordinado el general Santiago Oroño, quien escribiría a Urquiza que no había un solo habitante de la Provincia que no quisiera empuñar una lanza, y que *"no fuera amigo del Director y enemigo de los porteños"*.

No fueron Santa Fe y Córdoba las únicas Provincias que rechazaron la pretensión porteña, pues todo el país reiteró su confianza en el general Urquiza, condenando en términos lapidarios la actitud asumida por la Provincia de Buenos Aires. A causa de la política observada poco después por Corrientes, se transcribe la nota que hizo llegar su gobernante:

Establecido, señor Ministro, el precedente de que la Provincia de Buenos Aires puede por sí y ante sí, destruir los Poderes Nacionales creados por el resto de la Nación, resultaría el inconcebible absurdo de que éstas reconozcan en la de Buenos Aires la facultad legal de rechazar y desconocer la existencia de un Gobierno que ellas habían constituido y al que debían sujetarse; resultaría negar a las pobres Provincias hasta la facultad de convocarse y reunirse en Congreso, si no es cuando Buenos Aires o su Gobierno, quiera quien sea y en la forma y tiempo que le parezca; resultaría concederle a Buenos Aires el derecho de impedirles que establezcan un centro de acción, único medio de contrabalancear el inmenso poder, influencia y riquezas con que Buenos Aires las ha sofocado durante sus administraciones buenas y malas; resultaría, en fin que las trece Provincias no saldrían jamás del vergonzoso pupilaje en que hay interés en conservarlas, so pretexto de Estados independientes y soberanos.

Y el señor Ministro concebirá fácilmente lo funesto que han sido, son, y serán los resultados de un sistema semejante; concebirá que si a Buenos Aires, como a cualquier otra Provincia, compete, aún contra el voto expreso de la mayoría, la declaración de la conveniencia y oportunidad de la justicia y el derecho de constituirnos en cuerpo de Nación, nunca jamás nos constituiremos.

En tales o parecidos términos se expidieron las demás Provincias de la Confederación. Resultó tan firme su rechazo a las insidiosas incitaciones para abortar la reunión del Congreso, que para fines del mes de noviembre el Gobierno de Buenos Aires dio por concluida la misión "pacífica y conciliadora" del general Paz.

Es que ante su fracaso *armonizador* las autoridades porteñas habían resuelto optar por otro medio para impedir contar con la Constitución Nacional: desatar nuevamente la guerra civil que Urquiza había deseado concluir con Caseros y el Congreso, en contradicción con sus muchas declaraciones por la unión y la paz.

El plan hostil constaba de tres objetivos para operar: Entre Ríos, base del poder militar de Urquiza; Santa Fe, sede de la asamblea constituyente; y el Norte, que sería convulsionado para que no pudiese concurrir en apoyo de las dos Provincias litorales aludidas.

Según ha de mostrarse, los principales artífices que alentaron esta acción contra la unidad nacional, contra la organización constitucional, y contra la concordia argentina, en suma, fueron el doctor Valentín Alsina y el coronel Bartolomé Mitre, uno como titular del Poder Ejecutivo y el otro como su Ministro de Gobierno.

Tales operativos se desarrollaron durante el mes de noviembre, y conviene considerar separadamente cada empresa militar para su mejor comprensión.

El coronel Mitre contaba como núcleo de voluntades afines en el Interior al teniente coronel Antonino Taboada (hermano del Gobernador de Santiago del Estero concurrente al Acuerdo de San Nicolás), quien no obstante ser sobrino del ex mandatario Ibarra, había luchado en las filas del general Lavalle, cayendo prisionero de Oribe tras la batalla de Quebracho Herrado. Se habían conocido Mitre y Antonino Taboada durante su emigración en Chile, y a éste último se dirigió en una larga carta plagada de halagos, que así comenzaba: *"Presentí que Ud. debía ejercer con el tiempo una poderosa influencia en los destinos de nuestra infortunada Patria"*. Y pasaba Mitre a exponerle su plan:

Usted se halla hoy en situación de rendir al país, a la libertad, a la organización futura, uno de los más señalados servicios que puede ambicionar el ciudadano devorado por el amor del bien público. Su influencia en las Provincias del Norte, el prestigio que le ha conquistado su última campaña, sus relaciones con los hombres más importantes de Tucumán, Salta y Jujuy, lo indican como el hombre llamado a encabezar un movimiento en esas Provincias, dando a los pueblos la gloriosa señal de la redención. La Providencia le brinda a Ud. una corona. Creo que Ud. puede influir sobre las Provincias de Santiago, Tucumán y Jujuy por medio de la persuasión, y sobre la Provincia de Salta por medios un poco más audaces, pero que sin embargo no produzcan una guerra, si su Gobierno se negase a cooperar a la empresa que meditamos. Estas cuatro Provincias, situadas en el extremo norte de la República y acaudilladas por Ud., obligadas por un pacto especial, pueden formar una coalición invencible, cuya sola aparición decidirá del éxito de la cuestión.

Las Provincias del Norte debían retirar sus Diputados del Congreso General y declarar nulos los actos que éste realizase, desconociendo igualmente la autoridad del Director de la Confederación porque, para Mitre, lo acordado en San Nicolás había tenido por base la violencia:

Las Provincias signatarias de la neutralidad armada conservarán su actitud mientras que todas las Provincias que componen la Confederación Argentina no estén perfectamente de acuerdo,

y con el fin de llenar esos objetivos la liga del Norte nombraría un General en Jefe.

Un último anuncio cursaba a Taboada el coronel Mitre:

No dude Ud. que al mismo tiempo que se levante con ademán sereno y pasivo la liga pacificadora del Norte, se habrán desenvuelto en las márgenes del Paraná y Plata nuevas de gran magnitud, que se ligarán, naturalmente, con las que Udes. van a preparar.

Esta ambigüedad escondía un gravísimo movimiento de doble acción; pero mientras se llevara a cabo, Mitre escribió coincidentemente al Ministro tucumano Uladislao Frías, otro de sus compañeros de expatriación, dándole su explicación de las operaciones programadas:

...echar abajo al nuevo tirano que pretende suplantar a Rosas y que pretende organizar la República a su antojo, violentando voluntades, falsificando el sistema representativo, y traicionando al mismo tiempo el pacto social que constituye el nudo indisoluble de la nacionalidad argentina.

Las Provincias del Norte —la “liga neutral armada” que preconizó el Ministro Mitre— debían observar una conducta pasiva hasta que se adelantaran los trabajos subversivos en el Litoral. A mediados del mes de noviembre éstos fueron encarados decididamente por el Gobierno de Buenos Aires, pero ya tomando una actitud bélica. A este efecto se cursaron nuevas instrucciones el 20 de noviembre al general Paz, quien las resumió hallándose en San Nicolás seis días más tarde, en su respuesta al Ministro de Guerra, general José María Flores:

Queda instruido de que el pensamiento y miras del Excmo. Gobierno de la Provincia es de cooperar eficazmente con todos sus elementos guerreros para que las operaciones militares que tengan lugar sobre la frontera del arroyo del Medio y costa del Paraná, correspondan a los muy importantes que deben tener lugar en la Provincia vecina, para de este modo acabar en un solo día la guerra, si es posible. Al efecto previene V.S. al que suscribe que aglomere sobre la frontera, y lo más inmediato posible al Paraná, todas las fuerzas del Norte que tenga disponibles a sus órdenes, con el fin de formar un cuerpo de Ejército que se halle dispuesto a invadir la Provincia de Santa Fe, siendo necesario.

Ya se explicarán las operaciones “muy importantes” que debían sucederle “en la Provincia vecina” (Entre Ríos), pero por el momento corresponde proseguir detallando las medidas del general Paz en cumplimiento de las órdenes superiores. En primer lugar, pensaba establecer el campamento de su Ejército sobre el arroyo Ramallo, con una vanguardia que vigilase el arroyo del Medio, disponiéndose el general Paz —expresaba en contestación— a “dedicarse al arreglo, instrucción y disciplina de las tropas que lo formen, de modo que los fines que se propone el Gobierno se llenen lo mejor que sea posible”. Una opción “con aparato militar” se le planteaba: o llamar la atención de Santa Fe incursionando en maniobra pasajera, o invadirla formalmente “con un fin permanente que variase el aspecto de aquella Provincia y asegurase los resultados del cambio”. De acuerdo a los medios de que pudiera enviarse desde Buenos Aires, adoptaría su conducta.

En cualquier caso Paz se mostraba conforme con actuar agresivamente: “No cabe duda que el Gobierno debe prepararse para todo, y no hay mejor medio ni quizá otro, que aglomerar elementos y recursos en la frontera”.

El 18 de noviembre escribió a este General el coronel Mitre, Ministro de Gobierno de Buenos Aires, en coincidencia con lo adelantado por el Ministro de Guerra, general Flores. Al saber que el Gobierno santafecino le impedía pasar al Interior para desempeñar su misión contraria a lo resuelto en el Acuerdo de San Nicolás, Mitre no medía sus expresiones contra Urquiza porque consideraba que “da impulso a la política hostil del Gobierno de Santa Fe”; y por tanto imponía a Paz:

El general Urquiza es el único a quien la Provincia de Buenos Aires considera como enemigo, y el único contra el cual obrará si llegase el caso de apelar a otros medios, para hacer valer su incontestable justicia.

Esos “otros medios” ya se habían comenzado a poner en ejecución: era el ataque armado a Entre Ríos, cuyos preparativos estaban en plena organización muchos días antes de las ambiguas comunicaciones cursadas al general Paz.

En la ciudad de Buenos Aires habían comenzado a correr rumores acerca de las verdaderas intenciones de su Gobierno, que el diplomático británico Robert Gore le hizo saber al *Foreign Office* ese mismo mes: que “so pretexto de enviar el resto de las tropas entrerrianas y correntinas a sus respectivas Provincias” —como se había pactado con el coronel Báez— serían desembarcadas en Entre Ríos

para levantar esta Provincia contra Urquiza, como también que esperaba la cooperación de las fuerzas correntinas bajo el general Cáceres, a quien se suponía en la frontera de la Provincia de Corrientes pronto a prestar su apoyo.

Alarmados, los representantes de Francia (Saint Georges), Estados Unidos (Pendleton) y el jefe naval británico Hotham, se presentaron colectivamente ante el Gobernador Alsina para conocer sus reales intenciones. Luego de la entrevista Gore informó a su superior la respuesta oficial del doctor Valentín Alsina:

Que el Gobierno de Buenos Aires no tenía intención alguna de invadir la Provincia de Entre Ríos, sino meramente cumplir la promesa que había hecho al general Urquiza, de mandar de vuelta las tropas del Ejército Aliado; y al mismo tiempo, el Gobierno de Buenos Aires no podía responsabilizarse de las consecuencias una vez que estas tropas desembarcaran.

La declaración del mandatario era una absoluta falsedad, toda vez que los planes para desatar la guerra civil estaban dispuestos, contando Alsina con la colaboración del gobernante correntino, doctor Juan Pujol, para accionar contra Entre Ríos desde la frontera norte.

He aquí la documentación que certifica esta afirmación.

Cuando en Corrientes se tuvo noticia del movimiento porteño, el Gobernador que había suplantado al general Virasoro, doctor Juan Pujol, se apresuró a escribir al Ministro del Directorio, doctor Luis J. de la Peña:

Ud. no puede figurarse la sorpresa que me ha causado el motín de Buenos Aires en los momentos más solemnes, precisamente, que hemos tenido para asegurar la paz, el orden y las instituciones de la República; momentos en que todos nos disponíamos con la mayor abnegación a ayudar al General a cumplir esa santa misión de constituir el país y hacer-nos una patria de que la fatalidad se empeña en privarnos.

Le aseguraba que la Provincia "en masa" estaría a las órdenes del Director de la Confederación cuando se la llamase. Los dirigentes porteños estaban, a su juicio, "ciegos de pasión y llenos de locura, que sin consideración a los males de esta desgraciada Patria, se han lanzado otra vez en el horroroso camino de la anarquía y los excesos" (24 de septiembre).

Era una doblez completa la suya. No habían transcurrido diez días, cuando el 10 de octubre escribió Pujol espontáneamente al nuevo mandatario porteño, Pinto:

Distinguido compatriota: La comunidad de intereses y la identidad de objeto y tendencias del Gobierno de esa Provincia y del de ésta, que yo tengo la honra de presidir, me autorizan para dirigirme a Ud., aún sin conocimiento alguno personal. Es fuera de dudas que los pueblos de la Confederación estaban nuevamente amenazados con la imposición pura y neta de un sistema que no se puede nombrar sin horror.

Corrientes se uniría a Buenos Aires "para evitar la infamia, el oprobio y la ignominia".

El intermediario para forjar la alianza contra el empeño del general Urquiza fue don Juan José Méndez, quien despachado por el siguiente Gobierno de Buenos Aires, arribó a Corrientes el 7 de noviembre. Aquí se topó Méndez con otro enviado: Urquiza había comisionado a Corrientes al doctor Nicanor Molinas para asegurarse la adhesión del doctor Juan Pujol a sus trabajos constituyentes, el cual regresó a dar cuenta al Director de la Nación del completo apoyo de los correntinos, llevándole una carta del mandatario:

Enteramente conforme con estas ideas de V.E., no hallo una razón bastante para que la Confederación Argentina interrumpa su marcha de organización nacional y progreso, por la separación de una sola Provincia, dominada en la actualidad por el espíritu de anarquía y desorden.

Era, claro está, una postura mendaz. Al Gobernador delegado Baltasar Acosta —Pujol recorría el interior—, y al prestigioso general Nicanor Cáceres, jefe de la frontera con Entre Ríos, les indicó el doctor Juan Pujol el 9 que su Gobierno "no pondrá jamás bajo las órdenes de Urquiza un solo hombre". Lo consideraba un enemigo de la Provincia:

Nunca jamás debemos esperar bienes de este hombre, siempre males. Pues tengamos de una vez el coraje de llamar nuestro enemigo a un hombre que jamás ha de ser nuestro amigo.

No obstante que el mes anterior hubiese asegurado su cooperación a Urquiza frente al "motín" sucedido en Buenos Aires, "no sólo por lealtad y pa-

triotismo, sino por consejos del interés bien entendido de la Provincia que Gobierno".

El enviado porteño Méndez informó al Ministro Mitre, al día siguiente, lo que finalmente concretó con el Gobernador Pujol:

Que en atención a la reserva que era preciso guardar estrictamente, la Provincia de Corrientes, no pudiendo por ese motivo disponer instantáneamente de otras fuerzas que las de su frontera del oeste y del sur, y deseando dar una prueba de asentimiento a la revolución de Buenos Aires, respondiendo con abnegación al llamamiento que le había hecho su comisionado en defensa de los principios que ella proclamaba, y que sólo podían salvar y constituir convenientemente, ofrecía auxiliar con todas las fuerzas de caballería de sus referidas fronteras la propaganda de libertad que de Buenos Aires llevarían a Entre Ríos las Divisiones entrerriana y correntina que cooperaron al movimiento del 11 de septiembre.

Buenos Aires debía solventar los gastos de Corrientes, Provincia que

haría acompañar esas Divisiones con sus fuerzas de infantería veteranas, no solamente para apoyar sobre esa base cualquier operación militar que hubiese que hacer, sino también porque la perspectiva de buen éxito que envolvía ese concurso era una de las consideraciones, si no la mayor, que inducían al Gobierno de Corrientes a empeñar a la Provincia de su mando en una nueva guerra.

El coronel Bartolomé Mitre formalizó por parte de Buenos Aires el convenio, al dirigirse a su colega de Corrientes:

En consecuencia, las fuerzas correntinas y entrerrianas que se hallan en esta capital salen con esta fecha embarcadas a ponerse a disposición del Gobierno de Corrientes, munidas de los pertrechos de guerra necesarios y provistos con una caja militar con \$ 10.000 metálicos, quedando además la escuadrilla que los conduce a disposición de ese Gobierno para cooperar al desarrollo de las operaciones militares que sucesivamente deben tener lugar, luego que la tropa expedicionaria que salen hoy de este puerto operen su reunión con el Ejército Correntino, que debe penetrar por la frontera terrestre el 15 del presente, según lo convenido.

Pero ni siquiera con Buenos Aires siguió Pujol una política leal. Consideró que si apoyaba a Urquiza o Alsina, el que resultase enemigo de su conducta se mostraría en su contra, por lo que transmitió reservadamente al Gobernador delegado Acosta que auxiliaría a sus "paisanos" pero sin hostilizar a Entre Ríos, quedando en guardia para no verse agredido por el general Urquiza, quien "no solamente es en extremo suspicaz y atrevido, sino también muy activo". El antiguo Ministro de Madariaga en 1846 y 47 recordaba lo sucedido entonces. El Gobernador Alsina, confundido por el compromiso convenido con Corrientes, informaba a Paz: "Aquel Gobierno está enteramente con nosotros y se trata de derribar a Urquiza en pocos días".

El 28 de noviembre Alsina volvería a escribir a Paz, esta vez sin ningún disimulo, avanzados los trabajos, para que obrase de consuno:

Es pues, preciso que si Ud. juzga posible penetrar en aquella Provincia con las fuerzas que tenga, lo haga inmediatamente, anunciando a aquel Gobierno que lo hace a virtud del todo de su conducta, y buscando un tránsito que tan sin derecho y tan ofensivamente se le ha negado.

Tal vez lo mejor, si posible fuera, sería encaminarse directamente sobre Santa Fe y aventar a los congresales.

Pero todo esto queda enteramente al juicio de Ud.

La política porteña de disolver el Congreso Constituyente queda documentada en forma inequívoca. Sin eufemismos estaba expuesto el programa del alzamiento del 11 de septiembre, tendiente a impedir la organización federal del país, tal cual antes lo hiciera Rosas.

Pero esa carta es posterior en algunos días a otros hechos que deben relacionarse coordinadamente.

El Ministro de Guerra de Buenos Aires, general José María Flores, partió a la campaña para organizar las fuerzas de la Provincia que entrarían en operaciones, quedando interinamente a cargo de su cartera el de Gobierno, Mitre. Comandaba el Departamento del Norte el coronel Hilario Lagos. Se recordará que Lagos, opuesto al levantamiento del 11, había sido desterrado de Buenos Aires; pero por empeños del propio Flores —su antiguo camarada de causa— pudo retornar al país y fue nombrado en el cargo indicado el 4 de noviembre, pese a los recelos del Gobernador Alsina. Sin duda, los hombres destacados no habían adoptado su militancia política en forma definitiva luego de Caseros, y las contramarchas seguidas eran reflejo de esa situación no del todo segura. El general Paz, en correspondencia con Flores —otro caso de antagonismo anterior superado, pues habían formado en líneas contrarias durante el sitio de Montevideo—, reflexionaba que para la invasión a Santa Fe que le estaba encomendada era preciso contar con tropa adecuada: si pasajera, bastaba con caballería para dominar la campaña, si en cambio se trataba de ocupar localidades habitadas se necesitaba infantería. “*Si estas operaciones resultaran felices, un movimiento cualquiera, quizá un amago, pueda variar el aspecto político de Santa Fe*”, le hacía ver al Ministro desde San Nicolás, donde se había instalado para recibir refuerzos por el río, el 26 de noviembre. Efectivamente: cuatro días más tarde el general Paz elevó sus consideraciones al Gobernador Valentín Alsina de conformidad con el ataque a Santa Fe y al Congreso Constituyente:

Veo que se trata de reunir los medios para la expedición. Pero ellos deben ser compaginados, el entusiasmo no es bastante. Si se quiere empezar con un movimiento de vanguardia, habrá que emplear un cuerpo de caballería al mando de un jefe capaz, que tenga conocimiento de las milicias y que éstas lo conozcan a él. Ninguno mejor que el Ministro de Guerra, cuya reputación y prestigio lo hacen el más adecuado; pero si por sus atenciones o por otra causa no es esto posible, podría el coronel Lagos encargarse de la operación, bajo mi dirección si se quiere.

Después de analizar la composición del Ejército, finaliza en forma drástica:

Que vean desaparecer ese simulacro de Congreso y que se acabe con la influencia del general Urquiza en la Provincia vecina. Es forzoso ocupar la Provincia de Santa Fe de un modo que cambie su faz política. Es preciso tomar sus dos capitales, es decir Rosario y Santa Fe; es preciso estorbar los auxilios que pudieren venirle de Entre Ríos; es preciso, en fin, dominar toda su campaña, procurando atraer a sus habitantes y uniformarlos con nuestro modo de pensar. De no ser así el Congreso permanecería, aún cuando se asediase a Santa Fe con milicias de caballería. Esto escandalizaría a las demás Provincias, que clamarían a grito herido.

Pero para esta fecha se habían producido hechos de la mayor gravedad —sin conocerse aún por los personajes que cruzaban la correspondencia utilizada arriba—, que es menester considerar en este momento, por la importancia que tuvieron, y por las reacciones que provocaron.

8

El 10 de noviembre de 1852 se embarcaron en Buenos Aires alrededor de 1.700 efectivos de las tropas correntinas a órdenes del general Juan Madariaga —exigencia del Gobernador Pujol— y entrerrianos que continuaban allí, bajo el mando del recién ascendido general Manuel Hornos. Aparentemente se los conducía a sus respectivas Provincias, conforme lo prometido a Urquiza, en 5 transportes custodiados por 3 embarcaciones de guerra: el vapor *Merced* (mayor Clavelli), el bergantín goleta *Maipú* (mayor Craig) y la goleta *Santa Clara* (teniente Alzogaray), cuyo convoy estaba bajo el comando superior del mayor Antonio Somellera, desde el *Merced*. A bordo de las naves dirigían a las tropas algunos jefes de categoría: los coroneles Solano González y Manuel A. Ocampos, tenientes coroneles Gregorio Aguilar, Victoriano Alemí, Santiago Acevedo y Carlos de Terrade (secretario de Madariaga).

Al día siguiente zarparon. Somellera, veterano subordinado de Paz durante el sitio de Montevideo, no estaba seguro de la conducta que observarían sus subordinados, pues —anotó en el “diario” que redactaba— “*desde el comandante hasta el último de los oficiales de la dotación de los tres buques de guerra que llevaba, habían servido a Rosas*”. Pero reservando sus aprehensiones, ordenó el remolque de los transportes e ingresaron en el río Uruguay, dirigiéndose aguas arriba. Sin más inconvenientes que los causados por la distinta velocidad de las embarcaciones o las inevitables varaduras en el lecho, la escuadrilla remontaba su curso, siendo de destacar que las relaciones entre el jefe de las tropas, general Madariaga, y el de las naves, mayor Somellera, no eran cordiales y suscitaban frecuentes discusiones entre ambos.

El 15 estuvieron inmediatos a la desembocadura del río Gualeguaychú y allí fondeó el convoy para comenzar el desembarco, que prosiguió en la jornada siguiente. Lo hizo la fuerza de caballería correntina del coronel Ocampos y los entrerrianos que conducía el general Hornos, en número de 1.000 efectivos. Un lamentable incidente estuvo causado por la muerte alevosa del capitán Tarragona, jefe de la custodia de Gualeguaychú, a quien ultimó el mayor Liborio Muzlera, jefe de la vanguardia de la columna desembarcada, para

que no trascendiera su presencia hasta montar a la tropa, como se consiguió. Sorprendido y sin elementos para resistir, el Comandante de Gualeguaychú, coronel Rosendo Fraga, entregó su puesto a un vecino caracterizado y pasó al Estado Oriental.

Confiado el Gobierno de Buenos Aires en el apoyo de la Provincia de Corrientes, era su intención provocar un conflicto de envergadura que hiciese fracasar la asamblea constituyente, sumergida por la discordia civil. Al menos, tal era el pensamiento del doctor Alsina y del coronel Mitre, binomio dirigente de la política porteña. Tras la desunión y el fracaso del Congreso, Buenos Aires podría volver a dirigir los destinos nacionales, guiando a las Provincias en una distinta orientación a la afirmada en Caseros. No se habían despachado a la Mesopotamia a los veteranos de Caseros para cumplir el convenio concertado con el general Urquiza: su misión era desatar la guerra interprovincial.

El 18 se remitieron a Hornos los últimos soldados de caballería que habían quedado a bordo, y la escuadrilla volvió a remontar el río Uruguay. En esa fecha el general Hornos dio aviso al general Madariaga que por su parte emprendía su marcha hacia la villa de Concepción del Uruguay, a donde confiaba llegar con su División entre los días 20 y 21.

Pero Urquiza ya estaba sobre aviso de lo que ocurría.

El general Manuel Antonio Palavecino y el coronel Manuel Basavilbaso desde Gualeguay hicieron conocer al Director de la Confederación lo que ocurría en las costas del Uruguay; y los pocos milicianos con que se contaba —el Ejército Entrerriano había sido licenciado al regresar de Buenos Aires— comenzaron a ser reclutados por los coroneles Pedro Borrajo, Juan José Paso y el teniente coronel Juan Luis González. De su lado, el general Miguel Gerónimo Galarza se presentó en el campamento general de Calá para asegurar el parque de artillería de la Provincia que se hallaba allí (se lo remitió a Nogoyá), y se unió al general Crispín Velásquez y a Palavecino con el propósito de adoptar medidas si la finalidad de la expedición fluvial era hostil. Los prisioneros negros de Caseros fueron trasladados por el coronel Eusebio Palma a la otra margen del río Gualeguay. El propio general Urquiza partió de Paraná el 18 luego del mediodía, en dirección al centro de la Provincia.

En Concepción del Uruguay —el objetivo principal de la invasión— su comandante militar, mayor Ricardo López Jordán, también tenía conocimiento de lo que se avecinaba. El 19 a mediodía recibió parte del capitán Miguel Jerónimo González anunciándole que desde su puesto avanzado en el campo *El Naranjal* de la familia Elía avistaba un vapor y siete transportes conduciendo efectivos militares. En el acto López Jordán hizo tocar “general” convocando a la población a las armas y pudo remontar los batallones *Urquiza* y *Entrerriano*. Todo el vecindario se ofreció para la defensa. Uno de éstos, Nicolás Mabragaña, griego que había sido oficial en su país, se presentó a López Jordán, pero teniendo en cuenta su avanzada edad, éste le dijo: —*Sólo le acepto para que me dirija el hospital de los heridos*. Molesto, Mabragaña contestó: —*Yo te voy a probar que sirvo para algo más que lo que sirven las mujeres*, y se colocó en primera línea. Con pocos elementos de resistencia contaba López Jordán, y por otra parte, la localidad era abierta, sin obstáculos naturales.

Formó, pues, cantones en algunos puntos estratégicos en torno a la plaza “General Ramírez”: en la parte sur bajo el mando del teniente coronel Teófi-

lo de Urquiza, con el mayor Pedro Melitón González en la Comandancia y el capitán Francisco de Urquiza en una casa particular; otra sección a órdenes del mayor Juan de Dios Pérez en la finca de Jorge Spiro; en la Aduana otro bastión mandado por el capitán Pedro Busquets y su segundo el teniente Pedro Bergadá (participantes de la pasada guerra carlista en España), con otros edificios defendidos en su mayor parte por españoles, casas de Francisco de la Torre y de Calvento; en el gran edificio del *Colegio Entre-Riano* de reciente funcionamiento (marzo de 1851) la compañía cívica *Urquiza* al mando del capitán Fidel Sagastume, contando con los alumnos que se ofrecieron voluntarios (muchos de los cuales alcanzaron figuración pública); y en casa de Urdinarrain se instalaron piquetes conducidos por el capitán Roque Cámara. Tres piezas de artillería que estaban desmontadas se colocaron en sus cureñas bajo la dirección del coronel Federico Báez, y luego fueron situadas en las bocacalles que daban paso a la plaza, servidas por los tenientes de marina José María Montandon y Bartolomé Cordero, y el capitán Lorenzo Farulla. Un escuadrón de caballería a órdenes del coronel Pedro Torres, compuesto por los piquetes de los mayores Gregorio Carmelo y Waldino de Urquiza, fue destinado a flanquear al enemigo por el oeste, cuando fuese oportuno. El coronel Federico Guillermo Báez cumplió las funciones de jefe de Estado Mayor. Y quedó el mayor López Jordán a la espera de lo que se avecinaba.

Al día siguiente recibió un mensaje del general Galarza:

Estamos con las fuerzas invasoras del general Hornos al frente, es más que probable que no pueda auxiliarte. No cuentes con ninguna protección, defiéndete como puedas si como creo te atacan.

Mientras, en el sur, los Generales entrerrianos a la cabeza de unos 800 hombres que pudieron reunir, se dispusieron a disputar el avance de los invasores, dirigiéndose contra Hornos.

El 21 de noviembre chocaron los contendientes en las márgenes del arroyo Gená, teniendo el general Manuel Hornos —según su propio parte— 850 hombres, contra 1.300 entrerrianos. El combate comenzó temprano, a las seis de la mañana, durando casi una hora. De su resultado dio cuenta el propio Hornos en parte al general Flores, Ministro de Guerra porteño, el mismo día:

Hoy a las seis de la mañana se me presentó una fuerza enemiga que se componía de 1.300 hombres, al mando de los generales Velásquez, Almada, Galarza y Palavecino. Coloqué al mando del costado derecho al valiente coronel don Manuel A. Ocampos con 250 hombres, y a la izquierda al teniente coronel don Gregorio Aguilar con igual número de fuerzas, y yo al centro con 300, que eran las fuerzas que tenía para batirlos; pero la decisión de las valientes Divisiones correntina y entrerriana no les dejó pasar por más de tres cuartos de hora, que tuvieron que dar las espaldas a nuestros valientes. Los perseguí tres leguas; no pudo ser más larga porque me hallaba en los caballos montados. Asimismo ha tenido mucha pérdida, que no se puede saber por la extensión del terreno. En la persecución entre el número de cadáveres se encontró un jefe y dos oficiales muertos; también tengo muchos prisioneros. La pérdida que he tenido en las fuerzas de mi mando, dos soldados muertos y seis heridos.

Una carta particular atribuía la derrota de los entrerrianos a la incapacidad de Crispín Velásquez, que mandaba en jefe por disponer de los más numerosos elementos (400 hombres), no habiendo llegado a tiempo para tomar parte en la acción el general Manuel Basavilbaso, el coronel Casto N. Domínguez, y los tenientes coroneles Juan Hermelo y Domingo Hereñú.

Un poco más al norte, el día anterior —20 de noviembre— la escuadrilla porteña había echado ancla por la tarde, frente al saladero *Santa Cándida* (propiedad de Urquiza), separado por el arroyo de la China de la villa de Concepción del Uruguay. Tomó tierra la fuerza que transportaba y el general Juan Madariaga pasó a alojarse en la casa del saladero, quedando la tropa en los galpones del establecimiento. Refiere el mayor Somellera en su "diario":

Por lo que he oído al General en conversación con Terrade, tienen la intención de atacar el pueblo, pero le desazona el no haber obtenido contestación alguna a las cartas que uno y otro han dirigido a personas influyentes. Al segundo le he oído decir: —López Jordán es íntimo amigo, no nos ha de oponer resistencia. El General se muestra descontento de no tener noticias de Corrientes, pues esperaba que el 15 las fuerzas de esa Provincia se hubiesen movido sobre Entre Ríos al mando del general Cáceres.

Esta ignorancia de Madariaga sobre la conducta del Gobernador Pujol lo tenía indeciso sobre la actitud a tomar, pero su secretario Carlos de Terrade lo instaba a emprender el ataque. La artillería volante del coronel Solano González estaba en tierra ensillando caballos *chúcaros* para su conducción; y por otra parte, los cañones del vapor *Merced* podían cubrir con sus fuegos el campamento de *Santa Cándida* en caso de que fuera asaltado. Somellera se inclinaba por aguardar la llegada del general Hornos, argumentando que la presencia de su División de caballería, más los dos batallones de infantería y la batería de artillería, con los cañones de los buques de guerra, sería bastante para disuadir al vecindario a resistirse: —*Es un buñuelo que se lo va a comer sin mascarlo*, le sintetizó a Madariaga mientras los tres tomaban mate a bordo.

Mas prevaleció la opinión de Terrade. Comenzó la construcción de un puente sobre botes para cruzar el arroyo que dividía *Santa Cándida* del terreno que conducía a la villa de Uruguay (como es su correcta denominación), y los buques se prepararon para el combate. En las tres naves de guerra se embarcaron 40 infantes con dos oficiales, para el caso de que en la costa se hubiesen colocado cañones, a fin de capturarlos, y el vapor *Merced* remontó la corriente seguido por las goletas *Santa Clara* y el *Maipú*. Al tope del palo mayor se enarboló la bandera entrerriana, y en el trinquete la correntina, disparándose una salva. En el saladero *Santa Cándida* quedaba una pequeña partida de entrerrianos conducida desde Buenos Aires y engrosada en Gualaguaychú, encomendada al mayor Ignacio Benavides.

Eran las ocho de la mañana del 21 de noviembre de 1852.

Los buques de guerra anclaron cerca de la costa y desembarcaron los infantes de a bordo, sin oposición. A los sones de sus músicas avanzaron desde el saladero los batallones de infantería; pero antes de iniciar las acciones, haciendo alto a diez cuadras de las casas, el General correntino despachó con un parlamentario a López Jordán esta nota:

Representante de las disposiciones de los Gobiernos de Buenos Aires y Corrientes, que no tienen otro objeto que completar el glorioso programa del 1° de mayo de 1851 iniciado en este mismo lugar, tengo para mí cierto que ningún verdadero entrerriano amigo del progreso y libertad de su país podrá dejar de aplaudir la resolución de abatir la ensangrentada dictadura que lo oprime con el general Urquiza, y de saludar con entusiasmo a las tropas libertadoras que vienen a restaurar los derechos soberanos del pueblo entrerriano, garantizar la vida y la propiedad de sus ciudadanos, y hacer efectiva la alianza federal de los pueblos, sin caudillos perturbadores ni dictaduras permanentes e irresponsables.

Sin respuesta, Madariaga envió otro emisario, indicando López Jordán en su parte

que no quise admitir, manifestándoles que no reconociendo en Madariaga otro carácter que de un traidor sublevado contra la autoridad nacional, no podía ver en su desembarque con fuerza armada sino un acto de piratería.

Una guerrilla de caballería con el Comandante del punto hostilizaba ligeramente a los atacantes, reconociendo su composición.

Pasadas las 10 de la mañana un cañonazo disparado desde la plaza anunció el comienzo del combate, rompiéndose un nutrido fuego desde las azoteas del poblado sobre las columnas que avanzaban contra él. Escribe el mayor Somellera:

Mando dar fuego y logro poner esa primera bala en el mirador del Colegio, que se hallaba coronado de fuerza y es desalojado en el acto; continuando entonces por intervalos a tirar con las dos colizas en dirección al Colegio y casa de doña Catalina Urquiza, de cuyas azoteas se hacía vivo fuego, que muy luego cesó, habiéndose hecho como 25 disparos cuando en el pueblo habían hecho continuo fuego de cañón y mosquetería, pero de pronto terminó completamente.

Desde la cruceta del vapor, adonde Somellera subía en observación a cada momento, veía al general Madariaga con su secretario Terrade fuera de la población, en un rancho.

El parte del mayor López Jordán, fechado dos días después, es más explícito:

En aquel momento, que eran las 11 menos cuarto, hizo el comandante Urquiza [Teófilo] romper el fuego con la pieza al mando del teniente Cordero de la calle Federación Entrerriana, y me fue preciso replegar me a la plaza, porque entonces a paso de carrera pusieron los enemigos en ejecución el ataque, rápida y simultáneamente, por los frentes sud y este de la ciudad, y con el imponente arroj de soldados argentinos, a quienes debemos deplorar hayan pervertido las infames sugerencias de los demagogos amotinados en Buenos Aires.

Se habían lisonjeado intimidar con su temeraria audacia; pero ella fue impotente contra los defensores del pueblo en que tuvo origen el famoso pronunciamiento del 1° de mayo de 1851.

Si en aquel período fueron atrevidos los enemigos en sus principales puntos de ataque, fueron también rechazados con ejemplar denuedo por los que defendían los cantones que componían las secciones, comandante Urquiza y capitán Busquet. De la primera hizo su referido jefe bajar del cantón Comandancia un piquete al mando del sargento mayor Martínez en protección de la pieza que mandaba el teniente Cordero, la cual corrió un momentáneo peligro a consecuencia de la furiosa carga que sufrió a un tiempo por las dos calles que defendía, poniéndole fuera de combate varios individuos de su dotación. El mencionado Teniente se sostuvo, sin embargo, a pocos pasos de distancia haciendo fuego con un fusil, y muy pronto recuperó su puesto a favor del expresado auxilio, secundado por los bien dirigidos fuegos del cantón Aduana, como también por el ángulo sud-este del Colegio.

El ángulo nor-este del mismo, con el costado este del de Urdinarraín, y el ángulo nor-oeste de la Aduana, arrojaron a los enemigos con pérdida de muchos de ellos, de varias posiciones que al abrigo de los cercos, de las casas y los árboles habían tomado en la extensión de las dos cuadras a la parte norte de la plaza.

Los tres cantones de la sección Busquet sostuvieron con bizarría imperturbable el violento ataque que por allí trajo el enemigo, rechazándolo con pérdida considerable.

El cantón Espiro no tuvo necesidad de hacer fuego porque no se le ha presentado objeto a tiro; y los tres cantones de la sección Urquiza, con los cañones a las órdenes del capitán Farulla y teniente Montandon contuvieron con valiente serenidad la señalada impetuosidad con que fueron acometidos aquellos puntos.

Obstinándose sin embargo los enemigos en sostener dos posiciones en que al amparo de fuertes cercos y edificios causaban grave daño al cantón Fleitas, que tenían al frente calle de por medio, dispuso el comandante de dicha sección que el capitán Urquiza [Waldino] se bajase con la fuerza de su cantón, y que del de don Nicolás Jorge fuese también con su piquete don Francisco Brian en protección para el desalojo de las referidas posiciones, que consiguió a vivo fuego el valiente capitán Urquiza secundado por el de igual clase Brian y por el teniente don Bernardo Posadas; contribuyendo las mencionadas dos piezas de artillería con el hábil uso de que ellas se hizo.

En el mismo instante y con idénticos motivos se dispusieron iguales operaciones sobre la salidas sud y este de la plaza, una con el piquete auxiliar Martínez a las órdenes del comandante Urquiza, y otra al mando del teniente Cordero, que se le ha ordenado ejecutar a la bayoneta porque la fuerza a su mando había concluido las municiones y no podía proveérsele de ellas en aquel momento, que urgía aprovechar. Se obtuvo también un éxito favorable, y produjo la simultánea iniciativa de perder terreno el enemigo.

Preciso era sacar el fruto de esa ventaja, y en su virtud, de acuerdo con el comandante Urquiza, siguió éste la persecución de aquel por su derecha y centro, y por la izquierda el capitán Urquiza apoyado por nuestra caballería.

Pronunciada así una absoluta derrota, se hizo general la huida de los enemigos en dirección al puerto, donde lejos de encontrar el auxilio de sus

embarcaciones para reembarcarse, no se les presentaba otro arbitrio que tirarse al agua, porque el infame desnaturalizado cobarde Madariaga, haciéndose embarcar el primero con el igualmente traidor Terrade, mandó que los buques se pusiesen también en huida.

Una exposición efectuada por el general Juan Madariaga una semana después en un periódico de Buenos Aires, ratifica lo detallado por López Jordán, con la salvedad que estima sus propias fuerzas en 300 infantes y 70 jinetes:

Recibido a pocos instantes con fuego de artillería y mosquetería de todas las azoteas de la ciudad, mis pocos soldados, enardecidos se lanzaron sobre la artillería, que la tomaron inútilmente porque no podían continuar resistiendo al mortífero fuego de dichas posiciones. Este reconocimiento, convertido en vivo ataque, que duró 60 minutos, fue ineficaz para la toma del pueblo y sus consecuencias, lo que advertido por mí, me decidió a ordenar la retirada.

Desde el vapor de guerra *Merced* el mayor Antonio Somellera, asombrado, comprobaba que en la villa de Uruguay “no se oía ni un tiro, ni un toque de tambor ni corneta, no pudiéndome explicar semejante inacción después de un ataque tan violento”. Es que se había producido la derrota de los invasores, porque ningún jefe los conducía, y se replegaban hacia la costa.

Los soldados atacantes que tan bravamente habían combatido, motivando el elogio del propio López Jordán, convirtieron su retirada en una verdadera fuga: sin dirección, las unidades militares correntinas estaban transformadas en un conjunto de hombres desesperados que sólo buscaban la salvación de sus vidas. Y nada hay más contagioso como el pánico en combate, aún entre tropas veteranas; véase otra vez el minucioso parte redactado por el jefe vencedor:

Por más que se emplearon todos los medios de persuasión para que se acogiesen a la indulgencia con que se les brindaba, fueron muy pocos los que la aprovecharon, prefiriendo exponerse a ser ahogados, como muchos lo han sido. La maléfica influencia de la demagogia les había inspirado la triste y funesta convicción de que los que cayesen en nuestro poder serían degollados.

Acusa el mayor López Jordán que algunos prisioneros declararon que se les había concedido cuatro horas de saqueo y degüello, y responsabiliza a “los traidores abominables” Madariaga y Hornos por las desgracias originadas y “el considerable número de víctimas argentinas que hicieron perecer en holocausto a sus criminales aspiraciones”. El hecho más trágico es el siguiente, corroborado por diversas fuentes:

*En la parte que les corresponde son también responsables los que comandaban los buques de guerra, pues por huir cobardemente no sólo han dejado de proporcionar reembarque a los infelices que lo imploraban, sino que el traidor ingrato Clavelli, que mandaba el vapor *Merced*, cometió la horrible inhumanidad de permitir que al impulso de las palas de la*

maquinaria pudiesen, como pudiesen, muchos de los que nadando buscaban el arbitrio de salvación. Indignado por conducta tan infame hice llevar a la costa del río las 2 piezas mandadas por el capitán Farulla y teniente Montandon, para que cañoneasen dichos buques, siguiendo con ese objeto uno de aquellas hasta la picada, cuya operación dio por resultado el que por precipitar la vergonzosa fuga, abandonasen 6 lanchas, y dejase el vapor sus 2 anclas y los cabos de espía, que cortaron, llevando también en mal estado el costado de uno de los buques de vela.

Restaba intacto un escuadrón enemigo, a distancia de doce o catorce cuadras, que no había podido ser hostilizado por el escaso número de jinetes defensores; pero una vez que la persecución llevada a cabo por el capitán Waldino de Urquiza concluyó, fue aquel atacado:

No obstante la diferencia numérica de nuestra referida caballería y el mal estado de los caballos, fue tal la bravura con que hicieron cargar respectivamente los tres jefes Torres, Urquiza (don Waldino) y Panelo, que se acuchilló al enemigo hasta el otro lado del arroyo de la China, costándole muchos muertos y varios prisioneros, y entre éstos su jefe.

En este brillante hecho de armas, si se tiene en cuenta el poderío de unos —fuerza veterana de las tres armas, con apoyo naval—, y de los otros —vecinos con escasa instrucción y pocos jefes militares con insuficiente armamento—, el Comandante mayor Ricardo López Jordán distinguió especialmente al teniente coronel Teófilo de Urquiza, al coronel Federico G. Báez, a los tenientes Marcos Sastre y Francisco Arias, al vecino Nicolás Jorge y al capitán Benigno Cabral. Quedaron en su poder la “elegante bandera” del batallón correntino *Defensores de la Independencia*, “inmensa cantidad” de fusiles, sables y municiones, un bastón de tambor mayor, 9 cajas de guerra, 13 instrumentos de música, y 6 lanchas y 3 anclas. El general Urquiza concedió pocos días después un ascenso a todos los defensores de Concepción del Uruguay.

El general Manuel Hornos estuvo cerca de la ciudad de Uruguay cuando tuvo lugar el asalto llevado por Madariaga, pero no llegó a tomar parte en él. Cuando se enteró del rechazo buscó escapar hacia el norte, y pese a la tenaz persecución que le hizo el comandante Manuel Martínez por órdenes de Urquiza, pudo costear Concordia e internarse en Corrientes, dejando desertores en el camino. En esta última Provincia su Gobernador Pujol desarmó a su columna (reducida a 500 hombres) y facilitó al General su pase a Brasil. Cabe puntualizar que esta medida le fue recomendada por Urquiza, para cesar las represalias, según le escribió el 24 de noviembre:

...limitándose el infrascripto sólo a esta resolución, por evitar que la ley, que es inexorable con los grandes criminales, descargue su cuchillo sobre una cabeza argentina, que en el suelo extranjero puede ocultar su frente ennegrecida por la infamia.

La Provincia de Entre Ríos quedó sobre las armas en precaución de otra tentativa en su contra, con su mandatario a la cabeza.

Por tal razón el Director Provisorio de la Confederación no pudo estar presente en el Cabildo de Santa Fe para inaugurar los trabajos del Congreso Constituyente —tal cual lo dispuso el Acuerdo de Gobernadores—, lo que había tenido lugar el 20 de noviembre. Este importante suceso contemporáneo debe intercalarse pese a interrumpir la secuencia de los hechos de armas que se vienen historiando, porque refleja las dos tendencias contemporáneas en pugna: la que buscaba el progreso institucional de la Nación, y la que ambicionaba mantener la situación existente hasta entonces.

De conformidad con la facultad otorgada por el Acuerdo de San Nicolás, el general Justo J. de Urquiza delegó su representación en el Gobernador de Santa Fe, en cuyo Cabildo debían tener lugar los trabajos que pondrían fin a la etapa inorgánica que vivía la Nación. El Director de la Confederación no quiso demorar esta fundamental ceremonia pese al peligro que lo amenazaba.

El 20 de noviembre de 1852 fue la fecha de la trascendente ocasión. Este acto político debía poner fin a la larga lucha iniciada en 1839 por el infortunado coronel Genaro Berón de Astrada, Gobernador de Corrientes, para obtener por las armas el cumplimiento del Pacto Federal que el mandatario porteño se obstinara en eludir. Sería la culminación de muchos esfuerzos y sacrificios, y la concreción de muchos anhelos.

Comenzó la significativa reunión el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Luis José de La Peña, quien leyó el discurso que hubiera debido pronunciar Urquiza. Fueron sus primeras palabras: “*El deseo de muchos años se cumple en este día. Los Gobiernos del Litoral descansan hoy del peso de sus compromisos contraídos desde 1831*”. A continuación el mensaje del Jefe del Estado historió los hechos que habían llevado a ese acontecimiento, reiterando su respeto hacia quienes habían militado en filas opuestas:

Hoy en el seno de la paz y en la necesidad de amarnos como hermanos, yo el primero puedo adelantarme a reconocer que los argentinos, si han podido equivocarse y extraviarse, no han dejado un momento de ser patriotas, nobles y valientes. Yo el primero acato todas nuestras glorias, venero todos nuestros mártires, respeto todos los talentos, sea cual fuere la bandera de división doméstica en que se ilustraron.

En ese tono elevado y digno el general Urquiza resumió sus actos desde el 1º de mayo de 1851, condenando la actitud de Rosas, a quien calificó de “gobernante egoísta”, en cuanto “exageró en realidad el principio unitario, rechazado por la mayoría, y pretendió con dilaciones y dificultades que él mismo creaba, apartar el cumplimiento del Pacto Federal”. Tras su victoria el 3 de febrero de 1852 en los campos de Caseros, él debía cumplir su promesa de obtener una Constitución para la República:

Antagonista de su política, tomé rumbo opuesto para dar uniformidad a los espíritus y a los intereses. La intolerancia, la persecución y el exterminio fueron la base de su política, y yo adopté por divisa de la mía el olvido de todo lo pasado, la fusión de los Partidos.

Luego Urquiza se refirió a la reacción ocurrida en Buenos Aires al llevar a la práctica tales principios: *"Loco y traidor me llamó el Tirano, y yo le contesté con el silencio del desprecio. No puedo ahora sino contestar con el mismo lenguaje a los que me llaman sanguinario y ambicioso"*. Señaló las actitudes:

No fui comprendido como hubiera deseado. El espíritu de Partido confundió la divisa federal de mis armas con el lema sangriento del Tirano. La Legislatura de la Provincia de Buenos Aires se apartó de la voluntad argentina formulada en la ley por el Acuerdo del 31 de mayo, y negándose sobre infundadas sospechas, una confianza provisoria, atizó el fuego de la anarquía, tan fácil de prender en nuestras llanuras.

Pero al asumir el mando provincial anatematizó el derecho de confiscación —favoreciendo al mismo Rosas— y abolió la pena de muerte por delitos políticos, dictando una ley del olvido sin exclusiones. Luego Urquiza mencionó sus otras medidas liberales y progresistas (la libertad de navegación del Paraná fue una de ellas), y concluyó por lamentar la situación creada en Buenos Aires y la falta de sus Diputados en el Congreso:

Porque amo al pueblo de Buenos Aires me duelo de la ausencia de sus representantes en este recinto. Pero su ausencia no quiere significar un apartamiento para siempre: es un accidente transitorio. La geografía, la historia, los pactos, vinculan a Buenos Aires al resto de la Nación. Ni ella puede existir sin sus hermanas, ni sus hermanas sin ella. En la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas, pero no puede eclipsarse una sola. Sin embargo, la República puede y tiene todos los elementos para constituirse durante esa ausencia temporal de Buenos Aires.

Finalmente, el general Urquiza estampó su deseo y su consejo:

Aprovechad, augustos representantes, de las lecciones de nuestra Historia, y dictad una Constitución que haga imposible para en adelante, la anarquía y el despotismo. Ambos monstruos nos han devorado. Uno nos ha llenado de sangre; el otro de sangre y de vergüenza. La luz del Cielo y el amor a la Patria os iluminen.

A continuación el Gobernador Crespo pronunció la frase de ritual: *—El soberano Congreso Constituyente de la Confederación Argentina está instalado.* Acto seguido tomó la palabra su presidente, doctor Facundo Zuviría, para contestar al discurso leído por el Ministro Peña, dirigiendo a su comitente la gratitud de los Diputados porque "el porvenir de nuestros hijos no será ya el problema que amargue nuestros últimos días". Confirmó su adhesión a los principios que proclamara "el inmortal héroe de Caseros", confiando en que éste sabría consolidarlos, porque

en él han visto el primero, el único ya entre nuestros más esclarecidos varones que no haya osado dar a los pueblos su programa escrito en la punta de su espada, sino tomándolo de ellos y de la voluntad nacional.

Y aludió a los opositores a la obra encabezada por Urquiza:

Que no tema a la calumnia, porque después de la gloria de salvar su Patria y hacer la dicha de sus compatriotas, no hay otra mayor que la de ser calumniado y ultrajado por haberla hecho, y serlo por los mismos a quienes haya salvado.

Concluyó Zuviría, como aquel, doliéndose de la falta de los representantes de la Provincia de Buenos Aires, debido a actos individuales, a "los errores extraños o exageración de algunos de sus hijos".

Para concluir con la labor inicial del Congreso —en lo que toca a lo más relevante de la política del momento—, cabe insertar también el mensaje mediante el cual esta asamblea respondió a una memoria elevada por el Director Urquiza reseñando su conducta pública, ya en conocimiento del fracasado intento hostil dispuesto por las autoridades porteñas. En ese documento el Congreso comenzó por asentar que el general Urquiza, al ponerse en campaña en 1851, "ha merecido el bien de la Patria, ha merecido el bien de la humanidad, porque se movió por la consecuencia de tres fines justísimos", cuales fueron "destruir la causa perenne de las querellas domésticas en el suelo argentino", y evitar que esos males se reprodujeran al someter las voluntades y la fuerza pública a una Constitución, cumpliendo las promesas formuladas por los Gobiernos del Litoral en el pacto del 4 de enero de 1831. Entre sus párrafos significativos:

Dichoso es V.E., que puede unir en su persona, al prestigio de la victoria, el mérito más sólido de reconocerse obligado a las leyes dictadas por la razón y por el interés de los pueblos. Era tan horrible el espectáculo de la tiranía del ex Gobernador de Buenos Aires, que bien hubiera podido V.E. levantar por bandera de sus miras el instinto de libertad que distingue a nuestros compatriotas. Pero el pueblo argentino está hoy en el caso de comprender que es más glorioso para él, que el triunfo se haya conseguido bajo los auspicios de la justicia y del derecho, que no al empuje de una pasión, por generosa que ella fuese.

El Congreso destacó el digno enunciado de olvidar las discordias pasadas, y ponderó los efectos del Acuerdo de San Nicolás, "dictado por el patriotismo y aconsejado por la prudencia", a causa de haber organizado provisoriamente una autoridad para mantener la unidad nacional y la estabilidad de las instituciones provinciales. Respecto de Buenos Aires, el Congreso asimismo aprobó las medidas del general Urquiza, poniendo énfasis en la habilitación de los puertos interiores, considerándola "uno de los grandes derechos conquistados en Caseros", significando un vínculo nacional roto hasta entonces por intereses positivos: *"El puerto de Buenos Aires no es ya el único, el exclusivo de la República"*.

Y tras exaltar los beneficios que al país y sus habitantes traería aparejados una Constitución, concluyó por censurar los obstáculos puestos para impedir la finalidad buscada:

El Congreso da las gracias a V.E. en nombre de la Nación por los esfuerzos que ha hecho para realizar su instalación, en cumplimiento de las

leyes que se dictaron al efecto bajo el patrocinio generoso de V.E. V.E. ha estado con nosotros en el acto solemne del día 20, ha estado con nosotros de la manera más elevada, dirigiéndonos palabras que han hecho saltar nuestros corazones con esperanzas y con entusiasmo.

La Patria y la Historia pedirán cuenta a los malos argentinos que llamaron en aquellos momentos la atención de V.E. en protección de poblaciones pacíficas atacadas a fuego y por asalto. La Patria y la Historia dirán que V.E. en circunstancias amargas y difíciles, procedió siempre como un patriota ilustrado y magnánimo.

Volvamos nuestra atención a los sucesos militares.

10

Al tiempo que el Congreso Constituyente iniciaba sus trabajos, en Buenos Aires se cruzaban acusaciones entre los dirigentes del frustrado ataque a Entre Ríos. El 24 de noviembre había llegado la noticia a la ciudad del Plata. En su "diario", José Ma. Gutiérrez anotó en la jornada siguiente: *"El 25 a la tarde llegaron a balizas Madariaga, Carlos Terrade y los heridos, y se desembarcaron de noche"*. La mayor parte de la tropa correntina quedó confinada en la isla Martín García, faltando muchos de estos soldados que con anticipación buscaron refugio en el Estado Oriental, donde se dispuso que el teniente Desiderio Sosa los acompañara para evitar desmanes. En Buenos Aires, Madariaga, González y Somellera procuraban aclarar sus conductas en medio de reproches mutuos, y de la profunda sensación que produjo el contraste, como lo destacaría en sus recuerdos el Diputado Estévez Sagúí:

¡Qué quijotesca expedición fue aquella, y qué funestas consecuencias las que produjo, bajando notablemente la balanza en cuanto al poder de Buenos Aires!

El propio Gobernador Alsina comentó con franqueza a Paz que al volver el general Juan Madariaga con apenas 200 soldados "desalentados y desmoralizados", conociéndose que casi toda la infantería restante estaba perdida, *"la impresión fue espantosa al llegar estos restos al puerto"*.

El Gobierno de la Provincia procuró paliar la situación, disminuyendo el efecto contraproducente en la población con muestras de energía, pues se consideraba segura una reacción del general Urquiza. De los cuatro batallones de Guardias Nacionales se seleccionaron 400 hombres, *"todos jóvenes a quienes llamamos paquetería"*, escribió Gutiérrez, pues se alistaron los miembros de las familias más distinguidas, algunos de cuyos integrantes se iniciaron con tal motivo en la carrera de las armas hasta alcanzar las más altas jerarquías. Fueron despachados sin perder tiempo a San Nicolás, el día 26, bajo el comando del doctor Pastor Obligado, marchando formados desde la plaza de la Victoria hacia el lugar de su embarque, tras una arenga que les dirigió el mandatario, y acompañados de inmenso concurso popular, a los sones de dos bandas militares. También partió para organizar elementos en la campaña el Ministro

de Guerra, general Flores, quedando a cargo de sus funciones su colega el coronel Mitre.

Adelantemos el hecho de que el general Urquiza, fiel a su pensamiento de no reencender la guerra civil, mantuvo su postura de no tomar represalias por la invasión llevada contra Entre Ríos, aunque esta Provincia fue movilizada en previsión de intento similar al rechazado. Por el motivo indicado, y pese a tener constancia de la dualidad de conducta observada por el gobernante correntino Pujol, no adoptó medidas contra éste, no obstante que la prensa porteña documentó y criticó sus promesas en apoyo de Buenos Aires. De su lado, el doctor Pujol rechazó cualquier tipo de compromiso con el Gobierno platino, y dirigió al Director Urquiza las más acendradas demostraciones de solidaridad y de condena para con la ofensiva militar dispuesta por Alsina, Mitre y Flores, sin dejar de emitir una proclama a sus comprovincianos censurando con las más duras expresiones la tentativa hostil contra la Provincia vecina. Para afirmar la comunidad de ideales de la Mesopotamia, el general Urquiza envió a Corrientes los prisioneros capturados en Concepción del Uruguay, y le devolvió la bandera tomada al batallón *Defensores de la Independencia* que al lado de la entrerriana había flameado en Caseros.

Aún en Buenos Aires no se tenía otra noticia de la suerte corrida por el general Hornos, salvo su victoria en Gená, y por eso el doctor Valentín Alsina urgía al general Paz para que lo apoyara, "llamando la atención a Urquiza sobre este lado del Paraná".

Nada cómoda era la posición del requerido, quien el 16 de noviembre fue designado "General en Jefe de la Provincia de Buenos Aires". Sin conocimiento personal con los jefes de la campaña del norte, casi todos ellos antiguos partidarios de Rosas (Lagos, Laprida, Bustos, Rodríguez) y con pocos seguros (Eustoquio Frías, J. Cruz Gorordo), el general Paz no confiaba mucho en su lealtad, y menos en la subordinación de los milicianos convocados a un servicio bajo la estricta disciplina castrense que deseaba imponer. Y no le faltaba razón, ya que aquellos no veían bien las disposiciones de alguien ajeno a su sentir, denominándolo en sus comunicaciones particulares *"El Cordobés"*. De cualquier modo que fuere, Paz no siguió la directiva tremenda de Alsina para invadir la Provincia de Santa Fe y "aventar a los congresales", impartida el 26 de aquel mes. Por el contrario, el 5 de diciembre envió el siguiente mensaje al Gobernador, desde el vapor *Merced*:

Mi estimado compatriota y amigo: Va Ud. a sorprenderse al ver el lugar de donde escribo (boca del Capitán, siete leguas arriba de Las Conchas), y aún más se sorprenderá Ud. cuando sepa que viene conmigo el pequeño batallón de Guardias Nacionales que salió de esa hace diez días.

¿Qué había ocurrido para que este distinguido General abandonara su puesto sin cumplir con la misión que se le confiara?

Pues nada menos que la sublevación de los jefes de la campaña para destituir al mandatario de la Provincia.

El movimiento subversivo había estallado el 1° de diciembre, en Mercedes, encabezado por el coronel Hilario Lagos, como una de las consecuencias de haber tomado estado público la desgraciada tentativa de las autoridades

para impedir la Constitución de la República. La orden del general Paz para reunir a todas las tropas sobre el arroyo del Medio, con el objeto transparente de invadir la Provincia de Santa Fe, fue el detonante de aquella actitud.

El malestar entre los jefes militares mencionado líneas arriba no había pasado desapercibido para las autoridades provinciales, y pocos días atrás el Ministro Mitre escribió al veterano de los Granaderos a Caballo y luego oficial de Lavalle, el teniente coronel Frías, previniéndolo del peligro de que se alterase el orden público, con recuerdos a su antigua militancia contra la Tiranía:

Algunas ambiciones personales y algunos partidarios del sistema de Rosas preparan en este momento, en el Departamento del Centro, una reacción anárquica contra las autoridades constituidas y contra los principios que hemos sostenido toda la vida. El pretexto que se da para tan criminal intento es el de haber sido nombrado el general Paz General en Jefe del Ejército de Operaciones, y aunque nuestro amigo el general Flores había sido nombrado General en Jefe del Ejército de Vanguardia, parece que se halla resentido por aquel nombramiento, y que simpatiza hasta cierto punto con los enemigos del Gobierno, que quieren turbar la tranquilidad pública, preparando así un triunfo fácil a Urquiza.

Los temores anunciados se trocaron en una realidad alarmante: al comandante del Departamento del Centro, coronel Lagos, se plegó inmediatamente el del Departamento Norte, coronel Cayetano Laprida, y los subordinados de ellos. Ambos escribieron al general Paz pidiéndole que dimitiera su cargo, para que mostrara su aversión a *“una guerra que ningún objeto laudable tiene, una guerra principiada con felonía y sin apoyo de la población”*, como le expresó el propio Lagos. Por su parte, Laprida ofreció a Paz una escolta si quería retirarse por tierra a Buenos Aires. El propio general Flores le escribió desde la Guardia de Luján (Mercedes) en el mismo sentido.

Sin confianza en sus fuerzas, y abierta la frontera con Santa Fe, el general Paz optó por dejar su campamento y retirarse por el río Paraná con los milicianos de Obligado, lo que efectuó el 3 de diciembre desde San Nicolás. Incluso los coroneles Julián Martínez y Cruz Gorordo habían resuelto quedarse allí, lo que Paz atribuía a su adhesión al naciente movimiento. Según confesión del mismo comandante Pastor Obligado al Gobernador Alsina, su batallón de jóvenes Guardias Nacionales *“aunque tiene la mejor voluntad, no tiene aptitudes militares, y yo tampoco conozco nada de milicia”*. No les quedaba otro recurso para salvarse, pues la población de San Nicolás les era también adversa. Fue el final de su oposición al “simulacro de Congreso”, como llamó a la asamblea constituyente.

Con fecha 1º de diciembre de 1852, en la Guardia de Luján, el coronel Hilario Lagos difundió mediante una proclama impresa los móviles que impulsaron su resolución:

Compatriotas: Solamente el deseo de salvar nuestra querida tierra, y el amor ardiente a la Patria, puede llevarme al caso de invitaros para dar en tierra con un gobernante caprichoso y torpe sin igual. Sus locas aspiraciones han comprometido a la Provincia en una guerra injusta y desastrosa para todos nosotros. Muy poco tenemos que hacer para salvar el país

y hacer la paz con nuestros compatriotas. ¿Y seremos tan cobardes que por no levantar la voz hemos de ver impasibles destruir nuestra tierra? ¿Por complacer a un hombre hemos de sacrificar nuestros caros objetos?

No: ya se agotó la paciencia de los verdaderos argentinos: vamos a quitar el bastón al Gobernador Alsina y proclamar por nuestro jefe al señor general Flores. Este digno compatriota hará la paz con nuestras hermanas las Provincias, pedirá la organización nacional bajo el sistema federal, y conservará la soberanía e independencia de la Provincia. Vosotros volveréis inmediatamente a vuestros hogares, en donde permaneceréis tranquilos por muchos años. Creedme, amigos: muy poco tenemos que hacer para evitar muchas desgracias y de tener una paz duradera. Vamos, pues, marchemos hoy mismo a cumplir con nuestros votos como leales argentinos.

En sus *Apuntes históricos*, uno de los personajes actuantes en aquellos días, el doctor Miguel Estévez Saguí, asentó:

“Aciago día para Buenos Aires era el tal 1º de diciembre. El de veinticuatro años antes nos trajo la guerra civil, la anarquía, y como producto neto la terrible encarnación de un bestial tirano como no le ha habido en América, excepto el infernal doctor Francia de Paraguay. Ahora, y cuando había lucido el 11 de septiembre sin ninguna mancha, sin una sola gota de sangre ni de despotismo, se forma en las afueras de la ciudad una rojiza tormenta que amaga descargar una lluvia de sangre y de lágrimas, so pena de dejar entronizado el caudillaje, las impuras ambiciones y la escuella maldita del federalismo agauchado: diremos mas bien el bandolerismo y el acanallamiento social”.

En opinión de Estévez Saguí,

“era lo que tenía que suceder: emigrados tantos años, apenas podían gobernar y Ministro conocer más mundo en la Provincia que el perímetro de la capital. Todo lo demás, en hombres y elementos buenos o adversos, eran como enigma para ellos”.

Su crítica alcanzaba por igual a los federales enemigos como a los unitarios que regían a su Provincia natal.

No se había perdido tiempo en iniciar los esfuerzos para destituir al doctor Valentín Alsina del Poder Ejecutivo. Lagos contaba con el apoyo, nada menos, que del mismísimo Ministro de Guerra de la Provincia, general José María Flores, quien el día del pronunciamiento de Lagos se le había unido en Mercedes. Desde este lugar, el 2 de diciembre Flores escribió en forma directa al Gobernador atribuyendo el movimiento al deseo de paz y al nombramiento de General en Jefe del Ejército provincial en la persona del general Paz, solicitándole su “delegación del mando” (sic) en la Cámara Legislativa a fin de que la Sala de Representantes designe su reemplazante: *“Quiera estar persuadido que el bien del país demanda imperiosamente su abnegación y desprendimiento”*.

El coronel Lagos reclamó a Flores encabezar las acciones, pero éste documentó su rechazo:

En contestación digo a V.S. que como miembro del Gobierno, no creo decoroso ni digno prestarme a un movimiento para derrocarlo, como también no considero prudente oponerme a un pronunciamiento libre de la campaña, a cuyos habitantes merezco tan grandes simpatías.

Inútiles fueron las instancias que se le repitieron en días siguientes: el general Flores se excusó de "tomar parte en los desastres que trae la guerra civil", como contestó al nuevo pedido de Lagos. Para sustraerse del conflicto, José María Flores pasó al Estado Oriental, estableciéndose en la localidad de Nueva Palmira (proximidades de Colonia).

El 4 de diciembre Lagos se dirigió directamente al Gobernador Alsina mostrándole que su pronunciamiento trascendía a las personalidades:

No representamos ningún Partido, no tratamos de renovar antiguos odios y divisiones. No queremos levantar a uno y hacer caer a otros. No: el movimiento que he encabezado tiene por objeto hacer de todos los porteños un solo pueblo, y de todos los argentinos una sola Nación. El banquete de la Patria quedará abierto para todos; ni Ud. ni nadie quedará excluido de concurrir a él, cada uno en el puesto que corresponda a su mérito y sus virtudes.

El mensaje de Urquiza había sido recogido.

El mismo día 4 escribió al Director Provisorio de la Confederación Argentina mostrando su disposición de que Buenos Aires concurren a la obra de la organización constitucional:

La dirección de los negocios públicos de esta Provincia en manos de hombres exaltados, casi extraños al país y animados de pasiones personales, la han llevado por un camino extraviado, sin prestar la menor atención a la opinión pública. Forzoso ha sido seguir en silencio la corriente de los sucesos, hasta que violando el Gobierno abiertamente los deseos y la voluntad general, ha manifestado la funesta intención de envolvernos en una guerra fratricida y de impedir la organización nacional, interponiendo un abismo de sangre contra ésta y las demás Provincias. La invasión de Entre Ríos ha sido un acto tan odioso como injusto, que ha colmado la medida de nuestros sentimientos y decidídonos a exigir con las armas en la mano que deje la silla del Gobierno el autor de este mal.

El éxito de nuestra empresa no es dudoso; y puede V.E. y todas las Provincias hermanas contar con que la de Buenos Aires estará dentro de muy pocos días en aptitud de concurrir con ellas a la organización nacional. Para dar principio a la obra de concordia que emprendemos, se han dado órdenes para suspender toda operación militar sobre la Provincia de Santa Fe, y el que firma espera confiadamente que tanto su Gobierno como V.E. no harán contra la nuestra ningún género de hostilidades, en tanto un nuevo Gobierno tome la dirección de los negocios públicos y se entienda directamente con V.E.

¿Habrá recordado el coronel Lagos, al redactar las antecedentes líneas, las expresiones con que en enero de ese mismo en carta al mayor Arnold, tildara

de "desnaturalizado" a Urquiza por impulsar que "el extranjero vil portugués" impusiera a la Argentina "su asquerosa bárbara ley"?... Al contrario, ahora le tocaba comprobar lo que aquel le advirtiera cuando renunció a su cargo en Paraná para defender a Rosas, en cuanto a que "el tiempo y los acontecimientos le harían conocer de qué parte estaba la justicia y los poderosos motivos que tenía" para buscar la caída de este último.

Sin satisfacción inmediata a su requerimiento, el coronel Hilario Lagos se puso decididamente al frente de "un Ejército numeroso y decidido" (las tropas de los Departamentos del Norte y Centro de la Provincia), y marchó sobre la capital.

El 6 de diciembre los militares sublevados lograron su primer objetivo con la renuncia del Gobernador Alsina, quien la elevó a la Sala de Representantes con nobles conceptos de abnegación personal:

Meditada con frialdad esta situación, reconozco el deber patriótico que me incumbe de quitar pretextos a las malas pasiones, consignando en vuestras manos, como decididamente lo hago, el mando supremo que me confiasteis. No es éste un sacrificio, señores: bastantes he hecho en el curso de mi vida a la causa de la libertad e instituciones para que pueda serme pesoso el abandonar con honor un puesto que siempre es erizado de espinas para el hombre que sólo se proponga hacer el bien público, marchando por la estrecha senda de la honradez y de la ley. El país y nada más que el país es en lo que deben fijarse vuestro patriotismo y circunspección.

Otra vez debió asumir provisoriamente el cargo el presidente de la Cámara, general Manuel G. Pinto, quien compuso un nuevo Gabinete ministerial cuando asumió al día siguiente: don Nicolás Anchorena (Gobierno), don Felipe Llavallol (Hacienda), y general Ángel Pacheco (Guerra y Marina). El mismo 6 de diciembre la Legislatura dispuso ordenar a "los Generales que mandan fuerzas en la campaña", que licenciaron inmediatamente a sus fuerzas, además de instruir a los funcionarios locales que "se evite el extremo de acudir a las armas para hacer peticiones a la autoridad, pues este derecho debe ejercerse siempre pacíficamente".

Los hechos se precipitaban, pues el coronel Lagos había llegado con sus fuerzas a la vera de la ciudad, estableciendo su campamento sobre el arroyo Maldonado, en la zona de Palermo. Allí expidió el día 7 otra proclama justificando su proceder en defensa de la *confraternidad y unión*, "lema sacrosanto del vencedor de Caseros" —lo calificaba—, censurando la conducta de los integrantes del caído Gobierno:

Proclamaron el principio de la guerra civil, fomentaron la rebelión contra las autoridades constituidas, concertaron pactos para subvertir el orden nacional, y rompieron los pactos de asociación con las Provincias hermanas, llevando su ambición hasta querer someterlas a sus caprichos junto con los destinos de la República.

Hilario Lagos confirmaba la validez del Acuerdo de San Nicolás, rechazado por el golpe del 11 de septiembre que derivara en la situación creada.

Temprano en esa jornada, algunos milicianos de la campaña llegaron a penetrar en Buenos Aires, hasta hacerse presentes en el centro de la ciudad. Describe la escena el Diputado Esteves Saguí con inocultable aversión:

“Recuerdo bien ese aciago día: al retirarme encontré, como otros compañeros también, un grupo de gauchos armados y a caballo por la calle Florida, dos cuadras antes del local de la Sala de Representantes. Sucios y con un aspecto repugnante, habían a esto agregado unas tiras de trapo o de bayeta colorada, sin duda a falta de cintas, que les rodeaba los gorros o los sombreros, pues no iban de uniforme”.

Los ciudadanos que los vieron se precipitaron a sus casas para armarse: “Ya podía esperarse lo que tal gente podía traer y hacer”, agregó el memorialista. Pero como desde los incidentes ocurridos en torno a las *jornadas de junio* los porteños principales guardaban armas y municiones en sus domicilios, concurrieron espontáneamente a sus respectivos cuarteles de la Guardia Nacional: en el corralón del Colegio y en el teatro *Coliseo*, frente a la plaza, donde se hallaba acantonado el batallón que acababa de retornar desde San Nicolás.

Si nada ocurrió al momento, Lagos no perdió tiempo e intentó un golpe de mano para apoderarse de armamento existente en la ciudad. Hay que tener en cuenta que el Comandante federal sólo contaba con caballería y muy pocos infantes, y le era imprescindible equiparse con fusiles y cañones, sin los cuales sería imposible apoderarse de Buenos Aires, pero también que el estado defensivo de Buenos Aires era deplorable, toda vez que la tropa de línea había sido licenciada, y los nuevos batallones que debían reemplazarla estaban formándose con algunos piquetes quedados como plantel. Puntualiza Estévez Saguí:

“Gracias que el coronel Mariano Echenagucía había tenido la prudentísima idea de retener todavía su batallón hasta no contar con el que había de reemplazarle: ese fue el que sirvió de mucho en los primeros momentos”.

Mientras el coronel Lagos se ocupaba de sacar artículos de guerra en el Parque de artillería, encargó la misión de hacer lo mismo en el cuartel de Retiro al coronel Rivero (uno de los jefes que otrora apoyara el movimiento del 11 de septiembre). Este lugar estaba custodiado apenas por un piquete mandado por el capitán Adolfo Folgueras.

El relato de lo ocurrido se debe al doctor Miguel Estévez Saguí, quien participó en la acción defensiva:

“Presentóse al frente de aquella fuerza el coronel Matías Rivero y le intimó entregara la fuerza y el cuartel. El bravo Folgueras, a pesar de lo escaso de su tropa y del número de los asaltantes, cerró la puerta del cuartel y dispuso su gente para la defensa. El coronel Rivero le manifestó que era una temeridad, una locura que se resistiese, pues que estaba decidido a apoderarse del cuartel y podía ya ver que el número de su fuerza era bastante para aniquilarle. Durante estas palabras desde la azotea, algunos indi-

viduos corrieron precipitadamente, unos a dar aviso a Lezica, Conesa y Bustillo, y otros a la Guardia Nacional en el *Coliseo*, cuyo comandante era don Pastor Obligado. Si valiente era Rivero, calidad que no se le puede negar, tan valiente o más era el capitán Folgueras. A la intimación reiterada que le hacía aquel, tomando una mecha le dijo: —*Avance, coronel, puede que entre, porque en efecto no tengo bastante gente para defender el cuartel; si quiere le abriré la puerta, pero tenga entendido y se lo jura el capitán Folgueras, no saldremos ninguno: tengo algunos quintales de pólvora y volaremos, antes de yo entregarme.* Una resolución de esta naturaleza, secundada o apoyada por su poca tropa y con la mecha encendida en manos del bravo capitán, detuvo el arranque de Rivero, cuya gente era más o casi toda de caballería. Esto dio lugar a que asomase por su retaguardia, viniendo del centro, el 1er. Batallón de Guardias Nacionales, o más propiamente el compuesto de los cuatro que como voluntarios habían marchado días antes a San Nicolás. Al mismo tiempo de ponerse éste en marcha, también el coronel Bustillo con los ciudadanos que ya nos habíamos reunido, partimos a paso de trote para apoyar a los demás; y los otros jefes, Conesa y Lezica, con sus pocos soldados también habían hecho lo mismo. Cuando llegamos a desembarcar la calle Florida por la de La Plata (la antigua de Las Torres o Federación) ya con las armas cargadas, nos vino la noticia de que Rivero y su gente se habían retirado. Es que si la energía y arrogancia de Folgueras le habían detenido, quizá dudando de que dentro del cuartel hubiese más tropa sin conocerlo, la venida de los Guardias Nacionales y de los demás piquetes que iban asomando por las calles a su retaguardia le decidieron a salir de allí cuanto antes. Y si no lo hace tan pronto hubiera quedado muy pronto rodeado. Quedó refuerzo en el cuartel, se felicitó cordial y entusiastamente al capitán Folgueras; y ya desde ese momento quedamos acuartelados y sobre las armas en los respectivos puestos. Se colocaron esa misma tarde en algunos parajes de la ciudad, algunos cantones servidos por la Guardia Nacional, y alguna de la poca tropa de línea también en el Parque de artillería. Con Bustillo a la cabeza quedamos acuartelados en lo que se llamaba Hospital Viejo, esquina Méjico y Defensa (antes Reconquista), de donde hacía poco habían salido las fuerzas correntinas y entrerrianas que le ocupaban”.

El episodio no fue trascendente; pero merece ser detallado porque después de algunos años de ocurrido fue descripto con tanto colorido como inexactitud, por un personaje de la importancia de Bartolomé Mitre, en una página muy difundida que conviene aclarar porque en ella se atribuyó nada menos que el mérito de la resistencia de la capital provincial.

Expuso Mitre en una polémica periodística mantenida en 1869:

“Al llegar a la plaza el comandante Carrera (entonces) me dice: —*Coronel: mi batallón se ha sublevado y a mi cuartel lo han tomado.* —*Vamos a retomarlos,* fue mi contestación. Proclamé enseguida a 20 Guardias Nacionales que estaban en la esquina del *Coliseo*, hoy teatro *Colón*. Los hijos de Florencio Varela, inspirados en el valor cívico de su ilustre padre, contestaron mi proclama golpeando el tambor con brazo varonil; 90 corazones generosos de 90 Guardias Nacionales latían al compás del toque de alarma, y me siguen por la calle 25 de Mayo en medio de una proce-

sión de mujeres que salían a las puertas con lágrimas en los ojos para darnos la última despedida. Llegamos a Retiro: son rechazadas las banderas de caballería que lo ocupaban, se reconquistán los cuarteles y los batallones perdidos; nuestros fusilazos dispersan la reunión que estaba tratando la paz en el mismo Parque de artillería; establezco el primer cantón de la defensa, trazo la primera trinchera, coloco la primera escucha, organizo con Villa la primera guerrilla de caballería del sitio; y a la tarde de ese mismo día, hombres, mujeres y niños pueden venir a pasear en la plaza de Retiro, bajo la protección de la intrépida Guardia Nacional de Buenos Aires, que se había reconcentrado a mis órdenes. Desde ese momento quedó organizada la defensa de Buenos Aires, salvándose una vez más el recinto sagrado de la ciudad que encerraba la última esperanza de la libertad argentina”.

Obviando lo exagerado de la última frase —a la libertad del país la aseguraban al mismo tiempo los Diputados constituyentes—, las versiones no pasarían de contradicción entre sus autores, si no fuera que la de Mitre quedó refutada al tiempo de darse a publicidad, por uno de los que él mismo aludiera: el doctor Mariano V. Varela, quien corroboró la descripción hecha por Estévez Saguí con detalles precisos:

“Se atribuye también en su carta el general Mitre haber dado él la señal de la resistencia y la base de la defensa, salvando a Buenos Aires de una rendición vergonzosa. Niego que esa gloria pertenezca al general Mitre. La señal de la resistencia, y la base de la defensa, pertenece al puñado de patriotas que se reunió espontáneamente en el cuartel de la plaza de Mayo y que con o sin el coronel Mitre habría marchado a apoyar al batallón 1° de Línea, que se resistía con el ayudante Folgueras a la cabeza, y al cuerpo del coronel Lezica, que no estaba perdido a consecuencia de un oportuno aviso que le llevó el capitán Alfredo Seguí. Ésta es la narración verdadera de los hechos, y la llamo verdadera sin trepidar porque conservo frescos en mi memoria los recuerdos de aquel día, quizá el de mayores emociones que haya experimentado jamás”.

La grave situación creada movió a los comandantes de las Estaciones navales extranjeras a desembarcar marinería para custodiar personas e intereses de sus connacionales. Y los agentes diplomáticos y consulares pasaron a dar y recibir explicaciones del coronel Hilario Lagos respecto de sus mutuas actitudes. Aprovechando el buen trato entre la delegación y el jefe militar, el Cónsul español don José Zambrano fue comisionado para tentar poner término al enfrentamiento, y con la complacencia de Lagos presentó al Gobierno de Buenos Aires una lista conformada por individuos de ambos partidos para designar Diputados al Congreso Constituyente. Informó Zambrano al Ministerio de Asuntos Exteriores de su Reino:

El resultado ha sido que este Gobierno, no conociendo en mi concepto cuál es su verdadera posición, se ha rehusado a admitir ninguna proposición que no sea la sumisión completa y sin condición a su autoridad, de las fuerzas de la campaña que lo rodean.

Sólo logró concertarse un armisticio, mediante la intervención ante Lagos del doctor Portela y del mismo general Pacheco —su antiguo jefe—, estableciendo una línea divisoria que separase a las fuerzas de la campaña con el recinto urbano. Lagos quedaría dominando la zona desde la margen izquierda del arroyo Maldonado (hoy avenida Juan B. Justo) hasta el pueblo de San José de Flores, y la margen derecha del “río de Barracas” (Riachuelo). Mas se trataba de una simple suspensión de hostilidades, ya que el Gobernador Pinto había impartido instrucciones a sus delegados para obtener el sometimiento de aquel jefe, y a éste lo guiaba un propósito más trascendente, cual era la incorporación de Buenos Aires al Congreso Constituyente. Como el Diputado Portela informó a la Cámara su impresión de que los “asediantes” (sic), “incluso su jefe, coronel Lagos, no sabían ni lo que querían ni lo que podían”, no se aceptó transacción alguna, y la conciliación fracasó. Una persona moderada como lo era el general Tomás Guido fue expulsado de la ciudad, acusado de mostrarse favorable a las ideas sostenidas por Urquiza.

Las conductas quedaron definidas: por un lado el mantenimiento del *statu quo*, por el otro la integración de Buenos Aires a los trabajos nacionales. Fracasadas las tentativas de avenimiento, la Legislatura porteña sancionó el 9 de diciembre una resolución extrema, cuyo artículo 1° disponía:

Mientras duren las presentes circunstancias el Ejecutivo puede, sin previo juicio ni formación de causas, arrestar y aún remover fuera de la Provincia a los individuos que juzgue sospechosos.

Por otros artículos se borraban de la lista militar a todos los jefes y oficiales de la Provincia que no se presentaran a la autoridad dentro de 24 horas, y algo más:

Mientras duren las mismas circunstancias, en todos los delitos militares y en los de complicidad con el enemigo, comunicaciones con él, motín, o conspiración contra las autoridades, no se atenderá a otra disposición para su castigo sino a la Ordenanza militar, ni se reconoce más tribunal competente que el Consejo de Guerra.

Éste quedó así formado: presidente el general José Matías Zapiola, vocales los coroneles Manuel de Escalada, Ramón Rodríguez y Blas José Pico, y fiscales el teniente coronel Benito Nazar y el capitán Marcos Vergara.

Frustrado el primer avenimiento, el cuartel general sitiador se organizó en el cercano pueblo de San José de Flores (cuyo nombre, dicho sea de paso, recordaba a su fundador, quien fuera el padre del general José María Flores, el ex Ministro de Guerra).

El 12 de diciembre, desde aquella localidad, todos los jefes de la campaña —dominada casi por completo por sus armas— dirigieron al Gobernador provisorio, general Pinto, otras bases “para la unión fraternal”. Consideraban que la salida del mando del doctor Valentín Alsina había satisfecho “sólo en parte las exigencias del pueblo”, y por eso le propusieron: reconocer al Gobierno, renovando la mitad de la Sala de Representantes para elegir al magistrado propietario; dejar sin efecto la destitución de los jefes y oficiales dispuesta por ley reciente y abonar sus gastos;

5º) declarar vigentes los pactos nacionales y enviar Diputados al Congreso instalado en Santa Fe; 6º) solicitará la reincorporación de la Provincia de Buenos Aires a la unión nacional.

Estos planteos fueron rechazados por la Legislatura el mismo día de recibidos, por considerarlos *"indecorosos en su forma y soberanamente atentatorios a nuestras instituciones en el fondo"*.

Rotas definitivamente las esperanzas de arreglo, comenzó el sitio a Buenos Aires, el segundo en su historia, siguiendo al sostenido en 1829 por Estanislao López.

11

La ciudad, no obstante el dominio de sus alrededores por parte del que se llamaría propiamente *Ejército Federal*, no cedió al peligro. Por el contrario, un nuevo Gabinete fue designado por Pinto antes de que finalizara el año, haciendo caso omiso a los requerimientos llegados desde el pueblo de Flores: doctor Lorenzo Torres (Gobierno), general Ángel Pacheco (Guerra) y doctor Francisco de las Carreras (Hacienda). El 27 de diciembre los Diputados provinciales extendieron las sanciones dispuestas por ley del 9 del mismo mes, a "algún Representante que se halle comprendido en el art. 1º"; y en su virtud fue exiliado el doctor Francisco Pico, al cual el Poder Ejecutivo remitió pasaporte para dirigirse a Montevideo. Bien cierto era lo denunciado en la sesión de aquel día 9 de diciembre por el Diputado doctor Juan José Montes de Oca: —*Existen tres enemigos: Urquiza, Lagos, y algunos hombres de casaca de la ciudad*. Era así: años más tarde (1905) el doctor Benjamín Victorica confiaba esta referencia a un historiador de los hechos con relación a la proclama expedida por el coronel Lagos cuando su pronunciamiento del 1º de diciembre:

La proclama se redactó en el estudio del doctor Eduardo Lahitte y concurrieron a la redacción, éste, el doctor Luis L. Domínguez y el mismo [Marcos] Paz; pero quien realmente escribió fue el doctor Domínguez.

No todos los habitantes de la capital apoyaban a las autoridades urbanas, de igual modo que muchos otros porteños se hallaban combatiéndolas o trabajando en el Interior con diferente objetivo del sostenido por ellas.

Contrariamente, en la zona rural, el sur quedó subordinado a la capital, asumiendo la jefatura de esas fuerzas el coronel Pedro Rosas y Belgrano (hijo natural del prócer de la Independencia, antepuso su apellido al de la familia que lo adoptara). Contaba con el apoyo del coronel Agustín Acosta, y luego recibió la colaboración del coronel Faustino Velazco, de mayor experiencia castrense.

La defensa de la ciudad de Buenos Aires quedó así encomendada: en el Estado Mayor el coronel Bartolomé Mitre; la poca caballería al mando del general Manuel Hornos; artillería a órdenes del teniente coronel Martín Arenas. Más numerosa era el arma de infantería, con los siguientes jefes: tenientes coroneles Emilio Conesa, Emilio Mitre y Mariano Echenagucía (batallones 1, 2 y 3 de línea); tenientes coroneles Pastor Obligado, José Ma. Bustillo, Pablo

Díaz y Domingo Sosa (cuatro batallones de Guardias Nacionales). A la reserva la comandaba el coronel José María Albariño y a la Policía el coronel Martín Tejerina. Otros cantones y baterías estaban a cargo de los coroneles Francisco Seguí, Benigno Canedo y tenientes coroneles José Pons y Carlos Campos. No faltaban legiones extranjeras —pese a la oposición de sus representantes—: una italiana mandada por el teniente coronel Silvino Olivieri, y otra española por el capitán José Jáuregui. Hacían un total de 63 jefes, 653 oficiales y 7.121 hombres de tropa. Con el tiempo, otros jefes asumieron diversos destinos, cual el caso de los tenientes coroneles Victoriano Aguilar, Nicasio de Biedma y Martín de Gainza.

Asimismo el campamento general de los sitiadores ubicado en Flores reunía cerca de 8.000 efectivos. Eran sus mandos los que individualiza la requisitoria suscripta el 12 de diciembre que dirigieron al Gobernador Pinto: coroneles Hilario Lagos y Manuel A. Pueyrredon; jefe de Estado Mayor el general Gregorio Paz, segundo jefe el coronel Pedro José Agüero, y su primer ayudante el mayor Adolfo Dávila; mayor Marcos Paz, secretario militar; coronel Matías Rivero al frente de la escasa infantería; comandantes de Divisiones los coroneles Baldomero Lamela y Nicolás Esquivel; los jefes de los Regimientos de Guardias Nacionales, coronel Bernardo González (Nº 1), tenientes coroneles León Benítez (Nº 2), Benjamín Méndez (Nº 3), Laureano Díaz (Nº 6), Juan de Dios Videla (Nº 7 y Nº 8), Cesáreo Domínguez (Nº 10). Además otros Regimientos: tenientes coroneles Eugenio del Busto, de *Blandengues*; Francisco Clavero, de *Dragones de la Patria*; y Ángel Herrero, del escuadrón de Honor; Antonio Cané y Mariano Orzábal, de Voluntarios. Asimismo prestó allí sus servicios el teniente coronel Antonio Reyes. En carta a su esposa, Lagos añadiría: *"Costa, Sosa, Pita y otros vienen en camino; el primero traerá el batallón de infantería de Buenos Aires que el general Urquiza mandó a Entre Ríos"*. Este cuerpo (450 plazas) —que eran los negros prisioneros en Caseros— fue finalmente conducido por el coronel Joaquín Ma. Ramiro, llevando como segundo al mayor Haedo. Condujo además 6 piezas de artillería. Si bien el general Urquiza no deseaba mostrarse en la Provincia de Buenos Aires, a fin de que el levantamiento de la campaña fuera propiamente autónomo, no dejó de apoyarlo desde afuera.

Confiado, el coronel Lagos expresaba: *"En la hora menos pensada me he de lanzar sobre los enemigos encerrados que oprimen a esa infortunada capital"*. Mas sus fuerzas, compuestas mayormente por jinetes, no eran adecuadas para tal empresa: "paisanos de la campaña reunidos de prisa", los calificaba despectivamente Miguel Estévez Saguí. El recinto urbano se hallaba protegido por trincheras fortificadas "con carros, carretas, cadenas, piedras, barricadas, y cuanto chisme de atajo encontraban en las inmediaciones o facilitaban los vecinos", revela el mismo. Con el correr de los días las defensas se mejoraron, quedando al frente de la guarnición el general Ángel Pacheco.

Aunque también paulatinamente fueron incorporándose al Ejército Federal otros destacados veteranos, como Eustoquio Frías, Jacinto González, Ramón Bustos, Gerónimo Costa, Isidro Quesada. Sin orden expresa ninguna, muchos de los nombrados volvieron a ostentar sobre sus uniformes la divisa punzó, *"invocando un gran principio y no las miras estrechas de Partido"*, explicaría Lagos, el ex jefe de la caballería rosista en Caseros.

Fracasadas variadas tentativas de conciliación, ligeros choques armados comenzaron, con variada suerte, pero sin definir el estado de cosas. El 24 el Gobernador Pinto llamó a las armas a los ciudadanos "*contra los tiranos Urquiza y don Hilario Lagos* —apunta en su "diario" Beruti— *que querían oprimir a sus caprichos y disponer a su arbitrio de su Provincia e instituciones*". El diplomático británico Robert Gore debió abandonar Buenos Aires a causa de sus protestas por haberse incorporado a algunos de sus compatriotas a las filas de la defensa. Y el Banco de la Provincia, autorizado por la Sala de Representantes, comenzó la emisión de varias series de millones de moneda de papel, que aunque depreciada, sirvieron para comprar oro en Montevideo para una surtida gama de necesidades, una de las cuales, en el futuro, tendría una importancia capital.

En San José de Flores el comando del Ejército Federal trataba de allegarse recursos vendiendo los cueros del ganado, aunque era evidente que de por sí sola, la medida no solucionaría todas sus carencias de dinero. Este comercio se realizaba desde San Fernando, bajo la custodia del coronel Manuel A. Pueyrredon. Una carta del coronel Lagos a Urquiza —"Mi distinguido General y amigo"— describe la situación el 5 de enero:

Creo que V.E. se habrá impuesto que han fracasado las dos tentativas de un arreglo amistoso. La dificultad que se ofrece para terminar la guerra es que los de la plaza no quieren entrar ni siquiera a discutir los puntos referentes al Congreso de Santa Fe, y demás de la organización. Las medidas que hoy toman los enemigos son de hombres desesperados: se han allanado las casas del pueblo para sacar a todos los que consideran capaces de llevar un fusil y lo ejecutan; se han embargado los bienes de todos los jefes del Ejército adheridos al pronunciamiento, desde capitán arriba; se destierran los ciudadanos más distinguidos; y se han atrincherado como para darnos una resistencia vigorosa y tenaz. Nuestras guerrillas no cesan de día y de noche. La Marina nos hostiliza de todos modos, hasta privarnos de los artículos de consumo para el Ejército.

Los combates se tornaron incesantes, ocasionando constantes bajas. El propio Ministro Pacheco encabezó un formal reconocimiento en dirección a Barracas, llevando consigo a los cuerpos de Hornos, Lezica, Echenagucía, Tejerina y Bustillo; pero el sitio fue estrechado hasta reducir a los defensores a los barrios del centro de la ciudad, estableciéndose un acantonamiento federal en el antiguo convento de franciscanos en La Recoleta. Sus avanzadas hostigaban la zona de Retiro, y cruzando el Riachuelo se luchaba en el actual barrio de Barracas, entonces terreno ocupado por corrales, depósitos y potreros. Estévez Saguí denuncia que en la casa que en San Fernando poseía el doctor Diógenes J. de Urquiza, mantenían conciliábulos algunos caracterizados porteños: Francisco Pico, Baldomero García, Mariano Baudrix, Melchor de Beláustegui, Vicente Fidel López, José María Achával, Benjamín Victorica, Emilio de Alvear "y otros varios".

Y las operaciones militares no se limitaron a la campaña bonaerense, puesto que también el Río de la Plata fue escenario de ellas.

La única Provincia que contaba con Escuadra de guerra era Buenos Aires, y al producirse el pronunciamiento en Mercedes en diciembre la mayor parte

de su oficialidad hizo causa común con la causa constituyente, en lo que puede haber influido el conocimiento de Urquiza y de Lagos durante su común militancia previa a Caseros. Y aunque pocos eran los marinos que quedaron dentro de la ciudad, debiendo recurrirse a extranjeros —fue su comandante el coronel polaco Floriano Zurowski—, y también escasas las embarcaciones, no dejaban de mostrarse agresivos cuando la ocasión les era propicia.

No demoraron los encuentros entre los buques de ambos bandos.

En los primeros días de enero de 1853 el comandante del vapor de guerra *Correo*, teniente coronel Luis Cavazza, zarpó de la boca del Paraná Guazú con la misión de apoderarse de los buques de guerra surtos en el puerto de Buenos Aires, el vapor *Merced* y al bergantín *Maipú*, que estaban anclados entre Palermo y Retiro. Las instrucciones (inéditas) prescriben:

Se recomienda al señor comandante Cavazza toda prudencia y moderación en la ejecución de la empresa, evitando en todo lo posible la efusión de sangre y mucho más inútilmente, y dispensando toda consideración a los vencidos.

Luego, la flota sería puesta a órdenes "del comandante en jefe del Ejército sobre Buenos Aires", coronel Lagos. El 18 de enero, muy temprano, fondeó el *Correo* ante la isla Martín García, en donde el comandante de su guarnición, coronel Manuel de Olazábal, se subordinó al Director Urquiza. Prosiguiendo Cavazza su rumbo avistó a las diez y media frente a los "cerros" de San Juan al bergantín-goleta de guerra *Maipú* (capitán Thomas Craig), de 6 cañones y 1 coliza, que procuró escapar, pero forzando sus máquinas el *Correo* lo capturó, habiendo aquél izado bandera blanca. A su bordo fueron tomados prisioneros el coronel Juan Susviela, quien debía reemplazar a Olazábal, y el teniente Pedro Ferré (el cual había tomado parte en el ataque a Concepción del Uruguay en noviembre pasado); tras ello, en la rada exterior del puerto el vapor *Correo* también se apoderó sin resistencia de la corbeta pontón 25 de Mayo (teniente Zacarías Peralta) que se hallaba fondeada y contaba con 4 cañones. El 28 de febrero el comandante Cavazza recibió orden del Director Provisorio Urquiza para poner en libertad a todos los jefes y oficiales capturados que estaban a bordo de la Escuadra porteña, desembarcándolos en San Nicolás.

Al mes siguiente la Escuadra Federal —así era denominada ahora— despachó al vapor *Correo* en nueva misión, confiada por el coronel Lagos. En la mañana del 17 pudo divisarse que salía del puerto de Colonia un vapor con dos goletas a remolque: era el porteño *Merced*, "en que venían demagogos de la plaza sitiada", destacó en su parte el teniente coronel Cavazza. Las instrucciones impartidas por el coronel Zurowski al comandante de aquél eran de que

si tuviese que retirarse a Buenos Aires, no empeñe Ud. combate, sino en un caso cierto y seguro, y si trajese Ud. a remolque las presas y no pudiese salvarlas, échelas a pique y procure ganar los bancos para su regreso seguro.

Forzando la nave nacional sus máquinas, y a tiro y medio de cañón, el vapor enemigo largó el remolque de las otras dos naves y se puso en fuga con proa a Buenos Aires. Según descripción de Cavazza, mientras el *Correo* “volaba” en su persecución, la tropa a bordo estaba preparada para su abordaje

en medio de los vivas más entusiastas al Excmo. señor Director de la Confederación Argentina, brigadier general don Justo José de Urquiza, al señor Comandante General en Jefe del Ejército Federal don Hilario Lagos, y al valiente Ejército de su mando.

No faltaba mucho para el choque —estaban a medio tiro de cañón— cuando el *Merced* izó bandera blanca al tope de popa y arrió su pabellón del pico de la mayor. En un bote despachado por su captor, llegó hasta el vapor *Correo* el comandante de aquel, teniente Álvaro J. de Alsogaray, acompañado de su práctico. Para controlar su presa, el teniente coronel Cavazza mandó a su segundo, capitán Mariano Cordero, con un oficial y tropa de custodia, el cual izó a bordo de ella el pabellón nacional y el entrerriano en medio de las dianas de los dos vapores, y de las aclamaciones entusiastas —refiere Cavazza— a las autoridades antes nombradas “y a todos los valientes federales que combaten por la libertad contra los demagogos, hijos maldecidos de la Patria que están ensangrentando”.

También fueron represadas las dos goletas mercantes, *Manuelita* y *San Borombón*, que conducían armamento para el Ejército sitiador y la Escuadra, pero que debido a una infidencia la noche anterior, el Gobierno de Buenos Aires había capturado tras enviar a Colonia al vapor *Merced* con ese propósito. Todas las embarcaciones se dirigieron luego a San Nicolás, llevando la importante presa que significaba el *Merced*, puesto que fue el primer vapor llegado al Plata íntegramente forrado con planchas de metal. La exitosa misión cumplida significó al capitán Mariano Cordero su ascenso al grado de Mayor.

La lucha entablada entre las Provincias que integraban la Confederación y la de Buenos Aires preocupaba a los Diputados del Congreso Constituyente; a causa de ello, en sus primeras sesiones de enero de 1853 se ocupó de solucionar el diferendo que enfrentaba a los argentinos, y el 12 de este mes autorizó al Director Provisorio para hacer cesar la guerra, “empleando todas las medidas que su prudencia y acendrado patriotismo le sugieran”, para que obtuviera de Buenos Aires “el libre asentimiento de ésta al pacto nacional del 31 de mayo de 1852”, vale decir, al Acuerdo de Gobernadores en San Nicolás. Ello implicaba el acatamiento a la autoridad del general Urquiza y la concurrencia al Congreso en los términos allí fijados. En tal virtud, Urquiza delegó su gestión en tres comisionados, que fueron el presidente del Congreso, doctor Facundo Zuviría, su vicepresidente, general Pedro Ferré, y el Ministro de Relaciones Exteriores doctor Luis J. de la Peña.

El 16 de enero el coronel Hilario Lagos se dirigió al Director de la Confederación para reiterarle que su pronunciamiento contra “un pequeño círculo que domina el centro de esta capital” lo había motivado su deseo de paz y organización para la República, reconociendo al Congreso y al Director; pero en vista que el Gobierno de Buenos Aires no pedía “la reincorporación de ella al resto de la Nación” y “prolongaba la azarosa situación del país”, él se había

decidido a confirmar de un modo solemne “que reconoce él y el Ejército que tiene el honor de mandar, la legítima autoridad del Soberano Congreso y del Director Provisorio de la Confederación Argentina”.

Urquiza no quiso mostrarse alejado del terreno de los sucesos, y la conjunción de ambos intereses —las gestiones pacíficas y la presión militar— lo impulsaron a dirigirse a la Provincia de Buenos Aires, estableciéndose una vez más en San Nicolás de los Arroyos. Ahora no era rechazado en ella, como tras el golpe del 11 de septiembre, sino que sus hijos lo reclamaban, dominando la mayor parte del territorio.

Por cierto, la lucha en suelo porteño era llevada con determinación por ambas parcialidades del mismo.

Una esperanza para las autoridades urbanas era la adhesión del coronel Rosas y Belgrano, situado en el lejano fuerte de Azul, quien si bien se mostró en un comienzo favorable a la caída del Gobernador Alsina, no quiso mezclarse con quienes proclamaron su alianza con Urquiza. Desde su acantonamiento, Rosas y Belgrano se movió rumbo a Dolores al frente de 250 soldados y 500 indios amigos, para sumar sus esfuerzos a la resistencia de la capital. Empero la desertión que sufrió fue enorme, en lo que no dejó de influir el repudio hacia la iniciación de una nueva guerra. Mas el coronel Rosas prosiguió para sumar sus efectivos a los del comandante Matías Ramos Mejía, quien con efectivos de Chascomús se había adelantado hasta el río Samborombón, donde fue contenido por tropas adictas a Lagos encabezadas por el teniente coronel Juan Francisco Olmos; pero se le incorporó el coronel Agustín Acosta.

Con el propósito de reforzar al coronel Rosas y Belgrano, el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires había dispuesto el envío a la costa de Tuyú de 400 hombres de infantería y cañones, pero la preponderancia de la Escuadra que respondía a Urquiza lo impidió. De su lado, el coronel Hilario Lagos dirigió en apoyo de Olmos al general Gregorio Paz, quien llevaba como segundo jefe al coronel Gerónimo Costa; al mismo tiempo el coronel Eugenio Busto y el teniente coronel Cesáreo Domínguez marchaban igualmente para dominar el Departamento del Sur. Luego se les incorporaron los coroneles Cayetano Laprida, Laureano Díaz y Jacinto González, y el teniente coronel Francisco Clavero.

Reunido y organizado el “Ejército Federal de Operaciones del Sud”, fuerte en 3.500 efectivos, llegó a Chascomús sin inconvenientes. Los bomberos hicieron saber que sus adversarios se hallaban en proximidades del río Samborombón. Rosas y Belgrano contaba con 2.300 hombres y 400 indios auxiliares, provenientes de Tapalqué, y no le faltaba artillería, aunque escaso era el número de sus infantes. El jefe más caracterizado que acompañaba a Rosas era el coronel Faustino Velazco. No pudo ser más reforzado y abastecido desde la capital por la carencia de naves.

El choque se produjo en la tarde del 22 de enero, en el paraje denominado San Gregorio, proximidades de la juntura de los ríos Salado y Samborombón.

Las acciones comenzaron cuando la División del coronel Juan Francisco Olmos avanzó, y su vanguardia a órdenes del teniente coronel Francisco Clavero se topó con las avanzadas de Rosas y Belgrano, reforzadas por indios. Rompió fuego la artillería nacional dirigida por el teniente coronel Luis Ma. Agüero, siendo contestado por las 2 piezas de los porteños; pero luego del primer encuentro los enemigos pudieron separarse y volvieron a sus posiciones

iniciales, tras lo cual la pelea se suspendió durante un tiempo. Cuando luego de un par de horas Olmos se dispuso a cargar por segunda vez, las tropas del coronel Rosas y Belgrano se desbandaron, imitando a los indios. Varios escuadrones se pasaron a los federales.

No se produjo el combate imaginado: la dispersión de aquellos fue completa. Aunque no tanto como para que no se sufrieran algunas bajas, que entre muertos y heridos de ambas partes no alcanzaron a 30, uno de los cuales fue el coronel Acosta, ahogado al tratar de atravesar el río Salado. El comandante en jefe de las operaciones en el sur, general Gregorio Paz —jefe del Estado Mayor del Ejército sitiador—, en su parte al coronel Lagos del mismo día, detalló los resultados de la acción:

Habiendo el resultado de esta jornada quedar prisionero el referido don Pedro Rosas, toda su artillería, infantería, con bandera y oficiales, casi toda su caballería, la que no puedo detallar el número por no ser posible en razón de seguir la persecución, sus carruajes, municiones, armamento y bagajes. También quedan en nuestro poder varios jefes, entre ellos el coronel don Faustino Velazco, gravemente herido. El triunfo, señor Comandante en Jefe, es uno de los más completos que pueden ofrecerse en las jornadas de guerra, por la importancia moral que él ofrece.

En efecto, así era: más que como victoria militar, el encuentro en San Gregorio permitió al Ejército Federal tomar el control absoluto del Departamento Sud de la campaña que aún hacía causa común con la ciudad. Poco después, al tener noticias del contraste, se dispersaron los pocos efectivos que habían reunido los comandantes Martín Campos y Ramón Ezeyza, quienes asimismo fueron prisioneros (el coronel Velazco murió a consecuencia de sus heridas). Los coroneles Olmos y Eugenio Busto quedaron encargados de asegurar el dominio del centro de la Provincia. En cuanto a Rosas y Belgrano, fue conducido al campamento general de San José de Flores, donde se lo sometió en la quinta de Lezica a consejo de guerra presidido por el coronel Isidro Quesada, y que componían como vocales Manuel Pueyrredon, Matías Rivero, Bernardo González, Pedro José Agüero, Baldomero Lamela, Benjamín Méndez, Laureano Díaz y José María Pita, acusándose al jefe vencido de “rebelde”. Los coroneles Lagos y Rosas eran compadres por el padrino del primero a un hijo del último, y la condena no pasó de una llevadera prisión en Luján, desde donde Rosas y Belgrano reprochó a Lagos ser el responsable de no haberse plegado a su pronunciamiento y encontrarse en esa situación: “*Ud tiene la culpa, como no se lo había manifestado antes*”... Desde Nueva Palmira el general Flores felicitó a Lagos por el “tan grato suceso de San Gregorio”.

El día previo a este encuentro (21 de enero) el general Pacheco encabezó una profunda salida desde Buenos Aires, en dirección a Flores, operación que resultó sumamente sangrienta. En ella recibió una contusión de bala, por lo cual debió Pacheco ser reemplazado por el coronel Pedro José Díaz como Comandante en Jefe de la guarnición defensora. Nadie hubiese previsto doce años atrás, en noviembre de 1840 (batalla de Quebracho Herrado), que los enemigos de entonces se convertirían en aliados. Cuando a fines de enero Pacheco se restableció, quiso reasumir su mando pero los jefes de la defensa, en su ma-

yor parte antiguos enemigos del rosismo, preferían a Díaz, por lo cual éste quedó en el carácter de Comandante de Armas de la capital, y Pacheco fue destinado a Brasil en procura de apoyo.

Se designó entonces una junta de guerra presidida por el Gobernador Pinto de la que formaban parte Paz, el general Gervasio Espinosa y los coroneles Díaz y Escalada, ocupándose de organizar el mejoramiento de los parapetos defensivos.

El 3 de febrero, primer aniversario de su victoria sobre Rosas, en la ciudad se temió un fuerte ataque por parte de la campaña. Sin embargo, el Director Urquiza se limitó a difundir un “manifiesto justificativo” a los argentinos:

Mis más ardientes votos en febrero de 1852 eran que los cañonazos de Caseros fuesen los últimos que se dispararan entre los bandos políticos que han despedazado nuestra Patria; y todos mis actos desde aquella época memorable no han tenido otro objeto que el de contener el desenvolvimiento de las pasiones rencorosas, y hermanar a los Partidos bajo la bandera de la Organización Nacional, y mantener inalterable el orden político, para que la solución de las complicadas cuestiones que debía ofrecer la reconstrucción de nuestro régimen social fuera la obra de la discusión pacífica y racional, y no de las revoluciones y las guerras.

Tales propósitos se habían visto impedidos por “hombres sin virtud” guiados por “una ambición injustificable”, opuestos al Acuerdo de Gobernadores y al Congreso Constituyente, “*mortalmente herido por los hechos inauditos de una facción desorganizadora*”. Aludía Urquiza la “increíble” ofensiva llevada en plena paz contra Entre Ríos, que lo obligó a ponerse en campaña

para escarmentar a los vándalos que la ejecutaban, y aniquilar la obra más inmoral y vergonzosa que ha presenciado América del Sur después de su gloriosa Revolución.

Declaraba, por último, desear la reconciliación para que bajo el pabellón de la Patria “no se encontrasen sino argentinos resueltos a salvarla”.

12

No obstante, el Director y el Congreso habían coincidido en hacer un nuevo esfuerzo por arribar a una solución pacífica del diferendo. Con este propósito la asamblea facultó a Urquiza a emplear los medios que considerase pertinentes, y —como se adelantó— éste designó como representantes a los Diputados doctor Facundo Zuviría y general Pedro Ferré, y a su Ministro doctor Luis J. de la Peña, para trasladarse a conferenciar con los dirigentes de la ciudad. Llevaban como base de sus instrucciones la señalada en el art. 9º:

Siendo una ley de la Nación el Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos, pero muy especialmente siendo bien pronunciado el sentimiento general de la República por la organización nacional, a la que está compro-

metida a concurrir la Provincia de Buenos Aires por sus relaciones interprovinciales, y sobre todo por pactos expresos, muy señaladamente por el de enero del año 31, debe ser condición de la paz el reconocimiento del Congreso como suprema autoridad nacional, y el envío de Diputados que representen en él la Provincia de Buenos Aires.

Esta última nombró a los delegados el 24 de febrero: el Ministro don Lorenzo Torres, los señores Nicolás Anchorena y Dalmacio Vélez Sarsfield, y el general José María Paz.

Es de notar que los tres delegados de Urquiza habían debido emigrar de Argentina durante la Dictadura, mientras que los representantes porteños —con la excepción de Paz— habían servido a Rosas. Una vez más se enfrentaban la tendencia nacional con la local, la cabalmente federal con la resurgida unitaria.

Las primeras conferencias se desarrollaron en casa de don Saturnino Unzué en calle Federación (Rivadavia), a cuadra y media de las trincheras. El 2 de marzo se convino en una suspensión de armas, y el clima de entendimiento que surgió hizo que las negociaciones prosiguieran en la misma Casa de Gobierno de la ciudad.

Desdichadamente ocurrió en medio de los arreglos un episodio negativo: aprovechando la tregua hubo visitas mutuas entre la campaña y la capital, ocasión en que fueron asesinados en circunstancias confusas dos oficiales porteños, Andrade y Romero, lo que provocó gran indignación, traducida en el funeral que se realizó en la catedral de Buenos Aires. No obstante, una carta de entonces mostró que el ánimo de Urquiza era constante en lograr el cese de las hostilidades:

Las palabras y conversaciones diarias del general Urquiza con los vecinos de la ciudad de San Nicolás y otras personas de distinción, manifestaban la resolución de hacer la paz a todo trance, reconociendo ser ella la primera necesidad de la República. El conocimiento instantáneo que el Gobierno de Buenos Aires tenía de esas palabras y seguridades del general Urquiza, inspiraban alguna confianza, y la negociación continuó.

El 3 de marzo de 1853 fue suscripto el pacto para cesar la separación. Mas extrañamente, los representantes nacionales incluyeron un par de estipulaciones que traicionaban sus instrucciones, violando el Acuerdo de San Nicolás que debía servirles de norma fundamental. Tanto era así, que la Provincia de Buenos Aires (art. n° 8) “concurrirá al Congreso de Santa Fe con el número de Diputados que estime conveniente”, y además (art. n° 9) “se reserva el derecho de examinar y aceptar la Constitución que sancionare el Congreso Nacional”. Estos derechos serían extensivos a las demás Provincias. Por otra parte, el Encargado de las Relaciones Exteriores no podía “contraer nuevas obligaciones” que ligaran a Buenos Aires mientras ésta no la consintiera, y el Director de la Confederación se obligaba a mantener las autoridades locales existentes, lo que equivalía a abandonar a las fuerzas que las combatieran.

El general Urquiza se negó a creer lo que se le informó. Exclamaba: —*Preferiría perder mi mano izquierda antes que ratificar un tratado que traicionará a mis amigos.* En efecto, el Ejército Federal quedaría a merced de quienes

había combatido. Los Diputados constituyentes, desde Santa Fe, hicieron llegar a Urquiza su repudio. Si la ciudad ratificó el pacto, el Director Nacional lo rechazó. Y las posiciones se endurecieron.

Urquiza avanzó hasta instalarse en el pueblo de Flores (23 de marzo), y allí fue reconocido como Comandante en Jefe. Llevó consigo fuerzas de Entre Ríos y Corrientes, y recibió un contingente de Córdoba, hasta sumar 1.000 hombres de refuerzo. Los jefes terrestre, Hilario Lagos, y naval, John Coe, fueron ascendidos a Generales.

En la ciudad de Buenos Aires el general Paz asumió el Ministerio de Guerra y Marina, continuando el coronel Pedro José Díaz como Comandante en Jefe. Aprovechándose la presencia —en tránsito— de un ingeniero militar francés, el teniente coronel Camilo Duteil, se construyeron mejores y mayores obras defensivas. Se votó una nueva emisión millonaria de papel moneda.

El 14 de abril volvieron a iniciarse las hostilidades. El día anterior el Gobernador Pinto y sus Ministros Torres, Paz y Carreras lo habían hecho saber al general Urquiza, mediante una larguísima y sumamente violenta nota en que se lo acusaba de deslealtad en todos sus actos: “*Dios y la Patria harán caer sobre V.E. toda la sangre, todos los desastres de una guerra que no ha provocado la ciudad.*” Por su lado, el 20 de abril Urquiza transmitió al Gobernador Pujol de Corrientes el resultado de las gestiones, responsabilizando a quienes las habían hecho fracasar:

Inutilizados los esfuerzos que he hecho por obtener una paz honorable para todos, y que conciliase los intereses generales, hoy no nos queda otro recurso sino apelar a las armas nacionales para anonadar al pequeño círculo atrincherado en las calles de Buenos Aires.

El Gobierno porteño había logrado organizar otra Escuadra, que si bien era compuesta por veleros frente a los vapores de que disponía el Director de la Confederación, estaba mejor artillada. Su comandante el coronel Floriano Zurowski izaba su insignia en el bergantín *Enigma* (capitán Turner), con 12 cañones, y la componían el pailebot *9 de Julio* (capitán Fidanza) con 3 cañones, el bergantín *Santa Clara* (capitán Murature) con 5 cañones, la goleta *Chacabuco* (teniente Pittaluga) con 5 cañones, el lugre *11 de Septiembre*, antes *Fama* (teniente Pierallini) con 9 cañones, y el bergantín goleta *Mayo* (teniente Pérez) con 4 cañones. En abril se planeó sorprender de noche a las naves nacionales, y Zurowski llevaba instrucciones del general Paz en las cuales se le recomendaba

la humanidad y la moderación, tanto más cuanto que siendo esta una guerra civil, debemos considerar que es sólo sangre de hermanos lo que se derrama.

Si llegara el caso de un combate “por consecuencia de la guerra que nos hace el general Urquiza”, debía evitarse un cañoneo a distancia que sólo consumía muchas municiones sin causar más que poquísimo efecto. La escuadra zarpó del puerto de Buenos Aires el 17 de abril a las 8:30 de la mañana, llevando infantería embarcada.

Al día siguiente se produjo el encuentro con la más poderosa escuadra nacional, cerca de la isla Martín García, habiendo fallado el factor sorpresa con que contaba el Gobierno porteño.

Las naves bajo el comando del general John H. Coe se componían de los vapores *Correo* (mayor Mariano Cordero), que remolcaba al único velero, el bergantín *Maipú* (capitán José María Cordero), vapor *Merced* (capitán Bartolomé Cordero), vapor *Constitución* (mayor Santiago Maurice). Era evidente que los federales contaban con mayor movilidad, al ser impulsadas por máquinas sus embarcaciones; y apenas aproximados, el capitán del *Enigma*, Turner, pidió al coronel Zurowski que se rindiera, haciéndole eco a gritos los tripulantes. El comandante de la escuadra se opuso, apoyado por el teniente Alejandro Murature y el capitán Vialardi, jefe de los infantes, en medio de los disparos con que el vapor *Correo* y el bergantín *Maipú* los hostigaban. Al recibir el fuego enemigo, Turner y los marineros abandonaron la cubierta y se refugiaron en la cámara, mientras los oficiales procuraban responder al ataque: pero ante su extrañeza los cañones se desmontaban. Las bajas se sucedían en el *Enigma*, y la situación se agravó cuando un oficial inglés quitó del palo la insignia del jefe e izó una bandera blanca. El teniente Murature se trabó en lucha con él, arrojándolo al suelo, desde donde aquel le hizo un disparo de pistola que hirió al marino en la cintura, no obstante lo cual Murature volvió a enarbolar la insignia del comandante. En momentos que el oficial inglés se disponía a descargarle otro tiro, el capitán Vialardi le pegó en la cabeza con su pistola, desmayándolo. El coronel Zurowski hizo fuego con el único cañón disponible, ayudado por el teniente Murature, pero poco quedaba por hacer, con los tripulantes leales muertos o heridos. Cuando un metrallazo del vapor *Correo* cortó la driza del banderín del comandante y éste cayó al agua, Murature convenció a Zurowski de abandonar el *Enigma* y proseguir la lucha a bordo del bergantín *Santa Clara* que mandaba su padre. Con el capitán Vialardi y 5 soldados treparon en la lancha amarrada a popa y allí fueron.

En tanto había sido capturado el lugre *11 de Septiembre*, y en la goleta *Chacabuco* su comandante el capitán Pittaluga resultó muerto, abandonando la lucha su segundo con rumbo a Buenos Aires. El combate que sostenía el bergantín *Santa Clara* (capitán José Murature) con el vapor *Merced* (capitán Bartolomé L. Cordero) debió suspenderse luego que la lancha del *Enigma* con los oficiales y soldados salvados del motín, subieron a bordo del primero. Las pérdidas del *Enigma* y del *11 de Septiembre*, y la fuga del *Chacabuco*, decidieron a Zurowski a cesar el combate y retirarse a puerto, luego de tres horas de lucha. El menor calado de los veleros porteños impidió la persecución por parte de los vapores nacionales por entre los bancos, so riesgo de encallar.

La inspección efectuada al bergantín-goleta *Chacabuco* demostró que los daños provocados por los cañonazos enemigos lo habían inutilizado para futuras operaciones, por lo cual fue adquirido un vapor norteamericano (el *Manuelita*, que efectuaba la travesía a Montevideo), rebautizado *Buenos Aires*. A poco una reunión efectuada en la Comandancia General de Marina con asistencia de su titular, general Manuel de Escalada, del Ministro de Guerra general Paz, el coronel Zurowski, el segundo comandante de la Escuadra coronel Antonio Toll, y el de la goleta *Santa Clara*, mayor José Murature (ascendido después del combate), convino en lo siguiente:

Unánimemente creen posible que los buques [enemigos] estando la marea alta penetren en las balizas interiores y empuñen un combate, bien que no puedan maniobrar atendida a la estrechez del canal, ya por tener que sufrir los fuegos de nuestras baterías.

Si se consideraron varias medidas defensivas —guarecer la costa con artillería, acoderar los buques y lanchones, y hasta obstruir el canal del Riachuelo—, cuando se inquirió acerca de los medios para tomar la ofensiva, reza el acta levantada:

Por unánime consentimiento en atención a la gravedad de esta cuestión, suspendieron su contestación, para considerarla mejor y resolverla después.

No hubo ocasión de adoptar resolución al respecto: dos días después, el 25 de abril, apareció la Escuadra Nacional en la rada exterior del puerto de Buenos Aires, y estableció el bloqueo a la ciudad. Estaba compuesta por los vapores *Correo*, *Constitución*, *Merced*, bergantín *Enigma* y lugre *11 de Septiembre* (los dos últimos capturados recientemente), y en el primero de los cuales izaba su insignia el general de marina Coe. Desde entonces se cortó el suministro a la plaza, pues el bloqueo fue reconocido por las Estaciones navales extranjeras, y sólo pocas y pequeñas embarcaciones pudieron burlarlo. Sólo restaba a la ciudad las goletas de guerra *9 de Julio* y *Santa Clara*, y el pailebot *General San Martín*.

El ánimo de los defensores de la ciudad no decayó, no obstante, y los encuentros y mutuos avances y repliegues continuaron sucediéndose con arrojo. El general Hornos, el coronel Mitre y el teniente coronel Oliveri mantuvieron el 21 de abril un fuerte choque; hasta que ofrecieron su mediación los representantes de Brasil y de Bolivia, que se estableció entre los delegados doctores Ireneo Portela, Pastor Obligado y Carlos Tejedor por un lado, y por el otro los doctores Francisco Pico y Vicente Fidel López, y el coronel Joaquín Ramiro. Las modificaciones al pacto del 9 de marzo no pudieron transarse, y a principios de mayo se dieron por concluidas las conversaciones mantenidas entre antiguos amigos, que serían las últimas en intentarse.

Otro rudo combate se empeñó poco después, y no dejó de convertirse en un problema serio el entierro de los defensores caídos, por cuanto el cementerio de la Recoleta estaba en poder de los sitiadores. La solución fue habilitar otro fuera del radio céntrico, en la manzana delimitada por las actuales calles Carlos Pellegrini, Cerrito, Arenales y Juncal (hoy en la avenida 9 de Julio), próxima a la iglesia de Ntra. Sra. del Socorro. En cuanto a la dirección de las operaciones, el 7 de mayo un decreto reemplazó al coronel Díaz como Comandante en Jefe del Ejército "en campaña", quedando el general Manuel Hornos en carácter de Comandante General de Armas, y el coronel Bartolomé Mitre desempeñando la jefatura del Estado Mayor. Fue Jefe de Policía el coronel José María Pelliza, y el Consejo de Guerra presidido por el general Zapiola se constituyó con los generales Iriarte y Pirán, y los coroneles Albariño, Echenagucía, Pablo Díaz, Zelaya, y tenientes coroneles Bustillo y Nazar. Permanecía Paz al frente del Ministerio de Guerra.

Los choques armados se sucedieron regularmente en el mes de mayo, aunque sin definir el estado de las cosas, por más bizarría desplegada por ambos bandos, lo que causaba sangrientos resultados. Dichos combates tenían lugar dentro del recinto urbano al igual que en los suburbios y alrededores, sostenidos tanto por las fuerzas de línea como por los Guardias Nacionales de sitiadores y sitiados. Los actos de valor individual eran constantes, en todas las graduaciones y soldados.

Y los gastos de guerra crecían: para afrontarlos, las autoridades nacionales buscaron un empréstito en Montevideo, mientras las porteñas recurrían una vez más a las emisiones de su Casa de Moneda.

No sólo la ideología influyó en la división: el dinero no dejó de hacer su parte. El 18 de abril se enviaba al Gobierno de Córdoba la denuncia de una maniobra deshonrosa:

La División cordobesa ha tenido ocasión de acreditar su lealtad a la causa, burlándose de una tentativa que se ha empleado por el Gobierno de Buenos Aires para seducirla, comprándola. En el río de la Plata ha tenido lugar este acontecimiento; y uno de los jefes encargados de realizar tan innoble plan ha sido conducido a presencia del Director, a quien se le ha dado cuenta de todo por nuestros leales jefes, presentándole también el equipo que se traía dispuesto para obsequiar a nuestras fuerzas, y una cantidad de onzas.

Enterado el general Urquiza de esta maniobra, recomendó vigilancia al comandante de la Escuadra, general John Coe, quien le dio seguridades el 8 de mayo sobre la conducta de los marinos:

Puedo asegurar a V.E. que son incorruptibles. V.E. tiene sobradas pruebas de su lealtad en circunstancias que no tenían ni ropa ni comida, y mucho menos lo serían ahora que son vencedores de sus enemigos. Por otra parte, vivimos incomunicados, porque los comandantes de buques tienen orden de no permitir a bordo ninguna persona extraña.

13

En otro lugar del país se tomaban las decisiones más importantes y definitivas: en Santa Fe, en cuyo Cabildo deliberaba la comisión de Negocios Constitucionales elegida por el Congreso para redactar el proyecto que establecería el Estado de Derecho en la Confederación Argentina.

Es de justicia nombrar a los miembros de dicha Comisión. En primer lugar, a los principales redactores del proyecto, doctores Juan María Gutiérrez y José Benjamín Gorostiaga, y luego a sus demás integrantes, Manuel Leiva, Pedro Ferré, Pedro Díaz Colodrero, Martín Zapata, Santiago Derqui y Juan del Campillo. Es de hacer notar que salvo los más jóvenes —Gorostiaga y Campillo— todos los demás habían combatido a Rosas, y no podían ser tachados de enemigos de la libertad y de los derechos individuales y políticos. La primera redacción fue sometida al plenario del Congreso el 18 de abril y de-

batida durante una semana, hasta su sanción el 1° de mayo de 1853. Sólo cabe resaltar en esta obra que la Constitución Nacional armonizaba las dos corrientes políticas en cuyos nombres se habían enfrentado los argentinos: la federal y la liberal. El primer sistema en cuanto preservaba a las Provincias de la ingerencia del Poder Central; el segundo, porque defendía a sus habitantes de los avances de las autoridades.

La Comisión de Negocios Constitucionales expuso modestamente que su proyecto "no es obra exclusivamente de ella", porque *"es la obra del pensamiento actual argentino"*. Vaciada en el molde norteamericano, debe entenderse esta expresión como el haberse adoptado ese modelo —preámbulo; declaraciones, derechos y garantías; y Poderes de la Nación— porque fue el ejemplo de todas las Constituciones de América. Pero incorporando a su texto varios aspectos de la antigua legislación propia, los constituyentes incluyeron normas que reconocían modalidades locales, como la pertenencia del Presidente al credo católico y la obligación de convertir a los indios a esta religión, cuanto el ejercicio del Patronato eclesiástico por parte de los tres Poderes del Estado. La época recientemente superada se quiso evitar prohibiéndose la reelección del Poder Ejecutivo, suprimiéndose las ejecuciones a lanza y cuchillo, eliminándose conceder al gobernante facultades extraordinarias o la suma del Poder público. Además, el cese de la esclavitud marcaba otra diferencia fundamental con la situación de los Estados Unidos de Norte América.

Al sancionar la Ley Suprema, el presidente del Congreso, doctor Zuviría, aludió a la fecha:

El 1° de mayo de 1851 el vencedor de Caseros firmó el exterminio del terror y el despotismo. El 1° de mayo de 1853 firmamos el término de la anarquía, el principio del orden y de la ley. Quiera el Cielo seamos tan felices en nuestra obra como él lo fue en la suya.

Conforme a lo dispuesto por el Acuerdo de San Nicolás, la Constitución debía ser promulgada por el Director Provisorio, Jefe del Estado Nacional. Con tal objeto viajó hasta San José de Flores una comisión del Congreso compuesta por los Diputados doctores Salvador Ma. del Carril, José Benjamín Gorostiaga y Martín Zapata. Portaba asimismo una nota del presidente de la asamblea, algunos de cuyos párrafos merecen transcribirse pues contienen el resumen de lo sucedido:

Desde luego empezará por agradecerlos, Señor, la completa independencia en que habéis dejado al Congreso Constituyente para meditar, combinar y sancionar la Constitución que su ardiente patriotismo, su conciencia y su leal saber y entender le han inspirado. Este hecho modesto, legado a la Historia por esta franca y verídica confesión, ha de formaros en el porvenir el más precioso timbre de vuestra gloria.

Los contemporáneos imparciales y la Patria constituida, cuando mediten los hechos, nuestro punto de partida, y las circunstancias cuya presión hemos sufrido, echando una vista retrospectiva al pasado y haciendo una apreciación sana y sesuda del presente, dirán como el Congreso dice y siente hoy: que jamás héroe alguno hizo más grandes promesas a los pueblos, y que nunca fueron cumplidas con más lealtad.

Vuestra es, Señor, la obra de la Constitución, porque la habéis dejado formar sin vuestra influencia ni concurso; y es por esto que podéis libremente sacudir las hojas de su libro para calmar todas las pasiones, y levantarlo en alto como enseña de concordia y fraternidad.

El Congreso os defiere la gloria de Washington.

La Historia, con pluma mojada en tinta de oro, ha escrito ya vuestro pronunciamiento del 1° de mayo, la célebre e inmortal victoria de Monte Caseros, el Acuerdo de San Nicolás, y con reciente data la Constitución de la Confederación Argentina. ¡Noble página! ¡Serie admirable y única en nuestros anales! Puede desafiar antecedentes seculares y desear a la imitación.

Allí en el pueblo de Flores tuvo lugar un sencillo acto, luego del cual el general Urquiza promulgó la Constitución y fijó para su jura en todo el territorio argentino el 9 de julio, expresando en su circular a los Gobernadores: “En ese día nos presentamos al mundo como un pueblo independiente, y en el mismo nos presentaremos como una Nación constituida”, encerrándose entre ambos años —expresó— “un período de amargas pero útiles lecciones”.

Desde entonces Argentina dejó de ser una mera Confederación de Provincias con facultades delegadas en el Gobernador de una de ellas, para convertirse en una República Federal. La costumbre, empero, hizo que prosiguiera denominándose “Confederación”, sin perjuicio de darle asimismo el nombre de República, que es el que le correspondía.

Los delegados del Congreso quisieron presentar la Constitución a la aceptación de la Provincia de Buenos Aires, aunque sin poder revisarla por prohibirlo el Acuerdo de San Nicolás. Ya no podía aducirse sinceramente el temor del resurgimiento de la tiranía, o invocar propósitos despóticos en el general Urquiza. Lagos se mostró complacido, y el mismo 25 de mayo expidió un decreto convocando a la elección popular de una Convención a ese efecto. Los designados por los Partidos de la campaña, más las parroquias de la ciudad dominadas por el Ejército Federal (Pilar, Balvanera, Montserrat, Concepción y San Telmo) fueron 30, entre quienes se contaban los doctores Vicente Fidel López, Baldomero García, Adolfo Insiarte, Vicente G. Quesada, Marcos Paz, Vicente P. Peralta, y los coroneles Nicolás Granada y Gerónimo Costa. Presidió la asamblea el coronel Eugenio Bustos y fue su secretario don Federico de la Barra (que lo fuera del Gobernador Madariaga en Corrientes, menos de una década atrás). El coronel Lagos inauguró sus sesiones con un discurso en que lamentó que en el “larguísimo período de cuarenta y tres años de emancipación política” las esperanzas y esfuerzos por establecer un orden constitucional se hubieran “desvanecido como humo”. El coronel Bustos reafirmó que “la Provincia de Buenos Aires quiere gozar a la par de sus hermanas de los beneficios del sistema federal”. Una comisión examinadora comenzó su tarea y llegó a emitir un dictamen favorable.

Curioso cambio de postura política: mientras luego de Caseros los ex militantes en el bando rosista renegaban del sistema que habían sostenido, antiguos enemigos de la Tiranía adoptaban la postura de su enemigo.

Ese 25 de mayo ambos antagonismos acordaron suspender la lucha en homenaje a la común fecha patria, medida propuesta por el general Urquiza, la

cual fue celebraba en la plaza de la Victoria por un lado, y en la de San José de Flores por el otro. Era una oportunidad propicia para que los Diputados cumplieran la segunda parte de su misión, y por intermedio de diplomáticos amigos quisieron trasladarse a la ciudad de Buenos Aires para mostrar el documento que aplacaría los recelos. El resultado de la gestión lo expuso el Ministro Lorenzo Torres a la Legislatura porteña, según consta en su diario de sesiones:

Los señores agentes extranjeros han preguntado últimamente al Gobierno si éste recibiría la comisión del Congreso, y se les ha contestado que no, y que se les ahorrase el trabajo de intentarlo por tener que ahorcarlos ante las trincheras, cumpliendo con su deber, en pago de la conducta villana que habían observado, procurando toda clase de males al país, permaneciendo ante los rebeldes largo tiempo, concitándolos a la guerra y división de la Provincia, que atizaban, y procurándole toda clase de males.

Y cuando recibió dicho Gobierno el pliego que contenía el documento, el Diputado Montes de Oca hizo moción, “pudiendo quizá contener la Constitución”, que se arrojase “a la calle, para que lo recoja quien quiera”. Agregó: “Los Diputados que lo envían son dignos de tal procedimiento por su conducta villana y hostil”. Quedaba demostrado que lejos de examinar la Ley Suprema y enseñar los defectos que anunciaran reiteradamente con desconfianza y temor, se rechazaba la organización federal del país para buscar la supremacía de Buenos Aires, mantenida con Rosas hasta la batalla de Caseros. Las invocaciones libertarias eran desmentidas con hechos.

Luego, las operaciones de guerra se reanudaron con el encarnizamiento de antes, y no dejó de tomar parte en un avance sobre la zona de Barracas y la Boca el antiguo general La Madrid, quien como su amigo el general Paz, venía empuñando su espada desde cuarenta años antes.

El 2 de junio ocurrió un hecho que pudo cambiar la Historia Argentina.

Un reconocimiento efectuado hasta la Convalecencia y la quinta de Balcarce —en el potrero de Langdon, proximidades de la actual estación ferroviaria de Constitución—, que encabezaba el coronel Bartolomé Mitre, jefe del Estado Mayor, llevando consigo al batallón 2 de Línea del teniente coronel Emilio Mitre y fuerzas de caballería del coronel Esteban García, provocó un fuerte escopeteo en su vanguardia. Y hallándose en medio de los disparos, un tiro pegó a Mitre en la frente, provocándole una herida que debió causar la muerte. Afortunadamente para este jefe, la bala había rebotado en el suelo, perdiendo fuerza, y al levantarse se incrustó en la escarapela de latón que ostentaba el quepis del coronel Mitre, con lo que su potencia volvió a disminuir. El hueso se hundió y le oprimió el cerebro. Bajado del caballo y conducido de inmediato a su domicilio, tan sólo la operación que indicó como indispensable el doctor Ireneo Portela, y que le practicó de inmediato el doctor Hilario

Almeida, salvó la vida de Bartolomé Mitre, quedándole una cicatriz indeleble, sin que la grave herida afectase sus facultades intelectuales. No dejó Urquiza, al enterarse, de participar aquella noticia al general Urdinarrain con sorna, recordando una vieja frase de su antagonista:

Uno de los más furiosos agitadores de la discordia, y que quería marcar en la frente con un hierro ardiendo a los que no pensaban como él, el día 2 ha sido herido gravemente en el mismo lugar en que él quería marcar a otros. Este individuo es el coronel Mitre, a quien los soldados de mi escolta en el encuentro de ese día hirieron bizarramente.

Los tiempos corrían y era precisa una definición. El bloqueo al puerto de Buenos Aires se traducía en la miseria que vivía la ciudad de Buenos Aires y en la escasez de productos que se notaba en la campaña. Los combates continuaban: en la Recoleta, en el hueco "de las Cabecitas" (hoy plaza Vicente López), en medio de las quintas, en la costa del Riachuelo. Con tenacidad medían sus fuerzas los contendientes, sin progresos mutuos.

Hasta que el 19 de junio cambió la situación.

En esta noche, apenas comenzada la jornada —"entre la una y las dos de la mañana", precisa el historiador contemporáneo José Luis Bustamante— el bergantín goleta que guardaba el Riachuelo a órdenes del coronel José María Pinedo, salió de la Boca y fue a fondear en medio de las naves de la plaza que debía vigilar, poniéndose a órdenes de las autoridades locales. Fue la primera manifestación de una maniobra tentada desde la ciudad para debilitar el asedio: echar mano del soborno.

Debe señalarse que desde el mes de abril se consideraba en Buenos Aires la posibilidad de usar los fondos públicos para esta finalidad deshonrosa. Los rumores habían llegado a Montevideo, desde donde el 6 de mayo el doctor Diógenes J. de Urquiza impuso a su padre:

Los amigos en Buenos Aires escriben alarmados porque temen que alguna maquinación secreta se esté trabajando en el Gobierno. Unos hablan de comprar a Coe, otros de conspiraciones en el Ejército, y todos convienen que hay algo, sin atinar lo que será. Las 20.000 onzas que ha comprado el Gobierno ha venido a confirmar este juicio.

Y lo temido se produjo.

Un día después de la defección de Pinedo, se producía la del propio general John H. Coe, entregando no ya su persona a las filas contrarias, sino el todo de la flota que comandaba, al teniente coronel José Murature.

Principió el bergantín *Enigma* (capitán Turner, el mismo que abandonara a Zurowski durante el combate en abril) por anunciar a la ciudad que la Escuadra Nacional se sometía a quienes combatiera hasta ese entonces, y paulatinamente se pasaron los vapores *Constitución*, *Merced*, y los buques de vela *Maipú* y *11 de Septiembre*, siendo el último en hacerlo, al anochecer, el vapor *Correo* (rebautizado como *General Pinto*), pero que no llevaba a bordo a Coe, quien se refugió en una nave norteamericana. Al igual que éste, quien lo seguía en el mando, el teniente coronel Luis Cavazza, y el resto de la oficia-

lidad, había sido comprada. Tan sólo un puñado de oficiales resistió a la corrupción: los hermanos José María, Mariano y Bartolomé Cordero, Augusto Lasserre y Santiago Maurice. A tiros de pistola pudieron escapar del cerco y dirigirse luego al campamento de Urquiza. El teniente coronel Murature informaba al Ministro de Guerra y Marina el mismo 20 de junio:

El señor Cavazza, los jefes y oficiales, tripulaciones y tropa, piden al infrascripto haga presente a V.E. que, sometidos al Gobierno como lo están por este acto espontáneo, ofrecen sacrificarse en sostén de la honrosa causa que con tanto heroísmo defiende la ciudad de Buenos Aires.

El general Urquiza juzgó duramente la conducta de su ex comandante naval: "*La traición se llamará por nosotros, de hoy en adelante, Coe. Ésta es la primera vez que se trafica con la bandera gloriosa de la Patria*". En cuanto al "acto espontáneo" de los marinos, claro que no fue tal. Mucho se especuló con la cantidad recibida, que puede establecerse fehacientemente por sendas resoluciones firmadas por el general Manuel G. Pinto y sus Ministros Paz, Torres y Carreras el 10 de junio, estipulándose en \$ 200.000 fuertes para Coe y \$ 300.000 metálicos para los jefes, oficiales y tripulaciones. El agente de Buenos Aires en Montevideo, Carlos Calvo, había servido de intermediario.

Con ello el bloqueo había cesado, y Buenos Aires tenía abierto el Río de la Plata para recibir todo tipo de abastecimientos y poder operar en las costas del Paraná y del Atlántico. El tañir de las campanas anunció a los vecinos la favorable novedad: "Difícil es explicar el inmenso regocijo del pueblo", sintetiza elocuentemente Bustamante. Ahora la resistencia al Ejército Federal podía sostenerse con mayor eficacia, y una nueva emisión de moneda fue dispuesta por la Legislatura. A poco el queche *Carnaval*, porteño, capturó al pailebot *Entre Riano* cargado con artículos de guerra para las tropas nacionales.

El soborno cundió: el coronel Laureano Díaz entró a la ciudad con la División a su mando el 1º de julio, junto con otros efectivos de la línea sitiadora. Y para debilitar más al Ejército del Director, se presentó en el norte de la Provincia el general José María Flores, proveniente del Estado Oriental, en donde las gestiones del ciudadano Trifón Lezica lo habían impulsado a obrar en contra de sus conmlitones de diciembre anterior. Flores volvía acompañado por el coronel José Joaquín Baltar, y ya no debe extrañar la actuación de antiguos subordinados de Oribe y de Lavalle en las mismas filas. Algo más traía consigo Flores, que revela el almirante inglés sir Charles Hotham: "*Llegó, no con un Ejército, sino con una especie de Banco portátil que emitía letras de crédito sobre la ciudad de Buenos Aires a todos los que se le unían*". El general Flores desembarcó en cercanías de Baradero y comenzó con elementos adictos a subvertir el acatamiento a los nacionales en Baradero, Exaltación de la Cruz, Luján, Pilar, Giles y Areco. Por medio de una proclama, difundió Flores su operación "*para defenderla de la funesta influencia de Urquiza*" y el acatamiento al Gobierno de la ciudad.

Era grave ahora el estado del campamento nacional, tomado entre sus espaldas y la Capital. Sobre todo, porque el ejemplo de Flores cundía: el coronel Ramón Bustos, su amigo, le hizo saber que se ponía a sus órdenes al frente de los 600 hombres con que contaba en el arroyo Tala; y en aquellos parajes del

norte se desbandó parte de la División del coronel Cayetano Laprida. Algunos integrantes del Regimiento del teniente coronel Francisco Clavero se presentaron en la ciudad, y las deserciones aumentaron. Quedaron próximos a Luján los contentientes: enfrentados a Flores y Bustos, sus otrora compañeros los coroneles Baldomero Lamela y León Benítez, y en el extremo derecho de la línea Juan de Dios Videla.

Tan sólo el 9 de julio se formalizó una suspensión de armas, esta vez propuesta por el mandatario porteño —lo era interinamente el doctor Obligado, por muerte del general Pinto—, y aceptada por Urquiza. Las hostilidades se reanudaron dos días después con un combate generalizado en todo el perímetro de la capital: en esta acción fue muerto el capitán Felgueras, el que había impedido la captura del armamento existente en el cuartel de Retiro cuando comenzó el asedio de Lagos.

Aprovechó Urquiza la tregua para hacer firmar el 10 de julio, por medio de los doctores Carril y Gorostiaga, sendos tratados con los representantes de Gran Bretaña y Francia —y a poco con el de Estados Unidos— mediante los cuales la República Argentina concedía, “en el ejercicio de sus derechos soberanos”, la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay, con sujeción a los reglamentos que sancionaren las autoridades nacionales. Fue una medida de suma importancia para el progreso, porque habiendo Buenos Aires rechazado lo establecido por la Constitución, aquellas potencias podían obstaculizar la negativa si el antiguo puerto único monopolizaba el tráfico fluvial como hasta entonces. Dígase desde ya que Buenos Aires adoptó el mismo régimen no mucho después.

En esas circunstancias aquellos agentes extranjeros ofrecieron una vez su mediación, que fue aceptada por ambas partes, y que se tradujo en la propuesta del levantamiento del asedio, y el pago al Ejército sitiador, cuyo personal conservaría sus grados. Urquiza se retiraría a Entre Ríos.

Al conocerse lo pactado, estalló la desconfianza en lo acordado, y la confusión se hizo general en las tropas, que se consideraron traicionadas. En opinión de un extranjero, se trataba de una maniobra de los hombres de la ciudad. El representante norteamericano Pendleton hizo saber luego al Gobierno de Washington:

Esto era la obra de los caballeros que estaban en el poder, desde luego, y formaba indudablemente parte de su plan desde el principio. Los jefes principales instaron a Urquiza a que se embarcase. Ellos estaban determinados a marcharse la misma noche, a altas horas, y así evitar toda posibilidad de que la treta tuviese éxito, la que entonces era manifiesta. Eran de opinión de que iba a producirse un ataque, con todas probabilidades, a la escolta de Urquiza, mientras procedía a embarcarse, si se atrasaba una hora o dos, y creo que ésta era también su opinión.

Los hechos se precipitaron.

Producida la jura de la Constitución en toda la República Argentina, el general Urquiza consideró finalizada su misión, sin querer prolongar la guerra civil. Ciertamente era que había fracasado en convencer a las autoridades porteñas de la sinceridad de sus propósitos y conducta, pero no cabía prolongar el rui-

noso estado de cosas. El 13 de julio dirigió una nota “a los señores Ministros del Gobierno de Buenos Aires encargados del Poder Ejecutivo”:

Habiendo quedado resueltas por las últimas sanciones del Congreso Constituyente la cuestión que dividía a esta Provincia del resto de la Confederación, he resuelto retirarme con los contingentes nacionales fuera de su territorio. Sobre esta base sería conveniente para todos, y altamente honroso para el nombre argentino, que el Gobierno de Buenos Aires aceptara y reconociera estar en paz con el resto de la Confederación, y me sería muy grato recibir una comunicación semejante.

El estado de los efectivos en el pueblo de Flores era alarmante: proseguía el desbande paulatino, que alcanzó al batallón de negros hecho prisionero en Caseros y llevado al campamento de Calá, en Entre Ríos. Cuando Urquiza anunció al Gabinete de Buenos Aires que se retiraba de la Provincia, el mismo día “el Gobierno Delegado” (los Ministros Torres, Paz y Carreras) le hizo saber que “no teniendo conocimiento de la resolución a que V.E. se refiere”, pondría su nota en conocimiento de la Junta de Representantes, asegurando al mismo tiempo que ésta, “participando de los mismos sentimientos del Gobierno, aceptará reconocida la paz que V.E. le ofrece con todas las Provincias nuestras hermanas”. En la jornada siguiente el Gobierno ofreció un “olvido completo de todo lo pasado desde el 1º de diciembre hasta esta fecha”.

Urquiza se retiró de Flores precipitadamente la noche del 13 de junio, temiendo un atentado contra su persona en tales momentos de confusión, antes de arreglarse el definitivo levantamiento del sitio por intermedio de los diplomáticos extranjeros. Marchó desde allí hasta Palermo en galera, y se embarcó por la noche en el vapor norteamericano *Water Witch* junto con los Diputados Carril, Gorostiaga y Zapata, los coroneles Quesada, Ramiro y Costa, su secretario Elías, el doctor Baldomero García y Federico de la Barra. Los doctores Pico y López lo hicieron en el *Sesostris* rumbo a Montevideo, y gran parte de la tropa fue recibida a bordo de este mismo, del *Trident* y del *Locust*. El general Lagos se marchó a Rosario por tierra, con cordobeses y santafecinos, y la artillería ligera. No hubo molestia alguna por parte de las fuerzas de la ciudad.

Mas la crisis y confusión imperaban en el campamento de San José de Flores: la mayor parte del armamento y municiones quedó abandonada. Varios cuerpos del Ejército Federal se presentaron a las autoridades provinciales, y otros al general José María Flores. El historiador contemporáneo Bustamante ofrece el cuadro de lo vivido en la ciudad de Buenos Aires en esas circunstancias:

“La capital ofrecía el aspecto más halagüeño y consolador en aquellos momentos de indecible alegría. Todas las clases de la sociedad, nacionales y extranjeros, corrían a felicitarse recíprocamente, y la casa de Gobierno recibía por instantes numerosos ciudadanos que iban a ofrecer al Gobierno el homenaje de su reconocimiento y gratitud por la habilidad y acierto con que había dirigido las operaciones hasta arribar a tan feliz desenlace”.

Los festejos se prolongaron varios días.

No obstante este triunfo local, más importante era el resultado trascendente de haberse logrado la organización constitucional en Argentina. Otras 13 Provincias reconocían la vigencia de la ley suprema en el territorio de la República, y quedaba sólo pendiente "la inclusión en su bandera de la estrella faltante".

Era el fin de una larga búsqueda de un Estado de Derecho orgánico y consolidado, que tantos esfuerzos y sacrificios habían costado. Era la concreción del movimiento iniciado en 1810, por sobre proyectos fracasados, enfrentamientos sangrientos, errores de conducta o constancia en los principios, y también ejemplos de dignidad y valor. Pero por sobre todo el conjunto de empeños y frustraciones, era un logro que permitiría a la República Argentina encarar con mayor seguridad un futuro civilizado y progresista.

Por eso, corresponde cerrar este período de nuestra Historia con el juicio que pronunciara el orador de Catamarca fray Mamerto Esquiú al jurarse la Constitución, el 9 de julio de 1853, como culminación del proceso que comprende el presente volumen:

Enjuguemos las lágrimas, y alejando la vista de lo pasado, tendámosla por el porvenir de gloria nacional que el 9 de julio ha creado en su doble acontecimiento. La libertad sola, la independencia pura, no ofrecían más que choque, disolución, nada; pero cuando los pueblos, pasado el vértigo consiguiente a una transformación inmensa, sosegada la efervescencia de mil intereses encontrados, y excitados por un hombre de la Providencia, se aúnan y levantan sobre sus cabezas el libro de la Ley, y vienen todos trayendo el don de sus fuerzas e inmolando una parte de sus libertades individuales, entonces existe una creación magnífica que reboza vida, fuerza, gloria y prosperidad: entonces la vida se esparce en las profundidades de un lejano porvenir.

Tal es el valor del Acta de nuestros padres reunidos en Tucumán, y de su complemento, la Constitución hoy promulgada y jurada. ¡Descansen ellos rodeados de gloria! ¡Gratitud eterna al amigo fiel de la Patria: Urquiza, ilustre ciudadano, tu Nación te debe la vida!

Terminada la etapa constituyente, comenzaba la época de la organización nacional sobre la base establecida con caracteres de permanencia.

Bibliografía

Archivo del General Mitre, t. XIV (Buenos Aires, 1912).

BAIGORRIA, *Memorias* cit.

BUSTAMANTE, JOSÉ LUIS, *Memorias sobre la revolución del 11 de septiembre de 1852* (Buenos Aires, 1853).

— *Ensayo histórico sobre la defensa de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1854).

Diario de sesiones de la Sala de Representantes de la Provincia de Buenos Aires, 1852 (Buenos Aires, 1864).

DÍAZ, A., *Historia política y militar* cit., t. VIII.

ESTÉVEZ SAGUI, MIGUEL, *Apuntes históricos* (Buenos Aires, 1980).

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *Documentos relativos a la organización constitucional*, tres tomos (Buenos Aires, 1911).

GONZÁLEZ CALDERÓN, JUAN A., *El general Urquiza y la organización nacional* (Buenos Aires, 1940).

GUTIÉRREZ, JOSÉ M., "Urquiza en Buenos Aires después de Caseros", en *Revista de Historia Entrerriana* n° 1 (Buenos Aires, 1966).

HORTELANO, *Memorias* cit.

JUNTA CONSERVADORA DEL ARCHIVO HISTÓRICO, *Crisóstomo Álvarez y su campaña libertadora del Norte* (Tucumán, 1957).

MINUTOLO, CRISTINA V., "La batalla de San Gregorio", en *Mayo* N° 1 (Buenos Aires, 1858); idem, *Facasada invasión militar a Entre Ríos* (Buenos Aires, 1977); idem, *Revolucionarios a sueldo* (Buenos Aires, 1985); idem, "El sitio de Buenos Aires y la venta de la Escuadra", en *Boletín* N° 7 del Instituto de Historia Argentina (Buenos Aires, 1961).

REPÚBLICA ARGENTINA, *Registro Nacional*, t. I (Buenos Aires, 1863).

RUIZ MORENO, I. J., *Informes españoles* cit.

RUIZ MORENO, L., *Centenarios* cit.

RUIZ MORENO, M., *La revolución contra la Tiranía* cit.

SCOBIE, JAMES R., *La lucha por la consolidación de la nacionalidad* (Buenos Aires, 1964).

VICTORICA, JULIO, *Urquiza y Mitre* (Buenos Aires, 1906).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: La política y la guerra	5
CAPÍTULO I: Campaña contra los indios	7
<i>Proyecto y organización de la campaña • Quiroga • Ruiz Huidobro y las actividades de la División del Centro • Aldao y las operaciones de la División Derecha • Rosas y el avance de las columnas de la Izquierda • Resultados y recompensas</i>	
CAPÍTULO II: Política porteña y participación militar	37
<i>División del Partido Federal • La prédica de los "apostólicos" • Antagonismo periodístico • Levantamiento popular y actitud de los militares • La renovación del Gobierno • Intimidaciones • La presencia de Rosas</i>	
CAPÍTULO III: Dictadura y conflictos externos	57
<i>La suma del Poder público: doctrina y procedimientos • Extensión del dominio político al Interior • Guerra contra Bolivia: efectivos, operaciones y resultado • La cuestión oriental • Conflicto con Francia: distintas posturas • Ataque a Martín García • Intervención en Santa Fe</i>	
CAPÍTULO IV: Reacciones contra la Dictadura	93
<i>La decisión de Corrientes: Pago Largo • Trabajos para deponer a Rosas • Alianza con Francia • Conspiración de Maza • La Legión Libertadora de Lavalle • La Revolución del Sur • Batalla de Cagancha • El 2º Ejército Libertador Correntino</i>	
CAPÍTULO V: Argentina dividida	137
<i>El Ejército Libertador en Entre Ríos: Don Cristóbal • Incursión de Vera a Santa Fe • Pronunciamiento del Norte • Fuga del general Paz • Batalla de Sauce Grande e invasión de Lavalle a Buenos Aires • El general Paz en Corrientes</i>	

CAPÍTULO VI: Ofensivas liberales y reacción federal	181
<i>Invasión de Lavalle a Buenos Aires • La adhesión en el norte de la Provincia • Indisciplina del Ejército • Los combates y la organización del Ejército Federal • La retirada de Lavalle y la reacción del Gobernador Rosas • El tratado Arana-Mackau • Ofensiva desde Tucumán • Levantamiento de Córdoba • La Comandancia del Ejército Federal • Ataque a Santa Fe • Avance federal y retroceso liberal • Travesía por el desierto y la batalla de Quebracho Herrado</i>	
CAPÍTULO VII: Éxitos y fracasos en el Interior	263
<i>Los Ejércitos enemigos, de Córdoba a La Rioja • Actitudes de Lavalle. Composición y dificultades de los contendientes • El coronel Maza en Catamarca • Aldao versus Brizuela • Avance de La Madrid hacia Cuyo • Acha y los combates de Angaco y San Juan • La responsabilidad por su muerte • La presencia de Pacheco y la batalla de Rodeo del Medio • Cruce de la Cordillera • Oribe y la batalla de Famaillá • Los excesos con prisioneros • Lavalle en Salta y la travesía del Chaco • La muerte del general Lavalle</i>	
CAPÍTULO VIII: La guerra en el Litoral	353
<i>El Ejército de Reserva de Corrientes • Pronunciamiento del Gobernador de Santa Fe • Batalla de Caá-guazú • Invasión a Entre Ríos • La presencia de Rivera • Dificultades de Juan Pablo López • Desinteligencias entre los aliados • La ofensiva de Oribe • Operaciones de Peñaloza en el Norte • Combate de Costa Brava • Las conferencias en Paysandú • Batalla de Arroyo Grande</i>	
CAPÍTULO IX: El Estado Oriental y Corrientes	413
<i>Situación en el Estado Oriental • Reacción en Corrientes • Campaña sobre Entre Ríos • Batalla de India Muerta</i>	
CAPÍTULO X: Las invasiones de Entre Ríos	457
<i>Ofensiva en Santa Fe • Incursiones navales • Paz contra Urquiza • Los pactos de Alcaraz • La batalla de Vences</i>	
CAPÍTULO XI: Enfrentamientos con indios	537
<i>Características de la lucha • Invasiones después de 1833 • Ataques a las tribus • Combate de Loreto • Andanzas de Manuel Baigorria • Malones sobre Santa Fe • Combate en Laguna Amarilla • Paraguayos en Corrientes</i>	
CAPÍTULO XII: La empresa constituyente	561
<i>La Jefatura Suprema de la Confederación • La revolución de Urquiza • Campaña contra Oribe • La alianza contra Rosas • Avance del Ejército Grande • La batalla de Caseros</i>	
CAPÍTULO XIII: Las dificultades y el logro	653
<i>Arreglos políticos • El Acuerdo de San Nicolás • Oposición porteña • Levantamiento de Buenos Aires • Ataque al Litoral • El Congreso Constituyente • Reacción de Lagos • La Constitución Nacional</i>	